Aa ACCESO ABIERTO

LA BIOGRAFÍA DEFINITIVA

CÉSAR

ADRIAN GOLDSWORTHY

Adrian Goldsworthy

CÉSAR

Adrian Goldsworthy

CÉSAR

Traducción Teresa Martín Lorenzo

la esfera de los libros

Primera edición: septiembre de 2007

CREATIVE COMMONS

Título original: *Caesar: The Life of a Colossus*

© Adrian Goldsworthy, 2006
© De la traducción: Teresa Martín Lorenzo, 2007
© La Esfera de los Libros, S.L., 2007
Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Teléf.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06
Pág. web: www.esferalibros.com
ISBN: 978-84-9734-658-0
Depósito legal: M. 32.471-2007
Fotocomposición: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Fotomecánica: Unidad Editorial
Impresión: Cofás
Encuadernación: Méndez
Impreso en España-*Printed in Spain*

ÍNDICE

Agradecimientos
Introducción
PRIMERA PARTE EL ASCENSO AL CONSULADO 100-59 a.C.
1. El mundo de César
II. La infancia de César
III. El primer dictador
IV. El joven César
V. Candidato
VI. La conspiración
VII. Escándalo
VIII. Cónsul
SEGUNDA PARTE PROCÓNSUL 58-50 a.C.
IX. La Galia
X. Emigrantes y mercenarios: las primeras campañas, 58 a.C
XI. «El más bravo de los pueblos galos»: los belgas, 57 a.C
XII. Política y guerra: el convenio de Luca
XIII. «A través de las aguas»: las expediciones a Britania y Germania, 55-54 a.C
XIV. Rebelión, desastre y venganza
XV. El hombre y la hora: Vercingetórix y la sublevación de los pueblos galos, 52 a.C.
XVI. «Toda la Galia ha sido conquistada»

TERCERA PARTE LA GUERRA CIVILY LA DICTADURA 49-44 a.C.

XVII. El camino hacia el Rubicón

XVIII. Guerra relámpago: Italia e Hispania, invierno-otoño de 49 a.C

XIX. Macedonia, noviembre de 49-agosto de 48 a. C

XX. Cleopatra, Egipto y Oriente, otoño de 48-verano de 47 a.C

XXI. África, septiembre de 47 junio de 46 a.C.

XXII. Dictador, 46-44 a.C

XXIII. Los idus de marzo

Epílogo

Notas

Cronología

Glosario

Abreviaturas

Lista de mapas

Bibliogratia de obras citadas

Índice temático

AGRADECIMIENTOS

Varias personas han revisado distintas partes de este libro y quisiera comenzar expresando mi profunda gratitud hacia todos ellos. Mi agradecimiento también al que fuera mi tutor en la universidad, Nicholas Purcell, que accedió amablemente a leer un borrador del manuscrito. Philip Matyszak, que sabe más de lo que yo nunca sabré sobre el funcionamiento del Senado romano en este periodo, ha aportado muchos comentarios que me han sido de gran utilidad. Como siempre, lan Hughes abordó de manera extremadamente metódica su útil labor de revisar y comentar cada capítulo a medida que lo iba escribiendo. Kevin Powell leyó todo el material e hizo numerosos comentarios que me ayudaron mucho. lan Haynes fue tan amable de leer la segunda parte y aportó varias cuestiones importantes.A ambos, y a todos aquellos que leyeron una parte o la totalidad del texto, mi agradecimiento más sincero. Me gustaría darle las gracias asimismo a mi agente, Georgina Capel, que negoció un contrato que me dio la oportunidad de hacerle justicia a este tema. Por último, quiero expresar mi gratitud hacia Keith Lowe y el resto del personal de la editorial Orion por su trabajo y su entusiasmo en la realización de este proyecto.

INTRODUCCIÓN

La historia de julio César posee un intenso dramatismo que ha fascinado a generación tras generación: atrajo la atención de Shakespeare y Bernard Shaw, entre otros muchos novelistas y guionistas. César fue uno de los generales más capaces de todos los tiempos y dejó relatos de sus propias campañas cuya calidad literaria raramente -tal vez nunca- ha sido superada. Al mismo tiempo fue un político y hombre de Estado que, más adelante, asumió el cargo supremo de la República romana y se convirtió en un monarca de facto, aunque nunca llegó a adoptar el apelativo de rey. César no fue un dirigente cruel y mostró clemencia ante sus enemigos derrotados. Sin embargo, acabó muriendo apulañado como resultado de una conspiración liderada por dos hombres que habían sido indultados por él y en la que también participaron algunos de sus propios partidarios. Más tarde, su hijo adoptivo, Octavio -nombre completo: Cayo julio César Octavio-, se convirtió en el primer emperador de Roma. El linaje familiar se extinguió con Nerón en el año 68 d.C., pero todos los emperadores posteriores siguieron adoptando el nombre de César aunque no hubiera ningún vínculo de sangre o adopción. Lo que había sido sencillamente el nombre de una familia aristocrática -y además una familia poco conocida- llegó a convertirse en un título que simbolizaba poder supremo y legítimo. Tan fuerte era la asociación que, a principios del siglo xx, dos de las grandes potencias mundiales seguían estando en manos de un káiser y un zar, nombres ambos derivados del de César. Hoy en día los clásicos han

perdido su posición fundamental en la educación occidental y, sin embargo, julio César sigue siendo una de las escasas figuras cuyo nombre es reconocido al instante. Multitud de personas sin ningún conocimiento de latín recuerdan la versión de Shakespeare de sus últimas palabras: et tu Brute, aunque, de hecho, y dicho sea de paso, es probable que lo que dijera fuera otra cosa (véase página 652). Entre los demás ro manos, sólo Nerón, y tal vez Marco Antonio, disfrutan de una fama similar, y de otras naciones, probablemente sólo Alejandro Magno, los filósofos griegos, Aníbal y, sobre todo, Cleopatra, están tan presentes en la conciencia pública. Cleopatra fue amante de César y Marco Antonio uno de sus principales lugartenientes, de modo que ambos forman parte de su historia.

César fue un gran hombre. Napoleón es sólo uno de los numerosos generales famosos que admitieron haber aprendido mucho del estudio de sus campañas.

En el plano político tuvo un enorme impacto en la historia de Roma y desempeñó un papel clave en la erradicación del sistema de gobierno republicano, que había perdurado cuatro siglos y medio. Aunque era extremadamente inteligente y culto, también era un hombre de acción y es por esa faceta por la que se le recuerda. Sus talentos eran variados y excepcionales, desde su habilidad como orador y escritor, pasando por su capacidad como artífice de leyes y como político, hasta su talento como soldado y general. Con todo, fue principalmente su encanto lo que tan a menudo cautivó a la multitud en Roma, a los legionarios en campaña y a las muchas mujeres que sedujo. César cometió numerosos errores, como comandante y como político, pero ¿qué ser

humano no los comete? Su mayor talento era recuperarse de los reveses, admitir, al menos ante sí mismo, que se había equivocado, y luego adaptarse a la nueva situación y, de algún modo, salir victorioso a largo plazo.

Pocos pondrían en duda su grandeza, pero es mucho más dificil afirmar que fue un buen hombre, o que las consecuencias de su carrera fueron inequívocamente buenas. No fue ni un Hitler ni un Stalin, ni desde luego un Genghis Khan y, sin embargo, una de las fuentes consultadas sostiene que más de un millón de enemigos perecieron en sus campañas. Las actitudes de la Antigüedad diferían de las actuales, y los romanos tenían pocos escrúpulos respecto a las guerras de César contra oponentes extranjeros, como las tribus galas. En ocho años de campañas, como mínimo, sus legiones mataron a cientos de miles de personas en aquella región e hicieron esclavos a muchos más. Hubo momentos en los que su comportamiento fue absolutamente despiadado, ordenó masacres y ejecuciones y en una ocasión decretó la mutilación en masa de varios prisioneros, a los que se les cortó las manos antes de liberarlos. Era más fre cuente que mostrara compasión ante los vencidos, por la razón eminentemente práctica de que quería que aceptaran la dominación romana y se convirtieran en pacíficos contribuyentes de una nueva provincia. Su actitud era de frío pragmatismo: elegía entre la clemencia o la atrocidad dependiendo de cuál pareciera ofrecerle mayor ventaja. Era un imperialista activo y enérgico, pero, dicho esto, también es cierto que no fue él el creador del imperialismo romano, sino únicamente uno de sus múltiples agentes. Sus campañas no fueron más brutales que otras guerras romanas. Mucho más controvertidas en la época

fueron sus actividades en Roma y su voluntad de librar una guerra civil cuando sus rivales políticos mostraron la determinación de acabar con su carrera. Sus sospechas estaban más que fundadas, pero, aun así, cuando llevó su ejército desde su provincia a Italia en enero del año 49 a.C., se convirtió en un rebelde. Las guerras civiles que siguieron a su asesinato supusieron el golpe de gracia para la República romana, cuyo estado, en cualquier caso, posiblemente fuera terminal a consecuencia de las propias acciones de César. La República cayó y fue reemplazada por el dominio de los emperadores, el primero de los cuales fue su heredero.

Durante su dictadura, César disfrutó de poder supremo y, por lo general, gobernó bien, introduciendo medidas sensatas y propias de un estadista, así como beneficiosas para Roma. Anteriormente, la República había estado dominada por una limitada élite senatorial, cuyos miembros con demasiada frecuencia abusaban de su posición para enriquecerse explotando tanto a los romanos más pobres como a los habitantes de las provincias. César tomó medidas para solucionar problemas que habían sido reconocidos como reales y serios durante algún tiempo, pero que no habían llegado a resolverse debido a la reticencia que existía a permitir que un senador se llevara todo el mérito a título individual. El sistema republicano estaba en decadencia y había sufrido ataques violentos desde antes de que él naciera, así como una guerra civil desde sus primeros años. Julio César llegó al poder por medio de la fuerza de su ejército y sabemos que empleó el soborno y la intimidación en algunos momentos de su carrera. Los métodos de sus oponentes no eran diferentes y estaban tan dispuestos a combatir en una

guerra civil para destruir la posición de César tanto como él para defenderla, pero eso sólo significa que no era ni mejor ni peor que ellos. Tras su victoria, gobernó de manera muy res ponsable y marcadamente distinta a la de la aristocracia senatorial: sus medidas estaban diseñadas para beneficiar a una parte mucho más amplia de la sociedad. Su régimen no era represivo e indultó y ascendió a muchos antiguos enemigos. Roma, Italia y las provincias estuvieron mucho mejor bajo su mando de lo que habían estado por algún tiempo. Y, sin embargo, aunque gobernaba responsablemente, su gobierno también significó de manera efectiva la desaparición de las elecciones libres y, por muy justo que fuera su régimen, al final la monarquía acabó llevando hasta emperadores como Calígula y Nerón. Era la acaudalada élite romana la que tendía a escribir la historia y el ascenso de César supuso una reducción del poder de esta clase: esa fue la razón de que muchas fuentes se mostraran críticas respecto a su figura.

César no era un hombre moral; de hecho, desde muchos puntos de vista, resulta amoral. Parece probado que su naturaleza era amable, generosa y propensa a olvidar los resentimientos y a convertir a los enemigos en amigos, pero también estaba dispuesto a ser totalmente despiadado. Era un mujeriego empedernido, infiel a sus esposas y numerosas amantes. Cleopatra es, con diferencia, la más famosa de todas y es posible que el romance fuera auténtico por ambas partes, pero eso no le impidió a César tener una aventura con otra reina poco después, o seguir persiguiendo a las mujeres de la aristocracia romana.

Era muy orgulloso, incluso presumido, en especial en lo

tocante a su apariencia. Resulta dificil evitar concluir que desde su juventud estuvo absolutamente convencido de su propia superioridad. Gran parte de esa autoestima estaba justificada, porque era más inteligente y más capaz que la gran mayoría de los senadores. Tal vez, como Napoleón, estaba tan fascinado por su propio personaje que eso le ayudó a embelesar a otros. También como en el emperador francés en su personaje existían muchas contradicciones. Sir Arthur Conan Doyle escribió una vez de Napoleón: «Era un hombre maravilloso, tal vez el más maravilloso que haya existido nunca. Lo que me sorprende es la falta de un rasgo definitivo en su carácter. Cuando te has convencido de que es un villano absoluto, descubres un rasgo de nobleza y, a continuación, tu admiración se disuelve en algún tipo de acto de increíble maldad».' Hay algo de esta misma extraña mezcla en César, aunque quizá era menos extremo. Es chocante que, aunque se supone que los académicos de hoy en día están preparados para exa minar el pasado sin apasionamiento, es muy poco habitual encontrar un viejo historiador que no tenga una firme opinión sobre César. En el pasado algunos lo han admirado, incluso idolatrado, considerándolo un visionario que reconoció los graves problemas a los que se enfrentaba la República y supo cómo resolverlos. Otros son mucho más críticos y le ven como un aristócrata más con ambiciones muy tradicionales que escaló hasta la cima sin importarle el coste para la ley y el precedente que sentaría, pero que luego no sabía exactamente qué hacer con su poder. Ese tipo de comentaristas tienden a enfatizar el oportunismo que caracterizó su llegada al poder. César ciertamente fue un oportunista, pero ese apelativo es sin duda aplicable a casi

todos los políticos de éxito. Creía con firmeza en el poder del azar en todos los asuntos humanos y sentía que él era especialmente afortunado. En retrospectiva, sabemos que Octavio -a quien en estos días se llama más a menudo Augusto- creó el sistema por el cual los emperadores gobernarían el Imperio romano durante siglos. Hay un encarnizado debate sobre hasta qué punto los años del control de César sobre Roma comenzaron lo que Augusto logró completar, o bien fueron un falso inicio y sólo sirvieron de ejemplo de lo que su hijo adoptivo debía evitar conscientemente para escapar al mismo destino. Las opiniones siguen estando muy divididas y no es probable que esto llegue a cambiar. La verdad, probablemente, se sitúe en algún punto entre las dos opciones más extremas.

El objetivo de este libro es estudiar la vida de César por sí misma y situarla con claridad en el contexto de la sociedad romana del primer siglo antes de Cristo. No se ocupa de lo que sucedió después de su muerte, y no se discutirán las diferencias entre su régimen y el sistema que fue surgiendo en los años en los que Augusto asumió el poder. Se centra en lo que César hizo y en tratar de comprender por qué o cómo lo hizo. Evidentemente, es inevitable una mirada retrospectiva, pero esta obra pretende evitar dar por supuesto que la guerra civil y la caída de la República eran inevitables, o el extremo opuesto, que afirma que la República no tenía ningún problema en absoluto. En el pasado se ha tendido a ver a julio César o como político o como general, pero tal distinción no tenía significado real en Roma, a diferencia de lo que sucede en las modernas democracias occidentales. Un senador romano debía realizar tareas militares y civiles a lo largo de su

carrera y ambas eran parte normal de la vida pública. Ninguna podía entenderse por completo sin la otra y en este libro ambas se cubrirán con igual detalle. Esta es una obra larga, pero no puede aspirar a proporcionar un relato integral de la política romana en Roma durante la vida de César, ni pretende acometer un análisis exhaustivo de las campañas en las Galias o de la guerra civil. La atención se centra siempre en César y la descripción de los sucesos en los que no participó personalmente se ciñe a lo esencial. Muchos puntos polémicos son tocados muy por encima, como, por ejemplo, los detalles de una ley o un juicio concreto en Roma, o cuestiones topográficas u otras relacionadas con las operaciones militares. Por muy interesantes que sean, esos puntos serían meras digresiones a menos que desempeñaran un papel importante a la hora de comprender al personaje. Aquellos que se sientan atraídos por esos temas podrán encontrar más información sobre ellos en la lista de obras citadas en las notas que se presenta al final del libro. Igualmente, en la medida de lo posible, el texto principal evita mencionar de forma directa a los muchos eruditos de renombre que han escrito sobre César, así como debatir sus respectivas interpretaciones. Ese tipo de cuestiones son una preocupación principal y esencial de un estudio académico, pero resultan extremadamente tediosas para el lector general. De nuevo, las obras relevantes son citadas en las notas al final del libro.

Por mucha que fuera su fama y pese al hecho de que vivió en las décadas probablemente mejor documentadas de la historia romana, sigue habiendo muchas cosas que no sabemos de César. La mayor parte de las pruebas en las que

nos basamos han estado ahí durante bastante tiempo. Las excavaciones arqueológicas siguen revelando información sobre el mundo en el que vivía: en el momento de escribir se están realizando excavaciones en Francia y Egipto que quizá nos digan mucho más acerca de la Galia de la época y de la Alejandría de Cleopatra. No obstante, no es probable que ningún descubrimiento altere radicalmente nuestra comprensión de la carrera y la vida de César. Por eso, confiamos en la mayoría de los casos en las fuentes literarias en latín y en griego que han sobrevivido desde la Antigüedad hasta nuestros días, complementadas en ocasiones por inscripciones en bronce o en piedra. Los propios Comentarios de César sobre sus campañas se han conservado y nos proporcionan descripciones detalladas de sus campañas en la Galia y los primeros dos años de la guerra civil. A eso se unen otros cuatro libros escritos tras su muerte por sus oficiales que cubren el resto de operaciones. Además, contamos con las cartas, los discursos y las obras teóricas de Cicerón, que nos facilitan infinidad de pormenores sobre este periodo. La correspondencia de Cicerón, que incluye cartas que le escribieron muchos de los principales personajes de la República, se publicó a su muerte y contiene varios mensajes breves del mismo César. Sabemos que se publicaron todos los libros de la correspondencia entre Cicerón y él, así como otro compuesto por mensajes intercambiados entre Cicerón y Pompeyo, pero, desafortunamente, se han perdido. Lo mismo ha sucedido con otras obras literarias y discursos publicados de César. Siempre es importante recordar que sólo una mínima parte del uno por ciento de la literatura de la Antigüedad se ha conservado hasta hoy. Hay varias omisiones

deliberadas de las cartas publicadas de Cicerón, en especial las cartas a su amigo Ático de los primeros tres meses del año 44 a.C. Ático participó en la publicación de la correspondencia, pero eso no se produjo hasta que Augusto se estableció como el dueño de Roma. Es más que probable que las cartas desaparecidas contuvieran algo que podría haber implicado a Ático en la conspiración contra César, o, más probablemente, sugerían o bien que estaba enterado de la existencia del complot o que lo aprobaba, y fueron eliminadas de forma deliberada para protegerse. Otra fuente casi contemporánea es Salustio, que escribió varias historias, incluido un relato de la conjura de Catilina. Durante la guerra civil, Salustio había luchado a favor de César y había sido reincorporado al Senado como recompensa. Enviado para gobernar África, había sido condenado más tarde por extorsión, pero fue perdonado por César. Más favorable a César que Cicerón, Salustio escribió con el beneficio de la visión retrospectiva y su opinión del dictador parece haber presentado bastantes altibajos. Irónicamente, considerando su propia carrera -aunque siempre negó con energía haber obrado mal-, su opinión era que todos los problemas de Roma provenían del declive moral entre la aristocracia, y así, inevitablemente, esa opinión teñía su narrativa. Cicerón, Salustio y César eran los tres activos participantes en la vida pública. César en concreto escribió para celebrar sus hazañas y conseguir apoyo para su larga carrera. Ni él ni los otros que hemos mencionado fueron observadores desapasionados a quienes sólo les interesaba informar sobre la verdad sin adornos.

La mayoría del resto de las fuentes son de una época muy posterior. Tito Livio escribió durante el reinado de Augusto

y, por esa razón, algunos hechos habían permanecido vivos en la memoria, pero los libros que cubren este periodo se han perdido y sólo disponemos de breves resúmenes.Veleyo Paterculo escribió un poco más tarde y hay algún material útil en su escasa narrativa de ese periodo. Sin embargo, gran parte de las fuentes sobre César en las que nos basamos no fueron escritas hasta principios del segundo siglo después de Cristo, más de ciento cincuenta años después del fallecimiento del dictador. El escritor griego Apiano redactó una monumental historia de Roma, de la cual dos libros están dedicados a las guerras civiles y a los disturbios acaecidos entre los años 133 y Plutarco también era griego, pero sus obras más relevantes para nuestros propósitos fueron sus Vidas paralelas, biografias que presentaban la vida de una pareja compuesta por una famosa figura griega y una romana. César fue emparejado con Alejandro Magno como los dos generales de más éxito de todos los tiempos. También destacan sus relatos de las vidas de Mario, Sila, Craso, Pompeyo, Cicerón, Catón, Bruto y Marco Antonio. Suetonio era un romano que escribió biografias de los doce primeros emperadores, comenzando con César. Dión Casio era de origen griego, pero era asimismo ciudadano romano y un senador activo en la vida pública a principios del siglo iii d.C.: de su puño nos llega la narrativa continuada más detallada del periodo. Todos estos escritores tenían acceso a fuentes, muchas de ellas contemporáneas de César y entre las que se contaban algunas de sus obras perdidas.Y, sin embargo, nunca debemos olvidar que esos relatos fueron escritos mucho después y no siempre podemos estar seguros de que comprendieron o reflejaron con exactitud las actitudes del siglo i a.C. Hay notables lagunas en

nuestras pruebas. Por una curiosa coincidencia, se ha perdido la sección inicial de las biografias de César escritas tanto por Suetonio como por Plutarco y no sabemos con total certeza en qué año nació. Cada autor tenía sus propios prejuicios, intereses o puntos de vista, y utilizó fuentes que, a su vez, estaban cargadas de prejuicios y, con frecuencia, eran clara propaganda. Es necesario ser precavido a la hora de emplear cualquier fuente.A diferencia de los estudiosos de la historia más reciente, los que estudiamos la historia clásica a menudo tenemos que sacar el máximo provecho de fuentes limitadas y, posiblemente, poco fiables, así como contrastar y encontrar el punto medio de visiones en aparencia contradictorias. A lo largo del texto he intentado reflejar de algún modo ese proceso.

Algunos aspectos de la vida interior de César permanecen secretos para nosotros. Sería interesante y revelador saber más sobre sus relaciones personales y privadas con su familia, esposas, amantes y amigos. En el caso de estos últimos, parece que durante gran parte de su vida y, sin duda, en sus últimos años, no tuvo ningún amigo que fuera su igual en ningún sentido, aunque es evidente que mantenía una estrecha y afectuosa relación con muchos de sus subordinados y ayudantes.Tampoco sabemos casi nada de sus creencias religiosas. El ritual y la religión impregnaban todos y cada uno de los aspectos de la vida en el mundo romano. César fue uno de los sacerdotes más importantes de Roma y celebraba o presidía rezos, sacrificios y otros ritos de forma regular. También dio gran valor a la tradición familiar que sostenía que su linaje descendía de la diosa Venus. Sin embargo, no sabemos en absoluto qué significaban estas cuestiones para él.

Muy rara vez dejaba de hacer algo debido a escrúpulos religiosos y estaba dispuesto a manipular la religión en su beneficio, pero eso no implica necesariamente que fuera un cínico absoluto y que no tuviera ninguna creencia. En última instancia, sencillamente no lo sabemos. Parte de la fascinación inspirada por César se debe a que es dificil de definir y a que, por ejemplo, sus planes para los últimos meses de su vida siguen siendo un misterio. En los cincuenta y seis años que vivió, fue una larga serie de cosas diferentes, entre ellas fugitivo, prisionero, político en alza, jefe de un ejército, representante legal, rebelde, dictador -tal vez incluso un dios-, además de esposo, padre, amante y adúltero. Pocos héroes de ficción han hecho tanto como Cayo julio César.

PRIMERA PARTE

EL ASCENSO AL CONSULADO

100-59 A.C.

I

EL MUNDO DE CÉSAR

Pues quedando atrás el temor a Cartago, y apartada su rival en el poder, se abandonó la virtud de manera no progresiva, sitio precipitada, para volcarse en los vicios; perdida la antigua disciplina, se estableció una nueva. La ciudadanía cambió de la vigilia al sueño, de las armas a los placeres, de las ocupaciones al ocio.

VELEYO PATERCULO, a principios del siglo I d.C.[1]

La República no es nada, es sólo un nombre sin cuerpo ni figura.

JULIO CÉSAR[2]

A finales del siglo II a.C., la República romana era la única gran potencia que quedaba en la cuenca del Mediterráneo. Cartago, la colonia fenicia cuyo imperio comercial había dominado Occidente durante tanto tiempo, había sido arrasada por las legiones en el año 146 a.C. Casi en el mismo momento, la patria de Alejandro Magno, Macedonia, se convirtió en una provincia romana. Los otros reinos principales que habían surgido cuando los generales de Alejandro destruyeron su vasto pero efimero imperio habían recibido ya una lección de humildad y habían ido menguando hasta que su poder quedó reducido a una sombra de lo que fue. Muchas de las tierras dentro y en torno al Mediterráneo -toda la península italiana, el sur de la Galia, Sicilia, Cerdeña y Córcega, Macedonia y parte de Iliria, Asia Menor, gran parte de Hispana y una esquina del norte de África- estaban bajo el

dominio directo de los romanos. En otras zonas, el poder de Roma se reconocía, aunque a regañadientes, o al menos se temía. Ninguno de los reinos, tribus o Estados que estaban en contacto con los romanos podían igualar su fuerza y no había perspectivas reales de que llegaran a unirse contra ellos. En el año 100 a. C., Roma era tremendamente poderosa y muy rica, y no había ningún indicio de que eso fuera a cambiar. En retrospectiva, sabemos que Roma, de hecho, llegaría a ser más fuerte y rica todavía, y menos de un siglo después habría conquistado la mayor parte de un imperio que perduraría cinco siglos.

El ascenso de Roma de potencia puramente italiana a superpotencia mediterránea había sido rápido, de una rapidez pasmosa para el mundo de habla griega, que en el pasado apenas había tomado en consideración a los bárbaros occidentales. La lucha contra Cartago había durado más de un siglo y había causado pérdidas masivas, mientras que la derrota de las potencias helenísticas había durado la mitad de tiempo y se había logrado a un coste insignificante. Una generación antes del nacimiento de César, el historiador griego Polibio había escrito una Historia universal con el propósito expreso de explicar precisamente cómo Roma había alcanzado su posición de dominio. Él mismo había presenciado las últimas etapas del proceso, había luchado contra los romanos en la tercera guerra macedónica (172-167 a.C.), después había sido llevado a Roma como rehén, había vivido en el hogar de un noble romano y lo había acompañado en campaña para ser testigo de la destrucción de Cartago. Aunque prestó atención a la efectividad del sistema militar romano, Polibio creía que el éxito de Roma residía mucho

más en su sistema político. En su opinión, la constitución republicana, que estaba cuidadosamente equilibrada para evitar que un individuo o parte de la sociedad se hiciera con un control excesivo, liberaba a Roma de las frecuentes revoluciones y luchas intestinas que habían asediado la mayoría de ciudades-estado griegas. Internamente estable, la República era capaz de dedicarse a hacer la guerra a gran escala y de mostrarse más implacable que ninguno de sus rivales. Es poco probable que algún otro Estado contemporáneo hubiera podido superar las pérdidas catastróficas y la devastación provocada por Aníbal, y además llegar a ganar la guerra.'

César nació en una República que tenía unos cuatro siglos de antigüedad y cuya eficacia había quedado demostrada con su constante ascenso. La propia Roma alcanzaría un poder aún mayor, pero el sistema republicano estaba llegando a su fin. A lo largo de su vida, vería cómo la República era desgarrada por las guerras civiles: conflictos en los que él mismo desempeñaría un papel protagonista. Algunos romanos opinaron que el sistema no había sobrevivido a César y muchos le consideraron su principal verdugo. Nadie dudaba de que la República no era más que un recuerdo en el momento en el que Augusto, el hijo adoptivo de César, se autoerigió primer emperador de Roma. Pese a que su éxito había sido prolongado, la República romana se estaba aproximando al final de su vida coincidiendo con la terminación del siglo u a.C. y se vislumbraban ya algunos signos de que no todo estaba funcionando como debería.

El Imperio romano en el siglo I a.C.

En el año 105 a.C., un grupo de tribus germánicas

emigrantes, los cimbros y los teutones, habían acabado con un ejército romano excepcionalmente grande en Arausio (la actual Orange, en el sur de Francia). Los heridos de esta batalla rivalizaron con los de Cannas en el año 216 a.C., cuando Aníbal aniquiló a casi cincuenta mil soldados romanos y aliados en un solo día. Fue la última y peor de una serie de derrotas infligidas por los bárbaros, que habían comenzado a luchar provocados por el primer comandante que se topó con ellos en el año 113 a.C.

Los cimbros y los teutones eran pueblos nómadas que buscaban nuevas tierras, no un ejército profesional que entablara guerras sin cuartel. En batalla, sus guerreros tenían una apariencia terrorífica y gran valor, pero les faltaba disciplina.A nivel estratégico, las tribus no se guiaban por objetivos rígidos. Tras Arausio, partieron hacia Hispania, sin volver a invadir Italia durante varios años. Este alivio temporal apenas logró reducir el pánico que se había propagado por Roma, alimentado por los recuerdos populares del saqueo de la ciudad en el año 390 a.C. a manos de salvajes guerreros de alta estatura y tez clara -en aquella ocasión galos más que germanos-, y los romanos siguieron albergando un miedo profundamente arraigado ante todos los bárbaros del norte. Muchas voces criticaron a los incompetentes generales aristócratas que habían estado al mando durante los recientes desastres e insistían en que la guerra contra las tribus debería confiarse ahora a Cayo Mario, que acababa de obtener una victoria en Numidia, finalizando una guerra que inicialmente también se había caracterizado por la corrupción e ineptitud de los cargos más altos. Mario estaba casado con la tía de César y fue el primero de su familia que entró en política.Ya

había logrado mucho al ser elegido como uno de los dos cónsules del año 107 a.C., pues los cónsules eran los magistrados más poderosos de la República y estaban al frente de las más importantes responsabilidades civiles y misiones militares a lo largo de los doce meses que duraba su mandato. Supuestamente, debían pasar diez años antes de que un hombre pudiera acceder a un segundo consulado, pero Mario fue elegido para el cargo cinco años consecutivos desde el año 104 al año 100 a.C., un hecho sin precedentes y de dudosa legalidad, pero que obtuvo el resultado deseado, ya que derrotó a los teutones en el año 102 a.C. y a los cimbros al año siguiente.4

Los sucesivos consulados de Mario violaron un principio fundamental de la vida pública romana, pero podrían interpretarse como un recurso necesario para guiar al Estado en tiempos de crisis. En el pasado, la República había demostrado cierto grado de flexibilidad que había ayudado a los romanos a hacer frente a otras situaciones de excepción. Mucho más preocupante era la tendencia de los últimos tiempos a que las disputas políticas se volvieran violentas. En el otoño del año un senador llamado Memio, que acababa de ser elegido cónsul para el mandato del año siguiente, recibió una paliza mortal en el Foro de manos de los esbirros de uno de los candidatos derrotados. Ese hombre, Cayo Servilio Glaucia, junto con su asociado, Lucio Apuleyo Saturnino, ya había empleado las amenazas y los ataques en grupo en anteriores ocasiones para forzar la aprobación de su legislación. Se creía que habían organizado el asesinato de otro de sus rivales el año anterior. El linchamiento de Memio se realizó con total desfachatez y desencadenó una inmediata

reacción violenta. Mario, que hasta ese momento se había contentado con utilizar a Saturnino para sus propios fines, se volvió ahora contra él y respondió a la llamada del Senado, que le instaba a salvar la República: tras armar a sus partidarios, bloqueó a los seguidores de Saturnino y Glaucia en la colina Capitolina y, poco después, estos se vieron obligados a rendirse. Es posible que Mario hubiera prometido a los radicales que les perdonaría la vida, pero el ambiente general estaba menos inclinado a la indulgencia. La mayoría de los cautivos fueron asesinados en la Cámara del Senado cuando una multitud invadió el edificio.Varios hombres treparon al tejado y comenzaron a arrancar las tejas, lanzando a continuación los pesados proyectiles hacia el interior hasta que todos los prisoneros hubieron muerto. Para proteger la República, se había suspendido la legislación normal y la violencia fue aplacada con más violencia: algo muy distinto de la imagen que presentara Polibio, desde luego idealizada, de una constitución perfectamente equilibrada, aunque incluso él había insinuado que la estabilidad interna de Roma podría no durar eternamente. Para comprender la historia de César primero debemos analizar la naturaleza de la República romana, tanto en teoría como en la práctica, cambiante, de las últimas décadas del siglo ü a.C.'

LA REPÚBLICA

Según la tradición, Roma fue fundada en el año 753 a.C. Para los romanos ese fue el Año Uno y los acontecimientos subsiguientes se dataron formalmente como acaecidos tantos años después de la «fundación de la ciudad» (ab urbe condita). La evidencia arqueológica de los orígenes de Roma es menos clara, puesto que es dificil juzgar cuándo se fundieron en una

sola ciudad las pequeñas comunidades que salpicaban las colinas circundantes de lo que llegaría a ser Roma. Se conservan escasos vestigios de los periodos iniciales y había muchas cosas que ni siquiera los romanos sabían con certeza cuando empezaron a escribir la historia a principios del siglo ü a.C. Es probable que los relatos de los primeros días de la ciudad contengan cierto grado de verdad, pero es totalmente imposible verificar los incidentes particulares o lo que se narra sobre un individuo concreto. Es evidente que Roma fue gobernada inicialmente por reyes, aunque resulta difícil constatar si alguno de los siete monarcas que recuerda la tradición fue una figura real. Hacia finales del siglo muy posible que la fecha del año 509 a.C. aceptada por la tradición sea exacta- la monarquía fue sustituida por la República a causa de problemas y desajustes internos.

El sistema político de la República romana evolucionó gradualmente a lo largo de los años y nunca se regló de forma estricta. Más parecida a la actual Gran Bretaña que a los Estados Unidos de América, Roma no contaba con una constitución escrita, sino que se guiaba por un mosaico de leyes, precedentes y tradición. La expresión res publica, de la que ha derivado nuestra palabra República, significa literalmente «la cosa pública» y quizá pueda traducirse con más propiedad como «el Estado» o el «cuerpo político». La imprecisión garantizaba que significara cosas diferentes para personas diferentes. Más adelante, César la desecharía por considerarla una frase vacía.' La inconcreción del sistema permitía una flexibilidad considerable, lo que durante siglos resultó ser una fuente de fuerza. Al mismo tiempo, su propia naturaleza garantizaba que cualquier nueva ley o precedente,

ya fuera bueno o malo, pudiera fácilmente modificar para siempre la forma en que se hacían las cosas. La esencia del sistema era el deseo de evitar que un individuo se hiciera con demasiado poder de manera permanente. El temor al retorno de un régimen monárquico estaba muy extendido y había arraigado profundamente en la aristocracia que monopolizaba los principales cargos públicos. Por tanto, el poder en la República recaía en una serie de instituciones, de las cuales las más importantes eran las magistraturas, el Senado y las asambleas populares.

Los magistrados poseían un poder significativo: a los más antiguos se les otorgaba formalmente el imperium, el derecho a mandar tropas y a impartir justicia, pero se trataba de algo en esencia temporal y que duraba sólo los doce meses de mandato. Ese poder estaba asimismo limitado por el poder equivalente de los colegas que tenían el mismo cargo. Cada año eran elegidos dos cónsules y seis pretores, cuyo cargo era el siguiente en importancia. Nadie podía buscar la reelección en el mismo puesto hasta que no hubiera transcurrido un plazo de diez años, ni podía presentarse a él por primera vez hasta que hubiera alcanzado los treinta y nueve años de edad en el caso de la pretura y cuarenta y dos en el caso del consulado. No había división entre el poder político y el poder militar y los magistrados acometían tareas militares o civiles según fuera necesario. Las responsabilidades y órdenes militares más importantes recaían en los cónsules, las menos decisivas en los pretores. La mayoría de los magistrados de rango superior eran enviados a gobernar una provincia durante su año de mandato. El Senado tenía la capacidad de extender el imperium de un cónsul o pretor como

promagistrado -procónsul o propretor respectivamente- de modo anual, dado que con frecuencia resultaba necesario para proveer a la República del número de gobernadores provinciales necesarios para controlar un gran imperio, pero eso no alteró la naturaleza fundamentalmente temporal del poder. Una ampliación de más de dos años era insólita. Por tanto, mientras que los cargos en sí representaban un gran poder, en el plano personal, los cónsules y el resto de magistrados cambiaban todos los años.

Por el contrario, la importancia del Senado se basaba menos en sus funciones formales que en su mera permanencia. Estaba compuesto de unos trescientos senadores que se reunían cuando eran convocados por un magistrado, por lo general un cónsul cuando uno de ellos estaba presente. Los senadores no eran elegidos para formar parte del Senado -y en contadas ocasiones, expulsados- por votación, sino por los dos censores, que cada cinco años realizaban un censo de los ciudadanos romanos. Se esperaba que los censores escogieran a cualquiera que hubiera accedido a una magistratura a partir del último censo, aunque esto no suponía ninguna obligación legal. No obstante, comparativamente, había pocos cargos y muchos senadores; tal vez la mitad nunca habían ocupado ninguna magistratura. Los senadores tenían que pertenecer a la orden ecuestre, la clase más adinerada, propietaria de inmuebles, que figuraba en el censo. Su nombre, equites o «caballeros», derivaba de su papel tradicional de miembros de la caballería del ejército. Sin embargo, sólo una minoría de équites trató de acceder a la vida pública y el Senado solía formarse a partir de una élite interna dentro de su clase. Por su riqueza y su papel

prominente en la dirección del Estado, eran hombres que tenían un fuerte interés personal en preservar la República. Los antiguos magistrados eran los que dominaban los debates, ya que el procedimiento dictaminaba que se consultara la opinión de los antiguos cónsules en primer lugar, después a los antiguos pretores y así hasta llegar a los puestos más recientes. Aquellos que habían servido a la República desde un cargo destacado poseían una gran influencia o auctoritas (véase página 715), y el prestigio colectivo del Senado como institución se basaba en gran medida en la inclusión de hombres así. El Senado no tenía poder legislativo, pero los decretos que emergían de sus debates pasaban a las asambleas populares para su aprobación con una fuerte recomendación. También funcionaba como consejo asesor para los magistrados cuando estaban en Roma, decidía qué provincias estarían disponibles cada año y podía conceder el imperium como promagistrado. Además, era el Senado el que recibía a las embajadas extranjeras y organizaba los despachos de los embajadores, así como el encargado de enviar comisionados para supervisar las disposiciones administrativas en las provincias, lo que le confería un papel clave en las decisiones sobre los asuntos relacionados con el extranjero.

Las diversas asambleas del pueblo romano poseían un poder considerable dentro de la República, pero tenían poca o ninguna capacidad de actuación independiente. Elegían a todos los magistrados, aprobaban leyes y eran responsables de la ratificación formal de las declaraciones de guerra y los tratados de paz que concluían los conflictos. Todos los ciudadanos adultos podían votar si estaban presentes, pero sus

votos no tenían el mismo valor. En las Comitia Centuriata, que elegían a los cónsules y tenían otra serie de funciones importantes, los miembros se dividían en unidades de voto dependiendo de qué propiedades poseyeran según el padrón más reciente. Su estructura procedía de la organización del antiguo ejército romano, donde los más ricos eran los que podían permitirse con más facilidad el caro equipamiento requerido para luchar en los puestos más destacados y peligrosos. Era inevitable que hubiera menos miembros en las unidades o centurias de más rango, simplemente debido a que había menos ricos que pobres. Se suponía que el voto de todas las centurias tenía el mismo peso, pero las de las clases más adineradas votaban primero y, con frecuencia, la decisión ya había sido adoptada antes de que las unidades más pobres hubieran dado su opinión. Otras asambleas se basaban en divisiones tribales, determinadas de nuevo por el censo, y aquí las desigualdades eran también inmensas, aunque de un carácter algo diferente: cada tribu votaba de acuerdo con una decisión mayoritaria tomada por los miembros presentes. Sin embargo, las tribus urbanas, a las que pertenecían muchos de los pobres de Roma, solían contar el día del voto con muchos más ciudadanos que las tribus rurales, de las que, probablemente, sólo los miembros acaudalados habían viajado hasta Roma. Así, en general, la opinión de los ciudadanos más prósperos tenía un impacto mucho mayor en el resultado de las votaciones que la del más nutrido grupo de los pobres. Ninguna de estas asambleas brindaba oportunidad para el debate, sino que, sencillamente, elegían un nombre de una lista de candidatos o votaban a favor o en contra de una propuesta en particular. Las asambleas eran convocadas por

un magistrado, que las presidía y dictaminaba cuáles serían los asuntos que trataría. En comparación con la asamblea de Atenas de finales del siglo v a.C., puede parecer que los elementos democráticos del sistema romano estaban sometidos a un estricto control, pero eso no significa que carecieran de importancia. El resultado de las votaciones, en especial en las elecciones, seguía siendo impredecible.

Sólo aquellos que estuvieran registrados como ecuestres en la clase de propiedad más elevada eran candidatos para la carrera política. En Roma, las magistraturas dependían de ganar el favor del electorado. No había nada que se pareciera ni remotamente a los actuales partidos políti cos -aunque, en vista de su opresiva influencia, eso podría hacerla más democrática en vez de menos en comparación con muchos países de hoy- y cada candidato a un cargo público competía como un individuo. Sólo en contadas ocasiones defendían una medida concreta y lo más común era que comentaran temas de actualidad. Por lo general, los votantes buscaban un individuo capaz que, una vez elegido, pudiera emprender cualquier tarea que el Estado requiriera. Las hazañas realizadas en el pasado se consideraban prueba de habilidad, pero en caso de que no hubiera ninguna, en especial en las primeras etapas de una carrera, los candidatos hacían alarde de los logros de las pasadas generaciones de su familia. Los romanos creían firmemente que las familias poseían marcados rasgos de carácter y se asumía que un hombre cuyo padre y abuelo hubieran salido victoriosos de una guerra contra los enemigos de Roma resultaría igualmente capaz. Las familias aristocráticas ponían mucho esmero en dar a conocer las hazañas de sus miembros, pasados y presentes, de modo que

su nombre fuera reconocido por los votantes. La combinación de su fama y riqueza permitió a un número comparativamente pequeño de familias ocupar la mayoría de las magistraturas y, sobre todo, el consulado. A pesar de todo, nunca era imposible para un hombre, aunque fuera el primero de su familia que accedía al Senado, convertirse en cónsul. Aquel que conseguía esa proeza era conocido como un «hombre nuevo» (novus homo). Mario, con su serie de consulados sin precedente, fue el más grande de los «hombres nuevos», y para la mayoría un solo mandato era un logro suficientemente dificil. La política era muy competitiva e incluso los miembros de las familias de larga tradición necesitaban esforzarse para mantener su ventaja. El número de colegios de magistrados disminuía en relación inversa a su importancia, de manera que la lucha por el cargo se recrudecía a medida que un candidato ascendía en el escalafón. Por simple aritmética, sólo un tercio de los seis pretores elegidos cada año podían albergar la esperanza de convertirse en cónsules. Esta competitividad feroz garantizaba que las uniones políticas a largo plazo fueran poco habituales y los partidos permanentes inimaginables, ya que nadie podía compartir una magistratura. En muchos aspectos, el sistema funcionaba bien, todos los años proporcionaba a la República una nueva cosecha de magistrados impacientes por realizar grandiosas hazañas en nombre de Roma antes de que expiraran sus doce meses de mandato. El poder formal del impe rium era válido sólo en esa ocasión, pero los éxitos de un magistrado acentuarían enormemente su auctoritas. Como tantos otros conceptos romanos, es dificil traducir este término con una única palabra, ya que combinaba autoridad, reputación e

influencia con pura importancia o estatus. La auctoritas se mantenía después de haber renunciado al cargo, aunque podía reducirse por el comportamiento posterior de un hombre o ser eclipsada por el de otros senadores. Determinaba con cuánta frecuencia y en qué momento un magistrado que presidiera una reunión del Senado solicitaría la opinión de un antiguo magistrado, y el peso que su punto de vista tenía para otros. La auctoritas existía sólo cuando era reconocida por los demás, pero los individuos eran conscientes de su estatus y a veces podían emplearlo sin rodeos: en el año 90 a.C., el distinguido ex cónsul y censor, y actual primer senador (princeps senatus), Marco Emilio Scauro, fue acusado de aceptar sobornos de un rey hostil. El abogado de la acusación fue el mediocre Quinto Vario Severo, quien, pese a ser romano, había nacido en la ciudad de Sucro, en Hispania. Como pieza clave de su defensa, Scauro se volvió al tribunal y a la multitud que presenciaba el juicio y formuló una sencilla pregunta: «El sucrense Vario Severo dice que Emilio Scauro, sobornado por el rey, ha traicionado al pueblo romano; Emilio Scauro declara que no tiene relación con esa acusación, ¿a cuál de los dos dais crédito?». Como respuesta,Vario fue abucheado desde el tribunal y el cargo fue retirado.'

La competición no cesaba cuando uno de los candidatos obtenía el consulado. Su estatus posterior dependía de su actuación en el cargo en comparación con otros cónsules. Llevar un ejército a la victoria sobre un enemigo de la República era un gran logro, en especial si era reconocido con el premio de un triunfo a su regreso a Roma. En esta ceremonia, el vencedor conducía un carro a través del centro

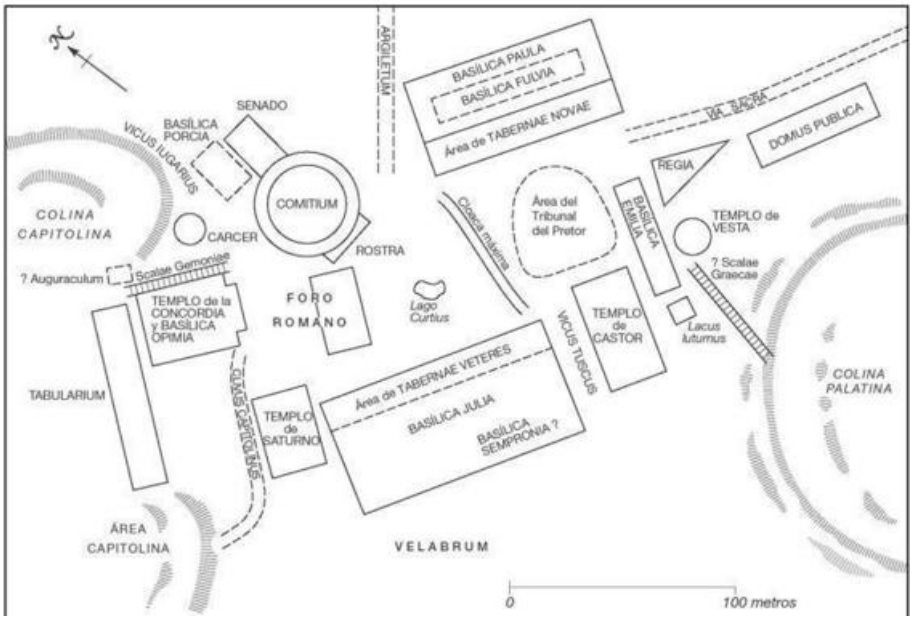
de la ciudad como parte de una procesión que incluía a sus cautivos, los botines obtenidos y otros símbolos del éxito, así como a sus propios soldados desfilando con su mejor equipo. El general iba vestido con las galas de la más importante deidad romana, Júpiter Optimus Maximus, y llegaba hasta el extremo de pintarse el rostro de rojo para parecerse a las antiguas estatuas de terracota del dios. Detrás de él se situaba un esclavo que sostenía el laurel de la victoria por encima de la cabeza del general, a la vez que le susurraba al oído un recordatorio de que era mortal. Era un gran honor que se conmemoraba eternamente colocando las coronas de laurel (o esculpiendo su efigie) en el atrio de la casa de la persona en cuestión. Un logro así se valoraba mucho, pero también se comparaba a las victorias de otros senadores. Era importante haber ganado mejores y más importantes batallas ante enemigos más fuertes o más exóticos porque incrementaban la auctoritas de un hombre en relación con otros antiguos generales. La mayoría había obtenido y completado su primer consulado para cuando habían alcanzado la mitad de la cuarentena, y podían esperar proseguir con su vida y permanecer activos en el Senado durante décadas. Su continuada prominencia en la vida pública dependía de su auctoritas, y, con el tiempo, podía aumentar. La competición estaba muy arraigada en la vida pública romana, los senadores luchaban a lo largo de sus carreras para ganar fama e influencia, así como para evitar que otros adquirieran demasiado de las mismas cosas. La elección anual de nuevos magistrados y las restricciones sobre la duración de los cargos ayudaban a que muchos senadores disfrutaran de la oportunidad de servir a la República desde un puesto

distinguido y evitaba que alguien estableciera un monopolio de gloria e influencia. Todos los aristócratas deseaban sobresalir, pero su temor más profundo era siempre que algún otro superara al resto de los rivales por un margen demasiado amplio y ganara una importancia más permanente, invocando el espectro de la monarquía. Si un individuo acumulaba demasiados éxitos, reducía el número de honores disponibles para los demás.

Aunque la República se había convertido en la principal potencia del Mediterráneo a finales del siglo u a.C., la propia urbe romana siguió siendo el foco de todos los aspectos de la vida política. Allí, y sólo allí, podían reunirse el Senado, los tribunales o las asambleas populares para elegir magistrados o aprobar la legislación. Hacia el año 100 a.C. Roma era la mayor ciudad del mundo conocido, eclipsando incluso a sus rivales más próximas, como Alejandría. Es posible que a finales del siglo i a.C. su población rondara el millón de habitantes, y ya en el año vivían allí sin duda varios cientos de miles de personas, tal vez medio millón o más. Carecemos de pruebas que nos permitan ser más precisos, pero estas ci fras al menos nos dan una idea del orden de su magnitud. Por elevada que fuera la población, en una época previa a cualquier forma de transporte que se desplazara a más velocidad que un hombre a pie o a caballo, Roma no se extendió por un área tan vasta como las ciudades más modernas. Las viviendas, en especial en las zonas pobres,

estaban abarrotadas. Y, sin embargo, en el que era el centro de Roma desde todos los puntos de vista, se abría el espacio del Foro. El Foro era un lugar de comercio, donde se congregaban desde las tiendas de moda, que lindaban con sus grandiosos edificios y ofrecían los lujos que constituían el premio del imperio, hasta los representantes de las grandes compañías mercantiles y los proveedores de grano. Era asimismo el lugar de la ley y la justicia, donde se reunían los tribunales, los abogados presentaban sus casos y los jurados pronunciaban sentencia, todo a cielo descubierto. El Foro era atravesado por la Vía Sacra, la ruta de las procesiones triunfales. Más que ninguna otra cosa, la vida pública de la República se desarrollaba dentro y en torno al Foro. Los magistrados, como tribunos, ediles y pretores, habían esta blecido plazas en el Foro donde se sentaban a hacer negocios. Cuando el Senado se reunía, lo hacía con muy pocas excepciones en un edificio lindante con el Foro, ya fuera en la Cámara del Senado (Curia) o en uno de los grandes templos. Fuera de la Cámara del Senado se encontraba la plataforma de oradores o rostra, cuyo nombre se deriva de su decoración, que estaba compuesta por las proas de las naves enemigas derrotadas durante las guerras contra Cartago. Desde la rostra, los discursos se convertían en reuniones informales del pueblo romano en los que los magistrados y algunas personalidades trataban de persuadir a los ciudadanos de que votaran a favor o en contra de un proyecto de ley, o de que favorecieran a alguien en una elección.A la orden de un magistrado adecuado, la misma multitud de romanos podría congregarse en una asamblea de tribus (el Concilium Plebis o las Comitia Tributa) y aprobar una legislación. Además de la

celebración de las elecciones, la aprobación de las leyes casi siempre se producía en el Foro. Desde muchos puntos de vista, era el corazón de Roma.'



La ciudad de Roma: área central, Foro… (Según CAH2 ix [19941 p. 370).

Parte de los detalles son conjeturas.

LOS BENEFICIOS Y EL PRECIO DEL IMPERIO

La República romana estaba en guerra a menudo, durante largos periodos y casi todos los años. La elevada frecuencia de las contiendas era habitual en el mundo antiguo, en el que los Estados rara vez necesitaban muchas más razones para atacar a sus vecinos que la creencia de que eran vulnerables. El magnífico periodo de la cultura clásica griega, con el florecimiento de las artes, la literatura y la filosofia, había llegado en un momento en el que la guerra entre las ciudades-estado griegas era endémica. Sin embargo, desde el principio de su historia, la práctica bélica romana había tenido un

carácter distintivo, no sólo por su efectividad a la hora de lograr la victoria, sino por su talento para consolidar esa victoria de manera permanente al absorber a los enemigos derrotados y convertirlos en aliados de confianza. A principios del siglo iii a.C. la práctica totalidad de la península italiana se encontraba bajo el control de Roma. Dentro de ese territorio, algunas comunidades habían obtenido la ciudadanía romana, de modo que, con los habitantes de las colonias situadas en tierra conquistada, el número de ciudadanos romanos crecía muy por encima de las poblaciones de otras ciudades-estado.A otros pueblos les fue concedido el ius latü, que implicaba privilegios menores, pero en cualquier caso trascendentes, mientras que el resto eran simplemente aliados o socii. En un plazo comparativamente breve, tanto la ciudadanía romana como el ius latü perdieron toda relación con un grupo étnico o incluso lingüístico concreto y pasaron a ser fundamentalmente distinciones legales. Con el tiempo, las comunidades que carecían de dichos privilegios podían aspirar a obtenerlos, progresando a lo largo de varias etapas desde el derecho latino a la ciudadanía sin derecho a voto, hasta finalmente obtener la ciudadanía romana plena. Cada comunidad estaba ligada a Roma por medio de un tratado específico que establecía con claridad tanto sus derechos como sus obligaciones. Todavía más evidente era el hecho fundamental de que Roma era el socio superior en cualquier convenio de ese tipo y de que no se trataba de un acuerdo entre iguales. La obligación más común de todos los tipos de aliados, incluyendo los que contaban con el derecho latino, era proveer a Roma de hombres y recursos en tiempos de guerra. Al menos la mitad de todo ejército romano estaba

compuesto invariablemente de soldados aliados. De ese modo, los enemigos derrotados del pasado ayudaban a ganar las guerras del presente. Aparte de confirmar así su lealtad, las comunidades aliadas recibían una parte pequeña, pero significativa, de los beneficios de la contienda. En vista de la alta frecuencia con la que Roma entraba en guerra y algunos eruditos han llegado a sugerir que la República necesitaba hacer la guerra para recordar a los aliados cuáles eran sus obligaciones- había numerosas oportunidades tanto para prestar un servicio como para sacar provecho.'

En el año 264 a.C. los romanos enviaron un ejército fuera de Italia por primera vez, lo que dio lugar al prolongado conflicto con los cartagineses, de cuyo origen fenicio deriva el nombre que le dieron los romanos: poeni (púnicos). La primera guerra púnica (264-241 a.C.) le reportó a Roma su primera provincia extranjera en Sicilia, a la que se añadió Cerdeña en el periodo inmediatamente posterior al conflicto. La segunda guerra púnica (218-201 a.C.) significó la presencia permanente de Roma en Hispana y su implicación en Macedonia. Las enormes reservas humanas con las que contaba la República entre ciudadanos y aliados y la disposición a aceptar pérdidas estremecedoramente elevadas fueron factores clave a la hora de asegurar la victoria ante Cartago. Estos conflictos también acostumbraron a los romanos a despachar y a aprovisionar ejér citos emplazados en posiciones muy distantes, algo que hizo posible la creación de una gran flota durante la primera guerra púnica. La República se habituó a librar batallas en varios escenarios diferentes de manera simultánea. En las primeras décadas del siglo ü a.C., Roma venció a Macedonia y al Imperio seléucida que, junto

con el de los tolomeos de Egipto, eran los más poderosos de los reinos helenísticos que surgieron tras la caída del imperio de Alejandro Magno. La destrucción de Cartago y Corinto a manos de las huestes romanas en el año 146 a.C. se convirtió en símbolo de la supremacía romana sobre las antiguas potencias del mundo mediterráneo. Se establecieron más provincias en Macedonia y África, se completó la conquista del valle del Po y se reforzó la presencia en Iliria. Hacia finales de siglo fue conquistada la Galia Transalpina (la actual Provenza, en el sur de Francia), lo que creó un vínculo seguro por tierra con las provincias en Hispania, del mismo modo que Iliria proporcionaba una conexión con Macedonia. Pronto se construirían las vías romanas, que unirían una provincia con otra de una manera monumental, pero también muy práctica. En torno a las mismas fechas fue anexionada la rica provincia de Asia. En esta época, el vínculo entre Roma y sus provincias extranjeras era mucho menos estrecho que los lazos que le unían a los pueblos de Italia, y la concesión generalizada de la ciudadanía romana o el ius latü a las poblaciones indígenas ni siquiera se planteaba. Con frecuencia, las comunidades de las provincias facilitaban tropas para servir junto al ejército romano, pero esa no era su obligación esencial, que era la de pagar un tributo regular o impuesto.

La expansión hacia el extranjero reportó importantes beneficios a numerosos romanos: para la aristocracia supuso multitud de oportunidades de obtener gloria durante sus magistraturas a través de una guerra. Las campañas contra las tribus de Hispania, la Galia, Iliria y Tracia eran frecuentes, mientras que los enfrentamientos con los famosos Estados del

mundo helenístico eran menos habituales aunque mucho más espectaculares. Dado que las guerras eran un fenómeno casi constante, la competición entre los senadores se centraba en quién había ganado la contienda mayor o más peligrosa, y también se concedía un gran valor al honor de ser el primero en derrotar a un pueblo. La gloria venía acompañada de grandes fortunas procedentes del saqueo y la venta de los prisioneros como esclavos. Parte de esa riqueza se destinaba a la República y parte a los soldados, pero puesto que los rangos superiores recibían cuotas más altas, los que se beneficiaban realmente eran los comandantes. Las victorias conseguidas en el Mediterráneo oriental eran especialmente lucrativas y durante el siglo u a.C. varios generales regresaron de esas batallas habiendo cosechado los triunfos más fastuosos y espectaculares que se habían visto nunca. Fue en ese periodo cuando la ciudad empezó a reconstruirse con un estilo más ostentoso: los comandantes victoriosos utilizaban parte de sus botines para erigir grandiosos templos y otros edificios públicos como recordatorios permanentes de sus logros. La competencia por la fama y la influencia continuaron dominando la vida pública, pero se estaba convirtiendo en un negocio cada vez más caro, ya que algunos generales traían riquezas inmensas de sus victorias. A los senadores pertenecientes a aquellas familias que no habían conseguido obtener ningún puesto de mando en las campañas más rentables les resultaba cada vez más dificil costearse la carrera política. La brecha entre los senadores más ricos y los más pobres fue ampliándose de forma constante, lo que redujo el número de hombres que podían competir por las magistraturas y mandos supremos.

No sólo los senadores sacaron provecho de la creación del imperio, pero, en general, las nuevas condiciones beneficiaron sobre todo a los ciudadanos acomodados. La República no organizó un extenso aparato burocrático para administrar las provincias, de modo que los gobernadores sólo disponían para gobernar de un limitado número de funcionarios a los que se sumaban miembros de sus propias familias. Como resultado, gran parte de los negocios diarios quedaba en manos de las comunidades locales, mientras que otra parte importante la llevaban a cabo compañías privadas dirigidas por romanos acaudalados. Estos solían ser miembros de la orden ecuestre, dado que la ley prohibía a los senadores realizar contratos de ese tipo. (Así se pretendía evitar que los intereses comerciales influyeran en las opiniones expresadas en el Senado. No obstante, se sospecha que muchos senadores invirtieron dinero en empresas dirigidas abiertamente por ecuestres). Las compañías lideradas por los ecuestres pugnaban por el derecho a recaudar impuestos en una región, vender prisioneros de guerra y otros frutos de sus rapiñas, o por conseguir enormes contratos para abastecer al ejército de alimento y equipo. Se les conocía por el apelativo de publican -los publicanos de la Biblia- debido a que desempe fiaban tales tareas requeridas por la República, pero su motivo principal era obtener un beneficio y no realizar un servicio público. Una vez que una compañía había accedido a pagar al Tesoro una suma fija por el derecho a recaudar impuestos en una región o provincia en concreto, era necesario que recaudara un importe superior de las provincias. Los agentes de las compañías de todos los niveles tendían a quedarse con una parte de los ingresos, por lo que, inevitablemente, la

cantidad real que se exigía de la población de la provincia a menudo era muy superior a la suma recibida por el fisco. Sin embargo, por regla general, la República se daba por satisfecha con este estado de cosas y el resentimiento que se despertaba en los habitantes de las provincias podía, si era necesario, aplacarse con la fuerza del ejército. Aparte de los publican, muchos otros romanos y sus agentes hacían negocios en las provincias. El solo hecho de ser romano -y la mayoría de los italianos eran tomados por romanos por otras razas- brindaba a los comerciantes (negotiatores) notables ventajas por asociación con el poder imperial. Con frecuencia, los más influyentes -que de nuevo tendían a ser los más ricos de sus representantes- conseguían obtener ayudas más directas de los gobernadores de las provincias. Las actividades de los comerciantes no suelen figurar sino de forma tangencial en nuestras fuentes antiguas, pero es importante no infravalorar sus cifras o la escala de sus operaciones. Estos personajes sacaron mucho provecho del imperialismo de Roma, aunque es muy poco probable que llegaran a influir verdaderamente en el proceso de toma de decisiones que dirigía las actividades en el extranjero de la República.`

A través de generaciones, una proporción excepcionalmente alta de romanos sirvieron en el ejército. Hasta que el gobierno de la Francia revolucionaria introdujo el servicio militar obligatorio ningún Estado de dimensiones comparables había movilizado un porcentaje tan elevado de sus recursos humanos durante un plazo tan prolongado. Al parecer, hasta mediados del siglo u a.C. la resistencia popular al alistamiento obligatorio era escasa y la mayoría de hombres asumía de buen grado sus deberes militares. Pese a la brutal

disciplina que imponían las legiones, algunos consideraban el servicio activo muy atractivo debido a las abundantes perspectivas de saqueo y de obtener fama y honores. Los romanos eran también profundamente patrióticos y valoraban esta demostración de su compromiso con la República. El ejército reclutaba entre las clases propietarias, porque se esperaba que cada soldado aportara por sí mismo el equipamiento necesario para servir como jinete -los muy acaudalados-, como soldado de infantería pesada -la mayoría-, o como soldado de infantería ligera -los reclutas más pobres o más jóvenes-. El núcleo de las legiones estaba formado por granjeros, ya que la tierra seguía siendo la forma más común de propiedad. El servicio militar se prolongaba hasta que la legión se licenciaba, lo que con frecuencia ocurría al finalizar la guerra. En los primeros días de la República, el servicio en el ejército podía durar sólo unas pocas semanas, o como mucho unos meses, porque el enemigo solía estar próximo y la contienda era de pequeña escala y de breve duración. Idealmente, permitía que el soldado-granjero ganara una rápida victoria y, a continuación, volviera a casa a tiempo de cosechar sus propios campos. A medida que Roma se expandía, las guerras se entablaban cada vez más lejos y tendían a ser más largas. Durante las guerras púnicas, decenas de miles de romanos permanecieron lejos de sus casas durante años. Varias provincias extranjeras exigían acuartelamientos permanentes, por lo que aquellos hombres lo suficientemente desafortunados para ser enviados a algún destino como Hispana, a menudo debían sobrellevar de cinco a diez años de servicio continuado. En su ausencia, sus pequeñas granjas corrían el riesgo de arruinarse y sus familias de caer en la

miseria. La situación empeoraba a medida que la cualificación mínima por propiedad disminuía para ofrecer más mano de obra, ya que esos reclutas inevitablemente vivían mucho más cerca del umbral de pobreza. El servicio militar prolongado lleva a la quiebra a muchos pequeños agricultores, y la pérdida de su tierra significaba que en el futuro carecerían de propiedad suficiente para ser llamados a las filas de la legión. A partir de la segunda mitad del siglo creció la preocupación de que el número de ciudadanos elegibles para el ejército estuviera en irreversible disminución.

Las dificultades de muchos pequeños agricultores se produjeron de forma paralela a la aparición de otros factores que dieron como resultado la reestructuración de la agricultura italiana. Los beneficios de la expansión reportaron fabulosas riquezas a muchos senadores y ecuestres, que invirtieron gran parte de sus fortunas en inmensos latifundios, absorbiendo a menudo tierra que originariamente había estado dividida en múltiples minifundios. La elevada frecuencia de la guerra garantizaba la abun dancia de esclavos baratos, por lo que el cultivo de esas fincas (latifundia) se dejaba invariablemente en manos de siervos. Las dimensiones de las parcelas, el número de esclavos que las trabajaba y la fastuosidad de las villas construidas para acoger al propietario en sus visitas eran nuevas formas de competir en la ostentación de sus portentosas fortunas. En términos más prácticos, los latifundios podían dedicarse a la agricultura comercial, que proporcionaba beneficios constantes, de bajo riesgo. En muchos aspectos se trataba de un círculo vicioso, puesto que los continuados enfrentamientos en provincias distantes alejaban a más y más ciudadanos agricultores de sus

tierras y, a menudo, les dejaba a ellos y a sus familias en la miseria, a la vez que estos mismos conflictos enriquecían aún más a la élite de la sociedad y les suministraba los medios para crear más latifundia. Las excavaciones arqueológicas no han permitido cuantificar con exactitud los cambios acaecidos en los modelos agrícolas italianos durante el periodo, y en algunas zonas parece al menos que la agricultura minifundista persistió. Sin embargo, es incuestionable que se produjeron cambios significativos en amplias zonas y no hay duda de que los propios romanos los percibieron como un problema grave."

POLÍTICA Y DERRAMAMIENTO DE SANGRE

En el año 133 a.C., Tiberio Sempronio Graco, uno de los diez tribunos de la plebe elegidos cada año, lanzó un ambicioso programa de reforma destinado a solucionar ese problema. Los tribunos diferían de otros magistrados en que no tenían ningún papel fuera de Roma. En origen, el cargo había sido creado para brindar al pueblo protección frente al abuso de los magistrados superiores, pero en aquel momento suponía fundamentalmente un paso más en el desarrollo de una carrera.Tiberio se encontraba al final de la treintena, provenía de una familia muy distinguida -su padre había sido censor y dos veces cónsul- y se preveía que llegaría lejos. En su tribunado, se centró en la tierra pública confiscada a lo largo de los siglos a los enemigos italianos vencidos.Tanto desde el punto de vista legal como teórico, se suponía que esa tierra se había repartido en parcelas de tamaño comparativamente pequeño entre muchos ciudadanos, pero en la práctica amplias franjas de terreno habían sido convertidas en latifundios. Graco aprobó una ley que

confirmaba el límite legal de tierra pública que cada individuo podía ocupar y redistribuía el resto entre los ciudadanos más pobres, elevándolos así a la categoría de propietarios elegibles para el servicio militar. Algunos senadores le apoyaron, pero la mayoría se enfrentaba a perder terrenos a través de la confiscación de tierra pública obtenida de modo indebido, y lo mismo le sucedía a numerosos ecuestres influyentes. Al no conseguirla aprobación de su ley en el Senado, Tiberio Graco violó la tradición llevándola directamente a la asamblea popular. Cuando un colega del tribunado trató de detener los procedimientos imponiendo su veto, Graco organizó una votación y logró que el tribuno fuera depuesto de su cargo. Es posible que su actuación fuera legal, ya que en teoría el pueblo podía legislar sobre cualquier asunto, pero asestó un duro golpe en el mismo corazón del sistema republicano al cuestionar la premisa de que todos los magistrados del mismo rango eran iguales.

A algunos senadores que podrían haber simpatizado con los objetivos de la legislación de Graco les inquietaba que las ambiciones del tribuno estuvieran más ligadas a la obtención de poder personal que a realizar una reforma altruista, porque Graco podía llegar a ganar un inmenso prestigio y auctoritas si lograba mejorar el destino de tantos ciudadanos. Se propagó el temor de que aspirara a algo más espectacular incluso que la exitosísima carrera que se esperaba para un hombre con sus antecedentes. El hecho de que el mismo Graco, su suegro y su hermano pequeño Cayo fueran los tres comisionados designados para supervisar la distribución de la tierra y la notable influencia que ese nombramiento llevaba aparejada despertó aún más indignación. Algunas voces

comenzaron a acusarle de perseguir el regnum, el poder permanente de un monarca. La gota que colmó el vaso fue que Graco, alegando que necesitaba garantizar que sus leyes no resultaran revocadas de manera inmediata, se presentó a las elecciones de tribuno para el año Su éxito no estaba asegurado: por la misma naturaleza de sus reformas, muchos de los ciudadanos que estaban más en deuda con él se habían establecido en granjas que estaban demasiado alejadas de Roma para asistir a unos comicios. No obstante, la emoción se desbordó cuando el cónsul que presidía el Senado se negó a tomar medidas contra el tribuno. Un grupo de senadores enfurecidos encabezados por el primo de Tiberio, Escipión Nasica, abandonó la reunión como una turba y linchó al tribuno y a muchos de sus seguidores. A Graco le rompieron la cabeza con la pata de una silla y su cuerpo, como el de sus partidarios, fue arrojado al Tíber.

Era la primera vez que las disputas políticas terminaban en un estallido de violencia de tan funestas consecuencias, y Roma quedó sumida en un estado de incrédula consternación. (Algunas historias de los primeros años de la República relataban que varios demagogos u otras personas habían sido linchados por ser considerados una amenaza para el Estado, pero la memoria romana las había relegado a la categoría de cosas del pasado). Tras los disturbios, gran parte de la legislación de Tiberio Graco siguió vigente, pese a la violenta persecución a la que fueron sometidos algunos de sus partidarios que habían sobrevivido. Cayo, el hermano del tribuno, estaba sirviendo en el ejército en Hispana en aquella época y, a su regreso a Roma, se le permitió continuar su carrera. Le consumía el rencor por la suerte que había corrido

Tiberio, pero tenía poco más de veinte años y sólo cuando le nombraron tribuno en el año 123 a.C. se embarcó en su propia serie de reformas, que resultaron ser mucho más radicales y de mayor alcance que las de su hermano. Su radicalidad se debía en parte a que dispuso de más tiempo, pues logró ser elegido para un segundo mandato como tribuno en el año 122 a.C. sin despertar ninguna oposición seria. Muchas de sus reformas atañían al reparto del botín del imperio, que Cayo pretendía ampliar. Confirmó la legislación de su hermano y aumentó su alcance a la hora de restaurar el número de ciudadanos propietarios al establecer una colonia en el emplazamiento de Cartago. Consiguió asimismo muchos seguidores entre los ecuestres al crear un tribunal para juzgar a los senadores acusados de mala práctica en su servicio como gobernadores provinciales y constituir el jurado con miembros de la orden ecuestre. Hasta ese momento, un senador sólo había sido juzgado por sus pares. La decisión de Cayo de extender la ciudadanía a muchos más latinos e italianos fue menos popular entre los romanos, y su intento de lograr un tercer mandato como tribuno fracasó. Desde el principio, tanto Cayo como sus oponentes estaban más dispuestos a emplear la intimidación y las amenazas que cualquier político diez años antes. La situación alcanzó un punto crítico cuando una refriega acabó con la muerte de uno de los siervos del cónsul Opimio. El Senado sancionó un decreto -conocido entre los expertos como senatus consultum ultimum (senadoconsulto último) debido a una expresión utilizada por César, aunque no se sabe cómo se llamaba en la época- instando al cónsul a defender la República por cuantos medios considerara necesarios. La ley normal fue suspendida

y los partidarios de ambos bandos se armaron. Opimio añadió a sus fuerzas un grupo de arqueros mercenarios cretenses que aguardaban a las afueras de Roma, lo que sugiere un grado de premeditación en sus acciones. Cayo y sus seguidores, inferiores en número, ocuparon el templo de Diana en la colina Aventina, pero el cónsul rechazó toda oferta de negociación e irrumpió en el edificio al asalto. Graco murió en la lucha y su cabeza fue entregada a Opimio, que había prometido su peso en oro como recompensa."

No sabemos si los Gracos eran auténticos reformadores ansiosos por resolver los que consideraban los problemas de la República o un grupo de hombres ambiciosos cuyo única aspiración era ganar grandes dosis de popularidad. Es probable que sus motivos no fueran totalmente puros. Resulta dificil creer que un senador romano pudiera ignorar las ventajas personales que albergaba una legislación tan drástica. Independientemente de su motivación personal, pusieron de manifiesto los problemas existentes en la sociedad, en particular los apuros de muchos ciudadanos sin dinero, y el deseo de los que habían quedado excluidos del pastel del poder, ya fueran de la orden ecuestre o de la población italiana, de obtener una porción mayor. El impacto de la carrera de los Gracos en la vida pública no fue inmediato -la gran mayoría de tribunos siguió siendo elegida por un solo mandato y la violencia política era poco común-, pero a la larga resultó profundo. En un sistema que se basaba tanto en los precedentes, muchos principios fundamentales se vieron sacudidos en sus cimientos. Los hermanos habían demostrado cómo podía adquirirse un alto grado de influencia, aunque fuera temporal y en cierto modo precario, apelando a la

creciente conciencia de los grupos sociales de una forma nueva. Era sólo cuestión de tiempo antes de que apareciera algún otro que poseyera tanto el prestigio inicial como el deseo de emularlos. La inercia del Senado al tratar los problemas que los Gracos habían puesto de relieve y su decisión de no hacer nada en vez de permitir que alguien se quedara con el mérito de ofrecer una solución no mejoró las cosas. Para colmo, las últimas décadas del siglo ü no se distinguieron por la competencia y honestidad generalizadas por parte de los numerosos magistrados.

Un enfrentamiento dinástico en el reino aliado de Numidia en el norte de África dio lugar a una sucesión de escándalos cuando se descubrió que los senadores habían aceptado generosos sobornos para favorecer la reivindicación deYugurta. La masacre de miles de comerciantes romanos e italianos en la localidad de Cirta provocó la indignación en Roma y, en consecuencia, se mandó un ejército contraYugurta, pero la guerra se libró con apatía, y en el año esas tropas fueron derrotadas y se rindieron ante el enemigo. Después de eso, un cónsul más hábil fue enviado para hacerse cargo de la situación, pero todo el episodio había dañado gravemente la fe de la población en general en la capacidad de la élite senatorial para desempeñar el liderazgo. Explotando ese clima, Cayo Mario hizo campaña para conseguir el consulado del año midiéndose él, un soldado duro y experimentado cuyo éxito se debía sólo al mérito personal, con los vástagos de las casas nobles, que confiaban en la gloria de sus ancestros antes que en su propia habilidad. Mario cosechó una cómoda victoria y, mediante la ayuda de un tribuno que aprobó una ley en la asamblea popular para

invalidar la distribución de las provincias por parte del Senado, obtuvo el mando en Numidia. Un nuevo intento para contenerle tuvo lugar cuando el Senado se negó a dejar que formara nuevas legiones para llevarse a África, dándole permiso únicamente para transportar voluntarios. Mario fue más hábil que ellos y los seleccionó entre las clases más pobres, hombres que, por lo general, no eran elegibles para el servicio militar. Era una etapa importante en la transición de una milicia popular de reclutas provenientes de una muestra representativa de las clases propietarias a un ejército profesional reclutado mayoritariamente entre los muy pobres. El cambio no fue instantáneo, pero su significado llegaría a ser profundo y su contribución a poner fin a la República fue considerable.`

Más adelante, a finales del año Mario ganó la guerra en Numidia, pero en aquel momento la oscura amenaza de los cimbros y los teutones se cernía sobre Italia. De nuevo, los primeros contactos con estas tribus se habían caracterizado por los escándalos y la incompetencia de los magistrados, muchos de los cuales pertenecían a las familias más antiguas. Existía la opinión generalizada, evidente entre los más acomodados así como entre las clases más desfavorecidas, porque eran los primeros los que dominaban las votaciones en las Comitia Centuriata, de que Mario era la única persona a quien se le podía confiar la tarea de derrotar a los bárbaros, lo que desembocó en su inigualada sucesión de consulados, una violación mucho más grave del precedente que la de los tribunados consecutivos de Cayo Graco. Saturnino y Glaucia brindaron apoyo a Mario y, al mismo tiempo, confiaron en poder capitalizar su éxito. En el año Saturnino era tribuno y

aprobó una ley que otorgaba tierras del norte de África a muchos veteranos de Mario de la guerra en Numidia. El padre de César fue uno de los comisionados designados para supervisar la implementación de este proyecto de ley o, lo que era más probable, de uno similar sancionado por Saturnino en el año El uso de reclutas procedentes de las secciones más pobres de la sociedad significaba que estos hombres no tenían fuente de ingresos cuando les licenciaban y volvían la vida civil. Parte de la legislación aprobada por Saturnino en el año estaba destinada a proveer de lo necesario a los soldados licenciados de las operaciones contra los cimbros. Saturnino utilizó el tribunado de modo muy similar a los Gracos, presentando medidas populares para repartir la tierra, en especial la tierra de las provincias y renovando una medida que ponía trigo a disposición de todos los ciudadanos por un precio fijo independiente del precio del mercado. Esta última había sido introducida por Cayo Graco, pero se abandonó tras su muerte.Y, sin embargo, desde el principio, la reputación de Saturnino y Glaucia era inferior a la de los Gracos y los primeros eran mucho más propensos a recurrir a la violencia. Al final llegaron demasiado lejos y perdieron el respaldo de Mario que, amparándose en el senadoconsulto último, como hiciera Opimio en el año 122 a.C., lideró su eliminación. La República en la que había nacido César no se las estaba arreglando demasiado bien con algunos de los problemas a los que se enfrentaba.

II

LA INFANCIA DE CÉSAR

Descendiente de la nobilísima familia de los Julios, según se sabe, muy antigua, un linaje que procedía de Anquises y Venus, destacó por su prestancia entre todos los ciudadanos…

VELEYO PATERCULO, principios del siglo I a.C.[1]

Pues en César hay muchos Marios.

SILA[2]

Cayo julio César nació el 13 de julio del año 100 a.C. del calendario actual. El día es seguro, pero sobre el año se cierne una sombra de duda debido a que, casualmente, las secciones iniciales de las biografias de Suetonio y Plutarco se han perdido. Unos cuantos expertos han fechado su nacimiento en los años pero sus argumentos no han logrado convencer a la mayoría y el consenso sigue apostando firmemente por el año 100. Por el calendario romano, César nació el tercer día antes de los idus de Quintilis durante el consulado de Cayo Mario y Lucio Valerio Flaco que, a su vez, era el año 644 «tras la fundación de la Ciudad». Quintilis -el nombre está relacionado con quintas o quinto- era el quinto mes del año de la República, que comenzó en marzo (martius). Más adelante, durante la dictadura de César, el mes sería rebautizado julio en su honor, de ahí el nombre actual del mes. Los idus de Quintilis, como los de marzo, caían el 15, pero los romanos incluían también ese día cuando contaban hacia atrás o hacia delante a partir de esas fechas.

Los nombres revelaban mucha información sobre la posición de una persona en la sociedad romana. César poseía la completa (tres nombres) de un ciudadano romano. El primer nombre (praenomen) tenía prácticamente la misma función que su equivalente moderno: identifica ba al miembro de una familia y era usado en conversaciones informales. La mayoría de familias empleaba el mismo praenomen para sus hijos generación tras generación. Tanto el padre como el abuelo de César se llamaban también Cayo, al igual, seguramente, que muchos más primogénitos de este linaje de julios Césares. El nombre segundo o principal (nomen) era el más importante porque era el nombre del linaje o grupo de familias a las que alguien pertenecía. El tercer nombre (cognomen) especificaba la rama concreta de este agrupamiento más amplio, aunque no todas las familias, ni siquiera entre los aristócratas, contaban con esa distinción. El gran rival de César, Cneo Pompeyo, así como su propio lugarteniente, Marco Antonio, pertenecían a familias que no poseían cognomina.Algunos individuos adquirían un sobrenombre adicional, semioficial, que, gracias al saludable sentido del humor de los romanos, con frecuencia se adjudicaba a cuenta de su apariencia. El padre de Pompeyo era conocido como Estrabón o «el estrábico», como también un primo lejano de César, Cayo Julio César Estrabón. El nombre de César nunca recibió adendas de este tipo. Cuando era muchacho le pusieron los tres nombres, pero si hubiera sido una chica, habría sido conocida sólo por la forma femenina del nomen. La tía, las hermanas y la hija de César eran llamadas sencillamente Julia, de la misma manera que cualquier miembro femenino de cualquier rama de la gens

Julia. Si una familia tenía más de una hija, en contextos oficiales su nombre aparecía seguido de un número para distinguirlas. Esta disparidad entre los sexos dice mucho sobre el mundo romano: los hombres, y sólo los hombres, podían desempeñar un papel en la vida pública y era importante saber con precisión quién era cada uno de ellos en el competitivo mundo de la política. Las mujeres no tenían papel en la política y no necesitaban una especificación de ese tipo.'

Los julios eran patricios, lo que significa que eran miembros de la más antigua clase aristocrática de Roma, que en la primera época de la República había monopolizado el poder, reinando sobre los plebeyos, mucho más numerosos. Se sabe poco sobre los diez o doce miembros del clan que ganaron las elecciones a las magistraturas superiores en los primeros dos siglos de la República.A diferencia de otros linajes de patricios de más éxito, como los Fabios y los Manlios, al parecer, los julios no conservaron y acrecentaron los logros de sus ancestros con demasiada eficacia. Varias de estas otras familias continuaron manteniendo un alto grado de influencia en el periodo en el que el control que disfrutaban en exclusiva del poder los patricios comenzó a debilitarse de forma gradual cuando los plebeyos demandaron más derechos y algunas familias plebeyas de elevada fortuna se introdujeron por la fuerza en la élite dirigente. A partir del año uno de los dos cónsules anuales tenía que ser plebeyo; a finales del siglo ü, la mayoría de las familias más influyentes entre la élite senatorial eran plebeyas. Quedaron unos pocos honores que seguían estando destinados únicamente a los patricios, a quienes, a su vez, no se les permitía convertirse en

tribunos de la plebe. En general, de todos modos, las diferencias entre ambas clases eran mínimas. El mero hecho de ser patricia no garantizaba el éxito político de una familia. No existía ningún proceso de creación de nuevos patricios y, a lo largo de los siglos, varias familias se extinguieron por completo o fueron cayendo poco a poco en el olvido. Los julios sobrevivieron, pero poseían escasa prominencia en la vida pública. Un julio César -el primer hombre que conocemos que tuvo ese cognomenalcanzó la pretura durante la segunda guerra púnica. Un autor muy posterior afirmó que este julio había adoptado ese nombre porque había matado al elefante de un enemigo durante el combate y que se trataba de la palabra fenicia para elefante. Otra historia relataba que el nombre significaba «peludo» y que la familia era famosa por el grosor de sus cabellos. Es posible que esta historia sea una invención. Lo que sí parece cierto es que en torno a la misma época el linaje se dividió en dos ramas distintas, ambas denominadas julio César, pero registradas en tribus diferentes en el censo. En el año Lucio julio César obtuvo el consulado, cargo que ningún otro César ocuparía en el siglo u a.C. No era antepasado de Cayo, sino que descendía de la otra rama, algo más exitosa, de la familia. En los primeros años del siglo i, varios julios Césares comenzaron a disfrutar de más fortuna en las elecciones. En el año 91 a.C., Sexto julio César fue cónsul, así como Lucio julio César en el año 90. El hermano pequeño de este último, Cayo julio Césares Estrabón, fue edil el mismo año, una magistratura de rango inferior cuyas responsabilidades incluían la supervisión de los festivales y entretenimientos públicos. Lucio y Cayo pertenecían a la otra rama de la familia y, por tanto, eran primos lejanos del padre

de César. De los dos, Estrabón era muy respetado como uno de los principales oradores de su época, mientras que Sexto julio César es una especie de misterio, no se sabe con certeza de qué rama de la familia provenía. Es posible incluso que fuera tío de César, el hermano menor, o más probablemente, mayor de su padre Cayo, pero no hay pruebas concluyentes que lo demuestren y es posible que sólo fuera su primo.'

Aunque el impacto de los julios en la historia de la República era menor que el de otros clanes, su antigüedad era ampliamente reconocida. Se dice que se habían asentado en Roma en el siglo vii a.C. tras la captura y destrucción de la ciudad vecina de Alba Longa a manos de Tulo Hostilio, el tercer rey de los romanos. No obstante, la asociación con los primeros días de Roma no se inicia con este acontecimiento, ya que la familia sostenía que su nombre derivaba de julo (en latín lulus), el hijo de Eneas, el líder de los desterrados troyanos que se había establecido en Italia tras la caída de Troya. El mismo Eneas era hijo del humano Anquises y de la diosa Venus, es decir, que los antepasados de los julios eran divinos. En aquella época, los mitos de tiempos remotos no habían cristalizado aún en la forma que adoptarían en la era de Augusto, cuando el poeta Virgilio y el historiador Tito Livio narraron las historias con mayor detalle. Incluso Tito Livio reconocería que había versiones discrepantes de la historia de Eneas y sus descendientes; no estaba seguro de si había sido Julo u otro hijo de Eneas quien fundara Alba Longa y se convirtió en su primer rey, estableciendo la dinastía de la que, tiempo después, nacería Rea Silvia, la madre de Rómulo y Remo. Hay pocos indicios de que a principios del siglo i a.C. hubiera muchos romanos que fueran

conscientes de esa posible asociación entre los julios y Rómulo. Por el contrario, la afirmación de que el clan descendía de Venus era muy conocida y lo más probable es que no se tratara de una invención reciente. Suetonio dejó constancia de parte de la oración pronunciada por César en el funeral de su tía en el año 69 a.C.:

> El linaje de mi tía Julia por el lado materno desciende de reyes y por el paterno está vinculado a los dioses inmortales; pues de Anco Marcio proceden los Marcios Reyes cuyo nombre llevaba su madre, y de Venus los julios, de cuya estirpe forma parte nuestra familia. Aúna pues, en su linaje, la majestad de los reyes que son los que más poder tienen entre los hombres y la santidad de los dioses de quienes los propios reyes dependen.'

Es evidente que César dio por supuesto que su público no se sorprendería ante tales declaraciones. Algunos estudiosos han señalado que el nombre más que marcar una conexión con la monarquía podría derivar de un papel en las ceremonias religiosas de los inicios de la República. Es muy probable que sea cierto, pero este tipo de distinciones seguramente no eran tan claras en el siglo i a.C.

Apenas sabemos nada del abuelo de César, Cayo julio César, pero es muy posible que ocupara una pretura. Su esposa era Marcia, hija de Quinto Marcio Rex, que había sido pretor en el año 144 a.C. Tuvieron al menos dos hijos, Cayo, el padre de César, y su tía Julia, que se casaría con Cayo

Mario. Como hemos visto, tal vez existiera un tercer hijo, Sexto, que llegó a ser cónsul en el año Cayo emprendió la carrera pública con cierto éxito, logrando una cuestura o bien justo antes o bien justo después del nacimiento de su hijo. Su esposa era Aurelia, que procedía de una célebre familia de nobles plebeyos, pues tanto su padre como su abuelo habían alcanzado el consulado en el año 114 y en el 119 a.C. respectivamente, y tres de sus primos, Cayo, Marco y Lucio Aurelio Cota obtendrían asimismo esa distinción. Es probable que contraer matrimonio con un miembro de esa familia supusiera una gran ayuda para las perspectivas políticas de Cayo César, pero aún recibirían un impulso mayor cuando su hermana se desposó con Mario. Como ya hemos mencionado, Cayo fue uno de los diez comisionados encargados de supervisar parte del programa de colonización creado por Saturnino para los veteranos de Mario en los años 103 o En su momento, será elegido pretor, pero se desconoce el año en que lo logró y las fechas conjeturadas han oscilado desde el año 92 hasta el Es más probable que se tratara de la fecha más temprana, ya que el año de magistratura fue seguido por un periodo de gobernador de la provincia de Asia y lo más probable es que ocupara el puesto en torno al año Cayo falleció a principios del año y no podemos saber si sus conexiones le habrían bastado para llevarle hasta el consulado. Si su pretura se desarrolló, en efecto, ya en el año entonces sin duda habría tenido la suficiente edad para perseguir la magistratura suprema… y si Sexto César era realmente su hermano, seguro que su éxito electoral en el año 91 a.C. animó a Cayo. Sin embargo, si alguna vez se presentó al consulado, entonces es obvio que fracasó. En última instancia,

nuestra documentación sobre la familia de César es tan escasa y confusa que es poco lo que podemos afirmar con total certeza, aparte de la conclusión generalizada de que la carrera de su padre tuvo un éxito razonable, aunque no espectacular. No podemos decir si sus logros satisficieron o decepcionaron al propio Cayo y a su familia inmediata.

Cayo y Aurelia tuvieron tres hijos, César y dos hermanas, ambas, por supuesto, llamadas Julia. Es más que posible que hubiera otros hijos que no llegaron a la edad adulta, dado que la tasa de mortalidad infantil era tremendamente elevada en Roma (y, desde luego, en todo el mundo antiguo), incluso entre la aristocracia. Se dice que Cornelia, la madre de los Gracos, dio a luz a doce bebés, de los cuales sólo tres -Tiberio, Cayo y su hermana Sempronia- sobrevivieron. Es probable que se tratara de un caso excepcional, pero parece que el hecho de que dos o tres hijos alcanzaran la madurez era una media estable. Había excepciones; por lo visto, los Metelos, una noble familia plebeya de considerable fortuna e influencia, habían sido especialmente fértiles y, como resultado, tuvieron gran peso en las filas de las magistraturas supremas en los últimos cien años de la República.'

PRIMEROS AÑOS Y EDUCACIÓN

Existe escasa documentación sobre los primeros años de César, pero se han deducido algunas cosas de los conocimientos generales sobre la aristocracia en la Roma contemporánea. Como en la mayoría de las sociedades hasta el pasado comparativamente reciente, los bebés solían nacer en casa. El nacimiento de un niño era un acontecimiento importante para una familia senatorial y la tradición exigía que tuviera lugar con testigos. Cuando el nacimiento

pareciera inminente, se enviaban mensajes para informar a los parientes y a los socios políticos, que, por lo general, se presentaban a continuación en la casa. Tradicionalmente su papel había sido en parte actuar como testigos de que el bebé era un verdadero miembro de la aristocracia, y algo de ese papel se había conservado. Ni su padre ni esos invitados estarían en realidad en persona en la habitación en la que estaba confinada la madre, asistida por una comadrona y seguramente algunas parientes y esclavas. En contadas ocasiones la madre era asistida por un médico, pero, en ese caso, él era el único hombre presente. Aunque más adelante el procedimiento llevaría su nombre, no hay pruebas de la época que sugieran que el parto de César tuviera lugar por césarea, aunque sí se sabe que era un método conocido en la Antigüedad. De hecho, es altamente improbable, dado que la operación solía ser mortal para la madre y Aurelia continuó viviendo varias décadas más. (Una fuente muy posterior sostiene que uno de los antepasados de César nació de esta manera). De hecho, no hay fuente que indique que su nacimiento no fuera totalmente normal, puesto que un parto de nalgas o bien otro tipo de parto dificil eran considerados un mal augurio y existe constancia documental de algunos de ellos, de los que el más famoso fue el del emperador Nerón. Una vez que el bebé había nacido, la comadrona lo tendía en el suelo y lo inspeccionaba en busca de anormalidades o defectos, valorando, en un nivel muy básico, sus oportunidades de sobrevivir. Sólo entonces los padres decidían si aceptaban e intentaban criar al niño. Según la ley, esta decisión era tomada por el padre, pero es muy poco probable que la madre no estuviera implicada, en especial

cuando tenía un carácter tan tremendo como Aurelia.7

Una vez que el niño había sido aceptado, se encendían fuegos en varios altares en la casa de los padres. Muchos de los invitados realizarían el mismo ritual cuando volvieran a sus propios hogares. El día del nacimiento era muy importante para los romanos y se celebraba con importantes festejos. Cuando el niño tenía nueve días de edad -por razones que se desconocen, la misma ceremonia tenía lugar un día antes en el caso de las niñas la familia celebraba una ceremonia formal de purificación (lustratio). Con ello se pretendía liberar al niño de cualquier espíritu maligno o contaminación que pudiera haber penetrado en él durante el proceso del parto. La noche previa se velaba y se llevaban a cabo una serie de ritos que culminaban el mismo día con sacrificios y la observación del vuelo de los pájaros como guía sobre el futuro del niño. Al bebé se le solía regalar un amuleto especial, normalmente de oro, conocido como la bulla, que se introducía en una bolsa de cuero y se colgaba del cuello. Como parte de la ceremonia, era bautizado y, a continuación, su nombre era registrado de manera oficial. El ritual y la religión rodeaban a todos los romanos, sobre todo a los aristócratas, en todas las etapas de su vida.'

Normalmente, la madre desempeñaba el papel preponderante en los primeros años de la educación de los hijos. Es poco probable que Aurelia diera el pecho a ninguno de sus hijos, puesto que, en los inicios del siglo u a.C., la mujer de Catón el Viejo fue considerada un caso excepcional por hacerlo. Esta y otras historias similares hacen pensar que había dejado de ser habitual que una mujer de la aristocracia diera de mamar a sus hijos.' Lo más probable es que se

buscara una nodriza entre el nutrido grupo de esclavos que mantenía bajo su techo cualquier familia aristócrata, incluso una de fortuna tan modesta como los Césares. La selección de una nodriza y otras esclavas para cuidar del infante eran tareas importantes para una madre, que las supervisaba estrechamente y realizaba asimismo múltiples tareas por sí misma. Otra historia que celebraba la importancia que Catón otorgaba a su papel de padre cuenta cómo se esforzaba para estar presente siempre que su esposa Licinia bañaba a su hijo, lo que implica que la presencia de la madre se daba por supuesta en tales ocasiones. Se suponía que las madres no debían ser figuras distantes para unos niños atendidos principalmente por siervos, pero, en cualquier caso, su autoridad era considerable. Tácito, un escritor de finales del siglo hablaba sobre el papel de la madre en la educación de los hijos en un párrafo que presentó ante Aurelia como una descripción del ideal:

> Pues antaño los hijos nacidos de madre honrada no se criaban en el cuartucho de una nodriza alquilada, sino en el regazo y en el seno de su propia madre, y ésta tenía como principal motivo de orgullo velar por la casa y ser una esclava para sus hijos… En su presencia no se permitía nada que pudiera parecer expresión grosera o acción vergonzosa. Con una virtud que infundía respeto, moderaba incluso los esparcimientos y juegos de los niños, no ya sólo sus aficiones e inquietudes. Así se ocupó Cornelia, la madre de los Gracos, de la educación de sus hijos -según se nos ha dicho- y consiguió que llegaran a ser personajes de primera fija; y lo mismo hizo Aurelia con César y Acia con Augusto.`

Es evidente que la influencia de Aurelia sobre su hijo era grande y perduró más allá de su infancia. César tenía cuarenta y seis años cuando perdió a su madre, que había sobrevivido a su marido tres décadas, algo que no era raro en sí mismo en la aristocracia dado que, con frecuencia, los maridos eran mucho mayores que sus esposas, en especial en los segundos, terceros o incluso cuartos matrimonios que los senadores podían llegar a contraer por razones políticas. Por tanto, suponiendo que la esposa sobreviviera a los rigores del parto, era más que probable que viviera más años que su cónyuge e, igualmente, era mucho más habitual que la madre y no el padre de un senador estuviera viva para cuando este comenzaba a aproximarse a tan importante cargo. Las madres, sobre todo aquellas que, como Aurelia, respondían con tanta exactitud al ideal de maternidad, eran muy admiradas por los romanos. Una de sus historias más preciadas contaba que Coriolano, el gran general que, al verse maltratado por sus rivales políticos, había desertado, se había unido al enemigo y le había guiado contra Roma, pero que, cuando estaba a punto de destruir su tierra natal, retiró su ejército, movido menos por un sentimiento de patriotismo que por la petición directa de su madre."

Para la aristocracia, la educación debía organizarse completamente dentro de la familia. Muchos romanos se vanagloriaban de esta costumbre, comparándola con orgullo con los sistemas preceptivos controlados por el Estado de numerosas ciudades griegas. En Roma, solían ser los ciudadanos de ingresos medios los que enviaban a sus hijos a las escuelas primarias de pago, que acogía niños a partir de los siete años. Para la aristocracia, la educación continuaba

llevándose a cabo en el hogar y, al menos inicialmente, tanto niños como niñas recibían la misma instrucción: aprendían a leer, escribir y cálculo y matemática básica. En la época de César era habitual que los hijos de los senadores fueran educados para ser bilingües en latín y griego. Es probable que las primeras clases de griego fueran impartidas por un esclavo nativo (paedagogus) que atendía al niño. Había asimismo abundante instrucción sobre los rituales y tradiciones de la familia y sobre la historia de Roma que, invariablemente, hacía hincapié en el papel desempeñado por los antepasados del muchacho. Estas y otras grandes figuras del pasado eran consideradas lecciones prácticas sobre lo que significaba ser romano. Los niños aprendían a admirar las cualidades típicamente romanas de la dignitas, pietas y virtus, todas ellas palabras con una renosancia más poderosa que sus derivados dignidad, piedad y virtud. La dignitas era el sobrio comportamiento que ponía claramente de manifiesto la importancia y responsabilidades de un hombre y, en consecuencia, infundía respeto. La dignidad era considerable en cualquier ciudadano romano, mayor en un aristócrata y aún mayor en un hombre que había ocupado una magistratura. La pietas incluía no sólo el respeto hacia los dioses, sino hacia la familia y los padres, así como hacia las leyes y tradiciones de la República. La virtus poseía un fuerte componente militar, incluyendo no sólo la valentía física, sino también la confianza, el coraje moral y las habilidades requeridas tanto en el soldado como en el comandante.`

Los romanos consideraban que la grandeza de Roma residía en el hecho de que las anteriores generaciones daban prueba de reunir estas cualidades en un grado que no había

sido igualado por ninguna otra nación. Los adustos rostros tallados en los monumentos funerarios del siglo que reproducían en detalle la idiosincrasia y defectos que había tenido el hombre en vida, tan diferentes de los retratos idealizados de la Grecia clásica, irradian un inmenso orgullo y seguridad en sí mismos. Los romanos se tomaban muy en serio a sí mismos y educaban a sus hijos no sólo para creer, sino para saber que eran especiales. Su amor propio y el enorgullecimiento que sentían por pertenecer a la República eran muy intensos incluso entre los ciudadanos más pobres, y aún más pronunciado en aquellos de mayor fortuna y cuna más privilegiada. Los senadores romanos llevaban años viéndose a sí mismos como superiores a cualquier rey extranjero. A los jóvenes aristócratas se les educaba en esa creencia, pero también para pensar que ellos y sus familias se distinguían del resto de la élite romana. La familia de César, que contaba con pocos antepasados que hubieran alcanzado los más altos cargos o hubieran realizado grandes hazañas en el servicio a la República, poseían sin duda algunos logros que contar, además, por supuesto, de la antigüedad del linaje y sus orígenes divinos. Este sentimiento de importancia venía acompañado de un enorme sentido del deber y de la obligación de estar a la altura de las expectativas de la familia y de la comunidad de la República en general. La educación de los hijos les inculcaba la idea de que estaban íntimamente conectados con el pasado de su familia y de Roma. Como Cicerón declararía más tarde: «En efecto, ¿qué es la vida del hombre si no se enlaza mediante la memoria de los hechos antiguos con la vida de nuestros antepasados?».13

A César le enseñaron a creerse alguien especial. Eso en sí

mismo no era nada inusual, pero como único hijo de sexo masculino y con una madre tan enérgica y admirada, no hay duda de que desde el principio desarrolló un sentido inusualmente elevado, aunque probablemente no único, de su propia valía. La educación romana tenía el objetivo eminentemente práctico de preparar al niño para su papel como adulto. Para un niño de la aristocracia eso significaba hacer carrera en la vida pública y la oportunidad de obtener nueva gloria para la familia, así como convertirse un día en el jefe de su propio hogar, el paterfamilias, encargado de educar a la próxima generación. Desde los siete años de edad aproximadamente, los chicos empezaban a pasar más tiempo con sus padres, acompañándoles en sus actividades. En la misma etapa, la niña estaría aprendiendo cómo su madre administraba la casa, supervisaba las ocupaciones de los esclavos y, al menos en los hogares tradicionales, tejía ropa para la familia. Los chicos veían cómo su padre se reunía y saludaba a otros senadores, y se les permitía sentarse junto a las puertas abiertas del lugar de reunión del Senado y escuchar los debates. Comenzaban a aprender quién poseía mayor influencia en el Senado y por qué. Desde una temprana edad observaban el desarrollo de los grandes asuntos de la República, de modo que, de manera natural, nacía en ellos el sentimiento de ser parte de ese mundo y el deseo de participar en él cuando tuvieran edad suficiente para ello. Había vínculos informales de favores y obligaciones que ligaban entre sí a toda la sociedad romana en un sistema conocido como clientela: existía un patrón, que era un hombre con riqueza, influencia y poder, a quien los menos favorecidos acudían en busca de ayuda. Esa ayuda podía adoptar la forma

de un puesto, conseguir un contrato, asistencia en los negocios o las disputas legales, o incluso, en su nivel más básico, donaciones de alimentos. A cambio, el cliente tenía el deber de ayudar a su patrón de diversas maneras. La mayoría iba a saludarle formalmente todas las mañanas. El número de clientes que un hombre poseía acrecentaba su prestigio, en especial si eran distinguidos o exóticos. Los senadores podían llegar a contar entre sus clientes a comunidades enteras, incluidos pueblos o ciudades en Italia y las provincias. Era muy posible que un patrón, incluso algunos senadores menos distinguidos, fuera cliente de un hombre aún más poderoso, aunque en este caso no se emplearía ese nombre. Los senadores dedicaban gran parte de su tiempo a ver a sus clientes, a hacer por ellos lo suficiente para garantizar su compromiso continuado, mientras que, a su vez, se aseguraban de que le brindaran el apoyo que deseaban. Numerosos asuntos de la política romana se llevaban a cabo de manera informal.14

Al mismo tiempo continuaba la educación más formal, lo que implicaba tal vez asistir a uno de los cerca de veinte colegios que enseñaban grammatica o, probablemente más a menudo, recibir una instrucción similar en casa o con otros niños en la casa de un pariente. César fue educado en casa y de esa etapa de su vida sabemos que su tutor fue un tal Marco Antonio Gnipho. Original del Oriente helenístico y educado en Alejandría, Gnipho había sido esclavo, pero más tarde fue liberado por la familia Antonio, posiblemente por su satisfacción con la manera en que enseñaba a sus hijos. Era muy respetado como profesor de retórica griega y latina. En esta etapa secundaria de la educación se estudiaba con detalle

la literatura en ambas lenguas, así como la práctica de la retórica. La literatura ocupaba un papel central en el aprendizaje y la aristocracia tenía la ventaja de poder permitirse realizar copias de manuscritos en un mundo anterior a la imprenta, que facilitaría tanto la copia de libros. Muchos senadores tenían amplias bibliotecas en sus casas que estaban a disposición de sus parientes y asociados más jóvenes. El propio futuro suegro de César, Calpurnio Pisón, poseía una inmensa colección de libros que trataban fundamentalmente sobre filosofía epicúrea, de los que se han hallado vestigios en las ruinas de su villa, cerca de Herculano. También era común recibir en casa a estudiosos y filósofos, ampliando así el entorno cultural en el que crecían los jóvenes aristócratas. César, como muchos otros jóvenes aristócratas, no se contentaba sólo con leer gran literatura: sentía asimismo la inspiración de escribir sus propias obras. Suetonio menciona un poema de loa a Hércules, así como una tragedia titulada Edipo. Es posible que la calidad de estas obras inmaduras no fuera especialmente elevada -aunque probablemente no fueran ni mejores ni peores que las de otros aristócratas que después se dedicaron a destinos más grandiosos- y fueron destruidas por el hijo adoptivo de César, el emperador Augusto.15

Todavía se practicaba la recitación de memoria, y los niños memorizaban cosas como las Doce Tablas, la base esencial del Derecho Romano. En el año 92 a.C., un edicto ordenó el cierre de varios colegios que en señaban retórica latina, declarando que la instrucción en griego era superior, incluso para enseñar a una persona que pronunciaba discursos en latín. Es probable que, en parte, esta medida pretendiera

evitar que las habilidades para la oratoria, que tan útiles resultaban en la vida pública, llegaran a ser algo demasiado común, dado que ese tipo de colegios era el que tenía más posibilidades de aceptar alumnos de familias ajenas al Senado. En el entorno político romano era esencial poseer cierta habilidad para hablar en público, de modo que esa costumbre continuaba haciendo hincapié en la utilidad más que en la adquisición de conocimientos puramente académicos. Cicerón, que tenía seis años más que César, recordaba cómo en el año había ido a escuchar a los mejores oradores a las asambleas populares y a los tribunales. Describió asimismo cómo «aunque escribía, leía y me entrenaba en la elocuencia todos los días, no me contentaba sólo con los ejercicios oratorios» y pronto comenzó a observar las actividades de uno de los más importantes juristas del momento. Por lo visto, a César le influyó especialmente el estilo oratorial de su familiar César Estrabón, así que podemos suponer que le había visto en acción.16

El entrenamiento fisico estaba dirigido por metas igualmente utilitarias a las de la educación académica. En el mundo helenístico se perseguía la perfección atlética como un fin en sí mismo y no era una preparación directa para los deberes de un adulto. El ejercicio de gymnasia se practicaba desnudo y en numerosas ciudades esas instituciones tendían a celebrar la homosexualidad, aspectos ambos muy poco populares entre los romanos. Para ellos, el ejercicio buscaba fomentar la buena forma fisica y tenía un fuerte regusto militar. Lo más habitual era que en el Campus Martius -el Campo de Marte, el dios de la guerra, donde el ejército se congregaba cuando Roma era todavía una pequeña ciudad-

los jóvenes aristócratas aprendieran a correr, a nadar en el Tíber y a luchar con armas, sobre todo la espada y la jabalina. También se les enseñaba a cabalgar, y Varrón, casi contemporáneo de César, nos cuenta que, al principio, este montaba más a pelo que con la silla. Se suponía que gran parte de la instrucción en todas estas destrezas era impartida por el padre o algún otro pariente. Era muy importante que todo esto tuviera lugar a la vista de todos. Los muchachos de edad similar que, con el tiempo, acabarían convirtiéndose en rivales en la lucha por los cargos políticos, entrenaban a la vista de los demás, e incluso en esta temprana etapa de su vida podían comenzar a labrarse una reputación. César era de constitución ligera y no particularmente robusto, pero parece que su gran determinación compensó esa desventaja. Plutarco nos cuenta que tenía una habilidad innata para montar a caballo y también leemos que se habituó a montar con los brazos cruzados a la espalda, guiando el trote del caballo con las rodillas. En una época posterior de su vida, su destreza con las armas también fue alabada y los romanos creían que todo buen comandante debía manejarla espada, la jabalina y el escudo tan bien como manejaba legiones enteras."

LA CALMA Y LAS TORMENTAS

Tras la violenta eliminación de Saturnino y Glaucia en el otoño del año 100 a.C., la vida pública romana había recobrado hasta cierto punto la normalidad. La reputación de Mario se había visto menoscabada por su anterior asociación con ambos individuos, pese a haber sido quien dirigiera las fuerzas de la República contra ellos. Había rumores de que se había sentido tentado de unirse a Saturnino. Una de las historias más descabelladas afirmaba que la noche antes de la

confrontación final había recibido al mismo tiempo a los dos líderes radicales y a una delegación del Senado en su casa. Supuestamente, Mario había fingido un ataque agudo de diarrea y utilizado ese pretexto para escabullirse de la habitación donde se entrevistaba con uno de los grupos cada vez que quería hablar con el otro. No obstante, aparte de su cuestionable actuación en este asunto, Mario simplemente carecía de la habilidad suficiente en el juego político para sacar el máximo partido de su fortuna y de su gloria militar. El trabajo diario de recibir amigos y asociados, de hacer favores a tantas personas como fuera posible para que quedaran obligados ante él sin hacerles sentir inferiores consumía gran parte del tiempo de un senador, pero no eran cosas en las que Mario destacara. Plutarco nos cuenta que eran pocos los que buscaban su asistencia, ni aun después de construir una casa nueva cerca del Foro y haber declarado que los visitantes no tendrían que caminar demasiado para verle. No sabemos cuánto contacto tuvo el joven César con su famoso tío durante la década de los noventa antes de Cristo, pero no debió de aprender mucho de él sobre cómo obtener influencia en el Senado.18

La legislación de los Gracos y de Saturnino había despertado una notable oposición, pero, al final, el temor al poder e influencia que estos tribunos radicales podían llegar a alcanzar merced a sus acciones fue el factor decisivo que provocó sus violentas muertes. En última instancia, la mayoría de la élite romana prefería permitir que algunos de los principales problemas a los que se enfrentaba la República quedara sin resolver antes que ver a otro hacerse con el mérito de haberlos solucionado. Sin embargo, los temas seguían ahí,

muchos de ellos relacionados con la cuestión fundamental de quién debería beneficiarse de las ganancias del imperio. Si un magistrado proponía una nueva distribución de la tierra, ofrecer trigo subvencionado por el Estado a los pobres de la ciudad o ampliar el papel público como jueces de la orden ecuestre, podía contar con encontrar apoyo inmediato, y el éxito de los tribunos radicales de las pasadas décadas lo demostraba con claridad, pero del mismo modo su brutal muerte mostraba lo dificil que era mantener a largo plazo la popularidad entre grupos de intereses tan dispares.

Un grupo cuyo favor ofrecía menos ventajas inmediatas a un senador eran los aliados italianos o socii.Tiberio Graco se había granjeado la hostilidad de la aristocracia italiana con su ley sobre la tierra debido a que muchos de ellos poseían grandes franjas de De manera directa, no disfrutaban de ningún poder en Roma, pero lograron influir sobre algunos senadores importantes para que se opusieran al tribuno. Cayo Graco había tratado de ganarse a los italianos otorgándoles la ciudadanía romana, pero en el proceso había perdido el apoyo de muchos de sus adeptos romanos. A la élite romana no le gustaba la idea de que los más acaudalados entre los nuevos ciudadanos se sumaran a la competición por los cargos públicos, mientras que los más pobres, en especial los que habitaban en la urbe, temían que multitudes de italianos inundaran los juegos y los entretenimientos y redujeran el valor de sus votos en las asambleas. Al parecer, el fracaso de la legislación de Cayo acentuó la insatisfacción existente entre los aliados italianos de Roma. Estas comunidades suministraban al menos la mitad de los soldados que conformaban el ejército romano y es posible que el porcentaje

se hubiera elevado aún más en los últimos tiempos- y sufrían bajas de manera proporcional, pero en aquella época no parece que compartieran el botín de la expansión en el mismo grado que los romanos. El arrogante comportamiento de algunos ma gistrados romanos en sus tratos con los socü constituía otra fuente de resentimiento. En el año la colonia de Fregellae, que poseía el ius latü y, por tanto, disfrutaba de ciertos privilegios en comparación con otras zonas, se había rebelado contra Roma y la sublevación había sido reprimida con gran brutalidad. Por lo visto, muchos italianos llegaron a la conclusión de que sólo cuando alcanzaran la plena ciudadanía romana les resultaría más aceptable la hegemonía de Roma. Algunos partieron hacia Roma y, de algún modo, lograron ser inscritos como ciudadanos, pero durante los primeros años del siglo i, una serie de censores especialmente estrictos se esforzaron al máximo para eliminar los nombres de aquellos a los que no les correspondía por derecho obtener la ciudadanía romana.`

En el año 91 a.C., el tribuno Marco Livio Druso volvió a abogar por otorgar la ciudadanía a los aliados: era el elemento central de una serie de reformas que recordaban mucho a las de los Gracos, lo cual no dejaba de ser una ironía porque el padre de Druso había sido uno de los principales oponentes de Cayo. Como los hermanos Graco, Druso provenía de una familia rica e influyente, lo que le permitía proponer leyes más audaces, pero a la vez acrecentaba el recelo respecto a sus ambiciones a largo plazo. El tribuno se enfrentaba a una considerable oposición, sobre todo hacia su plan de ampliar el derecho al voto. No obstante, antes de que la ley de ciudadanía pudiera ser votada por la asamblea, un

desconocido asestó a Druso una puñalada mortal con un cuchillo para trabajar el cuero cuando recibía a algunos visitantes habituales en el atrio de su casa. Nunca se ha llegado a establecer la identidad del asesino, pero era evidente que la ley ya no se aprobaría. Un alto número de nobles italianos, algunos de los cuales habían mantenido una estrecha asociación con Druso, resolvieron de inmediato hacerse cargo ellos mismos del asunto. El resultado fue el levantamiento de grandes áreas de Italia en lo que se ha dado en llamar la Guerra Social (nombre que deriva de socü, palabra latina para aliados). Los rebeldes crearon su propio Estado, con capital en Corfinium y una constitución con una acusada influencia del sistema romano, en el que los magistrados clave eran dos cónsules y doce pretores elegidos cada año. Se acuñaron monedas que mostraban el toro de Italia corneando a la loba romana y se movilizó con rapidez un nutrido ejército, con un equipamiento, entrenamiento y doctrina táctica idénticos a los de las legiones. Hacia finales del año estalló una encarnizada lucha, con cuantiosas pérdidas en am bos bandos. Las lealtades de la contienda eran complejas y, en muchos puntos, la lucha se parecía más a una guerra civil que a una revuelta. Numerosas comunidades italianas, incluidos prácticamente todos los municipios latinos, permanecieron leales a Roma, mientras que muchos soldados romanos capturados se mostraron dispuestos a enrolarse en las tropas italianas y luchar contra sus conciudadanos.`

César era demasiado joven para participar en la Guerra Social, pero la primera experiencia militar de varios de aquellos que desempeñaron un papel clave en su historia, en particular Cicerón y Pompeyo, tuvo lugar en este conflicto. Es

muy posible que el padre de César participara de algún modo, pero las fuentes no mencionan nada al respecto. Lucio julio César, que fue cónsul en el año y resultó ser un comandante poco inspirado en sus operaciones contra los rebeldes, era miembro de la otra rama de la familia. Sexto julio César, que, como dijimos, podría haber sido hermano de Cayo, había ocupado el cargo el año anterior y también tomó parte en el conflicto, en el que acabó falleciendo de enfermedad cuando capitaneaba un ejército en calidad de procónsul. La magnitud de los enfrentamientos de la Guerra Social, unida a las muertes de varios magistrados a manos del enemigo y a la incompetencia mostrada por otros, provocó que muchos senadores experimentados recibieran cargos de promagistrados. Mario desempeñó un papel esencial en el primer año de lucha, erigiéndose vencedor en diversas escaramuzas y, lo que tal vez es más importante, evitando la derrota. Se estaba aproximando a los setenta años, una edad que los romanos consideraban excesiva para un general en el campo de batalla, y se alzaron algunas voces críticas que afirmaban que su comportamiento era demasiado cauteloso.Ya fuera por eso o por problemas de salud, no parece haber tenido un papel activo en la guerra después del año 90 a.C. Fueron otros dos comandantes, Lucio Cornelio Sila y Cneo Pompeyo Estrabón, a los que se les atribuyó el mérito de haber contribuido más que ningún otro a la victoria militar de Roma. Sin embargo, la diplomacia y la conciliación fueron tan decisivas para ganar la Guerra Social como el uso de la fuerza, y, desde el principio, el Senado había comenzado a conceder lo que los italianos habían solicitado sin éxito en primer lugar. Las comunidades aliadas que habían

permanecido leales obtuvieron la ciudadanía, así como aquellos que se habían rendido velozmente y, al poco, también los vencidos. La rapidez con la que los romanos ampliaron el derecho al voto a prácticamente toda la población libre de Italia que habitaba al sur del río Po pone de relieve lo absurdo de la lucha. La forma en la que se llevó a cabo ilustra asimismo la renuencia a alterar el equilibrio político existente en la propia Roma: los nuevos ciudadanos fueron concentrados en unas pocas tribus con derecho al voto para minimizar su influencia.`

Sila había obtenido un gran reconocimiento por su papel en la represión de los rebeldes, y a finales del año 89 a.C. regresó a Roma y ganó las elecciones al consulado para el año siguiente, derrotando a Cayo julio César Estrabón, uno de sus principales competidores. Desde numerosos puntos de vista, la carrera de Sila prefiguró la de César.Ambos eran patricios, pero sus familias hacía tiempo que habían perdido prominencia, es decir, su progreso en la vida pública resultó casi tan complicado como el de cualquier «hombre nuevo». Sila inició su carrera más tarde de lo normal, pero sirvió como cuestor de Mario en Numidia y fue el principal artífice de la traición y captura de Yugurta. Ese fue un logro del que alardeaba constantemente, avivando los crecientes celos de su antiguo comandante, que sentía que disminuía su propia gloria.Aunque durante la guerra con los cimbros Sila sirvió al principio a las órdenes de Mario, pronto se trasladó al ejército de su colega consular y, al parecer, a partir de entonces las relaciones entre los dos nunca volvieron a ser cordiales. Cuando era cónsul en el año el Senado adjudicó a Sila el mando en la guerra contra el rey Mitrídates VI del Ponto.

Mitrídates reinaba en uno de los reinos helenísticos orientales cuyo poder había aumentado con la decadencia de Macedonia y los seléucidas. Mientras los romanos estaban ocupados combatiendo en Italia, el rey había invadido la provincia romana de Asia y ordenado la masacre de todos los romanos e italianos de la región. Tras este triunfo, invadió Grecia. Para Sila esta misión era una excelente oportunidad para hacer campaña entre las famosas y extremadamente ricas ciudades de Oriente y comenzó a formar un ejército para el que no le faltaron reclutas, porque las guerras en el este eran famosas por sus sencillas batallas y fructífero saqueo.`

En circunstancias ordinarias, Sila habría ido a la guerra y habría hecho todo lo posible para añadir nuevo lustre al nombre de su familia, pero un tribuno llamado Sulpicio aprobó un proyecto de ley en la asamblea que daba a Mario el mando en Oriente en vez de a Sila. Era una ley de una serie de leyes en las que se intentaba seguir el camino marcado por los Gracos y Saturnino utilizando el tribunado para introducir un radical programa de reformas. Otra de las leyes estaba concebida para distribuir de modo más uniforme entre las tribus que votaban a los ciudadanos que acababan de obtener el derecho al voto. Mario no tuvo inconveniente en utilizar a Sulpicio como ya había utilizado a Saturnino, y Sulpicio se alegró de poder beneficiarse de la asociación con el popular héroe de guerra. Seguramente ninguno de ellos habría vacilado en romper con el otro si eso les hubiera ofrecido mayor ventaja, sobre todo después de conseguir sus objetivos inmediatos. Nunca debemos olvidar que la política se basaba en el éxito individual y no en los partidos. Por el momento, era obvio que Mario había decidido que necesitaba volver a

pelear para recuperar la admiración de la que había gozado después de derrotar a Yugurta y los bárbaros del norte. Sulpicio, un tribuno con notable influencia en la asamblea, podía brindarle la oportunidad de luchar en otra guerra. Mario tenía sesenta y nueve años y no había ocupado una magistratura por votación desde el año mientras que el historial de Sila ponía de manifiesto su competencia, por lo que no había motivo para que se produjera esa alteración de los métodos tradicionales de asignar misiones. No obstante, los Gracos habían confirmado que la asamblea popular podía legislar sobre cualquier asunto. La simpatía y los precedentes apoyaban la causa de Sila, pero técnicamente no había nada ilegal en el procedimiento de Sulpicio, que este respaldó con ataques de bandas violentas, hasta el punto de que una historia mantenía que Sila escapó con vida sólo porque se refugió en casa de Mario.23

Sila había sido tratado de forma injusta, su dignitas como aristócrata, senador y cónsul se había visto severamente menoscabada. Aunque su resentimiento era comprensible, su reacción fue asombrosa y terrible: abandonó Roma, se presentó ante sus tropas y les dijo a los soldados que ahora que había sido reemplazado en el mando de Oriente, era inevitable que Mario reuniese sus propias legiones para librar la guerra. Antes de permitir que sucediera algo así, instó a sus legionarios a que le siguieran hacia Roma para liberar a la República de la facción que se había hecho con el poder. Únicamente uno de los oficiales senatoriales respondió a su llamamiento, pero esta reticencia no era compartida por el resto del ejército.Ya fuera por el temor a que les arrebataran la oportunidad de lograr un buen botín, o incluso por la

sensación de que se había cometido una injusticia contra su comandante, el caso es que las legiones siguieron a Sila hasta Roma. Era la primera vez que un ejército romano marchaba contra la ciudad. Dos pretores enviados a encontrarse con el ejército recibieron un duro trato: rasgaron sus ropas, y las fasces, que portaban sus ayudantes como símbolo de que poseían imperium, fueron despedazadas por los legionarios enfurecidos. Algún tiempo después, otras delegaciones senatoriales, que solicitaron al cónsul que hiciera un alto y diera tiempo a que el conflicto se solucionara de manera pacífica, fueron recibidas cordialmente, pero se hizo caso omiso a sus peticiones. Cuando la entrada en Roma de una pequeña parte de las tropas fue detenida por un grupo reunido con precipitación de soldados leales a Mario y Sulpicio, Sila respondió con mayor energía, ordenando a sus hombres abrirse camino luchando a través de las calles y quemando varias viviendas en su avance. Al principio, la oposición fue feroz, pero mal equipada y los defensores fueron aplastados enseguida. Sila declaró fuera de la ley a doce de los líderes contrarios, incluidos Mario y su hijo, así como Sulpicio, tras lo cual cualquiera podía asesinarlos legalmente y reclamar la recompensa. El tribuno fue traicionado y asesinado por uno de sus propios esclavos. (Sila otorgó la libertad al esclavo y, a continuación, hizo que lo despeñaran desde lo alto de la Roca Tarpeya por deslealtad hacia su antiguo amo. La severidad del gesto estaba muy en sintonía con las tradiciones romanas de respeto a la ley y al deber). Los otros fugitivos se libraron de la persecución y escaparon. Mario, tras una serie de pintorescas aventuras -sin duda muy adornadas más tarde por la leyenda-, acabó llegando a África, donde fue recibido con

los brazos abiertos por las comunidades de sus veteranos, establecidos allí tras la guerra de Numidia. Sila adoptó algunas medidas para restaurar la normalidad; después partió con su ejército a luchar contra Mitrídates y no retornó a Italia durante casi cinco años.`

En el año 87 a.C., los dos cónsules elegidos se enfrentaron casi de inmediato y uno de ellos, Lucio Cornelio Cinna, fue declarado enemigo de la República y expulsado del cargo después de que intentara anular la legislación de Sila. Imitando a Sila, Cinna huyó hacia uno de los ejércitos que aún se ocupaban de apagar los últimos rescoldos de la revuelta italiana y persuadió a los soldados de que le respaldaran. Al poco se unió a él Mario, que había regresado de África con una multitud de voluntarios que eran poco más que chusma. Los más conocidos eran los Bardyaei, una banda de libertos que constituían la guardia personal de Mario y, con frecuencia, actuaban como verdugos. Hacia finales de año, Mario y Cinna marcharon sobre Roma: el cónsul Octavio, un hombre de principios elevados pero de muy modesto talento, se les opuso en vano. El ambiguo comportamiento de Pompeyo Estrabón, que seguía al mando de su ejército y que llevaba varios años detrás de un segundo consulado, sólo sirvió para empeorar las cosas. Sila había enviado a Quinto Pompeyo, el otro cónsul del año a hacerse cargo de las legiones de Estrabón. Quinto y Estrabón eran primos lejanos, pero eso no impidió que los legionarios de Estrabón asesinaran al primero, casi con certeza con la aprobación de su comandante. Es posible que Estrabón dudara a qué lado unirse y, probablemente, se acercó a ambos. Llegado el momento, se unió a Octavio, pero el apoyo que le brindó no

fue eficaz y sus fuerzas resultaron derrotadas. Estrabón murió poco después, quizá de enfermedad o posiblemente tras ser alcanzado por un rayo.

Octavio se negó a huir cuando el enemigo entró en la ciudad y fue asesinado mientras ocupaba su puesto de cónsul en la colina Gianicolo. Su cabeza cortada fue entregada a Cinna, que ordenó que la sujetaran a la rastra en el Foro, y pronto se le sumaron las cabezas de otros senadores. Según nuestras fuentes, Mario es el principal responsable de la ola de ejecuciones que siguieron, pero parece probable que el papel de Cinna fue igualmente significativo. El famoso orador Marco Antonio -el abuelo del Marco Antonio que sucedería a César- fue asesinado, como también lo fueron el padre y el hermano mayor de Marco Licinio Craso y Lucio César y su hermano César Estrabón. Unos cuantos hombres fueron juzgados en procesos simulados, pero la mayor parte acabaron asesinados sin más al ser capturados. La casa de Sila fue reducida a cenizas en un importante gesto simbólico, puesto que la residencia de un senador no era sólo la localización de muchas actividades políticas, sino asimismo un signo visible de su importancia. Los secuaces de Mario y Cinna buscaron a su esposa y familia, pero lograron evitar la captura y se unieron a él más adelante en Grecia. Si el ataque de Sila a Roma había sido terrible, la brutalidad de esta segunda ocupación fue mucho peor. Mario y Cinna fueron elegidos cónsules para el año 86 a.C., pero el primero falleció súbitamente unas pocas semanas después de asumir su cargo.Tenía setenta años.21

La participación del padre de César en estos hechos, si es que se produjo, se desconoce. Tampoco es posible afirmar si

el joven César estaba realmente en Roma en las dos ocasiones en las que la ciudad fue tomada al asalto, o si vio los cadáveres flotando en el Tíber y las cabezas colgadas de la rostra. La educación de los jóvenes aristócratas era muy tradicional y se suponía que debían aprender mucho de la observación de sus mayores mientras estos se hacían cargo de las tareas diarias, pero, en esos años, la vida era tan desordenada y a menudo violenta que, inevitablemente, estaban recibiendo una impresión muy distinta de la República de la que tuvieron las anteriores generaciones. Lo peor estaba por llegar.

III

EL PRIMER DICTADOR

Proscribíase no sólo en Roma, sitio en todas las ciudades de Italia, no estando inmunes y puros de esta sangrienta matanza tú los templos de los dioses, ni los hogares de la hospitalidad, tú la casa paterna, sitio que los maridos eran asesinados en los brazos de sus mujeres y los h¿ios en los de sus madres. Y los entregados a muerte por encono y enemistades eran un número muy pequeño respecto de los proscritos por sus riquezas. Así, los mismos ejecutores solían decir de los que perecían, como cosa corriente: a este le perdió su magnfica casa; a aquel, su huerta; al otro, las aguas termales.

PLUTARCO, principios del siglo II d.C.[1]

El padre de César falleció súbitamente, se desplomó una mañana mientras se estaba calzando los zapatos. Su hijo tenía casi dieciséis años, pero es probable que, formalmente, ya se hubiera convertido en un hombre y se hubiera desprendido de la toga practexta, de borde púrpura -usada sólo por muchachos y magistrados-, reemplazándola por la sencilla toga virilis de un adulto. Como parte de esta ceremonia, el chico también se quitaba la bulla del cuello y la abandonaba para siempre. Por primera vez en su vida se había afeitado y llevaba los cabellos cortos como correspondía a un ciudadano adulto, en vez de algo más largos, estilo que sólo era aceptable en un niño. No había una edad fija para esta ceremonia y, como en muchos otros aspectos de la educación romana, cada familia era libre de decidir cuándo celebrarla. Por lo general

tenía lugar entre los catorce y los dieciséis años, aunque se sabe de casos en los que los muchachos apenas contaban doce años y otros que ya tenían dieciocho. Lo más frecuente era que la ceremonia se llevara a cabo en la fiesta de las Liberalia, que tenía lugar el 17 de marzo, aunque, una vez más, no existía ninguna obligación legal de celebrarla ese día. Aparte de las ceremonias dentro del hogar, el niño aristócrata era conducido a la vista de todos a través de la ciudad por su padre y los amigos de este, lo que simbolizaba la admisión del hijo como adulto en la comunidad general de la República. Tras cruzar el Foro, el grupo ascendía la colina Capitolina para realizar un sacrificio en el templo de Júpiter: una ofrenda a Juventus, la deidad de la juventud.'

Tras la muerte de su padre, César no se convirtió sólo en un adulto, sino también en el paterfamilias o cabeza de familia. Había pocos parientes cercanos varones que pudieran guiar su futura carrera, pero, desde el principio, el chico demostró tener mucha confianza en sí mismo. Al cabo de un año, rompió el compromiso matrimonial que sus padres habían cerrado en su nombre unos años antes. Este compromiso le prometía con una tal Cosucia, cuyo padre no era senador, sino que pertenecía a la orden ecuestre. Su familia poseía una gran fortuna y no hay duda de que habría aportado una elevada dote, pero, aunque este dinero habría sido muy útil para lanzar su carrera política, la alianza ofrecía pocas ventajas más. Es posible que César y Cosucia estuvieran incluso casados y no sólo prometidos, porque la palabra empleada por Suetonio significaba a menudo un divorcio en toda regla, mientras que Plutarco incluía con claridad a Cosucia entre las esposas de César. La edad de ambos hace

que el matrimonio resulte poco probable, pero no imposible. Sea cual fuere la naturaleza exacta de la unión, César la rompió para casarse con Cornelia, la hija de Cinna, patricio como él, cónsul durante cuatro años consecutivos (87-84 a.C.) y el hombre más poderoso de Roma.'

No sabemos con exactitud por qué Cinna decidió honrar a César con este vínculo. Es evidente que la ejecución de los dos julios Césares no contaba en su contra, lo que en sí mismo ilustra hasta qué punto estaban separadas las dos ramas de la familia. Mario era el tío del muchacho, algo que indudablemente jugaba a su favor, pero la importancia de este vínculo había disminuido en cierta medida con la muerte de Mario a principios del año 86 a.C. Es cierto que, en las últimas semanas de su vida, él y Cinna habían nombrado al chico para el cargo de Flamen Dialis, uno de los sacerdocios más prestigiosos de Roma. El anterior titular del cargo, Lucio Cornelio Mérula, había sido elegido cónsul sufecto (sustituto) en el año por Octavio para sustituir al destituido Cinna. Cuando las fuerzas de Mario y Cinna tomaron Roma, Mérula se había anticipado a la ejecución suicidándose. El Mamen tenía que ser un patricio casado con una patricia por una antigua forma de ceremonia nupcial, muy poco común, que se conocía por el nombre de confarreatio. César era demasiado joven para ocupar el cargo en el año 86 a.C., y el compromiso conyugal con la patricia Cornelia en el año 84 se cerró en parte como prepararación para su sacerdocio. No obstante, es dificil creer que la hija de Cinna fuera la única patricia disponible para desposar al hombre que había sido designado.flamen, o que el deseo de garantizar que César cumpliera los requisitos para el sacerdocio prevalecieran sobre

las prioridades normales de un senador en busca de yerno. De hecho, el joven no cumplía ni siquiera los requisitos mínimos para ser candidato al sacerdocio porque se suponía que el Mamen debía ser hijo de padres patricios casados conforme al ritual de confarreatio y Aurelia era plebeya. Cinna debía de tener una elevada opinión del joven César.

Si ese es el caso, la decisión de convertirle en Flamen Dialis resulta muy peculiar. El flaminado o sumo sacerdocio era una de las órdenes religiosas más antiguas de Roma. En total había quince sacerdotes, cada uno de ellos dedicado al culto de una deidad específica, pero tres de ellos gozaban de mucha mayor importancia y prestigio que el resto: los sacerdotes de Quirino (Flamen Quirinalis), de Marte (Flamen Martialis) y de Júpiter (Flamen Dialis). Júpiter era el dios más importante de Roma, y su Mamen era, en consecuencia, el de rango superior. La gran cantidad de extraños tabúes que vinculaban al sacerdote atestiguan la antigüedad del cargo, ya que se consideraba que el Mamen y su esposa estaban comprometidos de forma permanente en la propiciación al dios y, por tanto, no podían permitirse correr el riesgo de corromper el ritual de ningún modo. Entre muchas otras cosas, el Flamen Dialis no estaba autorizado a hacer un juramento, a pasar más de tres noches fuera de la ciudad o a ver un cadáver, un ejército en campaña o a una persona trabajando en día festivo. Además, no podía montar a caballo, ni en su casa ni en su vestimenta podía haber ningún tipo de nudo y no debía sentarse ante una mesa desprovista de comida porque nunca debía dar la impresión de que carecía de nada. Es más, sólo un esclavo con un cuchillo de bronce podía afeitarle o cortarle el pelo -sin duda otro índice de

antigüedad- y esos cabellos, junto con otras cosas, como las uñas cortadas, tenían que ente rrarse en lugar secreto. El Mamen llevaba un tocado especial denominado apex que, al parecer, estaba hecho de piel, acababa en punta y tenía orejeras. Estas restricciones hacían imposible que el Mamen desarrollara una carrera senatorial normal.'

El prestigio del Flamen Dialis era muy grande, y el siglo anterior los sacerdotes habían reafirmado su derecho a sentarse en el Senado y a ocupar magistraturas que no les exigieran abandonar Roma. Para ello debían quedar exentos del juramento que tomaban todos los magistrados al comienzo de su mandato. Las restricciones que impedían que el Mamen ocupara un cargo militar no podían soslayarse tan fácilmente. Era poco probable que el consulado de Mérula se hubiera producido si no se hubieran dado las peculiares circunstancias de la deposición de Cinna Más adelante sostendría que él no quería presentarse, y se puede presumir que las Comitia Centuriata lo eligieron para el cargo de la manera habitual. Los tabúes impuestos por su sacerdocio garantizaban que no podría desempeñar un papel muy activo en los acontecimientos, y tal vez fuera esa la razón por la que Octavio deseaba que César compartiera con él el cargo. Cuando Cinna y Mario se hicieron con el poder de Roma, Mérula había abandonado su consulado por propia iniciativa, pero enseguida se dio cuenta de que eso no bastaría para salvar su vida. Fue al templo de Júpiter en la colina Capitolina y allí se despojó del apex, dejando formalmente su cargo antes de cortarse las venas con un cuchillo. Murió maldiciendo de manera categórica a Cinna y sus partidarios, pero se cuidó de dejar una nota explicando que se había preocupado

meticulosamente de no corromper su sacerdocio.'

César y Cornelia se casaron según la peculiar ceremonia de la confarreatio. Su nombre proviene del trigo almidonero far en latín- usado para hacer una hogaza de pan que se presentaba como ofrenda sacrificial ante Jupiter Farreas. Se llevaba unos pasos por delante de la novia y es posible que la pareja lo comiera como parte del ritual. En la ceremonia que, en principio, era llevada a cabo por dos de los sacerdotes de más rango de Roma, el Pontifex Maximus y el Flamen Dialis, debían estar presentes diez testigos. En vista de que este último puesto seguía vacante tras la muerte de Mérula, esta parte del ritual no puede haberse completado. Como César había sido designado para este cargo y, por tanto, su esposa pasaría a ser la flaminica, su boda fue distinguida también por el sacrificio de un corde ro. Después, con la cabeza cubierta por un velo, la pareja se sentó en asientos cubiertos con piel de cordero.'

La selección de César para el sacerdocio vacante fue un honor considerable que le convertiría en una importante figura en la República y en miembro del Senado a una edad muy temprana. Sin embargo, obtuvo esa prominencia a cambio de limitar gravemente las oportunidades de su futura carrera. En el mejor de los casos, podía esperar alcanzar la pretura como su padre, pero no podría abandonar Roma para gobernar una provincia y, desde luego, no tendría ninguna oportunidad de obtener gloria militar. Tal vez los modestos logros de la familia en el pasado hicieran pensar que una carrera así era una amplia recompensa para un muchacho, ya que realmente nadie podía imaginar los éxitos que cosecharía más tarde. No obstante, no hay evidencia de que creyeran

que, de todos modos, la falta de talento o la mala salud habrían evitado que tuviera éxito por el camino normal (César aún no había comenzado a sufrir los ataques epilépticos a los que sería propenso más adelante). El matrimonio con Cornelia sugiere asimismo que ya se reconocía que el chico poseía ciertas cualidades. Es obvio que Cinna y Mario, para empezar, coincidieron en nombrarle para el cargo y el primero mantuvo la decisión tras el fallecimiento de su aliado, pero al final es imposible saber cuáles fueron sus motivos ni, por supuesto, la actitud del joven César respecto a la situación. Pensaran lo que pensaran, no hay indicios de que trataran el asunto con ningún tipo de urgencia y aunque una de nuestras fuentes afirma que fue efectivamente investido con el flaminado, lo más probable es que los demás autores tuvieran razón al decir que en realidad esa ceremonia nunca llegó a tener lugar. Al principio, su juventud puede haber sido un obstáculo y, lo que es más importante, el propio Cinna no podía efectuar el nombramiento, que tenía que ser realizado siguiendo un estricto procedimiento por otro de los sumos sacerdotes de Roma, el Pontifex Maximus. En aquel momento, el cargo lo ocupaba Quinto Mucio Escévola, que no era amigo del nuevo régimen y ya había sobrevivido a un intento de asesinato a manos de uno de los esbirros de Cinna. Ex cónsul y famoso jurista -el Pontifex Maximus no estaba obligado a obedecer reglas tan opresivas con el Mamen, por lo que podía seguir una carrera pública activa-, Escévola podría haberse opuesto a César por cuestiones técnicas, alegando el estatus plebeyo de Aurelia, y también es posible que simple mente se negara a doblegarse a la presión ejercida por Cinna. En última instancia, se trataba de un tema menor y la

preocupación que despertaban en Cinna otros asuntos mucho más importantes hizo que quedara sin resolver.'

ESPERANDO A SILA

Los años en los que Cinna y sus partidarios dominaron Roma no están documentados con ningún tipo de detalle por nuestras fuentes, aunque es probable que esta falta de información no sea la única sugerencia de que no trató de acometer reformas de envergadura.A pesar de que apeló a los italianos que acababan de obtener el derecho al voto y a otros grupos descontentos antes de su victoria, Cinna hizo pocos esfuerzos para satisfacer sus demandas más tarde. El primer periodo de guerra civil de Roma -y, de hecho, las posteriores contiendas- tenía muy poco que ver con conflictos ideológicos o políticos, sino que eran violentas extensiones de la tradicional competición entre individuos. Cinna no abrigaba ambiciones revolucionarias de reformar la República, pero ansiaba obtener poder personal e influencia dentro del sistema. Por tanto, cuando hubo logrado estas cosas mediante el uso de la fuerza, su principal prioridad era conservarlas.Ya cónsul en el Cinna se aseguró de ser elegido para el cargo en los años 85 y pues se cree que sólo permitió que su nombre y el de un colega seleccionado se presentaran candidatos. Cuando era cónsul, disfrutó de imperium y, con ello, del derecho legal para mandar los ejércitos que necesitara para protegerse de Sila o de cualquier otro rival. Como magistrado no podía ser llevado a juicio, y parece que había cierta actividad en los tribunales romanos, aunque unos cuantos abogados destacados eligieron dejar de ejercer. Cinna y Mario habían asesinado a algunos senadores y provocado la huida al extranjero de otros, pero la mayoría del Senado permaneció

en Roma y siguió reuniéndose. Había muchos senadores a quienes no les convencían ni Cinna ni sus asociados, pero Sila no les inspiraba tampoco ninguna simpatía. Al parecer, los debates del Senado eran relativamente libres y, en ocasiones, se votaron medidas que no eran especialmente favorables para Cinna, por ejemplo, cuando se iniciaron las negociaciones con Sila. No obstante, no podrían contenerle o evitar sus consecutivos consulados, dado que, después de todo, él era el que controlaba un ejército y no el Senado. En la Roma de Cinna, el Senado se reunía, los tribunales funcionaban y se celebraban elecciones, lo que revestía el día a día al menos de un barniz de normalidad. Había una marcada flexibilidad en las principales instituciones de la República, que tendía a continuar marchando de algún modo independientemente de las circunstancias y se detenía sólo de forma temporal por los disturbios y el derramamiento de sangre. Las vidas de los senadores giraban en torno a los favores que hacían para conseguir apoyos, influencia y lograr un cargo. Fueran las que fueran las circunstancias, de manera natural continuaban intentando hacer esas mismas cosas en la medida de lo posible.'

La posición de Cinna era incompatible con el adecuado funcionamiento de la República: al final su posición se basaba en su ejército y no parecía tener ninguna intención de deshacerse de él, a la vez que sus repetidos consulados negaban a otros la oportunidad de alcanzar cargos de rango superior y limitaban el número de magistrados disponibles para gobernar las provincias. Pero Cinna no podía sentirse seguro mientras Sila siguiera en libertad y al mando de sus legiones. A Mario le habían concedido el mando en la guerra

contra Mitrídates en el año pero había muerto antes incluso de partir. Su sustituto en el consulado, LucioValerio Flaco, también heredó su misión y, al menos, marchó hacia Oriente con un ejército. Pronto se hizo evidente que Sila no iba a permitir que le sustituyeran, pero es posible que Flaco tratara de negociar con él con la idea de unir sus fuerzas contra Mitrídates. No obstante, Flaco fue asesinado al poco tiempo por su propio cuestor, Cayo Flavio Fimbria, que se puso al frente del ejército e intentó derrotar el Ponto por su cuenta. Mostrando menos talento en el arte de la guerra que el que poseía para la traición y el asesinato, Fimbria acabó suicidándose después de que sus soldados se amotinaran. A lo largo de los siguientes años, el Senado intentó varios acercamientos a Sila, con la esperanza de lograr que se reconciliara con Cinna y evitar la guerra civil, pero ninguno de los dos líderes mostró demasiado entusiasmo ante su actuación. Sila mantenía que él era un magistrado electo legalmente, enviado como procónsul por el Senado para luchar contra un enemigo de la República y exigía ser reconocido como tal y que se le permitiera terminar su tarea. Hacia el año cuando la guerra contra Mitrídates estaba claramente llegando a su fin, Cinna y sus asociados se lanzaron a reunir tropas y grandes cantidades de provisiones para lo que veían como el inevitable enfrentamiento con Sila.9

Lucio Cornelio Sila era un hombre de impresionante apariencia, con una piel excepcionalmente clara, penetrantes ojos verdes y cabello rojizo. Al alcanzar la madurez, su aspecto se estropeó a causa de una enfermedad de la piel que salpicó su rostro con manchas rojas. (Una recóndita ley militar de

hacía varios siglos afirmaba también que sólo tenía un testículo y que sus logros evidenciaban que ese defecto no fue impedimento para convertirse en un soldado de éxito.) Sila podía ser muy seductor, conquistando tanto a soldados como a senadores, pero numerosos aristócratas seguían sintiéndose inseguros respecto a él. A pesar de haber llegado tarde a la vida pública había logrado un éxito razonable y demostró su destreza militar en reiteradas ocasiones. Su consulado se produjo cuando contaba cincuenta años, una edad excepcionalmente avanzada para un primer mandato, y en la década precedente le había costado dos intentos ganar la pretura. Es probable que a muchos senadores les resultara dificil olvidar la pobreza de su juventud y la decadencia de su familia. Es habitual que los que prosperan en un sistema tengan la impresión de que el fracaso de los demás es merecido: Sila había sido pobre y sus compañeros de diversión eran actores y músicos, profesiones consideradas infames. Ese comportamiento juvenil ya era malo en sí y peor aún en el caso de un senador y magistrado, pero Sila permaneció fiel a sus amigos a lo largo de toda su vida. Bebía mucho, se daba grandes festines y se le tenía por un hombre sexualmente muy activo, con amantes tanto masculinos como femeninos. Durante gran parte de su vida se asoció públicamente con el actor Metrobio, especializado en interpretar papeles femeninos en el escenario, y se decía que la pareja estaba teniendo una aventura. La élite interna del Senado aceptaba a regañadientes el éxito político de Sila, aunque, en ocasiones, era obvio que le preferían a alguna de las alternativas. Es posible que esa actitud le fuera indiferente, pero su voluntad de obtener el reconocimiento público de su

triunfo y de evitar que le arrebataran sus logros era inquebrantable. En el año marchó sobre Roma alegando que era un representante legítimo de la República y que era necesario liberar a Roma de la ilícita dominación de una facción. Más tarde se presentó siempre como procónsul de Roma, negando la validez de la declaración de Mario y Cinna que le proclamaba enemigo del Estado. Era un hombre cuyo epitafio autoproclamado era que nunca había dejado de ayudar a un amigo y combatir a un enemigo."

Sila sostenía que su imperium y su mando eran legítimos, y que sus oponentes habían actuado de manera ilegal y como enemigos de la República. En consecuencia, era a la vez su derecho y su deber reprimirlos con todos los medios a su alcance. También era importante para él proteger su propia dignitas, pues sus logros merecían respeto para él y para su familia. Los romanos resaltaban abiertamente la influencia del azar en las actividades humanas, en especial en la guerra, y -anticipándose a Napoleón- creían que la buena suerte era una de las principales virtudes de un general. Los comandantes no debían confiar en el azar y se esperaba que se prepararan concienzudamente para asegurar el triunfo, pero en el caos de la contienda los mejores planes podían fracasar y la victoria o la derrota dependían del azar. Sila alardeó de su buena suerte durante toda su carrera. Ser afortunado implicaba gozar del favor divino que, en su caso, era el apoyo de Venus y, de vez en cuando, el de Apolo, entre otros. Sostenía que había tenido sueños proféticos antes de muchos de los grandes acontecimientos de su vida en los que un dios o una diosa le instaban a hacer lo que había planeado y le prometían que tendría éxito. De igual modo, Mario había sido inspirado por

los oráculos a través de diversas predicciones sobre su grandioso futuro, de las cuales la más famosa auguraba que llegaría a ocupar siete consulados. La ambición de ambos era implacable, pero la creencia de que su éxito había sido predestinado por los dioses y, por tanto, era justo, alimentaba aún más la ya notable confianza que tenían en sí mismos. Tampoco el cinismo de nuestros tiempos debe impedirnos ser conscientes de que, con frecuencia, esas afirmaciones resultaban una propaganda muy efectiva."

Sila ya había empleado la fuerza una vez para defender su posición. La brutalidad del asalto a la ciudad de Cinna no puede haberle llevado a anticipar un comportamiento más suave de su enemigo. En el año firmó la Paz de Dárdano, que ponía fin a la guerra con Mitrídates. No era una victoria completa, porque el rey del Ponto seguía siendo independente y mantenía un poder considerable, pero había sido expulsado de territorio romano y sus huestes habían sido derrotadas en la batalla. Sila no pudo regresar a Italia de inmediato porque había mucha burocracia que solucionar para organizar las provincias orientales. En el año 84 a.C. Cinna había decidido combatir a su rival en Grecia más que en Italia, pero se produjeron sustanciales retrasos al empeorar el tiempo en el Adriático y un convoy de soldados fue devuelto a Italia a causa de los vientos contrarios. Poco después, sus soldados se amotinaron -probablemente porque no estaban muy dispuestos a luchar contra otros romanos, aunque nuestras fuentes son contradictorias en este punto- y Cinna fue asesinado por sus propios hombres. El liderazgo sobre sus partidarios fue asumido por Cneo Papirio Carbón, el otro cónsul de ese año y del año precedente. En el 82 a.C.

ocuparía un tercer mandato como cónsul con el hijo de Mario como colega, pese al hecho de que este último era demasiado joven para el cargo. Un número creciente de senadores ya había decidido que Italia había dejado de ser segura para ellos o tal vez sospecharan a quién estaba favoreciendo la fortuna y huyeron hacia Oriente para unirse a Sila. Mas se adherirían a su causa cuando finalmente aterrizó en Brundisium (la actual Brindisi), en el sur de Italia, en el otoño del año 83.12

Sila tenía pocas posibilidades de ganar, pero sus oponentes fracasaron sistemáticamente a la hora de aprovechar su superioridad numérica, de modo que un ejército tras otro fue perdiendo batallas e incluso, en una ocasión, unos soldados fueron persuadidos de desertar en masa. Pocos de los jefes que se enfrentaban a él poseían demasiado talento militar. Después de un periodo de calma en los meses invernales, se reanudó la campaña: Sila logró tomar Roma en el año Una repentina contraofensiva enemiga desencadenó una batalla desesperada junto a la puerta Colina. Durante la lucha, el propio Sila escapó de la muerte por escaso margen y perdió toda un ala de su ejército, pero al final el resto de las tropas siguió adelante y obtuvo la victoria. Cuando su suerte falló, los líderes enemigos se mostraron más vengativos. El joven Mario ordenó la ejecución de Escévola, el Pontifex Maximus, una acción que se cree que fue condenada por su madre, Julia. El propio Mario sufrió asedio en Praeneste y fue asesinado o bien se suicidó cuando la ciudad se rindió. Cuando su cabeza fue entregada a Sila, el vencedor comentó que ese mozalbete tendría que haber «aprendido a remar antes de intentar gobernar el barco». Carbón huyó a Sicilia para continuar la resistencia, pero fue derrotado y ejecutado por uno de los

subordinados de Sila.13

Al igual que la captura de Roma por parte de Mario había superado con mucho la marcha de Sila sobre la ciudad en cuanto a la escala de ma tanzas y ejecuciones que se produjeron, ambas fueron ahora eclipsadas por la ferocidad del retorno de Sila. Dirigiéndose al Senado en el Templo de Bellona, a las afueras de Roma, el discurso del vencedor estuvo acompañado por los gritos de miles de soldados capturados -sobre todo italianos, que eran tratados con más dureza que los romanos- que estaban siendo ejecutados a poca distancia de allí. No sufrían únicamente los rangos inferiores del enemigo: los líderes más destacados fueron ejecutados tan pronto como fueron capturados o se adelantaron a este desenlace quitándose la vida. Muchos más senadores y équites considerados hostiles a Sila fueron asesinados por estos hombres en el periodo posterior a la victoria?'

Al principio, las ejecuciones se producían sin previo aviso, pero las quejas de un Senado nervioso que deseaba saber a quién le tocaba sufrir hicieron que el proceso adoptara una mayor formalidad. Sila ordenó que las proscripciones -listas con los nombres de aquellos que, de ese modo, perdían toda protección de la ley- se colocaran en el Foro y que, a continuación, se enviaran copias a otras partes de Italia. Los proscritos podían ser asesinados por cualquiera y el ejecutor, más tarde, al presentar su cabeza seccionada ante Sila, podía reclamar una recompensa. Él las disponía en la rostra. Por lo general, la propiedad de la víctima era confiscada y subastada y la mayor parte era adquirida a precio de saldo por los asociados de Sila. Las víctimas solían ser senadores o équites. Se hicieron públicas varias listas y, aunque no disponemos de

cifras exactas, la cantidad ascendía a varios cientos. La mayoría eran opositores de Sila, pero otros nombres fueron añadidos simplemente para quedarse con la riqueza de las víctimas. Al parecer, un équite que apenas se había interesado en participar en la vida pública vio su nombre en una de las listas y declaró que la población de su propiedad albana deseaba verlo muerto. Al poco tiempo, fue asesinado.` El odio hizo que se ajustaran muchas cuentas privadas y hubo bastantes casos de nombres añadidos a las listas después de que esa persona estuviera muerta para legitimar el asesinato. No parece que Sila supervisara el proceso con excesivo detenimiento, pero sí creó una escolta con los esclavos libertos de muchos de los proscritos, que fue acusada en numerosas ocasiones de abusar de su nuevo poder. Las proscripciones finalizaron de manera formal el 1 de junio de pero su horror perduró y dejó una marca en la conciencia colectiva de los romanos todo lo que quedaba de siglo.`

El poder de Sila procedía directamente del control de un ejército que había derrotado a todos sus rivales, pero el hombre que tanto había hecho para defender su legitimidad como procónsul se otorgó a sí mismo una posición más formal para justificar su dominio del Estado. En momentos de grave crisis, la República había dejado ocasionalmente a un lado su miedo al gobierno de un solo hombre y había nombrado un dictador, un único magistrado con imperium supremo. Siempre había sido un puesto temporal, abandonado a los seis meses, pero Sila desechó estas restricciones y no estableció ningún plazo limite a su cargo. Fue nombrado dictator legibus faciendis et re¡ publicae constituendae (dictador que promulga leyes y reconstituye el

Estado) mediante una votación en la asamblea popular. Su cargo no tenía precedentes, como tampoco la violencia que empleó para reprimir cualquier oposición. Una de las veces ordenó con toda tranquilidad la ejecución de uno de sus seguidores en el Foro porque insistió en presentar su candidatura al consulado desafiando las órdenes del dictador."

FUGITIVO

César tenía unos dieciocho años cuando las tropas de Sila tomaron Roma por segunda vez. No había participado en la guerra civil; su suegro, Cinna, había muerto y nada sugiere una relación especialmente estrecha con Mario el joven. Lo que es más importante, es probable que ya se esperara de él que cumpliera las reglas impuestas sobre el Flamen Dialis aunque no había sido investido formalmente con el sacerdocio todavía. Las mismas limitaciones que le impedían ir a la guerra deben hacernos suponer que estaba en Roma cuando la ciudad fue tomada y se libró la gran batalla a las afueras de la puerta Colina, y que fue testigo del baño de sangre que supusieron las proscripciones. El Mamen no debía ver un cadáver, pero es evidente que eso era algo dificil de evitar en aquella época. Los viera o no, el muchacho no podía dejar de haber visto las cabezas de tantos romanos prominentes expuestos en el corazón de la ciudad. En un momento dado, pareció que la suya las seguiría muy pronto.

El mismo César no contaba ni con la suficiente influencia ni con la suficiente riqueza para garantizar su inclusión en las proscripciones. No obstante, estaba casado con la hija de Cinna y ese vínculo no le ayudaba precisamente a ganarse el favor del nuevo régimen. Sila le dio instrucciones de que se divorciara de su mujer. Había dado órdenes similares a otros

hombres, organizando de vez en cuando una boda más favorable para ellos que, con frecuencia, implicaba a alguna de sus parientes. El caso más famoso fue el de Cneo Pompeyo, hijo de Pompeyo Estrabón y uno de los comandantes más eficaces de Sila, a quien ordenó que se divorciara de su esposa y se casara con la hijastra del dictador. Esta estaba no sólo ya casada, sino también embarazada de muchos meses, pero eso no impidió que tuviera que divorciarse velozmente y que se uniera con igual velocidad a Pompeyo. Sabemos de al menos otro hombre que abandonó a su esposa a instancias de Sila. César fue el único que rehusó y persistió en su negativa pese a las amenazas y ofertas de favores, entre los que se incluía un matrimonio con la familia del dictador. Tras los recientes acontecimientos, esta actitud era una audacia, sobre todo para un joven que podía ser eliminado fácilmente y tenía lazos con la oposición. Desconocemos por qué lo hizo. Por lo visto, el matrimonio con Cornelia era feliz, pero también podía deberse a terquedad innata u orgullo.

Las amenazas de Sila se intensificaron. La dote de Cornelia fue confiscada y sumada a las arcas de la República como castigo. En un momento dado, también se le arrebató a César el flaminado, lo que podría haber sucedido de todas formas teniendo en cuenta que le había sido otorgado por Mario y Cinna, pero nuestras fuentes suelen asociarlo con la disputa en torno a Cornelia. O bien es posible que alguien fuera tan escrupuloso como para señalar que César, para empezar, no era técnicamente elegible. Roma había sobrevivido sin Flamen Dialis desde el año 87 a.C., y era obvio que no era urgente designar un sustituto, ya que, de hecho, el puesto permanecería vacante hasta el año Al parecer un honor tan

restrictivo no despertaba demasiado entusiasmo entre la aristocracia. Plutarco nos cuenta que César trató asimismo de presentarse a las elecciones a un sacerdocio sin determinar, pero Sila se opuso en secreto a su elección y, en consecuencia, fracasó en el intento. Es posible que sea sólo una versión errónea de la historia del flaminado, aunque este cargo no se confería por votación, o bien fuera una invención que pretendía resaltar la confianza mostrada por el joven César frente al poderoso dictador.` Sea cual fuere el alcance de su oposición pública a Sila, era un camino peligroso y pronto dio pie a que llegara la orden de que le arresta ran, lo que solía ser un preludio de la ejecución. No hay certeza de que el mismo Sila diera esas instrucciones y, en realidad, es posible que la iniciativa procediera de alguno de sus subordinados. Si ese fue en efecto el caso, por lo visto el dictador fue informado con prontitud sobre el encarcelamiento y al principio no hizo nada para contener a sus hombres.`

César huyó de Roma y buscó refugio en el territorio de la Sabina, al noreste. Las fuerzas del dictador ocupaban toda Italia. Al poco tiempo, ordenó la desmovilización y el asentamiento de ciento veinte mil veteranos, lo que da un indicio de la magnitud de su ejército. César no podía esperar desvanecerse sin más, mezclándose en una de las pequeñas comunidades. Prácticamente tenía que trasladarse cada noche para evitar a las patrullas y siempre existía el riesgo de traición porque es probable que las recompensas otorgadas a aquellos que entregaban a fugitivos durante las proscripciones siguieran estando vigentes. El joven aristócrata que, hacía sólo unos años, había tenido que cumplir la estricta rutina del flaminado, ahora se veía obligado a vivir en la precariedad.

Puede que hubiera algunos esclavos con él, quizá incluso algunos amigos, pero ese estilo de vida contrastaba abiertamente con sus anteriores años. Para empeorar las cosas, contrajo la malaria. En medio de un ataque tuvo que desplazarse durante la noche desde un refugio a la siguiente vivienda franca, pero fue interceptado y capturado por un grupo de soldados de Sila. Esos hombres, bajo el mando de un tal Cornelio Fagites, que tal vez fuera centurión, estaban limpiando el área de enemigos del dictador y, de acuerdo con Suetonio, llevaban varios días siguiéndole la pista. César les ofreció dinero para que le dejaran marchar y finalmente compró su libertad por doce mil denarios de plata: casi cien años de paga para un soldado ordinario, aunque los centuriones recibían bastante más.`

Al final, le salvó su madre. Aurelia persuadió a las vírgenes vestales, además de a alguno de sus parientes en especial a su primo Cayo Aurelio Cota, así como a Mamerco Emilio Lépido- para que rogaran al dictador misericordia por la vida de su hijo.Tanto Cota como Lépido habían tomado partido por Sila en la guerra civil y ambos obtendrían el consulado en los años por venir. El apoyo de hombres tan influyentes, combinado con el hecho de que César no era realmente importante, le granjeó el indulto. No sólo se le perdonó la vida, sino que se le permitió comenzar su carrera pública, lo que constituía una importante concesión, ya que estaba prohibido que los hijos y nietos de los proscritos ocuparan ningún cargo o entraran en el Senado. Según la leyenda, cuando Sila finalmente cedió, declaró: «Salíos con la vuestra, quedaos con él, pero sabed que este hombre, que con tanto afán deseáis incólume, llegará un día en que acabará con la

nobleza por la que habéis luchado conmigo; pues en César hay muchos Marios». Puede que esta frase no sea más que un mito posterior, pero desde luego no es imposible que el dictador reconociera la inmensa ambición -y tal vez también el talento- del petulante joven que le hizo frente.`

Sila abandonó la dictadura a finales del año 80 o principios del año 79 a.C. Había ampliado el Senado, añadiendo trescientos nuevos miembros de la orden ecuestre, y había contribuido de manera importante a restaurar su papel de guía en la República. El tribunado, que Sulpicio había empleado para entregar el mandato oriental a Mario, estaba paralizado, ya no podía proponer legislación a la asamblea. Lo que es aún más importante, a los tribunos se les prohibía ocupar ninguna otra magistratura, garantizando de manera efectiva que sólo los no ambiciosos buscaran obtenerla. La legislación confirmó los tradicionales límites de edad para acceder a los cargos y prohibió expresamente mandatos consecutivos en el mismo puesto, y se regularon asimismo las actividades de los gobernadores en sus provincias. Sila, que siempre había reivindicado ser un sirviente legalmente nombrado de la República, había utilizado su poder supremo para restablecer una visión muy conservadora de la misma. Es más, había llenado el Senado con sus hombres. Si el sistema tenía que funcionar, lo haría dependiendo de que esos hombres cumplieran su parte y actuaran dentro de los límites tradicionales que las leyes de Sila habían tratado de

restablecer. El sistema no requería un dictador que lo supervisara y por eso él se retiró. Durante un tiempo, caminó a través de las calles de Roma como cualquier otro senador, acompañado de sus amigos, pero sin llevar la protección de una escolta. El hecho de que nadie le molestara en absoluto era un signo del respeto y el miedo que despertaba. Sin embargo, una historia cuenta que había un joven que le seguía y que le insultaba a gritos sin ce sar, hasta que Sila declaró que este joven loco impediría que ningún otro dictador renunciara al poder. Es muy posible que se trate de otra invención. Mucho más tarde, César diría que «Sila, al renunciar a la dictadura, demostró que no sabía ni las primeras letras del

Poco después, Sila se retiró a una finca en el campo. Acaba de casarse por segunda vez tras el fallecimiento de su esposa a causa de las complicaciones de un parto de gemelos. Era miembro del sacerdocio de los augures y había seguido escrupulosamente las normas de la orden divorciándose de su esposa agonizante porque su casa no podía verse contaminada por una muerte en caso de festividad. Se negó incluso a verla durante ese periodo aunque, en otra muestra tanto de severa adherencia al deber como de afecto personal, le dio un fastuoso funeral. Más tarde conoció a una joven divorciada en los juegos. Lo que comenzó como un flirteo iniciado por ella se convirtió enseguida en una relación puramente aristocrática cuando Sila, intrigado, hizo discretas averiguaciones sobre su familia y, a continuación, arregló el matrimonio. Después de su retirada hubo muchos rumores acerca de las desenfrenadas fiestas celebradas en la época en la que vivió en el campo con su esposa y muchos de sus amigos actores de teatro, que había conservado desde su juventud. Falleció de manera repentina a

principios del año 78 a.C.23

Roma había tenido su primera experiencia de guerra civil y de dictadura. El joven César -y es importante recordar que todo esto ocurrió cuando era un adolescente- había visto las rivalidades personales de los principales senadores crecer hasta transformarse en salvajes derramamientos de sangre. Cónsules y otros hombres distinguidos habían sido ejecutados o forzados a cometer suicidio, lo que demostraba que incluso las carreras de los hombres más relevantes de la República podían terminar violenta y súbitamente. El mismo César había escapado por poco a la muerte. También se había enfrentado al abrumador poder del dictador, negándose a ceder ante él, y había sobrevivido a la experiencia. Los hijos de los senadores eran educados para tener una opinión muy elevada de sí mismos y César no era ninguna excepción a ese respecto. La experiencia de los últimos años sólo pudo haber reforzado la sensación de su propio valor. Se había resistido a la tiranía cuando todos los demás se dejaban intimidar y mostraban su sumisión. ¿Acaso las normas que regían sobre los otros no le obligaban a él?

IV

EL JOVEN CÉSAR

Quiero que al orador le suceda lo siguiente: que cuando se corra la voz de que va a hablar, se coja sitio en los bancos, el tribunal se llene, los escribanos se muestren complacientes en indicar un sitio o en ceder el propio, los círculos del público multipliquen sus filas, los jueces estén erguidos y atentos; que, cuando se levante el que deba hablar, el público haga señales para que se guarde silencio; luego, que dé repetidas muestras de asentimiento y muchas pruebas de admiración; que haya risas, cuando él quiera y, cuando lo quiera, llantos, de modo que quien vea todo esto de lejos, aun sin saber de qué se trata, comprenda, no obstante, que quien está hablando es del agrado general y que sobre la escena es un Roscio aun actor famoso de la época].

CICERÓN, 46 a.C.[1]

Conservamos varios retratos de César: bustos o monedas, algunas creadas durante su vida o copiadas de originales, pero todas ellas le retratan con mediana edad. Nos muestran a un gran general o al dictador, sus rasgos duros y enérgicos, su rostro surcado ya de arrugas -al menos en los retratos más realistas-, su cabello poco abundante. Estas imágenes irradian poder, experiencia y una extraordinaria confianza en sí mismo y, al menos, sugieren la fuerza de su personalidad, aunque ningún retrato, ya sean esculturas, pinturas o incluso fotografias, puede verdaderamente captar algo así. Con frecuencia, los antiguos retratos resultan muy formales y

desprovistos de vida para la mirada moderna y es fácil olvidar que muchos de ellos en origen eran policromados, porque tenemos una visión muy arraigada del mundo clásico como un lugar de piedra y mármol. A pesar del realce de la pintura -y los grandes pintores de estatuas eran tan reve renciados como los grandes escultores-, un busto revelaba sólo algunos aspectos del carácter. En el caso de César, ciertamente sugieren una inteligencia aguda, pero no hay indicios de la vitalidad, ingenio y encanto sobre los que tan a menudo hablan sus contemporáneos. También es dificil imaginar sus rasgos suavizados por la juventud al observar los retratos de César maduro, aunque las fuentes literarias proporcionan algunas indicaciones sobre su apariencia. Según Suetonio, de César se decía «que era alto, de tez clara, con miembros esbeltos, una cara algo redonda y ojos muy oscuros, penetrantes». Plutarco lo confirma cuando señala que César era de complexión ligera y tez pálida, lo que hacía que sus proezas de resistencia fisica en las últimas campañas resultaran aún más admirables. Hay mucho de subjetivo en estas descripciones y es dificil saber, por ejemplo, cuánto medía realmente. El comentario de Suetonio puede no significar nada más que César no daba la impresión de ser especialmente bajo pese a ser bastante delgado. En realidad desconocemos por completo qué estatura consideraban elevada los romanos del siglo y tampoco cuál consideraban que era una estatura media. En muchos aspectos no había nada particularmente diferente en la apariencia fisica de César, porque sin duda había muchos otros aristócratas que tenían ojos oscuros, cabello castaño oscuro o negro (suponemos que ese era su color, pero no hay comentarios

explícitos sobre ello) y tez clara. Era su actitud lo que hacía que aquel joven sobresaliera.Ya hemos mencionado la extraordinaria audacia con la que se enfrentó a Sila cuando todos los demás parecían aterrorizados y sumisos.A César le gustaba destacar entre los demás y se vestía de un modo muy característico. En vez de la túnica normal de manga corta, que era blanca con una raya púrpura -la documentación no nos permite asegurar si era una línea que atravesaba el centro en vertical o una línea horizontal a lo largo del borde-, él vestía su propia y nada convencional versión con mangas largas, que le llegaban hasta las muñecas y terminaban en un fleco. Aunque no era normal llevar cinturón o faja con la túnica, César lo hacía, pero se obstinaba en llevarla muy floja. Se dice que Sila había advertido a otros senadores que no perdieran de vista a ese «muchacho del cinturón aflojado». Es posible que con su estilo pretendiera recordar su antiguo nombramiento para el flaminado, ya que al Mamen no se le permitía llevar nudos en su ropa, pero también es posible que se tratara de mera extravagancia. Fuera cual fuera su propósi to, el resultado era el mismo: César se vestía de modo que se reconociera que era un miembro de una familia senatorial, pero, al mismo tiempo, se distinguía del resto de sus pares.'

La apariencia y el cuidado personal eran muy importantes para los romanos y, en especial, para la aristocracia. No era casualidad que la casa de baños, un complejo consagrado al confort y limpieza de los ciudadanos, utilizara la ingeniería más sofisticada nunca concebida por los romanos. La misma naturaleza de la vida política, en la que los senadores frecuentemente hacían o recibían visitas de potenciales aliados y clientes, y en la que debían atravesar las calles para asistir a

reuniones públicas, garantizaba que la vestimenta y el porte estuvieran siempre bajo escrutinio. César era casi un dandi: su aspecto siempre era impecable aunque su ropa fuese algo excéntrica. Lo mismo era aplicable a muchos otros jóvenes aristócratas en una Roma cuya riqueza aseguraba la rápida disponibilidad de telas caras y exóticas. Los hijos jóvenes de familias senatoriales poseían bastante dinero para gastarlo en ese tipo de cosas, así como un alto número de esclavos para atender sus mínimas necesidades. Los que no tenían fondos suficientes para pagar ese lujoso estilo de vida a menudo estaban dispuestos a endeudarse para estar a la altura de los más acaudalados. Sin embargo, incluso entre el «grupo más moderno» de Roma, las manías de César respecto a su apariencia eran consideradas excesivas. Un afeitado apurado y el pelo corto, bien recortado, eran completamente adecuados, pero se rumoreaba que César se hacía depilar todo el vello del cuerpo. En muchos sentidos, era tal vez la naturaleza contradictoria de su carácter lo que desconcertaba a los observadores. La mayoría de los modernos jóvenes aristócratas de Roma gastaban tales fortunas en vivir alocadamente como en su propia apariencia. Por el contrario, César comía frugalmente, rara vez bebía y nunca lo hacía en exceso, aunque siempre agasajaba y cuidaba bien de sus invitados. Es decir, presentaba una extraña mezcla de frugalidad tradicional y exceso moderno.'

La familia de César no era especialmente rica según los estándares de la aristocracia y la pérdida de la dote de Cornelia sin duda debió de suponer un fuerte revés. Por lo general, se podía averiguar la prominencia y fortuna de un senador a partir de la localización de su casa y los hombres

más importantes de la República vivían en las laderas de la colina Palatina,junto a laVía Sacra, el camino que tomaban las procesiones y que atra vesaba el corazón de la ciudad. Mario había marcado su éxito sobre los bárbaros comprando una vivienda en esa área, cerca del Foro. Algunas de aquellas grandiosas viviendas eran muy antiguas, pero, por lo visto, era poco habitual que la misma familia permaneciera en una casa durante muchas generaciones. Esto se debía en parte a que la aristocracia romana no tenía concepto de primogenitura, sino que tendía a dividir la propiedad entre sus hijos, incluyendo en el reparto a menudo a sus asociados políticos a los que se considerara importante honrar con un legado. Para facilitar ese proceso, las casas y demás propiedades se compraban y vendían con mucha frecuencia. La vivienda que el orador Cicerón poseía en la cumbre de su carrera originalmente había sido propiedad de Marco Livio Druso hasta su asesinato en el año Cicerón se la había comprado a otro senador, Marco Licinio Craso, un destacado partidario de Sila de quien sabemos que había adquirido numerosos inmuebles durante las proscripciones. La misma casa tuvo, al menos, otros dos propietarios, entre los que no existía ninguna relación, en las décadas posteriores a la muerte de Cicerón en el año 43 a.C. Era un magnífico edificio en una posición que indicaba la gran importancia de su ocupante. Por el contrario, el joven César poseía un lugar de menor tamaño en un distrito poco elegante conocido como la Subura. Situada en un valle entre las colinas Esquilino yViminal, a cierta distancia del Foro principal, la Subura estaba dominada por grandes barriadas de viviendas insalubres, en la que muchos de los ocupantes más pobres vivían en bloques de

pisos de mala construcción en calles estrechas y callejones. Era un área muy bulliciosa, abarrotada de gente y famosa por ser sede de diversas actividades de dudosa reputación, en particular, la prostitución. Es probable que los ocupantes fueran fundamentalmente ciudadanos, entre ellos muchos antiguos esclavos, pero se cree que también vivían allí numerosas comunidades de extranjeros. Se tiene conocimiento de la existencia de una sinagoga en la zona en una fecha posterior y no es imposible que ya existiera una en la época de César.4

Gran parte de los asuntos de un senador se llevaba a cabo en casa y eso se reflejaba en el diseño de las viviendas. Una parte esencial era el atrio para recibir a los visitantes, incluidos los clientes (de los que se esperaba formalmente que saludaran a su patrón todas las mañanas), y para exhibir los bustos de los antepasados y los símbolos de los honores y lo gros que estos o el residente actual habían ganado. Igualmente importantes eran las habitaciones para conversaciones más privadas y las destinadas a acoger las cenas con amigos. El plano habitual con un patio central cerrado garantizaba cierta intimidad, pero los hombres ambiciosos se resistían a dejar el mundo fuera. Se dice que el arquitecto de Livio Druso se ofreció a construir su casa de modo que nadie pudiera verles desde el exterior, provocando la respuesta de que si era posible prefería que la construyera de modo que todos pudieran ver claramente lo que hacía.' Pese a su fortuna, estatus e influencia, los hombres consagrados a la vida pública no podían permitirse vivir en un lugar retirado de la vida y los negocios del resto de la ciudad. Por tanto, aunque sin duda vivía en la zona más exterior de la Subura y desde luego es

muy poco probable que tuviera una casa en la parte más pobre de la zona, César no puede haber estado totalmente separado de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Tal vez ese contacto diario con los más desfavorecidos le enseñara parte de las habilidades que, más tarde, mostraría al tratar a las masas y al hablar ante los soldados rasos de las legiones.

Es posible que vivir en la Subura resultara ventajoso, al permitir que aquel petimetre aristócrata comprendiera mejor a la población, pero lo más seguro es que la razón de habitar en esa zona fueran sólo sus modestos recursos. El joven Sila había estado en una situación aún más precaria: tuvo que alquilar un piso en un bloque de apartamentos porque no podía ni siquiera permitirse una casa y pagaba por su alojamiento apenas algo más que el liberto que vivía encima de él. La vivienda de César revelaba al mismo tiempo su falta de recursos y su poca importancia en la República. Hasta cierto punto su deseo de destacar entraba en conflicto con esa realidad, así como su tendencia a gastar por encima de sus posibilidades. Por regla general, lo hacía para que su carrera progresara, pero, de vez en cuando, parecía poco más que un capricho. Suetonio nos explica que decidió construirse una villa de campo en uno de sus terrenos. No obstante, cuando ya se habían colocado los cimientos y las obras estaban en marcha, se percató de que el diseño no le convencía. De inmediato, ordenó que se demoliera la estructura y que se construyera la nueva desde el principio. La fecha de este incidente es incierta, puede haber tenido lugar en una fase avanzada de su carrera, pero ayuda a ilustrar el punto de que, al menos en algunos asuntos, César exigía perfección. Durante gran parte de su vida fue un entusiasta coleccionista

de arte, gemas y perlas, lo que era un pasatiempo bastante caro en sus circunstancias.'

UNA CORONA Y UN REY

Poco después de escapar de los hombres de Sila, César se había marchado al extranjero y no retornó a Roma hasta que el dictador hubo fallecido. Durante esos años comenzó el servicio militar, que era el preliminar legal a la carrera pública. Primero sirvió con el gobernador de Asia, el propretor Marco Minucio Termo. El padre de César había gobernado la misma provincia aproximadamente una década antes, por lo que el nombre de la familia ya era conocido por sus habitantes y el hijo heredó varias conexiones importantes con algunas personalidades de la región.Termo era un destacado seguidor de Sila y César se convirtió en uno de sus contubernales («compañeros de tienda»),jóvenes que compartían el rancho con el comandante y realizaban todos los encargos que se les asignaba. Idealmente, el gobernador disponía así de una reserva de útiles subordinados para ocuparse de funciones menores, al tiempo que les instruía acerca del servicio militar y el mando. Los contubernales aprendían a través de la observación, igual que los niños aprendían cómo funcionaba la República acompañando a los senadores importantes en sus deberes diarios en Roma. Como muchos otros aspectos de los primeros años de un aristócrata, los detalles de dónde y con quién servía no eran controlados directamente por el Estado, sino que estaban en manos de las distintas familias. La conexión entre César y Termo es poco conocida y podría haber surgido de forma indirecta, a través de otra persona con la que ambas partes tuvieran vínculos de amistad política.'

En circunstancias normales, Asia era una provincia pacífica

y próspera, lo que la convertía en el tipo de sitio donde un gobernador romano y sus subordinados podían esperar obtener generosas ganancias durante su servicio. Sin embargo, sólo hacía siete años que Mitrídates del Ponto había invadido toda la zona y ordenado a las comunidades que masacraran a todos los romanos que vivían entre ellos. Sila había vencido a Mitrídates y, por el momento, el rey estaba nuevamente en paz con Roma, pero todavía había que derrotar a algunos de sus recientes aliados. Una de las principales misiones de Termo fue derrotar la ciudad de Mitilene, que fue sitiada y acabó siendo tomada al asalto.A lo largo de la lucha, el César de diecinueve años ganó el mayor reconocimiento al valor que otorgaba Roma: la corona cívica. Tradicionalmente, este honor se entregaba sólo a aquellos que habían arriesgado su propia vida para salvar la de otro ciudadano. Se suponía que el hombre rescatado debía trenzar una sencilla corona con hojas de roble -un árbol sagrado para Júpiter- y regalársela a su salvador como un reconocimiento público de su deuda. No obstante, en los tiempos de César el encargado de entregarla solía ser el magistrado que estaba al frente del ejército. La corona se llevaba en desfiles militares, pero los que la ganaban también estaban autorizados a llevarla durante la celebración de festividades de Roma. Ninguna de nuestras fuentes contiene detalles sobre la proeza por la que se le otorgó la corona a César, pero la corona civica nunca fue concedida a la ligera e infundía un inmenso respeto. Durante la crisis de la segunda guerra púnica, cuando el Senado romano había registrado muchas bajas y necesitaba reponer sus filas, aquellos que habían ganado la corona civica eran uno de los principales grupos entre los que se elegía a nuevos miembros.

Es posible que Sila hubiera decretado una medida similar, de modo que los aristócratas que habían ganado la corona entraban de inmediato en el Senado, pero aunque eso no fuera cierto, no había duda de que la condecoración impresionaba al electorado e impulsaba la carrera del héroe.'

No todo el periodo de servicio en el extranjero de César fue tan encomiable.Antes de asaltar Mitilene, el propretor le había enviado a la corte del rey Nicomedes de Bitinia (en la coste norte de la moderna Turquía) para organizar el despacho de un escuadrón de barcos de guerra para apoyar la campaña. Bitinia era un reino cliente, aliado de Roma y obligado a hacer ese tipo de contribuciones. Nicomedes era un anciano y sin duda había conocido al padre de César, lo que con seguridad garantizó que la bienvenida al hijo fuera especialmente afectuosa. Por lo visto, el muchacho se deleitó enormemente con el lujo que encontró y se le acusó de haberse demorado mucho más de lo que era necesario para realizar su tarea. César era joven, había llevado una vida bastante protegida debido a los deberes del flaminado, y esa era su primera experiencia con el gran mundo y la realeza. También se estaba moviendo entre personas inmersas en la cultura helénica, que tanto admiraban los aristócratas romanos. Todo esto podría explicar por qué se detuvo tanto tiempo en la corte del rey, pero enseguida se propagó el rumor de que la auténtica razón era que Nicomedes había seducido al joven César. Empezaron a circular historias que retrataban a César como un amante muy servicial y sostenían que había sido el escanciador del rey en una bacanal a la que asistieron varios comerciantes romanos. Otro relato contaba que había sido guiado por los ayudantes del monarca hasta el

dormitorio real, que una vez allí le habían vestido con unos ropajes púrpuras y le habían dejado reclinado en un diván dorado esperando a Nicomedes. Los rumores se extendieron con rapidez y se multiplicaron cuando César regresó a Bitinia poco después de haberla abandonado, alegando que necesitaba supervisar los negocios de uno de sus libertos.9

Ese escándalo perseguiría a César a lo largo de toda su vida. La aristocracia romana admiraba casi todo lo que implicaba la cultura griega, pero nunca aceptó abiertamente la celebración de la homosexualidad propugnada por la nobleza en algunas ciudades griegas. Aquellos senadores que tenían amantes varones solían hacerlo con discreción, a pesar de lo cual con frecuencia sus opositores políticos les ridiculizaban públicamente.Al parecer, el rechazo de la homosexualidad estaba bastante extendido por la mayoría de clases sociales de Roma, y se consideraba que debilitaba a los hombres. En el ejército, la homosexualidad dentro del campamento era un delito capital desde, al menos, el siglo Durante la campaña contra los cimbros, Mario concedió la corona civica a un soldado que había asesinado a un oficial cuando este había tratado de forzarle a aceptar sus atenciones. La conducta del legionario fue presentada como ejemplo de virtud y coraje, mientras que la muerte del oficial fue considerada un castigo apropiado por su exceso de pasión y abuso de autoridad.Y eso pese al hecho de que el fallecido era pariente del cónsul. Los senadores no estaban sometidos a reglas tan rígidas como los soldados, pero como mínimo eran objeto de críticas y burlas si mostraban afición a tener amantes varones. Durante su periodo como censor, Catón elViejo expulsó a un senador por haber ordenado la ejecución de un prisionero en un banquete

simplemente para agradar al muchacho del que estaba prendado en aquel momento. Su falta fue el abuso del imperium, pero la opinión general es que sus motivos agravaban el delito. Había un desprecio especial hacia los chicos o jóvenes objeto de esa pasión y los compa fieros pasivos en el acto sexual. Ese papel implicaba un extremo afeminamiento y, en todo caso, se consideraba peor que el comportamiento del amante de más edad y más activo. El hecho de que se dijera sobre César que se había mostrado sumiso en ese sentido hacía los rumores más dañinos si cabe, porque significaba que el joven aristócrata había actuado de una manera que se estimaba inadecuada incluso en un esclavo. El entusiasmo con el que decían las habladurías que había asumido ese papel acrecentaba el crimen.`

En último caso, era un cotilleo bien construido, que explotaba tradicionales estereotipos romanos. Los romanos sospechaban de los orientales, tenían a los griegos de la época por corruptos y decadentes, en nada parecidos a los admirados griegos de la Antigüedad clásica. Sentían una aversión especial hacia los reyes, y las cortes reales se consideraban lugares de intriga política y depravación sexual. Es decir, que el relato del lascivo anciano gobernante desflorando al joven e ingenuo aristócrata en su primer viaje al extranjero tenía mucho gancho.También ayudaba que la historia fuera sobre César, un joven cuya extravagante vestimenta y enorme autoestima sin duda inspiraban una antipatía cordial, ya que ni él ni su familia podían jactarse de suficientes hazañas para justificar tal vanidad. Era muy agradable para los demás pensar que este jovenzuelo tan seguro de sí mismo se había comportado con tanta sumisión para gratificar a un decrépito

amante. En un momento posterior de la carrera de César, a medida que iba acumulando más y más enemigos políticos, el asunto con Nicomedes les sirvió de arma arrojadiza para atacarlo. A lo largo de la vida de César, la historia fue repetida una y otra vez, por lo que en ocasiones le apodaron «la reina de Bitinia». Otro de sus oponentes dio en llamarle «el marido de toda mujer y la esposa de todo hombre». Es dificil saber si hombres como Cicerón, que se hacía eco con regocijo de las acusaciones, creían en realidad en lo que decían. Lo creyeran o no, deseaban que esas alegaciones fueran ciertas y saboreaban la oportunidad de soltárselas a una persona que le caía mal a muchos y que algunos llegaron a odiar. A menudo, la invectiva política en Roma era tremendamente difamatoria y la verdad rara vez frenaba una historia jugosa de deseo desenfrenado o perversión. Sin embargo, no eran sólo sus adversarios quienes se burlaban de César por este episodio, ya que, años después, sus propios soldados se regodearon en repetir la broma. Curiosamente, no parece que eso disminuyera en absoluto el respeto que sentían por su comandante, y su mofa fue afectuosa, aunque típicamente grosera."

La historia de que César había sido amante de Nicomedes persistió, pero hoy en día es imposible discernir con certeza si era cierta o falsa. El propio César la negó con fervor, hasta el punto de que en una ocasión llegó a ofrecerse a jurar ante testigos que no había ni una pizca de verdad en la acusación, aunque su esfuerzo sólo sirvió para aumentar el ridículo. En edad más avanzada se mostraba muy susceptible respecto a este tema y era de las pocas cosas que podían hacerle perder los estribos en público. Al mismo tiempo, su rápido regreso a

la corte había alimentado los rumores. ¿Era su regreso un signo de su encaprichamiento, un signo de ingenuidad y de que esa acción podía interpretarse por lo que era, o era una decisión consciente de hacer caso omiso del cotilleo porque no había ni sombra de verdad en los rumores sobre él? Es muy posible que este sea el caso, si consideramos la necesidad de César de no verse limitado por las normas que constreñían a los demás. Al final, es imposible saberlo. Tal vez aquel chico de diecinueve años sí sintió y sucumbió a la atracción por un hombre mayor («experimentar con su sexualidad» sería tal vez el eufemismo de moda hoy en día). Si ese fue el caso, entonces fue la única ocasión en la que sucedió algo así, ya que es absolutamente seguro que la homosexualidad no tuvo ningún papel en el resto de su vida. Dada la naturaleza del debate político en Roma, es asombroso que el asunto de Bitinia fuera casi el único insulto de ese tipo que le lanzaran en toda su vida pública. Otros rumores similares, incluyendo una obra difamatoria del poeta Catulo, no convencieron a la opinión pública en general, aunque es evidente que a César le fastidiaban. Sus proezas sexuales eran una rica fuente de habladurías y escándalo y le valieron una reputación muy dudosa, pero sus frecuentes aventuras eran siempre con mujeres. La falta de moderación que exhibía en las relaciones con sus amantes femeninas hace muy poco probable que se acostara también con hombres o muchachos porque ninguno de sus contemporáneos lo comenta. El apetito de julio César por las mujeres era casi insaciable y sus conquistas -que a menudo procedían de las más distinguidas familias- fueron muy numerosas. Sin duda, esta evidencia acentuaba el placer que sentían los demás al reiterar la acusación de que ese gran

mujeriego había desempeñado él mismo una vez el papel de mujer para Nicomedes. De nuevo, la veracidad de la historia importaba mucho menos que el hecho de que tocaba una fibra sensible de César y le avergonzaba. Con todo, es más que probable que no hubiera nada de verdad en la historia, aunque, por supuesto, no podemos tener absoluta certidumbre al respecto.`

César había desposado a Cornelia cuando tenía, como máximo, dieciséis años, pero lo más seguro es que esa unión no fuera su primera experiencia sexual, aunque sí la de la recién casada. Era habitual que la joven prometida viviera en la casa de su futuro marido hasta que tuvieran edad suficiente para contraer matrimonio, por lo que Cosucia (a quien César abandonó para casarse con Cornelia) pudo muy bien haber figurado entre los miembros del hogar de los César durante un año o dos. No obstante, habría sido insólito que la pareja hubiera adelantado su matrimonio, y es probable que Cosucia fuera algunos años menor que César. Por otra parte, no debemos olvidar que los romanos aceptaban la esclavitud como un aspecto normal de la vida y que en cualquier casa aristocrática habría grandes grupos de esclavos que eran literalmente propiedad de sus dueños.A menudo, los esclavos domésticos eran elegidos por su apariencia fisica, ya que sus funciones les obligaban a ser muy visibles para sus dueños y los amigos de estos. Los esclavos domésticos apuestos invariablemente alcanzaban precios elevados en las subastas. Si una chica o una mujer esclavas -o un chico, desde luego- atraía la atención de su dueño no tenían ningún derecho legal para negarse a sus peticiones porque, al fin y al cabo, eran propiedades y no seres humanos. Se consideraba totalmente

normal que los aristócratas satisficieran sus deseos con los esclavos y el tema rara vez merecía un comentario especial. El dechado de virtudes anticuadas, Catón elViejo, se había acostado de manera regular con una joven esclava tras la muerte de su esposa. Durante la guerra civil Marco Licinio Craso había huido a Hispania, donde le acogió uno de los clientes de su padre.Vivió en una cueva para evitar ser detectado por los agentes de Mario y su anfitrión le enviaba comida y bebida con regularidad, pero pronto decidió que esa hospitalidad era insuficiente para la juventud de su «invitado», que estaba al final de la veintena: le envió dos bonitas y jóvenes esclavas para que vivieran en la cueva con Craso y satisficieran las necesidades naturales de un joven viril. Un historiador que escribió en un momento muy posterior del siglo afirmó que incluso en su madurez guardaba afectuosos recuerdos de aquellos días. Los esclavos no tenían elección en esa situación, porque el dueño podía emplear la fuerza si lo deseaba y castigarlos o venderlos por un antojo. Sin embargo, sin duda, algunas esclavas se alegraban de recibir la atención de su señor o de los hijos de su señor con la esperanza de beneficiarse de una posición más privilegiada. Una esperanza peligrosa, en cualquier caso, porque despertaban la envidia de otras esclavas, así como, tal vez, la de la esposa del propietario si estaban casados. Era tan común que los propietarios mantuvieran relaciones sexuales con las esclavas que es muy probable que las primeras experiencias de César tuvieran lugar con las esclavas de la familia. Es posible que, como muchos otros jóvenes, hubiera visitado los más caros burdeles, de los que Roma estaba tan bien abastecida, porque, una vez más, esta práctica era considerada en buena medida normal y

aceptable. Es tentador percibir una nota de incredulidad en la declaración de César en sus Comentarios a la Guerra de las Galias de que las tribus germanas pensaban que «el conocer mujer antes de los veinte años [era] sumamente vergonzoso».13

EL ESTUDIANTE Y LOS PIRATAS

En algún momento tras la caída de Mitilene, César se trasladó al servicio del gobernador de Cilicia, Publio ServilioVatia Isáurico, que operaba fundamentalmente contra las piratas que infestaban la zona. Sin embargo, en el año 78 a.C. las noticias del fallecimiento de Sila alcanzaron las provincias del este e impulsaron a César a retornar a Roma. La ciudad se enfrentaba de nuevo a la amenaza de la guerra civil debido a que el cónsul Marco Emilio Lépido había entrado en oposición con la mayor parte del Senado. Lépido enseguida había empezado a formar un ejército para hacerse con el poder por la fuerza, como habían hecho Sila, Cinna y Mario. Se dice que César había contemplado unirse a los rebeldes e incluso que Lépido le había ofrecido grandes incentivos. No obstante, pronto decidió no unirse al cónsul porque no confiaba ni en su habilidad ni en su ambición. Es posible que esta sea una más de las diversas historias inventadas a lo largo de los años basadas en la suposición de que César siempre aspiraba a la revolución, pero en sí misma no deja de parecer razonable. César había sufrido en manos de Sila y, pese a que había escapado a la ejecución y al final había recibido el indulto, tenía pocos motivos para sentir dema siado cariño por un Senado repleto de partidarios del dictador. También deberíamos recordar que había crecido en unos años en los que Roma había sido asaltada tres veces por

las legiones que brindaban su apoyo a algunos ambiciosos senadores. Era posible que sucediera de nuevo y entonces le convendría más estar asociado a los vencedores que a los vencidos, por lo que puede haber sido una simple cuestión de oportunismo, que decidió considerando si le resultaba favorable unirse a Lépido.14

Al final, César eligió un camino político más convencional y apareció por primera vez como abogado en los tribunales romanos. Los siete tribunales establecidos por Sila en su codificación de antiguas prácticas eran presididos por un pretor y contaban con un jurado formado por miembros del Senado. Los juicios eran asuntos muy públicos, celebrados en plataformas elevadas en el Foro o, en ocasiones, en una de las grandes basílicas y, en cualquier caso, abiertos al público. El derecho romano no incluía el concepto de acusación por parte del Estado y los cargos siempre debían ser presentados por un particular, aunque podía actuar en representación de otros o incluso de toda la comunidad. Durante el periodo de mandato, los magistrados no podían ser procesados, pero eran conscientes de su vulnerabilidad a los ataques en los tribunales cuando renunciaran a su imperium. En teoría, el miedo a ser inculpados más adelante evitaría que abusaran del poder de su cargo. No había abogados profesionales como tal porque, aunque sí existía una clase de fiscales (accusatares), no procedían de la aristocracia y no eran tenidos en demasiada estima, así que lo que las partes solían hacer era contratar la representación de uno o más abogados que normalmente estaban haciendo carrera en la vida pública. Su estatus y auctoritas suponían un importante respaldo al caso que presentaban. Comparecer ante los tribunales como

representante legal era un buen modo de consolidar amistades políticas o de hacer que otras personas contrajeran una obligación, y asimismo darse a conocer a los votantes potenciales.

En el año 77 a.C. César acusó a Cneo Cornelio Dolabela de extorsión durante su mandato como procónsul de Macedonia. Dolabela se había marchado a su provincia después de su consulado en el año y había obtenido un triunfo por sus hazañas militares. Era partidario de Sila, como indicaba su éxito electoral bajo el mando del dictador, pero sería un error creer que el juicio había sido motivado por esa relación. César no trataba de atacar el régimen de Sila, sino que sencillamente había elegido a un hombre prominente al que procesar. El procesamiento de un ex cónsul, y de alguien que había triunfado, atraería más interés público que el de alguien más humilde y ofrecía al joven acusador la oportunidad de ser el centro de atención, aunque fuera brevemente. Lo más probable es que el pleito fuera inspirado por las quejas de alguna de las comunidades de las provincias de Macedonia que habían sufrido bajo el gobierno de Dolabela. Puesto que los que no eran ciudadanos no podían interponer una demanda contra él por sí mismos, tenían que ir a Roma y persuadir a un romano de que aceptara llevar el caso por ellos. Desconocemos por qué eligieron a César, pero puede que se deba a algún vínculo de amistad con los líderes de la comunidad, quizá heredado de su padre o de un antepasado más antiguo. Es más que probable que Dolabela hubiera abusado de su poder para enriquecerse, ya que esa conducta estaba a la orden del día entre los magistrados romanos de la época. Gastaban sumas exorbitantes para ganar

las elecciones en Roma y, con frecuencia, volvían a su provincia desesperados por saldar sus inmensas deudas. Los gobernadores no eran remunerados, aunque sí recibían modestas cantidades para gastos, pero representaban el poder supremo en su provincia y podían conceder o retirar favores a los habitantes del lugar o a los hombres de negocios. La tentación de aceptar sobornos era grande, como el deseo de confiscar como botín de saqueo cualquier cosa que se les antojara. El poeta Catulo sugeriría años más tarde que la primera pregunta que un amigo le hacía a otro a su regreso de un puesto como empleado de un gobernador provincial era: «¿Cuánto dinero has sacado?». La dificultad de los habitantes de las provincias para hacer uso de la ley contra sus gobernantes, ya que tenían que viajar a Roma y buscarse un abogado, exacerbaba terriblemente la corrupción. En el año el orador Cicerón interpuso una acción judicial contra un gobernador de Sicilia muy conocido que se supone que había declarado que un hombre debía permanecer tres años en un cargo: el primer año para robar suficiente dinero para enriquecerse, el segundo para reunir dinero para contratar la mejor defensa legal y el tercero para acumular los sobornos para el juez y el jurado con el fin de asegurarse de escapar a lajusticia.15

Parte de las circunstancias desfavorables en las que vivían los habitantes de las provincias se hicieron evidentes en el juicio de Dolabela. El abo gado de la acusación era César, de veintitrés años de edad, un joven con pocos logros a sus espaldas y procedente de una familia con escasos contactos. El procónsul fue defendido por el principal orador de Roma, Quinto Hortensio, y el distinguido Cayo Aurelio Cota. Cota

era primo de la madre de César, pero no era extraño que los parientes representaran a partes opuestas ante los tribunales. Se consideraba totalmente correcto, lo que les permitía honrar o crear nuevas obligaciones con otros senadores, y no significaba que existiera ningún tipo de resentimiento entre los abogados. Cayo había sido uno de los que convenció a Sila de que indultara a César, y obtendría el consulado en el año 75 a.C. Posteriormente, Cicerón recordaba ver a Hortensio y a Cota en acción en ese juicio, así como en otros:

> Entonces sobresalían dos oradores que provocaban en mí el deseo de imitarlos, Cota y Hortensio: el primero hablaba con tono calmoso y tranquilo, expresando sus pensamientos en términos exactos con soltura y facilidad; el segundo hablaba con abundancia de ornamentos y con impetuosidad… En efecto, había visto con mis propios ojos que en determinadas causas, como en la defensa de Marco Canuleyo o la del consular Quinto Dolabela, aunque se había recurrido a Cota como abogado principal, era realmente Hortensio quien había desempeñado el primer papel.Y es que el movimiento del público y el estrépito del foro exigen un orador vigoroso, ardiente, que sepa actuar y tenga una voz sonora.`

Por tanto, César se enfrentaba a uno de los equipos más formidables de los tribunales de aquella época, lo que no era sorprendente si tenemos en cuenta que la defensa se consideraba un papel más honorable que la acusación. Los fiscales eran esenciales para que funcionara el sistema legal, pero su éxito a menudo significaba el final de la carrera de otro senador. En teoría, un gobernador declarado culpable de extorsión se enfrentaba a la pena capital porque Roma tenía

pocas prisiones y tendía a castigar todos los delitos graves con la ejecución. En la práctica, al condenado se le permitía huir de la ciudad con todos sus bienes muebles y exiliarse cómodamente. Massilia (la actual Marsella), la antigua colonia griega en la costa gala que ahora era parte de la provincia romana de la Galia Transalpina, era una de las localizaciones favoritas para el exilio. No obstante, pese a todos los consuelos, el exilio era permanente: el condenado no podía regresar a Roma. Es decir, la acusación era una acción agresiva y la defensa se tenía por más honorable. De acuerdo con los principios de la aristocracia senatorial era mejor apoyar a un amigo contra el que se habían presentado cargos, aunque fuera culpable, que tratar de acabar con la carrera de un senador. Casi siempre, los abogados defensores eran hombres de más edad y experiencia que habían demostrado a lo largo de los años su destreza ante los tribunales. Se consideraba más digno que demostraran su lealtad hacia los aliados políticos, mientras que la acusación solía quedar en manos de los jóvenes y ambiciosos que deseaban labrarse la fama que les ayudaría a ascender en el escalafón.

Cuando el caso llegó a juicio, César pronunció un discurso que causó una honda impresión en los espectadores.Tiempo después publicó una versión de este discurso, una práctica habitual que Cicerón emplearía a lo largo de su carrera. Aunque no conservamos aquella alocución, sabemos por los antiguos comentaristas que fue muy admirada. Es muy posible que ese discurso mostrara cuánto había influido en él el estilo retórico de César Estrabón y en otra de sus alocuciones publicadas llegó a copiar una parte sustancial de una de sus oraciones. Las palabras de un discurso eran sólo

parte de la actuación de un orador -porque de una actuación se trataba, como admitió Cicerón cuando comparó al dotado orador con un actor famoso (véase la cita que abre el capítulo, La postura que adoptaba el orador, cómo se vestía, dejando que su toga cayera justo como debía, sus expresiones, el poder y tono de su voz, eran aspectos vitales del trabajo de un abogado. Durante el juicio, César impresionó tanto a la muchedumbre que observaba el proceso como a los que participaban en él, y la publicación del discurso contribuyó a acrecentar la reputación que se había ganado. Su voz era algo aguda, pero es evidente que su manera de hablar le imprimía fuerza y poder. Salió bien parado de su primera aparición como abogado a pesar de que la acusación fracasó y Dolabela fue absuelto. Es probable que el resultado no fuera ninguna sorpresa, porque la mayoría de los gobernadores acusados de extorsión eran exonerados. Como era habitual, la defensa estaba compuesta de hombres con mucha mayor experiencia y auctoritas que la acusación, por lo que aquel resultado era casi inevitable. La fama adquirida por César probablemente fue un pobre consuelo para los macedonios que le habían persua dido de aceptar el caso, pero al menos habían demostrado que eran capaces de llevar a juicio a un antiguo gobernador, aunque se hubiera librado de la condena."

La actuación de César fue mejor en su siguiente aparición ante el mismo tribunal, aunque, una vez más, el acusado escapó al castigo. Se trataba del juicio contra Cayo Antonio por su codicia mientras servía en la guerra contra Mitrídates. El tribunal estaba presidido por el pretor Marco Licinio Lúculo, el hermano de Lucio, que había sido el único senador que acompañó a Sila en su marcha sobre Roma en el año

César argumentó muy bien su causa contra un hombre cuya culpa, por lo visto, era patente, pero Antonio apeló a los tribunos de la plebe, logrando que uno o más de entre ellos vetaran el proceso. Como resultado, el juicio se interrumpió sin pronunciar veredicto y Antonio se libró, aunque su carrera posterior resultó extremadamente accidentada: los censores le expulsaron del Senado en el año 70 a.C., fue reincorporado nuevamente en el año 68 a.C. e incluso logró alcanzar el consulado en el año cargo que compartió con Cicerón. Aunque los habitantes de las provincias habían sido testigos de cómo un funcionario romano corrupto volvía a quedar impune, la reputación de César había crecido. No obstante, Suetonio sostiene que sus actividades habían despertado la hostilidad de hombres influyentes, en especial los socios de Dolabela, lo que le impulsó a marcharse al extranjero en el año con el pretexto de estudiar. 18

César fue primero a Rodas, donde planeaba estudiar con Apolonio Molón, el profesor de oratoria más distinguido de su tiempo. Apolonio había sido enviado a Roma por los rodios como parte de una embajada unos cuantos años antes, cuando se le permitió dirigirse al Senado en griego. Fue la primera persona a la que se le concedió ese privilegio. En el siglo i a.C. era habitual que los jóvenes aristócratas romanos completaran su educación asistiendo a las famosas escuelas de filosofa y retórica del Imperio romano de Oriente. De forma bastante similar a César, Cicerón había abandonado Roma para continuar sus estudios tras haber trabajado en los tribunales un par de años. En su caso, pasó un tiempo en Atenas y diversas ciudades de Asia Menor entre los años 78 y 77 a.C., antes de visitar también Rodas para aprender con

Apolonio. Cicerón lo describe como:

> además de ser un abogado de causas reales y un escritor sobresaliente, era también muy competente en señalar y corregir los defectos y en formar a los alumnos con sus enseñanzas. Este Molón se esforzó, si es que puedo conseguirlo, en refrenar mi excesiva redundancia y mi desmedido flujo de palabras -producto de esa cierta falta de moderación y freno propia de los jóvenes- y en contener el torrente de mi elocuencia, que, por así decir, se salía de su cauce.19

Se ignora en qué disciplinas específicas recibió instrucción César del famoso profesor. Pero antes de que alcanzara Rodas, su barco fue interceptado por unos piratas cerca de la isla de Farmacusa, a poca distancia de la costa de Asia Menor. La piratería era un problema grave en todo el Mediterráneo en las primeras décadas del siglo i a.C. En parte, era un legado de los propios éxitos de los romanos, que habían destruido el reino de Macedonia, arruinado el Imperio seléucida y contribuido a la caída del Egipto tolemaico. Todas estas grandes potencias helenísticas habían mantenido una vez poderosas armadas, pero su decadencia propició el florecimiento de la piratería en el Egeo, que, con el tiempo, llegó a ser una plaga endémica en el Mediterráneo. Mitrídates del Ponto fomentó la piratería, a la que brindó apoyo directo, pues consideraba a estos filibusteros útiles aliados contra Roma. La escarpada costa de Cilicia, en Asia Menor, albergaba muchos bastiones de piratas, y las campañas de Servilio Isáurico, con quien había servido el propio César, y otros habían hecho pocos progresos en el control del problema. Los piratas eran extremadamente numerosos,

trabajaban a veces en grandes escuadras e incluso emprendían incursiones de rapiña en las comunidades costeras de la misma Italia. Aunque no estaban unidos bajo un único líder, sino que contaban con muchos jefes, parece que existía un alto grado de cooperación entre las distintas comunidades piratas. En la cumbre de su poder en los últimos años de la década de los setenta antes de Cristo, los piratas lograron incluso asaltar Ostia y, en otra ocasión, secuestraron a dos pretores romanos junto con todos sus ayudantes. Pese a que de vez en cuando asesinaron a sus prisioneros romanos -supuestamente le dijeron a un altivo aristócrata que desembarcara cuando estaban en alta mar, en una historia que, hasta cierto punto, anticipa el momento de caminar por el tablón, tan bienamado por la fic ción que ha hablado de una generación posterior de piratas- su principal objetivo era exigir un rescate por ellos.20

El joven patricio era una valiosa captura y sus raptores decidieron exigir el pago de veinte talentos de plata por su liberación. Se dice que César se rio al oír aquella cantidad, declaró que valía mucho más que eso y prometió pagarles cincuenta talentos. A continuación, envió a la mayoría de sus compañeros de viaje a las ciudades más próximas de las provincias donde podían conseguir un préstamo para entregar el dinero necesario. César quedó atendido sólo por su médico y dos esclavos en el campamento pirata. Según Plutarco, no se sentía en lo más mínimo intimidado por sus feroces captores, sino que:

> los trataba con tal desprecio, que siempre que iba a acostarse les daba recado con la orden de que estuvieran callados. Durante treinta y ocho días, como si en vez de

estar vigilado estuvieran dándole escolta, participó en sus juegos y ejercicios sin el menor miedo. Escribía poemas y discursos y los utilizaba como auditorio, y a los que no se los elogiaban los llamaba cara a cara ignorantes y bárbaros, y entre risas muchas veces los amenazó con ahorcarlos. Ellos estaban divertidos y atribuían esta franqueza a una especie de ingenuidad y broma.'

Cuando sus amigos volvieron con el rescate que las comunidades aliadas habían entregado con diligencia, deseosas de complacer a un hombre que, con el paso del tiempo, podía convertirse en una útil conexión en Roma, César fue liberado. Al parecer, la ciudad de Mileto, en la costa occidental de Asia, había proporcionado el grueso del dinero y hacia allí se dirigió él de inmediato. Tenía veinticinco años y era un ciudadano particular que nunca había ocupado un cargo público, pero eso no impidió que lograra persuadir y engatusar a los habitantes de Mileto para que reunieran y tripularan varios navíos de guerra. Al frente de esta fuerza, marchó directamente de vuelta a Farmacusa para atacar a los que habían sido sus captores. Despreocupados y autocomplacientes, los piratas habían permanecido en el campamento en tierra, sus barcos varados en la orilla y sin posibilidad de oponer resistencia. La escuadra improvisada de César los capturó y se hizo con el botín de sus rapiñas, en el que estaba incluido su propio rescate. Suponemos que los cincuenta talentos fueron reembolsa dos a las comunidades que los donaron y los prisioneros conducidos a Pérgamo, donde los encarcelaron. Después, fue a visitar al gobernador romano de Asia para disponer la ejecución de los piratas. Sin embargo, el propretor Marco junco no se mostró

demasiado interesado en imponer el castigo que César había prometido infligir de manera reiterada. En aquel momento, estaba ocupado organizando la introducción de Bitinia en el imperio como provincia romana, porque Nicomedes había fallecido recientemente y había legado su reino a Roma. Junco vio la oportunidad de beneficiarse vendiendo a los piratas como esclavos y también estaba ansioso por apropiarse de parte de su botín. Cuando comprendió que no actuaría con tanta rapidez a instancias de un insignificante joven patricio, César se apresuró a volver a Pérgamo y ordenó que crucificaran a los prisioneros. No tenía autoridad legal para hacerlo, aunque era poco probable que alguien cuestionara la ejecución de un grupo de salteadores. De esta forma, cumplió su promesa. Sin embargo, el tiempo que pasó con ellos había hecho nacer en él cierta estima por los piratas y, en cualquier caso, deseaba mostrar su naturaleza compasiva, por lo que ordenó que les cortaran la garganta antes de crucificarles, librándoles de una muerte lenta y extremadamente dolorosa."

Eso cuenta la leyenda. En buena medida es un compendio perfecto del mito de César, que siempre estaba al mando fuere cual fuere la situación. Aquí vemos al joven aristócrata que se burló de sus captores, despreció el rescate que exigieron por él y no perdió la compostura ni un solo instante. De nuevo nos encontramos con la misma confianza en sí mismo con la que había hecho frente a Sila, el dictador, cuando el patricio no se amilanó ante su inmenso poder. Tenemos asimismo el encanto con el que logró seducir a una banda de asesinos con tanta facilidad como conquistaba a los ciudadanos romanos o a los soldados.Tras su liberación, actuó con prontitud, la fuerza de su carácter movió a otros a hacer

su voluntad aunque no tenía auténtico poder sobre ellos y, al final, obtuvo una victoria arrolladora. César había prometido capturar y ejecutar a los piratas, y eso es precisamente lo que había hecho, a pesar de que el propretor que gobernaba la provincia se mostrase tan reacio a actuar. Fue una exhibición de su audacia, determinación, rapidez de acción e implacable habilidad, mientras que el acto final proporcionó un ejemplo de la clemencia de la que más tarde haría alarde como uno de sus principales atributos. Es una historia muy buena que, sin duda, fue embelleciéndose cada una de las veces que se volvió a contar. Puesto que sus compañeros de viaje se habían marchado y sólo sus esclavos y su médico estuvieron presentes durante el tiempo que pasó con los piratas, es interesante preguntarse quién fue el primero en relatar la historia. ¿Fue un ejemplo temprano de la habilidad de César para celebrar sus propios logros? Tal vez no, pero aunque los rumores se iniciaran en las comunidades después de su liberación o fueran propagados por sus amigos, no hay duda de que él no hizo nada para desmentir esa versión de los hechos. Evidentemente, es imposible decir cuánto había de verdad y cuánto era sólo una fabulación romántica.

Al concluir esta aventura, César alcanzó por fin Rodas y estudió allí con Apolonio. Demostró ser un alumno hábil, con un estilo retórico fluido y engañosamente simple. Cicerón y otros observadores le consideraban uno de los mejores oradores del periodo y sugirieron que podría haber llegado a ser el mejor si se hubiera concentrado en la oratoria y no se hubiera dedicado a ninguna otra actividad. Sin embargo, para él, la destreza con las palabras no dejaba de ser un medio para lograr la meta más ambiciosa del éxito político. Hablar en

público se le daba excepcionalmente bien, pero en realidad estaba demostrando que era muy bueno también en otras cosas, sobre todo en el arte de la guerra. Se le presentó otra oportunidad de probarlo durante su época de estudiante en Rodas. En el año 74 a.C. había vuelto a estallar la guerra abierta contra Mitrídates y un destacamento de tropas del Ponto había realizado una incursión en Asia, saqueando el territorio de los pueblos aliados con Roma. César dejó a un lado sus estudios y tomó un barco en dirección a la provincia, donde reclutó tropas entre las comunidades locales y, con este ejército formado con tanta precipitación, derrotó a los invasores. La opinión generalizada es que la acción -una vez más tan rauda, determinada y competente- evitó que los aliados desertaran y se unieran a Mitrídates en vista de que los romanos no habían sido capaces de defenderlos. Merece la pena subrayar otra vez que César era un ciudadano particular sin autoridad legal para actuar así. Nadie le habría responsabilizado de los problemas surgidos en Asia si hubiera permanecido tranquilamente en Rodas. Sin embargo, para él, su deber, considerando que no había disponible ningún funcionario constituido debidamente para hacerse cargo de la situación, era actuar. También era una espléndida oportunidad para labrarse un nombre. Servir a la República y obtener gloria personal en el proceso eran ambiciones de lo más apropiadas para la aristocracia senatorial.23

DE NUEVO EN ROMA

Hacia finales del año 74 o principios del año 73 a.C., César fue nombrado sacerdote, pero era un cargo mucho menos restrictivo que el de Flamen Dialis. El colegio de pontífices, quince poderosos sacerdotes liderados por el Pontifex

Maximus, votó su admisión para suplir la vacante surgida tras el fallecimiento de uno de sus miembros. Se trataba de un familiar de Aurelia, Cayo Aurelio Cota, que en el pasado había pedido clemencia por la vida de César ante Sila y, más tarde, había actuado en el bando contrario en el juicio de Dolabela. Se suponía que los pontífices transmitían sus conocimientos religiosos de palabra, de manera que era normal que en el colegio hubiera una amplia franja de edad. Es más que probable que los nexos familiares fueran uno de los motivos de la selección de César, pero también es un indicio de que el joven ya estaba haciendo gala de su talento. Uno de los pontífices era Servilio Isáurico, para quien había servido tras obtener la corona civica. Puesto que la mayoría de los pontífices en buena medida también habían sido designados por Sila, se infiere que César no era percibido como un extremista peligroso. El nombramiento era un gran honor que marcaba al elegido como un hombre con mucho futuro y posibilidades de triunfar en la vida pública. Los quince pontífices, junto al mismo número de miembros de otras dos importantes órdenes, los augures y los quindecenviros, constituían una élite dentro de la clase senatorial. Por regla general, sólo miembros de familias nobles, que contaban con cónsules entre sus antepasados, recibían estos cargos, y la admisión de alguien que no cumpliera tales requisitos era una gran distinción. Si vivían lo suficiente, la mayor parte de estos sacerdotes obtenían el consulado.24

Al tener noticia del nombramiento, César abandonó sus estudios y regresó de inmediato a Roma para ser admitido formalmente al sacerdocio.Viajando con sólo dos amigos y

diez esclavos en una pequeña embarcación, tuvo que atravesar de nuevo los mares infestados de piratas, a quienes les había dado muy poco motivo para tenerle demasiado afecto con su reciente aventura. En un momento dado durante el viaje, los romanos pensaron que habían avistado un bajel pirata, ante lo cual César se despojó de sus refinados ropajes y se ató una daga al muslo. Creemos que esperaba pasar inadvertido entre sus asistentes y la tripulación y escapar en cuanto se presentara la oportunidad. Al final resultó innecesario, porque pronto se percató de que habían confundido una ribera boscosa con la silueta de un barco.A su regreso a Roma volvió enseguida a trabajar en los juzgados y parece que llevó la acusación contra Marco junco en el tribunal de extorsiones. Lo más probable es que actuara en representación de los bitinios, porque conservaba la relación con su familia real en concreto. En una fecha posterior, representó a Nisa, la hija de Nicomedes, en una disputa legal, y pronunció un gran discurso en el que narró su deuda con el rey de Bitinia. Se dice que ese alegato dio lugar a la respuesta de Cicerón de: «Omite, te lo ruego, esos detalles, puesto que todo el mundo sabe lo que el rey te ha dado y lo que tú has recibido». Ese escándalo perseguía a César, pero no parece haberle perjudicado políticamente. Se desconoce el resultado del juicio de junco, pero es muy posible que fuera absuelto, ya que antes que él lograron escapar al castigo innumerables ex gobernadores que eran obviamente culpables. Como en sus previas apariciones ante los tribunales, el resultado del juicio era en cierto modo menos importante para su propia carrera que su actuación personal.`

En algún momento al final de la década se presentó a su

primer cargo público y fue elegido uno de los veinticuatro tribunos militares, seguramente para el año 72 o 71 a.C., aunque nuestras fuentes son vagas al respecto. Los tribunos militares eran muy diferentes de los tribunos de la plebe, porque su papel era exclusivamente militar. Cada legión del ejército contaba con unos seis tribunos y, dado que para entonces el imperio contaba siempre con más de cuatro legiones, se designaron muchos de estos funcionarios. No obstante, había un notable prestigio ligado a los cargos y se solía considerar la primera oportunidad para poner a prueba la popularidad de un joven aristócrata con los votantes. Ninguna de las fuentes consultadas menciona un puesto en las provincias en aquella época, lo que sugiere que César ejerció sus funciones en la misma Italia, porque la gran Guerra de los Esclavos estaba en pleno apogeo. En el año 73 a.C., un pequeño grupo de gladiadores liderado por un traciano llamado Espartaco había escapado de su escuela de entrenamiento a las afueras de Capua, desencadenando una inmensa rebelión entre los esclavos en toda la península italiana. Espartaco logró una serie de asombrosas victorias en las que fue aniquilando un ejército romano tras otro, y sólo en el año 71 a.C. fue finalmente derrotado por Marco Licinio Craso. Es muy posible que César sirviera con Craso y, de ser así, esa sería la primera conexión conocida entre ambos.26

Craso había conseguido la pretura para el año 73 a.C. y recibió el mando contra los esclavos al año siguiente después de que ambos cónsules hubieran sido derrotados en el campo de batalla. Tenía unos cuarenta años, pero había acumulado bastante experiencia de lo que implicaba ocupar el mando superior durante la guerra civil. Obligado a huir a Italia tras el

asesinato de su padre y hermano a manos de los partidarios de Mario, al principio Craso buscó refugio en Hispania. Es en esta ocasión cuando se cuenta que estuvo escondido en una cueva, a la que uno de los clientes de su familia le llevó comida y dos jóvenes esclavas como compañeras. Más adelante, se unió a Sila y luchó con honor a su lado, salvando la situación en la batalla de Puerta Colina, a las afueras de Roma, en el año 82 a.C. Craso estaba resentido porque creía que el dictador nunca había reconocido lo suficiente el mérito de sus logros, pero, en muchos aspectos, salió muy bien parado del gobierno de Sila: adquirió propiedades a gran escala de las víctimas de las proscripciones. Negociante astuto y absolutamente implacable, pronto sería uno de los hombres más ricos de Roma. La manera en que condujo la campaña contra los esclavos fue igualmente eficaz. Para restablecer la disciplina de las tropas, abatidas por anteriores desastres, ordenó que se diezmaran varias unidades. Un soldado de cada diez fue elegido al azar y golpeado hasta la muerte por sus camaradas, que sufrieron las humillaciones simbólicas de comer cebada en vez de trigo y montar sus tiendas fuera de las murallas del campamento. Tras acorralar a los esclavos en el extremo sur de Italia, Craso ordenó que se construyera una amplia línea de fortificaciones para encerrarlos. Espartaco logró salir, mostrando una vez más la extraordinaria habilidad y fortaleza de carácter que le habían permitido transformar una dispar horda de esclavos fugitivos en un ejército efectivo. Los romanos persiguieron a los esclavos hasta que les hicieron entrar en batalla y les aniquilaron. Craso ordenó que crucificaran a seis mil prisioneros varones en intervalos regulares a todo lo largo de la Vía Apia de Roma a Capua. Ni

se planteó la posibilidad de cortarles la garganta para mostrarse «compasivo», porque la Guerra de los Esclavos había aterrorizado a los romanos y ese espantoso espectáculo pretendía mostrar a todos los esclavos la temeridad que suponía una nueva rebelión.27

Sabemos tan poco del periodo de César como tribuno militar que no podemos afirmar si realmente tomó parte en la Guerra de los Esclavos, y si participó, qué parte desempeñó en ella. Años más tarde, cuando dirigía las legiones contra las tribus germanas por primera vez, animó a sus soldados recordando que había habido muchos germanos entre los esclavos vencidos, pero su propio relato no menciona ningún servicio personal en el primer conflicto. En cualquier caso, eso no indica ni una cosa ni la contraria, ya que los Comentarios raramente incluyen detalles autobiográficos. A fin de cuentas, es probable que sí participara en la guerra, a pesar de que tal vez no hiciera nada particularmente distinguido que pudiera haberle hecho merecedor de una mención en las fuentes. Se sabe que durante su época como tribuno militar habló a favor de una propuesta de restaurar en parte los poderes de los tribunos de la plebe, que Sila les había arrebatado. Gran parte del electorado contemplaba esa idea con entusiasmo y lo más probable es que César deseara ganar popularidad asociándose con esta causa.Tal oportunismo era común entre los que buscaban ascender en el escalafón político y no debe entenderse como un signo de profunda hostilidad hacia el régimen de Sila o hacia un Senado aún atestado de adeptos del dictador. El pariente de César, Cayo Aurelio Cota, había presentado un proyecto de ley durante su consulado del año 75 a.C. que permitía a los antiguos tribunos de la plebe ser

candidatos a otras magistraturas y evitaba así que el cargo fuera un callejón sin salida política como Sila había

La posibilidad de una conexión previa con Craso resulta intrigante, porque este poseía una gran habilidad a la hora de emplear su fortuna para obtener influencia política a cambio de ayudar a aquellos cuya ambición sobrepasaba sus recursos. En la década siguiente, César ciertamente se benefició de sustanciales préstamos de Craso y es posible que anteriormente hubiera recibido ya una ayuda de ese tipo. Sin embargo, no deberíamos exagerar la importancia de César, ya que fue uno de los numerosos senadores a quienes Craso ayudó de esta forma y pocos habrían adivinado el éxito que lograría más adelante. Era extravagante, tenía ta lento -como demostró en el servicio militar y en sus actividades en los tribunales- y tenía un don para el autobombo que le ayudaba a atraer la atención del electorado, mientras que el escándalo que le rodeaba garantizaba al menos que su nombre era conocido por todos. Ese tipo de cosas eran activos para alguien que aspiraba a hacer carrera en la vida pública, pero, en mayor o menor grado, también eran cualidades de muchos de sus contemporáneos y, además, tampoco eran garantías automáticas de obtener el éxito. Es cierto que el talento personal atraía a los votantes, pero no era el único factor, ni siquiera el factor decisivo a la hora de ganar su favor. Aunque se vistiera de manera diferente y demostrara poseer una elevadísima opinión de sí mismo, la carrera de César hasta el momento había sido convencional en los aspectos más importantes. Sus acciones independientes contra los piratas y los asaltantes del Ponto en Asia habían sido excepcionales, pero eran adecuadas para un ciudadano consciente de sus

deberes y, lo que era más importante, de éxito. Esa clase de comportamiento era un buen indicativo de virtus, una cualidad clave en la imagen que la aristocracia romana tenía de sí misma. Para cuando cumplió los treinta años, César había dado muestras de poseer un futuro bastante prometedor -como sugería su admisión en el pontificado- y no era considerado en absoluto un revolucionario. Aún estaba por ver lo lejos que llegaría en el escalafón político, considerando que su talento compensaba su relativa pobreza y los mediocres logros de sus antepasados recientes.

V
CANDIDATO

Como era pródigo en sus gastos y parecía intercambiar una gloria breve y efímera por grandes dispendios, aunque en realidad no hacía más que comprar lo más importante a costa de muy poco […] dispuso al pueblo tan favorablemente hacia él, que cada uno buscaba nuevas magistraturas y renovados honores con los que recompensarle.

PLUTARCO, principios del siglo II d.C.[1]

En el año 70 a.C., César tenía treinta años. Su educación era esmeradísima, incluso para los estándares de la aristocracia romana, era un orador de talento y un soldado de probado valor. En la esfera doméstica, su vida también marchaba bien. Cornelia y él llevaban casados unos quince años. La pareja había pasado un tercio de su vida en común separados, cuando César se trasladó al extranjero para estudiar y hacer el servicio militar, pero el matrimonio era claramente un éxito según los parámetros de la nobleza de Roma y es muy posible que fuera una unión feliz. En un momento dado, Cornelia había dado a luz a una hija que, por supuesto, recibió el nombre de Julia. Fue el único hijo legítimo de César, pero, pese a su importancia, se ignora la fecha de su nacimiento. Las fechas aproximadas oscilan desde tan pronto como el año 83 hasta tan tarde como el 76 a.C, pero lo más probable es que naciera cerca del final de esta franja. Julia se casó en el año 59 a.C.; en ese momento debía de tener entre quince y veinte años. Si tenemos en cuenta los periodos de ausencia de

César en el extranjero, lo más probable que es que su hija fuera concebida entre el 78 a.C., tras su retorno de Oriente, y el 75 a.C., antes de que volviera a abandonar Roma.'

César trató a Cornelia con mucho respeto, como demostró en su famoso desafio a la orden de Sila de que se divorciara de ella. En la tradi ción romana, las esposas debían ser honradas, pero no eran necesariamente objeto de un gran pasión, porque ese tipo de emociones eran consideradas irracionales e incluso algo vergonzosas. El lecho matrimonial era el lugar donde se engendraba la próxima generación de niños romanos para perpetuar el nombre familiar, pero el placer físico debía buscarse en otra parte. Eso no significa que algunas parejas casadas -tal vez incluso la mayoría- no estuvieran muy enamoradas y disfrutaran de una activa vida sexual, sino sencillamente que, de acuerdo con los ideales de la sociedad aristocrática romana, esa pasión no era tenida por un aspecto de especial significación en el matrimonio. Era comúnmente aceptado que los maridos aristocráticos buscaran placer sexual fuera del matrimonio y no necesitaran a sus esposas para satisfacer sus vergonzosos deseos, en especial en el caso de los jóvenes, lo que los romanos llamaban un adalescens. Aunque esa es la raíz de nuestra palabra adolescente, para los romanos hacía referencia a todo hombre que no hubiera madurado por completo y podía fácilmente extenderse hasta el final de la treintena.A esos «jóvenes» se les concedía un grado de libertad en su conducta que no disfrutaban aquellos que habían alcanzado ya la edad adulta, de quienes, como líderes de la República, se esperaba que actuaran con mayor responsabilidad. Satisfacer sus deseos de manera discreta con las esclavas o con prostitutas rara vez era criticado.'

Muchos jóvenes aristócratas conservaban asimismo a sus amantes después del matrimonio. Había un grupo especial de prostitutas de clase alta o cortesanas que dependían de sus amantes para poseer una casa o un apartamento, ayudantes y riqueza. Esas mujeres solían contar con una buena educación, eran ingeniosas, atractivas y, en ocasiones, diestras en las artes del canto, la danza o la interpretación de algún instrumento musical, de modo que ofrecían a su amante compañía además de satisfacción sexual. Estas aventuras no pretendían ser permanentes y las cortesanas de éxito pasaban de un amante-proveedor al siguiente, lo que añadía emoción al alfaire porque el amante tenía que esforzarse para ganar el favor de su amante y, después, seguir dedicándole suficiente atención y ofreciéndole regalos para retenerla. Con frecuencia, las cortesanas famosas se relacionaban con los hombres más importantes de Roma, porque no eran sólo los senadores jóvenes los que podían decidir mantener a una amante. La naturaleza de la relación entre amante y cortesana permitía en oca siones a la mujer llegar a obtener considerable influencia. Según la opinión mayoritaria de la época, en el año 74 a.C. el cónsul Lucio Licinio Lúculo se hizo con un importante mando en las provincias ganándose a Precia, la amante de un prominente senador, con regalos y halagos. Ese hombre era Publio Cornelio Cetego, un útil ejemplo de alguien que formalmente no ocupó ningún cargo, pero que disfrutó de una inmensa aunque temporal influencia en el Senado gracias a una mezcla de auctoritas y un sagaz conocimiento y empleo de los procedimientos senatoriales. Las concubinas podían asimismo desempeñar un papel político por otras vías, como puso de manifiesto el caso de otra famosa cortesana llamada

Flora. En una época, el joven Pompeyo le profesó un profundo amor y, años más tarde, se decía que ella había presumido a menudo de que siempre le quedaban marcas de arañazos en la espalda después de mantener relaciones sexuales con él. No obstante, cuando Pompeyo descubrió que un amigo suyo llamado Geminio había intentado seducir a Flora de forma reiterada, se la cedió voluntariamente, mostrándose escrupuloso en su generosidad hacia su amigo, quien así quedó en deuda con él y se convirtió en un útil partidario político. Pompeyo nunca volvió a visitar a Flora, lo que se consideró un sacrificio particularmente grande dado que él seguía sintiéndose muy atraído hacia ella. Por su parte, se supone que Flora todavía estaba enamorada de Pompeyo y declaró que no había dejado de sentirse mal hasta mucho tiempo después. En el fondo, la posición de las concubinas era muy precaria, porque a pesar de que, a veces, algunas lograran ejercer mucha influencia, no tenían estatus legal y tenían éxito sólo mientras pudieran mandar sobre los afectos de sus amantes.4

En general, se consideraba aceptable que las cortesanas y las esclavas fueran objeto del afecto de los aristócratas, ya que esa relación no amenazaba en absoluto el orden social establecido o la integridad del linaje familiar. La mayoría de las cortesanas eran de clase baja, prostitutas que habían sabido abrirse camino. Con frecuencia eran esclavas o antiguas esclavas que habían trabajado como artistas en diversos ámbitos del mundo del espectáculo. Durante algún tiempo, a mediados de la década de los cuarenta antes de Cristo, Marco Antonio se había enamorado perdidamente de una bailarina y actriz de mimo llamada Citeris, una antigua esclava que había

sido liberada por su dueño y rebautizadaVolumnia.Antonio alardeaba de ella en público y le ofrecía el lugar de honor en las cenas, tratándola casi como a una verdadera esposa, para secreta consternación de Cicerón. La misma mujer, más adelante, fue amante del asesino de César, Bruto, así como de otros importantes senadores. Los niños nacidos de una unión así entre un aristócrata y su amante eran ilegítimos, es decir, que no tomaban el nombre de su padre ni tenían ningún derecho legal a que este les mantuviera, mientras que los bebés nacidos esclavos pasaban a ser propiedad de sus dueños en sentido literal. Ahora bien, si un marido aristócrata podía tener amantes de esta forma, la sociedad no otorgaba la misma licencia a su esposa, porque era esencial que no hubiera ninguna duda sobre la paternidad de su vástago. La castidad, en el sentido de permanecer fiel a su marido y sólo a su marido, era uno de los principales atributos de la matrona ideal. En épocas anteriores, una mujer pasaba toda su vida bajo el dominio de -literalmente «en manos de» su padre o su marido, que tenían derecho incluso a ejecutarla si así lo deseaban. En el siglo i a.C. esta tradicional y estricta forma de matrimonio en el que el marido asumía todos los derechos del padre de la mujer era muy poco habitual. El matrimonio se había flexibilizado y el divorcio era más común, aunque se seguía esperando que la esposa permaneciera absolutamente fiel a su marido, a pesar de que el marido con frecuencia tuviera otras amantes.5

Es muy posible que César se divirtiera con cortesanas, esclavas y cualquier otra mujer disponible entre los veinte y los treinta y tantos años. Nuestras fuentes no hacen especial mención de ello, pero puesto que ese comportamiento era

común, puede no haber sido considerado algo significativo. Suetonio sí nos cuenta que César a menudo pagó precios muy altos, incluso desmesurados, para adquirir esclavas fisicamente atractivas, señalando que incluso él se avergonzaba del coste y por eso lo había ocultado en sus libros de cuentas. Nada se dice sobre si la misión de esas siervas era puramente ornamental o también debían proporcionar a su dueño entretenimiento sexual. Sin embargo, Suetonio declara que «todo el mundo está de acuerdo» en que César fue muy dado a «los placeres sensuales y manirroto para conseguirlos» y que había seducido a «muchas mujeres de la nobleza». Enumera el nombre de cinco, todas ellas esposas de importantes senadores, pero insinúa que había otras. Una de las mujeres que nombra era Tertula, la esposa de Craso, bajo cuyo mando César podría haber servido durante la Guerra de los Esclavos. En un principio, Tertula estuvo casada con uno de los hermanos mayores de Craso, pero, cuando este fue asesinado durante la guerra civil, Craso había decidido desposar a la viuda. Es probable que fuera unos años mayor que César y su matrimonio con Craso funcionaba bien de acuerdo con los criterios aristocráticos, ya que tuvieron descendencia. No hay ningún indicio sobre cuándo tuvo lugar esta aventura o de cuánto duró, una vaguedad común en esta parte de la vida de César. Tampoco sabemos si Craso estaba al corriente de la relación, aunque la notoriedad de los amoríos de César lo hace claramente posible. Desde luego no tomó ninguna medida contra el amante de su mujer y no tuvo ningún inconveniente en emplearlo como aliado político.'

Las aventuras de César con mujeres casadas fueron muy numerosas, pero, por lo general, no parece que pasara

demasiado tiempo entre una amante y la siguiente. Una clara excepción a este patrón es su relación con Servilla, que, al parecer, se prolongó durante la mayor parte de su vida. Suetonio narra que «amó como a ninguna a Servilla». Su primer marido fue Marco junio Bruto, pero había apoyado el golpe de Lépido en el año 78 a.C. y había sido ejecutado cuando este fracasó. La viuda ya había dado a luz a un hijo en el año 85 a.C., a quien también llamaron Marco junio Bruto. Este sería el «romano más noble de todos» de Shakespeare, uno de los líderes de la conspiración por la que César sería asesinado en el año 44 a.C. La ironía no termina ahí, ya que Servilla también era hermanastra de Catón el joven, uno de los más encarnizados oponentes de César durante más de veinte años. César quería mucho a Bruto, un afecto que subsistió incluso después de que este luchara contra él en los años 49 y 48 a.C., lo que alimentó persistentes rumores de que él era, en realidad, el padre de Bruto y llevó a Plutarco a afirmar que el mismo César lo creía. Dado que sólo tenía quince años cuando nació Bruto, sin duda esta historia no es más que una leyenda, pero la existencia de esos relatos sugiere que la relación entre César y Servilla comenzó en una fecha temprana, probablemente en la década de los setenta. Continuó pese al hecho de que Servilla volvió a casarse y tampoco le impidió a él tener múltiples aventuras con otras mujeres. Es evidente que el idilio entre Servilla y César fue apasionado por ambas partes y también duradero, aunque la intensidad varió a lo largo de los años. Todo hace suponer que había algo más fuerte que una mera atracción fisica. Servilla era una mujer de gran inteligencia, muy interesada en la política y deseosa de promocionar las carreras de su marido

y su hijo. Sus tres hijas estaban casadas con senadores importantes. Tras la muerte de César, fue incluida en los consejos que reunió Bruto para decidir cuál sería el siguiente paso de los conspiradores y su opinión prevalecía sobre la de distinguidos senadores, incluido Cicerón. El orador, como correspondía, se sentía indignado ante el hecho de que una mujer invadiera el mundo masculino de la política, pero en otras ocasiones había estado impaciente por obtener su consejo en cuestiones consideradas más pertenecientes a la esfera femenina. Él y su familia la habían consultado cuando buscaban un marido adecuado para su hija Tulla. Cuando esta murió al dar a luz, Servilla escribió una nota de condolencia al destrozado Cicerón. Aunque como mujer no podía ocupar ningún cargo o asumir ningún tipo de poder oficial, Servilla se preocupaba de mantener contactos y vínculos de amistad con muchas familias de renombre.'

Con atractivo, inteligencia, esmerada educación, sofisticación y ambición: la descripción podría fácilmente corresponder tanto a César como a Servilla, aunque en el caso de esta última, la ambición era indirecta y aspiraba a obtener una posición destacada no para ella misma, sino para los miembros masculinos de su familia cercana. Por lo visto, ambos se parecían realmente en muchos sentidos, lo que puede en parte explicar la intimidad y la longevidad del vínculo que existía entre ellos. Lo prolongado de su aventura en sí sugiere que César sintió un amor más profundo por Servilla que por ninguna otra de sus amantes. Aparte de su aventura con él, se cree que Servilla permaneció fiel a su segundo marido, Décimo Junio Silano, a diferencia de su hermana -como siempre, llamada también Servilla- de quien

se divorció su marido a causa de sus frecuentes aventuras extramatrimoniales. César era un seductor en serie de mujeres casadas. Si sintió una fuerte pasión por alguna o por todas estas amantes, esta rara vez duró mucho, o al menos nunca fue exclusiva. La envergadura de sus actividades fue tal que sobresalió en la sociedad romana, que, en aquella época, no andaba escasa de adúlteros o vividores. Por tanto, es importante tratar de comprender por qué se comportó de manera excepcional. La respuesta obvia, que disfrutaba haciendo el amor con numerosas mujeres atractivas, no debería pasarse por alto completamente sólo por ser demasiado básica.Y, sin embargo, esta no podía ser la única razón, dado que el placer podía obtenerse de manera menos controvertida con esclavas o amantes de bajo estatus social. Las cortesanas más distinguidas ofrecían ingeniosa compañía además de satisfacer necesidades más fisicas. Seducir a mujeres casadas de familias senatoriales entrañaba muchos riesgos, como el de la mala reputación, que podría ser utilizada contra uno por los oponentes políticos. La tradición, aunque no la ley en esta fecha, permitía a un marido matar al amante de su esposa si los sorprendía durante el acto. Ese tipo de violencia directa era poco habitual, pero un marido cornudo podía muy bien convertirse en un enconado enemigo político.'

Es posible que los riesgos no hicieran sino añadir emoción. Incluso podemos ver este andar detrás de las mujeres de César como una extensión de la competencia política, acostarse con las esposas de otros senadores para probar que era el mejor en el dormitorio además de en el Foro. ¿Tal vez había incluso un deseo consciente de echar tierra sobre las historias de su

sumisión a Nicomedes haciéndose famoso por sus aventuras de depredador sexual, tan abiertamente heterosexuales? No obstante, ninguno de estos motivos parece suficiente para explicar por qué César buscaba satisfacer sus deseos sobre todo con mujeres aristocráticas. El hecho de que esas amantes estuvieran invariablemente casadas era casi inevitable, ya que las hijas de familias senatoriales desempeñaban un papel decisivo a la hora de crear y reforzar vínculos políticos. Las chicas se casaban jóvenes y las que se divorciaban o enviudaban cuando seguían siendo jóvenes o de mediana edad solían ser destinadas con prontitud a una nueva unión. En general, sólo a las mujeres maduras con hijos se les permitía vivir como viudas sin volver a casarse. La madre de César, Aurelia, siguió ese camino, como hizo Servilla tras el fallecimiento de su segundo esposo, pero en muchos aspectos, sencillamente no había grupo de mujeres aristocráticas solteras en Roma entre las que César no buscara amantes. Sin embargo, la propia naturaleza de la vida pública romana, en la que los senadores ocupaban diversos cargos, muchos de los cuales les obligaban a vivir en el extranjero durante innumerables años, implicaba que las mujeres casadas quedaban solas durante largos periodos.

Las esposas aristocráticas disfrutaban de considerable libertad en la Roma del siglo i a.C. Muchas de ellas poseían importantes recursos independientes de los de sus maridos, incluida la dote que aportaban en el momento de la boda, que siempre se suponía que permanecía separada, aunque también era complementaria, de los ingresos del hogar. Como hemos visto, en aquella época, las niñas eran educadas igual que sus hermanos, al menos en el sentido académico y durante sus

primeros años de edad. Por tanto, aprendían a ser bilingües en latín y griego y a apreciar profundamente la literatura y la cultura.A diferencia de sus hermanos, las niñas rara vez tenían la oportunidad de viajar al extranjero para perfeccionar su educación estudiando en uno de los grandes centros de instrucción de Grecia. Dado que muchos filósofos y profesores visitaban Roma durante largos periodos, esta diferencia era una desventaja parcial y había escuelas que enseñaban toda la gama de habilidades culturales. La descripción que hace Salustio de la esposa de un senador es reveladora:

> Ahora bien, entre estas se contaba Sempronia, que muchas veces había llevado a cabo actos propios de la osadía de un hombre. Esta mujer por su alcurnia y su belleza, y también por su marido y por sus hijos, era bastante afortunada; versada en la literatura griega y latina, tocaba la lira y bailaba con más elegancia de lo que una mujer honesta necesitaba, y poseía muchas otras cualidades que son instrumento de la disipación. Pero para ella todo era más estimable que la honra y la decencia; no era fácil dilucidar qué respetaba menos, si su dinero o su reputación; su pasión era tan encendida que cortejaba ella a los hombres con más frecuencia de lo que era cortejada. Antes había traicionado muchas veces su palabra, había negado con perjurio haber recibido un préstamo, había estado complicada en un crimen; su lujo y su falta de medios la habían llevado a la ruina. Ahora bien, poseía cualidades extraordinarias; sabía escribir versos, hacer chanzas, llevar una conversación ya seria, ya distendida y procaz; tenía, en fin, mucha sal y mucho encanto.9

Sempronia estaba casada con Décimo junio Bruto, un primo del primer marido de Servilla. Su hijo fue uno de los subordinados de rango superior de César en la Galia y durante la guerra civil, pero más tarde se volvió contra él y fue uno de sus asesinos. César la conocía, sin duda, aunque desconocemos si era uno de los hombres que buscaba sus favores -o uno de los que ella perseguía-. Los términos en los que está escrita la descripción que Salustio hace de Sempronia expresan escándalo ante su inmoralidad y desenfreno, pero muchos de sus logros no eran considera dos malos en sí mismos. Plutarco escribió admirativamente sobre otra mujer aristocrática que había quedado viuda cuando aún era joven y que había vuelto a casarse:

> Tenía esta joven muchas prendas que la hacían amable además de su belleza, porque estaba muy versada en las letras, en tañer la lira y en la geometría y había oído con fruto las lecciones de los filósofos.Agregábanse a esto unas costumbres libres de la displicencia y afectación con que tales conocimientos suelen echar a perder la índole de las

La sofisticación, los estudios, el ingenio e incluso cierta habilidad para la música o la danza no eran en sí mismas cosas malas en una mujer, siempre que se combinaran con la castidad, es decir, si era fiel a su marido. Pero en la época de César había muchas mujeres que no contaban con esa virtud. Como generación estaban mejor educadas que sus madres y sin duda que sus abuelas, pero aún se esperaba de ellas que se ocuparan de poco más que de llevar las cosas de la casa. Entregadas en matrimonio cuando aún eran unas niñas y, después, pasando de un marido al otro según lo dictaran la muerte o los cambios en las alianzas políticas, una mujer tenía

suerte si encontraba la felicidad y la realización personal de ese modo. No autorizadas a votar o a ocupar cargos públicos, las mujeres como Servilla debían dirigir su marcado interés en la política a promover las carreras de sus parientes varones. Con una fortuna propia en una Roma donde los botines y los beneficios del imperio estaban a la venta, muchas mujeres sentían la tentación de competir en el lujo de sus estilos de vida. Algunas añadían a sus vidas la emoción de tener un amante o amantes. En general, parece probable que César buscaba en sus amantes al menos un cierto grado de camaradería e ingenio, así como conversación sofisticada. Puede que algunas de las cortesanas más distinguidas ofrecieran eso, pero en ese sentido muy pocas podían competir con las hijas de las grandes familias de Roma. Sus aventuras le proporcionaban no sólo satisfacción sexual, sino también otro tipo de estímulos. Otras emociones ya mencionadas -el elemento de peligro al tener una aventura con una mujer casada, el placer adicional de ponerle los cuernos a hombres con quienes se reuniría y competiría a diario en la vida pública- sin duda acrecentaron su diversión. Las mujeres que amó disfrutaron de su encanto, al que pocas perso nas lograban resistirse cuando estaban en su compañía. Él era César, el que se vestía de forma diferente, marcando modas que muchos jóvenes copiaban, que prestaba tanta atención a su apariencia y porte, y que siempre resultaba especial. Acaparar su atención aunque sólo fuera un momento era sin duda muy halagador, algo que la notoriedad de sus proezas amorosas seguramente hacía aún más atrayente. Fuera cual fuera su origen, su reiterado éxito con tantas mujeres pone de manifiesto que era un excelente seductor. La

necesidad de pasar de una aventura a otra era en parte sólo un reflejo de la enorme energía y ambición que mostraba en todos los demás aspectos de su vida. También es posible que siempre estuviera buscando a alguien que tuviera el atractivo suficiente para mantenerle interesado durante un periodo más largo. Es evidente que Servilia, tan parecida a él en muchos aspectos, se aproximaba más a su ideal que ninguna otra mujer de Roma, de ahí la duración de su relación. Pero a pesar de la pasión que sentían ambos, cada uno de ellos mantuvo un cierto grado de distanciamiento e independencia. Aunque es muy posible que Servilia llorara a su amante tras los idus de marzo, eso no le impidió tratar de promocionar la causa de su hijo inmediatamente después. De igual modo, pese al entusiasmo y esfuerzo que dedicó a la conquista de mujeres, César nunca dejó que eso interfiriera con su ambición de obtener cargos y estatus. También puede ser que algunas de las historias que se contaban sobre él fueran falsas. Una vez que había adquirido esa fama, es probable que el mero hecho de que le vieran con una mujer diera pie a habladurías que daban por supuesto que estaban teniendo una aventura.

TIEMPO DE CAMBIOS: EL AUGE DE POMPEYO

Los años posteriores a la muerte de Sila fueron en general una época de éxitos para César, en la que fue entrando de forma gradual en la vida pública. Pese a haber despertado la ira del dictador en el pasado, había vuelto a ser aceptado en el redil y no vio ninguna razón para unirse a aquellos que seguían prefiriendo combatir a Sila o el régimen que había creado. No se unió al alzamiento de Lépido en el año 78 a.C., ni tampoco parece que se le ocurriera dirigirse a Hispania,

donde muchos de los partidarios de Mario y Cinna continuaban luchando en la guerra civil. Estos hombres eran liderados por Quinto Sertorio, probablemente uno de los más grandes generales que Roma tuviera jamás, cuyo talento para conquistar a las tribus hispanas para su causa le permitió resistir a los ejércitos del Senado la mayor parte de la década. Sertorio y sus seguidores eran exiliados y refugiados de las proscripciones, a quienes los decretos de Sila habían prohibido para siempre regresar a Roma o reanudar la carrera política. En el fondo, su única alternativa era seguir luchando, si bien en varias ocasiones Sertorio expresó un profundo deseo de volver a casa, aunque fuera para vivir como un ciudadano más. A pesar de contrariar a Sila, los lazos familiares de César le habían salvado de enfrentarse a una prohibición similar de dedicarse a la política. Como resultado, no necesitaba seguir el desesperado camino de acometer una rebelión abierta contra el Estado."

En esos años, Sila proyectó una larga sombra sobre la República. El Senado, una vez purgado de todos los oponentes que no habían escapado de él a tiempo y repoblado con sus partidarios, era en buena medida creación suya. Había reforzado la posición del Senado como institución, restaurando el monopolio senatorial sobre los jurados en los tribunales y limitando drásticamente el poder del tribunado. Había introducido otra legislación, por ejemplo una ley que restringía la actuación de los gobernadores de las provincias, con el fin de evitar que cualquier otro general siguiera el propio ejemplo del dictador y volviera sus legiones contra el Estado. Es evidente que legalizar formalmente ese tipo de actuación tenía un dudoso valor práctico, como ponían de

manifiesto la guerra en Hispania y la rebelión de Lépido. Sila no podía anular ni los precedentes que había sentado ni las consecuencias de sus acciones. Italia seguía atravesando un periodo de gran agitación a consecuencia de la Guerra Social y de las guerras civiles.Amplias áreas habían sido devastadas por las tropas enemigas, mientras que faltaba bastante todavía para que los italianos, que acababan de obtener derecho al voto, fueran completa y justamente integrados en el conjunto general de los ciudadanos. Grandes franjas de tierra habían sido asimismo confiscadas para que Sila pudiera entregar a sus veteranos granjas en propiedad, por lo que muchos campesinos fueron despojados de sus terrenos. Los problemas a los que se enfrentaba el campo italiano no habían hecho más que empeorar durante los años de saqueo a manos del ejército de esclavos de Espartaco."

El Senado de Sila no había sabido sobrellevar demasiado bien la serie de crisis a las que se enfrentó después de que el dictador se retirara. Durante la Guerra de los Esclavos, los magistrados debidamente elegidos habían visto cómo los ejércitos que lideraban habían sido aplastados e incluso destruidos uno por uno por el enemigo. Se aplicaron medidas poco ortodoxas para obtener la victoria final: los dos cónsules abandonaron sus mandos y fueron reemplazados por Craso, que sólo había sido elegido para la magistratura de rango inferior de la pretura. Este modo de actuar era poco convencional, pero no era nada en comparación con el vertiginoso incremento de la prominencia de Cneo Pompeyo. Hijo de Pompeyo Estrabón, Pompeyo nació en el año 106 a.C. y sirvió a las órdenes de su padre durante la Guerra Social. Tras la muerte de Estrabón, pasó algún tiempo en el

campamento de Cinna, pero el trato que le dispensaron estuvo marcado por el recelo y, más tarde, se retiró a las vastas propiedades de su familia en Piceno. Cuando Sila llegó a Italia en el año 83 a.C., Pompeyo decidió unirse a él, como hicieron un número creciente de hombres que habían perdido el favor del régimen gobernante o que adivinaban el probable resultado de la guerra.A diferencia de estos otros refugiados, a sus veintitrés años, Pompeyo eligió no actuar como suplicante, sino como útil aliado. Utilizando su propio dinero y recurriendo sobre todo a la población de Piceno, reclutó primero una y, después, otras dos legiones de soldados. Esto era ilegal desde todos los puntos de vista, porque Pompeyo nunca había ocupado ningún cargo que le otorgara imperium y con él el derecho a reclutar y mandar, sino que era sencillamente un ciudadano particular. No era ni siquiera miembro del Senado, pero se salió con la suya gracias a la riqueza e influencia de su familia y a su fuerte personalidad.A diferencia de su padre, que había sido uno de los hombres más impopulares de su generación, a Pompeyo sus soldados le adoraban y no parecían tener ningún reparo por el hecho de que no tuviera autoridad para liderarlos. Cuando marchó hacia el sur para unirse a Sila, el joven general y su ejército privado demostraron que sabían luchar con destreza y ferocidad. Sila no tuvo ningún escrúpulo en hacer uso de los servicios de Pompeyo y le envió una y otra vez a luchar en su nombre a Italia, Sicilia y África. En todas y cada una de las campañas el gallardo y joven comandante derrotó a sus contrarios sin esfuerzo. Sila -tal vez en parte con ironía, aunque es dificil de decir con un personaje tan comple jo- le bautizó Pompeyo «Magno» (Magnus) y le permitió celebrar

un triunfo, un honor insólito para un hombre que no poseía imperium legal. Pese a la inmensa gloria que acumuló en esos años, Pompeyo también se ganó la fama de cruel, y se contaban historias de cómo extraía un placer sádico de ejecutar a los distinguidos senadores que había capturado. Para algunos su apelativo no era «Magno», sino el <joven verdugo». Actuando de modo opuesto a César, se divorció obedientemente de su mujer para casarse con la hijastra del dictador. Esta ya estaba casada, además de en avanzado estado de gestación, y murió poco después de contraer matrimonio con Pompeyo, pero esa boda fue de todos modos una señal de que contaba con el favor del dictador. Aunque recibió multitud de honores de Sila, Pompeyo no pertenecía al Senado y siguió siendo un ciudadano particular, capaz de recurrir a su propio ejército. Sin embargo, estaba muy interesado en la política y apoyó la campaña de Lépido para obtener el consulado en el año 78 a.C., lo que contribuyó enormemente a que este lograra la victoria. No obstante, cuando Lépido se volvió contra el Senado, Pompeyo se distanció de él de inmediato. Ante el estallido de la rebelión y al constatar que no contaba con fuerzas suficientes para aplacarla, el Senado de Sila apeló a Pompeyo y sus legiones. Actuando con todo el vigor que había mostrado en anteriores campañas, el joven general (ahora de veintiocho años) aniquiló en poco tiempo a Lépido y sus tropas.También volvió a exhibir su habitual crueldad, en especial cuando ejecutó al primer marido de Servilla, Marco Bruto.`

Después de lograr este triunfo, Pompeyo solicitó al Senado que le enviara a Hispana a enfrentarse a Sertorio como respaldo del ejército que ya estaba combatiendo a las órdenes

de un gobernador designado de manera más convencional. Su causa se vio favorecida por la reticencia de los cónsules del año 77 a.C. a ir a aquella región. Esta vez Pompeyo fue investido con imperium proconsular, lo que legitimaba su estatus. Uno de los senadores que le apoyaba tuvo la ocurrencia de que iba no como procónsul sino como pro consulibus, «en vez de dos cónsules». En Hispana, Sertorio resultó ser un oponente mucho más duro que los incompetentes militares a los que Pompeyo se había enfrentado anteriormente y, por primera vez, sufrió algunos reveses. La experiencia fue humillante para alguien tan acostumbrado al éxito, pero el joven general tenía la capacidad de aprender de sus errores, y sentía respeto por su oponente sin llegar a dejarse intimidar por él. La guerra en Hispana fue cruel y larga, pero a medida que pasaban los años, Pompeyo y las demás tropas senatoriales fueron ganando terreno frente a las fuerzas de Mario.A pesar del progreso de sus contrarios, si Sertorio no hubiera sido asesinado por uno de sus subordinados en el año 72 a.C., es muy posible que la guerra hubiera proseguido varios años más. En vez de eso, privados de su genio y guiados ahora por su asesino, un hombre cuya ambición y orgullo superaban con mucho su talento, todo terminó en unos meses. Pompeyo retornó a Italia al año siguiente, llegando justo a tiempo para interceptar y masacrar a varios miles de esclavos que habían escapado cuando Espartaco fue derrotado. Este éxito menor le llevó a declarar enseguida públicamente que fue él y no Craso quien había puesto fin a la Guerra de los Esclavos.

La mala relación entre Pompeyo y Craso se remontaba a la guerra civil, cuando ambos habían luchado con Sila. Craso era

seis o siete años mayor y le molestaban los honores y la atención prodigada al extravagante joven. Este resentimiento es comprensible, pues Pompeyo había intentado arrebatarle el mérito que se había ganado al vencer a Espartaco. El incidente revelaba asimismo una veta algo mezquina en Pompeyo, que en otras ocasiones le movería a tratar de quedarse con la gloria de otros. No tenía ninguna necesidad de hacerlo, dado que la guerra en Hispana había sido un conflicto mucho más prestigioso que la represión de Espartaco y le había aportado un segundo triunfo, en tanto que Craso había recibido el honor menor de una ovación. Sin embargo, a Pompeyo le deleitaba la aclamación del Senado y de los ciudadanos y sentía celos de cualquiera que distrajera la atención de sus éxitos, aunque fuera de forma momentánea. Por lo general, a la gente le gustaba Pompeyo, su redonda cara se consideraba abierta y atractiva, aunque no bella en el sentido clásico. Los que le conocían mejor solían ser cautos, sabiendo que, a menudo, sus declaraciones públicas no concordaban con sus acciones y que no siempre era un amigo en quien se pudiera confiar. Por el contrario, Craso era respetado más que amado, cumplía escrupulosamente con sus obligaciones con los demás, a la vez que no olvidaba jamás ningún favor o deuda que algún otro hubiera contraído con él. En algunos aspectos, Pompeyo era bastante inmaduro, algo que había ilustrado con claridad el momento en el que obtuvo su primer triunfo: sus planes eran recorrer Roma montado en un carro tirado por elefantes. Sólo descubrir que un arco situado en la ruta de la procesión impedía el paso de un vehículo y una cohorte tan descomunal le disuadió de llevar a cabo una exhibición tan extravagante. Le encantaba el

apelativo de «Magno», así como la tendencia de los aduladores a compararlo con Alejandro Magno.A veces era extremadamente taimado, lo que no era una cualidad negativa durante una guerra, pero no era demasiado hábil en el juego político de Roma. Esta falta de maña se debía sobre todo a la inexperiencia, porque había pasado la mayor parte de su vida entregado de manera casi constante al servicio militar. Desde que tenía veintitrés años había liderado su propio ejército, gran parte del tiempo en operaciones independientes que le mantenían lejos de sus superiores. Pompeyo era utilizado para mandar más que para manipular y persuadir. A diferencia de otros aristócratas, apenas había dedicado tiempo a observar las actividades diarias del Senado y el Foro, a aprender de los senadores de más edad cómo funcionaba realmente la vida pública. No obstante, al regresar de Hispania, decidió que era el momento de entrar en la política de manera oficial.

En el año 71 a.C. Pompeyo tenía treinta y cinco años, pero nunca había ocupado un cargo electo y seguía figurando en la orden ecuestre porque nunca había pertenecido al Senado. En aquel momento anunció que deseaba presentarse al consulado para el año siguiente. Este paso era directamente contrario a la regulación que había establecido Sila de la carrera pública, que había ratificado la legislación anterior. Según esta ley, nadie podía presentar su candidatura al consulado hasta que no hubiera cumplido los cuarenta años de edad y ya hubiera ocupado los cargos de cuestor y pretor. Craso, que también hizo pública su candidatura sobre esas fechas, cumplía con los requisitos en cuanto a la edad, pero toda la carrera de Pompeyo hasta entonces violaba tanto la letra como el espíritu de la normativa de Sila.Ambos se encontraban

acampados con sus ejércitos a las afueras de Roma, con total legitimidad, puesto que estaban a la espera de celebrar su ovación y su triunfo respectivamente. Ninguno hizo ninguna amenaza abierta, pero desde que Sila había lanzado sus legiones contra la ciudad para enfrentarse a sus enemigos políticos, existía un temor palpable a que otros generales pudieran hacer lo mismo. Cuando Pompeyo y Craso dejaron a un lado sus diferencias personales para lanzar una campaña conjunta al consulado, pocos eran los que deseaban oponerse a ellos. Era obvio que Craso se merecía el puesto por su éxito fren te a los esclavos, mientras que Pompeyo era considerado un héroe por gran parte de la población. Era irregular que alguien que no perteneciera al Senado aspirara simultáneamente a unirse a este órgano y a alcanzar el consulado, pero habría parecido absurdo que alguien que ya había disfrutado de varios mandos superiores tuviera que recorrer todas las magistraturas menores. Exentos por el Senado del requisito de la edad y otras cualificaciones -dado que ambos necesitaban conseguir el permiso para presentarse a las elecciones sin llegar a entrar en la ciudad o de lo contrario perderían su imperium y eso supondría disolver sus ejércitos antes de la procesión triunfal- Craso y Pompeyo fueron elegidos legalmente con una victoria arrolladora.

Sila había permitido que Pompeyo adoptara una posición en cierto modo anómala, pues incumplía las normas que él mismo había establecido para las carreras públicas y que el Senado no había querido o no había podido cambiar en años posteriores. Dentro del sistema de la República siempre había sido importante contar con un cierto grado de flexibilidad, en especial en épocas de crisis militar. Los extraordinarios

honores y exenciones otorgados a Pompeyo eran personales, no significaban que se abandonara la normativa y que todo el mundo pudiera seguir su ejemplo. Sin embargo, antes incluso de ser elegidos, Craso y él habían declarado que pretendían eliminar determinados puntos clave del sistema de Sila. Lo primero que hicieron en su año de mandato fue restablecer todos los derechos y poderes tradicionales del tribunado. Fue una medida popular, de ahí el deseo de César de asociarse con esta causa durante su periodo como tribuno militar. Otra medida promulgada en el año 70 a.C., sin duda con la aprobación de Pompeyo y Craso, pero que en realidad entró en vigor a instancias de uno de los familiares de Aurelia, Lucio Aurelio Cota, dio solución a la polémica cuestión de la composición de los jurados: a partir de aquel momento y hasta el final de la República, los jurados procederían en igual número del grupo de los senadores, de los équites y de la clase de propietarios inmediatamente inferior a ellos, los tribunü aerarü. Una vez más, esta medida contaba con un considerable respaldo popular y fue considerada un razonable punto medio entre posiciones encontradas. Otro problema que venía de antiguo fue resuelto en buena medida ese mismo año con la elección de dos censores. Estos hombres fueron los cónsules del año 72 a.C., y ambos habían sido venci dos por Espartaco sin que esa derrota perjudicara en exceso sus ulteriores carreras. Aunque se tardaría un año más en completar el censo, se constató que daba como resultado un enorme incremento del número de ciudadanos varones registrados y con derecho al voto. El último censo fue realizado de manera parcial en el año 85 a.C. e incluía sólo 463.000 nombres, mientras que en la nueva lista el total casi

se había duplicado y ascendía a 910.000. Como parte del proceso, los censores tenían asimismo que examinar y corregir el registro senatorial, añadiendo los nuevos nombres y expulsando de la institución a aquellos cuyas acciones o moral les incapacitaba para ser guías de la República. Hasta sesenta y cuatro hombres fueron castigados con esta medida.14

Aunque Pompeyo y Craso habían aunado esfuerzos para lograr el cargo y cooperaron en el restablecimiento del tribunado, su mutua antipatía y envidia resurgieron de inmediato. Pompeyo había comenzado su año de mandato de manera espectacular: se convirtió en cónsul, se unió al Senado y celebró un triunfo el mismo día. A continuación, los nuevos censores decidieron -sin duda con considerable aliento por parte de Pompeyo- resucitar una anticuada ceremonia que consistía en un desfile con caballos y armas de la orden ecuestre en la que demostraban que estaban dispuestos para ejecutar su tradicional papel de soldados de caballería en las legiones. Cuando la ceremonia estaba a la mitad, llegó Pompeyo, avanzó junto a los doce lictores que le aguardaban como cónsul y le abrieron camino entre la muchedumbre de espectadores para aproximarse a los censores. Cuando le preguntaron, en el lenguaje formal de la ceremonia, si había cumplido con su deber hacia la República, el cónsul respondió con voz poderosa que había servido allí donde Roma le había necesitado y siempre había sido su propio jefe. Mientras la multitud le aclamaba, los censores le acompañaron hasta su casa. Fue un magnífico ejemplo de teatro político que, unido a su triunfo, celebrado con unos juegos, Craso no podía soñar con igualar, por lo que este decidió dedicar un diezmo de su riqueza a Hércules, organizar un inmenso festín público con

diez mil mesas repletas de comida, así como regalar el suministro de tres meses de grano a todos y cada uno de los ciudadanos de Roma. Hércules, el gran héroe, estaba estrechamente relacionado con la victoria y el triunfo y el último que había conmemorado su éxito militar de ese modo había sido Sila. Ambos trataban de eclipsarse mutuamente y, en consecuencia, las relaciones entre los dos cónsules se enfriaron al máximo hasta el final de su mandato, cuando, a instancias de un tal Cayo Aurelio, realizaron un acto público de reconciliación. Después, tanto Craso como Pompeyo se retiraron de la vida pública sin solicitar el gobierno de una provincia en el extranjero, como era habitual al abandonar las magistraturas superiores.`

LA CUESTURA DE CÉSAR

Poco se sabe de las actividades de César en los años 71 y 70 a.C. Sabemos que durante el consulado de Pompeyo y Craso apoyó un proyecto de ley presentado por el tribuno Plotio (o Plautio), que autorizaba que los seguidores de Sertorio y Lépido que aún estaban en el exilio regresaran a casa. Pronunció un discurso a favor de esta ley, que tenía una dimensión personal, pues permitiría la vuelta de su yerno, Lucio Cornelio Cinna. Sólo se conserva una frase de esta alocución, cuando César declara que «en mi opinión, en lo que respecta a nuestra relación, no me han faltado ni esfuerzo, ni hazañas, ni diligencia». El deber hacia la familia extensa, así como hacia los amigos o los clientes, era muy importante. Algunos expertos han barajado la posibilidad de que César desempeñara un papel de más envergadura entre bastidores, tal vez insistiendo para que Pompeyo y Craso unieran fuerzas para lograr el consulado. Incluso se ha sugerido que preparó la

reconciliación entre ambos, basándose en la suposición de que Aurelio estaba emparentado con la familia de su madre. Aunque no es imposible, sigue siendo sólo pura especulación, puesto que ninguna de nuestras fuentes sugiere que tuviera parte en estos hechos.`

Sí tenemos datos que confirman que fue sobre esas fechas cuando el propio César se presentó a la cuestura y es probable que obtener ese cargo fuera su principal preocupación. En el año 70 a.C. tenía treinta años, la edad mínima decretada por Sila para ser elegido para esa magistratura. Era una importante cuestión de orgullo para un aristócrata conseguir el cargo en es decir, en el mismo momento en que comenzaba a ser elegible. Esto, así como otros factores, nos hacen suponer que César fue elegido como uno de los veinte cuestores en el otoño del año 70 a.C. y empezó su año de mandato a principios del año 69 a.C. Por regla general, los comicios consulares se celebraban hacia finales de julio, aunque no existía una fecha determinada de forma estricta. Había unos ciento cincuenta días al año en los que estaba permitido celebrar una asamblea del pueblo romano, pero podía verse reducida por otras festividades o la declaración de periodos de ceremonias públicas de agradecimiento, durante las cuales no se podía llevar a cabo ningún negocio con el Estado. Los cargos de rango inferior, como la cuestura, se designaban en una asamblea diferente que se reunía poco después de las elecciones consulares. La campaña electoral podía comenzar hasta un año antes de los comicios, pero era especialmente intensa en los últimos veinte días antes de la votación en sí. Era durante esta época, después de que el magistrado que supervisaba la elección los hubiera incluido de

manera formal en el registro, cuando los que aspiraban a obtener un cargo se ponían una toga especialmente blanqueada -la toga candidus, de ahí nuestra palabra candidato- cuyo fin era hacer que destacaran mientras se desplazaban por el Foro. Los candidatos recorrían el abarrotado centro de la ciudad saludando a sus conciudadanos, sobre todo a aquellos cuyo voto era más influyente por el hecho de poseer más propiedades y estatus. Un esclavo especialmente adiestrado conocido como nomendator solía situarse detrás del candidato, listo para susurrar los nombres de aquellos que se aproximaban para que su dueño pudiera saludarlos con la precisión adecuada. Todo el mundo utilizaba estos esclavos como apuntadores, pero los buenos políticos se aseguraban de que su dependencia de esta asistencia a su memoria no resultara evidente. Para un candidato era importante que le vieran, pero en muchos aspectos era aún más importante con quién se les veía. Se esperaba que otros senadores que apoyaran su candidatura le acompañaran durante la campaña, y su auctoritas ayudaba a atraer al electorado. Otra forma de propaganda menos sutil era pintar en los edificios signos que expresaran el respaldo a un nombre u otro. Muchas de las tumbas que bordeaban las principales vías de entrada a Roma tenían una inscripción que incluía una prohibición de colocar o pintar sobre ellas ese tipo de muestras de apoyo."

Los cuestores eran elegidos por la Comitia Tributa, la asamblea de las treinta y cinco tribus de ciudadanos romanos. Cuando se congregaban para elegir a los magistrados y no para aprobar o rechazar alguna ley, la Comitia se solía celebrar en el Campo de Marte, la principal zona abierta de

parques y áreas destinadas a practicar ejercicio fuera de la frontera formal de la ciudad, al noroeste, seguramente porque en las elecciones se esperaba un mayor número de asistentes y habría sido imposible apretar a tantos votantes en los confines del Foro. Parece probable, aunque no seguro, que los candidatos tuvieran una oportunidad de dirigirse a la asamblea antes de que el magistrado que la presidía diera la orden de «voten, ciudadanos» (discedite, quirites). En ese momento, los miembros de cada tribu entraban en la parte que tenían asignada en la saepta (un complejo temporal de parcelas cercadas). Para votar, cada miembro de la tribu debía abandonar su recinto, atravesando un estrecho pasillo elevado conocido como «puente» para llegar al rogator, la persona designada para supervisar el proceso de cada tribu. A continuación, el votante ponía su papeleta con el nombre elegido en una cesta, bajo la vigilancia de otros funcionarios denominados «guardias» (custodes), que eran los encargados de contar los votos e informar del resultado al magistrado presidente. Cada tribu votaba como una unidad y su decisión se anunciaba en un orden establecido por un sorteo previo. El número de votantes de cada tribu variaba considerablemente, pues hasta los miembros más pobres de las cuatro tribus urbanas podían asistir sin demasiada dificultad. Dado que en aquel momento la mayoría de ciudadanos romanos vivían lejos de Roma, en general, sólo los miembros más ricos de las otras tribus podían permitirse y estaban dispuestos a trasladarse a Roma para los comicios. El voto de estos hombres era muy significativo, como también el de los hombres más pobres que pese a habitar ya en Roma seguían censados en una de las tribus rurales.A pesar de la disparidad

entre las cifras de asistentes a las elecciones, el voto de cada tribu poseía el mismo peso. Era importante para los aristócratas tener el voto de su tribu -en el caso de César era la tribu fabia- y se esforzaban mucho para conocer y hacer favores a sus miembros. Las elecciones no se decidían por mayoría absoluta, sino que concluían en cuanto el número de candidatos necesario para cubrir los puestos disponibles había recibido el voto de dieciocho tribus. Se trataba literalmente de un sistema de reparto de puestos tipo «el primero que llegue, se lo

Las perspectivas de César eran buenas: había sido aclamado en los tribunales y se había distinguido en los combates en Oriente. Hasta los rumores sobre Nicomedes y su escandaloso donjuanismo habían contribuido al menos a que su nombre fuera conocido por la mayoría de la ciudadanía, al igual que su peculiar modo de vestir. Si bien es cierto que su familia no pertenecía al círculo interno de los nobles del Senado, de entre los julios Césares habían salido varios magistrados en los últimos años. Algunos de ellos procedían de la otra rama de la familia, pero, en cualquier caso, el nombre había permanecido en el candelero. Los parientes de su madre tenían éxito: dos consulados en los pasados cinco años y la pretura en el año 70 a.C.Teniendo en cuenta que había veinte puestos de cuestor disponibles cada año, esta era la magistratura más fácil de conseguir. La concesión del derecho al voto a los italianos había atraído a muchos hijos de familias locales acomodadas hacia Roma en busca de carrera, pero un patricio que fuera miembro de una familia romana establecida no tenía nada que temer de esa competencia. Como era de esperar, César fue elegido. Era un momento decisivo, porque las reformas

políticas de Sila garantizaban que todos los cuestores pasaban automáticamente a formar parte del Senado. Los cuestores se ocupaban de una serie de tareas financieras y administrativas, pero la mayoría actuaba como ayudante de un gobernador provincial que, a su vez, era o un ex cónsul o un ex pretor. Cesar fue enviado con esa misión a Hispana Ulterior, la provincia más occidental de la Península Ibérica.`

Antes de abandonar Roma en algún momento del año 69 a.C., sufrió dos reveses personales: falleció su tía Julia y, al poco, murió también su esposa, Cornelia. Las familias aristocráticas celebraban funerales públicos para sus miembros en los que aprovechaban la oportunidad para celebrar los logros de todo su linaje, de ese modo recordaban al electorado lo que habían hecho y sugerían que su familia era una promesa para el futuro. En la procesión tomaban parte actores vestidos con la vestimenta de los funcionarios públicos y cubiertos con las máscaras funerarias de antepasados distinguidos. La primera etapa del recorrido era el Foro, donde se pronunciaba un discurso desde la rostra. Polibio cuenta que:

> el que perora sobre el que van a enterrar, cuando, en su discurso, ha acabado de tratar de él, entonces habla de los demás representados, comenzando por el más viejo, y explica sus gestas y sus éxitos. Así se renueva siempre la fama de los hombres óptimos por su valor, se inmortaliza la de los que realizaron nobles hazañas, el pueblo no la olvida y se transmite a las generaciones futuras la gloria de los bienhechores de la patria.`

En el funeral de Julia, César habló desde la rostra sobre su distinguido origen, de que los julios descendían de la diosa

Venus y de los vínculos reales de la familia de su madre. Era útil recordar a la multitud expectante lo honorable que era su propio linaje. En un gesto más polémico, incluyó en la procesión algunos símbolos de las victorias de Mario, y tal vez incluso un actor que lo representaba. Sila había prohibido que se honrara públicamente a su rival, pero sólo unos cuantos espectadores protestaron, y al instante fueron silenciados por el resto. Aunque Sila había ganado la guerra civil, había muchos, algunos incluso pertenecientes a la élite de Roma, a quienes no había convencido de que todas sus decisiones eran aceptables, como señalaba la creciente popularidad del restablecimiento del tribunado. Para muchos romanos, Mario seguía siendo un gran héroe, el hombre que había devuelto a Roma su orgullo herido en África y, más tarde, había salvado a Italia de la amenaza nórdica. Cicerón, que condenó abiertamente el papel de Mario en la guerra civil, solía alabar con entusiasmo sus victorias sobre Yugurta y los cimbros en sus alocuciones, sabiendo que su público estaría por completo de acuerdo con él. La mayoría aprobó calurosamente el gesto de César, y ese énfasis en el estrecho lazo que le unía al gran héroe fue muy positivo para su propia popularidad.`

No era extraño que las mujeres ancianas de familias nobles recibieran un funeral público grandioso. La decisión de César de otorgar el mismo honor a Cornelia era muy poco habitual y Plutarco afirma que era el primer romano que lo hacía para un mujer tan joven. Su gesto recibió la aprobación popular, porque muchos lo entendieron como un signo de genuino pesar de un hombre de buen corazón. Aunque la imagen popular de los romanos les refleja severos y flemáticos, en realidad muy a menudo eran un pueblo profundamente

sentimental. Los funerales, como tantos otros elementos de la vida aristocrática, se celebraban en público e influían en la esfera política. Ningún familiar varón próximo de César había fallecido durante su adolescencia y en ese sentido los funerales de su tía y esposa le brindaban ahora excelentes oportunidades para hacerse publicidad. César las aprovechó, esforzándose en sacar el máximo partido, lo que no significa necesariamente que no sintiera auténtico dolor, porque los sentimientos y la política convivían en Roma sin problemas. Su matrimonio con Cornelia había funcionado bien, tal vez incluso habían sido felices y se habían amado. Ahora bien, ninguna de nuestras fuentes sugie re que la pérdida de su esposa fuera el desencadenante de su desmedida afición a seducir mujeres. Lo más probable es que tuviera diversas aventuras mientras ella aún vivía. No sabemos si en el funeral mostró los símbolos de su padre, Cinna, como había hecho recientemente con su aliado Mario. Este despertaba mucho más la emoción popular, por lo que para César era más importante la conexión con él.

César partió hacia Hispana Ulterior en la primavera o principios de verano del año 69 a.C., muy probablemente acompañando al gobernador con el que iba a servir, Antistio Veto. Era común que los gobernadores seleccionaran a su propio cuestor entre los que habían sido elegidos. Es posible que así fuera también en el caso de César y que los dos se hubieran tratado previamente. Desde luego, parece que se entendieron muy bien y César eligió al hijo deVeto como cuestor siete años más tarde, cuando fue enviado a gobernar Hispana Ulterior tras obtener su pretura. Una de las tareas más importantes de un cuestor era supervisar las cuentas de la

provincia, pero se le llamaba para actuar como representante del gobernador en un amplio espectro de actividades. Gran parte del tiempo del gobernador se destinaba a recorrer los principales pueblos de la región, escuchar peticiones, resolver problemas y administrar justicia. Veto mandó a César a realizar esa función en varios lugares. Este llevó a cabo todas sus tareas con eficacia, y unos veinte años después recordaría a los habitantes de la zona los servicios que les había prestado. Una cuestura brindaba la oportunidad de adquirir clientes entre los hombres más destacados de la población provincial. Se dice que César sufrió su primer ataque epiléptico mientras estaba en Hispana, aunque no sabemos a ciencia cierta si se produjo en el año 69 a.C. o durante su periodo como gobernador entre el 61 y el 60 a.C. Hay otro incidente que probablemente se remonte a la cuestura (aunque Plutarco lo sitúa más adelante) y sucedió cuando estaba de visita en Gades (la actual Cádiz) para celebrar un juicio: parece que César había quedado visiblemente consternado al ver una estatua de Alejandro Magno en el templo de Hércules y pensar que él había logrado tan poco a una edad en la que el rey de Macedonia ya había conquistado medio mundo. Aún más inquietante fue un sueño en el que violaba a su madre, Aurelia. Comprensiblemente afectado, consultó a un adivino cuya interpretación fue que «era un presagio de que se alzaría con el imperio de las tierras del orbe», puesto que, según afirmaban, «la madre que había visto que se le doblegaba no era otra que la tierra cual es tenida como la madre de todas las cosas». Suetonio sostiene que esta explicación le impulsó a abandonar la provincia antes de tiempo, tantas eran las ansias que tenía de volver a Roma y reanudar su carrera. Si esto es

cierto, entonces es probable que actuara con la aprobación de Veto, ya que no se ha registrado ninguna crítica o sugerencia de que abandonara su puesto. Es muy posible que ya hubiera completado la revisión de las cuentas de la provincia, con lo que su deber estaba cumplido. En general, había hecho bien su trabajo, pero las actividades de los cuestores tenían poco poder de fascinación para el electorado romano.'

MONUMENTOS Y GLADIADORES: CÉSAR COMO EDIL

En su camino de regreso a Italia, César se detuvo en la Galia Transpadana, el área del valle del Po, que era parte de la provincia de la Galia Cisalpina, la única que pertenecía a la península italiana. Estaba poblada por una mezcla de descendientes de colonos romanos e italianos y por tribus galas cuyas principales familias eran ahora muy romanas desde el punto de vista cultural. Sin embargo, la ola de concesiones de ciudadanía plena que se produjo tras la Guerra Social se había detenido en la línea del Po y las comunidades del norte sólo poseían estatus latino. Esta circunstancia se vivía como una ofensa en esas tribus, en especial entre los ricos y poderosos, a quienes más beneficiaría la ciudadanía plena, y ese sentimiento de ultraje fue alentado por César, ya que hacerse con los futuros votos de esos nuevos ciudadanos acomodados era un objetivo deseable. Algunos han sugerido que su incitación fue tan fuerte que llevó a los transpadanos al borde mismo de la rebelión y que esta se evitó únicamente por la proximidad casual de algunas legiones, pero resulta muy poco probable y esa teoría parece más bien una invención posterior basada en la suposición de que la meta de César era siempre la revolución. Alguien que se había negado a unirse a

Lépido o Sertorio no parece muy deseoso de iniciar una rebelión por su cuenta. En este momento de su carrera, simplemente, no le hacía falta correr ese riesgo.`

A su llegada a Roma, una de sus primeras acciones fue volver a casarse. Su nueva prometida era Pompeya, nieta de Sila por parte de madre y del que fuera cónsul con este último en el año Quinto Pompeyo, por parte de padre. Es decir, a pesar de la ostentación que había hecho de su conexión con Mario y de haber apoyado la legislación que pretendía desmantelar el régimen de Sila, sería demasiado simplista ver a César como absolutamente pro Mario o absolutamente anti Sila. La política romana rara vez dividía de manera tan nítida, ni siquiera durante una guerra civil. Cuando los senadores se casaban era casi invariablemente con vistas a lograr útiles asociaciones como resultado de esa unión. No se sabe lo suficiente sobre los familiares de Pompeya para entender con exactitud de qué modo pensó César que ese matrimonio promocionaría su carrera: la red de interconexiones entre las familias aristocráticas era compleja hasta el extremo.A diferencia de su boda con Cornelia, esta vez no se casaron según la ceremonia de la confarreatio. Disponemos de bastante información sobre los rituales asociados a los matrimonios convencionales en Roma, aunque no sabemos si todos se siguieron en la boda de César (67 a.C.). Como en la mayoría de los ritos de la vida privada y pública de Roma, había ofrendas sacrificiales e interpretación de augurios. La tradición dictaba que la novia llevara sandalias de color naranja y un vestido tejido a mano ceñido con un cinturón atado con un complicado nudo «de Hércules», que el novio debía desatar la noche de bodas. Si Pompeya siguió las

convenciones habituales, llevaría el cabello recogido en seis trenzas y cubierto con un velo naranja brillante (flammeum): un recordatorio de Cornelia, que habría tenido que llevar ese tocado siempre que saliera de casa si César hubiera llegado a ser nombrado Flamen Dialis. En una procesión iluminada por antorchas, habría sido escoltada desde la casa de su familia hasta la casa del novio, donde este le estaría aguardando.A su llegada, los montantes de la puerta estarían decorados con filetes de madera y uncidos con aceite o grasa animal. Entonces, un ayudante tomaba en brazos a la novia y atravesaba con ella el umbral, un gesto que, supuestamente, se remontaba al rapto de las Sabinas, cuando los primeros romanos sólo podían encontrar esposas secuestrando a las hijas de la comunidad vecina. Por tanto, las primeras esposas romanas habían entrado en sus nuevos hogares sin quererlo. Este ritual -aunque sin que la mayoría sea consciente de su supuesto origen- ha sobrevivido en el mundo moderno, pero la práctica romana difería en el hecho de que eran los asistentes de la novia y no el mismo novio los que la tomaban en brazos.

El novio estaba esperando con una antorcha y una vasija llena de agua, que simbolizaba la voluntad de proporcionarle todo lo que es esencial en la vida. Al parecer, la ceremonia de formalización del matrimonio no solía ser particularmente larga. La fórmula tradicional era la simplicidad por antonomasia, la novia declaraba: «Donde tú seas Cayo, yo seré Caya» (ubi tu Caius, ego Caia), que eran las formas masculina y femenina de un nombre común que simbolizaba la unión de la pareja. Había un lecho nupcial simbólico y muy ornamentado en el vestíbulo de la casa, aunque es evidente

que la pareja no lo utilizaría, sino que se retiraría a un dormitorio normal a su debido tiempo. (Algunos griegos creían que el novio romano hacía apagar todas las luces para que la habitación estuviera en completa oscuridad antes de reunirse con su esposa en la cama de matrimonio. Se supone que esa era una señal de respeto hacia una mujer honorable, para que nunca pareciera una prostituta, sólo deseada para el placer sexual, aunque es muy posible que se trate sólo de una historia que contaban los griegos sobre los raros romanos). A la mañana siguiente, la nueva esposa hacía por primera vez un sacrificio para los dioses del hogar (los lares y los penates). Ella y su marido también invitarían a algunos amigos para celebrar un banquete especial.`

Pompeya era sólo una pariente lejana de Pompeyo Magno y no existía un gran afecto entre las dos ramas de la familia, de manera que el matrimonio de César no significó un estrechamiento de lazos con el general vivo más importante y más popular de Roma. Durante los primeros dos años que siguieron a su consulado, parecía que Pompeyo era feliz, pese a que su actuación en el Senado era mediocre. Hacia el año 67 a.C se hizo evidente que echaba de menos la admiración que le habían deparado sus victorias y comenzó a intrigar para obtener un nuevo mando. La espectacularidad de su carrera hasta la fecha había garantizado que el encargo no podía consistir simplemente en ser el cónsul de una provincia, sino que debía ser mucho más grandioso. La piratería continuaba asediando el Mediterráneo y un tribuno llamado Aulo Gabinio propuso una ley que creaba un mando extraordinario para solucionar el problema de una vez y para siempre.Ya se había hecho algo parecido cuando el Senado había mandado a

uno de los cónsules del año 74 a.C., Marco Antonio -el padre del segundo de César, Marco Antonio-, con una misión móvil de combatir piratas. No obstante, había logrado muy poco, sufrió una derrota grave en el año 72 a.C. y murió poco después. La situación se había deteriorado aún más y amenazaba con interrumpir el suministro de grano proveniente del extranjero del que Roma dependía. Si bien su intención no era en absoluto nueva, los detalles de la ley de Gabinio eran tremendamente radicales, otorgando al nuevo comandante el control de un vasto número de barcos y tropas, así como un imperium que se ampliaba hasta el Mediterráneo y a ochenta kilómetros desde la orilla. Su poder era, como mínimo, igual al de todos los gobernadores cuyas provincias contaban con territorio en esa área y es posible que fuera superior. Aunque Gabinio no hizo mención explícita de Pompeyo en su propuesta inicial, era evidente para todos que él era la obvia y única elección. Muchos senadores importantes se opusieron a la medida, declarando que era un error en una República libre darle tanto poder a un solo hombre. Como siempre, la fuerza de la inercia dentro del Senado garantizó que muchos prefirieran que persistiera un grave problema antes de permitir que fuera otro el que se llevara el mérito por

Se dice que César fue el único senador que habló en favor de esta ley, sin duda convocado por Gabinio para hablar desde la rostra e intentar persuadir a la multitud del Foro de que apoyara su propuesta. Cuando se dio la orden de que la gente se congregara y formara la asamblea de las tribus, la aprobaron con entusiasmo. Parece poco probable que ningún otro senador respaldara la ley, pero es posible que César fuera

uno de los partidarios que más se hacía oír. Como en el pasado, estaba deseoso de asociarse a causas populares, mientras que sus propias experiencias con los piratas le habían proporcionado un conocimiento personal de la amenaza que suponían. Cuando la ley fue aprobada, parece que el precio del grano en Roma cayó de inmediato hasta un nivel más normal, lo que indicaba la confianza del mercado en Pompeyo. Muchos senadores influyentes se mostraron dispuestos a ayudarle en esa tarea, de manera que los veinticuatro legados o subordinados de rango superior que le correspondían por ley fueron un grupo muy distinguido, lo que sugiere que César no fue el único que prestó apoyo a Gabinio. Se demostró que la fe en Pompeyo estaba completamente justificada cuando invirtió su genio organizativo en el problema: dividió el mar Mediterráneo en sectores, los mares al oeste de Italia estuvieron limpios de piratas en unas semanas y sólo se tardó un poco más en derrotar a los bucaneros que infestaban la mitad oriental del Mediterráneo. Una de las razones de la celeridad con que se llevó a cabo la operación fue la decisión de Pompeyo de aceptar que los piratas y sus familias se rindieran y de trasladarlos a buenas tierras de cultivo, a menudo en nuevas comunidades donde podían mantenerse sin recurrir a la violencia. Una vez más, Pompeyo era el adorado héroe de la República, aunque la mezquindad de su carácter reapareció cuando trató de negar al gobernador proconsular de Creta el mérito de haber vencido a los piratas en aquella isla. Su triunfo sólo le abrió el apetito de obtener nuevas glorias.`

En el año 66 a.C., otro tribuno, Cayo Manilio, presentó un proyecto de ley en la asamblea popular utilizando los poderes

que Pompeyo y Craso habían devuelto a esa magistratura. Desde el año 74 a.C. el mando del eterno conflicto con Mitrídates había recaído en Lucio Licinio Lúculo (un puesto que, como ya hemos mencionado, al parecer consiguió con la ayuda de la cortesana Precia [véase página 115]). Lúculo era uno de los hombres de Sila, probablemente el único senador que permaneció a su lado cuando marchó sobre Roma en el año 88 a.C. Era un general atrevido y hábil, pero sus talentos para la estrategia y las tácticas no venían acompañadas de una destreza similar como líder. Durante sus campañas, Lúculo había cosechado victoria tras victoria sobre Mitrídates y su aliado, el rey Tigranes de Armenia, pero nunca logró conquistar el afecto de sus oficiales y soldados del modo que supieron hacerlo comandantes como Mario, Sila y Pompeyo. Lo que era aún más peligroso, regulaba escrupulosamente las actividades de los hombres de negocios romanos y de los recaudadores de impuestos (publican) en Asia, lo que despertaba el resentimiento de estos influyentes grupos, que se habían acostumbrado a explotar a los habitantes locales bajo el auspicio de gobernadores que sólo pedían a cambio un porcentaje de los beneficios. Lúculo se había esforzado en tener contentos a los habitantes de las provincias temiendo que llegaran a ver a Mitrídates como a un liberador potencial de la opresión romana. Sin embargo, para muchos comerciantes adinerados, los beneficios eran más importantes que esas preocupaciones y, a partir del año 69 a.C., el mando de Lúculo se fue mermando de manera paulatina a medida que se retiraban regiones de su mando para ponerlas en manos de otros gobernadores. Su poder se resintió, perdió gran parte del terreno que había ganado en los inicios de la

guerra y la victoria final empezó a parecer más lejana todavía. En esas circunstancias, la idea de enviar a Pompeyo para ocuparse del problema y solucionarlo de una vez por todas resultaba inmensamente atractiva. César volvió a hablar a favor de la ley, que fue aprobada con facilidad. Pompeyo sustituyó a Lúculo, dando una vez más la impresión de llegar en el último momento para hacerse con el mérito por la victoria en una guerra que ya estaba prácticamente ganada."

Es muy poco probable que el apoyo de César a las leyes que otorgaron a Pompeyo los mandos extraordinarios en los años 67 y 66 a.C. marcaran la diferencia en el resultado de las votaciones sobre esos asuntos. Había muchos otros ex cuestores, así como varios senadores jóvenes, que contravenían las convenciones con su manera de vestir y su comportamiento. Es importante que no olvidemos que en ese momento de su vida, César todavía no era demasiado importante. Su historial hasta la fecha sugería que era un hombre que llegaría lejos, con posibilidades de hacer una carrera de considerable valía, pero, una vez más, no era el único en esa situación. No iba a lograr la profunda gratitud de Pompeyo gracias a su abierto posicionamiento a favor de la Lex Gabinia y la Lex Manilia, porque su papel había sido mínimo. No obstante, ambas leyes habían creado polémica, habían despertado mucha atención cuando diversos senadores importantes hablaron contra ellas en el Senado y en el Foro. César aprovechó la oportunidad para darse a conocer y conseguir que lo asociaran al éxito de las leyes y de Pompeyo. Existía la posibilidad de que se le contagiara alguna pequeña parte de su popularidad y, lo que era aún más importante, había expresado opiniones que compartían un amplio grupo

de ciudadanos, entre ellos numerosos équites y otros romanos, de moderada prosperidad, cuyo voto era decisivo en las asambleas. Abrazar causas populares significaba ser un popularis; aunque en estudios antiguos los populares se describían casi como un partido o agrupamiento político bien definido, en realidad se trataba sólo de un estilo de hacer política que se basaba en obtener el apoyo del pueblo. Los Gracos habían sido populares, como Mario en ocasiones, así como Saturnino y Sulpicio. A pesar de que planteaban muchos asuntos similares, estos hombres no compartían un conjunto fijo de opiniones comunes. Desde el comienzo de su carrera, César se había inclinado hacia el camino de los populares, pero eso tampoco significaba que hiciera causa común con cualquiera que actuara de la misma manera, como era el caso de muchos. La política seguía siendo una lucha esencialmente individual, ya que todos los demás eran competidores. No era sólo una cuestión de lograr el clamor popular, sino de conseguir más clamor popular que ningún otro candidato.`

Otro método que César empleó para captar votos del electorado fue gastar con generosidad. Había sido nombrado responsable de laVíaApia, y gastó buena parte de su propia fortuna para pagar las renovaciones y mejoras del camino y las estructuras asociadas. En principio, la rentabilidad de esa inversión fue positiva, ya que la Vía Apia seguía siendo uno de las rutas más importantes hacia Roma, de modo que los votantes que utilizaran esa vía para llegar a la ciudad recordarían lo que César había hecho por ellos. No hay duda de que esa disposición a gastar su propia riqueza en sus conciudadanos contribuyó a que resultara elegido para el

cargo de edil curul (curule aedile) en el año 65 a.C. En total había cuatro ediles, pero dos eran puestos reservados a plebeyos y, por tanto, un patricio como César no podía ocuparlo. Los ediles curules, que podían ser tanto patricios como plebeyos, tenían derecho a sentarse en la silla oficial de los magistrados, como los pretores y los cónsules. Sila no convirtió el cargo de edil en parte obligatoria de la carrera pública para aquellos que deseaban obtener una magistratura superior, ya que había muy pocos puestos disponibles, pero había determinado que sólo podrían ser ediles los mayores de treinta y siete años. César sólo tenía treinta y cinco años cuando obtuvo el cargo, y lo más probable es que el Senado le otorgara una exención especial para poder presentarse al puesto dos años antes de lo habitual. Al parecer, ese tipo de favores especiales eran bastante comunes, tanto que en el año un tribuno había aprobado una ley que prohibía al Senado otorgar esas dispensas a menos que se contara con la presencia de un quórum de doscientos senadores. Seguramente la exención de César se debiera a la influencia de la familia de su madre y su propia fama como poseedor de la corona cívica y un pontificado. (Sin embargo, la fecha en la que obtuvo el cargo de edil ha sido presentada como prueba por aquellos estudiosos que prefieren datar el nacimiento de César en el año 102 a.C., aunque eso no concuerda con los escasos datos con los que contamos: por ejemplo, habría sido extraño que se tiera en cuestor dos años más

Los ediles se ocupaban casi exclusivamente de la organización de la propia Roma, supervisaban el cuidado de los templos, la limpieza y man tenimiento de los caminos, acueductos y alcantarillado e inspeccionaban el suministro de

grano, los mercados e incluso los burdeles de la ciudad. En ocasiones adoptaban asimismo funciones judiciales, pero uno de los principales atractivos para un político ambicioso era la responsabilidad de los ediles de organizar los entretenimientos y las festividades públicas. Los dos ediles curules eran responsables de los siete días de juegos y espectáculos en honor de la diosa madre Cibeles en abril (los Ludi Megalenses) y de los juegos Romanos (los Ludi Romani), otros quince días de entretenimientos en septiembre. Aunque el erario público otorgaba una asignación a los magistrados para hacer frente a los costes de estas producciones, hacía años que se había establecido la costumbre de que los ediles completaran esa cantidad con sus propios fondos. Cada lujoso espectáculo que organizaba un edil deseoso de ganar popularidad establecía un nuevo estándar que su sucesor debía igualar o superar. César se lanzó a preparar los juegos con todo el brío de un hombre del espectáculo experimentado y la determinación de que no había que reparar en gastos. Gran parte de su colección privada de arte se expuso en el Foro y en las basílicas circundantes, además de erigirse columnatas temporales con ese fin. En aquella época, Roma aún no contaba con los monumentales teatros que caracterizaban las ciudades helénicas y fue necesario instalar asientos y un auditorio provisional. El otro edil curul, Marco Calpurnio Bíbulo, compartió los gastos, pero se quejó de que todo el mérito pareciera recaer sobre su colega pese a que ambos organizaron de forma conjunta las luchas de fieras y las producciones dramáticas. Por lo visto, Bíbulo comentó que lo mismo había sucedido con el Templo de Cástor y Pólux, los gemelos

celestiales, que todo el mundo conocía como el Templo de Cástor por cuestiones de brevedad. Parecía que, del mismo modo, la gente hablaba de César el edil, nunca de César y Bíbulo.30

Durante su mandato como edil, César decidió organizar unos juegos de gladiadores en honor de su padre, muerto unos veinte años antes. El origen de las exhibiciones de gladiadores eran los juegos funerarios. Al principio, estas exhibiciones habían sido privadas, familiares, pero, hacia finales del siglo in a.C. se convirtieron en espectáculos públicos y su escala y esplendor crecieron rápidamente. La tradición de que esas luchas tuvieran lugar sólo para conmemorar el fallecimiento de algún familiar se mantuvo hasta la época de César, mientras que las luchas de fieras podían formar parte de diversas celebraciones. No obstante, las celebraciones habían pasado a ser un mero pretexto para organizar estos violentos entretenimientos que tanta popularidad habían alcanzado en Roma y en toda Italia. Con todo, la decisión de César de declarar unos juegos funerarios tras un periodo tan largo fue una acción tremendamente inusual.Y, sin embargo, desde muchos puntos de vista, la escala de sus planes fue aún más excepcional: comenzó a reunir tantos gladiadores de las escuelas de todo el territorio italiano que el Senado se puso nervioso. La rebelión de Espartaco todavía estaba fresca en la memoria de todos y es posible que se temiera lo que un hombre ambicioso como César podía llegar a hacer con tantos hombres armados bajo su mando en la propia Roma. Es probable que fuera igualmente importante el hecho de que otros senadores se mostraran reacios a permitir esos exuberantes despliegues porque elevaban las expectativas del

público, haciendo así que resultara más caro y complicado conseguir el apoyo del pueblo en el futuro. En consecuencia, se aprobó una ley que limitaba el número de gladiadores que podían actuar en los juegos organizados por una sola persona. Aun así, nuestras fuentes informan de que trescientos veinte gladiadores participaron en los juegos de César y de que todos estaban equipados de armaduras plateadas y con recargados ornamentos. También los que lucharon contra las fieras utilizaron armas magníficas en los entretenimientos que organizó junto con Bíbulo.31

Durante la época que fue edil, César gastó sumas ingentes de su propio dinero, además de los fondos que aportaba Bíbulo en sus proyectos conjuntos. El pueblo romano disfrutaba inmensamente en los espectáculos y juegos que se les ofrecía para su disfrute gratuito. No le gustaba percibir la más mínima sombra de tacañería en la preparación de los juegos y se lo tendría en cuenta al organizador en cuestión en su futura carrera, del mismo modo que recordaría con gratitud a alguien que tara un espectáculo realmente impresionante. Sin embargo, no era sólo cuestión de invertir dinero en los proyectos, ya que incluso unos juegos muy caros podían pasar inadvertidos si no se presentaban bien. A César nunca le faltó estilo en todo lo que hizo y sus juegos fueron un gran éxito. Desde su punto de vista, el dinero que había destinado a conseguir ese resultado había estado bien gastado. Era su propio dinero sólo en el sentido de que él lo había pedido prestado. Plutarco nos cuenta que, aun antes de haber sido elegido para ningún cargo público, las deudas de César ya ascendían a más de 1.300 talentos, un total de más de 31.000.000 de sestercios en moneda romana. (Para dar una

idea de las proporciones, la propiedad mínima que cualificaba a un miembro de la orden ecuestre en una fecha ligeramente posterior era de 400.000 sestercios). Era una cifra astronómica que, a continuación, se vio incrementada por sus enormes gastos como responsable de la Vía Apia y su cargo de edil. César confiaba en que su futuro político fuera suficientemente brillante y lucrativo para liquidar sus deudas. Sus acreedores asumían ese mismo riesgo, pero suponemos que también confiaban en sus posibilidades. Seguramente, la mayor parte de este dinero se lo debía a Craso. César no era el único político prometedor al que financió, pero es poco probable que a los demás les diera la misma libertad para pedir prestado dinero una y otra vez.32

Hubo un último gesto en el periodo de César como edil. En algún momento a lo largo del año, con toda seguridad antes de una de las series de juegos, ordenó que los trofeos que conmemoraban la victoria de Mario sobre los cimbros y los teutones fueran devueltos al Foro. Sila había ordenado que se retiraran y probablemente que se destruyeran, por lo que lo más seguro es que se colocaran copias. Como sucedió en los funerales de Julia, la respuesta de la población a ese gesto fue muy positiva. Había suficientes personas que seguían recordando el miedo a que los bárbaros del norte se extendieran hacia el sur entrando en Italia y saqueando Roma de nuevo. Mario había salvado a Roma de su destino y esa era una hazaña que la mayoría consideraba digna de celebración. Una excepción era Quinto Lutacio Catulo, cónsul en el año 78 a.C. y pontífice como César. Su padre había sido cónsul con Mario en el año 102 a.C. y procónsul en 101 a.C. y se sentía muy contrariado ante el hecho de que el héroe popular

hubiera ganado la mayor parte del mérito por el éxito de los dos. En aquel momento, es probable que Catulo fuera el miembro más respetado del Senado, pese a que, oficialmente, no era el princeps senatus, el hombre cuyo nombre aparecía en primer lugar en la lista de senadores. El énfasis en Mario redujo la gloria de la propia familia de Catulo, lo que le molestó, pero si las historias que se cuentan son ciertas, también estaba empezando a ver a César como un político temerario y potencialmente peligroso. En el Senado, Catulo declaró: «Ya no es con minas, sino con máquinas de guerra como César trata de conquistar el Estado». Sin embargo, a pesar de la gran auctoritas del anciano hombre de Estado, César respondió con un discurso de perfecta sensatez que convenció a la mayoría de los senadores de su inocencia. Es muy posible que tuviera razón, porque su carrera seguía siendo convencional en la mayoría de los aspectos, pese a su extravagancia. Pero la revolución estaba en el aire.33

VI

LA CONSPIRACIÓN

Desde que las riquezas comenzaron a servir de honra, y gloria, poder e influencia las acompañaban, la virtud se embotaba, la pobreza era considerada un oprobio, la honestidad empezó a tenerse por mala fe. De esta manera, por culpa de las riquezas, invadieron a la juventud la frivolidad, la avaricia y el engreimiento: robaban, gastaban, valoraban en poco lo propio, anhelaban lo ajeno, la decencia, el pudor, lo divino y lo humano indistintamente, nada les merecía consideración ni moderación.

SALUSTIO,

finales de los años cuarenta a.C.[1]

A finales del año 66 a.C. las elecciones consulares para el siguiente año fueron ganadas por Publio Cornelio Sila y Publio Autronio Peto. Sila era sobrino del dictador y había amasado una gran fortuna durante las proscripciones. Era además cuñado de Pompeyo y es posible que gozara de cierta popularidad por asociación con el gran comandante, pero, en unos comicios marcados por el cohecho y por la intimidación, el triunfo de Sila se debió mucho más a su dinero. Este tipo de prácticas, de por sí, era bastante habitual.

A lo largo del periodo se aprobó una larga serie de leyes para hacer frente a la corrupción electoral, pero la elevada frecuencia de este tipo de legislación pone de manifiesto su ineficacia. Una ley reciente había estipulado que los candidatos que fueran declarados culpables de dichos delitos no sólo perderían el cargo que habían obtenido, sino que

serían expulsados del Senado, se les negaría el derecho a exhibir los símbolos de cualquier cargo público y se les excluiría a perpetuidad de la política. Los dos candidatos más votados después de los elegidos, Lucio Aurelio Cota y Lucio Manlio Torcuato, se apresuraron a entablar una acción judicial contra los vencedores amparándose en esa ley contra el soborno. Cota fue el hombre que en su calidad de pretor en el año 70 a.C. había introducido la ley que modificaba la composición de los jurados en los tribunales. Para entonces hacía uno o dos años que debería haber conseguido el consulado, lo que posiblemente hizo la derrota aún más dolorosa. Sus dos hermanos ya habían sido cónsules, mientras que Manlio provenía de un distinguido linaje de patricios, a diferencia de los vencedores. Para su defensa, Autronio confió más bien en un grupo de adeptos que intimidarían a los miembros de los tribunales o, si eso fallaba, sabotearían el proceso. No es posible determinar si Sila empleó tácticas similares; años más tarde Cicerón le defendió de otra acusación y culpó de toda la violencia anterior a Autronio. No obstante, las denuncias prosperaron y ambos fueron desposeídos de su cargo y excluidos de la vida pública, mientras que Cota y Torcuato eran nombrados cónsules para el año 65 a.C., o bien porque obtuvieron el mayor número de votos tras Sila y Autronio, o tal vez a consecuencia de una segunda elección.

Por lo visto, la cosa no quedó ahí. Autronio y Sila se resistían a aceptar su expulsión permanente de la política. Se habló de una confabulación para asesinar a Cota y a Torcuato cuando tomaran posesión de su cargo de cónsules el 1 de enero del año 65 a.C.; la conjuración preveía también el

asesinato de otros importantes senadores, a continuación de lo cual, los conspiradores se instalarían en la magistratura suprema. Prevenidos del golpe que se había planeado, los nuevos cónsules obtuvieron permiso del Senado para rodearse de una guardia armada y el día transcurrió sin que se produjera ningún incidente violento. Oficialmente, todo el asunto se ocultó tras un velo de silencio, de tal modo que Cicerón, que en el año 66 a.C. ocupaba el cargo de pretor, pudo sostener algunos años después que nada de lo acaecido había llegado a sus oídos. En ausencia de hechos, se multiplicaron los rumores, sobre todo cuando pasaron los años y podía resultar útil manchar el nombre de un rival acusándole de haber participado en aquellos turbios sucesos. Más tarde se dijo que el principal aliado de Autronio había sido Lucio Sergio Catilina, personaje que volveremos a tratar en este capítulo. Catilina acababa de regresar de África, donde gobernaba con el cargo de propretor, y había deseado presentarse a cónsul desde la destitución de Sila y Autronio. Supuestamente, la negativa del magistrado presidente a aceptar su candidatura le impulsó a unirse a Autronio en sus planes de hacerse con el poder por la fuerza. Otro de los nombres mencionados fue el de Cneo Calpurnio Pisón, que había sido elegido cuestor para el año y a quien se le atribuía un carácter violento y destemplado. Cuando poco después el Senado le envió a Hispania como propretor (un nombramiento de lo más extraordinario para un magistrado de tan poca edad y rango), la decisión fue interpretada como un signo del temor del Senado a lo que Pisón pudiera hacer si se le permitía permanecer en Roma. Es indudable que estas historias fueron exagerándose con el tiempo, en especial

después de que Pisón fuera asesinado en su provincia a manos de algunos de sus propios soldados hispanos. Se alzaron voces que aseveraban que lo que incitó a su escolta a cometer tal acto fue el tiránico mandato del gobernador. Desde luego es una teoría plausible, pero no deberíamos olvidar que, de los numerosísimos gobernadores romanos que podemos calificar de opresores, sólo un puñado de ellos acabó siendo asesinado. Otros, por su parte, sugirieron que los soldados eran leales a Pompeyo debido a que habían luchado bajo su mando contra Sertorio, y habían recibido órdenes (o habían tomado la decisión por propia iniciativa) de deshacerse de un rival potencial. La circulación de historias descabelladas como esta es un índice del nerviosismo que reinaba en aquellos años.'

Es en ese contexto donde debemos situar la versión ofrecida por Suetonio, según la cual Craso y César se habían confabulado con Autronio y Sila. El plan consistía en matar a sus oponentes del Senado, otorgar el consulado a los dos condenados y nombrar a Craso dictador, con César como su segundo, con el antiguo título de jefe de caballería (magister equitum). Se suponía que César daría la señal para el ataque dejando caer su toga del hombro, pero no lo llegó a hacer en vista de que Craso, movido por «arrepentimiento o por miedo», no se presentó. Todas las fuentes señaladas por Suetonio para documentar este incidente salieron con posterioridad de la pluma de autores hostiles a César y lo mismo sucede con otra de las historias que menciona, que describe cómo César proyectó una rebelión armada de común acuerdo con Pisón y cómo resultó frustrada por la muerte de este último. Al igual que otros alegatos que sostienen que planeaba hacerse con el control de la República por medio de

la fuerza desde sus primeros años, es probable que estas teorías no sean más que propaganda ulterior. César, que acababa de ser elegido edil para el año 65 a.C., no tenía ninguna razón para desear una revolución y sin duda es altamente improbable que participara en una conjura para asesinar a su pariente Lucio Aurelio Cota. De la misma manera, Craso, que en fechas recientes había obtenido el cargo de censor con Catulo como colega, ganaría bien poco con una rebelión armada. Es evidente que hubo disturbios de origen político durante y después de los comicios consulares y es posible que existiera un complot de algún tipo, pero la ción de César o Craso es ciertamente una invención

Existe una tendencia entre los historiadores antiguos y modernos a considerar que estos años estuvieron caracterizados por la rivalidad entre Craso y Pompeyo. En el año 67 a.C. Catulo había afirmado que el mando de la expedición contra los piratas había otorgado demasiado poder a un solo hombre. Cuando Pompeyo fue puesto también al frente de la guerra con Mitrídates, llegó a controlar ejércitos todavía mayores y a tener acceso a los recursos de un área muy superior a la que tuvo a su disposición Sila en los inicios de la guerra civil. Los autores de la época de los emperadores expresaron su sorpresa cuando decidió renunciar a esos extraordinarios poderes al regresar a Italia a finales del año 62 a.C. Se daba por supuesto que cualquiera que tuviera la fuerza suficiente para convertirse en dirigente único de Roma indefectiblemente codiciaría esa autoridad. En retrospectiva, sabemos que esa creencia era errónea, ya que Pompeyo prefirió perseguir la consecución de sus ambiciones por medios más convencionales. En las cartas escritas por Cicerón

en aquellos años no hay ningún indicio de que le preocupara que el gran general siguiera el ejemplo de Sila. Parece improbable que hubiera muchos otros senadores que previeran una nueva guerra civil, pero eso no significa que la consideraran completamente imposible. Cualquiera que formara parte de la vida pública de esos años tenía suficiente edad para recordar la terrible violencia de los años ochenta antes de Cristo, las listas de proscripciones que señalaban a conocidas personalidades por cuya muerte se ofrecía recompensa y las cabezas cortadas que decoraban la rostra. Todo eso había sucedido en el corazón de Roma y nadie podía decir que no sucedería de nuevo. Pompeyo había sido uno de los sanguinarios generales de Sila, el «joven verdugo». Los años parecían haberle ablandado, pero sólo había pasado una pequeña parte de su carrera en Roma, participando en el día a día del negocio de la vida pública.A todos les era familiar la figura del apuesto comandante que agregaba sus victorias en Asia a las que había acumulado en África, Hispania, Sicilia e Italia, pero ¿cuántos conocían en realidad al verdadero hombre y podían en consecuencia estar seguros de cómo se comportaría? Las circunstancias eran muy distintas a la situación a la que se enfrentó Sila y que, de hecho, acabaría poniéndole entre la espada y la pared. Sin embargo, si alguien llegara a tomar Roma por la fuerza, como hiciera el descontento cónsul Cinna, ¿quién diría que eso no le daría a Pompeyo el motivo, o el pretexto, para regresar espada en mano a la cabeza de su ejército? Esa perspectiva era aún más fácil de imaginar teniendo en cuenta que el desarrollo de las elecciones y los juicios se estaba viendo perturbado y la competencia entre los principales senadores

parecía más desesperada que nunca.4

A diferencia de lo que sucedía con Pompeyo, la gente conocía a Craso, que pasaba mucho más tiempo en Roma y participaba activamente en la vida pública. Craso era uno de los hombres más ricos de la República -es probable que su fortuna fuera sólo superada por la de Pompeyo- y, como le gustaba decir, ningún hombre podía llamarse a sí mismo rico hasta que podía permitirse constituir su propio ejército.A pesar de su riqueza, su estilo de vida era considerablemente frugal en una época de lujo y caprichos. Hombres como Lúculo y el gran rival de Cicerón, Hortensio, hacían ostentación de sus fortunas en sus magníficas residencias, villas y jardines, en los que celebraban espléndidos banquetes de alimentos exóticos. Eran famosos por los esfuerzos que dedicaron a la construcción de estanques de agua salada en los que criaban peces marinos, a menudo como mascotas además de como alimento. Craso no despilfarraba su dinero en antojos de ese tipo y, por el contrario, dedicaba grandes esfuerzos a acrecentar su ya vasta fortuna. Tenía muchos negocios y mantenía estrechos vínculos con los publican y otras compañías que operaban en las provincias. Sus negocios más conocidos eran las propiedades inmobiliarias, en ellos trabajaban cientos de esclavos capacitados que Craso empleaba para construir edificios e incrementar su valor. Entre estos esclavos había un grupo adiestrado como cuerpo de bomberos, algo único en Roma en aquel momento. Gran parte de la ciudad consistía en calles estrechas que separaban altos bloques de viviendas o insulae, densamente poblados y, con frecuencia, construidos a bajo precio por caseros deseosos de beneficiarse lo máximo posible de las rentas. Los incendios

se desataban con facilidad y se propagaban con rapidez, en especial en el calor del verano italiano. Craso logró adquirir amplias franjas de Roma a precio de ganga esperando a que se produjera un incendio y comprando a continuación aquellas propiedades que se hallaban en el camino del fuego. Una vez cerrado el trato, avisaba a su cuerpo de bomberos para que detuviera las llamas, lo que solían hacer demoliendo edificios para crear cortafuegos. Algunos de los inmuebles recién adquiridos se salvaban, mientras que sus esclavos artesanos estaban listos para volver a edificar en los terrenos donde acababan de demoler las antiguas construcciones. Al parecer, estaba especializado en mansiones para los más pudientes, aunque, como otros romanos destacados, es posible que también poseyera numerosos bloques de casas en las barriadas más pobres. Los métodos utilizados para adquirir muchas de sus propiedades demostraban a la vez determinación y falta de escrúpulos. En un momento dado, probablemente en el año 73 a.C., se le vio frecuentar con asiduidad a una virgen vestal llamada Licinia y, de resultas, esta fue acusada formalmente de haber roto su voto de castidad, un delito que en el caso de las vestales era castigado con el enterramiento en vida de la culpable. El caso fue desestimado cuando Craso anunció que su propósito era comprarle una casa a Licinia, cuyo nombre sugiere que tal vez se tratara de una pariente. Tan convencidos estaban todos de su entusiasmo por la adquisición de nuevas propiedades que esa posibilidad fue considerada mucho más probable que la de que estuvieran teniendo una aventura. Licinia fue absuelta, pero se cree que Craso siguió rondando a la vestal hasta que finalmente le vendió la casa?

Craso no era sólo un magnate inmobiliario que poseía enormes propiedades y minas de plata, así como viviendas, y la finalidad de su fortuna no era sólo multiplicarse, sino ayudarle en sus ambiciones políticas. Como hemos visto, es probable que César recibiera varios préstamos para financiar sus intentos de ganarse el favor popular. Craso siempre estaba dispuesto a prestar fondos a aquellos hombres que tuvieran la intención de seguir una carrera política. Rara vez les cobraba intereses, aunque era implacable a la hora de recuperar el préstamo en cuanto llegaba la fecha acordada para su reembolso. Se concentraba sobre todo en acumular capital político, haciéndole favores a otros hombres y logrando así que estuvieran en deuda con él. En esos años, una alta proporción de los aproxi madamente seiscientos senadores, tal vez incluso la mayoría, le debía dinero a Craso o había disfrutado de uno de sus préstamos sin intereses en el pasado. Pocas de esas personas procedían de las principales familias, que solían poseer suficientes riquezas. Muchos de ellos, como César, eran hombres ambiciosos de los márgenes del círculo más íntimo de familias, y un número aún mayor eran senadores inferiores que nunca habían ocupado una magistratura, pero eran miembros del Senado y podían votar, aunque pocas veces se les invitaba a hablar. Craso tenía mucha influencia entre esos hombres debido a la generosidad con la que había permitido que recurrieran a su fortuna. También estaba dispuesto a hacer otro tipo de favores si así las personas a quienes había ayudado quedaban en deuda con él. Craso participaba de forma muy activa en los tribunales, incluso en comparación con personajes del calibre de Cicerón, cuya carrera se basaba fundamentalmente en sus habilidades

como abogado. Este último sostenía que Craso:

> Este, pues, con una formación cultural mediocre y con dotes naturales aún más limitadas, gracias a su aplicado esfuerzo y a que ponía todo su cuidado y hasta su influencia en ganar las causas, figuró por algunos años entre los principales abogados. Usaba en sus discursos un latín correcto, sus palabras no eran triviales; los argumentos los hilaba diligentemente, pero sin figuras ni brillantez alguna; se acaloraba mucho interiormente, pero elevaba poco la voz, de manera que casi todo lo decía en tono similar y uniforme.'

Plutarco también hizo hincapié en la meticulosidad con la que Craso preparaba sus discursos antes de aparecer ante el tribunal. Su abogacía, pues, estaba definida por el esfuerzo más que por una facilidad natural, pero en cualquier caso era extremadamente efectiva y su disponibilidad para aceptar casos que otros habían rechazado colocaba a muchos en una situación de compromiso con él. Igualmente, el hecho de que siempre estuviera listo para hacer campaña en nombre de los candidatos electorales era otra manera de hacer favores que podían devolverle en el futuro. Su entusiasmo para establecer nuevos contactos conllevaba que, en ocasiones, se mostrara voluble y representara a un hombre un día ante los tribunales o en el Foro, pero, un poco más tarde, se pusiera de parte de alguien que se oponía a él. Craso trabajaba duro en el terreno político, a di ferencia de Pompeyo, que, cuando estaba en Roma, apenas aparecía por el Foro. La fortuna y la auctoritas de Pompeyo eran mayores que los de cualquier otro, pero se le consideraba reacio a utilizarlos, porque le disgustaban las multitudes y pocas veces ejercía como abogado. Craso

siempre era visible, defendiendo o apoyando a otros y prestando atención a saludar por su nombre a todos los que se encontraba, incluso a los más humildes. Nunca se ganó el cariño de la multitud, pero su influencia garantizó que fuera tratado con respeto. Las acciones judiciales contra hombres importantes eran parte habitual y común de la vida pública, pero nadie atacó a Craso en los tribunales. Plutarco menciona a un tribuno de la plebe que era famoso por sus feroces ataques contra las personalidades. Cuando le preguntaron por qué nunca arremetía contra Craso, respondió que se debía a que «ese lleva paja en los cuernos», refiriéndose a la costumbre italiana de poner paja en los cuernos de los toros peligrosos para advertir a la gente de que debían mantenerse alejados de ellos. Es posible que la expresión fuera un juego de palabras, ya que la palabra latina para paja posee la misma raíz que la palabra prestamista.'

Es evidente que Craso tenía grandes planes para su periodo como censor en el año 65 a.C. Anunció que planeaba otorgar la ciudadanía a muchos de los habitantes de la Galia Cisalpina. César ya se había unido a la agitación surgida en la región por ese tema, y Craso estaba deseoso de conseguir la gratitud y el futuro apoyo de tantos nuevos votantes. Otros senadores temían la influencia que podrían obtener de ese modo, mientras que su colega Catulo se mantenía firme en su rechazo a aceptar a los nuevos ciudadanos. Craso también trató de anexionar Egipto como provincia y recaudar impuestos, aunque se desconoce cómo pretendía hacerlo exactamente, porque esos temas no solían ser responsabilidad de los censores. El país estaba sumido en el caos, plagado de disputas dinásticas entre los decadentes tolomeos y las

rebeliones internas. Suetonio nos cuenta que César, animado por la popularidad obtenida durante su mandato como edil, intentó asimismo persuadir a algunos tribunos populares de que votaran a favor de otorgarle un mando extraordinario como gobernador de Egipto. Es posible que Craso y él estuvieran trabajando en colaboración en este asunto. También es posible que simplemente hubieran identificado la misma oportunidad de enriquecerse haciéndose cargo de esa región, famosa por su riqueza. En cualquier caso, había demasiada oposición para que estos planes tuvieran éxito. Craso y Catulo siempre estaban tan absolutamente en desacuerdo que ambos accedieron a dimitir como censores tras unos pocos meses en la magistratura. No habían logrado llevar a cabo su principal misión: realizar un nuevo censo de los ciudadanos y sus propiedades, y pasarían décadas antes de que se volviera a efectuar un nuevo padrón de forma correcta. Una institución clave estaba fracasando en su tarea de hacer frente a las nuevas circunstancias de la vida pública.'

CATÓN, CATILINA Y LOS TRIBUNALES

En el año 64 a.C., César actuó por primera vez como magistrado presidente en un juicio. Se trataba de un deber común para los ediles y los antiguos ediles, a quienes se llamaba con regularidad para ser jueces en los tribunales cuando había demasiados casos a cargo de los pretores. En el año 64 a.C. hubo un desbordamiento de juicios en los tribunales que se ocupaban de los casos de asesinatos (quaestio de sicarüs), debido en parte a las actividades de uno de los cuestores, Marco Porcio Catón. Se dice que se tomó sus deberes con mucha mayor seriedad que la mayoría de jóvenes que ocuparon este primer puesto en el cursas. Cuando

le nombraron supervisor de las arcas públicas, Catón no se contentó con continuar con la práctica habitual y abandonó la administración cotidiana a los empleados contratados de manera permanente para realizar esas tareas. Por su parte, él se dedicó a revisar en detalle todos los aspectos del negocio, por lo visto dejando boquiabierto al personal profesional con su rigor y sus conocimientos. Los empleados se resistieron con firmeza, intentando usar a algunos de los otros cuestores para bloquear sus actividades. Catón respondió echando al miembro más antiguo del personal y procesando a otro hombre, al que acusó de fraude. Durante su año de mandato, también analizó varias anomalías de la época de la dictadura. Sila había permitido que algunos seguidores privilegiados tomaran dinero «prestado» de los fondos de la República. Catón les persiguió y se aseguró de que el dinero fuera devuelto. Un grupo sobre el que se centró en particular fueron aquellos que habían aceptado la recompensa de 12.000 denarios (el equivalente a 48.000 sestercios) que se ofrecían por el asesinato de los proscritos. Los nombres de estos hombres se hicieron públicos y se les obligó a restituir ese «dinero ensangrentado». Las actividades del cuestor obtuvieron la aprobación generalizada dado que el horror de las proscripciones seguía vivo en las mentes de los romanos. Conscientes del signo de los tiempos, los fiscales se apresuraron a acusar a todos aquellos hombres de asesinato. La legalidad de esta acción era cuestionable dado que la ley de proscripciones de Sila había protegido a los que actuaran en su nombre en contra de los que habían sido decretados enemigos de la República. Estos juicios cuestionaron la base y la legitimidad de la propia dictadura, del mismo modo que el

amplio entusiasmo por la restauración del estatus y los poderes de los tribunos había reflejado el deseo de que las cosas volvieran a ser como antes de Sila, cuando existía una República «como es debido». Los romanos estaban esforzándose en asimilar la violencia y el caos de su pasado reciente.'

No hay duda de que presidir estos juicios era una tarea grata para César. Sus propias experiencias durante los años de la dictadura le hacían sentirse poco comprensivo con aquellos que habían participado y se habían beneficiado de las proscripciones. Políticamente tampoco era negativo implicarse de nuevo en una causa popular. Aunque el juez no controlaba al jurado en su tribunal, sí podía favorecer a una de las partes del caso y parece que César se mostró entusiasmado cuando condenó a aquellos cuya culpa hubiera sido certificada de algún modo por los datos del erario público. Entre los condenados se encontraba Lucio Luscio, uno de los centuriones de Sila, que había adquirido una inmensa fortuna de diez millones de sestercios durante las proscripciones. Otro era el tío de Catilina, Lucio Anio Belieno, entre cuyas víctimas se incluía Quinto Lucrecio Ofela, el hombre que había intentado presentarse al consulado desafiando una orden directa de Sila. El mismo Catilina fue llevado a juicio acusado de un delito del que era claramente culpable, pese a que la invectiva final de Cicerón bien podría haber sido exagerada: sostenía que había desfilado por las calles agitando la cabeza de su cuñado, que era un familiar cercano de Mario. No obstante, fue absuelto, no sabemos si en connivencia con César como magistrado presidente, pero, en cualquier caso, Catilina era mucho más importante y contaba con muchos

más amigos influyentes que otros condenados en esos juicios. Es posible que sus contactos le bastaran para influir en el jurado, en especial si estaban respaldados por sobornos o favores. Puede que Catilina no necesitara la ayuda de César, pero tal vez este último presintiera que le convenía más no demostrar demasiado entusiasmo por este caso en concreto. El hecho de que ambos se asociaran políticamente en los siguientes años demuestra que el juicio no provocó ninguna enemistad personal, pero qué significa eso en el fondo es dificil de decir. A pesar de su asociación con Mario, parece cierto que César evitó actuar como vengador de cuestiones personales durante todo el asunto. Suetonio apunta que, de forma significativa, se negó a acusar a Cornelio Fagites, el oficial que lo había arrestado durante su huida de la ira de Sila (véase página 84) y que sólo lo liberó tras pagarle un generoso soborno. Cornelio había cumplido con su parte del trato y puede que César, que subrayaba que nunca abandonaba a nadie que le hubiera ayudado, pensara que eso era más importante que el arresto original."

No era la primera vez que Catilina salía impune de una acusación. Sus contactos entre los principales miembros del Senado ya le habían permitido salir libre de un juicio por mala administración y corrupción durante su propretura en África. Una vez más, es probable que fuera culpable, pero la presencia en el tribunal de hombres que le apoyaban, como Catulo, le permitió escapar al castigo como a otros tantos gobernadores. En este caso incluso su acusador estaba muy dispuesto a hacer un favor a la defensa. Como Sila y César, Catilina procedía de una antigua familia patricia que había ido debilitándose a lo largo de los siglos hasta que quedó al margen de la vida

pública, y tuvo que esforzarse para competir con rivales más ricos y que contaban con distinciones más recientes. La guerra civil le había ayudado a restaurar su fortuna, ya que, con el tiempo, había llegado a ser un entusiasta partidario de Sila. En los años siguientes, el escándalo persiguió su carrera: fue acusado de seducir a una virgen vestal, entre otras proezas amorosas. Posteriormente se casó con Aurelia Orestila -por lo que sabemos, no tenía ninguna relación con la madre de César-, que poseía fortuna, pero tenía una dudosa reputación. Salustio comenta mordaz que era alguien «de quien ninguna persona decente alabó nunca otra cosa a no ser su belleza». Circulaban algunos rumores descabellados que contaban que, en su pasión por ella, Catilina había asesinado a su propio hijo adolescente porque ella no quería vivir en la misma casa que ese heredero casi adulto. Catilina tenía mala fama, era considerado un mujeriego cuyos amigos, tanto hombres como mujeres, tendían a ser los miembros más desenfrenados de la aristocracia. Sin embargo, también poseía un gran encanto y una habilidad especial para inspirar la máxima lealtad en sus asociados. La similitud con César es asombrosa y resulta tentador ver a Catilina casi como el hombre en el que César podría haberse convertido.A pesar de los escándalos, la carrera de Catilina hasta la fecha había sido fundamentalmente convencional, con la excepción de los años de guerra civil, en los que no eran aplicables las reglas normales. Había un entusiasmo y una desesperación en su voluntad de alcanzar el éxito que, una vez más, recuerda a César. Se le había prohibido presentarse a las elecciones al consulado del año 66 a.C., y al año siguiente tampoco se presentó, probablemente porque seguía estando en juicio en el tribunal provincial de

extorsión, pero fue candidato de nuevo a finales de Al parecer, tanto Craso como César apoyaron su campaña."

A diferencia de Catilina, a primera vista parece que Marco Porcio Catón fue el contrario de César en todos los sentidos. Era el bisnieto de Catón elViejo, un «hombre nuevo» elevado al Senado por sus distinguidos servicios en la segunda guerra púnica que había llegado a ser cónsul y censor. Su antepasado había sido siempre comparado con los decadentes aristócratas de las familias establecidas, cuyo amor por la lengua y la cultura griega desdeñaba, y había vivido una vida sencilla guiada por los severos principios del deber. Fue la primera persona que escribió una historia en prosa de Roma en latín, negándose abiertamente a mencionar el nombre de los magistrados debido a que deseaba celebrar las hazañas del pueblo romano, no conmemorar los logros de la nobleza. Era un interesante ejemplo de la manera en la que las familias senatoriales se convencían a sí mismas de que el bisnieto podía hacerse famoso y llegar a ser muy respetado emulando las costumbres y el estilo de vida de su famoso antepasado. Catón combinaba su personificación de los valores tradicionales romanos -que tal vez fueran un reflejo de una realidad histórica o tal vez no, pero, en cualquier caso, eran admirados por todos, cuando no emulados- con una observancia especialmente rigurosa de la filosofía estoica. Esta doctrina hacía hincapié en la búsqueda de la virtud por encima de todo, pero él la llevó hasta un extremo casi obsesivo. Catón nunca se vio salpicado por el escándalo o acusado de llevar una vida de lujo. En contraste con la suma atención que César prestaba a su aspecto y la extravagancia de su vestuario, Catón no se preocupaba en absoluto de su

apariencia. Era habitual verle recorrer descalzo las calles de Roma, y se cree que llegó a despachar asuntos oficiales como magistrado vestido con la toga, pero sin la túnica que se llevaba por debajo. Cuando viajaba, nunca iba a caballo, sino que prefería caminar y se dice que lograba sin dificultad mantener el ritmo de sus compañeros con montura. De nuevo en marcada diferencia con César, según Plutarco, Catón nunca había mantenido relaciones sexuales con ninguna mujer hasta que se casó con su esposa. En este caso, el autocontrol de su esposa no estaba a la altura del suyo, ya que más adelante se divorció de ella por infidelidad. Tampoco se contaba entre las cualidades de su hermanastra Servilla, que durante mucho tiempo fue amante de César.`

En cuanto a su comportamiento, con frecuencia parece que César y Catón eran polos opuestos, pero en cierto modo ambos estaban esforzándose por conseguir el mismo fin. Los políticos ambiciosos tenían que llamar la atención del pueblo para poder destacar entre los muchos hombres que perseguían ocupar los mismos puestos oficiales. Aquí Catón tenía ventaja, ya que los contactos de su familia eran mejores que los de la familia de César. Cuando una persona conseguía una magistratura, debía eclipsar a todos los demás que ocupaban el mismo cargo. La habilidad era importante, pero era esencial llamar la atención sobre las propias gestas. Durante su cuestura, Catón se aseguró de que todo el mundo supiera que estaba haciendo las cosas con un estilo diferente, aportando a su trabajo no sólo talento, sino su propia versión de rígida virtud: persiguió a todos aquellos que habían cometido asesinatos durante las proscripciones y a los que se habían beneficiado de ellas, lo que resultó ser una acción muy

popular que llamó la atención del pueblo y se ganó su aprobación. De formas muy distintas -César mediante su arreglado aspecto y su estilo innovador, Catón mediante ese aparente desaliño natural- ambos pregonaron ante los demás lo distintos que eran de sus colegas. Lo mismo se puede decir de la afición por el lujo y de la generosa inversión en los juegos del primero y el gusto por economizar del segundo. Catón y César lograron que se les considerara desde el principio de sus carreras como individuos que ya habían ganado amplia fama y reconocimiento y que tenían un prometedor futuro por delante. Pese a emplear estilos tan diferentes, ambos estaban jugando al mismo juego.

ANTIGUOS CRÍMENES Y NUEVOS COMPLOTS

A finales del año 64 a.C., las elecciones volvieron a estar muy reñidas. César no presentó su candidatura, porque no sería elegible para la pretura hasta el año siguiente, pero sin duda estuvo presente para apoyar las campañas de otros candidatos. Ese era uno de los mejores métodos para obtener apoyo para el futuro y siempre se agradecía conseguir que los magistrados entrantes estuvieran en deuda con uno. La pugna por obtener el consulado estaba especialmente igualada. Catilina logró finalmente presentarse al cargo y se asoció con un personaje de reputación casi tan dudosa como la suya, pero con mucho menos talento: Cayo Antonio. El otro candidato digno de mención fue Marco Tulio Cicerón, el famoso orador. Cicerón era un «nuevo hombre» y dependía de su propio talento para lograr el éxito. Había ganado fama como abogado defensor, sobre todo en casos célebres como, por ejemplo, cuando se opuso a uno de los subalternos de Sila en el año 80 a.C. o cuando acusó a un gobernador que era

conocido por su corrupción, pero que contaba con una abultada fortuna y buenos contactos, en el año 70 a.C.AI igual que César, apoyó la ley Manilla para otorgar a Pompeyo el mando en Oriente y se asoció de manera continuada con los partidarios de este héroe popular. Durante un breve periodo, Pompeyo y él habían servido a las órdenes de Pompeyo Estrabón en la Guerra Social al igual que, irónicamente, lo había hecho Catilina. Cicerón, además, se presentaba a sí mismo como el defensor de la orden ecuestre y había puesto mucho cuidado en organizar buenos entretenimientos mientras fue edil. No obstante, hacerse el popularis de este modo no le había granjeado el afecto de los más destacados aristócratas del Senado, los «hombres buenos» (boní), como les gustaba llamarse, y ningún «hombre nuevo» había alcanzado el consulado en la pasada generación. En último término, resultó que las sospechas que despertaba Catilina fueron suficientes para hacer que el orador pareciera la mejor elección. Cicerón ganó con comodidad, mientras que Antonio sufrió para alcanzar el segundo puesto.`

Cuando Cicerón y Antonio asumieron oficialmente el cargo el 1 de enero de 63 a.C., tuvieron que enfrentarse de inmediato a un radical proyecto de ley sobre la tierra presentado por el tribuno Publio Servilio Rulo que pretendía asignar grandes franjas de terreno a los ciudadanos más pobres, comenzando con el territorio de propiedad estatal en Campania, que suponía la mayoría del agerpublicus que había quedado tras las redistribuciones iniciadas por los Gracos. Puesto que la cifra de personas implicadas lo hacían insuficiente, la República tendría que adquirir la tierra extra necesaria. La ley garantizaba un buen precio a los vendedores,

estipulaba que todas las ventas debían ser voluntarias y excluía de modo explícito las granjas de los veteranos de Sila que se habían instalado en tierra confiscada tras la guerra civil. Era evidente que incluso podrían llegar a venderse propiedades de las provincias para recaudar los fondos requeridos. Una comisión de diez miembros (decemvirí), elegidos por el voto de una asamblea compuesta por diecisiete en vez de treinta y cinco tribus y dotada de imperium propretoriano, supervisaría durante cinco años la implementación del programa. El proyecto tenía una escala masiva y los poderes de la comisión eran correspondientemente importantes, pero el problema que trataba de solucionar era muy real. La Italia rural había atravesado grandes dificultades y era obvio que había numerosos ciudadanos pobres cuya situación era de extrema desesperación. Muchos de los desposeídos se habían trasladado a Roma, donde a menudo pasaban grandes apuros para encontrar trabajos remunerados para mantenerse ellos mismos y sus familias. En la ciudad había oportunidades y empleo, pero no todos los que se mudaban a Roma tenían éxito. Los alquileres eran altos, las condiciones de vida podían ser profundamente miserables en las abarrotadas insulac y las deudas suponían una terrible carga para muchos de los más desfavorecidos que, a diferencia de la nobleza, no podían aspirar a enriquecerse a través de un cargo público.

Por sí sola, la reforma agraria propuesta por Rulo no habría solucionado todos estos problemas, pero los habría aliviado en parte. Al principio, contó con el apoyo de los diez tribunos de aquel año, y es muy probable que Craso y César fueran partidarios entusiastas de Rulo y desearan ser elegidos para formar parte de la comisión. Es más dificil juzgar la actitud de

Pompeyo: por una parte, la reforma habría proporcionado granjas a sus veteranos cuando regresaran de las campañas, que estaban a punto de concluir, pero si Craso había desempeñado un papel importante en el programa, entonces eso significaría también que ellos y muchos otros ciudadanos estaban en deuda con su gran rival. Algunos de los tribunos eran fieles seguidores suyos, por lo que no es probable que se opusiera de for ma activa al proyecto, pero es posible que, simplemente, no tuviera tiempo para desarrollar una opinión demasiado firme ya que seguía estando muy lejos de Roma. Cicerón se opuso con firmeza a la propuesta desde el principio y a lo largo de toda su vida mostró de modo consistente su desacuerdo hacia este tipo de legislación. Muchos senadores destacados se opusieron también a Rulo y es posible que el nuevo cónsul creyera que era una buena oportunidad para congraciarse con ellos, que hasta el momento habían mostrado hacia él un entusiasmo, como mucho, tibio. En una serie de discursos al Senado y reuniones del pueblo en el foro, Cicerón atacó con ferocidad la propuesta de ley. Demonizó a los diez comisionados por sus extraordinarios poderes y los tildó de «reyes», y alegó que los misteriosos hombres que se sospechaba que estaban realmente detrás de la propuesta tenían motivos muy oscuros para apoyarla. Estas siniestras figuras -aunque nunca llegaron a ser nombrados, se suele dar por supuesto que se refería a Craso y probablemente a César- deseaban presentarse como rivales de Pompeyo. Al menos uno de los tribunos había roto ya el consenso y declaró que vetaría la propuesta. La retórica de Cicerón resultó victoriosa y la ley agraria fue abandonada.14

En los siguientes meses, César procesó a Cayo Calpurnio

Pisón, un ex cónsul que había regresado recientemente de su gobierno en la Galia Cisalpina. Entre los cargos de extorsión y mala administración estaba la acusación de que había ejecutado de forma injusta a un galo del valle del Po. Una vez más, César defendió la causa de los habitantes de aquella región, pero sin más éxito que en sus anteriores esfuerzos. La defensa que Cicerón hizo de Pisón, en la que la auctoritas de su actual cargo se unió a su formidable oratoria, resultó convincente. Sin embargo, el hecho de que César llevara el caso y, sin duda también la habilidad y el entusiasmo con los que persistió en sus argumentos, le granjearon la eterna enemistad de Pisón. Ese mismo año, más adelante, César representó a un cliente númida, un joven noble que estaba intentando afirmar su independencia del rey Hiempsal. El hijo del rey, juba, estuvo presente en las sesiones, que cada vez estaban más caldeadas. En un momento dado, César agarró a Juba por la barba. Es posible que se tratara de un gesto deliberado de un orador que busca explotar la latente xenofobia de la mayoría de los romanos, pero es muy probable que fuera un genuino ataque de ira. A pesar de las impecables maneras y la pose aristocrática de César -como huésped aceptaba con gentileza hasta la más humilde hospitalidad y criticaba a sus compañeros cuando se quejaban-, a lo largo de su vida fue proclive a perder los estribos de manera ocasional. Fuera cual fuera el motivo, la disputa se resolvió a favor del rey. César no abandonó a su cliente, sino que le mantuvo escondido en su casa hasta que pudo sacarlo de forma clandestina de Roma.15

En varias ocasiones durante el año 63 a.C., César estuvo asociado a uno de los tribunos del año, Tito Labieno.

Seguramente ambos hombres fueran viejos conocidos, ya que tenían más o menos la misma edad y habían servido en Cilicia y Asia bajo el mando de Servilio Isáurico en la década de los setenta antes de Cristo. Se cree que Labieno procedía de Piceno, una zona dominada por las fincas de la familia de Pompeyo, y es probable que existiera cierta relación entre ellos. Como tribuno, había aprobado un proyecto de ley que otorgaba honores extraordinarios a Pompeyo: el gran comandante obtuvo el derecho a exhibir la corona de laurel y la túnica púrpura de general triunfante siempre que fuera a los juegos y el traje de ceremonia completo si asistía a una carrera de carros. Se dice que César fue el instigador y principal partidario de estas medidas. Suetonio afirma asimismo que alentó la acción judicial interpuesta por Labieno contra Cayo Rabirio, un senador de edad bastante mediocre. Se le acusó del arcaico cargo de perduellio -parecido a la alta traición- y los denunciantes se remitieron a los hechos ocurridos poco después del nacimiento de César treinta y siete años antes: Rabirio había sido uno de los hombres que siguió a los cónsules en la masacre de los partidarios de Saturnino y Glaucia. El tío de Labieno estaba entre los asesinados. Una fuente muy tardía, y muy probablemente poco fidedigna, sostiene que Rabirio llegó a exhibir la cabeza de Saturnino en una cena celebrada poco después. La acusación bien podía haberle procesado por asesinar al tribuno, cuya persona era sacrosanta por ley, pero, dado que un esclavo recibió una recompensa por esa causa, su culpabilidad es extremadamente improbable. En el año el Senado había aprobado su decreto definitivo (el senatus consultum ultimum), en el que daba instrucciones a Mario y al otro cónsul de que protegiera la

República por cualquier medio que fuera necesario. No parece que César y Labieno cuestionaran el derecho del Senado para aprobar el decreto o de los magistrados de obedecerlo, pero mostraron su preocupación por la manera en la que debería llevarse a la práctica. Por lo visto, la creencia de que Mario había aceptado la rendición de los radicales, que, a continuación, fueron asesinados por una turba que se había subido al tejado de la Casa Senatorial, fue una de las cuestiones comentadas en el juicio. El senatus consultum ultimum otorgaba a los magistrados el poder para usar la fuerza contra los ciudadanos que estaban amenazando a la República, pero lo que no estaba tan claro era si esas personas perdían toda protección legal cuando se habían rendido y ya no podían hacer ningún daño.16

Muchos detalles del juicio son confusos, en especial en cuanto a los argumentos de la acusación, que conocemos principalmente por el discurso que pronunció Cicerón en defensa de Rabirio. En buena medida, lo mismo sucede con la reforma agraria de Rulo, que también es conocida en gran parte gracias a la retórica detallada y profundamente hostil de Cicerón. Todo el asunto era muy extraño, en primer lugar debido al enorme lapso de tiempo transcurrido: no parece que quedaran muchos testigos con vida, en especial considerando la gran pérdida de vidas sufrida por la élite romana durante la guerra civil. Tampoco había ningún procedimiento moderno para organizar un juicio por cargos de perduellio. Sila había establecido un tribunal permanente para tratar los casos de un delito similar, aunque menor, el de maiestas, que, en realidad, era un delito contra la majestad del pueblo romano, algo parecido a la idea que encontramos en algunos deportes

modernos de «deshonrar el juego». Sin embargo, César y Labieno eligieron deliberadamente el antiguo delito, cuya legislación se decía que se remontaba a más de quinientos años atrás, a la época de los reyes romanos. El arcaico procedimiento legal incluía la muerte por crucifixión, un castigo que ninguna otra ley imponía en los ciudadanos, y no parecía permitir el habitual exilio voluntario para los culpables. Una junta formada por dos jueces (duumviri) fue designada a suertes para juzgar el caso. César fue uno de ellos, y su primo lejano Lucio julio César, que había sido cónsul el año anterior, fue el otro. Aunque esta coincidencia resulta sospechosa en extremo, no hay ninguna razón en particular para suponer que existiera connivencia con el pretor que supervisó el proceso de selección y es posible que no fuera más que una casualidad.

Rabirio fue declarado culpable por ambos jueces y condenado a muerte. Se le permitió apelar al pueblo romano a través de la Comitia Centuriata. No sólo Cicerón, sino también el orador a quien había reemplazado en el puesto de mejor orador de Roma, Quinto Hortensio, defendía al anciano frente a Labieno. Es muy probable que fuera en esta ocasión cuando Cicerón pronunció el discurso que se publicaría en fecha posterior. En él subrayó que Saturnino había recibido su bien merecido castigo, señaló que Rabirio no era la persona que le había asesinado, aunque afirmó reiteradamente que desearía que su cliente pudiera presumir de haberlo hecho él. Atacó la crueldad inherente de recuperar una ley tanto tiempo olvidada y, como era bastante habitual en los tribunales romanos, desacreditó el nombre de Labieno, haciendo crípticas indirectas a su «bien conocida»

inmoralidad. Más justificada estaba la queja del cónsul de que le habían dado un tiempo inusualmente corto para hablar. Al parecer, sus esfuerzos no convencieron a los votantes que se habían reunido para la Comitia, a pesar de que se cree que la abierta hostilidad que César había mostrado como juez había despertado la compasión hacia el acusado. Pronto fue evidente que el voto condenaría a Rabirio, pero este asunto tan poco ortodoxo tuvo una conclusión apropiadamente extraña. Con una estructura proveniente del primer ejército romano, la Comitia Centuriata siempre se había reunido en el Campo de Marte, fuera de los límites oficiales de la ciudad. En aquellos días Roma seguía siendo pequeña y sus enemigos estaban cerca. Al reunirse para votar todos aquellos que estaban obligados a hacer el servicio militar, se dejaba de manera inevitable a la ciudad en un estado de vulnerabilidad ante un ataque sorpresa. Por tanto, para protegerse de esa amenaza, la costumbre era situar centinelas en la posición estratégica que garantizaba la colina Gianicolo. Siempre que esos hombres estaban en su sitio y mantenían la vigilancia, una bandera roja ondeaba en lo alto de la colina y la Comitia Centuriata podía ocuparse de sus asuntos. Si la bandera se arriaba, eso significaba que Roma estaba en peligro, y que sus ciudadanos debían disolver la asamblea y tomar las armas. La costumbre se mantuvo en la época de César y continuaría vigente durante siglos, pese a que su función hacía mucho que había quedado obsoleta. Antes de que la Comitia hubiera completado la votación sobre el destino de Rabirio, el pretor Quinto Cecilio Metelo Celer dio la orden de arriar la bandera. La asamblea se disolvió sin haber emitido veredicto alguno. Más tarde, nadie hizo ningún esfuerzo por reabrir el

juicio."

Ninguna fuente explica por qué Metelo actuó de ese modo. ¿Lo hizo para proteger a Rabirio o más bien para ayudar a Labieno y a César a acabar con todo el asunto sin desprestigiarse y sin tener que condenar y castigar a un senador anciano y poco importante? A juzgar por la rapidez con la que abandonaron el caso más tarde, su principal objetivo no fue nunca condenarle. Habían cuestionado el hecho de que el senatus consultum ultimum anulara todas las demás leyes y los derechos de los ciudadanos, pero no proporcionaron ninguna respuesta o modificaron la ley de ninguna manera. En términos prácticos, es posible que lo máximo que lograran fuera introducir una nota de precaución en las actividades de cualquier futuro magistrado que actuara en respuesta a ese decreto. En lo personal, el juicio fue un éxito tanto para Labieno como para César. Lo más probable es que la Comitia que se reunió para juzgar el caso de Rabirio estuviera atestada de partidarios suyos y de aquellos a quienes había conmocionado el caso y la cuestión en general, con lo que es probable que no tuviera una composición típica. Muchos ciudadanos no tenían ni el tiempo, ni el interés, ni la oportunidad de asistir. De hecho, habría sido fisicamente imposible que cupieran todos los que cumplían los requisitos en el emplazamiento donde se reunía la Comitia Centuriata. Con todo, esa asamblea más que ninguna otra favorecía a los más acomodados. El hecho de que estuvieran tan dispuestos a condenar a Rabirio indica que muchos de esos ciudadanos simpatizaban con la acusación. Una vez más, César se aseguraba de ocupar un papel destacado en la vida pública y se asociaba a causas populares. Su popularidad quedó

demostrada más tarde en ese mismo año cuando otra reunión de la Comitia Centuriata le eligió pretor para el año 62 a.C., un cargo para el que era elegible por primera vez.

La pretura era un cargo importante que traía consigo la seguridad de recibir un mando provincial tras un año en el cargo siempre que se deseara ese puesto. La competencia era feroz y más de la mitad de los cuestores nunca llegarían a obtener un cargo superior. Sin embargo, tal y como salieron las cosas, este éxito fue mucho menos drástico que otra victoria electoral que César obtuvo durante los últimos meses del año El puesto de Pontifex Maximus, jefe del colegio de quince pontífices de los cuales él era miembro, quedó vacante tras la muerte de su titular del momento, Quinto Cecilio Metelo Pío, otro representante de la prolífica familia de los Metelos, cuya ya considerable preeminencia se había incrementado después de apoyar a Sila. El dictador había puesto la selección de los elegidos para este y otros sacerdocios superiores en manos del Senado. No obstante, en algún momento del año Labieno había aprobado un proyecto de ley que recuperaba la antigua práctica de nombramiento por votación popular. Una asamblea tribal reducida, con diecisiete tribus elegidas en vez de las treinta y cinco, asumió esta tarea. No está claro cuándo se aprobó esta ley o si la muerte de Metelo se anticipó o la legislación se aceleró en el periodo que siguió a su muerte. Debían transcurrir tres días de mercado, lo que en la práctica significaba veinticuatro días en total, antes de la publicación del proyecto de ley y su votación en una asamblea. César habló a favor del proyecto y, poco después de que se convirtiera en ley, anunció su candidatura.`

El Pontifex Maximus era un cargo de inmenso prestigio (desde muchos puntos de vista era el sacerdocio más importante de Roma), por lo que era codiciado por muchos de los próceres de la República. Catulo se presentó al puesto, así como Publio Servilio Isáurico, el antiguo comandante de César en Cilicia. Ambos tenían más edad y contaban con muchas más distinciones que César en términos de cargos y honores acumulados y, si el nombramiento hubiera dependido aún del Senado, es prácticamente seguro que habría sido elegido Catulo. En una elección, el resultado era mucho menos predecible, porque los votantes recordaban el generoso gasto de César como edil y su constante apoyo de causas populares. Al parecer, también había sido muy espléndido en sus gastos durante la campaña, haciendo regalos y favores para conquistar a los hombres clave de cada tribu. Sus rivales hacían lo mismo y en cierto modo el hecho de depender del voto de sólo diecisiete tribus en vez del voto de la asamblea completa facilitaba el empleo de sobornos. A medida que progresó la campaña, Catulo se preocupó mucho al constatar que el advenedizo César se había convertido en un serio competidor.A pesar de lo importante que era su auctoritas, indudablemente se vería mermada por una derrota electoral, en especial una infligida por un hombre mucho más joven que él. Sabiendo que las deudas de César eran enormes aun antes de que la campaña hubiera comenzado, Catulo le escribió ofreciéndole una considerable suma de dinero a condición de que se retirara de la pugna por el sacerdocio. César lo interpretó como un signo de debilidad y, de inmediato, pidió nuevos préstamos para invertir fondos en captar los votos de las tribus. Era una apuesta desesperada.

Sus acreedores confiaban en sus posibilidades para el futuro, sobre todo en los cargos superiores y las oportunidades de beneficiarse que brindaban esos puestos. En sí mismo, el cargo de Pontifex Maximus no implicaba ninguna recompensa financiera, pero César no podía permitirse un fracaso electoral. Si ya no conseguía conquistar a los votantes, empezaría a parecerle un riesgo muy poco rentable a sus acreedores, que podrían presionarle para que liquidara sus deudas antes de que su fortuna se malograra por completo y quedara absolutamente arruinado. Cuando llegó el día de las elecciones no hay documentos que recojan cuándo se produjo, pero se conjetura que tuvo lugar a finales del año César sabía que para él el resultado no decidiría solamente si había o no había conseguido el puesto. Aurelia estaba allí y lo besó al marcharse antes de que él saliera. En ese momento, César le dijo que o bien volvía a casa como Pontifcx Maximus o no volvería. Esta es una de las raras menciones que hace de Aurelia en aquellos años, pero de nuevo demuestra el papel esencial que desempeñaba en la vida de su hijo. Es digno de mención el hecho de que, en la historia, vemos a César hablándole así a su madre en vez de a su esposa Pompeya o a alguna de sus amantes. Aunque no podemos estar completamente seguros, parece que Aurelia vivía en la casa de su hijo. Tal vez en cierto modo ella simbolizaba la deuda que César tenía con su familia, haciendo que todos sus éxitos fueran no sólo significativos para él, sino también una manera de restablecer la importancia y estatus de la familia. La competición por el sacerdocio era una lotería y el precio del fracaso era muy serio, desde luego suficiente para retrasar su carrera pública y posiblemente para acabar con ella. Sin

embargo, antes de entrar en el juego, César había hecho todo lo posible para potenciar sus posibilidades de éxito. Echarse atrás ante un desafio, como Catulo había tratado de persuadirle de que hiciera, era algo contrario a los instintos de César, porque era jugador por naturaleza, aunque nunca jugaba a la desesperada. Al gastar más todavía, arriesgaba mucho más, pero también había considerado que sus perspectivas de éxito eran buenas y, así, el riesgo estaba justificado. El fracaso era una posibilidad real, pero, al parecer, César había calculado que sus probabilidades de ganar eran buenas.Teniendo en cuenta la hostilidad que Catulo le había mostrado en el pasado, la última vez tras la reposición de los trofeos de Mario, su oferta sugería que su principal rival había llegado a la misma conclusión.`

Al final César resultó vencedor. Plutarco describe unas votaciones muy reñidas, pero Suetonio sugiere que la victoria fue arrolladora y que en las propias tribus de Catulo y Servilio hubo más votos a favor de César que las que sus rivales recibieron en toda la asamblea. Fue un gran triunfo para él, en especial por haber vencido a rivales tan poderosos. Como Pontifex Maximus asumiría un papel central en numerosos aspectos de la religión y los rituales públicos. No estaría al mando de los demás pontífices, ya que una mayoría del resto de miembros del colegio podía invalidar las decisiones del Pontifex Maximus, pero, en cualquier caso, su prestigio y auctoritas eran inmensos.Asimismo, a diferencia de lo que ocurría con el puesto de Flamen Dialis, no había ningún tipo de restricción que obstaculizara la carrera política y militar. Físicamente, su victoria acarreaba un cambio importante, porque el cargo venía acompañado de una casa, la domus

publica, junto a la Vía Sacra. César se había trasladado desde la relativa oscuridad de la Subura a un lugar próximo al corazón de la República. La domus publica estaba situada en el extremo oriental del Foro y lindaba con el Templo de Vesta y la Regia, donde se guardaban los registros y textos de los pontífices y donde se reunían estos como colegio. El nombre Regia o «palacio» sugiere una conexión con la monarquía romana, y las excavaciones han demostrado que realmente había existido un edificio en esa localización desde un periodo muy temprano y que, a grandes rasgos, las fases y reconstrucciones subsiguientes se ajustaban al mismo e inusual diseño. Hay un acalorado debate sobre la precisa naturaleza de los primeros edificios y si realmente sirvieron como residencia real o palacio, pero no es un tema que nos ataña. En los últimos años de la República la domas publica y la Regia fueron santificadas por su gran antigüedad y asociación con lo sagrado.`

La lucha por el sacerdocio fue crítica para César, pero, a pesar del sorprendente resultado, su importancia era mucho menor que la de las elecciones consulares. Catilina volvía a ser candidato, así como también el marido de Servilla, Décimo junio Silano. Este era el segundo intento de Silano, a quien, unos cuantos años antes, Cicerón había tildado de insignificante. Como cónsul, Cicerón estaba ahora a cargo de la supervisión de las elecciones. Alentado por uno de los otros candidatos, había elaborado y garantizado la aprobación de una nueva ley, aún más dura, contra el cohecho electoral, que ahora estaba penado con diez años de exilio. No obstante, no logró frenar la corrupción, ya endémica, que tal vez iniciara Catilina, pero que pronto fue imitada por el resto de

candidatos. Catón anunció que procesaría a cualquiera que ganara las elecciones, basándose en que nadie podría haber vencido de manera honesta en esa pugna. Sin embargo, hizo una excepción por su cuñado Silano. Pese a que este favoritismo puede parecer hipócrita desde una perspectiva actual, la aristocracia romana daba una importancia inmensa a los vínculos familiares y lo comprendió perfectamente. Catilina estaba de capa caída, desesperado, y se presentó como defensor de los pobres, cuyas dificultades podía entender muy bien debido a su propia pobreza. Hablaba abiertamente de la dominación de la República a manos de una camarilla de individuos indignos y vulgares que miraban sólo por su propio interés. Cuando el cónsul le desafió en el Senado, habló de las dos Repúblicas: la gran mayoría de la población eran un cuerpo poderoso sin una cabeza que les guiara, mientras que sus oponentes eran una cabeza sin un cuerpo, ya que no contaban con un apoyo realmente sustancial. Declaró que se convertiría en esa cabeza que la mayoría de la población necesitaba con tanta urgencia. Era evidente que tenía muchos partidarios y sus agentes trabajaban con especial ahínco en las zonas rurales, pues parece que poco a poco había ido perdiendo la amistad de numerosas personalidades que con anterioridad le habían apoyado en los tribunales. Probablemente, Craso y César mantuvieron su apoyo a lo largo de toda la campaña. Cicerón pospuso las elecciones una vez, y cuando por fin se celebraron en los últimos días de septiembre, llegó acompañado de una escolta de équites que le había asignado el Senado. También se aseguró de que todo el mundo se percatara de que llevaba un peto «escondido» bajo la toga. Los candidatos victoriosos

fueron Silano y Lucio Licinio Murena, que había sido uno de los subordinados superiores de Lúculo en la guerra contra Mitrídates."

Obviamente, Catilina había considerado emplear la fuerza incluso antes de las elecciones, pero lo más seguro es que tuviera esperanzas de ganar con los medios convencionales. Su derrota no le dejó más opción que enfrentarse a la desaparición política y al exilio, dado que, al igual que César, sus deudas eran enormes y muchas vencían el 13 de noviembre, lo que le dejaría en la ruina. Su caso era muy distinto del de César, ya que sus posibilidades de éxito eran remotas, y parece que no estaba seguro de cómo pondría su plan en práctica. Había enviado a uno de sus seguidores, Cayo Manlio, a reunir un ejército en Etruria, mientras él mismo permanecía en Roma, asistiendo al Senado como si nada hubiera pasado. Manlio era un antiguo centurión que había servido con Sila, pero había perdido la fortuna que acumuló en la guerra civil desde la época de la dictadura. Al parecer, era un hombre capaz, pero no pertenecía a la clase senatorial y, por tanto, nunca podría ser más que un subordinado. Catilina contaba con varios seguidores aristocráticos, pero estos se caracterizaban principalmente por sus dudosas reputaciones y notoria falta de habilidad. Había muchas personas a quienes les costaba tomar en serio a esos incompetentes y esto, unido a la continuada presencia de Catilina en Roma, contribuyó a despertar la incertidumbre en el Senado. Había rumores de conspiraciones y rebelión, pero hasta la fecha no había sucedido nada que sugiriera que tuvieran ningún fundamento. Cicerón estaba mejor informado, ya que había creado una red de espías para

observar a los conspiradores. Una de las fuentes principales era Quinto Curión, que había alardeado de los planes en un esfuerzo por impresionar a su amante, Fulvia. Fulvia pertenecía a una familia aristocrática y estaba casada con un senador, y Cicerón logró persuadirla de que convenciera a su amante de que traicionara al resto de conspiradores. En consecuencia, el cónsul estaba bastante al tanto de lo que estaba pasando y consiguió protegerse de un intento de asesinato. La capacidad para frustrar los planes de los conspiradores estaba muy bien, pero no permitía al cónsul ponerse en pie en el Senado y demostrar públicamente que había un complot en marcha. Hasta la fecha, en realidad no habían hecho nada para justificar que actuara contra ellos. Es evidente que Catilina estaba aprovechándose de esa incertidumbre, pero es posible que todavía no hubiera decidido cuándo y cómo actuar.'

La noche del 18 de octubre, Craso y unos cuantos senadores más recibieron cartas anónimas advirtiéndoles de que debían huir porque el día 28 tendría lugar una masacre de hombres importantes. Inmediatamente llevaron las cartas ante Cicerón, que hizo que fueran leídas ante el Senado. Nuevos informes sobre las actividades de Manlio en Etruria alcanzaron la ciudad, y el 21, Cicerón llevó esta información ante el Senado, que aprobó el senatus consultum ultimum.Afirmó que el ejército rebelde declararía la guerra abierta el 27 de octubre, lo que sucedió, aunque no la prometida masacre. Diversas tropas, incluidos varios ejércitos que habían es tado esperando a las afueras de Roma hasta que sus comandantes obtuvieron permiso para celebrar sus triunfos, fueron enviados a enfrentarse a los rebeldes. El 8 de

noviembre, el Senado se reunió una vez más y Cicerón arengó a Catilina a la cara, acusándole de delitos pasados y declarando que conocía a la perfección sus actuales planes.Aunque en aquel momento le devolvió la invectiva, acusando al cónsul de ser un «extranjero naturalizado» con todo el desprecio que un patricio podía mostrar por un «hombre nuevo», esta reunión le movió finalmente a actuar. Abandonó Roma esa misma noche, alegando que se exiliaba de forma voluntaria para ahorrarle a la República esos conflictos internos. En una carta enviada a Catulo, se lamentó de las injusticias que habían cometido contra él sus enemigos y de cómo le habían arrebatado las merecidas recompensas por sus esfuerzos y habilidades. De un modo muy romano, encomendó a su esposa e hija a la protección de Catulo. Pronto se descubrió que, en realidad, Catilina no había huido al extranjero, sino que se había unido a Manlio y su ejército. Ambos fueron declarados enemigos públicos. Dejó tras de sí varios seguidores en Roma que comenzaron a negociar con algunos embajadores de los alóbroges, un pueblo galo que había acudido a la ciudad para quejarse de su desesperada situación. Los conspiradores esperaban poder persuadir a la tribu de que se rebelaran y abrieran un segundo frente para distraer a las fuerzas leales al Senado, pero lo que hicieron los galos fue presentarse ante Cicerón y traicionarlos. Capturaron a uno de los conspiradores cuando los alóbroges lo dirigieron hasta una emboscada y las otras cuatro figuras clave fueron arrestadas poco tiempo después. Al enfrentarse a las pruebas condenatorias, las declaraciones iniciales de inocencia fueron reemplazadas rápidamente por confesiones de culpabilidad. Ahora era cuestión de decidir qué iban a hacer con ellos.‘3

VII

ESCÁNDALO

Nuestra República, conciudadanos, la vida de todos nosotros, vuestras riquezas, vuestros intereses, vuestras esposas e hijos y esta ciudad, tan próspera e ilustre, metrópoli del más brillante imperio; todo ello podéislo ver completamente a salvo del fuego y de la cuchilla -si no es que de las mismas fauces de la muerte- gracias al gran favor que plugo a los dioses inmortales otorgaros, así como al esfuerzo, a la previsión y al riesgo de mi propia persona.

CICERÓN, 3 de diciembre, 63 a.C.[1]

Muchos consideraron que la actitud de César a lo largo de esos meses había sido profundamente ambigua. Junto con Craso, había apoyado la candidatura de Catilina. Es probable que conociera muy bien a Catilina, pero la verdad es que el mundo de la aristocracia romana era tan pequeño que la mayoría de los senadores se conocían entre sí. Aunque los discursos de Cicerón a partir del año describen a Catilina como un monstruo irredimible, no siempre había pensado tan mal de él. Sólo en el año 65 a.C. había considerado defenderle ante los tribunales, con la esperanza de que «si sale absuelto, se acercará más a nosotros en el asunto de mi candidatura» para el consulado del año 63 a.C.2 César había insistido en apoyar abiertamente a Catilina mucho más tiempo y, como hemos comentado, las similitudes entre ellos eran asombrosas. Ambos se inclinaban a defender las causas populares y les gustaba ser relacionados con Mario. Cuando

llegó a donde aguardaba el ejército de Manlio, Catilina desfiló con un águila que había sido uno de los estandartes de las legiones de Mario. También podía parecer probable que César se uniera a una conspiración de deudores, porque su estilo de vida era similar desde muchos puntos de vista. Cuando Cicerón se dirigió a la multitud en el Foro, des cribió a muchos de los conspiradores como: «No son otros que esos mismos que con vuestros propios ojos soléis ver pasar con su cabellera escrupulosamente aderezada, todos resplandecientes, luciendo por atavío, no nuestra usual toga, sino esas túnicas suyas adicionadas con mangas y hasta el tobillo de largas y sobre las cuales llevan, por añadidura, transparentes mantos».3

Esta imagen casi podría ser un retrato exagerado del mismo César, que, muy posiblemente, había establecido la moda de llevar manga larga y cuya túnica con cinturón suelto era bastante larga.Años más tarde, Cicerón empezó a sospechar de todo lo que hacía César, pero incluso entonces se cree que dijo: veo su cabellera dispuesta con tanto esmero y a él rascándose la cabeza con un solo dedo, ya no me parece que este hombre haya podido concebir en su mente un crimen de tal magnitud como el aniquilamiento de la constitución romana».4 Como muchos de los conspiradores, César era un dandi, un hombre cuyas proezas sexuales y deudas masivas eran igualmente famosas, pero, a diferencia de ellos, también gozaba de un gran éxito. Había obtenido cada uno de los cargos que constituían el cursas en cuanto cumplió con los requisitos necesarios y acababa de cosechar un triunfo espectacular en la competición por el puesto de Pontifex Maximus. César no necesitaba la revolución, lo cual no

significa que no se hubiera unido a los rebeldes si hubiera pensado que tendrían éxito.

Craso se encontraba en una posición similar, porque había apoyado sin reservas a Catilina en las elecciones. Probablemente, como César, Craso se habría asegurado de estar en el bando vencedor, fuera el que fuera, pero dada la incertidumbre de la situación, era una época incómoda para cualquiera que fuera sospechoso de estar implicado en la conspiración. Aunque era evidente que sus agentes estaban formando un ejército, Catilina permaneció en Roma. Cuando se hubo marchado, se supo que otros conspiradores se habían quedado en la ciudad para causar daños. Considerando que el cónsul anunciaba casi a diario que había descubierto nuevos planes de asesinato e incendios, no es de extrañar que los senadores miraran a muchos de sus colegas con desconfianza. Tanto César como Craso tenían que prestar especial atención a su comportamiento, por lo que Craso llevó de inmediato a Cicerón la carta anónima que había recibido. Aun así, tras el arresto de los conspiradores, se presentó un informador ante el Senado diciendo que había sido enviado por Craso con un mensaje a Catilina en el que le conminaba a no preocuparse por las detenciones y a continuar con su empresa. Según Salustio:

> Pero cuando Tarquinio nombró a Craso, hombre de la nobleza, con enormes riquezas y extraordinaria influencia, juzgando los unos que era cosa increíble, los otros, aunque estimaban que era verdad, considerando que más valía en semejantes circunstancias aplacar a un hombre tan poderoso que provocarlo, dependiendo la mayoría de Craso por asuntos privados, gritan a coro que el testigo es

Se celebró una votación en la que el resultado estableció que la acusación era falsa y se puso al informador en custodia, pendiente de investigación. El historiador Salustio dice que él mismo oyó más tarde que Craso decía que el informador había actuado siguiendo instrucciones de Cicerón, que quería forzarle a abrir una brecha con Catilina y los rebeldes en vez de seguir nadando entre dos aguas. Sin duda, todo el incidente parece haber empeorado las relaciones, ya endebles, entre ambos hombres.'

Cicerón estuvo sometido a mucha presión en esas semanas. Incluso en aquel momento era consciente de que aquella sería su mejor época, el momento en el que el «nuevo hombre» de Arpino salvara la República. A lo largo de su vida disfrutaría relatando una y otra vez su magnífica victoria, pero no fue un triunfo fácil de obtener. Desde el principio había resultado difícil convencer a todos los senadores de que la amenaza de la rebelión era real, sobre todo porque, durante mucho tiempo, había pocos datos y cifras sobre las que pudiera informar abiertamente. Más adelante, el arresto e interrogación de los conspiradores jefe en Roma convencieron a todo el Senado de que la amenaza era real y seria.Ahora la cuestión era cómo atajarla, pero Cicerón se encontró con el problema de que a su mandato como cónsul sólo le quedaban unas cuantas semanas. Como cualquier magistrado romano, estaba deseando garantizar que la principal amenaza fuera derrotada en aquel momento, tanto para estar seguro de que se hacía como es debido como porque aspiraba a hacerse con el mérito por este logro. Resultó tremendamente inoportuno cuando Catón cumplió su promesa y procesó a Murena, cónsul electo para el año 62 a.C. Era evidente que Murena

era culpable de cohecho en las elecciones, pero Catón estaba haciendo gala de su característico don para la inoportunidad. En tiempos de crisis, habría sido obviamente peligroso retirar a uno de los dos magistrados superiores que debía empezar a guiar a la República en unas pocas semanas. Por ello, Cicerón sacó tiempo para defender a Murena, haciendo hincapié en la terrible amenaza a la que se enfrentaba el Estado y el valioso servicio que su cliente, un experimentado hombre de armas, podía realizar para una República en peligro. Su discurso fue publicado más tarde y aunque en la época se decía que la fatiga había mermado la perfección de su expresión habitual, Murena fue absuelto. Haciendo caso omiso de los cargos, se burló de los motivos de la acusación, describiendo a Catón como un ingenuo idealista, que intentaba imponer principios filosóficos poco prácticos en el mundo real. Se cree que Catón respondió, sonriéndose: «¡Ciudadanos, qué cónsul tan decidor tenemos!». Cicerón siempre prefería hablar en último lugar después de los demás abogados de la defensa, que en este caso eran Hortensio y Craso. Era un indicativo de la compleja red de obligaciones y amistades de la política romana que Craso y Cicerón se encontraran trabajando juntos en los tribunales en esta y otras ocasiones. A ambos les gustaba llevar la defensa, para ganarse así la gratitud del cliente, su familia y sus colaboradores más estrechos.'

Este juicio se había transformado en una carga añadida a las muchas obligaciones del cónsul en esas desesperadas semanas. Poco después de la acusación contra Craso, hubo un intento de persuadir a Cicerón de que implicara a César en la conspiración. Las personas que promovieron ese intento fueron Catulo, todavía indignado por su derrota en la pugna

por el sacerdocio superior, y Cayo Calpurnio Pisón, a quien César había procesado sin éxito a principios de año. Cicerón se negó a secundar su propuesta. Puede que sencillamente no les creyera, porque es probable que conociera a César bastante bien, ya que le había visto a menudo en la década de los setenta antes de Cristo, cuando tenía amistad con los hermanos Cota. O bien puede que fuera una cuestión de interés personal, al considerar que era peligroso acorralar a un hombre como César y forzarle a unirse a los revolucionarios. Más tarde, en una obra que se publicó cuando Craso y César ya habían muerto, Cicerón había escrito que ambos habían estado involucrados en la conspiración de Catilina, pero no es posible saber si eso era lo que creía en su momento o si tenía razón. Durante los últimos meses del año decidió que confiaría de manera patente en la lealtad de ambos hombres hacia la República, fuera cual fuera su opinión personal. Tras interrogar a los cinco conspiradores principales en el Senado, cada uno de ellos quedó a cargo de un importante senador que le tendría bajo custodia hasta que el Senado hubiera decidido cuál sería su destino. Craso y César fueron dos de los senadores elegidos para llevar a cabo esa tarea, porque Cicerón quería demostrar así su fe en ellos, pero esto no impidió que Pisón y Catulo siguieron propagando rumores sobre su enemigo personal, César.'

Los cautivos eran un grupo variopinto. Dos de ellos, Publio Cornelio Léntulo Sura y Cayo Cornelio Cetego, habían sido dos de los sesenta y cuatro senadores expulsados del Senado por los censores en el año 70 a.C. Léntulo había sido cónsul en el año y había ido reconstruyendo su carrera pública firme y regularmente después de su expulsión. En el año 63 a.C.

había obtenido la pretura por segunda vez, pero se le despojó del puesto tras su detención. No fue el único que volvió a abrirse camino hacia la fama presentándose a unas nuevas elecciones. El otro cónsul elegido junto con Cicerón, Antonio, también había sido expulsado por los mismos censores, así como Curión, a quien su amante, Fulvia, había convencido para que actuara como informante (véase página 171). Léntulo creía firmemente en su destino, y citaba una y otra vez una profecía que proclamaba que los tres Cornelios dominarían Roma: Sila, Cinna y él mismo. Su esposa era una Julia, hermana de Lucio julio César, que había sido cónsul en el año 64 a.C. El hijo que había tenido de un matrimonio anterior y que entonces tendría unos diez años de edad era Marco Antonio. Durante el alzamiento, Catilina se negó a contratar esclavos, prefirió utilizar sólo ciudadanos. Léntulo no sólo expresó su opinión contra esa decisión, sino que lo hizo por escrito, en una carta que fue posteriormente confiscada y leída en voz alta ante el Senado. Todos los conspiradores parecían haberse esforzado para incriminarse. La mayoría se enfrentó al interrogatorio negando sin más haber participado -Cetego sostuvo que el enorme alijo de armas descubierto en su casa era sólo su colección de antigüedades militares-, pero pronto se derrumbó cuando le mostraron varias cartas condenatorias selladas con su propio sello y escritas de su puño y letra. Su culpabilidad se estableció de modo firme cuando se les hizo comparecer ante el Senado el 3 de diciembre. Dos días después, en día 5, el Senado se reunió de nuevo para decidir sobre su destino.'

EL GRAN DEBATE

El Senado se congregó en el Templo de la Concordia en

vez de en la Casa del Senado. Esto no era inusual, porque el Senado se reunía en diversos templos aparte de en la misma Curia. Es posible que la elección de la deidad Concordia pareciera especialmente apropiada, o incluso irónica, en las circunstancias, pero puede que se debiera a su posición en la orilla occidental del Foro, cerca de la cuesta de la colina Capitolina. Esta área era más fácil de defender gracias a la gran cantidad de hombres armados, muchos de ellos jóvenes ecuestres, que asistían al cónsul y adoptaban posiciones para proteger la reunión. Se cree que Cicerón, como magistrado presidente, comenzó la sesión con una oración formal antes de dirigirse al Senado y pedirle que decidiera qué debía hacerse con los prisioneros. En el pasado, los cónsules que actuaban bajo el senatus consultuni ultimum habían tomado la decisión de ejecutar a aquellos que consideraban enemigos de la República sin consultar al Senado. Sin embargo, en general, esos asesinatos habían sucedido en el calor de la batalla, cuando se podía pensar que los «rebeldes» constituían una amenaza real. Los cinco conspiradores ya estaban bajo custodia, a diferencia de las anteriores ocasiones en las que se había aprobado el decreto. Se rumoreaba que Cetego había tratado de comunicarse con sus esclavos y de organizar una banda armada para liberar a los prisioneros, pero ni siquiera eso podía presentarse como un linchamiento en un momento de exaltación. Hacía poco que el juicio de Rabirio había cuestionado exactamente qué acciones estarían justificadas por el decreto supremo, y es posible que eso aumentara la prudencia de Cicerón. El Senado no era un tribunal, pero si sus miembros aprobaban por un claro consenso un curso de acción, la actuación del cónsul ganaría en fuerza moral.

Cicerón declaró que estaba dispuesto a aceptar la decisión del Senado, fuera la que fuera, pero es evidente que pensaba que los prisioneros merecían morir y que su ejecución era necesaria. No había un turno fijo de palabra en el Senado, pero existía una jerarquía en el sentido de que era habitual convocar primero a los cónsules, luego a los pretores y a continuación a los magistrados inferiores. El orden en el que hablarían los miembros de cada grupo era decidido por el magistrado presidente, que les llamaba por su nombre. Los miembros de menor rango del Senado, en especial aquellos que nunca habían ocupado una ma gistratura, eran invitados a hablar sólo en contadas ocasiones. No obstante, todos los senadores presentes podían votar y, algo único en los sistemas de votación romanos, cada uno de los votos tenía la misma importancia. Cuando llegaba el momento de votar, los senadores se dirigían hacia lados opuestos de la Casa para dar a entender que estaban aprobando o rechazando la moción. Durante un debate, era habitual que aquellos que apoyaban a un orador cambiaran de sitio y se sentaran a su lado. Los diputados, que raramente hablaban, pero que podían votar, a veces eran llamados pedarü, que se podría traducir como «caminantes». En la reunión del 8 de noviembre, había sido muy evidente que, cuando Catilina había tomado asiento, los senadores se habían alejado de él enseguida, dejándole física y políticamente aislado.`

El 5 de diciembre, Cicerón comenzó el debate llamando al marido de Servilia, Silano, para que diera su opinión. Era habitual buscar la opinión de los cónsules electos antes que la de los ex cónsules o «consulares», puesto que esos hombres tal vez tuvieran que aplicar las medidas decididas por el Senado.

Silano declaró que los prisioneros deberían sufrir «el castigo supremo», lo que se interpretó -y era claramente lo que quería- como una ejecución. La siguiente persona que fue llamada, Murena, coincidió con Silano, al igual que todos los demás catorce ex cónsules que estuvieron presentes aquel día. La ausencia de Craso llamó la atención, un gesto que confirmaba la ambigüedad de su comportamiento. César, por el contrario, estuvo allí y expresó con audacia su opinión cuando le llamaron como pretor electo. Hasta ese momento, todos los oradores habían optado por la pena de muerte, y los murmullos -tal vez gritos, ya que no sabemos si las reuniones del Senado eran escandalosas o dignas y reposadas- de aprobación del resto de la Curia sugerían que esa era básicamente la opinión de todos. Es probable que se esperara que César, después de las dudas que se habían expresado sobre él en los últimos días, asintiera con vigor como prueba de su lealtad a la República. No obstante, no mucho tiempo antes había atacado a Rabirio por el asesinato ilegal de ciudadanos romanos y a lo largo de su carrera había defendido causas populares, criticando el uso arbitrario del poder por parte del Senado o los magistrados. Habría sido inconsecuente expresar ahora una opinión contraria, pero es poco probable que César llegara siquiera a considerar esa posibilidad. Desde los días en los que desafió a Sila nunca le había impor tado defender solo una posición. La aristocracia celebraba a aquellos hombres que habían persuadido al Senado de que cambiaran de opinión por sí solos. Uno de los más famosos había sido Apio Claudio el Ciego en 278 a.C., quien supuestamente había convencido al Senado de que no negociara con el victorioso Pirro, y que debían seguir

luchando. Cuando se trataba de elegir entre mezclarse con la multitud y adoptar un papel destacado, César siempre elegía esta última opción. En este caso también es muy posible que se tratara de una cuestión de conciencia y de auténtico convencimiento. Obtener fama y hacer lo que consideraba correcto eran opciones que no se excluían mutuamente."

El texto del discurso de César no ha sobrevivido, pero Salustio brinda una versión que parece reflejar los argumentos principales, pese a hacerlo en su propio estilo y probablemente con mucha mayor brevedad. Al igual que sucede con cualquier discurso escrito, ahora resulta dificil evocar todo el impacto del orador pronunciando esas palabras ante un público. César fue elogiado por sus gestos, la elegancia y contundencia de su actitud y su porte, y los tonos de su voz, levemente aguda. En la versión de Salustio la gran actuación comenzó con las siguientes palabras:

> Los hombres, padres conscriptos, cuando deliberan sobre asuntos espinosos, deben estar libres todos de odio, amistad, cólera y compasión. El espíritu no discierne fácilmente la verdad cuando andan por medio estas pasiones, y nadie puede servir al mismo tiempo sus impulsos y su interés. Cuando haces uso de tu inteligencia, esta predomina; si se apoderan de nosotros los impulsos, mandan estos y el espíritu para nada cuenta.12

Durante el discurso se mostró calmado, amable y razonable a la vez, y se burló con delicadeza de los anteriores oradores que habían intentado superarse los unos a los otros con gráficas descripciones de la matanza, violación y pillaje que habían seguido a la victoria de Catilina. No se vio ni rastro del hombre airado que había agarrado a juba por la barba. La

culpabilidad de los acusados no se cuestionaba, y no había castigo demasiado duro para ellos; sin embargo, volviendo al tema con el que abrió el discurso, la posición del Senado era demasiado responsable para permitir que sus miembros cedieran a sus emociones. Debían decidir qué era lo mejor para el futuro de la República, sabiendo que sentarían un prece dente. César tuvo el cuidado de rendir homenaje a Cicerón declarando que nadie podría ni imaginar que el cónsul actual pudiera abusar de su posición. Lo que no podían garantizar era que todos los futuros magistrados fueran siempre tan mesurados. Les recordó cómo las proscripciones de Sila habían empezado con las muertes de unos cuantos hombres que todos consideraban culpables. La matanza se había convertido rápidamente en un espantoso baño de sangre en el que las víctimas eran asesinadas para que los ejecutores pudieran quedarse con «una casa o una villa».13

Para César, la pena de muerte no era romana (aunque, por supuesto, el reciente juicio por perduellio, con su arcaico procedimiento, había estado a punto de emplearla). Con amabilidad, reprendió a Silano, alabando su patriotismo, pero sugirió que se había dejado llevar por la enormidad de los crímenes de los prisioneros. En circunstancias normales, a los ciudadanos romanos -al menos a los ciudadanos más acaudalados- siempre se les permitía exiliarse si eran encontrados culpables de un delito grave, lo que en la práctica convertía la pena de muerte en un castigo teórico. César se preguntó por qué Silano no había sugerido que los acusados fueran azotados antes de su ejecución, y respondió a su propia pregunta diciendo que, por supuesto, algo así era ilegal. Elogió la sabiduría de sus antepasados, las pasadas

generaciones de senadores que habían eliminado sistemáticamente la pena de muerte y otros castigos brutales para los ciudadanos. En cualquier caso, la muerte era «el descanso de los sufrimientos y no un tormento, que ella acaba con todos los males de los hombres y que después no hay lugar ni para los problemas ni para el disfrute».14 La solución de César era diferente. Es evidente que habría sido absurdo dejar libres a los hombres para que pudieran unirse a Catilina. Roma no contaba con una auténtica prisión para albergar prisioneros durante largos periodos de tiempo, ya que la violación de la mayoría de las leyes implicaba o bien multas o bien el exilio. César propuso que los prisioneros fueran entregados a distintos pueblos italianos, que estarían obligados a mantenerlos en cautividad el resto de sus vidas. Aquel pueblo que fracasara en su tarea tendría que pagar una elevada multa. Las propiedades de los acusados serían consfiscadas por el Estado, lo que en la práctica impedía que sus hijos accedieran a la vida pública y buscaran venganza.También se decretaría que ni el Senado ni el pueblo pudieran considerar jamás la posibilidad de que se solicitara la vuelta de los conspiradores, tal como hizo César al hacer campaña por el regreso de los partidarios de Lépido. En opinión de César, esa pena era más dura que la muerte, pues haría que los conspiradores vivieran con las consecuencias de sus crímenes.`

Durante el discurso, César apeló al ejemplo de las pasadas generaciones, un recurso habitual porque la aristocracia romana sentía gran reverencia por sus antepasados y, por ejemplo, los niños escuchaban desde su más temprana edad historias sobre sus grandes hazañas en nombre de la

República. Sin embargo, su propuesta era radical e innovadora a la vez. Nunca antes se había mantenido en permanente cautividad a ningún ciudadano romano, de ahí la necesidad de crear un nuevo método para hacerlo. Aunque estipuló que debería ser ilegal que alguien buscara liberar o restaurar en su posición a los condenados, se cuestionaba la posibilidad de que esa disposición pudiera hacerse cumplir. Los Gracos y otros tribunos habían afirmado repetidamente el derecho de la asamblea popular para votar sobre cualquier tema. Era imposible saber si alguien apoyaría alguna vez la causa de los conspiradores, pero esa posibilidad tampoco podía excluirse por completo. El problema al que se enfrentaba el Senado era nuevo, porque nunca en la historia del decreto supremo se había empleado su poder en frío contra hombres que ya estaban bajo custodia. César había hablado sobre el precedente que sentaría el Senado con esta decisión y ahora proponía una nueva solución a lo que era, desde muchos puntos de vista, un problema nuevo. El objetivo era evitar las recriminaciones que se habían producido tras la ejecución de los Gracos y de Saturnino. Los conspiradores eran culpables de haber planeado crímenes espantosos, pero a pesar de todo, no deberían despojarles de todos sus derechos como ciudadanos.Ya no podían perjudicar a la República y su encarcelamiento aseguraría que nunca volvieran a ser capaces de amenazarla en el futuro.`

A lo largo de su discurso, César se mostró calmado y mesurado, racional en todo momento mientras hacía un llamamiento a los senadores para que no permitieran que sus emociones anularan su deber con la República. Ese llamamiento a situar Roma por delante de los propios

sentimientos estaba dirigido a hombres educados con un fuerte sentimiento de las obligaciones inherentes al hecho de ser miembros de una de las grandes familias. La certeza que había caracterizado el comienzo de la reunión empezó a tambalearse y luego se desmoronó. Quinto Tulio Cicerón, el hermano menor del cónsul, era otro de los pretores designado y habló después de César, mostrándose totalmente de acuerdo con su opinión. Es posible que, de acuerdo con las convenciones del Senado, se cambiara de sitio para sentarse con César para apuntarlo. Otro de los pretores del año Tiberio Claudio Nero -el abuelo del emperador Tiberio-, enfocó el asunto desde una perspectiva algo diferente, sugiriendo que, mientras Catilina estuviera en libertad con su ejército, era demasiado pronto para decidir sobre el destino de los prisioneros, por lo que deberían ser mantenidos bajo custodia y establecer una fecha para el próximo debate, en el que se decidiría su suerte." Muchos otros comenzaron a titubear. En un momento dado, Silano habló, alegando que se le había malinterpretado y que no había pedido la pena de muerte en absoluto, sino el «castigo supremo» permitido por la ley.Tal vacilación era propia de un hombre que no quería ser considerado responsable de ningúna actuación controvertida.

Cicerón, al ver que el consenso previo se estaba evaporando, decidió actuar, y en ese momento pronunció un largo discurso, cuyo texto publicó más adelante con el título de Cuarta catilinaria. Puesto que el original debió de componerse durante el propio debate, al menos en parte, es probable que estuviera un poco menos pulido que la versión que conservamos. No obstante, sería un error infravalorar la

preparación retórica y la habilidad de este magnífico orador, y es probable que incluso improvisando, el uso del lenguaje, el ritmo y la estructura del discurso de Cicerón fueran de un nivel extraordinariamente alto. Se aseguró desde el principio de recordarles a todos que él era el cónsul, el que estaba al mando de la República en ese momento de crisis y también, en última instancia, la persona sobre la que recaería la responsabilidad de cualquier acción que decidieran emprender. Reviviendo el tono de la primera parte del debate, antes de la comedida y razonable intervención de César, habló de matanzas, violaciones y saqueo de templos:

> De manera que es preciso, padres conscriptos, que deliberéis con calma: volved, al hacerlo, los ojos hacia la patria; procurad, ante todo, conservar vuestras vidas, vuestras esposas e hijos y vuestras riquezas; mantened el renombre y la prosperidad del pueblo romano; y absteneos ya de la intención de ahorrarme compromisos y de toda preocupación por mi destino; pues, en primer lugar, creo que tengo derecho a confiar en que todos los dioses inmor tales que amparan a esta ciudad me recompensarán conforme a lo que merezco, y, en segundo término, aun en el caso extremo de que algún día me llegare a suceder cualquier desgracia, ello no me importaría, pues mi espíritu está ya en condiciones de morir, si es necesario, enteramente satisfecho y tranquilo.18

Pasó a revisar las dos propuestas, la de Silano, que siguió interpretando como una ejecución, y la de César. El primer castigo concordaba con la tradición -Cicerón mencionó a los Gracos y Saturnino, quienes, dijo, habían sido ejecutados por crímenes mucho menores-, el segundo no tenía precedente y

era poco práctico. ¿Cómo, preguntó Cicerón, se elegirían los pueblos a los que se les asignaría la tarea de custodiar a los prisioneros? Parecía injusto que los eligiera el Senado, pero ¿se suponía que las comunidades se brindarían a ocuparse de esa misión de forma voluntaria? Sin embargo, no cuestionó la severidad de la propuesta de César, y subrayó que el encarcelamiento de por vida y la expropiación de todos los bienes eran en muchos sentidos castigos más crueles que una muerte rápida.

Cicerón también se mostró estudiadamente educado con el mismo César, que había demostrado con su discurso y sus acciones su «inquebrantable adhesión al gobierno establecido». Le comparó, un auténtico popularis con «una convicción democrática de veras, que procura en realidad la conveniencia del pueblo», con otros demagogos agitadores. En ese momento soltó una maliciosa indirecta respecto a Craso, señalando que «no pocos de esos tipos que se hacen pasar por defensores de nuestras muchedumbres» estaban ausentes, «de fijo para no hacerse responsables con ella, de una sentencia capital pronunciada en contra de ciudadanos romanos». Craso -que no había sido nombrado, aunque no había ninguna duda sobre su identidad- se había hecho cargo de uno de los prisioneros durante los últimos dos días, había votado a favor de una acción de gracias pública a Cicerón y había aprobado las recompensas que se les entregarían a los informadores.A continuación, Cicerón intentó debilitar el argumento de César utilizando su propia presencia allí. Si aceptaba que era correcto que el Senado juzgara a los conspiradores, entonces debía de haber reconocido que, de hecho, habían dejado de ser ciudadanos y, por tanto, habían

perdido toda protección legal. Si el Senado elegía adoptar su propuesta, Cicerón sabía que gracias a la popularidad personal de César les sería fácil persuadir a la muchedumbre reunida en el Foro de que esa decisión era la justa. No obstante, también afirmó estar convencido de que la sabiduría del pueblo les permitiría aceptar la necesidad de ejecutar a los prisioneros. Entonces recordó la enormidad de sus crímenes: «Y es cuando pienso todo despavorido en los gritos de espanto de nuestras matronas, en la aterrada fuga de doncellas y niños, y en el sacrílego ultraje de las vírgenes vestales».19 Tranquilizó a los presentes mencionando las precauciones que había adoptado para proteger esa reunión y defender la ciudad, dejando claro que eran libres de hacer lo que pensaran que fuera justo. Como cónsul, estaba dispuesto a asumir él mismo las consecuencias de su decisión y cualquier estigma u odio que las ejecuciones pudieran provocar en el futuro. Él en persona pagaría cualquier precio por servir a la República.

El discurso del cónsul reavivó las emociones de algunos senadores, pero la reunión siguió dividida e incierta. Se escucharon más opiniones y uno de los tribunos electos preguntó a Catón qué pensaba él sobre el asunto. De nuevo debemos confiar fundamentalmente en el relato de Salustio sobre su contenido, pero Plutarco afirma que el discurso fue anotado y publicado más adelante por los empleados que trabajaban para Cicerón y que siguieron la totalidad del debate. En su versión, aquel joven de treinta y dos años comenzó afirmando que parecía que los senadores habían olvidado que Catilina seguía en libertad y que los conspiradores seguían constituyendo una amenaza potencial para la República. La propia supervivencia del Estado estaba

en duda y les recomendaba no hacer ninguna tontería: «[…] que no se lancen a perder a todas las personas decentes para salvar el pellejo a unos pocos Desdeñó la opinión de César de que la muerte suponía un final compasivo del sufrimiento, y recordó los relatos tradicionales de los castigos impuestos a los malhechores en la otra vida. También criticó la sugerencia de enviar a los prisioneros a diferentes pueblos para mantenerlos en cautividad. ¿Por qué iban a estar más seguros allí que en Roma y qué les impediría ser liberados por los rebeldes de Catilina? En esa ocasión, como a lo largo de toda su vida, Catón defendió el mismo curso de acción duro, implacable y severo. La piedad estaba fuera de lugar y resultaría peligroso hasta que la amenaza que pendía sobre la República hubiera sido conjurada:

> Por ello, al tomar una decisión sobre Publio Léntulo y los demás, tened por cierto que estáis decidiendo al mismo tiempo sobre el ejército de Catilina y todos los conjurados. Cuanto más estrictamente actuéis, tanto más debilitaréis su estado de ánimo; como vean que os ablandáis un ápice, al instante los tendréis aquí a todos envalentonados.
>
> Unos ciudadanos de la más alta alcurnia se han conjurado para poner fuego a la patria, llaman a un pueblo galo que es el más enemigo del Estado romano, y el general de los enemigos está con su ejército encima de nuestra cabeza: ¿vosotros vaciláis todavía y dudáis qué hacer con los enemigos apresados dentro de las murallas?`

Al igual que César, Catón mencionó ejemplos de la historia de Roma, en un esfuerzo por reforzar su opinión con el apoyo -en ambos caso bastante espurio- de la tradición. Era habitual que hombres que defendían cursos de acción

contrarios alegaran que las costumbres tradicionales de Roma les respaldaban. En Roma las innovaciones llegaban casi siempre envueltas en la capa de la tradición. Salustio describe el debate fundamentalmente como una lucha entre César y Catón, lo que prefiguraba la guerra civil, en la que Catón sería el oponente más acérrimo e implacable de César.A medida que pasaron los años, la visión de Salustio fue compartida por más y más personas. Cicerón se sintió muy molesto cuando Bruto redactó un escrito en el que minimizó su papel, a la vez que destacaba el de Catón. Esa versión poseía un gran atractivo, convirtiéndose en uno de esos incidentes en los que un hombre había hecho cambiar de opinión a todo el Senado y les había mostrado el camino del deber. Catón era muy consciente de que ese era el papel que había desempeñado, al igual que César y, sin duda, su intervención había tenido un enorme impacto en el debate. Todos los ex cónsules y muchos otros senadores aplaudieron la propuesta de Catón en cuanto terminó de hablar y tomó asiento. César no se dejó intimidar y continuó defendiendo su propia propuesta. Ambos hombres estaban sentados a poca distancia el uno del otro y las respuestas de Catón fueron haciéndose más y más mordaces, aunque no consiguió provocar a su oponente. A diferencia de Cicerón, puso abiertamente en entredicho la conducta de César en los últimos meses, demonizándole y afirmando que su rechazo a apoyar la pena de muerte mostraba su comprensión hacia la conspiración, y tal vez su complicidad. Mientras esto sucedía, un mensajero, seguramente uno de sus esclavos, entró sin hacer ruido y le entregó una nota a César. Catón aprovechó esa oportunidad y declaró que era evidente que su oponente estaba en secreta comunicación con el

enemigo. César, que había leído la nota con absoluta tranquilidad, no respondió, pero se mostró remiso a obedecer cuando Catón exigió que leyera el mensaje en voz alta. Catón intuyó que los reparos provenían de una conciencia culpable y adoptó una actitud aún más enérgica, alentado por los gritos de aprobación que llegaban de todas partes de la Curia. Al final, César tendió simplemente la nota a Catón, que se quedó estupefacto al descubrir que en realidad era sólo una apasionada carta de amor de Servilla. Exclamando desesperado: «¡Ten, borracho!», le devolvió el mensaje a César, cuya dignidad y calma de patricio y su seguridad en sí mismo no habían vacilado durante todo el incidente. Era una extraña forma de insultarle, porque César era conocido por su abstinencia en lo referente al alcohol, mientras que el mismo Catón bebía mucho.22

El suceso proporciona una interesante visión complementaria de la relación que existía entre César y Servilla que revela con claridad una gran pasión, y la necesidad de establecer contacto y de comunicarse entre ellos cuando estaban separados. Enviar una nota amorosa a una reunión del Senado, en la que César estaría sentado cerca de su marido y su hermanastro, era un acto de considerable atrevimiento por parte de Servilla. Tal vez a ella, o a ambos, les excitaba el peligro de llevar a cabo una acción así. Es dificil juzgar la actitud de Silano y no sabemos si sabía o no sabía que su esposa estaba teniendo una aventura con César. Si lo había averiguado, desde luego no emprendió ninguna acción contra su rival. La amistad política de César era valiosa, en especial para un hombre que sólo había logrado obtener el consulado al segundo intento y cuya habilidad no tenía una

reputación demasiado buena. Incluso se ha especulado con la posibilidad de que animara a su esposa en la relación en un esfuerzo por conseguir el apoyo de César. Aunque es evidente que su amor era profundo, ninguno de los dos amantes perderían una oportunidad de enriquecimiento personal.

Al final, la votación -adoptando la propuesta de Catón más que la de su hermanastro Silano porque, en opinión de todos, estaba mejor formulada- se decantó abrumadoramente a favor de ejecutar a los prisio neros. Lucio César, el hermanastro de Léntulo, apoyó esta decisión, así como al parecer el verdadero hermano de Cetego, que también era senador. César no cambió de opinión, y fue asediado por una multitud airada cuando abandonó el Templo de la Concordia. Como era habitual durante los debates, las puertas se habían dejado abiertas y era obvio que había personas relatando gran parte de lo que estaba sucediendo a los numerosos curiosos que se habían reunido a la puerta y en el resto del Foro. El temor ante una conspiración y, en especial, las historias de que existían planes secretos para incendiar Roma -una amenaza alarmante para los numerosos ciudadanos que vivían en las atestadas, repletas y fácilmente inflamables insulac- habían creado un ambiente muy hostil. Cicerón continuó mostrando de manera manifiesta su apoyo a César, garantizando que nadie le hiciera daño. El acto final fue representado en la cercana Tullano, la pequeña prisión parecida a una cueva en la que los prisioneros eran retenidos durante breves periodos mientras esperaban el castigo. Los conspiradores fueron llevados allí. A Léntulo le habían despojado de su pretura, pero aun así le otorgaron la distinción de ser conducido por el cónsul en persona. Los cinco fueron introducidos en la cárcel

y luego estrangulados sin presencia de público. Cicerón apareció poco después y proclamó sencillamente: «Han vivido» (vixerunt). A pesar de la votación del Senado, era a él a quien se le podía imputar la responsabilidad de esa acción.`

TRAS LA CONSPIRACIÓN: LA PRETURA DE CÉSAR, 62 A.C.

No pasó mucho tiempo antes de que empezaran a producirse los primeros ataques contra Cicerón. Los nuevos tribunos tomaron posesión de sus cargos el 10 de diciembre del año y entre ellos estaba Quinto Metelo Nepote, un hombre cuya fama de persona imprudente movió a Catón a presentarse al tribunado ese año en cuanto se anunció su candidatura. Pronto comenzó a denunciar a Cicerón por haber infligido un castigo «ilegal» a los conspiradores. El último día de diciembre, los cónsules abandonaban formalmente sus cargos y era costumbre que pronunciaran un discurso enumerando sus logros. Nepote y uno de sus colegas, Lucio Bestia, utilizaron el veto al que tenían derecho como tribunos para impedir que Cicerón hablara, lo que constituía un insulto insólito. No pudieron evitar que el cónsul saliente hiciera el juramento tradicional y Cicerón aprovechó esa oportunidad para proclamar que él había salvado la República. Nepote era cuñado de Pompeyo y había servido algún tiempo como uno de sus legados en Oriente, pero había regresado a Roma y se consideraba que representaba los intereses del general. La guerra había terminado y el retorno de Pompeyo era inminente, pero la cuestión era cuándo regresaría.Ya se habían alzado voces que opinaban que debían convocar al más famoso y eficaz comandante de la República para aniquilar el ejército rebelde de Catilina.24

El 1 de enero, César tomó posesión de su cargo de pretor y de inmediato lanzó un ataque contra Catulo. El Templo de Júpiter en la colina Capitolina había sido incendiado en el año 83 a.C. y cinco años más tarde se le había asignado a Catulo como cónsul la tarea de supervisar su restauración. El proyecto no se había completado todavía y el pretor convocó a Catulo a una reunión del pueblo en el Foro para responder por esta negligencia, acusándole de haber malversado los fondos aportados por el Senado con ese fin. En un estudiado insulto, impidió que el ex cónsul subiera a la rostra y le hizo hablar desde el nivel del suelo. César propuso presentar un proyecto de ley que transfiriera la misión a otra persona, probablemente a Pompeyo, porque César continuaba buscando alcanzar la popularidad mediante su claro apoyo al héroe popular. Sin embargo, acudieron suficientes partidarios de Catulo para presionar al pretor para que diera marcha atrás. Como sucedía con frecuencia en la carrera de César hasta la fecha, conseguir el éxito de sus proyectos era menos importante que lograr ser asociado públicamente a una

Poco después César respaldó de forma activa a Nepote, que presentó un proyecto para traer de vuelta a Pompeyo y encomendarle la tarea de restaurar el orden en Italia. Catón, tribuno como él, se opuso violentamente a esta propuesta, arremetiendo contra ellos en el Senado y jurando que, mientras él estuviera vivo, Pompeyo nunca volvería a entrar en la ciudad con soldados a sus órdenes. El día de la votación de ese proyecto, Nepote, como era habitual, celebró una reunión informal del pueblo romano. Tomó asiento en el podio del Templo de Cástor y Pólux. Esta plataforma elevada se utilizaba a menudo como alternativa a la rostra, porque allí,

en la parte oriental del Foro, había más espacio para la multitud. Cé sar había situado su silla oficial junto al tribuno como muestra de apoyo. Entre la muchedumbre había numerosos hombres fornidos, incluyendo algunos gladiadores, colocados allí para defender a los tribunos en caso de que hubiera algún problema. Los problemas se presentaron enseguida, en la persona de Catón y del también tribuno Quinto Minucio Termo, que estaban allí para vetar el proceso y habían venido acompañados de sus seguidores. Catón se dirigió con amplias zancadas hacia el podio y Minucio y él subieron los escalones. Catón se sentó entre Nepote y César, desconcertándoles momentáneamente con su atrevimiento. Buena parte de la multitud ya le estaba animando a continuar, pero otros seguían siendo leales a Nepote y la tensión se incrementó. Recuperándose, Nepote ordenó a un empleado que leyera el proyecto de ley en voz alta. Catón utilizó su veto para impedirlo, y cuando el mismo Nepote tomó el documento y empezó a leer, se lo arrebató de las manos. El tribuno, que conocía el texto de memoria, comenzó a recitarlo hasta que Termo le puso la mano en la boca con fuerza para detenerle. Entonces, Nepote hizo una señal a sus seguidores armados y de inmediato se desencadenaron unos disturbios que comenzaron con luchas con palos y piedras, pero culminaron en peleas con arma blanca. Tanto Catón como Termo fueron tratados con rudeza, pero Catón fue protegido físicamente por Murena, el cónsul a quien acababa de procesar. Al final, los partisanos y seguidores se dispersaron. Esa misma tarde, el Senado se reunió y aprobó el senatus consultum ultimum. Sin embargo, una propuesta para despojar a Nepote de su tribunado fue abandonada por

recomendación del mismo Catón. Aun así, tras convocar otra reunión pública en el Foro y acusar a Catón y al Senado de conspirar contra Pompeyo y decir que pronto pagarían por ello, Nepote huyó de Roma. Un tribuno no debía abandonar la ciudad durante su año de mandato, pero él fue aún más lejos y se marchó de Italia para unirse a Pompeyo en Rodas. Con el alivio de su partida, nadie cuestionó su legalidad.`

César no había sabido juzgar la situación. Todas las fuentes en las que nos basamos retratan a Nepote como el iniciador de la violencia de este episodio y como un individuo peligrosamente impulsivo y volátil, pero César le había apoyado con entusiasmo, al menos al principio. Nepote era partidario de Pompeyo porque su hermanastra Mucia estaba casada con el general, y porque esperaba beneficiarse con su regreso. César no era familiar de Pompeyo y nunca había tenido una relación directa con él -aunque había estado acostándose con Mucia durante la ausencia de su marido cuando estaba en campaña-, pero prosiguió su política de elogiar y apoyar al gran héroe romano como un medio para incrementar su propia popularidad. En esta ocasión había ido demasiado lejos y el Senado decretó que se le expulsara de la pretura, puesto que sólo ocupó durante unas semanas. Al principio, César trató de negar la evidencia, y siguió apareciendo en público con los símbolos del cargo y cumplió con sus deberes. De nuevo, no había sabido interpretar el clima general y la profunda ira que los últimos hechos habían despertado. Al averiguar que algunos senadores estaban dispuestos a oponerse a él por la fuerza, despidió a los seis lictores que le asistían. Estos hombres portaban las fasces, un haz de varas y un hacha que simbolizaban al titular del

imperium, y su poder para infligir castigo corporal y la pena capital. A continuación, se despojó de su toga practexta, llevada en ocasiones oficiales por los senadores, y se marchó discretamente a su casa, la domus publica, poniendo de manifiesto que pretendía retirarse de la vida pública. Al día siguiente, una muchedumbre se congregó en el Foro a la puerta de su casa, proclamando a voz en grito que estaban dispuestos a ayudarle a recuperar su posición. César salió y les habló, calmando los ánimos y persuadiéndoles para que se dispersaran. Calculada o espontánea -o muy posiblemente una mezcla de ambas cosas-, fue una actuación digna y responsable que convenció al Senado para devolverle a su puesto. Aunque su instinto político le había fallado unas cuantas veces esos días, César había mostrado su capacidad para darse cuenta de que había cometido un error y la habilidad para recuperarse de ello.27

Para entonces, Catilina había sido derrotado por un ejército liderado en teoría por Antonio, el antiguo colega de Cicerón, pero que de hecho comandaba uno de sus subordinados. La afirmación de Catilina de que el uso de la fuerza aterrorizaría a los rebeldes había resultado infundada, ya que la mayoría se había mantenido fiel a Catilina y habían muerto con él. Fuera la que fuera la opinión que se tenía de él en vida, se le reconoció a regañadientes que había muerto bien, mostrando todo el coraje que correspondía a un miembro de la aristocracia. Aunque había muerto y los rebeldes habían sido derrotados, seguía perviviendo un clima de sospecha y recriminación en Roma. Había recompensas disponibles para aquellos que proporcionaran pruebas valiosas a las autoridades, y eso explica en parte la avalancha de denuncias.

Quinto Curión, el hombre cuya amante le había persuadido para que traicionara a los rebeldes y que había sido recompensado con su reincorporación al Senado, ahora había nombrado a César entre una lista de hombres acusados de haber participado en la conspiración. Otro informador, Lucio Vetio, repitió la acusación, alegando que poseía una carta escrita por César a Catilina. En el Senado, el recién reincorporado pretor respondió a Curión apelando a Cicerón, que testificó que César le había proporcionado alguna información y había demostrado su total lealtad. Como resultado, Curión perdió su botín de informador. Vetio, un insignificante miembro de la orden ecuestre de cuestionable reputación, era más fácil de tratar: en su calidad de pretor, César le ordenó presentarse ante la rostra, luego hizo que le dieran una paliza y lo metieran en prisión. Es muy probable que lo liberaran poco después, pero no se volvieron a dirigir más acusaciones públicas contra César.`

LA «BUENA DIOSA»

Se conservan pocos datos más sobre el periodo de César como pretor, y es más que probable que, al menos según sus estándares, tratara de pasar inadvertido y sencillamente continuara con su misión principal de ejercer como juez. Hacia finales de año, resultó implicado en un escándalo de amor ilícito y adúltero, pero, sólo por esta vez, él era la parte inocente.Todos los años se celebraba el festival de Bona Dea, o de la Buena Diosa, en casa de uno de los magistrados superiores. En el año 62 a.C. se eligió para ese fin la casa de César, seguramente porque era el pontífice máximo además de pretor. Aunque la celebración tenía lugar en la casa de un magistrado, ni él ni ningún otro hombre podía estar presente,

ya que las ceremonias eran llevadas a cabo únicamente por mujeres, sobre todo matronas aristocráticas de Roma y sus ayudantes femeninas. Tras efectuarse los sacrificios y demás rituales, la música y el festejo proseguían a lo largo de toda la noche. Las vírgenes vestales presidían los rituales y, según Plutarco, la mujer del magistrado tenía un papel preponderante en la organización de las celebraciones. En este caso puede que Aurelia hubiera desempeña do un papel más importante todavía que Pompeya, y la hermana de César, Julia, también estaba presente.

Pompeya tenía un amante, el cuestor electo de treinta años Publio Clodio Pulcro, y la pareja había decidido que las celebraciones ofrecían una perfecta tapadera para una cita. Clodio se disfrazó de tañedora de arpa, una de las muchas artistas profesionales, en su mayoría esclavas, que participaban en el festival. Durante la noche, Habra, una de las doncellas personales de Pompeya, que estaba al tanto del secreto, le dejó entrar en la casa. Después, salió corriendo a buscar a su señora, dejando a Clodio aguardando durante un tiempo. Impaciente, este comenzó a vagar y se topó con una de las esclavas de Aurelia, que de inmediato intentó persuadir a la joven y aparentemente tímida arpista de que se reuniera con el resto de la compañía. Incapaz de zafarse de sus persistentes atenciones, finalmente Clodio le dijo que no podía marcharse porque «ella» estaba esperando a su amiga Habra. Traicionado por su voz, obviamente masculina, fue descubierto por la esclava, que echó a correr gritando que había un hombre en la casa, lo que causó al instante una gran confusión. Clodio huyó hacia la oscuridad. Aurelia reaccionó con la calmada eficiencia que parece haber sido propia de su

carácter y del de su hijo. Detuvo inmediatamente la ceremonia y mandó cubrir los instrumentos sagrados utilizados en los ritos para evitar que fueran contaminados por la mirada de un hombre. Ordenó a las esclavas que candaran todas las puertas de la casa para que el intruso no pudiera escapar. La madre de César guío al grupo mientras buscaban por toda la casa a la luz de una antorcha hasta que por fin encontraron a Clodio escondido en la habitación de Habra. La mujer le miró un buen rato para estar segura de quién era - el mundo de la aristocracia romana era pequeño y la mayoría de sus miembros podían reconocerse entre sí- antes de expulsarlo de la casa. A continuación,Aurelia envió a las mujeres de vuelta a sus hogares para que les contaran a sus maridos el sacrilegio de Clodio.29

A los pocos días, César se divorció de Pompeya. En el primer código legislativo romano no existían disposiciones sobre el divorcio, los niños aristocráticos aún memorizaban las Doce Tablas en la época de César, pero estaba consagrado por una larga tradición. Como tantos otros aspectos de la sociedad romana, se consideraba un asunto de las familias. En los últimos años de la República, parece que tanto el marido como la mujer podían divorciarse de manera unilateral de su cónyuge. En su forma más simple, el marido podía decir sencillamente: «Coge tus cosas» (tuas res tibi habeto). Es posible que César utilizara esta frase tradicional o tal vez le enviara una carta a Pompeya, pero en cualquier caso el matrimonio se rompió con rapidez. No se hizo pública ninguna razón para el divorcio, algo que no era inusual, aunque sí lo fueran las circunstancias precedentes. Al parecer, la unión nunca fue tan estrecha como cuando estuvo casado

con Cornelia y, a pesar de que la pareja había pasado la mayor parte de su matrimonio juntos, no habían tenido hijos. No hay constancia de que ninguna de las otras esposas de César tuviera un amante, pero en este caso el encanto de César no había bastado para mantener a Pompeya fiel.Tal vez hubiera pasado demasiado tiempo con Servilla y sus otras amantes en aquellos años, o tal vez a su esposa, bastante más joven que él, le molestase vivir en un hogar que, por lo visto, estaba dominado por su suegra. Tampoco debemos infravalorar el atractivo de Clodio, que era inteligente y guapo -su familia era famosa por su aspecto- y encantador, con una reputación de libertino que le hacía aún más enigmático. La descripción podría fácilmente aplicarse a César, así como su afición a seducir a las esposas de otros. Fuera cual fuera la razón de la infidelidad de Pompeya, César no estaba dispuesto a otorgarle a su esposa la misma licencia que se daba a sí mismo, actitud habitual en un hombre de su clase y su época.`

El final de su matrimonio fue importante para las partes afectadas, pero no debemos subestimar la escala del impacto que este episodio tuvo en toda la República. Nunca antes la festividad de la Bona Dea había sido contaminada de ese modo. Algunos senadores, entre ellos Cicerón y César, se mostraban escépticos respecto a los dioses en privado, o al menos sobre muchas cuestiones de la religión tradicional, pero públicamente nadie ponía en duda la importancia de los rituales que dominaban tantos aspectos de la vida pública. Se decía que el éxito de Roma se basaba en el favor de los dioses, y no podía descuidarse o celebrarse de forma inapropiada ninguna de las ceremonias necesarias para garantizar que esta bendición siguiera activa. El Senado estableció una comisión

especial para investigar el asunto y decidir qué acciones debían emprenderse. La festividad se celebró otra noche de la manera adecuada.Tras solicitar consejo a las vestales y al colegio de pontífices, se decidió procesar a Clodio. Parece que César, desde el principio, habría querido ocultar todo el asun to, pero, aunque era el cargo superior del colegio, el Pontifex Maximus tenía un papel de presidente más que de jefe. En el tribunal, declinó la oferta de testificar contra Clodio, aduciendo ignorar por completo lo que había sucedido. Cuando le preguntaron públicamente por qué se había divorciado de su esposa si pensaba que no había sido descubierta en adulterio, respondió con la famosa frase de que lo había hecho porque la esposa de César «debe verse libre no sólo de culpa, sino incluso de sospecha». Clodio era un hombre de carrera prometedora, con amigos poderosos que estaban haciendo todo lo posible para asegurarse de que el tribunal le exonerara. Puede que César creyera que ganarse la enemistad de un hombre así era un riesgo innecesario o bien pensó incluso que Clodio le podría ser útil en el futuro. En retrospectiva, sabemos que, de hecho, eso es lo que sucedió, pero es posible que en aquel momento no fuera tan evidente. Pese a sus frecuentes denuncias y ataques contra hombres como Catulo, toda la carrera de César se basaba en tratar de hacer amigos más que en destruir enemigos. Lo que le hacía famoso eran sus favores y su generosidad, a diferencia de Catón, que era conocido por su inquebrantable severidad: era uno de los que presionaba para que Clodio recibiera un duro castigo.

Las preocupaciones políticas nunca estaban lejos de la mente de un senador, pero no deberíamos olvidar el elemento

personal. A lo largo de buena parte de la historia, ser conocido por ser un cornudo ha resultado muy incómodo. Habría sido muy poco habitual en Roma si el consejo de defensa no hubiera lanzado la propia reputación de mujeriego de César contra él si hubiera aparecido como testigo en el caso. Tal vez realmente creía que habría sido hipócrita por su parte atacar a otro hombre por algo que él había hecho tan a menudo, si bien en circunstancias menos extrañas y sacrílegas. No obstante, a pesar de la renuencia de César, tanto Aurelia como Julia comparecieron como testigos, testificando sobre la culpabilidad de Clodio. Cicerón también compareció y declaró que había visto a Clodio el día de la ceremonia en Roma, destruyendo así la coartada del defensor de que se encontraba lejos de la ciudad cuando se cometió el delito.A pesar de su evidente culpabilidad, Clodio fue absuelto después de que sus amigos y él organizaran una campaña orquestada de intimidación y sobornos. Para la sesión final, el jurado solicitó que se les proporcionaran guardias para su protección. Cuando se supo que el resultado habían sido treinta y un votos frente a veinticinco a favor de la absolución, el desdeñoso Catulo les espetó: «¿Para qué nos pedíais una guardia?; ¿temíais acaso que os robaran los dineros?». Es la última anécdota que se recuerda sobre el viejo senador, que murió poco después.`

HISPANIA

Mucho antes de que finalizara el juicio, César había abandonado Roma como propretor para gobernar la Hispana Ulterior. En su séquito se escondía el cliente númida que había defendido sin éxito en el juicio de la acusación del rey Hiempsal, que durante meses había estado oculto en casa de

César. También le acompañaba su cuestor, Veto, el hijo del hombre a quien César había servido asimismo como abogado. Otro miembro de su personal, con el título de praefectus fabrum, una especie de oficial de la plana mayor de César, era Lucio Cornelio Balbo, un español proveniente de una familia acomodada que había obtenido la ciudadanía merced a la gratitud de Pompeyo. Sin duda, el nuevo gobernador había dejado atrás la ciudad y el escándalo con bastante alivio, pero en un momento dado había dado la impresión de que no permitirían que César abandonara Roma. Algunos de sus acreedores se habían impacientado, quizá simplemente porque había llegado la fecha de pago de las deudas, pero tal vez su expulsión temporal de la pretura a principios de año les hubiera hecho desconfiar de sus perspectivas a largo plazo. Se tomaron medidas para evitar su marcha, pero César apeló a Craso, que le avaló por ochocientos treinta talentos, una suma enorme, pero que sólo representaba una fracción de su deuda total. Esta es la primera ocasión de la que nuestras fuentes dejan constancia de que había solicitado un préstamo a Craso, pero es más que probable que César ya hubiera recurrido en numerosas ocasiones a su inmensa riqueza. De todos modos, se libró por poco y acabó marchándose de la ciudad antes de que el Senado hubiera anunciado de forma oficial las provincias adjudicadas ese año. Se trataba de una mera formalidad, ya que estas ya habían sido asignadas, pero contravino las convenciones. Irónicamente, uno de los primeros problemas a los que tuvo que enfrentarse cuando llegó a Hispana fue el endeudamiento generalizado, lo que posiblemente había forzado a muchos a engrosar las filas de los bandidos que infestaban la región. César decretó que los

deudores debían entregar dos tercios de sus ingresos a sus acreedores hasta que las deudas fueran saldadas, pero se les permitió quedarse con el tercio restante para mantener a sus familias.32

Un puesto en las provincias era una oportunidad para enriquecerse. En diversas ocasiones, César había procesado a los ex gobernadores por corrupción y extorsión. Sus oponentes del Senado no tardaron en afirmar que había provocado una guerra en Hispana sin ninguna necesidad, atacando incluso a comunidades aliadas sólo para saquearlas. Los cargos eran bastante convencionales y muchos de los gobernadores romanos actuaban así, pero no hay suficientes pruebas para decidir si César era culpable o no de ese comportamiento. En el año 61 a.C., amplias extensiones de Hispana seguían mostrando las cicatrices de la guerra contra Sertorio. Durante generaciones, las razias y el bandidaje habían sido modos de vida en la Península Ibérica, en especial entre las comunidades de las regiones más montañosas, que apenas lograban obtener sustento mediante la agricultura. El noroeste de Lusitania, donde César operaba fundamentalmente, no era una región rica en aquella época y es dudoso que ningún comandante pudiera hacerse rico saqueándola durante las campañas. Tampoco es probable que careciera de oportunidades para organizar una operación militar, dado que todas las fuentes consultadas destacan la anarquía que reinaba en la zona. Lo que es evidente es que César aprovechó con entusiasmo esas oportunidades, actuando con tremenda contundencia. Casi nada más llegar, reunió diez nuevas cohortes de tropas, aumentando la guarnición en un cincuenta por ciento. Marchando hacia el

área montañosa existente entre los ríos Tajo y Duero, ordenó a una de las comunidades fortificadas de las colinas que se rindiera y se trasladara a la llanura. Como había previsto, se negaron y César tomó la plaza al asalto. A continuación, se lanzó contra los pueblos vecinos, evitando una emboscada cuando los lusitanos trataron de tenderle una trampa utilizando sus rebaños como cebo. César hizo caso omiso de ellos y atacó y venció a su ejército principal. Las emboscadas eran una táctica común para los pueblos de las sierras de Hispana y sus fuerzas evitaron otra desviándose de la ruta más obvia a través del dificil territorio. Más tarde, César regresó, luchó en el terreno que él mismo eligió y ganó. Continuando con sus éxitos, persiguió a los lusitanos hasta la costa atlántica, donde se refugiaron en una pequeña isla. El primer intento de tomarla fracasó, pero César pidió que le enviaran naves de guerra desde Gades (Cádiz) y obligó a los defensores que se rindieran. Después, navegó por la costa y la sola visión de sus tropas -los barcos de remos eran prácticamente desconocidos en la zonabastó para intimidar y provocar la capitulación instantánea de al menos una de las comunidades.33

Había ya mucho en esta operación del César que tan bien conocemos por sus propios Comentarios de las posteriores campañas en la Galia y la guerra civil: acción veloz a la vez que calculada, determinación a no dejarse arredrar por los obstáculos naturales o por reservas iniciales y el aprovechamiento implacable del éxito. También vemos la disposición a aceptar la rendición y a tratar a los vencidos con generosidad con la esperanza de convertirlos en contribuyentes y productivos miembros de la provincia. Su victoria no había completado este proceso en sí misma, pero sí

había supuesto un paso importante. César fue saludado como Imperator, la aclamación formal que otorgaba a un gobernador el derecho para solicitar un triunfo a su regreso a Roma. Sin embargo, su mandato no estuvo únicamente dedicado a la guerra, y adoptó numerosas medidas para reorganizar la administración civil de la provincia, arbitrando en disputas entre las comunidades locales. Al parecer, también suprimió la práctica de hacer sacrificios humanos en algunas de las sectas locales. Es dificil decir hasta qué punto resultaron efectivas sus acciones a largo plazo, ya que otros gobernadores de la provincia se habían enfrentado a esta costumbre en el pasado. Ese tipo de ofrendas eran conocidas -tal vez incluso bastante comunes- durante gran parte de la Edad de Hierro en Europa y el resto del mundo. La última ocasión en la que los romanos habían hecho ofrendas humanas había tenido lugar sólo unos años antes del nacimiento de César, cuando la amenaza de los cimbros y los teutones había parecido muy real. No obstante, era una de las escasas prácticas religiosas que los romanos eliminaron en las provincias. No hay demasiada documentación sobre el gobierno de César en Hispania, pero parece que se caracterizó por la actividad frenética que era habitual en él. Probablemente se benefició de aquel periodo -aunque sólo hasta el punto de reducir sus enormes deudas-, se ganó los elogios de los habitantes locales, y a su regreso le aguardaba la perspectiva del triunfo. Este puesto le había proporcionado a César lo que deseaba, pero siempre estaba mirando hacia el fu turo y abandonó esta provincia para regresar a Roma antes de que su sucesor hubiera llegado, algo que era poco común, pero no único, pues Cicerón hizo lo mismo cuando

finalmente se marchó a su provincia más de una década después de ser cónsul. Posiblemente, su cuestor se quedó al cargo.`

Plutarco afirma que, de camino a Hispania, César y su séquito pasaron por un pequeño pueblo alpino. Sus amigos le preguntaron bromeando si incluso en un escenario tan miserable los hombres persiguen desesperadamente poder y cargos públicos. César declaró con total seriedad que preferiría ser el primer hombre en un lugar como aquel que el segundo hombre en Roma. Es posible que la historia sea apócrifa, pero, como supo reconocer Plutarco, decía mucho del carácter de César.Ya había obtenido una buena reputación política y ahora casi podía estar seguro de que haría carrera. No esperaba menos, pero el éxito no era suficiente por sí solo y César aspiraba a llegar a lo más alto. Deseaba alcanzar más de lo que nadie antes había alcanzado jamás.`

Había espacio en la cumbre, pues a medida que se aproximaba el final de la década, sólo Craso podía considerarse un rival serio para Pompeyo. Algunos de los hombres más ricos de la República, como Lúculo, se habían apartado en buena medida de la vida pública y vivían en un lujoso retiro. En esos años, el Senado contaba con unos seiscientos miembros, pero había poco talento entre ellos. El legado de la guerra civil, que había eliminado a los mejores y más capaces, era todavía muy evidente. Resulta sorprendente que sólo catorce ex cónsules estuvieran presentes en el debate sobre Catilina, una ocasión de tal importancia en la que se hubiera esperado una gran afluencia. Craso evitó la reunión deliberadamente, mientras que Pompeyo y algunos otros cónsules habían salido de campaña. Suponiendo de modo

aproximado que un hombre tenía una expectativa de vida de veinte años después de haber sido cónsul, el total siguen siendo menos de la mitad de la cifra que podía preverse. En comparación con periodos anteriores, había muchos menos senadores distinguidos cuya auctoritas les permitiera guiar los debates del Senado. Esa era una de las razones por las que hombres como César y Catón lograron tanta prominencia a la temprana edad de treinta años.

VIII

CÓNSUL

En fin, César había tomado la determinación de trabajar, estar alerta, desdeñar lo propio en atención a los intereses de sus amigos y no negar nada que fuese digno de ser dado; anhelaba para sí un gran mando, un ejército, una guerra nueva donde pudiese resplandecer su coraje.

SALUSTIO, finales de la década de los años cuarenta a.C.[1]

¿Qué hablará de mí la historia dentro de seiscientos años? Ella me irfunde mucho más respeto que los rumorcillos de las gentes que hoy viven.

CICERÓN, abril de 59 a.C.[2]

El 28 y el 29 de septiembre del año 61 a.C., Pompeyo Magno celebró su tercer triunfo, que conmemoró sus victorias sobre los piratas y Mitrídates. Las festividades coincidieron con su cuarenta y cinco cumpleaños e incluyeron espectáculos y procesiones de escala y magnificencia sin precedentes. Su primer triunfo había llegado veinte años antes, pero esta vez no hubo ningún ridículo plan para aparecer montado en un carro tirado por elefantes. Pompeyo era mayor, más maduro, y no necesitaba ese teatro puesto que el esplendor de sus victorias eclipsaba los logros de los grandes generales del pasado. Aun así, los triunfos nunca eran ocasiones para el comedimiento o la modestia. Como cualquier aristócrata romano, Pompeyo se cuidó de cuantificar su éxito y en las procesiones se exhibieron carteles en los que se declaraba que había asesinado, capturado o derrotado a 12.183.000

personas, apresado o hundido 846 barcos de guerra y aceptado la rendición de 1.538 pueblos o plazas fortificadas. Cada reino, pueblo o lugar que había conquistado figuraba a su vez en las magníficas carrozas que llevaban los botines que les había robado. También había cuadros que mostraban famosos episodios de las guerras. Otros estandartes reflejaban cómo cada soldado del ejército había recibido mil quinientos denarios -que equivalían a más de diez años de paga- y proclamaban que se había añadido la vasta suma de veinte mil talentos de oro y plata al tesoro público. Pompeyo alardeaba de que, como resultado de sus esfuerzos, los ingresos anuales de la República habían aumentado en más del doble, desde los cincuenta millones a los ciento treinta y cinco millones de denarios. Al final de la procesión había un carro presentado como un trofeo por la victoria sobre el mundo conocido. La gente decía que Pompeyo había triunfado sobre tres continentes: África como parte de su primer triunfo, Europa y, en concreto, Hispana en el segundo, y ahora Asia en el tercero. Delante de Pompeyo marchaban más de trescientos rehenes de gran categoría, incluyendo reyes, princesas, jefes y generales, todos ellos ataviados con su traje nacional. El mismo general iba montado en un carro decorado con piedras preciosas y se cubría con una capa arrebatada a Mitrídates, que sostenía que una vez había pertenecido a Alejandro Magno. En opinión de Apiano, que escribió siglo y medio después, eso era poco probable, pero a Pompeyo le encantaba trazar paralelismos entre él y el mayor conquistador de la historia.'

No hay duda de que los logros de Pompeyo fueron grandiosos. La eliminación de los piratas había sido una

deslumbrante demostración de una meticulosa planificación y una rápida actuación, pero resultó ser sólo el preludio de éxitos aún mayores. Mitrídates del Ponto había sido uno de los enemigos más resistentes de Roma: Sila lo había expulsado de Grecia y había recuperado la provincia de Asia, pero la necesidad de regresar a Italia le había impedido lograr una victoria total. Lúculo había hecho más en los siete años que estuvo al mando en la región, atacando con fiereza al rey y sus aliados en una serie de batallas. Entretanto, se había hecho inmensamente rico con los botines de la guerra, pero perdió el apoyo de los publican que operaban en Asia como recaudadores de impuestos, así como de muchos de sus propios soldados.A un general de éxito nunca le faltaban oponentes en el Senado, porque los senadores se ponían instintivamente nerviosos cuando alguien acumulaba demasiada gloria, fortuna y auctoritas. Cada vez se alzaban más voces quejándose de que la guerra estaba durando demasiado, e incluso de que Lúculo la estaba prolongando de manera deliberada para enriquecerse todavía más. Su enorme provincia se dividió y las partes se repartieron entre nuevos gobernadores, privándole de los hombres y el material con el que hacer la guerra. Con Lúculo debilitado, Mitrídates tuvo la oportunidad de recuperar parte del terreno perdido. Todo cambió cuando llegó Pompeyo en el año 66 a.C. Con el apoyo de unos recursos de una escala que su predecesor nunca habría siquiera soñado, había aplastado el poder del rey a finales de año. Sería ir demasiado lejos decir que Lúculo ya había ganado la guerra no así en el caso de la Guerra de los Esclavos, que sin duda había decidido Craso antes de que Pompeyo llegara y tratara de robarle el mérito-, pero también

es cierto que su contribución a la posterior victoria romana fue importante.

Cuando hubo completado la tarea que se le había asignado, Pompeyo no mostró ningún deseo de retornar a Roma enseguida, sino que buscó nuevas oportunidades para ganar gloria con las tropas bajo su mando. En los siguientes dos años aprovechó cualquier oportunidad para conducir a sus legiones más lejos de lo que cualquier otro ejército romano hubiera llegado nunca. Marcharon contra los iberios y los albanos, recorriendo la orilla oriental del mar Negro y llegando hasta lo que llegaría a ser Rusia. Tras intervenir en una guerra civil entre miembros rivales de una familia real judía, Pompeyo había dado abundantes pruebas en estas campañas de su capacidad como comandante y es posible que en anteriores campañas se pusiera personalmente al frente de algunas batallas emulando el estilo heroico de Alejandro. En Jerusalén, sus comandantes y él habían penetrado en lo más sagrado de lo sagrado del Gran Templo, algo prohibido a todo el mundo excepto a los sumos sacerdotes. Como muestra de respeto, no se llevaron ninguno de los tesoros, pero el gesto, tal y como se pretendía, proporcionó una nueva leyenda que contar en Roma sobre las inauditas hazañas del gran general romano. Para los romanos, lo espectacular a menudo se combinaba con lo práctico, y Pompeyo pasó gran parte de su tiempo organizando la administración de las antiguas provincias romanas de la región y de las nuevas provincias que había creado. Las campañas activas habían cesado en buena medida cuando en el año a.C.llegó la noticia de que Mitrídates había muerto, asesinado por uno de sus escoltas después de que hubiera intentado envenenarse pero

descubriera que los antídotos que había tomado a lo largo de toda su vida le habían inmunizado. Aun así, Pompeyo permaneció en Oriente durante más de un año colonizando la región. Sus talentos organizativos eran considerables y muchas de las normativas que había establecido seguirían vigentes durante siglos.4

La insensatez con la que actuó Metelo Nepote durante su tribunado aumentó la aprensión acerca de lo que Pompeyo haría a su regreso a Italia. Nepote era su cuñado, había servido a sus órdenes como legado, por lo que su tendencia a usar la violencia y la intimidación para conseguir que Pompeyo conservara el mando de su ejército era muy preocupante. Se dice que Craso explotó ese clima llevándose a su familia al extranjero. Es dificil saber hasta qué punto Nepote estaba siguiendo instrucciones, pero es evidente que Pompeyo no puede haberse sentido satisfecho con un resultado que despertó las sospechas de muchos senadores sobre él sin lograr ningún beneficio. En la primavera del año 62 a.C. escribió al Senado en conjunto y a los principales senadores de modo privado asegurándoles que deseaba un retiro pacífico. Otro de sus legados, Marco Pupio Pisón, estaba ya en Roma haciendo campaña por el consulado para el año 61 a.C. Pompeyo le pidió al Senado que pospusiera las elecciones hasta final de año, de manera que pudiera estar presente y apoyar a su amigo. Las opiniones estaban divididas, pero Catón evitó que se produjera ninguna votación manipulando los procedimientos del Senado. Cuando se le preguntó su opinión en el debate, siguió hablando hasta que finalizó la jornada y la reunión se clausuró sin haber llegado a ningún resultado. Nadie intentó debatir el tema de nuevo.

Cuando llegó el momento, Pisón obtuvo el consulado de todos modos, pero esa fue la primera de una serie de desaires que tuvo que sufrir Pompeyo, lo que no le impidió continuar esforzándose para tranquilizar al Senado sobre sus buenas intenciones. Cuando por fin se presentó en Brindisi en diciembre del año desmovilizó de inmediato a sus legiones, dando orden a sus soldados de que se reunieran de nuevo sólo cuando llegara el momento de marchar en su triunfo.'

Hasta que celebrara su triunfo, Pompeyo no podía cruzar el pomerium, la frontera sagrada de la ciudad, por lo que se alojó en su villa en las colinas albanas, a las afueras de Roma.A mediados del siglo importantes partes de Roma estaban más allá del pomerium. En varias ocasiones, el Senado eligió localizaciones en aquellas áreas para reunirse, y también se celebraron reuniones públicas allí, para que Pompeyo pudiera acudir. Cuando fue elegido cónsul el año 70 a.C., Pompeyo encargó al experimentado senador y prolífico autor Marco Terencio Varrón que le escribiera un folleto que explicara los procedimientos senatoriales. Su regreso a la vida política demostró que, tras casi seis años de campañas, todavía le quedaba mucho por aprender. Su primer discurso fue un fracaso, no le gustó a nadie.Tuvo mala suerte porque llegó en plena controversia sobre el juicio de Clodio por sacrilegio, mientras se debatía acaloradamente qué procedimiento debía emplearse y, en particular, cómo se seleccionarían los jurados. Pisón, el antiguo legado de Pompeyo, era amigo y partidario de Clodio, mientras que el otro cónsul era un oponente igualmente determinado. Pompeyo, que no era un orador muy entrenado o especialmente dotado, intentó mostrar su firme apoyo y respeto por el Senado cuando se le pidió

opinión sobre esos asuntos, pero sus discursos despertaron poco entusiasmo. Cicerón, todavía resentido por la negativa de Pompeyo a alabarle con suficiente entusiasmo por la eliminación de Catilina, fue muy cáustico en sus opiniones sobre el hombre que tan a menudo había apoyado en el pasado. El 25 de enero del año 61 a.C. le escribió a su amigo Ático que Pompeyo, «según hace ver, me estima, me aprecia, me quiere mucho; me elogia a las claras, pero en el fondo, aunque de forma que resulta evidente, me mira con malos ojos: nada de afabilidad, ni de sencillez, ni de claridad "en cuestiones políticas", ni honestidad, ni valor, ni independencia».' Cicerón se mostró encantado cuando Craso comenzó a ensalzarle en el Senado, probablemente porque Pompeyo no lo había hecho.7

En la esfera personal, las cosas funcionaban algo mejor: Pompeyo se había divorciado de su esposa, Mucia, casi inmediatamente después de regresar a Italia. César y ella habían tenido una aventura mientras su marido estaba ausente, pero él no había sido su único amante y sus infidelidades eran un escándalo público. El divorcio tuvo desafortunadas consecuencias políticas, alejando a Pompeyo de sus hermanastros Metelo Nepote y Quinto Cecilio Metelo Celer, porque, como familia, los Metelos siempre estaban dispuestos a responder ante desprecios reales o aparentes. Después de sufrir el ataque de Nepote, Cicerón tuvo que esforzarse mucho para aplacar a Metelo Celer, aunque había sido su hermano el que comenzó la disputa. Celer era un importante candidato al consu lado en el año 60 a.C., lo que le convertía en un enemigo especialmente peligroso. No obstante, el divorcio le brindó a Pompeyo la oportunidad de

establecer nuevas alianzas políticas, y es evidente que deseaba demostrar una vez más su compromiso con la élite senatorial y que no era ningún revolucionario. Se dirigió a Catón y le pidió que permitiera que su hijo y él se casaran con sus sobrinas, las hijas de Servilla. Para consternación de las chicas y su ambiciosa madre, Catón rechazó la propuesta, un gesto que se sumó a su reputación de situar los severos dictados de la virtud por delante de la ventaja política. Aunque tuvo que renunciar a la perspectiva de aliarse con el hombre más rico y el comandante más famoso del Senado, el incidente hizo crecer la leyenda que Catón estaba creando de forma consciente con sus acciones y su actitud.'

Durante aquellos años, Pompeyo tenía dos objetivos fundamentales. El primero era asegurarse de que los veteranos dados de baja del ejército recibían tierras. En el año 70 a.C. se había aprobado una ley para ocuparse de la situación económica de los hombres que habían luchado a sus órdenes en Hispania, pero no había conseguido demasiado ya que el Senado no había proporcionado los recursos para garantizar una distribución adecuada de la tierra. Su segundo objetivo era garantizar la ratificación de la reorganización de Oriente, del conjunto de leyes y regulaciones que había establecido tras su victoria sobre Mitrídates. Lo normal era que un comité senatorial se ocupara de estas cuestiones, pero Pompeyo había acometido la tarea sin esa autoridad. El hecho de que el trabajo realizado fuera excelente no evitó que recibiera bastantes críticas. Lúculo, que había tenido que esperar años para su propio triunfo y que seguía resentido por haber sido sustituido en el mando por Pompeyo, salió de su autoimpuesto retiro de la vida pública para enfrentarse a él.

Criticó en especial los cambios que se habían efectuado en su propia normativa. Pompeyo deseaba que toda la reorganización de Oriente se ratificara en una sola ley. Lúculo, Catón y muchos otros senadores importantes exigían, por el contrario, que cada una de las normas se discutiera y tratara de forma individual. Durante el consulado de Pisón en el año no se logró nada, en parte por su preocupación por el juicio de Clodio. Dándose cuenta de que Metelo Celer estaba prácticamente seguro de alcanzar el consulado para el año Pompeyo hizo numerosos sobornos para asegurarse de que le proporcionaban un colega dócil. El hombre elegido fue otro de sus antiguos legados, un «hombre nuevo» llamado Lucio Afranio. Aunque es posible que fuera un oficial capaz, era más conocido como bailarín que por su habilidad como político. Como cónsul resultó ser un fracaso total, al que el también «hombre nuevo» Cicerón consideró poco más que un chiste del peor gusto. Más talento demostró Lucio Flavio, uno de los tribunos del año, que estaba muy dispuesto a hacer lo que Pompeyo quisiera. Propuso una nueva ley agraria que pretendía proporcionar granjas a los veteranos y a muchos pobres de la ciudad. Metelo Celer lideró la oposición y fue tan brutal en su invectiva que el tribuno ordenó que le metieran en prisión. El cónsul era un jugador suficientemente astuto del juego político para saber cómo explotar la situación y enseguida convocó una reunión del Senado en la misma cárcel. La respuesta de Flavio fue situar su banco oficial de tribuno delante de la entrada para impedir que nadie pudiera entrar. Sin dejarse intimidar, Metelo ordenó a sus asistentes que abrieran un agujero en la pared de la prisión para que pasaran los senadores. Pompeyo se dio cuenta de que Flavio

estaba perdiendo la batalla y le ordenó que liberase al cónsul. El episodio mostró el mismo respeto, casi ridículo, por las convenciones que el enfrentamiento entre Catón y Nepote en el año 62 a.C. en el podio del Templo de Cástor y Pólux. En este caso, el asunto se detuvo antes de que hubiera auténtica violencia.Ante el fracaso de nuevos intentos de intimidar a Metelo negándole el derecho de ir a una provincia, el proyecto de ley acabó abandonándose.'

Después de dos años, Pompeyo no había alcanzado ninguno de sus dos objetivos clave. La confirmación de la reorganización de Oriente y la entrega de tierras para los soldados veteranos eran medidas sensatas que habrían beneficiado a la República. Metelo se opuso al proyecto de ley sobre todo porque no deseaba hacer nada que favoreciera al hombre que se había divorciado de su hermanastra Mucia, pero también por el prestigio de mostrarse independiente y por su innata tozudez. Su abuelo había obtenido fama gracias a ser el único senador que se negó a jurar obediencia a una de las leyes de Saturnino, por lo que sufrió un periodo de exilio. Lúculo estaba motivado por la memoria del perjuicio que sentía que Pompeyo le había infligido en el año 66 a.C., mientras que Catón y otros estaban más inclinados a frustrar las iniciativas de Pompeyo como un medio de frenar su ascenso y de impedirle que dominara la República con su enorme riqueza y fama. Pompeyo no fue el único senador que se sintió frustrado esos años. Craso, que al principio se había solazado con los problemas de su rival, descubrió que muchos senadores de la misma camarilla estaban igualmente deseosos de bloquear una medida de gran importancia para él.A principios del año 60 a.C. se produjo una disputa entre el

Senado y los équites que lideraban las grandes empresas de los publican. Estos habían adquirido los derechos para recaudar impuestos en Asia y las demás provincias orientales sólo para descubrir tras tantos años de guerra que no conseguían recaudar suficientes ingresos para cubrir la suma que habían prometido al erario público. Al enfrentarse a la perspectiva de registrar pérdidas en vez del habitual pingüe beneficio derivado de la recaudación de impuestos, los consternados publican pretendieron renegociar las condiciones de su contrato, reduciendo el importe que debían entregar al tesoro público. Craso, que estaba estrechamente asociado con los publican más importantes y probablemente tenía participaciones en varias compañías, les apoyó con entusiasmo. Cicerón consideraba que la demanda era indignante, pero estaba dispuesto a aceptarla puesto que era necesario aplacar y mantener del lado del Senado a la acaudalada orden ecuestre. Una nueva ley de sobornos acababa de imponer severas multas a los équites, así como a los jurados senatoriales, lo que había ofendido gravemente a los miembros de la orden. Catón nunca había contenido su indignación y se opuso con firmeza a los publican, persuadiendo al Senado de que rechazara la apelación. Cicerón comentó con desesperación que Catón «con su mejor intención y su mayor buena fe perjudica algunas veces a la República; pues interviene como si estuviera en la "república ideal" de Platón y no en la de fango de

Los planes de Pompeyo y Craso, los dos hombres más ricos y, en ciertos sentidos, los más influyentes de la República, estaban siendo desbaratados por los miembros de un puñado de familias nobles que dominaban el Senado. Pompeyo, en

particular, había sido rechazado cuando intentó formar parte de esta élite interna. Una pequeña minoría de aristócratas estaban bloqueando reformas necesarias, razonables y populares, además de otras medidas más cuestionables que tal vez hubieran sido oportunas políticamente. La inercia existente en el mismo corazón de la República estaba provocando el rechazo de muchos ciudadanos en todos los niveles de la sociedad. Décadas más tarde, uno de los ex comandantes de César comenzaría su historia de la guerra civil en el año en que Metelo Celer y Afranio fueron cónsules. En retrospectiva, muchos considerarían el año 60 a.C como el año en el que la enfermedad que corroía la República se tornó terminal."

DE VUELTA AL HOGAR

En el verano del año 60 a.C., César volvió de Hispania. Tenía cuarenta años y -seguramente con la misma dispensa de la que había disfrutado para ocupar anteriores cargos dos años antes del momento normal- podía presentarse al consulado del año 59 a.C. Es evidente que llevaba tiempo preparando el terreno para presentar su candidatura. Al no poder hacer campaña en persona, parece que escribió a algunos senadores influyentes, incluyendo a Cicerón. César era un prolífico escritor de cartas, lo que hace aún más desafortunado el hecho de que se conserve tan poco de su correspondencia. Se cree que era capaz de dictar a varios escribas a la vez, y era famoso por ser el primer hombre que, mientras estaba en Roma, escribía con regularidad a amigos y aliados políticos que también estaban en la ciudad. Es posible que se divorciara de Pompeya con una nota.También es probable que utilizara una carta para llegar a un acuerdo con otro de los candidatos para

organizar una campaña conjunta. Este candidato era Lucio Luceyo, un hombre de considerable riqueza pero escasa fama o carisma. La suma de su dinero con la popularidad de César era una poderosa combinación. A principios de junio del año 60 a.C., antes siquiera de haber llegado a Roma, César era considerado favorito en la pugna por el consulado, lo que movió a Cicerón a comentar que sus «vientos son ahora muy favorables». Evidentemente, las cartas de César a Cicerón habían agradado al orador, porque escribió a Ático diciendo que esperaba «hacer mejorar a César», lo que veía como un buen servicio para la República."

César, al igual que Pompeyo dos años antes, llegó a las afueras de Roma, pero no podía cruzar el pomerium hasta que celebrara el triunfo que había obtenido por sus campañas en Hispania. Un triunfo, con sus espectaculares procesiones y celebraciones, mejoraría aún más sus perspectivas electorales. El electorado romano y la sociedad en general admiraba la gloria militar por encima de todas las cosas y, en la práctica, era muy probable que un cónsul acabara al mando de una guerra importante, por lo que las pruebas de que poseía talento castrense eran obviamente una buena cosa.A Cicerón le gustaba a veces proclamar que un gran historial como abogado en los tribunales se valoraba casi tanto como las proezas militares, pero no hay duda de que, en el fondo de su corazón, sabía que esa no era la opinión de la mayoría de los votantes. Sin embargo, por ley, los candidatos a un cargo público tenían que presentarse en persona a una reunión en el Foro. Llevaba tiempo preparar de modo adecuado la celebración triunfal que, además, sólo podía tener lugar en un día asignado por el Senado. La fecha de las elecciones ya se

había fijado y César no podría presentarse a menos que cruzara el pomerium, renunciando así a su triunfo. Solicitó una exención a la regla que le permitiera convertirse en candidato sin aparecer en persona. Se supone que la solicitó por carta, o mediante intermediario, ya que no hay constancia de que el Senado se reuniera en uno de los templos al otro lado del pomerium para que pudiera asistir. Suetonio narra que hubo amplia oposición a esa petición. El resto de nuestras fuentes identifican a Catón, algo nada sorprendente, como el principal foco de oposición: de nuevo utilizó la táctica de continuar hablando hasta que se acabó el tiempo del debate y la reunión tuvo que clausurarse sin que se hubiera votado sobre el tema. El Senado no volvería a reunirse hasta después de que la lista de candidatos hubiera sido anunciada de forma oficial (el Senado sólo podía reunirse ciertos días y no podía, por ejemplo, hacerlo el mismo día en que se celebraba una asamblea popular). La táctica de Catón de prolongar los debates para que no se votara una proposición había funcionado en el pasado y esta vez garantizó que César no pudiera celebrar su triunfo y presentarse al consulado para el año siguiente.`

Las maniobras dilatorias de Catón funcionaron, pero no del modo que había pretendido. Cuando César se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, renunció inmediatamente a su triunfo y entró en la ciudad, cruzando el pomerium para presentarse candidato al consulado. Es dificil valorar en lo que vale la importancia que tuvo esta decisión. Un triunfo era uno de los mayores honores al que podía aspirar un aristócrata romano, algo que se conmemoraría de manera permanente mediante la exhibición de sus símbolos en el atrio de su casa.

Pompeyo, cuya carrera había sido siempre muy poco ortodoxa, había obtenido tres triunfos, pero eso era algo excepcional y en ese periodo era muy poco habitual que un hombre obtuviera ese honor más de una vez. No sólo eso: los triunfos se otorgaron únicamente a una pequeña minoría de propretores en el siglo y eran bastante raros incluso para los procónsules. Era la más clara indicación de que César estaba mirando hacia el futuro, absolutamente convencido de que le aguardaban hazañas y oportunidades mucho mayores. Un triunfo por sus victorias en Hispana habría sido muy grato y había hecho todo lo posible para conseguirlo, pero el consulado era un premio aún mejor.

Los motivos de Catón también merecen nuestra consideración, porque, a primera vista, su acción parece absurda, pero en retrospectiva, también había supuesto un grave error. Como mucho habría logrado retrasar la candidatura de César durante un año: César habría obtenido su triunfo, lo que sólo habría incrementado sus perspectivas electorales, ya de por sí buenas. Quizá Catón esperara que durante los siguientes doce meses, las deudas de César acabarían aplastándole y su carrera implosionaría. No obstante, acababa de regresar de su provincia y, como todos los gobernadores romanos y en especial aquellos que participaban en una guerra victoriosa, sin duda se había beneficiado. Sus deudas eran demasiado elevadas para que pudiera saldarlas y es evidente que César necesitó la fortuna de Luceyo en su campaña electoral, pero en general lo más probable es que su situación financiera a su regreso de Roma fuera mejor que cuando se marchó. Como ciudadano particular, César podía ser procesado, así que tal vez se

esperaba que pudiera ser acusado en el tribunal de extorsión. Sin embargo, la mayoría de ex gobernadores que se enfrentaban a esos cargos resultaban absueltos y, como hemos visto, es posible que César fuera inocente, aunque ese no era necesariamente el factor clave en muchos juicios. Había una razón más personal para retrasar un año la candidatura de César. El yerno de Catón, Marco Calpurnio Bíbulo, también se presentaba al consulado. Era el mismo hombre a quien César había eclipsado completamente durante su mandato edilicio en el año 65 a.C. Los talentos de Bíbulo eran modestos y aún lo parecían más en comparación con el atractivo y muy competente César. No obstante, el sistema, con la norma de la edad mínima para cada cargo, garantizaba que, con frecuencia, un hombre compitiera y ocupara los distintos puestos con los mismos hombres a lo largo de toda su carrera. Tanto César como Bíbulo habían sido pretores en el año 62 a.C., aunque no se tiene noticia de que surgiera ningún conflicto entre ellos. Posponer la candidatura de César al consulado suponía que, por una vez, Bíbulo tendría la oportunidad de ser el centro de atención.Asimismo evitaba el peligro de que el «nuevo hombre», Luceyo, impulsado por la popularidad de su aliado, relegara a Bíbulo a un tercer puesto. Perder unas elecciones era un humillante golpe para un miembro de una familia noble.

Es decir, la familia de Catón obtenía indudables beneficios del bloqueo de la solicitud de César.Tampoco debería ignorarse el conflicto que existía entre ambas personalidades. No exageramos si decimos que Catón detestaba a César, cuya maldad creía haber descubierto bajo su encanto exterior. La continuada relación extramatrimonial que mantenía Servilla

con ese hombre exacerbaba los sentimientos de su hermanastro. La aristocracia romana no veía nada malo en que los senadores se movieran por odios personales siempre que sus acciones no fueran excesivas y, desde ese punto de vista, Catón simplemente estaba aprovechando la oportunidad de perjudicar a uno de sus enemigos. Más aún, todas las veces que logró hacer cambiar de opinión al Senado o impedir que tomara alguna medida, la reputación de Catón mejoró. En aquel momento tenía sólo treinta y cinco años y el puesto más importante que había ocupado era el tribunado, pero ya tenía una posición bien establecida como una de las voces dominantes del Senado. Era Catón un dechado de virtudes pasadas de moda a la manera de su famoso antepasado y nunca era disuadido de sus opiniones o tenía miedo de expresarlas aunque fueran contrarias a lo que pensaba la mayoría. Realmente parece poco probable que en el año 60 a.C. considerara a César un peligro para la República y las cartas de Cicerón demuestran que esa no era la opinión de la mayoría antes de las elecciones. El único indicio de que hubiera alguna sospecha llegó cuando el Senado asignó las provincias que los cónsules del año recibirían tras su año de mandato, algo que una ley de Cayo Graco había estipulado que debía llevarse a cabo antes de las elecciones. En este caso el Senado decidió que ambos hombres serían enviados a «los bosques y caminos rurales de Italia» (silvac callesque). Era cierto que la Italia rural había sufrido mucho en las últimas décadas, pero aun así esa tarea estaba muy por debajo de la dignidad de un cónsul, y no digamos de dos. La sugerencia de que la asignación pretendía únicamente mantener a los cónsules en la reserva por si acaso

se producía una guerra importante en la Galia no es demasiado convincente, ya que no era una práctica habitual en Roma. Era un insulto que, según mantienen nuestras fuentes, estaba dirigido contra César, aunque no hay que olvidar que era igualmente probable que Bíbulo sufriera también por esa humillación.14

Los cónsules eran elegidos por la Comitia Centuriata, cuya estructura difería mucho de las asambleas tribales. César ya había obtenido un éxito en la Comitia cuando fue elegido pretor, pero la competición era inevitablemente más dura por los dos consulados que por las ocho preturas de cada año. Los comicios consulares solían celebrarse a finales de julio, de manera que César disponía sólo de unas pocas semanas para hacer campaña en persona. La Comitia Centuriata se reunía en el Campo de Marte, con rituales que tenían fuertes asociaciones con el sistema militar de los inicios de la historia de Roma, como por ejemplo el hecho de izar una bandera roja en la colina Gianicolo, que ya mencionamos en relación con el juicio de Rabirio (véase página 165). El magistrado presidente, uno de los cónsules de ese año, también dio instrucciones a la asamblea al estilo tradicional, lo que hizo que sonaran como órdenes militares. Primero se celebró una reunión informal o contio antes de que empezara la asamblea en sí, aunque no se sabe si los candidatos tuvieron la oportunidad de pronunciar un discurso como una última apelación al electorado. El cónsul abriría con una oración, seguido por una fórmula prefijada que ordenaba a los presentes que eligieran a los dos nuevos cónsules. Los votantes se dividían en centurias dependiendo de sus propiedades tal y como las registrara el último censo. Las

centurias estaban compuestas de hombres de las mismas tribus, pero sólo en ese sentido había un elemento tribal. La votación comenzó con las setenta centurias de la Primera Clase, seguidas de las dieciocho centurias ecuestres. Cada centuria elegía dos nombres de la lista de candidatos para cubrir las dos vacantes. Había un total de 193 centurias y el resultado de las elecciones podía decidirse, y a menudo se decidía, durante la votación de la Segunda Clase. Los miembros de la Primera Clase tenían que contar con importantes propiedades, aunque se desconoce la cantidad exacta correspondiente a ese periodo. Sería un error pensar que todos ellos eran muy ricos; algunos eran casi tan ricos como los équites, pero otros contaban con medios relativamente modestos. No hay verdaderos indicios de que los miembros de esta clase tuvieran un fuerte sentimiento de identidad corporativa o de formar una clase social en el sentido moderno. La decisión de que las centurias votaran primero influía en los posteriores votos, ya que, con frecuencia, se sentía el impulso de elegir a aquellos hombres que se esperaba que resultaran victoriosos. Influía en especial la decisión de una centuria de la Primera Clase que era elegida por medio del azar para hablar en primer lugar: se trataba de la centuria praerogativa, y la opinión más extendida era que el hombre cuyo nombre salía el primero en el voto de esta centuria ganaría las elecciones.`

Como en otras elecciones, la votación de la Comitia Centuriata tuvo lugar en la saepta o «redil» del Campo de Marte. Conocida también como los oviles, esta estructura temporal de cercados de madera para cada una de las unidades de votación estaba a la intemperie y cubría una amplia zona.

No sabemos cuántos ciudadanos participaban de manera habitual. Más de 900.000 ciudadanos varones estaban incluidos en el censo y al menos varios cientos de miles de ellos vivían en la misma Roma, al menos durante parte del año. Sin embargo, parece muy improbable que la mayoría de ellos, ni siquiera de los residentes, pudiera votar aunque hubiera querido hacerlo, dado el tamaño de la saepta. Los cálculos que se han realizado sobre el número de votantes que podrían acomodarse dentro de estos recintos electorales, normalmente modificados a partir de conjeturas sobre la posible duración de las votaciones, ya que todo el proceso debía haber terminado con la puesta del sol, varían desde las cifras más elevadas de 70.000 o 55.000, hasta las más bajas de 30.000. La tendencia de todos los investigadores ha sido sugerir que se trata de cifras máximas y que las cantidades reales solían ser muy inferiores. A pesar de que sería poco prudente confiar en exceso en esas conjeturas, se puede afirmar sin temor a equivocarse que sólo una minoría de las personas que tenían derecho a votar efectivamente lo hacían. No obstante, es dificil saber si siempre se reunían más o menos los mismos votantes, como se suele dar por supuesto. Una elección consular era sin duda un gran acontecimiento, y muchos ciudadanos viajaban a Roma desde todas partes de Italia para participar. Inevitablemente estos solían ser los más acomodados, pero dado que los deseos de la orden ecuestre y la Primera Clase tenían tanto peso, su importancia era aún mayor. Es evidente que los resultados de las elecciones eran impredecibles y que era muy excepcional que los dos candidatos para el consulado fueran considerados ganadores seguros. La centuria praerogativa era seleccionada a suertes el

día de las elecciones, lo que añadía un elemento de incertidumbre a los procedimientos.16

Durante su propia campaña, Cicerón había contemplado la posibilidad de visitar la Galia Cisalpina para intentar conseguir votos entre los ciudadanos acaudalados de allí y a lo largo de su vida trató de mantener vínculos con muchas partes de Italia. Cuando los favores y la amistad del pasado no bastaban, el dinero podía convencerlos. Había hombres en cada tribu que podían hacer cambiar el voto de los demás miembros de su tribu, tanto si votaban conjuntamente como si lo hacían cada uno en su propia centuria. En el año numerosas personas dijeron haber visto a muchos de esos hombres visitar el jardín de Pompeyo para recibir el pago por apoyar a su candidato, Afranio. En el año los sobornos fueron menos flagrantes, pero siguieron siendo utilizados por todos los candidatos. El dinero de Luceyo actuaba para sí mismo y para César, mientras que Bíbulo utilizaba no sólo sus propios recursos, sino que recibía ayuda de varios senadores destacados. Catón lo aprobaba, de la misma manera que no procesó a su cuñado por cohecho en las elecciones del año 63 a.C. cuando atacó a Murena por el mismo asunto. Como cualquier otro senador, deseaba que su familia tuviera éxito. Según Suetonio, Catón y otros partidarios de Bíbulo actuaban también impulsados por el temor de lo que César podía llegar a hacer si era elegido cónsul y tenía como colega a un hombre muy ligado a él políticamente. Es posible que esta opinión proceda de una visión retrospectiva y es probable que los contactos y el estatus de la familia de Bíbulo fueran factores mucho más importantes."

El día de las elecciones, César quedó en primera posición

por un cómodo margen. Bíbulo consiguió el segundo puesto, de modo que Luceyo obtuvo escasa rentabilidad de los gastos realizados. Seguramente muchos de los votantes escribieron los nombres de César y Bíbulo en sus papeletas. Ahora que había alcanzado una magistratura superior, la cuestión era qué haría César y cómo se comportaría en sus doce meses de mandato.

LA LEY AGRARIA

En diciembre del año 60 a.C., unas cuantas semanas antes de que César tomara posesión del cargo de cónsul el 1 de enero del año 59 a.C., Cicerón recibió una visita en su villa del campo. Se trataba de Lucio Cornelio Balbo, el ciudadano romano de Gades, en Hispania, que había trabajado recientemente en la plana mayor de César y que ahora estaba empezando a actuar como su representante político. Balbo habló fundamentalmente de la reforma agraria que César planeaba introducir durante su consulado. A lo largo de su vida, Cicerón sintió una aversión de terrateniente a cualquier redistribución y su oposición había contribuido mucho a bloquear el proyecto de ley de Rulo tres años antes. Esta vez podía elegir entre oponerse a la nueva ley, ausentarse un tiempo para evitar comprometerse o bien apoyarla. Como Cicerón le explicó a Ático por carta, César esperaba que la apoyara; Balbo le había asegurado que «César seguirá mi opinión y la de Pompeyo en todos los temas y que trataría de reconciliar a Craso con Pompeyo». Si Cicerón seguía ese curso de acción, tendría la perspectiva de «una estrecha alianza con Pompeyo y, si lo deseo, también con César, y una reconciliación con mis enemigos, paz con la turba y seguridad en la vejez». César estaba preparando cuidadosamente su año

de mandato e intentando conseguir tantos aliados políticos como fuera posible. Cicerón, a pesar de sus éxitos como cónsul, seguía siendo un «hombre nuevo», nunca había llegado a ser aceptado por completo por las familias establecidas del Senado, y el hecho de haber ejecutado a los conspiradores en el año 63 a.C. le hacía vulnerable a un ataque por haberse excedido en sus poderes. Durante la última década se había mostrado como un leal partidario de Pompeyo. Ahora, era evidente que Pompeyo se había asociado con la reforma agraria de César y ambos deseaban asegurarse de que la oratoria de Cicerón ayudaba a su causa.`

Tras meditarlo un poco, Cicerón se negó a comprometerse, lo que sin duda supuso una decepción para César, pero no excesiva, puesto que ya había conseguido dos aliados que eran mucho más poderosos. Balbo le había insinuado a Cicerón que existía la posibilidad de que se produjera una alianza entre Pompeyo y su principal rival, Craso. Efectivamente, en un momento dado durante esos meses, César logró que ambos se aliaran y él se vinculó a ellos de tal manera que, en palabras de Suetonio: «No se podía hacer nada en la República que desagradara a cualquiera de los tres».19 Esta alianza política es conocida por los estudiosos como el Primer Triunvirato (el Segundo Triunvirato estuvo formado por Marco Antonio, Octavio y Lépido en noviembre del año 43 a.C. para oponerse a los asesinos de César). Triunvirato significa sólo junta de tres, pero a diferencia del Segundo Triunvirato, que fue establecido de manera oficial por medio de una ley y otorgó a los tres hombres poderes dictatoriales, la asociación entre Craso, Pompeyo y César tenía un carácter informal. Al principio la alianza fue asimismo secreta: el hecho de que en

diciembre del año 60 a.C., Balbo hablara sólo de la posibilidad de reconciliación entre Pompeyo y Craso no debe tomarse como una indicación de que el triunvirato todavía no se había constituido, sino sólo de que todavía no se había hecho público. Hacía ya algún tiempo que César estaba estrechamente asociado con Craso, que había invertido mucho en él al actuar como aval para las deudas que estuvieron a punto de evitar que César partiera para asumir el gobierno de Hispana Ulterior. César tenía tiempo y, una vez más, había sido un partidario clave de las medidas que favorecían a Pompeyo. Sin duda también le conocía -el mundo de la aristocracia romana era pequeño, y ambos habían estado en Roma gran parte del periodo entre los años 70-67 a.C.- aunque no hay constancia de ninguna intimidad especial. César había seducido a la esposa de Pompeyo durante su ausencia mientras este estuvo en el extranjero, lo que desde luego no le había granjeado el cariño de su marido, pero el caso es que también se había acostado con la esposa de Craso sin que eso impidiera que colaboraran en cuestiones políticas.Tanto las iniciativas de Pompeyo como las de Craso habían sido frustradas en los últimos años, y habían descubierto que su riqueza e influencia no eran suficientes para conseguir todo lo que deseaban. Pompeyo necesitaba un cónsul más dotado y determinado que Pisón o Afranio para lograr que se hiciera lo que se le antojaba. César había sacrificado un triunfo para obtener el consulado de inmediato. Para que ese sacrificio mereciera la pena, necesitaba una oportunidad de emprender aventuras militares mucho mayores después de su año de mandato, algo que los «bosques y caminos» de Italia claramente no le proporcionarían. Para

lograr esa oportunidad, quería contar con seguidores influyentes. Si se hubiera unido sólo con Pompeyo o sólo con Craso, era probable que la mutua antipatía entre ambos hubiera garantizado que el otro se opondría a César. Con la seguridad de que Catón, Bíbulo y sus asociados se enfrentarían a cada una de sus decisiones, sencillamente no podía permitirse ningún otro enemigo poderoso. Por tanto, la elegante y simple respuesta era unir a Pompeyo y a Craso, sabiendo que su relevancia combinada sería irresistible. Catón y los otros nobles que habían bloqueado e irritado a los dos mejores hombres de la República le habían brindado esa oportunidad.Aun así, es indudable que fueron necesarias todas las dotes de persuasión y el encanto de César para convencer a los antiguos enemigos de que podría lograr lo que se proponía si ambos se unían para apoyarle.`

Es posible que las negociaciones para crear el triunvirato comenzaran por carta, pero no es probable que se tomara ninguna decisión en firme hasta que César regresó a Italia en el verano del año 60 a.C. Seguramente no aceptaron hasta después de las elecciones consulares, cuando el éxito de César reforzó su posición negociadora. No se sabe con certeza si Pompeyo y Craso unieron fuerzas abiertamente para hacer campaña a su favor. Aunque lo hubieran hecho, tal vez no se habría considerado muy significativo, ya que era normal que los enemigos personales apoyaran al mismo candidato si existían lazos de amistad individuales con él. La cooperación entre los tres hombres no se sospechó de forma generalizada hasta enero del año 59 a.C. como muy pronto. Más tarde, resultó incluso más obvio y provocó la indignación y los habituales gritos de la época final de la República.Varrón, el

erudito que en el año 70 a.C. aconsejó a Pompeyo sobre procedimientos senatoriales y, más adelante, sirvió como su legado, escribió un folleto censurando al «monstruo de tres cabezas». Más de un siglo y medio más tarde, Plutarco afirmó de manera categórica que la amistad entre los triunviros, en especial entre César y Pompeyo, fue la causa fundamental de la guerra civil y del final de la República romana; fue el modo que utilizó César para obtener tanto poder que al final pudo vencer incluso a Pompeyo. Era una opinión expresada a posteriori, pero evidentemente no era única, aunque sugiere una inevitabilidad de los futuros acontecimientos que resulta cuestionable. Sin embargo, en cierto sentido Plutarco había comprendido que el triunvirato no era en realidad una unión entre personas con los mismos ideales y ambiciones políticos. Pompeyo, Craso y César buscaban obtener ganancias personales. Pompeyo quería tierra para sus veteranos y la ratificación de su reorganización de Oriente, y Craso deseaba tranquilizar a los recaudadores de impuestos de Asia. César era con mucho el miembro de menos categoría, que necesitaba apoyos poderosos si pretendía conseguir algo en vista del colega tan poco colaborador con quien le había tocado compartir consulado y si aspiraba a conseguir un mando provincial importante más adelante. De hecho, él era un instrumento de los otros dos, porque necesitaban un magistrado para proponer y hacer que se aprobara la legislación que necesitaban.A cambio, César sería recompensado por esa labor. Cada uno de ellos sabía que los otros se beneficiarían del acuerdo, pero eso les parecía bien siempre que ellos alcanzaran sus propios objetivos. En última instancia era un matrimonio de conveniencia que cualquiera

de los miembros podía romper en cuanto cesara de beneficiarle. Verlo como una unión más sólida o permanente sería arriesgarse a malinterpretar los hechos de ese año y los posteriores. Dión cuenta que los tres hombres hicieron solemnes juramentos, pero lo más probable es que se trate de propaganda posterior. Prestar juramento en secreto siempre fue considerado como un acto siniestro por los romanos. Se supone que Catilina lo hizo con sus seguidores. En siglos posteriores esa sería una de las acusaciones que se esgrimirían contra los primeros cristianos.`

Los dos cónsules gozaban del mismo poder, pero cada uno de ellos tenía prioridad sobre su colega en meses alternos. César había quedado por delante en las elecciones, por lo que, cuando Bíbulo y él tomaron posesión del cargo el 1 de enero del año 59 a.C., fue él quien obtuvo la prioridad y comenzó el año de la República con oraciones y sacrificios. Cada uno de los cónsules iba acompañado de doce lictores que transportaban las fasces que simbolizaban el poder del magistrado. El cónsul con prioridad en aquel mes debía sostener las fasces. Por lo general, los lictores marchaban delante del magistrado, abriendo un camino a través de la multitud si era necesario. Como signo de respeto hacia su colega, César determinó a principios de año que siempre que Bíbulo llevara las fasces, sus propios lictores marcharían detrás de él. Pero sólo un oficial menor, el accensus, le precedería. Ese fue sólo uno de los diversos gestos razonables que César tuvo al principio de año. Como todo el mundo, también deseaba que sus obras y palabras fueran del dominio público, por tanto, los discursos en el Senado y en las reuniones públicas serían registrados por escribas y publicados en el

Foro. En el pasado, sólo se habían anotado de manera ocasional, por ejemplo en algunos de los debates que se produjeron durante el consulado de Cicerón."

Sin embargo, su inmediata prioridad era el proyecto de ley sobre la tierra y es probable que se leyera en el Senado y se debatiera el 1 o el 2 de enero. Era necesario darse prisa, porque un proyecto de ley debía publicarse veinticuatro horas antes de que se convocara a la asamblea tribal para votarlo. Si César quería que esa votación se efectuara en enero mientras él llevaba las fasces, entonces cada día contaba, porque el Senado no se podía reunir el 3 o el 4.Ya se había realizado un esfuerzo considerable para preparar el proyecto de ley y garantizar su aprobación antes de que acabase el año anterior.Ya hemos visto que Balbo había sido enviado a hacer campaña para apoyar a Cicerón. César se había preocupado de aprender del fracaso de los proyectos agrarios de Rulo y Flavio y la tierra pública de Campana -el ager Campanus, que proporcionaba al erario público unos suculentos ingresos- fue excluida formalmente. Las cláusulas también especificaban con claridad que se respetaría la propiedad privada. Una comisión supervisaría la adquisición y distribución de la tierra a los soldados veteranos de Pompeyo y a muchos pobres de la ciudad. Los comisionados sólo estaban autorizados a comprar tierra de propietarios que desearan vender y el precio era el registrado en el último censo. Los fondos para la adquisición provenían de los vastos excedentes procedentes de las victorias de Pompeyo. Otras cláusulas de la ley reconocían de manera expresa todas las tierras ocupadas existentes, a menos que se multiplicaran los temores de que habría investigaciones sobre si la propiedad era legal o no. Asimismo impedía a los nuevos

colonos que vendieran la tierra durante veinte años para recalcar que su objetivo era establecer nuevas comunidades que fueran estables y permanentes. Habría veinte comisionados, de manera que ni una ni dos personas tuvieran excesiva influencia en sus manos, aunque parece que existió un consejo interno de cinco miembros para tomar algunas decisiones. Los comisionados serían elegidos y la ley excluía de modo expreso a César de formar parte de la comisión, por lo que no se plantearía la cuestión de que propusiera legislación de la que pudiera derivar un beneficio tangible. Las leyes romanas tendían a ser largas y complejas. Uno de los legados más duraderos de Roma al mundo es una prosa legal farragosa y enrevesada. Antes de que César leyera todo el texto ante el Senado, anunció que modificaría o eliminaría cualquier cláusula sobre la que se formulara una

El proyecto de ley estaba bien construido y era sensato. No había nada o muy poco en el texto que pudiera criticarse por motivos razonables y los senadores eran conscientes de que cualquier cosa que dijeran en el debate se publicaría. Lo más probable es que fuera el 2 de enero cuando César comenzó a solicitar la opinión individual de cada senador. Craso fue el primero de los ex cónsules al que habló y seguramente dio su aprobación, lo mismo que Pompeyo, al que se cree que se dirigió en segundo lugar. Los demás mostraban cierto resentimiento, pero no deseaban quedar registrados como opositores del proyecto de ley. Lo mismo sucedió con los antiguos pretores. Sólo cuando César llegó a los ex tribunos y llamó a Catón para que expresara su parecer se encontró con algo distinto de un apoyo entusiasta o evasivas. Incluso Catón se vio obligado a reconocer que el proyecto de ley era bueno,

pero pensó que no era oportuno y alegó que sería un error introducir ninguna innovación durante ese año. Algunos de los primeros en intervenir habían conseguido retrasar la sesión introduciendo temas tangenciales, pero Catón era el verdadero maestro de la manipulación de las convenciones del Senado. Al preguntarle su opinión la dio, y luego continuó dándola, hablando sin interrupción por minutos que se convirtieron en horas. Era evidente que su plan era una vez más seguir hablando hasta que el Senado tuviera que terminar la sesión de ese día y así impedir que se efectuara la votación. Había empleado la misma táctica en el pasado y siempre había surtido efecto.

En esta ocasión, César explotó y ordenó a sus ayudantes que arrestaran a Catón y le condujeran a prisión. Por extrema que parezca su acción, no había otro modo de evitar que un miembro del Senado continuase hablando cuando se le había pedido opinión, ya que a alguien como Catón no se le podía sencillamente mandar callar. Revelaba la frustración de César y pronto fue evidente que había sido un error. Catón sabía cómo explotar la situación desempeñando el papel del recto defensor de la República que se negaba a doblegarse ante la «tiranía».Al menos en el Senado encontró mucha comprensión, aunque durante un tiempo el debate prosiguió. Un senador, Marco Petreyo, el hombre que había derrotado a Catilina en batalla en el año 62 a.C. y que ya llevaba treinta años de servicio militar, se puso en pie y abandonó la Casa. César exigió saber por qué se marchaba antes de que finalizara la sesión y recibió la áspera respuesta del entrecano veterano, que prefería estar en prisión con Catón que allí con César. El cónsul estaba empezando a darse cuenta de que se había

equivocado. Se supone que esperaba que Catón apelara a uno de los tribunos de la plebe para vetar su arresto. No obstante, el prisionero estaba disfrutando demasiado aquel momento para proporcionarle a César una salida fácil. Al final, el cónsul tuvo que ordenar su liberación. El día había transcurrido sin que el Senado llegara a votar la moción de apoyo al proyecto de ley.`

Catón se había apuntado una victoria y había vuelto a fortalecer su reputación. Sin embargo, como muchos de los éxitos de su carrera, era un triunfo vacío que a la larga sólo sirvió para empeorar las cosas. En esta ocasión no se enfrentaba a un Pisón o un Afranio a quien pudiera esquivar u obstaculizar con facilidad. César, que se había esforzado tanto en comportarse de manera conciliadora, declaró ahora que ya que el Senado no hacía nada, se dirigiría directamente al pueblo romano. Es probable que al día siguiente celebrara una reunión en el Foro y de nuevo hizo un esfuerzo por ser razonable. Convocó a su colega Bíbulo en la rostra y, a la vista de la muchedumbre allí congregada, le preguntó qué opinaba sobre la reforma agraria. Siempre es dificil saber con exactitud quién asistía a esas reuniones públicas y si eran un reflejo genuino del sentir de la población en general o más bien eran similares a los mítines de los partidos políticos actuales. Por un lado, poco se podía hacer para impedir que un ciudadano -o incluso alguien que no fuera ciudadano- que estuviera en Roma se presentara y observara las sesiones. Por otro lado, el espacio del Foro era limitado y no podía contener más que una pequeña proporción de la vasta población de la ciudad. Es dudoso que más de cinco mil personas escucharan realmente los discursos, aunque es probable que algunas partes del Foro

tuvieran capacidad para mayores multitudes. La mayoría de los estudiosos dan por supuesto que el magistrado que convocaba la reunión se aseguraría de que estaría llena de sus seguidores. Es muy posible que sea cierto, aunque no hay pruebas reales de cómo se organizaba eso y deberíamos ser precavidos a la hora de suponer que tenían un control absoluto sobre tales congregaciones. En este caso, la muchedumbre se mostró muy favorable hacia César. Sin embargo, Bíbulo repitió el argumento de Catón de que fueran los que fueran los méritos del proyecto, no debería haber innovaciones en su año de mandato. César siguió intentando convencer a su colega y le dijo a la multitud que podrían conseguir la ley si Bíbulo consentía; inició y lideró el cántico de la consigna que le pedía al cónsul que accediera, pero la presión sólo logró que Bíbulo gritara: «No tendréis la ley durante el presente año, aunque todos lo queráis». Tras hacer ese burdo comentario, Bíbulo salió en estampida.25

Los magistrados romanos no eran elegidos para representar a nadie y ni ellos ni los senadores debían responder ante ningún tipo de distrito electoral. En ese sentido la política romana difería mucho de la teoría -si no necesariamente de la práctica- de las modernas democracias. No obstante, se suponía que al final la voluntad del pueblo romano era soberana y que era un grave error que un cónsul expresara ese desdén por los votantes. César le había presionado hasta que cometió ese error y ahora aprovechó ese éxito. No llamó a más magistrados a su reunión -o reuniones, ya que es posible que hubiera más de una-, sino que llamó a distinguidos senadores de larga experiencia. Esto era una práctica totalmente habitual, y César comenzó por Craso y

Pompeyo.Ambos apoyaron el proyecto de ley con gran entusiasmo, dando por primera vez una clara indicación pública de su asociación con el cónsul. Pompeyo habló de la necesidad de recompensar con tierra a los soldados que, bajo su mando, habían luchado tan bien por Roma. Asimismo les recordó que los botines obtenidos por sus ejércitos habían proporcionado a Roma amplios fondos que hacían viable la distribución. César volvió a concentrarse en la población, logrando que suplicaran a Pompeyo que garantizara que el proyecto se convirtiera en ley. Siempre sensible a la adulación, anunció en respuesta a la pregunta de César de qué sucedería si alguien «osa levantar la espada» para frenar el proyecto, que entonces él tomaría «el escudo» (o en otra versión «su espada y escudo»). La amenaza era muy poco sutil: le encantó a la multitud, que les vitoreó, pero provocó el nerviosismo de muchos senadores. Catón y Bíbulo habían bloqueado a César en el Senado, pero arriesgarse más no le había disuadido ni a él ni a sus partidarios. Al final, César fue al menos tan tozudo y determinado como ellos. Como Tiberio Graco en el año 133 a.C., al no conseguir la aprobación del Senado, César presentó la ley directamente a los votantes. Se fijó una fecha en los últimos días de enero para que una asamblea tribal votara el proyecto de ley agraria. César había manejado bien sus reuniones públicas y todos los indicios sugerían que se ría aprobada. A pesar de que se presentaron como los verdaderos defensores de la República, es poco probable que Catón y Bíbulo representaran más que a una pequeña parte de los ciudadanos. De hecho, seguramente sus opiniones eran compartidas por una minoría, aunque tal vez una amplia minoría, del Senado, si bien en ese caso incluía muchos de los

nobles más distinguidos e influyentes.`

EL CONSULADO DE JULIO Y CÉSAR

En las primeras horas del día, cuando la asamblea tribal iba a votar el proyecto de ley, los partidarios de César, Pompeyo y Craso comenzaron a situarse en lugares clave en torno al Foro. Entre ellos se cree que se encontraban algunos de los veteranos del ejército de Pompeyo, que tenían un interés personal en que se aprobara el proyecto. Algunos llevaban armas, aunque, al menos en parte, escondidas. No es probable que hubiera suficientes veteranos para controlar todos los accesos al Foro, y, a medida que el sol ascendía, muchos otros ciudadanos se fueron uniendo a la multitud reunida delante del Templo de Cástor y Pólux. La elección de esta localización para una reunión pública antes de la asamblea sugiere que se preveía la llegada de muchísimas personas, ya que había más espacio en ese extremo del Foro que alrededor de la misma rostra. No debería olvidarse que, al parecer, la propuesta de repartir la tierra recibió un respaldo generalizado y, lo que es más, que los que se oponían de manera activa a la reforma, más que simplemente mostrarse indiferentes, eran muy pocos. El abierto apoyo de Pompeyo había convencido a muchos que habrían estado menos seguros de los motivos de César. Es dificil decir si los presentes se sintieron intimidados -o incluso protegidos- por los corpulentos hombres que se apostaban en grupos en torno al Foro. César dio un discurso desde el podio del templo, explicando otra vez lo necesaria que era esta ley.A la mitad de su alocución, se presentó su colega consular: Bíbulo venía acompañado de sus asistentes y lictores, y con él llegó Catón, tres de los tribunos del año y un grupo de seguidores. La multitud se separó cuando el cónsul

avanzó para unirse a César. Dión afirma que eso se debía en parte al respeto natural que inspiraba la magistratura suprema, pero también porque pensaban que habría cambiado de opinión y habría de cidido no oponerse a la ley. Cuando alcanzó a César en la plataforma del templo -y tal vez recordó su horrible chiste sobre su edilato conjunto-, Bíbulo dejó claro que su actitud no había vacilado en lo más mínimo. La presencia de los tribunos sugiere que Catón y él planeaban vetar la sesión e impedir que se celebrara una asamblea. No obstante, los procedimientos ya estaban demasiado avanzados, porque ese tipo de pronunciamiento debía preceder a la orden que se le daba a los ciudadanos para que se separaran por tribus, que posiblemente César ya había dado."

De inmediato, la muchedumbre reaccionó con hostilidad. Sin duda fueron los partidarios armados los que encabezaron la violencia que se produjo a continuación. Bíbulo fue expulsado a empujones de las escaleras del templo cuando trató de hablar contra César. Sus lictores fueron reducidos y las fasces que transportaban fueron hechas pedazos, lo que significaba una humillación simbólica para un magistrado. De acuerdo con Apiano, Bíbulo se descubrió el cuello y gritó que preferiría manchar los procedimientos con su muerte en vista de que no podía detener a César. Su intento de ser heroico terminó en farsa cuando le volcaron una cesta llena de estiércol sobre la cabeza. Le lanzaron proyectiles y varios asistentes acabaron heridos, al igual que uno o más de los tribunos, en algunas versiones.

Varios de los asistentes resultaron heridos por los proyectiles. Nadie fue asesinado, lo que sugiere que la violencia estuvo rigurosamente controlada por César y sus

aliados. Cubrir al cónsul con estiércol en vez de herirle realmente aumenta la sensación de que se trataba de un uso de la fuerza bien orquestado y contenido, lo que difería por completo de otros estallidos periódicos de violencia que se produjeron a partir del año Catón resultó ileso y fue el último en marcharse, sin dejar de gritar a sus conciudadanos para persuadirles o intimidarles y tratar de que adoptaran su propio punto de vista. Apiano sostiene que en realidad fue expulsado a rastras por algunos de los partidarios de César, pero volvió a entrar a escondidas y no se rindió hasta que se dio cuenta de que nadie escuchaba lo que estaba diciendo. A continuación, la asamblea acordó y aprobó el proyecto de ley por una cómoda mayoría. La nueva ley incluía una cláusula que requería que todos los senadores juraran acatar sus cláusulas y no intentar que la ley fuera revocada. En caso contrario, serían enviados al exilio. Poco tiempo después -tal vez cinco días, que era el periodo correspondiente a una cláusula similar contenida en otra ley- todos habían prestado juramento. Metelo Celer, el cónsul que había instado al Senado a reunirse con él en la celda de la prisión en la que estaba encarcelado, se mostró reacio al principio, pero acabó transigiendo. Se dice que Catón fue persuadido por Cicerón de que sería de más valor en Roma que en el exilio. Bíbulo convocó al Senado en cuanto fue posible después del día de las votaciones para protestar por el comportamiento de César. Lo más probable es que la reunión se celebrara el 1 de febrero, cuando le hicieron entrega de las fasces. Sin embargo, las esperanzas de Bíbulo de que el Senado condenara a César, tal vez de que aprobara el senatus consultum ultimum y le despojaran de su cargo como le había sucedido a Lépido en el

año 78 a.C., eran infundadas. En vista del entusiasmo que gran parte del pueblo había mostrado por César y su ley, ningún senador quería oponerse a ninguno de los dos. Muchos miembros del Senado tenían, además, estrechos vínculos con sus socios, Pompeyo y Craso?

Bíbulo se retiró a su casa y no volvió a aparecer en público en calidad de cónsul en lo que quedaba de año. Se dedicó a redactar escritos difamatorios y acusaciones contra César, Pompeyo y sus seguidores, que ordenó que se mostraran en el Foro, pero permaneció en la sombra. Pronto se extendió la costumbre de hablar del «consulado de julio y de César» en vez de Bíbulo y César. Suetonio repite unos versos que se hicieron populares en la época:

> Las cosas se hacen recientemente no por voluntad de Bíbulo, sino de César, pues no recuerdo nada que haya sucedido durante el consulado de Bíbulo.

Pero Bíbulo no estuvo completamente inactivo y siguió intentando obstaculizar la actuación de César. Los cónsules tenían la misión de establecer las fechas para aquellas festividades que no debían celebrarse en un día concreto. Bíbulo eligió situarlas en días en los que se permitía que se reunieran las asambleas populares, lo que impedía que estas tuvieran lugar. No obstante, su colega no estaba obligado a reconocer esas fechas y César hizo caso omiso de él de manera sistemática. No podía evitar que Bíbulo declarara la celebración de periodos de acción de gracias en honor de los comandantes de éxito que ya habían sido aprobados mediante votación por el Senado. Cualquier asunto público estaba prohibido en esos días, y César y sus aliados perdieron así parte del año, pero estos métodos no bastaron para bloquear

todas las actividades de ese año, y Bíbulo enviaba mensajes de forma rutinaria a todas las reuniones y asambleas que celebraba César para anunciar que había visto malos augurios para ese día y que debían suspender lo que tuvieran entre manos. Esta práctica de «observar los cielos» estaba consagrada por la Antigüedad, pero al no hacer el anuncio en persona carecía de suficiente fuerza. En este caso se trataba de una farsa y todo el mundo lo sabía, pero los rituales arcaicos podían afectar a la vida pública, como ocurrió cuando se arrió la bandera del Gianicolo, lo que puso fin al juicio de Rabirio. El asunto planteó la cuestión de si las leyes de César eran válidas, aunque los mismos romanos parecían no saber la respuesta. El propio César era el Pontifcx Maximus, y Pompeyo un augur del colegio de sacerdotes con la especial responsabilidad de interpretar los augurios.29

César se negó a aceptar las declaraciones de Bíbulo porque había demasiadas medidas que necesitaba conseguir que se aprobaran. Pese a las continuadas obstrucciones, su año de mandato estuvo repleto de nueva legislación, cuya cronología precisa es incierta. La ley agraria había contribuido a realizar uno de los objetivos de Pompeyo y, en un momento dado, su reorganización de Oriente fue finalmente ratificada por una votación de la asamblea tribal. Es posible que fuera en una reunión organizada para debatir este asunto cuando Lúculo habló contra César. El cónsul replicó con una diatriba tan feroz y con amenazas tan serias de denunciarle que el anciano senador se lanzó al suelo para suplicar piedad. Para Craso se aprobó una reducción de un tercio en la suma que debían los publican por el derecho a recaudar los impuestos en Asia. Sin embargo, César advirtió formalmente a las compañías de que

no hicieran ofertas tan imprudentes en el futuro. Es posible que se beneficiara de modo directo de esta ayuda, porque más tarde Cicerón sostuvo que César pudo recompensar a sus agentes con porcentajes de las principales comunidades. Hacía tiempo que se había interesado en cómo se gobernaban las provincias de Roma y la mayoría de sus famosas apariciones en los tribunales fueron procesos contra gobernadores opresores. Formuló una ley que regulaba rigurosamente el comportamiento de los gobernadores provinciales, aclarando y mejorando una normativa que fue aprobada por Sila cuando era dictador. La ley resultó muy útil y seguiría vigente durante siglos. Cicerón la describió como una «ley excelente». En años anteriores, tanto César como Craso habían intentado conseguir comisiones especia les en Egipto. Pompeyo, que había reorganizado personalmente grandes franjas del Mediterráneo Oriental, también estaba muy interesado en esa zona. En el año 59 a.C. se aseguraron de que la República romana reconociera de modo oficial el gobierno de Tolomeo XII, un hijo ilegítimo de Tolomeo XI. Tolomeo XII, apodado Auletes o «el flautista», era muy impopular entre los egipcios, pero había pagado un enorme soborno a Pompeyo y Craso. Suetonio sostenía que la cantidad ascendía a seis mil talentos, es decir, la impresionante cifra de treinta y seis millones de denarios. Algunas de las leyes fueron presentadas en nombre del propio César, de modo que todas eran leyes «de julio» (lexJulia) fuera cual fuera el tema que trataran; otras fueron propuestas por tribunos simpatizantes. El más notable de estos fue PublioVatinio, que según nuestras fuentes era un granuja encantador. En una ocasión dirigió a una multitud hasta la

casa de Bíbulo y trató de hacerle salir y anunciar sus presagios desfavorables en público. Se habló incluso de arrestarlo.Vatinio apoyó a César, pero sería un error verlo simplemente como una herramienta del cónsul, ya que, como cualquier otro senador, tenía sus propias ambiciones. Ayudó a César porque eso le reportaba beneficios personales, incluyendo parte de sus participaciones en las empresas recaudadoras de impuestos mencionadas más arriba. Cicerón afirma que, en años posteriores, César comentaría con ironía que Vatinio no había hecho nada «gratis» durante su tribunado.3o

Pese a su actividad legislativa, César tuvo tiempo para dedicarse a otras cosas durante el año 59 a.C. Seguía estando profundamente enamorado de Servilla, y en esos meses le regaló una perla por valor de un millón y medio de denarios, tal vez provenientes del soborno de Tolomeo. César estaba soltero desde el divorcio de Pompeya en el año Ninguna de nuestras fuentes especifican si César y Servilla sentían deseos de casarse. Puesto que tanto el divorcio de Silano como la unión con César requerirían la aprobación de Catón, es evidente que no era una posibilidad muy realista. Julia, la única hija de César, había alcanzado edad casadera. A finales de abril o principios de mayo del año se anunciaron dos bodas: César tomó como esposa a Calpurnia, la hija de Lucio Calpurnio Pisón, quien se vio claramente favorecido en su candidatura al consulado del año siguiente, puesto que obtuvo con facilidad gracias al apoyo de los triunviros. Esta boda garantizó a César un sucesor simpatizante que protegería sus intereses. El matrimonio resultó un éxito político y, por lo que sabemos, fue bastante feliz, aunque la pareja estuvo la

gran mayoría del tiempo separados, ya que César pasó la mayor parte del resto de su vida en campañas en el extranjero. El segundo matrimonio unió a Julia y al aliado político de su padre, Pompeyo Magno. Pompeyo era seis años mayor que César, y la diferencia de edad entre marido y mujer era grande incluso para los estándares romanos. También se había divorciado de su última esposa por su infidelidad con su nuevo suegro, entre otros. Es obvio que el matrimonio tenía una motivación política y fue anunciado de manera repentina. Julia ya estaba prometida con Quinto Servilio Cepión, y la boda se había programado para unos pocos días después. Cepión se mostró comprensiblemente molesto cuando se rompió el compromiso, por lo que Pompeyo le entregó a su propia hija, Pompeya, como esposa, una acción que, a su vez, implicaba la ruptura de su compromiso con Fausto Sila, el hijo del dictator. La creación de un vínculo familiar tan estrecho entre César y Pompeyo suele verse como un indicio de que el cónsul estaba empezando a preocuparse por la lealtad de su aliado. Desde luego, Dión y nuestras otras fuentes opinan que la iniciativa provino de César. Se había arriesgado mucho para hacer que se aprobara la legislación que quería Pompeyo e iba a necesitar amigos poderosos en Roma cuando él mismo partiera a una provincia. César necesitaba también el apoyo de Pompeyo para obtener una provincia apropiada para él. Sin embargo, el matrimonio bien puede haber sido un indicio del éxito del triunvirato. César había probado su valía y merecía la pena estrechar un lazo más permanente. La nueva esposa de Pompeyo era joven, atractiva, inteligente y parece haber heredado gran parte del encanto de su padre. El marido, de cuarenta y siete años de

edad, se enamoró rápidamente de su joven novia. Al parecer, su afecto era correspondido y el matrimonio fue sin duda feliz. Pompeyo siempre había disfrutado con la adoración, y había estado dispuesto a responder a la devoción con devoción.`

EL CONTRAGOLPE

Desde mediados de abril hasta bien entrado mayo, la mayoría de senadores tendían a abandonar Roma y visitar sus propiedades rurales. Como resultado, había escasas reuniones del Senado o asambleas durante esas se manas. Probablemente, antes de que comenzara esta suspensión informal de actividades, César ya había propuesto otra ley agraria. En ese tiempo se ocupó en concreto de la tierra pública de Campana, que había sido excluida de su primera ley. Los comisionados para la primera ley ya habían sido elegidos y habían comenzado su trabajo, y es posible que encontraran poca tierra lista para su compra inmediata aparte de aquella. Quizá César hubiera pensado siempre que su distribución también sería necesaria en un momento dado, o tal vez se fue dando cuenta de forma más gradual de que la primera ley por sí sola era inadecuada. Si lo supiéramos, sabríamos con más certeza si verdaderamente había deseado convencer al Senado de que apoyara su primera ley agraria o sólo quería exponer sus errores ante el electorado. En aquel momento, veinte mil ciudadanos -o más bien veinte mil familias, ya que sólo eran elegibles los hombres casados con tres o más hijos- fueron seleccionados entre los pobres de Roma y enviados a granjas en Campana. Posiblemente, los mismos comisionados que supervisaron la primera ley fueron los encargados de controlar esta. Es interesante que se hiciera

hincapié en los hombres con familia, dado que es una característica constante en similares planes de colonización establecidos en la época de los emperadores, y es evidente que se creía que de ese modo se favorecía a los colonos más serios y dignos de ayuda. De nuevo, los senadores tuvieron que jurar defender esa ley y no intentar que fuera revocada.`

En torno a la misma época en la que se presentó este nuevo proyecto de ley, el tribuno Vatinio también presentó una propuesta para darle a César un mando especial de cinco años, que unía las provincias de Iliria y la Galia Cisalpina. Estas provincias estaban guarnecidas por tres legiones y también se encontraban convenientemente cerca de Italia. Le concedieron el privilegio de elegir sus propios legados, y al menos uno de ellos recibió imperium de propretor. Ambas leyes fueron aprobadas, se cree que a finales de mayo. Mediante una votación del Senado, la provincia de César fue ampliada para incluir la Galia Transalpina, que había quedado vacante al fallecer su gobernador, Metelo Celer, que en realidad no había llegado a su provincia cuando enfermó y murió. Un mando de cinco años, con poderosos ejércitos -había una legión adicional en la Galia Transalpina- y oportunidades de empresas militares en los Balcanes, o en la propia Galia, donde los problemas habían estado fraguándose durante años, era exactamente lo que César deseaba. Bíbulo quedaba a cargo de los «bosques y caminos rurales», aunque, de hecho, al parecer no ocupó este puesto ni se hizo cargo de ninguna provincia durante casi una década. No obstante, pese a que todos los triunviros habían conseguido su objetivo, su éxito no estaba garantizado, y el peligro seguía siendo que la hostilidad contra ellos podría despertar oposición en el futuro.

En el peor escenario posible, un magistrado podía actuar para declarar inválidas todas las acciones del consulado de César en los próximos años. Como resultado, los triunviros continuaron estando nerviosos y tendían a reaccionar con vehemencia a cualquier crítica abierta.

A principios de abril, el antiguo colega consular de Cicerón, Cayo Antonio, fue acusado de extorsión durante su mandato como gobernador de Macedonia. En el año esta acaudalada provincia había sido asignada por votación al mismo Cicerón, pero se la había entregado voluntariamente a Antonio para mantenerlo del lado de la República y el suyo propio durante la conspiración de Catilina. Aunque no tenía una opinión demasiado elevada de Antonio y es probable que sospechara su obvia culpabilidad, el orador decidió defenderle. La acusación fue apoyada por César y probablemente por Craso también. La acusación obtuvo la victoria y Antonio se marchó hacia un lujoso exilio. Durante su defensa, Cicerón cometió el error de criticar sin tapujos a los triunviros y lamentarse del mal estado de la República: eso fue por la mañana; por la tarde, su enemigo personal, Clodio -el mismo hombre que se introdujo en la festividad de la Bona Dea para seducir a la esposa de César, Pompeya- fue relegado de patricio a plebeyo. César, como Pontifcx Maximus, presidió la ceremonia, que consistía en que Clodio fuera adoptado por un plebeyo, con Pompeyo oficiando como augur. Clodio llevaba varios años buscando convertirse en plebeyo porque deseaba presentar su candidatura al tribunado, un cargo en el que no se admitían patricios.Ya había adoptado la costumbre de escribir su nombre en la forma más vulgar de «Clodius», en vez de «Claudius». Como para enfatizar la naturaleza absurda

de esta ceremonia, el plebeyo que adoptó a Clodio era más joven que él mismo.33

Cicerón pasó la mayor parte del resto del año oscilando entre el nerviosismo y el optimismo repentino. Buena parte de abril permaneció en su villa de Antio, «pasando inadvertido», como él lo describió. No era el único, y la asistencia al Senado cayó en picado porque muchos miembros del Senado simplemente no acudían. En una ocasión, se cree que César le preguntó a un viejo senador por qué había tan pocos senadores en una reunión. Por lo visto, el anciano, un tal Considio, respondió que los demás tenían miedo de los seguidores armados de César. Cuando el cónsul le preguntó porque él mismo seguía asistiendo, le dijo que era un viejo que había dejado atrás el miedo en vista del poco futuro que, en cualquier caso, tenía por delante. Cicerón se alegró de que se aprobara la ley de Campana, porque pensó que eso podría dar lugar a que los triunviros perdieran el apoyo de muchos senadores. Señaló que esta redistribución eliminaría una importante fuente de ingresos, lo cual, desde luego, era cierto en cuanto a los impuestos recaudados en Italia, pero las conquistas de Pompeyo compensaban con mucho esa pérdida. Una vez más, hubo intentos de hacer que se uniera a los triunviros: César le ofreció un puesto como legado con él en la Galia, pero ni esto ni ninguna otra alternativa le disuadieron de su creencia de que habían actuado mal. También se sentía descontento con Catón, que, en su opinión, sólo había empeorado las cosas con su actuación a principios de año y con los principales nobles, cuyo apoyo hacia él no podía considerarse firme cuando adoptaba una posición.A finales de abril comenzó a confiar en que el

equilibrio en los asuntos públicos estuviera cambiando y escribió a Ático, diciéndole que «si en verdad fue aborrecible el poder del Senado, ¿qué piensas que será hoy cuando ha pasado no al pueblo, sino a tres individuos desenfrenados? […] verás en breve engrandecidos no sólo a los que nunca dieron un mal paso, sino incluso al mismo que ha incurrido en falta, es decir, Catón».34 El 18 de abril, Cicerón había oído que Clodio planeaba presentarse al tribunado, pero estaba declarando públicamente que anularía todas las leyes de César. Es probable que esa animadversión se debiera a que le había negado un puesto muy lucrativo en Egipto y en su lugar le habían ofrecido uno menos atractivo en Armenia. Las habladurías contaban que César y Pompeyo estaban negando que hubieran celebrado alguna vez la ceremonia de adopción. Eran noticias alentadoras, pero en mayo escribió con cierta desesperación sobre Pompeyo, y llegó a sugerir que estaba planeando establecer un gobierno tiránico. Más tarde, ese mismo año, un joven senador acusó abiertamente a Pompeyo en el Foro y casi le lincharon, aunque no se sabe con seguridad si le atacaron los partidarios de los triunviros o el público en general. La descripción que hizo Cicerón de este hombre, Cayo Catón, como «un jovencito sin dos dedos de frente, pero ciudadano romano al fin y un Catón», ofrece un claro indicio del poder de un nombre famoso en Roma.`

En una fase más avanzada del verano, Cicerón anotó que el oponente que más se hacía oír era Cayo Escribonio Curión, hijo del cónsul del año 76 a.C. Como Cayo Catón, Curión era todavía un hombre joven y es sorprendente que los triunviros no recibieran apenas críticas directas de los senadores más distinguidos y ex magistrados. Era otro indicio

de la debilidad de los rangos superiores del Senado en esos años, en gran parte como resultado de la guerra civil y más recientes disturbios. Sin embargo, en ocasiones, era un grupo de ciudadanos ordinarios los que protestaban. Pompeyo fue abucheado cuando tomó asiento en un lugar de honor en los juegos organizados por Gabinio, el hombre que, como tribuno, le había ayudado a conseguir el mando contra los piratas y, más tarde, sirvió como su legado. En una obra de teatro, un actor fue aclamado cuando puso énfasis en la frase «nuestra miseria te ha hecho magno» cuya intención era, evidentemente, atacar a Pompeyo Magno. Según Cicerón:

> Entrado que hubo César, con un desmayado aplauso, apareció detrás Curión hijo: a este se le aplaudió igual que solía aplaudirse a Pompeyo cuando todavía existía la República. César lo ha encajado muy mal: se dice que una carta vuela hacia Capua para Pompeyo; [los triunviros] se declaran adversarios de los caballeros [équites] que aplaudieron en pie a Curión y enemigos de

Los edictos vitriólicos y, con frecuencia, indecentes de Bíbulo eran leídos con regocijo por muchos ciudadanos, y Cicerón habló de la multitud que se solía reunir alrededor de ellos en el Foro. Su gozo no tenía por qué ser un signo de afinidad con aquel cónsul que no salía de casa. A lo largo de los años, la sátira política ha divertido a menudo incluso a aquellos que estaban en desacuerdo con ella. Los romanos tenían un gran sentido del humor y se deleitaban en esa grosera invectiva. César fue el objetivo de gran parte de los insultos de su colega, pero parece que no le molestaban demasiado. Pompeyo nunca supo hacer frente a las críticas y

el 25 de julio se decidió a pronunciar un discurso en el Foro defendiéndose de esta difamación. Cicerón consideró que había dado una imagen patética, porque seguía esperando que se reanudara la amistad con el hombre que tantas veces había elogiado, pero señaló que todo lo que Pompeyo había conseguido era atraer más atención hacia los folletos de Bíbulo. En aquella época, Pompeyo aseguraba sin cesar a Cicerón que no tenía nada que temer de Clodio, que evidentemente había abandonado sus planes de atacar las leyes de César, si es que había llegado a considerarlo en serio alguna vez y no estaba sólo tratando de alcanzar el tribunado. En otoño, Cicerón creyó, o tal vez quiso creer, que Pompeyo lamentaba los disturbios de principios de año y su alejamiento de los nobles del Senado.`

A finales de verano o principios de otoño tuvo lugar un extraño episodio que todavía no se ha llegado a comprender por completo. Vetio, que en el año 62 a.C. acusó a César de complicidad en la conjura de Catilina y fue golpeado y encarcelado por sus culpas (véase página 192), tuvo que comparecer ante el Senado y declaró que conocía otra «conspiración». Se había hecho amigo de Curión y, más tarde, le dijo que planeaba asesinar a Pompeyo, y a Pompeyo y a César en otra versión. Curión se lo contó a su padre, que enseguida se lo contó a Pompeyo y el Senado se reunió y convocó aVetio para ser interrogado. Este entonces acusó a Bíbulo de incitar a Curión a asesinar a Pompeyo, y tal vez a César también. Nombró a varios conspiradores más, entre ellos al hijo de Servilla, Bruto, que en aquel momento tenía veintitantos años de edad. Él, y al menos uno de los otros hombres mencionados, podría quizá poseer un motivo, ya que

Pompeyo había ejecutado a sus padres durante la guerra civil. Supuestamente, uno de los sirvientes de Bíbulo había suministrado la daga que los jóvenes conspiradores iban a usar. En aquella época, Cicerón creía que César estaba detrás de Vetio, y que había intentado neutralizar a Curión por criticar a los triunviros. Sin embargo, parece muy poco probable que deseara implicar al hijo de su amante. Curión se defendió bien del ataque, mientras que Pompeyo ya le había agradecido a Bíbulo algunos meses antes que le hubiera advertido de la conspiración para asesinarle. La historia deVetio fue recibida con grandes sospechas y le pusieron bajo custodia ya que, según él mismo había admitido, había sido descubierto en el Foro con una daga escondida. Al día siguiente, César yVatinio le hicieron acudir a la rostra en una reunión pública. Esta vezVetio no mencionó a Bruto. Cicerón, en lo que sin duda era una indirecta a la re lación con Servilla, señaló con astucia que daba «la sensación clara de que había pasado una noche con sus correspondientes intercesiones».38 En vez de eso, declaró que Lúculo y otros hombres más estaban implicados, entre ellos, el cuñado de Cicerón. Nadie se inclinaba a creerle y le procesaron, pero fue encontrado muerto en su celda antes de que el proceso pudiera comenzar.

Las circunstancias de la muerte deVetio son inciertas. Plutarco afirma que se registró como un suicidio, pero que las marcas de estrangulamiento eran visibles en su cuello. Suetonio, que sostenía que César estaba detrás de todo el asunto, dice que este había hecho envenenar aVetio. Unos años más tarde, Cicerón echó la culpa de ese episodio aVatinio en vez de a César. Más recientemente, los estudiosos

han cambiado de opinión acerca de lo que había sucedido en realidad. Algunos han culpado a César, pero otros han especulado con la posibilidad de que el culpable fuera Clodio o incluso el mismo Pompeyo. Por un lado, el asunto podría haber ayudado a poner nervioso a Pompeyo, porque siempre había tenido un miedo cerval a ser asesinado, reafirmándole así en su lealtad al triunvirato pese al aluvión de insultos de Bíbulo y su desacostumbrada popularidad. No obstante, el hecho de que se nombrara a Bruto hace muy improbable que César inspirara todo el asunto. Es más probable que sólo buscara beneficiarse del asunto cuando se revelara. La omisión del nombre de Bruto en el segundo día indica que el informador había sufrido presión. Es posible que Vetio actuara por su cuenta, buscando volver a ser el centro de atención o restablecer su economía con la recompensa que podía recibir un informador. Es evidente que César trató de utilizarle, pero pronto se dio cuenta de que el beneficio sería escaso y que Vetio no era digno de confianza. Es verosímil que diera la orden de matar al prisionero que, al fin y al cabo, era un hombre que le había atacado en el pasado, pero es imposible demostrarlo.`

Al final, Bíbulo consiguió retrasar las elecciones consulares de julio a octubre, pero, a pesar de tener derecho a presidirlas, permaneció en casa y la tarea quedó en manos de César. Los cónsules elegidos para el año 58 a.C. fueron el nuevo suegro de César, Calpurnio Pisón, y Gabinio, ambos favorables a los triunviros. El desarrollo de los acontecimientos en los próximos meses sería decisivo para el destino de César, ya que cuanto más tiempo se respetase su legislación, más dificil sería que cualquiera plantea ra dudas serias sobre su validez. Al

final de su año como cónsul, César permaneció algunos meses en Roma o en sus alrededores para ver cómo evolucionaban los acontecimientos. Clodio había sido elegido para el tribunado y, dado que su propio cambio de estatus de patricio a plebeyo estaba ligado a la legalidad de las acciones de César como cónsul, es evidente que iba a hacer un gran esfuerzo por confirmar su validez. Dión afirma que prohibió que Bíbulo pronunciara un discurso cuando finalmente se presentó el último día de su consulado, del mismo modo que Metelo Nepote había impedido que Cicerón hablara a finales del año 63 a.C. Dos de los nuevos pretores atacaron a César, y él respondió a sus críticas en una reunión del Senado. Tres discursos que pronunció en esos debates se publicaron para presentar una defensa duradera de sus acciones en el año 59 a.C. Por desgracia, no se conserva ninguno. Sin embargo, después de tres días la Casa no había llegado a ninguna decisión. La mayoría del colegio bloqueó un intento de uno de los nuevos tribunos para procesarle. Hasta marzo del año 58 a.C. César no partió hacia la Galia, donde había surgido un problema que requería su atención inmediata.`

César había logrado muchas cosas durante su consulado. Se había puesto en marcha un extensivo programa de nuevas redistribuciones de tierras que continuaría a lo largo de la década. Pompeyo había conseguido establecer su reorganización de Oriente y Craso había obtenido ayudas para los recaudadores de impuestos. César, aliándose a los otros dos, había logrado hacer todo eso pese a una oposición que no había logrado conquistar con sus primeras acciones conciliadoras. Había sido un año turbulento, en el que la tensión se elevó en varias ocasiones. Cicerón escribió en sus

cartas sobre su temor de que llegara la tiranía y una inminente guerra civil. Ninguna de las dos cosas había sucedido, pero muchas de las convenciones y precedentes que regulaban la vida pública habían sufrido mucho y se habían erosionado aún más. La determinación de Bíbulo y Catón para obstaculizar las acciones de César a toda costa había sido tan perjudicial como su propia determinación de presionar a toda costa. De todos modos, por el momento había ganado César y había logrado la oportunidad de obtener gloria militar a gran escala. Ahora que tenía un prolongado e importante mando provincial era cuestión de ganar victorias para la República. Si sus éxitos militares eran suficientemente grandiosos -y César estaba decidido a lograr que lo fueran-, enton ces seguro que incluso sus oponentes más acérrimos tendrían que aceptarle como un gran siervo de la República, tal vez el más grande, y los más dudosos actos de su consulado podrían ser olvidados o perdonados. La aprobación de la Lex Vatinia, que le otorgaba la Galia Cisalpina e Iliria, y la posterior adición a su provincia de la Galia Transalpina habían llenado a César de alegría. Encantado con este éxito, declaró en el Senado que, puesto que «había conseguido sus deseos a pesar de la oposición y los lamentos de sus adversarios, a partir de aquel momento los trataría a patadas». Fuera o no fuera un doble sentido, un senador respondió que sería dificil que una mujer pudiera hacerlo, refiriéndose a la vieja historia de César y Nicomedes, que habían revivido los edictos de Bíbulo. César bromeó alegremente diciendo que no sería dificil porque «ya en Siria había reinado Semíramis y las Amazonas en otro tiempo habían dominado gran parte de Asia». Parece apropiado finalizar el relato de ese año con un chiste vulgar y un

episodio que muestra la confianza y satisfacción consigo mismo que le caracterizaban.`

SEGUNDA PARTE

PROCÓNSUL

58-50 A.C.

IX
LA GALIA

Combatió en cincuenta y dos batallas, siendo el único que sobrepasó a Marco Marcelo, que combatió treinta y nueve veces.

PLINIO EL VIEJO, mediados del siglo I a.C.[1]

César, del mismo modo que tenía un enorme talento para escribir, así también disfrutaba de una innegable habilidad para explicar sus estrategias.

AULO HIRCIO, 44 a.C.[2]

César tenía cuarenta y un años cuando abandonó Roma para marcharse a su provincia. No volvería a la ciudad durante nueve años. El resto de su vida estuvo dominado por la guerra hasta un grado que es dificil de dictaminar.A partir de este momento hubo sólo dos años en los que no participara en operaciones militares de envergadura. En el año 50 a.C. porque la Galia estaba conquistada y estaba ocupado colonizando la región; en el año 44 a.C. porque fue asesinado días antes de partir para emprender nuevas campañas, primero en Dacia y luego en Partia. En la mayoría de los años libró al menos una batalla, y a menudo varias, o bien emprendió estados de sitio. Plinio afirmó que, en total, César lideró a su ejército en cincuenta batallas, mientras que Apiano dice que treinta de esas batallas tuvieron lugar durante las campañas en Galia. Es imposible confirmar o negar la exactitud de esas cifras, ya que en ningún periodo de la historia suele haber acuerdo sobre qué constituye una batalla y

qué es sólo un combate o una escaramuza. De cualquier modo, el hecho es que esos autores reflejaban la extendida creencia de que César había luchado más a menudo y con éxito más constante que ningún otro general romano. Alejandro, con quien se le comparó con frecuencia, tomó parte en sólo cin co batallas campales y tres asedios de envergadura, aunque participó en numerosos encuentros de menor importancia. Aníbal, que se enfrentó a un oponente muy distinto, luchó en batallas más pero probablemente no superó el total de César de combates de envergadura. Hasta la época de Napoleón, con el aumento de la intensidad de las guerras, no hubo ningún comandante de ejércitos que viviera más días de combate serio que César y los otros grandes comandantes del mundo antiguo.'

El contraste entre la vida de César antes y después del año 58 a.C. no podría ser más marcado. Hasta entonces había pasado como máximo unos nueve años fuera de Italia y tal vez la mitad de ese tiempo en algún tipo de operación militar, algo normal para un senador romano, incluso un poco menos que la media, aunque no en comparación con hombres como Cicerón, que utilizaba sus constantes apariciones en los tribunales para mantenerse en el candelero. Una vez más, merece la pena destacar que, pese a su extravagancia, a que se asoció con personajes dudosos y a la controvertida naturaleza de algunas de sus acciones durante el consulado, el patrón general de la carrera de César había sido esencialmente convencional. Al haber alcanzado el consulado dos años antes de la edad habitual, era sólo algo más joven que el procónsul medio. Comparado con Alejandro Magno, Aníbal o Pompeyo, su oportunidad llegó a una edad muy tardía.

Alejandro murió a la edad de treinta y tres años y Aníbal libró su última batalla a los cuarenta y cinco. Napoleón y Wellington tenían sólo un año menos que Aníbal cuando se enfrentaron en Waterloo, aunque Blücher tenía setenta y tres. En cambio Robert E. Lee ya había sobrepasado los cincuenta cuando estalló la guerra civil americana, como Patton cuando Estados Unidos entró en la Segunda Guerra Mundial. Ni por parámetros romanos ni por parámetros modernos podría considerarse a César viejo en el año 58 a.C., pero tampoco habría sido obvio para ninguno de sus contemporáneos que estuviera a punto de demostrar que era uno de los más grandes comandantes de todos los tiempos. Con anterioridad ya había mostrado talento, valentía y confianza en sí mismo durante sus periodos de servicio militar, pero muchos otros hombres ambiciosos habían exhibido similares habilidades. Como siempre sucedió en la historia de César, debemos tener cuidado de no permitir que la visión retrospectiva imponga un sentido de inevitabilidad en los acontecimientos. La magnitud de los éxitos de César en la Galia fue impresionante, in cluso en una Roma que había sido deslumbrada recientemente por los logros de Pompeyo. No obstante, el equilibrio entre el éxito y el fracaso solía ser ajustado y fácilmente podía haber sido asesinado o haber muerto en accidente o por enfermedad antes de regresar. Es dificil que el hecho de regresar después convertido en un rebelde para luchar contra Pompeyo, su antiguo aliado y yerno, le hubiera ocurrido a cualquiera. Cuando César fue a la Galia tenía planes y ambiciones y, sin duda, contemplaba muchos resultados posibles, pero al final confiaba en la suerte para conformar su futuro.

LOS COMENTARIOS

César había trabajado mucho para conseguir un mando tan importante: incurrió en inmensas deudas, corrió grandes riesgos políticos e hizo numerosos enemigos. Necesitaba victorias colosales para que todo aquello mereciera la pena, pero también tenía que asegurarse de que el pueblo estaba informado de sus logros si quería obtener algún beneficio de ellos. Las campañas de Pompeyo contra los piratas y Mitrídates habían sido documentadas porTeófanes de Mitilene, un erudito griego que había acompañado a su plana mayor. César no tenía necesidad de contratar los servicios literarios de otros hombres y registró sus victorias en sus propias palabras.Ya había publicado varios de sus discursos, así como obras que se han perdido, algunas de las cuales fueron escritas en su juventud. Posteriormente, el emperador Augusto destruyó esas obras inmaduras, incluyendo una tragedia titulada Edipo, así como sus Elogio a Hércules y Colección de frases célebres, y de los discursos sólo se conservan fragmentos. Era tradicional que los generales romanos celebraran sus logros escribiendo comentarios, un género que se consideraba diferente de la historia y que con frecuencia era utilizado como material por posteriores historiadores. César llegó a escribir diez libros de Comentarios a la Guerra de las Galias, siete de ellos dedicados a las operaciones en las Galias, en el periodo 58-52 a.C., y otros tres sobre la guerra civil contra Pompeyo, en los años 49 y 48 a.C.Tras su muerte, varios de sus propios oficiales añadieron otros cuatro libros que cubrían las operaciones en las Galias en el año 51 a.C., las campañas en Egipto y Oriente en los años 48 y 47 a.C., así como Hispana en el año 45 a.C. Del resto de Comentarios sólo se han

conservado fragmentos ínfimos, por lo que es dificil saber si los libros de César se adecuaban al estilo establecido.4

Los Comentarios a la Guerra de las Galias de César fueron reconocidos desde el principio como una de las grandes obras de la literatura en latín. Cicerón sentía un gran respeto por la oratoria de César y fue igualmente generoso en su elogio de los Comentarios:

> Es verdad que son muy estimables [...1 están escritos, en efecto, en un estilo austero, simple y elegante, desprovistos -como un cuerpo despojado de sus vestidos- de toda ornamentación estilística. No obstante, al querer legar a los futuros historiadores los materiales de donde poder abastecerse, quizás dio gusto a los ineptos que quieren rizarlos con calamistros; pero a la gente con sentido común la ha disuadido de escribir sobre ello: en la historia, en efecto, no hay nada más agradable que una concisión pura y luminosa.5

Estas palabras fueron escritas en el año 46 a.C., cuando Cicerón cada vez se sentía más incómodo con la dictadura de César, por lo que es posible que hubiera un doble sentido oculto cuando dijo que había disuadido a «la gente con sentido común» de redactar sus propias narrativas de las hazañas de César. No obstante, es evidente que su alabanza de la calidad literaria de los libros era totalmente auténtica, quizá en especial porque la austera sencillez de su narrativa contrastaba tanto con su propio estilo de retórica. En una ocasión, César declaró que un orador debería «evitar una palabra inusual como el timonel de un barco evita un arrecife».Aparte de los necesarios términos técnicos o extranjeros, siguió de manera incondicional este principio y

creó una narrativa clara y de ritmo rápido. Muy rara vez es emotiva o melodramática, porque César hacía que el drama y la importancia de los hechos hablaran por sí mismos. Se refería a sí mismo siempre en tercera persona, mientras que sus soldados eran nostri o «nuestros hombres» y cuenta la historia del ejército del pueblo romano, a las órdenes de su comandante, designado de la forma debida, en su lucha contra feroces enemigos e incluso contra la propia naturaleza. En todas y cada una de las etapas, César presenta sus acciones como decisiones por completo orientadas a servir a la República. Aunque el lector moderno pueda en ocasiones sentir cierto rechazo ante la impertérrita retahíla de im perialismo, masacre, ejecuciones en masa y esclavización contenida en los Comentarios, a un romano contemporáneo todo eso no le habría afectado. De hecho, debió de haber sido dificil, incluso para uno de los oponentes políticos de César, no dejarse llevar por la emoción de la narrativa.'

Muchos líderes políticos y militares han escrito sus propias versiones de los acontecimientos en los que participaron, pero pocos han igualado el nivel literario de los Comentarios de César. En los últimos tiempos, Churchill es probablemente el que más se le acerca por el puro poder de sus palabras y la velocidad con la que presentó su relato, tan poco después de la conclusión de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, hay una diferencia fundamental, tanto respecto a Churchill como a la gran mayoría de los demás generales famosos: todos ellos escribieron para la posteridad, sabiendo que sus propias carreras prácticamente habían terminado y deseando dejar la huella de su versión de los hechos en la opinión de lectores futuros. Por el contrario, César estaba mucho más

preocupado por el público contemporáneo y escribió para intentar hacer avanzar su carrera y obtener más oportunidades de gloria (lo que también era la intención de Churchill en sus primeros escritos). No está del todo claro cuándo se redactaron y publicaron los siete libros de Comentarios a la Guerra de las Galias, pero la creencia más generalizada es que aparecieron en los años Se supone que -se trata de conjeturas pese a la seguridad con la que se afirma con frecuencia- en los meses de tensión que acabarían culminando en la guerra civil, César tenía la esperanza de conseguir tanto apoyo como fuera posible en Roma. Sin embargo, eso era así desde el momento en que partió hacia las Galias en el año 58 a.C., porque ni él ni ningún otro hombre que aspirara a hacer carrera pública podía permitirse que lo olvidaran el electorado y los grupos influyentes de la ciudad. Habría sido extraño que esperara tanto tiempo. Además, si consideramos las diferencias en el tratamiento de algunos personajes y las aparentes contradicciones en algunos detalles entre los diversos libros, es más que probable que cada uno de ellos se publicara de forma independiente. En realidad, hay más posibilidades de que cada uno de los libros fuera escrito después del año de campaña que describe, en los meses de invierno, antes de que las operaciones pudieran reanudarse. Incluso aquellos que abogan por la teoría de que se publicaron colectivamente, dan por supuesto que César envió un informe anual al Senado y que este circulaba por todas partes y, en ocasiones, sugieren que tenían una forma similar a los Comentarios tal y como han llegado a nosotros. No hay razón para creer que, en la mayoría de los casos, César no dispusiera de tiempo durante los inviernos en las Galias para escribir un libro. Hircio, uno

de sus propios subordinados de más rango, que, más adelante, añadió el octavo libro de Comentarios a la Guerra de las Galias, repitió la alabanza de Cicerón sobre el estilo de César, pero también destacó la gran velocidad a la que escribía los libros. Otro miembro de su personal, Asinio Polión, pensaba que César tenía la intención de reescribirlos más adelante, lo que podría indicar que fueron redactados con rapidez para satisfacer una necesidad política inmediata. Ninguno de estos comentarios demuestra que cada uno de estos libros se publicara de manera independiente es evidente que la composición de los siete libros en los meses siguientes al fin de las campañas en las Galias era una tarea considerable-, pero, en general, realmente parece muy probable.'

Otra suposición muy extendida es que los Comentarios estaban dirigidos ante todo a las clases senatoriales y ecuestres, pero, una vez más, esa es una afirmación cuestionable. En su consulado había ordenado la publicación de todas las actas de las sesiones del Senado, lo que obviamente no estaba pensado para los senadores. Es dificil valorar los niveles de alfabetización del mundo romano, por lo que no sabemos cuántos lectores había fuera de la élite acomodada. Sin embargo, de manera más práctica, podemos juzgar que cualquier sistema en el que cada copia de un libro debía escribirse a mano implicaba que los libros eran un lujo raro y caro. Por otra parte, Cicerón destacó el entusiasmo con el que los hombres de las clases sociales humildes, como los artesanos, devoraban los libros de historia. En nuestras fuentes hay comentarios que sugieren que la lectura pública de libros era una actividad común y posiblemente muy concurrida. Parece probable que César, que siempre había

sido un popularis y había confiado en el apoyo de una amplia parte de la comunidad, estaba muy interesado en seducir a este público. Es llamativo ver que los senadores y los équites no tienen un papel destacado en los Comentarios y, en ocasiones, son descritos con palabras poco elogiosas. Por el contrario, los soldados ordinarios de las legiones muestran siempre su coraje y destreza. En la mayoría de los casos, incluso cuando son criticados, suele ser por un exceso de entusiasmo que lleva a los legionarios a olvidar la apropiada disciplina.Aún más que los rangos inferiores y los soldados rasos, los centuriones que los lideran son descritos, con frecuencia, en actitudes heroicas. Sólo unos pocos de estos oficiales son identificados por su nombre, pero en general son los centuriones como grupo los que mantienen la calma en tiempos de crisis y luchan y mueren para lograr la aprobación de su comandante. Es muy posible que este favorable retrato de los centuriones y los soldados agradara a los patrióticos aristócratas y équites, pero seguro que resultaba aún más atractivo para la población en general. César cultivaba su relación con estos romanos y no hablaba simplemente con la élite. Es probable que algunos grupos le importaran más que otros, por ejemplo aquellos ciudadanos que estaban incluidos en las listas de votantes en la Primera Clase de la Comitia Centuriata, pero sabemos tan poco de la vida fuera de los círculos de la élite que es imposible asegurarlo.'

Desde el principio de las campañas en las Galias hasta el mismo fin de la guerra civil, sabemos mucho más de las actividades de César, pero la inmensa mayoría de esta información procede de su propio relato en los Comentarios. Sobre las campañas en las Galias en concreto apenas

disponemos de datos en otras fuentes que no parezcan derivar de la versión de César. Podemos tener motivos para dudar de la veracidad fundamental de los Comentarios, pero no tenemos nada con que reemplazarlos. Napoleón era un gran admirador de César como comandante y le colocaba en la lista de grandes capitanes cuyas campañas debían ser estudiadas por cualquiera que aspirara a convertirse en general, pero, aun así, ponía en duda la veracidad de algunos aspectos de su relato y dedicó algún tiempo durante su exilio a analizarlos con ánimo crítico. No obstante, en vista de la flexible actitud hacia la verdad que revelan sus propios comunicados y memorias, es posible que lo considerara completamente natural. César escribía con un propósito político, para aumentar su reputación de gran servidor de la República y demostrar que merecía la posición prominente que ocupaba. Por tanto, los Comentarios eran obras de propaganda y presentaban todo lo que hacía desde la perspectiva más favorable. Según Suetonio: «Asinio Polión considera que fueron escritos con poco cuidado y que se atienen poco a la verdad estricta, porque muchas veces, a su juicio, César dio crédito a los hechos llevados a cabo por otros y tergiversó los suyos propios, ya adrede, ya como consecuencia de un fallo de la

Polión sirvió a las órdenes de César en la guerra civil, pero no estuvo junto a él en las Galias y es más que probable que sus comentarios se refirieran sobre todo a los comentarios de César acerca de ese conflicto. La alegación de que César estaba muy dispuesto a aceptar los relatos que los demás hacían de sus acciones como ciertos podría ser una amarga nota personal, puesto que Polión fue uno de los pocos

supervivientes de un desembarco desastroso en África dirigido por un hombre que recibe un trato favorable en los Comentarios. Con todo, si era cierto que César también distorsionaba algunas de sus propias actuaciones, entonces, ¿hasta qué punto lo hizo? Los yacimientos arqueológicos han confirmado parte de sus descripciones de las operaciones en las Galias, pero es una herramienta poco adecuada para reconstruir los detalles de las operaciones militares, y menos aún la motivación e ideología que las impulsaba. Lo que es más importante, es evidente que a lo largo de todo el conflicto de las Galias, los numerosos senadores y équites que sirvieron en el ejército de César escribían con regularidad a su familia y amigos. Años después, el hermano de Cicerón, Quinto, fue designado legado de César. La correspondencia que conservamos de la época contiene escasos detalles militares, pero es sorprendente que Quinto pudiera enviar una carta a su hermano en los pocos meses que el ejército pasó en Gran Bretaña en el año Claramente, había un flujo constante de información entre Roma y el ejército. En el año 56 a.C., Cicerón criticó la actuación del suegro de César, Lucio Calpurnio Pisón, como procónsul de Macedonia en el Senado. Pisón había violado la costumbre establecida de enviar despachos regulares al Senado, pero, aun así, Cicerón afirma que él y todo el Senado estaba bien informado sobre las actividades y errores del procónsul. La mayoría de las críticas a la veracidad del relato de César utiliza detalles de su propia narrativa contra él. Se mencionan diversas derrotas y varias acciones polémicas. En última instancia, César no podía arriesgarse a inventarse los hechos de forma generalizada o a distorsionarlos de modo ostensible porque su

público lo habría notado enseguida. Lo que sí podía hacer, y obviamente hizo, es presentar una imagen tan positiva como pudo de los acontecimientos, culpando a otros de las derrotas, justificando sus acciones con razonamientos calmados en apariencia y no haciendo hincapié en las operaciones menos exitosas. Pero al final tenía que ceñirse estrictamente a los hechos en especial a aquellos hechos que más importaban a la audiencia romana- si quería que los Comentarios cumpliesen con su función de ganarse a la opinión pública. Debemos ser precavidos al abordar la narrativa de César, al igual que cualquier otra fuente, pero tenemos buenos motivos para creer que, como mínimo, sus escritos ofrecen una descripción precisa de los acontecimientos básicos.`

EL EJÉRCITO DE CÉSAR

El ejército que guarnecía la provincia de César en el año 58 a.C. tenía el doble de soldados que las tropas que se había llevado a Hispana y, a su debido tiempo, se duplicaría y, a continuación, se triplicaría. Había realizado unos cinco años de servicio militar, y no poseía experiencia previa de combate en esta región, pero, como hemos visto, esa no era una situación inusual para un comandante romano. César supo estar a la altura del desafio, pero sería un error suponer que desde el mismo principio mostrara la extraordinaria habilidad que le daría la reputación de ser uno de los más grandes comandantes de todos los tiempos. Primero tuvo que llegar a conocer a su ejército y aprender la mejor manera de utilizarlo, y este proceso no fue instantáneo. No obstante, sus oficiales más experimentados eran hombres que había seleccionado personalmente y traído consigo a la provincia. Los más importantes eran los legados -el nombre legatus significaba

representante y se empleaba tanto para embajadores como para oficiales de alto rango que «actuaban en nombre de» un gobernador-, que, invariablemente, eran senadores. Por lo que sabemos ninguno de ellos tenía más experiencia marcial que el mismo César. Le había pedido a Cicerón que le acompañara como legado, lo que es un claro indicio de que los útiles contactos políticos a menudo eran más importantes que el talento militar. El orador había rechazado la propuesta, pero desde el principio de las campañas César tuvo al menos cinco, y posiblemente seis o incluso diez legados en su Estado Mayor. El de más rango fue Labieno, al que otorgó imperium de propretor y no tenía meramente poder delegado. Labieno, que como tribuno en el año 63 a.C. había cooperado con César y llevado el proceso contra Rabirio, recibe más atención en los Comentarios que cualquier otro legado, y había demostrado ser un soldado excepcionalmente diestro. Sin embargo, en el año 58 a.C., es posible que no tuviera más experiencia de combate que César, y su talento sólo alcanzó su plenitud cuando llegó a las Galias. Labieno había servido en Asia en los años setenta a las órdenes de Publio Servilio Vatia Isáurico. Puede que los caminos de César y él se cruzaran durante estos años, aunque es igualmente posible que Labieno no llegara a la provincia hasta que César no estuvo en Roma. Se ha conjeturado que sirvió con frecuencia bajo el mando de Pompeyo, pero no hay pruebas que lo confirmen. Del mismo modo, muchos estudiosos opinan que Labieno había ocupado la pretura en los años 60 o 59 a.C., pero, de nuevo, es un hecho más posible que realmente probado."

Balbo era otro antiguo asociado de César que también fue

su praeFectus fabrum, pero parece que no pasó demasiado tiempo en las Galias antes de regresar a Roma para actuar como uno de los principales agentes de César. Otro hombre que sirvió a César en el mismo puesto era Mamurra, que provenía de Formiae y cobró fama por la inmensa fortuna que había acumulado con métodos dudosos durante su temporada en las Galias. Al parecer, el tribuno Vatinio, que había logrado el mando de cinco años para él, había estado en las Galias durante un tiempo, pero su estancia podría haber tenido lugar más adelante en la década. Posiblemente Quinto Pecho estuvo con César desde el principio. La identidad de los otros legados de César en el año 58 a.C. no está clara, pero si no estaban ya a su lado, varios hombres estaban a punto de unirse a él. Uno de ellos era Aulo Hircio, el autor del octavo libro de Comentarios. Otro era Servio Suplicio Galba, que había servido con Pomptino durante la rebelión de los alóbroges y, por tanto, contaba con experiencia reciente de batalla en la Galia. Probablemente, Quinto Titurio Sabino y Lucio Aurunculeyo Cota también estuvieron a su lado desde el principio. (A pesar del cognomen Cota, no se cree que fuera un pariente de la familia de la madre de César, ya que su nomen era Aurelio). Cota había escrito un tratado sobre la constitución romana, y la plana mayor de César tenía un pronunciado sesgo literario. Del año 58 al 56 a.C., entre sus miembros se encontraba también el hijo menor de Craso, Publio, que era un aplicado estudiante de literatura y filosofía e íntimo de Cicerón por esa razón. Eso era un indicio de la continuada proximidad entre César y Craso, que no había necesitado consolidarse con una alianza matrimonial. Con alrededor de veinticinco años, Publio Craso demostró ser un

comandante atrevido y dotado, pero comenzó la campaña como comandante de la caballería del ejército (praefectus equitum), antes de ser ascendido a legado el año siguiente. Otro joven de talento que sirvió a César desde el principio de la campaña era Décimo junio Bruto, hijo de Sempronia, que era conocido por haber estado muy implicado en la conspiración de Catilina. Por último, César había contado asimismo con la asistencia de un cuestor, pero se desconoce su identidad.'

Lo más sorprendente de los legados de César es su comparativo anonimato. Craso y, en una medida algo menor, Bruto, pertenecían a familias distinguidas, y los padres de ambos habían llegado a ser cónsules. Labieno era un «hombre nuevo» y no había ocupado ningún puesto de más rango que el tribunado, al igual queVatinio. La familia de Cota no parece haber destacado durante muchas generaciones, aunque aún menos se sabe del entorno de Sabino y varios oficiales más. En general, las grandes familias nobles, sobre todo las que habían tenido éxito bajo el mando de Sila y en el periodo posterior, rechazaron las ofertas de trabajar con César, lo que contrastaba mucho con la distinguida lista de legados que habían servido con Pompeyo en la misión contra los piratas. Por lo visto, la mayoría de los legados de las Galias estaban buscando restaurar o mejorar la situación de su familia y no pocos de ellos lo lograron. Seguramente lo mismo le ocurrió a muchos de los oficiales menos experimentados. En su descripción del año 58 a.C., César habló de «los tribunos militares, los prefectos y todos aquellos que, habiendo seguido a César desde Roma para cultivar su amistad, no tenían gran experiencia de la guerra». Aquellos que ya estaban bien

establecidos no necesitaban unirse a César en el año 58 a.C. Nadie sabía que llegaría a ser tan gran comandante y que no marcharía hacia su derrota o su propia muerte en alguna colina gala. Podrían adivinar que resultaría generoso con cualquier éxito que tuviera, porque su reputación estaba ya establecida a ese respecto. Buscar estrechar la relación con César era una apuesta arriesgada que atraía sobre todo a aquellos que no conseguían el éxito de ningún otro modo. Por lo que sabemos, César parece haber recibido con satisfacción casi a cualquiera, con su entusiasmo acostumbrado a la hora de hacer tantos favores como pudiera y obligar así a más individuos en un compromiso con él.13

César seleccionaba a sus propios oficiales superiores, pero el ejército que iba a liderar ya existía. En conjunto, Iliria, la Galia Transalpina y Ci salpina contenían una guarnición de cuatro legiones: la séptima, la octava, la novena y la décima. No se sabe cuándo ni quién los había formado, pero es muy probable que hubieran sido creadas varios años antes y ya hubieran participado en el servicio activo. Sobre el papel, una legión de este periodo consistía en un número algo inferior a cinco mil hombres, pero, como en todos los ejércitos de todos los periodos de la historia, con frecuencia las unidades en campaña estaban muy cortas de efectivos. Una de las legiones de César durante la guerra civil sólo fue capaz de reunir algo menos de mil soldados. Una legión no poseía un comandante permanente, pero sus oficiales superiores eran seis tribunos, que solían ser équites. Algunos de ellos eran jóvenes aristócratas que todavía no pertenecían al Senado, mientras que otros eran oficiales semiprofesionales que buscaban puestos en una legión tras otra. Cada año el pueblo romano

elegía veinticuatro tribunos: este número tradicional debía aprovisionar al ejército de dos legiones que se le asignaba a cada cónsul en siglos anteriores. El propio César había sido elegido de ese modo, pero en aquel momento solía haber demasiadas legiones en activo al mismo tiempo para confiar en este método. La mayoría, si no a todos los tribunos, César los eligió él mismo, aunque algunos ya habían estado con las cuatro legiones. Los Comentarios nunca mencionan que un tribuno dirigiera una legión y, por lo general, César asignaba esa tarea a sus legados y a su cuestor. Sin embargo, los tribunos tenían importantes funciones de organización de personal y administrativas y podían dirigir destacamentos de considerable

Por debajo de un tribuno estaba el centurión, que era más una graduación que un rango específico. Había sesenta centuriones en una legión, cada uno de ellos estaba al mando de una centuria de ochenta hombres -es probable que la palabra nunca significara nada más específico que en torno a cien hombres- y seis centurias unidas para formar una cohorte de cuatrocientos ochenta, que era la unidad táctica básica del ejército. Nuestras fuentes no dicen nada al respecto, pero seguramente los centuriones de más rango comandaban la cohorte en batalla. Había diez cohortes en una legión y la primera cohorte tenía mayor prestigio que el resto porque protegía el águila plateada o dorada que era el estandarte de toda la legión. Los centuriones de la primera cohorte poseían un inmenso prestigio y, probablemente junto con los centuriones que estaban al mando de las otras cohortes, formaban los «centuriones del primer grado» (primi ordines), cuyas acciones con frecuencia estaban incluidas en las

instrucciones del comandante. En ocasiones, los centuriones han sido retratados como una especie de «sargentos mayores», veteranos entrecanos ascendidos sólo después de haber servido muchos años en la tropa, pero en realidad hay pocas pruebas que apoyen esa opinión. César no menciona en ningún lugar de los Comentarios el hecho de promover a un legionario al cargo de centurión, pero tampoco dice nada sobre sus orígenes, seguramente porque daba por supuesto que su público los conocía. Puede que muchos fueran nombrados centuriones directamente, algo común en la época de los emperadores romanos, cuando hubo incluso équites que sirvieron en ese puesto. El papel administrativo que era una parte importante de su trabajo requería un buen nivel de alfabetización y aritmética, conocimientos poco habituales entre los soldados ordinarios. Una vez en la tropa, es indudable que los centuriones estaban muy alejados social y económicamente de los legionarios comunes, porque su paga era varias veces -tal vez hasta diez veces- superior. Es probable que la mayoría de centuriones ya provinieran de las clases más prósperas, a diferencia del grueso de la tropa, conformado por los muy pobres. En ese caso, la relevancia que recibieron en los Comentarios resulta aún más interesante. Podría ser que los seleccionaran entre miembros de la Primera Clase, que desempeñaba un papel tan decisivo en las votaciones de la Comitia Centuriata. El hecho de ser designado para este cargo, así como las siguientes promociones, cobrarían entonces una importancia más allá de lo puramente militar para un comandante como César, muy en consonancia con las amplias redes de influencias que subyacían en tantos ámbitos de la sociedad romana. Sin

embargo, a diferencia de los oficiales de mayor rango, los centuriones permanecían con el ejército durante largos periodos y no sería un error verlos como oficiales esencialmente profesionales.`

Las legiones de siglos anteriores, que se formaban con hombres de los distintos estratos sociales y habían excluido a todos aquellos que no poseían suficientes propiedades para adquirir su propio equipo, eran ahora un recuerdo distante. Mario había reclutado sin reservas entre los capite censi, tan pobres que contaban sólo como números en el censo, pero es probable que fuera una tendencia ya bien establecida. Quedaban ya pocos atractivos en las legiones para los acaudalados y los bien educados. La dis ciplina podía ser brutal, los latigazos eran habituales y la ejecución era la pena para las negligencias más graves en el cumplimiento del deber. Un legionario recibía un salario anual de ciento veinticinco denarios (quinientos sestercios) -una cifra que ayuda a poner las astronómicas deudas de César en perspectiva-, que era menos de lo que podía ganar un trabajador agrícola, aunque tenía la ventaja de ser regular. Los ciudadanos más pobres consideraban el ejército como una carrera viable, o como un camino hacia una vida mejor. Un general que fuera generoso con las recompensas o prometiera concesiones de tierras para sus soldados veteranos podía ganarse la firme lealtad de sus legionarios, como Mario, Sila y Pompeyo habían demostrado. Los centuriones a menudo eran transferidos de una legión a otra, pero no hay ninguna mención de que con los soldados comunes se hiciera lo mismo. Los legionarios eran soldados profesionales que permanecían en el servicio militar durante muchos años,

aunque no hay datos precisos sobre el periodo normal de permanencia en el ejército. Años después, Augusto estableció el periodo de servicio en dieciséis años, que más tarde ampliaría a veinte con otros cinco como veterano, lo que significaba que estaban exentos de algunos deberes y fatigas. La legión era su hogar y las mejores unidades desarrollaban un intenso orgullo hacia su identidad corporativa. Cada legión contaba también con muchos hombres con destrezas técnicas que, a su vez, formaban a otros. No había unidades especiales o cohortes de ingenieros o artilleros, sino que los especialistas simplemente se separaban de sus cohortes cuando se requerían sus servicios para construir un puente o para el asedio de un pueblo. La capacidad de ingeniería del ejército romano en este periodo era fabulosa. El legionario era un soldado de infantería pesada que luchaba en orden cerrado, pero en tiempos de César su aspecto era bastante distinto a la clásica imagen perpetuada por Hollywood y al flexible uso de las imágenes de las recreaciones de los documentales televisivos. La famosa armadura en bandas o segmentos probablemente no se había inventado todavía, porque el fragmento más antiguo conocido de este tipo de coraza se remonta al año 9 d.C. (Sin embargo, ya que hasta que ese fragmento fue descubierto se daba por supuesto que esta armadura no se introdujo hasta mediados del siglo i d.C., es posible que fuera conocida en la época de César). Lo que llevaba el legionario era una cota de malla y un casco de bronce o, en ocasiones, de hierro. Los cascos romanos dejaban los ojos y las orejas al descubierto, a pesar de que el resto del rostro obtenía cierta protección de las amplias piezas de las mejillas. Los cascos cerrados del tipo empleado a veces en los

primeros siglos por los ejércitos griegos brindaban mejor protección, pero un legionario necesitaba ser capaz de oír y ver para reaccionar a las órdenes. El gran escudo semicilíndrico o scutum resguardaba más: tenía más de un metro de alto y entre sesenta y setenta y cinco centímetros de ancho y se cree que era de forma oval, aunque es posible que ya hubiera adoptado la forma rectangular del del clásico legionario de Hollywood. Es muy probable, aunque no hay pruebas, que las legiones ya portaran las insignias distintivas en sus escudos, ya fueran pintadas o en relieve. Los mismos escudos estaban compuestos de tres capas de madera pegadas entre sí, cubiertas con piel de becerro, y con los filos protegidos por un ribete de bronce. El escudo era flexible y ofrecía buena protección, pero pesaba unos diez kilos. Se llevaba en batalla sostenido por una sola asa horizontal situada detrás del tachón central y podía emplearse de manera ofensiva: el soldado empujaba el tachón hacia adelante para derribar al contrario.

Las principales armas del legionario eran el pilum (jabalina) y el gladius (espada). El pilum tenía una vara de madera de 1,20 metros, rematada con una parte de hierro de 60-90 centímetros, que terminaba en una pequeña punta piramidal. Cuando se lanzaba, todo el peso del arma se concentraba tras la pequeña cabeza, perforando el escudo del adversario, mientras que el largo y delgado mango la prolongaba para que llegara más lejos y pudiera herir o matar al propio hombre. Al contrario de lo que sostiene la arraigada leyenda, el metal no debía doblarse. En el siglo i a.C., el gladius usado por el legionario romano era corto, con una hoja normalmente de sesenta y un centímetros de longitud. No obstante, en la

época de César se utilizaba una hoja más larga, de al menos setenta y cinco centímetros y a veces más. Hecha con acero de alta calidad, la pesada hoja estaba bien diseñada para cortar y dar estocadas y su larga punta estaba concebida para penetrar en la armadura y la carne. El legionario estaba bien equipado y entrenado como luchador individual, pero la mayor fuerza del ejército romano residía en la disciplina y la estructura de mando que los hacía tan efectivos colectivamente.`

Como tropas de apoyo, las legiones confiaban en soldados extranjeros, que se conocían de forma colectiva como los auxilia. Muchos de ellos eran aliados reclutados localmente: César llegaría a depender mucho de las tribus de las Galias, en especial para reunir contingentes de caballería. En la mayoría de los casos estos hombres eran comandados por sus propios jefes, pero al menos algunos galos parecen haber servido en unidades dirigidas por oficiales romanos y es posible que fueran entrenados y equipados por el ejército. En su relato de la guerra civil, César menciona que en el año 49 a.C. poseía «tres mil jinetes, a los que ya había tenido […] en las guerras anteriores». También nos cuenta que contaba con cinco mil soldados de infantería auxiliar, aunque no está claro si sirvieron asimismo a partir del año 58 a.C. No se menciona ningún grupo de manera específica en su descripción de las campañas de las Galias y pueden haber sido aliados, mercenarios o los soldados regulares que prefiguran los regimientos organizados y permanentes de auxiliares del periodo imperial. Sí hace unas cuantas referencias a unidades de especialistas, incluyendo a los arqueros cretenses y númidas y a los honderos baleares. Los cretenses y los númidas eran famosos por su habilidad con sus respectivas armas y habían

estado presentes como mercenarios en muchos ejércitos durante varios siglos. Los númidas eran más famosos por su caballería ligera y es muy posible que César también contara con algunos de ellos. Sólo gracias a un único comentario sabemos que había algunos soldados españoles de caballería con el ejército. El número de soldados aliados variaba de año en año, mientras que es probable que la fuerza total de mercenarios y auxiliares profesionales fuera más estable. En ocasiones, los contingentes aliados eran mucho mayores, pero, aun así, las legiones seguían siendo la base del ejército romano."

«TODA LA GALIA ESTÁ DIVIDIDA»

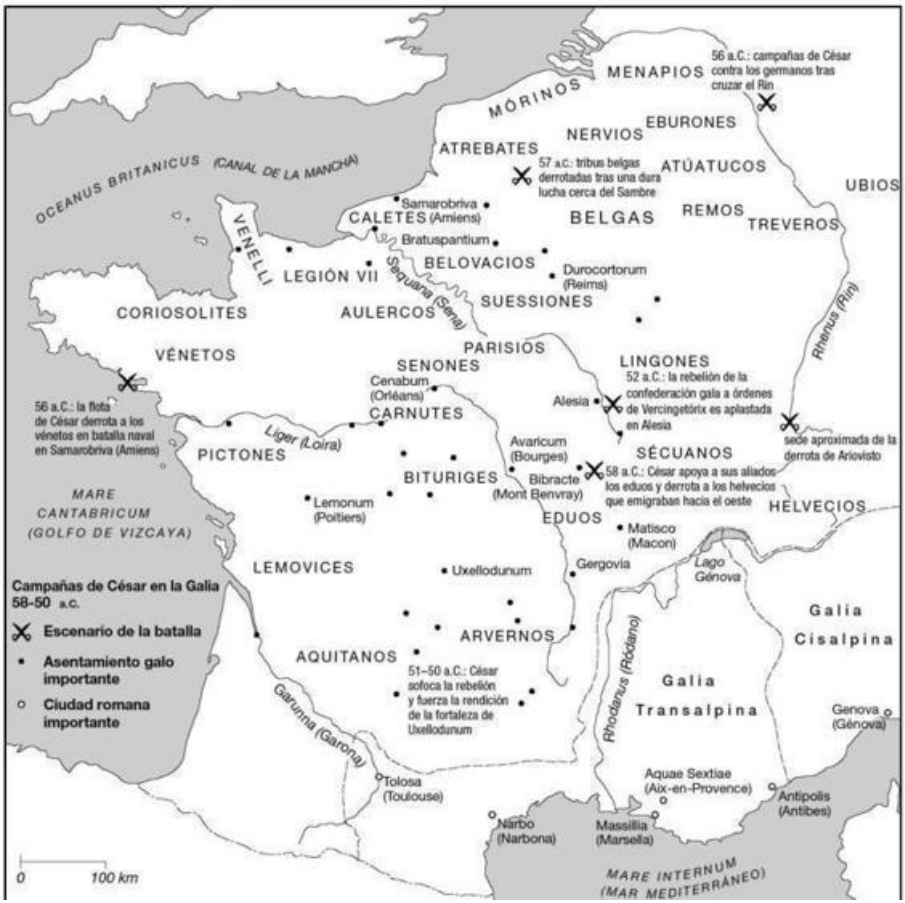
En el año 58 a.C. no era evidente hasta dónde llevarían a César sus campañas. Primero le habían concedido la Galia Cisalpina e Iliria como provincia y la Galia Transalpina fue añadida tras la repentina muerte de su gobernador. Posiblemente, la intención original de César fue hacer campaña en los Balcanes para reducir el creciente poder del rey dacio Burebista, que estaba forjando un poderoso imperio en Transilvania. La región era rica y apenas había sido explorada por los ejércitos romanos, por lo que ofrecía la gloria asociada a la derrota de un pueblo que nunca había sido visto. Es muy posible que hubiera planeado avanzar en esa dirección, tanto en el año como en años posteriores, pero los acontecimientos continuaron proporcionándole oportunidades de emprender hazañas militares en las Galias y la expedición de los Balcanes nunca tuvo lugar. En cualquier caso, nunca se borró de la mente de César porque estaba pensando atacar Dacia en el año 44 a.C. cuando fue asesinado.`

En el siglo i a.C., la Galia abarcaba el área de la actual Francia, Bélgica y parte de Holanda, extendiéndose desde el Rin hasta la costa atlántica. Galia no era una nación en ningún sentido. Como César dijo en la primera frase de los Comentarios a la Guerra de las Galias, su población estaba dividida en tres grupos étnicos y lingüísticos. En el suroeste, en la frontera con los Pirineos, estaban los aquitanos, con quien él pensaba que los íberos de Hispana tenían mucho en común. En el norte, sobre todo en el noreste, estaban los belgas, mientras que el centro de las Galias alojaba a los pueblos a los que los romanos llamaban los galos galli), pero que se llamaban a sí mismos celtas. Cada uno de esos grupos a su vez se subdividía en numerosos pueblos distintos que, pese a la similitud de sus lenguas y cultura, con frecuencia eran hostiles entre sí. La unidad política básica era el clan (pagus) y varios clanes conformaban una tribu (civitas). (Ninguna palabra española resulta totalmente apropiada y algunos eruditos prefieren Estado a tribu, pero, en realidad, nadie ha sugerido algo mejor). La importancia de la tribu parece haber aumentado mucho en ese siglo antes de la llegada de César a las Galias, y algunos estudiosos las consideran invenciones comparativamente recientes. Es más probable que los cambios del clima político y económico en las Galias simplemente hubieran otorgado nueva importancia a vínculos flexibles de parentesco y ritual establecidos hacía mucho tiempo.Aun así, el grado de unidad entre los clanes de un tribu variaba bastante y hubo varios casos durante las guerras de las Galias en los que los pagi individuales actuaron de forma independiente. Hay reyes en algunas tribus y tal vez en algunos clanes, pero no en otros y parece que la mayoría eran

gobernadas por consejos o senados, mientras que la organización diaria de los asuntos estaba en manos de magistrados electos. Los aliados más antiguos de Roma, los eduos, tenían un magistrado supremo llamadoVergobret que ocupaba el cargo durante un solo año. Nadie podía ser elegido dos veces para este cargo ni ningún miembro de su familia podía ocupar ese puesto mientras viviera el individuo que había sido magistrado, lo que impedía que un hombre o su familia monopolizara el poder. La similitud de este ideal con el sistema republicano romano es asombrosa y, desde muchos puntos de vista, las tribus de las Galias se asemejaban a las ciudades-estado del mundo mediterráneo, aunque quizá en una fase anterior de desarrollo.19

Hay un debate académico continuado sobre hasta qué punto podemos considerar a los galos y a otros pueblos que hablaban lenguas «célticas» parte de un pueblo con costumbres y culturas fundamentalmente uniforme, pero ese debate no es tema de nuestro libro. César señala tanto similitudes como diferencias entre las diversas tribus, pero mantenía una muy clara distinción entre los pueblos de las Galias y las tribus germanas. El río Rin se presenta como la línea divisoria entre ambos, aunque César concede que la situación no era tan evidente y algunos grupos germánicos estaban bien establecidos en tierras de la orilla oeste. La arqueología no apoya una división tan clara, lo que sugiere importantes semejanzas en patrones de asentamiento y en objetos de su cultura como la cerámica, el trabajo en metal, etcétera, entre la Galia y el centro de Germania. Había más de una diferencia entre las regiones meridionales y centrales y las áreas septentrionales de Germania, donde había escasos

asentamientos fortificados de envergadura. Sin embargo, sería un error rechazar el testimonio de César y otros autores antiguos, porque la arqueología es un instrumento poco apropiado para revelar fronteras étnicas y políticas. Había idiomas germánicos y célticos independientes y, sin duda, un elevado número de dialectos y variaciones regionales dentro de cada grupo amplio. Es muy posible que algunas tribus que hablaban una lengua germánica vivieran en asentamientos de tamaños y planos similares a algunos pueblos de la Galia, así como que utilizaran objetos de forma y estilo muy semejante. Eso no significa que alguno de los grupos hubiera percibido al otro como parecido a ellos mismos en lo esencial y no como extranjeros. Es más probable que consideraran semejantes a aquellos pueblos que hablaban la misma lengua o una lengua similar, que veneraban a las mismas deidades y que habían vivido entre ellos durante mucho tiempo como familiares. Esta percepción en sí misma no evitaría la hostilidad y las guerras entre ambos grupos ni excluiría las relaciones pacíficas con un pueblo más «extranjero». Ni los galos ni los germanos eran naciones en un sentido significativo, y la identidad personal y la lealtad tenían mucho más que ver con la tribu y el clan, y dentro de estos, con la familia, el vecino o el jefe.`



La Galia y sus tribus.

El contacto entre las tribus galas y el mundo mediterráneo tenía una larga historia marcada por frecuentes enfrentamientos. Una banda de galos había saqueado Roma en el año 390 a.C., mientras que otras tribus habían invadido y se habían asentado en el valle del Po. Más tarde, los romanos comenzaron a colonizar la misma región, lo que dio lugar a una serie de guerras que finalizaron a principios del siglo ii a.C. con la subyu gación y absorción de las tribus galas. En torno al año 125 a.C. los romanos comenzaron a conquistar la Galia Transalpina para crear una ruta segura por

tierra hacia sus provincias en Hispania. Uno de los procónsules que participó en esas campañas era Cneo Domicio Ahenobarbo, el tataratatarabuelo del emperador Nerón. Según la descripción de un contemporáneo tenía «un rostro de hierro y un corazón de plomo», y se dice que había impresionado a las tribus al aparecer montado en un elefante, pero su legado más duradero fue la Vía Domitia, una gran vía estratégica que llegaba hasta Hispania. La región fue el escenario de muchos enfrentamientos durante la emigración de los cimbros y los teutones, pero no hubo más expansión romana concertada antes de la llegada de César. Hubo una considerable consolidación con el establecimiento de puestos de avanzada fortificados y una colonia en Narbo (la actual Narbona) en el año 118 a.C., que más adelante se convertiría en un importante centro comercial, cuando los bienes producidos por los grandes latifundia de Italia empezaron a llegar a través de los Alpes. El vino era el principal producto y la ruta del comercio puede seguirse gracias al descubrimiento de fragmentos de las ánforas empleadas para transportarlo. La cantidad comercializada era impresionante, y un estudioso ha calculado que durante el siglo i a.C. se vendieron unos cuarenta millones de ánforas de vino en la Galia, una cifra que, en todo caso, es probable que fuera superior. Cada vasija solía medir entre un metro y un metro quince centímetros de altura y contenía entre veinte y veinticinco litros. Las principales rutas comerciales recorrían los valles del Ródano y del Saona y discurrían hacia el oeste de la Galia hasta la costa atlántica a través del Ande y el Garona. A cambio de vinos y otros bienes de lujo, los comerciantes deseaban obtener materias primas, incluyendo estaño del suroeste de Bretaña y,

sobre todo, esclavos. Una fuente sostiene que un jefe galo intercambiaría un esclavo por una sola ánfora de vino. Esto puede haber sido un malentendido sobre la obligación social de un anfitrión de demostrar cuánta riqueza y poder tenía entregando al invitado algo de un valor muy superior a su regalo, pero aun así ilustra la importancia del vino para la nobleza gala. Se cree que parte de ese comercio era llevado a cabo por intermediarios locales, pero es evidente que los mercaderes romanos eran una imagen familiar en amplias áreas de la Galia. Era una época de grandes oportunidades comerciales para los romanos y los hombres de negocios empren dedores penetraban hasta territorios en los que nunca se habían adentrado los ejércitos romanos. En una zona en Noricum había una comunidad comerciante romana con su propio Foro de pequeño tamaño establecido a las afueras de un pueblo nativo al principio del siglo i a.C.21

El comercio con el mundo romano alentó una tendencia a la centralización en muchas de las tribus galas. En los siglos li y i a.C. se multiplicaron los grandes pueblos amurallados que César denomina con el término algo vago de oppida. Muchas tribus estaban acuñando monedas de un tamaño y peso estándar a partir de modelos helenísticos, lo que sugiere que el comercio a larga distancia era habitual. Algunos emplazamientos muestran huellas de actividades de manufacturación a gran escala y tenían un trazado organizado. Entremont, un pueblo situado en una colina que fue asaltado por los romanos en torno al año 124 a.C. durante la conquista de la Galia Transalpina, estaba construido en piedra en estilo griego. No obstante, la influencia cultural no era abrumadora, ya que un santuario de estilo helenista

también tenía nichos en las paredes para alojar las cabezas cortadas de los enemigos. Las comunidades situadas en las principales rutas comerciales eran las más beneficiadas y sus pueblos eran correspondientemente grandes. Los arvernos habitaban en la ruta del oeste, mientras que los eduos y los sécuanos se disputaban los valles del Ródano y del Saona. La localidad principal de los eduos en Bibracte (el actual Monte Beuvray) abarcaba un área de ciento treinta y cinco hectáreas dentro de sus muros, y las excavaciones han revelado vastas cantidades de ánforas de vino. Los pueblos como este tendían a ser el foco de atracción del movimiento de las tribus, pero nunca llegaron a adquirir por completo el papel central de las ciudades griegas y romanas. Los líderes cuyo poder se basaba en las zonas rurales seguían manteniendo la capacidad de dominar a su tribu."

Al final fue la aristocracia la que dominó a todas las tribus de la Galia en menor o mayor medida. César consideraba al pueblo llano poco más que esclavos, tan estrecho era el vínculo con sus poderosos jefes. La nobleza la dividió en caballeros (équites) y sacerdotes, conocidos como druidas. Ninguno de los grupos provenía de una casta determinada y las familias podían contener tanto druidas como caballeros. Los druidas no luchaban y su poder residía en los largos años de formación que los convertía en expertos en materia de religión, leyes y costumbres tribales. César afirma que de forma deliberada no anotaban ninguna de sus creencias ya que pensaban que recurrir a la palabra escrita debilitaba el poder de la memoria y podía asimismo reducir su propia autoridad. Como resultado, se sabe muy poco a ciencia cierta de las creencias de los druidas, algo que ha dado mucho margen a lo

largo de los siglos para que ese vacío se llenara con invenciones románticas. En la época, a los filósofos griegos les gustaba ver a los druidas como estoicos primitivos y César indica que creían en la inmortalidad del alma y eso animaba a los guerreros a desdeñar la muerte en la batalla. Una vez al año, los druidas de gran parte de las Galias se reunían en un santuario en el territorio de los carnutes, pero su capacidad para servir de nexo de unión entre las tribus y unificarlas era muy limitada. También presidían ceremonias sacrificiales y podían castigar a una persona prohibiéndole asistir a esos rituales. El tipo de ofrenda variaba, pero César y nuestras demás fuentes de la Antigüedad afirman categóricamente que los galos practicaban sacrificios humanos en ciertas ocasiones. César habla de altas figuras de mimbre dentro de las cuales se introducía a gente -por lo general, criminales o enemigos, pero si no había ni unos ni otros, entonces alguien tenía que ocupar su lugar- para después prenderles fuego. Algunos estudiosos desestiman esas historias porque las consideran propaganda griega y romana, pero no debemos olvidar que los mismos romanos habían ofrendado víctimas humanas a los dioses en la época en la que los cimbros amenazaban Italia, y el Senado no declaró ilegal esa práctica hasta el año 97 a.C. La sociedad romana seguía sin tener ningún reparo a la hora de entretenerse viendo cómo moría gente en la arena del circo, pero se negaban a matar seres humanos en un ritual religioso. Los testimonios arqueológicos no ofrecen pruebas incontrovertibles de la celebración generalizada de sacrificios humanos en las tribus galas, aunque hay evidencias claras de esta costumbre entre los pueblos germánicos y británicos. No obstante, es indudable que muchos rituales galos utilizaban

partes del cuerpo humano y en la mayoría de los casos es imposible discernir si se obtuvieron mediante asesinatos rituales. Además, la caza de cabezas era muy común entre los guerreros galos y probablemente entre muchos pueblos del norte de Europa. El santuario de Entremont, y otro similar en el próximo de Roquepertuse, ofrecen ilustración gráfica de tales prácticas.` Estrabón nos cuenta:

> como por ejemplo la costumbre de colgar, al volver de la batalla, las cabezas de los enemigos de las colas de los caballos, para llevárselas y clavarlas ante las puertas de sus templos. Cuenta Posidonio que él mismo pudo ver este espectáculo en muchos lugares distintos, y que lo que al principio le repugnaba, con la costumbre, lo llegó a soportar serenamente. Muestran a los extranjeros las cabezas de los enemigos famosos embalsamadas con aceite de cedro, y ni siquiera a cambio de su peso en oro se avienen a devolverlas.`

Posidonio era un filósofo griego que viajó por el sur de las Galias durante los primeros años del siglo i a.C. recopilando material para un estudio etnográfico. Más adelante se estableció en Roma y es muy posible que César le conociera. De hecho, una moneda gala de mediados de siglo representaba a un guerrero con una cabeza cortada en la mano. Los arqueólogos han descubierto asimismo un truculento trofeo en Ribemont-sur-Ancre, en el que los cadáveres de múltiples guerreros armados y algunos caballos han sido fijados a una estructura de madera para que se mantuvieran derechos.Todos estos hombres aparecen sin cabeza y no se sabe con certeza si se trataba de enemigos derrotados o era alguna forma de ofrenda sacrificial. César

menciona que el botín de guerra se apilaba en montones que con frecuencia eran consagrados a los dioses y que los montones podían verse en muchos sitios, ya que los galos respetaban los rituales y no osarían robar nada de ellos. También afirma que antes de su llegada las tribus iban a la guerra «casi todos los años, ya fuesen ellos los atacantes o los defensores». Estrabón describió a toda la raza gala como «belicosos» y es evidente que los caballeros eran una aristocracia de guerreros. El estatus de un hombre se medía por el número de guerreros que mantenía con sus propios recursos y que estuvieran personalmente ligados a él por un juramento solemne. La fuerza y la fama de sus séquitos actuaban como elementos disuasorios para cualquiera, miembro o no de la tribu, que pensara atacarles, o para las comunidades que les eran leales y estaban bajo su protección.`

Al parecer, buena parte de la actividad militar en la Galia adoptaba la forma de razias, pero en ocasiones los combates entre las tribus podían ser a gran escala, como en el caso del enfrentamiento entre los eduos y los sécuanos por el control de la ruta comercial que recorría los valles de los ríos Ródano y Saona. Es muy poco probable que el incremento del co mercio con el mundo mediterráneo diera lugar a la belicosidad de las tribus galas, pero no hay duda de que fue un estímulo para guerrear. Los bienes que entraban a espuertas en la Galia estaban destinados fundamentalmente al mercado aristocrático. El vino desempeñaba un papel importante en los banquetes que reunían a los jefes y a los guerreros y los artículos de lujo ayudaban a incrementar el estatus o podían ser regalos espectaculares para algún seguidor leal. Las tribus emplazadas en las rutas comerciales disponían de mejor

acceso a este tipo de bienes y podían asimismo cobrar una cuota comercial. Por otra parte, el grueso de los beneficios era para la aristocracia, lo que les proporcionaba suficiente riqueza para mantener grupos más y más grandes de guerreros. Los líderes no sólo necesitaban dinero, sino una buena reputación militar si pretendían que se unieran y permanecieran en su cortejo los guerreros más famosos. Las incursiones victoriosas era una de las mejores maneras de lograrlo, así como conseguir buenos botines, parte de los cuales era entregada a sus partidarios para reforzar su lealtad. Los líderes y la totalidad de las tribus estaban dispuestos a emplear la fuerza para controlar las rutas comerciales. Además, los esclavos que, por lo visto, eran intercambiados sin ningún reparo por vino, tenían que salir de algún sitio, lo que fomentaba los asaltos para hacer prisioneros. Un aristócrata con un fuerte séquito de guerreros a menudo lo lanzaba contra los enemigos de su tribu, pero existía también la tentación de utilizar la fuerza en un intento por hacerse con el poder dentro de la tribu. Los reyes habían desaparecido en gran parte de las tribus de la Galia central y en el resto de las Galias sus poderes eran limitados, pero el sueño de gozar de poder monárquico o tiránico seguía estimulando la imaginación de muchos líderes poderosos. Las instituciones de la tribu, los magistrados y el consejo senatorial no siempre poseían la fuerza suficiente para controlar a esos hombres.'

A diferencia de las legiones romanas, los ejércitos galos eran tropas poco ágiles, que rara vez tenían capacidad logística para permanecer en el campo de batalla para sostener una campaña larga y que a sus comandantes les costaba dirigir. Tomados uno a uno, los guerreros eran valientes, pero,

exceptuando los séquitos de los grandes hombres, casi nunca eran adiestrados colectivamente y el énfasis siempre se ponía en la destreza individual. En comparación, los guerreros semiprofesionales que seguían a los jefes poderosos eran escasos, suficientes para una expedición de sa queo, pero nunca suponían más de un pequeño núcleo del ejército de la tribu que, básicamente, estaba compuesto por todos los hombres que consiguieran hacerse con alguna arma. Es muy posible que los romanos copiaran la cota de malla y los más comunes diseños de casco de los originales galos, pero eran capaces de construirlos en cantidades muy superiores. Cada legionario tenía una espada, escudo, coraza y casco, pero lo más probable es que sólo los ricos y algunos de los guerreros semiprofesionales galos tuvieran todas esas cosas. La gran mayoría de guerreros luchaba sin ninguna protección aparte del escudo. Las espadas sí parecen haber sido bastante comunes, pero tendían a ser más largas que las de los romanos -que eran una copia de un diseño español- y eran más utilizadas para cortar que para clavarse. La mayoría de las tribus criaban caballos para montar, animales de menor tamaño que la mayoría de las monturas actuales, pero de buena calidad. La caballería gala era famosa y, posteriormente, el arma de caballería del ejército profesional romano copió muchos aspectos del equipo, instrucción y terminología de ellos. No obstante, aunque eran muy efectivos en una carga, la caballería de las tribus, que siempre estaba formada por los guerreros más ricos, no solían presentar ni entusiasmo ni aptitud para tareas tan importantes como la de patrullar.27

La Galia no se hallaba en una situación demasiado estable

cuando llegó César. La provincia romana de la Galia Transalpina aún estaba recuperándose de la rebelión de los alóbroges, que no habían recibido ninguna recompensa por ayudar a Cicerón en el año 63 a.C. y no habían encontrado más alternativa que rebelarse. El alzamiento había sido reprimido en el año 60 a.C., pero el perpetuo enfrentamiento entre los eduos y los sécuanos era una cuestión grave porque afectaba a la seguridad de la provincia y a la continuación del comercio rentable.Ambas tribus eran aliadas de Roma, pero parecían dispuestas a buscar apoyo exterior para ganar el conflicto. En torno al año 71 a.C., los sécuanos habían apelado al rey germano Ariovisto para que lanzara a sus guerreros en su ayuda; unos diez años más tarde, infligió una severa derrota sobre los eduos, muchos de cuyos principales nobles murieron en el combate, a cambio de lo cual le hicieron entrega de unas tierras en las que podían asentarse sus seguidores. Poco después los eduos también sufrieron el ataque de los helvecios, procedentes de la actual Suiza. Aproximadamente en la misma época, Diviciaco, un druida que había ocupado el cargo de Vergobret, se presentó en Roma para pedir ayuda. El Senado envió una delegación de enviados a la región pero no emprendió ninguna acción directa. En el año 59 a.C., durante el consulado del propio César, Ariovisto fue reconocido como rey y «amigo del pueblo romano». Por el momento, esa actividad diplomática había instaurado una cierta estabilidad en las fronteras en torno a la Galia Transalpina, pero es importante subrayar que César estaba introduciéndose en una situación dinámica: el equilibrio de poder entre las tribus -y a menudo dentro de ellas- cambiaba con frecuencia. De ningún modo se puede

calificar a las tribus galas de meras víctimas que aguardaban pasivas la invasión del imperialismo romano. Sin embargo, es indudable que estaban desunidas y divididas y esas debilidades fueron explotadas implacablemente por César.`

X

EMIGRANTES Y MERCENARIOS: LAS PRIMERAS CAMPAÑAS, 58 A.C.

Bien, en el terreno político, lo que ahora más preocupa es el miedo a una guerra con los galos; en efecto, los eduos, nuestros hermanos, tuvieron hace poco un combate desgraciado; los helvecios están, sin duda, en armas y hacen incursiones contra la provincia.

CICERÓN, 15 de marzo del año 60 a.C.[1]

El 28 de marzo del año 58 a.C., un pueblo conocido como los helvecios comenzó a reunirse en las orillas del río Ródano, cerca del lago Leman. Se dice que unos 368.000 hombres se habían movilizado, de los cuales aproximadamente un cuarto eran hombres en edad de pelear y el resto mujeres, niños y ancianos. Deseaban abandonar sus casas, situadas en lo que ahora es Suiza y llegar hasta la costa oeste de la Galia, donde planeaban establecerse en tierras nuevas, más amplias y fértiles. Su ruta avanzaba directamente a través de la provincia romana de la Galia Transalpina. A César le habían llegado noticias de la emigración inminente a principios de mes y de inmediato esa información le impulsó a dirigirse a su provincia. Hasta entonces él había estado esperando fuera de Roma, vigilando atentamente los enfrentamientos en el Senado y en el Foro. Los helvecios pretendían cruzar la Galia Transalpina, tomando la ruta más sencilla hacia su destino. La frontera más septentrional de la gran provincia de César

estaba amenazada y la opinión pública no trataría bien a un procónsul que se entretenía fuera de Roma mientras había una crisis en la región que estaba bajo su mando. Después de los riesgos que había corrido para obtener ese mando, César no podía permitirse ningún tipo de fracaso, de modo que se precipitó hacia el norte, viajando a esa fabulosa velocidad que tantas veces asombró a sus contemporáneos. Con una media aproximada de 145 kilómetros diarios, ocho días más tarde había llegado al Ródano. Una crisis podía en una

La emigración no era resultado de un impulso repentino, sino fruto de años de planificación. Primero había sido planeada por Orgetórix, descrito por César como el hombre «más noble y rico» de la tribu, pero al parecer se había basado en frustraciones ya existentes previamente. Los helvecios eran un pueblo nutrido y marcial que se sentían cada vez más restringidos en su patria, encerrada entre las montañas, la provincia romana más allá del Ródano y del Rin hacia el este. «En estas circunstancias, sucedía que no podían espaciarse a sus anchas ni hacer cómodamente la guerra a sus vecinos; lo cual era motivo de aflicción para aquellos hombres belicosos».' Las razias eran endémicas en las Galias y lo que los helvecios deseaban era disfrutar de la capacidad de hacer incursiones de saqueo con mayor facilidad. No obstante, César afirma que Orgetórix tenía un motivo ulterior, pues creía que unir a la tribu para este propósito le ayudaría a convertirse en rey. Los helvecios, como muchas de las otras tribus, había dejado de ser una monarquía y, al parecer, eran regidos por un consejo de jefes y por líderes o magistrados electos. Orgetórix había logrado que se unieran a su causa numerosos nobles y evidentemente poseía considerable poder y apoyo, ya que en

su época se acuñaron monedas con su nombre con la grafia ORCIITIRIX. Con la aprobación de los líderes de la tribu, fue enviado en misión diplomática para visitar otras tribus y preparar el camino para la emigración. Al resultarle más fácil tratar con jefes individuales que con magistrados o consejos tribales, puso de su lado a Cástico de los sécuanos y Dumnórix de los eduos. Estas dos tribus dominaban la Galia central y los helvecios atravesarían o pasarían cerca de su territorio en su viaje hacia el oeste. Su apoyo, o incluso su no intervención, facilitaría la emigración y ayudaría a los helvecios a establecerse cuando llegaran. Orgetórix alentó tanto a Cástico como a Dumnórix para que aspiraran a la suprema realeza en sus propias tribus, probablemente prometiéndoles el apoyo de los guerreros helvecios después de la migración. De hecho, el padre de Cástico había sido soberano en solitario de los sécuanos y había sido formalmente reconocido como un «amigo del pueblo romano» por el Senado. Dumnórix era el hermano menor del druida Diviciaco, y había logrado reunir un considerable número de adeptos en la tribu. En secreto, los tres líderes hicieron un so lemne juramento -algo siempre siniestro a ojos de los romanos- que les comprometía a ofrecer su ayuda a los demás en sus empresas. Dumnórix se casó con la hija de Orgetórix, continuando su afición por las alianzas matrimoniales: su madre había estado casada con el líder de los bituriges, su hermanastra y otras parientes con diversos jefes de las tribus vecinas. Aliándose entre sí, los tres líderes de lo que serían las tribus más poderosas de la Galia central creían que nadie podría oponérseles.'

Los preparativos de los helvecios habían finalizado. Sus

líderes opinaban que eran necesarios al menos dos años -60 y 59 a.C.- para prepararse para partir. Se reunieron animales de tiro, por lo visto algunos los habían adquirido o se los habían quitado a sus vecinos, y habían plantado una enorme cantidad de cosechas de cereal para producir un excedente que les alimentara en su viaje. El Senado romano recibió preocupantes noticias sobre este plan, sin duda remitidas por los líderes de las tribus amistosas, así como por el gobernador de la Galia Transalpina. En el año 60 a.C. se decidió mandar una delegación a la Galia, incluyendo un número de hombres con experiencia en el área y conexiones familiares entre las tribus. Al parecer el contacto se estableció con el rey germánico Ariovisto, que había venido a las Galias para ayudar a los sécuanos frente a sus rivales, pero ahora se había asentado con sus guerreros y sus familias en una amplia extensión de tierra perteneciente a esta tribu. Aparte de eso sabemos muy poco de las actividades de la delegación romana, pero la situación pronto pareció volverse favorable para los romanos. A pesar del éxito diplomático de Orgetórix, los demás nobles helvecios se enteraron de sus ambiciones y le procesaron por pretender establecer una tiranía. El castigo por este delito era ser quemado vivo, y Orgetórix decidió intimidar a los otros líderes. El día asignado para su juicio llegó acompañado de sus guerreros, personas a su cargo y todos los miembros de la tribu ligados a él por obligación social o por deudas, lo que sumaba una fuerza de más de diez mil hombres, tal vez una octava parte de todo el poderío militar de los helvecios. Se planteó una competición entre las instituciones en ciernes de un Estado y los patrones tradicionales del liderazgo aristocrático. Ningún juicio podía

tener lugar en tales circunstancias, pero la intimidación sobre los demás líderes no era permanente y pronto comenzaron a formar una leva de la tribu con la que aplastarlo de una vez y para siempre. Sin embargo, antes de que la guerra civil llegara a estallar, Orgetórix falleció entre rumores de suicidio. Los preparativos para la emigración continuaron a pesar de todo, y su muerte no alteró de ningún modo la determinación de la tribu de seguir adelante con sus planes. Es posible que los romanos no percibieran del todo que el impulso seguía ahí aun después de la desaparición del líder que había concebido el plan. En mayo del año Cicerón creyó que la perspectiva de una guerra importante en las Galias había sido conjurada, para disgusto del cónsul Metelo Celer, que había recibido la Galia Transalpina como provincia.5

Esa es la explicación que da César para la emigración, un producto del deseo de la tribu de disponer de más oportunidades para saquear y la ambición personal de Orgetórix. No todos los eruditos han estado dispuestos a aceptar tal cual esta interpretación y han sugerido que escondía la verdad con el fin de justificar sus subsiguientes acciones. Señalan, por ejemplo, que los Comentarios no mencionaban a Ariovisto, el rey germano que luchó contra los sécuanos y, más tarde, se estableció en sus tierras. Esto sugiere que la principal intención de los helvecios era ayudar a las otras tribus a vencer a Ariovisto y sus germanos. Durante el propio consulado de César, el líder germano fue designado «amigo del pueblo romano» por el Senado y los aficionados a las conspiraciones sugieren que necesitaba la neutralidad o incluso la complicidad de Ariovisto para enfrentarse a los helvecios en el año 58 a.C. Cuando fueron derrotados,

cínicamente, lo atacó y lo expulsó de las Galias. En esta versión, César no quería que los helvecios expulsaran a Ariovisto y que, así, le negaran la excusa para intervenir en la Galia.'

Nada de esto resulta convincente porque se basa fundamentalmente en una visión retrospectiva. En primer lugar, en sí mismo es poco probable que César pudiera haber logrado que se pasara por alto una distorsión tan enorme de los hechos en su relato, pues esa práctica era objeto de críticas muy duras y, a menudo, bien informadas. También es dificil que Roma contemplara la expulsión de Ariovisto por parte de los helvecios con buenos ojos. En aquel momento, su provincia de la Galia Transalpina lindaba con las tribus de los eduos y los sécuanos, ambos con estatus de aliados. Ariovisto había entrado recientemente en el sistema. La propia provincia acababa de sufrir una importante rebelión encabezada por los alóbroges y lo ideal es que disfrutara de un periodo de estabilidad para evitar que el comercio y los ingresos sufrieran. La llegada de una tribu fuerte amenazaba perturbar esta red de alianzas. También estaba la cuestión de lo que sucedería con la tierra natal de los helvecios cuando se marcharan. Si las tierras abandonadas eran colonizadas por recién llegados, quizá provenientes de una de las tribus germanas, eso podría suponer una nueva amenaza a la provincia romana. En general, los romanos sospechaban de los movimientos de los pueblos, tan comunes en la Edad de Hierro de Europa, y trataban de evitar que se produjeran en las tierras cercanas a sus propias provincias.Tampoco a las tribus de Galia les beneficiaba unirse independientemente de Roma.

Por tanto, César tendría amplia justificación para intervenir aunque los helvecios hubieran tenido la intención de enfrentarse a Ariovisto, y no necesitaba ocultarlo. A fin de cuentas, su propio relato es mucho más verosímil. Es obvio que Cástico y Dumnórix creían que ganarían con la llegada de los emigrantes y, sin duda, esperaban el apoyo de Orgetórix contra todos sus oponentes, ya fueran extranjeros o miembros de su propia tribu. Los líderes de los sécuanos que habían invitado a Ariovisto a entrar en la Galia en primer lugar y los múltiples jefes que solicitarían la ayuda de César en los próximos años, actuaron con los mismos motivos. Asociarse con una poderosa fuerza exterior elevaba el prestigio de un jefe y dicha asociación podía convertirse en asistencia militar directa. Podría inducir a error hablar de facciones pro o antirromanas dentro de las tribus, ni tampoco pro o antigermanos o antihelvecios en realidad. Cada jefe individual buscaba aquel tipo de ayuda que creía que más le beneficiaría y todos participaban en la pugna por el dominio dentro de la tribu. Algunos líderes y, desde luego, los consejos de algunas tribus, decidieron que lo que más les convenía era aliarse a César y Roma, mientras que otros hombres y sus pueblos, que eran sus rivales, actuaron de forma diferente.'

Sin embargo, en la primavera del año 58 a.C. hay múltiples indicios de que los helvecios cogieron desprevenido a César. Quizá le sorprendiera el momento elegido para la migración o tal vez su magnitud. Tenía cuatro legiones bajo su mando, pero sólo una de ellas estaba en la Galia Transalpina. Las otras tres estaban acampadas en la frontera de la Galia Cisalpina más próxima a Iliria. No se sabe quién emplazó allí las tropas, pero aunque no hubiera sido César, el caso es que

no hizo ningún esfuerzo por modificar esa disposición. Incluso cuando se apresuró a dirigirse hacia el Ródano, no hizo ningún intento de enviar nuevas órdenes a esas tropas. Es dificil evitar la conclusión de que seguía pensando mucho en la campaña en los Balcanes. Quizá sólo cuando llegó a las proximidades de Ginebra fue consciente del alcance del problema. Los helvecios y los clanes aliados que se les habían unido en la emigración habían apilado sus posesiones en carromatos y habían partido con gran determinación.A sus espaldas dejaron las ruinas humeantes de sus pueblos y aldeas, que habían incendiado deliberadamente para desalentar a cualquiera que vacilara si el viaje se ponía dificil. Puede que César exagerara cuando afirmó que todos y cada uno de los asentamientos fueron quemados, como también, desde luego, era excesiva la implicación de que ningún miembro de la tribu quedó atrás, pero es evidente que la magnitud de los acontecimientos había sido inmensa.

Según César, la cifra de 368.000 emigrantes fue tomada de los registros capturados a los helvecios. Estos estaban escritos en caracteres griegos, ya que este tipo de inscripciones galo-griegas que utilizaban la lengua celta y el uso del alfabeto griego en el sur de las Galias es bastante común y atestigua la larga presencia e influencia de Massilia. Cualquier cifra encontrada en un texto antiguo debe tratarse siempre con cierta precaución, puesto que es muy fácil que los números resulten distorsionados a lo largo de los siglos cuando los manuscritos son copiados una y otra vez. En casos de ese tipo, el deseo romano de cuantificar una victoria militar mediante las cifras de enemigos asesinados y ciudades capturadas animaba a exagerar de forma deliberada. No hay duda de que

es una cifra muy alta, que sugiere una densidad de población considerablemente superior a lo que podía esperarse, incluso en una región tan superpoblada como para producir una emigración. No obstante, al final sabemos tan poco de los antiguos niveles demográficos que no sería razonable ser demasiado dogmático y si rechazamos la cifra dada por César, no tenemos nada con qué sustituirla. Las sugerencias modernas de totales más «plausibles» nunca dejarán de ser conjeturas. Al final, aunque César inflara las cifras, o estuviera genuinamente equivocado, una considerable cifra de personas y animales se pusieron en movimiento, más bien en muchos grupos separados que en una columna muy larga, que habría creado enormes problemas prácticos y logísticos. Sin embargo, en ciertos puntos, como cruces de ríos y pasos de montañas, los diferentes grupos tenían tendencia a apiñarse unos a

Es poco probable que César supiera con exactitud cuántos emigrantes estaban esperando para cruzar el río y entrar en su provincia, pero sin duda superaban en número a la única legión que tenía a su disposición. Una de las primeras órdenes que dio a los legionarios fue que destruyeran el puente que cruzaba el río a la altura de Ginebra. También reclutó tantas tropas como pudo en la provincia y las tribus le proporcionaron contingentes de caballería. Poco después de su llegada, le visitó una delegación de líderes helvecios que le pidieron permiso para que su pueblo atravesara la provincia romana, prometiéndole que no efectuarían saqueos a su paso. César no quería autorizar esa petición. En los Comentarios aprovecha esta oportunidad para recordar a sus lectores una batalla librada cincuenta años antes, cuando uno de los clanes

de los helvecios había derrotado al ejército romano. Desde el punto de vista de los romanos, había sido un ataque sin provocación previa que empeoró cuando obligaron a los supervivientes a sufrir la humillación de pasar bajo un yugo de lanzas, lo que simbolizaba que habían perdido el estatus de guerrero. Esto sucedió en el año 107 a.C., en medio de una serie de desastres sufridos por los ejércitos romanos a manos de los cimbros y los teutones. César deseaba revivir el temor de aquellos años -un temor que formaba parte de la memoria viva- en su audiencia romana. Así podrían sentirse tranquilos al saber que el sobrino de Mario estaba allí para defenderlos. Sin embargo, al principio, César en realidad no contaba con medios para ofrecer esa protección, por lo que intentó ganar tiempo, diciéndole a los representantes helvecios que consideraría la cuestión y les informaría de su decisión si regresaban en los idus -el 13- de abril, seguramente una o dos semanas después. En ese intervalo ordenó a su legión que construyera una línea defensiva a lo largo de la orilla romana del Ródano desde el lago Leman hasta el principio de las montañas jura. Fue la primera de muchas proezas de ingeniería que llevaría a cabo su ejército y la realización fue rápida y satisfactoria. A lo largo de 19 millas romanas (algo más cortas que la milla actual, es decir, de 1,48 kilómetros) elevaron una muralla de tierra de unos 5 metros de altura, reforzada en puntos clave en los que el río podía vadearse con fortines guarnecidos con destacamentos de la legión y de otras tropas que César había reclutado. Es posible que la muralla no fuera absolutamente continua y que se interrumpiera cuando los accidentes naturales garantizaran que era imposible atravesarlos, pero no hay pruebas para confirmar

esta sugerencia. Ese planteamiento no es un concepto nuevo en un ejército romano en ese periodo. Craso había hecho uso de una barrera fortificada similar en la campaña contra Espartaco, y Pompeyo había hecho lo mismo en la guerra contra Mitrídates. Ese tipo de murallas eran prácticas, presentaban un obstáculo que, como mínimo, retrasaría al enemigo, pero también era una declaración visible y potente de intenciones y determinación.'

Cuando los helvecios regresaron para conocer la decisión de César, les informó sin rodeos que «según costumbre y ejemplo del pueblo romano él no podía dar paso a nadie por la Provincia, y que, si trataban de forzarlo, estaba dispuesto a impedirlo».' Las nuevas fortificaciones estaban allí para demostrar que estaba hablando en serio. No obstante, era dificil que una masa tan grande de gente cambiara repentinamente de dirección y propósito. Es probable que el periodo de espera junto al río resultara muy frustrante y muchos de los helvecios estaban decididos a seguir adelante, sobre todo tras años de preparación y la destrucción de sus antiguos hogares: empezaron a cruzar el Ródano en pequeños grupos, usando los vados o improvisando balsas para transportar personas, animales y vehículos. Es posible que fueran pruebas deliberadas enviadas por los jefes para comprobar la fuerza de las defensas de César, pero lo más posible es que reflejaran la debilidad de la autoridad central y la independencia del individuo que parece haber sido característica de muchas de las tribus de las Galias. Es indudable que no se trataba de asaltos con todas las de la ley a la línea de fortificaciones. La mayoría de los cruces tuvieron lugar bajo la protección de la oscuridad, pero algunos grupos

tuvieron el valor de arriesgarse a intentarlo a la luz del día. Ninguno de ellos lo logró, porque los hombres de César fueron capaces de concentrarlos y abordar cada grupo sucesivamente, lanzándoles a muchos de ellos proyectiles cuando intentaban cruzar. Más adelante, los helvecios admitieron la derrota, pero para entonces algunos de sus líderes habían decidido tomar otro curso de acción, seguir una ruta alternativa, más dificil, para salir de sus tierras. Eso significaba utilizar los pasos a través de las montañas jura y cruzar el territorio de los sécuanos. No habría sido práctico si estos hubieran decidido resistirse a ellos, pero la tribu había sido persuadida por Dumnórix, el eduo, de que permitiera pasar a los helvecios. Supuestamente, lo logró gracias a su propia reputación y sus conexiones matrimoniales con hombres poderosos. Orge tórix estaba muerto, pero seguiría siendo útil para Dumnórix poder pedir el apoyo de los poderosos helvecios una vez que estuvieran establecidos en sus propias tierras. Aun antes de que comenzaran a avanzar en esa nueva dirección, César recibió informes sobre sus planes."

«UNA NUEVA GUERRA»

Probablemente fue en ese momento cuando César resolvió por fin iniciar una campaña completa contra los helvecios en las Galias. La razón que adujo en los Comentarios era que los helvecios planeaban asentarse en la frontera con «los santonos, que no distan mucho de los tolosanos, pueblo este que pertenece a la Provincia. Si tal cosa llegaba a suceder, comprendía que la Provincia se vería expuesta a gran peligro, teniendo como vecinos en regiones abiertas y muy ricas en trigo a aquellos hombres amigos de la guerra y enemigos del pueblo romano». Sus recientes acciones le habían asegurado la

hostilidad de los helvecios, pero desde la perspectiva de los romanos, su razonamiento era sensato. Como hemos visto, como mínimo, la incursión de los nuevos colonos habría desestabilizado el sistema de equilibrio por el que la combinación de la diplomacia y la potencia militar romana habían garantizado la seguridad de la provincia. Dejando a su experimentado legado Labieno a cargo de las defensas del Ródano -probablemente otro indicio de que los helvecios viajaban en series de grupos separados y de que una masa extendida de personas, animales y vehículos tardaban en alejarse en una nueva dirección-, César se apresuró hacia Aquileia, donde se hallaba su ejército principal. Llegaron otras dos legiones, la undécima y la duodécima, para unirse a las tres que ya estaban estacionadas allí y a la que había quedado atrás junto al Ródano. Los Comentarios transmiten la impresión de que estas medidas se tomaron sólo cuando César se presentó allí, pero considerando estas cuestiones prácticas de reclutamiento y organización lo más seguro es que ya hubiera dado la orden algún tiempo antes. Puede que las tropas estuvieran allí con el fin de reforzar el ejército para emprender operaciones en los Balcanes, pero la amenaza inmediata de los helvecios era un pretexto mejor para su público. No tenía autoridad para formar nuevas legiones, porque se suponía que sólo el Senado podía dar instrucciones a un go bernador para hacerlo, pero la carencia de poder específico nunca había detenido a César. Cuando era joven y aún un ciudadano privado había reclutado tropas aliadas para combatir a los piratas y rechazar la invasión de los pontos de Asia, y también había formado diez cohortes -equivalentes en su número de soldados a una legión- durante su mandato

como propretor en Hispania. Sin dudar que sabía qué era lo mejor para Roma y las provincias, César sencillamente actuaba y luego confiaba en su propia habilidad para hacer que las cosas funcionaran. Puesto que no había autorizado su existencia, el Senado no podía enviar dinero del erario público para pagar y aprovisionar las nuevas legiones, lo que significaba que el procónsul tendría que conseguir los fondos de los ingresos que recaudaba en su provincia y los beneficios que obtuviera con las victorias. Se cree que el grueso de los soldados en las nuevas formaciones eran de la Galia Cisalpina, es decir, no eran realmente ciudadanos romanos y, por tanto, no eran legalmente elegibles para servir en una legión. En el pasado, César había defendido el deseo de la población de la región de obtener la ciudadanía y como gobernador, con consecuencia, les trató como si, de hecho, sí fueran ciudadanos. Este era el primer ejemplo importante de la determinación de aplicar una medida de este tipo.'

Pronto, César estaba preparado para dirigir a las cinco legiones de regreso a la Galia Transalpina. La ruta más rápida era a través de los Alpes, que, a pesar de estar casi completamente rodeados de provincias romanas, seguían sin haber sido conquistados. En una semana, la columna romana atravesó las montañas, rechazando sucesivas emboscadas de las tribus, ferozmente independientes, que se sintieron molestas ante esta incursión y, sin duda, también vieron la oportunidad de obtener algún botín. Era una dura introducción a la campaña para los novatos reclutas, pero, al parecer, la marcha se llevó a cabo sin graves pérdidas. Una vez hubieron atravesado las montañas, César avanzó hacia los territorios de los alóbroges, reuniéndose con las tropas que

había dejado en la provincia. Ahora tenía seis legiones a su disposición, con un total de unos veinticinco a treinta mil hombres, y una fuerza de caballería aliada que pronto contaría con unos cuatro mil efectivos, junto con algo de infantería ligera.Además había esclavos acompañando a cada legión para cuidar los carros con las provisiones y aperos, algunos de ellos propiedad de los oficiales y, muy posiblemente, algunos simpatizantes. Todos ellos necesitaban alimentos, así como los miles de monturas y animales de tiro y carga. Abastecer a su ejército siempre ha sido una de las principales preocupaciones de cualquier comandante de un ejército. Las operaciones contra los helvecios se habían desarrollado de manera tan inesperada que César apenas había podido prepararse para esta tarea y acumular todo lo necesario en depósitos de suministros situados en emplazamientos convenientes en la Galia Transalpina. Es improbable que la fuerza principal trajera consigo importantes suministros de alimento en su rápida marcha desde Aquileia. Aún era primavera, y faltaban unos meses para que la cosecha estuviera disponible -César señala en los Comentarios que era tardía en aquellos climas nórdicos-, por lo que el ejército no podía esperar conseguir demasiadas provisiones de la tierra que atravesaban. Por tanto, se enviaron mensajes a los aliados de Roma, en especial a los numerosos y poderosos eduos, para que guardaran reservas de grano y se las entregaran a las tropas. Entretanto, los helvecios habían cruzado el Pas de l'Ecluse, pasando por las tierras de los sécuanos, y se adentraron en la zona fronteriza de los eduos. Representantes de la tribu se dirigieron a César quejándose de incursiones de saqueo por parte de los emigrantes. «Los eduos siempre se

han merecido un trato justo y no es justo que nuestras tierras sean devastadas, nuestros niños sometidos a cautiverio y que nuestros pueblos sean saqueados casi ante los ojos de un ejército romano.» Los ambarros, una tribu aliada de los eduos, así como los alóbroges, que no hacía tanto que se habían rebelado y habían sido derrotados, elevaron también quejas similares. No se sabe si los jefes de los helvecios habían resuelto enviar esos ataques de pillaje de forma consciente. Aunque no hubiera sido así, habría sido extremadamente dificil controlar un grupo tan numeroso y dispar dividido en muchos grupos individuales. Debido a los retrasos sufridos en el viaje, es posible que a algunos de los emigrantes se les estuvieran acabando los víveres. De igual manera puede que hubieran surgido hostilidades con los pueblos locales, nerviosos por la incursión de tantos forasteros. No es de extrañar que hubiera estallidos de violencia, pero la necesidad de defenderse o vengarse de los ataques contra un aliado era para los romanos una justificación clásica para iniciar un agresivo combate. Debe mencionarse asimismo que eso tenía un sentido práctico: si Roma no estaba dispuesta o era incapaz de proteger a sus amigos, entonces, ¿por qué una tribu, sobre todo los alóbroges, que en aquel momento estaban muy desconten tos, iba a considerar que merecería la pena mantener la alianza? Como cónsul, César había aprobado una ley que regulaba el comportamiento de los gobernadores provinciales y restringía la libertad para enviar a su ejército fuera de su provincia. En los Comentarios demostró que cuando él lo hizo fue una decisión totalmente acertada.`

César alcanzó a los emigrantes en las proximidades del

Saona. Durante veinte días, los miembros de la tribu habían estado pasando el río en balsas y pequeños botes atados entre sí, y tres cuartos de ellos estaban ya en la otra orilla. Este es otro indicio de que no debemos imaginarnos a los helvecios desplazándose en una columna ordenada, sino en muchos grupos separados que avanzaban de modo disperso por el paisaje y que sólo se agrupaban cuando el sendero se estrechaba. En el mismo lado del río que los romanos estaban los tigurinos, el clan responsable de la humillante derrota sufrida por los romanos el año 107 a.C. César se asegura de recordarle a sus lectores una vez más esta derrota y añade que él tenía un interés personal en vengarla porque el abuelo de su suegro, Calpurnio Pisón, había muerto en aquella batalla. Cuando sus exploradores le informaron de la presencia de los tigurinos, César decidió lanzar un ataque sorpresa, saliendo al frente de su ejército antes del amanecer. El resultado no fue una batalla, sino una masacre, pues los romanos cayeron sobre los grupos desperdigados y desprevenidos de los miembros de la tribu y de sus familias. Muchos fueron asesinados y el resto se dispersaron, abandonando sus carros y sus posesiones. Después del combate, los romanos construyeron un puente sobre el Saona y lo atravesaron en un solo día.14

Cuando el ejército romano se enfrentó al resto de los helvecios, sus jefes enviaron otra delegación al procónsul. Para subrayar aún más la conexión con lo sucedido en el año 107 a.C., César afirma que estaba encabezada por el mismo hombre que lideró la guerra entonces, un tal Divicón, que en aquel momento debía de ser muy anciano. La tribu se ofreció a establecerse en cualquier tierra que César sugiriera y prometió mantener la paz con Roma. Sin embargo, también

demostraron que no estaban abatidos por el ataque sorpresa contra los tigurinos y advirtieron a los romanos que no despreciaran su poderío militar, recordándoles la batalla ganada medio siglo antes. Habían aprendido «de sus padres y antecesores a ganar batallas utilizando el valor, no la astucia y el sigilo».15 Un público romano habría considerado esta declaración como una peligrosa muestra de orgullo que se negaba a reconocer y someterse a la supremacía romana. César les dijo que la derrota del ejército de Casio del año 107 a.C. sólo se había producido porque los helvecios habían atacado sin previo aviso, cuando ni siquiera estaban en guerra con los romanos. Aparte de esa antigua injusticia, les recordó sus recientes ataques a los aliados de Roma. Les aconsejó que no debían tener ese exceso de confianza y declaró que los dioses inmortales a menudo otorgaban breves periodos de éxito a los criminales antes de que sufrieran terribles castigos. (César era Pontifex Maximus, pero esta es una de las pocas referencias a los dioses en sus escritos.) Sólo si les entregaban a los rehenes por su buen comportamiento y compensaban a los eduos y a los demás que habían sufrido con sus expolios, estarían dispuestos a aceptar la oferta de paz. Tras responder que los helvecios «tenían como tradición de sus mayores recibir rehenes, no darlos», Divicón y su delegación se marcharon precipitadamente. Resulta dificil imaginar cómo César podría haber concedido la petición de tierras de un modo razonable, dado que la Galia ya estaba densamente poblada. No tenía derecho a emplazarlos en ningún territorio fuera de su propia provincia y habría sido impensable que se establecieran en su interior. Allá donde fueran, era inevitable que los helvecios causaran trastornos y eso perjudicaba a los

romanos.`

Los convoyes de los helvecios avanzaron y César los siguió, enviando sus cuatro mil soldados de caballería por delante. Entre ellos había una amplia representación de eduos, liderados por Dumnórix, el mismo jefe que se había aliado con Orgetórix y, después, había ayudado a los helvecios.Al avanzar sin tomar las debidas precauciones, la caballería aliada cayó en una emboscada y fue vencida por una fuerza de caballería helvecia que era de un tamaño muy inferior. La aplastante derrota comenzó con Dumnórix y los eduos. Animados por ese primer éxito, la retaguardia del enemigo empezó a moverse más despacio y a iniciar enfrentamientos más a menudo. César no estaba dispuesto a arriesgarse a que hubiera demasiadas refriegas con ellos, y mantuvo al enemigo bajo observación y detuvo a todos los grupos que intentaron separarse y saquear las tierras que cruzaban. Su ejército marchaba detrás de los helvecios, siguiendo de cerca cada uno de los movimientos para que su avanzada no estuviera a más de ocho o nueve kilómetros de su retaguardia. En aquel momento estaba bastante lejos de su provincia y cada vez estaba más preocupado por la situación de las provisiones. Cuando estaba cerca del Saona los suministros no habían supuesto un problema tan grave porque había podido traer alimentos en las numerosas barcazas que surcaban esa ruta comercial. No obstante, los helvecios se habían alejado del río, por lo que se vio obligado a hacer lo mismo. Los eduos habían prometido que le darían grano -al fin y al cabo, estaba luchando contra un enemigo que había invadido y saqueado sus tierras-, pero de momento no había llegado nada y las repetidas peticiones no tuvieron ningún resultado a pesar de

las frecuentes promesas de que estaba de camino. En el plazo de unos días, los soldados debían recibir un grano que César no tenía en su posesión en aquel momento. Durante breves plazos de tiempo, había sido posible convencer a los soldados en campaña de que se arreglaran con unas raciones mínimas, pero, por lo general, sólo un fuerte liderazgo podía conseguir algo así. César y sus hombres seguían siendo relativamente desconocidos, mientras que un tercio del ejército tenía muy poca experiencia."

Deseoso de evitar el desastre, César reunió a los hombres más importantes de los eduos, acaudillados por los druidas Diviciaco y Lisco, el hombre que en aquel momento ocupaba el puesto de Vergobret, el magistrado supremo elegido anualmente por la tribu. Al ser amonestados por César por no haber cumplido con sus obligaciones hacia un ejército que estaba luchando para protegerlos, Lisco culpó a los hombres poderosos dentro de la tribu que habían retrasado la recolección y transporte del grano, alegando que creyeron que era mejor ser dominados por sus compatriotas galos, los helvecios, antes que por romanos. Estos jefes habían pasado información al enemigo e intimidado a cualquiera que se atreviera a oponerse a ellos. Lisco no dio nombres, pero César ya sospechaba de Dumnórix y adivinó que él estaba detrás de esa conspiración. Despidió al resto de jefes y habló en privado con elVergobret, que ahora estaba más dispuesto a hablar con libertad y enseguida confirmó las sospechas del procónsul. Dumnórix aspiraba a la monarquía -probablemente fue él quien acuñó las monedas de ese periodo con el nombre de DUBNOREIX- con el respaldo de una amplia fuerza de guerreros mantenidos con los beneficios de controlar las

cuotas sobre el comercio a lo largo del Saona. Su complicidad con los helvecios quedó ahora completamente al descubierto y César creyó que poseía suficientes pruebas para justificar un severo castigo, pero titubeaba porque valoraba la lealtad de Diviciaco. Por tanto, convocó al druida a una conferencia aún más privada en la tienda de su cuartel general. Despidió a los intérpretes que solía utilizar y confió en la asistencia de Cayo Valerio Procilo, un aristócrata de la Galia Transalpina cuyo padre había obtenido la ciudadanía romana para la familia. César, que había pasado suficiente tiempo en los tribunales de Roma, presentó los hechos y los argumentos contra Dumnórix y sugirió que o su hermano o los eduos debían juzgarle por estos delitos. Diviciaco relató cómo su hermano menor había dependido de él para triunfar en la vida pública, pero desde entonces se había vuelto contra él, convirtiéndose en su rival. Parte de la frustración de Dumnórix es comprensible, ya que el druida había ocupado recientemente el cargo de Vergobret y la norma era que ningún otro miembro de su familia podía obtener el puesto mientras él viviera. No obstante, Diviciaco rogó a César que no castigara a su ambicioso pariente, en parte por afecto, pero sobre todo porque pensaba que le perjudicaría personalmente que le vieran apoyar a los romanos contra su propio hermano. Su apelación fue llorosa e insistente. Dumnórix fue llamado para que se presentara en la tienda y, delante de su hermano, enumeró sus delitos. El procónsul le informó de que, gracias a su hermano mayor, se le había dado otra oportunidad, pero que en el futuro debía evitar que recayera sobre él ni la más mínima sombra de duda. Ese tipo de diplomacia «cara a cara» se convirtió en un rasgo común de la época de César en la

Galia. Como en la vida pública romana, muchas de las acciones del gobernador eran decisiones personales. César era famoso en Roma por su facilidad para perdonar y su buena disposición para hacer favores. En ocasiones, en las Galias aplicó los mismos principios, pero en ningún momento se confió en exceso o se mostró ingenuo. Después de la reunión ordenó que mantuvieran a Dumnórix bajo constante vigilancia y que le informaran de todo lo que hiciera.`

Aunque habían eliminado los obstáculos que retrasaban el suministro de grano, no era una solución instantánea a sus problemas, y aún tendría que pasar un tiempo hasta que los eduos llevaran el grano a su ejército. César necesitaba forzar un rápido desenlace de la campaña y el mismo día que celebró esas reuniones creyó haber visto la oportunidad. Sus patrullas de reconocimiento regresaron e informaron de que los helvecios habían acampado ocho millas romanas más allá, junto a un terreno elevado. César envió a otra patrulla para explorar cuidadosamente la posición, examinando en particular las dificultades que presentaba escalar las pen dientes de la colina por cada lado, sobre todo la más alejada del enemigo. Ese grupo retornó e informó de que el ascenso era sencillo. César decidió lanzar un ataque en toda regla sobre el campamento enemigo con la esperanza de aprovechar el efecto sorpresa del mismo modo que con los tigurinos. Labieno obtuvo el mando de las dos legiones -posiblemente dos de las más experimentadas- y partió de madrugada para tomar la colina. Dos horas más tarde, César dirigió al resto del ejército y recorrió los trece kilómetros hasta el campamento enemigo. Cuando Labieno viera que César comenzaba el asalto, él debía atacar con su legión desde la

loma. Ambas tropas debían seguir la misma ruta durante la mayor parte del camino, guiados por los hombres que habían formado parte de la patrulla el día anterior y habían visto el terreno a la luz del día.

Era un plan audaz, pero perfectamente factible, con un método de preparación que, en esencia, podría ser aplicado por un ejército moderno. César poseía amplia experiencia en razias y ataques sorpresa, bastante más que en batallas campales, ya que la guerra en la Península Ibérica tendía a adoptar esa forma. Mario también había logrado ocultar un nutrido destacamento de hombres en terreno estéril detrás de los teutones en Aquae Sextiae en el año 102 a.C. Las operaciones nocturnas siempre son arriesgadas, por la confusión potencial y la eterna posibilidad de que las unidades se pierdan. En este caso, las cosas empezaron muy bien. Labieno salió y desapareció en la oscuridad; tras el intervalo acordado, César le siguió con la fuerza principal. La caballería avanzó al frente de la columna, y envió patrullas para supervisar el avance. Estos exploradores estaban al mando de Publio Considio, un experimentado oficial con una excelente reputación militar. Había servido con Sila y Craso, y, por tanto, es probable que tuviera más de cuarenta años. César no menciona su rango, pero seguramente era tribuno o prefecto, aunque en ocasiones se ha sugerido que era un centurión. Es posible que fuera familiar del senador Considio, que el año anterior había declarado que, a diferencia de tantos otros, era demasiado mayor para preocuparse por el peligro (véase página 232).19

Al amanecer, la tropa principal estaba sólo a dos kilométros y medio del campamento enemigo y Labieno estaba

aguardando en posición, pero desde donde estaba no podía comunicarse con César. Los helvecios, como muchos ejércitos tribales que no prestaban excesiva atención a reconocer el terreno, eran totalmente ajenos a la presencia de ambas fuerzas. En aquel momento, Considio se aproximó galopando para informar de que la colina no estaba en manos de los romanos, sino de los galos. Estaba absolutamente convencido de eso, porque había visto con claridad su armamento, emblemas e insignias. Aquellas noticias significaban que Labieno, o bien se había perdido y no había llegado a su destino, o bien había sido derrotado. En cualquier caso, era evidente que los helvecios estaban preparados y esperándoles. César detuvo la columna de inmediato. Contaba con cuatro legiones, dos de las cuales eran posiblemente las primerizas undécima y duodécima. Además, sus hombres estaban cansados tras la marcha nocturna, sin duda todavía suficientemente frescos para atacar por sorpresa a unos oponentes desprevenidos y entorpecidos por las provisiones y las familias, pero no necesariamente listos para librar una interminable batalla campal. Atacar en esas circunstancias supondría pelear con una seria desventaja numérica en un terreno elegido por el enemigo. Ordenó a la columna que se retirara a un alto cercano y allí les hizo formar en línea de batalla para aguardar un ataque. Pasó el tiempo. Los helvecios levantaron el campamento y se dispusieron a continuar su marcha, aún ignorantes de que el ejército romano se había aproximado tanto a ellos y se había dividido. Labieno obedeció las órdenes al pie de la letra, sin entrar en batalla hasta que viera a los hombres de César iniciar el ataque. En cualquier caso, poco podría haber hecho con sólo dos legiones

bajo su mando. Sólo al final del día unos exploradores de la tropa principal establecieron contacto con el destacamento de Labieno y confirmaron que eran ellos, y no el enemigo, quienes ocupaban aquella posición clave. En lo que quedaba de día, César ordenó a su ejército que siguiera a los helvecios y esa noche acampó a cinco kilómetros de ellos.20

Había sido un error vergonzoso, pero podría haber resultado desastroso si los helvecios hubieran sido conscientes de la situación y hubieran atacado a cualquiera de las dos partes del ejército romano. La posición de los hombres de Labieno en la colina había sido especialmente vulnerable. César había aprendido que podía confiar en el buen juicio y el sentido común de su experimentado legado, pero no en los de otros oficiales, por muy buena que fuera su reputación. Fue una lección sobre los riesgos inherentes a las operaciones complejas y sobre el papel que desempeñaba la suerte en el arte de la guerra. César no menciona si castigó a Considio por perder la cabeza, pero la publicación de los Comentarios garantizó que su vergüenza se hiciera pública. En su relato, César culpa a su subordinado de aquel fracaso, lo que no parece completamente irrazonable, pero puede que sus soldados no lo vieran así en aquel momento. César había dado las órdenes y había sido él quien había detenido a la fuerza principal basándose en información falsa y tardó mucho en comprobar su veracidad. Durante este periodo había dejado a sus compañeros de armas de las dos legiones de Labieno prácticamente en la estacada. La persecución de los helvecios continuó, pero la situación no era demasiado buena. La ración de trigo debía entregarse en el plazo de dos días, pero no había provisiones para hacerlo.A la mañana

siguiente, César decidió que las cosas no podían continuar así y dio orden de abandonar su cauteloso seguimiento de los helvecios por el momento. El ejército dio media vuelta y marchó hacia Bibracte, a unos veintinueve kilómetros de distancia. Su plan era reabastecerse allí y, a continuación, lanzarse de nuevo contra los helvecios. En vista de su lento y pesado avance, no debería resultar dificil darles alcance otra vez."

En retrospectiva, aquel fue el momento crucial de la campaña. Algunos guerreros que servían entre los aliados de César se apresuraron a desertar y cabalgaron hacia el enemigo, informándoles de la retirada de los romanos. Los helvecios decidieron perseguirlos, probablemente porque interpretaron esa maniobra como un signo de debilidad. César también se preguntó si pretendían cortarles el paso y no permitirles llegar a Bibracte y sus provisiones. Pronto, los galos estaba atacando la retaguardia romana. César la reforzó con toda su caballería y empleó a los jinetes para cubrir el despliegue de su ejército. Ocupó una colina próxima y situó a las experimentadas legiones séptima, octava, novena y décima en la línea principal. Si actuó según su costumbre posterior, entonces es probable que la décima ocupara el lugar de honor a la derecha de la línea. Cada legión se desplegó en la formación normal, la línea triple (triplex acies) con cuatro cohortes en la línea del frente, y tres en la segunda y tercera. Los legionarios dejaron sus bultos en el suelo -que normalmente llevaban suspendidos de un bastón que descansaba sobre su hombro- para poder luchar sin estorbos. Los escudos fueron despojados de sus cubiertas protectoras de cuero para exhibir la insignia de cada unidad y los penachos se colocaron en los cascos. Detrás de

ellos, en una zona más elevada de la pendiente, estacionó a las primerizas legiones undécima y duodécima junto con su infantería auxiliar, que debían ocuparse de custodiar los bultos y los carros de suministros, y comenzaron a cavar una pequeña trinchera y muralla a su alrededor, aunque es muy poco probable que hubiera tiempo para construir un campamento de marcha en toda regla, del tipo que solían construir los ejércitos romanos al final de un día de marcha. Era importante para los soldados en la línea de combate saber que sus posesiones estaban a salvo, y es evidente que a César le seguía costando confiar en estos inexpertos soldados. Es probable que las cuatro legiones expertas formaran una línea que cubriera la mayor parte de la ladera, pero, como sucede con el grueso de las batallas de César, ha resultado imposible localizar el emplazamiento de este encuentro, de manera que no podemos describir la topografia con ninguna certidumbre. César narra que la pendiente garantizaba que las dos legiones y las auxiliares fueran claramente visibles para el enemigo, pues cubrían toda la ladera y transmitían una poderosa impresión del poderío numérico de los romanos.

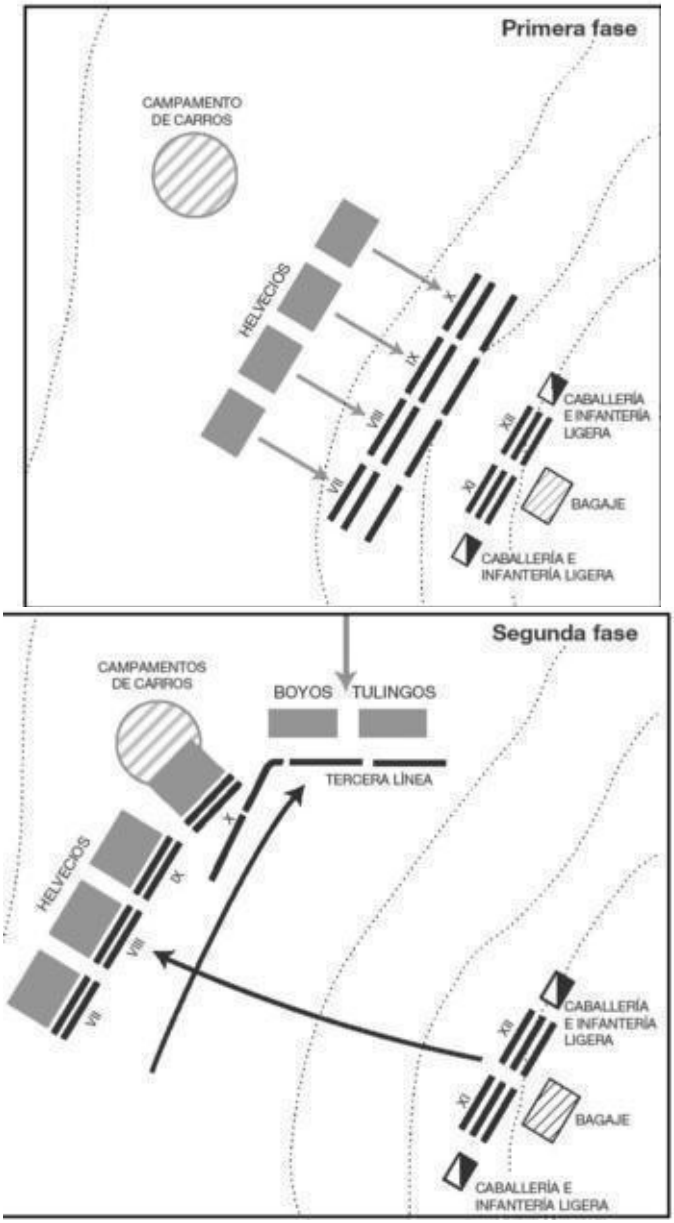
El despliegue del ejército llevó un tiempo -probablemente varias horas- y fue cubierto por la caballería, pero los helvecios necesitaban también bastante tiempo para avanzar y prepararse para la batalla. Llevaban ya varias semanas viajando y, por necesidad, habían desarrollado un cierto grado de coordinación, pero concentrar un número suficiente de sus guerreros en un sitio para reducir a los romanos seguía siendo una tarea dificil. Con los soldados iban sus familias y personas a su cargo y los helvecios situaron los carromatos formando una especie de campamento detrás de sus líneas. Poco a poco

su ejército comenzó a formar, pero la lucha empezó antes de que hubieran llegado algunos contingentes. César no da ninguna cifra de los guerreros a los que se enfrentó al comienzo de la batalla, pero la disposición de los helvecios a atacar sugiere que ambos bandos contaban, como mínimo, con una paridad aproximada de efectivos (a menos que los miembros de la tribu desdeñaran absolutamente la habilidad para el combate de los romanos). Los largos retrasos antes de una batalla eran habituales en esta época, lo que inevitablemente supondría una importante tensión para los hombres, que no podían hacer otra cosa que esperar. César decidió que era el momento de hacer un gesto grandioso y desmontó de forma muy notoria y envió su propio caballo a la retaguardia junto con los de sus oficiales superiores, con el fin de «igualar el peligro para todos, y acabar con la tentación de escapar». Catilina había hecho lo mismo en el año 62 a.C. antes del combate, cuando sus seguidores, inferiores en número, habían sido acorralados por un ejército leal al Senado. El gladiador Espartaco había ido aún más allá, cortándole el pescuezo al caro caballo que le había arrebatado a un general romano en un encuentro anterior. Un general a pie era mucho menos móvil y, por tanto, tenía menos visión del desarrollo de la batalla, es decir, que César había sacrificado varias ventajas prácticas para motivar a sus hombres. Nunca volvió a hacerlo en batallas ulteriores, lo que sugiere que fue consciente de que sus legionarios todavía no le conocían bien y que la campaña no había ido demasiado bien los últimos días. Tal vez también era un indicio de que aún no estaba del todo seguro de sí mismo como comandante. Para dar más aliento a sus hombres, les habló, probablemente

mientras caminaba junto a las tropas en formación, dirigiéndose a una cohorte cada vez, puesto que lo más seguro es que las cuatro legiones no pudieran oírle al mismo tiempo."

La batalla comenzó a mediodía, cuando los helvecios ascendieron por la ladera en dirección a la línea romana. Se aproximaron en orden, manteniendo una formación cerrada. Los ejércitos intentaban intimidar a sus adversarios antes de llegar a ellos, atemorizándoles con sus gritos de batalla, el ruido de sus trompetas y su feroz apariencia. No era insólito que uno de los bandos se amilanara tanto que se dispersara y huyera antes de que se hubiera dado un solo golpe. Esa era una de las principales razones por las que habría sido demasiado arriesgado exponer a los legionarios novatos a la presión de la batalla. En este caso, los legionarios experimentados aguardaron en silencio, como era táctica habitual en aquella época, intimidando al enemigo con su aparente calma. Cuando los helvecios estuvieron cerca -probablemente a unos diez o quince metros- las legiones lanzaron sus pila y esas pesadas jabalinas atravesaron escudos y en algunos casos llegaron a ensartar dos escudos montados uno encima del otro. Algunos guerreros fueron asesinados o heridos, otros fueron obligados a soltar sus escudos. El impulso inicial del ataque había desaparecido y los romanos mantuvieron su ventaja entre clamores, sacando las espadas y cargando contra los helvecios cuerpo a cuerpo. Contaban con la ventaja del terreno y el entusiasmo e ímpetu de la carga, pero aun así los helvecios pelearon durante un tiempo antes de comenzar a ceder y retirarse hacia la llanura. Los romanos los siguieron, pero, al parecer, lo hicieron de manera disciplinada y pronto perdieron contacto con los fugitivos,

que retrocedieron a la carrera hasta el terreno elevado al otro lado del valle, aproximadamente a kilómetro y medio de distancia. Sin embargo, en aquel momento los romanos se enfrentaban a una nueva amenaza, porque un contingente fresco de quince mil guerreros llegó por su flanco derecho, que estaba desprotegido. Eran los boyos y los tulingos, dos pueblos aliados que habían estado situados al final de la columna helvecia. Es poco probable que se tratara de una maniobra planeada y que el primer ataque no fuera más que un amago de combate para atraer a los romanos hacia el nivel del suelo, sino que seguramente fue sólo una feliz coincidencia para los helvecios. A un ejército tribal -incluso un ejército helénico en el que la doctrina era amontonar a la infantería en una única línea densa sin reservas significativas- le habría resultado muy complicado salir de esa situación, expuesto al peligro de que toda la línea fuera arrollada por un enemigo fresco. Por el contrario, el sistema militar romano hacía hincapié en la importancia de la reserva, y por lo general mantenía al menos dos tercios de sus fuerzas lejos de la línea de combate al comienzo de la batalla. La tercera línea de cohortes salió de formación y creó una nueva línea para enfrentarse a los boyos y los tulingos. Las líneas primera y segunda se ocuparon de los helvecios, que se habían realineado ante la aparición de sus aliados y regresaron a la refriega. No parece que la undécima y la duodécima, una reserva extra, fueran utilizadas por César en esta batalla y por lo visto fueron sólo meros observadores de la acción.`



Batalla de Bibracte.

La batalla fue muy reñida y continuó hasta bien entrada la noche, pero tras el impacto inicial de la llegada de esas nuevas fuerzas, los romanos fueron avanzando de forma constante.

La pugna por el campamento de carromatos fue especialmente dura, ya que los guerreros luchaban para defender sus posesiones y sus familias. César no menciona en su relato qué hizo él durante la batalla, habla sencillamente de cómo <dos romanos» evolucionaban y formaban estrechas líneas de combate luchando en dos direcciones. Suponemos que hacía lo que todo comandante romano debía hacer, permanecer detrás de la línea de combate, animando a los hombres y enviando tropas de reserva cuando era necesario. Al final la victoria fue total, pero las pérdidas romanas fueron bastante considerables en comparación con otras batallas y el ejército tuvo que quedarse donde estaba durante tres días cuidando de los heridos y enterrando a los muertos. Se habían hecho varios prisioneros, incluyendo al hijo y a la hija de Orgetórix, pero César cuenta que ciento treinta mil personas escaparon del combate y huyeron hacia el noreste, el territorio de los lingones. En aquellas circunstancias debe haber sido dificil hacer un recuento preciso, pero es evidente que numerosos emigrantes sobrevivieron a la batalla. Es posible que muchos no llegaran siquiera a donde se libraba la batalla, pero aquellos que participaron habían perdido la mayor parte de sus posesiones y alimentos. César no salió en pos de ellos enseguida. Todavía no había solucionado la cuestión de sus propios suministros y la preocupación que mostrara por sus muertos era importante para fomentar la confianza entre el ejército y su comandante. Envió mensajes a los jefes de los lingones, ordenándoles que no ayudaran a los helvecios a menos que quisieran ser tratados como enemigos.Tres días después partió en pos del enemigo, pero al poco salió a su paso una delegación que le anunciaba la rendición. César les

dio instrucciones de regresar y conminar a la tribu a que se detuviera y aguardara a que les alcanzara para comunicarles su decisión. Lo hicieron, lo cual indicaba que no estaban simplemente ganando tiempo. Cuando llegó, César exigió y recibió rehenes, y también consiguió que los helvecios le devolvieran los esclavos que habían escapado o habían sido capturados durante la emigración. Los guerreros fueron obligados a entregar las armas. La primera noche, unos seis mil hombres de uno de los clanes se marcharon del campamento y se dirigieron hacia el este, en dirección al Rin. César envió mensajeros a las comunidades que había en su camino con la misma severa advertencia que le había he cho a los lingones. Los fugitivos fueron capturados y vendidos como esclavos, pues se les negó las condiciones que había ofrecido a todos los demás. César ordenó entonces a los helvecios y a la mayoría de sus aliados que regresaran a sus tierras de origen y que volvieran a establecerse allí. Los alóbroges de su provincia recibieron instrucciones de proveer de grano a las tribus hasta que se hubieran asentado nuevamente, hubieran reconstruido sus poblados y pudieran cultivar otra vez en sus granjas. Después de que los eduos apelaran a él, César les permitió que los boyos se establecieran en tierras dentro del territorio de la tribu de los eduos. Se había restaurado la estabilidad en las tierras que rodeaban la Galia Transalpina, pero el coste en vidas humanas había sido muy alto. En conclusión, César declara que de los 368.000 individuos que se habían constatado que formaban las tribus de los helvecios, sólo unos 110.000 volvieron a casa: los 32.000 boyos -menos sus muertos en combate- se establecieron en la Galia, mientras que 6.000 fugitivos fueron vendidos como esclavos, lo que

dejaba la enorme cifra de pérdidas humanas de 220.000.

Como siempre, no podemos saber hasta qué punto estas cifras eran exactas y es probable que muchos helvecios simplemente se hubieran dispersado ante el ataque de los romanos, como hicieron los tigurinos en el Saona. No obstante es obvio que otros -quizá decenas de miles- habían sido asesinados, pero no deberíamos permitir que el horror que en la actualidad despierta una cifra tan descomunal nos ciegue respecto a cuál sería la reacción del público romano ante tales estadísticas. Para ellos, se había puesto freno a un peligroso movimiento de pueblos hostiles y su provincia, que no estaba lejos de Italia, había sido pacificada para el futuro. En los Comentarios, César emplea a menudo el verbo parcere, que significa «pacificar», y era utilizado para referirse a la derrota de cualquier pueblo, en cualquier zona, que se hubiera negado a someterse a la autoridad romana. La pax era el resultado de la victoria romana. Desde la perspectiva de los romanos, se había restablecido la paz en la frontera septentrional.`

EL AMIGO DEL PUEBLO ROMANO

Había llegado el verano. Aún quedaban varios meses de la estación de campaña, pero no habría tiempo suficiente para trasladar las tropas a la frontera de los Balcanes y comenzar allí las operaciones. César ya había obtenido una gran victoria, pero estaba ansioso por lograr más triunfos y le costaba permanecer ocioso aun por un plazo breve. Al poco, surgió una nueva oportunidad de emprender otra aventura militar. Habían llegado delegaciones de la mayor parte de las tribus galas/célticas de la Galia central felicitándoles por derrotar a los helvecios. Es posible que, en parte, los elogios fueran

sinceros, pero es evidente que lo más sensato era entablar una buena relación con cualquier nueva potencia que se presentara en la región. Estos enviados pidieron permiso para convocar una reunión de todas las tribus en la que pudieran conocer a César y presentar peticiones. En otra escena emotiva, los jefes se lanzaron a los pies del procónsul y, con el druida Diviciaco como portavoz, rogaron a César que les protegiera del rey germano Ariovisto. Sostenían que, después de ser invitado a entrar en la región para ayudar a los sécuanos, había traído consigo ciento veinte mil miembros de su pueblo, que se habían asentado en sus tierras y habían hecho prisioneros de todas las tribus. Se lamentaban de su tiranía, llamándole «bárbaro, iracundo y temerario». Le contaron que se preveía la llegada de más germanos para unirse al líder guerrero, por lo que le pidieron a César que «defendiera a toda la Galia contra la tiranía de Ariovisto». En silencio, los representantes de los sécuanos apoyaban el ruego. Cuando César le interrogó sobre su silencio, Diviciaco respondió diciendo que preferían no hablar porque temían que los germanos lo averiguaran.A continuación, César aseguró a los jefes congregados que se ocuparía del asunto y utilizaría su auctoritas para persuadir a Ariovisto de que moderara su comportamiento. En privado, se tomó la cuestión muy en serio, ya que sentía que debía apoyar a los eduos en pago a su larga y leal alianza con Roma. Por otra parte, declara en sus escritos que también le preocupaba que los germanos se habituaran a emigrar a través del Rin, por si acaso la migración sucedía con demasiada frecuencia y provocaba desplazamientos poblacionales de la magnitud de los de los cimbros y los teutones.25

Los enviados recibieron instrucciones de presentarse ante

Ariovisto y pedirle que se reuniera con César en un punto a medio camino entre los dos. El rey declinó la invitación, dijo que César debía llegar hasta donde él estaba si deseaba hablar, y preguntó asimismo por qué los romanos creían que necesitaban intervenir en esa parte de las Galias. Como respuesta, César envió un nuevo mensaje, recordándole al rey la obligación que había contraído con Roma a raíz de que, durante su propio consulado, el pueblo romano le hubiera reconocido «rey y amigo». En esta ocasión, las demandas se expresaron con claridad:Ariovisto no debía traer a más germanos a través del Rin para asentarse en la Galia y, en segundo lugar, debía devolver a los eduos sus rehenes y abstenerse de atacarlos o amenazarlos en el futuro. Si hacía lo que se le pedía, continuarían las buenas relaciones con Roma, pero si se negaba, César se vería obligado a adoptar firmes medidas para salvaguardar a los eduos y al resto de aliados de la República. La respuesta de Ariovisto puso de manifiesto la misma escasa disposición a comprometerse: era un conquistador y, exactamente igual que los romanos, no veía ninguna razón para que otros le dictaran cómo debía tratar a los vencidos. Los romanos eran libres para gobernar sus provincias a su gusto y reivindicaba el mismo derecho en las tierras que él y sus guerreros habían ocupado. Había derrotado a los eduos y sus rehenes no tenían nada que temer de él siempre que le entregaran el tributo anual.Ariovisto y sus guerreros nunca habían sido vencidos desde que llegaron a la Galia y no temían a ningún enemigo. Una vez establecido el desmedido orgullo de Ariovisto ante su audiencia, César sostiene que sólo una hora después de recibir ese mensaje llegaron unos mensajeros de los eduos e informaron de que

los germanos habían asaltado sus tierras.Además, los tréveros, de una zona más septentrional, avisaron de que grandes cantidades de suevos -el pueblo germano al que pertenecían Ariovisto y sus hombres- habían llegado hasta el Rin y trataban de atravesarlo y penetrar en la Galia. Se calculó que había cien clanes intentado cruzar, una emigración que haría parecer pequeña a la de los helvecios.26

César decidió actuar, pero esta vez se aseguró de que sus provisiones de grano estaban a salvo antes de empezar a moverse. Hizo avanzar al ejército a ritmo rápido, dado que ya no estaban persiguiendo a los lentos helvecios y, después de tres días, recibió un mensaje que le informaba de que Ariovisto y el ejército germano marchaba sobre Vesontio (la actual Besan~on), la población más importante de los sécuanos. No hay duda de que esta vez la tribu había roto con su antiguo aliado. Como centro tribal, era un lugar importante, situado en una posición de ventaja natural y con grandes reservas de alimento, muy útiles para cualquier ejército. Para evitar que cayera en manos de sus enemigos, César dirigió a sus hombres hacia delante, llevándolos a marchas forzadas día y noche, haciendo sólo breves pausas hasta que alcanzó la ciudad, en la que distribuyó a su guarnición. Ganada la carrera, dio a las tropas varios días de descanso para que se recuperaran de sus esfuerzos y también para dar tiempo a que sus vituallas les alcanzaran. El descontento siempre ha tendido a florecer entre los ejércitos cuando tienen tiempo más que cuando están ocupados. Empezaron a circular innumerables historias y:

> [ante] los rumores que propalaban los galos y mercaderes, que aseguraban que los germanos eran de

extraordinaria corpulencia y de un valor y una habilidad increíbles en el manejo de las armas -decían que, habiendo tenido muchos encuentros con ellos, ni siquiera habían podido soportar su aspecto y la fuerza de sus miradas-, invadió súbitamente a todo el ejército tan gran temor que perturbó no poco los espíritus y corazones de todos. Comenzó este miedo por los tribunos militares, los prefectos y todos aquellos que, habiendo seguido a César desde Roma para cultivar su amistad, no tenían gran experiencia de la guerra. De estos, alegando unos un motivo y otros otro, por el cual aseguraban que les era necesario marchar, pedíanle su aprobación para irse; algunos, movidos por el pundonor, para que no se sospechara que tenían miedo, se quedaban. Pero no podían disimularlo y, a veces, ni aun retener las lágrimas; escondidos en sus tiendas, o maldecían de su sino o se lamentaban con sus amigos del común peligro. Por todo el campamento se hacían testamentos. Con los lamentos y el miedo de estos poco a poco se fueron contagiando incluso los muy aguerridos, los soldados, los centuriones y los que mandaban la caballería.'

Algunos hombres alegaron que estaban más preocupados por la dificultad del terreno que el ejército tendría que atravesar en la próxima fase del avance. Otros dijeron que les ponía nerviosos el suministro de grano, una preocupación plausible en vista de las recientes operaciones contra los helvecios. Unos cuantos oficiales declararon incluso que se produciría un motín y que los soldados no obedecerían la orden de avance de César. El episodio nos proporciona otro indicio sobre el hecho de que la fanática lealtad que

mostraron los oficiales y soldados de César en posteriores campañas, en especial durante la guerra civil, no brotó de modo instantáneo cuando César llegó a la Galia, sino que tardó un tiempo en surgir. Es interesante que César identificara a los tribunos y demás oficiales como la fuente del descontento, ya que, por lo general, estos hombres eran équites y, con frecuencia, hijos de senadores, lo que refuerza la perspectiva de que estas clases no eran el único, ni siquiera necesariamente el principal público objetivo de los Comentarios. Dión sostiene que algunos de ellos se quejaban de que la guerra contra Ariovisto no había sido autorizada por el Senado, de manera que estaban arriesgando sus vidas únicamente por la ambición personal de César.`

El procónsul convocó un consilium (un consejo o reunión informativa).Todos los centuriones -unos trescientos sesenta hombres si todos los puestos de las seis legiones estaban cubiertos- recibieron instrucciones de asistir, posiblemente junto con los demás oficiales superiores. Había llegado el momento en que César el orador empleara la razón y conquistara a su ejército como en el pasado había hecho a menudo con las multitudes del Foro. Comenzó con severidad, como correspondía a un general dotado de imperium por el Senado y el pueblo de Roma y les increpó por atreverse a cuestionar los planes del comandante que se les había asignado legalmente. Tras este revulsivo y recordatorio de la disciplina, César pasó a enumerar sus argumentos: era muy probable que su nerviosismo resultara innecesario, porque había muchas posibilidades de que Ariovisto recordara su obligación con César debido a su reconocimiento por parte de Roma el año anterior y entrara en razón. Incluso si la lucha

resultaba inevitable, las legiones romanas habían derrotado a guerreros germanos en el pasado, cuando Mario aniquiló a los cimbros y a los teutones y, más recientemente, a los numerosos germanos que había en el ejército de esclavos de Espartaco. Ariovisto había vencido a los eduos y otros galos burlándoles y sorprendiéndoles, no en una batalla justa. Esas burdas estratagemas no funcionarían con un ejército romano. Los que estaban claramente preocupados por el suministro de grano le insultaban al poner en duda su interés y competencia, olvidando los convoyes de tribus aliadas que ya estaban en camino y la cosecha lista para ser recolectada en los campos.A él no le preocupaba la afirmación de que sus soldados rechazarían la orden de avanzar:

> […] todos aquellos a quienes no habían obedecido sus ejércitos o bien habían sido abandonados por la fortuna a causa de un desastre militar o habían mos trado su avaricia con injusticias manifiestas; el desinterés de César se había demostrado en toda su vida, y su buena suerte, en la guerra de los helvecios. Por todo lo cual había determinado hacer ya lo que antes pensaba dejar para más tarde, y en la noche siguiente, muy de madrugada, levantaría el campo, para ver qué era lo que podía más en ellos, si el honroso cumplimiento del deber o el miedo. Por lo demás, aun cuando nadie le siguiera, él iría adelante sólo con la legión décima, de la cual no tenía duda ninguna, y esta le serviría de cohorte pretoria. Esta legión era con la que más atenciones había tenido siempre César y en la que, a causa de su valor, más confiaba.`

Todo el discurso era un desafio al orgullo de los centuriones en sí mismos y sus unidades. El tono de César

revelaba que se sentía decepcionado, ya que sólo la cobardía y la falta de fe en su liderazgo podrían explicar que amenazaran desobedecer sus órdenes. La décima se sintió halagada y sus tribunos informaron de inmediato de que la legión estaba lista para obedecer todas las órdenes de César y probar que no se equivocaba al depositar en ellos su confianza. Todas y cada una de las otras unidades determinaron que ninguna otra legión las eclipsaría y sus centuriones pidieron a los tribunos y oficiales superiores que aseguraran a César que nunca había existido una auténtica cuestión de desobediencia.`

Como había prometido, César dirigió al ejército fuera del campamento antes del amanecer del siguiente día. Realmente cambió sus planes en un sentido, lo que sugiere que consideraba justificado que hicieran algunas críticas. Más que continuar como había planeado originalmente, a través de las colinas, buscó el consejo de Diviciaco y llevó a la columna por campo abierto, lo que significaba desviarse unos ochenta kilómetros, pero impidió una nueva retahíla de lamentos entre sus oficiales. Después de una semana, sus exploradores informaron de que el ejército germano estaba sólo a unos treinta y ocho kilómetros. Pronto llegaron los enviados de Ariovisto diciendo que ahora estaba dispuesto a celebrar esa reunión cara a cara que antes había rechazado. En los Comentarios, César afirma que aún tenía la esperanza de alcanzar una resolución pacífica del problema, y con esto puede que no sólo pretendiera subrayar su sensatez ante sus lectores. Muchos comandantes romanos, Sila incluido, habían agradecido las ocasiones en las que, rodeados por toda la pompa y ceremonia de un magistrado romano, así como por las apretadas filas de las legiones, se habían enfrentado a un

rey extranjero y le habían dictado una serie de condiciones. Había casi tanta gloria en una hazaña así como en derrotar al enemigo en batalla, aunque los beneficios potenciales eran menores, sin perspectiva de botín o esclavos.`

Cinco días más tarde tuvo lugar la reunión en terreno neutral: una llanura que estaba a igual distancia entre los dos campamentos. Sólo un gran montículo interrumpía la planicie. Los detalles del desarrollo de la reunión se habían ido estableciendo mediante largas negociaciones marcadas por las exigencias de ambas partes a lo largo de los días precedentes.Ariovisto insistió en que cada uno de ellos debería contar únicamente con jinetes en su comitiva. Sin confiar por completo en los jinetes de sus aliados, César tomó prestadas sus monturas y se las entregó a los legionarios de la décima para que ellos fueran su escolta. Contentos de haber sido elegidos de nuevo entre todo el ejército, los soldados bromearon diciendo que el procónsul estaba convirtiéndolos en caballeros (équites), haciendo un juego de palabras con el antiguo papel del acaudalado orden ecuestre. Los dos bandos se detuvieron a doscientos pasos el uno del otro. De acuerdo con los deseos de Ariovisto, cada uno de los líderes avanzó a caballo con una escolta de sólo diez hombres. El idioma empleado fue el galo, que Ariovisto había aprendido durante el periodo que permaneció al oeste del Rin. Suponemos que César utilizó uno de sus intérpretes habituales. Comenzó por recordarle a Ariovisto el favor que le había hecho la República y las obligaciones que implicaba. Los eduos llevaban mucho tiempo siendo aliados de Roma y el tratamiento que les estaban dando los germanos era inaceptable y debía cesar. Las demandas de César seguían siendo las mismas: ningún

germano más debía atravesar el Rin en dirección a las Galias y los eduos debían recuperar a sus rehenes. La actitud de Ariovisto tampoco había cambiado: lo que había ganado, lo había ganado por derecho de conquista. ¿Por qué César estaba interfiriendo en un lugar en el que ningún ejército romano se había aventurado antes? Esa era su «provincia», del mismo modo que la Galia Transalpina era la de César, y ninguno de ellos debería intervenir en el territorio del otro. El germano se preguntaba si «César, so capa de amistad, mantenía a su ejército en la Galia con el fin de atacarle». Hasta que los romanos se retiraran, Ariovisto les trataría como enemigos. En los Comentarios, pronuncia la mordaz frase de que si asesinaba a César, las noti cías serían recibidas con recogijo por «muchos nobles señores del pueblo romano». Es muy posible que fuera cierto, pero a ninguno de sus oponentes les habría gustado ser descritos como unos hombres tan carentes de patriotismo que se hubieran alegrado por la derrota del ejército romano siempre que significara la muerte de César. Tras emitir esta amenaza, Ariovisto se ofreció a apoyar a César en cualquier operación futura si se retiraba en aquel momento.`

César respondió justificando aún más la posición romana, pero la negociación se interrumpió cuando algunos de los guerreros germanos comenzaron a lanzar jabalinas y piedras con honda a los legionarios a caballo. Decidió no luchar, ya que no deseaba dar la impresión de que los romanos no cumplían su palabra. Dos días después,Ariovisto mandó un emisario para organizar una nueva reunión o bien que los romanos mandaran enviados a su campamento. Remiso a poner en peligro a cualquiera de sus oficiales superiores en

esta misión, César confió otra vez en Valerio Procilo, eligiéndolo para esa tarea. Le acompañó Cayo Mecio, un comerciante que, en el pasado, había visitado a Ariovisto y había recibido su hospitalidad. En esta ocasión, la bienvenida fue menos cálida y ambos enviados fueron acusados de espías y encadenados por los germanos.33

Es evidente que Ariovisto había elegido darle una solución militar a la disputa. Sin embargo, era un experimentado líder de guerra que había unificado a sus guerreros formando una fuerza más cohesionada que la mayoría de ejércitos tribales y siguió actuando con prudencia. El mismo día que arrestó a los enviados romanos, avanzó hasta acampar en un terreno alto a diez kilómetros de la posición romana. Probablemente sin abandonar el terreno elevado, volvió a ponerse al frente de su ejército a la mañana siguiente, dejó atrás el campamento romano y estableció una nueva base de operaciones tres kilómetros por detrás de los romanos, lo que interrumpió su cadena de suministros con las tribus aliadas. A lo largo de los cinco días siguientes, el procónsul ordenó a su ejército que saliera del campamento y formara una línea de batalla. Los germanos se negaron a descender y César consideró que era poco prudente arriesgarse a entrar en un ataque directo en el campamento de Ariovisto, lo que sugiere que este ocupaba una fuerte posición. Esos días hubo varias escaramuzas, sobre todo entre las caballerías, pero no llegó a darse una pelea de clarada. Los jinetes de Ariovisto trabajaban en estrecha colaboración con soldados escogidos de infantería ligera -a quienes, en siglos posteriores, se conoció entre los germanos como «cientos» (centeni)- capaces de mantener el paso con los caballos en cortas distancias agarrándose a sus crines. Los

guerreros a pie resultaban un sólido apoyo, detrás de quienes la caballería podría retirarse si les vencían y a continuación descansar y volver a formar antes de avanzar de nuevo. La táctica y la calidad de los guerreros germanos solía darles ventaja sobre la caballería gala.34

César no podía permitirse permanecer donde estaba, porque no estaba logrando nada y cada día su ejército consumía una parte significativa de las provisiones que les quedaban. Un ataque directo era demasiado arriesgado, por lo que decidió reabrir sus líneas de suministros. El ejército formó tres columnas, cada una de las cuales podía convertirse fácilmente en una línea de combate para adoptar la habitual formación en triplex acies. Los carros que transportaban la impedimenta y seguramente parte de la guardia permanecieron en el campamento principal, porque César sólo pretendía crear un puesto de avanzada más allá de la posición germana. Los romanos pasaron el campamento germano hasta un lugar a unos novecientos metros de distancia. Una vez allí, las legiones se dirigieron hacia el enemigo. La caballería germana, junto con dieciséis mil miembros de infantería, salió a su encuentro. Eran sólo parte de la infantería de Ariovisto, pero es poco probable que fuera capaz de reunir a más hombres armados y listos para la lucha con la suficiente rapidez para que intervinieran. César ordenó a las cohortes en la tercera linea que empezaran a diseñar y construir el nuevo campamento para acomodar dos legiones, mientras que la primera y la segunda líneas se enfrentaban a cualquier ataque germano. Es probable que adoptaran la forma de pases y fintas más que de asaltos en toda regla. Si la mayoría de las seis legiones participaba en esta maniobra,

entonces los dos tercios de sus fuerzas más la caballería y las tropas ligeras, como mínimo, habrían igualado los efectivos germanos. Tras varias horas de trabajo, las defensas del campamento estaban listas. Había dos legiones instaladas, mientras que el resto del ejército retrocedía en el mismo orden al campamento principal. El tamaño más pequeño del fortín facilitaría la protección de las caravanas de suministros de las tribus aliadas. Había desaparecido la presión sobre César para que lograra una rápida victoria o se resignara a una retirada ignominiosa y podía permitirse esperar el momento apropiado y la situación de su elección antes de entablar combate con el ejército enemigo.35

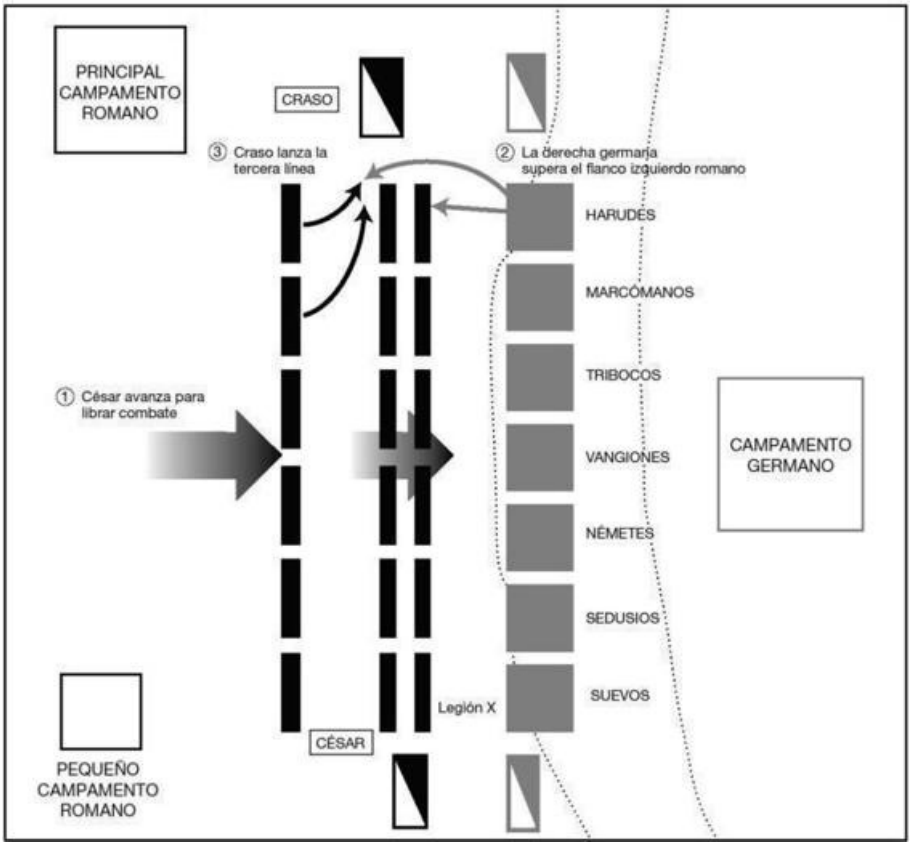
Al día siguiente, César ordenó a las legiones que salieran de ambos campamentos y formaran en las típicas triplex acies frente al enemigo. Era un gesto de confianza, con el que buscaba dar ánimos a sus hombres e impresionar al enemigo, y afirma que constituía una práctica habitual en su estrategia de esos días.Ariovisto rechazó la oferta de combatir y, a mediodía, el general romano envió a sus hombres de vuelta al campamento. Más adelante, por la tarde, los germanos iniciaron hostilidades enviando tropas para atacar el campamento menor, pero las legiones lograron rechazar el ataque. Ese atardecer, César en persona interrogó a algunos de los prisioneros que habían capturado. Afirmaron que Ariovisto no deseaba entrar en una guerra abierta porque las adivinas del ejército germano habían declarado que sólo obtendría la victoria si aguardaba a que hubiera luna llena. Las ceremonias y sacrificios eran normales en la mayoría de los ejércitos antes de las batallas, pero César, el Pontifex Maximus, no hace ninguna mención en todo el texto de los

Comentarios de los rituales, que eran un aspecto tan importante de la rutina de las legiones. En este caso, decidió explotar la superstición del enemigo. Al día siguiente, despojó los campamentos de prácticamente todos los miembros de la guardia y formó el resto del ejército en triplex acies, con la caballería, creemos, en los flancos. A continuación, subió la pendiente con su ejército dirigiéndose directamente contra los germanos, acercándose a su campamento más de lo que se había aproximado en días anteriores. Ese desafio era demasiado evidente para pasarlo por alto sin humillación, y sin correr el riesgo de que sus guerreros se sintieran intimidados por el enemigo. Por fin, Ariovisto se situó al frente de sus hombres, que formaron en unidades de acuerdo con sus clanes y tribus. Los Comentarios mencionan siete contingentes distintos.Tras las líneas se encontraban las esposas de los guerreros, sentadas al borde de los carromatos para animar a los hombres de su pueblo, rogándoles que las protegieran de la esclavitud a manos del enemigo.36

En esta batalla, las seis legiones ocuparon su posición en la línea de batalla, de modo que es evidente que César sintió que la undécima y la duodécima ya contaban con suficiente experiencia en campaña para soportar el estrés del combate. Es probable que estuvieran situadas entre unidades más experimentadas y lo más seguro es que una legión veterana estuviera estacionada a cada flanco. Los cinco legados de César y su cuestor fueron puestos al mando de una legión «para que cada uno los tuviera como testigos de su valor». César se estacionó en el flanco derecho, donde creía que la línea del enemigo era más débil y había más posibilidades de poder romperla. La batalla comenzó de repente, ambos

bandos se lanzaron al combate cuerpo a cuerpo sin el habitual intercambio de proyectiles. César consiguió atravesar el flanco izquierdo del enemigo, pero estaba demasiado implicado en la lucha para mantener el control de los demás sectores de la batalla. El flanco derecho de los germanos comenzó a hacer retroceder el flanco izquierdo de los romanos, y sólo la pronta intervención del joven Publio Craso, que como comandante de la caballería, «estando él más holgado que los que se hallaban empeñados en la lucha», salvó la situación. Poco después, la penetración por el ala derecha propagó el pánico por todo el ejército germano, que se dio a la fuga. El propio César encabezó su caballería en una persecución que mostró a la vez determinación y crueldad. Una fuente posterior que se cree que se refiere a esta batalla sostiene que, de manera deliberada, dejó abierta una ruta de escape para un grupo de germanos que estaban resistiendo desesperadamente para poder aniquilarlos con más facilidad cuando huyeran. Ariovisto escapó y, a partir de entonces, desaparece de la historia. Dos de sus esposas -la hermana de un rey nórico- y una de sus hijas fueron menos afortunadas y fueron asesinadas en la masacre general. Otra hija fue capturada. Incluso algunos de aquellos fugitivos que escaparon a través del Rin fueron atacados por otras tribus. Los suevos, que se supone que estaban esperando para unirse a sus parientes en la Galia, regresaron a sus propios hogares. Para regocijo de César, las tropas que dirigía en aquel momento se toparon conValerio Procilo y lograron rescatarle de sus captores. El procónsul declaró que la reunión le causó «no menor placer que la victoria». Seguramente, la emoción era auténtica, aunque, por supuesto, también contribuyó a confirmar la reputación que

tenía César de lealtad hacia sus amigos. Sin duda, Procilo se sintió aún más aliviado, porque les dijo que los germanos habían preguntado tres veces a los adivinos si deberían quemarlo en la hoguera, pero esas tres veces la suerte le había salvado. El otro enviado capturado, el comerciante Mecio, también fue liberado ileso.`



Batalla contra Ariovisto.

La temporada de campaña estaba llegando a su fin y César había completado -en sus propias palabras- «en un solo verano dos guerras de la mayor importancia». Es probable que no hubiera previsto ninguna de las dos antes de llegar a la provincia, pero había aprovechado las oportunidades que se le

brindaron. Al menos por el momento su atención se había centrado en las Galias y permanecería allí en el futuro inmediato. César pasó buena parte del invierno en la Galia Cisalpina, desempeñando las tareas administrativas y judiciales que se exigían de un gobernador romano, pero sin perder de vista Roma. Su ejército se quedó a su lado y se retiró a los cuarteles de invierno en el territorio de los sécuanos.Al llegar la primavera, estarían preparados para adentrarse aún más en las Galias y emprender nuevas operaciones.`

XI

«EL MÁS BRAVO DE LOS PUEBLOS GALOS»: LOS BELGAS, 57 A.C.

Que los mercaderes no tenían acceso a ninguno de ellos; que no toleraban la importación de vino ni de las demás cosas que sirven para una vida muelle, persuadidos de que con estas mercancías languidecían los ánimos y menguaba el valor

CÉSAR[1]

En su conjunto, el linaje que ahora llamamos «gálico» o «galático» es belicoso… Se distinguen por su simplicidad […] Basta, en efecto, que uno les encolerice en el momento y lugar deseado, con cualquier pretexto, para que estén dispuestos a correr el peligro sin más recursos bélicos que su fuerza y su audacia.

ESTRABÓN, a principios del siglo I d.C.[2]

Durante los meses de invierno de 58-57 a.C. César formó dos legiones más, la decimotercera y la decimocuarta. Una vez más, actuó totalmente por propia iniciativa y pagó a las tropas y el equipo con los fondos de los que disponía como gobernador.Así, en doce meses, había duplicado el tamaño del ejército que le asignaron con su provincia. Los centuriones de las legiones experimentadas recibieron un ascenso y fueron transferidos a nuevas unidades, lo que tenía sentido desde un punto de vista militar ya que proporcionaba a los reclutas novatos una leva de oficiales veteranos, y parece que había sido una práctica habitual de César en todas sus campañas.

Las transferencias creaban vacantes en las legiones establecidas que debían cubrirse con promociones internas o nombramientos desde el exterior. En los Comentarios, la razón para ascender o recompensar a los centuriones que se alega siempre es el valor manifiesto. Suetonio afirma que César «no apreciaba a sus soldados ni por sus costumbres ni por su rango social, sino sólo por su valor». Sus tribunos y prefectos, muchos de los cuales eran elegidos a partir de recomendaciones o favores, le habían decepcionado el pasado verano. No sabemos si el descontento de Vesontio dio lugar a algún despido. El sistema de la clientela impregnaba toda la sociedad romana, por lo que no es probable que nunca influyera en el nombramiento de centuriones por parte de César, pero es obvio que la habilidad individual era su principal preocupación. Desde luego, sus centuriones llegaron a creer que el talento siempre sería recompensado. César cultivaba cuidadosamente su relación con ellos y, por ejemplo, se aprendía sus nombres, en un esfuerzo muy similar al que hacían él y otros senadores por saludar a los transeúntes por su nombre en el Foro. El vínculo que se creaba entre el procónsul y esos oficiales era muy personal. Los centuriones dirigían desde el frente, por lo que sufrían bajas desproporcionadamente altas, lo que, combinado con la continuada expansión del ejército de César, contribuyó a garantizar que siempre hubiera más puestos que cubrir y más valientes oficiales novatos a los que recompensar. Hacia el final de las campañas galas, la vasta mayoría de centuriones en sus legiones debían su primer nombramiento o su promoción a grados superiores, o ambas cosas, al propio César. Eran una parte importante del proceso por el cual las legiones pasaron a

ser no sólo el ejército de la provincia que controlara en cada ocasión, sino el ejército de César.'

Los meses de invierno eran también una época de adiestramiento. César no era un tirano en la vieja tradición romana de severos comandantes que azotaban y ejecutaban a sus hombres para imponer una rígida disciplina. Al parecer, raramente empleó el castigo, y consideró sólo la deserción y el amotinamiento como delitos graves. Cuando no estaban de servicio y en los meses tranquilos, sus hombres disponían de mucha libertad en cuanto a su comportamiento. Se supone que, una vez, César afirmó que sus hombres lucharían igual de bien si «apestaran a perfume». Mario había guiado a sus ejércitos del mismo modo y tal vez César copiara de manera deliberada a su famoso pariente, o tal vez sintiera que era la manera apropiada de hacer las cosas para un popularis. No obstante, pese a su indulgencia en tiempos de paz, tanto Mario como César establecían altos estándares de conducta para sus legiones durante las verdaderas operaciones. Entonces se exigía una disciplina muy estricta, instantánea obediencia y maniobras competentes, y para garantizar que lo obtenía, César entrenó duramente a su ejército. En ese sentido, sí se correspondía con el ideal aristocrático del comandante, porque los mejores generales eran vistos como hombres que preparaban a sus ejércitos para la batalla mediante un riguroso adiestramiento. César «muchas veces daba incluso la orden de marcha sin motivo, especialmente en días de lluvia o festivos. Con frecuencia les advertía que no le perdieran de vista, y de súbito se alejaba lo mismo de día que de noche y cubría largas etapas, para cansar a los que se habían demorado en salir en pos de él».4 Su ejemplo personal

era esencial para animar a lo soldados a satisfacer sus estándares. César encabezaba la columna en las marchas de adiestramiento y en el campo, en ocasiones a caballo, pero más a menudo a pie, como los legionarios ordinarios. Era un gesto con el que pretendía mostrarles que no esperaba que hicieran nada que no hiciera él mismo. Según Plutarco, los soldados estaban impresionados:

> [...] era su resistencia a la fatiga, que parecía soportar con una perseverancia por encima de su capacidad fisica, lo que los dejaba atónitos, ya que, aun siendo delgado de constitución, de piel blanca y delicada, y sujeto a frecuentes dolores de cabeza y a crisis de epilepsia [...1 no consideraba su debilidad corporal pretexto para una vida muelle, sino las campañas militares terapéutica de la debilidad corporal, y era con interminables caminatas, con una dieta frugal y con la costumbre continua de dormir a la intemperie y aguantar una vida de privaciones como combatía por alejar la enfermedad y conservaba el cuerpo dificil de conquistar. Dormía la mayor parte de las veces en vehículos o literas, convirtiendo el reposo en actividad, y de día iba a las guarniciones, ciudades y atrincheramientos, sin tener en su compañía más que a un criado sentado a su lado, de esos que están acostumbrados a tomar nota al dictado durante el viaje y detrás de él un solo soldado haciendo guardia de pie con la espadas

Cuando César se dirigía a sus tropas siempre utilizaba la palabra «camaradas» (commilitones), nunca «hombres» o «soldados». Ellos y él eran todos buenos romanos que servían a la República luchando contra sus enemigos y también obteniendo gloria y botines en el proceso, que él se cuidaba de

compartir con ellos con gran generosidad.Ya habían logrado dos grandes victorias. La confianza mutua fue creciendo de manera gradual entre el comandante, sus oficiales y los soldados a medida que se fue ron conociendo y aprendiendo a fiarse los unos de los otros. El orgullo del legionario, el suyo propio y el que sentían por sus unidades era fomentado con cuidado. Se fabricaron armas decoradas, algunas con incrustaciones de plata o de oro, muy probablemente como recompensas al valor, identificando a los receptores como soldados excepcionales y haciéndoles sentir especiales. El sistema militar romano siempre había tratado de alentar la audacia de sus soldados, pero en las legiones de César este ideal fue llevado al extremo.'

César pasó gran parte del invierno al sur de los Alpes, por lo que suponemos que, en buena medida, la instrucción fue supervisada por sus legados, tribunos y centuriones. Anteriormente ya había defendido los derechos de los residentes de la Galia Cisalpina, y durante su etapa de gobernador hizo cuanto pudo para conseguir el apoyo permanente de los pueblos de aquella zona, sobre todo de la aristocracia. Contrató en su Estado Mayor a muchos ciudadanos de extracción gala, muchos de ellos aristócratas de las tribus de la provincia transalpina. Aparte deValerio Procilo, que había desempeñado un papel tan significativo en las primeras campañas, otros nombres se mencionan más adelante en los Comentarios. El padre del historiador galo Trogo también formó parte de la plana mayor de César y se le otorgó la responsabilidad de ocuparse de algunas de sus cartas. César nunca le menciona y puede que fuera uno de los diversos asistentes que ayudaban a hacer frente a la

voluminosa correspondencia del procónsul. Aunque estuviera a lomos de un caballo y cabalgando para inspeccionar las líneas de su ejército, se dice que César era capaz de dictar a dos secretarios al mismo tiempo. Con frecuencia, las cartas iban dirigidas a hombres influyentes de Roma y, en muchas ocasiones, eran reforzadas con visitas personales realizadas por su representante, Balbo. También llegaba mucha correspondencia para César, y Plutarco nos cuenta que, desde el principio, muchos hombres viajaron hacia el norte para pedirle favores, como que les nombrara miembros de su Estado Mayor. Siempre deseoso de hacer favores para incrementar los compromisos hacia él, casi siempre estaba dispuesto a conceder lo que se le pedía. Sin embargo, en general, parece que eran los fracasados o los que carecían de buenos contactos los que se le acercaban.'

Socialmente, César recibía y era invitado por los miembros de la aristocracia local, muchos de los cuales sólo poseían la ciudadanía hacía un año más o menos. Suetonio afirma que, con regularidad, tenía invitados a cenar que llenaban dos salas, una con sus oficiales y los miembros griegos de su plana mayor, y otra para los ciudadanos civiles. En una ocasión, en Mediolanum (el actual Milán), cenó en la casa de un talValerio Meto, y sirvieron a todos espárragos aliñados accidentalmente con mirra amarga en vez del habitual aceite de oliva. César lo comió sin hacer ningún comentario ni alterar su expresión, y reprendió a sus compañeros cuando se quejaron en voz alta. Este patricio de una de las más antiguas familias romanas era el invitado ideal y siempre resultaba una compañía amena. No sabemos si había muchas personas de la nobleza local capaces de proveerle de la ingeniosa

conversación, a menudo filosófica o literaria, que era tan popular entre la élite romana. Aunque no estuvieran a la altura de las sofisticadas cenas de Roma, los marcados intereses literarios de muchos de sus oficiales sin duda le proporcionaron tales entretenimientos. César también hizo amistad con el padre del poeta Catulo, cuya familia provenía del valle del Po. El hijo se había marchado a Roma, pero, tras dar unos cuantos pasos en la carrera pública, la abandonó y se dedicó a sus versos. Muchos hablaban de amor, pero otros muchos eran implacables ataques contra los líderes del momento, incluyendo tanto a Catón como a César. En uno de sus poemas, llamó a César «un vicioso, un glotón, un tahúr», pero otro, aún más difamatorio, afirmaba -entre otras cosas- que había existido una aventura homosexual entre el general y uno de sus prefectos,

Esos degenerados bujarrones,
es decir, César y Mamurra el puto,
están de acuerdo en todo. Y no me extraña.
Llevan impresas manchas parecidas
—uno en Roma, otro en Formias— que no van
a borrarse con un simple lavado.
Su vicio es parecido. Ellos, gemelos.
Los dos han recibido la instrucción
en un solo colchón.
Todo muy chic.
Ninguno de los dos supera al otro
a insaciable y promiscuo. Si son socios

es para competir con mujerzuelas.

Que están de acuerdo en todo

estos degenerados bujarrones.[9]

César estaba indignado, pero no rompió su amistad con el padre del poeta y cuando el propio Catulo se disculpó, le invitó inmediatamente a cenar con él.10

Nadie parece haber creído realmente que César y Mamurra fueran amantes, pero este último no era una figura popular y atrajo la ira de Catulo en otros poemas. Después de las historias sobre Nicomedes, César era sensible a este tipo de cosas. Sin embargo, todo el mundo creyó -y con razón- la insinuación de que el procónsul había continuado siendo un mujeriego en las Galias. Años más tarde, durante su triunfo, los legionarios de César cantaron sobre cómo derrochó el dinero que pidió prestado a Roma en sus mujeres galas. En la descripción de Tácito de una rebelión en Renania en 70 d.C. se habla de un noble galo que sostenía que descendía de César. Se supone que este había tomado como amante a la bisabuela del galo en algún momento durante las campañas en las Galias. Es dificil saber quiénes fueron las amantes de César aquellos años, pero es probable que la mayoría procedieran de las familias aristocráticas de sus provincias y tal vez de las tribus de otras zonas. Es posible que algunas, sobre todo aquellas que tenían ciudadanía romana, hubieran recibido educación y pudieran brindarle la ingeniosa y estimulante compañía que con tanta frecuencia había buscado entre las mujeres casadas de Roma. En otros casos, puede que se tratara simplemente de una cuestión de placer fisico.11

LOS BELGAS

El hecho de dejar a su ejército invernando en las tierras de los sécuanos demuestra que César no pretendía que su intervención en los asuntos de las Galias fuera temporal. Él mismo llega a admitir que eso provocaba la inquietud de algunos jefes tribales, que se preguntaban qué habían salido ganando realmente con la expulsión de Ariovisto si ahora se encontraban bajo el dominio del procónsul romano. Durante el invierno, a César le lle garon rumores e informes desde el sur de los Alpes de que existía aún más agitación entre los belgas, las tribus del norte de la Galia, y que preparaban una «conspiración» contra Roma. Habían recibido el aliento de los jefes de algunos pueblos galos/celtas -que, según César, aspiraban a erigirse en reyes-, pero opinaban que sería mucho más dificil lograr el éxito de ese tipo de revoluciones en una región dominada por Roma. Los belgas pensaban asimismo que una vez que los romanos hubieran conseguido el control -«pacificación» es la palabra empleada en los Comentarios- de la Galia central céltica, entonces las legiones podrían marchar de inmediato sobre ellos. En vista de los acontecimientos subsiguientes, no era una preocupación sin fundamento, porque César planeaba hacer exactamente eso. Al sacar a su ejército de la Galia Transalpina el año anterior, expulsando primero a los helvecios y luego a Ariovisto, había demostrado que Roma estaba dispuesta a intervenir en representación de sus aliados. En el pasado, la provincia romana había mantenido un círculo de Estados amigos en torno a sus fronteras. César había decidido impulsar la esfera de influencia de Roma más hacia el norte, alegando que era necesario para evitar que otras fuerzas dominaran la región y, en última instancia, pudieran amenazar la seguridad de la

provincia. Estos motivos eran perfectamente apropiados en un gobernador romano y aunque las acciones de César suponen una interpretación extremadamente agresiva de su deber, seguía moviéndose dentro de los limites del comportamiento correcto en un magistrado de la República. Pompeyo se había comportado de forma similar durante sus campañas orientales, pero las campañas de ambos diferían sólo en su escala de las acciones de muchos generales romanos anteriores. Pocos de estos generales habían sido cuestionados por sus acciones y aún menos llegaron a ser castigados. En los Comentarios César sostiene que los belgas planearon e iniciaron un ataque preventivo para desafiar el poder romano. En la práctica, él estaba actuando de la misma manera. Según los estándares de la época, a ningunos de ellos les faltaba razón.12

César utiliza el término «belgas» con bastante vaguedad para referirse a todos los pueblos que habitaban al norte de las tribus celtas. La zona era mucho mayor que la actual Bélgica e incluía no sólo áreas de Holanda, sino buena parte del norte de Francia. Al parecer, los «auténticos» belgas eran las tribus que vivían en lo que ahora es el Paso de Calais y la Alta Normandía. César creía que todos los belgas eran galos, pero también ase gura que muchos de ellos descendían de los colonos germanos. Como ya hemos visto, la distinción entre los galos y los germanos no siempre estaba tan clara como sugieren nuestras antiguas fuentes, pero es muy posible que hubiera parte de verdad en su afirmación.A finales del siglo i d.C. Tácito también creía que los nervios y los tréveros eran germanos. En el caso de César, tal vez mencionara la conexión con los germanos con el fin de pintar a los belgas

todavía más amenazadores y, por tanto, más merecedores de la «pacificación» romana. También se ocupa de informarnos que una tribu alardeaba de que eran el único pueblo que había resistido la emigración de los cimbros y los teutones, mientras que otra era descendiente de los grandes enemigos de Roma. Los belgas eran más combativos que las tribus celtas, en parte porque estaban más alejados de la influencia romana. Los autores antiguos opinaban que el acceso a los lujos de la civilización ablandaba a la gente, mientras que una vida sencilla conservaba la virtud y el valor natural. Los vestigios arqueológicos confirman que el vino romano era mucho menos habitual en el norte de las Galias que entre los pueblos que estaban situados más cerca de las rutas comerciales. Se cree que los nervios prohibieron todas las importaciones, pero en el resto de las Galias, las aristocracias tribales valoraban mucho el vino, y poseerlo incluso en pequeñas cantidades les ayudaba a confirmar su estatus. Sabemos menos de las aldeas amuralladas del norte de Galia que de los oppida de las tribus celtas, pero, en general, parece que eran de un tamaño algo inferior y menos desarrolladas. Algunas de las tribus seguían teniendo reyes, algunos de los cuales eran poderosos, aunque los consejos aristocráticos eran más importantes en otras tribus. Sólo una generación antes aproximadamente se cree que un monarca controló gran parte de la región, así como parte de Britania.13

Una unidad política así, con un único líder fuerte, había dejado de existir, pero las tribus belgas mostraron su intención de unirse para enfrentarse a la amenaza que suponían los romanos. Durante el invierno, habían intercambiado rehenes y acordado formar un ejército combinado, al que cada tribu

contribuiría con un número establecido de guerreros. El conjunto de las tropas sería liderado por Galba, rey de los suesiones, no por ningún tipo de derecho, sino porque los otros líderes reconocieron su habilidad. César comenzó a concentrar sus propias fuerzas antes de que empezara la temporada de campañas, enviando las dos nuevas legiones a las órdenes del legado Quinto Pedio para que se unieran al resto del ejército. El procónsul permaneció en la Galia Cisalpina, y viajó hacia el norte sólo para ponerse al mando cuando la primavera estuvo suficientemente avanzada para proveer de forraje a los animales del ejército. De inmediato, solicitó a las tribus aliadas que le informaran de los hechos que se producían en la zona más septentrional y recibió informes de los preparativos de los belgas. El ejército romano marchó hacia el norte: el procónsul avanzaba a su característico ritmo veloz, de modo que en dos semanas estaban ya próximos a los remos, la primera de las tribus consideradas belgas más que celtas. Llegaron unos emisarios y le aseguraron que nunca habían mostrado hostilidad hacia Roma, aceptando enseguida las demandas de rehenes y provisiones de grano. Les interrogó acerca del número de guerreros a los que se enfrentaría y le proporcionaron una lista precisa de los contingentes de las tribus. Los belóvacos habían prometido 60.000 hombres, los suesiones y los nervios 50.000, los mórinos 25.000, los atuátucos 19.000, los atrebates 15.000, los ambianos y cáletes 10.000 cada uno de ellos, mientras que otras seis tribus en conjunto ofrecieron 50.000, produciendo un total de 289.000 guerreros. Esas fueron las cifras proporcionadas por los remos, que César anotó con diligencia en los Comentarios. Nunca se preocupa

de decir si consideraba que esos cálculos eran exactos. Lo que sí es cierto es que la descripción de la campaña sugiere que el ejército combinado era excepcionalmente numeroso y bastante torpe, por lo que podría haber sido mucho mayor que el ejército romano. El propio César se aseguró de que nunca llegaran a reunirse todas las fuerzas de las tribus: acordó con Diviciaco que los eduos atacaran a los belóvacos y mantuvo a los guerreros ocupados defendiendo sus propias tierras.14

Los remos tenían un estrecho vínculo con los suesiones, compartían las mismas costumbres y leyes, y, en ocasiones, eran gobernados por los mismos líderes. Es dificil saber si su disposición para unirse a los romanos era un reconocimiento pragmático de su incapacidad para resistir la súbita aparición de César o se basaba en la rivalidad y el miedo de las otras tribus. Sin duda, los remos eran el primer objetivo de la coalición belga, cuyo ejército avanzaba para asaltar Bibrax, una de las poblaciones más importantes de los remos (probablemente la actual Vieux-Laon). César había avanzado a través del Aisne, que discurría junto a las fronteras de la tribu y acampó en la orilla más lejana. Abandonó un destacamento al mando del legado Sabino al otro lado del río para construir un fuerte que protegiera el puente. Bibrax estaba a unos trece kilómetros de distancia, y su líder-uno de los jefes que había encabezado la delegación que habló con César- mandó avisar de que no podría resistir mucho más a menos que le enviaran ayuda. Guiados por los hombres que habían traído ese mensaje, el procónsul envió a sus tropas ligeras númidas, cretenses y baleares para entrar en el pueblo protegidos por la oscuridad. El método utilizado por los

belgas para atacar una fortificación era simple: un aluvión de piedras lanzadas con honda y otros proyectiles inmovilizaban a los defensores, mientras que otros guerreros avanzaban sosteniendo los escudos por encima de sus cabezas y socavaban el muro. Con los diestros arqueros y honderos enviados por César, esa tarea habría resultado muy dificil, y los belgas abandonaron el intento, contentándose con asolar el área circundante prendiendo fuego a los pequeños pueblos y granjas que salpicaban el campo.A continuación, avanzaron para enfrentarse a César, acampando a algo más de tres kilómetros de la posición romana, con un valle entre ambos. César afirma que las fogatas en el disperso campamento de los belgas cubrían un área de unos trece kilómetros.15

Durante días ambos bandos se observaron mutuamente. Hubo escaramuzas de las caballerías, con las que César midió la calidad de este nuevo enemigo y decidió que sus propios hombres estarían a la altura o les superarían en la mayoría de situaciones. Su campamento estaba en terreno elevado, con el río Aisne en la parte trasera. En la pendiente delantera desplegó sus seis legiones con experiencia de combate, dejando a las dos formaciones recién reclutadas para guardar el campamento, lo que recuerda al despliegue contra los helvecios. Al no contar con ningún accidente natural que protegiera los flancos, los legionarios cavaron una fosa de cuatrocientos pasos (aproximadamente ciento veinte metros) a cada lado, que se unía en ángulos rectos a la línea principal. Cada fosa llevaba a un pequeño fortín, en el que habían emplazado piezas de artillería ligera o escorpiones, capaz de lanzar pesadas flechas con una fuerza y una precisión tremenda a distancias mucho mayores que cualquier arma

lanzaproyectiles que poseyeran los belgas. En una ocasión, Sila ya había afianzado su posición de un modo muy similar para asegurar sus flancos contra un ejército enemigo que era claramente superior en número. Los belgas tendrían que ascender la suave pendiente antes de atacar la posición romana desde el frente y la ventaja de tal posición había sido demostrada con claridad el año anterior cerca de Bibracte. Para empeorar la situación de los belgas, en el fondo del valle que se abría entre las dos posiciones había un arroyo y un área de marismas. No es que fueran obstáculos insalvables, pero habrían retrasado el ataque en aquella zona y provocado el desorden en las líneas. Era poco probable que el adversario le diera al atacante la oportunidad de detenerse y reorganizar la línea antes de proseguir el avance.`

La posición de César era poderosa y podía confiar en rechazar hasta el más duro de los ataques. No obstante, las huestes belgas no mostraron ninguna intención de cargar hacia su muerte y se contentaron con formar en el extremo más lejano del valle, esperando que los romanos cruzaran el terreno cenagoso y lucharan con desventaja. Ese era siempre el riesgo de un comandante que adoptaba una posición muy fuerte, porque si las ventajas de su emplazamiento eran obvias, entonces el enemigo encontraba pocos incentivos para entablar combate.Ambos bandos hicieron avanzar a su caballería y los jinetes aliados habían llevado la voz cantante frente a los caballeros belgas antes de que César los retirara. Dándose cuenta de no se produciría una batalla campal, ordenó a las legiones que regresaran al campamento para descansar. Tras llegar a la misma conclusión, los comandantes belgas enviaron parte del ejército a vadear el río Aisne y, una

vez allí, o bien amenazar la línea de víveres romana capturando el fuerte que protegía el puente o bien sacar a César de su posición devastando las tierras de sus nuevos aliados, los remos. El puesto de avanzada en el puente informó de esta nueva amenaza y César respondió dirigiendo la caballería, los númidas, y las otras tropas ligeras hacia la parte más alejada del río. Consiguieron capturar a los guerreros belgas cuando sólo habían logrado cruzar. Fueron rodeados y atacados por la caballería, mientras que las tropas de los proyectiles abatieron al resto de guerreros mientras vadeaban el agua. Tras sufrir numerosas bajas, los belgas se retiraron.

Mantener a un ejército tribal por un tiempo prolongado en el campo de batalla era una tarea dificil, ya que su organización logística tendía a ser extremadamente básica. Los guerreros, o las esposas y sirvientes que en muchas tribus les acompañaban a la batalla, sólo transportaban una cierta cantidad de alimento. En los meses de verano, a menudo era posible con seguir comida y forraje en el campo, pero las cantidades recopiladas de ese modo eran limitadas y se agotaban con rapidez si el ejército permanecía en un solo lugar durante un tiempo. El ejército belga de era excepcionalmente grande (aunque debemos tratar estas cifras con precaución) por lo que los problemas de suministro empeoraron de modo considerable. El ataque contra Bibrax había fracasado, al igual que el intento de cruzar el río y situarse detrás de los romanos. César se había mostrado dispuesto a luchar sólo si los belgas adoptaban una posición de grave desventaja. Sin duda les dijo a sus hombres que la reticencia del enemigo a atacar la posición romana revelaba

que estaban asustados. Galba y los jefes belgas podían igualmente haber asegurado a sus guerreros que los romanos se negaban a descender la colina y abandonar sus trincheras porque temían el poder de las tribus. Hasta el momento no habían tenido demasiada suerte en la campaña, pero habían mostrado a su nuevo enemigo cuán numerosos eran y la confianza de sus hombres y César no había corrido el riesgo de atacar a su fuerza principal. Es posible que Galba y los otros líderes opinaran que habían demostrado que eran fuertes y que eso bastaría para evitar que la invasión continuara. Con frecuencia, el elemento de exhibición y de gesto era importante en las guerras entre tribus, por lo que no debemos coincidir con César necesariamente y ver la siguiente acción de los belgas sólo en términos pragmáticos. Con todo, los factores prácticos eran innegables, puesto que las reservas de víveres del ejército estaban casi agotadas y las tropas no podrían permanecer donde estaban mucho más tiempo. Además, habían llegado noticias de que los eduos estaban llegando a la frontera con los belóvacos tal y como había acordado César con Diviciaco. En un consejo de los principales jefes que formaban parte del ejército, los belgas resolvieron dispersarse y regresar a casa, de modo que cada uno de los contingentes tribales retornó a sus propias tierras, donde podrían recibir alimentos con facilidad. Tras comprometerse en ayudar a cualquier tribu que fuera atacada por César en los siguientes meses, el inmenso ejército se dispersó. No lo hizo de forma ordenada, sino que los distintos líderes y sus grupos simplemente recogieron sus cosas y emprendieron la marcha durante la noche."

Las avanzadas romanas informaron de la ruidosa partida

del ejército belga, pero César albergaba sospechas de que fuera una trampa. Es posible que el fracaso del ataque sorpresa contra los helvecios el año anterior le hubiera movido a aumentar la precaución en las operaciones nocturnas. Al amanecer, envió a unas patrullas que confirmaron que el enemigo se estaba alejando sin hacer ningún esfuerzo organizado de cubrir su retirada. La caballería salió al mando de Pedio y Cota, y Labieno les siguió con tres legiones para proporcionar el apoyo necesario. Hubo poca resistencia y muchos guerreros belgas fueron asesinados y capturados cuando huían de la persecución de los romanos. Por el momento el enorme ejército se había dispersado y pasaría algún tiempo antes de que las tribus consiguieran concentrar sus fuerzas de nuevo. César se aseguró de que no dispusieran de ese tiempo. Al día siguiente, marchó contra los suesiones, cuyo territorio lindaba con el de los remos.Avanzando a marchas forzadas, alcanzó uno de los principales pueblos de Novioduno (como con la mayoría de los oppida belgas mencionados por César, se desconoce su localización exacta, pero se cree que estaba cerca de la actual Soissons). Creyendo por unos informes que la población no tenía ningún defensor, César envió a sus hombres directamente al ataque y, aunque es cierto que había pocos guerreros para resistirles, los romanos no tenían escalas ni ningún otro equipamiento para el asedio y los belgas lograron repeler el ataque. Tras este fracaso, César se aseguró de que el asalto se llevaba a cabo con los medios apropiados y ordenó a los legionarios construir una rampa, torres de asedio y manteletes para elevar a sus hombres y ayudarles a superar los muros. El pueblo aún no estaba bloqueado y varios guerreros del ejército que se acababa

de dispersar se refugiaron en su interior, pero su moral estaba flaqueando y la visión de las máquinas de asedio romanas les hizo desfallecer. Los suesiones se rindieron y, gracias a la intercesión de los remos, obtuvieron unas condiciones favorables. Entregaron rehenes de sus principales familias, incluyendo dos de los hijos del rey Galba, así como diversas armas, tal vez una cantidad simbólica para representar el desarme.`

César tenía que seguir adelante mientras dispusiera de ventaja y, a continuación, atacó a los belóvacos, que tampoco ofrecieron mucha resistencia y se rindieron enseguida. Esta vez fue Diviciaco, de los eduos, quien habló en su favor, alegando que existía una larga relación de amistad entre ambas tribus. La culpa de la reciente hostilidad de los belóvacos recayó sobre unos cuantos jefes que consideraban la alianza de los eduos con Roma como esclavitud, pero esos hombres habían escapado a Brita nia y ya no influirían en la política de la tribu. César les concedió con gusto lo que pedían y aceptó la rendición en términos igualmente benévolos, aunque exigió seiscientos rehenes, una cantidad muy superior a la habitual. Esto se debía en parte a su deseo de honrar a Diviciaco y a los eduos, pero también era importante debilitar la coalición a la que se enfrentaba eliminando tantos miembros como fuera posible. El elevado número de rehenes hace pensar que la mayoría de familias aristocráticas de los suesiones envió a alguien al campamento de César con la clara intención de garantizar que la guerra no recomenzara. En los Comentarios a la Guerra de las Galias encontramos frecuentes referencias a los rehenes, pero César nunca menciona cuál fue el destino de aquellos que procedían

de tribus que violaban los tratados que habían firmado con él. Después de enfrentarse a estas dos poderosas tribus, César atacó a los ambianos, una tribu más pequeña que capituló de inmediato. Bastante más de un tercio de las fuerzas que se suponía que los belgas habían reunido a principios de año habían sido vencidas y ahora César tenía todas las de ganar. No obstante, las sencillas victorias de los últimos días habían terminado y la resistencia se estaba endureciendo.`

LA BATALLA DEL SAMBRE

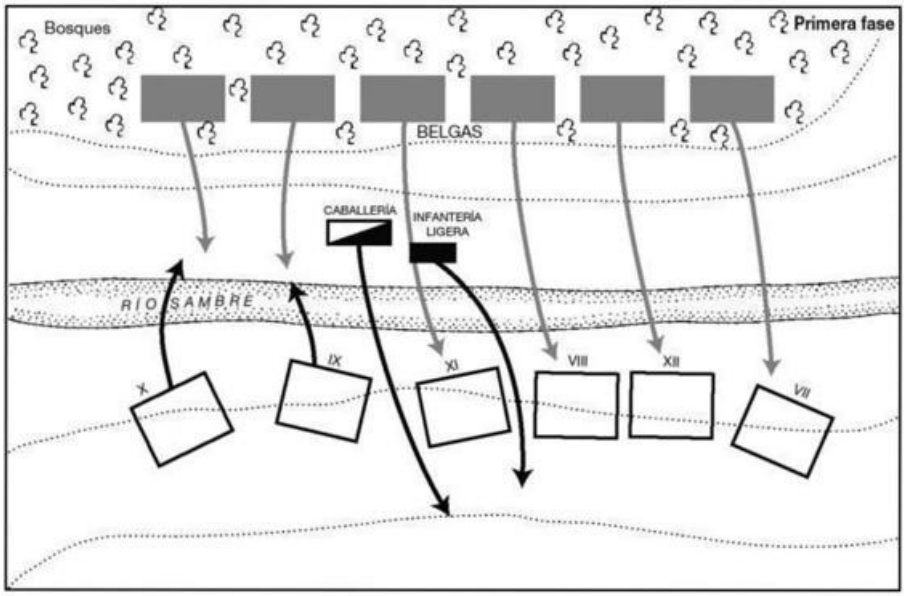
A continuación, César se dirigió hacia el noroeste contra los nervios, la tribu más numerosa que aún estaba dispuesta a luchar.

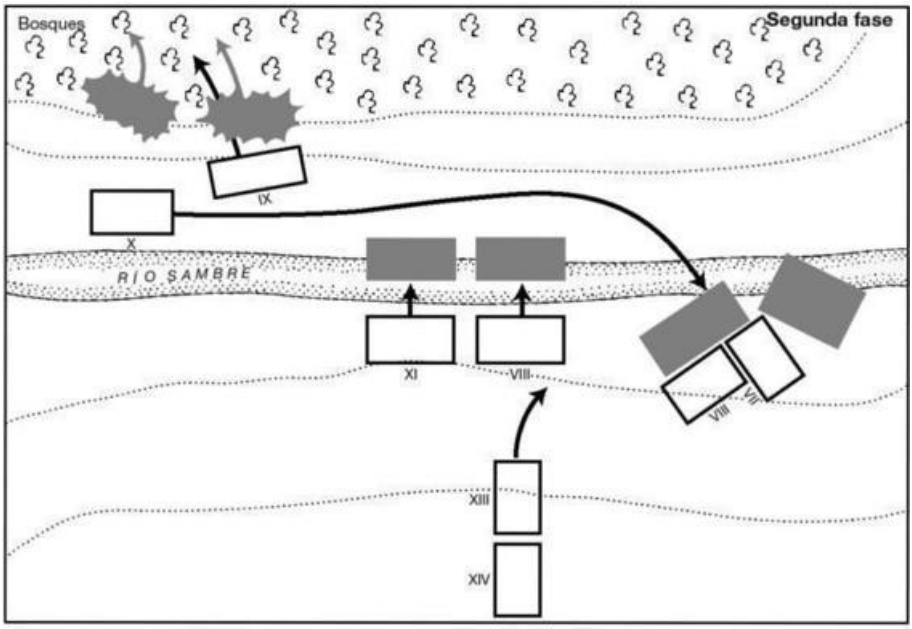
Después de tres días de marcha, la columna romana estaba a unos dieciséis kilómetros del río Salubre y, tras someterlos a un interrogatorio, los cautivos revelaron que el ejército tribal estaba aguardando en la otra orilla. Se les habían unido los atrebates y los viromanduos, y otra tribu, los atuátucos, estaba en camino. De acuerdo con los cálculos de los remos, los nervios, los atrebates y los viromanduos habían aportado 75.000 hombres al ejército de la coalición que se formó a principios de verano y César afirma que la primera tribu contaba con 10.000 hombres más en esta batalla. Como hemos visto, la fiabilidad de estas cifras es cuestionable y es probable que sus contingentes hubieran mermado debido a las anteriores operaciones y se hubieran reducido todavía más porque no todos los guerreros habrían logrado unirse al ejército. Las ocho legiones de César su maban un total aproximado de 30.000 a 40.000 soldados, apoyados por varios miles de jinetes e igual número de tropas ligeras. Es muy posible que los nervios y sus aliados contaran, como mínimo,

con paridad de efectivos respecto a César y lo más probable es que disfrutaran de una clara ventaja numérica, aunque no tanto como el doble de la cifra romana. Los belgas estaban decididos a luchar y habían evacuado a sus mujeres, niños y demás miembros no combatientes de las tribus a unos lugares santuario situados en unas marismas inaccesibles.También habían enviado información de forma clandestina a los galos y belgas que acompañaban a César en calidad de aliados o rehenes. Estos les habían comunicado que, en el orden habitual de marcha de César, cada legión iba en formación independiente y guardaba su propio bagaje, lo que significaba que las tropas de combate estaban divididas en ocho secciones principales, con engorrosas líneas de sirvientes, carros y animales de carga entre ellas, lo que dificultaría la creación de la línea de batalla.`

Ese tipo de formación hacía vulnerables a los romanos y los nervios habían elegido el terreno con cuidado. Como era habitual, no es posible saber a ciencia cierta la localización de la batalla, pero parece probable que tuviera lugar a unos cuantos kilómetros de Maubeuge. Es posible que la tribu ya hubiera repelido a otros invasores en aquel lugar. Evidentemente sabían que César cruzaría el río, por lo que lo más posible es que siguiera una ruta muy trillada, utilizada por las tribus para la circulación comercial, además de para el paso de los ejércitos.A cada lado del río, que en esta época del año tenía una profundidad aproximada de un metro y era fácilmente vadeable, se alzaban suaves cerros. En la orilla más lejana, el valle se abría unos doscientos pasos, pero la zona era muy boscosa, lo que permitía que los guerreros aguardaran escondidos. En la orilla por la que se aproximaban los

romanos el terreno estaba interrumpido por líneas de gruesos y altos setos, construidos de forma deliberada por los nervios para entorpecer el asalto de los jinetes enemigos. Estos bardales suponían un obstáculo tanto para el movimiento como para la vista y su misión era enviar un claro mensaje a los asaltantes de que una vez superaran ese punto, su razia se toparía con la resistencia de una tribu orgullosa de su reputación marcial. En aquella ocasión, pretendían demostrárselo a César y su intención era lanzar un ataque total en cuanto el bagaje que seguía a la legión principal estuviera a la vista.`





Batalla del Sambre.

Los cautivos -seguramente capturados por las patrullas de caballería y los exploradores que precedían al ejército principal- habían advertido a César que encontrarían oposición en el cruce del río, por lo que cambió la formación de marcha y adoptó el que era su despliegue habitual cuando existía el riesgo de toparse con el enemigo. Después de la cortina de la caballería y las tropas ligeras, avanzaban las seis legiones más experimentadas sin el estorbo del bagaje, que se había amontonado y dejado a cargo de las dos legiones recién alistadas, que seguían en la retaguardia. Ese día en concreto, la décima iba en cabeza, seguida por la novena, luego la undécima, octava, duodécima y séptima. Un grupo de centuriones acompañaba a las patrullas avanzadas de exploradores y tenía la misión de seleccionar y marcar el lugar donde se establecería el campamento durante la noche. La construcción de un campamento de marcha protegido por un

foso y un muro de tierra formado con el barro excavado del suelo era una práctica estándar en todos los ejércitos romanos y era el equivalente de los actuales soldados de infantería atrincherándose al final de cada maniobra. Se tardaban varias horas en levantar un campamento, pero ofrecía seguridad contra un ataque repentino y se construía siguiendo un diseño regular para que cada unidad supiera cuál era su lugar. Los centuriones señalaron un emplazamiento en la colina de la ribera más próxima del río. Cuando comenzó a llegar el grueso de la tropa, la caballería y las tropas ligeras atravesaron el agua chapoteando y formaron una cortina frente a la orilla ocupada por el enemigo. La mayoría del ejército tribal estaba escondida detrás de los árboles, pero unos cuantos grupos pequeños se lanzaron como una flecha contra los romanos y sostuvieron escaramuzas con ellos. Los nervios tenían muy pocos jinetes y las fuerzas auxiliares consiguieron vencerlos con facilidad en los combates que se produjeron, pero tuvieron cuidado de no perseguir a los belgas demasiado lejos y entrar en los bosques. Cuando llegaron las legiones, comenzaron a construir el campamento, amontonando los fardos, los cascos, los escudos y las pila en el suelo, aunque, como era habitual, no se despojaron de la armadura mientras cavaban. Cada legado supervisaba la legión bajo su mando, dado que César les había dado instrucciones -probablemente como orden permanente- de quedarse junto a sus hombres hasta que el campamento estuviera finalizado. Es muy posible que hubiera pequeños destacamentos de legionarios armados enviados como piquetes, pero no se hacía un auténtico esfuerzo por proteger a los legionarios de un ataque declarado.

En años previos, César había cubierto la construcción de

un campamento cerca del ejército de Ariovisto manteniendo las líneas primera y segunda de las legiones en orden de batalla de cara al enemigo, mientras las cohortes de la tercera línea cavaban. Napoleón y muchos otros analistas han critizado justificadamente el hecho de que no adoptara el mismo curso de acción aquí. César ya sabía que el enemigo se había apostado en algún lugar al otro lado del río y habría visto las refriegas de su caballería y tropas ligeras con ellos en la orilla opuesta. Los nervios y sus aliados estaban cerca y, por tanto, había posibilidades de que se produjera un ataque, pero puede que lo juzgara improbable. El día estaba bastante avanzado y lo único que había hecho el adversario era hostigar a sus avanzadas. Semanas antes, cuando se había enfrentado a un ejército aún más grande, este se había negado a atacar en terreno dificil y el río parecía una barrera segura. Si mantenía una parte considerable del ejército en armas, se retrasaría la construcción del campamento, mientras que en 58 a.C., las cohortes de la tercera línea tuvieron que levantar un campamento para sólo dos legiones, no para todo el ejército. Sea por una decisión consciente o por simple omisión, tal vez movido por la complacencia tras la fácil derrota de las tres tribus las pasadas semanas, César corrió el riesgo de no proteger las legiones mientras trabajaban. Una decisión que estuvo a punto de resultar fatídica.22

Los belgas demostraron una admirable disciplina mientras esperaban que llegara el momento de atacar. Los cabecillas del ejército -un jefe nervio llamado Boduognato era el líder general- habían acordado aguardar hasta que apareciera la impedimenta romana. Aunque esta no seguía a las legiones que marchaban en cabeza como habían previsto, los guerreros

permanecieron quietos y sólo cuando vieron la columna concentrada del ejército en el extremo más lejano del valle salieron del resguardo de los bosques y avanzaron. La caballería auxiliar y las tropas ligeras romanas no tenían ninguna posibilidad de resistir un ataque en masa y cedieron terreno enseguida. La línea belga, compuesta de contingentes tribales, había permanecido oculta tras los árboles y surgió de pronto, bajó la pendiente y cruzó el río, desordenando sus filas en el proceso, algo que probablemente acentuaron todavía más los setos situados en la ribera opuesta.Aun así, seguían estando mejor preparados para la batalla que los romanos, que estaban teniendo apuros para formar cualquier tipo de linea de combate. Las batallas contra los helvecios y Ariovisto -y, desde luego, encuentros de más envergadura de esta época- eran empresas cuidadosamente preparadas y previstas, se invertían horas en desplegar las líneas y alentar a las tropas para el enfrentamiento que se avecinaba. Esta vez fue diferente y: «César tenía que hacerlo todo a la vez: enarbolar el estandarte, que servía de enseña cuando había que acudir a las armas; dar la señal de ataque; retirar a los soldados del trabajo; llamar a los que se habían alejado un tanto excesivamente en busca de materiales; formar el ejército, arengar a los soldados; dar la contraseña».23

El procónsul sólo podía estar en un lugar cada vez y más adelante rindió homenaje a sus legados, que acometieron la organización de las tropas más próximas a ellos sin esperar las instrucciones de César. De igual modo, los legionarios y centuriones no fueron presa del pánico, sino que comenzaron a formar en unidades improvisadas que muchas veces se componían de los soldados que estuvieran más cerca en ese

momento. Con sorprendente rapidez empezó a unirse una línea de batalla y aunque era menos ordenada de lo habitual y también menos impresionante -no había tiempo para quitarle la funda de cuero a los escudos o colocar las cimeras y penachos en los cascos-, logró oponer resistencia. Es discutible si el ejército habría conseguido responder con tanta eficiencia en una crisis así el año anterior, cuando las tropas y su comandante apenas se conocían y todavía no se había creado esa cohesión que provenía del adiestramiento y esa confianza derivada del éxito. El mismo César se dirigió a caballo a cada una de las legiones sucesivamente, primero a su favorita, la décima, que se hallaba a la izquierda de la irregular línea, y pronunció unas cuantas palabras de aliento, diciéndoles que se mantuvieran firmes y recordaran su probado valor. Los belgas -en su mayoría atrebates en este flanco- estaban ahora a unos noventa metros, y César ordenó a la décima que cargara, lo que hizo con buenos resultados. Una salva de pila se estrelló contra las filas delanteras, deteniendo a los atrebates. En aquel punto, la pendiente favorecía sobre todo a los romanos y el enemigo se fatigó al cargar a la carrera, de modo que la décima y la vecina novena pronto les hicieron retroceder a la falda de la loma. En el centro, la undécima y la octava también fueron capaces de mantener la posición, empujando a los viromanduos hacia el río. La derecha y el centro del ejército belga se estaban derrumbando y la décima y la novena cruzaron incluso el Sambre para perseguir al enemigo ascendiendo la pendiente opuesta. Sin embargo, el principal peso del ataque belga y el grueso de los nervios encabezados por el propio Boduognato había caído sobre el ala derecha del ejército romano. A los

oficiales romanos les costaba ver lo que estaba pasando porque a menudo la visión resultaba obstaculizada por los altos setos, pero, movido por el instinto o al comprender lo que sucedía, el procónsul había galopado hacia aquel lugar:`

> César, después de arengar a la legión décima, dirigiéndose al ala derecha, cuando vio el aprieto de los suyos y que, por estar apiñadas las banderas [un término abreviado para las formaciones de las unidades], los soldados de la duodécima legión se hallaban tan juntos que se estorbaban ellos mismos en la lucha; que, muertos todos los centuriones y el abanderado de la cuarta cohorte, perdido el estandarte, heridos o muertos casi todos los centuriones de las demás cohortes, entre ellos el primipilo P. Sextio Báculo, hombre valerosísimo, traspasado de muchas y graves heridas, hasta el punto de que ya no podía tenerse en pie, los demás se mostraban remisos; que algunos, abandonados por los que les guardaban la espalda, dejaban la lucha tratando de evitar los venablos, y que los enemigos no cesaban de subir la cuesta por el frente y que acometían por ambos lados y que la situación era apurada, sin que hubiera reserva alguna que pudiera enviarse en socorro, arrebatando el escudo a un soldado de las últimas filas, pues César había llegado allí sin escudo, se adelantó hasta la primera y, llamando por sus nombres a los centuriones y arengando a los demás soldados, mandó avanzar y ensanchar las filas para que pudieran servirse mejor de las espadas. Con su llegada cobraron esperanzas y nuevos bríos los soldados y, deseando cada cual hacer los últimos esfuerzos en presencia del general, aun en el mayor peligro, cesó un poco el ímpetu de los enemigos.21

Los generales romanos dirigían la línea de combate desde detrás, muy cerca de los soldados, y corrían el riesgo de que los alcanzaran los proyectiles o los ataques de guerreros audaces ansiosos por lograr fama asesinando al comandante enemigo. De esa manera compartían parte de los riesgos de los soldados de sus ejércitos y ese era un elemento importante para unir al dirigente y a sus dirigidos. Esta vez César fue aún más allá, colocándose junto al frente de la línea de combate y mostrando el coraje personal, que era un aspecto tan fundamental de la virtus aristocrática, como las destrezas superiores esperadas de un comandante. Esta disposición a luchar, a morir si era necesario junto a sus hombres, era la confirmación de la creciente confianza que había nacido entre César y sus tropas. Una vez allí, animó a los que le rodeaban - a los centuriones como individuos, a los legionarios comunes como «compañeros soldados», y a las unidadesy mejoró su despliegue. Se contaban varias historias de Pompeyo luchando al frente de sus hombres, abatiendo a diversos enemigos con la espada o la lanza con ímpetu heroico. Así es como Alejandro Magno había peleado en sus batallas y Pompeyo disfrutaba cuando se establecían comparaciones entre los dos.También se decía de César que era muy hábil con sus armas personales, pero en su propio relato no se describe en concreto su forma de pelear en sí. Puede que se trate de una deliberada falsa modestia con la que pretende permitir a su público imaginar por sí mismo el heroísmo del procónsul, que se insinúa cuando comenta con total naturalidad que tomó prestado un escudo. No obstante, no parece que César quisiera resaltar sus hazañas personales, sino que se concentraba en su papel como líder y comandante. Al

final, su narración reconoce que la batalla del Salubre fue una batalla de soldados, que en última instancia resultó victoriosa gracias a la determinación y disciplina de los legionarios.

Durante una tregua en la lucha, César cambió la disposición de las legiones duodécima y séptima, llevándolas hacia atrás para que formaran una especie de cuadrado o círculo y pudieran defenderse de ataques provenientes de cualquier dirección. Ese tipo de pausas en el combate eran habituales, muy distintas de la imagen que presenta Hollywood de batallas frenéticas en las que todos se precipitaban hacia delante, se entremezclaban con el enemigo y disputaban duelos individuales, decidiendo la batalla en cuestión de minutos. Por lo general, las batallas duraban horas, pero la lucha cuerpo a cuerpo era fisica y mentalmente agotadora y parece que solía desarrollarse en breves y furiosas ráfagas que se interrumpían, las líneas se separaban unos metros, tomaban aliento e intentaban reunir el entusiasmo suficiente para acercarse de nuevo. Cuando César llegó, la línea se estaba desintegrando, los hombres de las filas traseras se habían retirado para escapar del peligro; muchos centuriones estaban muertos o heridos y la derrota parecía inminente. Su ejemplo y, sin duda, el de otros oficiales presentes, ya que arengó a los centuriones y dio orden de que se modificara la formación a través de los tribunos- estabilizó la situación por el momento, pero las dos legiones seguían sufriendo una presión inmensa y el desmoronamiento total parecía cuestión de tiempo.26

El flanco derecho romano resistió el envite, pero la victoria se ganó en otra parte. Las dos legiones que marchaban al final de la columna para proteger el bagaje quedaron a la vista de

los belgas, que habían rodeado el ala derecha romana y habían ascendido la colina para atacar el campamento. La llegada de fuerzas romanas frescas abatió a los belgas y animó a aquellos romanos que los vieron. Labieno estaba al mando de la victoriosa izquierda romana y, por su propia iniciativa, mandó a la décima retornar al río para ayudar al resto del ejército. Esta legión, dándose cuenta de que las cosas no marchaban bien, avanzó a toda velocidad y golpeó la retaguardia de los nervios. La derecha romana podía ahora avanzar y expulsó a los guerreros que se les enfrentaron. Entretanto, incluso los esclavos que acompañaban la impedimenta se habían unido a la caballería y tropas ligeras reunidas y repelieron a los belgas que rodeaban el campamento. Los nervios no se rindieron enseguida, muchos continuaron luchando durante largo tiempo. César sostiene que algunos guerreros se subieron incluso a los montones formados por sus propios muertos para seguir peleando, lo que sin duda es una exageración, pero atestigua la ferocidad de un combate que había visto muy de cerca en esta ocasión. Es evidente que las cifras de bajas infligidas en la tribu que ofrece -que sólo sobrevivieron quinientos guerreros de sesenta mil, y sólo tres jefes tribales de seiscientos- están también enormemente infladas y, de hecho, son desmentidas por sus propias palabras en un libro posterior de los Comentarios. Con todo, las pérdidas fueron elevadas y la voluntad de los nervios y sus aliados de continuar la lucha quedó absolutamente truncada. Llegaron unos embajadores y se rindieron ante el procónsul, que les ordenó permanecer en el futuro dentro de sus propias fronteras y no atacar a nadie más. Envió asimismo instrucciones a las tribus vecinas de no asaltar a los nervios en su presente estado de

vulnerabilidad."

OPERACIÓN DE LIMPIEZA

Los atuátucos no se habían unido a las otras tribus antes de que se librara la batalla. Al conocer la derrota, regresaron a su tierra natal, pero no mostraron ninguna inclinación a someterse a Roma y se prepararon para una defensa desesperada. Llamaron a guerreros de otras comunidades y deci dieron ocupar un único pueblo amurallado que estaba situado en una posición natural ventajosa sobre una colina escarpada. Habían recopilado vituallas para su manutención por si César intentaba sitiarlo. Los defensores tenían confianza en sus propias posibilidades, lo que demostraban haciendo incursiones en territorio enemigo y asaltando al ejército romano, que había acampado a las afueras del pueblo. César ordenó a las legiones cavar una fosa y construir una muralla en torno a la cima de la loma, reforzándola con baluartes a breves intervalos para formar una línea de circunvalación. En total, se extendía por unos trescientos noventa metros, lo que nos da una idea de lo pequeña que era en comparación la plaza fuerte. Los baluartes probablemente contenían artillería ligera del tipo empleado antes junto al Aisne, que pronto disuadieron a los defensores de aventurarse fuera de sus muros. Los atuátucos no podían salir, pero, al principio, despreciaron la rampa y el torreón de asedio que los romanos habían construido con mucho esfuerzo. César cuenta cómo se burlaron de los «pigmeos romanos» y añade que toda la población de la Galia desdeñaba la menor estatura de los legionarios romanos. Una torre de asedio era una máquina de guerra conocida y el horror se propagó entre los belgas cuando los romanos empezaron a hacerla subir por la rampa,

empujándola hacia la muralla. Sumidos ahora en la desesperación, los defensores enviaron delegados que ofrecieron la rendición y pidieron únicamente que les permitieran guardar sus armas para protegerse de un posible asalto de sus vecinos. César rechazó esa petición y les aseguró que él les defendería como defendería a los nervios, situándolos bajo protección romana y ordenando a las tribus de los alrededores que se abstuvieran de dirigir sus hostilidades contra ellos. Los sitiados comenzaron a arrojar sus armas por encima de las murallas, creando un montón que llegaría a ser casi de la misma altura que el

Aunque abrieron las puertas del pueblo, sólo una pequeña parte de las tropas de César obtuvo permiso para entrar y, cuando cayó la noche, ordenó incluso a esos pocos soldados que regresaran a su campamento, pues no confiaba en que mantuvieran la disciplina si se quedaban en las oscuras calles y sus oficiales no podían verlos. La paga del ejército era baja, la carrera militar sólo era atractiva para los pobres y los fracasados sociales, y es probable que la mayoría de las legiones contuvieran su cuota de ladronzuelos y demás delincuentes menores que podrían írsele de las ma nos. César adoptaría similares precauciones en otras ocasiones. Hizo que cerraran las puertas para proteger a los guerreros de la tribu que se habían entregado y confiado en la palabra romana. No obstante, algunos de ellos se lamentaban o nunca habían compartido la decisión de rendirse y, cuando cayó la noche, comenzaron a equiparse con armas que habían dejado escondidas y escudos improvisados. En la madrugada, cargaron contra lo que consideraban la parte más débil de la línea fortificada de César. Los romanos estaban alerta y los

centinelas encendieron las hogueras que habían preparado para dar la señal al ejército de alzarse en armas. Los refuerzos se desplazaron hacia el punto amenazado y los asaltantes se encontraron con un aluvión de proyectiles. Todos fueron asesinados o devueltos al pueblo. Al día siguiente, César hizo a toda la población responsable de esta violación de la paz: sus hombres derribaron las puertas y encerraron a todos en el interior. Seguramente no hubo necesidad de mantener una férrea disciplina sobre los legionarios. Todos los que estaban dentro de las murallas -53.000 hombres, mujeres y niños según Césarfueron comprados por un precio alzado por una compañía de comerciantes que luego los vendería como esclavos. Habría sido muy normal en aquella época que los soldados violaran a la mayoría de las mujeres antes de entregarlas. Los legionarios recibían un porcentaje del precio de adquisición, y los centuriones y los tribunos recibían una cuota superior. La venta de prisioneros de guerra era una fuente de beneficios, al igual que el saqueo, aunque esta práctica apenas aparece mencionada en los Comentarios. César afirma que los galos tenían muchos lugares sagrados en los que se ofrendaba oro y objetos valiosos a los dioses que quedaban apilados a la vista de todos. Todas las tribus respetaban esos lugares sagrados y nadie osaba robar esas ofrendas. Según Suetonio, a César no le impresionaban esos tabúes y siempre los saqueaba. La riqueza que había acumulado saneó sus propias finanzas, pero, como siempre, su principal interés a la hora de ganar dinero era utilizarlo para comprar amigos y popularidad, tanto en su ejército como en Italia.`

La derrota de las tribus belgas fue otra grandiosa victoria

que se sumó a las del año anterior. Si la suposición de que se publicó un libro de los Comentarios cada invierno es correcta, el pueblo de Roma ya estaba enterado de la humillación de los helvecios y de Ariovisto. Cuando llegaron a Roma las noticias de este reciente éxito fueron recibidas con gran entusiasmo. Como narra César con orgullo, el Senado aprobó por votación que se le dedicaran quince días de agradecimiento público, el periodo más largo que se había concedido jamás a un general, incluyendo a Pompeyo. Esta celebración oficial reivindicaba la eficacia de sus acciones, haciendo que aquellos enemigos que trataban de negar la legalidad de su nombramiento lo tuvieran muy dificil. Sin embargo, en Roma no todo funcionaba como César habría deseado. Es posible que Pompeyo estuviera algo descontento ante el éxito y la fama de su yerno y Dión sostiene que había comenzado a hablar de hacer que César retornara antes de que hubiera expirado su mandato de cinco años. El triunvirato parecía a punto de caer. El próximo peligro al que César iba a enfrentarse no provendría de enemigos extranjeros.3o

XII

POLÍTICA Y GUERRA: EL CONVENIO DE LUCA

Pompeyo le respondió con dureza, se refirió a Craso y dio abiertamente que iba a atrincherarse para proteger su vida más de lo que había hecho el Africano, a quien había asesinado Gayo Carbón… Craso sostiene a Gayo Catón, a Clodio le facilita dinero y a ambos no sólo los apoya aquel sino también… cuenta con el respaldo de Craso; Clodio también recibe fondos y ambos disfrutara del apoyo de Craso.

CICERÓN, 15 de febrero, 56 a.C.[1]

A vosotros sigo, padres conscriptos… Mientras vosotros no aprobabais los proyectos de C. César para gobernar la República, veíais que no estaba yo de acuerdo con él. Después que por sus empresas cambiasteis de ideas y sentimientos, me habéis visto no sólo seguir vuestra opinión, sitio también aplaudirla.

CICERÓN, mayo, 56 a.C.[2]

César llevaba fuera ya dos años, y ese tiempo no había discurrido con tranquilidad en Roma. Su consulado había sido controvertido, pero, desde muchos puntos de vista, fue pacífico en comparación con los turbulentos meses que llegaron después, cuando la violencia de grupos organizados se convirtió en un rasgo regular de la vida pública. En política, pocas cosas duran para siempre y eso era especialmente cierto en la República romana. Los senadores

obtenían o perdían influencia, rompían con sus antiguos aliados y encontraban otros nuevos; en ocasiones solucionaban viejas rencillas, pero, más a menudo, entablaban nuevas disputas y descubrían que lo que les convenía en aquel momento era cambiar de opinión en ciertos temas. En el 59 a.C., Cicerón había criticado abierta mente el triunvirato, lo que les impulsó a convertir a su enemigo personal Clodio en un plebeyo y abrirle el camino al tribunado. Dos años más tarde, el agradecimiento público que el Senado le concedió a César se decidió votando una moción que el propio Cicerón había propuesto. En los meses intermedios, el orador había sido enviado al exilio -si no necesariamente con la cooperación de César, sí al menos con su aquiescencia- y había sido perdonado algún tiempo después, esta vez sólo con el consentimiento de César.Aunque tuvo una inmensa trascendencia personal y fue registrada con todo lujo de emotivos detalles en su correspondencia, la expulsión de Cicerón de Roma podría considerarse un episodio menor en las disputas políticas de aquellos años en una época en la que prácticamente nada ni nadie parecía a salvo de ataques. En general, el papel de César en estos asuntos fue el de observador, pero un observador muy interesado, ya que, a pesar de que él mismo no podía ir a Roma, los hechos que acontecieran allí podían afectarle bastante. Como mucho, tenía la esperanza de influir en los principales participantes en el juego político, porque, desde luego, no podía controlarlos. No había inevitabilidad en el curso que tomaron los acontecimientos o en la manera en que se resolvieron posteriormente. Al final, su posición se vio fortalecida, al menos de momento, pero la situación podría haber sido muy

distinta y durante un tiempo la posibilidad de que su trabajo como cónsul se viera obstaculizado y su mando extraordinario en la Galia terminara de manera prematura fue muy real. El giro de los acontecimientos se debió en parte a la habilidad con la que utilizó sus contactos e influencia, así como su imaginación, pero la suerte tuvo un papel igual de importante, o incluso mayor, y en Roma, como en el campo de batalla, la diosa Fortuna continuaba sonriendo a César.

En el año 59 a.C., los dos hombres más ricos e influyentes de Roma se habían asociado para alcanzar sus metas inmediatas, utilizando a César como su herramienta para superar la oposición, que hasta entonces se les había enfrentado con excesiva solidez. Pompeyo había logrado llevar a término su reorganización de Oriente y había proporcionado tierras a sus veteranos, mientras que Craso había renegociado los contratos de los recaudadores de impuestos. Ambos estaban satisfechos, como lo estaba César con su reforma agraria y su mando militar, pero sólo por el momento, y cada uno de los triunviros albergaba más ambi ciones para el futuro. En última instancia, como todos los políticos romanos, sus objetivos eran personales e individuales.A cada uno de ellos les había convenido para sus propósitos combinar sus esfuerzos por el momento, logrando un grado de éxito que ninguno habría conseguido por su cuenta. Sin embargo, no se trataba de una alianza basada en las profundas raíces de una ideología compartida o del compromiso con una causa, y perduraría sólo mientras cada uno de ellos tuviera la impresión de que le beneficiaba más seguir siendo leal a los otros dos en vez de separarse de ellos. Las relaciones de César con los otros dos miembros del

triunvirato eran cordiales, lo que no quiere decir que él o ellos nunca contemplaran volverse contra sus antiguos aliados. Pese a sus recientes triunfos en las Galias, seguía siendo el socio de menor rango y el que más arriesgaba asociándose de modo continuado con los otros dos, sobre todo porque ellos aún estaban en Roma y él no. Pompeyo y Craso nunca fueron íntimos ya que, al fin y al cabo, se tenían una intensa antipatía mutua y la rivalidad que había caracterizado sus vidas estaba ahora simplemente oculta de manera superficial. Al trabajar juntos con un cónsul como César como representante habían conseguido lo que se habían propuesto, aunque no sin esfuerzo. Los cónsules del año 58 a.C. eran favorables a los triunviros, pero ninguno de ellos poseía la destreza o la energía de César. Nadie en Roma podía igualar la riqueza, la fama y la auctoritas de Pompeyo y Craso, pero eran cuestiones que proporcionaban influencia más que poder, y ni siquiera uniendo sus fuerzas ambos hombres podían controlar todos los aspectos de la vida pública. Nadie hacía callar a Catón, y él y otros miembros de los «buenos» (boni) o «mejores» (optimates) poseían asimismo reputación, fortuna y clientes, como muchos otros hombres ambiciosos con sus propios objetivos. Los sentimientos de estos hombres hacia los triunviros como grupo o como individuos era sólo un factor de influencia sobre su comportamiento y, a menudo, un factor menor. Los que ocupaban un cargo, en especial los que podían presidir reuniones del Senado o asambleas, tenían la oportunidad de obrar de un modo siempre negado a otros senadores, independientemente de su relevancia. En 70 a.C. Pompeyo y Craso habían restituido todos los poderes a los tribunos de la plebe.Ahora sería de ese puesto de donde

provendrían todos los desafios a su reciente dominación.

EL TRIBUNO «PATRICIO» DE LA PLEBE

Pompeyo y César -seguramente con el consentimiento de Craso- habían organizado el cambio de estatus de Publio Clodio Pulcro de patricio a plebeyo en el 59 a.C. (véanse páginas 231-232). Sería un error tanto entonces como ahora considerarlo un servidor suyo, como sería un error ver a César como el empleado de Pompeyo o de Craso. Le habían hecho un favor y, por convención, se esperaba que fuera agradecido y estuviera dispuesto a ayudarles a su vez, pero esto no significaba que estuviera bajo su control, en parte porque la política romana era, en última instancia, cuestión de éxito individual, pero sobre todo tenía que ver con su carácter extremadamente independiente. Nadie podía controlar a Clodio ni, de hecho, a César, Pompeyo, Craso, Catón, Cicerón o cualquier otro senador importante. Su familia era una de las principales casas patricias que, a diferencia de los julios, había conseguido permanecer en el núcleo de la República generación tras generación, produciendo una larga sucesión de cónsules y famosos hombres de Estado. El orgullo o arrogancia de los Claudios era proverbial, y había sido reforzado por los relatos de hombres como el de Publio Claudio Pulcro, que dirigió a la flota romana hacia el desastre durante la primera guerra púnica. Antes de la batalla se había mostrado ofendido cuando los pollos sagrados se habían negado a comer como correspondía, lo que habría demostrado que los dioses favorecían a los romanos y que su ataque contra la flota cartaginense resultaría en victoria. Publio había cogido las aves y las había lanzado por la borda de su nave insignia, declarando que «si no comían, entonces beberían». Unos años

después, su hermana se había sentido molesta porque la multitud retrasaba el avance de su litera cuando era transportada a través de las calles de Roma y deseó en voz alta que su hermano se decidiera a ahogar a algunos pobres más.Aunque los Claudios no fueron siempre especialmente queridos, siempre fueron importantes. Pese a que, oficialmente, se había convertido en un plebeyo, Clodio siguió siendo un Claudio en la mente de todo el mundo y gozaba de la auctoritas del nombre, así como del sólido respaldo de sus clientes y otros contactos creados por una gran casa patricia a lo largo de los siglos.'

Los Claudios buscaban ascender como cualquier familia aristócrata. El padre de Clodio murió cuando era joven y el caudillo de la familia era su hermano mayor, Apio Claudio Pulcro, que estaba obsesionado con mantener su prestigio. Simplemente por su nombre, los Claudios no podían ser ignorados, pero la exuberancia de esta generación los convirtió en una poderosa fuerza en la vida pública de la ciudad.También contaban con la fuerza de los números. Clodio tenía otro hermano, Cayo, así como tres hermanas, cada una de las cuales había estado casada con algún miembro de una familia de relieve. Una de ellas fue inmortalizada como la Lesbia de los poemas de Catulo, la amante con quien compartió un breve y apasionado romance adúltero, pero cuyo subsiguiente rechazo le inspiró algunos de sus versos más amargos. Publio era el menor de seis hijos y, tal vez, el más alocado, aunque todos ellos tenían una reputación popular tanto de comportamiento impredecible como de llevar a cabo escandalosas proezas sexuales. El escándalo de Bona Dea había demostrado el desprecio de Clodio por la tradición

sagrada, pero su posterior exoneración había puesto de manifiesto que él era un superviviente y un hombre a tener en cuenta. Aparte de sus relaciones adúlteras, se rumoreaba que había tenido una relación incestuosa con sus hermanas, algo que afirmó públicamente uno de los maridos, Marco Lúculo, cuando acabó divorciándose de ella. Es posible que no se tratara más que de un rumor malicioso, otros tantos romanos famosos fueron acusados de lo mismo, pero era muy dificil estar seguro de nada con Clodio y sus hermanos. Había resentimiento entre él y los hermanos Lúculo desde la época en la que Clodio había servido en el Estado Mayor de Lucio Lúculo en Asia. Era perfectamente normal que los jóvenes aristócratas obtuvieran experiencia militar a las órdenes de un pariente o amigo, pero Clodio nunca se dejó atar por las convenciones y encabezó un motín contra su cuñado. Poco después se trasladó al personal del marido de otra de sus hermanas y, al parecer, logró completar su servicio sin enemistarse con él.4

Nadie puede saber con seguridad qué planeaba hacer Clodio cuando comenzara su tribunado en diciembre de 59 a.C. Es posible que aún no hubiera decidido si cumpliría o no la amenaza que hiciera unos meses atrás de atacar la legislación de César, pero lo más probable es que lo dijera para hacer saber a los triunviros que era una persona con la que no se podía jugar. Su principal aspiración era personal, confirmar su popularidad entre la población de Roma y, en especial, entre los ciudadanos menos acomodados. Para hacerlo, la parte más importante de su legislación incorporó la reorganización sistemática del suministro de grano subvencionado por el Estado para Italia, incluyendo la

disposición de que los ciudadanos que vivieran en Roma recibieran un subsidio regular de trigo gratuito. También eliminó la prohibición impuesta en el año 64 a.C. sobre los collegia (gremios o asociaciones creados por oficios o regiones dentro de la ciudad). Otras reformas declararon ilegales los intentos de utilizar los augurios desfavorables para bloquear los negocios públicos -una clara referencia a la reciente acción de Bíbulo, aunque la ley no tenía efecto retroactivo, por lo que, en realidad, no anulaba sus declaraciones- y restringía la libertad de los censores para expulsar a miembros del Senado. Los cuatro proyectos de ley fueron aprobados a principios de enero de 58 a.C. El grano gratuito fue muy popular entre los plebeyos de la urbe y Clodio usó los collegia para organizar a sus partidarios. Había ayudado mucho a los dos nuevos cónsules para que lograran provincias lucrativas -ambos estaban endeudados y necesitaban un mando rentabley ahora decidió mostrar su poderío.5

Cicerón fue su primer objetivo: pronto descubrió que todas las veces que Pompeyo y, posteriormente, incluso el mismo Clodio, le habían tranquilizado, sus promesas no habían sido más que palabras vacías. La ejecución de los conspiradores en 63 a.C. era el principal cargo contra él. El ataque comenzó a principios de 58 a.C., mientras César seguía fuera de Roma -al haber asumido el mando de una provincia, ya no podía entrar en la ciudad-, observando los acontecimientos y defendiéndose de los ataques de dos de los nuevos pretores. Se celebró una reunión pública en el Circo Flaminio, un estadio para carreras de cuádrigas que estaba situado en el exterior de la frontera formal de Roma, con el fin de que César pudiera estar presente. No obstante, su respaldo a

Clodio era limitado. César repetía sus argumentos del debate sobre el destino de los conspiradores, reiterando que no creía que fuera correcto ejecutarlos. Sin embargo, también añadió que sería un error elaborar legislación retroactiva para invalidar de manera oficial acciones del pasado con el fin de procesar a Cicerón. Más o menos en la misma época repitió su oferta para que el orador se convirtiera en uno de sus legados y, así, protegerle de la acción judicial. Habría sido un golpe maestro para César si Cicerón hubiera aceptado, porque habría creado al orador una importante deuda con él. También habría eliminado una voz poderosa y potencialmente hostil de Roma. Cicerón declinó la oferta, así como la oportunidad de obtener un legado extraordinario del Senado para viajar al extranjero y hacerse cargo de los asuntos públicos. Su confianza inicial empezó a vacilar cuando se dio cuenta de que no podía contar con el apoyo de Pompeyo ni con el de muchos senadores de renombre de quienes esperaba lealtad. Entre los grandes hombres había demasiados con algún vínculo con los Claudios y no veían ninguna razón para romper con Clodio por un «hombre nuevo». A mediados de marzo -más o menos cuando César partió para la Galia- Cicerón huyó de la ciudad en exilio voluntario y pronto entró en una profunda depresión, culpando a todos por su sufrimiento y lamentando su momentánea cobardía. Clodio logró que se aprobara un proyecto de ley que formalizaba la expulsión y confiscaba sus propiedades. Su casa fue incendiada por una turba de seguidores del tribuno y en su solar se erigió un santuario a la diosa de la libertad (Libertas). Clodio había dado una demostración de su poder deshaciéndose del famoso ex cónsul, aunque se tratara de un

«nuevo hombre» bastante fanfarrón sin fuertes contactos familiares. Catón fue marginado con más sutileza cuando el tribuno hizo que fuera enviado a supervisar la incorporación de Chipre al Imperio romano. Este rico reino había sido anexionado en parte para pagar la nueva subvención de trigo y se dijo que las tentaciones que se presentarían a aquel que fuera elegido para supervisar el negocio eran tan grandes que debían enviar al ciudadano más famoso por su moral. Catón aceptó el honor, lo que incrementó su adusta reputación, a pesar de que, sin duda, él era consciente de los verdaderos motivos que escondía aquella misión. En realidad también admitió que un tribuno del pueblo como Clodio tenía derecho a interferir en los asuntos del extranjero antes que permitir que el Senado ejerciera su tradicional control de esa esfera.'

El asunto de Chipre fue una especie de insulto a Pompeyo, porque alteraba la situación que había establecido en Oriente. Una humillación todavía mayor tuvo lugar cuando Clodio preparó la huida del hijo del rey de Armenia, retenido como rehén en la casa de Pompeyo. El tribuno también había lanzado a sus grupos violentos contra el cónsul Gabinio, dándole una paliza y destruyendo sus fasces, simplemente porque se había puesto de lado de Pompeyo en la disputa. En el verano de 58 a.C. Clodio comenzó a cuestionar abiertamente la validez de la legislación aprobada mientras César era cónsul, llamando a Bíbulo como testigo en una reunión pública para hablar contra su ex colega. Era un regreso notorio a su posición del abril del año anterior y, con toda despreocupación, hizo caso omiso del cuestionamiento que sus actos plantearían sobre su propio estatus plebeyo y su

derecho a ocupar el cargo de tribuno. En junio Pompeyo promovió en el Senado la votación del regreso de Cicerón, pero la moción fue vetada. En agosto, Clodio hizo que uno de sus esclavos dejara caer un puñal en una reunión pública y, al ser sometido a interrogatorio, afirmó que había sido enviado a asesinar a Pompeyo, que era valeroso en el campo de batalla, pero tenía un arraigado terror al asesinato político, algo quizá comprensible en vista de los sucesos que había presenciado en su juventud. En consecuencia, Pompeyo se retiró a su casa y permaneció allí varios meses. Clodio perdió parte de su poder cuando expiró su mandato como tribuno, lo que reavivó los esfuerzos para traer de vuelta a Cicerón. Aún contaba con sus bandas de seguidores organizados de un modo similar a los collegia y, con frecuencia, los utilizaba para amenazar a sus oponentes o interrumpir las reuniones. Pompeyo respondió apoyando a dos de los nuevos tribunos, Tito Anio Milón y Publio Sestio, que crearon sus propios grupos de matones con los que combatir a los hombres de Clodio.Ambos bandos contaban con muchos gladiadores en sus grupos y, a veces, se producían batallas a gran escala en las que había muertos y heridos en los dos lados. Estos disturbios eran más frecuentes, de mayor magnitud y mucho más violentos que los enfrentamientos que tenían lugar durante el consulado de César. Pompeyo también recorrió Italia, donde visitó a sus numerosos clientes y les instó a desplazarse hasta Roma con el fin de apoyar una ley para pedir el regreso de Cicerón. En el verano de 57 a.C., el Senado aprobó un decreto a este efecto, contra el que sólo votó Clodio, y la fue prontamente ratificada por el

Tras cierta resistencia inicial, César siguió el ejemplo de

Pompeyo y exhortó a sus clientes por carta a respaldar la moción. Desde el principio, no había deseado que Cicerón se exiliara, aunque sí deseaba evitar que el orador continuara prestando su apoyo a los ataques contra la legislación que había hecho aprobar mientras era cónsul. Ahora existía la oportunidad de lograr que Cicerón estuviera en deuda con él apoyando su causa y César, como era su costumbre, la aprovechó. Es muy posible que con su vacilación inicial -en un momento dado, Publio Sestio se trasladó a su provincia para convencerle- quisiera asegurarse de que Cicerón tuviera plena conciencia de la deuda que estaba contrayendo. Promover la votación del agradecimiento en el Senado y otras declaraciones públicas probaban que esa táctica había funcionado. La deuda con Pompeyo era aún mayor -aunque no era suficiente para borrar el recuerdo de que no le protegió en primera instancia- y Cicerón ya había tenido oportunidad de pagarla en parte. Las importaciones de grano hacia Italia eran erráticas y el nuevo sistema de suministro controlado por el Estado organizado por Clodio todavía no funcionaba bien. Presentó una moción para otorgar a Pompeyo el mando extraordinario para solucionar el problema. En su actual forma el mando duraba cinco años, aunque un tribuno intentó sin éxito -probablemente con el apoyo tácito de Pompeyo- otorgarle imperium en todo el imperio, lo que superaba el poder de cualquier otro gobernador, así como concederle el control de sustanciales fuerzas militares y navales. Pompeyo volvía a tener poder y, a pesar de que, en teoría, eso significaba que debía permanecer fuera de Roma, el Senado se plegaba con gusto a proporcionarle una dispensa especial para esta regla o a reunirse fuera de la frontera formal de la ciudad.

Posteriormente, tras unos disturbios en Egipto, hubo ciertas maniobras destinadas a proporcionarle otro mando para restaurar la situación allí, pero había otros que lo ambicionaban también, por lo que al final el intento fue en vano.'

Cuando comenzó el año 56 a.C., Pompeyo ocupaba una posición oficial, pero también Clodio, porque había sido elegido edil. Procesó a Milón por violencia política, pero este fue defendido por Pompeyo y Cicerón, y cada uno de los bandos había traído consigo una turba de seguidores para silenciar y amenazar a sus oponentes. Más tarde, Cicerón describió la escena a su hermano Quinto:

> Habló Pompeyo, o al menos lo intentó: cuando se levantó, las bandas de Clodio se pusieron a gritar de modo que durante su discurso lo interrumpieron no sólo con simples gritos, sino incluso con improperios e insultos. Cuando acabó la peroración (en este punto fue realmente valiente, no se arredró, lo dijo todo e incluso en algún momento avanzaba con autoridad en medio de un gran silencio), pero cuando acabó la peroración, se levantó Clodio. Se produjo tan gran escándalo contra él por parte de los nuestros (pues les apetecía devolverle el favor) que no era capaz de controlar ni sus pensamientos ni su lengua ni su rostro. Esta situación se prolongó desde que acabó Pompeyo su peroración a eso de las doce del mediodía, hasta la una y media, lanzándose todo tipo de insultos y, en fin, los versos más obscenos contra Clodio y Clodia. Enfurecido y exangüe preguntaba a los suyos en medio del griterío quién era el que había matado a la plebe de hambre y sus matones respondían: «Pompeyo»; quién deseaba ir a

Alejandría, y respondían: «Pompeyo»; quién querían ellos que fuera, y respondían: «Craso» (este asistía entonces a Milón, pero no de buen grado).'

La hostilidad entre los dos viejos rivales parecía estar renaciendo y Pompeyo le dijo a Cicerón que creía que Craso estaba apoyando a Clodio y a Cayo Catón, el joven que le había acusado de ser un dictador en 59 a.C. y ahora era tribuno. Llegó a afirmar que Craso estaba conspirando para asesinarlo y de nuevo recayó en temores morbosos e hizo venir a algunos de sus clientes rurales para que actuaran como sus guardaespaldas. No confiaba en Craso, y había indicios de que Pompeyo también estaba empezando a preguntarse si seguía necesitando a César. Los problemas de mantener el suministro de grano no tenían fácil o rápida solución y empeoraron debido a los graves problemas de fondos del erario público. Catón aún no había retornado con la riqueza de Chipre para aumentar sus arcas.A partir de 59 a.C., con la distribución de la tierra pública en Campania, la República había perdido una importante fuente de ingresos y Cicerón, entre otros, abogaba ahora por la revocación de la ley de César para que el Estado pudiera recuperarla. Al parecer, Cicerón no creía que Pompeyo se opusiera firmemente a esta acción. La legislación de César estaba en peligro, y también su mando estaba siendo amenazado desde distintos ámbitos. Se cree que un tribuno propuso que le hicieran regresar de inmediato, mientras que uno de los candidatos favoritos para el consulado para el año 55 a.C. se mostraba claramente deseoso de sustituir a César cuando finalizara su año de mandato. Era Lucio Domicio Ahenobarbo, descendiente del hombre que había montado en un elefante y había ayudado a

colonizar la Galia Transalpina, y su conexión familiar con la región era un argumento a favor de su aspiración. No era su primer ataque contra César, ya que había sido uno de los pretores que, a principios de 58 a.C., había cuestionado la validez de los actos de César como cónsul. Cicerón le describió como un hombre para quien el consulado era prácticamente derecho de nacimiento. En esta ocasión, César, desde un cierto punto de vista, fue víctima de su propio éxito, ya que podría alegarse que el agradecimiento público que había recibido tras sus grandiosas victorias demostraba que la guerra había sido ganada y que, por tanto, ya no era necesario que permaneciera los cinco años de su mandato. Una vez más, la impresión general era que Pompeyo no se oponía del todo a su regreso, mientras que Craso simplemente callaba. Su reciente respaldo de Clodio, que todos habían percibido, aunque no fue un respaldo abierto, había sido un recordatorio de que seguía siendo poderoso y que Pompeyo no podía permitirse pasarle por alto: contaba con un nuevo mando, acababa de recibir un presupuesto sustancial por votación del Senado para financiar sus actividades y parecía estar meditando si merecía la pena mantener la alianza. El triunvirato parecía a punto de derrumbarse.10

Lo que sucedió años después fue considerado como una reunión en la cumbre bastante pública, en la que los triunviros se pusieron de acuerdo para repartirse el mundo romano para su provecho. Suetonio afirma que César «convocó a Craso y a Pompeyo en Luca, ciudad de su provincia, y les convenció para que se presentaran por segunda vez como candidatos al consulado, a fin de derrotar a Domitio y, gracias al apoyo de ambos, consiguió que se prorrogara su mandato por cinco

Apiano y Plutarco hablan de doscientos senadores marchando penosamente hacia el norte en dirección a Luca con su séquito -sostiene que se contaron al menos ciento veinte lictores- para aguardar a sus puertas mientras los tres grandes hombres negociaban con ferocidad su acuerdo. Es evidente que la historia fue exagerándose más y más y los escasos escritos de la época sugieren menos organización que improvisación de última hora. Craso se preocupó por las renovadas fuerzas de Pompeyo en algún momento de la primavera de 56 a.C. y se precipitó hacia el norte en dirección a Rávena, dentro de la provincia de César, para reunirse y tratar el reciente intento de Cicerón de reabrir la cuestión de las tierras de Campania. Se esperaba que Pompeyo abandonara Roma el 11 de abril, pasando primero por Cerdeña y luego por África como parte de sus responsabilidades para supervisar el suministro de trigo. Cicerón afirma que él, al menos, no tenía ni idea de todo eso, pero antes de embarcarse en este viaje oficial, Pompeyo se desvió hacia Luca, en la costa occidental de la Galia Cisalpina, para ver a César. Según la versión de Cicerón, la conclu sión natural sería que Craso no estaba presente y que César representaba sus intereses, pero de ningún modo puede asegurarse a ciencia cierta. El resultado de las reuniones fue, como mantuvieron las fuentes posteriores, un pacto para que Pompeyo y Craso se presentaran al consulado del año 55 a.C. y una ampliación de cinco años del mando de César. De este modo, puesto que después del consulado Pompeyo y Craso podían esperar importantes mandos provinciales, los tres hombres tendrían ejércitos e imperium formal los próximos años.

El trato sugiere que César ya no era un socio inferior en la asociación como cuando se formó el triunvirato, y resulta tentador verle como el iniciador de los cambios. Sin duda, su encanto personal era un valor importante para calmar la hostilidad y las sospechas entre Pompeyo y Craso. Tal vez él diseñó el acuerdo, pero la clave era, como en la alianza original, que cada uno de ellos era consciente de que la asociación le reportaría beneficios personales. Como cónsules, y luego como procónsules con ejércitos, Pompeyo y Craso contarían con seguridad personal y la capacidad para actuar. También les dio la opción de buscar nuevas aventuras militares, algo que parece que atraía en especial a Craso, que estaba empezando a sentirse eclipsado por los logros marciales no sólo de Pompeyo, sino también de César. Pompeyo también estaba satisfecho: más que ninguno de los otros parecía que en los últimos meses se había distanciado bastante, pero al final las cosas no le habrían ido tan bien si el triunvirato se hubiera roto. Aunque se volviera contra César, seguiría sin resultar aceptable para muchos nobles de prestigio en el Senado y habría seguido sufriendo las críticas de Catón y la hostilidad de Clodio. Es significativo que no aceptara la sugerencia que le hizo un amigo unos meses antes de que se divorciara de Julia. Puede que el amor fuera parte del motivo, pero también es probable que creyera que por el momento seguía siendo muy útil tener una conexión con César. En su nivel más básico, era muy práctico que su yerno estuviera al mando de un ejército estacionado al norte de Italia, en especial hasta que dispusiera de sus propias tropas. Desde muchos puntos de vista los tres triunviros ganaron más del acuerdo en el año 56 a.C. que con su asociación original.`

Debido a su extensión y a todas sus implicaciones, tuvo que pasar un tiempo hasta que el tratado fue plenamente efectivo. Al parecer, Cicerón se sintió auténticamente horrorizado, pero aceptó con prontitud la realidad de la situación y la asimiló. A principios de abril había ganado una victoria personal frente a Clodio y su familia cuando defendió al joven aristócrata Marco Celio Rufo, que había sido acusado de organizar violencia política, asesinato y del intento de homicidio de la hermana de Clodio, Clodia. El discurso de Cicerón fue una hábil y despiadada destrucción de ambos personajes en el que sacó a relucir las antiguas alegaciones de incesto junto con muchas otras cosas, llegando a decir «con el marido de esa mujer -quise decir con su hermano-». Tras esta venganza personal, tal vez la renovación del triunvirato resultó más soportable. El hermano de Cicerón, Quinto, era uno de los legados de Pompeyo en la comisión del grano y recibió un directo recordatorio para su hermano de que Pompeyo y César no habían apoyado la moción que proponía el regreso de Cicerón para que ahora criticara a cualquiera de ellos. Probablemente a principios de mayo, Cicerón pronunció un discurso en el Senado contra las medidas que buscaban quitarle a César el control de la Galia Transalpina y la Galia Cisalpina y enviar un nuevo gobernador. Su elogio de César fue efusivo, pero, según sus propias palabras, estaba justificado por las victorias obtenidas en la Galia fueran cuales fueran sus diferencias en el pasado:`

> La guerra se ha llevado al territorio de los galos siendo C. César general, pues antes no habíamos penetrado en esta comarca por creer preferible los jefes de nuestros ejércitos rechazar las acometidas de estos pueblos á

provocarlas. El mismo C. Mario, cuyo heroico valor reanimó al pueblo romano, atemorizado y abatido, repelió las irrupciones de los grandísimos ejércitos galos en Italia, pero no entró en sus tierras y poblados… Veo que el plan de C. César era mucho más vasto. No ha creído combatir solamente á los que, ya armados, peleaban contra el pueblo romano, sino imponer nuestra dominación en toda la Galia. Ha logrado brillantes victorias contra las tenaces y numerosas huestes de germanos y helvecios; los otros pueblos han sido vencidos, domados, subyugados, acostumbrándoles á obedecer al pueblo romano, y esas regiones y esas gentes, cuyos nombres no nos había dado a conocer ninguna carta, ninguna voz, ninguna fama, las han recorrido nuestro general, nuestro ejército, las armas del pueblo romano.14

Con el respaldo de la elocuencia de Cicerón y la suma de la influencia de Pompeyo y de Craso, el mando de César fue confirmado y, más tarde, ampliado. El Senado también votó aceptar la responsabilidad de financiar las legiones extra que César había reclutado, no como declaró Cicerón, porque no obtuviera suficientes recursos de sus provincias, sino porque era indecoroso ser tacaño con un servidor distinguido de la República. César había asegurado su mando, pero era necesario bastante más esfuerzo para garantizar que Craso y Pompeyo fueran cónsules en 55 a.C. Los disturbios organizados por el tribuno Cayo Catón, aparentemente apoyado por Clodio, impidieron la celebración de las elecciones en los últimos meses de Es evidente que ambos habían sido persuadidos para colaborar con el renovado triunvirato. Fue una decisión pragmática, pero es posible que

Craso les convenciera, ya que todo el mundo creía que les había estado apoyando en los últimos años. Pompeyo y Craso no habían presentado su candidatura hasta después de la fecha legal, y el cónsul que debía presidir las elecciones, Cneo Cornelio Léntulo Marcelino, se negó a eximirlos de esta norma. Así, las elecciones no se celebraron hasta enero de 55 a.C., después de que Marcelino hubiera abandonado su cargo, por lo que las ofició un funcionario temporal conocido como interrex, que les permitió presentarse al cargo. En general, los demás candidatos se habían retirado, pero Ahenobarbo no era de los que se echaba atrás y se negó a abandonar sus ambiciones.

El hijo de Craso, Publio, acababa de regresar de la Galia y había traído consigo a un elevado número de soldados que habían recibido un permiso especial para tomar parte en las elecciones. Algunos eran oficiales -centuriones, tal vez, y sin duda tribunos y prefectos-, pero otros eran probablemente fornidos miembros de la tropa. El día de las elecciones estuvo marcado por una gran violencia en la que Ahenobarbo resultó herido y uno de sus asistentes muerto antes de que Craso y Pompeyo fueran declarados victoriosos. De nuevo, el triunvirato tenía a Roma bajo control, aunque había sido necesaria más fuerza bruta que en la primera ocasión. La intimidación evitó que Catón el joven ganara la pretura. En la elección de los ediles curules, el enfrentamiento fue tan amplio y brutal que incluso Pompeyo acabó salpicado de sangre. Con Pompeyo y Craso como cónsules sería dificil atacarles, pero tras su año de mandato la situación podía cambiar, sobre todo si uno de ellos o los dos se marchaban a sus provincias. Clodio seguía allí y resultaba dificil saber qué

haría en el futuro, mientras que hombres como Ahenobarbo y Catón se oponían todavía más enérgicamente a los triunviros que antes. En Roma el poder nunca era permanente, pero por el momento el triunvirato estaba en auge.15

HACIA EL ATLÁNTICO

Aunque hubo considerable actividad militar en la Galia en el año 56 a.C., la escala de las operaciones fue muy inferior a años anteriores. Con la derrota de los helvecios,Ariovisto y la confederación belga, la expresión de César de que «la Galia estaba pacificada» estaba en cierto modo justificada. No había planeado una campaña importante para el verano, lo que significaba que era más fácil holgazanear en la Galia Cisalpina hasta bien entrado abril y arreglar las cosas en Luca. En las Galias ya no quedaba un adversario obvio y es muy posible que estuviera considerando de nuevo desviar su atención hacia los Balcanes. Al año siguiente dirigiría una expedición a Britania, y es muy probable que esta posibilidad ya estuviera en su mente. Hasta la reunión de Luca, las preocupaciones políticas ocuparon principalmente su atención y, después de Luca, contaba con la seguridad de disponer de sus cinco años de mandato, lo que significaba que no necesitaba apresurarse y podía permitirse dejar pasar un año sin una gran ofensiva. De todos modos, algunos destacamentos de su ejército a las órdenes de los legados habían participado en varias operaciones que eran demasiado pequeñas para requerir al comandante y a su fuerza principal. En el otoño de 57 a.C., la duodécima legión, comandada por Sulpicio Galba, había tratado de ocupar el puerto del Gran San Bernardo y mantener así a salvo para los convoyes militares y el comercio esa ruta a través de los Alpes. El intento fracasó y Galba se

vio obligado a retirarse. Otras partes del ejército pasaron el invierno en la Galia Comata. Publio Craso, con la séptima legión, estaba en la región occidental, entre tribus que se habían rendido ante él el verano anterior. Los líderes tribales habían obedecido la petición estándar romana de rehenes y todo parecía en calma.16

En un momento dado de la primavera o principios de verano de 56 a.C., la actitud de estas tribus occidentales cambió. Los oficiales romanes enviados a los centros tribales para organizar el suministro de grano para el ejército fueron capturados y Craso recibió un mensaje que decía que sólo les liberarían cuando les devolvieran a sus propios rehenes. Es posible que, al principio, los lugareños no hubieran sido conscientes de que los romanos planeaban quedarse y harían continuadas demandas de alimento, y en cuanto se dieron cuenta, surgió el rencor. La primera tribu que actuó fue la de los vénetos, que vivían en lo que ahora es el sur de Bretaña. Eran un pueblo marítimo, muy activo en el comercio a lo largo de la costa atlántica. Dión sostiene que habían oído rumores de la expedición que César planeaba hacer a Britana y temían que interrumpiera su comercio con la isla o abriera los mercados a los competidores. Para César, y sin duda para su público romano, eso era una rebelión, las tribus habían violado el tratado que acababan de aceptar y habían capturado a sus oficiales -varios de ellos, équites- como rehenes. Dio orden de construir una flota en el Loira y, a continuación, se dirigió a toda velocidad hacia la zona. La rebelión se había extendido con rapidez y César temió que otras tribus sintieran la tentación de unirse a ella si tenían la impresión de que los romanos se habían debilitado. Según sus propias palabras,

podría suceder porque, como raza, los galos «se lanzan a la guerra con facilidad y prontitud». También reconoció que, como todos los seres humanos, «por naturaleza aman la libertad y odian la servidumbre». Por eso, dividió su ejército en varias columnas independientes: Labieno se quedó vigilando a las tribus belgas derrotadas el año anterior, mientras que Craso llevó doce cohortes -probablemente la séptima legión reforzada con algunas tropas adicionales- a Aquitania. Un contingente mayor de tres legiones comandadas por Sabino fue enviado a Normandía."

El mismo César se puso al frente del resto de las tropas contra los vénetos, atacando donde consideró que se encontraba el núcleo de la rebelión. La tribu no estaba muy dispuesta a formar un ejército y enfrentarse a las legiones en campo abierto, por lo que los romanos se lanzaron contra sus aldeas, muchas de las cuales estaban emplazadas en promontorios costeros. Aunque varias aldeas fueron asaltadas, los habitantes lograron escapar en barcos de todos los ataques, llevándose la mayor parte de sus posesiones. La principal fuerza de la tribu era su flota, que ascendía a unos doscientos ochenta barcos según César, y sólo cuando llegó la recién construida armada romana fueron capaces de luchar contra ellos. Las naves galas eran grandes veleros, diseñados para el comercio más que para la guerra, pero aun así resultaron una dificil oposición para las galeras de re mos de los romanos. Los métodos habituales de combate naval en el mundo mediterráneo eran la embestida y el abordaje. El primero era ineficaz contra los gruesos cascos de madera de los bajeles vénetos, mientras que el segundo resultaba extremadamente dificil a causa de la altura de sus bandas. La flota romana

estaba comandada por Décimo Bruto y, gracias a su ingenio y a la buena suerte, logró destruir a la armada enemiga en un solo encuentro. Se fabricaron artefactos similares a los empleados en los asedios para desgarrar y arrancar las velas y las jarcias del adversario, pero fue el súbito cese del viento lo que dejó a los vénetos inmovilizados y vulnerables, dado que sus barcos no tenían remos. César y el grueso del ejército fueron meros espectadores de la acción, que observaron desde la orilla. Sin su flota e incapaces de rechazar los asaltos de los romanos contra sus ciudades y aldeas, los vénetos no tuvieron más alternativa que rendirse. Al parecer, ninguna de las tribus aliadas se presentó para abogar en su favor y César decidió que su castigo sería severo. Todo su consejo de gobierno -probablemente varios cientos- fueron decapitados, y el resto de la población de la tribu vendidos como esclavos. Es poco probable que la región resultara despoblada y los mismos aspectos prácticos de reunir unas cantidades tan elevadas de gente nos hacen creer que no aplicaron esta medida a todos los miembros de la tribu. Posiblemente sólo fueron vendidos los hombres en edad militar que habían sido capturados o que se habían rendido. No obstante, es evidente que perder a todos sus líderes y patriarcas, además de una parte sustancial del resto de la tribu, supuso un duro revés para los vénetos que sin duda causó un terrible trastorno social y político. César justificó su brutal castigo con la disculpa de que era necesario poner de manifiesto que los representantes o embajadores debían ser tratados con el respeto adecuado, aunque algunos estudiosos han señalado que los oficiales enviados a recopilar grano no solían clasificarse como embajadores. Sin embargo, es probable que la actitud de

César fuera compartida por la mayoría de sus contemporáneos romanos: sus oficiales habían sido capturados mientras visitaban pueblos que, en principio, eran aliados de Roma. No menciona cuál fue el destino de aquellos hombres o si los vénetos entregaron a alguno de ellos. El severo castigo impuesto a los vénetos fue una advertencia de que ningún romano -en especial oficiales de rango superior y équites- sería maltratado sin correr el riesgo de sufrir espantosas consecuencias. Para César, tomar a miembros de las tribus como rehenes era una manera importante de garantizar su lealtad, exigida tanto de las comunidades que daban la bienvenida a Roma como de aquellas que eran derrotadas. No podía permitirse que funcionara el intento de derrocar el sistema haciendo prisioneros. Por eso el castigo de los vénetos fue deliberadamente terrible, como un aviso a los demás. La actitud romana ante esas medidas brutales era de un pragmatismo radical. La crueldad sin sentido era condenada, pero las atrocidades que reportaban ventajas prácticas para la posición de Roma -y eran infligidas a extranjeros- eran aceptables. Un ejemplo extremo había sido la crucifixión de los seguidores de Espartaco por orden de Craso en el año 71 a.C. Siempre que creía que obtendría un beneficio, César era absolutamente despiadado.`

La presencia de Labieno había garantizado que no se produjera ninguna tentativa de reanudar la guerra en aquella área. Tanto Craso como Sabino habían obtenido sendas victorias en Aquitania y Normandía. A finales de verano, César encabezó personalmente un contingente contra los menapios y los mórinos, que vivían en la costa de lo que ahora se conoce como el Paso de Calais y Bélgica. El motivo del

ataque fue que nunca habían enviado embajadores a César ni reconocido el poder de Roma buscando su amistad. Se creía que ambas tribus habían aportado guerreros al gran ejército belga que había combatido contra los romanos el año anterior. Ninguna de ellas tenía grandes ciudades, sino que vivían en asentamientos desperdigados por el área costera, que fueron abandonados cuando los romanos avanzaron. La población reunió sus reses, rebaños y posesiones muebles y se ocultaron en lo profundo del bosque y en las zonas pantanosas de su país. Era un terreno dificil para las tropas romanas y las legiones no tenían un objetivo fijo al que enfrentarse. Quemaron las aldeas y granjas que encontraron, pero los enemigos no se rindieron. Entonces los legionarios comenzaron a despejar zonas de bosque y lograron capturar varios grupos junto con sus animales, pero también sufrieron bajas en distintas emboscadas. Era un tipo de guerra diferente a las campañas libradas hasta ese momento y lograron muy poco en las escasas semanas que restaban de la temporada de campaña. En vista de que se aproximaba el invierno, César se retiró, dejando de momento a ambas tribus invictas. Era un fracaso, pero nada demasiado grave o irreparable. En conjunto, el año había ido bastante bien, en las Galias y, en especial, en Roma, donde las cosas se habían resuelto de modo muy favorable. Ahora que su mando era seguro, César era libre para planear empresas de envergadura para el próximo verano. Esa fue otra de las razones por las que trató a los vénetos con tanta dureza: puede que ya hubiera seleccionado Britana como su próximo blanco, pero es posible que, de nuevo, hubiera contemplado la posibilidad de dirigir su atención hacia la frontera de Iliria. En cualquier caso,

necesitaba asegurarse de que no estallaría ningún conflicto mientras él y el grueso de su ejército estaban ausentes. El salvaje castigo de una única tribu rebelde era un recordatorio de que la ira de César era temible.19

XIII

«A TRAVÉS DE LAS AGUAS»: LAS EXPEDICIONES A BRITANIA Y GERMANIA, 55-54 A.C.

He recibido cartas de mi hermano Quinto y de César el 24 de octubre, remitidas desde la costa cercana a Britania el 25 de septiembre. Una vez derrotada Britania, tomados los rehenes, sin ningún botín, aunque con orden de satisfacer un tributo, están retirando el ejército de la isla.

CICERÓN, finales de octubre de 54 a.C.[1]

El primer romano que penetró en Britania con un ejército fue el divino Julio, quien, aunque puso en fuga a sus habitantes en una batalla victoriosa y se adueñó de la costa, da la impresión de que señaló este territorio a sus sucesores, pero no les transmitió su conquista.

TÁCITO, 98 d.C.[2]

En el ritmo de operaciones en la Galia había mermado, pero ahora César estaba decidido a recuperar la velocidad de actuación de sus primeros dos años allí. Durante los meses de invierno, parece que finalmente había decidido que Britana sería su próximo objetivo, si no lo había decidido antes. Alegó que era una tarea necesaria debido a que las tribus de aquella isla habían enviado ayuda militar a los galos que lucharon contra él. No hay duda de que había estrechos vínculos comerciales entre las tribus costeras del norte de la Galia y los

pueblos del otro lado del canal. En el pasado, también habían existido conexiones políticas, pero en su relato de la derrota de los vénetos y otras tribus ribereñas, César no menciona la participación a gran escala de los britanos. Sin embargo, era habitual entre las tribus del norte de Europa que los guerreros, de forma independiente, buscaran empleo con los jefes famosos de otras tribus y es posible que algunos britanos hubieran combatido contra las legiones de César de este modo. En última instancia, la sugerencia de que las tribus britanas suponían una amenaza militar para los intereses romanos en la Galia no era más que un pretexto y Britana había atraído la atención de César por otras razones. Había rumores de que existían ricos recursos naturales, lo que ofrecía la perspectiva de una guerra lucrativa. Suetonio afirma que la afición personal de César por las perlas era un incentivo adicional, porque creía -equivocadamente, como se demostró después- que había ejemplares de excepcional calidad en las costas británicas. Más importante que la posibilidad de obtener riquezas era la gloria que siempre acompañaba al primero que dirigía a un ejército romano a países hasta entonces inexplorados.Con Britana existía el atractivo añadido de que estaba situada al otro lado del mar, al borde del vasto océano que se creía que rodeaba las tierras habitables del planeta. Ningún griego o romano sabía mucho sobre Britana y sus pueblos, y en ausencia de hechos empezaron a circular historias fabulosas de criaturas insólitas y extrañas costumbres que se asemejaban en muchos aspectos a los relatos del Nuevo Mundo de la época de las exploraciones europeas. No había duda de que un triunfo en Britana captaría la atención de los romanos de todas los tipos y

condiciones.'

TRAICIÓN Y MASACRE

Como acostumbraba, César pasó el invierno en la Galia Cisalpina, y aún estaba allí cuando recibió noticias de una nueva migración. Dos tribus germanas, los usípetes y los téncteros, habían abandonado sus hogares al este del Rin y atravesado el río para entrar en la Galia. César afirma que cuatrocientas treinta mil personas se habían puesto en marcha, lo que, en la misma proporción de los helvecios de un guerrero por cada tres mujeres, niños u otras personas a su cargo, suponía un total de más de cien mil combatientes. Como siempre debemos ser muy cautelosos y no aceptar esa cifra más que como un indicativo de que se estaba produciendo «un importante desplazamiento de personas». Lo más probable es que las tribus, como los helvecios, no avanzaran en una sola columna, sino en muchos grupos dispersos por una extensa área. Una vez más, la causa de la migración era la guerra y las razias, pero en este caso las dos tribus estaban huyendo de las depredaciones regulares de sus vecinos más numerosos y poderosos, los suevos. Este amplio grupo de tribus relacionadas parece haber formado una confederación informal y era descrita de modo consistente por César como más feroces incluso -y, por tanto, más peligrosos- que los demás pueblos germanos. Sostiene que las tribus contaban con vastos grupos de guerreros, la mitad de los cuales estaban disponibles para el combate todos los años. Las tribus germanas se enorgullecían de la cantidad de tierra que mantenían libre de asentamientos en torno a sus fronteras como signo de su poder marcial y como elemento disuasorio para cualquier asaltante. Los Comentarios divulgan el rumor,

que César no se preocupa por confirmar o negar, de que, en una de las fronteras con sus tierras, ningún otro pueblo se atrevía a habitar en un radio de cerca de mil kilómetros de los suevos. Sin embargo, aunque incapaces de hacer frente a los ataques de unos vecinos que los superaban en número, los usípetes y los téncteros eran pueblos guerreros, y los menapios belgas, que se apostaron en los cruces del río para detenerlos, lograron bloquear su avance sólo brevemente. Los germanos fingieron que se retiraban, marcharon hacia el este durante tres días, pero, luego, enviaron a su caballería a toda velocidad en la oscuridad de la noche para lanzar un ataque sorpresa. Los menapios se dejaron engañar y se dispersaron, por lo que no pudieron organizar ningún tipo de resistencia coordinada. Sus barcos fueron apresados y utilizados para transportar a los emigrantes a través del río. Las dos tribus germanas fueron capaces de subsistir el resto del invierno alimentándose con la comida que habían confiscado a los menapios y refugiándose en los pueblos que habían invadido.4

César decidió unirse al ejército en una fecha más temprana de lo habitual. Antes de su llegada, los emigrantes se habían puesto en marcha de nuevo en dirección al sur, entrando en las tierras de los eburones y los condrusos. La campaña que tuvo lugar a continuación pronto se convirtió en una fuente de polémica, pues Catón atacó públicamente las acciones de César en el Senado, acusándole de haber cometido graves errores de conducta. Por tanto, aún más de lo acostumbrado, el relato que presenta en los Comentarios tenía la función de defender todas y cada una de sus acciones y demostrar que se había comportado de manera razonable y honorable, así como con su habitual calma y eficiencia. No obstante, in cluso sus

más acérrimos críticos habrían reconocido que las dos tribus germanas amenazaban los intereses romanos. En los pasados tres años, César había extendido el poder de Roma por toda la Galia. La región no había sido anexionada de modo formal como una provincia y las tribus conservaban su independencia política, pero prácticamente todas reconocían abierta o tácitamente el dominio de Roma. Los menapios eran una de las escasas excepciones y todavía no se habían sometido y entregado rehenes a César, mientras que es casi seguro que los eburones y los condrusos lo habían hecho en el año Desde el principio, el procónsul había hecho hincapié en su disposición a proteger a los pueblos aliados de cualquier enemigo, dejando claro en todas las campañas tanto las ventajas que suponía ser aliados de Roma como el terrible castigo que esperaba a aquellos que se opusieran a sus legiones.

Los emigrantes introdujeron un elemento nuevo y desestabilizador en el equilibrio de poder que se había creado. No había tierra no ocupada en la Galia en la que pudieran establecerse y ya habían demostrado que emplearían la fuerza contra cualquiera que no los admitiera. Cabía la posibilidad de que las diferentes tribus -o más probablemente los jefes de las tribus- decidieran dar la bienvenida a los recién llegados con la esperanza de que el elevado número y la reputación de esos guerreros fuera un importante activo para ellos como aliados. Exactamente el mismo motivo había impulsado a algunos líderes galos a recibir con los brazos abiertos a Ariovisto, a los helvecios y al propio César. Ese curso de acción era ahora el más atractivo para aquellos que no habían tenido éxito desde que la zona había sido dominada por los romanos y, en especial, para aquellos que acababan de ser

derrotados por las legiones. Había posibilidades de que surgieran nuevas rivalidades y conflictos dentro y entre las tribus, que empeoraron ante la perspectiva de que los vencedores pudieran conseguir en un futuro apoyo germano en vez de romano. Cuando César expulsó a Ariovisto de la Galia, había proclamado públicamente su rechazo a admitir que las tribus germanas entraran a través del Rin. Como hemos visto, exageraba mucho las distinciones entre los galos y los germanos y continuamente presentaba a estos últimos como una amenaza potencial para Roma. Sin embargo, aunque exageraba, no se inventó por completo las diferencias entre los pueblos o el peligro que constituían para los intereses romanos. A los romanos nunca les habían gustado las incursiones de otros pueblos en las regiones que circundaban sus fronteras?

Cuando César alcanzó a su ejército en la Galia, recibió más información sobre los emigrantes. Se supone que, en buena medida, esos datos, junto con los anteriores informes que llegaron al sur de los Alpes, procedían de los legados que habían quedado al mando de los campamentos de invierno. No parece que hubieran adoptado ninguna acción directa contra los germanos, en parte porque hacer campaña en los meses de invierno siempre era dificil, pero sobre todo porque no se esperaba de los legados que mostraran demasiada iniciativa y habría sido inapropiado que se embarcaran en una operación de envergadura por su cuenta. César también recibía informes de las tribus aliadas. Un comentario en un pasaje posterior de los Comentarios sugiere que su costumbre habitual era permanecer en las casas de los nobles galos cuando viajaba por las Galias. Era un modo útil de mostrar

cuánto valoraba su amistad, porque la hospitalidad desempeñaba un papel esencial en la cultura gala, pero también le ayudaba a evaluar sus temperamentos y opiniones. Como sucedía en Roma, muchos de los grandes asuntos de un magistrado romano se llevaban a cabo en un nivel muy íntimo. En general, sus diversas fuentes presentaban un panorama preocupante: algunos jefes y tribus se habían aproximado ya a los emigrantes germanos buscando una alianza y haciendo ofertas de tierras a cambio de su ayuda militar. César convocó a los líderes de todas las tribus a un consejo, durante el cual solicitó que le suministraran los habituales contingentes de caballería y provisiones de grano, pero decidió que no era útil revelar que sabía que alguno de los jefes había estado tratando con los germanos. Si podía derrotar rápidamente a ambas tribus, no importarían esas negociaciones. El ejército romano se concentró y marchó hacia el norte.'

Cuando la columna estaba a pocos días de marcha de las dos tribus germanas, llegó una delegación enviada por ellos. Los enviados contaron cómo los suevos les habían expulsado de sus hogares y le pidieron a César que les diera unas tierras o, al menos, que pudieran conservar lo que lograran obtener por la fuerza. Como era habitual, su relato hizo hincapié en el orgullo de los bárbaros, que les hizo declarar que estaban completamente preparados para luchar si les rechazaba, ya que no temían a nadie aparte de los suevos. El procónsul respondió «lo que tuvo por convenien te», pero dejó claro que no les permitiría asentarse en las Galias. No obstante, se ofreció a tratar de ubicarlos entre los ubios, otra tribu germana que habitaba en la orilla este del Rin. Los suevos

también les estaban presionando y recientemente habían enviado a sus embajadores para solicitar apoyo. Los emisarios de las dos tribus accedieron a trasladar esta oferta a su pueblo y regresar ante César tres días más tarde con una decisión. Entretanto, le pidieron que detuviera su avance. César se negó porque, sabiendo que el grueso de la caballería germana había salido en una expedición de saqueo y asalto, sospechaba que la petición era sólo un ardid para ganar tiempo.'

Los romanos siguieron adelante hasta situarse a diecinueve kilómetros del principal campamento tribal. Probablemente tardaron tres días en llegar, porque César se encontró a la misma delegación que iba de regreso como habían acordado. De nuevo le rogaron que se detuviera y aguardara, pero las legiones continuaron avanzando. Sin embargo, César accedió a su petición de enviar órdenes a sus jinetes para advertirles de que no entablaran combate en caso de toparse con algún germano. Si eran atacados, la caballería auxiliar y aliada no haría sino defenderse. Además, los germanos querían permiso para enviar embajadores a los ubios con el fin de negociar la posibilidad de asentarse en sus tierras. Volvieron a solicitar tres días para llevarlo a cabo. César seguía mostrándose escéptico acerca de sus motivos, pues pensaba que su ruego era un nuevo pretexto para ganar tiempo hasta que retornara el grupo de saqueo. Sus sospechas no eran descabelladas porque, aunque los germanos deseaban sinceramente llegar a un acuerdo pacífico, es evidente que les interesaba negociar desde una posición de mayor fuerza. Del mismo modo, si pretendían luchar, querrían contar con las tropas que habían encabezado el ataque sobre los menapios y entre los que, sin duda, se encontraban sus mejores guerreros. Además, si el

grupo de asalto regresaba con provisiones y forraje, las tribus dispondrían de sustento durante los días de negociación o de operaciones militares. César hizo una modesta concesión, diciendo que sólo avanzaría seis kilómetros durante el día, dirigiéndose a una posición en la que su campamento tuviera una fuente de agua cerca. En el ínterin se había desatado un conflicto entre la caballería de ambos bandos. Los germanos contaban con unos ochocientos jinetes que guardaban su campamento; César tenía cinco mil, aunque si los jinetes estaban ejecutando sus debe res como patrulla y protección, no estarían todos concentrados en un solo lugar. Aun así, es probable que las fuerzas auxiliares galas tuvieran una ventaja numérica significativa y montaban caballos más grandes que los de sus oponentes, lo que hace todavía más llamativo que los germanos lograran ventaja enseguida. En el relato de César los germanos cargaron primero, haciendo retroceder a la caballería gala, a la que persiguieron a continuación, sólo para toparse con sus refuerzos. Entonces muchos de los germanos desmontaron para luchar a pie, tal vez con el apoyo de los escogidos hombres de infantería que solían acompañar a los jinetes de algunas tribus germanas. Los guerreros aplastaron a los galos que se dieron a la fuga, propagando el pánico entre gran parte de la caballería auxiliar y aliada, que, presa del terror, retornó al galope hacia la fuerza principal, que probablemente se encontraba a varios kilómetros de distancia. César mantiene que los germanos fueron los que rompieron la tregua y atacaron sin provocación previa a sus desprevenidos aliados. En otra parte de los Comentarios señala que los germanos cabalgaban sin silla de montar y, debido a que despreciaban a los jinetes, como los galos, que

las utilizaban, solían atacarlos nada más verlos. Nunca conoceremos la verdad de lo sucedido y puede que en aquel momento tampoco estuviera claro. Tanto los galos como los germanos eran guerreros individualistas que valoraban las exhibiciones de notorio coraje y habilidad. A sus líderes les resultaba dificil imponer una disciplina rígida en tales hombres y cuando se encontraban grandes grupos de guerreros de diferentes tribus, siempre existía la posibilidad de que estallara un enfrentamiento entre ellos. Las mofas podían terminar fácilmente en duelos o en combates en masa. Durante las campañas galas, los guerreros germanos derrotaron de forma sistemática a los galos, y cada uno de sus éxitos sirvió para incrementar aún más su reputación de ferocidad. En esta ocasión fueron asesinados setenta y cuatro aliados galos de César, uno de los pocos casos en los que proporciona una cifra concreta de sus propias bajas. Entre ellos se encontraba un aristócrata de Aquitania llamado Pisón, cuyo abuelo había sido el rey de su tribu y reconocido por el Senado como «amigo del pueblo romano». Pisón regresó mientras sus hombres huían en desbandada para rescatar a su hermano, pero, cuando escapaban, los germanos lo derribaron de su caballo, lo rodearon y le dieron muerte. Su hermano espoleó a su caballo en dirección al enemigo y también fue asesinado.'

Según César, la escaramuza demostraba que las tribus germanas actuaban a traición, prolongando las negociaciones de paz hasta ser suficientemente fuertes para atacarle. Fuera o no cierto, resultaba evidente que no les convenía provocar un combate en aquel momento. Preocupado de que, si los rumores de la refriega se exageraban y la convertían en una

gran derrota, las tribus galas se desalentaran e inquietaran, convocó a sus legados y a su cuestor y les dio instrucciones de disponer lo necesario para lanzar un ataque total al día siguiente. A la mañana siguiente, mientras las legiones se preparaban para la batalla, llegó una numerosa delegación de germanos que incluía a sus principales líderes y jefes, que deseaban disculparse por el combate del día anterior y explicar que no habían pretendido romper la tregua, sino que seguían queriendo negociar. Los Comentarios subrayan cómo los líderes germanos actuaron «dolosamente y a traición», y en un raro momento de emoción, afirma que César se sintió «contento» al pensar que se habían puesto en sus manos. Olvidando la indignación que sintió cuando sus propios oficiales fueron detenidos -y esa era la diferencia clave, que eran romanos y sus propios hombres-, arrestó a los enviados. Las legiones partieron, marchando en tres columnas que podían convertirse rápidamente en la línea de batalla del triplex acies, y avanzaron los trece kilómetros que los separaban del campamento germánico. Cayeron sobre los usípetes y los téncteros cuando estaban desprevenidos y sin jefes, de manera que lo que sucedió a continuación fue más una masacre que una batalla:'

> Conocido su temor por el griterío y tumulto, nuestros soldados, espoleados por la traición de la víspera, irrumpieron contra el campamento. Allí, los que pudieron empuñar pronto las armas opusieron a los nuestros alguna resistencia y trabaron combate entre los carros y la impedimenta; pero la restante multitud de niños y mujeres […1 comenzó a huir a la desbandada, en cuya persecución envió César la caballería.

Los germanos, al oír a sus espaldas el clamor de los suyos que perecían, arrojando las armas y abandonando las enseñas se echaron fuera del campamento y, habiendo llegado a la confluencia del Mosa y del Rin, perdida la esperanza de seguir huyendo y muertos ya gran número de ellos, los restantes se precipitaron al río y allí, oprimidos por el temor, el cansancio y la fuerza de la corriente, perecieron.`

El ejército romano no sufrió ninguna baja mortal y sólo hubo unos pocos heridos en la desigual batalla. César no proporciona ninguna cifra de las pérdidas germánicas, pero es probable que fueran considerables, con muchos muertos y muchos hombres capturados para ser vendidos como esclavos. Aún más germanos escaparon, pero a costa de perder sus posesiones, que quedaban en sus carros abandonados. Si, como parece probable, las dos tribus no estaban concentradas en un único campamento, sino en una serie de grupos desperdigados por una zona bastante amplia, entonces es posible que los demás pudieran huir con más facilidad. El único grupo organizado de fugitivos era la caballería de saqueo que había vuelto a atravesar el Rin y se refugió entre los sicambros.Tras la destrucción y dispersión de sus pueblos, los líderes tribales fueron liberados, pero eligieron permanecer en el campamento romano antes que enfrentarse a la posible represalia de los galos cuyas tierras habían saqueado."

Los romanos celebraron la sencilla victoria que les había liberado del «terror de una guerra tan terrible». El éxito reforzó el dominio romano de la Galia que César había establecido en anteriores campañas. Si deseaba organizar una expedición británica aquel año, entonces la velocidad de la

campaña había dejado abierta esta posibilidad. Desde un punto de vista práctico, el triunfo fue positivo para Roma, pero cuando las noticias de este episodio llegaron a la ciudad no fueron bien recibidas por varios senadores. Es poco probable que el primer informe fuera enviado por el propio César, sino que es más verosímil que las nuevas alcanzaran Roma en forma de cartas escritas por hombres de su Estado Mayor o -directa o indirectamente- por comerciantes que trataban con el ejército. Catón encabezó el ataque contra César, que se centró no tanto en la masacre en sí, sino en la creencia de que el procónsul había violado la tregua capturando a los embajadores y atacándoles por sorpresa. Los romanos daban mucha importancia a su «buena fe» (fides), en contraste -en su opinión- con la duplicidad de otras razas; aunque, en realidad, su historial no estaba precisamente sin tacha, eran conscientes de que respetar los tratados y demás acuerdos formales tenía la ventaja práctica de facilitar futuras negociaciones. En un nivel más fundamental, la especial relación de Roma con los dioses, lo que probaba su destacado éxito en la guerra, se basaba en la virtud y en el respeto de las obligaciones sagradas o juramentos. En el Senado «Catón propuso que César fuese entregado a los que habían re cibido aquella injusticia, para no atraer sobre sus cabezas la venganza divina ni exponer a ella a la República. "Y si hemos de sacrificar a los dioses -dijo-, sea para que no hagan caer sobre los soldados la pena debida a la locura y furor de su general, sino que tengan compasión de la

En varias ocasiones anteriores, los romanos habían entregado oficialmente a alguno de sus magistrados al enemigo extranjero para expiar una injusticia. El caso más

reciente se había producido en el año 137 a.C., después de que el cónsul Cayo Hostilio Mancino hubiera permitido que su ejército fuera rodeado por los celtíberos en el exterior del pueblo de Numancia. Mancino había salvado la vida de sus soldados rindiéndose y los celtíberos permitieron que el ejército se marchara, pero a cambio de que los romanos aceptaran una paz que favorecía a los numantinos. Más adelante, el Senado se negó a ratificar el tratado y ordenó que pusieran grilletes a Mancino y que, como su garante, fuera dejado en el exterior de las murallas de Numancia. (Este gesto no pareció servir de consuelo a los celtíberos, que hicieron caso omiso de él. Mancino regresó a Roma y, dado que era un aristócrata romano, encargó una estatua de sí mismo desnudo y encadenado que fue expuesta en un lugar muy destacado de su casa para recordar a los visitantes aquel momento en el que se mostró tan dispuesto a sacrificarse por el bien de la República). El argumento de Catón de comparar a César con hombres como Mancino no era demasiado bueno. Hasta entonces los romanos sólo habían entregado a alguno de los suyos al enemigo cuando buscaban razones para justificar recientes derrotas o deseaban evitar un tratado inconveniente. César había ganado victoria tras victoria y, mientras siguiera haciéndolo, era impensable que el Senado aceptara la petición de Catón, en especial mientras Pompeyo y Craso fueran cónsules. Sin embargo, era evidente que existía cierta inquietud entre los senadores y es posible que en aquella ocasión el Senado llegara a votar para enviar una comisión a «estudiar la situación de las Galias».13 Por lo que sabemos, esa comisión nunca llegó a enviarse. Es obvio que las críticas de Catón habían herido profundamente a César, porque

envió una carta en la que defendía sus acciones a un amigo que la leyó en voz alta en una reunión del Senado «y luego que se leyó, levantándose este, no con enfado ni acaloramiento, sino usando del raciocinio, como si aquel fuera un discurso preparado, demostró que las inculpaciones hechas contra él no eran sino injurias y burlas, reducido a puras chocarrerías y palabras vanas».14 Catón era un actor demasiado bueno para no ser capaz de aprovechar la situación en su beneficio. Si César hubiera estado presente, es muy posible que su oratoria hubiera sido más persuasiva y, como mínimo, podría haberse dado cuenta de que estaba perdiendo el debate y haber cambiado de táctica. Esa fue la debilidad de su posición durante esos años, porque no podía participar en las reuniones del Senado o en las asambleas públicas que se celebraban en Roma. Cuando finalizó la lectura de la carta, Catón pudo dedicarse a atacar con detalle todas y cada una de las acciones de César. Por el momento era lo único que podían hacer él y aquellos que compartían su hostilidad hacia César, pero no había ningún indicio de que sus continuadas críticas fueran a desaparecer y se escuchaban en todo momento como un ruido de fondo, aun cuando la República estaba celebrando oficialmente los logros del procónsul.15

Considerando que la noticia de la matanza de los téncteros y los usípetes tardaría algún tiempo en llegar a Roma, lo más probable es que estos debates no se produjeran hasta finales de 55 a.C. Inmediatamente después de su triunfo, César había decidido atravesar el Rin con su ejército en una exhibición de fuerza que pretendía disuadir a cualquier otra tribu germana de invadir las Galias. Los ubios ya le habían entregado algunos rehenes y habían pedido su protección

frente a los suevos, lo que justificaba todavía más la expedición. La tribu le ofreció sus naves para trasladar al ejército al otro lado del río, pero el procónsul consideró que emplear ese método «ni le parecía bastante seguro ni lo juzgaba propio de su dignidad ni de la del pueblo romano». En su lugar, dio instrucciones a las legiones de que construyeran un puente, cuyo diseño describe con amoroso detalle en los Comentarios, porque los romanos valoraban la habilidad para la ingeniería de sus soldados casi tanto como sus éxitos en el campo de batalla. En diez días el puente estuvo terminado, con dos baluartes bien guarnecidos para proteger ambos extremos. La localización del puente sigue siendo un misterio para nosotros, al igual que algunos detalles sobre su construcción, a pesar de la descripción de César, aunque se cree que su emplazamiento estaría en algún lugar entre las actuales Coblenza y Andernach.16

Una vez al otro lado del río, las legiones no hallaron a nadie contra quien luchar. Los sicambros ya habían huido con sus posesiones hacia lo profundo del bosque, instados por los jinetes de las tribus emigrantes que habían buscado refugio entre ellos. De modo similar, los suevos evacuaron sus asentamientos y enviaron a sus familias y rebaños hacia los bosques, donde les resultaría más fácil esconderse del invasor. Sus guerreros recibieron instrucciones de congregarse en un lugar bien conocido en el centro de sus tierras, donde su ejército se enfrentaría a los romanos. César tampoco pretendía adentrarse demasiado en su territorio o provocar un combate. Durante dieciocho días, saqueó tierras, quemó granjas y aldeas y recogió o destruyó sus cosechas.A continuación se retiró a la orilla occidental del Rin, tras lo

cual destruyó el puente. Les había demostrado a los germanos de la región que el ejército romano estaba muy dispuesto y tenía capacidad para presentarse y atacar sus tierras siempre que se les antojara. El destino de los usípetes y los téncteros y, anteriormente, la derrota de Ariovisto, habían supuesto una seria advertencia para cualquier tribu que pretendiera asentarse en las Galias. Los jefes de los ubios se convencieron de que César regresaría a ayudarles en caso de que los suevos se lanzaran contra ellos otra vez. Por el momento, la frontera de la Galia era segura."

RECONOCIMIENTO DEL TERRENO: LA PRIMERA EXPEDICIÓN A BRITANIA, 55 A.C.

El verano estaba bastante avanzado, pero César seguía decidido a lanzar un ataque sobre Britania. Puede que fuera poco más que una razia, preparada de forma precipitada y con la expectativa de volver en invierno a las Galias. La flota construida para luchar contra los vénetos, junto con los barcos que hubieran apresado en aquella campaña o que pudieran proporcionarles sus aliados, se habían reunido en la costa correspondiente al territorio de los mórinos (el actual Paso de Calais). El propio César marchó con las legiones desde el Rin a su encuentro y su llegada provocó que los mórinos, hostiles hasta ese momento, decidieran que hacer las paces con Roma era el curso de acción más prudente por el momento. Además de sus naves de guerra de remos, el procónsul contaba con algo menos de cien barcos de vela para utilizarlos para el transporte, un total no demasiado grande para dicha tarea. César decidió llevar consigo lo imprescindible en cuanto a impedimenta y muy pocas provisiones, porque en aquella época del año podía contar con abastecerse con las cosechas

maduras de los campos. Dos legiones, la séptima y la décima, tenían que apretarse en ochenta transportes. Parece probable que en aquella época no contaran con más de cuatro mil hombres cada una, de modo que, por término medio, en cada barco viajarían cien personas. Dieciocho transportes más fueron asignados a la caballería, proporcionando tal vez suficiente espacio para varios cientos de jinetes junto con sus monturas. Sus oficiales superiores, más sus respectivos séquitos y aquellas posesiones que consideraran esenciales, fueron transportados en la estrechez de condiciones de las galeras de guerra. Fue con esta tropa, reducida en comparación con los ejércitos que había liderado en los últimos años, con la que César partió para invadir Britania. El grueso del ejército permaneció en las Galias y varias columnas de considerable tamaño fueron enviadas al mando de sus legados a someter a los menapios y aquellos mórinos que no se habían rendido. Una fuerza adicional actuaba como guarnición en su puerto de embarque, que, probablemente, se encontraba cerca del emplazamiento de la actual Boulogne (parece que el territorio que circundaba lo que ahora es Calais todavía no se había robado al mar). Después de todos los preparativos, la flota romana no zarpó hasta bien entrado agosto.`

Durante las semanas que precedieron a su partida, César había tratado de recopilar tantos datos como le fue posible sobre Britana y sus habitantes, pero, de hecho, había descubierto escasa información de utilidad. Entrevistó a algunos comerciantes que habían visitado la isla, pero afirmaron que lo que sabían era muy poco. César planeaba atracar en el extremo sureste de Britania, mientras que los

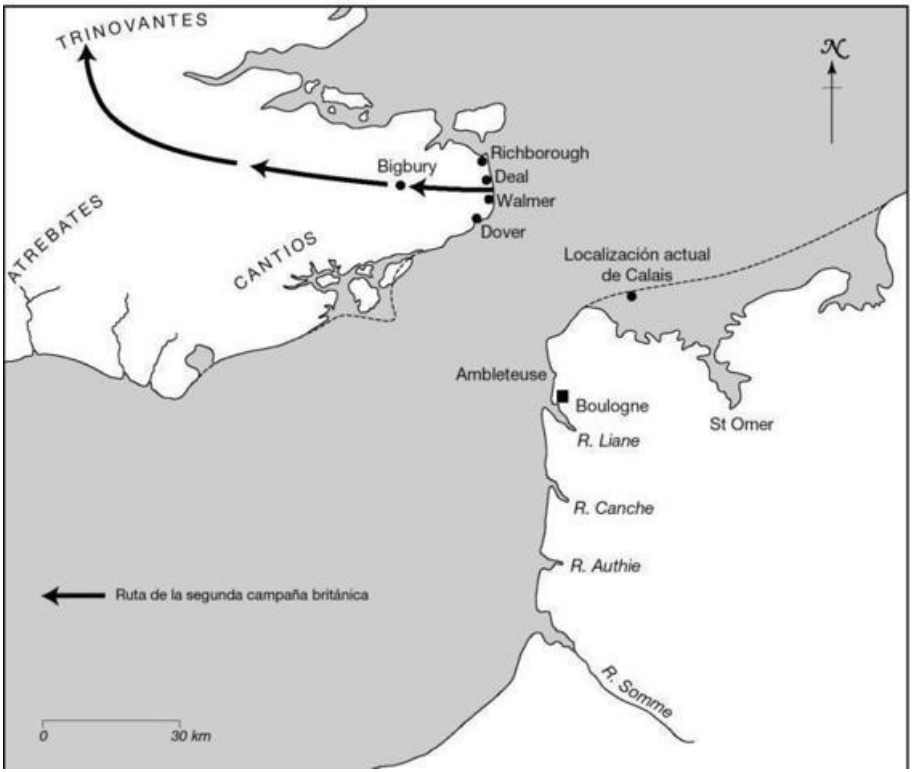
principales puertos comerciales de la época, entre los que destacaba el de Hengistbury Head, quedaban mucho más al oeste. Por tanto, es posible que fuera cierto que los comerciantes apenas conocieran la zona que había elegido como blanco, pero es más que probable que también se mostraran reacios a darle cualquier tipo de información. El comercio con Britana parece haber estado fundamentalmente en manos de los galos, con unos cuantos romanos operando en esas rutas. Muchos de esos hombres provenían de las tribus costeras de la Galia que habían sido reprimidas recientemente por César. Habría sido muy comprensible que estos comerciantes se sintieran molestos por la intervención romana en la isla al temer que su expedición diera lugar a la apertura del mercado a algunos competidores romanos. En vista de que no había averiguado nada útil con este método, César mandó un barco de guerra en un viaje de reconocimiento a través del canal. Uno de sus oficiales, Cayo Voluseno, fue puesto al frente de esa misión. Regresó cinco días después con una serie de observaciones sobre el litoral, pero puesto que no llegó a desembarcar, los detalles aportados debieron de ser limitados. La costa del sureste de Inglaterra era muy distinta en este periodo, parte de la tierra más baja, como los pantanos de Romney, seguían estando bajo el mar.Thanet era una isla auténtica y las lagunas que rodeaban el Canal de Wantsum podían haber ofrecido un amplio fondeadero resguardado para los invasores. Sin embargo, por lo visto,Voluseno no lo había descubierto. La noticia sobre las intenciones de los romanos llegó hasta las tribus britanas y una serie de líderes enviaron representantes al campamento de César, situado en la costa gala. Los representantes se ofrecieron a aceptar aliarse

con Roma y la habitual petición de rehenes como garantía. El procónsul decidió enviar a su propio embajador de regreso con las delegaciones, y eligió para esta tarea a Comio, un jefe galo a quien había erigido rey de los atrebates. Se creía que Comio tenía influencia y contactos entre las tribus britanas cuyo valor, de hecho, resultó cuestionable, porque al llegar a Britana fue apresado casi de inmediato. César no recibió ningún informe de esa misión. En sentido real, César había zarpado hacia lo desconocido cuando partió hacia Britana, pero estaba impaciente por emprender la marcha y lograr algo más tangible y espectacular y quizá menos controvertido- antes de que acabara el año. Cuando los vientos soplaron a su favor, dirigió los barcos de guerra y las legiones fuera del puerto."

Hubo problemas desde el principio. La caballería todavía no había embarcado y para cuando se hubieron desplazado a toda prisa a otro puerto y subido a bordo de los dieciocho transportes que se les había asignado, el tiempo había cambiado. Aunque había pasado una temporada en barcos de guerra en el Mediterráneo oriental, César subestimó sistemáticamente el poder y la impredictibilidad del mar, y en especial, del Canal de la Mancha. Los transportes para los jinetes no pudieron seguir al resto de la flota. El convoy principal había zarpado antes del amanecer y los elementos de cabeza alcanzaron Britana -seguramente en algún punto cerca del actual Dover- al final de la mañana. Es muy posible que Voluseno localizara el puerto natural de Dover, así como que César lo eligiera para desembarcar. No obstante, en ese punto la playa estaba rodeada de altos acantilados, en cuya cima aguardaban hordas de guerreros britanos. César esperó

anclado hasta la tarde, cuando la mayoría de su desordenado convoy de naves ya se había congregado. Sus oficiales superiores fueron trasladados en barcas de remos hasta el «buque insignia» para celebrar una reunión en la que César les dijo que la naturaleza de la operación requería que respondieran con especial rapidez a sus señales. Una vez que todos los barcos estuvieran allí, se desplazarían once kilómetros a lo largo de la costa para desembarcar en un lugar adecuado que al parecer había localizado Voluseno en su patrulla previa. Los britanos seguían de cerca a la flota romana mientras se movían, pero sólo sus jinetes y carros lograron mantener el ritmo de los navíos y luchar para intentar impedir el desembarco. Es probable que la playa elegida porVoluseno estuviera pró xima a Deal o Walmer, y era ancha y no estaba dominada por altos riscos. Aun así, los britanos conocían el terreno y las mareas, y los romanos no. Los jinetes y los carros se abatieron sobre los legionarios cuando trataron de desembarcar. Los barcos de transporte no estaban diseñados para dejar a los pasajeros o la carga directamente en la playa y encallaron cuando estaban todavía en aguas bastante profundas. Los legionarios tuvieron que avanzar vadeando, cargados con sus voluminosos equipos. Eran vulnerables ante los proyectiles, que no podían esquivar o desviar con sus escudos, y llegaron a la playa dispersos en grupos de dos o solos y en malas condiciones para organizar la resistencia. No hay evidencia de que los legionarios hubieran recibido un adiestramiento especial para esta operación. César comenta que en esa ocasión sus tropas de veteranos no mostraron su habitual entusiasmo y agresividad, pero en aquellas circunstancias era dificil que el asalto de la playa

generara ningún tipo de ímpetu.'



Probable costa de Britania y Galia en 55 a.C.

César hizo una señal a sus barcos de guerra para ordenar a los capitanes que se dirigieran a la playa y corrieran en una formación tan apretada como pudieran para que, desde cubierta, las tripulaciones pudieran bombardear a los britanos con hondas, arcos y artillería lanzasaetas. Esa orden logró aliviar la presión sobre la infantería en su ataque, pero su progreso seguía siendo escaso:

> Entonces, como vacilasen nuestros soldados, sobre todo ante la profundidad del mar, el que llevaba el águila de la décima legión, invocando a los dioses para que la empresa resultase feliz a la legión dijo: «Soldados, saltad al agua, si no queréis entregar el águila a los enemigos; yo,

ciertamente, he de cumplir mi deber con la República y con el general». Habiendo dicho esto a voces, se arrojó de la nave y comenzó a avanzar con el águila hacia los enemigos. Entonces los nuestros, animándose los unos a los otros a impedir tal deshonra, saltaron todos de la nave. Cuando vieron esto los de las naves próximas, siguiéronles y se aproximaron a los enemigos.21

La lucha seguía siendo cruenta, y la línea de los romanos estaba deshecha, porque los legionarios formaban con el primer oficial o portaestandartes que encontraban, tal y como habían hecho cuando fueron sorprendidos en el Sambre. A medida que fue creándose una cierta línea de batalla, César observaba desde la cubierta de su nave insignia y envió a varias partidas de hombres en barcas de remos y sus ligeros bajeles de exploración para reforzar cualquier grupo que se quedara aislado. Aunque los britanos resistieron con ferocidad, por su naturaleza, la caballería y los carros no estaban diseñados para defender una posición y, al final, cedieron terreno. Gracias a su movilidad, la mayoría de ellos pudo escapar. Llama la atención que César no mencione el nombre del heroico portador de la insignia del águila (aquilífero), aunque realmente suele celebrar las hazañas colectivas de la décima más que las proezas individuales de los legionarios. Se supone que aquel hombre no pertenecía a una clase social suficientemente alta como para asegurarle una mención por el nombre. El ejército sabría quién era y, pese a no mencionarlo, esperarían que César, como general romano, le recompensara con una promoción, una condecoración y riquezas.`

César estaba en tierra, pero su ejército no tenía caballería,

lo que limitaba su capacidad no sólo para perseguir a un enemigo vencido, sino también para explorar y recabar información sobre el terreno circundante. Como siempre, las legiones levantaron un campamento, seguramente en la zona resguardada de la playa, arrastraron los barcos de remos a tierra, mientras que los transportes quedaban anclados. Por fortuna, el hecho de que hubieran logrado desembarcar pese a la determinación con la que trataron de rechazarlos fue suficiente para intimidar a las tribus más cercanas, cuyos jefes empezaron a entregar a César sin resistencia los rehenes que había demandado. Es probable que también les exigiera que le suministraran grano. Comio fue liberado por sus captores y devuelto al lado de César. Le acompañaban unos treinta de los que le habían retenido, junto con algunos britanos, todos ellos con monturas, lo que proporcionó a César al menos una pequeña partida de jinetes. Según lo describen los Comentarios, con estas cosas quedó «confirmada así la paz». Sin embargo, había algunas cuestiones que se escapaban al control de César. Cuatro días más tarde, los transportes de caballería volvieron a zarpar de la Galia y llegaron a estar dentro del campo de visión del campamento de César antes de que se desatara una tormenta que los arrastró lejos. El tiempo empeoró -como sucedía y sigue sucediendo a menudo en el canal a finales de verano-, pero los romanos, o bien no habían sido advertidos, como alega César, o bien no se habían dignado escuchar a los marineros galos que navegaban por esas aguas. Es posible que la tormenta fuera especialmente fuerte, porque la flota romana sufrió daños terribles, doce barcos quedaron destrozados y la mayoría de los demás sufrieron daños en mayor o menor medida. El ejército de

César estaba en una posición muy dificil: no contaban con grandes cantidades de provisiones de alimentos y, por el momento, estaban aislados del continente. Los britanos enseguida se dieron cuenta de su vulnerabilidad y decidieron reanudar la guerra. Los jefes salieron con sigilo del campamento romano. Sabiendo que las legiones tenían problemas de avituallamiento, decidieron cortarles el suministro de grano: obligarían a los romanos a rendirse a causa del hambre o les harían luchar con desventaja. Si conseguían aplastar por completo esta primera expedición, no era descabellado pensar que los invasores nunca regresarían.'3

Mientras varios hombres trabajaban para reparar tantas naves como fuera posible, cada día salían grupos de legionarios a cosechar el trigo de los campos que rodeaban el campamento. Cuando se agotaba una zona, los grupos tenían que trasladarse a otra más lejana y era bastante obvio cuál sería la siguiente zona a la que irían, por lo que los britanos prepararon una emboscada, escondiendo sus tropas en los bosques que bordeaban los campos.Varios días después, los legionarios de la séptima que habían sido enviados a buscar alimento fueron atacados de improviso por una amplia fuerza que nuevamente estaba compuesta por carros y caballería. Hacía mucho que los galos habían dejado de usar los carros tirados por caballos en las batallas, pero persistieron en Britania e Irlanda durante varios siglos más. Los carros eran caros y sólo la aristocracia de las tribus podía permitírselos. El guerrero aristócrata luchaba, mientras un auriga desarmado controlaba el tiro de dos caballos de poca alzada. Los cambios sociales, junto con la creciente disponibilidad de numerosas monturas de más tamaño para las caballerías explica

probablemente la desaparición de los carros en la Europa continental. Los carros británicos eran veloces y ligeros, pero no eran proyectiles que se estrellaran contra el enemigo, pues el persistente mito de que les colocaban guadañas en las ruedas no se basa en una sola prueba fidedigna de la Antigüedad. César ofreció una detallada descripción de tácticas de combate con carros, sabiendo que a los lectores les fascinarían estos exóticos vehículos, que recordaban tanto a los héroes homéricos:

> Su modo de luchar desde los carros es este. Primeramente cabalgan por todas partes disparando venablos, y con el mismo terror que infunden sus caballos y con el estrépito de las ruedas suelen desordenar las filas, y, una vez que se introducen entre los escuadrones de los jinetes, saltan de los carros y combaten a pie. Mientras tanto los aurigas van retirándose poco a poco de la batalla y sitúan los carros de tal modo que, si aquellos se ven apremiados por la multitud de los enemigos, tienen libre la retirada hacia los suyos. De esta manera unen en la batalla la rapidez de los jinetes con la firmeza de los infantes, y es tal la destreza que les da el continuo ejercicio que, aun en los parajes pendientes y escabrosos hacen parar a los caballos lanzados al galope, los refrenan en seguida y les hacen dar vuelta, estando ellos acostumbrados a correr por el timón, a mantenerse en pie sobre el yugo y a volver de allí rapidísimamente a los carros.24

Los carros permitían que los guerreros aristocráticos tuvieran un aspecto espectacular en el campo de batalla, funcionaban como plataformas móviles lanzaproyectiles y gracias a ellos los guerreros se lanzaban a luchar combates

individuales a pie para luego retirarse cuando fuera necesario. Provenían de una tradición marcial más antigua que celebraba la habilidad y el heroísmo personal de los guerreros. Sin embargo, en combinación con la caballería ligera británica y en especial contra un enemigo que avanzara a pie, eran oponentes peligrosos. Algunos de los legionarios encargados de recolectar alimentos fueron asesinados, el resto fueron rodeados y quedaron expuestos a las jabalinas lanzadas por unos adversarios que no podían capturar con facilidad. Los puestos de avanzada, estacionados en el exterior del campamento romano como parte de la rutina normal del ejército, informaron de que habían visto una enorme nube de polvo en la dirección que habían tomado los recolectores de alimentos. Era mucho más grande de lo que levantarían simplemente los pies de los legionarios. César adivinó lo que había pasado y, de inmediato, dirigió a las avanzadas para rescatar a sus hombres. Antes de marcharse, ordenó a dos cohortes que los relevaran de su posición fuera de las murallas del campamento y al resto del ejército que los siguieran tan pronto como estuvieran equipados y en formación. La escala de la expedición a Britana era pequeña en comparación con campañas anteriores, pero aun así resulta llamativo que un procónsul al mando de ocho legiones y muchas tropas auxiliares llevara una fuerza de menos de mil hombres a la batalla. La llegada de estas cohortes fue suficiente para frenar a los britanos. César permaneció frente a ellos en formación un tiempo, pero luego regresó con sus recolectores y la fuerza de auxilio de vuelta al campamento principal. Los britanos habían obtenido una pequeña victoria y, lo que es más importante, habían evitado que los romanos recolectaran el

grano. Animados por su triunfo, reunieron sus fuerzas para lanzar un ataque total contra el campamento romano. César situó a sus legiones, junto con la minúscula tropa de caballería de Comio, en la llanura frente a las murallas para salirles al encuentro. Los legionarios eran especialmente efectivos en la lucha masiva y pusieron en fuga a los britanos en poco tiempo, aunque unos cuantos fueron atrapados por los perseguidores. Los hombres de César tuvieron que contentarse con incendiar las granjas y pueblos vecinos.21

El revés fue suficiente para persuadir a muchos jefes britanos de que les convenía hacer un nuevo llamamiento a la paz. Ahora César demandó el doble de rehenes y añadió que los britanos debían transportarlos a la Galia, puesto que él no deseaba retrasar más su regreso allí. De algún modo, todo el ejército tuvo que acomodarse en los barcos de guerra que aún estaban enteros y en los sesenta y ocho transportes que habían sido restaurados para que pudieran utilizarse. Se aproximaba el equinoccio de septiembre, pero la suerte de César se mantuvo y en una racha de buen tiempo se hizo a la mar justo después de medianoche. Todas las naves lograron arribar a puerto, aunque dos transportes fueron desviados de su ruta y llegaron al litoral de los mórinos.Viéndose ante una buena oportunidad para el pillaje, los guerreros locales comenzaron a atacarles, y se fueron reuniendo más y más hombres a medida que se propagó la noticia. Cuando César fue informado de este incidente, envió a todos los jinetes del ejército a socorrerles y los trajo de vuelta sin que sufrieran una sola baja. Al día siguiente, Labieno dirigió a los cansados legionarios de la séptima y la décima en una veloz expedición punitiva contra la tribu. A diferencia de 56 a.C., el verano había sido

seco, lo que reducía la extensión y la dificultad de las marismas de la región. Los mórinos se rindieron enseguida. Los menapios también habían sido derrotados por las legiones enviadas por César antes de partir hacia Britania.26

En muchos aspectos prácticos, la primera expedición a Britana había sido un fracaso y, de hecho, por poco no se convierte en un desastre. Ni si quiera había servido para incrementar demasiado los conocimientos de que disponía César sobre las tribus de la isla, porque las pocas semanas que pasó allí se había limitado a operar en una estrecha franja del país. Recibió alguna ayuda de los jefes nativos que habían llegado como rehenes o buscado refugio en su campamento, de modo similar a lo que hicieron en las Galias. No se conoce el número preciso de britanos que atravesaron el canal durante los meses de invierno, pero se cree que al menos un príncipe refugiado fue con él, expulsado de su propia tribu por sus enemigos. Hacia el año César poseía algo más de información, aunque ni mucho menos suficiente para justificar el esfuerzo requerido para obtenerla. Los preparativos para la primera razia, que habían dejado para el final de la temporada de campaña, resultaron inadecuados y las tropas empleadas demasiado escasas para la misión. La responsabilidad del error fue de César. En ese sentido la campaña no fue desde luego su mayor logro, aunque, como siempre, mostró su gran habilidad para salvarse a sí mismo y al ejército de una serie de dificiles situaciones. Con todo, a finales de año, César debió de darse cuenta de que, en términos de propaganda, la expedición británica había sido un éxito fabuloso: toda Roma estaba entusiasmada cuando llegaron las noticias de aquella aventura, emocionados ante la

idea de que sus legiones hubieran llegado hasta aquella extraña y misteriosa isla. El Senado aprobó otorgarle a César veinte días de agradecimiento público, cinco días más de los que recibió a finales del año 57 a.C. después de tres campañas de auténtico valor. Este reconocimiento formal de sus logros por parte de la República era la mejor respuesta posible a los ataques de Catón, que seguramente tuvieron lugar en la misma reunión. El año acabó bien, pero César ya había decidido volver a Britana el verano siguiente; seguía sintiendo curiosidad por aquel lugar y, sobre todo, por la riqueza que se rumoreaba que contenía. La reacción en Roma aumentaba el atractivo de una segunda visita, y puede que la magnitud de las celebraciones hiciera necesario hacer honor a tal aclamación.'

INVASIÓN

La segunda expedición estuvo preparada de forma más concienzuda. Antes de que acabara el invierno, César puso a los artesanos de sus legiones a fabricar naves. Los barcos derivaban de un diseño estándar de una nave de transporte ancha, de banda baja, con velas y remos a la vez.A lo largo de los siguientes meses se construyeron seiscientos de estos bajeles, utilizando cabos y aparejos y otro equipamiento proporcionado por las provincias españolas que, desde principios de estaban bajo el control de Pompeyo. Además, se armaron otras veintiocho galeras. Como era habitual, César pasó el invierno en la Galia Cisalpina ejecutando sus tareas administrativas y judiciales. Cuando estaba a punto de marcharse para reincorporarse al ejército, las noticias de las razias de Iliria le desviaron: se precipitó hacia aquel lugar, reunió levas locales y ejerció presión sobre la tribu responsable

hasta que accedió a firmar la paz. Mientras se dirigía hacia el norte visitó al ejército en sus cuarteles de invierno, y elogió a los oficiales y a sus hombres por la energía invertida en la construcción. Dio instrucciones para que la totalidad de la flota se concentrara en Portus Itius (la actual Boulogne), lista para cruzar hacia Britania.Antes de que la campaña pudiera comenzar, tuvo que desviarse de nuevo, esta vez debido a una disputa interna entre los tréveros: dos jefes rivales pugnaban por la supremacía. César llevó cuatro legiones a marcha ligera y ochocientos jinetes para apoyar la reivindicación de poder del candidato que contaba con su favor. Su rival presentó su rendición y entregó de inmediato los doscientos rehenes requeridos, entre los que se incluían su hijo y otros parientes cercanos. Por el momento, César estaba satisfecho y no deseaba retrasar más el ataque sobre Britania. Regresó a la costa y acometió los preparativos finales. Dado que esta vez planeaba llevar consigo una fuerza mucho mayor, era fundamental cerciorarse de que las Galias permanecían en paz en su ausencia. Los jefes de todas las tribus se congregaron en su campamento, trayendo consigo a los cuatro mil jinetes que había solicitado para el año entrante. De ese modo, las legiones contarían con un número apropiado de buenos jinetes para respaldarles. En la práctica, estos guerreros, y en especial los aristócratas que les acaudillaban, actuaban asimismo como rehenes para garantizar el buen comportamiento de sus pueblos. Entre ellos había un contingente de eduos, comandados por Dumnórix, el hermano menor de Diviciaco el druida. En César había tenido buenas razones para sospechar de las ambiciones de este hombre y le había mantenido en observación.

Recientemente, había oído decir a otro aristócrata galo que Dumnórix había afirmado en una reunión del consejo eduo que el procónsul tenía la intención de erigirle en rey de los eduos. A pesar de su reticencia a someterse al gobierno de un monarca, a la mayoría de los demás jefes les costaba igualmente disentir de cualquiera de las acciones de César y no se preocuparon por comprobar si había algo de verdad en su declaración. Sólo la mitad de la caballería gala acompañaría a César a Britania, pero ya había decidido que Dumnórix le acompañaría sin falta, porque era un hombre «amigo de novedades [revolución] y de mandar». El jefe trató de escabullirse inventando todo tipo de excusas, alegó mala salud, que tenía miedo a los viajes por mar y, por último, un tabú religioso que le impedía abandonar la Galia. César permaneció impasible, por lo que Dumnórix buscó el apoyo del grupo e intentó persuadir a otros jefes galos de unirse a él en su negativa a ir a Britania. Afirmó que los romanos planeaban asesinarlos a todos al tiempo una vez que estuvieran lejos de sus tribus y hubieran arribado a la isla.Varios jefes informaron de sus declaraciones al procónsul. Había tiempo de sobra para conspirar y murmurar en el campamento, ya que durante la mayor parte del mes la partida se había retrasado debido a que soplaban vientos en contra. Al final, Dumnórix y sus guerreros salieron del campamento sin ser vistos y huyeron el mismo día en el que el tiempo mejoró y comenzó el embarque. Su huida cogió a César por sorpresa, pero de inmediato mandó a gran parte de su caballería en pos de los galos. Estaba decidido a no zarpar hasta haberse ocupado del jefe, a pesar de su impaciencia por partir. Había ordenado a sus hombres que le trajeran con vida si era posible,

pero que acabaran con su vida si se resistía. A Dumnórix no le faltaba valor y desafió a sus atacantes gritando que era un «hombre libre y de un pueblo independiente».Aunque ninguno de sus guerreros lo respaldó, eligió luchar y perdió la vida. Fue una demostración brutal del poder de César y de que ni siquiera los más ricos aristócratas galos eran capaces de oponerse a su voluntad. No se menciona que Diviciaco participara activamente en los acontecimientos posteriores a 57 a.C. y es posible que ya hubiera fallecido, con lo que en esta ocasión no pudo pedir clemencia. Al final, Dumnórix resultaba simplemente inconveniente, y César estaba perdiendo la paciencia, por lo que ordenó que le dieran muerte."

La segunda fuerza invasora era mucho más numerosa. César llevó cinco legiones -incluyendo la séptima y la décima, aunque se desconoce la identidad de las demás- y la mitad de las caballerías auxiliares y aliadas. Las otras tres legiones, junto con los dos mil jinetes restantes, quedaron a las órdenes de Labieno. Su misión era mantener la seguridad de los puertos, asegurarse de que, en caso necesario, se despacharan convoyes de grano para el ejército destacado en Britana, así como vigilar a las tribus. La flota romana abandonó el puerto a la caída de la tarde, pero una vez más César y sus oficiales subestimaron el poder del Canal. El viento cesó y las mareas les desviaron de su ruta. Construir tantas naves en tan poco tiempo había sido una proeza considerable, pero eso no significaba que todas pudieran ser tripuladas por marinos experimentados. El diseño de los nuevos transportes, pese a ser apropiado para acoger hombres, caballos y equipo y depositarlos en la playa, no era el ideal para hacer frente a un

clima adverso. No obstante, la provisión de remos resultó una gran ventaja, sobre todo unida a la buena disposición de los legionarios para los trabajos esforzados. Sólo remando lograron los barcos romanos llevar a buen término el desembarco en la playa. César nos cuenta que habían elegido el lugar más apropiado para desembarcar, pero su localización es incierta. Se ha especulado que, puesto que ya conocía el Canal de Wantsum, habría sido ese el lugar escogido, pero esa suposición no resulta totalmente convincente en vista de los subsiguientes acontecimientos. Una interpretación más natural sería que desembarcaron en la misma playa o bastante cerca de la playa elegida el año anterior. En cualquier caso, los britanos se habían reunido para esperarlos, pero, amilanados al ver que cientos de naves se dirigían hacia ellos, se retiraron. A mediodía, el grueso de la flota había llegado a la playa. Los romanos comenzaron a desembarcar y enseguida iniciaron las labores de señalar el emplazamiento del campamento y empezar a construirlo. Se mandaron varias patrullas para hacer prisioneros, que les informaron de que las tropas britanas se habían retirado a una nueva posición en el interior.`

César resolvió atacar de inmediato y, aprovechando la oscuridad, marchó con cuarenta cohortes y mil setecientos jinetes. El resto de legionarios y jinetes permanecieron en el campamento a las órdenes de Quinto Atrio. La mayoría de la armada romana estaba anclada, ya que César confiaba que zarpar de una «playa apacible y despejada» sería lo más seguro. La columna de César avanzó mucho, cubrió unos diecinueve kilómetros antes de que el amanecer revelara a los britanos aguardando tras un río (seguramente el Stour, cerca

de la actual Canterbury). En la cima de unas boscosas colinas había un recinto vallado -posiblemente el poblado fortificado del bosque de Bigbury- donde estaba apostada la principal fuerza tribal. Pequeñas partidas de jinetes, carros y escaramuzadores salían de modo periódico de su refugio para lanzar proyectiles a los romanos. Sin duda ese tipo de tácticas eran efectivas en combates entre tribus, pero planteaban pocos problemas a las legiones veteranas. César atacó, envió su caballería para apartar a los britanos y permitir que la séptima legión se lanzara en un asalto directo contra el poblado. Los legionarios adoptaron la famosa formación en testudo o tortuga, que consistía en sostener los escudos traslapados sobre sus cabezas para crear una especie de caparazón que detuviera incluso los proyectiles de más peso. No hizo falta hacer uso de la más compleja ingeniería que con frecuencia utilizaban los romanos en los asedios: apoyaron una sencilla rampa contra el muro y tomaron el recinto al asalto. La persecución del enemigo, que se había dado a la fuga, fue breve, porque los hombres de César estaban fatigados tras el paso del canal, la noche de marcha y la batalla, y el procónsul quería que al regresar construyeran un campamento de marcha de forma apropiada. El ejército hizo un alto para pasar la noche.`

A la mañana siguiente, César envió tres columnas independientes a buscar al enemigo. En esas ocasiones, era habitual que los legionarios incendiaran y saquearan a medida que avanzaban hasta que los líderes locales pidieran la paz. Es evidente que César creía que no había posibilidades de que los britanos volvieran a reunirse en un único ejército tan poco tiempo después de su derrota y, por tanto, era mejor cubrir

más terreno con diversas columnas volantes. No parece haber acompañado a ninguna de estas tropas, sino que se quedó en el campamento de marcha, y allí se encontraba cuando llegó un mensajero de Quinto Atrio. Las noticias eran malas, porque la noche anterior se había desatado una tormenta y había golpeado la flota anclada, causando graves daños. César llamó a las tres columnas y retrocedió hasta la playa a caballo con el fin de inspeccionar el deterioro sufrido, para descubrir que cuarenta navíos habían quedado destrozados sin posibilidad de reparación. Avisaron a los artesanos de la tropa y fueron enviados de vuelta al campamento para trabajar en las naves restantes. También mandaron un mensaje a Labieno, en la Galia, ordenándole que asignara a sus legionarios la tarea de construir más barcos. Después de diez días de intenso trabajo, el grueso de las naves volvió a es tar más o menos en condiciones de uso. Otros soldados se pusieron a cavar una zanja y a construir una muralla que salía del campamento y llegaba hasta la misma playa. Arrastraron todos los barcos reparados hasta la orilla y los vararon en la protección de esa fortificación. La raíz del problema de César era que no tenía puerto en el que resguardar sus navíos y cargarlos y descargarlos con facilidad. Es probable que el Canal de Wantsum que rodeaba la isla de Thanet le hubiera proporcionado casi todo lo que necesitaba, pero, considerando los estragos causados por la tormenta, no parece que lo usara.Tal vez los romanos todavía no lo conocían, o carecían de los medios para encontrarlo y salvar su entrada.A lo largo de la historia, el clima siempre ha planteado grandes problemas a las invasiones navales: en 1944, los británicos, los estadounidenses y los canadienses llevaron consigo sus

propios puertos artificiales Mulberry a Normandía, a pesar de lo cual sufrieron graves trastornos para formar después del día D a causa de las fuertes tormentas de los días 19 al 23 de junio. Aunque es dificil decir qué podría haber hecho para solucionar este problema, hay una cierta displicencia en el hecho de que César no hubiera introducido ningún cambio en sus planes del año 54 a.C. pese a los estragos causados en su flota por la tormenta del año anterior. La nueva fortificación serviría para defender los barcos del ataque enemigo, pero ofrecía poca protección contra los elementos. Muchos estudiosos han criticado esta incapacidad para aprender de la experiencia. En buena medida, estas críticas están justificadas, pero, a menos que, sencillamente, enviara los barcos de vuelta a los puertos de la Galia y confiara en que pudieran retornar cuando los necesitara, la única alternativa sin riesgo habría sido no emprender la segunda expedición. César estaba decidido a hacerlo, por motivos esencialmente políticos y personales. En ambas expediciones británicas estuvo a punto de fallarle la suerte, pero en las dos consiguió salir adelante.`

La pausa dio tiempo a los britanos para recuperarse.Varias tribus, que en circunstancias normales se consideraban mutuamente hostiles, se unieron para enfrentarse al peligro común y nombraron a un caudillo llamado Casivelauno. César nos cuenta que venía de una tribu procedente del norte del Támesis, pero no se sabe nada más de él y no podemos estar seguros de la tribu a la que pertenecía. Cuando César se reincorporó a la fuerza principal en el campamento interior y reanudó su avance, sus patrullas fueron sometidas al continuo acoso de varias partidas de carros y ji vetes. En el combate cuerpo a cuerpo, en especial entre grandes unidades, los

legionarios de César y la caballería auxiliar demostraron de forma constante su superioridad, pero, en una serie de escaramuzas, varias partidas de sus hombres cayeron en algunas emboscadas y sufrieron serios daños. Casivelauno cobró ánimos y lanzó un gran ataque contra los romanos cuando hicieron un alto al final de la marcha para comenzar a atrincherarse. César envió dos cohortes para reforzar sus puestos de avanzada, pero fueron necesarios más refuerzos para expulsar a los britanos. Uno de sus tribunos perdió la vida en el combate. Al día siguiente, los ataques britanos no fueron tan fuertes hasta que César envió a uno de sus legados con tres legiones en una expedición para buscar alimento: cuando la mayoría de los legionarios se dispersaron para llevar a cabo su tarea, los carros y la caballería britanos se precipitaron sobre ellos para aprovechar esa debilidad. No obstante, los romanos se reunieron enseguida, formaron y repelieron al enemigo. Durante un tiempo, las tribus britanas se dispersaron y la resistencia fue escasa.`

César decidió elegir como blanco la tierra natal de Casivelauno y se dirigió hacia el Támesis. No está claro por dónde atravesó -probablemente en algún punto de lo que ahora es el centro de Londres-, pero sus hombres vadearon el río y se deshicieron de los guerreros que defendían la orilla opuesta. El comandante britano decidió no arriesgarse a librar otra batalla abierta y, en vez de eso, resolvió hostigar al enemigo, apoyándose sobre todo en sus carros. César afirma que había cuatro mil de este tipo de guerreros, pero es probable que se trate de una cifra inflada si tenemos en cuenta, por ejemplo, que supondría que contaban con ocho mil caballos. Los rebaños fueron ahuyentados de los campos

situados a lo largo de la ruta romana de marcha y las provisiones fueron destruidas o escondidas. Colocaron los carros para tender una emboscada a los recolectores romanos. Los hombres de César comenzaron a sufrir un goteo continuo de bajas en estas refriegas hasta que el procónsul se vio obligado a mantener a varios hombres cerca de la columna principal en todo momento. Por suerte, como tantas veces había sucedido en las Galias, César disponía de la colaboración de los aliados locales. Con el ejército iba Mandubracio, un príncipe de los trinovantes -un pueblo que vivía al norte del Támesis, en East Anglia- que tuvo que exiliarse después de que Casivelauno asesinara a su padre. Esta tribu se rindió, le pidió a César que restaurara a Mandubracio en el trono y le entregó voluntariamente tanto rehenes como alimentos. Su ejemplo pronto fue seguido por otras cinco pequeñas tribus, cuyos nombres no se conocen por ningún otro momento de la historia. La frágil alianza entre las tribus britanas se estaba desmoronando bajo la presión de animosidades que venían de largo. Estos nuevos aliados informaron a César de la localización de la propia plaza fuerte de Casivelauno, escondida entre los bosques y marismas. De inmediato, marchó con las legiones en esa dirección y la asaltó, capturando considerables cantidades de ganado. Era un duro revés para el prestigio del caudillo. En torno al mismo momento, Casivelauno había dispuesto que las tribus de Kent organizaran un ataque contra Atrio y las cohortes que guardaban las naves, pero el ataque fue repelido, con elevadas pérdidas humanas.`

Tras estos dos golpes, Casivelauno decidió intentar firmar la paz. Septiembre casi había finalizado y el procónsul estaba

deseoso de resolver la cuestión y regresar a las Galias. Comio, que de nuevo había acompañado a César, ayudó a facilitar las negociaciones. El jefe de los britanos prometió entregar rehenes y un tributo anual y rogó que no atacaran a Mandubracio y a los trinovantes. Esperando únicamente a que llegaran los rehenes, César empezó a embarcar su ejército. Sin embargo, a pesar de que todos los bajeles estuvieran reparados, dudaba de que hubiera suficiente capacidad para transportar tanto a los soldados como al nutrido número de rehenes y esclavos que se llevaban. El procónsul decidió cruzar dos veces: el primer viaje discurrió sin complicaciones, pero resultó imposible que los barcos vacíos retornaran del lado galo del canal. De igual modo, ninguna de las naves construidas o reunidas por Labieno lograron llegar hasta el ejército en Britania. Después de aguardar varios días, César decidió que era demasiado arriesgado permanecer donde estaba.Ya era septiembre y es probable que el tiempo empeorara, lo que incrementaba las probabilidades de que pudiera quedarse abandonado a su suerte en Britana con sólo una parte de su ejército. Metieron con gran esfuerzo las tropas en los barcos que tenían y se hicieron a la mar durante la noche para alcanzar la Galia al amanecer. César abandonó Britana para no volver jamás. Pasaría casi un siglo antes de que otro ejército romano invadiera la isla y la convirtiera en una provincia.34

En ambas expediciones a Britania, César evitó el desastre, aunque por un escaso margen. Se suele dar por supuesto que nunca se llegó a cobrar el tributo anual prometido por las tribus britanas o, al menos, que cayó en desuso rápidamente. El comercio entre Britana y el mundo romano aumentó a un

ritmo constante en los años posteriores a los viajes de César, abandonando las antiguas rutas hacia el suroeste y dirigiéndose a la zona sureste que él había visitado. Es probable que la destrucción de los vénetos contribuyera en gran parte a este cambio, pero también parece que a medida que progresó el siglo había más comerciantes capaces de llegar a Britana. No obstante, ni siquiera las tribus que habían sido sometidas por César podían describirse como parte del Imperio romano, pese a las ocasionales alegaciones de la propaganda romana. Cicerón señaló que en Roma todos fueron conscientes enseguida de que las campañas en Britana no iban a rendir los tan ansiados beneficios. No había plata ni más esperanza «de botín que los esclavos, entre los cuales no creo que esperes ningún experto en literatura o música», lo que, en otras palabras, quería decir los que tenían más posibilidades de alcanzar un precio elevado. Sin embargo, todo el asunto despertó su interés y escribió con entusiasmo sobre el relato de su hermano de la expedición, porque en aquel momento Quinto Cicerón era uno de los legados de César. Aunque bajo la influencia de su entorno familiar, al parecer, su reacción era bastante similar a la de muchos romanos. Las expediciones a Britania reportaron a César mucha y muy favorable atención del público, emocionado por la novedad y las descripciones de carros y bárbaros que pintaban sus cuerpos de azul con las hojas del glasto. Los dos desembarcos fueron, sin duda, éxitos de propaganda, aunque los resultados reales fueran insignificantes y los riesgos asumidos muy elevados. Los ataques de Catón contra él en el año 55 a.C. habían mostrado las dificultades inherentes a tratar con adversarios a los que no podía enfrentarse cara a

cara en el Senado o el Foro. Sin embargo, nadie podía dudar de que, entretanto, César estaba sacando el máximo partido de su oportunidad de obtener gloria y enriquecerse de manera fabulosa. A pesar de que los beneficios de las expediciones británicas fueron un poco decepcionantes, el resultado total de cinco años de campañas de éxito le había hecho pasar de ser un deudor al borde de la ruina a ser uno de los hombres más acaudalados de la

XIV

REBELIÓN, DESASTRE Y VENGANZA

Entonces Titurio [Sabino], que antes ni siquiera había sospechado tal cosa, comenzó a temblar, a correr de un lado para otro, a ordenar a las cohortes; pero todo eso, como un hombre asustado y como si ya no le quedara recurso alguno; lo cual suele pasar generalmente a quienes se ven forzados a tomar resoluciones en medio ya de las dificultades. En cambio, Cota, que había previsto lo que podía sucederles en el camino y por eso no había sido partidario de la marcha, nada omitía de cuanto podía ser útil a la salvación de todos y hacía al mismo tiempo oficio de general, llamando por sus nombres y arengando a los soldados, y de soldado combatiendo.

CÉSAR[1]

Mientras César estaba en Britana en agosto de 54 a.C., su hija Julia murió de parto. El bebé -una niña en algunas versiones y un niño en otras- la sobrevivió apenas unos días. Para la aristocracia romana, como en realidad para la mayor parte de la humanidad hasta la Edad Moderna, ese tipo de muertes eran muy comunes. Julia se había quedado embarazada al menos una vez durante su matrimonio, pero había tenido un aborto, según se contaba, por la terrible impresión sufrida al ver a su esposo regresando de las elecciones salpicado de sangre que, como descubrió después, era de otra persona. Puesto que no conocemos su fecha de nacimiento, no podemos calcular qué edad tenía cuando murió, pero, como máximo, tendría alrededor de veinticinco

años La madre de César, Aurelia, también falleció en 54 a.C. Se ignora la causa de su muerte, pero en aquella época rondaba los sesenta y había estado viuda durante tres décadas. En un año, César perdió a los dos miembros de su familia más allegados a él. Fue su madre ante quien había declarado que aparecería en casa como Pontifex Maximus o no volvería, y quien había presidido las celebraciones de la Bona Dea en su casa. Era una mujer formidable que había ejercido una gran influencia sobre su único hijo y había vivido lo suficiente para asistir a algunos de sus grandes triunfos. Ahora se había ido. César recibió la noticia de ambas muertes por carta. No hay pruebas de que hubiera visto a su madre o a su hija en los cuatro años que transcurrieron desde que partió de Roma. Estos golpes fueron muy amargos, en especial la pérdida de su hija. Cicerón escribió una sincera carta de condolencia a César. Él era un padre abnegado, tal vez en exceso, estaba muy unido a su propia hija, Tulla y se le rompió el corazón cuando también ella murió algunos años después. Había auténtico dolor y emoción y no sólo vinculaciones políticas en tales ocasiones. Pompeyo se sintió igualmente apesadumbrado cuando falleció su joven esposa. La pareja había estado muy enamorada a pesar de la gran diferencia de edad y la inspiración política de su unión. En los últimos años, Pompeyo había sido criticado con frecuencia por pasar demasiado tiempo con su esposa en sus magníficas propiedades, divirtiéndose cuando debería estar atendiendo los asuntos de la República. Plutarco afirma que ni siquiera había tenido ninguna aventura mientras estuvo casado con Julia.'

Pese a la emoción genuina ante la muerte de Julia, como

padre y como yerno, las preocupaciones de la vida pública nunca dejaban de interesar a un senador. Pompeyo había dispuesto que sus cenizas fueran sepultadas en una tumba situada en una de sus fincas de Alba Longa próximas a Roma, pero al finalizar su funeral público en la ciudad, la inmensa muchedumbre de curiosos transportó sus restos al Campo de Marte y los enterraron allí. Se cree que les movió más la compasión por Julia que una simpatía especial por César o por Pompeyo, pero, como siempre, es dificil saber si se trataba de un acto verdaderamente espontáneo o una acción orquestada. Más adelante se erigió un monumento que permaneció expuesto durante siglos. César anunció que organizaría juegos funerales para ella, aunque estos tendrían lugar una década después. La muerte de Julia eliminó el estrecho vínculo existente entre Pompeyo y César. A lo largo de los siguientes meses, César buscó otra pariente para renovar la alianza matrimonial y propuso que Pompeyo se casara con su sobrina nieta Octavia, mientras que, a su vez, él se casaría con Pompeya, la hija de Pompeyo, pero eso requeriría que César, Octavia y Pompeya se divorciaran de sus actuales cónyuges, pues la hija de Pompeyo estaba casada con el hijo de Sila, Fausto. Pompeyo rechazó la idea y, durante un tiempo, no mostró ningún deseo de volver a contraer matrimonio, quizá porque quería esperar a que se presentase una situación ventajosa. Las cuestiones políticas siempre estaban presentes en la mente de un senador romano, pero es muy posible que la emoción también desempeñara un papel en su decisión. Su amor por Julia había sido intenso y el dolor de Pompeyo era auténtico y profundo.

Aunque el vínculo entre Pompeyo y César se había

debilitado, desde luego no se había roto, y ambos comprendían que, por el momento, les convenía mantener su alianza. Hacia el año 54 a.C., los tres triunviros eran procónsules, lo que les impedía entrar en Roma sin renunciar a su cargo. Durante su consulado del año 55 a.C., Pompeyo y Craso habían dispuesto que el tribuno Trebonio aprobara un proyecto de ley que les otorgaba cinco años de mando a cada uno en provincias ampliadas de forma similar a la que había recibido César en 59 a.C. Pompeyo obtuvo el mando de dos provincias hispanas, donde había una campaña en perspectiva que pretendía llevar el gobierno romano hasta las costas norte y atlántica, pero Pompeyo, a sus cincuenta y un años, no deseaba volver a luchar, sobre todo mientras Julia aún vivía.Ya había conseguido tres triunfos y creía que ningún otro general podía aspirar a igualar su gloria. Envió legados a gobernar las provincias y comandar las legiones destacadas allí, mientras que él se quedó en Italia, por lo general, rondando por las afueras de Roma en una de sus cómodas villas. Pompeyo seguía estando a cargo del suministro de grano y eso le proporcionó una excusa para justificar su poco convencional conducta, porque ningún gobernador romano había actuado jamás

Craso estaba en una posición diferente. Había luchado para Sila, pero creía que no habían reconocido el mérito de sus hazañas como correspondía. La derrota de Espartaco había sido una operación de envergadura, durante la cual había demostrado su competencia como comandante después de una serie de humillantes derrotas romanas. Sin embargo, cuando la victoria había quedado atrás era muy fácil olvidar el peligro corrido y pensar en la campaña simplemente como

una lucha contra esclavos. Hacia el año 55 a.C., Craso había decidido que deseaba un comando importante en una guerra en el extranjero y logró que le asignaran Siria. El actual gobernador de aquella provincia llevó a término una campaña en Egipto antes de que Craso pudiera reemplazarle, arrebatándole una obvia oportunidad de obtener gloria y beneficios. En su lugar decidió emprender la conquista de Partia, el gran reino que se extendía más allá de Armenia. Incluso de acuerdo con los estándares romanos, no existía ningún buen pretexto para atacar a los partos. Pompeyo en sus campañas orientales y César en la Galia habían forzado su interpretación de lo que era actuar en interés de Roma, pero nunca habían ido tan lejos de entablar guerras por motivos puramente personales. En el caso de Craso era evidente que su propia ambición tenía poco que ver con las necesidades de la República. Cuando corrió la voz sobre sus planes, dos de los tribunos elevaron protestas públicas y uno llegó incluso a seguir al séquito de Craso cuando abandonó la ciudad en noviembre del año 55 a.C., lanzando terribles maldiciones contra él por implicar a la República en una guerra injusta e innecesaria. Como Cicerón señaló con sequedad, el comienzo no era nada prometedor y muchos aspectos de la expedición eran inexplicables. Craso tenía casi sesenta años, muy anciano para un comandante de campo romano, y llevaba dieciséis años sin tomar parte en el servicio activo. En alguna ocasión anterior se había recurrido a hombres de edad avanzada ya retirados para servir como generales, pero, por lo general, sólo en tiempos de crisis. Esta vez no había ninguna amenaza grave cerniéndose sobre Roma y, en opinión de la mayoría, la manera en la que Craso condujo la guerra fue lenta y poco

inspirada. Pasó la mayor parte del año 54 a.C. en Siria, recaudando impuestos con la clara intención de financiar la invasión, pero una lengua viperina sugirió que también estaba llenándose los bolsillos. Es obvio que la perspectiva de emprender una campaña lucrativa era una de las principales razones por las que Craso había deseado obtener un mando. Existía asimismo un elemento de equilibrio, porque si Pompeyo y César tenían el control de provincias y legiones, entonces el tercer triunviro necesitaba un mando para estar a su altura y no encontrarse en una situación de clara desventaja. No obstante, desde muchos puntos de vista, Craso había logrado ya las principales metas que se había marcado en la vida: preeminencia, dos consulados, una inmensa fortuna e influencia y, como revelaron los debates catilinarios, librarse de manera efectiva de ataques políticos y procesamientos. Además, es dificil no concluir que la rivalidad fue el principal motivo de su ansia por obte ner un mando militar: Pompeyo y él habían sentido celos mutuos desde que sirvieron a Sila, y a Craso siempre le había molestado la fama que el otro había alcanzado. En aquel momento, César también estaba demostrando que era un gran general y, por lo visto, Craso, el mayor de los tres triunviros, no deseaba que lo eclipsaran.4

A partir del año 54 a.C., los tres triunviros se encontraban fuera de Roma, por lo que todos ellos recurrían a un numeroso grupo de agentes que actuaban en su nombre. Seguían gozando de mucho poder, pero, al igual que en épocas anteriores, no podían controlarlo todo. Lucio Domicio Ahenobarbo accedió al consulado en 54 a.C. y tuvo como colega al hermano mayor de Clodio, Apio Claudio Pulcro. Al

mismo tiempo, Catón era uno de los pretores. Ambos cónsules se lamentaron de que no podían realizar nombramientos, ni siquiera de rangos menores como el de tribuno militar. En conjunto, los triunviros comandaban más de veinte legiones, la inmensa mayoría del ejército romano de la época. Apio llegó incluso a viajar al norte para visitar a César en la Galia Cisalpina con el fin de asegurarse de obtener el cargo de tribuno para uno de sus clientes. Pompeyo pasaba la mayor parte del tiempo en los alrededores de Roma y es probable que no tuviera demasiadas razones para echar de menos asistir al Senado con regularidad, porque nunca había sido un orador especialmente dotado. La fuerza de Craso disminuía bastante cuando abandonaba la ciudad, dado que ya no lograba mantenerse en el ojo del huracán y hacer favores a través de su labor de abogado. César ya estaba acostumbrado a la dificultad de proteger sus intereses en Roma mientras estaba en Italia. Sus representantes, en especial Balbo, desarrollaban una importante actividad y la correspondencia de Cicerón nos deja entrever la avalancha de cartas que iban y venían entre su cuartel general y los próceres de Roma. Su hermano Quinto había sido uno de los legados de Pompeyo que supervisaron el suministro de grano para Roma y, a continuación, marchó a las Galias para ocupar ese mismo cargo a las órdenes de César en 54 a.C. Era una señal de la buena voluntad que su hermano le debía a ambos hombres por haber apoyado su regreso. El propio Cicerón se mostraba reacio a abandonar Roma y, de todos modos, era más útil para los triunviros allí, por lo que Quinto se vio obligado a acometer este servicio por el bien de la familia. En las cartas a su hermano, Cicerón se interesa constantemente por el humor

de César y pregunta si percibe signos de favor hacia ellos. Menciona haber enviado poemas y otras composiciones literarias a César para conocer su opinión. Gran parte de esta comunicación no era abiertamente política, sino que cimentaba de manera informal los vínculos entre ellos. Sabemos que César redactó al menos tres cartas para Cicerón en Roma durante el transcurso de la segunda expedición a Britania.s

Se conservan asimismo varias cartas de Cicerón a uno de sus clientes, Cayo Trebacio Testa, que había obtenido un puesto en el Estado Mayor de César a petición del orador. El joven se convertiría en un famoso jurista y ya había decidido dedicarse a la carrera de leyes. Tenemos la carta original de recomendación enviada a César que ocasionó el nombramiento. Más tarde, el orador le dijo a Quinto que César «había expresado su gratitud hacia mí con mucha educación e ingenio. Dice que en todo su séquito no había ni una persona capaz de presentar correctamente ni siquiera el formulario de una fianza». A Trebacio no le asignaron un puesto militar -aunque Cicerón sí tramitó un cargo como tribuno militar para otro cliente-, sino que fue empleado en labores administrativas y legales. Aun así, durante mucho tiempo, Trebacio se mostró poco entusiasta respecto a su nuevo puesto y añoraba Roma intensamente. En torno a agosto de 54 a.C., Cicerón le escribió para decirle que acababa de recibir noticias de César, que le había escrito «con mucha educación» para decirle que todavía no había tenido muchas oportunidades para llegar a conocer a Trebacio, pero que le aseguraba que lo haría. Cicerón informó a su joven cliente de que había hablado con el procónsul en su nombre y

había solicitado nuevos favores. En esta y en otras cartas se muestra bastante exasperado por la impaciencia y falta de iniciativa que percibe en su cliente. El prestigio de una persona podía debilitarse si sus recomendaciones resultaban inadecuadas y aunque es probable que César estuviera dispuesto a aceptar a cualquiera siempre que eso reforzara la obligación que Cicerón sentía hacia él, el orador se aplicaba en ejecutar su parte de la relación. Lo que más llama la atención es que ambos hombres estuvieran en contacto y hablaran sobre las preocupaciones habituales de los senadores romanos incluso cuando César estaba en plena campaña. La mayoría de las cartas entre Cicerón y César se han perdido a pesar de que fueron publicadas. Podemos dar por supuesto sin temor a equivocarnos que César mantenía una correspondencia igualmente abundante con muchos otros senadores.6

REBELIÓN

Aunque César nunca descuidó los asuntos políticos, en los siguientes meses dispondría de pocas pausas en el servicio activo.A su regreso de Britania se reunió con los jefes de las tribus galas y, a continuación, supervisó el desplazamiento de su ejército hacia los cuarteles de invierno. Las cosechas habían sido pobres, y César lo atribuyó a un verano especialmente seco, pero parece probable que las campañas que había librado en los últimos años hubieran trastornado asimismo los ciclos de la agricultura de muchas regiones. Como resultado, sus ocho legiones tendrían que acampar por separado y se dispersaron por una área muy amplia. La mayoría se situaron entre las tribus belgas, cuyo compromiso con las nuevas alianzas con Roma aún no estaba probado. Otros años había

partido hacia la Galia Cisalpina con gran rapidez, pero en esta ocasión César esperó más de lo habitual porque quería tener la certeza de que el ejército estaba emplazado en lugar seguro antes de marcharse. Cada legión fue asignada a un legado o a un cuestor, que en ese año fue el hijo mayor de Craso, Marco. Uno de los nuevos legados era el mismo Trebonio que, como tribuno, en el año 55 a.C. había obtenido cinco años de mando para Pompeyo y Craso y una ampliación también de cinco años para César (véase página 379). Todos estos oficiales recibieron instrucciones de enviar un informe tan pronto como estuvieran en posición y su campamento estuviera convenientemente fortificado. Sabemos que Quinto Cicerón pudo elegir la localización exacta del campamento de sus legiones y es posible que otros legados gozaran de la misma libertad de acción. Entretanto, César recibió noticia de que se habían producido disturbios en el seno de varias tribus: el rey que había impuesto a los carnutes había sido asesinado por otros jefes, por lo que cambió sus disposiciones y trasladó una legión desde el territorio de los belgas a invernar cerca de esta

Algunos jefes se habían beneficiado de la llegada de César a las Galias, pero para otros había significado ver cómo sus rivales ascendían. La ejecución sumaria de Dumnórix cuando se convirtió en un estorbo había demostrado a esos hombres que César necesitaba poca provocación para deshacerse de alguien que no se comportaba como deseaba. Sin embargo, la dominación romana no puso fin a la feroz pugna por el poder que existía entre los aristócratas de una tribu y, si no les iba bien con Cé sar, entonces enfrentarse a él y vencer les proporcionaría una posibilidad de alcanzar fama y poder.

Antes de partir hacia Britana en el verano de 54 a.C., el procónsul había intervenido en una disputa entre los líderes rivales de los tréveros. El hombre que perdió ante el oponente que respaldaban los romanos era Induciomaro. En su momento, había firmado la paz con César, se había desplazado hasta su campamento y había entregado más de doscientos rehenes. Durante el invierno vio la oportunidad de atacar a los romanos mientras su ejército estaba disperso y vulnerable: su plan era reunir a todos los tréveros que le eran leales y atacar la legión comandada por Labieno, que estaba acampado en territorio tribal. Sin embargo, sabía que los tréveros por sí solos no podían vencer a César, por lo que se había dedicado a animar a los jefes de las tribus vecinas a los que también molestaba el dominio romano a que se unieran a su rebelión. No fue una revuelta bien coordinada dirigida por un único líder, sino una serie de brotes aislados de violencia que estallaron aproximadamente al mismo tiempo y, al dividir las fuerzas romanas, fueron sirviéndose de apoyo los unos a los otros. No comenzó con los tréveros e Induciomaro, sino entre los eburones, que vivían en lo que ahora es Ardenas. La tribu designó a dos jefes,Ambiórix y Catuvolco, que infligieron una de las tres únicas derrotas graves que sufrió jamás al ejército de César.'

Quince cohortes estaban acuarteladas entre los eburones en un lugar llamado Atuátuca (quizá en algún lugar cerca de la actual Lieja o Tongeren, pero se desconoce su localización exacta). La fuerza incluía toda la legión decimocuarta, pero no se sabe si las otras cinco cohortes fueron destacadas de otras legiones o de unidades independientes. César llegaría a formar al menos veinte cohortes en la Galia Transalpina,

donde los reclutas ni siquiera tenían estatus latino como los de la provincia transalpina. César menciona que había algunos jinetes hispanos con los legionarios y puede que hubiera otros auxiliares también, de modo que el contingente contaría con una cifra entre seis mil y ocho mil hombres. Lo comandaban dos de los legados de César, Cota y Sabino, que habían tenido comandos independientes en el pasado y habían demostrado ser bastante competentes, aunque poco inspirados. Asimismo, habían trabajado juntos contra los menapios en 55 a.C. César no aclara si uno de los dos hombres gozaba de una autoridad superior, pero su narración implica que se trataba de un mando conjunto. El primer ataque contra su campamento fue repelido sin dificultad, pero entonces Ambiórix se aproximó a parlamentar y adujo que su pueblo le había forzado a ir a la guerra. Explicó a los representantes romanos que existía una conspiración en toda la Galia que proyectaba que todas las tribus atacaran a las legiones ese día en concreto. En honor a los favores que había recibido de César en pasadas ocasiones se ofreció a permitir que los romanos pasaran libremente y se unieran a alguna de las otras dos legiones que estaban acampadas a ochenta kilómetros de distancia.Ya entrada la noche, los legados discutieron sobre cuál era el mejor curso de acción: Sabino deseaba aceptar la oferta, mientras que Cota decía que no deberían desobedecer las órdenes de César, sino permanecer en el campamento, donde había gran abundancia de alimento y tenían posibilidades de aguantar hasta que llegaran refuerzos. Al final prevaleció la opinión de Sabino y, al amanecer del siguiente día, las tropas romanas partieron. Los eburones conocían el terreno y estaban aguardando emboscados donde el sendero atravesaba una quebrada. Los

romanos fueron cercados y cayeron poco a poco. Cota resultó herido por una honda al principio del asalto, pero siguió animando a sus hombres y tratando de organizar la resistencia. Sabino perdió las esperanzas, y fue rodeado y asesinado mientras estaba negociando con Ambiórix. Cota cayó cuando la carga final arrasó el desigual círculo de hombres que había formado para tratar de organizar la última resistencia organizada. Un puñado de supervivientes fue llegando al campamento de Labieno a lo largo de los siguientes días, pero las quince cohortes habían sido eliminadas del mapa.'

En los Comentarios, César echa toda la culpa del desastre a Sabino. Cota aparece defendiendo argumentos razonables y comportándose como debería hacerlo un aristócrata romano durante una crisis. Ninguno de los dos provenía de una familia especialmente influyente, por lo que César no tenía que preocuparse de no trastornar intereses demasiado poderosos en el Senado. Alega haber reconstruido los acontecimientos a partir de las historias de los supervivientes y los interrogatorios de los prisioneros capturados en acciones posteriores. No hay nada inverosímil en sí mismo en la versión aportada por los Comentarios, que presenta similitudes con otros desastres militares de otros periodos (pensemos en Elphinstone y Macnaughten en Kabul durante la primera guerra afgana). Puede que realmente sucediera de ese modo, pero es obvio que la narración pretendía suavizar el impacto del desastre y distanciar al mismo César de la culpa. El relato es muy detallado, describiendo el debate entre los comandantes, y la confusión de la columna cuando se produjo la emboscada. Aparte de los conmovedores pero vanos

esfuerzos de mantener a los hombres unidos, hay actuaciones particularmente heroicas, como el centurión que murió intentando rescatar a su hijo, o el aquilífero -esta vez se da su nombre, a diferencia del héroe del desembarque en Britania- que puso su estandarte a salvo antes de perder la vida. (Se supone que el águila fue apresada de todos modos cuando los últimos supervivientes que se refugiaron dentro del campamento se suicidaron durante la noche). César trató de echarle la culpa a su legado, pero prácticamente ninguno de sus contemporáneos se dejó engañar y todas nuestras fuentes la consideran como su derrota. Como procónsul con imperium era responsable de todo el ejército a sus órdenes, de ahí la apertura convencional de cualquier carta de un gobernador romano al Senado: «Estoy bien y también lo está el ejército». Tanto Sabino como Cota fueron sus legados o «representantes», elegidos por él, y actuaban bajo sus órdenes. Si disfrutaron de un comando conjunto, entonces era culpa de César por permitir que se diera una situación tan poco ordenada. Napoleón comentaría más tarde que era mejor tener un mal comandante que dos buenos con autoridad compartida. Es posible que Sabino hubiera desobedecido las órdenes de César cuando decidió salir de su campamento, pero esto sugiere incluso que el procónsul no se había expresado con suficiente claridad o no había acostumbrado a sus legados a una obediencia estricta. En última instancia, César era el responsable e incluso, aunque sus subordinados hubieran cometido errores, la derrota seguía siendo suya. Una parte sustancial de su ejército había sido destruida por una de las tribus menos prestigiosas de las Galias. Era la primera vez que sucedía algo así y ese fracaso cuestionaba la ilusión de la

invencibilidad romana creada por sus éxitos, constantes hasta aquel momento.`

La primera señal llegó cuando Ambiórix y sus sirvientes cabalgaron hacia las tierras de sus vecinos, los atuátucos y, después, hacia las tierras de los nervios. La vasta mayoría de los eburones se había dispersado, llevando el botín a sus hogares como tantos ejércitos tribales o irregulares a lo largo de la historia. No obstante, el relato de su éxito fue suficiente para enardecer a las otras tribus y persuadió a los nervios de que debían ata car a la legión que pasaba el invierno en su territorio. Esta estaba comandada por Quinto Cicerón, que sirvió como legado sencillamente para confirmar las buenas relaciones entre su hermano y César. Quinto hacía lo que fuera necesario para su familia, pero no era el más entusiasta de los soldados. En sus cartas a casa se quejaba de los rigores de la vida en campaña, y no parece que su mente estuviera totalmente centrada en sus deberes. En el otoño de 54 a.C., mientras desplazaba su legión hacia el cuartel de invierno, informó a su hermano de que había compuesto cuatro tragedias en sólo dieciséis días. Sin embargo, cuando los nervios atacaron de repente el campamento, Quinto Cicerón respondió bien. Los romanos no estaban prevenidos porque todavía no se había sabido nada del desastre, pero aunque fueron sorprendidos por los atacantes, repelieron el primer ataque. Los nervios, respaldados por los clanes aliados y varios atuátucos y algunos eburones, se organizaron para asediar el campamento. A lo largo de la noche, los hombres de Cicerón construyeron ciento veinte torretas para reforzar las murallas de su campamento con material que habían introducido antes en este, pero es evidente que las fortificaciones no estaban

terminadas. El trabajo continuó a un ritmo vertiginoso. Al día siguiente lograron repeler un segundo ataque total. Fueran cuales fueran sus inclinaciones y habilidades personales, Quinto Cicerón se comportaba como correspondía a un senador romano, alentando a los hombres por el día durante la lucha y supervisándolos cada noche mientras trabajaban para reforzar aún más las defensas y producir nuevos suministros de proyectiles. Su salud era delicada y, al final, los soldados consiguieron persuadirle de que se retirara a su tienda. Resulta tentador pensar que los oficiales de Cicerón constituyeron el verdadero núcleo de la defensa, y que, en ocasiones, él mismo casi fue más un estorbo que una ayuda. César deseaba mantener buenas relaciones con Quinto y, en especial, con su hermano mayor, por lo que no había duda de que le retrataría de manera favorable en los Comentarios. En cualquier caso, aunque su destreza y experiencia fueran limitadas, Quinto Cicerón mostró auténtico coraje e hizo todo lo que pudo, rechazando fríamente la oferta de una tregua que permitiría a sus hombres alejarse y ponerse a cubierto. El asedio continuó, los belgas rodearon la fortificación con una zanja y un muro, y construyeron manteletes y otros artefactos de asedio. Apenas unos años antes, ese tipo de cosas eran desconocidas en las Ga lías, pero las tribus habían visto a los hombres de César en acción y habían aprendido de ellos. La resistencia de la guarnición fue menoscabándose, muchos hombres estaban heridos, lo que significaba que la presión sobre los que todavía estaban en pie crecía aún más. Los galos eran muchos más que ellos -César afirma que los nervios tenían sesenta mil hombres, olvidando tranquilamente las bajas masivas que él mismo había

apuntado que sufrieron en 57 a.C.- y, a menos que llegaran refuerzos, lo más probable es que los romanos fueran arrollados."

Quinto Cicerón había enviado varios mensajeros a César en cuanto fueron atacados, pero ninguno de ellos había logrado atravesar las líneas belgas. Los galos llevaron a algunos cerca de las murallas y los ejecutaron a la vista de los legionarios. El asedio llevaba más de una semana cuando el primer hombre fue capaz de salvar a los enemigos. El mensajero era un galo, un esclavo de un noble galo que había permanecido leal a los romanos y se había quedado junto a Cicerón. César fue informado del ataque al caer la tarde en su campamento de Samarobriva (la actual Amiens). Además de informar sobre su situación, el despacho de Cicerón le proporcionó la primera noticia de la aniquilación de las tropas de Sabino y Cota. Hasta ese momento había permanecido totalmente ignorante de la rebelión, lo que nos da una idea de hasta qué punto su información dependía de los nobles leales con los que contaba entre las tribus. Fue un descubrimiento espantoso, pero César comprendió que debía actuar con rapidez. La guarnición de Quinto Cicerón necesitaba refuerzos tan pronto como fuera posible o caería aplastada por los rebeldes. Una segunda victoria incrementaría aún más el ímpetu de la rebelión, animando a más y más líderes y tribus a participar. En Samarobriva le acompañaba una sola legión, que guardaba el principal carro de impedimenta del ejército con sus registros y el cofre de la paga, así como las provisiones de grano que habían traído desde la Galia, a lo que se sumaban los cientos de rehenes que había hecho desde el año 58 a.C.Trebacio, el cliente de Cicerón, estaba allí, junto con

muchos otros oficiales y empleados administrativos. César no podía avanzar deprisa con todos esos no combatientes y tanto bagaje, pero tampoco podía abandonarlos sin protección, por lo que su primera orden fue para su cuestor, Marco Craso, que estaba acampado con su legión a menos de veinticinco millas romanas de distancia. Craso recibió instrucciones de partir con la máxima premura hacia Samarobri va, dejando su campamento a medianoche, lo que probablemente implica que envió primero a sus piquetes y el resto de la legión los siguió tan pronto como estuvieron listos para emprender la marcha.A media mañana del día siguiente las patrullas de la legión de Craso -posiblemente hombres a caballo- llegaron hasta César y le informaron de que la fuerza principal se encontraba a poca distancia."

Dejando a su cuestor a cargo de Samarobriva y sus valiosos contenidos, César partió, cubriendo treinta y dos kilómetros la primera jornada. A duras penas había logrado juntar cuatrocientos jinetes auxiliares y aliados para añadirlos a su única legión y confiaba en que se le unieran dos legiones más durante la marcha. Había mandado un mensajero a Cayo Fabio, que se hallaba entre los mórinos, dándole instrucciones de marchar a través de las tierras de los atrebates para reunirse con César mientras él avanzaba por esa misma región. Envió órdenes asimismo a Labieno, instándole a intentar unirse a la fuerza principal en la frontera con los nervios, pero le concedió facultades discrecionales para quedarse donde estaba si consideraba que la situación local lo requería. Fabio llegó con cierto retraso, pero consiguió unirse a César. Labieno envió un emisario a caballo para informar de que no podía moverse porque los tréveros habían formado un ejército y

estaban acampados a sólo cinco kilómetros de su posición.También confirmó el destino de Sabino y Cota, comunicándole los detalles que habían proporcionado los supervivientes que habían llegado hasta él. César coincidía con el razonamiento de su legado superior, pero sólo contaba con dos legiones que llevaban en campaña algún tiempo y estaban notablemente mermadas. Aun contando con su caballería, tenía poco más de siete mil hombres y no había posibilidad de recibir refuerzos durante varias semanas. Si aguardaba, el campamento de Cicerón podría caer y se perdería otra legión, un triunfo para los nervios que sin duda daría alas a la rebelión. Era pleno otoño y sus soldados no podían esperar encontrar mucha comida o forraje en los campos que atravesaban. Los romanos necesitaban ganar con prontitud, no podían permitirse una interminable campaña de maniobras. Finalmente, César siguió adelante para acudir al rescate de la guarnición sitiada. La decisión tenía sentido desde el punto de vista estratégico y era conforme al pensamiento militar romano, que siempre primaba la agresión, pero era claramente arriesgada. No obstante, había otro motivo más personal que movió a César a seguir avanzando: sus le gionarios estaban en peligro, y la confianza que había nacido entre el ejército y su comandante se basaba en su nivel más fundamental en que ambas partes tuvieran fe en el otro. César no dejaría que sus hombres murieran si había alguna oportunidad de salvarlos. Ya había demostrado la hondura de sus sentimientos por la pérdida de las quince cohortes al hacer un juramento de no afeitarse o cortarse el pelo hasta que los hubiera vengado, un gesto especialmente significativo en alguien tan cuidadoso con su apariencia como

César. Sin afeitar, el procónsul ordenó a sus siete mil hombres que avanzaran a marcha forzada.`

Las patrullas habían regresado con prisioneros que confirmaban que los soldados de Cicerón seguían aguantando. Un jinete galo fue convencido para que llevara un mensaje a través de las líneas enemigas. Estaba escrito en caracteres griegos porque creían que los belgas no podrían entenderlo. Al verse incapaz de llegar al campamento, siguió las instrucciones que había recibido y lo sujetó a una lanza que, a continuación, lanzó hacia los romanos. Durante dos días nadie notó el inusual atado de la lanza, que se había clavado en una de las torres, pero por fin alguien lo descubrió y se lo entregó a Cicerón. El legado hizo formar a sus tropas y leyó el contenido, informándoles de que César estaba de camino, lo que quedó confirmado cuando vieron las columnas de humo elevándose en la distancia: un signo de que una fuerza romana estaba avanzando, incendiando las granjas y las aldeas «enemigas» a lo largo de su ruta, como era habitual. Las patrullas belgas transmitieron la misma información y su ejército abandonó el asedio para enfrentarse a esta nueva amenaza. Aunque no contaran con los seis mil hombres que alegó César, seguramente seguían superando con mucho los efectivos de su pequeña columna. Cicerón, recurriendo al mismo aristócrata galo que antes para deslizarse entre las líneas enemigas, escribió a César para informarle de que el ejército belga estaba avanzando contra él. El mensajero galo llegó al campamento de César a medianoche, y el procónsul reveló de inmediato a sus hombres lo que decía la nota. Suetonio afirma que solía comunicar a los soldados cualquier mala noticia en persona, hablando con tal naturalidad y

confianza en sus posibilidades que daba la impresión de que no había nada de lo que preocuparse. En ocasiones incluso exageraba el peligro. Con todo, era un comandante cuidadoso: hasta ese momento había iniciado las marchas antes de que finalizara la noche, pero al día siguiente esperó hasta que hubo amanecido antes de mover su columna algo más de seis kilómetros. En esa estación, los días en el norte de Europa eran cortos. Los nervios y sus aliados estaban esperándoles sobre una cresta detrás de la línea de un arroyo. Dos veces en el año 57 a.C. los belgas habían adoptado una posición similar y es muy posible que en ambos casos ocuparan zonas situadas en las principales rutas en dirección a su territorio, que se utilizaban a menudo en el combate entre tribus.14

César estaba en inferioridad numérica y no poseía suficientes provisiones para llevar a cabo una serie de largas maniobras. Si atacaba sobre un arroyo y en una pendiente ascendente contra un adversario al acecho, sus hombres estarían en grave desventaja y posiblemente el resultado sería desastroso. Por tanto, necesitaba persuadir a los belgas de que abandonaran esa posición y avanzaran hacia ellos. Para ello construyó un campamento deliberadamente inferior incluso de lo normal para una fuerza pequeña sin bagaje, estrechando las calles que formaban las líneas de tiendas de las diversas unidades. Quería que los nervios despreciaran a su ejército con la esperanza de convencerlos para atacar, pero, por si acaso eso no funcionaba, envió patrullas a buscar otras rutas para atravesar el arroyo por donde pudiera flanquear la posición del enemigo. Durante el día los dos ejércitos se observaron mutuamente desde los dos extremos del valle, y

sólo la caballería se adelantó y se enzarzó en algunas refriegas. Al amanecer del día siguiente sucedió lo mismo, pero César ordenó a sus auxiliares que cedieran ante el enemigo. Los nervios tenían pocos jinetes, y estos no poseían una reputación demasiado buena, por lo que sin duda cuando hicieron retroceder a la caballería de César hasta su campamento se sintieron especialmente eufóricos. Para acrecentar la impresión de que estaban atemorizados, los romanos fabricaron unas murallas más altas de lo habitual y bloquearon las cuatro entradas con un muro constituido por una sola línea de turba. Los nervios cayeron en la trampa y atravesaron el arroyo hacia el lado del valle donde aguardaban los romanos. Con cautela, fueron acercándose más y más al campamento enemigo, atraídos por fingidas muestras de terror. Los legionarios llegaron a abandonar los muros como si estuvieran aterrorizados ante la presencia de los guerreros. Los belgas enviaron heraldos que proclamaron que cualquiera de los soldados de César que deseara desertar era libre para hacerlo, pero aquel que no saliera a una determinada hora no encontrarían ninguna clemencia. Después de un tiempo, los nervios comenzaron a ascender las murallas y algunos arrancaron los muros de turba que bloqueaban las entradas. Sólo entonces César dio la orden de ataque. La columna de tropas que había estado esperando detrás de cada entrada se lanzó a la carga, empujando con facilidad la endeble barrera. Los nervios, presa del pánico, huyeron, perseguidos por los legionarios y la caballería, a la que César había ordenado que saliera a manera de apoyo. Algunos murieron, otros abandonaron las armas y escudos en su huida, pero, al poco, César llamó a sus hombres temiendo por su suerte si seguían

al adversario demasiado lejos y caían en una emboscada en los bosques y pantanos cercanos.`

Una vez el enemigo se hubo dispersado, César siguió adelante y relevó a Cicerón. Se preocupó de elogiar a su legado y, de forma individual, pasó revista y alabó a los oficiales y demás hombres de la guarnición. Sólo una décima parte había escapado ilesa durante el sitio, aunque parece probable que muchos de los heridos estuvieran en condiciones de llevar a cabo su misión. Al día siguiente, los soldados volvieron a formar y esta vez el procónsul habló de la derrota de Cota y Sabino, al que convirtió en chivo expiatorio, y alentó a las tropas para el futuro. Cuando la noticia de la victoria romana llegó a los tréveros, su ejército se retiró de su posición frente al campamento de Labieno. César envió a Fabio y su legión de vuelta a su campamento entre los mórinos, mientras que él regresó con Cicerón y su propia legión a Samarobriva. Mantuvo ambas unidades y la legión de Craso cerca de la aldea durante el invierno para disponer de una fuerza de ataque concentrada por si acaso se producían nuevas rebeliones. El procónsul permaneció a su lado: era la primera vez que no se marchaba al sur de los Alpes durante esa estación. Simplemente, la situación en las Galias era demasiado tensa para marcharse. También es posible que este fuera el único año en el que no se publicó un libro de los Comentarios sobre la última campaña. Lo más probable es que los libros cinco y seis salieran juntos en el invierno de 53-52 a.C. César estaba demasiado ocupado, y hasta que hubiera sofocado todos los rescoldos de rebelión, es dudoso que deseara mandar una narración de un conflicto sin resolver. Roma ya había sido notificada de los enardecidos combates en

las Galias en diciembre de 54 a.C., cuando Cicerón escribió a Trebacio que había oído que últimamente «no falta ahí quien os dé calor y os haga sudar>.16 Durante el invierno, César mantuvo a las tribus bajo estrecha vi gilancia: «Pues, divulgado el desastre y muerte de Sabino, casi todos los pueblos de la Galia tramaban la guerra, enviando a todas partes mensajeros y embajadas con el fin de averiguar qué pensaban los otros y por dónde habían de empezar las hostilidades, y reuniendo asambleas nocturnas en parajes desiertos».'

En Armórica (equivalente aproximado de la actual Bretaña), un contingente de miembros de una tribu se congregó cerca del campamento de Lucio Roscio y la legión decimotercera, pero después se dispersaron. Otro de los hombres designados por César, Cavarino, el rey de los senones, fue atacado por sus jefes y salvó su vida por poco antes de dirigirse hacia Samarobriva, donde se hallaba César. El único combate real del invierno fue acaudillado por Labieno: Induciomaro había tratado sin éxito de reunir un ejército de aliados germanos, pero, aun así, volvió a lanzar sus tropas tribales contra el campamento de Labieno. Durante días, los tréveros formaron en orden de batalla en la llanura que se extendía delante del campamento y desafiaron a los romanos incitándoles a combatir. Labieno rehusó reiteradamente, pero uno de los días, cuando los tréveros se dispersaron para retornar a su propio campamento, envió a su caballería contra ellos. Los jinetes tenían órdenes de matar a Induciomaro y hacer caso omiso de todos los demás. Lo capturaron y entregaron su cabeza al legado. Sin su líder, los guerreros se dispersaron una vez más.18

VASTATIO: LAS TRIBUS RECIBEN SU CASTIGO

A lo largo del invierno, César se preocupó no sólo de compensar sus pérdidas, sino de reunir el doble de efectivos para las nuevas tropas con el fin de que los galos pensaran que los recursos humanos de los romanos eran inagotables. Tres nuevas legiones fueron reclutadas en la Galia Cisalpina, una nueva legión decimocuarta para sustituir a la unidad masacrada, la decimoquinta y la primera. Aunque formada con soldados provenientes de la provincia de César, en realidad, se suponía que la primera legión formaría parte del ejército de Pompeyo en Hispana y había hecho un juramento con él, de ahí que su número procediera de otra secuencia. Al no tener prevista ninguna campaña importante, Pompeyo accedió a «prestan> la nueva legión a César «por el bien de la República y por amistad personal». César contaba ahora con diez legiones, pero las tribus rebeldes también estaban reuniendo fuerzas. Ambiórix estaba desempeñando un papel clave a la hora de persuadirlos y se había aliado formalmente con los tréveros. Además, los nervios, atuátucos y menapios habían declarado la guerra abierta a Roma, mientras que otras tribus como los senones y los carnutes habían rechazado a los líderes favorables a César y se negaban a presentarse cuando les convocaban a las reuniones del consejo. César decidió iniciar las operaciones antes del comienzo normal de la temporada de campañas a principios de la primavera. Deseaba recobrar la iniciativa, lo que cuando brotaba una revuelta correspondía inevitablemente a los rebeldes. El ejército romano atacaría y demostraría que Roma seguía siendo poderosa a pesar de la derrota, y que las consecuencias de oponerse a su dominio eran espantosas. Las tribus no poseían

un único líder ni capital y parecía poco probable que lograran siquiera unirse en un solo ejército en campaña. Por otra parte, tampoco la derrota de un grupo haría necesariamente que capitularan las demás, y cada una de ellas tenía que ser vencida de forma independiente. Al no poder atacar esos claros objetivos, César decidió atacar los hogares y las granjas de los guerreros. Quemarían las casas, consumirían o destruirían las cosechas y rebaños, y asesinarían o harían esclavos a los miembros de las tribus. Los romanos tenían una palabra para esa actividad, vastatio, que es la raíz de la palabra devastación, e incluso un verbo, vastare, para el proceso. Era extremadamente brutal, pero podía ser efectiva, al aterrorizar al enemigo para que admitiera la derrota y aceptara las condiciones romanas. A lo largo de la historia, las fuerzas de ocupación con frecuencia han recurrido a métodos similares, pero pocos han sobrepasado a las legiones de César en su aplicación, de una eficiencia despiadada.19

Antes de que terminara el invierno, César concentró cuatro legiones -seguramente en algún lugar cerca de Samarobriva- y atacó a los nervios. Reunir un ejército tribal siempre tomaba un tiempo, y los nervios tuvieron pocas oportunidades para defenderse o huir. El efecto sorpresa fue aún mayor porque ninguna tropa gala de envergadura podría haber operado en esa estación: en el año 57 a.C., el gran ejército belga se había visto forzado a dispersarse cuando se agotaron sus provisiones en los meses de verano. Sólo el sistema de suministro organizado que poseía el ejército romano les permitía permanecer concentrados. La columna de César capturó a grandes cantidades de personas, reunió a sus manadas y rebaños, y prendió fuego a los pueblos. Ante esta invasión, los

nervios capitularon de inmediato e hicieron entrega a los romanos de varios rehenes. César retiró a su ejército y envió mensajes a las tribus, convocándolas a un consejo al principio de la primavera. De nuevo, los senones y los carnutes no se presentaron, al igual que los tréveros, encabezados ahora por un miembro de la familia de Induciomaro. El consejo se celebraría por primera vez en Lutecia, sobre el Sena, la ciudad más importante de los parisios, el pueblo cuyo nombre se ha conservado en el de la actual capital de Francia. Antes de que el consejo se reuniera, César lanzó a sus legiones contra los senones. Sorprendidos antes de que pudieran refugiarse dentro de los muros de su ciudad, la tribu se sometió enseguida. Los eduos hablaron en su nombre y César les trató con relativa indulgencia. En parte, esa indulgencia se debía a su deseo de mostrar respeto hacia el antiguo aliado de Roma, pero asimismo a su intención de seguir adelante con las operaciones contra el resto de tribus insurrectas. Entregaron cien rehenes a su campamento, pero no se produjo la esclavización en masa de la población. Dándose cuenta de que lo más probable era que fueran los siguientes en la lista de César, poco después, los carnutes le mandaron unos embajadores, acompañados de representantes de los remos. El procónsul volvió a mostrarse dispuesto a aceptar su claudicación. Como era su costumbre, en el consejo solicitó contingentes de caballería de las tribus. En privado, resolvió conservar los que le habían proporcionado los senones para no perder de vista a su comandante, el jefe Cavarino.20

La Galia central estaba ahora «pacificada» y el procónsul desvió su atención al noreste. Ambiórix era el líder más influyente y carismático de cuantos se le oponían, pero César

consideró improbable que se arriesgara a entablar una guerra abierta. Por tanto, decidió despojarle de aliados reales o potenciales en la región. El bagaje del ejército y el carro de vituallas fue enviado a Labieno con una escolta de dos legiones. El propio César tomó cinco legiones con unas reservas mínimas de alimentos y un pesado equipo y los dirigió contra los menapios: en ese momento, sólo una de las tres legiones parece haber alcanzado al ejército principal. Como siempre, los menapios evitaron el contacto y confiaron en la inaccesibilidad de los bosques y marismas de su tierra para protegerse. Esta vez, sin embargo, los romanos estaban preparados. César dividió a sus fuerzas en tres columnas independientes, cada una de las cuales empezó a despejar una ruta hacia el territorio de la tribu, construyendo puentes y pasos elevados cuando fue necesario. La destreza en las labores de ingeniería de las legiones era tal que había pocos lugares donde no pudieran llegar si les guiaba un cabecilla con determinación. Preocupados al darse cuenta de que no estaban tan a salvo como pensaban y viendo el humo que ascendía de los pueblos en llamas, los menapios enviaron embajadores y se rindieron. El ejército principal siguió avanzando, dejando atrás al jefe atrebate Comio y su séquito de guerreros para asegurarse de que los menapios no se arrepentían de su decisión. Mientras la operación estaba en curso, los tréveros habían atacado a Labieno. Mostrando su pericia habitual, este les había tendido una trampa para llevarlos a una posición de desventaja y, a continuación, volverse contra ellos y, según se cuenta, decir a sus hombres: «Mostrad, ahora, bajo nuestro mando, el mismo valor que tantas veces habéis mostrado bajo el de vuestro general». Sus

tres legiones -su propia legión había sido reforzada por dos más que escoltaban el bagaje justo antes del combate- aplastaron a los tréveros.Tras esta derrota, los jefes hostiles escaparon a través del Rin, y el poder dentro de la tribu volvió a manos del candidato de César, Cingetórix."

Tanto Induciomaro como Ambiórix habían buscado aliados entre las tribus germanas de la orilla este del Rin. Ninguno de ellos habían tenido mucho éxito porque, de acuerdo con César, los germanos seguían sintiéndose intimidados por la suerte sufrida por Ariovisto y los usípetes y los téncteros, y sólo unas cuantas bandas de guerreros había acudido en su ayuda. Aun así, el procónsul decidió cruzar el Rin una segunda vez para disuadir a las tribus de ofrecer ni siquiera una ayuda tan modesta a sus adversarios en las Galias, así como para impedir que Ambiórix encontrara refugio en la orilla opuesta del río. El ejército romano marchó hacia el Rin y construyó un puente a corta distancia del que habían erigido y luego destruido en 55 a.C. César no se preocupó por describir el diseño con ningún detalle, pero señaló que, gracias a que ya habían realizado la tarea una vez, sus legionarios la completaron en muy poco tiempo. Construir un puente sobre el Rin en 55 a.C. había sido una emocionante incursión en un país inexplorado, pero ahora era simplemente una cuestión rutinaria. Ese era en esencia el quid de la operación, dejar absolutamente claro que el río no era una barrera para los romanos y que César podía atacar a los germanos en su tierra natal siempre que quisiera. Como en la primera ocasión, no hubo auténtico combate: enseguida, los ubios mandaron unos emisarios para decirle a César que se habían mantenido fieles a su alianza con Roma; los suevos se

retiraron hacia el interior de sus tierras y los ubios informaron a César de que estos estaban juntando su ejército para enfrentarse a él si invadía su territorio. Hizo preparativos para garantizar que contaba con suministros suficientes, ordenó a los ubios que escondieran sus propias reservas de alimentos y rebaños para que el enemigo no intentara utilizarlos y luego avanzó. Cuando los suevos lo averiguaron, se replegaron y decidieron presentar batalla en un lugar mucho más al interior del país. Puede que el tamaño de la tropa de César les sorprendiera y que necesitaran más tiempo para reunir suficientes guerreros para oponérsele. César decidió no marchar hasta demasiado lejos del Rin, alegando que sería dificil abastecer a su ejército dado que los germanos eran más pastores que granjeros, lo que hacía dificil que pudieran vivir de la tierra. Las excavaciones arqueológicas han demostrado que el retrato que hace César de los germanos induce a error, porque existía una larga tradición de agricultura en la región. Sin embargo, puede que la población fuera menos densa y la cantidad de trigo y cebada producida fuera pequeña en comparación con buena parte de las Galias. Es probable que hubieran podido abastecer al ejército, pero sin duda habría sido mucho más dificil en una región donde carecían de suficientes aliados capaces de cubrir sus necesidades con sus propios excedentes. Encontrar y vencer a los suevos no era esencial para César. Había hecho otra demostración de fuerza y había obligado a su ejército a retirarse de su primera posición. Ambos bandos respetaban con prudencia el poder del otro y era poco probable que atacaran, en especial mientras tanto César como los suevos tuvieran oponentes más próximos y más débiles contra los que luchar."

César exageró la importancia del Rin como frontera y las diferencias entre los galos y los germanos, pero lo hizo para justificar una clara estrategia. Pese a que, desde el año 58 a.C., había estado dispuesto a aprovechar las oportunidades que se le presentaban de entablar nuevos conflictos, no estaba persiguiendo ningún sueño de conquistas sin fin a la manera de Alejandro Magno. Sabía que sólo conservaría su mando un tiempo limitado y esperaba con ilusión su retorno a Roma para disfrutar de los beneficios derivados de su nueva gloria y riqueza. Su decisión de focalizar su atención en la Galia y someter toda la región al dominio romano fue bastante temprana. Era una misión que podía confiar en completar. Seguramente primero pensó en terminarla en los cinco años iniciales de su mando, pero cuando logró que lo ampliaran en tuvo la certeza de que lo conseguiría. Conquistar Germanía era un proyecto demasiado grande para sumarlo a su primer objetivo, y las operaciones al este del Rin siempre eran una distracción, aun necesaria, de su consecución de la victoria en la Galia. Es muy posible que creyera que podía lograr anexionar Britana, o al menos su extremo sureste, a las Galias, pero sus ideas iniciales sobre este tema se basaban en un concepto muy vago de la geografia de la isla. Tras la segunda expedición, César ya no tuvo tiempo, si es que seguía pensando en ello, para establecer un control más permanente. Sus planes de realizar operaciones significativas en Iliria también fueron abandonados con el paso de los años. César se concentró en las Galias y todo lo demás estaba subordinado a este objetivo en términos estratégicos. El río Rin ofrecía una frontera que un público romano podía comprender con facilidad, una frontera a partir de la cual nadie debía

permitirse desafiar el dominio romano de la nueva provincia de las Galias.23

Después de regresar a la orilla occidental, César echó abajo una amplia sección de su puente y dejó una guarnición apostada allí para protegerlo. El verano llegaba a su fin y las cosechas estaban listas para la recolección, con lo cual la búsqueda de provisiones era mucho más fácil para los ejércitos. César se dirigió hacia los eburones y Ambiórix, cuyo territorio tenía su centro en los bosques de Ardenas. Envió a la caballería por delante de su principal ejército y ordenó que no encendieran hogueras por la noche para que su posición no fuera revelada por la luz de las mismas o por su reflejo en las nubes. Su súbita aparición pilló desprevenido al enemigo, lo que les permitió capturar muchos prisioneros, que revelaron la localización de Ambiórix, y los romanos estuvieron a punto de apresar al jefe cuando los jinetes se abatieron sobre la aldea. Los jinetes aliados encontraron la mayoría de sus posesiones, caballos y botín, pero el mismo Ambiórix se había escabullido y él y sus seguidores se ocultaron en los bosques más espesos de la zona. Catuvolco -el hombre que había compartido con él la gloria de derrotar a Sabino y a Cota- se sentía demasiado viejo para esconderse de ese modo y se ahorcó de un tejo. (César no hace ningún comentario a ese respecto, pero es tentador ver algún ele mento ritual en este suicidio, tal vez un rey que se suicida tras un fracaso para conjurar la destrucción de su pueblo.) César trasladó el ejército a Atuátuca, el lugar donde tuvo lugar el desastre el invierno anterior. En esas mismas fechas también se le unieron las otras dos legiones que acababan de formarse. Dejó su bagaje allí, protegido por la nueva legión decimocuarta,

comandada por Quinto Cicerón, y dividió el resto de sus fuerzas en una serie de columnas volantes para hostigar al enemigo. El propio César se puso al frente de tres legiones que dirigió hacia el río Escalda, Labieno llevó otras tres contra los menapios y Trebonio lanzó una fuerza de similar tamaño contra los atuátucos. La velocidad era de fundamental importancia y las columnas marchaban llevando sólo raciones básicas, porque el plan preveía que todos regresaran a Atuátuca una semana después. Ninguna de las tropas encontró demasiada resistencia, pero los rezagados o los pequeños grupos que se separaban del ejército principal a menudo caían en emboscadas. César decidió que sus legionarios eran demasiado valiosos para arriesgarse a sufrir la constante sangría de bajas a la que se enfrentarían si continuaba haciendo incursiones en las tierras él mismo, por lo que emitió un decreto en toda la Galia por el cual otorgaba permiso a todo aquel que lo deseara para saquear a los eburones y sus aliados. Muchos guerreros lo recibieron con satisfacción y enseguida se formaron numerosas partidas de galos que partieron entusiasmados a saquear a la tribu.`

Antes de que César regresara a Atuátuca, el campamento de Cicerón fue atacado por una banda de germanos que, en principio, se había internado en la Galia atravesando el Rin para participar en el saqueo de los eburones, pero luego habían decidido que los carros con el bagaje de los romanos era un blanco demasiado tentador para dejarlo pasar. El ataque fue repelido, pero no antes de que un par de cohortes que se encontraban fuera del campamento resultaran seriamente mermadas. En los Comentarios, Cicerón recibe una ligera reprimenda por desobedecer las órdenes de César y

permitir que las tropas se alejaran demasiado del campamento, pero la crítica es amable hasta el extremo, ya que no deseaba perder el apoyo del legado ni de su hermano. Fue un revés humillante, sobre todo porque tuvo lugar tan cerca del lugar donde se produjo la terrible derrota del invierno anterior, pero, con todo, se trataba de una desgracia menor. El resto del año, César continuó persiguiendo a Ambiórix, pero no llegó a alcanzarlo. Era un asunto desalentador, porque cada vez llegaban más y más aliados galos para hacerse con una parte del botín:

> A todas las aldeas y caseríos que se encontraban, les prendían fuego, saqueaban todos los lugares; los trigos no sólo eran destruidos por tan gran multitud de bestias y hombres, sino que, además, por la estación del año y por las lluvias estaban encamados, de manera que, aunque de momento algunos lograsen esconderse, al retroceder el ejército parecían quedar condenados a perecer de pura miseria.`

César pasó la mayor parte del año 53 a.C. en campaña, comenzando antes de que acabara el invierno y continuando hasta principios de otoño, pero no libró una sola batalla. La única acción significativa fue entablada y ganada en su ausencia por Labieno. Durante ese año, los romanos habían propagado la destrucción y el terror -sobre todo terror, porque los ejércitos sólo destruían lo que estaba en su camino- por una zona muy amplia. El noreste de la Galia sufrió graves estragos y es de destacar el brusco descenso de las cantidades de oro y otros metales preciosos encontrados en vetas de aquella zona después de que César pasara por la Galia. En general, los vestigios arqueológicos muestran una marcada

disminución de la calidad y cantidad de cultura material, y sugiere que la región no se recuperó durante al menos una generación. El peligro de una política de intimidación de ese tipo residía en el hecho de que sembraba las semillas del rencor para el futuro, pero César decidió que la memoria de la derrota de Sabino sólo podría ser erradicada mostrando extrema crueldad. No sabemos en qué momento decidió que su promesa de venganza por la muerte de sus soldados había quedado satisfecha y ordenó a sus esclavos que le afeitaran y le cortaran el cabello. Al final de la temporada de campañas, retiró al ejército y convocó a los líderes de la Galia a otro consejo, esta vez en Durocortorum (hoy Reims), uno de los principales asentamientos de los remos.A principios de año se había contentado con dejar pasar la cuestión de los disturbios surgidos entre los senones y los carnutes, pero ahora investigó el asunto y decidió que el preeminente aristócrata Acón, de los senones, estaba detrás de la disputa. César resolvió imponer una pena más dura de lo que era «su costumbre» y ordenó que Acón fuera azotado públicamente y, a conti nuación, ejecutado. Esta acción impresionó a los líderes de las tribus más aún que la muerte de Dumnórix y tendría graves consecuencias. Es posible que se tratara de una decisión muy meditada por parte de César, pero también puede ser que el deseo de partir hacia la Galia Cisalpina acentuara su impaciencia. El hecho de que una de las personas nombradas por él hubiera sido asesinada y otra expulsada por sus rivales motivó su especial dureza, porque César siempre hizo hincapié en su lealtad y en que le gustaba cuidar a sus «amigos», ya fueran romanos o extranjeros. Fuera cual fuera su reflexión, César dio la orden, dividió a su ejército de modo

que dos legiones pasaron el invierno en una posición desde donde podían vigilar a los tréveros, otras dos debían observar a los lingones y la legión restante, la sexta, se concentró cerca de uno de los principales asentamientos de los senones.26

Después de permanecer año y medio al norte de los Alpes no hay duda de que muchos asuntos requerían su atención en la Galia Cisalpina e Iliria. Probablemente fue en esos meses cuando escribió y publicó los libros quinto y sexto de los Comentarios a las Guerras de la Galias, que cubrían los años 54 y 53 a.C. El libro quinto presentaba cuidadosamente la derrota de Cota y Sabino, no sólo comparando el comportamiento de los dos legados, sino añadiendo asimismo el relato más ejemplar del éxito de la defensa por parte de Quinto Cicerón de su campamento y del heroísmo de sus centuriones y soldados. El libro sexto incluye largas digresiones sobre la cultura gala y germánica, acompañando a la descripción de unas expediciones punitivas en las que hubo muy poco combate y cuya lectura no era dramática en absoluto. Algunos detalles parecen haber sido tomados de obras etnográficas de la época y es tentador interpretarlo como un indicio de que la composición fue especialmente rápida. Repite varias historias extrañas, por ejemplo la de un animal llamado alce, que vivía en lo profundo de los bosques de Germanía y que, como no tenía rodillas, dormía apoyado contra un árbol. Se suponía que los cazadores capturaban esos animales serrando casi por completo el tronco de un árbol de manera que cuando el alce se apoyara en él para dormir, tanto el árbol como el animal se desplomaran. A los griegos y a los romanos les resultaba muy dificil obtener información precisa sobre tierras distantes, pero cuesta creer que un hombre tan

inteligente y educado como César se tomara en serio cuentos tan absurdos. Es muy tentador considerar estos detalles como una rara nota de humor en el reportaje, por lo demás sereno, de los Comentarios, pero es dificil saber si sus lectores los habrían reconocido como tal."

Muchas cosas habían sucedido desde la última vez que César estuvo al sur de los Alpes y la vida pública de Roma había continuado siendo turbulenta, pero el hecho que más relevancia tenía para él había sucedido en el extremo oriental del mundo romano. A finales del año 54 a.C., el apuesto hijo de Craso, Publio, y un contingente de mil jinetes venidos desde la Galia se le habían unido y padre e hijo habían iniciado su anhelada invasión de Partia, aunque apenas lograron nada antes de que terminara la estación de campañas. En la primavera de 53 a.C. reanudaron la ofensiva. Con una fuerza centrada en torno a siete legiones, se sentían llenos de confianza, ya que en el pasado, Lúculo y Pompeyo habían demostrado lo sencillo que era para los romanos aplastar ejércitos asiáticos mucho mayores que los suyos. Los partos estaban igualmente seguros de sí mismos, acostumbrados también ellos a derrotar a sus vecinos sin dificultad, y fue una gran sorpresa para ambos bandos darse cuenta de que este nuevo enemigo era muy distinto de lo que habían conocido hasta entonces.A pesar de la caballería aliada y la infantería ligera, el ejército romano seguía siendo esencialmente una fuerza de infantería. Por el contrario, las tropas de los partos se basaban en dos tipos de caballería: los catafractos, caballería pesada armada de lanzas, en la que tanto el caballo como el jinete estaban protegidos por una coraza, y los veloces arqueros a caballo con sus poderosos

arcos compuestos. Cuando ambos bandos chocaron por primera vez en Carras, el ejército con caballería demostró su superioridad, aunque no por un margen tan grande como se afirma a menudo. Los partos tendieron una trampa a Publio Craso para alejarlo de la fuerza principal y él y sus hombres perdieron la vida, pero la batalla acabó en una situación de tablas tácticas en la que ninguno de los dos bandos era capaz de abatir al otro. Desde luego, los romanos habían sufrido más bajas que los partos y se encontraban lejos de casa. Craso había dado muestras de su antigua destreza militar durante la batalla, pero por la noche, tras la batalla, su espíritu y el de su ejército se quebraron. Se batieron en retirada, algo que no pudo ser fácil porque los romanos marchaban a pie y los partos a caballo. En la persecución, las tropas romanas quedaron prácticamente destruidas. Craso fue asesinado mientras negociaba con el enemigo y su cabeza fue enviada al rey parto. Fue una catástrofe humi liante que hizo que la pérdida de las quince cohortes en Ardenas escasos meses antes pareciera pequeña. Había desaparecido el primero de los triunviros, y el fallecimiento de uno de los hombres más ricos e influyentes de Roma provocó un profundo cambio en el equilibrio político de la República. Al mismo tiempo, la campaña parta reportó fama al cuestor de Craso, que logró guiar una fuerza de supervivientes de regreso a Siria y repeler las razias partias contra la provincia. Su nombre era Cayo Casio Longino, y nueve años más tarde sería uno de los dos cabecillas del nicidio de

XV

EL HOMBRE Y LA HORA:

VERCINGETÓRIX Y LA SUBLEVACIÓN DE LOS PUEBLOS GALOS, 52 A.C.

Los principales de la Galia, reuniéndose en parajes silvestres y apartados, se quejan de la muerte de Acón; hacen ver que lo mismo puede ocurrirles a ellos; lamentan la suerte común de la Galia; prometen los mayores premios a quienes comiencen la guerra y arriesguen su vida por libertar a la patria.

CÉSAR[1]

El éxito de las potencias imperiales siempre se ha basado tanto -o incluso más- en la diplomacia y los acuerdos políticos como en la fuerza militar. Los ejércitos podían y pueden aplastar la oposición oficial, y eran y son capaces de controlar la guerra de guerrillas, aunque puede que no sean capaces de destruirla. Sin embargo, para evitar repetir constantemente las acciones militares, era necesario alcanzar un acuerdo que fuera aceptable para un número suficiente de los pueblos ocupados y, en especial, para aquellos que tenían poder e influencia. Este principio era tan cierto para hombres como Wellesley en la India británica o Bugeard en el norte de África como lo era para César en la Galia. Todos ellos eran soldados con talento que habían obtenido grandiosas victorias en el campo de batalla, pero cada uno de ellos se había percatado de que eso no servía sin una efectiva diplomacia y una competente

administración. Para los senadores, la íntima conexión entre la guerra y la política en la República romana ayudaba a prepararlos para este aspecto de su papel como gobernador provincial. También era importante el hecho de que la expansión romana más allá de Italia no consistía en erradicar a la población indígena y sustituirla con colonos romanos o ni siquiera en imponer una élite romana que explotara a la población sometida. A pesar de todas las matanzas y la esclavización masiva que acompañaban al imperialismo romano, la pro vincia de la Galia que creó César sería habitada por las tribus que habitaban allí cuando él llegó. En la mayoría de los asuntos cotidianos serían gobernados por líderes procedentes de su aristocracia. La conquista permanente se basaba en persuadir a las tribus y a sus jefes de que les convenía más aceptar el dominio romano que oponerse a él.2

Desde el principio, César comprendió esa perspectiva y envolvió sus campañas firmemente en un contexto político. Sus intervenciones iniciales en la Galia se produjeron en respuesta a llamadas de las tribus aliadas. Los invasores fueron expulsados, pero los adversarios galos fueron tratados con mucha menos dureza que los enemigos germanos y, después de ser derrotados, pasaron a ser aliados romanos que merecían su protección. César se reunía con los líderes tribales con frecuencia: al menos había un consejo cada año y, por lo general, dos o más. Prestaba especial atención al equilibrio de poder dentro de cada tribu e intentaba hacerse una idea del carácter e inclinaciones de cada uno de los jefes. Ciertos hombres recibían su favor, reforzaba su posición dentro de las tribus para contar con líderes que estuvieran en deuda con él.

Uno de ellos era Diviciaco, que, prácticamente, se convirtió en el líder de los eduos durante varios años y consiguió que otras tribus estuvieran en deuda con él a su vez al lograr que el procónsul les hiciera favores. Comio, que fue el enviado de César en Britania, fue erigido rey de su propia tribu, los atrebates, y también recibió el cargo de jefe de los menapios. Sería un error considerar a estos hombres como meros colaboracionistas, simples instrumentos en manos de los imperialistas romanos: cada uno de ellos tenía sus propias ambiciones. La llegada de las legiones de César a la Galia no podía pasarse por alto. Las demás potencias -los helvecios, Ariovisto y los emigrantes germanos- habían sido expulsadas y ya no podían servir como contrapeso a los romanos. Conseguir el favor de César proporcionaba importantes ventajas a los jefes y, en lo que a ellos respectaba, lo estaban utilizando tanto como él los estaba utilizando a ellos. La influencia del procónsul era considerable, pero no podía controlar la política interna de las tribus, como demostró el rechazo de los reyes que él había nombrado entre los senones y los carnutes. La aristocracia gala no había experimentado ningún cambio fundamental a consecuencia de la llegada de César y los jefes seguían compitiendo por el poder. La alianza con Roma brindaba ciertas ventajas, pero estas no eran necesariamente enormes y había otras fuentes de pres tigio y riqueza. La posición de rey era precaria en la mayor parte de las tribus, por lo que, aunque César elevara a un hombre hasta la monarquía, no había ninguna certeza de que lograra permanecer allí.'

La comprensión y manipulación de la política tribal por parte de César solía ser excelente, pero durante el invierno de

53 a 52 a.C., su política fracasó de forma estrepitosa. Los motivos del fracaso fueron varios, pero la causa fundamental fue la percepción creciente de hasta qué punto su presencia había alterado la situación, en especial para los pueblos celtas/galos del centro y sur de la Galia, uno de los tres grupos en los que los Comentarios dividían «la totalidad de la Galia». Estas tribus todavía no habían librado ninguna batalla significativa con César, aunque fue en sus tierras donde se desarrollaron las campañas contra los helvecios y Ariovisto. Al controlar las rutas comerciales con el mundo romano, tribus como los eduos, los sécuanos y los arvernos eran más ricas y más avanzadas políticamente que los pueblos del norte. Habían ayudado a César, que, a cambio, había tratado con preferencia a las tribus y líderes que más apoyo le habían brindado y había luchado -o, al menos, eso sostenía él- en su nombre contra los helvecios y Ariovisto. Ahora, a lo largo del siguiente año, casi todos ellos se volverían contra él. No se trataba únicamente de una cuestión del levantamiento de aquellos que no habían gozado del favor del procónsul y habían visto como sus rivales eran colocados en una situación superior a la suya: entre los rebeldes acabaron figurando muchos jefes a quienes les había ido bastante bien bajo el dominio de Roma. Esa nueva actitud provenía del hecho de haber comprendido que César y sus legiones estaban en la Galia para quedarse, y que no retornarían a los confines de la provincia transalpina después de unas cuantas veloces campañas. Roma esperaba ahora que su poder fuera reconocido de manera permanente en toda la Galia. El aliado se había convertido en el conquistador sin haberse enfrentado siquiera a una resistencia importante por parte de los pueblos

celtas.

Algunas de las acciones de César habían revelado de forma brutal esta nueva realidad. La ejecución sumaria de Dumnórix y la flagelación y decapitación de Acón -es probable que esto fuera especialmente humillante porque la cabeza poseía una enorme importancia en la religión gala- mostraba que el procónsul no tenía ningún reparo en deshacerse de los líderes que habían sido acusados de conspirar contra él. Resultaba espantoso ver morir de ese modo a grandes jefes galos y sugería que nadie estaba totalmente a salvo. En retrospectiva, podemos pensar que las acciones de César fueron erradas, pero no es fácil saber cómo se podrían haber gestionado ambas situaciones de manera más efectiva. En última instancia, la ejecución de Acón fue la chispa que encendió la rebelión, pero es probable que el levantamiento se hubiera producido de todos modos en algún momento. En los Comentarios, César reconoció abiertamente que muchos de sus adversarios estaban luchando por su libertad, que él debía arrebatarles por el interés de Roma. Una buena parte de la aristocracia gala decidió que el dominio constante de Roma significaba que perderían más de lo que ganarían. Los romanos hablaron de la paz como un resultado de su victoria, pero en realidad las campañas de César habían impuesto la paz por la fuerza a las tribus: la guerra había desempeñado un papel central en la cultura y la sociedad gala durante mucho tiempo, y los jefes eran ante todo caudillos de guerra, cuyo poder se medía por el número de guerreros de su séquito. Las tribus ya no eran libres de luchar entre sí, y ahora la gloria marcial sólo podía lograrse combatiendo como aliados del ejército romano. Los jefes poderosos sabían que apoderarse de

la monarquía en su propio pueblo provocaría una represalia inmediata si el gobernador romano no estaba de acuerdo. También era más dificil crear una red de amigos, aliados y clientes con los líderes de otras tribus. El mundo había cambiado y los jefes de las tribus se encontraban con que carecían de la libertad completa que antes disfrutaban para gobernar sus tribus a la manera tradicional. Aunque César interfería sólo de forma ocasional en los asuntos cotidianos de las tribus, seguía siendo evidente que era capaz de hacerlo. La libertad política había sido limitada por un supuesto aliado y junto con ella habían perdido la libertad de asaltar y decapitar a sus vecinos, o hacerse con el poder por la fuerza en la propia tribu. Los jefes eran juzgados por el tamaño de sus séquitos, pero era dificil mantener esas escoltas sin poder librar batallas y realizar incursiones con regularidad. En toda la Galia se había extendido el resentimiento y durante los meses de invierno hubo reuniones secretas en las que se habló y se planeó la insurrección. Muchas tuvieron lugar en el territorio de los carnutes, tal vez porque contenían lugares de culto sagrados para todos los galos. Los líderes no podían intercambiar rehenes para cimentar nuevas alianzas, ya que probablemente sus acciones habrían He gado a oídos de los romanos, así que lo que hicieron fue apilar de forma simbólica sus estandartes y hacer juramentos.4

El creciente rechazo hacia la presencia romana en las Galias estimuló a los conspiradores, pero también habían detectado una oportunidad. César se había marchado al sur de la provincia, a la Galia Cisalpina, y sabía por experiencia que era poco probable que sus legados emplearan la fuerza hasta que retornara en primavera. Existía incluso la esperanza de

que no pudiera volver porque había corrido la voz de que Roma estaba inmersa en el caos. Las historias no eran inventadas, dado que después de que Craso y Pompeyo se hubieran marchado para hacerse cargo de sus mandos, la vida pública de la ciudad había estado llena de turbulencias. En las elecciones consulares del año 53 a.C. se habían descubierto casos de soborno a una escala que era pasmosa incluso para los estándares de la República y, después de repetidos trastornos, estas todavía no se habían celebrado cuando comenzó el año. Clodio se presentaba a la pretura para el año 52 a.C., prometía una reforma electoral que beneficiaría a los libertos, y muchos de ellos engrosaron las filas de las bandas que utilizaban la violencia para respaldar su campaña. Contra ellos, su antiguo enemigo Milón, que también buscaba alcanzar el consulado, alineó a su propia banda de matones y gladiadores, y la violencia que siguió impidió una vez más la celebración de las elecciones, por lo que dio comienzo un nuevo año sin que hubiera cónsules o magistrados superiores para guiar la República. El 18 de enero de las bandas rivales se encontraron en la Vía Apia, a las afueras de Roma, y en la lucha que se produjo a continuación Clodio resultó muerto. Al día siguiente sus seguidores llevaron su cuerpo a la Casa del Senado, construyeron una pira y lo incineraron, quemando el edificio en el proceso. No por primera vez se habló de erigir a Pompeyo dictador para restaurar el orden por la fuerza. Se decretó una leva de ciudadanos en edad militar y residentes en Italia en caso de que se requirieran fuerzas de emergencia. César aplicó debidamente esta medida en la Galia Cisalpina y, por supuesto, observó los acontecimientos de Roma con vivo interés. Un comentario

casual en una carta escrita unos dos años después nos revela que Cicerón viajó hasta Rávena, en la provincia cisalpina, para reunirse con César. Sin duda el orador no era el único visitante y es posible que fuera en aquella época cuando César presentó su propuesta de renovar el vínculo matrimonial con Pompeyo. Los galos se equivocaban al pensar que los problemas de Roma evitarían el regreso de César, pero desde luego acertaban al adivinar que ellos no serían el principal foco de su atención en esos meses. Si a sus legados en la Galia les había llegado algún informe de los planes de rebelión, entonces lo desoyeron o no lo creyeron. El estallido de la revuelta fue una sorpresa total para los romanos.'

Los carnutes se habían comprometido a lanzar el primer ataque. Dos de sus jefes guiaron a sus guerreros hasta el pueblo de Cenabum (la actual Orléans) y masacraron a los comerciantes romanos que vivían allí. También asesinaron a un équite que César había designado para supervisar el suministro de grano. Las nuevas de la matanza se propagaron con rapidez: según los Comentarios, a medianoche ya se sabía a una distancia de unos doscientos sesenta kilómetros. El siguiente en tomar las armas fue un joven aristócrata arverno llamado Vercingetórix. Su padre había dominado durante un tiempo gran parte de la Galia, pero había sido asesinado por la tribu cuando intentó convertirse en su rey. César conocía aVercingetórix; al parecer, era uno de esos jóvenes aristócratas a los que el procónsul había tratado de ganarse. Su pasada amistad fue puesta a un lado para comenzar a formar un ejército, pero su tío y otros hombres importantes de la tribu le expulsaron a la fuerza del principal asentamiento de los arvernos, Gergovia (probablemente a pocos kilómetros de la

actual Clermont). Sin desanimarse, reclutó más hombres, que, según César, eran vagabundos y parias, pero es posible que, en realidad, fueran guerreros que, sencillamente, carecían de un jefe que les mantuviera. Con esta nueva fuerza, regresó a su ciudad, obligó a sus oponentes a salir de Gergovia y fue proclamado rey por sus hombres. Prácticamente todas las tribus de las tierras occidentales hasta la costa atlántica se unieron con prontitud a él, y sus jefes le reconocieron como su adalid. Desde el principio, su actitud fue muy diferente de la de la mayoría de comandantes galos, y trató de imponer disciplina en su ejército y organizar su abastecimiento. César sostiene que la desobediencia era castigada con la muerte o la mutilación.'

Pronto, Vercingetórix estaba listo para atacar a las tribus aliadas de Roma que había elegido como objetivo. Mientras otro jefe lanzaba una tropa contra los remos, él dirigió su propio ejército contra los bituriges, que vivían al norte de su propio pueblo. Los bituriges tenían una relación de dependencia con los eduos y, de inmediato, les pidieron su protección. Estos, a su vez, consultaron a los legados de César, que les recomendaron enviar un ejército para ayudar a los bituriges. Llama la atención que los oficiales romanos no actuasen personalmente y sugiere que todavía no eran conscientes de la magnitud del levantamiento. Con excepción de Labieno, parece que los legados de César fueron hombres de modesto talento, por lo que nunca les animó a tomar demasiadas iniciativas en su nombre. Todavía era invierno, lo que hacía dificil -aunque no imposible, como había demostrado César un año antes- emprender operaciones marciales. El momento más débil de las revueltas es su

comienzo, mientras muchos reclutas potenciales están aguardando a ver si la rebelión tiene o no posibilidades de triunfar. Por lo general, los comandantes romanos intentaban atacar lo antes posible ante cualquier signo de rebelión, pero, en este caso, la reacción fue desganada. Los eduos respondieron de forma igualmente vacilante. Su ejército alcanzó el Loira, que marcaba la frontera entre sus propias tierras y los bituriges. Allí se detuvieron unos cuantos días, antes de retirarse, alegando que los bituriges estaban confabulados con Vercingetórix y planeaban atacarles en cuanto cruzaran. César comenta que, aun después de la revuelta, no estaba seguro de si los líderes de las tropas eduas realmente creían en esa confabulación o estaban ya preparando la traición. Tras su retirada, los bituriges se unieron sin reservas a la rebelión.'

Tal vez a esas alturas los oficiales de César estaban empezando a darse cuenta de que se avecinaba algo grande, y cuando le informaron correspondientemente de este episodio se convenció de inmediato de la necesidad de volver a reunir el ejército. En aquel momento la situación en Roma se había estabilizado bastante. Pompeyo había sido erigido cónsul único en vez de dictador y había introducido a sus tropas en la ciudad para restablecer el orden por la fuerza. César atravesó los Alpes en dirección a la Galia Transalpina. Para entonces, más tribus -algunas de forma voluntaria y otras bajo coacción- se habían unido aVercingetórix y los rebeldes. La revuelta iba adquiriendo más y más ímpetu. Las tribus leales a Roma o sus aliados más estrechos eran atacados sistemáticamente y la mayoría estaba cambiándose de bando. César se hallaba en una de las peores situaciones posibles para cualquier general,

separado de su ejército por cientos de miles de kilómetros en un momento en el que un enemigo les había atacado. Si ordenaba a sus tropas que marcharan para unirse a él, podrían encontrarse con la fuerza principal del adversario en el trayecto y verse obligados a luchar sin él, lo que podría significar la derrota o, con suerte, una victoria en la que el mérito se adjudicara a Labieno o a otro de sus legados. Existían asimismo grandes riesgos si él se aproximaba a las legiones, porque su escolta sería reducida y, con tantas tribus pasándose a los rebeldes, no sabría en qué jefes podía confiar. Pese a las complicaciones, no creemos que tardara mucho en tomar su decisión, porque César siempre prefería ponerse a sí mismo en peligro que arriesgar a su ejército. Aun después de seis años de victorias, sabía que una mala derrota era todo el argumento que necesitaban sus enemigos de casa para destruir su reputación.También sabía que sería más rápido que él mismo, sus asistentes y probablemente algunos empleados más, además de una escolta de cuatrocientos jinetes germanos se dirigieran a toda velocidad hacia el ejército que si las legiones avanzaban hacia su posición. Sin embargo, antes de que pudiera emprender la marcha, la misma provincia transalpina resultó amenazada: varias tribus que habitaban en la frontera se habían unido a los insurrectos y ahora una fuerza rebelde había invadido la provincia y se dirigía hacia la colonia de Narbona.'

CONTRAATAQUE

César corrió hacia allí y organizó su defensa. No había legiones en la provincia, pero contaba con una serie de cohortes reclutadas entre la población local, así como los grupos de nuevos reclutas que traía de la Galia Cisalpina. Es

probable que también le acompañaran los jinetes de las tribus de la provincia. Algunos estaban estacionados formando una línea defensiva para protegerse de posibles ataques y pronto obligaron a los asaltantes a retirarse, pero dio orden de que el grueso de la caballería se concentrara en las tierras de una de las tribus galas que vivían en la provincia, los helvios. Desde allí guío a este improvisado y, en buena medida, inexperto ejército a través del paso de los montes de Cevennes y descendió para atacar a los arvernos. Los cogieron totalmente desprevenidos, porque aún era invierno, e incluso los locales daban por supuesto que el camino estaría cerrado por la nieve. Los hombres de César trabajaron sin descanso para despejar un sendero de ventisqueros de casi dos metros de altura y, a continuación, siguieron adelante para alcanzar el territorio de los arvernos. Una vez allí, César ordenó a su caballería que se adelantara en pequeños destacamentos, dándoles instrucciones de que se extendieran por una amplia zona, que incendiaran y mataran. Es probable que el daño que infligieron fuera pequeño, pero el ataque dio la impresión de ser el inicio de una invasión en toda regla. Los arvernos enviaron mensajeros a Vercingetórix, que estaba acampado con su ejército principal a unos ciento sesenta kilómetros al norte, entre los bituriges. El líder galo puso a sus tropas en marcha en dirección al sur para tranquilizar a su propio pueblo. Después de dos días de asaltar la región circundante, César dejó a Décimo junio Bruto al mando, con instrucciones de que continuara enviando la caballería en expediciones de saqueo. El procónsul anunció que necesitaba regresar a la provincia para reclutar más tropas y jinetes aliados, pero que regresaría tres días después. Parece que confiaba en que estas

noticias llegaran con rapidez al enemigo, ya que, tras volver a atravesar las montañas, se dirigió a caballo a toda prisa hacia Vienne (no Viena, la actual capital de Austria, sino una ciudad en el valle del Ródano).Antes, había dispuesto que una fuerza de caballería le esperara allí. Sin hacer un alto ni siquiera de una noche, siguió camino con sus jinetes cabalgando al galope a través de las tierras de los eduos hasta que alcanzó a las dos legiones que estaban pasando el invierno entre los lingones, en el norte de la provincia. Una vez allí, se detuvo, pero envió emisarios a las demás legiones y les ordenó que se concentraran en Agedincum (se cree que estaba cerca de la actual Sens). Había sido un viaje audaz a través de un territorio potencialmente hostil. (Suetonio cuenta una historia en la que César se disfraza de galo para alcanzar a su ejército durante una rebelión que, en caso de ser cierta, podría hacer referencia a este incidente). El comandante y sus tropas volvían a estar juntos. Ahora era cuestión de recuperar la iniciativa.'

A Vercingetórix le había cogido por sorpresa el ataque por las Cevennes y había tardado varios días en darse cuenta de que se trataba sólo de un amago de asalto. Entonces retornó a su plan de lanzarse contra las tribus que seguían siendo leales a Roma.Volvió a entrar por el área septentrional y atacó a los boyos, que habían acompañado a los helvecios en el año 58 a.C. y a quienes se les había permitido asentarse en sus tierras a petición de los eduos. El ejército galo sitió una de las principales pobla ciones en un lugar denominado Gorgobina. Aún era invierno y sería dificil abastecer a las legiones si reanudaban las operaciones militares, ya que no había tiempo para preparar las maniobras, recopilar comida y transportar a

los animales. No obstante, si César se retrasaba, los boyos podrían ser obligados a capitular y a unirse a la rebelión, con lo que Vercingetórix quedaría libre para atacar otras tribus y clanes aliados de los eduos, demostrando a todos que incluso los eduos, el pueblo que más unido estaba a Roma, había sido incapaz de proteger a sus amigos. Si eso sucedía, entonces las demás tribus encontrarían pocos incentivos para permanecer leales a Roma.Antes que tolerar «semejante afrenta», César decidió mandar enviados a los boyos para decirle que él y el ejército iban en su auxilio. Los eduos recibieron instrucciones de reunir tantas provisiones de grano como necesitara el ejército. A continuación, dejando dos legiones vigilando sus carros de bagaje en Agedincum, se dirigió con las otras ocho a ayudar a los boyos. La columna iba acompañada de una débil fuerza de caballería, porque César no había tenido oportunidad de reclutar los habituales contingentes de las tribus. Los romanos contaban asimismo con pocos alimentos, lo que significaba que no podrían permitirse permanecer en el campo de batalla demasiado tiempo a menos que fueran capaces de encontrar una nueva fuente de suministro. Era arriesgado, pero era mejor que quedarse cruzados de brazos y ver cómo la revolución adquiría fuerza y velocidad. La inactividad sería considerada una debilidad, pero si mostraban una fachada audaz y contraatacaban, podrían hacer que las tribus y los jefes dubitativos se detuvieran, al menos por el momento.`

Un día después, César llegó a Vellaunodunum, uno de los pueblos amurallados de los senones. Las legiones empezaron el asedio del lugar y, al tercer día, los habitantes se rindieron y prometieron entregar sus armas, seiscientos rehenes y -la más

importante necesidad inmediata del ejército- bestias de carga. En su avance, los romanos llegaron con prontitud a Cenabum, el lugar donde había comenzado la rebelión con la masacre de los mercaderes romanos. César llegó hasta allí en sólo dos días, sorprendiendo a las gentes de la ciudad que todavía no habían terminado los preparativos para resistir un asedio. Cuando llegaron las legiones ya era tarde, de manera que el procónsul decidió posponer su asalto hasta la mañana siguiente. Sin embargo, también ordenó a dos legiones que permanecieran en armas durante la noche, por si acaso los vecinos resolvían escapar hacia la otra orilla del Loira. Sus sospechas resultaron correctas y, cerca de la medianoche, los exploradores romanos informaron de que varios grupos de personas se dirigían desde el pueblo hacia el puente que cruzaba el río. Apenas hubo resistencia cuando envió sus dos legiones hacia la ciudad, mientras que la congestión sobre el puente impidió a muchos de ellos escapar a la cautividad. César ordenó que saquearan el pueblo y luego lo quemaran, y se cree que hizo que la mayoría de los prisioneros fueran vendidos como esclavos. Después, cruzó el Loira y se lanzó contra los bituriges. Los romanos habían recuperado la iniciativa, forzando aVercingetórix a responder a sus acciones y no viceversa. El galo ya había abandonado su ataque contra los boyos y había regresado a toda prisa a ofrecer su protección a los bituriges. El ejército galo llegó en el preciso momento en que los romanos estaban aceptando la rendición del pueblo de Noviodunum, lo que indujo a sus habitantes a reanudar la lucha, expulsar a los centuriones y los pequeños grupos de soldados que habían atravesado las murallas. Se produjo un combate de caballería en los campos a las afueras

del pueblo que los romanos ganaron cuando César envió su banda de cuatrocientos germanos. Este éxito menor, así como el hecho de que los romanos estaban cerca de los muros y el grueso del ejército galo a una cierta distancia, impulsó al pueblo de Noviodunum a cambiar de opinión una segunda vez, y se volvieron a rendir, entregando a los hombres responsables de la violación de la tregua. César reanudó su avance y se dirigió a Avaricum (actual Bourges), una de las poblaciones más importantes y, sin duda, la mejor defendida de los bituriges. Ahora que había recuperado la iniciativa, era esencial mantenerla y no darle al enemigo ninguna oportunidad de recuperarse."

Desde el principio,Vercingetórix albergaba serias dudas sobre sus posibilidades de vencer a las legiones en batalla, y la velocidad con la que los romanos habían tomado tres ciudades había confirmado su respeto por su capacidad ofensiva y de asedio, así que planeó seguir de cerca a su adversario y tender emboscadas a pequeños destacamentos, pero no arriesgarse a entablar un encuentro masivo. Su intención era privar a los romanos de suministros, y para hacerlo ordenó a sus seguidores que fueran absolutamente despiadados: «[…] que se descuidaran los intereses particulares, era necesario incendiar las aldeas y caseríos en todo el territorio adonde, durante su marcha, pudieran llegar los enemigos en busca de forraje».' Incluso pueblos enteros que no podían ser protegidos del enemigos debían ser destruidos para impedir que las legiones se hicieran con las reservas de alimentos que contenían. En respuesta a esta orden, los bituriges prendieron fuego a veinte de los principales asentamientos.Vercingetórix argumentó que, por muy terrible que eso fuera, la alternativa

era la muerte para los guerreros y la esclavitud para sus familias. Su estrategia era considerablemente más sofisticada que las empleadas por anteriores adversarios de César y es evidente queVercingetórix debe haber poseído bastante carisma y carácter para persuadir a sus partidarios de la necesidad de medidas tan severas. Es sorprendente cuánto estaban dispuestas a sacrificar las tribus, pero no que, en ocasiones, rehusaran aceptar las condiciones. Después de que todos los líderes de los bituriges suplicaran por su salvación, Avaricum no resultó destruida. A regañadientes,Vercingetórix hizo una excepción con esta población, aunque no creía como ellos que sus defensas naturales y artificiales la hicieran

Es indudable que Avaricum era un objetivo más complejo que las ciudades que habían conquistado con tanta facilidad las pasadas semanas. Al estar rodeada por un río o marismas por la mayoría de sus lados había sólo una ruta práctica para el asalto, y era casi imposible levantar un bloqueo sólido. El ejército de César acampó al pie de esta pendiente y comenzó a construir una rampa que les permitiera alcanzar el muro. Los legionarios también fabricaron manteletes y refugios para proteger a los trabajadores a medida que se fueran aproximando al enemigo, y dos torres de asedio para ascender la rampa cuando estuviera terminada. Lo más posible es que las ocho legiones de César estuvieran mermadas, de forma que contaba quizá con veinticinco mil o treinta mil hombres, junto con unos pocos miles de auxiliares y muchos más esclavos y seguidores del campamento. Era muy dificil abastecer esa fuerza mientras estaba avanzando. Cuando se dispusieron a sitiar Avaricum, la tarea resultó casi imposible: salir a encontrar comida era improductivo y peligroso, ya

queVercingetórix estaba acampado a menos de veintiséis kilómetros de distancia y fueron tras todos los destacamentos que enviaron los romanos, aniquilando a aquellos grupos que quedaban desprotegidos. El procónsul mandó repetidos mensajes a los eduos y los boyos para pedirles que enviaran convoyes de provisiones, pero los víveres que llegaron fueron muy escasos. Los eduos no mostraron mucho entusiasmo a la hora de emprender esta tarea -quizá en parte- porque habían sido una de sus principales fuentes de suministro desde 58 a.C. Los boyos seguían estando agradecidos por su respaldo, pero eran un pueblo demasiado pequeño para contar con mucho excedente de grano disponible. La estrategia de Vercingetórix de arrasar todo lo que pudiera serle útil a César estaba empezando a hacerse sentir. En un momento dado, los romanos agotaron por completo sus provisiones de grano, pero, afortunadamemente, los recolectores habían traído suficientes reses para sacrificarlas y contar con una ración de carne. César alabó a sus hombres por la fortaleza que demostraban al seguir trabajando pese a recibir sólo una exigua y monótona cantidad de alimento. (El persistente mito de que los legionarios romanos eran vegetarianos se basa en un malentendido respecto a este y otro par de pasajes. Por lo general, comían una dieta equilibrada de carne, grano y verduras. Lo excepcional en este caso era que estaban recibiendo sólo carne, no que la estuvieran comiendo).14

A pesar de la escasez y de la vigilante amenaza del principal ejército galo -porque Vercingetórix se mantenía en estrecha comunicación con los defensores de la ciudad-, los legionarios seguían trabajando en las construcciones de asedio. César iba recorriendo las líneas mientras trabajaban, inspeccionando las

obras y animando a los hombres. En varias ocasiones les ofreció abandonar el asedio y retirarse si sentían que la tarea les superaba. Era una manera inteligente de sacar beneficio del orgullo de los legionarios y sus unidades, ya que nadie deseaba que los demás vieran que era el primero que se daba por vencido. Los hombres le imploraban que les dejara terminar la labor antes que sufrir la vergüenza de rendirse. El recuerdo de la masacre de los romanos en Cenabum seguía vivo y provocaba una ira generalizada. César nos cuenta que los soldados pedían a sus oficiales que, al hablar con él, hicieran hincapié en su determinación de continuar y su fe absoluta en la victoria. Para entonces la rampa había crecido, aunque todavía no estaba suficientemente cerca para que los arietes hicieran una brecha.

No sólo eran los romanos los que tenían que hacer frente a problemas de abastecimiento, el campamento galo también sufría una grave escasez. En parte se debía simplemente a la estación y a la necesidad de permanecer en un lugar, pero también subraya la falta de organización logística de los ejércitos tribales.Vercingetórix era mejor comandante que la mayoría de líderes galos y su ejército era más flexible y estaba mejor preparado que la fuerza tribal media, pero seguía estando muy a la zaga del ejército romano en esos aspectos. Puede que el progreso del sitio le hiciera sentir que necesitaba una nueva victoria para alentar a sus hombres. El ejército galo se aproximó un poco más al pueblo.A continuación, Vercingetórix se puso a la cabeza de sus tropas de caballería y de infantería ligera con la esperanza de tender una emboscada a los recolectores romanos. César descubrió sus intenciones, ya fuera por las patrullas, los prisioneros o los desertores, y

lanzó al grueso de su ejército para amenazar el campamento galo. El enemigo formó para enfrentarse a él, pero la posición de los galos era demasiado fuerte para atacar sin sufrir excesivas bajas. Los legionarios estaban deseosos de combatir, animados por su historial de éxitos y abrumados por la frustración causada por el duro trabajo y las escasas raciones. César les explicó que no sufriría bajas innecesariamente, porque «estimaba la vida de ellos más que la propia». Los romanos observaron al enemigo durante un tiempo y, a continuación, marcharon de vuelta al campamento. La amenaza había bastado para lograr que Vercingetórix cambiara de planes y regresara a su fuerza principal. César había dejado claro que no podía ejercer tanta presión si no estaba dispuesto a pelear. Por un tiempo, hubo disensiones en el ejército galo, algunos incluso alegaban que Vercingetórix estaba confabulado con los romanos y deseaba ser erigido rey de toda Galia con el respaldo de César. Es más que posible que los dos hombres se hubieran conocido y muy probable que Vercingetórix hubiera gozado incluso de algunos favores de César cuando cultivaba el trato con la aristocracia arverna. Al final, les calmó mostrándoles unos esclavos romanos que había capturado y diciendo que eran legionarios. Los esclavos habían sido aleccionados para contar una historia lastimera de las penurias y escaseces del campamento romano. Tras convencer a los hombres de lo acertado de su plan, él y los demás jefes seleccionaron a diez mil guerreros y los enviaron a reforzar Avaricum.15

Los asedios eran pruebas de ingenio además de demostraciones de determinación. Parte de la importancia de Avaricum procedía de las minas de hierro de la zona, por lo

que había mineros especializados disponibles para tratar de socavar la rampa romana. Otros hombres trabajaban en la fabricación de torres de madera para reforzar el muro y seguían añadiendo madera a medida que los romanos incrementaban la altura de sus propias máquinas. Cuando el defensor o el atacante obtenían una ventaja, el otro intentaba idear una forma de arrebatársela. No obstante, al final los romanos contaban con más destreza en las obras de ingeniería y, a pesar de las frecuentes incursiones destinadas a incendiarlas, veinticinco días después, la rampa estaba prácticamente completa. En general, medía cien metros de ancho y veinticinco de altura y casi había alcanzado el muro del pueblo, de modo que los arietes pronto estuvieron situados en las torres. Esa noche los defensores prendieron fuego a los soportes de madera con el fin de hacer caer la rampa o quemarla. En la madrugada, los centinelas romanos vieron humo saliendo de la rampa, casi de inmediato se oyó un grito que subía desde el muro y dos grupos de defensores cargaron desde puertas separadas llevando antorchas hasta material incendiario, además de armas. Obedeciendo órdenes de César, dos legiones debían velar durante las horas de oscuridad y más tropas romanas fueron en su ayuda cuando estalló un furioso combate en el que las fuerzas avanzaban y retrocedían alternativamente. Algunos de los legionarios rechazaron al enemigo, mientras que otros arrastraron las torres hasta ponerlas a buen recaudo, aunque no lograron salvar algunos de los manteletes y refugios de la parte superior de la rampa. Era una lucha desesperada y en los Comentarios César hace una de esas raras menciones de un incidente menor del que fue testigo. Un guerrero galo se situó cerca de

una de las puertas de la ciudad y comenzó a arrojar trozos de brea y sebo contra las obras romanas. Fue asesinado por la saeta lanzada por un escorpión: una de las piezas de artillería ligera romana que arrojaba su proyectil con gran precisión y tremenda fuerza. Tan pronto como cayó, otro ocupó su lugar, y luego otro y otro más, pues cada uno de ellos resultó derribado por una saeta de la misma ballesta. Es evidente que César se sentía impresionado por su valor, algo que los Comentarios nunca intentaron negarle a los galos, aunque César tendía a describir ese valor como algo inferior a la disciplinada valentía de las legiones.`

Tras una dura lucha, los defensores tuvieron que retirarse al interior de sus murallas, sin haber logrado causar suficiente daño para suponer un grave obstáculo para los romanos. Un día después, obedecieron con gusto a Vercingetórix cuando les instó a escapar del pueblo. Al abrigo de la oscuridad, los guerreros trataron de escabullirse de la ciudad y abrirse paso a través de las marismas hasta el ejército principal. El intento fracasó cuan do sus familias, a las que habían abandonado, se percataron de lo que estaba ocurriendo y empezaron a lanzar tales gritos que los guerreros temieron que descubrieran su propósito. Al día siguiente -el veintisiete del asedio- los legionarios completaron la rampa. Llovía mucho y César decidió asaltar de inmediato, pensando que era posible que los sitiados hubieran bajado sus defensas. Se dieron órdenes para el asalto y se efectuaron los preparativos necesarios: las tropas atacantes formaron resguardados por los refugios de las máquinas de asedio para ocultar la intención de los romanos. Los generales romanos siempre estaban dispuestos a alentar la audacia individual y el procónsul prometió fabulosos premios

a los primeros hombres que saltaran las murallas. A una señal, los hombres surgieron repentinamente de su escondite y cargaron, reduciendo a los desprevenidos defensores y apoderándose de las murallas. Unas cuantas partidas de galos formaron en áreas abiertas como la zona del mercado, pero su coraje se vino abajo cuando vieron a grandes cantidades de romanos apareciendo por las murallas. A lo largo de la historia, las tropas que han asaltado una posición fortificada a menudo han tendido a causar graves estragos una vez que consiguen entrar. Los asedios siempre han sido operaciones difíciles y peligrosas, el propio asalto aún más arriesgado y con frecuencia resultaba dificil que los hombres que habían soportado ambas cosas se calmaran una vez dentro, sobre todo porque en las estrechas calles ya no eran vigilados por sus oficiales. Cuando se asaltaba un pueblo lo normal era asesinar a cualquiera que opusiera la más mínima resistencia y violar a las mujeres. Esta vez los soldados tenían un ánimo todavía más fiero de lo habitual en tales ocasiones. César cuenta que los legionarios «hasta tal punto estaban enfurecidos por la matanza de Cenabo y por las fatigas del asedio, que no perdonaron ni a ancianos, ni a mujeres, ni a niños. Finalmente, de toda aquella multitud, que casi llegaba a los cuarenta mil, apenas ochocientos, que al oír los primeros gritos habían salido de la ciudad, llegaron incólumes a

Aproximadamente un siglo antes Polibio había descrito cómo, en ocasiones, los romanos masacraban con deliberación a los habitantes de un pueblo capturado, asesinando incluso a los animales que encontraban a su paso, con el fin de inspirar terror y persuadir a futuros enemigos de que les convenía rendirse y lograr así que el asalto resultara innecesario. No hay

razón por la que César no nos lo hubiera contado si hubiera or denado la aniquilación de la población de Avaricum como un aviso. Había hablado abiertamente de otras masacres y ejecuciones en masa y ningún lector romano se sentiría demasiado disgustado por la suerte de unos enemigos extranjeros. Por lo visto, aquella salvaje matanza fue provocada por la pura rabia por parte de los legionarios, que estaban frustrados y cansados tras un asedio dificil, en el frío del invierno y con escasísimas provisiones. La masacre de los habitantes -aunque tal vez no fuera exactamente tan absoluta como afirma César, el número de víctimas debió de ser muy alto- no les beneficiaba desde una perspectiva pragmática, ya que cada defensor asesinado era un esclavo menos que vender para enriquecimiento de todos. Dicho esto, César no parece haber hecho ningún esfuerzo por detener a sus hombres, aunque es muy discutible que lo hubiera logrado en cualquier caso."

REVÉS EN GERGOVIA

César permitió que su ejército descansara durante varios días después del saqueo de Avaricum. Descubrieron considerables reservas de grano y otras provisiones dentro del pueblo, lo que alivió en buena medida la situación del abastecimiento. Acababa de empezar la primavera y la labor de recolección era ahora más práctica. Las dos legiones que quedaron al cargo del bagaje marcharon a unirse a la fuerza principal. César estaba deseoso de reanudar la ofensiva para impedir queVercingetórix recuperara la iniciativa, pero recibió una petición de los eduos que no podía permitirse pasar por alto: dos hombres sostenían haber sido elegidos magistrados supremos de la tribu en el puesto de Vergobret.

Evidentemente, la disensión entre los jefes de su mayor y más importante aliado tribal era peligrosa durante una rebelión, puesto que era probable que un bando o el otro solicitara el apoyo de Vercingetórix. Teniendo en cuenta que el Vergobret no estaba autorizado a abandonar el territorio de la tribu en su año de mandato, César se dirigió urgentemente hacia el sur para reunirse con los rivales. Esta restricción, sumada al temor de ofender a un aliado en ese momento, le convencieron de que no podía pedirles que fueran ellos los que se desplazaran. El procónsul determinó cuál de ellos era el magistrado legítimo tras descubrir que la ley de la tribu impedía a su adversario acceder al puesto.A continuación, solicitó a la tribu que le proporcionara tantos jinetes como les fuera posible, así como diez mil soldados de infantería para defender las líneas de suministro. Labieno se dirigiría hacia el norte con cuatro legiones para enfrentarse con los senones y los parisios, mientras que él marcharía con las otras seis hacia el sur y atacaría a los arvernos. Era a todas luces peligroso dividir sus recursos de este modo, pero en vista de que los rebeldes se mostraban reacios a iniciar una batalla campal, consideró que era un riesgo asumible. Los rebeldes no tenían una capital única, ni siquiera un ejército unido cuya derrota pudiera moverles a rendirse. A pesar del carisma de Vercingetórix, las tribus que acaudillaba eran ferozmente independientes y sería necesario subyugarlas a todas. Si dejaban un área rebelde libre de ataques, sólo conseguirían que la confianza y el número de insurrectos se acrecentara, y, probablemente, estos animarían u obligarían a más pueblos vecinos a unirse a ellos.19

En aquella breve tregua Vercingetórix había tenido tiempo para recobrarse de la pérdida de Avaricum. En varios

sentidos, la derrota reforzaba su propio prestigio, ya que, desde el principio, él se había opuesto a defender la ciudad y había transigido a regañadientes. Su plan seguía siendo más o menos el mismo, hostigar más que enfrentarse abiertamente a César y su ejército, e intentar convencer a más jefes y tribus de que se unieran a su causa. Mientras los romanos marchaban a lo largo del río Allier, Vercingetórix avanzaba siguiendo su ritmo desde la orilla opuesta y enviaba a sus hombres a echar abajo todos los puentes y a vigilar todos los lugares donde podría construirse uno nuevo. César necesitaba cruzar el río para amenazar Gergovia, la ciudad donde Vercingetórix se había declarado por primera vez líder de los arvernos, pero en aquella época del año un ejército no podía vadear las aguas. Aquel día, la columna romana acampó en una zona boscosa próxima a uno de los puentes destruidos. Cuando las tropas se pusieron en marcha a la mañana siguiente, César se quedó atrás con dos legiones ocultas tras los árboles, mientras que había dividido las filas de las otras cuatro, «teniendo cuidado de que las legiones parecieran íntegras». Los galos no sospecharon nada cuando vieron avanzar a la columna romana y, al cabo de las horas, levantó su campamento del mismo modo que habían hecho en días anteriores.A su vez, los galos avanzaron, dispuestos a seguir arrebatando al enemigo todos los lugares de paso del río que aparecieran en su camino. Sin embargo, al final del día, cuando calculaba que la fuerza principal se habría detenido, César salió con sus dos legiones de detrás de los árboles y les ordenó que construyeran un puente. Cuando lo terminaron, lo atravesaron y empezaron a cavar la fosa y a alzar el muro de un campamento. Enviaron a unos mensajeros para indicarle a

la fuerza principal que debía regresar. Para cuando Vercingetórix descubrió lo que había pasado, era demasiado tarde para hacer nada al respecto. Se alejó del río, ansioso por aumentar la distancia entre César y sus propias tropas, ya que, dado que su plan continuaba siendo evitar la batalla, no le interesaba permanecer demasiado cerca. No obstante, César le siguió y en cinco días llegó a Gergovia.zo

El procónsul salió a caballo para inspeccionar la posición enemiga y pronto se dio cuenta de que era fuerte: la ciudad se asentaba sobre una colina y Vercingetórix había acampado con su ejército en el ondulado terreno que se extendía frente a ella, asignando a cada contingente tribal una posición para defender. El asalto directo parecía impracticable y sin duda resultaría costoso. Podían obligar a los galos a someterse a causa del hambre, pero los romanos no podían organizar un bloqueo efectivo hasta que no hubieran puesto a buen recaudo sus propias reservas de alimento. Un convoy de los eduos estaba de camino, pero todavía no había llegado a manos del ejército. Mientras aguardaba, César lanzó un ataque nocturno para capturar uno de los puestos de avanzada galos, lo que le situaba en una posición desde la que podía amenazar el suministro de agua y el acceso a los víveres. En aquel lugar se construyó un campamento de menor tamaño que ocuparon dos legiones y que estaba conectado al principal por una ruta flanqueada por dos profundas zanjas. Ambos bandos se observaban con cautela y, ocasionalmente, enviaban a sus jinetes y a la infantería ligera a entablar escaramuzas, pero ninguno de los dos deseaba iniciar una batalla campal.Vercingetórix celebraba reuniones diarias con sus jefes y, por el momento, seguía imponiendo un nivel de na

desacostumbradamente elevado en un ejército

La lealtad de los eduos estaba empezando a vacilar. Convictolitavis -el hombre cuyo derecho al cargo de Vergobret César había confirmado- estaba en contacto clandestino con representantes de los arvernos y había aceptado regalos suyos. Instigado por él, un jefe llamado Litavico, que comandaba los diez mil guerreros que escoltaban el convoy de vituallas para las legiones de César, resolvió volverse contra sus aliados roma nos.Tras detener el convoy cuando se encontraba a cuarenta y ocho kilómetros de Gergovia, anunció a sus hombres que la caballería edua que servía con César había sido ejecutada en su totalidad acusada de negociar con el enemigo. Su única opción era unirse aVercingetórix y salvarse así de un destino similar. Al igual que el jefe arverno, se dice que Litavico presentó ante los soldados a unos hombres que fingieron ser supervivientes de la matanza y que contaron una espantosa historia de cómo les habían traicionado los romanos. La artimaña funcionó y los eduos se lanzaron contra los romanos que acompañaban a la columna, torturándoles hasta la muerte y robando la comida que habían estado protegiendo. Cuando los jefes eduos que dirigían la caballería que acompañaba al ejército de César fueron informados de lo sucedido, uno de ellos fue directamente a contarle al procónsul lo que había averiguado. Enseguida, César partió con cuatro legiones completamente equipadas, animando sin cesar a las tropas hasta que lograron cubrir cuarenta kilómetros y tuvieron a los hombres de Litavico a la vista. El procónsul mandó a los jinetes eduos que se adelantaran, instándoles a que se mostraran ante los miembros de su tribu para destapar las mentiras de Litavico.

Los guerreros de la escolta se rindieron con presteza, mientras que Litavico y su séquito huyeron en dirección a Vercingetórix, para unirse a él. Dando a sus legionarios sólo tres horas de reposo, César ordenó a los fatigados hombres que regresaran a marcha forzada a las posiciones a las afueras de Gergovia. Por el camino se toparon con unos emisarios enviados por Fabio, el legado que quedó al cargo de las dos legiones que aguardaban junto a la ciudad. Su mensaje informaba de que habían sufrido un fuerte ataque a lo largo del día y, con dos legiones para cubrir las posiciones concebidas para seis, a duras penas habían conseguido preservar las suyas, gracias al respaldo del poder de su artillería. César apretó el paso y logró llegar a los campamentos con sus tropas antes del amanecer: su presencia bastó para disuadir aVercingetórix de lanzar otro ataque directo sobre las posiciones romanas."

César había enviado unos mensajeros para tranquilizar a los eduos, pero los emisarios mandados por Litavico llegaron antes e indujeron a Convictolitavis a alzar a su pueblo contra Roma. En la población de Cabillonum, un tribuno militar y algunos mercaderes romanos fueron persuadidos de que debían marcharse y, a continuación, fueron agredidos por una turba. Cuando estaban llegando más y más guerreros galos para con seguir su parte del botín, se presentaron los mensajeros de César y les comunicaron que sus jinetes y los diez mil hombres de infantería se encontraban en el campamento de César, es decir, que no sólo eran todavía leales a Roma, sino que de hecho estaban en su poder. Los líderes eduos expresaron su arrepentimiento oficial ante sus acciones y culparon al vulgo de su tribu. Por el momento,

César se contentó con recordarles simplemente sus pasados favores y exhortarles a reafirmar su lealtad, pero, en su fuero interno, sabía que la alianza con Roma colgaba del más delgado de los hilos. Su posición había dejado de ser ventajosa. Aunque, al lanzar una ofensiva, había recuperado la iniciativa por un tiempo, ahora estaba atrapado a las afueras de Gergovia sin recursos para expulsar a Vercingetórix y su ejército o tomar el pueblo. Si se quedaba donde estaba, no conseguiría nada, pero si se retiraba, el desprestigio sería enorme. Desde que, meses antes, asaltara el territorio de los arvernos desde la Galia Transalpina, había seguido atacando y avanzando casi sin pausa. En un sentido práctico, su actuación había forzado aVercingetórix a reaccionar, pero aún más importante era la impresión que transmitía de absoluta confianza en el supremo poder de Roma y en la inevitabilidad de su victoria final. Poco importaba si la impresión era en gran parte una fachada, seguía actuando poderosamente sobre las mentes de aquellos que todavía no habían decidido si debían unirse o no a la rebelión. Cuando César dejara de avanzar y comenzara a retirarse, la ilusión de la invencibilidad romana se desvanecería. La retirada ante el enemigo era siempre una operación peligrosa y, en este caso, parecería la aceptación del fracaso y probablemente convencería a las tribus que todavía no estaban comprometidas de que la rebelión tendría éxito. No obstante, les permitiría reagruparse y añadir las cuatro legiones de Labieno a sus tropas y, con diez legiones, contaría con la fuerza suficiente para conquistar Gergovia. César eligió el menor de los males y decidió replegarse, pero primero esperaba poder ganar una victoria menor que hiciera que su partida no pareciera tanto una

retirada.23

Mientras inspeccionaba el fortín más pequeño, el procónsul notó que una de las colinas, que había estado llena de galos en días previos, ahora se hallaba prácticamente vacía. Tras interrogar a algunos de los muchos desertores que habían llegado a las líneas romanas, averiguó queVercingetórix estaba muy preocupado de que los romanos pudieran tomar una de las otras lomas, por lo que se había llevado a casi todos sus hombres para fortificarla. César aprovechó la oportunidad para alimentar la inseguridad del adversario: esa noche envió a varias patrullas de caballería para observar la colina que el jefe galo estaba fortificando y dijo a los jinetes que hicieran más ruido de lo habitual para asegurarse de que los galos eran conscientes de su presencia.A la mañana siguiente montó a grandes cantidades de esclavos del ejército en mulas y caballos de cargas, les entregó cascos e, incluyendo en el grupo algunos jinetes auténticos para que el engaño resultara más verosímil, los envió a todos al mismo lugar por una ruta indirecta. Más tarde, una legión los siguió, pero se detuvo en un terreno oculto a la vista del enemigo y se resguardaron en una zona de bosques. Cuando la atención de los galos se centró en el lugar donde habían previsto y temido que se produjera el ataque, César observó cómo sus fuerzas se desplazaban en aquella dirección para hacerle frente y, entonces, llevó sin hacer ruido a sus legiones al campamento menor, con instrucciones de mantener sus escudos a cubierto y esconder sus penachos. No avanzaron como cohortes organizadas, sino en grupos, a un ritmo irregular, moviéndose como si no tuvieran ningún propósito. César dio instrucciones a los legados a cargo de cada legión y les explicó lo que quería que hicieran, haciendo

hincapié en que debían contener «a los soldados, no sea que por el deseo de combatir o por la codicia del pillaje se adelanten demasiado».14

A una determinada señal, las legiones subieron la colina al ataque, mientras que los eduos subían por la ladera opuesta de la misma cima. Cada uno de los grupos ascendió lo mejor que pudo, pero la ladera de la loma estaba interrumpida por entrantes y en muchos momentos era dificil para un grupo ver a los otros. Había muy pocos guerreros galos y los legionarios escalaron sin dificultad el muro de piedras apiladas de casi dos metros que los galos habían construido a medio camino. El obstáculo no retrasó demasiado a los romanos, pero debió de causar un cierto desorden en las formaciones, que empeoró cuando cargaron a través de los campamentos galos que salpicaban la pendiente. El rey de una tribu que se había pasado recientemente aVercingetórix fue sorprendido en su tienda y estaba sólo a medio vestir cuando logró alejarse al galope. César luchaba con la décima legión y, cuando decidió que el asalto había infligido suficiente daño, detuvo a sus hombres y ordenó a los trompetas que tocaran retreta. El sonido no llegó bien. Algunos oficiales lo oyeron y trataron de hacer obedecer a los legionarios, pero la mayoría de ellos siguió adelante, dejando atrás los campamentos y lanzándose contra los propios muros de la ciudad. En anteriores ocasiones habían arrollado y destruido a oponentes mucho más numerosos en similares ataques sorpresa, y tal vez los recuerdos de aquellos triunfos les espoleaban. Por un tiempo, realmente parecía que Gergovia podía caer, ya que en aquel punto había muy pocos defensores y los habitantes fueron presa del pánico:

Las mujeres arrojaban desde la muralla vestidos y plata, y, descubiertos los pechos, tendían las manos a los romanos, suplicándoles que tuvieran piedad de ellas y no hicieran como en Avárico, donde ni siquiera a las mujeres y a los niños habían respetado. Algunas, dándose la mano para descolgarse por el muro, se entregaban a los soldados. centurión de la legión octava, a quien los suyos habían oído decir aquel día que, estimulado por los premios otorgados en Avárico, no permitiría que nadie escalase antes que él el muro, cogiendo a tres de sus soldados, y ayudado por ellos, subió a la muralla. A su vez tendió la mano a cada uno de ellos y les ayudó a subir.21

En aquel momento, los galos que trabajaban en las fortificaciones más allá del extremo más lejano de la ciudad oyeron el ruido del ataque romano y se percataron de que les habían engañado. Además, empezaron a llegar mensajeros que transmitían a Vercingetórix las súplicas de auxilio de la gente del pueblo. Ordenó a sus jinetes que regresaran para enfrentarse a los romanos y los guerreros a pie salieron detrás de ellos. Cuando les vieron llegar, la idea de claudicar fue desterrada de las mentes del pueblo y las mujeres comenzaron ahora a implorar a sus maridos desde los muros que las salvaran. El asalto romano había perdido ímpetu: los hombres estaban fatigados, en desorden y no estaban preparados para luchar con adversarios descansados. Muchos se aterrorizaron cuando los eduos aparecieron de repente a su lado, confundiéndoles con galos hostiles porque en la exaltación de la lucha no se dieron cuenta de que su hombro derecho estaba desnudo, que era el distintivo establecido para los aliados galos en el ejército de César. La euforia del éxito pronto se

tornó amargura:

> Mientras tanto, el centurión L. Fabio y los que con él habían escalado el muro, rodeados y muertos, son precipitados desde la muralla. M. Petronio, centurión de la misma legión, mientras intentaba romper las puertas, se vio rodeado por la multitud y, perdiendo la esperanza de vivir, por haber recibido ya muchas heridas, dijo a los suyos que le habían seguido: «Puesto que no puedo salvarme con vosotros, por lo menos aseguraré vuestra vida, ya que, atraído por el ansia de gloria, os he metido en este peligro. Vosotros aprovechad la ocasión de poneros a salvo». Diciendo esto se lanza al medio de los enemigos y, matando a dos, aleja un poco de la puerta a los restantes. Como intentasen socorrerle los suyos, «en vano -les dijo-, os esforzáis por salvar mi vida, pues ya no me quedan sangre ni fuerzas. Por consiguiente, marchad de aquí mientras podáis hacerlo e incorporaos a la legión». Luchando así, cayó momentos después, pero salvó a los suyos.`

Poco podía hacer César aparte de cubrir la retirada, utilizando la décima legión y ordenando con rapidez las cohortes de la decimotercera que habían quedado atrás para proteger el campamento menor. Así impidió que los galos les persiguieran hasta muy lejos, pero, con todo, hubo numerosas víctimas: cerca de setecientos soldados y no menos de cuarenta y seis centuriones habían perdido la vida. Los centuriones dirigían desde el frente y solían sufrir un porcentaje de bajas desproporcionadamente alto, en especial si las cosas iban mal. El día posterior a la derrota, César hizo formar a las legiones y les habló, alabando su valor pero

reprendiéndoles con severidad por su falta de disciplina. Para concluir, les aseguró que sólo habían perdido debido a la dificultad del terreno, las defensas del enemigo y su desobediencia de las órdenes: la capacidad ofensiva de los galos había tenido muy poco que ver. Para hacer que el mensaje calara, durante los siguientes dos días seleccionó una buena posición -probablemente en una cima- y desplegó las tropas en orden de batalla, desafiando a Vercingetórix a salir y pelear. Cuando el líder galo se mostró remiso a arriesgarse a batallar en un terreno favorable al adversario, César pudo asegurarle a sus hombres que el enemigo seguía temiéndoles. Al día siguiente partió hacia las tierras de los eduos en vez de por el camino por el que había venido. Los romanos alcanzaron el Allier en tres días, reconstruyeron otro de los puentes destruidos y cruzaron. El ejército galo no hizo ningún intento serio de detenerlos. César ya había decidido que debía aceptar la mala impresión causada por una retirada; sus esfuerzos de atenuarla con una victo ria simbólica terminaron en un fracaso del que pronto corrió la voz y, a lo largo de las siguientes semanas, más tribus se unieron a la revuelta abiertamente. Los eduos fueron de los primeros. Los jefes de la caballería que servía a César le pidieron permiso para ir a casa y él se lo concedió, ya que, aunque ya no confiaba en ellos, no quería empeorar la situación reteniéndolos contra su voluntad y alimentando así nuevas historias de «traiciones» romanas.

Poco después, los eduos aniquilaron en Noviodunum una pequeña guarnición romana y a los comerciantes romanos que estaban allí. Fue un revés doblemente terrible, porque la ciudad contaba no sólo con enormes depósitos de grano para

abastecer al ejército, sino también con la principal parte del bagaje, con sus registros y los rehenes de las diversas tribus. Al considerar que no podían defender la posición, los eduos prendieron fuego a la ciudad, llevándose o estropeando todo el grano. Después, utilizaron a los rehenes para empezar a negociar con las demás tribus.Vercingetórix y los jefes de todo el país fueron convocados en Bibracte. Allí, los eduos intentaron sin éxito que uno de lo suyos fuera elegido para sustituir al arverno como comandante en jefe. Con bastante renuencia, aceptaron obedecerle por el bien común. Ahora, casi todas las tribus celtas o galas se habían alineado contra César, y la mayoría de los pueblos belgas se les habían unido también. Vercingetórix había resuelto insistir en su estrategia de evitar la batalla y, en vez de eso, hostigar a los romanos e impedir que consiguieran comida para sus hombres y forraje para sus animales. La ga militar romana denominaba a este estilo de lucha «patear al enemigo en el estómago».Vercingetórix mantuvo el mismo número de soldados de infantería que ya tenía con él y le pidió a las tribus que le entregaran más jinetes para incrementar su fuerza hasta los quince mil. Para dividir el esfuerzo de los romanos, dispuso que los eduos y demás tribus lanzaran nuevos ataques sobre la Galia Transalpina, con la esperanza de que los pueblos de aquella zona -en especial los alóbroges, que se habían rebelado sólo una década antes- se unieran a la rebelión."

Al tener noticias de la deserción de los eduos, César se dirigió con urgencia hacia el norte en un esfuerzo por reunirse con el mando de Labieno.A marcha forzada, llegó al Loira inesperadamente y logró vadear el río a pesar que las aguas

estaban crecidas por la nieve del invierno. Los jinetes formaron una cadena de legionarios que vadearon el río contra co rriente con el agua por el pecho y transportando su equipo en los escudos que sostenían sobre sus cabezas. Unos días más tarde se le unió Labieno, que acababa de obtener una victoria cerca de Lutecia (París). El ejército de campaña romano volvía a estar concentrado y sus diez legiones probablemente sumaban una cifra entre los treinta y cinco y los cuarenta mil hombres, con el apoyo de algunos auxiliares. Incapaz de obtener demasiados jinetes de sus cada vez más escasos aliados galos, César envió a unos mensajeros al otro lado del Rin para pedir a las tribus germanas caballería y su infantería ligera de apoyo. Cuando llegaron, reemplazó los pequeños caballos germanos con mejores monturas que tomó de sus tribunos y otros oficiales ecuestres, así como de soldados veteranos más acomodados que habían sido rellamados a filas. Los ataques contra la Galia Transalpina eran preocupantes y César dirigió al ejército a través de las fronteras de los lingones y se adentró en el territorio de los sécuanos para poder estar más cerca de la provincia. Llegado el momento, los asaltos fueron repelidos por los reclutas de la provincia y las propias tribus, todos a las órdenes de su primo lejano Lucio julio César, un miembro de la otra rama de la familia que había sido cónsul en y en aquel momento estaba sirviendo como legado. Sin embargo, por el momento la iniciativa volvía a estar en manos deVercingetórix y el líder galo decidió que iba a empezar a presionar más a los romanos: con su enorme fuerza de caballería atacaría a las legiones durante la marcha, mientras estaban cargados con su bagaje. El enemigo no tendría más alternativa que abandonar los

carros y acelerar la marcha o bien protegerla y verse obligado a avanzar a paso de tortuga, complicando aún más los problemas de suministro. En un impulso espontáneo, los guerreros juraron no «recibir en su casa ni permitir que vuelva a ver a sus hijos, ni a sus padres, ni a su esposa» al que no hubiera cruzado dos veces a caballo la columna romana. Al día siguiente, la caballería gala atacó en tres grupos: uno golpeó la cabeza de la columna y los otros amenazaron los flancos. Los jinetes de César se hallaban en clara minoría, pero se dividieron igualmente en tres grupos y movilizaron a la infantería como respaldo cada vez que se vieron en apuros. Los legionarios no podían alcanzar a los jinetes enemigos, pero proveían de un sólido bloque a sus propios jinetes tras el cual recuperarse y volver a formar. Al final, los germanos salieron airosos del combate, arrollando a los guerreros a los que se enfrentaron y forzando al resto a retirarse. Los romanos salieron en pos del adversario, dos legiones quedaron atrás para proteger el bagaje mientras las otras ocho seguían de cerca a la caballería. Los galos sufrieron innumerables bajas. César cuenta que recibió con considerable satisfacción la noticia de la captura de varios eduos notables, entre los que se contaban dos jefes que habían luchado a sus órdenes a principios de año, así como el hombre cuya reivindicación del puesto deVergobret había rechazado. No menciona cuál fue su destino.`

CLÍMAX: EL SITIO DE ALESIA

La suerte de la campaña había cambiado de nuevo:Vercingetórix se había equivocado al juzgar la situación, creyendo que César se estaba retirando y que necesitaba hostigarle sin compasión si quería evitar que los

romanos retornaran en el futuro con mayor fuerza. De hecho, César y sus hombres no estaban vencidos, ni mucho menos, y enseguida volvieron a la ofensiva ahora que el ejército galo estaba cerca y les proporcionaba un claro objetivo.Vercingetórix se replegó y acampó a las afueras de Alesia (el actual Monte Auxois en las laderas de la Cóte d'Or), una de las poblaciones de los mandubios situada en la cumbre de una colina. Un día después, César levantó su campamento frente a la ciudad y salió a reconocer el terreno. La ciudad estaba ubicada en una larga ladera de acusadas pendientes.Al oeste se extendía una amplia y abierta llanura, pero en los otros tres lados había terreno elevado, cruzado por varios valles. En conjunto, estas lomas y colinas tenían una forma aproximada de media luna y un arroyo discurría por el norte y el sur de la colina central de Alesia. Un asalto directo sería arriesgado y provocaría numerosas bajas tuviera o no tuviera éxito, dado queVercingetórix y sus hombres tenían la ventaja del terreno. César sostiene que ahora contaba con ochenta mil soldados de infantería además de su caballería, pero, como era habitual, es dificil saber hasta qué punto esta cifra es fiable. Napoleón se mostraba escéptico y dudaba que los galos pudieran superar a los romanos en número. Aunque la cifra fuera correcta, el ataque directo era una opción poco atractiva, aunque, en otros aspectos, la situación era muy diferente de la de Gergovia. En esta ocasión, César disponía de la totalidad de su ejército y, observando el terreno, confiaba en poder cercar y bloquearAlesia y el ejército galo.`

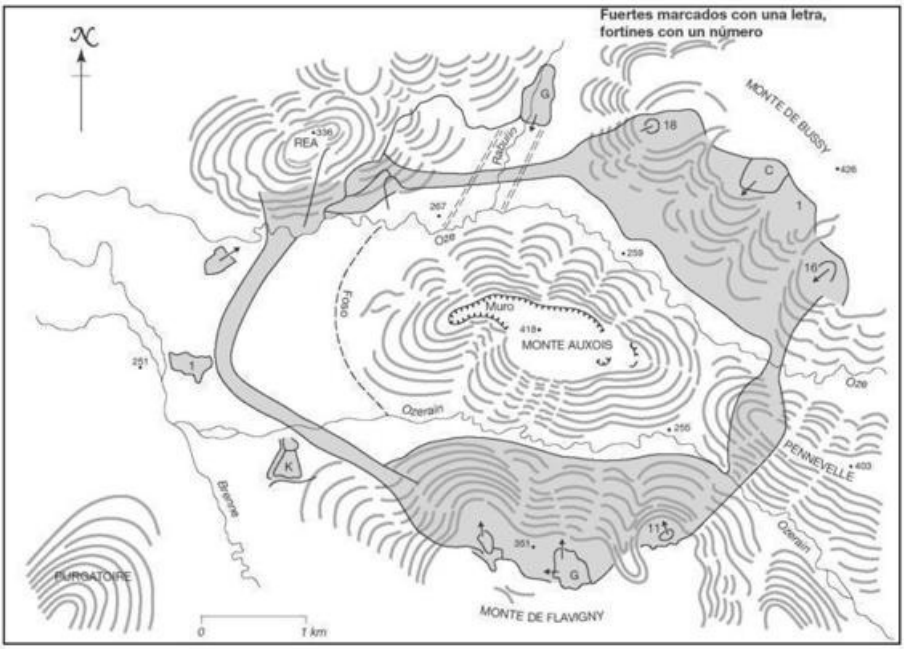
Los romanos iniciaron la construcción de un conjunto monumental de obras para el asedio, con una muralla que medía dieciocho kilómetros e incluía veintitrés fortines, así

como campamentos de considerable tamaño donde los soldados podrían descansar. Los galos no permitieron que las obras se ejecutaran tranquilamente y enviaron a sus jinetes a atacarlas. La caballería auxiliar y aliada les salió al encuentro, pero, hasta que César no mandó su reserva de jinetes germanos e hizo formar a algunos de los legionarios para respaldarlos, no lograron repelerlos. Resignado a la idea de soportar un sitio,Vercingetórix alejó a su caballería antes de que se cerrara el bloqueo y les ordenó que regresaran a sus tribus y reunieran un ejército de auxilio. El destino de la Galia se decidiría en Alesia, porque César se mantendría allí con tanta determinación como había encerrado a Vercingetórix. Las reservas de grano de Alesia fueron sometidas a un control central para ser repartidas en raciones justas, mientras que el ganado se distribuyó entre varios individuos para que se ocuparan de las bestias hasta su sacrificio. Los galos se prepararon para esperar el rescate y el enfrentamiento final con César. Los romanos continuaron trabajando para completar su linea de circunvalación, que rodeaba toda la colina. El emplazamiento fue localizado y excavado bajo los auspicios de Napoleón III, que sentía una especial pasión por este episodio de la historia de Francia. Más recientemente, las técnicas modernas y nuevas excavaciones han confirmado una idea que, en todos los aspectos importantes se corresponde de modo asombroso con la descripción hecha en los Comentarios (las dimensiones de las verdaderas zanjas no son siempre tan regulares como sugiere César, pero, dado su tamaño, es comprensible).

Al oeste, por donde se abría la llanura, los romanos cavaron un foso de lados rectos y unos seis metros de anchura, que iba

de un arroyo al otro con el fin de obstaculizar el avance del enemigo y retrasarlo y avisar de que se estaban aproximando. La línea de defensa estaba situada cuatrocientos pasos (unos 120 metros) más atrás y consistía en dos zanjas: la interna estaba llena de agua allí donde era posible, y detrás de ella, una muralla de 3,5 metros de altura reforzada con altas torres a intervalos de 20 metros. Delante de las zanjas colocaron una serie de obstáculos y trampas a los que los legionarios habían dado macabros apodos. Las estacas cuyas puntas habían sido afiladas y que habían sido endurecidas al fuego eran los «mojones» (cippi o cipos), las que se escondían en fosos circulares y se cubrían de follaje eran llamadas lirios (lilia) por su forma, mientras que los tribulus y los pinchos medio enterrados eran estímulos. Este tipo de trampas podían causar víctimas entre los atacantes, sobre todo si avanzaba durante la noche, pero su principal función era ralentizar una carga y despojarla de ímpetu, ya que los hombres se veían obligados a sobrepasarlas caminando sin apenas pisar. Las defensas eran suficientemente fuertes para que incluso un reducido número de hombres pudiera mantener las líneas aunque sufrieran un asalto importante, de manera que gran parte del ejército podía dedicarse a buscar víveres y continuar las obras. Tan pronto como la línea estuvo terminada, el procónsul ordenó a sus soldados que construyeran otra mirando al exterior -una línea de contravalación- para defenderlos cuando llegara el ejército de auxilio. Era esencial acumular tanto grano y animales de granja como fuera posible antes de su llegada, y César dio instrucciones a sus hombres de recopilar bastante para mantener a todo el ejército durante treinta días. El trabajo y el esfuerzo invertidos en estas tareas había sido inmenso, pero

ahora César tenía a su disposición a todo el ejército y a sus más capaces oficiales superiores.Además de los legados, entre los que se contaban Quinto Cicerón y Cayo Trebonio, también estaban a su lado Décimo Bruto y su nuevo cuestor, Marco Antonio: el Marco Antonio de Shakespeare. Los romanos trabajaban y los galos de Alesia les observaban, lanzando ocasionales incursiones de hostigamiento, pero sin querer correr el riesgo de un enfrentamiento importante hasta que la ayuda del exterior no hubiera llegado. Ambos bandos estaban aguardando a que estallara la tormenta.`



Sitio de Alesia: mapa basado en excavaciones recientes y del siglo xIx. No toda el área ha sido excavada, dado la vasta extensión de la zona.

Las tribus tardaron un tiempo en reunir una fuerza de auxilio: los jefes se reunieron y acordaron el número de guerreros que suministraría cada pueblo. César proporciona una larga lista de los contingentes solicitados a cada tribu y

afirma que el ejército llegó a contar con ocho mil jinetes y doscientos cincuenta mil soldados de infantería. Es posible que su información fuera incorrecta y también que inflara deliberadamente la cantidad, pero hay que recordar que estas cifras coinciden con las que da a lo largo de los Comentarios para las fuerzas tribales, aunque tal vez eso significa sencillamente que era coherente a la hora de exagerar. Con todo, aunque exagerara, las circunstancias que envolvían una coalición de tanta envergadura (consciente de que lucharía la batalla decisiva), sugieren que realmente fue uno de los ejércitos galos más grandes que hubiera combatido jamás. César sostiene que las tribus no alistaron a todo aquel que podía usar un arma, ya que consideraron que las huestes serían demasiado vastas, dificiles de controlar y casi imposibles de alimentar. Aun así, adivinamos que muchos hombres que, por lo general, sólo habían luchado en defensa de sus propias tierras se sumaron al ejército, ya fuera de manera voluntaria o por orden de sus jefes. Se nombraron cuatro líderes: uno era Comio, el rey de los atrebates, y otros dos eran jefes que habían comandado la caballería edua de César a principios de año. El último eraVercasivelauno, un primo de Vercingetórix, el único que no parece haber servido en el ejército de César en algún momento en el pasado. Las tropas se reunieron con lentitud y, una vez formadas, también se movían con lentitud, algo inevitable en una fuerza tan gigantesca. Entretanto, los hombres de Alesia cada vez estaban más nerviosos ante la perspectiva de que el ejército de auxilio no llegara y decidieron adoptar medidas desesperadas. Las gentes de la propia ciudad -las mujeres, los niños y los ancianos que no podían luchar- fueron expulsadas para que

esas bocas «inútiles» dejaran de consumir las provisiones que necesitaban los guerreros. Puede que Vercingetórix diera por supuesto que los romanos les permitirían atravesar sus líneas para ponerse a salvo. En ese caso, sufrió una gran decepción: César reforzó los centinelas de la empalizada y no dejó pasar a nadie.Tal vez temiera que el paso de tantos refugiados sirviera de protección a un ataque de los guerreros o bien se mostraba reacio a permitir que entraran en una zona donde su ejército seguía recopilando alimentos y agotaran los recursos que necesitaba para sus tropas. Quizá creyó que los galos se verían obligados a readmitir a los civiles, con lo que su bloqueo resultaría efectivo más rápido. Pero no lo hicieron.A esas alturas de la campaña, ambos comandantes eran capaces de mostrar la misma frialdad y falta de misericordia. Las súplicas de la población fueron desoídas y dejaron que murieran de hambre entre las líneas.Tal vez César pensara que la visión de su muerte desmoralizaría a los galos. Sin duda hizo que el enfrentamiento final fuera aún más salvaje.31

Por fin, el ejército de auxilio llegó a Alesia y acampó en un terreno elevado, seguramente al suroeste, a cerca de un kilómetro de la línea de contravalación.Al día siguiente, el ejército se concentró, con la caballería delante en la llanura y las vastas multitudes de infanterías, detrás, en las pendientes, haciendo ostentación de sus numerosísimos efectivos ante el enemigo y los sitiados. Como respuesta, Vercingetórix hizo salir a sus guerreros de la ciudad y del campamento. Avanzaron y rellenaron una parte del inmenso foso que los hombres de César habían excavado frente a sus líneas. Allí se detuvieron, prestos a atacar en combinación con el ejército de auxilio. Las legiones estaban preparadas, los hombres se

habían desplegado en ambas líneas de asedio para hacer frente al ataque desde las dos direcciones. Con un gesto que pretendía demostrar su confianza, César ordenó a sus jinetes que salieran de las líneas para enfrentarse a la caballería de la fuerza de auxilio y dio comienzo una lucha veloz que se desarrolló durante toda la tarde y que, durante buena parte del enfrentamiento, pareció favorecer a los galos, hasta que la caballería germana de César cargó una vez más otorgando el triunfo a los romanos. Los galos no hicieron participar a su infantería y los ejércitos regresaron a sus campamentos al caer la tarde. El nuevo día fue dedicado a los preparativos, los guerreros galos se pusieron a fabricar escalas y cuerdas para amarrarse y escalar la empalizada y a preparar hatos de zarzas para rellenar el foso del enemigo. El ejército de auxilio atacó a medianoche, lanzando un gran grito de ánimo para hacer saber aVercingetórix que entraban en acción (con los romanos entre las dos fuerzas galas no tenían medio de comunicación directo). El arverno ordenó a los trompetas que tocaran señal de ataque para sus propios guerreros, lanzándose contra el tramo correspondiente de la línea de circunvalación. Sin embargo, tardaron mucho en organizarse y más tiempo todavía para rellenar más tramos del foso romano. Al final, llegaron demasiado tarde para ayudar a sus camaradas. Era una lucha enconada, pero, en un momento dado, Marco Antonio y el legado Trebonio, que estaban al mando de esta sección de las líneas, hicieron avanzar a las reservas y repelieron ambos ataques. Las defensas construidas con tanto esmero por los hombres de César habían demostrado su valía.32

Esta vez, antes de lanzar un nuevo asalto, los cuatro jefes

del ejército de auxilio tuvieron la precaución de explorar el terreno y hablar con los habitantes del lugar que conocían la zona. Decidieron que el punto más vulnerable era un campamento romano en la ladera de una colina que conformaba la punta noroeste del terreno elevado con forma de media luna que circundaba la ciudad. Los romanos no habían conseguido incorporar la colina dentro de sus líneas porque hacerlo habría aumentado la ya ingente tarea de construir las líneas. Sólo dos legiones ocupaban ese campamento, pero Comio y los demás jefes resolvieron enviar casi un cuarto de su infantería, unos sesenta mil guerreros seleccionados, contra aquella posición.Vercasivelauno ordenó a sus hombres salir de noche, los dirigió hacia la pendiente opuesta de la colina, donde podían aguardar sin que los viera el enemigo. Habían planeado lanzar ataques en otros lugares para distraer la atención del adversario antes de que el auténtico asalto comenzara a mediodía.Vercingetórix presenció parte de los preparativos y, aunque no conocía los detalles del plan, decidió brindar cuanta ayuda le fuera posible lanzando un ataque total contra las líneas internas.A mediodíaVercasivelauno y sus hombres se extendieron por la cima de la loma y bajaron la pendiente en dirección al campamento elegido. Al ser atacados en tantos lugares al mismo tiempo, los defensores romanos no contaban con efectivos suficientes para cubrir todo el terreno y fueron sometidos a una tremenda presión. Las líneas eran muy amplias, pero César se dirigió a una posición desde la cual podía ver la mayor parte de la acción y comenzó a ordenar a las reservas que se dirigieran hacia allí para reforzar los sectores amenazados.Aun así, depositaba mucha confianza en

sus oficiales superiores para mantenerle informado y tomar la iniciativa cuando no había tiempo para consultarle. Poco a poco, Vercasivelauno comenzó a abrirse camino frente al campamento de la ladera y César optó por enviar a Labieno -su mejor subordinado- con seis cohortes para respaldar a aquellos hombres. El legado superior recibió instrucciones de utilizar su juicio y abandonar la posición y sacar de allí a la guarnición si no podían mantenerla.

En aquel momento, César dejó su puesto de vigilancia, sabiendo que no bastaba con observar y dirigir. Fue hacia los hombres y les alentó mientras luchaban, diciéndoles que este día decidiría toda la guerra.Vercingetórix y sus guerreros habían sido repelidos en sus primeros ataques contra las secciones más débiles de la línea de circunvalación. Ahora adoptaron la estrategia de asaltar varios lugares que estaban mejor protegidos por las pendientes, pero con escasa protección marcial. En un momento dado, escalaron la muralla y utilizaron garfios y cuerdas para derribar una de las torres romanas. César mandó a Décimo Bruto hacia allí con algunas tropas, pero no pudo frenar el avance del enemigo. Más cohortes comandadas por el legado Cayo Fabio fueron despachadas para apoyarle y el hueco de la línea fue cubierto. Una vez superada la crisis, César se alejó al galope para ver cómo estaba aguantando Labieno en el fuerte de la ladera. No fue solo, sino que reunió a toda prisa cuatro cohortes con soldados de uno de los fortines cercanos. La mayor parte de la caballería del ejército estaba inactiva y los dividió en dos grupos: mantuvo a una de las fuerzas a su lado y ordenó a la otra ir más allá de la línea de contravalación, rodearla y atacar a los hombres de Vercasivelauno por el flanco. Para entonces,

los soldados de Labieno habían perdido el control del terraplén del fuerte, pero el legado había logrado encontrar catorce cohortes y unirlas a las seis que había llevado con él y a las dos de la guarnición. Con esta formidable fuerza había creado una línea de batalla cerrada dentro y cerca del fuerte y envió mensajeros a César para informarle de lo que estaba ocurriendo. Todo estaba listo para el punto crítico del asedio y la campaña: en muchos sentidos, al menos en lo que concierne a los Comentarios, el punto culminante de las campañas de César desde el año 58 a.C. En su relato, las hábiles acciones de Labieno y los demás legados son mencionadas, pero al final la descripción se centra en el propio autor:

> Al conocer su llegada por el color del vestido, pues solía llevar en los combates uno que lo distinguiera, y ver los escuadrones de caballería y las cohortes que por orden suya le seguían, ya que desde las alturas se descubrían estos parajes pendientes y bajos, los enemigos traban combate. Álzase por todas partes griterío, que se repite en la estacada y en todas las fortificaciones. Los nuestros, dejando a un lado las jabalinas, echan mano a las espadas. Súbitamente aparece por detrás del enemigo nuestra caballería; acércanse otras cohortes; vuelve las espaldas el enemigo; a los fugitivos atájalos nuestra caballería; hócese gran matanza […1 llévanse a César setenta y cuatro enseñas militares; pocos de tan gran multitud llegan incólumes a su campamento.33

El contraataque romano inclinó la balanza irrevocablemente a su favor. El intento de romper las líneas de César terminó en un sangriento rechazo. Vercingetórix y

sus hombres también habían sido incapaces de romper el cerco y se retiraron cuando vieron el fracaso absoluto de los esfuerzos del ejército de auxilio. Aunque puede que la suerte del día no se decidiera con tanta rapidez o simplemente tal y como César sugiere, la naturaleza definitiva de su victoria es incuestionable. Los rebeldes se descorazonaron.AVercingetórix y sus hombres se les estaba agotando el alimento y no veían posibilidades de huida; la fuerza de auxilio había emprendido dos ataques de gran envergadura y ambos habían fracasado. Un ejército tribal tan enorme no podría abastecerse en el campo de batalla por mucho tiempo y organizar un asalto con éxito antes de que tuvieran que dispersarse no parecía posible.34

Al día siguiente,Vercingetórix convocó a sus jefes a un consejo. Sugirió que debían rendirse y añadió que él estaba dispuesto a entregarse a los romanos. Al parecer, ninguno de los asistentes al consejo puso ninguna objeción y mandaron enviados a César, que exigió que entregaran las armas y que los líderes se rindieran. En los Comentarios el acto de la capitulación se describe brevemente. Según Plutarco y Dión,Vercingetórix se puso su más lujosa armadura y salió de la ciudad a lomos de su mejor caballo de batalla. Aproximándose al tribunal donde César ocupaba la silla de magistrado, el jefe arverno dio una vuelta en torno a su adversario, desmontó, depositó sus armas en el suelo y se sentó a sus pies a la espera de que se lo llevaran. Los Comentarios no podían permitir que su héroe resultara eclipsado de ese modo.35

Prácticamente todas las tribus que participaron en la rebelión capitularon. En muchos sentidos, la victoria final de

César fue tan grandiosa debido a la cantidad de pueblos que se habían unido a la revuelta. Por fin, las tribus celtas/galas habían probado el poder militar de las legiones y habían sufrido una derrota aplastante, por lo que casi todos ellos aceptaban ahora la realidad de la conquista. César fue generoso con los cautivos de los eduos y los arvernos y probablemente también con los de las tribus que dependían de ellos. Estos hombres no fueron vendidos como esclavos, aunque Vercingetórix fue mantenido prisionero hasta la celebración del triunfo de César y fue condenado a un estrangulamiento ritual a la manera tradicional romana. No obstante, había muchos otros cautivos que podían haber sido puestos a la venta y los beneficios de esa venta podrían haberse repartido entre los soldados. Los eduos y los arvernos eran pueblos importantes a los que César prefería tener como aliados más o menos voluntarios, de ahí su indulgencia: había ganado una victoria militar, pero sabía que el establecimiento de una paz duradera era ahora cuestión de política y delicada diplomacia. En el caso de estas dos tribus, parece que su estrategia funcionó.36

XVI
«TODA LA GALIA HA SIDO CONQUISTADA»

Era lo que a César toca, aquí se cuentan de él nuevas diferentes; pero ninguna buena. Verdad es que todas ellas son nuevas de camino. Unos dicen que los enemigos le han muerto toda la gente de á caballo, lo cual creo debe ser verdad; otros, que ha perdido mucha parte de la infantería de la setena legión, y que á él lo tienen cercado en Beauvais, fuera de todo el resto de su ejército. Pero no se tiene aún de ello nueva cierta, ni aun estas nuevas inciertas no se dicen vulgarmente: entre ciertas gentes particulares, que tú ya conoces, anda el cuento de secreto: Domicio se ha puesto el dedo en la boca.

MARCO CELIO RUFO a Cicerón, aprox. 26 de mayo de 51 a.C.[1]

Durante la época que pasó en la Galia, César hizo cuanto pudo para recordarle a Roma su existencia y celebrar sus logros. Los Comentarios fueron una parte clave de este esfuerzo, pero no fueron su única producción literaria durante esos años.A principios del año 54 a.C., mientras viajaba hacia el norte desde la Galia Cisalpina para reunirse con su ejército, escribió una obra de dos volúmenes llamada De analogía. El título era griego, pero el libro analizaba la gramática latina y abogaba por la precisión y la sencillez en el discurso y la escritura, en constraste con la moda de emplear formas arcaicas de las palabras y expresiones complicadas. Estaba

dedicado a Cicerón y le honraba como el orador más grande de Roma y «prácticamente el creador de la elocuencia», pero, tras este elogio, añadía que era conveniente también considerar el discurso cotidiano. Sólo han sobrevivido unos cuantos fragmentos del libro, pero haber redactado un estudio tan detallado y autorizado en una época en la que su mente estaba ocupada con los asuntos de las Galias y los preparativos de su segunda expedición a Britana eran un indicativo del intelecto de César y de su inagotable ener gía. En comparación con los Comentarios, estaba pensado para un público más reducido, aunque entre ellos se incluían muchos senadores y équites obsesionados con la literatura. César el autor era una figura que muchos consideraban menos polémica que César el político popularis. La alabanza de Cicerón era espontánea y tenía mucho que ver con la nueva relación, más íntima, que mantenía con César tras su regreso del exilio. El orador enviaba a César los borradores de sus obras y las conversaciones que ambos tenían sobre ellas consolidó la amistad política entre ellos.'

La literatura era importante para la élite romana, pero fueron necesarios otros medios para llegar a la población en general. Existía una larga tradición de hombres distinguidos y, en especial, generales de éxito, que erigían monumentos en Roma como conmemoración de sus logros. En durante su segundo consulado, Pompeyo conmemoró sus victorias sin precedentes con el monumento más grandioso que se había construido nunca, inaugurando de manera oficial su gran complejo teatral. Fue el primer teatro permanente de piedra construido en la ciudad y Dión seguía considerándolo una de las edificaciones más espectaculares casi tres siglos más tarde.

Unas diez mil personas podían sentarse en sus asientos de piedra, si bien los más sensatos y previsores llevaban consigo un cojín cuando asistían a un espectáculo. Se elevaba en el Campo de Marte, descollando muy por encima de una serie de templos consagrados por otros comandantes victoriosos a lo largo de los siglos. Hasta cinco santuarios fueron erigidos dentro de aquella estructura, entre los que destacaba uno dedicado a Venus Victrix (Venus la victoriosa), y otros a las deidades que personificaban virtudes como el honor (Nonos), el valor (Virtus) y la buena fortuna (Felicitas). Unido al teatro semicircular había un pórtico, que cubría un área de unos 180 por 135 metros, y cada detalle de aquellas estructuras, desde el diseño hasta los materiales, atestiguaba los enormes gastos de todo el proyecto.

Lo mismo puede decirse de las fastuosas festividades de la inauguración del complejo. Hubo actuaciones musicales y exhibiciones gimnásticas, así como carreras de carros y luchas entre fieras salvajes en el cercano Circo Flaminio. Quinientos leones fueron sacrificados en cinco días, mientras que, en un momento de los festejos, varios cazadores provistos de pesadas armaduras se enfrentaron a veinte elefantes. Las bestias trataron de escapar de la arena, aterrorizando a la multitud cuando intentaron derribar las rejas de hierro hasta que les obligaron a regresar. El terror pronto se convirtió en compasión y la gente empezó a sentir lástima por los animales y a enfadarse con Pompeyo por haber ordenado que los mataran. Pese a la afición de los romanos por las exhibiciones de violencia en el circo, el mero hecho de gastar enormes cantidades de dinero en un espectáculo no garantizaba que a la muchedumbre le gustara y sintiera gratitud hacia aquel que

se lo proporcionaba. En su fuero interno, Cicerón también creía que el tamaño del teatro y el pórtico de Pompeyo eran excesivos. Otros senadores conservadores, refunfuñando, decían que era un error que el teatro -la más griega de las instituciones- tuviera una sede permanente en la ciudad. Anteriormente, la mayor parte del público había asistido de pie a los espectáculos, y temían que el hecho de disponer de asientos animara a más ciudadanos a desperdiciar sus días como ociosos espectadores?

César tenía sus propios planes para dejar su huella en la ciudad, y en 54 a.C. empezaron las obras en una amplia extensión de terreno en el lado norte del Foro y en la Basílica Julia, que lindaría con sus nuevas edificaciones. No contento con eso, siguió el ejemplo de Pompeyo y posó su mirada en el Campo de Marte, donde la saepta utilizada para las elecciones iba a ser reemplazada por una estructura permanente decorada con mármol. La envergadura del proyecto era inmensa, con una columnata de más de un kilómetro y medio en uno de los lados. En otro claro indicio de su nueva relación política, Cicerón ayudó al agente de César, Opio, a planear y organizar los proyectos. El astronómico precio -Cicerón afirma que sólo la compra de la tierra para la ampliación del Foro costó sesenta millones de sestercios, mientras que Suetonio da una cifra de cien millones- de estas magníficas estructuras fue pagado con los beneficios de la conquista de la Galia. Cuando estuvieran completados, estos proyectos harían del Foro un centro de la ciudad más grande y espectacular, con más espacio para los asuntos públicos y el comercio privado, así como un entorno mucho más grandioso para las votaciones del Campo de Marte.A corto plazo, las obras de

edificación proporcionaban empleo remunerado a muchos ciudadanos desfavorecidos de la ciudad, además de contratos rentables a las compañías que suministraban los materiales. Lo mismo es aplicable a los juegos de gladiadores que César anunció en honor de su hija. Era la primera vez que se celebraban ese tipo de juegos como conmemoración de la muerte de una mujer, y, en cierto modo, esta celebración se sumaba a los funerales públicos de su tía Julia y su primera esposa, Cornelia. Se reunió un gran número de gladiadores para la ocasión, pues César había establecido que los hombres vencidos en anteriores apariciones en la arena salvaran la vida. Los luchadores no habían sido adiestrados en una escuela de gladiadores como era habitual, sino en los hogares de senadores y équites conocidos por su destreza en el combate con armas. Suetonio relata que César escribió desde la Galia a estos hombres y les pidió que se ocuparan con especial esmero del adiestramiento. En el año 49 a.C. era propietario de al menos cinco mil de estos luchadores, muchos de los cuales se encontraban en las escuelas de gladiadores de Capua. Con su innato sentido del espectáculo, César decidió que esos juegos serían algo especial, así como los banquetes públicos que constituían la otra parte fundamental de los actos conmemorativos en honor de su hija. Parte de la comida fue preparada en su propia casa por sus propios cocineros, pero numerosos bocados fueron adquiridos en las caras tiendas por las que Roma era famosa. Los comerciantes se beneficiaron y la multitud fue tratada con gran mimo, con la esperanza de que aumentara la cifra de ciudadanos que poseían una buena opinión de César.Aunque los juegos y festines en memoria de Julia no tendrían lugar hasta varios años más adelante, los

preparativos se llevaron a cabo con mucho bombo y se esperaban con gran 4expectación.

A pesar de los enormes esfuerzos que hacía César por permanecer en el candelero, había veces en las que debe de haber sido dificil que los habitantes de Roma prestaran demasiada atención a lo que estaba sucediendo fuera de la ciudad. En los años finales de la década, casi parecía que las instituciones de la República se estaban desmoronando irreparablemente. Los sobornos electorales proliferaban: en la campaña para el consulado de 53 a.C., dos de los candidatos se unieron y ofrecieron diez millones de sestercios por el voto de la centuria praerogativa, la centuria de la Primera Clase elegida para inaugurar los comicios en la Comitia Centuriata, mientras que entregarían otros tres millones a los cónsules del año 54 a.C. que presidirían las elecciones. Tanto César como Pompeyo estuvieron indirectametne implicados en el escándalo y no se sintieron demasiado contentos cuando se destapó. Sin embargo, los comicios no se celebraron hasta el verano de 53 a.C. y, a petición del Senado, fueron supervisados por el procónsul Pompe yo. Los candidatos del año siguiente eran igualmente corruptos y la situación empeoró a consecuencia de la violencia entre las bandas de matones de Milón y Clodio, que culminó en el asesinato de este último (véase página 409). Recientemente, varios ayudantes de senadores habían perdido la vida en disturbios políticos y varios hombres importantes habían resultado heridos, pero una muerte violenta era mucho peor en el caso de un hombre famoso que no era sólo un ex magistrado, sino uno de los candidatos actuales a un cargo público. El hecho de que hubiera sido un asesinato a sangre fría acentuó el

horror causado por el crimen: Clodio había sido herido en un enfrentamiento inicial y se había refugiado en una taberna, pero Milón, con deliberación, había enviado a sus hombres allí con órdenes de que lo sacaran fuera a rastras y lo remataran.

Los disturbios que siguieron al asesinato, cuando la familia y los partidarios de Clodio desahogaron su dolor con una oleada de destrucción, sugerían que la República estaba volviendo a recaer en la anarquía, casi en un sentido literal, ya que la palabra griega se refería originalmente a los disturbios que habían impedido la elección de los arcontes, los magistrados superiores de Atenas. El Senado se reunió y aprobó su decreto supremo, e instó a Pompeyo a hacer lo que fuera necesario para proteger al Estado. Como organismo no contaba con fuerza policial o tropas para controlar una situación así, pero Pompeyo poseía el imperium de un procónsul y soldados a su mando. Había ciertas dudas sobre qué título y poder podía otorgársele y, de nuevo, se barajó la dictadura. Otros sugirieron que regresara César para que pudiera ocupar el consulado con Pompeyo hasta que terminara la crisis y los diez tribunos de la plebe respaldaron esta propuesta. César les escribió una carta de agradecimiento, pero les pidió que retiraran el proyecto de ley porque en la Galia le necesitaban. Al final, Bíbulo -el mismo Bíbulo que había sido colega de César en el año 59 a.C. y que no le tenía ninguna simpatía ni a él ni a Pompeyo- propuso que Pompeyo fuera nombrado cónsul único por un año. Catón apoyó la moción y fue aprobada con comodidad, ya que los adversarios de Pompeyo se percataron de que representaba la mejor oportunidad de restaurar el orden en la ciudad. Sin

embargo, evitaron de forma deliberada la palabra dictador, y deseaban dejar claro que no estaba siendo investido con poder supremo permanente del tipo que había conseguido Sila, sino que se trataba de una simple medida temporal para superar la crisis.5

El tercer consulado de Pompeyo fue anómalo en muchos aspectos, por ejemplo por el hecho de que no tuviera colega, lo que violaba el principio más fundamental de esta magistratura. Además, no había sido elegido por el pueblo, sino que le habían nombrado. Por lo general, un cónsul contaba únicamente con sus lictores para abrirle camino a través de las calles, pero Pompeyo introdujo a soldados armados en la ciudad para patrullar las calles. Cuando Milón fue procesado, las tropas del cónsul rodearon el tribunal para impedir que sus seguidores alteraran los procedimientos. El tribunal y sus procedimientos habían sido creados especialmente por Pompeyo para enfrentarse a los recientes abusos electorales y violencia política. Los jurados eran elegidos de una reserva de nombres seleccionados por el cónsul. La culpabilidad de Milón era clara y, aunque eso no siempre era un factor decisivo en los juicios romanos, en este caso la actitud del tribunal y de la muchedumbre de curiosos era extremadamente hostil. Cicerón había aceptado defender a Milón porque sentía un vínculo con quien había sido el más acérrimo oponente de su propio enemigo, Clodio. No obstante, cuando se alzó para hablar y se vio expuesto al abucheo y odio de la multitud, le faltó valor y no llegó a pronunciar su discurso. Milón se marchó al exilio en Massilia, en la Galia Transalpina. Posteriormente, con bastante poco tacto, Cicerón le envió el manuscrito de aquel mismo

discurso. Su antiguo cliente replicó sarcástico que se alegraba mucho de que nunca llegara a pronunciarlo porque nunca habría tenido la oportunidad de probar el excelente pescado de Massilla. Los seguidores de Clodio estaban exultantes ante el resultado, pero, al poco, varios de sus principales asociados fueron llevados a juicio y condenados en los siguientes meses. Pompeyo se había tomado en serio su papel y se esforzaba por controlar la violencia y los sobornos que habían llegado a dominar la vida pública.A diferencia de las anteriores ocasiones en que se había empleado el senatus consultum ultimum, en 52 a.C. no hubo ejecuciones sumarias y todo fue tramitado a través de los tribunales, aunque se trataba de tribunales especiales creados para la ocasión y funcionando bajo nuevas normativas.6

El cohecho electoral era ahora endémico, sobre todo en las campañas por el consulado. Pompeyo aprobó una nueva ley que imponía penas aún más duras por mala práctica electoral. Sin embargo, las sumas asociadas eran enormes y muchos candidatos confiaban en que les asignara una rica provincia tras su año de mandato, con lo que podrían pagar a sus acreedores con el dinero que le sacaban a los desventurados habitantes de las provincias y los sobornos recibidos de las compañías de publican, que no deseaban que interfirieran en su propia explotación de la población. Las consecuencias para las provincias eran nefastas, pero la mayoría de senadores estaban más preocupados por el impacto sobre las elecciones. Para romper este círculo vicioso, Pompeyo introdujo una ley que establecía que entre el consulado y la salida a la provincia debía existir un plazo de cinco años, basándose en que los acreedores estarían mucho menos inclinados a esperar tanto

tiempo la liquidación de las deudas. Esta medida provocó una inevitable escasez de gobernadores provinciales y, por tanto, a corto plazo fue necesario utilizar a los antiguos magistrados que habían preferido no asumir un mando tras su año de mandato. Cicerón era uno de ellos y en el año 51 a.C. se encontró con que le habían nombrado procónsul de Cilicia, una misión que no le entusiasmaba demasiado. En la misma época, Bíbulo fue despachado para gobernar Siria. Realmente, las medidas de Pompeyo parecen haber reducido de forma sustancial los niveles de soborno y corrupción en las elecciones consulares para 51, 50 y 49 a.C. Catón se presentó al cargo para el año 51 a.C., proclamando que no haría nada en absoluto para ganar el favor del electorado. Aunque era muy admirado, nunca fue una persona especialmente popular, lo que hacía que esa actitud fuera excéntrica en grado sumo y, desde luego, nada tradicional. No es de extrañar que perdiera por un amplio margen. Es poco probable que Pompeyo estuviera muy entusiasmado con la candidatura de Catón, pero no podía controlar el resultado y los comicios en esos tres años demostraron la fuerza de las familias de larga tradición. Los vencedores fueron tres patricios y tres miembros de uno de los más distinguidos linajes plebeyos. Los hermanos Marco y Cayo Claudio Marcelo obtuvieron el consulado en 51 y 49 a.C. respectivamente, mientras que su primo Cayo resultó elegido en el año 50 a.C. Este se casó con Octavia, la sobrina nieta de César, la misma que había ofrecido recientemente a Pompeyo como esposa potencial. Estuviera o no estuviera Marcelo al tanto de esto, el caso es que prefirió alinearse con sus primos, hostiles a César.'

El tercer consulado de Pompeyo fue otro importante paso

en su exitosa aunque nada ortodoxa carrera. Una vez más, había sido elegido por la República como el único hombre que podía hacer frente a una crisis, y hasta sus enemigos personales aceptaban la necesidad de recurrir a él. En el pasado había sido Lépido, luego Sertorio, los piratas, Mitrídates y el suministro de grano, y ahora se trataba de la violencia política en la ciudad. Como siempre, realizó la tarea con eficiencia, pero no habría sido un senador romano si no hubiera aprovechado la oportunidad para obtener prerrogativas personales: se aseguró de recibir una ampliación de cinco años de su mando de las dos provincias hispanas, con la garantía de que conservaría su imperium y sus legiones aun después de que hubiera transcurrido su año como cónsul.A principios de 52 a.C., Milón y dos de los tres candidatos que quedaban para el consulado fueron condenados y enviados al exilio. Quinto Cecilio Metelo Pío Escipión Nasica poseía uno de los linajes más distinguidos en Roma, como indicaba su larguísimo nombre. Nacido patricio, un Escipión -la familia de la que provenía el hombre que había derrotado a Aníbal en la segunda guerra púnica y el que destruyó Cartago en la tercera guerra- más adelante, había sido acogido en una rama de los Metelos, una de las más distinguidas familias plebeyas. Metelo Escipión combinaba así una gran fortuna con excelentes contactos familiares y antecesores muy prestigiosos. Sus propias habilidades eran muy limitadas, pero tenía una hermosa hija, Cornelia, que había estado casada con el apuesto hijo de Craso, Publio, y había quedado viuda en Carras. Pompeyo decidió contraer matrimonio por cuarta vez y descubrió que la idea era bien acogida por Metelo Escipión. Los cargos a los que se enfrentaba este último fueron retirados

con discreción y los esponsales se celebraron. Como Julia, la nueva esposa de Pompeyo era suficientemente joven para ser su hija, de hecho casi su nieta, pero este matrimonio también fue feliz y sin problemas. Cornelia era inteligente, sofisticada y con encanto, además de fisicamente atractiva. A Pompeyo siempre le había gustado la adoración y la devolvía encantado a una esposa que daba claras muestras de estar enamorada de él. Tenía cincuenta y cuatro años, pero para un hombre que había tenido tanto éxito tan joven, que se enorgullecía de su condición fisica y se regocijaba cuando alababan su buen aspecto, es posible que hacer frente al tramo final de la mediana edad no resultara fácil. Es tentador sugerir que tener dos esposas mucho más jóvenes que él le había ayudado a sentirse rejuvenecido. Desde el punto de vista político, también era un contacto muy bueno que aliaba al inconformista general con algunas de las familias del mismo centro de la élite de la República. El padre de Cornelia también se benefició, no sólo por escapar a la acción judicial, sino también al ser nombrado cónsul con Pompeyo en agosto.'

César podría haberse sentido decepcionado con la decisión de su ex yerno de buscar una alianza matrimonial en otra parte. En retrospectiva, sabemos que sólo dos años y medio más tarde ambos hombres estarían luchando entre sí, pero no hay pruebas de que en aquel momento se estuviera abriendo una brecha entre los dos triunviros supervivientes. No había querido retornar para ser el colega de Pompeyo, puesto que, aparte de la rebelión, todavía no había llevado a término la organización de sus nuevas conquistas. César estaba empezando a pensar en el futuro y ya había manifestado que

deseaba pasar directamente de su mando en la Galia a un segundo consulado. No deseaba pasar un intervalo como ciudadano privado, sujeto a un posible procesamiento, seguramente en relación a su año como cónsul.Algunas de las acciones de Pompeyo en el año 52 a.C. parecían estar reñidas con ese objetivo. El retraso impuesto en los cónsules para marcharse a su provincia amenazaba de modo indirecto la posición de César. Hasta entonces, las provincias que se asignaban a los nuevos cónsules debían nombrarse antes de las elecciones, de modo que había un largo plazo de aviso -unos dieciocho meses aproximadamente- si el gobernador vigente iba a ser sustituido. Con el nuevo sistema, un ex cónsul podría, en teoría, recibir el gobierno de cualquier provincia, incluyendo la de César y sobre todo la Galia Transalpina, que le había otorgado el Senado y no el voto popular. La perspectiva era perturbadora, pero era razonable suponer que Pompeyo y los demás amigos de César en Roma podrían evitarlo, a pesar de los esfuerzos de hombres como Domicio Ahenobarbo.

Más inquietante era una ley aprobada por Pompeyo que declaraba ilegal la práctica de que los candidatos se presentaran al consulado in absentia, es decir, sin estar presentes en la ciudad. Eso significaba que César tendría que renunciar a su imperium y, por tanto, pasar a estar sujeto a una posible acción judicial si quería presentarse a un segundo mandato como cónsul. A principios de año había persuadido a los tribunos que deseaban que volviera para ser cónsul con Pompeyo de que introdujeran un proyecto de ley que le otorgara a él específicamente el derecho de presentarse a las elecciones sin estar en Roma. Los asociados de César

enseguida le recordaron a Pompeyo que parecía estar contradiciendo su propia legislación. La tablilla de bronce con la inscripción del texto de la nueva ley ya había sido depositada en los archivos de la República, pero Pompeyo escribió una cláusula adicional con su propio puño y letra y ordenó que se añadiera a la ley principal. Es evidente que esa adenda tenía una cuestionable validez legal. Puede que aquel aparente desprecio hacia César fuera involuntario, o puede que Pompeyo sólo deseara recordarle a su aliado que no debía dar por supuesto que contaba con su apoyo: ambos eran aliados siempre que la unión resultara beneficiosa. Por el momento, ninguno de los dos ganaría separándose; es posible que la alianza fuera más débil a finales de 52 a.C. que en previos años, pero aún seguía vigente. Cuando llegaron las noticias de la derrota deVercingetórix, a César se le concedieron otros veinte días de acción de gracias pública por votación. Pompeyo seguía dispuesto a celebrar las proezas de su aliado, pero también se cuidó de conmemorar sus propios logros, dedicando un templo a laVictoria (Victoria).'

CONCLUSIÓN EN LA GALIA

«Tras la derrota de toda la Galia…» escribió Hircio para inaugurar la narrativa del libro que había añadido para completar los Comentarios a la Guerra de las Galias de César. Sin embargo, su propio relato pronto deja claro que eso no era completamente cierto. Muchas de las tribus rebeldes capitularon tras la rendición de Vercingetórix en Alesia, pero unas cuantas se negaron a someterse a la autoridad romana. El 31 de diciembre de 52 a.C. César abandonó Bibracte y sacó a las legiones undécima y decimotercera de los cuarteles de invierno para realizar una expedición punitiva contra los

bituriges. Los romanos atacaron de repente y el procónsul ordenó a sus hombres que no incendiaran las granjas y pueblos como era habitual con el fin de evitar que las columnas de humo alertaran a la tribu de su proximidad. Los galos fueron incapaces de organizar la resistencia, por lo que las legiones capturaron miles de prisioneros. Los ejércitos rivales les habían arrebatado sus tierras en los combates del pasado verano, cuando habían obedecido de buen grado la orden de Vercingetórix de quemar sus ciudades y reservas de alimento, de modo que los bituriges no estaban en condiciones de luchar y se rindieron enseguida. Las generosas condiciones que César había concedido a otras tribus rebeldes les animaron a hacerlo y el procónsul estaba dispuesto a ser clemente también con ellos. En esas circunstancias, no hubo esclavos o botín para distribuir entre los soldados, por lo que les entregó una gratificación de doscientos sestercios por persona y dos mil a cada centurión para recompensar su buena conducta en la campaña invernal. Dos semanas y media después partió con las legiones sexta y decimocuarta en una operación similar para castigar a los carnutes. Los galos huyeron de sus casas y, por un tiempo, César alojó a muchos de sus hombres en las casas de Cenabum, el escenario de la masacre del año anterior. César envió partidas de saqueo de la infantería y caballería con regularidad a inspeccionar los campos circundantes. Al vivir escondidos y expuestos al clima invernal, las reservas de comida de los carnutes no tardaron en escasear y sufrieron graves penurias. Muchos de ellos huyeron para buscar refugio entre otras tribus.`

Dejando a Trebonio a cargo de Cenabum, mandó a las legiones séptima, octava y novena que salieran de sus cuarteles

de invierno y a la undécima que se uniera a ellas y se dirigieron al encuentro de los belóvacos. Esta tribu tenía fama de valerosa y no había contribuido con muchos guerreros al gran ejército que trató de salvar Alesia. Sólo un par de miles se unieron estas tropas por petición especial de Colino, que tenía buenos contactos en la tribu, mientras que el resto prefirió combatir a los romanos por su cuenta y a su manera. A principios de 51 a.C., los belóvacos reunieron un fuerte ejército comandado por Correus con la ayuda de Comio, que había rehusado rendirse después de Alesia. Gracias a algunos prisioneros, César averiguó que el enemigo planeaba atacarle en caso de que le acompañaran un máximo de tres legiones, pero que observaría y esperaría una mejor oportunidad en caso contrario. Trató de esconder su cuarta legión detrás del bagaje del ejército, con la esperanza de embaucar a los belóvacos y provocar una batalla en la que confiaba obtener una rápida victoria. Los galos no se dejaron engañar y ambos ejércitos acamparon frente a frente en un valle. Ninguno de los bandos estaba dispuesto a atacar cuesta arriba contra el adversario y colocarse en una posición de desventaja, pero, para mayor seguridad, César ordenó a sus legionarios que reforzaran la fortificación más de lo habitual en un campamento de mar cha. Se producían frecuentes escaramuzas -ambos bandos estaban utilizando tropas germanas, porque Comio había logrado convencer a quinientos jinetes de unirse a los belóvacos- y, en una ocasión, los galos tendieron una emboscada y le cortaron el paso a una partida de remos que estaban buscando alimento en calidad de aliados de los romanos. César decidió que sus fuerzas eran insuficientes y convocó a las legiones sexta, decimotercera y decimocuarta.

La campaña estaba resultando mucho más dura de lo que había previsto y, cuando estas noticias llegaron a Roma, empezaron a circular rumores sensacionalistas de graves derrotas. Cuando los exploradores del enemigo informaron de que se estaban aproximando tres legiones más, los belóvacos resolvieron retirarse, alejándose de manera sucesiva ocultos por una barrera de balas de paja y madera seca en llamas que habían preparado en secreto para la ocasión. A partir de ese momento evitaron el enfrentamiento directo y emplearon las emboscadas, manteniendo a su principal ejército a cierta distancia. A lo largo de los siguientes días, infligieron varios reveses de pequeña importancia a los romanos. La inteligencia desempeña un papel clave en ese tipo de operaciones y César intuyó que se le había presentado una oportunidad cuando averiguó en el interrogatorio de un prisionero que Correus, con seis mil soldados de infantería y mil jinetes, estaba aguardando al acecho la aparición de una de sus partidas de aprovisionamiento. Al haber sido prevenidos, la caballería auxiliar consiguió retener a los galos hasta que las legiones llegaron a ayudarlos. La mayoría se dio a la fuga, pero el propio Correus se negó a escapar o a rendirse y murió atravesado por varias jabalinas. César hizo avanzar a las legiones hacia el principal campamento enemigo que sus exploradores creían que se encontraba a unos trece kilómetros de distancia. La muerte de Correus y la llegada de los hombres que habían huido de la derrota impulsaron a los belóvacos a mandar a César unos emisarios de paz, que trataron de atribuir toda la culpa de la rebelión al jefe fallecido. El procónsul les dijo que dudaba de que un solo hombre fuera el único responsable de la revuelta, pero que, de

todos modos, aceptaba su rendición con satisfacción y que no les impondría ningún castigo adicional. Los belóvacos le entregaron los acostumbrados rehenes. Impresionados por su indulgencia, varias tribus más capitularon a lo largo de las siguientes semanas. Había algo de verdad en lo que había respondido César a los belóvacos respecto a la influencia de un único jefe, pero sin duda era consciente de la importancia que los líderes carismáticos tenían a la hora de mantener viva una rebelión. Poco después lanzó otra expedición punitiva contra los eburones en vista de que su jefe,Ambiórix, seguía en libertad. Comio también había escapado de la derrota de los belóvacos y los romanos estaban buscándole a él y a su séquito. En un momento dado, Labieno fingió estar dispuesto a negociar con el rey atrebate con la intención de darle muerte, pero Comio, al que sólo logró herir, volvió a escapar. Más adelante, una patrulla romana estuvo a punto de apresarle y finalmente declaró que aceptaba firmar la paz, siempre que no tuviera que ver a ningún otro romano jamás. No se conserva ninguna respuesta de César a esta petición, pero se sabe que Colino acabó huyendo a Britana por mar, donde se proclamó rey de una de las tribus de la costa meridional y fundó una dinastía."

Hubo una última rebelión de importancia, esta vez entre las tribus del suroeste, que se concentró en torno a la ciudad amurallada de Uxellodunum, en la actual Dordoña. Uno de los dos líderes principales era Lucterio, quien, siguiendo órdenes deVercingetórix, había atacado la Galia Transalpina a principios del año 52 a.C. Buena parte de la lucha estuvo acaudillada por los legados de César, pero el procónsul llegó para completar el asunto, aceptando de camino la rendición

de los carnutes después de que le entregaran al cabecilla de la rebelión para que fuera castigado. Según Hircio, César se vio obligado a ejecutarlo porque sus soldados seguían deseando vengar la masacre de Cenabum. Los rebeldes fueron cercados en la ciudad y, gracias a la habilidad para la ingeniería de sus legionarios, logró cortar el suministro galo de agua. Cuando se rindieron, César tomó la decisión de hacerles servir de ejemplo «dado que todos sabían ya que no eran muy feroces», tal y como afirma Hircio. Ordenó que le cortaran la mano a todos los guerreros y luego los dejó en libertad para que sirvieran de advertencia a los demás. Algunos eruditos modernos se inclinan a considerar que el comentario de Hircio es más relevante para la guerra civil que las campañas de César en la Galia, pero eso es ver las cosas con una mirada actual. En pasajes previos del libro, Hircio ha dado varios ejemplos de cómo César no imponía condiciones demasiado severas cuando las tribus insurrectas se rendían y señalaba que esa indulgencia había animado a otras tribus a entregarse. Después de obtener la victoria militar, César gustaba de establecer la paz política convenciendo a los hombres de toda la Galia de las ventajas de ser leales a Roma. Encontramos pruebas de la efectividad de esta política poco después, cuando Lucterio, que había escapado a la cautividad en Uxellodunum, fue entregado a los romanos por otro jefe arverno. Hircio describió las acciones de César en el invierno de los años 51 y 50 a.C. con las siguientes palabras: César «tenía un solo objetivo: mantener la amistad con los pueblos y no dar esperanza ni motivo alguno para la guerra […] En consecuencia, a base de dispensar honores a los pueblos, recompensar magníficamente a los jefes y no añadir ningún

tributo adicional, no le resultó dificil -gracias a esta mejora de las condiciones para su sometimiento- mantener en paz una Galia agotada al cabo de tantas `Aunque es posible que se equivocara en la interpretación de la situación que daría lugar a la gran rebelión de 52 a.C., parece que César supo tratar las cuestiones diplomáticas con eficacia. El siguiente verano transcurrió en paz.A principios del año 49 a.C. abandonó la Galia y, más tarde, se llevó consigo a la mayor parte de sus tropas. No obstante, no se produjo ninguna rebelión de envergadura en cuanto Roma aflojó el yugo. Los belóvacos volverían a levantarse en y fue necesario someterlos de nuevo, pero, por lo demás, la Galia permaneció en paz durante la siguiente década.`

César pasó nueve años en las Galias, extendiendo el dominio romano en dirección hacia el Rin en el este, hacia el Canal de la Mancha en el norte, y hacia la costa atlántica en el oeste. La zona seguiría siendo parte del Imperio romano durante casi cinco siglos. La mayor parte del tiempo, reinó la paz en sus fronteras -interrumpida por unas cuantas revueltas promovidas por la primera generación después de la conquista, más tarde, sólo por ocasionales guerras civiles romanas y, en especial en los últimos años, por periódicas razias de los bárbaros- y gozó de una prosperidad generalizada. La aristocracia obtuvo la ciudadanía romana y, un siglo después de la muerte de César, los descendientes de los hombres que habían combatido contra él ocuparían puestos en el Senado de Roma. A medida que la población, o al menos las clases más ricas, empezó a disfrutar de progresos como cristales en las ventanas, agua corriente, alcantarillados, casas de baños y calefacción central, la cultura gala fue

modificándose y la influencia de las ideas y conceptos romanos se convirtieron en lo que hoy se conoce como cultura galorromana. El latín se adoptó para el uso común, sobre todo en los pueblos grandes y en las ciudades y entre la aris tocracia. La alfabetización y la práctica del registro escrito se popularizaron. El sacerdocio de los druidas fue suprimido y prácticas como la caza de cabezas y los sacrificios humanos prohibidas, pero muchos otros aspectos de la religión gala pervivieron, aunque, en ocasiones, los dioses y las diosas fueron rebautizados con nombres romanos.Tiempo después, las viejas religiones se verían amenazadas por la propagación del cristianismo, que comenzó como una secta secreta, pero a partir de Constantino pasó a ser la religión oficial del Imperio romano. La nueva fe fue sólo una de las muchas ideas y conceptos que llegaron a las Galias por el hecho de formar parte del amplio mundo romano, en el que viajar era mucho más fácil y más seguro. El impacto de Roma sobre las Galias y sus gentes era profundo y resultó persistente, mucho más que en Britania, donde la mayoría de las huellas de la cultura romana desaparecieron una generación o dos después de que dejara de ser una provincia.

Esa es la historia que la Galia tendría como consecuencia de las campañas de César. No sabemos qué habría pasado si no se hubieran producido, si, por ejemplo, hubiera emprendido una guerra en los Balcanes en vez de allí. Han transcurrido más de dos mil años y el número de posibilidades son realmente innumerables. Es muy probable que los romanos hubieran conquistado las Galias en algún momento, aunque tal vez no con la velocidad e intensidad con que César acometió sus campañas. Considerando las relativamente

limitadas posibilidades de expansión que se abrían ante Roma a mediados del siglo i a.C., es igualmente probable que hubiera sucedido bastante pronto. El dominio romano aportó a la Galia y a otras provincias muchas ventajas. En su nivel más básico, no está fuera de lugar decir que las condiciones de vida de muchas personas eran mejores durante el Imperio romano que antes de su llegada o tras su caída. Los defectos de la sociedad romana -y tenía muchos- solían ser comunes a otras culturas, incluyendo la gala. La esclavitud es un claro ejemplo. Los violentos espectáculos en la arena del circo, que se incorporaron a la cultura junto con la literatura, el arte y el teatro como parte de la influencia romana, eran menos habituales. César no era responsable del imperialismo romano o de su cultura, aunque sin duda era un entusiasta representante de la expansión. Su conquista de la Galia sólo satisfacía una meta o una ambición a largo plazo en el sentido de que había ansiado durante mucho tiempo la oportunidad de alcanzar la gloria. Fueron el azar y la oportunidad los que le llevaron a centrar su atención en la Galia. Por otra parte, los beneficios del dominio romano son discutibles, pero la naturaleza brutal de la conquista no lo es: Plutarco sostiene que un millón de galos perdieron la vida durante las campañas de César y el mismo número fueron capturados y, en la mayor parte de los casos, vendidos como esclavos. Plinio, insistiendo en las bajas causadas por las legiones de César en su adversario durante la guerra civil, afirma que sus hombres mataron a 1.192.000 oponentes en combate, aunque, en su opinión, esa cifra no incrementa en nada su gloria, mientras que Veleyo Paterculo dice que en las campañas galas murieron 400.000 enemigos y «fue mayor el número de

prisioneros». Es dificil saber qué fundamento tienen esas cifras. El total de las bajas enemigas mencionadas en los Comentarios a la Guerra de las Galias no es tan elevado, mientras que, con frecuencia, el relato de César de la guerra civil deja sin mencionar esas cosas. Es poco creíble que las pérdidas humanas sufridas en las tribus galas se conocieran con precisión, pero es posible que la cifra de prisioneros capturados y vendidos como esclavos se calculara a partir de registros documentados. Probablemente estas cantidades sean exageradas, pero nos dan una idea del terrible coste de las victorias de César en términos de vidas humanas. El impacto de estas campañas sobre la Galia tuvo que haber sido imponente. Ciertas áreas resultaron devastadas y no se recuperarían en décadas. En el año 50 a.C., César estableció los ingresos anuales de esta nueva provincia en cuarenta millones de sestercios, menos de lo que había pagado por la tierra necesaria para su proyecto en el Foro. Es probable que esta cantidad reflejara el coste de ocho años de intensas campañas. Sólo podemos tratar de imaginar el trastorno social provocado, por ejemplo, por la ejecución de todo el consejo de gobierno de los vénetos que ordenó César. Era completamente pragmático -de hecho amoralen su empleo de la clemencia o las matanzas y las atrocidades. Durante el transcurso de la conquista de la Galia sus soldados hicieron cosas terribles, a veces obedeciendo órdenes, como cuando aniquilaron a los usípetes y a los téncteros, y, a veces, de manera espontánea, como cuando mataron a las mujeres y a los niños en Avaricum. Otros ejércitos romanos al mando de otros comandantes habían hecho cosas similares en el pasado, y seguirían haciéndolas en el futuro. De hecho, prácticamente

todos los ejército de la Antigüedad cometieron atrocidades tan terribles o incluso peores, lo que no pretende justificar las acciones de César, sino simplemente situarlas en contexto. En la Antigüedad la guerra solía ser un asunto de una extrema crueldad.14

César había trabajado durante años para obtener el mando supremo y, cuando se le presentó la oportunidad en 58 a.C., la aprovechó de inmediato y no dejó pasar una sola ocasión para la guerra y la conquista. En las posteriores campañas demostró ser un general de genio, situándose entre los mejores que Roma ha tenido jamás. Su estilo de mando era típicamente romano: controlaba las batallas desde cerca de la línea de combate, organizando las tropas de reserva y dando ánimos a los hombres mientras observaba su conducta. Su estrategia era agresiva, tomando la iniciativa y manteniéndola, sin dudar nunca de que obtendría la victoria final independientemente de las probabilidades que tuviera. De nuevo, este era el modo romano de hacer la guerra, y muchas decisiones que nos pueden parecer imprudentes desde la perspectiva actual no serían consideradas tales por los demás senadores. De los comandantes contemporáneos sólo Pompeyo podría igualársele en cuanto a logros y destreza (porque aunque Lúculo fue un gran estratega, carecía de la habilidad de César como líder) y ambos eran igualmente agresivos en sus campañas. Ninguna de estas cualidades llegaron de manera instantánea: César había vacilado en ocasiones en sus primeras campañas, y sólo tras largos años de servicio y éxitos continuados conquistó a sus legiones con su encanto, generosidad y competencia. Hubo errores y fracasos, en especial la irregularidad de las expediciones a Britania, la

muerte de los hombres de Cota y Sabino y la derrota de Gergovia, pero César convenció a sus soldados de que al final siempre ganarían. En ocho años de operaciones intensivas los triunfos sucesivos reforzaron la seguridad de los legionarios. En el año 50 a.C. había creado un ejército que estaba absolutamente entregado a él. César había alcanzado mucha gloria y consiguió una fortuna fabulosa, lo que le permitió gastar libremente en sus esfuerzos de obtener más respaldo en la misma Roma. Ahora quedaba por ver si eso le bastaba para regresar a Roma y colocarse junto a Pompeyo como uno de los ciudadanos más grandes de la República.15

TERCERA PARTE

LA GUERRA CIVIL Y LA DICTADURA

49-44 A.C.

XVII

EL CAMINO HACIA EL RUBICÓN

Cuando alcanzó a sus cohortes junto al río Rubicón, que era el límite de su provincia, se detuvo un poco y, reflexionando sobre la magnitud de la empresa que proyectaba, se volvió a sus acompañantes y dio: «Todavía ahora podemos retroceder, pero si cruzamos este pequeño puente, todo tendrá que resolverse por la fuerza de las armas».

SUETONIO, finales del siglo I d.C.[1]

Con estas cosas él [César] ha alcanzado tanto poder que hoy la esperanza de resistir está en un solo ciudadano; y yo preferiría que éste no le hubiese dado tantas fuerzas a que ahora tenga que resistir a tan poderoso adversario.

CICERÓN, 9 de diciembre, 50 a.C.[2]

La Galia había proporcionado a César gloria y riqueza. En el año 50 a.C. no había ningún conflicto importante en marcha y todo apuntaba a que las diversas derrotas devastadoras infligidas en cada rebelión se habían unido a los cuidadosos esfuerzos diplomáticos del procónsul para crear una nueva provincia estable para la República. La aceptación de la gran mayoría de los líderes tribales del Gobierno romano no era sólo una cuestión de lealtad personal a César, su asesinato seis años más tarde no provocó nuevos estallidos de disturbios en las Galias. Como cualquier otro comandante romano de éxito había cosechado enormes beneficios personales gracias a sus victorias, pero eso no debería minimizar las ganancias que sus conquistas habían aportado a

Roma. Oficialmente, la República tenía una nueva fuente de ingresos, a pesar de que tenía que sopesar los costes de proveer de guarnición la provincia. Era mucho más seguro via jar por la Galia Transalpina y transitar por las importantes rutas hacia Hispania, mientras que la propia Italia estaba mucho más protegida ante una posible invasión de tribus del norte que siguieran los pasos de los cimbros y los teutones. No existía ninguna amenaza inminente sobre Italia de esa dirección y, aunque esas preocupaciones estratégicas no eran primordiales para César cuando inició sus campañas, no por eso eran menos reales y era innegable que, en ese sentido, la conquista de las Galias benefició a Roma. No obstante, a lo largo de la historia, la expansión ha tendido a beneficiar a los individuos más que a los Estados, y así sucedió también con el imperialismo romano. El comercio con la Galia era importante antes de que llegara César, pero sus campañas ayudaron a abrir nuevos mercados por ejemplo en Britania-para los mercaderes romanos y les permitieron operar en condiciones muy favorables en la nueva provincia de la Galia. Los oficiales superiores y la plana mayor de César, que compartió el saqueo y los esclavos con generosidad, se enriquecieron mucho más rápido. No era el tipo de persona que acumula la riqueza recién encontrada, sino que gastaba con esplendidez en sus proyectos de construcción y espectáculos organizados y, a un nivel más personal, ofrecía préstamos libres de interés o incluso regalaba dinero a hombres cuya amistad deseaba cultivar. Muchos romanos que nunca habían puesto el pie en la Galia se beneficiaron de su conquista.

Las victorias en la Galia reportaron beneficios a la

República -en especial a determinados individuos-, pero todas fueron minimizadas por el cambio inmediato e irrevocable que provocaron en la fortuna y estatus personal de César. En el año 50 a.C., era más rico, poseía una red de amigos y clientes más amplia, y podía presumir de logros mayores y más gloriosos que ningún otro senador aparte de Pompeyo. Durante varios años había puesto de manifiesto que pretendía buscar un segundo consulado a su regreso a Roma. Su triunfo electoral estaba prácticamente garantizado porque siempre había sido popular entre los votantes y ahora contaba aún con más dinero para ganarse su favor. Una ley muy antigua, restaurada por Sila durante su dictadura, decretó que debería pasar un decenio entre dos consulados. Se había hecho una excepción en el caso de Pompeyo en el año 52 a.C., uno más de los muchos pasos poco convencionales de su carrera, pero la ley siguió vigente y César no deseaba ni necesitaba un tratamiento preferencial en ese respecto. Planeaba presentarse candidato a las elecciones en el otoño de 49 a.C. para asumir el consulado en enero de 48 a.C., diez años después de haber abandonado el cargo al final de su primer mandato como cónsul. Las controversias de ese año todavía le perseguían y César sabía que le procesarían tan pronto como fuera un ciudadano privado. Por esa razón deseaba pasar de su mando proconsular al segundo consulado. La ley propuesta por los diez tribunos del año 52 a.C. -hay que reconocer que, al menos en un caso, tras cierta renuencia inicial- le había otorgado permiso para convertirse en candidato sin entrar realmente en la ciudad de modo normal. Pompeyo y Craso habían hecho lo mismo en 71 a.C., esperando con sus ejércitos a las afueras de Roma y cruzando sólo la frontera

formal de la ciudad cuando ocuparon por fin el consulado. Una vez que hubiera ocupado el puesto de cónsul -idealmente con un colega simpatizante, tal vez incluso uno de sus antiguos legados, como podría ser Labieno-, César estaría en posición de presentar una nueva legislación, recompensando a sus veteranos con tierra y confirmando su conquista de la Galia. Otros proyectos de ley podrían haber sido adaptados para aumentar su popularidad en diversas secciones de la sociedad. De nuevo en el centro de la vida pública, dispondría de un año para, o bien ganar el favor de sus enemigos políticos o bien, al menos, fortalecerse para que no desearan arriesgarse a atacarlo en los tribunales. No sabemos cuáles eran sus planes para más adelante y es más que posible que él mismo no lo supiera con precisión en aquel momento, sino que pretendía esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Un nuevo mando provincial era una de las opciones, tal vez una campaña contra los partos para vengar la mancha de la desastrosa derrota de Craso en Carras. Otra de las posibilidades era lograr un nombramiento similar al de Pompeyo, que le permitiera obtener imperium y disponer de control sobre las legiones mientras permanecía en torno a Roma.'

Llegado el momento, nada funcionó como César había previsto. En vez de volver a casa para encontrarse con un segundo consulado, un triunfo galo, los juegos en honor de su hija y un reconocimiento generalizado como igual de Pompeyo, como uno de los dos hombres más destacados de la República, regresó transformado en un rebelde. Sus adversarios tenían ideas muy diferentes sobre el modo en el que debería retornar y, cada vez más, Pompeyo también.

Hubo intentos de negocia ción, muchas ofertas de soluciones intermedias, pero, al final, resultó imposible llegar a un acuerdo que todas las partes estuvieran dispuestas o pudieran aceptar. La obstinación, el orgullo y las sospechas de todos los implicados, así como profundas enemistades personales en unos cuantos casos, contribuyeron a este punto muerto, y tampoco ayudó un optimismo fuera de lugar que les hacía confiar en que los oponentes se echarían atrás. Algunos habían presentido que se fraguaba una guerra civil durante más de un año antes de que estallara, pero muy pocos de los principales implicados la querían realmente. La mayoría, incluyendo a César y Pompeyo, se vieron arrastrados poco a poco y a regañadientes a una situación en la que concluyeron que ya no les quedaba ninguna otra alternativa aceptable. Sería muy dificil especificar cuándo la guerra llegó a ser inevitable. La guerra civil no se libró por grandes causas ni enfrentó ideologías opuestas, sino que dirimía una cuestión de posición personal y dignitas, sobre todo las de César. En años posteriores, en especial en la época de los emperadores de Roma, algunos se inclinaban a considerar que César había planeado la revolución y aspirado a la monarquía desde su primera juventud. Ninguna prueba contemporánea respalda esas teorías y, desde luego, las acciones de César no sugieren en absoluto que albergara tales propósitos. Lo que ansiaba era regresar y ocupar sin problemas una posición preeminente en la República, que los demás senadores, incluidos aquellos que no le tenían simpatía, reconocieran su prestigio, influencia y auctoritas. Tener que recurrir a las armas para proteger su posición era un síntoma de fracaso político, tanto para Pompeyo como para César.4

LA RUPTURA DE LA ALIANZA

La presión sobre César había ido aumentando de manera gradual. Cuando Catón condenó su actuación tras la derrota de los usípetes y los téncteros en 55 a.C., no había ninguna perspectiva realista de que el Senado llevara a cabo lo que proponía y entregara al procónsul a los germanos. El triunvirato había sido renovado en Luca y, unidos, Pompeyo, Craso y César -en especial los dos primeros porque estaban presentes en eran demasiado fuertes para que nadie se opusiera a sus designios.A Domicio Ahenobarbo sólo se le podía negar el consulado durante un año, pero su ambición de reemplazar a César en el mando de la Galia fue bloqueado sin demasiada dificultad. El fallecimiento de Julia debilitó el vínculo entre César y Pompeyo; el de Craso alteró de manera fundamental el equilibrio de la vida pública romana, puesto que había numerosas personalidades que estaban en deuda con él a causa de préstamos o favores pasados. Su hijo vivo, Marco, no contaba ni con la edad ni con la capacidad suficientes para ocupar el lugar de su padre en el centro de esta red de clientes y amistades políticas. Algunos de estos hombres estaban ahora asociados a Pompeyo y otros a César, pero los vínculos no podían ser tan fuertes de manera instantánea como los que habían mantenido con Craso, que había dedicado mucho esfuerzo durante años a ampliar su capital político además de su riqueza financiera. Muchos de los críticos más acérrimos de César habían mostrado asimismo una clara hostilidad hacia Pompeyo, por lo que su nombramiento como cónsul único en el año 52 a.C. por moción de Bíbulo y con respaldo de Catón fue doblemente sorprendente. Catón hizo hincapié en su constante

independencia política y le soltó sin rodeos a Pompeyo que le daría consejos por el bien de la República, pero que eso no implicaba ningún tipo de amistad personal entre ellos, un episodio que, sin duda, contribuyó a que no consiguiera el consulado. No obstante, al menos por el momento, Pompeyo, gracias a su nuevo matrimonio y a sus medidas para restaurar el orden en el Estado, se había convertido en un personaje aceptable para los principales hombres del Senado.A estos les gustaba ser conocidos como los «hombres buenos» (boni) -o a veces como los «mejores» (optimates)- y procedían de manera predominante de familias de rancio abolengo. En 52 a.C. apoyaron de buen grado a Pompeyo como un medio para frenar la violencia que estaba perturbando la vida pública, sobre todo porque, aparte de Milón, prácticamente todas las bajas provocadas por los juicios del nuevo tribunal habían sido partidarios de Clodio. Catón había llegado a decir que Milón debería ser absuelto por su contribución al bien de la República al eliminar a su peligroso rival. s

En 51 a.C., el entonces cónsul Marco Claudio Marcelo comenzó a lanzar un ataque coordinado sobre César, que era su enemigo personal. La motivación última de su hostilidad es poco clara, aunque un factor esencial era sin duda el resentimiento por la monopolización que el triunvirato había ejercido de todos los mandos de mayor importancia y grande za. En circunstancias normales, ese tipo de oportunidades para servir a la República y a la vez alcanzar la gloria debían haber recaído en hombres provenientes de familias aristocráticas de renombre, hombres como el propio Marcelo, su hermano y su primo. En aquel momento, Pompeyo era demasiado fuerte para arriesgarse a atacarle, pero César

parecía vulnerable. Marcelo declaró abiertamente su intención de que César regresara de su mando, alegando que su gran victoria frente aVercingetórix, que la República había honrado con una acción de gracias pública, demostraba que la guerra en la Galia había terminado. Esta justificación era necesaria, ya que en 55 a.C., la ley de Craso y Pompeyo había otorgado a César otros cinco años de mando en aquella provincia. Marcelo también alegó que la nueva ley de Pompeyo sobre los mandos provinciales sustituía la ley de los tribunos que concedía a César el privilegio de convertirse en candidato para un segundo consulado sin tener que regresar a la ciudad. Ya en marzo, Pompeyo expresó su desaprobación de las intenciones del cónsul. Aparte de sus vínculos con César, era muy insultante que su ley fuera cuestionada de ese modo, sobre todo porque la propia ley incluía cláusulas que prohibían su modificación en subsiguientes reuniones del Senado o la asamblea. Dejó claro que nunca apoyaría ninguna medida que pretendiera hacer que César retornara antes de que el mandato legal como procónsul hubiera expirado.

En julio interrogaron a Pompeyo en el Senado sobre la legión que había «prestado» a César tras la derrota de Cota y Sabino, y le instaron a recuperarla y volverla a situar bajo su mando directo. A regañadientes, Pompeyo declaró que lo haría, pero se negó a ser coaccionado y no estableció ninguna fecha para la vuelta de sus tropas. Marcelo mantuvo la presión y, después de un aplazamiento, logró garantizar que el Senado debatiera el tema de la provincia de César el 1 de septiembre. El Senado se reunió una vez más fuera de la frontera oficial de la ciudad para que Pompeyo pudiera estar presente y este volvió a expresar su opinión de que no sería correcto que el

Senado decidiera sobre esta cuestión en aquel momento. Su suegro Metelo Escipión presentó una moción que proponía que el asunto se planteara de nuevo el 30 de marzo de 50 a.C., y parece improbable que Pompeyo lo desaprobara. De hecho, Marcelo fue capaz de conseguir que se produjera un debate más completo mucho antes, el 29 de septiembre. También esta vez Pompeyo estaba presente. Marcelo presentó una moción muy similar a la de Escipión que decretaba que el Senado debía abordar la cuestión de las «provincias consulares» el 1 de marzo o a partir de esa fecha. Resultó aprobada. Se debatieron otras medidas, una que proponía prohibir que los tribunos vetaran la decisión adoptada en ese debate, y otra que instaba a comenzar el proceso de licenciar a aquellos soldados de César que hubieran servido durante todo el plazo legal que les correspondía -que, en ese periodo, era muy probablemente dieciséis años- o tuvieran otros motivos para obtener una licenciatura honorable.Ambas propuestas fueron vetadas por dos o más tribunos, como la que abordaba el tema de los nombramientos de los mandos provinciales propretorianos que habría afectado asimismo a aquellos que aguardaban para ocupar los mandos cuando expirara el mandato de César.'

Marcelo no había ganado de manera categórica, pero tampoco había perdido del todo. César seguía disfrutando de un reconocimiento formal como gobernador de pleno derecho de sus tres provincias cuando el cónsul dejó su cargo a finales de año.A principios de año había mostrado signos de frustración ante la idea de trabajar únicamente a través de los canales legales en el Senado. En 59 a.C., como parte de su legislación agraria, César había establecido una colonia en

Novum Comum, en la Galia Cisalpina, al norte del río Po. Durante su periodo en la Galia, también había tratado a los transpadanos como ciudadanos a pesar de que en aquel momento todavía no poseían estatus latino. Marcelo ordenó que azotaran a un ex magistrado de la colonia, un castigo del que estaban exentos los ciudadanos y después le dijo que regresara junto a César para «mostrarle los azotes». Fue un acto de muy mal gusto, que contrarió a Cicerón cuando supo lo que había sucedido, e indica hasta qué punto detestaba Marcelo a César. Aunque no consiguió que el Senado hiciera regresar al procónsul, había planteado serias cuestiones que afectaban a su futuro. Algunos de los comentarios de Pompeyo durante y después del debate del 29 de septiembre alentaron a los adversarios de César: declaró que no podía tolerar que le arrebataran a César su mando hasta el 1 de marzo del año 50 a.C., pero que después su actitud sería distinta, lo que sugiere que creía que el mando otorgado a César por la ley que Craso y él habían aprobado expiraría en esa fecha. Al ser preguntado sobre cuál sería su actitud si un tribuno vetara una decisión del Senado en aquel mo mento, la respuesta de Pompeyo implicaba escasa complicidad con su aliado y antiguo suegro. Dijo que no importaba que César se opusiera al Senado en persona o a través de un tribuno: ambas opciones serían incorrectas. Cicerón no se encontraba en Roma en aquel momento porque había tenido que ir a su pesar a hacerse cargo del gobierno de Cilicia como resultado de las nuevas disposiciones introducidas en el año 52 a.C. Afortunadamente, uno de sus corresponsales -el mismo Celio Rufo al que había defendido con éxito en 56 a.C. y que ahora era edil- le envió un relato detallado del asunto, que menciona

una última pregunta planteada a Pompeyo: «”¿Y si quisiese César (dijo otro), ser cónsul, y juntamente con esto ser señor del ejército?”.A lo que Pompeyo respondió afablemente: “¿Y si quisiese mi hijo tomar un palo y darme de palos?”. Estas palabras han hecho que la gente sospeche que Pompeyo se ha peleado con César.’

La cuestión de cuándo exactamente expiraba el mando provincial de César ha sido tema de debates académicos durante mucho tiempo y parece poco probable que llegue a resolverse alguna vez. Es evidente que el 1 de marzo de 50 a.C. tenía alguna significación para que Pompeyo la seleccionara como la fecha después de la cual sería apropiado plantearse el reemplazo. Parece sugerir que la ley aprobada en 55 a.C. que concedía a César la ampliación de su mando había entrado en vigor en febrero de ese año. Por tanto, los cinco años otorgados a César empezaban en aquel momento y expiraban el primer día de marzo del año 50 a.C., conocido por los romanos como las calendas de marzo. A partir de ese momento, el Senado podía nombrar un nuevo gobernador y el mando de César finalizaría cuando llegara el reemplazo. Es obvio que César interpretaba la ley de manera diferente y puede haber preferido entender que le concedía una extensión de su mando original de cinco años, pero que el nuevo periodo no comenzaría hasta que el primero hubiera terminado. Sin embargo, al parecer no hizo ningún anuncio formal respecto a cuándo creía él que debería finalizar su mando por ley. Es perfectamente posible que la ley original fuera imprecisa, porque es probable que la prepararan a toda prisa y en un momento en el que la alianza entre el triunvirato era fuerte. La situación se complicó aún más cuando los diez

tribunos aprobaron el proyecto de ley que concedía a César el derecho a presentarse candidato a unos comicios sin estar presente en persona. Para él, esto significa ba que no debería ser sustituido en la Galia hasta que no tuvieran lugar las elecciones, un periodo de unos dieciocho meses, si su mandato terminaba en marzo del 50 a.C., y tenía la intención de esperar hasta las elecciones consulares del otoño de 49 a.C.8

Domicio Ahenobarbo llevaba un tiempo deseando ocupar el cargo en la Galia y desde su pretura había atacado también el consulado de César. Catón expresaba con igual insistencia sus críticas y reiteraba una y otra vez su intención de llevar a César a juicio por los acontecimientos de 59 a.C. y había prestado juramento a ese respecto. En los últimos tiempos había tomado la costumbre de declarar que César iría a juicio igual que Milón, con soldados armados rodeando el tribunal. El rencor de Bíbulo tampoco se había apaciguado ni un ápice, aunque por el momento, como Cicerón, había sido despachado, en su caso a Siria, como gobernador provincial. Marcelo, su hermano y su primo eran asimismo hostiles a César, y Metelo Escipión, como mucho, se mostraba poco amistoso.A todos los unía su deseo de impedir que César regresara para ocupar un segundo consulado y evitara ser procesado. No obstante, pese a su profundo odio, nada de esto habría importado realmente si Pompeyo hubiera elegido apoyar a César sin reservas, ya que, sin duda, su respaldo le habría permitido al procónsul conseguir todo lo que quería. Pompeyo poseía imperium proconsular y un ejército en Hispania. Sin él no había fuerza con la que amenazar a César, menos todavía para combatir contra él en caso de que llegara

a producirse un conflicto abierto. Los oponentes de César no podían conseguir nada sin el apoyo de Pompeyo, como demostró con claridad el fracaso de la tentativa de Marcelo de hacer que regresara de la Galia el año 51 a.C. Del mismo modo, César se esforzaría para continuar en el mando y regresar a Roma tal y como él deseaba, incluso sin contar con el respaldo de Pompeyo, o al menos, con su neutralidad al respecto. Como ocurría muy a menudo, el único que sabía lo que estaba pensando Pompeyo era él mismo.Ya en el otoño de 51 a.C., Celio sospechaba que los dos triunviros se habían distanciado. La posición de Pompeyo era muy poderosa y, al final, su mayor preocupación era cómo beneficiarse de este dominio y cómo conservarlo. Su antiguo aliado, César, necesitaba su ayuda para conseguir lo que deseaba, así como también sus oponentes, a quienes Pompeyo se había aproximado en los últimos años. Si César volvía con toda la riqueza y la gloria de sus victorias galas, se convertiría en un igual de Pompeyo y tal vez, con el tiempo y gracias a su mayor habilidad política, llegara a ser su superior. Sin embargo, si se deshacía de César por completo, como pretendían Catón, Domicio, los Marcelos y sus aliados, estos necesitarían menos a Pompeyo, y podría fácilmente verse relegado a la impotencia política relativa que había sufrido cuando regresó de Oriente en 62 a.C. Por el momento, Pompeyo tenía ventaja y mostraba tanto a César como a sus adversarios que le necesitaban, pero que ninguno de ellos podía dar por descontado que los ayudaría.'

El nuevo año parecía traer buenos presagios para los enemigos de César. Otro Marcelo ocupaba el puesto de cónsul tras haber sido absuelto del cargo de cohecho electoral,

y su colega era Lucio Emilio Lépido Paulo, el hijo del Lépido que se había rebelado en 78 a.C., sólo para ser reprimido por Pompeyo. A pesar de sus orígenes, se cree que tampoco estaba especialmente bien predispuesto hacia César y, en cualquier caso, en aquel momento estaba más ocupado con sus esfuerzos por reconstruir con mayor grandiosidad la Basílica Fulvia et Aemilia, un magnífico monumento a un antepasado de su familia. Uno de los nuevos tribunos era Curión el joven, que en 59 a.C. había sido uno de los pocos que criticó el triunvirato públicamente. El activo corresponsal de Cicerón, Celio, mantenía una estrecha relación con él en aquella época. Ambos eran preeminentes miembros de una generación de jóvenes romanos famosos por su desenfrenado estilo de vida, que, unido a sus grandes ambiciones, con frecuencia les hacía acabar endeudados. Marco Antonio era otro miembro de este grupo de jóvenes irresponsables y se dice que Curión fue el primero que le introdujo en los placeres de las amantes, del alcohol y de un estilo de vida caracterizado por un lujo extravagante. La consecuencia de estos excesos era que Antonio pronto se encontró con que había contraído numerosas deudas y el padre de Curión le prohibió la entrada en su casa a menos que su propio hijo demostrara que estaba dispuesto a pagar por las caras aficiones de su amigo. Recientemente, Curión había gastado una enorme suma en la organización de unos espectaculares juegos funerarios en honor de Curión el Viejo, muerto en 53 a.C. Incluso llegó a construir un anfiteatro giratorio de madera que podía dividirse en dos teatros semicirculares para interpretaciones teatrales independientes. Poco después, se había casado con la viuda de Clodio, la franca y enérgica

Fulvia. Estos jóvenes -que todavía eran «adolescentes» en el sentido roma no del término- tenían talento, pero a la generación precedente no le parecían nada estables. Celio estaba convencido de que Curión planeaba lanzar un ataque total contra César, pero una de sus primeras acciones como tribuno fue proponer un nuevo programa de distribución de tierras entre los pobres. La hostilidad de los cónsules a esta medida bloqueó su aplicación, por lo que presentó varios proyectos de ley que proponían el reparto gratuito de grano entre los ciudadanos de Roma y un programa de cinco años de construcciones de caminos en Italia. Al mismo tiempo comenzó a poner de manifiesto en las reuniones públicas que secundaba la causa de César. Más adelante, se rumoreó que César había comprado su respaldo saldando sus masivas deudas con el oro proveniente del botín de las Galias.Veleyo Paterculo afirma que se habló de un soborno de dos millones y medio de denarios, mientras que Valerio Máximo menciona la impresionante suma de quince millones. Sin duda las habladurías inflaron la cifra, pero en cierto modo César estaba haciendo por Curión lo que Craso hiciera por él en su momento: cubrir sus inmensas deudas para conseguir un útil aliado político. También se dijo que Paulo recibió una cantidad de nueve millones de denarios, lo que le ayudó a completar sus proyectos de edificación. Ambos eran ambiciosos aristócratas romanos y perseguían su propio beneficio cuando cambiaron de tercio y comenzaron a apoyar a César. Por el momento, habían sido persuadidos de que les convenía respaldarlo. Es probable que Curión se hubiera sentido frustrado cuando bloquearon sus proyectos de ley y ahora no tenía ningún incentivo para ayudar a los principales

hombres del Senado.`

Los beneficios de sus victorias permitieron a César conseguir útiles amistades entre los magistrados. Cuando Marcelo, como estaba previsto, planteó la cuestión del mando de César el 1 de marzo de 50 a.C. su colega no le respaldó, pero el auténtico contraataque provino de Curión, que centró su atención sobre todo en la posición de Pompeyo. Si César era sustituido en su mando galo, entonces, argumentaba el tribuno, lo justo, además de seguro para la República, sería que Pompeyo renunciara al mismo tiempo a su mando extraordinario de las provincias hispanas. Era una propuesta que ya había presentado en diversas reuniones públicas con la aprobación de la multitud. Sin duda, César estaba de acuerdo con la táctica empleada por Curión y es posible incluso que fuera él quien la sugiriera. El mando hispano había sido renovado en 52 a.C. y todavía que daban varios años hasta su expiración, por lo que no había fundamento legal que respaldara la propuesta, pero actuó como recordatorio de la posición sin precedentes de la que gozaba Pompeyo, además de situar a César y a Pompeyo en el mismo nivel, lo que sugería que o bien ambos o bien ninguno de ellos debería disfrutar de los honores que les adjudicó por votación el pueblo romano. En un plano más personal, la intención era sin duda demostrarle a Pompeyo que le convenía mantener la alianza con César, dado que, en realidad, su propia posición podría no ser tan fuerte como pensaba. Añadir este elemento al debate redobló los riesgos, pero frenó en parte la iniciativa de los oponentes de César. Al principio se quedaron estupefactos y, durante varios meses, se produjo un impasse debido a que Curión vetó todos los intentos del Senado de

actuar contra César. En abril, Celio volvió a escribir a Cicerón:

> En lo que toca a la República, todo el negocio ha venido hasta ahora á topar en sola una cosa, que es esta de las provincias. Pompeyo parece que se ha declarado a favor de la voluntad del Senado, que César deje la provincia antes del 13 de noviembre. Curión dice que antes se perderá que tal permita que se determine.Y así, por esforzar esto, ha propuesto todas sus demás pretensiones. Aquellos nuestros principales, que ya tú conoces bien, no osan poner el negocio en riesgo y ventura de las armas. Todo el negocio, en fin, está en ese estado: que Pompeyo, mostrando que no es su fin deshacer á César, sino determinar lo que es de justicia, dice que Curión siembra discordias. Pero en ninguna manera quiere, sino que lo teme en extremo, que César sea nombrado cónsul antes de dejar el ejército y el cargo. Trátalo harto mal Curión, vituperando todo su segundo consulado. De esto te certifico: que si por todas las vías dan en perseguirá Curión, César será defendido, y si temen la contradicción del tribuno (la cual se ve que temen), César se estará en su provincia todo el tiempo que él quisiere."

No está claro por qué Pompeyo eligió el 13 de noviembre como la nueva fecha para la finalización del mando de César. No era una concesión demasiado grande, porque aún dispondría de la mayor parte del año antes de las elecciones consulares en el otoño de 49 a.C. Podría haber sido aceptable para César si deseara presentarse al consulado en las elecciones de finales del 50 a.C., pero no parece haber hecho ningún intento para conse guir la exención de la ley que

decretaba un intervalo de diez años entre los consulados. En cualquier caso, en vista de las circunstancias, es posible que decidiera que seguramente no sucedería. En Junio, Celio informó de que Marcelo había sugerido negociar con los tribunos, pero el Senado votó en contra de aceptar una solución intermedia. Curión continuó insistiendo que el tema del mando de César no debía abordarse de modo independiente y que debía ser tratado igual que Pompeyo. Un año antes se había hablado de que Pompeyo se marchara a Hispana. Ahora algunos sugirieron que o César o él deberían ir a ocuparse de los partos. Cicerón temía que el primero lanzara una invasión total de las provincias orientales de Roma antes de que él mismo pudiera dejar su propio puesto como gobernador de Cilicia porque era consciente de que una vez que el ataque se hubiera producido, sería deshonroso que se marchara de la provincia. Ese verano, el Senado decidió tomar una legión de las de Pompeyo y otra de los ejércitos de César y envió a las tropas a reforzar el ejército de Roma en la frontera con los partos. Pompeyo decidió enviar la legión que había prestado a César en 54 a.C. y que había participado en sus campañas desde entonces. En la práctica, eso significaba que César perdía dos legiones, pero antes de que los legionarios partieran les entregó una recompensa de doscientos cincuenta denarios, una suma que equivalía a más de un año de paga.Todo el asunto pareció aún más sospechoso cuando las dos unidades regresaron a Italia y permanecieron allí: nadie hizo ningún esfuerzo para enviarlos al extranjero. Un joven miembro de la familia Claudia había recogido las tropas de Galia y volvió alegando que en el ejército de César reinaba el descontento. Eso era exactamente

lo que Pompeyo deseaba creer.

Al poco, Pompeyo cayó enfermo. Padecía unas fiebres recurrentes que tal vez se debieran a la malaria. De forma aparentemente espontánea, gente de toda Italia empezó a rezar y a hacer ofrendas para que el hombre que tan magníficos servicios había rendido a la República recobrara la salud. Cuando se recuperó, las celebraciones fueron clamorosas, la muchedumbre salía a saludarle a lo largo de todo el recorrido desde Nápoles hasta las afueras de Roma. Una de las debilidades de Pompeyo era que le mostraran adoración, ya fueran sus esposas, sus soldados o los ciudadanos, y se sintió profundamente conmovido. Lo peligroso fue que interpretó ese entusiasmo como un claro signo de que su causa contaba con la devoción del pueblo. Mientras todavía estaba enfermo, había mandado un mensaje al Senado informando de que estaba dispuesto a dejar su mando y les aseguraba a los senadores que César haría lo mismo. Curión respondió que era una idea estupenda, siempre que Pompeyo renunciara a su puesto en primer lugar. En agosto, Celio compartió con Cicerón su opinión sobre la posibilidad de que estallara una guerra civil. «Si ninguno de los dos se marcha para luchar contra Partia, veo grandes discordias más adelante, que se dirimirán con el frío acero y la fuerza bruta.Ambos están bien preparados en espíritu y con ejércitos».12

Sin embargo, aparte de los partidarios más inmediatos, nadie sentía demasiado entusiasmo ante la perspectiva de un conflicto, como se demostró cuando el Senado debatió el tema el 1 de diciembre. Curión volvió a proponer que tanto César como Pompeyo abandonaran sus mandos de manera

simultánea. El cónsul Marcelo dividió esta cuestión en dos y presentó mociones separadas ante el Senado. La primera, que sostenía que César debería dimitir, fue aprobada por un gran margen, pero la segunda, que solicitaba que Pompeyo hiciera lo mismo fue rechazada por un margen igualmente amplio. Cuando Curión respondió pidiéndole al Senado que votara respecto a la moción de que ambos deberían renunciar al cargo, el resultado fue tremendamente revelador. Sólo veintidós senadores votaron en contra, mientras que hasta trescientos setenta la apoyaron. Los pedarü (los senadores que no habían ejercido ninguna magistratura) habían estado a la altura de su nombre y votaron con los pies, a pesar de que la mayoría de los grandes personajes se encontraban entre los veintidós. Marcelo desestimó la reunión declarando: «¡Si eso es lo que queréis, sed los esclavos de César!», y se hizo caso omiso de los votos. No había sido una victoria para César, ya que una clara mayoría había aprobado que renunciara a sus provincias y su ejército, a la vez que había respaldado el derecho de Pompeyo a conservar su mando. No obstante, al final lo que había demostrado es que prácticamente la totalidad del Senado deseaba la paz por encima de todo. Es evidente que no estaban comprometidos con la causa de César, pero tampoco estaban muy dispuestos a correr el riesgo de que estallara la guerra civil por mor de Pompeyo, y menos todavía por Catón, Domicio y sus asociados. En aquella época, Cicerón había regresado a Italia desde su provincia y su opinión al respecto era similar: creía que las demandas de César eran escandalosamente excesivas, pero, aun así, prefería satisfacerlas antes que permitir que la República se des garrara. Él, como muchos otros, recordaban los oscuros días

de la lucha entre Sila y los partidarios de Mario y no deseaba en absoluto que se repitieran esas espantosas luchas. En su opinión, todavía había oportunidad para llegar a un acuerdo y una solución pacífica.Tal vez era cierto, pero la actitud de los principales implicados en la disputa se había endurecido hasta el punto de que la guerra era una opción cada vez más probable.`

Había un núcleo de distinguidos senadores que detestaba a César, muchos de ellos por razones personales además de políticas. Gran parte de este odio era bastante irracional, recordaba su comportamiento populares como edil y pretor, y aún peor, su turbulento consulado. Para Catón y sus asociados, César era un Catilina que nunca había permitido que su vileza fuera tan abierta. Fueron testigos del efecto que su encanto tenía sobre los demás -en las esposas de otros hombres tan a menudo como en la muchedumbre que se reunía en el Foro-, pero creían que ellos habían visto lo que se escondía detrás de su atractivo, lo que hacía todavía más frustante para ellos que los demás no se hubieran dado cuenta. Seguro que tampoco fue de mucha ayuda el hecho de que la hermanastra de Catón hubiera sido una de las más ardientes amantes de César. Catón, su yerno Bíbulo y su cuñado Domicio Ahenobarbo ya se habían enfrentado antes a César y habían disfrutado de sus momentos de éxito. Más a menudo, lo único que habían logrado era hacer que César fuera más allá y, una y otra vez, lo había conseguido, pasándoles por encima en el año 59 a.C. Despreciaban a César como hombre, por lo que su excepcional talento para la vida pública y como comandante del ejército era aún más humillante. Apio Claudio, el hermano mayor de Clodio, que había cooperado

con César buena parte del tiempo, estaba obsesionado con mantener la dignidad de su antigua herencia patricia. Una de sus hijas estaba desposada con el hijo de Servilla y sobrino de Catón, Bruto, y otra con el hijo mayor de Pompeyo. La oposición no provenía simplemente de la amplia familia de Catón, porque a familias como los Marcelos y los Léntulos no les gustaba ver cómo era eclipsado el actual renacer de sus triunfos electorales. A Metelo Escipión le interesaba tanto hacer honor a sus famosos antepasados -tanto reales como adoptados- como aprovechar las ventajas que le brindaba su vínculo matrimonial con Pompeyo.

En última instancia, ningún senador romano quería ver que otro hombre le superara en gloria e influencia. La cuestión no era tanto lo que César había hecho lo que provocaba su hostilidad: la mayoría habría alabado alegremente los mismos actos, en especial sus victorias en Galia, si las hubiera realizado otra persona, o mejor aún, si las hubieran realizado otros hombres, para que ningún individuo acumulara demasiada gloria. Los hombres de las familias de renombre eran educados en la creencia de que merecían ser los guías de la República y el prestigio de César les robaba gran parte de este papel. Ahora por fin se les presentaba una ocasión para acabar con su carrera, a ser posible en los tribunales, y en un tribunal que compartiera su opinión sobre el acusado y la necesidad de deshacerse de él, pero si no era posible procesarlo, entonces sería por la fuerza de las armas. La ayuda de Pompeyo posibilitaba esa venganza y por tanto, de momento, su utilidad hacía que se pasara por alto lo anómalo de su propia situación. En el futuro, tal vez pudieran desembarazarse de él también o, al menos, reducir su poder.

Desde que insinuó por primera vez que no tenía ningún compromiso firme que le obligara a respaldar las demandas de César, Pompeyo había dado alas a sus adversarios. Al menos, Catón parece haber confiado sinceramente en que la guerra civil podía evitarse, y cuando comenzó hizo varios esfuerzos para moderar la vehemencia con la que se libraba. Su esperanza era obligar a César a rendirse. La actitud de sus aliados fue menos clara: era evidente que algunos de ellos esperaban beneficiarse de la guerra. A Cicerón le sorprendió y disgustó la agresividad que percibió en muchos de esos hombres. Tampoco podía entender por qué se enfrentaban a César después de haber permitido que adquiriera más y más poder a lo largo de los años.14

La actitud de Pompeyo era diferente. Incluso al final, no le habría importado que César se hubiera reincorporado a la vida pública, pero siempre que resultara evidente que no era su igual, y mucho menos su superior. Ese deseo se había intensificado con el paso de los meses y los esfuerzos de Curión de situar a ambos en el mismo nivel. Había sido capaz de aceptar a Craso como su igual, porque tenía varios años más que él y había peleado con Sila.Tal vez era igualmente importante que Pompeyo siempre hubiera confiado en que su propio carisma y espectaculares hazañas militares -tres triunfos frente a la mera ovación de Craso- le proporcionaran una cómoda ventaja respecto a su rival. César era sólo seis años más joven, pero lo fundamental era que no había hecho nada cuando Pompeyo había formado y dirigido sus propios ejércitos hacia la vic toria y, en ese sentido, su carrera llevaba décadas de ventaja. Le resultaba más fácil simpatizar con César que con Craso, pero tal vez en parte precisamente

porque no le consideraba un competidor, al menos al principio. Aun después de sus éxitos en Galia, Germanía y Britania, le seguía contemplando como un aliado de menor rango. Al fin y al cabo, él había conseguido triunfos en tres continentes -Asia, África y Europa- y había derrotado a muchos adversarios distintos, algunos de ellos romanos, y no sólo tribus bárbaras. «¿Y qué sucede si mi hijo me ataca con un palo?» era un comentario que implicaba no sólo la escasa inquietud que le producía tal amenaza, sino lo improbable y absurdo que le parecía que alguna vez llegara a ocurrir. Pompeyo no quería la guerra civil, pero albergaba escasas dudas de sus posibilidades de vencerla si, en el peor de los casos, se producía. En aquella época comenzó a alardear de que sólo necesitaba dar una patada en el suelo y los ejércitos empezarían a brotar del suelo de Italia. Al final, César tendría que darse cuenta de que debía respetar a Pompeyo, aceptar las condiciones que le ofrecía para regresar y confiar que su amistad le brindaría protección en los tribunales. El ataque de Curión contra su propia posición hacía que se sintiera menos inclinado a hacer demasiadas concesiones al próconsul de la Galia. César tendría que entrar en razón, pero todavía podía serle muy útil a Pompeyo, que era consciente de que a Catón y sus aliados él tampoco les agradaba mucho.

Más tarde, César alegó que se había visto obligado a librar una guerra civil para defender su dignitas: su reputación. En su opinión, las leyes de su consulado habían sido necesarias y efectivas, en especial las reformas agrarias. Desde entonces, había servido bien a la República, había defendido sus intereses y a sus aliados y había hecho que el poder de Roma se respetara en regiones que nunca antes habían visto una

legión. Por esos logros el Senado le había concedido hasta tres acciones de gracias públicas de una duración sin precedentes. Ahora pretendían acortar su mandato de forma prematura -al menos desde su punto de vista-, mientras que la ley propuesta por los diez tribunos del año 52 a.C. como expresión del deseo del pueblo romano era despreciada tanto en letra como en espíritu. Sus enemigos, haciendo caso omiso de todos sus éxitos, le atacaban y condenaban ostentosamente a causa de su periodo como cónsul hacía casi una década. Los grandes hombres de la República no eran llevados a juicio. Pompeyo no había sido procesado desde su juventud, antes de ha ber formado sus propias legiones. Nada había osado jamás demandar a Craso. El simple hecho de tener que defenderse habría supuesto un duro golpe para el orgullo y la auctoritas de César. Además, existía un peligro muy real de que le condenaran, sobre todo si el tribunal era controlado por sus enemigos. Como cónsul su comportamiento había sido como mínimo polémico, aunque la inocencia o la culpa raras veces eran el factor determinante en los juicios romanos. El destino de Milón servía de advertencia, así como el de Gabinio, el hombre que cuando ocupó el tribunado de había conseguido a Pompeyo el mando contra los piratas y, durante su consulado en 58 a.C. con Calpurnio Pisón, el suegro de César, había ayudado a establecer la posición del triunvirato. Después, se había marchado a gobernar Siria y, básicamente por propia iniciativa, había lanzado a su ejército contra Egipto para restaurar al depuesto Tolomeo XII, una empresa que había resultado en extremo rentable. Sin embargo, era un personaje muy impopular y, pese a su dinero y al respaldo de Pompeyo, había acabado siendo condenado cuando regresó a Roma en

53 a.C., y había tenido que exiliarse.

César podría fácilmente haber sufrido un destino similar, pero como mínimo habría sido perjudicado en el plano político, cuando cualquier pequeña muestra de vulnerabilidad atrajera nuevas acusaciones. Por tanto, si depositaba su confianza en la protección de Pompeyo y renunciaba a su mando, estaría corriendo un gran riesgo. Aunque decidiera apoyarle, es posible que Pompeyo no fuera capaz de salvarle. En cualquier caso, el exilio de Cicerón había demostrado que Pompeyo no siempre era fiable. Si César entregaba su mando podría haber conservado su imperium y el mando de algunos destacamentos de tropas y haber permanecido a las afueras de Roma y, como era razonable, esperar a celebrar el triunfo que sin duda se le otorgaría por sus victorias en Galia. Hasta que entrara en la ciudad y, por tanto, renunciara a su imperium, seguiría siendo eximido de una acción judicial. No obstante, no había ninguna garantía de que si lo hacía se le permitiera presentar su candidatura al consulado de conformidad con la ley de los tribunos. Mientras retuviera el mando de tres provincias y de un ejército de diez legiones, su posición negociadora era fuerte. Tras más de un año de ver cómo se atacaba su posición, era muy reacio a sacrificar esas prerrogativas. Sabía que sus enemigos habían adoptado la resolución de destruirle. En cuanto a Pompeyo, como siempre, resultaba dificil interpre tar su actitud. Hacia finales del año 50 a.C., César se sintió acorralado, y le costaba depositar demasiada fe en su antiguo aliado.15

Un siglo más tarde, el poeta Lucano escribiría: «Y ninguno puede ya tolerar al otro, ni César un superior, ni Pompeyo un igual». En su opinión, la guerra civil fue prácticamente

inevitable a partir de que la muerte de Julia cortara el estrecho vínculo que les unía, mientras que la pérdida de Craso en Partia eliminó en ambos el temor de que pudiera llegar a enfrentarse uno de ellos solo contra los otros dos. Esta opinión era muy común en la Antigüedad y es bastante cierta. Sin embargo, tiende a implicar que la guerra civil era inevitable y esa idea no debe tomarse al pie de la letra. Ni siquiera en los últimos meses antes de que estallara la guerra, ni César ni Pompeyo parecen haber creído que el otro no cedería, o al menos ofrecería unas condiciones aceptables. No obstante, la larga disputa había erosionado su confianza mutua, lo que alejaba aún más la posibilidad de un acuerdo, y las apuestas habían subido, lo que acentuaba su temor a equivocarse en el último minuto. El resultado de las elecciones de otoño aumentó la tensión. El tercer Marcelo se convertiría en cónsul en el nuevo año, con un colega perteneciente a otra familia noble. Habían vencido a Servio Sulpicio Galba, que había servido de modo competente como legado de César durante la mayor parte de las campañas galas, uno de los pocos patricios que trabajaron para él por cierto tiempo. Apio Claudio y el suegro de César, Calpurnio Pisón, fueron elegidos censores. Pisón comenzó a purgar el Senado de aquellos que consideraba poco aptos, algo que, en general, fue considerado irónico teniendo en cuenta su dudosa reputación y, además, sus objetivos eran sobre todo hombres que se suponían asociados a César. Salustio, el futuro historiador, fue expulsado en ese momento y pronto se unió a César. Pisón y el cónsul Paulo frustraron un ataque contra Curión, pero no pudieron evitar que se produjera una reyerta en el Senado durante la cual el tribuno desgarró la toga del

censor. También quedó vacante un puesto en el colegio sacerdotal de augures y Domicio Ahenobarbo, que se había presentado al cargo, se encolerizó cuando la elección recayó sobre Marco Antonio, que fue nombrado asimismo tribuno para el año siguiente. Lo único que unía a la mayoría de los oponentes de César era su odio hacia él, por lo que sería un error creer que sus acciones estaban coordinadas. No obstante, la sensación generalizada era que el procónsul de la Galia era vulnerable, lo que acentuaba su hostilidad y, por tanto, la desconfianza y el nerviosismo de César. La actitud de ambos bandos dificilmente podía conducir a un acuerdo.`

Marco Antonio desempeñaría un papel fundamental en los ulteriores acontecimientos y merece la pena detenerse a considerar a este extravagante personaje.Ya había demostrado su valor y su habilidad como soldado al acaudillar la caballería de Gabinio durante las operaciones en Judea y Egipto. En 52 a.C. fue uno de los cuestores de César y había servido en la campaña contra Vercingetórix, así como en las rebeliones del año siguiente. Ambos hombres eran parientes lejanos, porque la madre de Antonio era una Julia, aunque de la otra rama de la familia. Su hermano era el Lucio julio César que fue cónsul en Siguiendo la costumbre romana, el padre y el abuelo de Antonio también se llamaban Marco Antonio. Su abuelo fue uno de los mejores oradores de su tiempo, pero fue asesinado en una purga que tuvo lugar tras el regreso de Mario a Roma en el año 87 a.C. Su padre recibió un mando especial para solucionar el problema de la piratería en 74 a.C., pero no contó con los recursos que más tarde prodigarían a Pompeyo y fue derrotado. Poco después, cuando Antonio tenía sólo nueve años, murió. Pronto su madre contrajo matrimonio y el

niño pasó buena parte de sus años formativos en la casa de su padrastro Léntulo, uno de los componentes de la conjura de Catilina que fue ejecutado por orden de Cicerón en 63 a.C. Es muy posible que esa no fuera una razón demasiado importante para que a Antonio no le gustara el orador, pero no hay evidencia de que la intensa enemistad que siempre existió entre los dos hombres surgiera mucho después. Tras la muerte de César, la retórica de Cicerón en especial sus famosas Filípicas, una serie de virulentos discursos inspirados en los que pronunció originalmente el famoso orador Demóstenes para advertir a los atenienses de la amenaza que suponía el padre de Alejandro Magno, Filipo II rey de Macedonia- contribuiría en buena medida a manchar el nombre de Antonio. Sin embargo, a pesar de las exageraciones y la parcialidad, varias fuentes sugieren que Antonio realmente proporcionó a Cicerón infinidad de material con el que trabajar. Como ya hemos mencionado, la tradición mantenía que había sido Curión el que introdujo a Antonio en las fiestas alocadas, el vino y las mujeres (véase página 470). Verdad o no, no hay duda de que Antonio se aficionó de inmediato a esas cosas con enorme entusiasmo y sin mostrar ni el más mínimo autocontrol. Había una gran pasión en aquel hombre, que parecía siempre a punto de perder la cabeza y que imprimía una gran fuerza y determinación a todo lo que hacía. Su oratoria y sus dotes para el combate -así como su afición a la bebida y a las mujeres- parecían irradiar una energía que procedía más de su personalidad que de la destreza o el adiestramiento. Era un hombre grande y corpulento y se decía que le gustaba que le compararan con Hércules, igual que Pompeyo disfrutaba

cuando se referían a él como el nuevo Alejandro. En su calidad de tribuno, el carácter estridente de Antonio hacía dificil pasarlo por alto y aún más dificil le resultaba a los adversarios de César lograr intimidarlo. Sin embargo, para negociaciones más sutiles, César debía confiar más en hombres como Balbo, el équite hispano que actuaba en privado como su agente. Era poco probable que Antonio transmitiera la impresión de que el procónsul estaba dispuesto a aceptar una solución intermedia y que no planeaba un radical segundo mandato como cónsul."

«LA SUERTE ESTÁ ECHADA»

El rumor y la desinformación también desempeñaron su parte en la creciente crisis. En octubre empezó a circular la historia de que César había concentrado cuatro legiones en la Galia Cisalpina, lo que se entendió como un indicio de que estaba preparándose para la guerra. De hecho, sólo contaba con una legión en la provincia, la decimotercera, cuya misión, según César, era asegurar las zonas fronterizas contra el pillaje de los bárbaros. A principios de diciembre, poco después de que el contrariado Marcelo despreciara al Senado por desear desarmar a ambos hombres y evitar un conflicto, llegó otro informe a Roma alegando que César ya había reunido su ejército e invadido Italia. La historia era falsa, pero probablemente el cónsul no lo sabía e instó al Senado a actuar. Sin duda con la ayuda de Curión, pero también por la renuencia de la gran mayoría a precipitarse en una guerra, la Casa se negó.Acompañado por los cónsules electos, pero no por su propio colega, Marcelo se dirigió a Pompeyo y le entregó una espada, urgiéndole a proteger la República. Obtuvo el mando de las dos legiones que hicieron regresar de

las Galias con el pretexto de emplearlas en la guerra contra Partia y recibió instrucciones de reclutar más tropas. Ninguna de estas acciones era legal, ya que el Senado no había aprobado la medida ni otorgado poderes extraordinarios. Pompeyo les dijo que aceptaría el cargo y lucharía si era necesario. Comenzó a intentar reunir tropas, pero no llevó cabo ninguna acción ofensiva, en parte porque las tropas no estaban preparadas para el combate, pero seguramente el descubrimiento de que el rumor era falso también influyó.

Los asuntos públicos se siguieron tratando en Roma como si nada hubiera pasado. En realidad, César no había iniciado ninguna guerra, de modo que sus oponentes estaban decididos a cargar con las culpas de haber comenzado un conflicto. Es posible que Marcelo y Pompeyo todavía estuvieran más interesados en hacer un gesto, enviar un mensaje a los senadores de su seguridad en sí mismos y a César de su determinación de luchar si les provocaba. Puede que todavía confiaran en que se echaría atrás. César estaba en clara desventaja porque no podía abandonar su provincia para negociar en persona y tenía que utilizar cartas o representantes. Curión trató de persuadir al Senado de que aprobara un decreto que condenaba la campaña de reclutamiento de Pompeyo y daba instrucciones a los buenos ciudadanos de que desoyeran la llamada a las armas, pero fracasó, y, dado que el año del tribunado comenzaba y terminaba antes del ciclo político normal, su mandato finalizó y se marchó para consultar a César. Lo que los hombres de César no hacían era sometido a un escrutinio tan estricto como lo que sí hacían y decían. El 6 de diciembre, Hircio, el subordinado de confianza de César, llegó a la ciudad, pero se

marchó a las pocas horas. No visitó a Pompeyo, y no se quedó para la reunión con Metelo Escipión que se había organizado para la mañana siguiente. Pompeyo le dijo a Cicerón que interpretaba su comportamiento como un signo de que la brecha con César era ahora irreparable. Sin embargo, aunque él y algunos otros creían que se produciría una guerra, seguían sin querer iniciarla.`

El 1 de enero los nuevos cónsules tomaron posesión de su cargo. Léntulo, que tenía numerosas deudas, y, según César, se vanagloriaba de que deseaba ser un segundo Sila, demostró ser mucho más radical que Marcelo. No obstante, Marco Antonio era tribuno y, junto con uno de sus colegas, Quinto Casio Longino, estaba representando el papel de Curión. Sólo gracias a la persistencia de esos hombres el Senado autorizó que una carta de César fuera leída en voz alta, aunque los cónsules impidieron que se abriera un debate sobre ella. En la carta, el procónsul relataba las grandes hazañas que había realizado en nombre de la República e insistió en la demanda de que sólo deberían obligarle a renunciar a su mando si Pompeyo hacía lo mismo y, al parecer, amenazaba con la guerra si este se negaba. Cicerón, que acababa de regresar a las afueras de Roma, la describió como una «carta feroz y amenazante». Se celebró una votación sobre una moción presentada por Metelo Escipión que exigía que César renunciara a su mando un día determinado y que, si no lo hacía, fuera considerado un enemigo público. La moción fue aprobada, pero Antonio y Casio la vetaron al instante. En privado, el tono de César era más conciliador y, por lo visto, escribió o envió a sus representantes a hablar con muchas figuras importantes, incluyendo a Catón. Se ofreció a ceder la

Galia Transalpina y a todas sus legiones, excepto dos, siempre que se le permitiera conservar el resto de su mando y hacer uso del privilegio que le otorgaron los tribunos en el año 52 a.C., lo que habría equilibrado las fuerzas comandadas por Pompeyo en Italia, pero obstaculizaba seriamente su capacidad para entablar una guerra ofensiva. Cicerón se implicó en las negociaciones porque creía que había que hacer todo lo posible para evitar el conflicto y consideraba que la gran mayoría de los senadores estaban de acuerdo con él. Habló con los adversarios y con los amigos de César, que aceptó una concesión más: conservaría sólo la Galia Cisalpina y una legión. Pero seguía sin ser suficiente. Catón declaró que no podía aceptar nada que se propusiera en privado en vez de delante de todo el Senado, pero, en última instancia, ni él ni ninguno de sus más estrechos aliados estaban dispuestos a aceptar nada que permitiera a César acceder sin problemas a su segundo consulado. A finales de diciembre, Cicerón creía que Pompeyo había alcanzado el punto en el que deseaba activamente la guerra. Las fuentes son contradictorias, pero es probable que rechazara la primera propuesta. La segunda -sólo una legión y la Galia Cisalpina- le satisfizo, pero la decisión de Catón, Metelo Escipión y los demás anuló la suya. En general era dificil ser confiado en aquella atmósfera de sospechas y odio. La distancia tampoco ayudaba. César en la Galia al mando de un ejército de veteranos resultaba una figura bastante siniestra incluso para los moderados. Su encanto no tenía oportunidad de funcionar a tanta distancia.19

Las reuniones del Senado acababan siempre en un punto muerto, con Antonio y Casio vetando las repetidas mociones

contra César que presentaban los cónsules. La situación era compleja, pero aun así es probable que el temperamento de Antonio la empeorara más todavía. Era una persona a la que siempre le costaba contener sus pasiones.Años después, Cicerón hablaría de él «vomitando sus palabras como era su costumbre» cuando pronunciaba un discurso. Unas cuantas semanas antes el tribuno había protagonizado una actuación especialmente vitriólica en el Senado, atacando toda la carrera de Pompeyo y amenazando con el estallido de un conflicto armado. Más tarde, Pompeyo había comentado: «¿Cómo creéis que se comportaría el propio César si llegara a controlar la República, si ahora su débil y despreciable cuestor actúa así?».Tras una de las reuniones del Senado, Pompeyo convocó a todos los senadores a su casa más allá de la frontera de la ciudad para confirmar su inquebrantable apoyo y voluntad de luchar si era necesario. El suegro de César, Pisón, solicitó un permiso de seis días para que él y uno de los pretores viajaran a la Galia Cisalpina y hablaran directamente con César antes de que el Senado adoptara cualquier medida. Otras voces sugirieron que la comisión fuera aún más nutrida. Léntulo, Catón y Metelo Escipión se pronunciaron contra esa petición y se abandonó la idea. El 7 de enero del año el Senado aprobó el senatus consultum ultimum, instando a que estuvieran atentos «los cónsules, pretores, tribunos de la plebe y procónsules que están en las cercanías de la ciudad a que la República no sufra ningún daño». No se mencionaba de forma específica a César mientras que la referencia a los procónsules estaba obviamente destinada a situar a Pompeyo en el meollo del asunto-, pero su objetivo era evidente. César declaró que Léntulo, Pompeyo, Catón y Escipión,junto con

muchos de sus otros adversarios, estaban decididos a que hubiera una guerra. Puede que algunos lo estuvieran, pero para otros la guerra puede haber representado la última subida de las apuestas para dejar totalmente claro ante César que no se saldría con la suya a menos que utilizara la fuerza, por lo que debía echarse atrás. El decreto supremo del Senado suspendía la ley normal y no estaba sujeto a veto. Léntulo advirtió a Antonio y a Casio que no podía garantizar su seguridad si permanecían en Roma. Junto con Curión, que había regresado probablemente con la carta de César que fue leída el 1 de enero, los dos tribunos se disfrazaron de esclavos y salieron de manera clandestina de la ciudad en un carromato alquilado.`

No puede establecerse con seguridad la cronología precisa de lo que sucedió en los siguientes días. César llevaba un tiempo en la Galia Cisalpina, y había llegado antes -o eso declaró- para hacer campaña a favor de Marco Antonio en su tentativa de ser elegido augur y, dado que, cuando llegó, esos comicios ya se habían producido, en su campaña por el tribunado. En los últimos tiempos había permanecido en Rávena, cerca de la frontera de su provincia. Le acompañaba la legión decimotercera y unos trescientos jinetes.Varias de las fuentes que hemos consultado afirman que la legión estaba prácticamente completa, con cinco mil hombres, pero no se puede probar que tuvieran información fidedigna al respecto. Desde principios del otoño, César había cambiado la disposición de su ejército: situó algunas legiones donde pudieran bloquear cualquier amenaza del ejército de Pompeyo en Hispania, mientras que el equivalente de otras tres o cuatro legiones se prepararon para avanzar y unirse a él al sur de los

Alpes. No obstante, había evitado de manera deliberada concentrar un ejército de campaña para que sus adversarios no lo utilizaran como prueba de que su intención era provocar la guerra. Al parecer, Pompeyo, con su vasta experiencia militar, estaba convencido de que César no estaba listo para invadir Italia. En el camino desde Rávena a Ariminum (la actual Rímini) la frontera entre la provincia y la propia Italia estaba marcada por el Rubicón, un pequeño río que, hasta la fecha, no ha sido identificado con total certeza. César fue informado enseguida de los ataques que le lanzaron en el Senado a principios de enero, de la aprobación del senadoconsulto y de la subsiguiente huida de los tribunos. Puede que la noticia llegara antes hasta él que los fugitivos. En cualquier caso, decidió actuar.

Los Comentarios tratan los subsiguientes acontecimientos muy por encima, sin mencionar en absoluto el Rubicón, pero fuentes posteriores brindan una versión más detallada. César pasó el día en Rávena, ocupándose con calma de sus asuntos habituales como si nada fuera de lo común estuviera a punto de acontecer. Probablemente era 10 de enero, aunque de nuevo es imposible estar del todo seguros de la fecha de este crucial episodio de la historia del mundo antiguo.Ya había despachado a algunos centuriones y legionarios vestidos de paisano y con armas es condidas para hacerse con el control de Ariminum. El procónsul pasó varias horas viendo practicar a los gladiadores e inspeccionando los planos de una escuela de adiestramiento que deseaba construir. Cuando cayó la noche, se bañó y salió a cenar, después de saludar a sus numerosos invitados. Mucho antes de lo acostumbrado, se excusó y se marchó, no sin antes pedirles que permanecieran

allí aguardando su regreso. Algunos de sus oficiales superiores y asistentes habían sido advertidos y le esperaban fuera. Uno de ellos era Asinio Polión, que más adelante escribiría una historia de la guerra civil que fue empleada como fuente por Plutarco y posiblemente también por Suetonio. La decimotercera, así como la caballería, ya habían recibido órdenes de que debían seguirle en cuanto estuvieran preparados. César y varios de sus oficiales viajaban en un carruaje alquilado que, según Suetonio, era arrastrado por un tiro de mulas tomadas de una panadería cercana. Una vez reunidos, partieron aprovechando la noche por el camino a Ariminum. Suetonio cuenta que hubo un elemento cómico en el desarrollo de los hechos cuando César y su carruaje se perdieron en la oscuridad y anduvieron dando tumbos hasta el amanecer, cuando encontraron un guía que les puso en el camino correcto. Plutarco y Apiano no mencionan este incidente y ambos afirman que, al rayar el alba, ya estaba en Ariminum. Por tanto, en algún momento en los inicios del día 11, adelantó a las cohortes y llegó al río Rubicón. Antes de cruzar el puente, se dice que se detuvo, permaneció un tiempo inmerso en sus pensamientos antes de comenzar a hablar con sus oficiales, entre ellos Polión.Al parecer, habló del coste que supondría para él no dar ese paso, y el precio que todo el mundo romano tendría que pagar si lo daba. Suetonio afirma que apareció ante ellos un ser sobrenatural, tocó la flauta y, a continuación, tomando una trompeta de uno de los músicos militares, la hizo sonar con fuerza y cruzó el río a grandes zancadas, animando a las tropas a que le siguieran. Parece improbable que Polión fuera la fuente de este cuento chino. Es posible que repitiera las últimas palabras

de César cuando se decidió a atravesar, aunque también en este detalle existen versiones ligeramente distintas. Plutarco mantiene que habló en griego, citando una línea del poeta Menandro, «tirado está ya el dado» (aneristho kubos), mientras que Suetonio sugiere la más familiar expresión latina «la suerte está echada», literalmente los dados están echados (¡acta alea est).21

Esa frase de jugador era apropiada, porque se estaba embarcando en una guerra civil con menos de una décima parte de sus fuerzas. Aun cuando todas sus tropas estuvieran juntas, sus enemigos le seguirían superando en recursos. Aunque, en retrospectiva, sabemos que fue César el que resultó vencedor, su victoria no era ni por asomo segura -quizá ni siquiera probable- en aquel momento. Decidió luchar porque, en lo que a él respectaba, todas las alternativas eran peores. La República estaba en manos de una facción que hacía caso omiso del imperio de la ley y se negaban en particular a reconocer los tradicionales poderes y derechos del tribunado. Sin embargo, César fue bastante franco al afirmar que su ataque contra esos hombres se debía ante todo a que esa facción le había atacado a él. El mundo romano se estaba dirigiendo hacia el caos y el derramamiento de sangre porque un hombre estaba tan decidido a proteger su dignitas como otros estaban a destruirla.A lo largo de los dieciocho meses precedentes ambas partes habían redoblado las apuestas. Las actitudes habían tendido a endurecerse, las sospechas se habían multiplicado y la confianza había disminuido demasiado para que hubiera una auténtica oportunidad de alcanzar un acuerdo. La guerra civil que comenzó en enero de 49 a.C. no podría haberse desencadenado sin el odio

profundo, casi obsesivo, que hombres como Catón, Domicio Ahenobarbo y los demás sentían hacia César, un odio que les movió a tomar la resolución de impedir que regresara a la vida pública como cónsul. Ni siquiera eso habría importado si Pompeyo no hubiera considerado que esa situación le brindaba la oportunidad de demostrar su supremacía y de demostrarle a aquellos hombres, así como a César, que tenían que aplacarle con ciertas concesiones. Por último, la contienda no habría comenzado si César no hubiera dado tanta importancia a su prestigio y posición. Su vida hasta ese instante había demostrado que estaba dispuesto a correr riesgos si había posibilidades de obtener un premio valioso. Sólo en raras ocasiones -como cuando le retiraron de su pretura- había aceptado echarse atrás, e incluso aquella vez si lo había hecho era porque ese era evidentemente el único modo de continuar su carrera. En el 49 a.C. prácticamente no dispuso de esa opción o, al menos, esa opción había venido rodeada de riesgos que parecían mayores que los que implicaba la lucha. Los valores y actitudes de la aristocracia romana celebraban la determinación y admiraban en especial a aquellos generales que no se daban por vencidos. Sin embargo, pese a la dudosa legalidad de las acciones de sus oponentes, al final sólo importaba una cosa: al norte del Rubicón, César tenía legítimo imperium y al sur del río, no. En cuanto lo cruzó, César se convirtió sin lugar a dudas en un rebelde, fueran cuales fueran las razones que le impulsaron a hacerlo. En este sentido, sus enemigos consiguieron una victoria y podían perfectamente reivindicar que estaban luchando a favor de la República legítima. Estaban empeñados en aplastarlo por la fuerza, como Catilina y, antes

que él, Lépido, habían sido aplastados. Recurrir a su ejército fue un signo de que César había fracasado a la hora de conseguir sus propósitos por medios políticos. La suerte estaba echada, pero por el momento nadie sabía qué cara mostrarían los dados cuando dejaran de rodar.

XVIII

GUERRA RELÁMPAGO: ITALIA E HISPANIA, INVIERNO-OTOÑO DE 49 A.C.

Por favor, ¿qué es esto?, o ¿qué pasa?: estoy en tinieblas. «Tenemos Cíngulo», se dice, «pero hemos perdido Ancona; Labieno se ha separado de César». ¿Hablamos de un general del pueblo romano o de Aníbal? […] Y dice que todo eso lo hace por dignidad. ¿Pero dónde está la dignidad sino en la honradez?

CICERÓN, aprox. 17-22 de enero del año 49 a.C.[1]

Probemos si por este medio podemos recuperar las voluntades de todos y gozar de una victoria duradera, puesto que los demás no han podido por su crueldad evitar el odio tú mantener largo tiempo la victoria, excepto uno solo, Lucio Sula, a quien no voy a imitar. Sea este el nuevo procedimiento de vencer: revestirnos de condescendencia y generosidad.

CÉSAR, principios de marzo del año 49 a.C.[2]

En los primeros momentos de la guerra civil, César hizo formar a la decimotercera legión y pronunció un discurso antes sus hombres. En su relato nos dice que habló de las injusticias que habían cometido contra él sus enemigos, y de cómo habían atraído a su antiguo amigo y aliado Pompeyo que, envidioso de sus logros, había terminado uniéndose a

ellos. Sobre todo, el procónsul expuso ante sus legionarios el desprecio mostrado por los sagrados derechos de los tribunos de la plebe, cuyo derecho de veto no reconocían, algo que ni siquiera Sila había hecho. No discutía el derecho del Senado a aprobar un senatus consultum ultimum, pero negaba que hubiera sido necesario y asimismo dejó claro que nunca antes se había utilizado en circunstancias similares, sino sólo cuando la misma Roma se había visto directamente amenazada. Otras fuentes afirman que para reforzar sus argumentos, César había hecho que Antonio y Casio se presentaran frente a las tropas. Seguían llevando los disfraces con los que habían escapado de Roma y se dice que aquella visión impresionó hondamente a los soldados, conmoviéndoles primero y luego haciéndoles sentir una intensa ira hacia los hombres que habían pisoteado el colegio de magistrados creado para proteger a los ciudadanos ordinarios. Para cuando César hubo terminado, los legionarios gritaban que estaban dispuestos a vengar los agravios cometidos contra él y contra los tribunos. No se sabe con certeza si este discurso tuvo lugar en Rávena o en Ariminum tras cruzar el Rubicón. Lo más importante fue la reacción de las tropas: la decimotercera había sido formada por César siete años antes y había servido con él desde entonces. Los soldados confiaban en que él les llevaría hacia la victoria como siempre había hecho. Recordaban su generosidad con los botines, con los elogios y las condecoraciones. En un momento en concreto había llegado a duplicar prácticamente el salario anual básico de los legionarios, de 125 a 225 denarios. Es probable que muchos de la legión decimotercera procedieran del norte del Po,

hombres que, sobre el papel, poseían estatus latino, pero a quien César había tratado como ciudadanos plenos. Todos sus oficiales, tanto la media docena de tribunos como los sesenta centuriones, le debían sus grados y subsiguientes promociones a él.A algunos de ellos les había recomendado Pompeyo originalmente y se les permitió marcharse ilesos y con todas sus posesiones si su conciencia les impulsaba a honrar esa lealtad más antigua. No nos informa de cuántos hombres eligieron aprovechar esa oferta. Todas las tropas -no sólo en la decimotercera, sino en todo el ejército- habían obtenido importantes beneficios de César y podían esperar más en el futuro, en especial parcelas de tierra para los veteranos licenciados, mientras que era poco probable que un Senado dominado por los opositores de César fuera generoso en ese aspecto. Desde ese pragmático punto de vista y una vez que la guerra civil era inevitable, el ejército de la Galia tenía un interés personal en la victoria de César. Tras tantos años de servicio militar, conocían y confiaban en su comandante, mientras que pocos de ellos conocían en absoluto a sus adversarios.

La lealtad del ejército de César a lo largo de la guerra civil -y, de hecho, incluso después de su muerte- era realmente excepcional, pero se da por sentado con gran facilidad. Buena parte de la lealtad es, sin duda, re sultado del vínculo entre el general y sus oficiales y soldados, que se desarrolló durante las campañas en las Galias, gracias al cuidado con que cultivaba su relación con ellos y recompensaba sus acciones. Sin embargo, sería un error considerar que la historia acaba ahí, o negar el papel que desempeñó la política en el asunto. Es posible que, en particular, los oficiales supieran con bastante

detalle lo que estaba ocurriendo en Roma. Parece razonable decir que la mayor parte del ejército de César llegó a creer que él -y, por extensión, ellos- habían sido maltratados por un grupo de senadores cuyo propio comportamiento hacía dificil considerarlos los legítimos líderes de la República. Muchos romanos -tanto ricos como humildes- sentían una fuerte unión sentimental con el tribunado. La intuición de lo que era justo, unida a la antigua lealtad y el propio beneficio se conjugaron y garantizaron que el ejército de César no vacilara ni un momento a la hora de enfrentarse a otros romanos para arreglar la situación?

La elección de bando no parece haber requerido demasiada reflexión de parte de la gran mayoría de las tropas de César, pero para la mayoría de los romanos la decisión resultó muy dificil. Sólo un reducido número de personas estaban comprometidas realmente con uno de los dos grupos cuando se iniciaron las hostilidades. Incluso algunos de aquellos que podían parecer seguidores fervientes dieron ahora un paso atrás. Uno de ellos fue Cayo Claudio Marcelo, que, en su calidad de cónsul en el año 50 a.C. había presentado la espada ante Pompeyo y le había instado a defender la República. Ahora que había llegado la guerra civil, eligió permanecer neutral, tal vez pensando en su matrimonio con la sobrina de César. Era evidente que Calpurnio Pisón no se pondría de parte de los adversarios de su yerno, pero tampoco desempeñó un papel activo en la contienda, sobre todo en los primeros meses. Para muchos hombres, las relaciones familiares y los largos vínculos de amistad desempeñaban un papel fundamental a la hora de determinar sus alianzas, pero en el pequeño mundo de la élite romana muchos tenían vínculos

con los líderes de ambos bandos y se enfrentaban a una decisión muy complicada. La mayoría no sentía un fuerte compromiso con ninguno de ellos, pero el recuerdo de la lucha entre Sila y los partidarios de Mario sugería que negarse a tomar partido tampoco garantizaba que alguien estuviera a salvo. Bruto, el hijo de Servilla, había evitado siempre hablar con Pompeyo, que había ejecutado a su padre en 78 a.C. durante la rebelión de Lépido, pero, llegado este momento, decidió que el amante de su madre se equivocaba y se declaró dispuesto a servir bajo el mando del asesino de su padre. En parte fue una cuestión de principios, pero, con sus lazos familiares, era bastante obvio cuál sería su decisión. Se había criado en casa de Catón y compartía el amor de su tío por la filosofa, mientras que su mujer era una de las hijas de Apio Claudio.4

El ejército de César sufrió una importante deserción a mediados de enero, cuando Labieno le abandonó. Su principal legado había servido a su lado en las Galias desde el mismo principio y había demostrado que era, con mucho, el más dotado de sus oficiales de rango superior. En comparación con los demás legados, Labieno recibió el lugar más destacado en los Comentarios. Los estudiosos han sugerido que Labieno ocupó el cargo de pretor antes de dirigirse a la Galia, tal vez en 60 a.C., pero no hay ninguna prueba que confirme esta conjetura. Si fuera cierto, entonces, habría tenido al menos cincuenta años en la época de la guerra civil y, por tanto, habría sido elegible para el consulado durante un tiempo considerable. Por mor de César había pospuesto su propia carrera mientras duraban las campañas en las Galias. Como legado había obtenido cierta gloria, aunque

la mayor parte siempre la había disfrutado el procónsul. Varias de sus operaciones independientes, en especial aquellas en las que se enfrentó a las tribus rebeldes en 54, 53 y 52 a.C., habrían sin duda merecido un triunfo si Labieno hubiera sido un gobernador provincial en vez de un subordinado. También se enriqueció mucho con las campañas, porque César fue bastante más generoso con el dinero de lo que fue con la gloria. Cicerón se lamentaba de la reciente riqueza de Labieno y es posible que también atrajera el desprecio de Catulo, si es cierta la teoría de que él era el Mentula -polla o gilipollas- atacado en sus poemas. Es más que posible que César tuviera la intención de recompensar más a Labieno y confiara en contar con él como su colega consular en el año 48 a.C.Ya en el verano de 50 a.C. habían circulado ciertas habladurías en torno a las lealtades del legado, pero César había elegido mostrar la confianza que tenía en su subordinado enviándolo a la Galia Cisalpina, cerca de Italia, y, por tanto, también más cerca de influencias hostiles. Al final parece que el gesto fracasó y Labieno se unió a los enemigos de César. De hecho, puede que simplemente retornara a una lealtad más antigua, porque procedía de Piceno, una región dominada por la familia de Pompeyo. Se ha conjeturado sobre la posibilidad de que hubiera servido junto a Pompeyo, así como de que le hubiera apoyado en su carrera. Cabe dentro de los posibles motivos, desde luego, pero la insatisfacción personal puede haber sido igualmente importante. A lo largo de la historia, los generales victoriosos han tendido a exhibir una extrema confianza en sí mismos, a menudo combinada con la disposición a denigrar la destreza de otros, y a sentir celos por la fama de otros hombres, y, pese

a que el caso que viene a la mente de inmediato son los mariscales de Napoleón y los comandantes aliados de rango superior en la Segunda Guerra Mundial, hay numerosos ejemplos. Labieno había entregado buena parte de sus mejores años a César y parece haber sentido que su generosidad no había sido suficientemente reconocida. En varias ocasiones durante las campañas pudo sentir que habían vencido gracias a sus proezas y su habilidad, y no a las de César. Nuestras fuentes sugieren que tenía un carácter áspero y que no era nada simpático. El resentimiento acumulado por haber estado siempre en un segundo lugar detrás de otro hombre y la convicción de que su auténtica valía no había sido reconocida, podrían haber contribuido a su decisión. También es posible que creyera que lo más probable fuera que César perdiera la guerra, sobre todo cuando el procónsul se viera despojado del propio talento de Labieno. Al ser informado de su deserción, César decidió tener un nuevo gesto: dio instrucciones de que le enviaran todo su bagaje.'

Es evidente que las posibilidades de obtener beneficios y ventajas personales al elegir el bando correcto eran un factor importante para muchos de los hombres que presentían que se avecinaba una guerra.Ya en agosto de 50 a.C., el corresponsal de Cicerón, Celio Rufo, había expresado su cínica opinión en una carta:

> Supongo que no habrás olvidado que en una riña doméstica, que se produce por la vía constitucional y sin recurrir al conflicto armado, los hombres deben abrazar la causa más honorable: sin embargo, cuando estalla una guerra y en el campo de batalla, abrazan la causa más fuerte y toman partido por el bando más fuerte. En este conflicto

preveo que Pompeyo contará con el respaldo del Senado y los «abogados», mientras que aquellos llenos de temor y desprovistos de esperanzas se unirán a César, cuyo ejército es incomparablemente mejor.'

Fiel a su palabra, Celio se unió al bando que tenía mejor ejército en vez de al que defendían los hombres más distinguidos y que apoyaba la causa más justa. No todos compartían su opinión sobre el equilibrio de poder. César contaba con diez legiones, todas ellas veteranas de las campañas de la Galia, junto con el equivalente de dos más en forma de veintidós cohortes independientes reclutadas en la Galia Transalpina, y auxiliares y aliados de Galia y Germania. Por otra parte, considerando las bajas sufridas en batalla, por accidente y enfermedad, es improbable que ninguna de las legiones -en especial las que habían servido durante más tiempo- tuviera ni mucho menos los efectivos que posee una legión sobre el papel. Un cálculo generoso daría a César unos cuarenta y cinco mil legionarios al principio del año 49 a.C., pero igualmente la cifra podría haber rondado los treinta o treinta y cinco mil. Hombre a hombre, estos soldados eran mejores que ninguna de las tropas de las que disponía el enemigo. Estaban las dos legiones que le habían quitado a César y que ahora estaban acampadas al sur de Italia. Cuando fue formada una de ellas, la primera, había prestado juramento de lealtad a Pompeyo, pero la otra -originalmente la decimoquinta, ahora la tercera tras el cambio de general- había sido creada por y para César. Ambas unidades habían servido en tres de las campañas galas. Pompeyo se dio cuenta enseguida de que los optimistas informes sobre su falta de estima por su antiguo comandante no eran más que fantasías.

Por el momento, al menos, no se sentía suficientemente seguro para marchar con estos hombres a la batalla contra sus antiguos camaradas y su antiguo general. También contaba con siete legiones completas y adiestradas en las provincias hispanas, pero tenían escasa o nula experiencia de lucha real y carecían de la confianza que los hombres de César habían acumulado a lo largo de años de victorias. Lo que era más importante si cabe, al estar tan lejos no podían participar en las fases iniciales del conflicto.A largo plazo, Pompeyo y sus aliados podían reunir recursos mucho más numerosos que César en cuanto a efectivos, dinero, animales y equipamiento. Se predijo con seguridad que llegaría un aluvión de reclutas de todas partes de Italia y, con los cónsules de su parte, gozaban de acceso a las arcas del Estado. En el extranjero, Pompeyo poseía clientes y contactos en Hispania, el norte de África y en diversos lugares de Oriente, a quienes podía apelar para que le proporcionaran soldados y contribuyeran económicamente a la causa. Movilizar todos esos recursos, formar uno o varios ejércitos, equiparlos y darles apoyo logístico, así como convertir a los reclutas novatos en soldados tomaría su tiempo. Una de las razones por las que Pompeyo y sus aliados habían adoptado una actitud tan inflexible en los meses que precedieron a la guerra era su absoluta confianza en que poseían el poderío militar suficiente para aplastar a César. En conjunto, es probable que fuera una valoración acertada de la situación, siempre que su oponente les diera tiempo a prepararse.

LA CAMPAÑA ITALIANA, ENERO A MARZO

Las noticias de que César había cruzado el Rubicón dejaron atónitos a sus adversarios. Enero era una época dificil

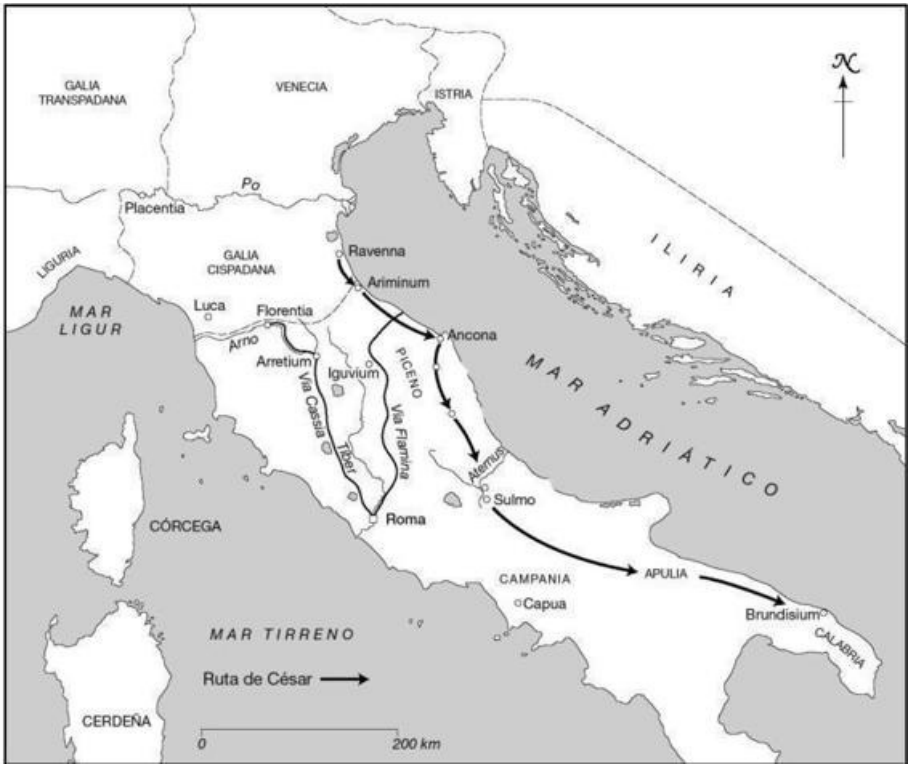
para mantener abastecido a un ejército en el campo de batalla.A pesar de anteriores rumores, puede que supieran que el grueso de sus fuerzas seguía estando al norte de los Alpes. También sugiere que, aun después de aprobar el senatus consultum ultimum y de haber comenzado a movilizarse, muchos de ellos realmente esperaban que se echara atrás ante su unidad y evidente fuerza. Quizá supusieran que aguardaría a la temporada de campañas y que congregaría cuidadosamente a sus tropas antes de actuar, incluso que tal vez permaneciera a la defensiva con la esperanza de continuar las negociaciones. En los días posteriores al 7 de enero, el Senado se había reunido varias veces fuera de los límites de la ciudad, de modo que Pompeyo pudo tranquilizar a los senadores. Su suegro, Metelo Escipión, recibió el mando de Siria, mientras que Domicio Ahenobarbo iría a la Galia Transalpina como procónsul. César señala en los Comentarios que no se dignaron ratificar esos nombramientos con una votación en la asamblea popular como era habitual. No obstante, ambos celebraron las ceremonias propias de un magistrado que asumía un mando y, a continuación, marcharon enseguida hacia sus provincias, al igual que los propretores designados para otros mandos. A uno de estos se le asignó la Galia Cisalpina. Los opositores de César habían decidido abiertamente utilizar la fuerza contra él, pero todavía no estaban preparados. Había levas en marcha, se estaban recopilando armas y equipo, pero ni remotamente podía decirse que Italia estuviera lista para rechazar una invasión. César tampoco estaba preparado, en el sentido de que, sin duda, le habría gustado disponer de una fuerza más poderosa a punto para intervenir de forma

inmediata antes de actuar. Había enviado órdenes a varias formaciones más con instrucciones de avanzar para unirse a él, pero tardarían un tiempo en llegar. Sus enemigos aún no estaban dispuestos y esperar significaría darles la oportunidad de fortalecerse más. Siempre reacio a retrasarse a menos que eso le brindara una clara ventaja, César avanzó sólo con la decimotercera legión.'

Ariminum, en la que sus hombres ya se habían infiltrado, apenas ofreció resistencia. Durante un tiempo, permaneció allí, pero envió a Marco Antonio con cinco cohortes a ocupar Arretium (actual Arezzo) y despachó otras tres a Pisaurum, Fanum (hoy Fano) y a Ancona respectivamente. No hubo combate. Al parecer, la noticia de que César había cruzado el Rubicón había llegado a Roma en torno al 17 de enero. De inmediato, Pompeyo y sus principales aliados abandonaron la ciudad, porque Pompeyo se dio cuenta de que, en aquel momento, no contaba con suficientes fuerzas para detener a su rival. Con Pompeyo, todos los magistrados superiores salieron de Roma, por lo que el funcionamiento normal de la vida pública se vio interrumpido. Muchos senadores que no se habían definido se marcharon con ellos, recordando los derramamientos de sangre de Mario y Sila. Otros simplemente abandonaron Roma y se marcharon a sus villas en el campo, con la intención de pasar inadvertidos. En torno a esa misma época, varios enviados no oficiales fueron al encuentro de César en Ariminum. Uno era Lucio julio César, el hijo del ex cónsul que había servido como su legado durante unos años. Le entregó un mensaje de Pompeyo en el que aseguraba a César que sus acciones no estaban impulsadas por la hostilidad personal, sino que las dictaba su deber hacia la

República. Su antiguo aliado le urgió a abandonar su mando de forma voluntaria e impedir la guerra civil. El pretor Lucio Roscio le presentó una petición similar. César respondió que lo único que pretendía era ejercer los derechos que le había otorgado legalmente el pueblo romano. Sus enemigos llevaban un tiempo reuniendo tropas. Si deseaban la paz, Pompeyo debería ir a su provincia y ambos deberían renunciar a sus mandos y licenciar a sus ejércitos -junto con las demás tropas de Italia- a la vez. También le pidió a Pompeyo que se reuniera con él en persona, una petición que repetiría varias veces. El 23 de enero, Lucio César el joven alcanzó la posición de Pompeyo, que ahora se encontraba en Teanum, en Apulia. Según escribió Cicerón dos días más tarde:

> Las proposiciones [de César] han sido aprobadas, pero a condición de que él retire las tropas de las ciudades que ha ocupado fuera de su provincia. Se le ha contestado que si lo hace nosotros volveremos a la Urbe y llevaremos a cabo el asunto por medio del senado. Espero que podamos tener paz por el momento, ya que a aquél le causa cierto remordimiento su desenfreno y a éste nuestro el estado de sus tropas?



La campaña italiana, 49 a.C.

César recibió cartas que le informaron de la oferta: como él mismo lo planteó, que tenía que «retornar a la Galia, abandonar Ariminum y disolver sus fuerzas». En su opinión, era un «acuerdo injusto». No se estableció ninguna fecha para la partida de Pompeyo hacia sus provincias o para abandonar su mando y sus ejércitos. Era evidente que, en la práctica, lo que le estaban pidiendo es que renunciara a la ventaja militar que ha bía obtenido con su repentina invasión. Sus adversarios deseaban que se retirara y, entonces, darle la oportunidad de que sus demandas fueran escuchadas con actitud comprensiva en futuras reuniones del Senado. No había ninguna razón por la que César debiera creer que su situación sería mejor de lo que lo había sido en los debates de

los pasados dieciocho meses. Pompeyo y sus aliados no confiaban en él lo suficiente para dejar de reclutar tropas mientras esperaban a que aceptara sus condiciones.A su vez, César no confiaba en ellos lo suficiente para dar el primer paso hacia la paz y regresar a su provincia. Al parecer, sobre todo le resultó frustrante que Pompeyo se negara a celebrar un encuentro cara a cara con él. Ambos habían mantenido una relación cordial en el pasado y parece que creía sinceramente que podría llegar a un acuerdo con su antiguo yerno. Es posible que Pompeyo no estuviera del todo seguro de poder resistirse a la capacidad de persuasión de César. Considerando su miedo cerval al magnicidio y que todavía recordaba muy bien la anterior, brutal, guerra civil, puede que no quisiera correr el riesgo que esa reunión implicaba. Sin embargo, al final puede que la cuestión fuera más bien su relación con Catón y sus nuevos aliados. Su alianza era reciente, su amistad con César era antigua y de duración más prolongada. Fueran cuales fueran sus sentimientos, Pompeyo sabía que esos hombres sencillamente no creerían en su buena fe y lealtad si se veía en privado con César. Catón ya había instado al Senado a que nombrara a Pompeyo comandante supremo hasta que pasara la crisis y el procónsul rebelde hubiera sido derrotado, pero los cónsules y ex cónsules, con demasiado orgullo para ser mandados por nadie, rechazaron su propuesta. Los celos y las sospechas entre aliados dificultaba tanto la posibilidad de alcanzar un acuerdo como la desconfianza entre enemigos.9

César reanudó su avance. Fue informado de que Iguvium estaba defendida por una guarnición de cinco cohortes bajo el mando del propretor Quinto Minucio Termo, pero que era él

quien contaba con el favor de la población local. Las dos cohortes que le acompañaban en Ariminum se sumaron a la que estaba estacionada en Pisarum y fueron enviadas hacia allí a las órdenes de Curión. Termo se retiró, sus nuevos reclutas desertaron y regresaron a sus casas y los hombres de Curión fueron recibidos en Iguvium con los brazos abiertos. Confiando en el respaldo local, César siguió hacia Auxinum y pronto había invadido Piceno, supuesta mente el centro de las tierras de la familia de Pompeyo. Se produjo una pequeña escaramuza en la que las tropas de César hicieron algunos prisioneros, pero la población en general no mostró ninguna intención de enfrentarse a los romanos rebeldes. La causa contra César tenía escaso apoyo popular y su ejército no estaba saqueando los territorios que atravesaba ni haciendo nada que pudiera haber despertado la hostilidad de la población. Algunos soldados de Pompeyo decidieron incluso unirse a él. Muchas comunidades también recordaban los regalos procedentes de los beneficios de las Galias que César había distribuido entre ellos: se sintió especialmente satisfecho cuando incluso la ciudad de Cingulum, que Labieno había favorecido más que a las demás, le abrió las puertas por propia iniciativa.`

Ya era febrero: César había reunido los destacamentos de la decimotercera y la duodécima acababa de alcanzarle. En Asculum otra guarnición pompeyana huyó ante su llegada. Sólo cuando alcanzó Corfinium encontró seria oposición. Estaba al mando Domicio Ahenobarbo, que todavía no había logrado aproximarse a su provincia. Junto con sus subordinados, había reunido una fuerza de más de treinta cohortes, pero se trataba de reclutas absolutamente novatos.

Pompeyo hubiera preferido que no fuera Ahenobarbo quien defendiera la ciudad, puesto que no tenía ninguna duda de qué sucedería cuando esas tropas tan inexperimentadas se enfrentaran a los veteranos de César. Él mismo se encontraba mucho más al sur, en Apulia, con las legiones primera y tercera, así como con diversas levas recientes. Sin embargo, no tenía poder para dar órdenes a Ahenobarbo y todo lo que podía hacer era enviarle cartas urgiéndole a abandonar la ciudad y unirse a él, pero Domicio Ahenobarbo no cambiaba de opinión con demasiada facilidad y respondió a Pompeyo varios mensajes en los que le suplicaba que se acercara él a su posición. En el ejército de César no existían divisiones de opinión sobre la estrategia: se aproximó a Corfinium, expulsó algunas cohortes enemigas que intentaban destruir el puente que había a las afueras de la ciudad. Poco después, mandó a Marco Antonio con una cuarta parte del ejército a Sulmo en respuesta a un llamamiento del pueblo y, en otra victoria incruenta, el comandante pompeyano fue capturado, llevado ante César y liberado al instante. Entretanto, el ejército de César hacía acopio de alimentos para preparar el sitio de Corfinium.A los tres días recibió una inyección de fuerzas con la llegada de la octava legión y las veintidós cohortes reclutadas en la Galia Transalpina, adiestradas y equipadas como legionarios. Las tropas recibieron instrucciones de construir una línea de circunvalación reforzada con fortificaciones para rodear la ciudad.

Antes de que el bloqueo estuviera listo, Domicio Ahenobarbo recibió una última carta de Pompeyo en la que dejaba claro que no tenía ninguna intención de marchar hacia Corfinium para auxiliarles, por lo que Ahenobarbo,

comprendiendo que las perspectivas de éxito eran escasas, anunció públicamente que la ayuda estaba en camino, mientras que, en privado, preparaba su huida. No obstante, su actitud cada vez más solapada reveló la verdad a sus legionarios y, de inmediato, se organizó un consejo formado por los tribunos y los centuriones -casi doscientos si las treinta y tres cohortes contaban con todos sus efectivos-, además de representantes de los soldados ordinarios, para debatir la cuestión. Parte de las tropas eran marsios, a quienes unía un estrecho vínculo con su comandante debido a las fincas familiares de la región. Al principio, su lealtad era incondicional, e incluso amenazaron con usar la fuerza contra los demás legionarios si no apoyaban a Ahenobarbo, pero su actitud cambió cuando se dieron cuenta de que su líder planeaba fugarse. El comandante fue arrestado por sus propios hombres, que enseguida enviaron unos mensajeros a César anunciando la rendición. La noticia fue recibida con gran alegría, porque, a pesar de que estaba convencido de que el asedio les habría proporcionado la victoria, es evidente que les habría retenido allí varias semanas, mientras que de ese modo el asunto se había resuelto en sólo siete días. Sin embargo, no quiso entrar en la ciudad de inmediato porque la noche estaba cayendo y no confiaba en el comportamiento de sus legionarios en las oscuras calles intramuros teniendo en cuenta que su ejército no había saqueado ni arrasado las tierras que habían atravesado, como tantas veces habían hecho en el pasado. Ordenó que las tropas de las líneas que rodeaban Corfinium se mantuvieran armadas y alerta para impedir la huida de los pompeyanos durante la noche. Cerca del amanecer, uno de los oficiales de rango superior, Publio

Cornelio Léntulo Spinter, que había sido cónsul en el año 57 a.C., se entregó y, poco después, fue imitado por el resto de mandos.

El retrato que César hace de Ahenobarbo no es nada favorecedor, pero otras fuentes fueron mucho menos amables: por lo visto, había de clarado que había decidido suicidarse y que había pedido a su médico que le facilitara un veneno. No obstante, cuando llegó a sus oídos que César no había ejecutado a sus prisioneros importantes, se arrepintió al instante de su precipitada decisión y recibió con gran gozo la confirmación de su médico de que la cantidad de veneno que había tomado era inofensiva. Domicio Ahenobarbo salió y se entregó ante el hombre a quien se había opuesto enconadamente durante al menos una década. En total había cincuenta senadores y équites entre los pompeyanos que se rindieron, probablemente el 21 de febrero. César los mando llamar a su presencia, repitió que había sido tratado de forma injusta e ilegal, por lo que no había tenido más alternativa que la guerra, y recordó a alguno de ellos los favores personales que les había hecho en el pasado. A continuación, los puso a todos en libertad. César había aplicado la misma medida en momentos anteriores de la campaña, pero nunca antes de ese momento un grupo tan nutrido y distinguido había recibido el beneficio de su clemencia. Ahenobarbo tenía en su poder seis millones de sestercios de dinero público que había traído consigo para pagar a las tropas. Los magistrados de la ciudad se los entregaron a César, pero este ordenó que se devolvieran al enemigo, para que no consideraran que «su desinterés» era «menor que su clemencia». Exigió a los soldados que se habían rendido que se comprometieran con él mediante un

juramento. Pronto, estas legiones se dirigirían a Sicilia y África a las órdenes de Curión para luchar por César."

La clemencia de Corfinium se hizo famosa, y su moderación fue una parte importante de la campaña de propaganda de César. Todo el mundo había creído que se comportaría como Sila o Mario, o incluso, aunque pocos osaran decirlo, como el Pompeyo que se había ganado el sobrenombre del «joven verdugo». Por el contrario, sus soldados mantenían una estricta disciplina, no saqueaban y sólo peleaban cuando se les oponía resistencia. Permitía incluso que sus más acérrimos enemigos se marcharan en libertad, aunque tanto Léntulo como Ahenobarbo se prepararon de inmediato para avanzar de nuevo contra él. A una abrumadora mayoría de los ciudadanos romanos les eran indiferentes las cuestiones por las que se libraba la guerra civil. La población en general respetaba enormemente a Pompeyo y a César y consideraba que ambos eran grandes servidores de la República. Si las legiones de César hubieran avanzado por Italia arra sando las tierras que atravesaban, lo más seguro es que la población se hubiera vuelto contra él. Su política de clemencia tenía un sentido práctico: los ejércitos no habían brotado del suelo como había prometido Pompeyo unos pocos meses antes. Un senador sugirió mordaz que tal vez había llegado el momento de que el gran hombre empezara a dar patadas en el suelo. Pompeyo había tardado muy poco en decidir que Roma era indefendible. En algún momento alcanzó asimismo la conclusión de que era imposible vencer a César en Italia con dos legiones veteranas, pero no de total confianza, con el mero respaldo de los reclutas más primerizos. En consecuencia, resolvió alejar de allí el

combate, llevar a sus tropas a través del mar a Grecia, donde pudiera adiestrarlas y reunir un inmenso ejército con el apoyo de las provincias orientales. La decisión no gustaría a los demás senadores y, por esa razón, además de para ocultarle sus intenciones a César, al principio se guardó la idea para sí. La posición de Corfinium consumía el equivalente de tres legiones, pero Pompeyo consiguió concentrar el resto de sus fuerzas en Brundisium (actual Brindisi). Requisó varios veleros mercantes e inició el proceso de trasladar a los hombres y a su equipo a través del Adriático. Era una labor larga y complicada, pero Pompeyo siempre había tenido talento para la organización a gran escala y realizó la tarea con su acostumbrada destreza.`

César se presentó a las afueras de Brundisium el 9 de marzo. Le acompañaban seis legiones, las veteranas octava, duodécima y decimotercera,junto con algunos nuevos reclutas y, posiblemente, las cohortes de la Galia Transalpina, que pronto fueron reconvertidas de modo oficial en una legión, denominada Legio V Alaudae, «las alondras», por utilizar un penacho con plumas de alondra, o tal vez por el dibujo de su escudo. A Pompeyo sólo le quedaban dos legiones en retaguardia esperando para cruzar a Grecia. César ordenó a sus hombres que construyeran barreras flotantes para cerrar la estrecha entrada al puerto. Los soldados de Pompeyo hicieron uso de sus propios conocimientos de ingeniería para tratar de impedirlo, y de nuevo se intentó negociar, pero no hubo acuerdo. Entonces, cuando por fin estaban listos para zarpar, los pompeyanos evacuaron la ciudad durante la noche del 17 de marzo. Pompeyo escapó con casi todos sus hombres, aparte de las dos naves que encallaron contra las barreras

colocadas por los legionarios de César. La población local -por fin libres para expresar su insatisfacción hacia los pompeyanos, según Cé sar, pero sin duda también en un esfuerzo por evitar el maltrato de los legionarios- le indicaron el lugar donde el enemigo había colocado trampas que habrían causado bajas entre los hombres de César. Pompeyo había huido llevándose una fuerza sustancial, a partir de la cual podría reunir un gran ejército y así, cuando estuviera listo, podría invadir Italia desde Grecia exactamente como había hecho Sila con tanto éxito. Como Pompeyo solía decir: «Sila lo hizo, ¿por qué no lo voy a hacer yo?».13

ROMA

Por el momento, César no podía perseguirles. Los pompeyanos se habían hecho con la mayoría de barcos mercantes de la región y tardaría mucho en encontrar y transportar naves de otras zonas.A César no le gustaba esperar, sentarse a la defensiva y dejarle la iniciativa a sus oponentes. Era primavera, había comenzado la temporada de campañas y era ahora cuando los ejércitos podían operar con más facilidad. El grueso de su ejército -unas siete legiones junto con numerosos aliados y auxiliares- seguía estacionado al norte de los Alpes. Las mejores legiones de Pompeyo estaban en la Península Ibérica, aisladas de su comandante y a las órdenes de sus legados. En aquel momento seguían inactivos, pero era poco probable que siguieran así eternamente, sobre todo si César acumulaba todos sus efectivos y se pertrechaba para una invasión naval de Grecia. No necesitaba una flota de barcos para llegar a Hispania, ni a las fuerzas del enemigo que se encontraban allí les costaría demasiado marchar sobre la Galia o Italia. Por el contrario, se

necesitaba mucho tiempo para formar y adiestrar un ejército, por lo que no había perspectivas reales de que Pompeyo intentara invadir Italia desde Grecia durante el año 49 a.C. Sin embargo, tampoco permanecía ocioso: él y sus aliados planeaban cortar el suministro de víveres que llegaba de las provincias a Italia. La derrota de los ejércitos de Hispana despojaría a Pompeyo de sus mejores tropas y le debilitaría, aunque ese encuentro no decidiera la guerra. Era beneficioso y, lo que era más importante, era posible. Sin dudarlo, César se preparó para atacar a los pompeyanos de Hispana. Comentó bromeando que iba a luchar contra «un ejército sin general» y que luego trataría con «un general sin ejército» cuando se dirigiera a Grecia a enfrentarse a Pompeyo. Entre tanto, Curión se dirigiría a Sicilia para garantizar que continuaban enviando el excedente de cosechas a Italia. Otra fuerza partió a conquistar Cerdeña.'

César poseía el control militar sobre toda Italia, puesto que ningún pueblo o ciudad amurallados se le habían resistido. Estaba impaciente y deseoso de partir hacia Hispana porque el tiempo no jugaba a su favor y cada mes que pasara, Pompeyo sería más fuerte. La mayoría de los magistrados se había unido a sus adversarios, así como algunos distinguidos senadores. Muchos otros se quedaron en Italia, pero todavía no se habían comprometido con ninguno de los bandos. César deseaba que el Senado se reuniera y confiaba en que pareciera que los órganos del Estado continuaban funcionando incluso en este momento de crisis. Sus enemigos proclamaban que ellos representaban a la verdadera República y César deseaba poner en entredicho esa afirmación y demostrar que el Senado seguía funcionando en Roma, donde

le correspondía estar, y dejar claro que su causa era legítima, que no estaba luchando contra la República, sino contra una facción que había usurpado el poder. Por eso le interesaba que el mayor número de senadores posible asistiera a la reunión que había sido convocada para el 1 de abril. Cicerón seguía en Italia y, en una serie de cartas, los asociados de César trataron de persuadirle para que asistiera. El orador se había esforzado para impedir que la situación desembocara en guerra y se había sentido consternado ante el entusiasmo militar que había visto en los demás. Cuando comenzó la guerra, le horrorizó la velocidad con la que sus colegas abandonaron Roma y aún se quedó más espantado cuando se dio cuenta de que Pompeyo pensaba evacuar toda Italia. Cicerón sentía una antigua y honda lealtad hacia Pompeyo como hombre, y desde el principio su instinto y su juicio le habían dictado que, sucediera lo que sucediera, al final debía permanecer a su lado. Con frecuencia, Pompeyo le había decepcionado: no siempre le había alabado como esperaba y le había abandonado a su suerte cuando Clodio obligó a Cicerón a exiliarse. Sin embargo, pervivía un profundo afecto, unido a la esperanza de que ese gran hombre estuviera a la altura de las expectativas del orador, que confiaba en que desarrollara todo su potencial y lo invirtiera en el beneficio de la República. Por otra parte, desde que regresó del exilio, Pompeyo, entre otros, le había animado a entablar amistad con César. Aparte de la cálida correspondencia, la impli cación en los planes urbanísticos de César y el servicio de Quinto en la Galia, el propio Cicerón había recibido un cuantioso préstamo de César. Durante los meses previos a la guerra, ese dinero le había inquietado mucho, porque no deseaba que consideraran que César le

había comprado, y menos todavía que luchaba contra él para eludir la deuda.`

Cicerón no había asumido con alegría su cargo como gobernador de Cilicia, pero se había preocupado de cumplir su misión con eficiencia. En una campaña contra las tribus del monte Amano, el orador -o más bien sus experimentados legados- había obtenido una victoria menor. Aunque no era ni mucho menos un hombre militar, ansiaba desesperadamente conseguir un triunfo por este éxito. En 50 a.C., el Senado le había concedido la celebración de una acción de gracias pública, lo que solía preceder al honor superior del triunfo. Catón se había opuesto a la moción y, más tarde, había informado remilgadamente a Cicerón que lo había hecho porque pensaba que era mejor honrarlo por su excelente y honesta administración, de mucho más valor para la República. Al principio, Curión se había mostrado hostil porque los días de acción de gracias obstaculizaban el desarrollo normal de los asuntos públicos y es posible que le preocupara que los adversarios de César buscaran obtener alguna ventaja manipulando el calendario de ese modo. No obstante, César al instante dio instrucciones al tribuno de que apoyara la propuesta y al final la moción fue aprobada con facilidad. El agravio fue acentuado aún más cuando Catón logró que aprobaran su propuesta de conceder veinte días de acción de gracias a Bíbulo, que había hecho campaña en las mismas montañas que Cicerón, que bordeaban Cilicia y su propia provincia de Siria. Los logros del yerno de Catón habían sido mínimos y, de hecho, había sufrido al menos una grave derrota. Otorgarle cualquier tipo de honor era discutible, pero uno de esa categoría y tan prolongado era

absurdo, aunque al parecer la opinión general era que debía recibir un número de días mayor al periodo concedido a Pompeyo y que sólo fuera igual al concedido a César. Cicerón aceptaba la hipocresía requerida para triunfar en la política. Su predecesor en Cilicia había sido Apio Claudio, que había saqueado la provincia en su propio beneficio. En privado, Cicerón criticó sus actos llamándole «bestia salvaje», pero siempre fue escrupulosamente educado, incluso cálido, en su trato personal con Claudio. Sin embargo, las acciones de Catón le dejaron un regusto amargo. César escribió a Cicerón tras las votaciones para felicitarle y desearle que le asignaran un triunfo, así como para censurar la doble moral de su antiguo rival.16

Cuando estalló la guerra civil, Cicerón se encontraba en una posición difícil.Todavía no había abandonado su imperium proconsular porque no podía hacerlo hasta no haber celebrado su tan ansiado triunfo, lo que significaba que seguía siendo asistido por los lictores y tenía derecho a comandar tropas.A pesar de que desaprobaba profundamente la actitud y el comportamiento de Pompeyo, Catón, Domicio Ahenobarbo y sus asociados, sentía que no podía dejar de unirse a su causa o de apoyar a los cónsules legalmente elegidos para ese año. Le encargaron la tarea de reclutar tropas, pero pronto la abandonó por creerla vana y no desempeñó ningún papel activo en la campaña. Consideró que era un terrible delito que César hubiera atravesado el Rubicón, pero su actitud se suavizó cuando supo de la clemencia con la que había tratado a los pompeyanos capturados. Cicerón le escribió para elogiarle, en especial por perdonar a Léntulo, que le había respaldado en el año 63 a.C.

Sin comunicación con Pompeyo, que se encontraba en Brundisium aunque hay que reconocer que Cicerón no hizo ningún esfuerzo por llegar a él porque detestaba su estrategia de abandonar Italia-, aguardó a ver qué deparaban los acontecimientos en una de sus villas del campo. A principios de marzo, probablemente antes de que Brundisium cayera, César había redactado una breve carta para el orador en la que le decía que deseaba:

> [...1 darte las gracias, si bien ya lo he hecho con frecuencia y lo haré, me parece, con más frecuencia todavía en adelante: tales son tus méritos conmigo. Ante todo te pido, puesto que conño en llegar rápidamente a la Urbe, verte allí para poder aprovechar tu consejo, tu influencia, tu autoridad, tu concurso en todos los asuntos.Volviendo a mi propósito, perdóname la prisa y la brevedad de la carta."

Cicerón respondió el 19 de marzo para preguntarle a César qué quería decir exactamente con su «influencia y concurso en todos los asuntos». Insistió en su voluntad de evitar la guerra, siempre que eso protegiera a «nuestro Pompeyo», porque lo mejor para la República sería que ambos se reconciliaran. El 26, César volvió a escribirle, agradeciendo a Cicerón haber alabado su clemencia y señaló que «nada hay más lejos de mí que la crueldad». De nuevo César le instó a dirigirse a Roma, diciendo esta vez que necesitaba su «consejo y sus recursos». Otro incentivo era la presencia en el ejército de César del yerno del orador, Publio Cornelio Dolabela, y César aseguró al orador que el joven era tratado con el máximo favor. Dos días más tarde, ambos se reunieron en Formiae. Cicerón estaba decidido a no dejarse utilizar y se resistió con tenacidad a los insistentes requerimientos de César para que fuera a

Roma:

> Decía que se veía perjudicado por mi decisión, que si yo no iba los demás se harían más de rogar. Yo, que mi caso no es como el de ellos. Después de mucho, «ven, pues, y trata sobre la paz». «¿A mi manera?», le dije. «¿Acaso -contestó- te lo voy a prescribir yo?». «Bien», dije, «trataré de que el senado no acepte tu marcha a Hispana ni el traslado del ejército a Grecia, y», añadí, «lamentaré muchas cosas en relación con Gneo». Entonces él: «Yo, desde luego, no quiero que se digan esas cosas». «Lo supona», contesté, «pero por eso yo no quiero estar presente: porque o tendría que hablar así o no ir… y mucho más: que de ninguna manera podría callarme si estuviese presente».

César le pidió encarecidamente a Cicerón que reconsiderara la cuestión, pero este estaba convencido de que, aunque en ese momento César no le tenía demasiada simpatía, él había recuperado así parte de su dignidad. Sin duda había una amenaza encubierta en las palabras de César cuando concluyó diciendo con brusquedad que si no le aconsejaba él, buscaría a otros que le guiaran. Los oficiales del comandante, en opinión del orador, eran una pandilla tan variopinta que esa amenaza resultaba aún más temible."

El Senado se reunió el día señalado, convocado por los tribunos Antonio y Casio, y se congregaron más allá de la frontera formal de la ciudad para que el procónsul César pudiera asistir. En sí mismo, ese procedimiento no era inapropiado, aunque más adelante, al menos Cicerón, se mostró reacio a considerar que se había tratado de una reunión en regla y no sólo de una reunión informal. La asistencia fue escasa y destacó en especial la ausencia de

hombres distinguidos. Con todo, César la utilizó como una oportunidad pública para reiterar sus lamentos: que todo lo que deseaba era tener el derecho a ejercer los privilegios que le habían otorgado de forma legítima los tribunos, pero que la actitud de Pompeyo había cambiado con el tiempo. Era el acérrimo odio de sus enemigos personales lo que le había obligado a iniciar la guerra. En un tono más práctico, César pidió que fueran enviados unos mensajeros del Senado para negociar con Pompeyo y lograr la reconciliación. César declaró que su propia ambición era mostrar el mismo talento en «justicia y equidad» que mostraba en la acción. La moción fue aprobada, pero nadie estaba dispuesto a emprender la misión. Popularis hasta la médula, César no confinó sus atenciones al Senado. Antonio convocó al Concilium Plebis para votar una serie de medidas.Antes de la reunión, César se dirigió a la multitud congregada, ante la que volvió a explicar sus acciones y a culpar a sus adversarios del estallido de la guerra. Les aseguró que la ciudad seguiría recibiendo el grano que necesitara, e incluso prometió entregar a cada ciudadano trescientos sestercios como regalo. Como sucediera en el Senado, parece que recibieron sus palabras en silencio. Los recuerdos de las brutales represalias infligidas por Mario y Sila seguían vivos y el rumbo que tomaría la guerra era incierto. En los Comentarios César sostiene que Pompeyo había amenazado incluso a aquellos que se quedaron en Italia como si hubieran tomado partido por César. En el fondo, la mayoría de la población, independientemente de la clase social a la que pertenecieran, deseaba permanecer neutral y su principal deseo era salir indemne de la guerra civil.A algunos les convencieron las palabras y la actitud de César, pero en

general el público se mostró receloso. El único que presentó una abierta resistencia a César fue uno de los tribunos, Lucio Cecilio Metelo, que comenzó a obstaculizarle en el Senado.`

La principal confrontación tuvo lugar cuando César decidió recurrir al erario público. La conquista de la Galia le había enriquecido, pero nunca había sido ahorrador y había gastado su dinero a manos llenas para conquistar la lealtad de su ejército y de hombres como Curión y Emilio Paulo. Ahora se enfrentaba al coste de financiar el gigantesco esfuerzo bélico. En unos pocos meses había formado tres nuevas legiones y había añadido efectivos a las diez legiones, cohortes independientes y auxiliares que había organizado a principios de año. En su momento reclutaría fuerzas adicionales. Había que pagar a todos estos hombres, pues era especialmente imprudente dar algún motivo de descontento a soldados que habían luchado en el pasado junto al enemigo, pero, sobre todo, era imprescindible equipar y alimentar a estos ejércitos. En la Galia, César había utilizado en gran medida a las comunidades aliadas para el abastecimiento de víveres, pero las condiciones de la guerra civil eran diferentes. No todas las comunidades provinciales y aliadas se pondrían de su lado y, sin embargo, era importante evitar tratar con excesiva crueldad a aquellos que no le apoyaran, porque debía confiar en poder persuadirles de que se unieran a su causa. Cuando fuera necesario, César tendría que pagar buena parte de los requerimientos de sus tropas. Craso había proclamado que sólo un hombre que tuviera recursos suficientes para formar su propio ejército podía considerarse rico. César era rico, pero ahora se veía abocado a financiar un conflicto a escala masiva, y ningún individuo poseía tanto dinero.

No obstante, cuando se dirigió al Tesoro -o tal vez envió a alguien allí, ya que de otro modo habría cruzado la frontera de la ciudad-, Metelo se plantó delante de las puertas e impuso su veto. El erario público se custodiaba en el Templo de Saturno en el Foro. Los cónsules habían dejado la puerta candada y atrancada y se habían llevado consigo la llave, pero los soldados hicieron caso omiso del tribuno y echaron la puerta abajo a hachazos. En la versión de Plutarco tuvieron que hacer llamar a unos herreros para realizar esta tarea y se produjo un enfrentamiento entre César y Metelo en el exterior del edificio. Cuando el tribuno trató repetidas veces de detener el trabajo, César montó en cólera y le amenazó de muerte. Por fin, Metelo se echó atrás y César declaró que era más dificil para un hombre de su natural clemencia proferir esa amenaza que llevarla a cabo. El hombre que se había proclamado defensor de los derechos de los tribunos en enero de pronto estaba tan dispuesto como sus oponentes a pasar por alto y a amenazar a uno de esos magistrados. Nunca había ocultado el hecho de que su principal objetivo era proteger su propia dignitas. Ahora que había llegado la guerra, el único modo de hacerlo era ganándola y, para ganar, necesitaba dinero y lo cogió: quince mil lingotes de oro, treinta mil lingotes de plata y no menos de treinta millones de sestercios.Además, César se hizo con un fondo especial que se había guardado durante años por si acaso se repetía un ataque galo como el que lanzaron sobre Roma en el año César anunció que ya no era en absoluto necesario mantenerlo porque había eliminado de manera permanente la amenaza que suponían los galos. Aun así, no hizo ninguna mención de este hecho en los Comentarios, donde anotó únicamente que

Metelo, alentado por sus enemigos, obstaculizó sus movimientos .20

César había regresado a Roma por primera vez en nueve años. Como máximo, permaneció allí un par de semanas para, a continuación, dirigirse a toda prisa a Hispania para unirse al ejército que se estaba formando para combatir en la campaña. Marco Antonio quedó al mando en Italia. Por la correspondencia de Cicerón sabemos que hombres como Curión, Celio y Dolabela confiaban plenamente en que la campaña hispana les reportaría un rápido triunfo. Cerdeña y Sicilia fueron conquistadas sin que las islas opusieran apenas resistencia. César había obtenido una victoria en la campaña italiana, pero fue un triunfo vacío en el sentido de que Pompeyo y su ejército habían escapado. La guerra continuaría, y ya estaba ampliándose. En un momento dado se extendió a casi todas las tierras bañadas por el Mediterráneo. Los enemigos de César seguían siendo poderosos y llegarían a serlo aún más. En Italia, la población se sintió aliviada al constatar que no se comportaba como Sila, pero hasta el momento pocos se habían convertido en seguidores entusiastas de su causa."

LA CAMPAÑA DE ILERDA, ABRIL A AGOSTO, 49 A.C.

César describió a los pompeyanos en Hispania como un ejército sin general. Tres legados comandaban las siete legiones de Pompeyo en la Península Ibérica, y el equipo no resultó efectivo. Uno de ellos, Marco Terencio Varrón, era un erudito muy respetado y a lo largo de su vida escribió numerosos libros sobre los temas más diversos. Su asociación política con Pompeyo era muy antigua, desde que en 70 a.C.

redactara para él un manual sobre los procedimientos del Senado. Había sido su legado antes y en 49 a.C. había luchado en Hispania Ulterior, pero al parecer sólo contaba con una modesta habilidad marcial. Durante la campaña, su ejército no se unió a la principal fuerza pompeyana y su actuación fue de escasa relevancia. Gran parte del combate lo libraron las restantes cinco legiones a las órdenes de Marco Petreyo y Lucio Afranio. Petreyo era el más experimentado de los dos pues había tenido el control efectivo del ejército que derrotó a Catilina en el año 63 a.C. Según Salustio, en aquel momento ya había servido durante treinta años. Es posible que fuera el hijo de uno de los centuriones de rango superior de Mario. Cuando es talló la guerra civil debía rondar los sesenta y, aunque contaba con una larga experiencia en campaña, había actuado principalmente como subordinado.Afranio fue cónsul en el año 60 a.C., más famoso por su habilidad como bailarín que por ningún otro talento. Había participado en varias campañas de Pompeyo, por lo que tenía cierta experiencia militar, pero nunca había asumido un mando independiente. Como ex cónsul tenía un rango superior al de Petreyo, pero no se sabe con certeza si se puso al mando o si ambos hombres actuaron con autoridad compartida. Además de sus cinco legiones contaban con importantes fuerzas auxiliares, incluyendo unos diez mil jinetes y ochenta cohortes de infantería hispana. Estas últimas pertenecían sobre todo a la infantería pesada (scutatí), pero también incluían unidades de infantería ligera (cactrati) armadas de jabalinas y pequeños escudos circulares."

César envió órdenes a su legado Cayo Fabio de que llevara las tres legiones que aguardaban al oeste de la provincia

transalpina de Narbo y asegurara los puertos de los Pirineos. Una vez hecho esto, Fabio apretó el paso para aproximarse a Afranio y Petreyo, que se habían concentrado cerca de la ciudad de Ilerda (hoy Lérida). El procónsul envió mensajeros a otras tres legiones dándoles instrucciones de que marcharan y se unieran a Fabio, junto con cinco mil efectivos de infantería auxiliar y seis mil jinetes aliados y auxiliares. El propio César los siguió, pero se detuvo de camino a las afueras de Massilia. Esta antigua colonia griega era uno de los más antiguos aliados de Roma. Como procónsul de la Galia, se había cuidado bien de honrar y favorecer a la comunidad, pero el lugar también tenía una fuerte relación con Pompeyo que se remontaba a la guerra contra Sertorio. Ahora la ciudad cerraba sus puertas a los hombres de César y se negaban a dejarlo entrar. Los magistrados de Massilia alegaron que no entendían los entresijos de la política romana, pero creían que no podían tomar partido ni por César ni por Pompeyo. Esta declaración de neutralidad pronto sonó un poco falsa cuando permitieron que Domicio Ahenobarbo atracara en su puerto con una fuerza formada por componentes de su propia familia y esclavos. Es posible que los lazos familiares de Ahenobarbo con la región impulsaran a los habitantes de la ciudad a darle la bienvenida. A pesar de su reciente rendición y posterior puesta en libertad, Domicio Ahenobarbo había llegado por fin a la provincia que había ansiado durante tantos años. Los masiliotas le entregaron de inmediato el mando de la defensa y se pertrecharon para hacer frente a un asedio. César desplazó tres legiones hasta la ciudad y las situó bajo el mando de Cayo Trebonio. Las respaldaba un escuadrón de naves de guerra a las órdenes de Décimo Bruto, el mismo

hombre que había acaudillado la flota contra los vénetos.Tras colocarlos en posición y comenzar el asedio, César dejó a sus subordinados a cargo de la labor y siguió adelante, escoltado por una guardia personal de novecientos jinetes auxiliares germanos. Era un periodo de gran actividad, era necesario hacer planes y dar las órdenes apropiadas. La pérdida de Massilia ante el enemigo fue un duro revés, porque era un puerto muy importante y la flota mercante habría sido un excelente activo para abastecer al ejército que luchaba en Hispania. No obstante, el tiempo jugaba en contra de César y no podía permitirse esperar. Con todo, a pesar de las presiones del mando, aún encontró tiempo para escribir cartas a hombres preeminentes: Cicerón recibió una que había escrito pocos días antes de llegar a Massilia, en la que instaba al orador a no cometer ningún acto imprudente como unirse a Pompeyo.23

Para cuando César se unió a Fabio en junio, las seis legiones ya estaban concentradas en una sola fuerza junto con la mayoría de los aliados y los auxiliares. Probablemente, las unidades eran la sexta, la séptima, la novena, la décima y la decimocuarta. En cifras, puede que el enemigo tuviera una ligera ventaja numérica, aunque en realidad no conocemos los efectivos de las unidades individuales en cada bando. El espíritu y la experiencia jugaban a favor de César. A pesar del dinero tomado del erario público, seguía siendo dificil hacer frente a todos los costes de la guerra. Por tanto, «tomó a préstamo de los tribunos militares y de los centuriones dinero, que distribuyó entre su ejército.Y con este acto que realizó consiguió dos cosas: el tener sujetos a los centuriones por esta fianza y el granjearse el favor de los soldados por su

generosidad». El ejército de César confiaba en su capacidad, pero el enemigo había tomado una fuerte posición defensiva. Su campamento principal estaba situado en el mismo alto que la propia ciudad de Ilerda. Una unidad de menor tamaño controlaba el puente sobre el río Sicoris (actual Segre), que separaba a ambos ejércitos. Antes de que llegara César, Fabio había construido dos puentes a unos seis kilómetros de distancia el uno del otro y había cruzado a la orilla occidental, que estaba en poder del enemigo. Con dos ejércitos de considerable envergadura situados en posición, próximos el uno al otro, a lo largo de los siguientes días y semanas el aprovisionamiento pronto se convirtió en un problema, y ambos bandos enviaban con regularidad ex pediciones de recolección de alimentos a la margen este del río en vista de que la comida y el forraje eran cada vez más dificiles de obtener. Dos de las legiones de Fabio se encontraban fuera en una de esas expediciones cuando el puente que habían atravesado súbitamente se derrumbó. Por fortuna, una fuerza de auxilio que cruzó por el puente más lejano logró alcanzarlos antes de que sufrieran daños demasiado graves a manos de cuatro legiones y una nutrida fuerza de caballería enviada por Afranio para atacarlos.`

César llegó dos días después de la escaramuza. El puente destruido estaba casi reparado y bajo sus órdenes se completaron las obras durante la noche. Ese mismo día llevó a cabo un reconocimiento exhaustivo, estudiando en particular el terreno. A la mañana siguiente salió con todo el ejército salvo seis cohortes que dejó atrás para proteger el campamento y el puente, y avanzó para formar en orden de batalla al pie de la colina que había delante del campamento

de Pompeyo. Afranio y Petreyo respondieron a este desafío, pero no desplegaron sus líneas más allá de la mitad de la pendiente de la colina, no demasiado lejos de la empalizada de su propio campamento. A la manera típica del combate de este periodo, los dos ejércitos se observaron entonces durante un tiempo, sin desear avanzar y forzar una batalla. César se resistía a arriesgarse a pelear en un terreno que favorecía al enemigo. En un momento dado del día afirma que averiguó -seguramente a través de algunos prisioneros o desertores- que lo que retenía al enemigo era la cautela de Afranio. Decidió establecer un nuevo campamento in situ, pero, como en anteriores ocasiones similares, se aseguró de que sus tropas no resultaran vulnerables al ataque del enemigo durante la construcción. Las legiones estaban en la formación normal de triplex acies, por lo que César retiró las cohortes de la tercera línea y les puso a cavar una zanja de unos cinco metros de ancho. Como precaución añadida, no construyeron una empalizada, ya que habría sido demasiado visible. Aun sin su protección, una zanja tan ancha obstaculizaría seriamente una posible carga del enemigo. Al caer la tarde estaba terminada y César ordenó al resto del ejército que se situara detrás de la línea del foso. Durante la noche dio instrucciones de que los hombres no abandonaran las armas, pero el enemigo no emprendió ninguna acción hostil. Al día siguiente, tres legiones formaron para batallar frente al enemigo, mientras que las restantes unidades, tras enviar varias partidas a recopilar el material necesario para elevar una empalizada, se dedicaban a cavar zanjas que llevaban en ángulo recto a la primera para crear algo más similar a un campamento. La fuerza de protección repelió con facilidad los ataques de

hostigamiento del adversario y la obra fue terminada. Al día siguiente, por último, se añadieron las murallas detrás de los fosos`

A continuación, César trató de ocupar una loma que dominaba el terreno entre el campamento pompeyano y la ciudad de Ilerda. Llevó consigo tres legiones y envió a las cabeceras a tomar la colina.Afranio había avistado la columna cuando salió del campamento y envió a sus hombres tras ellos. Los soldados enemigos lograron ganarles la carrera y rechazaron a los hombres de César cuando intentaban escalar la loma. Los Comentarios atribuyen parte de la culpa de este fracaso al hecho de que el enemigo luchó empleando el mismo estilo de las tribus hispanas, moviéndose a gran velocidad sin preocuparse apenas por su formación.Aunque tal vez esa afirmación sea cierta -César señala que las tropas que habían estacionado en un lugar durante un largo periodo tendían a estar influenciadas por los modos de combate locales-, es posible que con ella pretendiera sugerir que los enemigos eran menos romanos que sus propios hombres. Era más dificil emocionar al público con una descripción de una batalla contra los propios compatriotas que contra las tribus salvajes de las Galias. El combate se prolongó durante buena parte del día, pues ambos bandos hicieron uso de sus reservas. La posición era estrecha y no había espacio para que más de tres cohortes formaran una línea de batalla. Las pérdidas fueron elevadas en ambos bandos, pero después de cinco horas los hombres de la legión quinta todavía tenían suficiente energía para cargar, espada en mano, y lanzarse una vez más contra el enemigo. Los pompeyanos cedieron el tiempo suficiente para permitir que los hombres de César se

retiraran. César registró setenta muertos, incluyendo un centurión de rango superior de la legión decimocuarta y unos seiscientos heridos, mientras que su adversario sufrió unas doscientas bajas, entre las que se contaban un primus pilas y otros cuatro centuriones. Ambos bandos consideraron que habían ganado, pero la cuestión fundamental era que César no había logrado capturar la posición que había atacado. 26

El tiempo entonces intervino en el desarrollo de los acontecimientos. Una fuerte lluvia hizo que el río se desbordara y arrastrara consigo los dos puentes de Fabio. Por el momento, la ruta de suministro, así como el camino por donde deberían llegar los refuerzos para César y el ejército estaban cortados. Una partida de galos que se dirigían a unirse a César fue atacada por una nutrida fuerza de asalto y sufrió algunas pérdidas antes de poder retroceder hasta una posición defensiva.Todos los intentos de reparar los puentes estaban fracasando y la ración básica tuvo que reducirse a un nivel que no podía mantenerse durante mucho tiempo sin perjudicar seriamente la salud de los soldados. Después de varios días, los legionarios recibieron instrucciones de construir unos botes consistentes en una sencilla estructura de madera recubierta con cuero del tipo que habían visto en Britania. Aprovechando la oscuridad, los transportaron en carros hasta un punto situado a veintidós millas romanas de distancia, un equivalente a unos treinta y dos kilómetros, y levantaron un pequeño campamento detrás de la loma junto al río. Más tarde, César envió una legión a aquel lugar y, tras mandar a unos destacamentos que cruzaran a la otra orilla, logró construir un nuevo puente en sólo dos días. Los galos, junto con el convoy de suministros que escoltaban, pudieron así

utilizar el puente y unirse al ejército principal. Por el momento, la crisis se había superado, pero César no había hecho ningún progreso hacia la victoria. Fue buena señal que varias comunidades hispanas, intuyendo que la suerte le estaba favoreciendo, enviaran mensajeros que prometían que sus pueblos se pasarían a su bando. César les pidió a todos ellos que le entregaran trigo, que necesitaba desesperadamente. El nuevo puente era una ruta de conexión vital, pero la distancia a la que se encontraba hacía que no fuera práctico para todos los propósitos. Los legionarios de César empezaron a cavar canales para canalizar el agua del Sicoris y crear así una especie de vado. Por su parte, los dos legados pompeyanos habían llegado a la conclusión de que estaban demasiado expuestos, porque el aumento de los efectivos y de la confianza de la caballería enemiga estaba dificultando sus propias labores de recopilación de alimentos. Decidieron retirarse a la región ocupada por los celtíberos cuya disposición hacia Pompeyo era especialmente buena."

Se prepararon con cuidado, ordenaron que se reunieran naves y balsas a lo largo del río Ebro y que se dirigieran a la ciudad de Octogesa, a unos treinta kilómetros de su campamento. Las embarcaciones fueron utilizadas para crear un paso estilo pontón sobre el ancho Ebro. Las obras no pasaron inadvertidas a las patrullas de reconocimiento de César y coincidió que terminaron el proyecto el mismo día que el bando del procónsul estimó que el vado improvisado sobre el Sicoris estaba listo para ser usado. Afranio y Petreyo contaban con una ruta a través del mayor obstáculo que existía en su camino: sabían que una vez que hubieran cruzado el Ebro, se habrían librado de una persecución inmediata, al

menos por unos días. No obstante, también sabían que antes tenían que llevar al ejército hasta la distante Octogesa. Dos de sus legiones atravesaron el Sicoris por el puente más lejano de la ciudad y acamparon en la margen oriental. Durante la noche, el resto del ejército pompeyano, excepto las dos cohortes que quedaron como guarnición de Ilerda, marchó para unirse a las dos legiones adelantadas y, a continuación, toda la fuerza emprendió camino hacia el Ebro. Las avanzadas de César informaron del movimiento y este mandó a unos jinetes para que hostigaran y retrasaran a la columna enemiga. Cuando salió el sol pudo ver desde el terreno elevado próximo a su campamento que la retaguardia pompeyana estaba teniendo dificultades para rechazar a sus jinetes y que se veían obligados a detenerse y formar una y otra vez para repeler a los perseguidores. Los legionarios sabían lo que estaba sucediendo y a través de los tribunos y los centuriones urgieron a César a que les permitiera arriesgarse a pasar el río por el vado que habían improvisado y unirse a la lucha. Animado por su entusiasmo, hizo partir a cinco legiones, dejando a una unidad para guardar el campamento. La caballería formó una cortina por encima y por debajo del lugar de cruce, y las tropas consiguieron vadear las aguas sin sufrir ninguna baja.A pesar de haber iniciado tarde la marcha, la guardia avanzada alcanzó a la retaguardia de Pompeyo por la tarde. Ambos ejércitos se desplegaron uno frente al otro, pero los pompeyanos no querían combatir y se quedaron en su posición sobre el terreno elevado, mientras que los hombres de César estaban cansados. Ambos ejércitos prepararon el campamento para pasar la noche.A poca distancia de los pompeyanos había una hilera de colinas y los dos legados

planearon hacer otra noche de marcha con el fin de llegar al paso que existía entre ellas antes que el enemigo. El plan fracasó cuando algunos prisioneros pusieron a César al corriente de las intenciones de los hombres de Pompeyo.A pesar de que todavía era de noche, el procónsul ordenó que tocaran la trompeta para levantar a sus legionarios. Al oírla, los pompeyanos se dieron cuenta de que habían perdido el efecto sorpresa y regresaron al campamento.28

Al día siguiente ambos bandos mandaron pequeñas patrullas de reconocimiento a estudiar la ruta a través de las colinas y confirmaron la existencia de un paso a unos ocho kilómetros de distancia. El bando que se hiciera con él podría cerrar la ruta al enemigo. En vista del fracaso de la marcha nocturna, los pompeyanos decidieron partir al alba. Su campamento se encontraba entre César y el paso, pero tenían que cargar con los carros de bagaje, mientras que los cesarianos sólo llevaban consigo el equipo básico y unas raciones mínimas. César emprendió la marcha antes del amanecer, sorprendiendo a sus adversarios tomando otra dirección. El alivio inicial se trocó en horror al ver que su columna empezaba a desviarse hacia la derecha poco a poco y se dirigía hacia el paso formando una curva. Los pompeyanos partieron y los dos bandos avanzaron a toda velocidad para tratar de llegar allí los primeros. La ruta de los hombres de César era más dificil, pero habían salido antes e iban menos cargados. Además, su caballería siguió hostigando al enemigo y retrasando su avance. Los cesarianos ganaron la competición, y Afranio y Petreyo mandaron a sus abatidas tropas que hicieran un alto. Los oficiales y soldados del ejército de César estaban deseosos de combatir al ver al

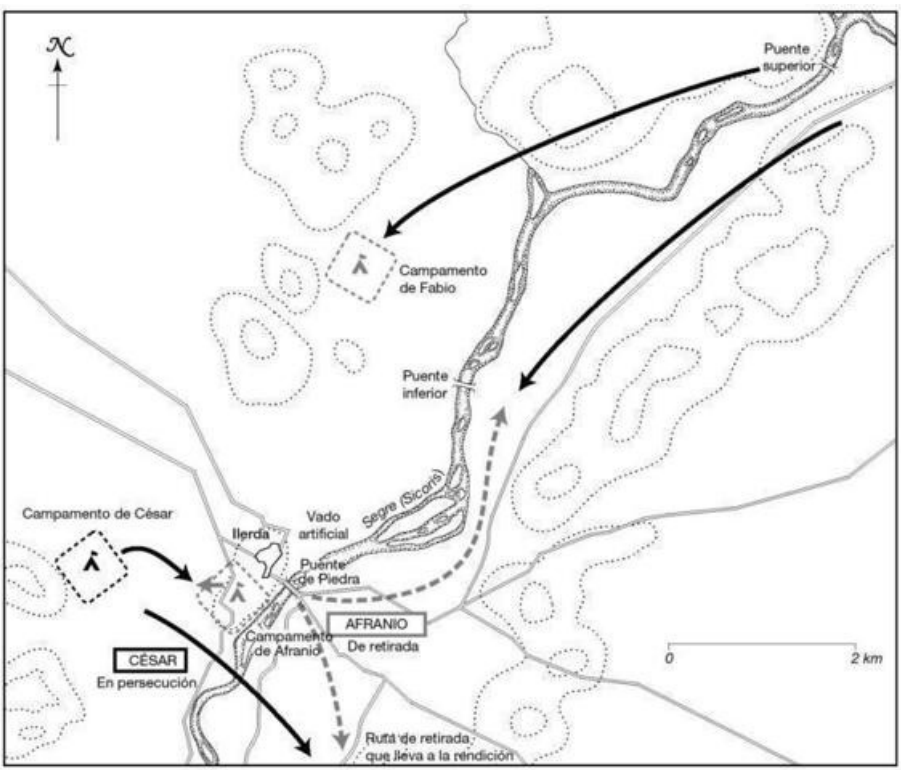
enemigo desmoralizado y en esa posición de desventaja y le presionaron para dar la orden de ataque. César rehusó, pues creía que el enemigo, sin provisiones, tendría que rendirse de todos modos. Pensó que no era necesario desperdiciar la vida de ninguno de sus soldados, como tampoco de los ciudadanos romanos que luchaban con su adversario. Esta actitud provocó algunos murmullos de descontento entre sus veteranos y ciertos comentarios sobre desgana a la hora de pelear, aunque finalmente César dio orden de batalla.

A lo largo de los siguientes días, ambos bandos comenzaron a construir las líneas de fortificación, los pompeyanos para conseguir un suministro de agua y César para encerrarlos y evitar que consiguieran acceso al agua. Durante las obras, numerosos hombres de ambos bandos empezaron a confraternizar con el enemigo, buscando a familiares, amigos y vecinos. Algunos oficiales pompeyanos ya estaban hablando de capitular y el propio hijo de Afranio envió a un amigo a tratar con César. El deseo de su padre de continuar parecía haber desaparecido, pero Petreyo seguía insis tiendo en combatir y mandó salir a su guardia de jinetes hispanos e infantería ligera para masacrar a todo soldado cesariano que encontraran tratando con sus tropas. Algunos lograron escapar peleando, mientras que otros fueron escondidos por las tropas de Pompeyo, que les permitieron escabullirse durante la noche. César dejó que todas las tropas enemigas de sus propias líneas marcharan libres o bien que se quedaran si así lo preferían. Petreyo suplicó a sus soldados que permanecieran leales y prestó juramento de no «desertar, no traicionar al ejército y a sus jefes y no tomar ninguna decisión por separado, sin contar con los demás». Persuadió a

Afranio de que lo jurara también, y después de él juraron los oficiales superiores, luego los demás y, por último, los soldados ordinarios.`

Los pompeyanos hicieron un último intento de romper el cerco. César salió en pos de ellos, acosando sin cesar a la columna en retirada. El enemigo volvía a estar rodeado, esta vez en una posición todavía peor, sin ningún tipo de abastecimiento de agua. César seguía queriendo evitar la batalla y ambos bandos iniciaron de nuevo la construcción de las líneas de fortificaciones. Los pompeyanos trataron de cruzar de nuevo el Sicoris, pero los legionarios cesarianos bloquearon su avance y, al verse casi totalmente desprovistos de alimentos y forraje, Afranio se dirigió a César para establecer las condiciones de la paz. El procónsul reprochó a los generales enemigos que se hubieran perdido vidas de forma innecesaria. No obstante, como en Corfininium y en las demás ocasiones, permitió a todos que marcharan libres. Su ejército se disolvió, mientras César supervisaba el proceso con atención. En aquel momento, en la provincia de Hispana Ulterior, el legado restante, Varrón, se había sentido tan alentado por el marcado optimismo de los primeros informes de Afranio, que había decidido demostrar que era un animoso agente de Pompeyo y su causa. Reclutó soldados y acumuló provisiones, pero para cuando concluyó la rendición de Ilerda y César se dirigió hacia la provincia donde aguardaba Varrón, su confianza había decaído al saber que el triunfo había sido para el enemigo y percibir que, en general, la población de su provincia aceptaba con buena disposición al vencedor. Cuando sus tropas empezaron a abandonarle, de inmediato mandó avisar a César de que se rendía. Toda Hispana estaba

ahora en manos de César.Aunque había habido momentos dificiles, quedó demostrado que sus expectativas de lograr una rápida victoria habían estado justificadas.A finales de verano, concluyó asimismo la resistencia de Massilia. En esta ocasión, Domicio Ahenobarbo consiguió escapar por barco poco antes de que la ciudad capitulara, evitando así ser capturado por segunda vez. Volvería a enfrentarse a César, como también lo harían Afranio y Petreyo, que, como él, estaban dispuestos a aceptar la compasión de su adversario, pero no por eso sentían menos odio hacia él.Tampoco había ninguna señal de que Pompeyo y sus aliados más importantes desearan buscar la paz por otro medio que no fuera la victoria bélica. La guerra continuaría.3o



Batalla de llerda.

XIX
MACEDONIA, NOVIEMBRE DE 49-AGOSTO DE 48 A.C.

Ya ves cómo á Cneo Pompeyo ni le asegura su nombre, ni la fama y gloria de sus hechos, tú los favores de los reyes y naciones, de quien él solía alabarse muchas veces: y que no tiene el recurso, que cualquier hombre de baja suerte pudiera tener, que es huir y retirarse con honra, habiéndole echado de Italia, habiendo perdido á toda España, habiéndole tomado todo el ejército de soldados viejos, y estando ahora cercado en Durazo: que son cosas que jamás creo le han acaecido á ninguno de nuestros emperadores.

PUBLIO CORNELIO DOLABELA, escribiendo a Cicerón desde el campamento de César a las afueras de Dyrrachium, mayo-junio del año 48 a.C.[1]

Pero la [diosa] Fortuna, que tantísimo poder ejerce sobre todas las cosas y muy especialmente en las de la guerra, provoca en breves instantes cambios considerables, como así sucedió entonces.

CÉSAR[2]

César dejó a Quinto Casio Longino al mando en Hispania. Era un puesto poco habitual para un tribuno de la plebe, pero eran tiempos excepcionales y Casio ya había servido en Hispana durante su cuestura, por lo que tenía experiencia con la región y con sus gentes. Sin embargo, el tiempo demostraría que la elección no había sido acertada. César

daba la bienvenida a todo aquel que se aproximaba a él, y recompensaba la lealtad con honores, puestos y riqueza (una vez llegó a decir que recompensaría religiosamente a un bandido si le hubiera prestado servicio). Cicerón y los demás se burlaban de la banda de vagos disolutos que se habían unido en masa a César. Los consideraban personas que habían derrochado sus propias herencias y ahora esperaban gobernar la República. Suetonio afirma que en los años previos a 49 a.C., a menudo César les dijo a aquellos hombres en tono de broma que necesitaban una guerra civil. Sin duda había muchos hombres desesperados a los que la victoria de César brindaría una última oportunidad de obtener riqueza y éxito en la vida pública, pero sería un error aceptar las radicales opiniones de la propaganda de Cicerón y Pompeyo sin cuestionar sus motivos. Es cierto que los legados y subordinados de rango superior de César durante la guerra civil, con escasas excepciones, no destacaron por su gran habilidad o fortaleza de carácter.Varios cometieron graves errores de juicio. Sin embargo, la competencia y honestidad de muchos de los pompeyanos de más categoría eran igualmente cuestionables, aunque poseyeran nombres más distinguidos. Una elevada proporción de ex cónsules del campamento de Pompeyo habían sido acusados de cohecho electoral en el pasado. César contaba con la ventaja de ser capaz de dar órdenes y no tenía que tratar con hombres de una independencia tan terca como Domicio Ahenobarbo. No obstante, sin duda era cierto que las cosas tendían a funcionar mejor cuando César estaba presente. Trebonio y Décimo Bruto habían manejado con eficacia el asedio de Massilia. Curión había conquistado Sicilia sin luchar, porque Catón,

enviado por los pompeyanos a hacerse con el mando de la isla, no poseía suficientes tropas y había considerado inútil perder vidas en una defensa sin esperanzas de éxito. Tras ese éxito, Curión llevó a las legiones al norte de África en el verano del año 49 a.C. Al principio, todo fue bien, el legado consiguió una derrota aplastante ante una numerosa fuerza pompeyana, pero a continuación cayó en una emboscada que le había tendido el ejército de juba, el rey númida. Curión murió en combate, junto con muchos de sus soldados; otros fueron aniquilados cuando intentaban huir o se rindieron sólo para ser ejecutados más tarde por orden del rey. Apenas un puñado de hombres logró escapar, entre los que estaba Asinio Polión, y es muy posible que el elogioso retrato que César hizo de Curión fuera lo que motivó que Polión se cuestionara la fiabilidad de algunos pasajes de los Comentarios. El hermano pequeño de Marco Antonio, Lucio, sufrió una derrota menor en Iliria, donde se rindió con quince cohortes.'

César recibió noticia de estos reveses a su regreso de Hispania. Eran malas nuevas, pero seguía llevando la iniciativa y estaba decidido a enfren tarse a Pompeyo y a la principal fuerza enemiga tan pronto como fuera posible. Tal vez era más inquietante el motín que estalló entre los legionarios acampados en Placentia (la actual Piacenza), en el norte de Italia. El problema comenzó con la novena legión, que había peleado bien por César en Hispana, y, como muchos motines a lo largo de la historia, estuvo causado por diversas razones que acababan por salir a la superficie durante los periodos de descanso e inactividad posteriores a las batallas. La guerra estaba lejos de estar decidida, y su general los necesitaba, por lo que es posible que muchos legionarios

adivinaran que eso les colocaba en una situación de fuerza para negociar varios favores. Algunos de los hombres habían concluido su periodo de servicio y deseaban licenciarse. Otros se quejaban de que aún no se había distribuido la recompensa de quinientos denarios que César les había prometido en Brundisium a principios de año. También existía cierto descontento porque creían que la moderación y la clemencia con la que estaba luchando estaba retrasando su victoria y -probablemente esto era lo más importante- les privaba del botín del saqueo. César seguía en Massilia cuando le pusieron al tanto del motín, pero de inmediato se presentó allí y se enfrentó a los amotinados. El procónsul les habló en un tono severo e implacable, explicándoles que un conflicto de tal envergadura no podía apresurarse. A continuación les anunció su intención de diezmar la novena legión, un antiguo castigo que implicaba seleccionar al azar uno de cada diez hombres que, a continuación, era golpeado hasta la muerte por sus camaradas. El resto de la legión sería licenciada con deshonor del ejército. Los soldados veteranos escucharon sus palabras con consternación y empezaron a suplicar misericordia a su rígido comandante. César sabía cómo manejar a una multitud y fue cediendo terreno gradualmente, para anunciar por fin que sólo ciento veinte cabecillas tendrían que echar a suertes los doce hombres que serían ejecutados. Se cree que la selección fue amañada para garantizar que los nombres de los principales alborotadores salieran elegidos. Sin embargo, Apiano sostiene que un hombre que ni siquiera estaba en el campamento durante el motín fue incluido entre esos doce. En cuanto César lo descubrió, liberó al soldado y lo reemplazó por el centurión que había tratado de provocar la

muerte de un inocente de esa manera. Era la primera vez desde el año 58 a.C. que César debía hacer frente a un caso serio de desobediencia por parte de sus soldados, pero el brote de insubordinación fue rápidamente sofocado. En la siguiente campaña, la novena combatiría con gran distinción para César, al igual que el resto de sus tropas. Los Comentarios no hacen ninguna mención sobre este asunto.

Desde que escapara del enemigo en Brundisium en marzo, Pompeyo había estado poniendo en práctica toda su habilidad organizativa para crear el ejército con el que esperaba obtener la victoria final. Al mismo tiempo, utilizó sus contactos en la región -prácticamente todas las comunidades y desde luego todos los gobernantes importantes eran clientes suyos- para movilizar los hombres y los recursos del Mediterráneo oriental, para proveer a sus soldados de paga, alimento y equipo, y para complementar sus efectivos con aliados y auxiliares. Contaba con nueve legiones, una mezcla de las tropas que había traído consigo y de unidades recién reclutadas entre los ciudadanos que habitaban en Grecia y Asia. Metelo Escipión se había marchado a Siria para ordenar a las dos legiones que habían estado estacionadas en la frontera con Partia que se reunieran con las tropas de Pompeyo. Una frenética actividad diplomática había garantizado que esta medida no pusiera en peligro la provincia, pero es dificil saber si la afirmación de las fuentes consultadas de que se realizaron serios intentos de obtener ayuda militar de los partos es fiable. Sin duda Pompeyo utilizó en gran medida tropas extranjeras y reunió una fuerza especialmente importante de caballería.Ahora tenía ante sí la materia prima de lo que sería un gran ejército y dedicó varios

meses a la instrucción de los inexpertos soldados.Tenía cincuenta y siete años y cuando comenzó la guerra civil llevaba más de trece sin servir en el campo de batalla, pero todos los testigos aseguran haberse sentido impresionados por su energía. Su comandante entrenaba con el resto de los hombres, realizando la instrucción con el equipo de legionario o montando a caballo y demostrando a los jinetes cómo debían luchar. Plutarco afirma que podía arrojar una jabalina más lejos, con más precisión y con más fuerza que muchos jóvenes. Inspirados por su ejemplo, empezó a tomar forma un poderoso y efectivo ejército. A medida que avanzaba el año, la fuerza de los pompeyanos iba poco a poco en aumento.'

Durante la ausencia de César se había producido un goteo de senadores que abandonaban Italia y decidían abandonar su neutralidad y unirse a los pompeyanos. Algunos se marcharon porque opinaban que Pompeyo ganaría la guerra y deseaban estar del lado de los vencedores. Para otros era una cuestión de conciencia o bien habían sido persuadidos por su familia y amigos. Un rasgo curioso de la guerra civil fue que no llegó a detenerse el libre intercambio de cartas y en ambos bandos los hombres pudieron mantener un contacto regular con sus correspondientes. El personaje más distinguido que en esta fase del conflicto decidió desempeñar un papel más activo fue Cicerón, que, después de meditarlo mucho, había zarpado hacia Grecia. Seguía pensando que la guerra civil era innecesaria y detestaba el plan de Pompeyo de abandonar Roma e Italia. La clemencia mostrada por César le había reconfortado, aunque no estaba seguro de cuánto duraría y de si César acabaría resultando tan cruel como Cinna en los años ochenta antes de Cristo tan pronto como su dominio

estuviera afianzado. Curión le había visitado de camino hacia su invasión de Sicilia y había hecho poco para mitigar sus temores. El tribuno había afirmado sin reservas que creía que la moderación de César era una cuestión política, que estaba en conflicto con su cruel temperamento, pero que, en su debido momento, el velo se retiraría y su verdadera naturaleza quedaría al descubierto. Son palabras un poco extrañas en boca de un aliado, pero Curión no acostumbraba a refrenar su lengua. No obstante, no conocía a César demasiado bien, se había unido a él hacía sólo un año, por lo que su opinión es discutible. Los acontecimientos posteriores demostrarían que César no dejó en ningún momento de tratar de forma compasiva a sus enemigos ni jamás intentó gobernar por medio del terror. A lo largo de su vida es dificil encontrar algún rastro de crueldad. Podía ser absolutamente despiadado si creía que le beneficiaría y tenía repentinos ataques de genio, pero nunca fue cruel sin motivo. Cicerón dudaba de cómo se comportaría César a largo plazo. Sus sentimientos sobre Pompeyo eran similares y opinaba que quienquiera que ganara la guerra civil, en la práctica se convertiría en dictador y estaría en posesión de poder real o regnum. Sin embargo, siempre sintió un hondo apego hacia Pompeyo y respeto hacia los distinguidos hombres que luchaban a su lado. Con frecuencia, era un respeto dirigido más al tipo de hombres que creía que debían ser que hacia los hombres que en realidad eran, pero no por eso era menos fuerte. También odiaba la ociosidad, pero no deseaba unirse a la actividad política de una República controlada por César.A pesar de las cartas de sus amigos y parientes que se encontraban en el campamento de César y del propio César, Cicerón decidió finalmente que

debía ponerse al lado de los pompeyanos. Su hermano Quinto, pese a los años pasados como legado de César en la Galia, hizo lo mismo.6

Se produjeron defecciones, pero el grueso del Senado permaneció neutral, y César continuó manteniendo al menos una fachada de vida pública normal en Roma. Su intención era ser elegido cónsul para el año 48 a.C., pero no había consul vigente para presidir las elecciones. Había un pretor, pero nunca antes un pretor había supervisado el nombramiento de nuevos cónsules, y cuando César lo propuso, fue rechazado por el colegio de augures. En consecuencia, para que pudiera celebrar las elecciones, el pretor Marco Lépido nombró a César dictador. Existía un único precedente de esta actuación, que se remontaba a los aciagos días de la segunda guerra púnica. César regresó a Roma, convocó a la Comitia Centuriata y, como estaba previsto, fue elegido cónsul para el año siguiente junto con Publio Servilio Vatia Isáurico. Era una medida poco ortodoxa, si bien en sentido estricto era legal, aunque es perfectamente posible que no hubiera otros candidatos a las elecciones en aquel momento. César volvería a ser cónsul en 48 a.C., tras los diez años correspondientes después de su primer consulado. Su colega era el hijo del hombre a cuyas órdenes había servido en Asia durante los años setenta antes de Cristo, y era un conocido miembro de la élite establecida, casado con una sobrina de Catón. Este es otro indicativo de lo complicado y confuso que fue el asunto de las lealtades durante la guerra civil. Se celebraron asimismo las elecciones para las demás magistraturas -Celio Rufo fue nombrado pretor- y, a continuación, César empleó sus poderes como

dictador para aprobar una serie de leyes. Una preveía el retorno del exilio de todos aquellos que habían sido condenados por los tribunales extraordinarios de Pompeyo en el año 52 a.C. Milón fue excluido específicamente, de modo que, en general, los beneficiarios de la ley fueron hombres asociados con Clodio. César también hizo llamar a hombres como Salustio, que había sido expulsado por Apio Claudio durante su periodo como censor, así como a Gabinio, el gobernador de Siria que había restaurado a Tolomeo en su trono egipcio. Ambos combatirían a su lado en la guerra. Además, los hijos de las víctimas de las proscripciones de Sila recuperaron por fin todos sus derechos. La intención de ese tipo de medidas era confirmar la lealtad de sus partidarios y conseguir nuevos seguidores. Una preocupación más general era el problema el endeudamiento, porque, en algunos casos, el valor de la propiedad se había desplomado desde el comienzo de la guerra. Había presiones sobre César para que aboliera la deuda, en especial por parte de aquellos que debían grandes sumas de dinero, muchos de los cuales se le habían unido. El grito de «nuevas tablillas» (novac tabulas) -lo que significaba borrar todas las anotaciones de los libros de cuentas y empezar desde cero- había sido frecuente en décadas anteriores, y un lema de los mitines de los rebeldes de Catilina. Muchos temían que César, famoso por sus ideas populares y deudor habitual, tratara de conseguir apoyo por los mismos medios. No obstante, el dictador rehusó emplear una medida tan drástica y, en su lugar, buscó una solución intermedia. Se nombraron asesores para tasar toda la propiedad al valor que poseía antes de la guerra, y César ordenó a continuación que los deudores entregaran esa

cantidad a sus acreedores como pago. Se restableció asimismo una antigua normativa que estipulaba que nadie debía tener más de quince mil denarios de dinero en efectivo. El objetivo era impedir el acaparamiento, que acabaría perjudicando la vida económica de Roma e Italia. Evidentemente, era dificil hacer cumplir una medida como esa.'

EL GRAN ENFRENTAMIENTO

Después de sólo once días, César renunció a su cargo de dictador y abandonó Roma. No esperó a enero para asumir su consulado de la manera normal, sino que se apresuró hacia Brundisium, donde había ordenado a su ejército que se concentrara. A pesar de los enormes esfuerzos de sus oficiales durante los pasados seis meses, seguía habiendo una importante escasez de embarcaciones de transporte. César contaba con doce legiones -probablemente unos veinticinco o treinta mil efectivos, porque habían sufrido bajas y muchos rezagados y convalecientes habían quedado atrás cuando retornaron desde Hispania- en Brundisium o en sus proximidades, pero sólo había naves para transportar quince mil soldados de infantería y quinientos jinetes. Estas tropas, incluso, tendrían que viajar con el mínimo absoluto de bagaje, mientras que la baja proporción de caballería reflejaba simplemente el hecho de que sus monturas ocupaban un espacio mucho mayor. Era obvio que sería necesario realizar más de una travesía, pero existía un alto riesgo de que las tropas que descendieran primero en la otra orilla resultaran aplastadas por el enemigo. Incluso el viaje inicial podría ser peligroso, porque los pompeyanos habían reunido una inmensa flota de unos quinientos barcos de guerra y muchas naves de menor tamaño utilizadas para reconocer el terreno.

El grueso de la armada estaba a las órdenes de Bíbulo y se encontraba estacionado en varios puertos a lo largo de la costa adriática oriental para interceptar cualquier fuerza invasora. César poseía sólo doce galeones de guerra, un número sin duda insuficiente para proteger a los barcos de transporte si eran descubiertos por la flota enemiga, y cada viaje necesario para trasladar a su ejército a través del Adriático se exponía a esa seria amenaza. César comprendía la importancia de estos factores, pero también sabía que era poco probable que cambiaran el futuro inmediato. Estaba ansioso por golpear en el mismo corazón del enemigo, sabiendo que esperar sólo daría tiempo a Pompeyo para fortalecerse y prepararse mejor. El mal tiempo le retrasó unas semanas y hasta el 4 de enero del año 48 a.C. no pudo zarpar. Doce meses antes nadie había previsto que atacaría en los meses de invierno, cuando los ejércitos solían estar descansando. Lo mismo sucedió en esta ocasión. Las legiones de Pompeyo estaban desperdigadas en sus cuarteles invernales y la armada de Bíbulo no estaba lista. César logró cruzar y desembarcar en Paeleste, en la costa de Epirus, sin encontrar ninguna oposición. La operación se llevó a cabo con rapidez y las naves volvieron a Brundisium esa misma noche, pero para entonces el enemigo se había dado cuenta de lo que estaba sucediendo y logró capturar unos cuantos barcos. César sostiene que Bíbulo estaba tan furioso que ordenó que quemaran esas naves junto con sus tripulaciones. La inmensa mayoría de los transportes regresaron indemnes, pero era evidente que el siguiente convoy se enfrentaría a un enemigo alerta y a la espera.'

Por el momento, la comunicación con los refuerzos y los convoyes de suministros de César estaba cortada. Contaba

con siete legiones, cada una de ellas con unos efectivos medios de unos 2.140 hombres, así como 500 jinetes, pero no había habido espacio para transportar grandes cantidades de comida y tendrían que tratar de obtenerlas in situ. En aquel momento, el calendario romano iba varias semanas por delante de las estaciones naturales, por lo que, en realidad, era el final del otoño, y debería encontrar un modo de mantener al ejército concentrado y abastecido durante los meses de invierno, a la vez que combatía contra el enemigo. La noche posterior al desembarco, César marchó contra Oricum, que se rindió enseguida, después de que la población local se volviera contra la pequeña guarnición pompeyana. Los Comentarios afirman que no deseaban luchar contra un hombre que poseía imperium entregado legalmente por el pueblo romano. Es posible que un cálculo racional de que los pompeyanos tenían escasas posibilidades de ganar esta batalla también contribuyera a su decisión. En vista de que buena parte de la población de Italia no estaba realmente comprometida con ninguno de los dos bandos, no es de extrañar que en la mayoría de las provincias apenas existieran fuertes sentimientos de afiliación. Como era habitual, César perdonó la vida al comandante de la guarnición, Lucio Manlio Torcuato, que decidió permanecer a su lado. Tras este triunfo, César siguió hacia Apolonia y, una vez más, la población se negó a luchar contra él, lo que obligó a huir a los pompeyanos. Pronto, la mayor parte de Epirus siguió el ejemplo de esas ciudades y se unió a César. Había establecido una base de operaciones en Grecia y, por el momento, las ciudades lograban mantener a su ejército abastecido. Algunas reservas de víveres reunidas por el enemigo habían sido

capturadas, aunque un convoy de barcos de grano anclado cerca de Oricum fue hundido por una escolta de naves enviada por los pompeyanos. El principal depósito de suministros de Pompeyo se encontraba en el gran puerto comercial de Dyrrachium (el actual Durazzo, en Alba Longa), en un punto más septentrional de la costa. César lanzó una ofensiva para capturar ese importante objetivo, pero para entonces el enemigo estaba empezando a reaccionar. Pompeyo ordenó a sus legiones que se concentraran, hizo avanzar a los soldados a marcha forzada a Dyrrachium y llegó antes que César, que se retiró con presteza. El enemigo contaba con nueve legiones, todas ellas con casi todos sus efectivos, a diferencia de las de César, a las que probablemente superaba en número por más de dos a uno. Sin embargo, la moral de los pompeyanos estaba baja por el inesperado desembarco del enemigo y sus éxitos iniciales. Labieno hizo una declaración pública de su fe en Pompeyo en la que juró que nunca le abandonaría y que compartiría su destino. Le imitaron los tribunos y los centuriones y, por fin, todos los legionarios prestaron el mismo juramento de manera colectiva.9

César se retiró a Epirus. Aunque controlaba los puertos de Apolonia y Oricum, la flota de Bíbulo estaba ahora en plena actividad y había esta blecido un estricto bloqueo. Un convoy que transportaba refuerzos de legionarios y caballería fue forzado a regresar a Brundisium, y perdió un barco. Bíbulo hizo que toda la tripulación fuera ejecutada, independientemente de su rango.Tal vez confiaba en que esa exhibición de brutalidad ayudara a disuadir a César de volver a intentar pasar, pero es indudable que el arraigado odio que

sentía hacia su antiguo colega como edil, pretor y cónsul avivó su ira. Es posible que también el dolor personal influyera en su actitud, porque sus dos hijos mayores habían sido asesinados recientemente en Egipto. Bíbulo luchaba con terrible ferocidad, pero no era el único. Desde el principio de la guerra, pocos de los pompeyanos habían mostrado alguna inclinación a competir con César en muestras de clemencia y moderación. Más bien todo lo contrario, parecía que su política sólo conseguía incrementar su rabia y moverles a cometer nuevas atrocidades. Cicerón se había sentido consternado por las actitudes que encontró en el campamento de Pompeyo. La mayoría de los principales pompeyanos declaraban que aquellos que habían permanecido neutrales eran casi peores que los partidarios activos de César, y se habló de llevar a cabo una amplia acción de castigo cuando finalmente regresaran a Italia con el ejército.10

César acampó cerca del río Apso, a poca distancia de Apolonia. El ejército de Pompeyo, más numeroso, tomó una posición en la orilla opuesta pero no mostró signos de querer atacar y forzar una batalla. Hubo otro intento de negociación que se inició cuando César devolvió a su ejército a uno de los oficiales de Pompeyo que había capturado por segunda vez. Sugirió que tanto él como su adversario juraran disolver sus ejércitos en un plazo de tres días -una medida en apariencia justa, aunque probablemente irrealizable- y, a continuación, dejar en manos del Senado y del pueblo el arbitraje de su disputa. Al principio, Pompeyo no respondió, pero a César no le importaba aguardar, porque esperaba que algunas tropas suyas más que se dirigían hacia allí desde Italia tuvieran tiempo de alcanzarle. Entretanto, presionó a la flota de

Bíbulo impidiéndole desembarcar. Los galeones de guerra albergaban tripulaciones muy nutridas en proporción a su tamaño, dado que necesitaban la fuerza de muchos remeros para alcanzar velocidad y maniobrabilidad. Quedaba poco espacio para las provisiones de comida y agua potable y menos aún para que los remeros caminaran o descansaran debido a que su peso fun cionaba como contrapeso para mantener la estabilidad de la nave. Por tanto, era necesario atracar a intervalos regulares -como mínimo cada tres días- para poder reabastecerse y permitir que los remeros y la tripulación se recuperaran. Las antiguas flotas funcionaban mejor cuando tenían bases cerca o cuando contaban con el apoyo constante de las fuerzas de tierra. Los hombres de César controlaban los puertos y vigilaban la costa, atacando a toda embarcación que tratara de atracar, lo que obligó a la armada de Bíbulo a regresar a sus bases de la isla de Corcyra (actual Corfú) más a menudo de lo que desearían. Con el problema añadido del severo clima invernal, la imposición del bloqueo se convirtió en un enorme esfuerzo para la flota pompeyana. Bíbulo pidió una tregua, pero envió a su subordinado de más rango, Lucio Escribonio Libón, a las conversaciones, y excusó su ausencia confesando que era probable que su animosidad personal hacia César y su vivo genio dificultaran el acuerdo. La hija de Libón estaba casada con el hijo menor de Pompeyo, Sexto, lo que demostraba una vez más que existían estrechos lazos familiares entre muchos de los principales pompeyanos. César acudió a la reunión, pero se sintió decepcionado cuando Libón simplemente pidió una tregua, durante la cual los barcos de Pompeyo pudieran atracar sin impedimentos, y a cambio prometían sólo que hablarían con Pompeyo para que

considerara los demás temas. César replicó que sólo accedería a la tregua solicitada si el enemigo levantaba el bloqueo. Solicitó a Libón que proporcionara salvoconducto a los mensajeros que planeaba enviar a Pompeyo, pero ninguna de las dos peticiones fue atendida y, como describen los Comentarios, «cuando César comprendió que todo esa conversación había sido para evitar el peligro presente y la escasez [que padecían] y que no ofrecía ninguna esperanza o condición de paz, se entregó a pensar en continuar la

Bíbulo sucumbió a la enfermedad y la fatiga poco después. Nadie fue nombrado para reemplazarlo como comandante general de la flota, pero los pompeyanos mantuvieron el bloqueo a pesar de las dificultades. En el Apso, los ejércitos rivales continuaban observándose desde orillas opuestas. No hubo más negociaciones. En un momento dado,Vatinio se dirigió a la ribera del río y llamó a las avanzadas del enemigo hasta que por fin le informaron de que un oficial se presentaría al día siguiente para celebrar una reunión. La reunión tuvo lugar como se había previsto, pero fue interrumpida por la airada intervención de Labieno y terminó en una lluvia de proyectiles. El antiguo legado de César exclamó más tarde que podían suspender todas las conversaciones sobre las condiciones de la paz porque no habría posibilidad de paz hasta que les llevaran la cabeza de César. Poco antes se cree que el mismo Pompeyo había afirmado que ni siquiera contemplaría la posibilidad de la paz si parecía que se estaba aferrando a la vida gracias a la «generosidad de César». El pulso de mantuvo y César cada vez estaba más desesperado a medida que las semanas y los meses pasaban sin que llegara ningún refuerzo de Italia.Varias

fuentes sostienen que empezó a sospechar de la determinación y la lealtad de sus subordinados en Italia. Decidiendo que sólo su propia presencia podía inyectar la necesaria energía, partió hacia Brundisium en persona. Marchó oculto bajo un disfraz, fingiendo ser uno de sus propios esclavos, que con frecuencia eran empleados como mensajeros, a bordo de un pequeño mercante anclado cerca de la desembocadura del río Apso. En su descenso por el río, la tripulación tuvo que luchar contra un fuerte viento proveniente del mar. Un rato después, los marineros decidieron darse por vencidos y regresar, pero, de pronto, César retiró su capa y les dijo que no temieran porque transportaban «a César y la buena fortuna de César». Los remeros y el timonel redoblaron sus esfuerzos, intentando forzar a la embarcación a salir al mar, pero al final tuvieron que renunciar. Es cuestionable en extremo si era aconsejable que un general dejara a sus tropas en tales circunstancias, aunque fuera para traer refuerzos, y es probable que por esa razón este incidente no se mencione en los Comentarios. Sin embargo, Plutarco afirma que cuando sus legionarios lo descubrieron, no se sintieron abandonados, sino únicamente ofendidos de que no confiara en la victoria si luchaba sólo con su ayuda. Cuando retornó al campamento se cree que los soldados lo rodearon suplicándole que tuviera más fe en ellos. Era un indicativo del increíble vínculo y confianza que había ido creciendo entre el general y sus hombres desde los primeros días de las campañas en las Galias."

Por fin, el 10 de abril, Marco Antonio logró trasladar el grueso de las tropas desde Brundisium hasta Grecia, desembarcando cerca de Lissus, en el norte, con cuatro legiones y ochocientos jinetes. La reacción de Pompeyo fue

demasiado lenta y no consiguió evitar que las dos fuerzas cesarianas se reunieran. Ahora, César tenía un ejército más poderoso a su disposición. Seguía en inferioridad numérica, en especial en caballería, pero contaba con la mejor calidad de sus veteranos legionarios para contrarrestarla. No obstante, la llegada de nuevas tropas agudizaba los problemas de abastecimiento, sobre todo si el ejército debía permanecer en un lugar durante un tiempo.Varios destacamentos de gran tamaño fueron separados del ejército principal y enviados a proteger a sus aliados en Tesalia y Macedonia. Con el resto de tropas, César ofreció batalla a Pompeyo, que rehusó pelear. Seguía convencido de que podían agotar las fuerzas de los cesarianos si les privaban de alimento. César era consciente del peligro y decidió volver a intentar tomar la principal base de suministro de Pompeyo: Dyrrachium. En esta ocasión logró llegar allí antes que el enemigo, aunque no con la suficiente rapidez para hacerse con la ciudad y sus provisiones, por lo que plantó el campamento entre Dyrrachium y el ejército pompeyano, que tomó posiciones en una colina llamada Petra, que daba a un puerto natural. Con acceso directo al mar, Pompeyo consiguió mantener una fácil comunicación con la propia ciudad y sus fuerzas situadas fuera de allí. Dio orden de mandar convoyes de grano directamente al ejército desde la lejana Asia. El campamento de César estaba instalado en un terreno elevado y sus tropas tendrían que abastecerse con el alimento y el forraje que encontraran en las tierras circundantes. Decidió construir una línea de fortificaciones sobre las colinas, tanto para proteger sus propias partidas de recolección como para entorpecer la actuación de las que enviaran los pompeyanos, que tenían

bastantes más monturas y animales de tiro, por lo que sus necesidades eran aún mayores que las de sus propias fuerzas.Además, «deseaba reducir el prestigio (auctoritas) de Pompeyo entre las naciones extranjeras, cuando se propagara por todo el mundo la historia de que había sido sitiado por César y no se atrevía a entablar batalla». Pompeyo no podía permitirse la retirada y que César capturara Dyrrachium y sus reservas. Por eso, dio instrucciones a sus hombres de que construyeran asimismo una línea fortificada frente a las tropas de César.Tuvieron lugar varias escaramuzas para conquistar puntos clave en el terreno elevado y en un caso un destacamento de la novena legión tuvo que retirarse de una posición donde se encontraba demasia do expuesta a los arqueros y honderos enemigos. En cierto momento, la legión dio media vuelta y, comandada por Marco Antonio, cargó e infligió una derrota aplastante sobre sus perseguidores para demostrar que no se retiraban porque hubieran sido vencidos, sino por propia elección. Cuando la línea pompeyana estuvo terminada medía quince millas romanas (veintidós kilómetros) de distancia y estaba reforzada con veinticuatro fuertes. César estaba en el exterior, e inevitablemente su línea tenía que ser más larga, en especial porque confiaba en poder encerrar por completo al enemigo, de modo que sus obras de asedio se extendían a lo largo de unos veintisiete kilómetros.`

Los hombres de César no tenían suficientes víveres, ya que seguía siendo invierno en las estaciones naturales, aunque según el calendario la primavera estuviera ya muy comenzada. Había bastantes reservas de ganado, por lo que la carne, normalmente disponible, pasó a constituir una parte mayor de lo habitual en la dieta. El grano era dificil de obtener y con

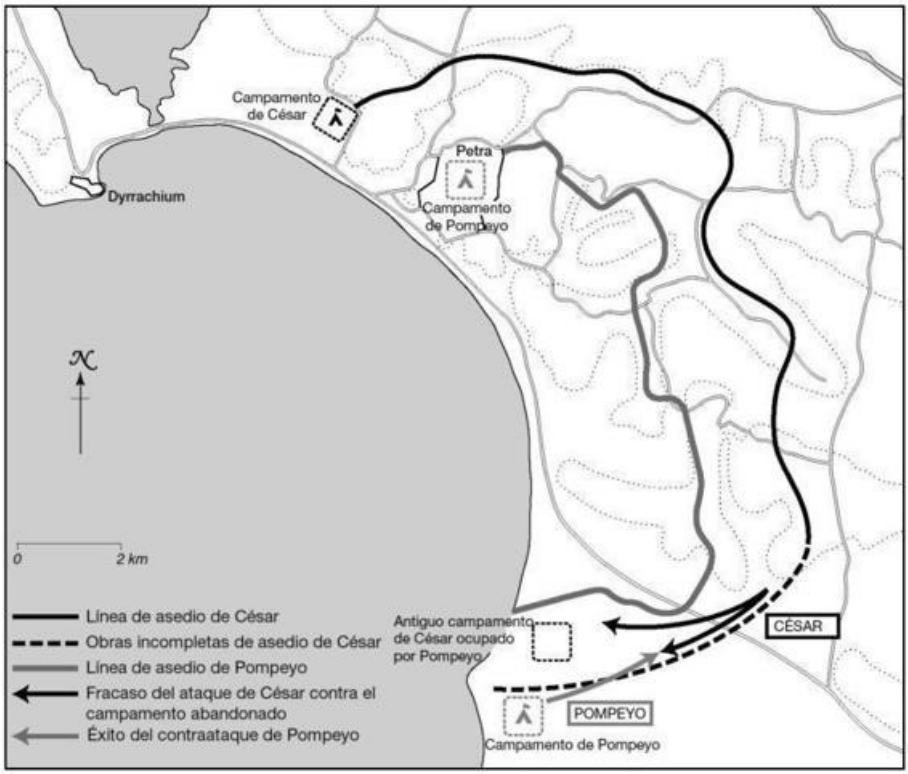
frecuencia los hombres tenían que contentarse con cebada, que solía reservarse para alimentar a los animales, en vez de trigo. Ni siquiera la cebada se podía encontrar siempre y a veces se veían obligados a arreglarse con la raíz de una planta denominada charax, que podía mezclarse con leche y cocerse para hacer una especie de pan. Cuando Pompeyo vio alguna de estas hogazas, su compungido comentario fue que estaban peleando contra bestias en vez de contra hombres. Los soldados de César podían acceder con facilidad al suministro de agua, pero les ordenó que hicieran presas o desviaran los arroyos que discurrían a través de sus líneas hasta la posición enemiga. Los pompeyanos disponían de abundantes provisiones, ya que llegaban constantes suministros desde el mar, pero empezaron a agotarse sus reservas de agua. Aunque Pompeyo dio orden de cavar nuevos pozos, su estrategia tuvo sólo un éxito parcial. Un elevado número de hombres estaban concentrados en un área muy reducida dentro de las líneas de asedio y, aparte de los soldados y los siervos, había muchos animales. Se dio prioridad en el abastecimiento de pienso y agua a las monturas de la caballería y buena parte de los animales de carga y de tiro empezaron a morir o fueron sacrificados. En los abarrotados campamentos se propagó la enfermedad -tal vez el tifus, aunque las descripciones de nuestras fuentes son vagas-.Ambos bandos sufrían, puesto que se trataba de un asedio realizado a una enorme escala, pero ahora que estaban inmersos en el enfrentamiento, ninguno de los dos comandantes quería echarse atrás, y los problemas del adversario no hacían sino animarlos a persistir. César sentía que sus soldados compartían su propia confianza. En ocasiones, lanzaban hogazas de charax hacia las líneas

enemigas para provocarles con este signo de su determinación.A medida que avanzaban las semanas y las cosechas empezaban a madurar en los campos, su decisión se fortaleció con la perspectiva de obtener grano en abundancia. De todos modos, César afirma que se había oído a algunos de sus centinelas decir que comerían la corteza de los árboles antes que dejar escapar a Pompeyo.14

Prosiguió la construcción de líneas fortificadas, pues César seguía esperando finalizar el cerco con el fin de forzar a Pompeyo a escapar por mar, a atravesar las líneas de César o a ver cómo se mermaba su ejército. Las escaramuzas y los asaltos continuaron. Los arqueros y los honderos pompeyanos comenzaron a arrojar sus proyectiles hacia las fogatas que se veían en las líneas cesarianas. En respuesta, los soldados reposaban o dormían lejos de las llamas, prefiriendo estar ocultos y fríos antes que arriesgarse al calor de las hogueras. Entonces Pompeyo lanzó una serie de ataques importantes contra diversas partes de las fortificaciones enemigas, comprobando su resistencia y buscando puntos débiles. Un intento de capturar una colina clave fue repelido cuando Publio Cornelio Sila -el sobrino del dictador, porque su hijo Fausto Sila estaba con los pompeyanos- apareció con dos legiones para respaldar el fuerte amenazado. Los pompeyanos fueron arrollados, pero Sila decidió no contraatacar y aprovechar la situación. César aprobó su precaución, que consideraba apropiada en un legado, dado que ese tipo de resoluciones eran prerrogativa del comandante en jefe. Los Comentarios refieren con orgullo la valentía de los legionarios de César. En un sector, tres cohortes de la novena rechazaron a toda una legión apoyada por grandes cantidades de arqueros

y honderos aliados.Tras una jornada de dura lucha prácticamente todos los defensores estaban heridos, aunque es evidente que muchos de ellos seguían estando dispuestos y en condiciones de combatir. La mayoría de las lesiones las infligieron los proyectiles: se dice que se recogieron treinta mil flechas dentro del fuerte una vez que los últimos ataques habían sido repelidos. Cuatro de los seis centuriones de una cohorte fueron alcanzados en el rostro y perdieron un ojo. El escudo de un centurión, denominado Sceva, había sido golpeado por no menos de ciento veinte proyectiles. Otras fuentes nos dicen que era uno de los hombres que resultaron heridos en el ojo, pero que, a pesar de esa herida y de otras laceraciones en el muslo y el hombro, siguió luchando. En un momento dado fingió estar dispuesto a rendirse para entonces, cuando el enemigo se precipitó hacia delante, matar a uno y cercenarle el brazo a otro.A continuación, Sceva y sus hombres defendieron su posición con un ánimo tan desafiante que intimidó a los pompeyanos y nadie se atrevió a avanzar contra ellos. Es posible que Sceva sirviera junto a César durante muchos años, y que estuviera con él durante su periodo como propretor en Hispania, así como en los años transcurridos en la Galia. Su comandante recompensó a toda la cohorte con generosidad, doblando su paga, concediendo condecoraciones a muchos de ellos, proporcionándoles nuevas ropas y -en aquel momento puede que fuera lo más apreciado, aunque nunca debemos dudar de la importancia que tenía el orgullo para los buenos soldados- una ración extra de grano. Sceva fue ascendido a primas pilas, el centurión de rango superior de la legión, y recibió una recompensa de doscientos mil sestercios. No fue este su último servicio a César, y en

años posteriores parece que llegó a ser un équite y, durante un tiempo, dirigió una caballería auxiliar que tomó su propio nombre: el ala Scaevae.15



Las fronteras de Dyrrachium.

Los ataques habían sido rechazados, pero a César le costaba mantener una línea más larga que la del enemigo. Los Comentarios sostienen que los pompeyanos sufrieron unas dos mil bajas, incluyendo varios centuriones, uno de los cuales era el hijo de un antiguo pretor. Por el contrario, César perdió sólo veinte soldados, aunque llega a insinuar que la cifra de heridos era sustancial. No se puede saber cuánto tardarían Sceva y muchos de sus hombres en poder volver a desempeñar su función. Tras este brote de luchas, los pompeyanos pasaron

varios días esforzándose en reforzar las partes vulnerables de la línea de fortificación y elevaron la empalizada a una altura de casi cinco metros. César respondió lanzando a su ejército al ataque todas las mañanas y desplegándolo en una línea que se mantenía justo fuera del alcance de las fortificaciones enemigas. Pompeyo creía que no contraatacar menoscabaría su propio prestigio y la confianza de sus tropas, pero formó sus legiones con la línea de retaguardia de las cohortes de la triplex acies en una posición muy próxima a su empalizada. No deseaba combatir, porque creía que era mejor hacer pasar hambre al enemigo hasta que se sometiera. Los veteranos de César tenían más posibilidades de vencer en una batalla que sus inexperimentados legionarios, sobre todo en el agreste terreno que se extendía entre las líneas, donde habría resultado dificil sacar provecho de la superioridad de su caballería. César se negó a dar orden de atacar. La pendiente favorecía a los pompeyanos, que dispondrían del beneficio adicional del apoyo de los proyectiles lanzados desde la empalizada que tenían a su espalda. César se conformó con saber que sus soldados tomarían esa decisión como una renuencia por parte de los pompeyanos a medirse con ellos en una situación de desigualdad. Por el momento, César parecía haber perdido las esperanzas de lograr un acuerdo si negociaba con Pompeyo, pero realizó una aproximación indirecta enviando un mensajero con una carta personal a Metelo Escipión, que había llegado a Macedonia desde Siria con las legiones. Entretanto, para acentuar la presión sobre Pompeyo, los legionarios de César extendieron sus fortificaciones para bloquear los dos accesos hacia la misma Dyrrachium. Pompeyo había mandado una fuerza de

caballería por mar para que desembarcara cerca de la ciudad. Más o menos en esos días, se cree que había tratado de capturar la ciudad con un ataque sorpresa por la noche, posiblemente después de que un traidor se hubiera ofrecido a dejar entrar a sus hombres. El intento fracasó, pero las fortificaciones adicionales dificultaron aún más a los jinetes de Pompeyo la labor de hallar suficiente forraje y, unos días después, regresaron por barco a su posición principal dentro de sus propias fortificaciones. Para entonces, los caballos eran alimentados básicamente con hojas y juncos, porque no se podía transportar bastante alimento en las embarcaciones desde Corcyra o incluso desde lugares más distantes.16

Pompeyo se percató de que su propio ejército estaba sufriendo mucho, tal vez incluso más que el enemigo, y decidió que necesitaba retomar la iniciativa de nuevo. La oportunidad llegó cuando desertaron dos nobles galos, los hermanos Rucilo y Eco. Eran los hijos de uno de los principales jefes de los alóbroges de la Galia Transalpina y habían servido con César durante muchos años, como líderes de un contingente de caballería tribal, con cierta distinción. Como era característico en él, recompensó bien su lealtad, convirtiéndolos en senadores, probablemente dentro de su propia tribu, aunque algunos han preferido aceptar la lectura más natural de este pasaje y sugerir que, en realidad, los había inscrito en el Senado de Roma. Es más que probable que los hombres fueran ciudadanos. No obstante, en una época más reciente, los hermanos habían empezado a malversar gran parte de la paga de sus soldados y a enviar información falsa sobre el número de guerreros de los que disponían para demandar dinero y raciones extra. Al final sus propias tropas

se dirigieron a César para quejarse, que no adoptó ninguna decisión formal por el momento, pero habló en privado con ellos y les advirtió de que debían abandonar esas prácticas corruptas. Los hermanos se dieron cuenta de que habían perdido el favor de su jefe y, al temer un castigo en el futuro, pronto empezaron a planear su huida. Pidieron prestadas importantes sumas de dinero -se rumoreaba que deseaban recompensar a sus hombres- y comenzaron a comprar caballos. Abandonaron un plan para asesinar al comandante en jefe de la caballería de César porque era impracticable, así que Rucilo y Eco simplemente salieron cabalgando hacia las líneas enemigas. Con ellos se marcharon los guerreros de su casa, cuyos juramentos de lealtad garantizaban que siempre siguieran a sus jefes. Pompeyo se regocijó ante esta traición, porque hasta ese momento nadie había desertado del ejército de César durante toda la campaña. Les hizo desfilar delante de sus líneas para presentárselos a las tropas como signo de que el ejército enemigo se estaba debilitando si dos hombres distinguidos elegían abandonarlo. Pero resultaba más útil todavía el hecho de que los hermanos ocuparan posiciones de rango superior, porque estaban familiarizados con las líneas de fortificación de César y la rutina de su ejército."

Provisto de esa información, Pompeyo preparó un ataque importante cuya intención era atravesar las líneas de César y acabar con el bloqueo. Durante el día, sus legionarios hicieron coberturas de mimbre para sus cascos que no sólo reducían la posibilidad de que el bronce destellara y revelara su posición cuando le diera la luz, sino que también aumentaban la protección, amortiguando en parte la fuerza de un proyectil. Eso era especialmente importante en el caso de las piedras

arrojadas con las hondas o con la mano, que podían provocar una conmoción sin necesidad de atravesar el casco. El punto elegido para el asalto fue el sector más al sur de las líneas cesarianas, donde estaban más cerca del mar. Sabiendo que esa zona era vulnerable, había ordenado la construcción de una línea adicional detrás de la primera, pero las obras destinadas a elevar un muro en perpendicular para unir las dos líneas todavía no habían finalizado. Los arqueros y la infantería ligera, junto con el equipo para rellenar la zanja del enemigo y escalar el muro, fueron enviados hacia allá en barcas.A medianoche, el mismo Pompeyo acaudilló a la fuerza principal de sesenta cohortes. El ataque comenzó justo antes del alba y se lanzó con fuerza sobre la novena legión, que estaba a cargo de ese sector. Las coberturas de los cascos de los pompeyanos resultaron muy efectivas contra las piedras que les arrojaban, mientras que el hueco en las inconclusas fortificaciones les permitió flanquear el obstáculo e infiltrarse con presteza. Las dos cohortes cesarianas fueron expulsadas y otras unidades enviadas para respaldarlos no lograron mejorar el escenario y, al poco, ellos mismos tuvieron que darse a la fuga. Todos excepto uno de los centuriones de la primera cohorte de la legión perdieron la vida y el portador del estandarte del águila logró salvarlo lanzándolo por encima de la empalizada del fuerte más cercano. Hasta que Marco Antonio llegó con doce cohortes la situación no empezó a estabilizarse. Los mensajes -muchos transmitidos mediante un sistema de señales de humo que habían ideado para permitir la comunicación entre los distintos fuertes de la línea- llamaron a más reservas, que esta vez aparecieron acompañadas por el propio César. Lograron conservar el

fuerte, pero los pompeyanos controlaban las posiciones más próximas al mar y estaban levantando un campamento allí. Habían abierto una brecha en las líneas de César y ahora podrían buscar alimento con más libertad en un área más

César construyó un nuevo campamento para un ejército más grande frente al que habían levantado los hombres de Pompeyo. En esta área había otro fuerte a unos ochocientos metros del campamento principal de Pompeyo. Lo habían construido originalmente los legionarios de la novena, pero después lo abandonaron porque se cambió la disposición de las fortificaciones de ese sector. Más adelante, el lugar había sido ocupado y modificado por las tropas enemigas, pero estas también se retiraron algunos días más tarde. En aquel momento, los exploradores de César informaron de que una fuerza pompeyana, de un tamaño aproximado a una legión, estaba avanzando hacia esa posición. Más adelante, las patrullas confirmaron que el antiguo fuerte ahora albergaba una legión. César consideró que su oponente había dejado esta unidad expuesta e intuyó que se le presentaba una oportunidad para obtener una victoria local que ayudaría a compensar el reciente éxito del adversario. Dejó a dos cohortes guardando sus propias líneas y dirigió al resto de las tropas disponibles -unas treinta y tres cohortes, aunque entre ellas se contaba la novena, que todavía estaba recuperándose y había perdido muchos centuriones- en una marcha que les llevó al fuerte por una ruta alternativa. El engaño funcionó y Pompeyo no fue consciente de la amenaza hasta después de que los hombres de César ya hubieran iniciado el ataque. Tras una dura lucha, los legionarios tomaron el fuerte al asalto, abriéndose camino a machetazos por la barrera de estacas que

bloqueaba su entrada principal. Sin embargo, en ese momento las cosas empezaron a ir mal. A pesar de que los hombres de César se hallaban detrás del muro exterior del fuerte, había otro pequeño recinto dentro de este y la guarnición logró mantenerse unida dentro de esa protección. Entretanto, las cohortes del ala derecha, que no co nocían este tramo de la línea, se perdieron siguiendo una rampa que los distanciaba de su objetivo y que confundieron por uno de los muros del fuerte. Aunque desconcertados al no haber encontrado una entrada, las unidades siguieron adelante y fueron seguidos por los jinetes de César. Para entonces Pompeyo había reaccionado, lanzando un contraataque inmediato con las cinco legiones que estaban trabajando para reforzar su nuevo campamento, y verlos avecinarse inspiró a los supervivientes de la guarnición un renovado entusiasmo. Un amplio cuerpo de caballería pompeyana se dirigió asimismo hacia el ala derecha de César, y sus jinetes se disolvieron presa del pánico, temiendo que la línea de retirada hacia sus propias líneas fuera bloqueada. La situación era confusa, el pánico se contagió con celeridad. El ala derecha fue la primera en caer, pero cuando los hombres lo vieron, el resto de la fuerza atacante también comenzó a escapar. Algunos soldados quedaron atrapados en las zanjas que rodeaban el campamento cuando las cohortes salieron en desbandada y cada hombre trataba de abrirse paso a la vez entre el tropel de sus camaradas. Los Comentarios lo describen con detalle: «Por doquier había confusión, pánico y derrota, de modo que, a pesar de que César cogía con sus propias manos los estandartes de los que huían y daba la orden de resistir, unos abandonaban sus caballos para continuar la huida; otros, en su espanto, abandonaban incluso

sus estandartes, y no se detenía ni un solo hombre». Esta vez César fue incapaz de estabilizar la línea como había hecho en el Sambre y en tantas otras ocasiones. Los relatos de otras fuentes narran el incidente con tintes aún menos heroicos, sosteniendo que uno de los hombres que huían llegó a clavar la punta de su lanza en el extremo del estandarte de César. El comandante se salvó únicamente gracias a que uno de sus guardaespaldas se adelantó y cercenó el brazo del legionario con su espada.19

El ataque había terminado en un costoso fracaso: César había perdido 960 soldados, 32 tribunos y centuriones, y otros oficiales de rango superior. Los pompeyanos capturaron 32 estandartes como símbolos de su éxito, junto con varios prisioneros. No obstante, Pompeyo se contentó con repeler el ataque y no intentó asaltar las líneas cesarianas. La mayoría de sus hombres consideraron que era un error, porque se sentían eufóricos en un momento en que sus adversarios se encontraban muy desmoralizados. El propio César declaró: «Hoy la victoria habría estado en ma nos de los enemigos, si hubieran tenido a quien supiera vencer». Tras la batalla, Labieno solicitó que le dejaran encargarse de los legionarios apresados a los que, burlón, llamó «camaradas», para a continuación mandar que los ejecutaran a la vista de las líneas enemigas.Al día siguiente, César hizo que sus soldados formaran y les habló, tal como había hecho después de Gergovia. Les recordó esa antigua derrota y cómo a esta le había seguido su gran victoria. Les animó haciendo hincapié en su gran logro, haber mantenido encerrado a un enemigo con más efectivos durante tanto tiempo, y les urgió a compensar el fracaso del día anterior luchando con energías

redobladas en el siguiente encuentro. Sus reprimendas fueron leves, como sus castigos, conformándose con degradar a varios de los portaestandartes. Los soldados recibieron su llamamiento con entusiasmo y algunos de sus oficiales incluso le instaron a entablar batalla. César estaba menos seguro que sus hombres de que se hubieran recuperado de la derrota y es posible que se hubiera dado cuenta de que no había razón por la cual Pompeyo debiera aceptar su desafio. Era evidente que el intento de bloquear a los pompeyanos se había malogrado. El enemigo había capturado uno de los extremos de sus líneas de fortificaciones y él no contaba con los recursos para construir otra línea, más larga, para encerrarlos de nuevo. El ejército de Pompeyo podía complementar los suministros traídos por mar con las provisiones que recolectaba localmente. César sabía que su propósito se había frustrado, pero, como le había dicho a sus hombres, estaba resuelto a asegurarse de que la campaña finalizara en victoria. Decidió retirarse, alejarse de la costa donde al enemigo le resultaba tan fácil abastecerse. Durante la noche, envió una legión para escoltar los carros de bagaje y un nutrido grupo de heridos a Apolonia. Una hora o dos antes del amanecer partió con el resto de sus tropas, dejando atrás sólo a dos legiones, que formaron la retaguardia y permanecieron en las líneas. Estos soldados tocaron con la trompeta el toque habitual para despertar al ejército para comenzar un nuevo día. Los pompeyanos fueron engañados y la retaguardia logró salir y reunirse con la fuerza principal. Pompeyo envió a la caballería en su pos, pero los jinetes de César, superiores en número, con el apoyo de cuatrocientos legionarios que marchaban junto a ellos en orden de batalla, la rechazó. Tras unas cuantas

escaramuzas, los dos ejércitos se separaron, porque Pompeyo eligió no seguir a César de inmediato.20

FARSALIA, 9 DE AGOSTO DE 48 A.C.

Alejándose del enemigo, las tropas de César fueron adentrándose en regiones que hasta entonces no habían recorrido las partidas recolectoras de ninguno de los dos ejércitos.Ya era verano y las nuevas cosechas de grano habían madurado lo suficiente para que los hambrientos soldados pudieran recogerlas. Además, varios de sus destacamentos se unieron a César, ayudándole a reemplazar algunas de sus pérdidas. Sin embargo, cuando se propagaron las noticias de la derrota de Dyrrachium, algunas comunidades decidieron que sería una equivocación apoyar a un líder que parecía que iba a perder la guerra. En Gomphi los magistrados de la ciudad cerraron las puertas y rehusaron admitir a sus hombres. César se negó a tolerar esta provocación. Su ejército entró en la ciudad al asalto, fue saqueada y los soldados, ebrios, mataron, violaron y desvalijaron a voluntad. Los magistrados se suicidaron. Cuando el ejército se marchó al día siguiente, algunas fuentes alegan que su progreso era más el de un grupo de borrachos que una marcha disciplinada. Curiosamente, también sostuvieron que la orgía mejoró de forma extraordinaria la salud de muchos de los hombres que habían sufrido durante la escasez de víveres y el duro trabajo que tuvieron que realizar en las líneas a las afueras de Dyrrachium. Era la primera vez desde el principio de la guerra civil que César había permitido a sus soldados maltratar a la población de una ciudad capturada y fue una clara exhibición de crueldad. El miedo a sufrir la misma suerte de Gomphi garantizó que otras ciudades y pueblos de

la región dieran la bienvenida al ejército de César."

Sin duda, Dyrrachium supuso una victoria para los pompeyanos y un ánimo eufórico se extendió por todo el campamento, porque esta era la primera vez desde el comienzo de la guerra civil que César había sufrido un revés. Los que más confianza tenían eran los oficiales superiores, que ahora sentían que sólo era necesario actuar con determinación para acabar la guerra. Afranio exhortó a Pompeyo a utilizar su poderío naval para transportar las tropas de vuelta a Italia, para poder reconquistar Roma y quitarle de la cabeza a César cualquier pretensión que pudiera albergar de ser él quien representaba a la verdadera República. Otros, en especial hombres como Domicio Ahenobarbo, argumentaron que César estaba ahora a su merced y debería forzarle a combatir y aniquilarle tan pronto como fuera posible. Pompeyo conservó la cautela, pues seguía teniendo un gran respeto por la capacidad militar de los veteranos de César. Siempre había planeado retornar a Italia en algún momento, pero con César todavía libre, le inquietaba que pudiera parecer que le había obligado a escapar por mar. Lo que era incluso más importante, eso dejaría a su suegro Escipión, que no había alcanzado todavía a la fuerza principal con sus legiones sirias, a merced del ejército de César, más numeroso que el de Escipión. Pompeyo prefería quedarse en Grecia, pero seguía creyendo que entablar batalla era a la vez insensato y, al menos por el momento, innecesario. Mejor seguir de cerca al enemigo y agotar su resistencia despojándole de víveres.

Esta precaución no era popular entre sus aliados más distinguidos. Ahenobarbo empezó a llamarle Agamenón -el

rey de Micenas que había liderado a los griegos en la lucha de diez años en Troya- o «rey de reyes» y a acusarle de prolongar la guerra para mantener su propia supremacía. Si Cicerón, que sentía un profundo afecto hacia Pompeyo, habló abiertamente de que la guerra civil era una cuestión de si sería Pompeyo o César quien alcanzara poder supremo, entonces, no es de extrañar que los demás sospecharan aún más de sus motivos. Ahora que se aguardaba con impaciencia la victoria inminente, muchos hombres estaban buscando asegurarse de que una buena parte del botín era para ellos. Algunos enviaron agentes a Roma para comprar una casa más grandiosa y más cerca del foro, en especial una que era propiedad de uno de los partidarios de César. Domicio Ahenobarbo, Metelo Escipión y Léntulo Spinter ya estaban disputándose quién sucedería a César como Pontifex Maximus. Muchos de los más distinguidos pompeyanos se habían beneficiado de la victoria de Sila unas décadas atrás y ahora confiaban en escapar de sus deudas y abrirse paso hasta la primera línea de la vida pública. Cicerón opinó que el ambiente que reinaba en el campamento era nauseabundo y, más adelante, hizo un mordaz juego de palabras respecto a Catón y el nombre que sus asociados se daban a sí mismos -los «hombres buenos» o boni- afirmando que no había «nada bueno en ellos, aparte de su causa». No hay duda de que eximía al propio Catón de ese juicio, pero, en cualquier caso, este no estaba con el ejército, puesto que había quedado al mando de la guarnición que protegía Dyrrachium. Circulaban maliciosas habladurías que sostenían que Pompeyo le había encargado a Catón esa tarea para que no pudiera influir en los acontecimientos cuando César fuera derrotado. Había

muchas luchas intestinas entre los diversos líderes, así como sospechas acerca de Pompeyo.Afranio fue acusado de traicionar al ejército durante la campaña hispana. Otros discutían sobre a quién debería permitírsele presentarse a las elecciones al año siguiente.A Domicio Ahenobarbo le preocupaba más castigar no sólo a los seguidores de César, sino también a los que habían permanecido neutrales en Italia. Pompeyo nunca disfrutó de la misma autoridad incuestionada con la que César dirigía su propio esfuerzo bélico. En los días posteriores a Dyrrachium, el humor entre los oficiales superiores en el campamento pompeyano pasó a ser una volátil mezcla de exceso de confianza y orgullo, codicia y ambición, envidias y sospechas mutuas. Se incrementó la presión ejercida sobre Pompeyo para que provocara un encuentro final con el enemigo. Nunca había sabido enfrentarse a la hostilidad y, como a los demás partícipes de la guerra, le inquietaba su propia posición cuando se restableciera la paz. Desde su tercer consulado se había aproximado más a la élite establecida del senado y ahora tenía que cuidarse de no perder el respaldo de estos hombres. A partir de Dyrrachium, Pompeyo se mostró menos decidido y más dispuesto a dejarse influir por el consejo de otros. Comenzó a depositar demasiada confianza en sus legiones y Cicerón afirmó que, tras ese triunfo, Pompeyo, ya no era un general, sino que «fue muy bisoño emperador».”

Pompeyo esperó a que llegara Escipión antes de avanzar hacia Tesalia para enfrentarse al enemigo. Era principios de agosto y durante varios días los dos ejércitos hicieron maniobras el uno frente al otro a la manera habitual de la guerra de aquella época. César consideró que la salud y el

espíritu de sus hombres, tan precarios tras la retirada, habían mejorado lo suficiente y les hizo formar para plantar batalla. Pompeyo declinó la oferta, lo que demuestra que no le habían presionado hasta el punto de aceptar luchar fueran cuales fueran las circunstancias. Seguía siendo suficientemente general para aguardar una oportunidad mejor en un terreno más favorable. La caballería de los dos ejércitos se midió en distintas escaramuzas y, una vez más, los jinetes de César, superiores en número, resultaron vencedores con la ayuda de una selección de soldados de infantería que les proporcionaba un estrecho apoyo. Los pompeyanos estaban acampados en una colina y Pompeyo les ordenó desplegarse en la pendiente que había delante, invitando a César a atacar en posición de desventaja. La situación del suministro había mejorado mucho, pero César seguía reacio a mantener a sus tropas en una localización demasiado tiempo a menos que hubiera una buena razón para quedarse. Este pulso se prolongó varios días hasta que, en la mañana del 9 de agosto, dio la orden de levantar el campamento y alejarse, esperando encontrar una ocasión mejor para batallar en otro lugar. Cuando ya estaban en marcha, le sorprendió observar que el ejército de Pompeyo avanzaba, descendiendo la pendiente hacia la llanura abierta. Aunque parte de su propia columna ya había formado para emprender la marcha, César ordenó que se detuvieran y declaró: «Nosotros debemos ahora diferir la marcha y pensar en el combate, como siempre lo hemos deseado. Estamos preparados para combatir; no hallaremos después fácilmente una ocasión como esta». Los legionarios depositaron sus fardos y avanzaron con sólo sus armaduras y sus armas. Estaba a punto de producirse la mayor batalla de la guerra,

librada por ejércitos comandados por los generales más capaces de aquellos tiempos e, inevitablemente, las fuentes relataron los augurios que prefiguraron este drástico giro de la fortuna. Apiano nos cuenta que César pasó la noche realizando sacrificios a Marte y a su antepasada Venus y prometió erigir un templo en Roma para la diosa si vencía.

Como es su costumbre, su propia narración no menciona esas cuestiones y aborda materias más prácticas, aunque, como sucede asimismo con frecuencia, no hay suficientes detalles para que podamos localizar el campo de batalla con absoluta certeza.`

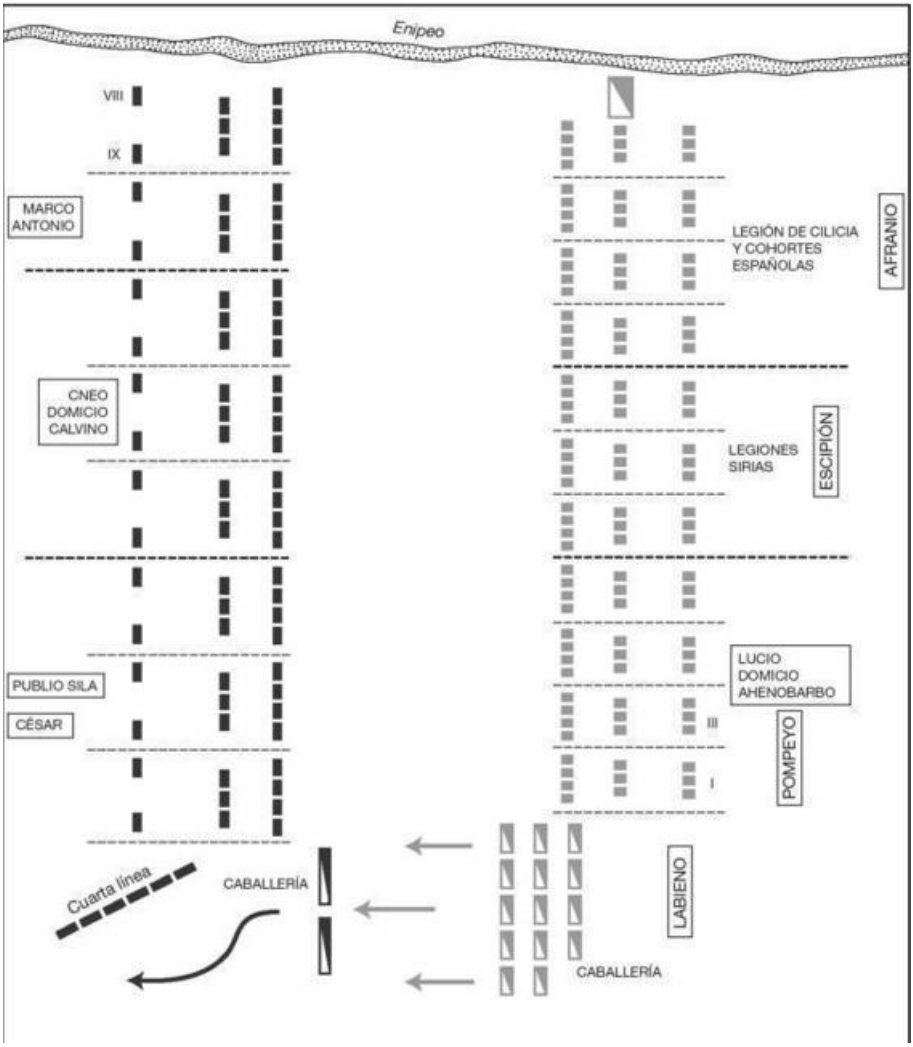
La llanura de Farsalia era amplia y despejada, cerrada por un lado por el río Enipeo. Pompeyo desplegó su ejército, situando a su flanco derecho sobre el río. Una pequeña fuerza de seiscientos jinetes constituían este flanco, probablemente con el respaldo de algunos efectivos de infantería ligera y tropas aliadas. Junto a ellos estaba la fuerza principal, once legiones desplegadas en la acostumbrada triplex acies. Las mejores legiones fueron divididas entre los flancos y el centro: la primera y la tercera, las dos que una vez habían luchado con César, defendían ahora la izquierda de la línea. Cada cohorte se organizó en una formación de diez filas de profundidad, mucho más apretada de lo habitual. Este tipo de formaciones hacía más dificil que los hombres de la fila frontal se dieran a la fuga, es decir, ayudaba a los soldados advenedizos de la línea de batalla a soportar el estrés del combate. La principal desventaja era que sólo una pequeña proporción de los soldados podía pelear en ese tipo de formación, y a los hombres de las últimas filas les habría costado incluso lanzar sus pila con efectividad. En total, Pompeyo contaba con 110

cohortes, que sumaban unos 45.000 legionarios según los Comentarios, aunque algunas fuentes reducen las cifras en varios miles. El ala derecha estaba bajo el mando de Afranio (o Léntulo en la versión de Apiano), mientras que Metelo Escipión comandaba el ala central y Domicio Ahenobarbo el ala izquierda. Las legiones recibieron órdenes de defender su posición más que avanzar hacia el enemigo: su misión en la batalla era básicamente inmovilizar y mantener ocupada a la infantería. Pompeyo confiaba en ganar la batalla con sus jinetes, de los cuales unos 6.400 se habían agrupado en el flanco izquierdo bajo el mando directo de Labieno. Los respaldaban miles de soldados de infantería ligera, pero era la caballería la que se esperaba que arrollara a los jinetes de César, a quienes superaban en número, para, a continuación, atacar el flanco y la retaguardia de sus legiones. Era un plan sencillo, pero razonable, porque explotaba la ventaja numérica y, en especial, la enorme superioridad de su caballería, que tendría espacio para maniobrar en el terreno abierto de la llanura. Su principal defecto era que no preveía qué podría suceder si fallaba el ataque de la caballería. Sin embargo, Pompeyo estaba seguro de que no fracasaría y que sus propias legiones serían capaces de resistir a los hombres de César el tiempo suficiente para permitir que las tropas montadas aplastaran la línea enemiga. Labieno arengó al ejército después de que Pompeyo les hubiera dado ánimos, garantizando a los soldados que ya no quedaba casi ninguno de los curtidos veteranos de las Galias en las filas del ejército cesariano.24

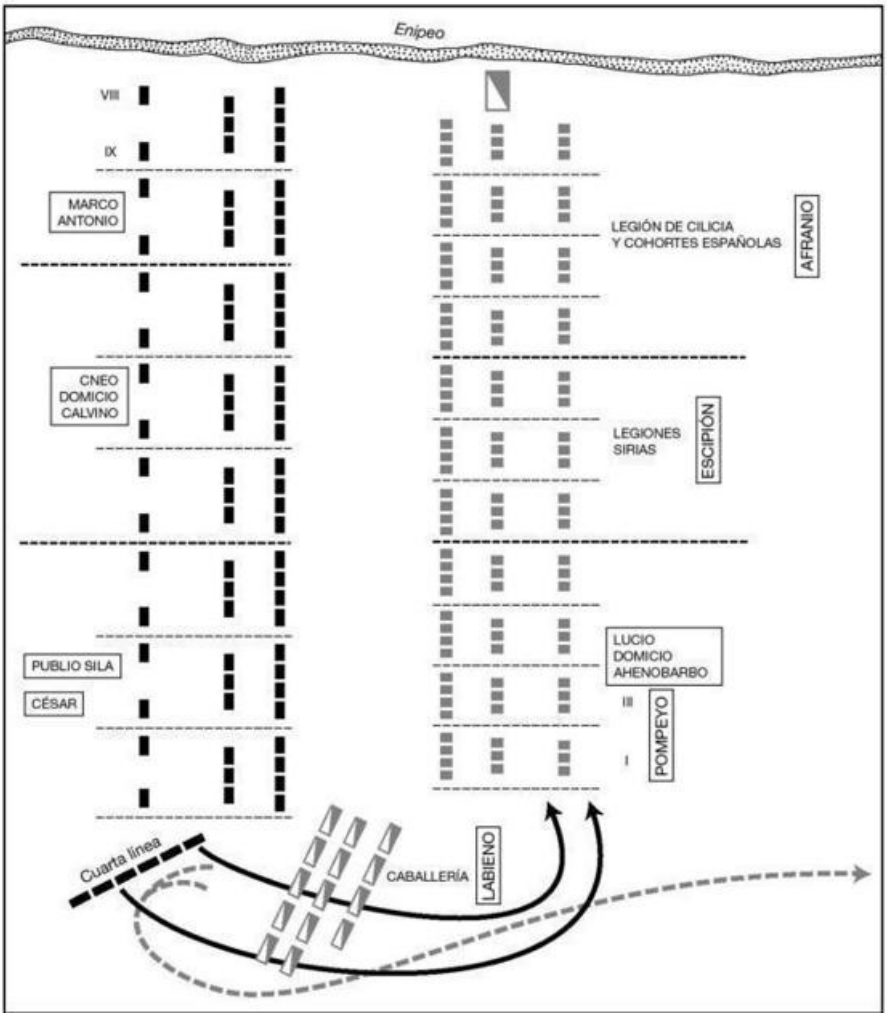
César hizo formar a sus efectivos dejando el río a la izquierda. Contaba con ochenta cohortes, pero, con no más

de veintidós mil hombres, eran mucho menores que las de las legiones pompeyanas. Ambos bandos dejaron algunas fuerzas de guardia en sus campamentos, siete cohortes en el caso de César. Las legiones formaron en tres líneas, igual que las de sus adversarios, pero, necesariamente, las formaciones de las cohortes tenían menos profundidad, tal vez unas cuatro, cinco o seis filas. También como sus adversarios, los flancos fueron encomendados a las mejores unidades. La décima estaba a la derecha de la línea, en el lugar de máximo honor, mientras que la izquierda era defendida por una formación conjunta for mada por la novena, que había sufrido pérdidas especialmente graves en Dyrrachium, y la octava, como respaldo. Marco Antonio recibió la orden de dirigir el ala izquierda, Cneo Domicio Calvino el centro y Publio Sila la derecha. El último encargo era, en cierto modo, nominal, ya que el propio César se estacionó con la décima y permaneció en el ala derecha durante toda la batalla, habiendo previsto con razón que los principales movimientos tácticos tendrían lugar en ese sector. Sólo poseía mil jinetes y, al parecer, los había situado a todos junto a la legión décima para hacer fren te a la inmensa concentración de jinetes enemigos situados a la izquierda del ejército pompeyano. El plan de Pompeyo era obvio, ya que una fuerza tan importante de caballería no actuaría a la defensiva. Para contrarrestarla, César tomó seis cohortes de la tercera línea de su ejército y las trasladó a una posición detrás de su propia ala derecha para formar una corta cuarta línea colocada en un ángulo oblicuo. Al estar oculta de la vista por los soldados situados delante y, sin duda, también escondida por las nubes de polvo levantadas inevitablemente por tantos hombres y caballos mo viéndose por la llanura, los

comandantes enemigos no se percataron de esta reorganización de las tropas.21



Batalla de Farsalia.



Batalla de Farsalia.

Sin duda pasaron horas hasta que los dos ejércitos hubieron adoptado sus posiciones, con las líneas frontales a poco más de un kilómetro la una de la otra. Las batallas siempre han sido caóticas, pero más aún las de una guerra civil, y para reducir la posibilidad de confundir a un amigo con un enemigo y viceversa, cada bando ideó una contraseña. César eligió el nombre de su divina antepasada en la forma que la asociaba con el éxito militar -«Venus, la portadora de

victoria»- mientras que los pompeyanos utilizaron «Hércules el invicto» como su lema. Algunas fuentes posteriores describen un momento de vacilación y repugnancia cuando ambos bandos se enfrentaron a la perspectiva de asesinar a conciudadanos suyos, pero lo más probable es que se trate de una invención romántica. Parece que los dos ejércitos tenían confianza en sus fuerzas. César se sintió alentado por el espíritu que percibió en sus hombres cuando recorrió las líneas a caballo, hablándoles y comprobando que las unidades estaban en el lugar asignado. Él mismo afirma que volvió a relatarles las injusticias que habían cometido contra él y todos los esfuerzos que había hecho para llegar a una solución pacífica. Tras cabalgar a lo largo de toda la línea de batalla, se situó junto a la décima y dio la señal de avance. Cuando se escuchó el clarín de las trompetas, junto a él se encontraba Crastino, un primus pilas retirado de la legión, que exclamó:

> «Seguidme, vosotros que formasteis parte de mi manípulo, y dad a vuestro general la abnegación que le habéis prometido. Sólo queda una batalla: es esta. Una vez que esta haya terminado, recobrará él su honor y nosotros la libertad». Al mismo tiempo, mirando a César, dijo: «Hoy, "imperator", yo haré que me concedas tu agradecimiento, bien sea muerto, bien vivo». Habiendo dicho estas palabras, se lanzó el primero desde el ala derecha y le siguieron voluntarios alrededor de ciento veinte soldados de las fuerzas de choque.26

La infantería cesariana avanzó en orden, caminando a un paso firme y regular para mantener la formación. Cuando estaban más próximos al enemigo, la línea frontal de las cohortes cargó hacia delante preparándose para lanzar sus pila

cuando estuvieran a la distancia efectiva de unos ca torce metros. La táctica normal era permanecer en silencio, excepto por las órdenes y las exhortaciones de ánimo de los centuriones y demás oficiales y sólo lanzar un grito de hurra cuando arrojaran sus pesadas jabalinas y corrieran hacia el enemigo. Esta vez, los pompeyanos se quedaron inmóviles en su posición, sin avanzar a su encuentro. Los centuriones habían calculado el momento para ordenar la carga basándose en la suposición de que sus adversarios también se adelantarían. Ahora, en el último minuto, se daban cuenta de que no lo harían y de que existía el riesgo de lanzar su lluvia de pila demasiado pronto y de haber perdido la formación para cuando alcanzaran al enemigo. En una espeluznante exhibición de diciplina, los veteranos de César se detuvieron, reorganizaron sus filas con calma y, al poco, volvieron a avanzar en el orden apropiado. En el momento justo, aceleraron por segunda vez, arrojaron sus pila, lanzaron un grito y cargaron espada en mano en la línea pompeyana. César consideró que la orden de Pompeyo de que sus tropas permanecieran quietas fue un error, ya que les negaba el entusiasmo de la carga. No obstante, sin duda ayudados por su elevado número y profunda formación, los legionarios enemigos lograron resistir la carga y la agresiva lucha que se entabló en toda la línea.

Pompeyo no necesitaba a sus legionarios para vencer al enemigo, sino únicamente para mantenerlos ocupados y darle a la caballería tiempo para atacar con éxito. Cuando empezó la batalla, Labieno se adelantó con sus hombres contra los jinetes cesarianos cuyo número superaban por una enorme diferencia y estos cedieron terreno, aunque tal vez se retiraron

de forma deliberada para inducir al enemigo a seguir avanzando. Más de seis mil jinetes se habían concentrado en una pequeña área. Eran una mezcolanza de muchas razas distintas, carentes de experiencia y encabezados fundamentalmente por jóvenes aristócratas, entusiastas pero también inexpertos. La caballería de Pompeyo había tenido escasas oportunidades de actuar en conjunto en lo que llevaban de campaña. Tras las penurias vividas en Dyrrachium, el estado de sus caballos sólo podía haber sido malo, lo que significa que posiblemente la carga se llevó a cabo a un ritmo no superior a un trote. Al principio, ese enorme cuerpo de jinetes estaba dividido en varias líneas y había que garantizar que las reservas se mantenían atrás para aprovechar cualquier triunfo o servir de apoyo si era necesario. No obstante, cuando la caballería avanzó e hizo retroceder a los jinetes de César parece que este orden desapareció cuando tanto los hombres como las monturas se dejaron llevar por la emocionante sensación de poder que sentían por la próxima presencia de tantos camaradas. Labieno y sus oficiales perdieron el control, y en vez de mantenerse como un cuerpo ordenado, las huestes degeneraron en una gran masa desordenada. En aquel momento, César dio la orden de ataque a las seis cohortes de su cuarta línea. Los legionarios avanzaron y la infantería atacó a los jinetes de un modo muy poco habitual a lo largo de la historia: sostuvieron sus pila en las manos y los emplearon como lanzas de cuerpo a cuerpo. Los hombres de Labieno habían perdido el orden y el ímpetu. Puede que frenaran porque estaban tratando de recuperar el control antes de lanzarse contra el flanco de la infantería de César. Fuera cual fuera la causa, el resultado fue una huida en

desbandada en la que todo el grupo de jinetes salió en estampida hacia la retaguardia y ya no participó en el resto de la batalla. Los soldados de infantería ligera que los apoyaban escaparon o fueron aniquilados.

César mantuvo su cuarta línea bajo un estricto control. En vez de perseguir al adversario hasta demasiado lejos, dieron media vuelta para golpear al flanco izquierdo de la infantería pompeyana. Todo el resto de la línea frontal, las cohortes de las líneas primera y segunda de César, que solían operar unidas, habían entablado ya un vivo combate. Habían logrado ganar terreno y cuando flanquearon la línea del enemigo progresaron todavía más. En ese momento, César dio la orden de que sus reservas finales, las cohortes de la tercera línea que todavía no habían tomado parte en el combate, avanzaran hacia la línea de batalla. Los pompeyanos cedieron más terreno y, luego, su línea se deshizo y se dio a la fuga. César mantenía algunas tropas a su lado para dirigirse con ellas a asaltar el campamento enemigo. Él y sus oficiales exhortaron a los hombres a perdonar las vidas de sus ciudadanos siempre que fuera posible, pero se dice que también les dijeron que aniquilaran a los auxiliares para poner de manifiesto que su compasión era un favor especial. César sostiene que quince mil soldados enemigos perdieron la vida y veinticuatro mil fueron apresados junto con las águilas de nueve legiones y otros ciento ochenta estandartes diversos. Asinio Polión aporta una cifra inferior de seis mil bajas pompeyanas, que muy posiblemente sea más exacta. Domicio Ahenobarbo fue asesinado en la lucha, pero la mayoría de los pompeyanos importantes escaparon. El hijo de Servilla, Bruto, pronto se unió a los prisioneros, y se dice que César

envió a unos hombres a buscarlo y se regocijó al constatar que todavía estaba vivo. Sus propias bajas habían sido comparativamente escasas considerando la escala de su victoria: doscientos hombres y treinta centuriones (en comparación, el número de víctimas entre los centuriones solía ser más alto que el del resto de soldados y mandos debido al agresivo liderazgo que se esperaba de ellos). Crastino era uno de los fallecidos, murió atravesado por una espada que le entró por la boca y le salió por la nuca, pero antes de morir realizó grandes proezas. Apiano nos cuenta que César le concedió un entierro honorable e incluso le condecoró, un honor insólito, porque los romanos no solían otorgar condecoraciones póstumas. El mismo César relata que a él y a sus hombres les indignaba el fasto del que hacía ostentación el campamento enemigo y la arrogancia que mostraban las tiendas y refugios ya decorados con los símbolos de la victoria. Asinio Polión registró el revelador comentario que hizo César cuando recorrió con la mirada el campo sembrado de rivales: «Ellos lo han querido.A pesar de haber llevado a cabo tantas hazañas, yo, Gayo César, hubiera sido declarado culpable de no haber pedido auxilio del

Aun admitiendo que las fuentes más críticas sean hostiles, la actuación de Pompeyo en Farsalia había dejado mucho que desear y apenas había influido en el curso de la batalla desde su inicio. Poco después del fracaso de la caballería, regresó al campamento. Algo más tarde, cuando se dio cuenta de que su ejército iba a caer, tomó sus insignias de general y se dio a la fuga. Puede que nada habría cambiado si se hubiera quedado junto a sus soldados, pero era un comportamiento muy deshonroso para un comandante romano, que se suponía que

nunca debía darse por vencido y, aunque las cosas fueran mal, tenía que intentar llevarse consigo y salvar gran parte de su ejército en el mejor orden posible. Podía perderse una batalla, pero la misión del general era garantizar que, al final, se ganara la guerra. En Farsalia, Pompeyo perdió la esperanza, tal vez debido a que en la mayor parte de la campaña había deseado evitar librar una batalla pal. No hizo ningún esfuerzo por volver a formar un ejército en Grecia, pero, con sus asesores, pronto pensó en escapar al extranjero. Hubo rumores de que incluso consideró buscar refugio y ayuda con los partos, pero, al final, Pompeyo eligió marcharse a Egipto, donde los hijos del rey Tolomeo se disputaban el trono. Egipto le había suministrado apoyo militar en la reciente campaña y era una región rica, por lo que posiblemente parecía una base apropiada para reconstruir su fortuna. Junto con su esposa Cornelia, algunos oficiales y asistentes, Pompeyo zarpó hacia Alejandría. A su llegada, recibió claros mensajes de bienvenida del joven rey -o más bien sus consejeros, ya que el chico era sólo un adolescente-. Pompeyo subió a una barca enviada desde la orilla, a bordo de la cual había varios egipcios, pero también dos oficiales romanos que habían servido con él años antes y, después, habían formado parte del ejército de Gabinio para finalmente permanecer en Egipto tras la restauración de Tolomeo. A la vista de su esposa y amigos, que aguardaban en la cubierta de la nave, esos oficiales apuñalaron a Pompeyo hasta la muerte. Ese fue el final de Pompeyo Magno, un hombre que había celebrado tres triunfos y había sido cónsul tres veces. Al día siguiente habría cumplido cincuenta y nueve años. Lo decapitaron y guardaron su cabeza para ofrecérsela a César con la esperanza

de granjearse la buena voluntad del vencedor, pero el resto del cuerpo fue abandonado en la playa hasta que uno de sus propios libertos llegó hasta allí y lo enterró.`

XX

CLEOPATRA, EGIPTO Y ORIENTE, OTOÑO DE 48-VERANO DE 47 A.C.

También amó a reinas…; pero a la que más amó fue a Cleopatra. En su compañía acostumbraba a prolongar los banquetes hasta la madrugada, y con ella, en una góndola provista de camarote, hubiera atravesado Egipto hasta llegar a Etiopía si el ejército no se hubiese negado a seguirles.

SUETONIO, finales del siglo I-principios del siglo II d.C.[1]

Cleopatra… era, de hecho, la más bella de las mujeres y entonces, en la flor de la juventud, se distinguía especialmente; tenía una voz encantadora y sabía tratar a cualquiera con agrado. De modo que, siendo tan radiante para la vista y el oído y capaz por ello de subyugar a cualquiera, incluso a un hombre experimentado y ya no muy joven, creyó que podría entrevistarse con César, siguiendo su costumbre, y depositó en la belleza todas sus pretensiones al trono.

DIÓN, principios del siglo III d.C.[2]

Tras su triunfo en Farsalia, César salió en pos de su rival con su habitual vigor y llegó a Alejandría sólo tres días tras el asesinato de Pompeyo. Era importante completar la victoria evitando que el enemigo se reagrupara. La habilidad, reputación y enorme reserva de clientes de Pompeyo seguían haciendo de él el oponente más peligroso, y César había concentrado su atención en dar caza a su antiguo yerno.Viajó a toda velocidad, llevando con él únicamente a una fuerza

reducida. En un momento dado, se encontró con un escuadrón mayor que el suyo de barcos enemigos, pero su confianza era tan grande que exigió su rendición… y la recibió al instante. César hizo un alto de varios días en la costa de Asia, organizando la provincia y obligando a las comunidades, en especial a las que más habían respaldado a los pompeyanos, a proporcionarles el dinero y los víveres que necesitaba para abastecer a sus tropas, que crecían cada vez más. Fue entonces cuando llegaron las noticias de que Pompeyo había partido hacia Egipto y, de inmediato, César reanudó la persecución, llevándose con él a unos cuatro mil soldados y alcanzando Alejandría a principios de octubre. Casi enseguida fue informado de la muerte de Pompeyo y, al poco, unos enviados del joven rey le presentaron su anillo de sello y su cabeza. César lloró cuando vio el anillo y evitó mirar su cabeza. Es muy posible que su disgusto y dolor fueran auténticos, porque, desde el principio, se había enorgullecido de su disposición a la clemencia y a perdonar a sus enemigos. Si Pompeyo los hubiera aceptado o no ya es otro tema, tras haber declarado a principios de ese año que no tenía ninguna intención de seguir viviendo gracias a la «generosidad de César». Un observador cínico podría decir que a César le había resultado muy conveniente poder transferir a unos asesinos extranjeros la culpa por matar a uno de los más grandes héroes de la historia de la República. Sin embargo, en el pasado, parece que realmente sí había existido afecto sincero entre ambos hombres, además de la asociación política.A pesar de que acabaran llegando a considerarse rivales, es extremadamente improbable que, en algún momento, César deseara matar a Pompeyo. Su meta era

obtener el reconocimiento de todo el mundo, incluyendo el del propio Pompeyo, ser reconocido como el igual de Pompeyo; y tal vez, con el tiempo, como su superior. Un Pompeyo muerto era mucho menos satisfactorio.'

No obstante, el asesinato era una clara demostración de que las autoridades locales tenían mucho interés en agradar a los recién llegados, y César decidió desembarcar a sus tropas. Le acompañaban la sexta legión, reducida a menos de mil efectivos por las constantes campañas, y una de las antiguas formaciones de Pompeyo, que había sido rebautizada vigesimoséptima y que contaba con dos mil doscientos legionarios. Como respaldo tenían a unos ochocientos jinetes auxiliares, algunos de los cuales, al menos, eran galos, y otros germanos. Es posible que se tratara de la unidad de escolta que había acompañado a César en las recientes campañas. No era una fuerza especialmente poderosa, pero César no preveía enfrentarse a una oposición en regla. Desembarcó y avanzó hasta uno de los palacios del barrio real de la ciudad, en el que estableció su residencia. Como cónsul, iba precedido de doce lictores que portaban las fasces que simboliza ban su imperium como magistrado romano. La visión de esta comitiva despertó una reacción hostil entre las tropas reales de la ciudad, así como entre muchos de los alejandrinos. Los romanos fueron abucheados y, durante los siguientes días, mientras recorrían solos las calles, varios legionarios fueron atacados y asesinados por turbas violentas. Por casualidad, César había ido a caer en plena guerra civil de los propios egipcios y pronto se encontraría bajo asedio y luchando por su vida, completamente ajeno a los acontecimientos del resto del Mediterráneo. Antes de describir lo que se conoce como la

Guerra de Alejandría, conviene detenerse a considerar la situación de Egipto en la decadencia de la dinastía tolemaica.4

EL EGIPTO TOLEMAICO Y SU REINA

Alejandro Magno le había arrebatado Egipto a los persas en 331 a.C. y fundó Alejandría ese mismo año, una más de las varias ciudades que llevan su nombre, aunque con el paso del tiempo esta llegaría a aventajar a todas las demás. Cuando murió, su inmenso imperio fue desmembrado y destruido por sus generales en su lucha por hacerse con reinos propios. Uno de los generales de más éxito fue Tolomeo, hijo de Lago, que se convirtió en Tolomeo 1 Soter, o «salvador», y tomó la Alejandría de Egipto como su capital, logrando incluso desviar hacia allí el cortejo fúnebre de Alejandro para que el cuerpo del gran conquistador fuera sepultado en la ciudad. La dinastía que fundó Tolomeo gobernaría durante casi tres siglos, y controló un imperio que, en ocasiones, incluía no sólo Egipto, sino también Cirenaica, Palestina, Chipre y parte de Asia Menor. Su extensión varió cuando perdió territorios de la periferia a manos de rebeldes o debido al renacimiento de los grandes reinos sucesorios de la Macedonia de la dinastía Antigónida y el imperio seléucida. El equilibrio de poder entre los tres rivales fluctuó a lo largo de los años, pero hacia los otros dos habían desaparecido. Macedonia fue declarada provincia romana en 146 a.C., mientras que Pompeyo había depuesto al último monarca seléucida en el año 64 a.C. y sometido Siria al dominio romano. Los macedonios y los seléucidas habían decidido enfrentarse a Roma y habían perdido. Por el contrario, los tolomeos formaron una alianza con la República romana aun antes de

que comenzara a ampliar su poder hacia la región. El reino sobrevivió, pero obtuvo escasos beneficios de la expansión romana, lo que, durante el siglo ü a.C., fue un factor que contribuyó a su imparable declive. Igualmente importantes fueron las disputas dinásticas, casi interminables, dentro de la familia real.Tolomeo II había contraído matrimonio con su hermana, lo que inauguró una tradición de esponsales incestuosos -hermano con hermana, sobrino con tía y tío con sobrina- que persistió hasta el final de la dinastía. Ese tipo de uniones, con algunas ocasionales excepciones de matrimonios con princesas extranjeras, normalmente seléucidas, impedían que las familias aristócratas reclamaran el trono. El precio era que el patrón de sucesión era muy confuso. Surgieron fracciones en torno a los distintos miembros de la familia real, todas ellas ansiosas de lograr que sus elegidos se convirtieran en rey o reina y, de ese modo, obtener influencia como sus consejeros. Las guerras civiles eran frecuentes y, con el paso del tiempo, se hizo más y más común que Roma actuara como árbitro, y el reconocimiento formal de los romanos ayudaba en buena medida a legitimizar el gobierno del rey. La independencia del reino fue menguando poco a poco.

Egipto seguía siendo muy rica, en parte, gracias al comercio -Alejandría era uno de los principales puertos del mundo antiguo-, pero su riqueza se basaba sobre todo en la agricultura. Todos los años, el Nilo se desbordaba (y continuó haciéndolo hasta la construcción de la presa de Asuán). Cuando el agua se retiraba, los granjeros podían sembrar sus semillas en los campos, cuyas tierras eran muy fértiles gracias a la humedad. La escala de la inundación anual variaba y, como en el libro del Génesis, podía haber años de hambruna,

así como años de abundancia, pero, en general, la cosecha producía un sustancial superávit. Muchos siglos antes, la inigualable fertilidad del valle del Nilo había permitido a la civilización del Antiguo Egipto florecer y crear sus fabulosos monumentos. En tiempos más recientes, había hecho que la región fuera considerada una atractiva conquista para los persas y, después de ellos, a los macedonios. El poder de los tolomeos siempre se basó con firmeza en Egipto. A través de un sofisticado aparato burocrático, en gran parte heredado de periodos anteriores, lograron explotar esa productividad. Un componente importante dentro del sistema eran los templos, muchos de los cuales preservaron el culto y los ritos de la antigua religión egipcia y recibieron escasa influencia de las ideas helenísticas. Los templos eran grandes latifundios, pero también centros para la industria y la artesanía, y poseían un estatus privilegiado por el cual estaban exentos de la mayoría de los tributos. Los visitantes romanos quedaban asombrados ante la fertilidad y la riqueza del país, tanto como decían sentirse escandalizados por la intriga y la opulencia de la corte real. En el siglo varios romanos ambiciosos consideraron que Egipto ofrecía buenas perspectivas para obtener una inmensa fortuna.'

La carrera del padre de Cleopatra ilustra tanto la inestabilidad de la política egipcia como su cada vez más ostensible dependencia de Roma. Su nombre era Tolomeo XII, hijo ilegítimo de Tolomeo IX y (probablemente) de una de sus concubinas. Su propio padre había ascendido al trono en 116 a.C., cuando su madre lo eligió como cogobernante y marido, pero más tarde había sido rechazado en favor de otro hermano, Tolomeo X, del que se dice que era

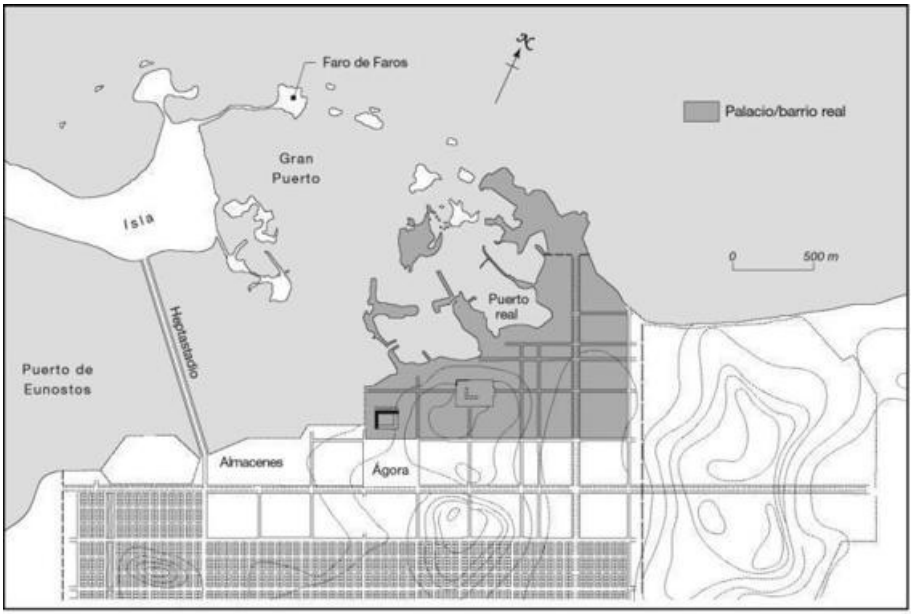
desmesuradamente obeso. Al final regresó para derrocarlos por la fuerza y permaneció en el trono hasta su muerte a finales del año 81 a.C.Tolomeo IX fue sucedido por su sobrino Tolomeo XI, que fue tomado como marido y consorte por su madrastra, a quien rápidamente asesinó para ser, a su vez, asesinado poco después. A continuación, Tolomeo XII fue reconocido rey de Egipto por Sila. Se hizo llamar el «Nuevo Dioniso» (Neos Dionysus), pero en general se le conocía con el sobrenombre menos halagador de Auletes o «el flautista» (hay quien opina que el oboísta es una traducción más exacta, pero la otra versión es de uso más común). En el año 75 a.C., los pretendientes rivales al trono habían viajado a Roma para presionar al Senado, pero se marcharon sin haber conseguido nada. No obstante, la riqueza de Egipto seguía siendo una enorme tentación para los romanos codiciosos. Una década más tarde, Craso intentó utilizar su mandato de censor para anexionar Egipto a Roma como provincia, seguramente basándose en el hecho de que Tolomeo X se la legaba a Roma en su testamento, del que se había enviado copia a la ciudad. Como se ha mencionado antes, se cree que César tenía planes similares (véase página 154). Ninguno de los dos logró su objetivo, pero como cónsul en 59 a.C., César sí compartió con Pompeyo el astronómico soborno de seis mil talentos que Tolomeo XII había prometido como pago por su reconocimiento oficial como «amigo y aliado» del pueblo romano. Recaudar esa suma habría de resultarle dificil y es probable que contribuyera al levantamiento que le obligó a huir de Egipto al año si guiente. Se dirigió a Roma con la esperanza de recuperar el poder con su apoyo, y es posible que llevara consigo a su hija de once

años, Cleopatra. La pugna por la misión estuvo muy reñida, porque muchos romanos ambicionaban la oportunidad de hacer campaña en Egipto y las previsibles recompensas de un rey agradecido. En el año 57 a.C. al cónsul Publio Léntulo Spinter -el mismo hombre que más adelante se rendiría ante César en Corfinium- se le encomendó la tarea de restaurar a Tolomeo en el trono, pero sus opositores políticos consiguieron «descubrir» un oráculo que fue interpretado como que no se le debía entregar un ejército para acometer esa tarea.Al final, en el año 55 a.C., Gabinio asumió la responsabilidad de hacerlo, estimulado por la promesa de Auletes de entregarle diez mil talentos. Llegado el momento, no se pudo encontrar el grueso del dinero, y Gabinio regresó a Roma para enfrentarse a un juicio y a una condena, antes de resurgir al unirse a César en 49 a.C.'

Tras la expulsión de Tolomeo XII en el año 58 a.C., su hija Berenice IV había sido nombrada reina, al principio con su hermana mayor, Cleopatra VI, como cogobernante, pero, tras el fallecimiento de esta última, se casó con un hijo de Mitrídates del Ponto y este contacto incrementó más todavía la necesidad de que Roma interviniera. A su retorno, Auletes hizo matar a Berenice, pero la mayoría de sus esfuerzos de reunir el dinero que debía a Gabinio y a otros acreedores romanos fracasaron. Siguió siendo profundamente impopular, pero aún más odio despertaban los romanos que lo habían respaldado y que ahora deseaban explotar el país con absoluto descaro. En particular, Alejandría fue escenario de frecuentes disturbios y ataques contra romanos. En el año 51 a.C.,Auletes finalmente falleció, dejando el trono de manera conjunta a su tercera hija, CleopatraVII, de diecisiete años, y

a Tolomeo XIII, de diez.Ya había mandado una copia de su testamento a Roma para que lo guardaran, una medida que ponía de manifiesto su reconocimiento del poder de la República. Hermano y hermana contrajeron matrimonio como era habitual. Era evidente que Cleopatra tenía ya un carácter enérgico y los decretos emitidos al comienzo de su reinado no hacen mención alguna de Tolomeo. El muchacho no era suficientemente mayor para hacerse valer, pero sus ministros y consejeros, encabezados por el eunuco Potino y el comandante del ejército,Aquilas, pronto comenzaron a oponerse a su hermana mayor. Alejandría llevaba un tiempo inmersa en turbulencias. Una serie de malas cosechas se sumaron al descontento de la población en general: en el año 48 a.C. el Nilo alcanzó el nivel más bajo registrado jamás. En el año 49 a.C., Pompeyo envió a su hijo Cneo a Egipto a obtener apoyo para las fuerzas que estaba reuniendo en Macedonia. Cleopatra le dio la bienvenida -mucho después hubo rumores de que habían tenido una aventura, pero es muy posible que se tratara sólo de habladurías o propaganda- y envió el contingente de soldados que había dejado atrás Gabinio junto con cincuenta naves. Esta docilidad ante los romanos era sensata, dado su poder y la deuda de su padre hacia Pompeyo, pero es posible que fuera impopular. Al controlar gran parte del ejército, y disponer de bastante respaldo entre los alejandrinos, los regentes lograron expulsar a Cleopatra del país. La reina se refugió en Arabia y Palestina, y recibió el apoyo de la ciudad de Ascalón, una de las antiguas ciudades filisteas de la época del Antiguo Testamento que, por lo general, en los pasados siglos había estado bajo control tolemaico. En el verano del año 48 a.C., Cleopatra había

reunido un ejército y regresó para reclamar el trono. Esta fuerza y las tropas leales a su hermano se observaban con recelo desde ambas márgenes del Delta del Nilo cuando Pompeyo, y después César, llegaron a Egipto.'



Alejandría.

Cleopatra es una de las pocas figuras de la Antigüedad cuyo nombre sigue siendo instantáneamente reconocido, pero debe hacerse hincapié en el hecho de que sabemos mucho menos de la primera parte de su vida y de su relación con César de lo que podría suponerse. Tenemos más información sobre los años posteriores y su subsiguiente aventura con Marco Antonio, aunque aun entonces la mayoría de las fuentes que hemos consultado fueron redactadas mucho después de su muerte y están teñidas de la propaganda inspirada por Augusto, contra quien la pareja había combatido y perdido. Sin embargo, la reina ha fascinado a generación tras generación, y a lo largo de los siglos a menudo ha sido

representada en el arte, la literatura, el teatro y, en los últimos tiempos, en el cine y la televisión, y todos han embellecido libremente las antiguas fuentes. Al analizar este periodo histórico, es dificil distanciarse por completo de estas imágenes populares de Cleopatra, pero es útil comenzar hablando sobre aquello que podemos afirmar con certeza. Cuando César llegó a Egipto, Cleopatra tenía casi veintiún años de edad y había sido reina durante casi cuatro años. Era muy inteligente y su formación, de tradición griega, era excelente. Más tarde se le atribuye la redacción de obras de un amplio abanico de temas, desde cosmética y peluquería hasta temas científicos y filosóficos. Cleopatra era una renombrada políglota, que rara vez necesitaba intérprete cuando conversaba con los líderes de los países vecinos. Los tolomeos eran una dinastía macedonia que se habían impuesto por la fuerza en Egipto, pero en el pasado habían considerado oportuno presentarse ante sus súbditos nativos como verdaderos sucesores de los faraones. Cleopatra no era la primera que respaldaba los cultos tradicionales de la tierra, pero, al parecer, mostró un hondo interés en los detalles de las ceremonias. En un momento posterior de su vida, se haría llamar la Nueva Isis, eligiendo una diosa egipcia -aunque su culto se había extendido a gran parte del mundo mediterráneo- en vez de una deidad griega siguiendo el ejemplo de su padre. Plutarco nos cuenta que fue la primera de los tolomeos que sabía hablar egipcio. Todas estas cualidades tenían mucho sentido en el juego político, ya que un monarca consciente de que era probable que su Gobierno fuera recusado necesitaba una base tan amplia como fuera posible, y los templos desempeñaban un vital papel

económico además de espiritual en la vida del país. El Egipto tolemaico se enfrentaba a divisiones internas y al in menso poder de Roma, que no podía ignorarse, pero podía apaciguarse. Ningún gobernante podía estar realmente seguro y en ese contexto es en el que debemos situar la indudable crueldad de Cleopatra. En aquella época, era poco probable que ninguno de los tolomeos pudiera ser otra cosa.8

Algunas de las preguntas que con más frecuencia se formulan sobre Cleopatra son: ¿qué aspecto tenía?, ¿era realmente hermosa? No es probable que lleguemos a ser capaces de responderlas con auténtica certidumbre. En las monedas, su imagen era bastante severa, seguramente porque la intención era proyectar una imagen de poder y autoridad más que un retrato favorecedor de sus rasgos. En algunos casos la corrosión ha subrayado su larga y curvada nariz y la afilada barbilla. Algunas monedas acuñadas en Ascalón muestran una mujer más joven y de rasgos más suavizados. A lo largo de los siglos muchos bustos han sido identificados como Cleopatra, pero pocos son aceptados como tal. Las descripciones de ella al estilo egipcio tradicional, por ejemplo en los relieves del templo, seguían un conjunto diferente de convenciones, pero son igualmente inútiles a la hora de mostrarnos la verdadera apariencia de Cleopatra. Las monedas y los bustos la muestran invariablemente con el pelo recogido en un moño -en un estilo que la convención académica describe de manera bastante poco atractiva como con forma de melón- y con la diadema de una monarca helena. Por lo visto, tenía los pómulos altos y marcados, pero su rasgo más poderoso era su nariz, de puente alto, bastante larga y probablemente ganchuda, o aguileña, como la

describiría un novelista romántico. Dión afirma que era de una belleza extraordinaria. En ocasiones se ha pensado de modo erróneo que esta declaración era contradicha por un párrafo de Plutarco en el que dice que no era tanto su hermosura lo que primero impactaba al que la veía, sino su encanto, su personalidad y el suave tono musical de su voz. El autor griego no negaba su belleza, sino que nos contaba que había muchas otras razones que explicaban el poderoso influjo que ejercía sobre los hombres. Según los proverbios, la hermosura está en el ojo del observador, y las diferentes generaciones han tenido ideales de perfección muy distintos. No es dificil recordar las famosas estrellas de cine que embelesaron a los espectadores y es evidente que poseían un enorme sex-appeal sin ser excepcionalmente guapas. Siempre ha supuesto un reto para los escultores captar la vivacidad y la animación de una persona, y es muy improbable que los retratos de las monedas puedan transmitirlas.

En general, parece razonable decir que Cleopatra era una mujer de enorme atractivo y es probable que lo hubiera sido fuera cual fuera la generación en la que hubiera vivido.A su belleza se sumaba la inteligencia, la sofisticación, la vitalidad y un intenso encanto. Si añadimos a eso el glamour de ser una reina, con su verdadera importancia política, no es dificil comprender cómo cautivó a dos de los más grandes romanos de la época. Se desconoce el color de su cabello y de su tez. En algunos círculos, existe la creencia popular de que era negra, pero no hay la más mínima prueba que la respalde. Los tolomeos eran macedonios, aunque había algún griego entre ellos y, a través de matrimonios con los seléucidas, también había algo de sangre persa en su linaje. No conocemos la

identidad de la abuela de Cleopatra y asimismo existe cierta duda sobre su madre, a pesar de que la mayoría acepta que era hermana carnal de Auletes, lo que habría incrementado aún más la importancia de la abuela. La conjetura que se da por aceptada es que esta última era una concubina, y como tal quizá no fuera de estirpe macedonia, sino tal vez una egipcia o incluso de más lejos. Por tanto, no es del todo imposible que hubiera también sangre africana en Cleopatra, pero no hay verdaderas pruebas que lo respalden. Igualmente, no se puede descartar por completo que fuera rubia, ya que algunos macedonios tenían cabello claro (claro, de nuevo, es un término bastante subjetivo), pero ninguna de las fuentes lo sostienen. Esta incertidumbre continuará permitiendo a diferentes personas imaginar Cleopatras muy diferentes.'

Alejandría era una ciudad joven comparada con Roma. Probablemente era menor un cálculo sitúa su población en una cifra que ronda el medio millón de personas-, a pesar de lo cual seguía siendo mucho mayor que ninguna otra ciudad en el mundo grecorromano con la excepción de la Antioquía de Siria. Sin duda era más espléndida que Roma, pues su fundación deliberada garantizó que se construyera cuidadosamente en la mejor tradición de la arquitectura helenística. Se cree que las dos principales vías de acceso, que se cruzaban en perpendicular, medían hasta treinta metros de ancho. El puerto era gigantesco y en la isla que había en un extremo estaba el enorme faro en la isla de Faros, una de las Siete Maravillas del Mundo. Frente al mar se encontraba el barrio real,

que consistía en numerosos palacios fastuosos, ya que, aparentemente, se había establecido la tradición de que cada

nuevo gobernante erigiera su propio complejo residencial. En la actualidad, buena parte de esta zona de la ciudad está bajo el agua, pero hace algunos años que varios arqueólogos han iniciado un programa de investigación que ya ha dado como resultado importantes revelaciones. Una sorpresa ha sido descubrir el elevado número de monumentos del Antiguo Egipto que habían sido trasladados desde su emplazamiento original para decorar la ciudad. Es obvio que muchos de los tolomeos deseaban hacer hincapié en la gran antigüedad del país en el que habían logrado hacerse con el poder. No obstante, Alejandría fue fundada por un rey macedonio y la mayoría de sus colonizadores originales habían sido macedonios o griegos. Desde entonces, la población se había mezclado con otras nacionalidades y la ciudad contenía la mayor comunidad judía existente fuera de la propia Judea. También era un próspero puerto, y parece que el comercio de especias, marfil y otros lujos de India había aumentado durante la vida de Cleopatra. Con todo, a pesar de todas esas idas y venidas de pueblos, en términos culturales, Alejandría siguió siendo decididamente griega y se había convertido en uno de los principales centros de aprendizaje del mundo helenístico. Su biblioteca era inmensa, y no sólo contenía libros, sino también curiosidades y maravillas científicas -una fuente menciona una maqueta capaz de moverse por vapor- y los tolomeos contaban con una larga tradición de prometedores filósofos que habían acudido a la ciudad para estudiar y aprender.`

LA GUERRA DE ALEJANDRÍA

No hay constancia de que César hubiera visitado alguna vez Alejandría y Egipto antes de presentarse allí en octubre del

año 48 a.C. Al parecer le sorprendió la hostilidad que despertó en los habitantes ver a los lictores y la arrogancia con la que él y sus legionarios desfilaban a través de la ciudad. Por el momento, el clima le impedía marcharse y seguir adelante, y decidió manenerse ocupado. Una gran parte del dinero que Auletes le había prometido hacía más de una década nunca se había llegado a pagar, y César anunció que tenía la intención de recaudar diez millones

de denarios de esta deuda. La victoria de Farsalia no había hecho más que incrementar sus ya inmensos compromisos financieros, porque ahora tenía que proveer por las docenas de miles de soldados pompeyanos que se habían rendido ante él. En torno a la misma época también anunció que, puesto que había sido él quien asegurara el reconocimiento de Tolomeo Auletes, ahora sería él quien arbitraría en la disputa por la sucesión. Potino el eunuco, actuando en calidad de regente de Tolomeo XIII (que todavía no tenía más de trece o catorce años) no emitió ninguna protesta pública, pero, en secreto, dio orden de hacer llamar a Aquilas y al ejército a la ciudad. Los Comentarios sostienen que Aquilas contaba con veinte mil hombres, fundamentalmente una mezcla de antiguos soldados de Gabinio que se habían establecido allí y habían tomado esposas locales, y mercenarios, muchos de los cuales eran esclavos fugados de las provincias romanas. Las fuerzas de César eran muy inferiores en número y enseguida lograron encerrarle en el recinto amurallado del palacio y los demás edificios que había ocupado en el barrio real.Al principio, se produjo una precaria tregua, pero, al poco, Aquilas lanzó un ataque total. Para repeler uno de los asaltos, los legionarios de César prendieron fuego a algunas construcciones y las llamas

se descontrolaron, y según algunas fuentes se propagaron a la Biblioteca, aunque es poco probable que el incendio causara un daño importante en los libros pues, después de esta batalla, siguió siendo un centro de aprendizaje durante siglos. La mayor parte de la población apoyaba al ejército real o era neutral, y se hablaba de la necesidad de levantarse contra los romanos para evitar que Egipto fuera, sencillamente, absorbida. César envió mensajeros para conseguir ayuda y refuerzos, pero tardarían un tiempo en llegar y era evidente que se encontraban en serio peligro de ser derrotados y morir."

Al principio, tanto Tolomeo XIII como su hermana Arsinoe se encontraban en las líneas de César, junto con muchos de sus asistentes, incluido Potino. Este último se mostró deliberadamente insultante, sirviendo a los romanos mala comida en los recipientes más bastos y diciéndoles con brusquedad que con todo el oro y la plata de la vajilla le pagaría a César el dinero que exigía. En aquel momento, Cleopatra hizo su impresionante aparición en escena, entrando a escondidas en el palacio al anochecer. Se presentó con un solo miembro de su personal doméstico,Apolodoro de Rodas, que la llevó al otro lado del Nilo en un pequeño esquife de remos. A continuación, la transportó a presencia de César, no envuelta en una alfombra en la mejor tradición de Hollywood, sino dentro de una bolsa de la lavandería. Al desatar la bolsa, apareció la reina, tal vez alzándose cuando quedó al descubierto (cuesta resistirse a la analogía de una bailarina surgiendo del interior de un pastel). Dión afirma que la reina conocía la fama de mujeriego de César y se había vestido con esmero para despertar tanto la compasión por la

pérdida de su trono como su pasión de famoso vividor. César y Cleopatra se convirtieron en amantes y, hacia la misma época, César decretó que los términos del testamento de Auletes determinaban con total claridad que Cleopatra y su hermano debían gobernar de forma conjunta, algo que dejó indiferente al muchacho, que probablemente ya sabía que su hermana estaba más cerca del cónsul romano de lo que él lo estaría nunca. Habló ante una multitud de alejandrinos, cuya reacción fue una serie de disturbios callejeros. La tensión del complejo palaciego creció y empezaron a circular rumores de que se conspiraba para asesinar a César. Este nunca había bebido demasiado, pero ahora tomó la costumbre de quedarse con sus oficiales después de cenar y beber hasta bien entrada la noche. Se decía que lo hacía para protegerse. Uno de los esclavos personales de César había oído a Potino conspirar, por lo que le pusieron un guardia. Pronto se descubrió que estaba en comunicación con los sitiadores y fue ejecutado. Algún tiempo después,Arsinoe escapó y se unió al ejército egipcio, que inmediatamente la proclamó reina. Con la colaboración de su antiguo tutor, el eunuco Ganímedes, organizó el asesinato de Aquilas y se hizo con el control de las tropas. Los dos hombres que tenían más responsabilidad en la muerte de Pompeyo habían sufrido un destino similar al suyo dentro de un corto periodo de tiempo."

El asedio continuó con renovada intensidad: los atacantes contaminaron el suministro de agua del área defendida por los hombres de César, obligando a los legionarios a cavar pozos. Una tercera legión, la trigesimoséptima, compuesta de pompeyanos que se habían rendido, logró llegar hasta él por mar, llevando consigo un convoy de víveres, así como artillería

y otros equipamientos. Era esencial mantener expeditos los accesos al puerto, ya que si cortaban su comunicación con el mar sería muy dificil recibir nuevos refuerzos y ayudas. El pequeño escuadrón de naves de guerra que había acompañado a César y una armada egipcia reunida con precipitación con las barcas que patrullaban el Nilo y los navíos de guerra que habían sido descubiertos medio olvidados en los astilleros reales libraron una serie de batallas navales de escasa envergadura en el puerto y sus alrededores. Se arrancaron las vigas de algunos grandes edificios para convertirlas en remos. En la mayoría de los enfrentamientos, lograron ventaja los bajeles de César, lo que le animó a lanzar un ataque para hacerse con la isla de Faros, cuyo nombre derivaba del inmenso faro que iluminaba sus costas. La isla estaba comunicada con el continente mediante un puente de más de un kilómetro de longitud. César ya controlaba una reducida sección de la isla y su nueva acción fue lanzar un ataque: envió diez cohortes en barcas mientras que otras naves emprendían un asalto en el extremo opuesto de la isla como maniobra de distracción. Al día siguiente lanzó un segundo ataque para asegurar el puente. Comenzó bien, pero acabó desembocando en el caos cuando una partida de marineros que habían desembarcado fueron sorprendidos por el contraataque enemigo y huyeron presa del pánico. La confusión se propagó entre los hombres de César y pronto incluso los legionarios se habían dado a la fuga para salvar sus vidas, apiñándose a bordo de los botes más próximos en su desesperación por escapar. César consiguió mantener a algunos hombres luchando durante un tiempo, pero enseguida se dio cuenta de que ese pequeño grupo sería arrollado por los adversarios y

decidió batirse en retirada. Su propia embarcación estaba abarrotada de soldados aterrorizados, de manera que la tripulación fue incapaz de empujarla hasta el agua. Al ver lo que se avecinaba, el cónsul se despojó de su coraza y capa de general y se sumergió en el mar. Después, manteniendo su mano izquierda por encima del agua para proteger algunos documentos importantes que llevaba consigo, nadó con toda tranquilidad hasta que estuvo a salvo. Suetonio mantiene que logró conservar su famosa capa, pero otras fuentes cuentan que el enemigo capturó y posteriormente alardeó de ese trofeo. Para entonces, la nave que había abandonado había zozobrado, pero pudo mandar otras embarcaciones para salvar a algunos de los hombres que habían quedado atrás. Fue la derrota más grave de toda la campaña y le costó unas ochocientas bajas, prácticamente la mitad de las cuales eran legionarios y el resto, marineros. Sin embargo, la moral de sus hombres se mantuvo alta y continuaron repeliendo los ataques desde sus posiciones?'

Poco después -seguramente a finales de enero o a principios de febrero de 47 a.C. una delegación de alejandrinos se dirigió a César para pedirle que les entregase a Tolomeo, alegando que estaban cansados del despotismo de Arsinoe y Ganímedes. César accedió, pero antes instó al muchacho a que detuviera los ataques, que no favorecían a su pueblo, y a recordar su lealtad para con César y Roma. El chico se deshizo en lágrimas y suplicó a César que no le mandara con ellos, a lo que el cónsul respondió que si esos eran realmente sus sentimientos, debería poner fin a la guerra con prontitud y regresar. Una vez fuera de las posiciones romanas, Tolomeo se reunió lleno de alegría con su hermana

y comenzó a incitar a sus soldados a redoblar sus esfuerzos para destruir a los invasores. Según el autor de La Guerra de Alejandría, «la mayoría de entre los legados, amigos, centuriones y soldados, se alegraban de que hubiera sucedido esto, ya que la excesiva bondad de César había sido víctima de la falacia del joven». No obstante, personalmente dudaba de la ingenuidad de César y, en su relato del episodio, cada uno de los bandos creía estar engañando al otro. Los renovados ataques contra la posición romana no lograron hacer progresos y la situación empezó a inclinarse a favor de César cuando llegó un ejército de auxilio desde Siria bajo el mando de Mitrídates de Pérgamo. Era una fuerza formada por aliados, e incluía un contingente de tres mil judíos que aportaba el sumo sacerdote Hircano II y eran liderados por Antipáter, el padre de Herodes el Grande, así como varios sirios y árabes. La implicación de Hircano alentó a la población judía de Alejandría a mostrarse más favorable hacia César. Mitrídates irrumpió al asalto en la ciudad de Pelusium y, al ser informados de ese triunfo, Tolomeo y los demás cabecillas decidieron trasladar el grueso de sus fuerzas hacia el este y tratar de detener al enemigo antes de que completara su travesía por las vías fluviales del delta. De manera casi simultánea, un mensajero de Mitrídates alcanzó a César, que, tomando parte de sus tropas zarpó y, rodeando la costa, logró reunirse con el ejército de auxilio antes de que estableciera contacto con la principal fuerza egipcia. En la batalla que se entabló a continuación, el ejército de Tolomeo fue aplastado. El muchacho huyó hacia el río, pero se ahogó cuando su embarcación se llenó de fugitivos y volcó, un incidente similar al episodio que tuvo lugar unas semanas antes cuando César

se había librado de la muerte por muy poco.14

La guerra había terminado y ahora era necesario estabilizar la situación en Egipto.Arsinoe había sido hecho prisionera y marcharía en la comitiva del triunfo de César antes de que se le permitiera vivir en el exilio. Más tarde, sin embargo, fue asesinada por orden de Marco Antonio, con toda seguridad animado por su hermana mayor. Cleopatra tomó al hermano que le quedaba,Tolomeo XIV, como cogobernante, aunque era obvio que el verdadero poder residía en ella. En las negociaciones iniciales, César había otorgado a Arsinoe y a ese mismo hermano menor el gobierno conjunto de Chipre, lo que constituía un concesión importante, ya que acababa de convertirse en provincia romana. Es posible que se tratara de un reflejo de su debilidad militar de aquel momento, o tal vez se tratara de un ataque contra Catón, que había supervisado el proceso. Sin embargo, Chipre volvió a incluirse en el reino entregado a Cleopatra y su hermano. No se sabe con certeza si César consiguió obtener el dinero que había exigido a su llegada a Alejandría, pero es probable que sí. La Guerra deAlejandría insinúa que abandonó Egipto poco después de la victoria, pero se tiene constancia de que eso es incorrecto y que permaneció allí algún tiempo, quizá hasta tres meses. Cleopatra y él hicieron un crucero por el Nilo en su lujosa barcaza real. Apiano sostiene que les acompañaban cuatrocientos barcos y la mayoría del ejército, lo que sugiere que no se trataba por completo de un crucero de placer. Es muy posible que parte de su objetivo consistiera en hacer desfilar por todo el país a la recién sancionada gobernante y alardear del poder romano que la respaldaba. Ni César ni Cleopatra olvidaban nunca durante mucho tiempo la

dimensión política, pero en este caso la política no sirve para explicar satisfactoriamente este episodio. La situación en Egipto ya no requería la atención personal de César y había muchas otras cuestiones que debían preocuparle más. Llevaba más de un año fuera de Roma y durante los meses de asedio había estado casi incomunicado de los acontecimientos del mundo más allá de Alejandría. Suetonio afirma que, con gusto, César habría continuado bajando el Nilo, si no fuera porque el ejército -con probabilidad la mayor parte de los oficiales superiores- se habría negado a seguirle. Esta historia recuerda al motín que puso fin a las conquistas de Alejandro Magno, pero eso no significa necesariamente que se trate de una invención.`

Ninguna de las teorías propuestas para explicar este viaje ha resultado enteramente convincente y, al final, es muy dificil evitar concluir que César, sin más, deseaba tomarse un descanso. Llevaba más de una década de campaña en campaña y desde que cruzara el Rubicón no había interrumpido sus esfuerzos para disfrutar de ninguna temporada de reposo importante. Pese a su inagotable energía, cuesta creer que no estuviera cansado y quizá en cierto modo se sintiera vacío. Desde su punto de vista, le habían obligado a librar una guerra civil que no quería y, a partir de Farsalia y la muerte de Pompeyo, su mundo había cambiado para siempre. Su principal rival, que sólo había sido su enemigo durante un corto periodo, ya no existía y no había nadie ahora en el mundo romano con quien pudiera competir. La fatiga y tal vez también la depresión, tanto como el temor a las conspiraciones, podrían asimismo explicar las fiestas nocturnas con alcohol que habían comenzado en los meses

que pasó en Alejandría. Se aproximaba su cincuenta y tres cumpleaños, en julio del año 47 a.C., mientras que sus entradas cada vez eran más pronunciadas, algo que molestaba a un hombre que siempre había sido muy consciente de su apariencia. En ese contexto, los atractivos de una vida de lujo y comodidad mientras recorría el Nilo poco a poco en vez de precipitarse a la siguiente misión resultan más palpables. A esos placeres se sumaba el hecho de tener a Cleopatra como compañera y amante. Era joven, lo que sin duda la hacía especialmente atractiva si César estaba empezando a sentir que la vejez le acechaba, y además era inteligente, ingeniosa y de esmerada educación. Aparte de placer sexual, estaba la emoción de la aventura, poder disfrutar de conversaciones frívolas y cultas, y el simple hecho de estar junto a una mujer sofisticada. En el pasado había gozado de estas mismas cosas con las damas aristócratas de Roma, pero Cleopatra añadía el glamour de la realeza, el encanto de la cultura griega y seguramente la sensación de estar cerca del exótico pasado de Egipto. En muchos aspectos, ella se parecía mucho a él, quizá era su igual en mayor medida que muchas de sus otras amantes. Era una mezcla embriagadora y, desde una perspectiva personal, es muy posible que el crucero por el Nilo fuera lo que César necesitaba. Pasar un tiempo con una monarca helena puede incluso haberle hecho revivir recuerdos de sus primeros viajes al extranjero. No hay razón para desconfiar de las fuentes que afirman que estaba enamorado, aunque su pasado y su futuro ponen de manifiesto que eso no implicaba que sintiera ninguna obligación de ser fiel a una amante en concreto. En cuanto a la actitud de Cleopatra, sólo podemos intentar adi vinarla. Le debía el trono a César y es

indudable que conocía lo suficiente la capacidad de Roma para influir en el destino de Egipto para saber que era conveniente obtener el favor del ciudadano más poderoso de Roma. Sin embargo, es posible que también estuviera auténticamente enamorada. César era mucho mayor que ella, pero contaba con el enorme atractivo de ejercer el poder, unido al encanto personal que había cautivado a tantas mujeres en el pasado. Algunas fuentes y, en especial, la imaginación de generaciones posteriores, han tendido a describir la corte de los Tolomeos como un lugar en el que reinaba la intriga y el exceso sexual, y a retratar a la reina como una mujer muy entendida y experimentada en todas las artes del erotismo. No obstante, en realidad sabemos tan poco sobre su vida previa que es dificil confirmar o negar estas suposiciones. Es igualmente posible, quizás incluso más probable, que la aventura con César fuera su primera experiencia romántica y que fuera virgen cuando lo conoció.16

Finalmente, las noticias sobre una nueva crisis en Asia persuadieron a César de que debía abandonar Egipto. Es posible que hubiera un elemento de táctica política en su asociación con la reina, pero, a largo plazo, su larga estancia en Egipto le causaría considerables problemas. Tres legiones se quedaron atrás para garantizar que Cleopatra estaba a salvo y para impedir que los pompeyanos que habían sobrevivido trataran de invadir el país y hacerse con su riqueza y recursos. Para entonces, había recibido suficiente información que le obligaba a aceptar que la guerra civil todavía no había terminado y que serían necesarias nuevas campañas. Curiosamente, eligió a un oficial llamado Rufio, que era el

hijo de uno de sus liberto,, para comandar las tres legiones. Más tarde los emperadores romanos adoptarían la medida de nombrar gobernador de Egipto a un miembro de la orden ecuestre, y de prohibir que cualquier senador visitara el país sin autorización expresa. Con frecuencia se ha considerado que la elección de César de un hombre que no era un legado senatorial prefiguraba esta medida, pero tal vez su decisión buscaba mostrar tacto hacia la sensibilidad de los alejandrinos. Un legado senatorial muy bien podría haber sido visto como un gobernador de hecho más que un comandante de tropas de un aliado deseoso de apoyar a la monarca. Es probable que las legiones no fueran lo único que César dejó atrás, porque las fuentes sugieren que, cuando partió hacia Asia, Cleopatra estaba embarazada.17

LA VICTORIA MÁS RÁPIDA: ZELA, 2 DE AGOSTO DE 47 A.C.

César ya había cobrado conciencia de que la guerra civil iba a proseguir, pero las noticias que finalmente le sacaron de Egipto se referían a una amenaza extranjera. El rey Farnaces del Bósforo era uno de los hijos de Mitrídates del Ponto, pero se las había arreglado para cambiar de bando y aliarse con Roma con tiempo suficiente para no compartir la derrota de su padre. En su reorganización de Oriente, Pompeyo le había hecho rey de sólo una pequeña parte de los dominios de su padre. Farnaces vio en la guerra civil romana una gran oportunidad para reclamar los territorios perdidos y, en una rápida ofensiva, invadió Capadocia, Armenia, Ponto Oriental y Cólquida Menor. Fue particularmente cruel en su victoria, ordenando la castración de todos los romanos que apresaran. Es probable que la mayoría de estos prisioneros fueran civiles,

ya que toda la región había sido desprovista de sus tropas por los pompeyanos, y encontró escasa oposición hasta que el legado de César, Cneo Domicio Calvino, lanzó un ataque contra él en diciembre del año 48 a.C. Su ejército era una heterogénea colección de legiones romanas y extranjeras, la mayoría de las cuales habían sido reclutadas originalmente por los pompeyanos y carecían de experiencia. Algunos sabían combatir, pero dos legiones que un rey gálata había formado con sus súbditos y que habían sido organizadas y equipadas a la manera romana huyeron al poco de comenzada la lucha. Su línea se quebró por el centro, y el ejército de Calvino sufrió una veloz y aplastante derrota.18

Parece que César no abandonó Egipto hasta el verano, aunque no hay acuerdo sobre la fecha exacta. De camino a Asia hizo un alto en Antioquía, en Siria, y después en Tarso, en Cilicia. Sabemos que Hircano, el sumo sacerdote, y Antipáter fueron recompensados por su participación en la campaña egipcia. Dado que todavía le acuciaban los apuros económicos para hacer frente a sus crecientes gastos, también recaudó dinero de numerosas comunidades de la región, en especial de aquellas que habían apoyado a Pompeyo. Recibió preocupantes noticias de disputas políticas y mala conducta entre sus subordinados en Italia, pero siguió adelante hacia Capadocia para enfrentarse a Farnaces: su prestigio habría sufrido un grave menoscabo si hubiera permitido que un enemigo extranjero se librara de castigo. Llevaba consigo a la sexta legión, veterana, aunque muy diezmada desde Egipto. A esta fuerza añadió una legión de gálatas y otras dos que habían compartido también la derrota de Calvino. Farnaces mandó varios mensajeros a César para intentar firmar una paz

que le permitiera mantener sus conquistas y para recordarle que había rehusado enviar tropas de auxilio a Pompeyo. Le obsequiaron con una corona de oro como emblema de su victoria. César no ofreció ninguna concesión, sino que le recordó a los embajadores las mutilaciones y la tortura infligidas a los romanos capturados. Exigió que Farnaces se retirara de inmediato del Ponto, devolviera el botín arrebatado a los romanos y liberara a los prisioneros. El ejército romano continuaba avanzando y se encontró con las fuerzas enemigas cerca de la cima de la colina, donde se erguía el pueblo amurallado de Zela. Esperando que antes de la batalla tuviera lugar el habitual periodo de preparación, Farnaces cogió desprevenido a César al lanzar un ataque total cuando los romanos estaban atrincherando su campamento en terreno elevado. Ese tipo de asalto era considerado irracional en la ciencia militar de la época, pero el primer impacto de la sorpresa provocó cierta confusión. Sin embargo, César y sus hombres se recuperaron con rapidez, organizaron una línea de batalla e hicieron retroceder al enemigo hasta la falda de la colina. Los veteranos de la sexta abrieron brecha por la derecha y pronto la totalidad del ejército enemigo se disolvió y se dio a la fuga. Farnaces escapó, pero fue asesinado por un rival cuando retornó a su reino.Toda la campaña se decidió en unas pocas semanas y César, mediante un acuerdo, impuso una serie de condiciones para la región. En una carta que escribió a uno de sus agentes en Roma, resumió la celeridad con la que obtuvo el éxito en una lacónica coletilla que más tarde se estamparía en los estandartes transportados en su triunfo: «VENI, VIDI,VICI», «Llegué, vi y vencí». En aquella ocasión también se mofaba de Pompeyo, comentando

lo afortunados que eran los generales que lograban la fama luchando contra enemigos tan frágiles.`

XXI

ÁFRICA, SEPTIEMBRE DE 47-JUNIO DE 46 A.C.

Nadie comunica que aquél se ha retirado de Alejandría y consta que ni siquiera uno solo ha salido de allí desde el 15 de marzo, aparte de que él no ha mandado carta alguna después del 13 de diciembre.

CICERÓN, 14 de junio de 47 a.C.[1]

Pues si yo [Catón] quisiera -le d jo- que mi salud fuera una gracia de César, a mí me tocaba ir a implorarla directamente; mas no quiero tener nada que agradecer a un tirano en aquello mismo en que es injusto, y no puede menos de serlo, salvando como dueño y señor a los que no era razón dominase.

PLUTARCO, principios del siglo II d.C.[2]

César llegó a Italia hacia finales de septiembre. Hacía veinte meses que había partido para emprender la campaña en Macedonia y más de un año desde que obtuvo la victoria de Farsalia. Durante la mayor parte del año 48 a.C. mantuvo contactos regulares con sus representantes y otros hombres preeminentes, aunque, según afirma Dión, no envió ningún despacho oficial a Roma para informar de la derrota sobre Pompeyo, al considerar que habría sido un gesto de mal gusto.A lo largo de la campaña en Alejandría su habitual flujo de correspondencia cesó por completo. Al principio, debido al bloqueo impuesto por el enemigo, pero, aun después de

levantado este, permaneció en silencio durante algún tiempo. En junio de 47 a.C., Cicerón escribió que nadie había tenido noticia de César en los pasados seis meses. Era un comportamiento desacostumbrado en él que refuerza la tesis de que la fatiga había hecho mella en él. No hay duda de que la prolongada estancia en Egipto le causó graves problemas, pues dio tiempo a sus enemigos para reagruparse y propagar una peligrosa atmósfera de incertidumbre por Roma e Italia. Los seguidores de César tenían muy poco en común aparte de su lealtad hacia él, que a menudo se basaba sobre todo en la gratitud que sentían por favores del pasado y las vivas expectativas de conseguir más en el futuro. A medida que avanzaba la campaña macedónica, pocos de sus partidarios podían estar seguros de quién lograría la victoria, ya que eran conscientes de que César contaba con menos posibilidades de ganar. Con una actitud totalmente cínica, el activo correspondiente de Cicerón, Celio Rufo, había tomado partido por el mejor ejército al principio de la guerra civil. César le recompensó con una pretura en 48 a.C., pero Celio se sintió contrariado cuando el cónsul concedió el puesto de máximo rango de pretor urbano a otra persona, al legado Trebonio, que había conquistado Massilia el año anterior. Descontento, Celio trató de conseguir respaldo para su propia causa proclamando su intención de abolir todas las deudas, una medida radical con la que pretendía apelar a aquellos que opinaban que la moderada ley de César se había quedado corta. Con una banda de seguidores, organizó disturbios contra Trebonio y Servilio, el colega consular de César. Al instante, el Senado aprobó el senatus consultum ultimum y, a pesar del veto de dos tribunos, el cónsul desvió un grupo de

reclutas que marchaban de camino hacia Brundisium y los envió a Roma. Celio fue expulsado de la ciudad. Durante una temporada confió en que se le uniría Milón, que había regresado a Italia de su exilio en Massilia pese a la negativa de César a perdonarlo. Ahora estaba intentando provocar una rebelión en nombre de Pompeyo, respaldando al hombre que había determinado que marchara al exilio. No hizo demasiados progresos y pronto fue derrotado y asesinado sin que Celio hubiera tenido ocasión de llegar hasta él. Poco tiempo después, el pretor sufriría un destino similar. El uso del senatus consultum ultimum resultaba irónico, aunque no debemos olvidar que César nunca había puesto en entredicho su validez, sino únicamente que fuera apropiado utilizarlo contra él.3

En octubre del año 48 a.C. César fue nombrado dictador de nuevo, pero a diferencia de la primera vez el objetivo no era simplemente permitirle supervisar las elecciones. Ningún cónsul o demás magistrados, aparte de los tribunos de la plebe, fueron elegidos para el año siguiente. Es probable que no se celebraran elecciones porque César no podía regresar y no quería delegar la tarea de supervisar los comicios. Tradicionalmente, la dictadura duraba sólo seis meses. Sila había ignorado esta limitación y mantuvo el cargo hasta que él mismo decidió renunciar a él.Aunque César no deseaba que pensaran que remedaba al autor de las proscripciones, necesitaba poder oficial. El cónsul Servilio le nombró dictador por un año, imponiendo así un cierto límite a su poder, aunque acabaría durando el doble del mandato habitual. Un dictador tenía un subordinado más que un colega y este oficial recibía el título de jefe de caballería (magister equitum), dado

que originalmente, cuando fue creado, se había considerado importante que el dictador permaneciera junto a la infantería pesada de las legiones, mientras que su segundo asumía la misión de dirigir a la caballería aristocrática. Marco Antonio fue nombrado jefe de caballería de César y, por un tiempo, el colegio de augures, del que el propio Antonio era miembro, protestó alegando que era impropio que un magister equitum permaneciera en el puesto más de seis meses, pero esta objeción, más bien estrambótica, se retiró al poco. Antonio regresó a Italia después de Farsalia y fue la autoridad suprema de facto desde enero de 47 a.C. hasta el retorno de César en otoño. Era un subordinado con talento, pero su comportamiento fue siendo cada vez menos comedido durante esos meses en los que básicamente las decisiones quedaron a su arbitrio y tuvo que arreglárselas solo. Celebraba frecuentes banquetes, muy lujosos y conocidos por todo el mundo. Bebía de manera desmesurada -en un momento posterior de su vida llegó a escribir un libro sobre el tema, en el que, por lo visto, se jactaba de sus proezas- y se cree que dirigió muchos asuntos públicos sin estar sobrio del todo o, al menos, con resaca. Como mínimo en una ocasión tuvo que interrumpir una reunión en el Foro y vomitar a la vista de todos. A veces recorría el país en una gran caravana, montado en un carro galo -seguramente de Bretaña-, seguido por dos carruajes, uno con la famosa actriz que era su amante en aquel momento y otro que transportaba a la madre del magister equitum.Toda la columna era precedida por sus lictores, en un alarde de impropiedad. Aparte de aparecer vestido como Hércules, algunas fuentes sostienen incluso que llegó a probar a utilizar leones como animales de tiro. Además de esa

amante, tuvo diversas aventuras escandalosas y vox pópuli con esposas de senadores. Era evidente que a Marco Antonio le encantaba el poder y era poco probable que su conducta disuadiera a los moderados de su opinión de que, con el tiempo, la victoria de César acabaría desembocando en una tiranía.'

Antonio no supo hacer frente con eficacia a los problemas que se le presentaron en el año 47 a.C., que fueron considerables y todos causados directa o indirectamente por la larga ausencia de César. En general, no se dio crédito a los informes que anunciaban la muerte de Pompeyo hasta que su anillo de sello fue enviado de vuelta a Roma y exhibido públicamente. Muchos pompeyanos se habían rendido en Farsalia y otros lo hicieron en las siguientes semanas. Cicerón no había participado en la batalla, pero, de inmediato, concluyó que la guerra estaba perdida. Rechazó la oferta de ocupar el cargo supremo que le hizo Catón, quien, a continuación, tuvo que contener a Cneo, hijo de Pompeyo, para que no le diera muerte en ese mismo instante. Cicerón regresó a Italia, pero Antonio le informó de que no podía ser perdonado, pese a lo cual le permitieron entrar en Roma sin instrucciones específicas de César. Durante meses no hubo noticias del cónsul y realmente no había ninguna seguridad de que resultara vencedor y regresara sano y salvo de la guerra en Egipto. Entretanto, Catón había conquistado la guarnición de Dyrrachium por mar y se había dirigido a Cirenaica, y de ahí por tierra hasta la provincia de África, donde se reunió con Metelo Escipión, Labieno,Afranio, Petreyo y muchos otros acérrimos pompeyanos, todos ellos resueltos a proseguir la guerra. Les respaldaba el rey númida juba, aquel de cuya

barba César tirara una vez durante un juicio y que, en tiempos más recientes, había desempeñado un papel clave en la derrota de Curión.A medida que pasaba el tiempo, su fuerza aumentaba y, para el verano, se temía que pudieran atacar Sicilia o Cerdeña, o incluso la misma Italia. Era una época de gran inquietud para hombres como Cicerón, que empezaba a preguntarse si no se habría rendido demasiado pronto y recordó la dura hostilidad de muchos de los cabecillas pompeyanos hacia aquellos que habían permanecido neutrales. Todo lo que deseaba el orador era que volviera a establecerse una cierta apariencia de vida pública normal y su nerviosismo alimentaba su ira contra César por no poner fin a la guerra con más premura.

Las tropas veteranas de César se sentían igualmente frustradas, puesto que la mayoría de las legiones experimentadas, incluyendo la novena y la décima, habían sido despachadas a Italia después de Farsalia.Allí aguar daban, mes tras mes, con escasas distracciones, excepto darle vueltas a los motivos que tenían para quejarse. Había soldados que ya habían cumplido con el periodo de servicio militar y que estaban deseando licenciarse, y todos recordaban las recompensas y las tierras que César les había prometido durante los últimos años. Encabezados por algunos de sus centuriones y tribunos, las legiones pronto se habían amotinado y habían empezado a apedrear a los oficiales enviados para restaurar el orden. El propio Antonio se vio obligado a ir al campamento, pero no logró resolver la situación. Mientras estaba fuera de Roma, surgieron algunos disturbios instigados por varios de los tribunos de la plebe. Uno de ellos era el yerno de Cicerón, Dolabela, que había

reanudado la petición de Celio de abolir la deuda. De nuevo hubo tumultos en el Foro cuando unos cuantos hombres presintieron la posibilidad de labrarse una poderosa posición personal en esta época de incertidumbre. Por fin, Antonio regresó con algunas tropas que no se habían unido al motín y empleó la fuerza para restablecer el orden, apoyado por un Senado que una vez más había aprobado el decreto definitivo. Lo hizo con eficiencia, pero esta acción sólo reforzó la percepción de que representaba un régimen basado únicamente en el poderío militar. Su antipatía por Dolabela era intensa y recíproca. Sin duda no fue de ninguna ayuda que Antonio creyera que el tribuno estaba teniendo una aventura con su esposa, de quien se divorció poco después.'

AMOTINADOS, DEUDORES Y ANTIGUOS ENEMIGOS

César se reunió con Cicerón tras abandonar Brundisium y el inquieto orador se sintió aliviado y contento ante su cálido saludo, después de lo cual el dictador le perdonó de inmediato y le animó a regresar a Roma. En su ausencia, le habían otorgado el derecho de tratar con sus enemigos como considerase adecuado, confiriendo una cierta legitimidad formal a lo que había estado haciendo desde que comenzó la guerra civil. Igualmente, obtuvo el derecho a declarar la paz y la guerra, así como a presidir -de hecho, virtualmente a controlar- las elecciones a todas las magistraturas superiores. Aunque César no volvió a Roma hasta principios de octubre, decidió hacer uso de este último derecho y nombrar magistrados en las restantes semanas del año. Como cónsules eligió a Quinto Fufio Caleno y Publio Vatinio -el mismo que, como tribuno en el año 59 a.C., había conseguido que le

concedieran el mando en las campañas galas.Ambos hombres habían sido sus legados. Las demás magistraturas, así como varios sacerdocios que quedaron vacantes debido a las bajas de los últimos años, fueron cubiertos asimismo con partidarios suyos. Es dudoso que los nuevos magistrados dispusieran de demasiado tiempo para hacer nada, pero había muchos hombres a quien debía recompensar su lealtad y César no deseaba perder su reputación de persona generosa. Durante el año siguiente, invistió a diez pretores en vez de a los ocho habituales. Por el momento prefirió no continuar siendo dictador y fue elegido cónsul por tercera vez (otro de los honores votados por el Senado durante su ausencia era el derecho a ocupar la magistratura suprema cinco años consecutivos). Como colega eligió a Marco Emilio Lépido, un hombre que parece haber destacado por su lealtad y responsabilidad más que por su gran talento o imaginación. Resulta tentador considerar esta elección como una sugerencia de que Marco Antonio había perdido su favor tras su comportamiento del año anterior. Puede que haya parte de verdad en esa suposición, pero deberíamos recordar que César tenía otros hombres a quienes recompensar y es posible que se mostrara reacio a dar la impresión de que distinguía a ningún individuo como un número dos permanente.'

El motín del ejército no había remitido al saberse que César había regresado a Italia, porque el tiempo transcurrido había convertido el malestar en un profundo resentimiento. Envió a Salustio -el futuro historiador que acababa de ser nombrado pretor para el siguiente año- a tratar con las tropas, pero fue atacado por una banda de soldados y salvó la vida de milagro. Los amotinados emprendieron la marcha desde su

campamento en Campana hacia la propia Roma. Para entonces, parece que los cabecillas de los tribunos y centuriones habían decidido reclamar algunas concesiones y promesas de mayores recompensas en el futuro. Eran conscientes de que César se marcharía poco después hacia África para enfrentarse a los pompeyanos y creían que su necesidad de disponer de los mejores soldados le harían más maleable. No es probable que el grueso de las tropas, y en realidad ni siquiera la mayoría de sus oficiales, tuvieran unas reclamaciones tan claramente definidas, sino más bien una fuerte, aunque informe sensación de haber sido víctimas de una injusticia. César hizo algunos preparativos para defender Roma si se presentaba el peor de los casos, pero en apariencia permaneció en calma y, contra el consejo de alguno de sus más estrechos colaboradores, fue en persona a encontrarse con las legiones. Los legionarios habían acampado en las afueras de Roma, cuando, sin previo aviso, César llegó cabalgando lentamente hacia sus líneas y ascendió al podio que solía construirse cerca del cuartel general. Cuando se propagó la noticia de su llegada, los soldados se apiñaron en torno al estrado para escuchar sus palabras. Les preguntó qué es lo que querían y respondieron contándole su largo y dificil servicio y recordándole las promesas que les había hecho a lo largo de los años. Por último exigieron que les licenciara a todos, con lo que, al parecer, pretendían recordarle que les necesitaba para su próxima campaña, pero que no podía dar por sentado que contaba con su lealtad. La respuesta de César comenzó con calma, lo que hizo que su impacto fuera aún mayor. Hasta entonces los soldados habían sido siempre sus «camaradas», pero ahora se dirigía a ellos como «ciudadanos»

(quirites), e informó a aquellos meros civiles que con gusto les liberaría del servicio puesto que eso era lo que querían. Los soldados se quedaron estupefactos ante ese tranquilo despido y ante la suavidad con la que su comandante les tranquilizaba asegurándoles que a su debido tiempo les entregaría todas las recompensas que había prometido.

Del mismo modo que en la campaña, César había recuperado la iniciativa y ahora eran sus soldados los que se esforzaban en recobrar la confianza y determinación perdidas. Algunas voces exclamaron que se presentaban voluntarios para continuar sirviendo con él y, a continuación, uno de los líderes del motín repitió esa misma petición con mayor formalidad. César rechazó la oferta, pero reiteró su promesa de entregar tierras y los premios monetarios prometidos a todos ellos, al parecer adoptando un tono de suave reproche, como si le hubiera entristecido que sus propios hombres hubieran dudado de la verdad de sus promesas. Tal vez llegado a ese punto dio media vuelta para marcharse, lo que aumentó más si cabe la desesperación de los amotinados, que le rogaron que los volviera a aceptar a su servicio y los guiara hacia África, asegurándole que ganarían la guerra por él sin necesidad de otras tropas. En aquel momento, César se ablandó, pero en una absoluta inversión de su discurso deVeson tio en el año 58 a.C., les informó de que llevaría consigo a todos menos a la décima legión. Recordó a los veteranos de la décima todos sus pasados favores y les dijo que les licenciaba por su ingratitud, pero que cada uno de ellos recibiría igualmente todo lo que les prometió tras su victoria en África. Al ver cuestionado el inmenso orgullo que sentían por su unidad y al haberse renovado su devoción hacia su

antiguo comandante, los legionarios de la décima suplicaron a César que los diezmara si con eso conseguían que los llevara consigo. Poco a poco, con fingida reticencia, se dejó persuadir y anunció que en esa ocasión no habría ejecuciones. No obstante, tomó nota de los tribunos y centuriones que habían provocado la revuelta y se dice que dispuso que la mayoría de ellos fueran situados en las posiciones más expuestas y peligrosas durante la siguiente campaña.7

César había recalcado a sus soldados que no seguiría el ejemplo de Sila de apoderarse de tierras por toda Italia para entregárselas a sus veteranos, sino que las obtendría de terrenos públicos o de tierra adquirida por el Estado. Ese gasto futuro, y el constante coste de la guerra, se sumaban a sus ya astronómicas cargas económicas y gran parte de sus esfuerzos durante el otoño de 47 a.C. se dedicaron a reunir fondos para satisfacer dichos gastos. Solicitó préstamos -supuestamente voluntarios, pero ninguna comunidad se habría atrevido a arriesgarse a decepcionarle- a las distintas ciudades de Italia, es evidente que sin intención de devolverlos, al menos a corto plazo.Tras derrotar a Pompeyo, a menudo recibía ofrendas de coronas de oro o plata como donativos para sus gastos y ahora se alentaba a los ciudadanos italianos a tener el mismo gesto. Las actividades de Celio y Dolabela habían dejado claro que seguía existiendo un gran descontento entre los numerosos deudores. César cedió un poco y copió una de las leyes de ambos que establecía un límite relativamente bajo sobre la renta debida a los terratenientes en ese mismo año. Sin embargo, seguía negándose a abolir todas las deudas existentes alegando que no podía considerar esa medida porque él mismo acababa de

pedir un elevado número de préstamos y eso le convertiría en el principal beneficiario. Se subastaron algunas propiedades de pompeyanos de renombre que habían fallecido o que todavía se oponían a él.Antonio compró la gran mansión de Pompeyo en Roma, sabiendo que tendría que pagar sólo una fracción de su valor. Sila había permitido que muchos de sus partidarios -sobre todo Craso, Pompeyo y Lúculo- adquirieran fincas y viviendas muy valiosas de este modo y es obvio que muchos de los hombres de César confiaban en poder beneficiarse de forma similar. Si ese efectivamente era el caso, entonces sus ilusiones fueron rudamente defraudadas, porque César insistió que todo lo que se comprara debía abonarse al valor total estimado de acuerdo con las tarifas previas a la guerra. Sin duda su decisión estaba en parte motivada por un deseo de reducir la comparación con Sila, pero en el fondo era sencillamente un reflejo de las gigantescas deudas a las que tenía que hacer frente. Sólo unos pocos obtuvieron gangas: una fue Servilla, su amante de tantos años. Es evidente que César seguía sintiendo un profundo afecto hacia ella, aunque no sabemos si en su relación seguía existiendo el componente fisico o no. En torno a la misma época, César había tenido una aventura con una de las hijas de Servilla, Tercia (tercera), sin que ese lance debilitara el vínculo entre ambos, pues las habladurías afirmaban incluso que había sido la propia Servilla quien preparó el terreno para que la aventura tuviera lugar. Además, era hija de Bruto, uno de los pompeyanos más distinguidos -y ciertamente uno de los más respetados- que habían desertado para unirse a César después de Farsalia. Así pues, a Servilla se le permitió adquirir algunas propiedades de gran valor a una

fracción de su verdadero precio. Cicerón bromeó diciendo que la gente no se daba cuenta de que lo que le estaba ofreciendo era una verdadera ganga, dado que le estaba quitando una «tercera» parte del precio.'

LA CAMPAÑA AFRICANA

César permaneció en Roma sólo el tiempo necesario para restaurar el orden y preparar un ataque sobre los pompeyanos en África. Dio orden de concentrar las tropas y los suministros en el puerto de Lilybaeum, en Sicilia, donde se estaba reuniendo la fuerza de invasión. Seguía habiendo una grave escasez de barcos, en especial de embarcaciones de transporte, y de nuevo resultaría imposible trasladar al ejército entero en un solo viaje. Además, era invierno, lo que significaba que haría mal tiempo y que deberían enfrentarse a todos los problemas de abastecimiento que ya les eran familiares de la campaña macedónica. Los adivinos que acompaña ban al ejército declararon que los augurios eran poco propicios para emprender la campaña en los próximos días, pero César nunca había dejado que los auspicios influyeran demasiado en sus acciones y los ignoró. Estaba impaciente por partir, con el anhelo de que esa derrota del enemigo en África supusiera por fin el final de la guerra. Cuando llegó a Lilybaeum el 17 de diciembre del año 47 a.C., hizo que levantaran su tienda casi en la misma playa, en un gesto que transmitía la urgencia de actuar y alertaba a sus hombres de que debían estar listos para ponerse en marcha «en cualquier momento y a cualquier hora». El aparente letargo de Egipto se había esfumado hacía mucho tiempo y el país había recobrado la energía que le era propia, tal vez acentuada por una impaciencia aún mayor. César había traído

consigo una sola legión, pero a lo largo de la semana llegaron cinco más. Sólo una de ellas era una unidad veterana, la quinta Alaudae, que había creado en la Galia Transalpina y a la que había concedido la ciudadanía. Las otras cinco legiones -la vigesimoquinta, la vigesimosexta, la vigesimoctava, la vigesimonovena y la trigésima- habían sido reclutadas durante la guerra y lo más probable es que contaran con muchos hombres que habían sido alistados por los pompeyanos.

A medida que llegaban, cada unidad era embarcada en las naves de transporte que aguardaban en el puerto, donde los soldados se apretujaban en un espacio insuficiente. Se emitieron órdenes estrictas que prohibían llevar más bagaje o equipo de lo absolutamente esencial. Las legiones iban acompañadas de dos mil jinetes y sus respectivas monturas, pero había poco espacio para transportar grandes cantidades de víveres y forraje, o para animales de carga y de tiro que los acarrearan una vez desembarcaran. César confiaba que podría obtener todas esas cosas en cantidades suficientes cuando llegara a África. El 25 de diciembre zarpó, pero la operación no había sido planeada de forma concienzuda. Anteriormente, su costumbre había sido emitir órdenes selladas que se abrían en un momento determinado y que preveían detalles tan vitales como dónde podían atracar en una costa hostil. Esta vez no contaban con bastante información para saber dónde podían desembarcar y simplemente confiaba en encontrar un lugar adecuado cuando la flota llegara a la costa de África. Los fuertes vientos agravaron la confusión y los convoyes de naves se dispersaron, avanzando en desorden, solos o en pequeños grupos. Sólo una pequeña fracción de la flota estaba junto a César cuando

avistó tierra el 28 de diciembre. Navegó en paralelo a la costa durante un tiempo buscando un buen sitio para desembarcar y también con la esperanza de que los demás barcos se les fueran uniendo. Por fin atracó cerca del puerto de Hadrumentum, dominado por el enemigo. En aquel momento tenía únicamente tres mil quinientos legionarios y ciento cincuenta jinetes a su lado. Se cree que cuando desembarcó, tropezó y cayó al suelo, pero los que le rodeaban sólo fueron capaces de tomarse a broma el mal augurio cuando cogió dos puñados de guijarros y exclamó: «¡Te tengo, África!».'

Las fuerzas que se habían formado contra él eran considerables. Antes de abandonar Sicilia, recibió la noticia de que Escipión acaudillaba no menos de diez legiones -sin duda mermadas e inexpertas, pero lo mismo le sucedía a buena parte de su propio ejército-, respaldadas por una importante fuerza de caballería, así como por las tropas del rey juba, que ahora incluían cuatro «legiones», organizadas, adiestradas y equipadas a la manera romana. Los númidas eran famosos por sus numerosos jinetes y soldados de infantería ligera especializados en escaramuzas -la caballería tenía una reputación extremadamente buena- y entre las filas de juba se contaban muchos de ellos. Había asimismo un mínimo de ciento veinte elefantes de guerra, una rareza en ese periodo. Los elefantes resultaban terroríficos, pero eran peligrosos para ambos bandos porque eran propensos a asustarse y salir en estampida a través de las propias tropas. En una fase posterior de la campaña, Metelo Escipión se preocupó de intentar adiestrar a sus animales para que se habituaran al caos y al ruido de la batalla. Las tropas de César

eran inmensamente inferiores en número y lo continuarían siendo aun cuando a lo largo de los siguientes días fueron uniéndose a él la mayor parte del resto de sus barcos. Reunir a sus dispersas naves había exigido un importante esfuerzo: César despachó a varios oficiales con pequeños escuadrones de barcos de guerra a buscar a las distintas fracciones del convoy. En un momento dado, el mismo César abandonó en secreto al ejército para partir a la caza de los navíos perdidos, pero aparecieron poco después de que hubiera zarpado. Sin embargo, como sucediera en Macedonia en 48 a.C., disponía de la gran ventaja de la sorpresa, porque una vez más el enemigo no había previsto que avanzara tan pronto y llegara en invierno. En consecuencia, las fuerzas del adversario estaban desperdigadas y tardarían un tiempo en reunir los efectivos suficientes para poder vencerle. Entretanto, envió a su flota de vuelta a Sicilia con orden de regresar tan pronto como fuera posible con más tropas, pero los pompeyanos seguían contando con una poderosa armada y, al igual que en la campaña anterior, no había garantía de que los posteriores convoyes lograran alcanzarle. Por el momento, su principal prioridad era obtener suficientes provisiones para abastecer a sus fuerzas mientras aguardaban. No podía alejarse demasiado para buscar víveres ya que el enemigo intentaría impedírselo y además era esencial que se quedara cerca de la costa si quería tener alguna oportunidad de recibir refuerzos. Los pompeyanos ya habían rastreado y recogido gran parte de los víveres disponibles. Asimismo, la ampliación del alistamiento a los granjeros locales para servir en sus fuerzas había perjudicado gravemente a la agricultura de la región. En las primeras semanas de la campaña, el principal problema de

César era el suministro y se mandaron órdenes a otras provincias, incluida Cerdeña, de recopilar provisiones de grano y enviárselas con la mayor urgencia.`

Poco después de desembarcar se hizo un intento fallido para persuadir al comandante de la guarnición de Hadrumentum de que se rindiera. César no estaba en posición de iniciar un asedio, por lo que siguió adelante, estableciendo su base principal en Ruspina. El 1 de enero de 46 a.C. llegó a la ciudad de Leptis, que lo recibió con los brazos abiertos. Como sucedió en Corfinium, tomó la precaución de apostar guardias para impedir que alguno de sus hombres entrara en la ciudad y la saqueara. Al día siguiente, cuando regresó a Ruspina, dejó seis cohortes acuartelando la ciudad. El 4 de enero decidió organizar una expedición a gran escala para buscar alimento en la que participaron treinta cohortes. A sólo cinco kilómetros del campamento se vislumbró una fuerza enemiga, por lo que César dio orden de hacer llamar a la reducida fuerza de cuatrocientos jinetes y ciento cincuenta arqueros, que eran todo de lo que disponían. Salió en persona con una patrulla de reconocimiento, a la que seguía la columna de legionarios. La fuerza pompeyana estaba liderada por Labieno e incluía ocho mil jinetes munidas, mil seiscientos galos y germanos, así como numerosos soldados de infantería. No obstante, les ordenó formar en una línea muy apretada, mucho más cerca de lo que solían situarse los jinetes, y desde la distancia, César los tomó por una línea de batalla convencional en orden cerrado de infantería. Actuando a partir de esta errónea premisa, aproximó sus tropas y las hizo formar en una sola lí nea de cohortes. Era raro que los romanos se desplegaran de

ese modo, ya que, por lo general, empleaban al menos una segunda línea, pero los efectivos de los legionarios estaban muy mermados y decidió que era mejor igualar la longitud de la línea enemiga en vez de arriesgarse a ser flanqueados. Su pequeña fuerza de caballería -muchos no habían desembarcado todavía- se dividió entre las alas y sus pocos arqueros se adelantaron para iniciar algunas refriegas delante de la línea. Estaba preparado, pero prefirió no atacar la línea del adversario pues no deseaba provocar la lucha a menos que fuera necesario. De pronto, Labieno comenzó a moverse y a ordenar a su caballería que se extendiera por ambos flancos. Cuando los legionarios de César avanzaron hacia allá, los soldados númidas de infantería ligera se lanzaron hacia delante en masa desde la línea principal. Hasta el momento la campaña había consistido únicamente en acciones a pequeña escala y era la primera vez que los cesarianos se topaban con las tácticas características de las tropas locales. El empuje de la mera superioridad numérica hizo retroceder a su caballería, pero en el centro los legionarios se esforzaban por contener al enemigo, que escapaba antes de que pudieran entender lo que estaba pasando, para volver a formar y regresar hacia ellos, hostigándoles todo el tiempo con una lluvia de jabalinas. Eran especialmente vulnerables a los proyectiles lanzados contra su desprotegido lado derecho. Era peligroso alejarse demasiado en la persecución, porque el ágil enemigo podría derrotar a cualquier individuo o pequeño grupo que se separara del apoyo de los demás soldados. César dio orden a toda la línea de que nadie se adelantara más de cuatro pasos de la línea principal ocupada por su cohorte."

La presión era inmensa y es probable que hubiera más

heridos que víctimas. Los hombres de César se vieron rodeados e incapaces de contraatacar a un enemigo que los estaba destruyendo poco a poco. La mayoría de los legionarios eran inexpertos y el nerviosismo se propagó por todo el ejército. Como era su costumbre, César se esforzó en mantener la calma y darles ánimos. Probablemente fue durante esa acción cuando tuvo más éxito tratando con un portaestandarte que estaba a punto de huir. César agarró al hombre, le hizo girar sobre sus talones y le espetó: «¡Mira, allí es donde está el enemigo!». Mientras él se preocupaba de tranquilizar a sus hombres, que empezaban a flaquear, Labieno les arengaba desde detrás de la línea enemiga. El autor de la Guerra africana describe así la escena:

> Labieno, a caballo, con su cabeza al descubierto, se presentaba en primera línea, al mismo tiempo que exhortaba a los suyos, llamaba a los legionarios de César y les decía así: «¿Por qué tú, soldado bisoño, eres atrevidillo? También ese os ha vuelto fatuos con sus palabras. A gran peligro, ¡por Hércules!, os ha llevado. Os compadezco». Entonces, el soldado djo: «No soy bisoño, Labieno, sino veterano, de la décima legión». Entonces, Labieno le vuelve a decir: «No reconozco el distintivo de los soldados de la décima legión».A lo que el soldado contestó: «Ya comprenderás quién soy».Al mismo tiempo se arrojó el casco de la cabeza, para que pudiera ser conocido por él, y así, mientras se dirige a enviar una impetuosa lanza contra Labieno, se la clavó en el pecho del caballo que venía hacia él, hiriéndole de gravedad, y dice: «Labieno, date cuenta de que es un soldado de la décima legión el que te ataca».'

Y, sin embargo, había pocos veteranos en el ejército, y los

incontables reclutas estaban haciendo lo que podían para soportar la presión. Como en el Salubre más de una década antes, las nerviosas tropas tendían a agruparse, restringiendo su propia capacidad para luchar y convirtiéndose en un blanco más fácil. César ordenó que la línea se ampliara y, a continuación, hizo que uno de cada dos soldados diera media vuelta de manera que la mitad se enfrentara a la caballería que había rodeado su retaguardia y el resto a la infantería y a los encargados de las escaramuzas en el frente. Una vez adoptada esa posición, las cohortes cargaron a la vez, arrojando una lluvia concentrada de pila. Bastó para hacer retroceder al enemigo por un tiempo, y César rápidamente detuvo la persecución e inició la retirada hacia el campamento. Casi al mismo tiempo, el adversario recibió refuerzos de Petreyo, que trajo consigo mil seiscientos jinetes y un alto número de soldados de infantería. Con su llegada, el entusiasmo resurgió y los pompeyanos comenzaron a hostilizar a los hombres de César cuando se replegaban. Después de haber recorrido sólo una corta distancia, el cónsul se vio obligado a reagrupar a sus soldados en orden de batalla y enfrentarse a los pompeyanos. Los legionarios de César estaban cansados y las monturas no del todo recuperadas del viaje y ahora fatigadas tras prolongadas maniobras y, en algunos casos, por las heridas- estaban casi exhaustas. No obstante, la mayoría de sus rivales estaban muy lejos de estar frescos ahora que se aproximaba el final de ese largo día de lucha. César exhortó a sus hombres a hacer un último esfuerzo y tras aguardar a que la presión del enemigo se aflojara un poco, lanzó un último contraataque lleno de determinación y les hizo recular hasta más allá de un terreno elevado. Petreyo fue herido y es muy posible que

Labieno fuera transportado desde el campo tras caer de su caballo herido, de modo que puede que por un tiempo el enemigo careciera de sus más agresivos y expertos cabecillas. Fuera cual fuera la causa precisa, este triunfo bastó para permitir a César continuar la retirada sin ser molestado. La acción en el exterior de Ruspina -en ocasiones descrita como una batalla- resultó sin duda una derrota para César, que le había impedido satisfacer su meta de reunir los víveres que su ejército requería. Sin embargo, el resultado podría haber sido mucho peor, y logró que su ejército se abriera paso luchando hasta ponerse a salvo. Considerándolo en todos sus aspectos fue un revés, pero ciertamente no un revés decisivo. El ejército de Curión había sido destruido por un enemigo que luchaba en un estilo muy similar y César había conseguido escapar a la misma suerte.13

Después del episodio, César fortificó doblemente el campamento de Ruspina y empleó a algunos marineros de la flota como infantería ligera en tierra, mientras que los artesanos del ejército se pusieron a manufacturar proyectiles para las hondas y jabalinas de diversos tipos. Se enviaron otros despachos para encargar que se reuniera grano y otros suministros y se le entregaran. Entretanto, algunos soldados se mostraron muy imaginativos a la hora de encontrar sustitutos para los artículos que tan desesperadamente necesitaban. Algunos de los veteranos recogían algas que lavaban en agua potable y secaban antes de alimentar con ellas a los caballos, manteniéndolos vivos si no en perfecto estado de salud o en las mejores condiciones. Metelo Escipión había traído a sus fuerzas para respaldar a los pompeyanos y el ejército resultante acampó a cinco kilómetros de la posición

de César. El rey juba se encontraba asimismo de camino hacia allí, pero tuvo que dar media vuelta cuando sus fuerzas terrestres fueron atacadas por su rival, Bocco de Mauritania, cuyas tropas dirigía un mercenario romano, Publio Sitio. Este último había escapado a África tras verse implicado en el levantamiento de Catilina. César no había previsto que Bocco abriría un segundo frente y fue totalmente fortuito que tanto él como Sitio actuaran con tanta eficacia por propia ini ciativa. Es evidente que al rey le atraía aliarse con el enemigo de su propio gran rival juba, porque el apoyo de los pompeyanos había incrementado el poder de este último. César hizo amplio uso de estas relaciones en su propaganda, anunciando que los pompeyanos se estaban comportando de una manera vergonzosa en senadores romanos al tomar partido y servir a las órdenes de un monarca extranjero. En La Guerra de África se sostiene que cuando las tropas enemigas se unieron por fin, Metelo Escipión dejó de vestir su capa de general porque a juba no le gustaba. También se afirmaba que los pompeyanos habían perdido el apoyo de la mayor parte de la provincia con la brutalidad de su gobierno. Cuando corrió la voz de que el propio César, y no simplemente uno de sus legados, había llegado a la región, se produjeron unas cuantas defecciones en las comunidades locales. Se cree que algunos recordaron sus obligaciones para con su tío Mario, cuyo nombre seguía inspirando una fuerte lealtad en la región sesenta años después de su victoria en Numidia. Había un flujo constante de desertores atravesando las líneas pompeyanas, pero ninguno de los soldados de César se pasó al enemigo. Desde el principio de la campaña, los pompeyanos habían ejecutado prisioneros con regularidad, y en uno de los

casos la ejecución se produjo después de que el centurión al mando se negara a cambiar de bando y unirse a ellos. Ninguno de los bandos hizo ningún intento real de poner fin a la guerra mediante la negociación. Los pompeyanos que aún seguían luchando detestaban a César con toda su alma. Él, por su parte, los despreciaba. Cuando corrió el rumor de que la familia de los Escipiones siempre resultaría victoriosa en África, César incorporó a su Estado Mayor a un miembro menor del linaje llamado Escipión Salvito o Salutio, que era tenido por inútil en todos los aspectos, excepto por el hecho de llevar ese famoso nombre.14

A las afueras de Ruspina, los dos ejércitos se tanteaban y libraban escaramuzas sin cesar, y con frecuencia los pompeyanos intentaban tender una emboscada a los destacamentos enemigos que se apartaban demasiado del campamento de César. A menudo, Metelo Escipión hacía formar a sus tropas en orden de batalla en el exterior de su campamento y, cuando varios días más tarde, César no había hecho ningún movimiento como respuesta, les ordenó que se acercaran más todavía al enemigo. Aun entonces no consiguió reunir la suficiente seguridad en la victoria para lanzar un ataque total. César dio orden de retirar todas las patrullas y partidas de recolección que pudieran estar en una posición vulnerable, y dio instrucciones a sus piquetes más lejanos de que se retiraran sólo si les acosaban.Todo esto fue llevado a cabo con la mayor despreocupación porque ni siquiera subió a la empalizada del campamento para observar al enemigo, sino que permaneció en la tienda que hacía las veces de cuartel general, recibiendo informes con tranquilidad y emitiendo las órdenes apropiadas «debido a su ciencia militar,

verdaderamente admirable». Su valoración de la precaución de su oponente resultó acertada, ya que Escipión no lanzó un ataque, disuadido por las formidables defensas del campamento, las empalizadas y las torres bien guarnecidas y la artillería. Además, a los pompeyanos les resultaba inquietante la inactividad del enemigo y temían que César estuviera tendiéndoles una trampa. Sin embargo, Escipión consiguió animar a sus hombres declarando que César tenía miedo de enfrentarse a ellos. Poco después llegó un convoy de Sicilia que traía las legiones decimotercera y decimocuarta, junto con ochocientos jinetes galos y mil soldados de infantería ligera. Aparte de estas tropas experimentadas, el barco también transportaba suficiente grano para aliviar los problemas más inmediatos de César respecto a los víveres. Las defecciones y deserciones del enemigo continuaron y la noche del 25 de enero, César de repente lanzó una ofensiva saliendo con su fuerza principal del campamento. Al principio se alejaron del enemigo hasta dejar atrás la ciudad de Ruspina para a continuación dar media vuelta y avanzar tomando posiciones en una hilera de colinas desde la que amenazaban las líneas de los pompeyanos. Se produjeron varias escaramuzas para hacerse con las colinas y al día siguiente hubo un combate entre las caballerías de envergadura algo mayor que ganaron los hombres de César. La mayoría de los númidas de Labieno huyeron, pero su retirada dejó al descubierto a los guerreros germanos y galos que servían con él y muchos de ellos perdieron la vida. Ver cómo los jinetes se daban a la fuga desmoralizó al resto del ejército. A la mañana siguiente, César avanzó hasta la ciudad de Uzita, la principal fuente de agua potable de los pompeyanos en aquel momento.

Metelo Escipión respondió adelantándose en orden de batalla para enfrentarse a él, pero ninguno de los dos bandos quiso forzar la situación y entablar batalla.15

LA BATALLA DE TAPSO, 6 DE ABRIL DE 46 A.C.

Metelo Escipión también había recibido ya refuerzos porque juba había dejado a uno de sus oficiales y a una poderosa fuerza para contener a Sitio y había traído consigo tres de sus «legiones», ochocientos jinetes de caballería pesada y grandes cantidades de jinetes númidas y de infantería ligera para sumarlos a las tropas pompeyanas. El rumor de la llegada del rey se había propagado por todo el campamento de César, y el formidable poderío militar de sus hombres había ido multiplicándose cada vez que se contaba el rumor. Suetonio afirma que César decidió dirigirse a los hombres, con total naturalidad, diciéndoles:

> Dejadme que os diga que en un par de días el rey estará aquí con diez legiones, treinta mil jinetes, cien mil especialistas en escaramuzas, más trescientos elefantes. Bien, ahora algunos de vosotros ya podéis dejar de hacer preguntas o suposiciones y creerme, porque yo tengo todos los datos al respecto. Si no, podéis estar seguros de que ordenaré que los metan en alguna carraca y que se larguen a cualquier tierra adonde les lleve el viento.

El tono fue similar al empleado en Vesontio, una combinación de absoluta confianza en sí mismo y ligera irritación al notar que su fe en él y el respeto por la disciplina había flaqueado. Es posible que el hecho de que exagerara los efectivos de las tropas reales resultara beneficioso, porque al conocer el auténtico tamaño de los refuerzos del enemigo es probable que los soldados se sintieran aliviados. En la etapa

posterior de la campaña tuvieron lugar unas maniobras en torno a Uzita.Ambos bandos se disputaban una área de terreno elevado entre las posiciones, pero un intento de Labieno de tender una emboscada a la vanguardia de César fracasó debido a la falta de disciplina por parte de sus tropas, que se negaron a aguardar pacientemente a que llegara el enemigo. Los cesarianos los arrollaron con facilidad y levantaron un campamento en la colina. Cuando la fuerza principal se retiró al campamento al anochecer, los pompeyanos lanzaron un súbito ataque con la caballería, pero fue repelido. Las refriegas prosiguieron y los hombres de César emprendieron la construcción de unas líneas de fortificación concebidas tanto para restringir la libertad de movimientos del enemigo como para amenazar la ciudad.

Poco después, llegó a oídos de los cesarianos que se había avistado otro convoy de refuerzos que se aproximaba a Ruspina. Se produjo un retraso de varios días porque confundieron unos barcos de guerra de César que estaban esperando para escoltarlos con una fuerza enemiga, pero finalmente la confusión fue aclarada y las legiones novena y décima desembarcaron. Recordando el papel de estos últimos en el motín de Italia, César vio la oportunidad de dar un castigo ejemplar a algunos de sus cabecillas. Uno de ellos, el tribuno Avieno, con una actitud puramente egoísta, había insistido en llenar toda una nave con sus propios ayudantes y artículos domésticos y bagaje, un acto especialmente estúpido cuando se necesitaba el espacio para guerreros y suministros imprescindibles. César le dio de baja y lo envió de regreso a casa con deshonor, junto con otro tribuno y varios centuriones que habían realizado asimismo actos reprobables. Cada uno

de ellos fue autorizado a llevar sólo un esclavo consigo. César contaba ahora con sólo diez legiones, la mitad de las cuales eran formaciones veteranas. Más soldados pompeyanos desertaron para unirse a él y consiguió persuadir a algunos Ederes tribales de Getulia de que se rebelaran contra el rey juba, que se vio obligado a destacar parte de sus tropas para enfrentarse a ellos.1ó

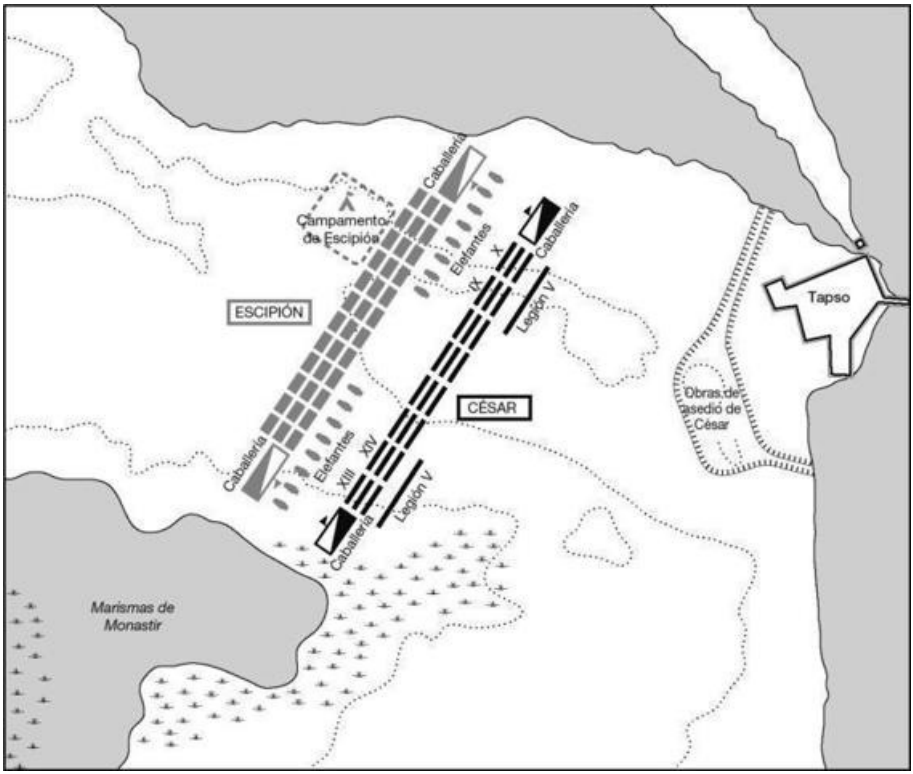
Las fortificaciones frente a Uzita estaban listas, pero, aunque algunos días más tarde ambos bandos formaron en orden de batalla a una distancia de apenas medio kilómetro entre sí, ninguno quiso forzar la batalla. Se produjo una escaramuza entre la caballería y las tropas de infantería ligera, en la que los pompeyanos obtuvieron la ventaja. Los ejércitos continuaron enfrentándose el uno al otro a las afueras de la ciudad y César dio instrucciones a sus hombres de que ampliaran las líneas de fortificación. Se recibió noticia de que un tercer convoy de refuerzos se estaba a África, pero esta vez los pompeyanos habían sido alertados de su presencia y capturaron o destruyeron parte de las naves bélicas de César que habían sido enviadas a escoltar los transportes en el último tramo de su viaje. Cuando lo supo, César dejó al ejército en Uzita y recorrió a galope tendido los diez kilómetros que le separaban de la costa donde se encontraba Leptis. Poniéndose al frente de uno de sus escuadrones, persiguió y derrotó a las naves enemigas. Aunque no se especifica nada al respecto, es posible que el rumor original fuera falso y que las legiones séptima y octava no hubieran alcanzado a César antes de que la campaña quedara decidida.

Obtener suficientes víveres para el ejército seguía siendo un gran problema. Al averiguar que era costumbre local enterrar

reservas de alimento, César salió con dos legiones en una expedición destinada a encontrar tantos de estos escondites como fuera posible. Los desertores le habían informado asimismo de que Labieno estaba planeando una emboscada, por lo que, en el curso de los siguientes días, envió nuevas partidas a buscar víveres por las mismas rutas, para conseguir que Labieno se confiara. Entonces, un día, antes de que despuntara el alba, mandó a tres legiones veteranas con respaldo de caballería a rastrear y dar caza a los emboscados. El enemigo fue contenido, pero el problema de suministro no había disminuido. Los sucesivos refuerzos habían fortalecido mucho el ejército cesariano, pero, inevitablemente, había incrementado el número de bocas que era necesario alimentar. No había logrado forzar a los pompeyanos a librar batalla en las condiciones de su elección y no había perspectiva inmediata de tomar Uzita y arrebatarle al adversario su principal fuente de agua potable. César decidió que no había posibilidades de sacar provecho de permanecer donde estaba. Tras incendiar su propio campamento, su ejército partió en las primeras horas de la mañana, deteniéndose cerca de la ciudad de Agar, desde donde envió numerosas partidas en busca de provisiones que consiguieron recopilar considerables cantidades de grano -aunque en su mayor parte era cebada, más que trigo- y otros tipos de alimento."

Los cesarianos intentaron sorprender a una partida recolectora enemiga -a los pompeyanos también les estaba resultando dificil alimentar a una concentración tan numerosa de tropas-, pero César se replegó cuando vio que se aproximaban unas huestes que llegaban en su ayuda. La marcha prosiguió y, durante el avance del ejército, los jinetes

númidas hostigaban una y otra vez a los legionarios de César, por lo que a menudo era necesario hacer un alto para rechazarlos. Estos ataques fatigaban a los soldados y entorpecían seriamente la marcha. En un momento dado, la columna sólo fue capaz de cubrir cien pasos (unos treinta metros) en cuatro horas. César situó a la mayoría de su caballería detrás de su infantería y descubrió que de ese modo las legiones lograban progresar a un ritmo regular, puesto que los jinetes enemigos siempre se retiraban cuando se aproximaban demasiado. Siguió adelante, pero, aun así, cuando consiguió encontrar un terreno adecuado para levantar el campamento, la noche ya había caído. A lo largo de las siguientes jornadas, barajó la posibilidad de adiestrar a sus hombres y desarrollar nuevos métodos de instrucción para hacer frente a este estilo de lucha. A pesar de su retirada, las ciudades continuaban abandonando la causa pompeyana y uniéndose a él, aunque en una ocasión juba averiguó las intenciones de los habitantes y asaltó el lugar, masacrándolos a todos antes de que César pudiera enviar una guarnición. El 21 de marzo, el ejército cesariano celebró una lustratio, la ceremonia de purificación ritual que las tropas llevaban a cabo todos los años, dato que menciona el autor de La Guerra de África, a diferencia del propio César, que en los Comentarios no hace ninguna referencia a tal hecho. Al día siguiente ofreció batalla, pero la oferta fue declinada y continuó la marcha.



Batalla de Tapso.

Como parte de este nuevo estado de cosas, César dio instrucciones a cada legión de que mantuviera a trescientos hombres en orden de batalla y listos para actuar como estrecho respaldo de la caballería, de modo que estas tropas ayudaran a rechazar a los jinetes númidas que les perseguían. Alcanzó la ciudad de Sarsura y la tomó al asalto, apoderándose de importantes reservas de grano que habían sido acumuladas por el enemigo. Escipión no hizo ningún esfuerzo por impedírselo. En vista de que la siguiente localidad ocupada por el enemigo era demasiado poderosa para ser tomada con un asedio formal, César dio media vuelta y acampó en la vecina Agar, donde resultó vencedor en una acción de caballería pese a que sus tropas eran muy inferiores

en número. De nuevo ofreció batalla, pero los pompeyanos rehusaron descender del terreno elevado que ocupaban y no hubo enfrentamiento, ya que César no estaba dispuesto a colocar a sus hombres en una posición de desventaja atacándoles donde estaban. El 4 de abril volvió a emprender la marcha a primera hora de la mañana y pudo cubrir los veinticinco kilómetros que le separaban del pueblo costero de Tapso e iniciar el sitio. Escipión salió en pos de ellos y dividió sus fuerzas entre dos campamentos a unos trece kilómetros de la población. Con el mar a un lado y una gran laguna de agua salada al otro, los dos accesos principales a la ciudad eran estrechos. Anticipándose al enemigo, César ya había erigido un fortín que bloqueaba la ruta más evidente. Al ver desbaratados sus planes, Escipión dirigió a sus hombres en una amplia marcha nocturna alrededor del lago para acercarse a Tapso desde el otro lado, utilizando una estrecha lengua de tierra de menos de dos kilómetros y medio de ancha. Llegó la mañana del 6 de abril. Al parecer, juba y Afranio permanecieron en el campamento con sus fuerzas para cerrarle el paso a César.`

César dejó a dos legiones de reclutas en sus líneas de asedio y se puso al frente del resto, que hizo formar en el clásico orden de batalla de las triplex acies delante de Escipión. Estacionó a las formaciones veteranas, con el respaldo de arqueros y honderos, en los flancos: la décima y novena a la derecha y la decimotercera y decimocuarta a la izquierda. Como protección añadida, en especial contra los elefantes del adversario, escindió la legión quinta Alaudac en dos partes y las empleó para crear una cuarta línea adicional de cinco cohortes detrás de cada una de las alas. Tres de las legiones

más novatas -no se nos dice cuáles- constituían el centro. La caballería se situó, como era habitual, en las alas, aunque en ese estrecho pedazo de terreno había poco espacio para maniobrar. Esta restricción afectaba aún más a los pompeyanos, cuyos jinetes eran más numerosos, si bien es probable que el grueso de los númidas se hubiera quedado con Juba. En una acción bastante insólita, César dio instrucciones a varios de sus barcos de guerra de que utilizaran el canal para amenazar la retaguardia del ejército enemigo una vez que la batalla hubiera comenzado. Nuestras fuentes brindan escasos detalles acerca del despliegue de los pompeyanos, ni ninguna cifra fiable del número de tropas que acompañaban a Escipión, a diferencia de la información sobre las que permanecieron junto a juba y Afranio. Es probable que el despliegue fuera convencional, con la caballería en las alas, las legiones en tres líneas y los elefantes delante, seguramente agrupados a cada flanco. Era una buena oportunidad para César. Los pompeyanos habían dividido sus fuerzas y tomaron posiciones en un terreno que permitía únicamente un encuentro cara a cara en el que las tropas más experimentadas de César tenían más posibilidades de imponerse. Sus legionarios estaban deseosos de atacar y se sentían seguros de obtener la victoria. La mayoría de sus oficiales le instaron a dar enseguida la señal de avance. César podía percibir su entusiasmo mientras recorría la línea para alentarlos. Aun así, el autor de La Guerra de África nos dice:

> Mientras César dudaba y resistía a su desorbitado deseo, no agradándole que se luchara haciendo una brusca y clamorosa salida y asimismo conteniendo al ejército, de pronto, en el ala derecha, el corneta, obligado por los

soldados, sin ordenarlo César, empezó a tocar. Tras este hecho, todas las cohortes empezaron a atacar al enemigo, aunque los centuriones se habían opuesto presentando sus pechos y conteniendo con violencia a los soldados para que sin orden del general no fueran contra el enemigo ni avanzaran nada.

Y después César, que de ningún modo podía resistirse a los ánimos excitados de los soldados, dada la contraseña de «suerte» [felicitas], decidió dirigirse contra el enemigo atacando a los jefes.`

La confianza del ejército estaba justificada: los pompeyanos no lograron hacer frente a este repentino ataque y fueron aplastados a toda velocidad. Plutarco presenta otra versión de la historia, en la que alega que, cuando la batalla estaba a punto de comenzar, César sintió que iba a su frir un ataque epiléptico y que tendrían que llevarlo a un lugar refugiado, lo que provocó que el avance tuviera un inicio confuso. En contados casos se relatan episodios concretos de ataques epilépticos y es la única vez que se sostiene que su epilepsia interfirió en su capacidad de mando.`

Los elefantes que atacaban el flanco derecho de César fueron presa del pánico al verse bajo la lluvia de proyectiles de los escaramuzadores y salieron en estampida a través de sus propias líneas. Toda el ala derecha pompeyana se desmoronó y todos los intentos de volver a formar fracasaron a causa de la feroz persecución. El ánimo de los legionarios de César era sombrío y asesinaron con menos escrúpulos de lo que lo habían hecho tras Farsalia. Querían que la guerra terminara y no deseaban ver cómo se otorgaba el perdón y se ponía en libertad a los prisioneros para que se lanzaran de nuevo sobre

ellos. El propio César ya había ordenado ejecutar a un pompeyano a quien había amnistiado durante la rendición en Hispana en 49 a.C., pero que había sido apresado por segunda vez. Esa era su política habitual: perdonaba a un hombre una vez, pero lo ejecutaba si había elegido seguir peleando a pesar del indulto. En Tapso, sus soldados no se preocuparon de tales distinciones y muchos pompeyanos murieron cuando trataban de rendirse. Los legionarios llegaron incluso a eliminar a varios oficiales de César cuando intentaron detener la matanza. Al final del día diez mil pompeyanos habían perecido frente a poco más de cincuenta heridos en el bando de César. Los principales cabecillas enemigos escaparon, pero la mayoría moriría en las próximas semanas. Afranio y Fausto, el hijo de Sila, fueron capturados por Sitio y entregados a César, que los mandó ejecutar, pero en algunos casos -por ejemplo, en el de Lucio César, el hijo de su primo y legado- no se sabe con certeza si ordenó las muertes personalmente o si la decisión partió de sus subordinados. Petreyo y el rey juba acordaron un pacto de suicidio algo extraño, enfrentándose en un duelo a muerte. Las versiones acerca del resultado varían dependiendo de fuente a fuente, pero lo más probable es que fuera el romano el que matara al númida y luego, con ayuda de un esclavo, se atravesara con una espada. Metelo Escipión huyó por mar, pero se quitó la vida cuando sus naves fueron interceptadas por un escuadrón cesariano que salió tras él. Entre los pocos que escaparon se encontraba Labieno, que logró abrirse camino hacia Hispana donde se reunió con los hijos de Pompeyo, Cneo y Sexto.21

Catón estuvo al mando de la ciudad de Útica a lo largo de

toda la campaña africana, por lo que no había estado presente en la derrota. Desde luego llama la atención el pequeño papel desempeñado por Catón en las operaciones militares de la guerra civil. Los fugitivos pronto trajeron noticias del desastre y anunciaron que los hombres de César llegarían pronto. Catón consultó con los romanos de la ciudad, trescientos de los cuales se habían constituido en un consejo a instancias suyas, pero se dieron cuenta de que fuera cual fuera su resolución había escasas perspectivas de continuar luchando. La elección pasó a ser pues huir, rendirse o cometer suicidio. Después de la cena, que, a partir de Farsalia había rehusado tomar recostado del modo apropiado y ahora ingería sentado, se retiró a sus aposentos. (No era el primer gesto de ese tipo que hacía, porque se dice que se había negado a afeitarse o cortarse el pelo desde que estalló la guerra civil). Se quejó cuando se percató de que su hijo y sus servidores le habían despojado de su espada, e insistió en que se la devolvieran, pero después retornó a su lectura. La elección de la obra era significativa, el Fedón de Platón, una discusión sobre la inmortalidad del alma, pero durante su vida siempre se había dedicado a estudiar filosofía. Por fin, sin previo aviso, dejó de leer, tomó su espada y se la clavó en el estómago. La herida era grave, pero no le mató de forma instantánea y, cuando oyeron el alboroto, su hijo y los esclavos se precipitaron hacia su habitación. Llamaron a un médico que limpió y vendó la herida. Sin embargo, nunca le había faltado deteminación o valor y, cuando se marcharon, se abrió los puntos y empezó a arrancarse las propias entrañas. Murió antes de que pudieran dominarlo. Tenía cuarenta y ocho años. Cuando lo supo, César dijo que le molestaba enormemente haber perdido la

oportunidad de perdonar a su más acérrimo opositor, pero en gran medida Catón había actuado así por el deseo de evitar la compasión de su enemigo. Menos de tres años y medio después de cruzar el Rubicón, la mayoría de los líderes que habían obligado a César a dar ese paso estaban muertos y de los supervivientes prácticamente todos habían renunciado a luchar. El derramamiento de sangre todavía no había finalizado del todo, ya que un año más tarde habría otra campaña en Hispania, con enfrentamientos todavía más salvajes. Cuando comenzó la guerra civil, sus adversarios se habían equivocado al pensar que César no pelearía y, después, al creer que los enormes recursos a su alcance suponían que su victoria estaba asegurada. Contra toda expectativa, César había ganado la guerra civil y ahora quedaba por ver si podría lograr la paz y elaborar un acuerdo duradero. Esa era la prioridad, pero antes, como en Asia, tenía que pacificar la región. Como siempre, las comunidades que habían apoyado a los pompeyanos tuvieron que pagar multas punitivas, mientras que los que respaldaron su causa fueron recompensados. Probablemente en esa misma época tuvo una aventura con Eunoe, la esposa del rey morisco Bogud. No se marchó de África hasta junio, casi cinco meses y medio después de desembarcar."

XXII
DICTADOR, 46-44 A.C.

Porque los fines de las guerras civiles siempre son de manera que no solamente se hace lo que quiere el vencedor, sitio que también se ha de contemporizar con aquellos que fueron parte para que se alcanzase la victoria.

CICERÓN, diciembre, 48 a.C.[1]

César, a su vuelta de Roma después de vencer a todos, perdonó a cuantos habían tomado las armas contra él -esta actitud es increíble.

VELEYO PATERCULO, a principios del siglo I d.C.[2]

César llegó a Roma cerca del final de julio de 46 a.C. El Senado ya había aprobado por votación la impresionante cantidad de cuarenta días de acción de gracias en su honor por su última victoria, que, con mucha diplomacia, consideraron que había tenido lugar sobre el rey juba y no sobre sus aliados romanos. Era el doble de los días que se habían otorgado incluso por la derrota de Vercingetórix. Catorce años antes, César había renunciado al derecho a celebrar un triunfo en su lucha por el consulado. Ahora, tras semanas de frenéticos preparativos, celebró nada menos que cuatro triunfos, sobre la Galia, Egipto y el Nilo, Asia y el rey juba y África. En su larga carrera, Pompeyo había triunfado tres veces y es probable que la mayoría fuera consciente de que César estaba conmemorando victorias obtenidas asimismo en los continentes de Europa, África y Asia, al igual que había hecho su gran rival. Las celebraciones comenzaron el 21 de

septiembre, pero no se festejaron en días consecutivos, por lo que duraron hasta el 2 de octubre. La magnitud de las celebraciones era grandiosa, con desfiles de prisioneros, incluyendo a Vercingetórix, el hijo de Juba (sólo un niño) y la hermana de Cleopatra, Arsinoe. Se cree que esta última inspiró piedad a la multitud y ella y el chico se salvaron del destino que le aguardaba al cabecilla galo, que murió estrangulado ritualmente al final del triunfo galo como era tradicional. La tradición -ciertamente la tradición reciente- fue modificada con una serie de privilegios especiales que se concedieron a César. Uno de los más famosos fue el derecho a ser precedido por hasta setenta y dos lictores. Por lo general, un cónsul era atendido por una docena de ellos y un dictador por veinticuatro, y la cifra parece que pretendía reflejar que César había ocupado este último cargo tres veces: seis veces el número que solía asistir a un cónsul y tres la cantidad concedida a un dictador. Además, basándose en precedentes del ya distante pasado de la República, César montó en un carro tirado por caballos blancos. Sin embargo, si creemos a Suetonio y Dión, en un momento del primer triunfo -el triunfo sobre la Galia- el eje de su carro se rompió y tuvo que finalizar la procesión en un repuesto que se hizo traer con precipitación. Quizá para expiar este mal augurio, al final de la ceremonia César subió de rodillas las escaleras del Templo de Júpiter en el Capitolio. Plinio nos cuenta que César siempre pronunciaba una fórmula mágica antes de partir hacia cualquier sitio en un carro de batalla debido a un accidente previo, pero es indudable que en esta ocasión no ejerció el efecto deseado.'

En todas las procesiones desfilaron varios carros que

transportaban los botines del saqueo infligido a los enemigos, normalmente armas y armaduras, así como plata, oro y otros objetos preciosos. Otros portaban pancartas con eslóganes - incluyendo el famoso Ven¡, vidi, vicio listas de logros. Con frecuencia se ha sugerido que la cifra aportada por Plinio de 1.192.000 enemigos asesinados por César durante sus campañas derivaba de sumar las bajas sufridas por sus enemigos proclamadas durante sus triunfos. Cuantificar la victoria siempre había sido importante para la competitiva aristocracia de Roma. Otra tradición era mostrar cuadros de escenas notables de las campañas, y los triunfos de César incluían muchos. Oficialmente celebraba la derrota sobre los enemigos extranjeros de la República y no se mencionaba o se mostraba ninguna imagen relacionada con Pompeyo y Farsalia. Se cuenta que había cuadros de Metelo Escipión quitándose la vida con su espada y de Catón desgarrando su propia herida. Su visión provocó quejas entre la muchedumbre y a veces se ha juzgado como una grosera exhibición de júbilo por la derrota de sus enemigos que contrastaba con su típico énfasis en la clemencia. Sin embargo, las fuentes no sugieren que ver dichas imágenes despertara hostilidad hacia César, y los recordatorios de las pérdidas humanas y el horror de la guerra civil sugerían sin duda la conveniencia de aceptar el nuevo régimen simplemente para evitar más conflictos. Los soldados que marchaban en la procesión adornados con sus condecoraciones y su mejor equipo desde luego no tenían ningún escrúpulo acerca de resultar ofensivos. La tradición establecida les autorizaba a cantar no sólo sobre sus propias hazañas en la contienda, sino también a entonar rimas subidas

de tono a costa de su comandante, porque el día del triunfo la disciplina militar se relajaba. Los veteranos de César cantaron sobre sus amantes en las Galias, afirmando que había derrochado con ellas los fondos que le había asignado la República y alertaron a los romanos de que «encerraran bajo llave a sus esposas» porque traían con ellos al «adúltero calvo». Bromearon diciendo que aunque normalmente las fechorías son castigadas, César, por el contrario, se había erigido en el dueño de Roma desafiando al Senado. Otro verso evocaba la antigua habladuría sobre su época en Bitinia:

> César subyugó las Galias; Nicomedes a César. Aquí tenéis a César honrado con los honores del triunfo por haber doblegado a la Galia; Nicomedes, en cambio, no recibe estos honores a pesar de haber doblegado a César.'

Este fue el único comentario difamatorio que molestó a César y, al poco, prestó un juramento público en el que negaba que hubiera algún asomo de verdad en tal alegación. Dión afirma que esa decisión sólo sirvió para hacerle quedar en ridículo.'

En los días entre las procesiones triunfales se organizaron magníficos festines públicos, con al menos veintidós mil mesas provistas de los más exquisitos bocados y los mejores vinos. Al caer la noche, tras el banquete final, César regresó a casa a pie en una procesión cuyo progreso fue iluminado por veinte elefantes que transportaban enormes antorchas.También se celebraron actuaciones teatrales y en una de ellas César insistió en que el famoso dramaturgo ecuestre Décimo Laberio saliera a escena a actuar, a lo que Laberio accedió contra su voluntad, pero luego tuvo la satisfacción de ver cómo el público se volvía hacia César

cuando pronun ció la frase: «Aquel al que muchos temen, debe por tanto temer a muchos».Tras el espectáculo, Laberio recibió una recompensa de quinientos mil sestercios y un anillo de oro como símbolo de la restauración del estatus de équite al que se había visto forzado a renunciar al aparecer sobre el escenario, pues la interpretación no era considerada una actividad apropiada para un ciudadano acomodado. Aparte del teatro, hubo competiciones deportivas y atléticas y -puesto que César por fin celebró los juegos funerarios en honor de Julia que había prometido años atrás- luchas entre gladiadores. Se organizaron carreras de carros en el circo y se construyeron sedes temporales para las competiciones de atletismo en el Campo de Marte y algunas de las peleas de gladiadores en el Foro. No obstante, la magnitud de tales espectáculos era tan inmensa que unos cuantos combates se desarrollaron en otro lugar. Se dedicaron cinco días a las luchas de fieras, en las que murieron cuatrocientos leones, así como varias jirafas, animales que nunca antes se habían visto en Roma. Además de los habituales pares de gladiadores, hubo una batalla entre dos ejércitos compuestos por quinientos hombres a pie, treinta jinetes y veinte elefantes. Otra versión sostiene que los veinte elefantes y sus jinetes lucharon entre sí por separado.A esto se sumó una batalla naval librada en un lago que se creó para la ocasión en la orilla derecha del Tíber. Todas esas celebraciones aspiraban a ser más grandes y más espectaculares que ninguna otra que Roma hubiera presenciado jamás.

La ciudad estaba abarrotada de hordas de gente que había acudido a ver las celebraciones. Muchos se alojaron en tiendas que plantaron en el primer espacio libre que encontraron y

Suetonio afirma que varias personas, entre ellos dos senadores, fueron aplastadas hasta la muerte por la multitud que se apiñaba en esos grandiosos actos. El coste fue astronómico, no sólo por la organización de los entretenimientos y las procesiones, sino también debido a la generosidad más directa que los acompañaba: al acabar los triunfos, César entregó cinco mil denarios a cada uno de sus soldados, más de lo que un legionario ganaría si sirviera durante un periodo de dieciséis años enteros en el ejército. Cada uno de los centuriones obtuvo diez mil, mientras que los tribunos y los prefectos, la mayoría de los cuales eran équites, recibieron veinte mil por cabeza. En todos los casos, es probable que fuera más de lo que había prometido a sus hombres durante la guerra civil. Sin embargo también supo extender su generosi dad a la población civil y sobre todo a los más pobres de Roma, cada uno de los cuales recibió cien denarios, además de regalos de trigo y aceite de oliva.A algunos de los soldados les enfadó este gesto, que vieron como un reparto innecesario de la riqueza que ellos habían ganado. Sin duda la bebida y la atmósfera de libertad contribuyeron asimismo a este descontento, que desembocó en disturbios. César nunca había estado dispuesto a volverse atrás ante un motín y en aquella ocasión su actitud fue la misma: comenzó haciendo ejecutar a uno de los alborotadores, mientras que otros dos fueron decapitados ceremonialmente por el colegio de pontífices y el Flamen Martialis (el sacerdote de Marte). El ritual, cuyo significado exacto se nos escapa, tuvo lugar en el Campo de Marte, pero las dos cabezas fueron trasladadas al Foro y se exhibieron cerca de la Regia. Se restableció el orden y el periodo de celebraciones fue un tremendo éxito. César

siempre había tenido talento para el espectáculo y había pensado no sólo en la ostentación, sino también en la comodidad de la muchedumbre. En diversos espectáculos se levantaron toldos de seda para resguardar al público del sol.'

RECOMPENSAS Y ACUERDOS

En general el pueblo se había regocijado con los triunfos, las celebraciones y los juegos de César, aunque Dión sostiene que algunos ciudadanos se escandalizaron ante el excesivo derramamiento de sangre de las luchas de gladiadores. A los romanos les molestaba el hábito del dictador de leer y dictar cartas a sus secretarios mientras veía estos espectáculos, pero sirve de indicativo de la gran cantidad de asuntos que requerían su atención. César no había librado la guerra civil con el fin de reformar la República y, pese a lo que Cicerón, entre otros, declaró más tarde, no existe ninguna prueba de que aspirara a retener el gobierno supremo durante buena parte de su vida. Había deseado un segundo consulado y, sin duda, había planeado un programa legislativo para sus doce meses de mandato, pero, en vez de aplicar ese programa, se había visto obligado -al menos desde su punto de vista- a iniciar la guerra civil, y su victoria le había investido de mucho más poder. Su tercer consulado en 46 a.C. fue seguido por un cuarto y un quinto mandatos en los años 45 y 44 a.C. respectiva mente, y durante la mayor parte de ese periodo, fue también dictador y disfrutaba de varios derechos adicionales que le había concedido el Senado. No permaneció en Roma todos estos años, ya que la última campaña de la guerra civil le llevó a Hispana en noviembre de 46 a.C. y no regresó a Italia hasta el verano siguiente. Considerando estas ausencias, resulta aún más asombroso constatar la inmensa escala y

alcance de las leyes y reformas que acometió. César trabajaba sin cesar y, aunque es evidente que sus ayudantes, como Opio y Balbo, se hicieron cargo de gran parte de los pormenores del trabajo de formular las leyes, al parecer los conceptos básicos eran siempre suyos. En un plazo comparativamente tan reducido, no es de extrañar que algunos proyectos nunca llegaran a ponerse en marcha, mientras que muchos otros quedaron incompletos a su muerte. Por otra parte, no siempre es fácil establecer con precisión qué medidas logró introducir y más dificil todavía discernir sus intenciones. Tras su magnicidio estalló una nueva guerra civil entre sus partidarios y sus asesinos, durante la cual es obvio que a ambos bandos les convenía presentar visiones radicalmente diferentes de los objetivos de César a largo plazo.

Para aumentar la confusión, las luchas intestinas acabaron cuando el hijo adoptado de César, Octavio -posteriormente llamado Augusto-, se convirtió en el primer emperador de Roma. Cuando se efectuó la adopción, su nombre formal pasó a ser Cayo julio César Octavio, lo que significaba que tanto si era el propio César o su hijo adoptivo quien aprobaba una ley o fundaba una colonia, estas se denominarían lex Julia o colonia Julia respectivamente. Por tanto, si sólo se ha conservado el nombre sin ninguna indicación respecto a la fecha, con frecuencia es imposible saber cuál de los dos fue el actor real. Es especialmente desorientador porque se sabe que, en algunos casos, Augusto implementó proyectos de César, mientras que en otras cuestiones sus ideas eran muy diferentes. Un análisis detallado de cada posible medida introducida por César requeriría muchísimo espacio y nos desviaría demasiado de nuestro principal propósito, por lo que

lo que presentamos a continuación es una visión general que se centra en las actuaciones generalmente aceptadas como suyas.'

Es evidente que César ejercía un poder inmenso, pero existe escaso consenso entre los expertos en cuanto a sus metas generales. Algunos gustan de verlo como un visionario que intuyó los problemas que amenazaban a la República, se percató de que ese sistema de gobierno sencilla mente no podía hacer frente a las nuevas circunstancias del imperio y comprendió que la única respuesta era una forma de monarquía. Sus planes incluían, pues, no sólo cambios políticos, sino una evolución radical de la relación entre Roma y el resto de Italia, y de ambas con las provincias. Un comentario de César en una carta enviada a Metelo Escipión en el año 48 a.C. en la que declaraba que sólo deseaba «la tranquilidad para Italia, la paz para las provincias, la salvación del imperio» ha sido tomado, en ocasiones, como un claro programa. Por el contrario, aquellos que critican esa opinión lo consideran un vago eslogan que empleó en medio de una guerra civil. Para ellos, César no era un reformista radical ni un visionario, sino un aristócrata profundamente conservador que acumuló poder en una búsqueda de gloria y estatus personal dentro de la República. Motivado por ambiciones tan tradicionales, no tenía las ideas claras respecto a cuál debía ser su actuación una vez se hubo hecho con el control de Roma. Desde este punto de vista, sus numerosas reformas en un amplio abanico de asuntos distintos no eran reflejo de un programa coherente, sino de la ausencia total de un plan general. César tocó de manera superficial tantos ámbitos distintos simplemente porque no sabía qué hacer y lo que

hacía era mantenerse siempre atareado, confundiendo actividad con efectividad. Ambas perspectivas son extremas, y la mayoría de los estudiosos, de forma más razonable, han adoptado una posición intermedia, pero antes de retornar a esta cuestión, será de utilidad revisar los datos probados.'

César no se puso al frente de una República que estaba funcionando con eficacia. La guerra civil había trastornado todo el mundo romano, pero, aun antes, las instituciones del Estado llevaban muchos años luchando por sobrellevar las turbulencias y las disputas políticas, a menudo, violentas. El respeto por la tradición -y el alcance hasta el cual el mismo César lo sentía, no nos interesa demasiado, ya que era consciente de su importancia para muchos otros- tiene que sopesarse frente a la importancia práctica de gobernar efectivamente tan pronto como fuera posible. Asimismo debía tener siempre en cuenta la actuación personalizada tanto respecto a aquellos que habían luchado por él y merecían ser recompensados como a aquellos que se le habían opuesto y que ahora debían ser tratados o bien con generosidad para conquistarlos para su causa o bien ser sometidos a severo juicio. En el otoño de César emprendió un programa de colonización para proporcionar granjas a sus sol dados veteranos. Su intención era utilizar tierra pública o propiedades confiscadas a los muertos o a los pompeyanos incorregibles, pero cuando no bastaban, fue necesario adquirir terrenos a un precio justo. Como le había dicho a los amotinados, César deseaba evitar a toda costa la agitación y las dificultades causadas cuando Sila entregó tierras a sus tropas. Al principio, parece que sólo fueron licenciados aquellos que habían servido el periodo completo -no sabemos

qué proporción del ejército representaban- y el resto tenían que esperar hasta ser desmovilizados en la fecha correspondiente. El grueso del ejército se encontraba en Italia, pero había veteranos asentados en el norte de África y en la Galia Transalpina, donde, por ejemplo, se había ampliado la colonia de Narbo. Del mismo modo que había dado dinero al pueblo de Roma y a los soldados para conmemorar sus triunfos, César incluyó también a los civiles en su programa de colonización. Se crearon varias colonias en las provincias y se planeó la construcción de algunas más como parte de un programa que preveía el reasentamiento de ochenta mil personas. El plan de Cayo Graco de establecer una colonia en el emplazamiento de Cartago se recuperó y otro asentamiento se situó en Corinto, que, como Cartago, había sido destruida por los romanos en el año 146 a.C. En algunos casos, la selección de localizaciones buscaba castigar a aquellas comunidades que habían tomado partido por el enemigo en la guerra, pero era una represalia que no pretendía ser demasiado dura. Todo el programa de colonización exigía un enorme esfuerzo: los supervisores se desplazaban a todas las regiones que se tomaban en consideración y se investigaba cuál era la auténtica titularidad de la tierra antes de identificar las parcelas y de que se diera paso al proceso de asignarlas a los individuos correspondientes. Al parecer, en cada una de las distintas fases, César y sus asistentes se mostraron abiertos a escuchar peticiones de partes interesadas. Cicerón logró una exención para la comunidad de Buthrotum en Epirus en nombre de su amigo Ático, que era propietario de una finca y tenía intereses en la zona. En la medida de lo posible, la intención era satisfacer a los veteranos licenciados y a los

colonos civiles sin causar demasiados problemas en las regiones donde se asentaban las colonias, en especial cuando estas contaban con amigos influyentes.

Entre los políticos populares existía una larga tradición de repartir tierras entre los ciudadanos, que se remontaba más allá de los Gracos. La ley agraria de César había sido la piedra angular de su programa legislativo del año 59 a.C., y ahora que disponía de más libertad, había reanudado la actividad en una escala mucho mayor. Recompensó a sus soldados y asimismo se deshizo de una sección potencialmente volátil de la población romana, a la que otorgó los medios para garantizar su manutención y la de sus familias. Esta actuación le beneficiaba políticamente y situaba a muchas personas en deuda con él, pero, al mismo tiempo, incrementó en gran medida el número de ciudadanos adinerados. No hay razón para dudar de que César -y en efecto muchos de sus contemporáneos- pensara que el programa de colonización fue positivo para el Estado, así como para su propio interés. En 59 a.C. incluso Catón había creído que lo único malo de la reforma agraria de César era el hombre que la presentaba. Sin embargo, la escala de esos proyectos era enorme y no podían acometerse con precipitación. Sólo una pequeña parte de sus planes en este ámbito estaban terminados a la muerte de César. El ambicioso proyecto de desecar los Pantanos Pontinos para proveer de nuevas tierras de labranza de buena calidad no parece que progresara más allá de la fase teórica, pero sugiere que se programaba efectuar más distribuciones de tierras y hacer así un intento masivo de proporcionar sustento a los ciudadanos más pobres. Otro proyecto que no llegó a comenzar fue el plan de desviar el curso del Tíber,

mejorando el acceso al río y protegiendo áreas de la ciudad susceptibles de inundarse cuando las aguas se desbordaban.

Los oficiales militares, en especial los tribunos y los centuriones, se beneficiaron también del reparto de tierras. Los seguidores más distinguidos de César fueron recompensados con cargos de rango superior, lo que implicó una serie de cambios en el modelo tradicional de magistraturas: en 47 a.C. había aumentado el número de pretores de ocho a diez; en el otoño del año siguiente no hubo tiempo suficiente entre su regreso de África y su viaje a Hispana para celebrar la mayoría de los comicios, por tanto, cuando retornó de Hispana en octubre de 45 a.C. enseguida organizó la elección de catorce pretores y cuarenta cuestores para el resto del año, mientras dieciséis pretores y otros cuarenta cuestores tomaron posesión de su cargo el 1 de enero de 44 a.C.A la vez él mismo renunció a su consulado para el año 45 a.C. que había ejercido sin colega, como hiciera Pompeyo en los meses iniciales de 52 a.C. Sus legados Fabio y Trebonio fueron elegidos cónsules sufectos para lo que quedaba de año. Aun que el Senado le había otorgado el derecho de nombrar magistrados, César se contentó con enviar recomendaciones que eran leídas en voz alta en la asamblea en cuestión: «César, dictador, a [el nombre de la tribu]. Recomiendo a fulano y mengano para ocupar la dignidad del cargo por vuestra votación». Al parecer, sus recomendaciones siempre lograron su objetivo y es muy posible que ningún rival se molestara en presentar su candidatura. En cierto modo, esa actuación mantenía las formalidades apropiadas, pero el claro deseo de César de otorgar a numerosos partidarios la dignidad y el estatus de las

altas magistraturas les contrariaban. En una ocasión, Fabio Máximo asistió a ver una obra de teatro; cuando fue anunciado como cónsul, se dice que el público gritó: «¡No es ningún cónsul!». Murió en la mañana de su último día de mandato. César recibió la noticia mientras presidía una reunión de la asamblea tribal, que se disponía a elegir a los cuestores del año siguiente. La interrumpió e hizo que el pueblo fuera convocado como Comitia Centuriata y nombrara un nuevo cónsul. Justo después del mediodía, otro de sus legados de la Galia resultó elegido, Cayo Caninio Rebilo, cuyo periodo como cónsul duró pues unas pocas horas. Unos días más tarde, Cicerón se mofó diciendo que «en todo el consulado de Caninio no hubo hombre que comiese á mediodía.Y más que en todo aquel consulado la República no recibió daño ninguno. Porque ha sido Caninio un cónsul de tanta vigilancia que en todo su consulado no pegó sus ojos». En aquel momento se dice que había instado a todo el mundo a correr a felicitar a Caninio antes de que expirara su mandato. En privado, opinó que el asunto inspiraba más las lágrimas que el ingenio."

Los cónsules que sustituyeron a César casi nunca tenían tiempo para hacer gran cosa dentro de su mandato, aun suponiendo que gozaran de libertad de acción y no que todo lo que se esperara de ellos fuera que lograran que se aprobara su legislación. Sin embargo, obtuvieron la dignidad y los símbolos del cargo. De hecho, en vista de la abundancia de seguidores que debía recompensar y el limitado tiempo disponible, César concedió a diez antiguos pretores estatus consular sin ocupar siquiera la magistratura superior. La renuncia a un cargo y el nombramiento de sustitutos no era

ilegal, pero no tenía precedentes y no contribuía precisamente a aumentar la dignidad del puesto. De forma similar, el drástico incremento de los demás cargos inevitablemente devaluó estos puestos hasta cierto punto, pero en ese caso había más justificación práctica. Sila había fijado el número de pretores en ocho porque convenía para adjudicar suficientes gobernadores a las provincias controladas en aquel momento por la República. Desde su época, el Imperio romano había crecido mucho por medio de las conquistas y las anexiones y había auténtica necesidad de más magistrados para administrar las nuevas provincias. Los elegidos para la cuestura eran inscritos de manera automática como senadores, de modo que el Senado era ampliado en al menos cuarenta nuevos miembros cada año. César recibió asimismo el poder de investir nuevos senadores y de conceder estatus de patricio cuando lo estimara necesario.

Aun antes de las agitaciones y bajas de la guerra civil, la censura no había conseguido funcionar adecuadamente en la práctica, con frecuencia debido a las peleas entre los colegas que ocupaban el puesto. Así se vieron diezmadas las filas del Senado. César nombró cientos de nuevos senadores para compensar las pérdidas y, a continuación, expandió la Casa drásticamente. Sila había duplicado la cifra de miembros del Senado hasta seiscientos, pero, para cuando murió César, había entre ochocientos y novecientos senadores. Unos cuantos eran hombres que habían sido expulsados de sus filas en años anteriores, o cuyas familias habían sido desterradas de la vida pública debido a sus simpatías por la causa de Mario. La mayoría de los nuevos miembros procedían de familias ecuestres establecidas, entre ellas muchas pertenecientes a la

aristocracia local de Italia, pero es posible que hubiera también varios ex centuriones. Había asimismo unas pocas familias ciudadanas de fuera de Italia, incluyendo una serie de galos de la provincia Cisalpina y es probable que también de la Transalpina. En la época circularon algunos chistes sobre cómo los «bárbaros» se quitaban los pantalones para ponerse la toga y alguien pintarrajeó un eslogan en el Foro que proclamaba que sería una buena acción no explicarle a ninguno de los nuevos senadores cuál era el camino hacia la Casa del Senado. Es probable que todos y cada uno de los «extranjeros» añadidos a las listas del Senado dominaran el latín, contaran con una esmerada formación y una cultura muy parecida a la de los aristócratas romanos genuinos."

Puede que algunos de los nombramientos fueran inapropiados, ya que, al fin y al cabo, César dijo a menudo que recompensaría incluso a criminales si le habían ayudado. Varios de los hombres elegidos para los mandos provinciales fueron acusados y condenados más tarde de corrupción y extorsión. Uno fue el futuro historiador Salustio, que había permanecido en África para gobernar la provincia tras la batalla de Tapso. En sus escritos defendió su inocencia y es posible que fuera más ingenuo que corrupto.A otro leal seguidor con una establecida reputación de crueldad César le negó el mando de una provincia y, en su lugar, le entregó una recompensa monetaria. Sin embargo, en general, lo más seguro es que los nuevos senadores de César no fueran muy distintos de los demás miembros de la Casa.Ya en el pasado, los vástagos de muchas de las más antiguas y nobles familias de Roma habían hecho frecuentes exhibiciones de corrupción, mezquindad, incompetencia y muchos otros vicios. Una

acusación más seria podría ser que al ampliar el Senado, César lo había hecho demasiado grande para funcionar con eficacia como foro para el debate. Es posible, por supuesto, pero había tantos asuntos que tratar que sólo una pequeña proporción se debatía realmente en el Senado durante estos últimos años de la vida de César. Más a menudo eran César y sus consejeros quienes decidían las distintas cuestiones a puerta cerrada y después emitían un decreto como si partiera del Senado, incluyendo incluso una lista inventada de asistentes a la reunión. Cicerón se sorprendió al recibir una serie de cartas de dirigentes o comunidades de las provincias que le agradecían haber votado para concederles sus peticiones, dado que, en la mayor parte de los casos, ni siquiera había oído hablar de ellos antes y desde luego no había participado en ninguna reunión para debatir la cuestión. Había tantas cosas que necesitaban atención que, sencillamente, no había tiempo para abordarlas de la manera oportuna, aunque es interesante constatar que César se aseguraba de que sus decisiones fueran presentadas en la correcta forma tradicional, en especial para las comunidades distantes que no tendrían ni idea de que se trataba de una farsa. Opio y Balbo fueron sus dos principales asistentes en dicha tarea y ambos permanecieron fuera del Senado durante toda su vida. Aunque el modo en que se llevaba a cabo era inusitado e inconstitucional, es notable que ni siquiera sus críticos negaran que César y a sus asociados tomaron, por lo general, buenas y sensatas decisiones administrativas.12

Cicerón era un representante de un alto número de antiguos pompeyanos que habían sido perdonados por César y ahora formaban parte del Senado -al menos cuando se

reunía de verdad- junto a sus parti darlos. Al principio, decidió no participar en los debates, dedicando su energía a escribir en vez de a la vida pública. Bruto, el hijo de Servilla, era otro de esos hombres, aunque prefirió ser más activo y fue enviado por César a gobernar la Galia Cisalpina, probablemente como propretor, a pesar de no haber ocupado todavía la magistratura. Su cuñado Casio aceptó también un puesto de legado en esa misma época. Otros pompeyanos habían dejado la lucha, pero no se habían entregado de forma oficial a César para ser sometidos a juicio y no podían regresar a Italia sin permiso, por lo que aguardaron en el exilio, confiando en que su familia y amigos lograran persuadirle de ser indulgente. Se rumoreaba que le gustaba demorarse a la hora de responder en el caso de sus opositores más virulentos ya que consideraba que el nerviosismo que les producía era un pequeño pago por los problemas que le habían causado. Uno de esos enemigos era Marco Claudio Marcelo, el cónsul para 51 a.C., que había iniciado el ataque concertado contra la posición de César y había azotado al magistrado de Novum Comum. Su participación en la guerra civil que sus acciones habían contribuido a precipitar había sido escasa, pero seguía rehusando escribir a César directamente y, en vez de por él mismo, su caso fue presentado por el suegro de César, Pisón, con el respaldo del primo de Marcelo, el cónsul del año 50 a.C. y el marido de la sobrina nieta de César, además de los demás senadores que asistieron a la reunión. César concedió lo que pedían, lo que movió a Cicerón a romper su silencio y a lanzar un discurso elogioso sobre quien prefería anteponer la «autoridad de este estamento [el Senado] y la dignidad de la República a tu propio resentimiento y desconfianza». Poco

tiempo después pronunció otro discurso -esta vez en el Foro en vez de en el Senado- con el que urgía a aprobar el regreso de Quinto Ligarlo. Plutarco afirma que antes de que comenzara, César declaró abiertamente que Ligarlo era un enemigo que no merecía compasión, pero que, aunque ya había tomado una decisión, escucharía a Cicerón por el mero placer de disfrutar de su oratoria. Al final el discurso le conmovió hasta las lágrimas y dio lugar a un perdón inmediato. Poco a poco, un goteo de pompeyanos, algunos de ellos muy distinguidos, regresaron a Roma y, al menos, varios se reincorporaron a la vida pública. Marcelo no se encontraba entre ellos, porque había sido asesinado por uno de sus sirvientes en una disputa doméstica antes de poder recibir el perdón. Además, un crecien te número de hombres que habían permanecido neutrales fueron convencidos de aceptar un puesto en el Gobierno de César, como el reputado jurista Sergio Sulpicio Rufo, que partió como gobernador a Grecia. Cicerón continuó participando de forma activa en la vida pública y, por un tiempo al menos, fue optimista y aconsejó a César que hiciera más para devolver la República a una condición apropiada.`

ÚLTIMOS RETOQUES

El programa de colonización desplazó a una parte importante de la población romana, pero César también se preocupó de mejorar y regular las condiciones de vida de los que se quedaron en la ciudad. Estudió detenidamente el sistema de reparto de grano gratuito y concluyó que se cometían abusos y estaba mal administrado. Se efectuó un nuevo cálculo de las personas elegibles para recibir el grano a partir de una encuesta de la población urbana que se realizó

calle por calle y de la información proporcionada por los caseros sobre sus inquilinos. La cifra general de perceptores se redujo de trescientos veinte mil a ciento cincuenta mil nombres. El nuevo número se registró y se dispuso que los pretores añadieran nuevos nombres cuando los fallecimientos de los perceptores dejaran vacantes en las listas. Es probable que algunos de la lista encontraran trabajo y salario en los continuos y enormes proyectos de urbanismo de César, la mayoría de los cuales se desarrollaban en torno a la saepta en el Campo de Marte y en su nuevo complejo del Foro. Aparte de sus espléndidos espectáculos y juegos, César también halló otras maneras de beneficiar a Roma y parece probable que su actuación estuviera influida por lo que había visto en las ciudades helenísticas, sobre todo en Alejandría. Otorgó la ciudadanía a todos los médicos o profesores que estuvieran dispuestos a trasladarse a trabajar en Roma. En directa emulación de la famosa biblioteca de Alejandría, dio orden de fundar un centro similar de aprendizaje en Roma, situando a Terencio Varrón, el famoso erudito y antiguo comandante pompeyano en Hispania-, al cargo de la labor de recopilar las obras de literatura en latín y en griego. Otro plan preveía la codificación exhaustiva de la legislación romana, pero es posible que este proceso no comenzara y realmente no concluyó hasta varios siglos más tarde.14

Uno de los proyectos más duraderos de César fue la reorganización del calendario, lo que, de nuevo, revelaba la influencia helenística y en cuyos cálculos el astrónomo alejandrino Sosigenes desempeñó un papel clave. Hasta entonces, el calendario romano había contado con 355 días, se basaba en el ciclo lunar y necesitaba modificaciones

constantes. El colegio de pontífices -entre los cuales César era el de mayor rango- recibió instrucciones de intercalar o añadir meses extra a su discreción con el fin de mantener el año oficial al menos vagamente conectado a las estaciones del año natural. Era un sistema confuso y abierto a la manipulación política, por ejemplo, al ampliar el año de mandato de un asociado. Durante su periodo como procónsul en Cilicia, Cicerón había temido que alguien hiciera algo así y había pospuesto su retorno a Roma. Durante la guerra civil el calendario iba unos tres meses por delante de las verdaderas estaciones. El sistema de César era mucho más lógico y aspiraba a funcionar sin necesidad de efectuar cambios cada año. Ya se había intercalado un mes de unas tres semanas a final de febrero del año 46 a.C.Ahora se añadieron otros dos entre noviembre y diciembre, de modo que el año acabó teniendo 445 días. Así se permitía que el nuevo calendario comenzara el 1 de enero de 45 a.C., lo que se creía que era el momento apropiado del ciclo solar. El calendario juliano tenía meses de longitud variable, pero sumaba un total de 365 días. Cada cuatro años un solo día, en vez de todo un mes, se añadía tras el 23 de febrero. No parece que se le diera su propio número. Este sistema sigue en uso en las iglesias ortodoxas, pero en el siglo xvi fue modificado ligeramente bajo los auspicios del papa Gregorio XIII y este calendario gregoriano es el que seguimos hoy en día. La reforma de César fue práctica y eliminó la confusión y la posibilidad de abuso político. Asimismo sumaba diez días más al año, cada uno de los cuales era considerado un fas o día en el que se podían llevar a cabo negocios públicos, como convocar el Senado o las asambleas. Aun así, hay ciertos indicios de que el

cambio -o más exactamente el hecho de que fuera César quien lo impusiera- contrarió a unos cuantos. Cuando alguien le mencionó a Cicerón que la constelación de Lira iba a ascender al día siguiente, comentó con malicia que era obvio que lo hacía obedeciendo una orden oficial.15

Ciertamente, para César la regulación era un tema importante, en buena medida dentro de la tradición romana. En el pasado se habían aprobado muchas leyes suntuarias con el objetivo de restringir el exceso de lujo entre la élite romana. César introdujo su propia ley suntuaria, que prohibía el uso de literas y vestir ropas púrpura o perlas, excepto por determinados individuos o grupos en días concretos. Tampoco se podían consumir alimentos exóticos y caros y destacó a varios hombres alrededor del Foro para vigilar lo que vendían las tiendas. Hubo incluso historias de soldados que irrumpieron en algunas casas para confiscar alimentos prohibidos de la mesa.A la larga, su ley tuvo un impacto tan pequeño como la legislación anterior. Su propósito era en parte político, para negar a potenciales rivales -o al menos a políticos potencialmente problemáticos- la oportunidad de hacer ostentación de su riqueza o de conseguir apoyo organizando fastuosos entretenimientos. Es posible que también existiera el deseo de que los comerciantes de la ciudad dedicaran más esfuerzo a suministrar bienes esenciales antes que artículos exóticos. Ni siquiera César parece haber tenido muchas esperanzas de que las normas fueran obedecidas cuando él no estuviera. Quizá existía asimismo el deseo de retornar a la tradicional frugalidad, tan a menudo alabada por los romanos, aunque raramente emulada, aunque en ese caso, era más bien irónico que el impulso procediera de

César, conocido coleccionista de perlas y de las bellas artes. Dión sostiene asimismo que deseaba fomentar el incremento de la tasa de natalidad ofreciendo incentivos a las familias con tres o más hijos. Sin embargo, sus restricciones no se dejaron notar únicamente en aquellos con suficientes medios para desear lujos. Los collegia, los gremios de las industrias o áreas particulares de la ciudad que hombres como Clodio habían convertido en bandas políticas, fueron también prohibidos. Las únicas excepciones a la ley eran las asociaciones legítimas: las reuniones en las sinagogas de la población judía de Roma recibieron una exención expresa. Se prohibió que los ciudadanos romanos entre los veinte y los treinta años de edad pasaran más de tres años consecutivos en el extranjero a menos que sirvieran como soldados o en otra capacidad oficial. Se prestó especial atención a los hijos de los senadores, a quien no se permitió marchar al extranjero en absoluto a no ser como miembros del Estado Mayor de un gobernador o con el ejército. El objetivo de ese tipo de leyes no estaba claro, aunque seguramente la restricción impuesta a los jóvenes aristócratas pretendía evitar que se unieran a posibles opositores armados y comprometieran al resto de la familia. Otros proyectos de ley eran mucho más prácticos, se ocupaban de mantener limpias las calles de Roma y de que la administración e infraestructura de la ciudad funcionara como es debido. Las medidas de César tenían un aire popularis, pero las propias reformas no eran radicales. Trató de mejorarla suerte de muchas secciones distintas de la sociedad y se hizo un claro esfuerzo para no complacer a ningún grupo a expensas de otros.`

Roma no era lo único que interesaba a César.

Probablemente recordando la rebelión de Espartaco, aprobó una ley que estipulaba que al menos un tercio de la fuerza laboral de las grandes fincas ganaderas del sur de Italia debían ser hombres libres en vez de siervos. En ocasiones se ha sugerido que elaboró un esquema para las constituciones de los pueblos o municipia de Italia, aunque esta cuestión es objeto de vivo debate. Puede que le preocuparan esos temas y, al parecer, muchas de sus leyes eran también de aplicación en Italia y las provincias. Había dedicado buena parte de su tiempo durante las campañas que luchó en el Mediterráneo a resolver disputas y confirmar o modificar las regulaciones que afectaban a comunidades y monarcas de las provincias. Como hemos visto, en aquellas ocasiones una de las metas fundamentales era recaudar fondos, pero también ansiaba dejar tras de sí regiones estables y pacíficas, aunque sólo fuera porque el descontento podía rápidamente dar lugar a rebeliones que ayudarían a sus enemigos romanos. Al principio de su carrera se había labrado un nombre procesando a gobernadores provinciales corruptos y durante su primer consulado había aprobado una ley que regulaba el comportamiento de estos magistrados. Como dictador añadió nuevas restricciones, entre las cuales una de las más significativas fue establecer su mandato en no más de dos años para un procónsul y sólo doce meses para un propretor. En opinión de Dión, su intención era evitar que otro hombre siguiera su propio ejemplo, pero incluso sus detractores consideraron que la medida era sensata."

LA CAMPAÑA EN OTOÑO DE 46-PRIMAVERA DE 45 A.C.

Un nombramiento imprudente como gobernador precipitó

el último episodio de envergadura de la guerra civil. Quinto Casio Longino había servido en Hispana como cuestor y permaneció allí para gobernar la provincia de Hispana Ulterior tras la derrota de Afranio y Petreyo. Mediante una combinación de codicia y de su desagradable temperamento, consiguió hacerse odiar tanto por los habitantes de la provincia como por sus propias tropas. Eso provocó la rebelión y el motín, y muchos hombres declararon abiertamente que se unirían a los pompeyanos. Casio sobrevivió a un intento de asesinato, pero, a continuación, decidió huir y acabó ahogándose cuando la nave en la que viajaban él y su botín zozobró.Antes de que eso sucediera, César había sido informado de su mal comportamiento y había ordenado su sustitución, pero el daño ya estaba hecho. Los hijos de Pompeyo, Cneo y Sexto, se presentaron al instante en Hispana para conseguir apoyo en esta región que tenía tantas conexiones con su padre. Después de Tapso, Labieno y otros refugiados se unieron a ellos. Al principio, César creyó que el problema era de escasa importancia y confió en que sus legados pudieran encargarse de los pompeyanos sin que su presencia en Hispana fuera requerida. Hacia finales de noviembre de 46 a.C. estimó que eso no era suficiente y partió para ocuparse del asunto en persona. Como hemos mencionado antes, no se había elegido ningún magistrado superior, por lo que César dejó Roma en manos de Lépido como jefe de caballería, ayudado por ocho prefectos nombrados al efecto, aunque gran parte de las decisiones del día a día eran tomadas por Opio y Balbo. En menos de cuatro semanas -Suetonio dice veinticuatro días, pero varias fuentes más dicen veintisiete- llegó al escenario de

la guerra en Hispana Ulterior. Para mantenerse ocupado no sólo llevó a cabo sus asuntos habituales desde el carruaje, sino que también compuso un poema titulado Iter (El viaje). Cneo carecía del talento de su padre como soldado, pero era una persona de una tremenda determinación que ahora se encontraba al frente de un ejército de trece legiones, así como de numerosos auxiliares. Cuando César partió hacia Hispana, se temió que, pese a todas sus victorias, pudiera ser derrotado, porque sólo logró reunir ocho legiones, de las cuales sólo dos -la quinta Alaudae y la décima, sin los soldados ya licenciados- eran consideradas veteranas. Entre los antiguos pompeyanos que habían aceptado a César había también mucho nerviosismo, porque se sabía que Cneo era un hombre irascible. En enero de 45 a.C., Casio -cuñado de Bruto y futuro conspirador- escribió a Cicerón y le expresó su inquietud:

> Pero volviendo á lo de la República, escríbeme lo que en España pasa. No viva yo, si no me da mucho cuidado, y si no querría más conservar el señor antiguo y piadoso que hacer experiencia del bisoño y muy cruel.Ya tú sabes cuán tonto es Cneo: y también sabes cómo tiene por virtud el ser cruel: y sabes cómo siempre le ha parecido que mofábamos de él.Temo no quiera en pago de esto mofar villanamente de nosotros con la espada.`

Uno de los oficiales de César escribió un relato de la campaña conocido como La guerra de Hispana, pero es con diferencia el menos satisfactorio de los libros añadidos a los Comentarios. Muchos de los detalles de estas operaciones no nos interesan, por lo que bastará un breve resumen. Cuando César llegó a Hispana fue informado de que el enemigo

llevaba varios meses asediando la ciudad de Ulia y que esa era la única comunidad importante en el área inmediata que había permanecido leal a él. Para aliviar la presión sobre la localidad marchó de inmediato contra Corduba, la capital de la provincia. Era defendida por Sexto Pompeyo, y sus peticiones de auxilio pronto alejaron a su hermano mayor y al ejército principal de Ulia. Cneo siguió de cerca y hostigó a las tropas de César cuando se prepararon para sitiar Corduba durante el invierno, pero rehusó librar una batalla campal. Las condiciones eran dificiles y desde el principio de la campaña ambos bandos pelearon con extrema ferocidad. Tras decidir que la ciudad era demasiado fuerte y que era inútil permanecer donde estaba, César se retiró y, en cambio, organizó el asedio de Ategua, una ciudad más pequeña. Pompeyo le siguió, pero siguió negándose a entablar batalla. Las obras de asedio avanzaron considerablemente y enseguida resultó evidente que una parte sustancial de la población deseaba rendirse. A continuación, el comandante de la guarnición pompeyana hizo que todos los sospechosos de querer capitular fueran subidos a las murallas y asesinados junto con sus familias. A pesar de todo, Cneo no consiguió ayudarles y, más tarde, la guarnición se rindió el 19 de febrero de 45 a.C. Las defecciones de las comunidades provinciales a César estaban convirtiéndose en algo común, así como las deserciones de los legionarios pompeyanos. Cneo respondió con ejecuciones de sospechosos. Cerca del final del mes, los hombres de César apresaron cuatro exploradores y crucificaron a tres de ellos porque eran esclavos, mientras que el cuatro hombre, un legionario, fue decapitado como correspondía a un ciudadano. Cuan do Pompeyo se replegó,

César le siguió y se dirigió a la ciudad de Urso (hoy Osuna). El enemigo acampó en las proximidades de la ciudad de Munda, a unos diez kilómetros de distancia.19

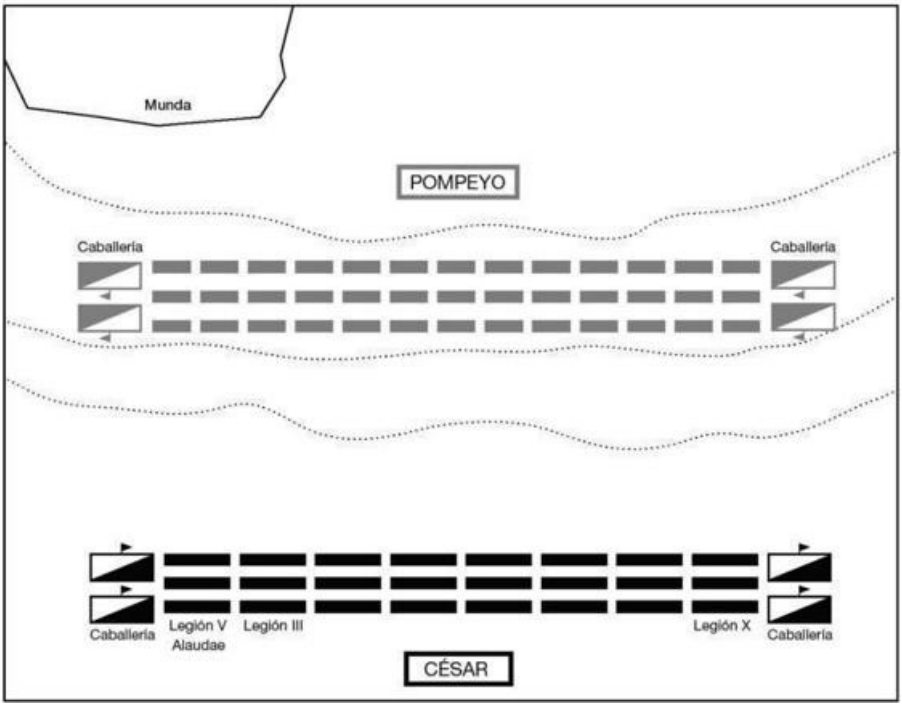
En la mañana del 17 de marzo, Cneo salió con sus tropas del campamento y las desplegó en orden de batalla en la cima de unos montes a las afueras de Munda. César consideró que esa era la oportunidad para librar batalla que había deseado desde el comienzo de la campaña y ordenó a su propio ejército que tomara posiciones en la llanura que se extendía delante de su adversario. Esperaba que los pompeyanos descendieran y lucharan a nivel de suelo, ya que daban muestras de sentirse muy seguros de sí mismos. Sin embargo, Cneo mantuvo a sus hombres en la ladera.A pesar de la desventaja a la que se enfrentarían sus tropas, César decidió atacar. Es probable que los números también estuvieran en su contra, aunque es dudoso que las trece legiones pompeyanas contaran con la totalidad de sus efectivos si se tienen en cuenta las bajas sufridas en anteriores fases de la campaña y la necesidad de destacar a parte de sus hombres como guarniciones. César disponía de bastante más caballería que sus rivales, pero, en principio, el terreno no era favorable. Confió en su suerte y en la habilidad y valor de sus tropas, que, como en Tapso, expresaban su frustración ante cualquier demora. De la manera habitual, la décima estaba a la derecha, la quinta y la tercera -posiblemente la unidad que había servido con él en la Galia y, más tarde, había sido entregada a Pompeyo- en el flanco izquierdo, con cinco legiones más formando el centro. César dio la orden de avanzar, pero el enemigo no le imitó hasta el último minuto, cuando lanzaron un contraataque. La lucha era enconada y por un tiempo

pareció que Cneo obtendría la victoria. En un momento dado, parte de los cesarianos comenzaron a flaquear y hubo peligro de que su línea se desmoronara. Como sucedió en el Sambre años atrás, César estuvo a la altura de la crisis y se precipitó hacia allí. Se dice que avanzó hasta diez pasos de la línea enemiga. Al principio estaba solo, esquivando los proyectiles y deteniéndolos con su escudo, pero después se le unieron los oficiales que se encontraban más próximos y, por último, los legionarios. Esta escena no está incluida en La guerra de Hispania, y sin duda fue exagerándose con el tiempo, pero es un indicativo de la desesperada lucha que se desarrolló en Munda. Según Plutarco, más adelante César afirmó que había peleado muchas veces por la victoria, pero que era la primera vez que luchaba por su vida. La décima fue la primera que logró abrirse paso, haciendo una brecha en el flanco izquierdo del enemigo y sacando provecho de la situación pese a su reducido número. Cneo ordenó a Labieno llevar una legión allí para cerrar el hueco, pero la caballería de César ya estaba envolviendo el otro flanco de los pompeyanos. Aunque se esforzaron para superar esa crisis, todo el ejército acabó dándose a la fuga a toda velocidad. El hecho de que César perdiera unos mil hombres, más que en Farsalia, y una elevada proporción de un ejército que no debía contar con mucho más de veinticinco o treinta mil soldados, atestigua la dureza de la lucha. Se ha dicho que las bajas pompeyanas sobrepasaron la cifra de treinta y tres mil, pero es probable que se trate de una exageración. Los legionarios de César erigieron un trofeo espeluznante coronado con cabezas cortadas a las afueras de Munda, que resistió el sitio durante algún tiempo. Labieno murió en la batalla. Cneo Pompeyo

resultó herido, pero escapó, sólo para ser capturado algunas semanas más tarde. Fue decapitado y su cabeza enviada a César. Sexto huyó al frente de un pequeño escuadrón de barcos, pero en el futuro inmediato no estaba en posición de representar una amenaza significativa. Aunque unos cuantos pompeyanos continuaban peleando, de facto, la guerra civil había terminado.'

Las noticias de la victoria llegaron a Roma aproximadamente un mes después y movieron al Senado a decretar cincuenta días de agradecimientos. También concedieron a César el título de «Libertador» y se proyectó la construcción de un Templo de la Libertad. Además, se determinó que conservara el título de Imperator de manera permanente, mientras que hasta entonces un general sólo había sido saludado así por sus soldados inmediatamente después de una victoria. Permaneció en Hispana durante un tiempo, reduciendo los últimos bastiones que seguían siendo leales a los pompeyanos y reorganizando la provincia. No obstante, encontró tiempo para ocuparse de su habitual flujo de correspondencia y sabemos que cerca de finales de abril escribió a Cicerón para presentarle sus condolencias por la muerte de su querida hija Tulia. Cicerón era una importante figura pública y César tenía mucho interés en fomentar su amistad política, pero en este caso es posible que la carta fuera un gesto más allá de las formalidades requeridas dado que él también había experimentado lo que era perder a una hija. Cicerón sentía mucho más afecto por Tulia que por su esposa o hijo, y nunca llegó a recuperarse verda deramente de esa pérdida. En Hispania, César estaba atareado transformando una serie de pueblos en colonias, en las que había habitantes

de la antigua localidad, así como partidas de veteranos licenciados u otros colonos. Estaba deseoso de recompensar la lealtad de soldados y civiles, de habitantes de las provincias y de ciudadanos. Durante el viaje de regreso, se detuvo varias semanas en la Galia Transalpina, ejecutando similares tareas administrativas y supervisando el progreso de los asentamientos de veteranos de Narbo y Arelate (Arles). Las poblaciones galas de la provincia recibieron estatus latino, lo que significaba que sus magistrados recibían automáticamente ciudadanía romana plena al finalizar su mandato. Marco Antonio se reunió con él en la Galia y el distanciamiento entre los dos se solucionó por completo.



Batalla de Munda.

César no volvió a Italia hasta el final del verano y entonces parece que permaneció fuera de Roma hasta que celebró otro

triunfo a princi píos de octubre. En esta ocasión no hubo ninguna duda de que estaba conmemorando una victoria sobre un rival romano. En un acto sin precedentes, permitió también a dos de sus legados, Quinto Pedio y Quinto Fabio, a quien haría cónsul el resto del año, celebrar triunfos por la campaña en Hispania. A sus detractores del Senado no les gustaron ninguna de estas acciones. Durante su propio triunfo, a César le contrarió que el tribuno Poncio Aquila, el único del colegio de diez, se negara a ponerse en pie a su paso. Aquila era un antiguo pompeyano a quien se le había confiscado parte de sus propiedades, pero, evidentemente, se le había permitido continuar con su carrera pública. Su provocación irritó tanto a César que perdió los estribos y exclamó en tono de burla: «Ea, tribuno Aquila, pídeme ahora que restableza la República». Durante los días siguientes, reacio a dejar correr la cuestión tan fácilmente, se dice que no hizo una sola promesa sin añadir la sarcástica salvedad: «Siempre y cuando lo autorice Poncio Aquila».21

Los honores de César eran ahora excepcionales: fue nombrado dictador para un periodo de diez años y todos los magistrados estaban formalmente subordinados a él; a ese cargo se sumaba el consulado por la parte de cada año que decidiera retener el puesto; pronto ese honor se amplió convirtiéndose en el derecho formal de ocupar el cargo durante diez años. Según Dión, se le otorgaron asimismo los poderes y derechos de un tribuno de la plebe, aunque esto no se menciona en otras fuentes. Además, controlaba todo el ejército romano, así como los fondos de la República. Los honores que accedió a aceptar -que, de acuerdo con lo que Dión nos cuenta, representaban una pequeña fracción de los

que le concedió un Senado adulador- eran abrumadores. Se colocó una efigie de marfil de César en el Capitolio, cerca de las de los reyes, y una en el Templo de Quirino, otro de los nombres del mítico fundador de Roma, Rómulo, lo que divirtió a Cicerón porque existía una leyenda que contaba que Rómulo había sido despedazado por unos senadores y el orador afirmó en broma que le hacía más feliz ver a César con Quirino que con Salus, la personificación de la buena salud y la seguridad. En aquel momento se sentía menos optimista que un año antes, cuando César había perdonado a Marcelo y a otros importantes adversarios. Era evidente que César poseía el poder supremo y no mostraba ninguna intención de contemplar la posibilidad de devolver al Senado toda su libertad de acción. La mayoría de las decisiones clave se adoptaban en privado: las tomaban Opio y Balbo cuando el propio dictador estaba ausente. No es que las decisiones en sí fueran malas, pero lo que le molestaba era cómo y por quién eran tomadas. Para un senador, en especial para alguien que había ocupado la alta magistratura y estaba acostumbrado a desempeñar un papel destacado en los debates, el único modo correcto de abordar los temas importantes era ponerlos en manos del Senado, que, a su vez, debía ser guiado por sus mejores y más distinguidos miembros, fundamentalmente procedentes de la aristocracia establecida, y a los que se sumaban -siempre lo había deseado así- un puñado de hombres nuevos con talento como él mismo. Esa era la tradición y la posición de César era una clara violación de este ideal senatorial.'

Muchos senadores estaban dispuestos a tolerar el excepcional poder de César siempre que continuara la crisis y

la amenaza de que la guerra civil podía reavivarse, pero tan pronto desaparecieron, estaban desesperados por que retornara la normalidad y la preeminencia de su propia clase. Bruto se reunió con César cuando este hizo un alto en la Galia Cisalpina en su camino de vuelta a Italia y sintió que se estaba pasando «al bando de las gentes de bien» (una de esas expresiones que, como la de «los mejores hombres», siempre se referían a los propios aliados y a los que compartían las opiniones del que hablaba). Cicerón pensó que esa opinión era de una absurda ingenuidad. Es probable que César hubiera prometido a Bruto en esa misma reunión la pretura para el año 44 a.C. y el consulado en 41 a.C., tan pronto tuviera la edad suficiente, lo que puede haber contribuido a su entusiasmo. Bruto siempre había mostrado un gran respeto por su tío Catón, pero su consideración se había incrementado notablemente desde que su tío eligiera morir antes que aceptar clemencia como su sobrino. Se divorció de su esposa, que era hija de Apio Claudio -quien había fallecido de muerte natural en los primeros momentos de la campaña macedónica-, para desposarse con Porcia, la hija de Catón. El matrimonio entre primos no era demasiado infrecuente entre la élite de Roma. Porcia era la viuda de Bíbulo, por lo que su asociación con los más acérrimos opositores de César era todavía mayor. En 46 a.C., Bruto escribió un libro titulado Catón, una obra que elogiaba a su tío con extrema pasión. Cicerón opinó que la recopilación de datos se había efectuado de forma descuidada y le molestó que el papel de Catón en el debate sobre los rebeldes catilina ríos se hubiera exagerado, mientras el suyo propio resultaba minimizado. Con todo, a instancias de Bruto, Cicerón fue persuadido para redactar su

propio Catón, que se centró en su virtud personal y su perseverancia más que en su carrera política, ya que deseaba no ofender en exceso a César. Por otra parte, eso era más fácil porque en el pasado Cicerón a menudo había puesto en entredicho el juicio de Catón en la vida pública. Más adelante se sintió encantado cuando le mostraron una carta de César en la que declaraba que había mejorado su estilo literario a través del estudio del libro de Cicerón, mientras que, por el contrario, afirmó que la lectura del Catón de Bruto le había hecho sentirse mejor escritor.23

A pocos meses de su suicidio, uno de los más implacables adversarios de César había sido presentado como el ideal de la virtud aristocrática en dos obras que circulaban libremente y que recibían el elogio general. Una de ellas había sido escrita por un ex cónsul al que se tenía por el mejor orador vivo de Roma, y la otra por Bruto, que era considerado el más destacado y prometedor personaje de su generación. Cuando Sila fue dictador nadie se hubiera atrevido a alabar a uno de sus enemigos de esa forma. Sin embargo, desde el principio, César había declarado que no emularía a Sila y en esta ocasión tampoco se desvió de ese propósito. Cuando los libros salieron a la luz, encontró tiempo para leerlos, pero estaba demasiado ocupado con la campaña contra Cneo Pompeyo para hacer algo al respecto, por lo que ordenó a Hircio que reuniera información y redactara su propio libro criticando a Catón. Tras derrotar a los pompeyanos, César la utilizó como base para escribir su propio Anticatón. La obra se ha perdido, pero es evidente que era muy ofensiva. Sostenía que cuando Catón efectuó la cremación de su hermanastro había adornado su cuerpo con las mejores ropas y metales preciosos,

pero después había hecho tamizar las cenizas para recuperar el oro fundido. Puede que esa denuncia fuera pura invención, pero el estilo de vida de Catón había sido de enorme excentricidad y proporcionaba a César mucho material con el que trabajar. Uno de los episodios más extraños de su vida fue su decisión de divorciarse de la mujer que le había dado varios hijos para que su amigo, el famoso orador Hortensio, pudiera casarse con ella y tener sus propios retoños. Hortensio era fabulosamente rico y cuando murió, poco después, Catón volvió a casarse con la viuda, reanudando así lo que siempre había sido un matrimonio feliz y, al mismo tiempo, incorporando gran número de propieda des y riquezas a la familia. Tal comportamiento era, como mínimo, extraño o -como aseguraba César- tremendamente cínico.

Resulta tentador ver arrebatos de furia personal en el Anticatón, aunque no hay que olvidar que, a menudo, la invectiva política era desproporcionada y frecuentemente vulgar. Catón había detestado a César con todo su corazón, había visto frustrados varios de sus proyectos en sus encuentros públicos y, por último, había desempeñado un papel clave en el estallido de la guerra civil. «Ellos lo han querido», el comentario de César en Farsalia podría aplicarse más que a nadie a Catón, cuya implacable hostilidad le había obligado, así lo sentía él, a cruzar el Rubicón, luchar y matar a tantos conciudadanos y desgarrar el mundo romano. Desde ese punto de vista, había motivos suficientes para odiar a Catón o, si no al hombre mismo, sí a aquello que le había hecho hacer ese hombre.Tal vez había un elemento emocional añadido a la invectiva del Anticatón, pero la parte más significativa de todo el episodio era que César se contentaba

con escribir esta respuesta, sin más. De ninguna manera retiró su amistad a Cicerón o a Bruto, sino que trató de convencer a los romanos con cultura de que no idolatraran a Catón. En ese objetivo fracasó, porque era mucho más facil reverenciar a Catón como ideal de estricta virtud y constancia inquebrantable que como político vivo y en activo.24

El régimen de César no era represivo y, pese a todos sus ataques de ira y burlas sobre el difunto Catón, o sobre Poncio Aquila, su dureza no recrudeció después de Munda. No obstante, el descontento siguió siendo generalizado. Cicerón escribió un borrador de una carta que aconsejaba cómo reformar y restaurar la República, pero se preocupó de mostrársela a Opio y a Balbo antes de enviársela a César y estos sugirieron tantas modificaciones que se sintió incapaz de completar la tarea. Cuando se enteró del optimismo de Bruto sobre la intención de César de unirse a los hombres buenos, se preguntó en una exhibición de humor negro cómo iba a lograrlo «a menos que se colgara». La guerra civil había concluido, se trataban los problemas que habían quedado desatendidos durante tanto tiempo y muchas personas estaban mejor ahora de lo que habían estado durante años. La propia Roma disfrutaba de una paz y una estabilidad que no había tenido más que excepcionalmente durante más de una década. Sin embargo, las cicatrices de la guerra eran profundas. Muchos habían muerto -en especial entre los famosos nombres del Se nado- y algunos de los que sobrevivieron tenían que hacer frente a las consecuencias de sus decisiones durante aquellos años turbulentos. César había empleado la clemencia y la habilidad política para hacerse con el favor de los neutrales y de sus adversarios vencidos, pero, en última

instancia, su posición había sido conseguida mediante la fuerza militar. En cierto modo, la situación tenía mucho en común con la creación de un asentamiento en la Galia conquistada. César tuvo que convencer a sus conciudadanos, sobre todo a la élite aristocrática, de que tolerar su dominio era preferible a oponerse a él. Esa era la prueba definitiva."

XXIII
LOS IDUS DE MARZO

César hizo concebir la sospecha a alguno de sus allegados que no había querido tú había procurado prolongar por más tiempo su vida, por tener quebrantada su salud […] no faltaron incluso quienes afirmaron que acostumbraba a repetir «que su vida importaba más al Estado que no a él mismo», pues él hacía ya mucho tiempo que había colmado sus aspiraciones de gloria y poder, en cambio, el Estado, si a él le ocurría algo, caería en el desorden y se etfrentaría con guerras civiles aún más sangrientas.

SUETONIO, principios del siglo II d.C.[1]

He vivido ya bastante para la naturaleza o la gloria.

CÉSAR, 46 a.C.[2]

A principios del año 44 a.C., César había cumplido cincuenta y seis años de edad. Habría sido extraño que el esfuerzo de tantos años de campaña no hubiera afectado a su organismo, y Suetonio habla del deterioro de su salud. No obstante, no hay pruebas concluyentes de que su epilepsia hubiera empeorado y desde luego su gran energía no parecía haber disminuido. Según los estándares romanos hacía mucho que había dejado atrás la flor de la vida, pero no había ninguna razón por la que no pudiera haber vivido otros quince o veinte años, y quizá incluso más. César no esperaba morir en marzo de y es obvio que los hombres que lo asesinaron no confiaban en que la naturaleza les hiciera el trabajo en el futuro próximo. La muerte del dictador fue

súbita e inesperada para todos excepto para los conspiradores. Por tanto, mirar a César y al régimen que creó es inevitablemente examinar algo que estaba incompleto y en proceso de desarrollo. Augusto ejercería el poder supremo durante más de cuatro décadas y el sistema que creó tuvo tiempo para evolucionar de manera muy gradual. En última instancia, es imposible saber qué planeaba hacer César y cuánto éxito habría logrado. Durante su vida corrieron innumerables rumores sobre sus intenciones a menudo descabellados- y, a su muerte, las activas campañas de propaganda de los bandos opuestos durante las subsiguientes guerras civiles añadieron más confusión aún. Es especialmente lamentable que nunca se publicaran las cartas de Cicerón de los primeros tres meses de 44 a.C., pues no existen vestigios literarios contemporáneos de este vital periodo.

Inevitablemente, existen dudas sobre muchas de las metas a largo plazo de César, pero algo que está claro es que preveía pasar fuera de Roma y de Italia al menos tres años. Los conspiradores le atacaron cuando lo hicieron porque sabían que el dictador iba a abandonar la ciudad a los pocos días para emprender nuevas campañas. En esta ocasión sus rivales iban a ser extranjeros y, así, la gloria obtenida con su derrota sería inequívoca. En primer lugar, pensaba atacar a los dacios, que gobernaba el rey Burebista, y librar la guerra balcánica que probablemente había previsto en 58 a.C. Es muy posible que esperara completar esta campaña a finales de año, después de lo cual se lanzaría contra los partos, porque la derrota de Craso en Carras todavía no había sido vengada. Más recientemente, los partos habían vuelto a invadir Siria y a

brindar su apoyo a un renegado pompeyano que se había propuesto recomenzar la guerra civil. La guerra contra los partos había sido programada a gran escala, porque César había dado orden de reunir dieciséis legiones respaldadas por diez mil jinetes. Un canal que se planeaba construir a través del istmo de Corinto, aunque destinado asimismo a promocionar el comercio, parece haberse concebido con el fin de mantener líneas de suministro para el escenario de la batalla. Plutarco nos cuenta que para este proyecto había sido elegido un arquitecto griego, pero es poco probable que la idea sobrepasara la fase teórica antes de que fuera abandonada a la muerte de César. Parece que, en general, los romanos consideraban deseable derrotar a Partia y, por supuesto, se había especulado sobre si Pompeyo o César deberían ser enviados allí cuando la guerra civil se estaba fraguando. Se dice que César había planeado comenzar con precaución, informándose todo lo posible sobre el enemigo y su manera de combatir antes de lanzar un ataque en regla. No se sabe a ciencia cierta si pensaba conquistar Partía o únicamente infligir una seria derrota sobre su rey que le obligara a aceptar la paz con las condiciones propuestas por Roma. Circularon historias fabulosas de que planeaba regresar por una ruta muy amplia, rodeando el mar Caspio a través de lo que más tarde sería el sur de Rusia y venciendo a las tribus germanas a su regreso a la Galia, pero eso contradice el tono metódico del resto del plan. Es evidente asimismo que de ese modo tardaría más de tres años. Es posible que la asociación con Alejandro Magno aumentara el atractivo de la idea de una guerra oriental para César, pero, sencillamente, no hay pruebas sólidas que sugieran que había sido presa de ese tipo de

sueños megalomaníacos. Desde luego no podemos decir si la campaña parta habría triunfado o no. Los pasados logros militares de César sugieren que sí, siempre y cuando su energía y destreza -por no hablar de su buena suerte- no le hubieran abandonado por completo. Sin embargo, los partos eran unos oponentes formidables y vapulearon a Marco Antonio cuando los atacó seis años más tarde. Augusto prefirió la diplomacia reforzada por la amenaza de la fuerza a iniciar una guerra y consiguió una paz satisfactoria en su frontera oriental. Su éxito -y la incapacidad de emperadores posteriores de lograr una victoria completa sobre Partía- no significa necesariamente que la operación planeada por César estuviera destinada al fracaso.'

César no permaneció en Roma todo el tiempo en los meses que siguieron a su triunfo, pero allá donde fue estuvo muy ajetreado. En diciembre de 45 a.C. estuvo en la costa de Campana, acompañado de un nutrido séquito que incluía a Balbo y una escolta, de manera que, en total, contaba con unos dos mil hombres. Se detuvo a pasar la noche en una villa cerca de la de Cicerón, a las afueras de Puteoli, y este redactó un detallado relato de la cena que ofreció el 19 de diciembre. Es interesante que considerara necesario tomar prestados guardias -probablemente gladiadores- de un vecino, porque, al parecer, sospechaba que, de lo contrario, los soldados acampados en el exterior la saquearían. Por la mañana, César permaneció en la villa del vecino hasta:

> la hora séptima [es decir, a mediodía] y sin admitir a nadie; de cuentas, supongo con Balbo. Luego paseó por la orilla. Después de la hora octava, al baño. Entonces oyó lo de Mamurra; no cambió de expresión [se ignora de qué se

trataba, pero una posible especulación era que este había quebrantado la ley suntuaria]. Lo perfumaron, se sentó a la mesa. Seguía un tratamiento «emético»: come, pues, y bebe «sin reparos» y a placer, opíparamente y con aparato; y no sólo esto sino «bien cocinado y sazonado, con charla agradable y, en fin, muy a gusto».

Al mismo tiempo, sus seguidores, incluyendo esclavos y libertos, fueron agasajados y los de más rango lo fueron a lo grande. En la cena principal no hubo en la conversación «nada de cuestiones importantes, muchas "eruditas". ¿Qué quieres que te diga?; disfrutó y lo pasó bien». Pese al éxito de la cena, Cicerón declaró arrepentido que César no era el tipo de visitante al que uno animaría a pasarse otra vez, aunque es evidente que sentía que no podía no invitar a César cuando estaba cerca. En los últimos meses de su vida parece que César siempre estaba ocupado, pero seguía siendo un compañero de cena fácil y encantador. Sin embargo, no siempre era tan accesible como le habría gustado. En un momento dado, en el año 44 a.C., Cicerón fue a visitarlo a su casa de Roma y lo tuvo esperando un tiempo antes de ser conducido a su presencia. Más tarde recordó que César dijo: «¿Dudaría yo de que se me odia al máximo cuando Marco Cicerón espera sentado y no puede encontrarse conmigo a su conveniencia? Y eso que si alguien hay complaciente, es él. Sin embargo no dudo de que me odia de mala manera».

César era propenso a montar en cólera, pero del mismo modo que no hay constancia de que su salud estuviera empeorando con rapidez, no hay razón para creer que su carácter hubiera cambiado profundamente. Estaba ocupado con una enorme cantidad de trabajo, con la carga añadida de

su plan de partir de campaña en el futuro próximo, por lo que daba la impresión de tener prisa. Como persona, Cicerón y la mayoría de los demás senadores seguían considerándolo agradable y su comportamiento era moderado y tendía a ser generoso. No era tanto César el hombre a quien odiaban, sino la posición que había adquirido y lo que significaba para la República.A finales de 45 a.C. y principios de 44 a.C., esta posición todavía estaba definiéndose y, a la vez, a medida que su poder y su estatus crecieron, las actitudes hacia él fueron cambiando, lo que nos sitúa de nuevo ante la cuestión fundamental de qué pretendía hacer César a largo plazo.4

¿REY, DIOS O CÉSAR?

No hay duda de que a finales de 45 a.C. Cayo julio César era en la práctica un monarca, en el sentido literal de que gozaba de mucho más poder que ninguna otra persona, grupo o institución en la República romana. Había obtenido esa posición gracias a su victoria en la guerra civil, pero había recibido sus poderes específicos del Senado y del pueblo.Tradicionalmente, el mandato de un dictador se había limitado a seis meses. Sila, en circunstancias similares a las de César, había ejercido un poder mucho mayor sin ningún límite de tiempo, renunciando al cargo y retirándose a la vida privada sólo cuando quiso. César lo consideró un analfabeto político por eso.Ya había sido cónsul y dictador durante diez años, un periodo bastante más largo que nada que hubiera imaginado la tradición de la constitución romana y, a principios de 44 a.C., su excepcional posición se ampliaría con una dictadura vitalicia (dictator perpetuo). Además, se le concedió la censura -cuyos poderes ya había estado empleando de hecho- para el resto de su vida. Muchos de sus

honores eran más simbólicos: fue nombrado «padre del país» (paren patriae), aunque no fue el primero que fue llamado así, porque Cicerón había recibido tal título cuando desenmascaró la conspiración de Catilina. A César se le iba a permitir asimismo llevar a cabo el único ritual más prestigioso que el triunfo, el derecho a dedicar los «despojos magníficos» (spolia opima), un honor que, según la tradición, ganaba un comandante que mataba al líder enemigo en combate personal. No hay constancia de que tuviera tiempo para celebrar este rito. Otro honor excepcional fue el permiso para sentarse con los tribunos de la plebe en el teatro. En otras ocasiones formales, su asiento ya estaba situado entre los cónsules -cuando no estaba realmente ocupando la magistratura-, pero ahora su silla de marfil fue reemplazada por una decorada con oro. Su cumpleaños pasó a ser una festividad pública y el propio mes fue rebautizado <julio».También fue el primer romano cuya efigie se reprodujo en las monedas acuñadas durante su vida. Su cabeza aparecía sólo en algunas monedas, y fue Augusto el encargado de hacer universal esta práctica. (De ahí que en los Evangelios jesús pudiera preguntar qué rostro aparecía en la moneda de plata, sabiendo que todas ellas portaban el retrato de un emperador).5

Es evidente que los honores de César se encuadraban en la tradición de la celebración de los logros de los famosos aristócratas, como Escipión el Africano, el Viejo y el joven, Mario y Sila, y sobre todo Pompeyo. Sin embargo, en este caso las distinciones se llevaron mucho más allá y la magnitud y número de privilegios otorgados a un solo hombre eran inauditos. La inclusión de su estatua en la procesión de las

estatuas de los dioses en las ceremonias inaugurales de los juegos, y el hecho de que se colocaran más efigies suyas dentro y alrededor de los templos del Capitolio sugería un estatus que, en cierto modo, era más que humano. Cuando llegaron a Roma las nuevas de la victoria de Tapso, se había erigido una estatua de César que le mostraba de pie junto a un globo terráqueo, con una inscripción en el pedestal que rezaba «Al Dios imbatido», pero, a su regreso, ordenó que la borraran. No obstante, a finales de 45 y principios de 44 a.C., esta impresión se vio reforzada cuando César recibió más honores. Se planeó construir en su casa un frontón soportado por pilares, exactamente igual a los de los grandes templos. Se fundó un colegio juliano de sacerdotes y se asoció a los colegios que supervisaban la antigua fiesta de las Lupercales. Pero aún fueron más allá: se tomó la decisión de dedicar un templo a César y a su clemencia (o tal vez estrictamente a la clemencia de César, porque las fuentes no son claras al respecto). El culto estaría a cargo de un nuevo sacerdote o Mamen, semejante al antiguo puesto de Flamen Dialis o sacerdote de Júpiter, y Marco Antonio fue nombrado el primer representante de este nuevo cargo. Dión llega a afirmar que César iba a ser adorado como Júpiter julio, pero no hay ninguna otra prueba de que se estableciera una identificación tan específica con la más importante divinidad romana. Después de Farsalia, César ya había recibido tratamiento formal de dios en los honores y decretos de las comunidades helenísticas de las provincias. No había nada nuevo en ello: otros comandantes romanos habían sido honrados de modo similar en los ciento cincuenta años anteriores. Existía una larga tradición de realeza divina en

Oriente, así como la tendencia a ampliarla para incluir a los romanos poderosos que aparecían en la región. Sin embargo, en el pasado nadie había tratado de extender estas ideas a Roma.'

Después de su muerte, César fue declarado dios -el Divino julio (Divus julius)- y su hijo adoptivo se haría llamar el hijo de un dios. No obstante, el propio Augusto no fue deificado en Roma hasta que falleció y esa pauta se repitió con sus sucesores. En la práctica, el proceso pasó a ser automático, de modo que se cree que las últimas palabras del empera dor Vespasiano fueron un chiste macabro: «Creo que me estoy convirtiendo en dios». Sólo los emperadores afectados de megalomanía fueron declarados dioses en vida y el conocimiento de esta pauta ha alimentado la disputa sobre si César aceptó ese estatus. La religión romana era compleja y politeísta, con un gran número de dioses y diosas diferentes, algunos mucho más importantes que otros, así como una gran variedad de semidioses y héroes. Las leyendas, tanto griegas como romanas, contaban historias de hombres que se habían convertido en dioses, entre los cuales Hércules (Heracles) era seguramente el más famoso. La familia de César alardeaba de descender de Venus y otros aristócratas sostenían que su linaje se remontaba a otras deidades. La clara división entre dios y humano defendida por la tradición monoteísta, tan familiar a la mentalidad actual, era mucho menos obvia para los romanos. En un discurso pronunciado apenas unas semanas antes de la muerte de César, Cicerón hizo referencia a Antonio y su nombramiento de flamen por parte de César, por lo que podemos estar seguros de que se anunció, aunque es poco probable que el puesto se hubiera inaugurado

realmente. Eso significa que es muy dificil encontrar argumentos para contradecir la tesis de que César fue declarado al menos semidivino durante su vida, y quizá se decía de él que era un dios. Sin embargo, no parece que el culto recibiera demasiada preeminencia, si es que en efecto hubo tiempo para establecerlo debidamente, y es más adecuado pensar en César como una adición menor al panteón de Roma. Dión presenta este episodio como una cuestión puramente política, con un Senado lisonjero deseoso de alabar al dictador. Es notable el hecho de que, a continuación, comente que se otorgó a César el derecho de ser enterrado dentro de la ciudad, mientras que la costumbre romana dictaba que los enterramientos debían tener lugar fuera de la frontera oficial de Roma. El decreto iba a estar inscrito en letras doradas sobre una placa de plata y debía situarse bajo la estatua del Júpiter Capitolino. Dión afirma que su misión era convertirse en un claro recordatorio de su mortalidad para el dictador.'

Aparte de sus poderes formales, César sobresalía en muchos aspectos: su familia sostenía que descendía de los reyes de Alba Longa, una ciudad que no existía como tal desde que los romanos la absorbieran en los inicios de su historia. Para las ocasiones formales había adoptado la costumbre de ataviarse con lo que, según él, era la vestimenta de esos monarcas y que consistía en botas de media caña de cuero rojo. La túnica púrpura rojiza y la toga de general triunfante, que ahora llevaba en los festivales y las reuniones formales, también tenían asociaciones reales. A esto se añadía una corona de laurel -honor que se dice que apreciaba en especial debido a su creciente calvicie- y en 44 a.C., por lo

visto esta versión fue sustituida por una corona de oro. Su poder formal era descomunal y su control informal aún mayor y, en ocasiones, flagrante. Es probable que a finales de Cleopatra, su marido-hermano Tolomeo y su corte llegaran a Roma. Se les acomodó en una de las moradas que César poseía en la orilla exterior del Tíber y permanecieron allí hasta después de la muerte del dictador. No se conoce el motivo de la visita, pero parece poco verosímil que la reina hubiera viajado hasta Italia y que se hubiera quedado tanto tiempo si César se hubiera opuesto a la idea. Cleopatra debía el trono a su amante romano y es posible que se sintiera más segura a su lado y lejos de Egipto, y que confiara en que el tiempo ayudaría a que los elementos más hostiles de Alejandría y otras áreas se fueran acostumbrando a tenerla como reina. Tal vez también creyera que había ciertas ventajas y concesiones políticas que sólo podía conseguir del propio César. Puede que las noticias de su aventura con la reina Eunoe durante la campaña africana le hicieran temer que el respaldo que le brindaba César resultara voluble. Desde su punto de vista, era evidente que Egipto y sus ricas cosechas de grano desempeñarían un papel importante en el abastecimiento que necesitaría para emprender la guerra contra los partos. En pocas ocasiones César o Cleopatra dejaban de pensar en las cuestiones políticas, pero su llegada menos de un año después de que él se marchara de Egipto y la duración de su estancia sugieren que él deseaba tenerla a su lado y no hay razón para no creer que su aventura se reanudara. Sin lugar a dudas, Cleopatra continuaba ocupando un lugar destacado entre sus afectos. El Templo de Venus Genetrix era la pieza central del nuevo Foro de César, que

ordenó que se esculpiera una estatua en oro de la reina y que se situara junto a la de la diosa. Apiano afirma que seguía allí en su época, más de un siglo y medio después. César seguía estando casado con Calpurnia y el relato de Plutarco sugiere que la pareja continuaba durmiendo en el mismo lecho. Parece inconcebible que su esposa no estuviera informada de sus infidelidades o de que la reina egipcia que vivía al otro lado del río era su amante. Durante la temporada que pasó en Roma, Cleopatra recibía frecuentes visitas de romanos distinguidos, tal vez deseosos de obtener un regalo, un favor concerniente a uno de sus clientes con negocios en su reino o tal vez con la esperanza de que influyera sobre César en su nombre. Parece que Cicerón se sintió decepcionado y se quejó de la arrogancia de la reina, pero el punto principal del asunto es que la había visitado.'

Al menos uno de los honores que se concedió a César mediante votación debía transmitirse a su hijo y nieto, pero de momento no tenía ningún hijo o, al menos, no un hijo legítimo. Su única hija había muerto y su pequeño, si es que se trataba de un niño, no la había sobrevivido más que unos pocos días. Cuando Cleopatra dio a luz llamó a su hijo Cesarión, aparentemente con la autorización de César. Su año de nacimiento no se ha establecido con total certeza, pero lo más probable es que fuera en algún momento a finales del año 46 a.C.Aunque se cree que el infante fue con ella a Roma, ninguna fuente escrita menciona a Cesarión antes del magnicidio. En ocasiones, de tal hecho se ha derivado la sugerencia de que no era el hijo del dictador, sino un niño que Antonio y Cleopatra sacaron a la palestra cuando quisieron disminuir la preeminencia ganada por Octavio como el

heredero de César. Un argumento a favor de esta opinión es el simple hecho de que César, a pesar de sus tres matrimonios y sus frecuentes aventuras, no había aceptado la paternidad de ningún hijo desde Julia, que había sido concebida décadas atrás. La reivindicación de al menos un aristócrata galo un siglo más tarde de ser descendiente de César puede haber estado basada en los hechos o no. Sin embargo, no debemos olvidar que el matrimonio de César con Pompeya terminó en divorcio y es posible que fuera infeliz, mientras que la gran mayoría de los años que estuvo casado con Calpurnia estuvo ausente, en servicio activo. No era habitual que las esposas acompañaran o visitaran a los gobernadores provinciales en la República, por lo que sus oportunidades de tener hijos se veían gravemente limitadas. Parece improbable que Antonio y Cleopatra pudieran presentar a un niño del que nada se hubiera oído mientras César vivía y tener alguna esperanza de que su reivindicación fuera aceptada, por lo que es de suponer que el niño ya estaba en Roma antes de marzo de 44 a.C. Es imposible afirmar con total certidumbre si César era verdaderamente el padre pues eso requeriría un conocimiento mucho más profundo de la vida de la reina del que po seemos. La mayoría de las antiguas fuentes que hablan sobre el tema parecen aceptar que Cesarión era el hijo del dictador, pero esos autores redactaron sus obras mucho después de los hechos. Suetonio menciona que, tras la muerte de César, Cayo Opio, su ayudante y confidente de tantos años, escribió una obra para refutarlo.'

En general, hay más argumentos para asumir que César era (o quizá al menos creía que era) el padre de Cesarión, pero se trataba de un hijo ilegítimo, que no era ciudadano romano y,

además, era sólo un niño. El chico ni siguiera es mencionado en un testamento elaborado por el dictador en los últimos meses de su vida. César concedía la posición más destacada al nieto de su hermana, el joven de dieciocho años Cayo Octavio, por el que había mostrado cierto interés en los últimos años. Parece probable que percibiera en aquel muchacho algo del gran talento del que llegaría a ser el emperador Augusto. Su padre y tocayo había sido pretor, pero había fallecido en 59 a.C. Con sólo doce años, Octavio pronunció la oración del funeral de la hija de César. En el año 47 a.C., César le admitió en el colegio de pontífices para cubrir la vacante causada por la muerte de Domicio Ahenobarbo en Farsalia, un honor excepcional para alguien tan joven. Se había planeado que Octavio le acompañara en la campaña en Hispania, pero por motivos de salud se unió al dictador cuando el combate ya había terminado. En el testamento, Octavio era su principal heredero y fue adoptado formalmente como hijo de César, pero sería un error exagerar su importancia antes de los idus de marzo. Seguía siendo muy joven, el hijo de un hombre nuevo y su papel público era menor. Marco Antonio y Dolabela destacaban mucho más como favoritos de César. Desde que Antonio conoció a César en la Galia en 45 a.C., cabalgó a su lado el resto del viaje, mientras que Octavio viajaba en el segundo carruaje junto a Décimo Bruto. Marco Antonio sería el colega de César en el consulado de 44 a.C., pero su persistente contienda con Dolabela amenazaba con desbaratar el plan del dictador de renunciar a su favor cuando abandonara Roma. Al parecer, pocas personas estaban al tanto de la disposición sobre la adopción de Octavio en el testamento. Es muy improbable

que, si el dictador hubiera muerto de repente por causas naturales, el joven hubiera podido heredar algo más que su fortuna y propiedades. No había sido identificado como el sucesor de los poderes y honores de César y políticamente otros hombres parecían mucho más próximos al dictador. De hecho, tanto Antonio como Dolabela eran técnicamente demasiado jóvenes para ocupar el consulado, pero estaban bien establecidos en la vida pública.`

Los Gracos habían sido sospechosos de codiciar la realeza (regnum), e incluso había circulado un rumor de que un rey asiático había enviado una diadema a Tiberio. Desde la expulsión del último rey y la creación de la República, la aristocracia romana mantuvo un profundo odio hacia la monarquía y un aspecto habitual de la invectiva política era acusar a los rivales de perseguir la realeza. En la práctica, los poderes del dictador eran monárquicos y a estos César había añadido otros derechos, de manera que, de facto, gobernaba como monarca.También vestía como los reyes de Alba Longa. En el mundo helenístico los gobernadores eran simultáneamente reyes y dioses, de modo que algunos habían elegido ver los honores divinos o semidivinos que le había concedido el Senado como un paso en el camino hacia el establecimiento de una monarquía formal conforme a ese modelo. En los primeros meses de 44 a.C., la cuestión de si César debía adoptar el título de rey fue presentado con firmeza ante la opinión pública. En 26 de enero celebró el tradicional festival latino en los montes Albanos, a las afueras de Roma, y el Senado le había otorgado un permiso especial para celebrar una ovación -una forma menor de triunfo- y volver a Roma acompañado de una gran procesión. Durante

el desfile parte de la multitud le aclamó como rey. Rex era el vocablo latino para rey, pero era también un apellido, Marcio Rex, y César lo transformó en un chiste respondiendo que «no era Rey, sino César». Unos días antes, dos de los tribunos, Cayo Epidio Marulo y Lucio Cesetio Flavo, habían ordenado retirar una diadema o cinta de oro de una de sus estatuas del Foro. Ahora, la misma pareja ordenaba arrestar al primer hombre que lanzó tal exclamación. César se sintió contrariado, pues sospechaba que los dos tribunos estaban tratando de causarle problemas sacando a colación el espectro de la monarquía para manchar su nombre. Protestó por su actuación y respondieron emitiendo una declaración de que estaba impidiendo a los tribunos de la plebe llevar a cabo su legítima función. César convocó al Senado y condenó a ambos hombres, diciendo que le habían situado en la imposible disyuntiva de, o bien aceptar un insulto, o bien actuar con dureza, lo que era contrario a su naturaleza. Por lo visto, hubo voces que sugirieron aplicar la pena de muerte, pero él no la quiso, y se conformó con el cum plimiento de la moción de que les retiraran de su cargo que había propuesto otro tribuno. César pidió al padre de Flavo que desheredara a su hijo, que tenía dos hermanos con más talento, pero cuando este se negó a hacerlo, el dictador no insistió. De nuevo el hombre que había hablado de los derechos de los tribunos cuando inició la guerra había pasado por encima de la oposición de dos tribunos, aunque su castigo fue mucho más indulgente de los que Sila solía dispensar."

El 15 de febrero de 44 a.C., Roma celebraba la Lupercalia, un antiguo festival relacionado fundamentalmente con la fertilidad. Como parte de los rituales, los sacerdotes

lupercales, desnudos salvo por unos taparrabos de cuero, recorrían las calles a la carrera, dando leves golpes a los transeúntes con látigos de piel de cabra. Ser tocado de esa forma era considerado un signo de buena suerte, sobre todo para las mujeres que deseaban concebir un hijo o para las que ya estaban embarazadas y deseaban un parto fácil y sin problemas. Antonio, que en aquel momento era cónsul y contaba con treinta y nueve años de edad, era el líder de esos corredores, ya que era el presidente del colegio juliano de sacerdotes. César observaba, tocado con su corona, ataviado con la toga púrpura de general triunfante, la túnica de mangas largas y botas altas de los reyes albanos y sentado en su dorada silla de dictador. Antonio corrió hasta él y le presentó una diadema real, exhortándole a aceptarla y convertirse en rey. Al verlo, la muchedumbre se quedó en silencio. Cuando César la rechazó, le aclamaron y, cuando Antonio repitió la oferta y el dictador volvió a declinar, la aclamación fue todavía más fuerte. César ordenó que la diadema fuera enviada al Templo de Júpiter en el Capitolio, porque Roma sólo tenía un rey. Resultaba -y resulta- muy dificil de creer que este episodio no hubiera sido cuidadosamente orquestado, aunque es imposible decir hasta qué punto Antonio añadió sus propios toques a la actuación. Los más cínicos dijeron entonces y en subsiguientes ocasiones que César deseaba aceptar la corona y lo habría hecho si la multitud hubiera parecido más entusiasta. Si ese es el caso, entonces era un modo muy torpe de abordar el tema y debe recordarse que todos sus anteriores honores habían sido propuestos primero por el Senado. Lo más probable es que deseara la gloria de rechazar una oferta de esa magnitud y tal vez también confiaba en poner fin a las

habladurías que había alimentado el episodio de los tribunos, pero no lo logró, porque pronto empezó a circular un rumor que afirmaba que un oráculo había revelado que los partos sólo podrían ser derrotados por un rey. Como un augur, Cicerón declaró más adelante que la historia era falsa y que no existía tal oráculo, pero parece que muchos creyeron en esa revelación, lo que constituye un indicio sobre la atmósfera reinante en aquellos tiempos. De esta historia se derivó otra que alegaba que se iba a proponer en el Senado que César se convirtiera en rey en todas partes excepto en Italia. César ya tenía regnum, en el sentido de que gozaba de absoluta supremacía, y ninguna de las pruebas de la época sugieren que aspirara asimismo al título de rey. En efecto, tampoco la mayoría de los textos posteriores sostiene que fuera cierto, sólo que hubo rumores al respecto. En su juventud había conocido la monarquía helenística de Bitinia y más recientemente en el gran reino de Egipto, pero no hay constancia de que quisiera imponer algo similar en Roma, quizá alentado por la influencia de Cleopatra. Su posición dentro de la República era personal, y todavía no tenía un auténtico sucesor para heredar el

LA CONSPIRACIÓN

Al final, unos sesenta senadores se unieron en la conspiración para asesinar a César. Durante años había habido rumores de similares conspiraciones, pero habían quedado en nada. Hasta principios del año 44 a.C. César había contado con la protección de una escolta de auxiliares hispanos, pero los despidió ostentosa y públicamente después de que el Senado prestara un juramento de lealtad hacia él y le ofreciera una nueva guardia compuesta de senadores y

ecuestres. En tiempos de crisis se habían formado cuerpos semejantes un grupo de équites armados protegió a Cicerón en 63 a.C.-, pero en este caso nunca llegó a formarse. Los motivos de los conspiradores eran múltiples y variados, pero tras todos ellos subyacía la impresión de que el hecho de que hubiera un hombre con tanto poder permanente como César era incompatible con una República libre. El Estado debería ser liderado por magistrados electos que ocuparan su cargo por un plazo limitado y guiado por un Senado cuyos debates fueran abiertos y estuvieran dirigidos por los más distinguidos de los antiguos magistrados. Bajo el mandato de César, el dictador y sus más estrechos conseje ros tomaban muchas decisiones a puerta cerrada y aunque con frecuencia las decisiones eran buenas, esa no era la forma en la que se suponía que funcionaba la República. La tradición permitía suspender el procedimiento habitual de hacer las cosas durante una crisis, pero sólo durante un breve periodo hasta que el peligro hubiera pasado. El auge de Sila había sido mucho más sangriento que el de César, pero había terminado renunciando a su cargo de dictador. Era obvio que César no pretendía emularlo y la concesión de la dictadura a perpetuidad subrayaba la permanencia de su poder. La República había cambiado y la cuestión no era tanto lo que César estaba haciendo como la manera en la que estaba haciéndolo lo que provocaba el descontento entre los aristócratas. César hizo considerables esfuerzos por mantener al menos la apariencia de la constitución tradicional. Sus magistrados eran elegidos según sus recomendaciones, no nombrados. El Senado continuaba reuniéndose y debatiendo, y era allí donde se propuso la mayoría de los honores que le

concedieron. Además, los tribunales seguían funcionando a la manera tradicional y César se ganó la reputación de aplicar estrictamente las leyes. En una ocasión anuló el matrimonio de un antiguo pretor que se había casado con su esposa sólo un día después de que su anterior marido se divorciara de ella. Ahora los jurados estaban compuestos únicamente por senadores y équites porque había eliminado el tercer grupo, los tribunii aerarü, entre los cuales Sila había decretado que se eligiera un tercio de losjurados.13

César, aunque por lo general era encantador y de buenas maneras, siempre había tenido tendencia a la impaciencia y a perder la calma. La mayor parte de los pasados catorce años había gozado del poder supremo sobre un ejército, no en compañía de alguien que poseyera la misma autoridad que él. Siempre se había visto obligado a hacer grandes esfuerzos, planear campañas y dirigir el ejército en el campo de batalla, administrar sus provincias y, a partir de 49 a.C., también un territorio cuyo tamaño creció y se convirtió en el Imperio romano. Asimismo, había descubierto que las cosas a menudo iban mal cuando no estaba presente para supervisarlas en persona. A lo largo de esos años apenas había descansado y no tuvo oportunidad de hacerlo en los últimos meses de su vida. César seguía estando muy atareado y es más que probable que la larga costumbre de mandar le hubiera hecho menos paciente con las a menudo lentas e ineficaces convenciones de la vida pública, en especial de bido a que en aquella época muchas estaban prácticamente vacías de contenido.A finales de 45 y principios de 44 a.C., el Senado se reunió para votar la concesión de uno de los honores que hemos mencionado. Él estaba ausente, ya que se creía que era mejor preservar la

ilusión de que el debate era enteramente libre. Al final de la reunión, todo el cuerpo de senadores, encabezado por el cónsul Antonio -o Fabio y Trebonio si la escena tuvo lugar en 45 a.C.- salieron en tropel para informar a César de su decisión. Lo encontraron sentado en su silla ceremonial despachando unos asuntos, cerca de la rostra o en el exterior del Templo de Venus, en la parte en construcción del Foro. César no se puso en pie para saludarlos cuando llegaron para brindarle los nuevos honores, lo que dio una mala impresión: parecía que despreciaba a los cónsules y la dignidad de la orden senatorial. Técnicamente, como dictador, su rango era superior al de un cónsul, por lo que tenía plena libertad para permanecer sentado, pero muchos senadores se ofendieron. Se rumoreó que había comenzado a levantarse, pero que fue detenido por Balbo, que opinaba que no era apropiado que mostrara ese respeto hacia unos subordinados. Otra fuente sostiene que, más tarde, César explicó el incidente alegando que había sentido que se avecinaba un ataque epiléptico y temía hacer el ridículo en público, ya que con frecuencia los ataques le mareaban y le hacían mover el vientre. Eso no llegó a ocurrir y se nos cuenta que regresó a su casa sin ninguna dificultad cuando cerró el negocio. Su verdadera respuesta a los senadores fue moderada, porque rechazó varios de los honores por considerarlos excesivos y sólo aceptó una minoría. Un puñado de senadores, uno de los cuales era Casio, había hablado o votado contra los nuevos poderes y honores en el mismo Senado, pero, como era habitual, no se adoptó ninguna medida directa contra ellos. No obstante, en aquel momento -o quizá en los siguientes días- muchos de aquellos senadores que habían respaldado las mociones se

sintieron molestos porque César no los había tratado con suficiente respeto y el incidente alcanzó unas medidas desproporcionadas. Es notable que a nadie pareciera preocuparle que César no se levantara cuando se le aproximó el cónsul Antonio en la fiesta de las Lupercales.14

A la mayoría de los más estrechos colaboradores de César les desagradaba el hecho de que la República estuviera en la práctica bajo el control de un solo hombre. Era un pensamiento compartido incluso por mu chos de los que se declararon absolutamente leales a él después de su asesinato.Y, sin embargo, pese a la inquietud generalizada, es sorprendente lo lejos que llegaron la mayoría de los senadores para adaptarse a la nueva situación. Todos tenían obligaciones con sus clientes y, dado que muchos favores o concesiones dependían en última instancia de César, se dirigían al dictador -o a amigos que se creía que podían influir en él- para obtenerlos. Ese aspecto de la vida senatorial continuó, a pesar de que había poca libertad política. La conspiración de asesinato llegó a implicar a muchas personas, pero se calcula que seguían representando sólo un siete por ciento del Senado. La mayoría de los conspiradores habían sido cesarianos durante la guerra civil y unos cuantos habían ocupado un alto rango. Cayo Trebonio había servido la mayor parte de los años en la Galia como legado y había presidido el asedio de Massilia durante la guerra civil. Había sido recompensado con el consulado sufecto en el año 45 a.C. después de que César regresara de Hispania. Décimo junio Bruto, el hijo de Sempronia, del que se dijo que había sido uno de los principales instigadores de la conspiración de Catilina, también había servido con distinción en las Galias.

César sentía un gran afecto por él e hizo que le nombraran cónsul para 42 a.C. Además, estaba incluido como heredero secundario en el testamento del dictador. Servio Sulpicio Galba era otro legado de las guerras de las Galias, pero fue derrotado en las elecciones consulares para el año 49 a.C., probablemente debido a su asociación con César, y parece que le guardó rencor por esa razón. Otro hombre decepcionado era Lucio Minucio Basilo, a quien César había rehusado un mando provincial seguramente porque sospechaba, con razón, sobre su carácter. En mayor o menor medida todos esos hombres habían tenido éxito como resultado de elegir el bando vencedor en la guerra civil, como muchos de los conspiradores menos conocidos. Sin embargo, es evidente que algunos creyeron que merecían haber tenido más éxito y ahora habían decidido que preferirían continuar sus carreras en una República sin César. En algunos casos habían llegado a esa decisión algún tiempo atrás: casi un año antes Trebonio había tanteado a Marco Antonio para averiguar si deseaba unirse a la conspiración. Esto sucedió en un momento en el que la brecha entre este último y César seguía pareciendo muy amplia. Aun así rechazó la oferta y permaneció leal, pero no traicionó la confianza de Trebonio tal vez porque esperaba que el complot al final quedase en nada.15

Aunque había muchos seguidores de César en la conspiración, los dos hombres que asumieron el papel de cabecillas eran antiguos pompeyanos. Bruto se había rendido después de Farsalia y su influencia en César ayudó a persuadir al vencedor de dar la bienvenida a Casio también. En 44 a.C. ambos fueron pretores y el nombre de Bruto había sido propuesto para el consulado. Según Plutarco, Casio estaba

secretamente resentido porque César le había otorgado el prestigioso puesto de pretor urbano a Bruto. Se cree que el dictador confesó que Casio tenía más cualidades para el cargo, pero que su cariño por el hijo de Servilla hacía que fuera él quien recibiera tal honor. Otras fuentes mencionan un rencor anterior hacia César, que al parecer había confiscado algunos animales que Casio había reunido con vistas a organizar unos juegos. Sin duda Casio perdió su entusiasmo por el hombre que había descrito como el «viejo amo clemente» ahora que la amenaza del brutal Cneo Pompeyo había sido eliminada. Casio estaba casado con una de las tres hermanas de Bruto, Junia Tercia, de la que decían las habladurías que había tenido una aventura con César. Puede que la historia fuera falsa de principio a fin y ciertamente ninguna de las fuentes le atribuyen un motivo personal como los celos. Incluso en el caso de Bruto, aunque es dificil que le pasaran inadvertidos los comentarios y la relación en sí entre su madre y César, nada sugiere que esta influyera en sus acciones. Por lo visto fue uno de los últimos en unirse a la conspiración, estimulado por unos panfletos anónimos y unos eslóganes pintados en las paredes que preguntaban si Bruto estaba dormido. El último rey de Roma había sido depuesto y expulsado por un Bruto, y la familia se jactaba de descender de ese hombre, aunque incluso entre los romanos había muchas dudas sobre la veracidad de esta afirmación. Era un entusiasta estudiante de filosofia, sobre todo del estoicismo, con su énfasis en el severo sentido del deber, por lo que estaba muy familiarizado con los elogios del tiranicidio. El orgullo familiar también le animó a actuar, reforzado por su creciente admiración de su tío Catón. Parece que Porcia era una mujer con carácter, aunque

bastante inestable: varias fuentes relatan que se apuñaló el muslo de forma deliberada para probar que podía soportar el dolor y que, por tanto, era merecedora de la confianza de su marido. Sería extraño que la culpa no desempeñara un papel. Su héroe Catón había seguido luchando mucho después de que se hubiera rendido. Mientras su tío estaba abriendo su propia herida en Útica, Bruto estaba gobernando la Galia Cisalpina en nombre de César. Todo sugería que continuaría teniendo éxito durante la dictadura. César comentó de él en una ocasión: «Todo lo que quiere lo quiere con vehemencia» y, por lo visto, su carácter era bastante obsesivo. Una vez que hubo decidido unirse a los conspiradores, su determinación de llevar a término ese acto fue inquebrantable. La influencia de su tío y esposa, y la carga de estar a la altura de la reputación de su familia y la suya propia, le empujaron hacia delante, pero al final se resolvió a actuar porque sentía que era inapropiado que en una República libre hubiera un hombre con tanto poder. Fueran cuales fueran sus otros motivos personales, el mismo convencimiento era el predominante en la mente de Casio.16

Los conspiradores hablaban de libertad y creían que la única manera de restaurarla era eliminar a César. La mayoría de ellos, o tal vez todos, pensaban que estaban actuando en beneficio de la totalidad de la República. Si César moría, las instituciones normales del Estado funcionarían de forma adecuada de nuevo y Roma podría ser guiada por el Senado y por magistrados libremente elegidos. Para demostrar que esa era su única meta decidieron que asesinarían al dictador, pero a nadie más, ni siquiera a su colega cónsul y estrecho asociado Antonio. Se cree que Bruto les había persuadido de aceptarlo

contra el consejo de algunos de los conspiradores más pragmáticos. De todo el grupo, era él quien tenía la mejor reputación, al menos entre la élite de Roma.Y, sin embargo, aunque estos hombres creían que lo que estaban haciendo era positivo para la República, no habrían sido aristócratas romanos si no hubieran codiciado también la fama y la gloria que pensaban que irían asociadas a esa proeza. Debería apuntarse asimismo que los conspiradores, en especial los más distinguidos de ellos, hombres como Casio, Marco y Décimo Bruto, Trebonio y Galba, estaban destinados a triunfar en la política si la empresa tenía éxito. Era probable que estos hombres destacaran entre los senadores que guiarían la restaurada República, en especial porque era improbable que los que permanecieran incondicionalmente leales a César prosperaran tras su muerte. Tanto Marco como Décimo Bruto renunciaron a ciertos consulados, pero podían predecir con confianza que ganarían la magistratura por elección. Aquellos de entre ellos que se habían sentido decepcionados podrían ahora esperar ganar los puestos y los destinos que ambicionaban. La libertad y el lema de retornar a la República también significaban un retorno a la dominación de unas pocas familias bien establecidas y la oportunidad de sobornar al electorado y hacer fortuna explotando a los habitantes de las provincias. Bruto era muy respetado y en gran parte de su vida parece haber justificado la frase de Shakespeare: «El romano más noble de todos». No obstante, se sabe que, en una ocasión, había ordenado a sus agentes que extorsionaran por cualquier medio posible el 48 por ciento de interés de una comunidad cretense que, con imprudencia, habían aceptado el préstamo que les ofreció a cuatro veces la tasa legal. La

República en la que los conspiradores creían era una que mantenía los privilegios de la élite senatorial. La fe en el sistema ya no estaba tan arraigada en el resto de la sociedad como suponían.

EL MAGNICIDIO

Los conspiradores decidieron actuar con rapidez, ya que sabían que César planeaba abandonar Roma el 18 de marzo y no volvería en varios años. Es probable que también les animara la hostilidad que había despertado el tratamiento de Flavo y Marulo, así como la controversia por el episodio de las Lupercales. Más tarde, Cicerón afirmó que Antonio era el auténtico asesino de César por haber sacado a colación el fantasma de la monarquía aquel día. A todo esto se unía el falso rumor de la profecía y las estrambóticas historias que se contaban sobre que César planeaba trasladar la capital del imperio a Alejandría o incluso a Troya. También se dijo que uno de los tribunos, Helvio Cinna, le había dicho a algunos amigos que proyectaba presentar un proyecto de ley que concediera a César el derecho a casarse con tantas mujeres como deseara con vistas a producir un hijo varón que fuera su heredero. Puede que esta leyenda no se propagara hasta después del asesinato, ya que Cinna fue linchado tras el funeral de César y no tuvo la oportunidad de negarlo. En cualquier caso, las habladurías siempre han tendido a trascender aun cuando la gente no las crea realmente. Conscientes de que el dictador estaba a punto de marcharse de Roma, los conspiradores decidieron atacar el 15 de marzo, cuando se preveía que César iba a asistir a una reunión del Senado, porque se tenía la impresión de que tendría la guardia baja y sería más fácil aproximarse a él en esa ocasión. Sin

duda, hasta el dictador llegaban informes y rumores de complots, pero eran vagos y con tanta frecuencia implicaban a hombres como Antonio y Dolabela como a alguno de los verdaderos conspiradores. César no hizo caso de ninguno de ellos, aunque se cree que dijo que se sentía más inclinado a sospechar del enjuto Casio con su seria naturaleza que de los alocados Antonio y Dolabela. En otra ocasión se supone que declaró que Bruto tenía suficiente sentido común para no aguardar su muerte con

César era un hombre racional y juzgaba que Roma lo necesitaba, porque sin él recaería sin más en la guerra civil. Era dictador y, en la práctica, era un monarca, pero no era un rey cruel y utilizaba su poder para lograr el bien común. En la República reinaba la paz y estaba mejor dirigida de lo que lo había estado en décadas, aunque las cosas no se estuvieran haciendo a la manera tradicional. Este último punto le importaba poco a un hombre que había declarado que la República no era más que un nombre vacío, pero quizá no se diera cuenta de lo mucho que ese antiguo ideal significaba para otros, o bien, sencillamente, creía que los beneficios de su gobierno eran superiores a toda nostalgia del pasado.A pesar de las repetidas peticiones de sus más estrechos colaboradores, César rehusó reformar su escolta y tomar nuevas precauciones para su seguridad, replicando que no deseaba vivir con miedo o permanentemente custodiado. Puede que la fatiga de años de notables esfuerzos, unida a la perspectiva de la interminable tarea de gobernar la República y sus provincias le hicieran menos propenso a preocuparse. Para él, la naturaleza de la vida pública había cambiado y ahora consistía casi por completo en el cumplimiento de sus

deberes, ya que todos aquellos con los que una vez había competido por la supremacía -sobre todo Craso y Pompeyo, pero también Catulo, Catón e incluso Bíbulo y los de su generación- habían desaparecido. Su victoria y su posición de primer hombre de la República, cuya gloria y logros superaban los de cualquier otra personalidad de Roma, pasada y presente, eran incuestionables. Ahora sólo podía competir consigo mismo. Sin embargo, César siempre se había tomado muy en serio sus responsabilidades y continuó invirtiendo todo su ser y su energía en servir a Roma. Sin duda, las guerras que había previsto emprender contra los dacios y los partos le hubieran reportado más gloria -y una gloria limpia puesto que el enemigo era extranjero-, y pocos, incluso entre sus detractores, habrían negado que las propias contiendas se libra ban contra enemigos que merecían ser humillados por Roma. Es posible que César estuviera cansado y tal vez encontrara en su victoria un cierto vacío. Probablemente no temiera a la muerte, pero eso no significa que tentara al destino. Para que su nuevo régimen tuviera éxito, no podía mantenerse de forma permanente por medio del miedo, sino que debía descansar en la aceptación de que era mejor que las alternativas. Poniendo de manifiesto que no temía a su propia clase, ni a sus aliados ni a sus antiguos enemigos, demostraba su confianza en sí mismo. Sabía que su poder provocaba aversión, pero esperaba que su dominio fuera tolerado y confiaba en la buena suerte que le había ayudado a obtener tantas victorias en el pasado, en su propia habilidad y justo gobierno y en el pragmatismo de los demás. Tenía esperanza en que tres años de campaña y nuevas victorias ayudarían a la élite romana a acostumbrarse a su gobierno e incluso quizá les

recordara que César era mejor amo que alguno de sus subordinados. No sabemos si a su regreso su posición se habría fortalecido aún más; es posible que hubiera comenzado a distinguir a un sucesor a quien traspasar sus poderes. Se cree que tenía la intención de nombrar a Octavio su jefe de caballería durante al menos uno de los años de la campaña, pero también se mencionó a otro hombre, por lo que ciertamente todavía no había ningún indicio definitivo sobre la sucesión. Es imposible afirmar nada a este respecto y bien podría ser que todavía no hubiera concebido ningún plan concreto. En el invierno de 53-52 a.C. César había errado de modo flagrante al juzgarla actitud predominante en la aristocracia gala. Lo mismo le había sucedido ahora en Roma.18

Nuestras fuentes están repletas de prodigios que advertían de la muerte del hombre más poderoso de Roma. Una de las historias más famosas es que la noche del 14 de marzo Calpurnia tuvo una pesadilla en la que, dependiendo de las diferentes versiones, o bien vio cómo se desplomaba el frontón de la casa o bien se vio a sí misma sosteniendo el cuerpo asesinado de César en sus brazos. Por otra parte, el día 15 los sacrificios matutinos se repitieron varias veces, pero los augurios fueron invariablemente desfavorables. Se dice que César se sorprendió por la actitud de su mujer porque no solía creer en supersticiones y que finalmente Calpurnia logró persuadirlo de que se quedara en casa. Envió un mensaje al Senado para informarles de que la mala salud le impedía abandonar su casa para llevar a cabo ningún asunto público. Es posible que hubiera parte de verdad y que no se encontrara bien. Antonio fue el encargado de llevar el mensaje al Senado,

pero antes de que saliera, llegó Décimo Bruto: era normal que los amigos pasaran a saludar a un senador importante a primera hora de la mañana, por lo que no había nada extraño en su visita. Ambos habían cenado la noche anterior en casa de Lépido, donde, tras la comida, se supone que se planteó la pregunta de cuál era la mejor manera de morir. César había participado poco en la discusión, pero de pronto alzó la mirada para decir que la respuesta era un fin súbito e inesperado. A la mañana siguiente, Bruto consiguió convencer a César de que cambiara su decisión. Plutarco cuenta que se burló de las advertencias de los adivinos y sedujo a César diciéndole que el Senado iba a ofrecerle la realeza fuera de Italia, aunque es probable que esta parte sea una invención posterior. Había numerosas razones por las que César podía querer asistir al Senado cuando su marcha de la ciudad estaba programada para tres días después. Fueran cuales fueran los detalles, al final el dictador se acomodó en una litera y fue transportado al Foro, a uno de los templos que formaban parte del complejo teatral de Pompeyo, donde estaba reunido el Senado. Unos cuantos meses antes, César había cosechado elogios por ordenar la restauración de las estatuas y monumentos públicos dedicados a Sila y Pompeyo, por lo que una estatua de su antiguo yerno estaría observando pasivamente el debate. Después de que hubiera abandonado su casa, llegó un esclavo que decía tener noticias de la máxima importancia para el dictador y le dieron permiso para quedarse a esperar su retorno.19

Cuando llegó César, la mañana estaba tocando a su fin y, durante la espera, los nervios habían ido apoderándose de los conspiradores, que temían que su complot hubiera sido

descubierto. Aparte de Décimo Bruto, los conjurados se habían congregado en un momento previo con el pretexto de que el hijo de Casio iba a convertirse oficialmente en hombre al adoptar de forma pública la toga virilis. A continuación, fueron al templo y aguardaron fuera la llegada de César. Las dagas estaban ocultas en el interior de los estuches donde los senadores guardaban habitualmente sus largos estiletes. Se sabe que en el propio teatro de Pompeyo había una tropa de gladiadores propiedad de Décimo Bruto, armados y listos para pelear, pero había una razón para que estuvieran allí: el teatro iba a ser la sede de algunas luchas que se celebrarían en un futuro próximo. Un hombre sa ludó a Bruto y a Casio de manera bastante críptica, lo que, al principio, ellos interpretaron como una señal de que alguien los había delatado. Su tensión aumentó cuando el mismo hombre se dirigió al dictador cuando llegó y estuvo hablando con él un rato, pero pronto se dieron cuenta de que lo que estaba haciendo era presentar una petición. De camino hacia el Senado, el profesor de griego Artemidoro, que había pasado una temporada en casa de Bruto y que, al parecer, estaba al tanto de la conspiración, entregó a César un manuscrito. Por elección o por falta de oportunidad, el dictador no lo leyó. Ninguna de las fuentes sugiere que sospechara nada y, con buen humor, llamó a un adivino que le había advertido anteriormente que temiera los idus de marzo. Fue entonces cuando se produjo el diálogo que tan familiar nos es gracias a Shakespeare: «Ya han llegado los idus de marzo». «Han llegado, sí; pero no han pasado». Los conspiradores se acercaron a saludarle cuando bajó de la litera.Trebonio -o en la versión de Plutarco, Décimo Bruto- se llevó a Antonio a un

lado y lo entretuvo charlando mientras César y el resto entraban. Eran conscientes de que el colega de César en el consulado era una persona leal y a la vez corpulenta y, por lo general, se sentaba junto al dictador, lo suficientemente cerca para prestarle ayuda. Los senadores que ya estaban en el vestíbulo se pusieron en pie cuando entró César. El dictador se dirigió hacia su silla de oro, que presumiblemente estaba junto a la silla curul de Antonio, puesto que él era el único cónsul aparte de César.`

Antes de que la reunión pudiera comenzar formalmente, los conspiradores se apiñaron en torno al dictador. Lucio Tilio Címber, que había servido a las órdenes de César en el pasado, le pidió que hiciera regresar del exilio a su hermano, que debía de haber sido un ferviente pompeyano. Los otros se apretujaron a su alrededor para implorar a César que le concediera lo que pedía, tocando y besando sus manos. Publio Servilio Casca dio la vuelta para situarse detrás de la silla de César. El dictador no se dejó conmover por los ruegos y refutó con calma sus argumentos. De pronto, Címber agarró la toga de César y tiró de ella, desnudando su hombro: era la señal acordada y Casca sacó su daga y le apuñaló, pero en su nerviosismo sólo logró arañar el hombro o el cuello del dictador. César se volvió y parece que dijo algo como: «¡Malvado Casca, ¿qué haces?». En algunas versiones César aferró los brazos de Casca y forcejeó con él para intentar desviar la daga, mientras que en la descripción de Suetonio utilizó su propio estilete como arma y se la clavó a su asaltante. Casca -según Plutarco en griego, en vez de emplear el latín como César- llamó a su hermano pidiendo ayuda. Los otros conjurados se lanzaron entonces contra César

propinándole innumerables estocadas y tajos.Varios de ellos, incluido Bruto, resultaron heridos accidentalmente en el confuso tumulto que se creó en torno al dictador. Sólo dos senadores trataron de ayudar a César, pero no lograron abrirse paso hasta él. El dictador luchó contra ellos hasta el final, forcejeando para intentar zafarse. Marco Bruto le apuñaló una vez en la ingle y hay voces que defienden que cuando vio al hijo de Servilla, detuvo su lucha y pronunció sus últimas palabras: «Tú también, hijo mío» (por desgracia no hay pruebas directas de la versión de Shakespeare: «Et tu Brute»).A continuación, el dictador se cubrió la cabeza con la toga y se desplomó, cayendo junto al pedestal de la estatua de Pompeyo. Había veintitrés heridas en su cuerpo.21

El ataque había sido tan súbito e inesperado que, al principio, los cientos de senadores que lo habían presenciado estaban demasiado horrorizados para reaccionar. Cuando los hechos se hubieron consumado y los conspiradores se irguieron de nuevo, con las ropas desaliñadas, algunos de ellos heridos y todos con salpicaduras de sangre, Bruto apeló a Cicerón, que no había tenido conocimiento del secreto, para que tomara las riendas de la situación. Aun así, el pánico se propagó por todo el vestíbulo y todos los demás senadores, incluyendo al famoso orador, huyeron tan rápido como pudieron. Desde luego, esa no era la recepción que deseaban, pero, todavía embargados por la euforia del triunfo de su empresa, los conspiradores salieron en tropel y caminaron hacia el Capitolio, portando en una especie de poste uno de los pileos con los que se tocaban tradicionalmente los libertos como símbolo de la libertad que habían traído al Estado. Por el momento, Antonio permanecía oculto y, poco después de

que se marcharan los conspiradores, tres de los esclavos de César se atrevieron a entrar en el vestíbulo, levantaron el cuerpo y lo colocaron en su litera, para a continuación llevarlo a casa. Durante un tiempo, toda Roma había quedado anonadada y siguió una intranquila tregua. Al final, Cicerón fue al Capitolio y felicitó a los magnicidas, pero cuando Bruto y Casio descendieron y hablaron desde la rostra en el Foro, la muchedumbre que se había congregado allí no dio ninguna muestra de entusiasmo. Antonio estaba vivo, y también Lépido, que estaba al mando de las tropas que acampaban justo a las afueras de la ciudad. Por un momento, adoptaron una actitud en apariencia conciliatoria, Antonio se reunió con los conspiradores en privado y, al día siguiente, en el Senado. La Casa aprobó una moción para reconocer todos los actos y nombramientos de César, ya que demasiadas personas, entre ellas algunos de los conjurados, se habían beneficiado de ellos para desear que se revocaran.

En esa disposición de reconciliación, el Senado votó la celebración de un funeral público para César, que tuvo lugar en el Foro el 18 de marzo. Antonio ordenó que un heraldo leyera en alto un texto que enumeraba los honores que el Senado había otorgado en los últimos tiempos al dictador, así como el juramento que habían prestado todos los senadores de proteger su vida y, a continuación, pronunció un breve discurso, del que, probablemente, es la famosa versión de Shakespeare la que brinda el mejor reflejo actualizado del poder de la oratoria romana. Además, leyó a viva voz el testamento de César, que incluía el regalo de unos amplios jardines junto al Tíber para el pueblo de Roma y un premio adicional de trescientos sestercios (setenta y cinco denarios)

para cada ciudadano. Se expuso su toga púrpura, rasgada y manchada de la sangre de sus heridas y algunas fuentes sostienen también que había una efigie de cera de César que exhibía las puñaladas que lo mataron. Se había reunido una nutrida multitud, que Cicerón desdeñó más tarde llamándolos la chusma de la ciudad, pero no era más que el insulto convencional de los contrarios y más bien parece que en el gentío había una amplia representación de grupos distintos. Unos cuantos magistrados y ex magistrados se dispusieron a alzar la litera sobre la que estaba tendido el cuerpo, porque la intención era transportarlo hasta un lugar cercano a la tumba de su hija en el Campo de Marte e incinerarlo allí. Pero la airada muchedumbre no lo consintió: al igual que su héroe, Clodio, había sido incinerado en el Senado, César sería incinerado dentro de la ciudad, en el mismo corazón del Foro. Los asientos y bancos utilizados por los magistrados y los tribunales fueron despedazados y empleados para alimentar el fuego. Reinaba una atmósfera de histeria. Los actores contratados para vestir los ropajes de triunfo y de magistrado de César y sus ancestros los desgarraron, haciéndolos trizas y arrojándolos a las llamas. Sus soldados veteranos lanzaron sus armas y corazas a la hoguera, mientras que las mujeres arrojaron sus mejores joyas. En alguna ocasión el pueblo había protestado contra César, pero siempre había sido por una queja específica. Su afecto por él, un hombre que a lo largo de su carrera había defendido de modo sistemático medidas que beneficiaban al grueso de la población y no sólo a una reducida élite, nunca había vacilado seriamente. En 49 a.C. la gran mayoría de la población de Italia había mostrado su reticencia a levantarse en armas contra César. Entonces, como

ahora, les había resultado mucho más dificil que a sus adversarios senatoriales ver a César como un enemigo de la República, un término que en cualquier caso significaba cosas diferentes para personas diferentes.Tras el funeral se produjeron disturbios y ataques contra las viviendas de los conspiradores y los que les habían respaldado. El leal seguidor del dictador Helvio Cinna fue asesinado por una turba que le confundió con un tal Cornelio Cinna, que era un conocido detractor de César. No sólo los ciudadanos romanos lloraron la muerte de César. En el funeral, y durante varias noches después, Suetonio nos cuenta que muchos extranjeros se unieron al lamento según la costumbre de sus culturas. Desempeñaron un papel destacado los miembros de la población judía.'

Unas cuantas semanas después del asesinato, uno de los que aún eran fieles a César, concluyó con pesimismo que si César «con ese talento, no encontraba salida, ¿quién la va a encontrar ahora?». Sus predicciones de que en cuanto la nueva llegara a las Galias se produciría una rebelión resultaron totalmente infundadas, pero tenía razón al suponer que la guerra civil volvería a estallar pronto. Antonio decidió enfrentarse a los conspiradores. Octavio, ahora, a partir del testamento, adoptado de manera oficial y, por tanto, nombrado Cayo julio César Octavio, mostraría notoria iniciativa y confianza para un joven de dieciocho años, ganando el apoyo de los veteranos de César para su causa y convirtiéndose en una importante figura que nadie podía permitirse ignorar. Primero, luchó por el Senado contra Antonio y luego, adivinando con acierto que se desharían de él tan pronto como se hubieran asegurado la victoria, se unió

a Antonio y Lépido para formar el Segundo Triunvirato. En la brutalidad de la subsiguiente guerra no quedaba ni rastro de la clemencia de César y se asemejó más al enfrentamiento entre Mario, Cinna y Sila. En el plazo de tres años, prácticamente todos los conspiradores habían sido derrotados y habían hallado la muerte, a menudo por sus propias manos. Las órdenes senatorial y ecuestre fueron purgadas por unas proscripciones que alcanza ron una escala mayor incluso de las que había impuesto Sila. Con el tiempo, Lépido fue marginado y pasó el resto de sus días en un oscuro exilio, mientras que Antonio y Octavio pugnaban por la supremacía. Este último tenía tan sólo treinta y dos años cuando Antonio y Cleopatra se suicidaron y lo dejaron como gobernador indiscutible del mundo romano. Roma volvió a ser una monarquía, aunque el odiado nombre de rey no se utilizaba, y esta vez el cambio resultó permanente. Octavio se convirtió en Augusto y mostró más habilidad para disimular su poder que su padre adoptivo. Esa fue en parte la razón de su éxito, pero su crueldad al acabar con sus enemigos y la fatiga de una población que en una década había conocido muchos años de derramamiento de sangre también contribuyeron a convencer a la élite romana de que era mejor aceptar su dominio que retornar a la guerra civil.23

EPÍLOGO

Sangre y destrucción serán tan comunes y las escenas de muerte tan familiares.

SHAKESPEARE, *Julio César*, acto III, escena 1

César había nacido en una República que ya era propensa a repentinos brotes de feroz violencia política. La magnitud del derramamiento de sangre se acrecentó a lo largo de su vida y su propio asesinato es sólo uno de los episodios en un periodo de extrema turbulencia en la historia de Roma. La muerte de César fue truculenta y espectacular, pero pocos de los hombres que figuraron de manera destacada en su historia fallecieron de muerte natural. Las mujeres salieron mejor paradas, aunque Cleopatra fue una excepción a este respecto como en tantos otros sentidos. Los seguidores de Saturnino fueron masacrados cuando César era un bebé, la Guerra Social estalló cuando era un niño, seguida por la guerra civil, que se prolongó encarnizadamente mientras julio César maduraba hasta convertirse en un hombre. Entre Sila y sus enemigos causaron bajas en la élite romana a una escala que no se había visto desde los más aciagos días de la guerra con Aníbal. Pero la cosa no quedó ahí. Lépido se rebeló en Italia y fue eliminado con rapidez, mientras que Sertorio combatía con denuedo y eficiencia en Hispana y sólo lograron vencerlo tras años de lucha. Más adelante llegaron Catilina, luego Clodio y Milón, y muchas figuras menores dispuestas a emplear la violencia para satisfacer sus ambiciones, aun antes de que César cruzara el Rubicón. Durante todo ese tiempo hubo frecuentes guerras con enemigos extranjeros, mientras

que los impresionantes triunfos iniciales de Espartaco despertaron un hondo temor en una sociedad tan dependiente del trabajo de los esclavos. No obstante, muchos más senadores y équites cayeron en disputas entre romanos, y es probable que la sangría fuera aún mayor cuando Antonio y Octavio dieron caza a los conspiradores para luego enfrentarse entre sí.

César vivió en una era brutal y peligrosa. Eso debería ser una verdad evidente, pero a veces resulta fácil olvidarlo porque fue asimismo una época extremadamente civilizada. Los propios Comentarios de César, la ingente producción de cartas, discursos y tratados filosóficos de Cicerón, junto con las historias de Salustio y la poesía de Catulo constituyen algunas de las mejores obras de la literatura latina. Unidas a las fuentes posteriores, también garantizan que conozcamos mejor esos años que ningún otro periodo de la historia de la República romana. De hecho, resulta muy dificil hoy en día evitar observar los primeros periodos de la República a través del prisma del siglo y, sobre todo, de los copiosos escritos e ideas de Cicerón. La abundancia de información detallada sobre esos años, las habladurías cotidianas o el detenido análisis de elecciones y debates -de nuevo gran parte de todo esto procede de Cicerón- pueden transmitir un aire de normalidad y estabilidad que es altamente engañoso. La vida pública romana en el siglo i a.C. era todo menos estable. La violencia no estaba siempre presente, pero era siempre una posibilidad que acechaba justo debajo de la tranquila superficie. Las restricciones que habían limitado la competencia entre las anteriores generaciones de senadores también habían dejado de funcionar. La mayoría de los años

la rutina de la vida pública avanzó con cierto orden y corrección: tenían lugar las reuniones del Senado y las asambleas, los juicios se celebraban y se pronunciaban veredictos, los magistrados proseguían con sus asuntos y se llevaban a cabo los comicios. En ocasiones los jurados eran sobornados o persuadidos con otros métodos de cambiar de opinión, o los electores eran manipulados, pero en general, la vida de la res publica continuó avanzando de manera aceptable, aunque no ideal. Los disturbios, la violencia organizada, el asesinato -y contiendas más abiertas todavía- siguieron siendo excepciones ocasionales que interrumpían la normalidad. El sistema republicano era extremadamente resistente y retornaba a una especie de regularidad manifiesta después de cada crisis. Sin embargo, ninguna de estas cosas era ahora inimaginable, como lo habían sido para generaciones antes de los Gracos. Hombres como Mario, Cinna y Sila habían demostrado que era posible hacerse con el poder supremo por la fuerza, mientras que la primera etapa de la carrera de Pompeyo probaba que un comandante capaz que contara con su propio ejército podía abrirse camino hacia el primer plano de la vida pública en una forma que nunca antes había sido posible.

La generación de César tenía básicamente las mismas ambiciones que los senadores de épocas pasadas: codiciaban el cargo de mayor rango, la riqueza y la gloria para mejorar su posición y la de sus familias. Desde el siglo en adelante, las recaudaciones del imperio garantizaban que siempre había dinero en perspectiva y el gasto en monumentos, entretenimientos y otros medios de adquirir fama y popularidad creció a un ritmo pasmoso. En el siglo i a.C.

labrarse una carrera pública de éxito era mucho más complicado. Como muchos otros, César se endeudó en su esfuerzo por hacer carrera, confiando en que el éxito futuro le ayudaría a satisfacer las demandas de sus acreedores. Si hubiera fracasado en cualquiera de las etapas recorridas, su ruina habría sido completa e irrevocable: de ahí el comentario a su madre el día de la elección para el puesto de Pontifex Maximus de que regresaría como ganador o no regresaría en absoluto (véase página 168). César continuó ganando, pero otros no fueron tan afortunados y fracasaron, perdiéndolo todo. Algunos triunfaron por algún tiempo hasta que sus rivales lograron su condena pública en los tribunales o en otros ámbitos. En 63 a.C. Cicerón ejecutó al antiguo cónsul Léntulo, que ya había sido expulsado del Senado y había tenido que reanudar su carrera desde cero. Unos pocos años después, Clodio obligó a exiliarse al propio orador y sólo el cambiante equilibrio político permitió que, posteriormente, se autorizara su regreso. Los riesgos de la vida pública eran mayores de lo que lo habían sido jamás y muy pocos hombres podían sentirse a salvo de ataques. Los que fracasaban engrosaban las filas de los desesperados, deseosos de unirse a cualquier empresa dirigida por alguien que prometiera restablecer sus fondos y perspectivas. Muchos de estos hombres se unieron a Catilina y perdieron la vida. Otros se unieron a César en 49 a.C. y prosperaron, si habían sobrevivido a la guerra civil. La violencia de los tiempos garantizó que el fracaso podía no sólo provocar la ruina política y financiera, sino incluso la muerte. Sin embargo, los nuevos peligros de la vida pública se contraponían a la reducción de los limites que restringían el éxito: era posible, al

menos para unos cuantos hombres, saltarse o romper las reglas y las convenciones que supuestamente regulaban los mandatos públicos y era posible obtener mandos provinciales de un poder y duración sin precedentes. Tantos hombres habían prosperado luchando a favor de Sila que quedaba claro que la fortuna y la posición podían obtenerse en la guerra civil. Los oponentes de César en la guerra civil se presentaron como defensores de una República tradicional, pero la mayoría se habían visto bastante beneficiados por la victoria de Sila.

La combinación de alto riesgo y potencial de éxito casi ilimitado avivaron tanto la ambición como el temor entre los miembros de la generación de César.Todos ellos habían visto cómo algunos hombres ascendían a alturas espectaculares y otros acababan en la ruina o encontraban la muerte. La mayoría no disponía ni de la inclinación ni de una oportunidad favorable para hacer avanzar su carrera mediante la intimidación o la violencia declarada, pero nadie podía estar completamente seguro de que sus rivales no elegirían utilizar esos métodos. Los senadores estaban muy dispuestos a creer en los rumores de revolución o de conspiraciones de asesinato. Cuando la guerra civil estallaba realmente ni siquiera la neutralidad era siempre una opción segura, como habían demostrado las proscripciones. Cuanto más éxito tenía un hombre, mayor era el riesgo que corría, más dura sería su caída y más preocupado estaba de que sus enemigos se lanzaran como fieras sobre él ante cualquier signo de debilidad. La ambición desmesurada de tantas de las más famosas figuras de la Baja República es evidente, pero resulta fácil olvidar el nerviosismo reinante en el que vivían y

pugnaban por el poder. Cada triunfo que un hombre cosechaba le hacía un poco más dificil poder dar la espalda con tranquilidad a sus conciudadanos y la única seguridad verdadera residía en acumular más éxitos. César ha pasado a la historia como el hombre que atravesó el Rubicón, sumergiendo al mundo romano en el caos, haciendo una apuesta en la que podía obtener la victoria o bien perderlo todo. Es un error considerarlo demasiado diferente de sus oponentes o de la mayoría de los demás romanos de renombre del siglo i a.C. Es igualmente desaconsejable pensar que los principales partícipes en esta y otras crisis estaban actuando sólo con arreglo a consideraciones racionales. Todos, a su manera, hicieron sus apuestas y, sin duda, todos temían las consecuencias de la derrota y se resistían a confiar en sus enemigos personales. El espectro de la dictadura militar y las proscripciones estaba siempre ahí, como también el recuerdo de otras masacres y ejecuciones peor orquestadas. Tampoco existía en la mentalidad de la élite romana la disposición para hacer algunas concesiones y alcanzar soluciones intermedias. Los jó yenes aristócratas eran educados para aspirar a la virtus, y una parte importante de ella era la resolución absoluta de no darse por vencido jamás ni aun ante la derrota. En las guerras extranjeras esa actitud había sido muy útil para la República, y había desconcertado a Pirro y a Aníbal, que no lograban entender por qué los romanos no se rendían cuando era obvio que habían sido derrotados. En la era de las guerras civiles, esa mentalidad hizo que estos conflictos intestinos se libraran con implacable crueldad. Una vez que comenzó la lucha, los componentes de ambos bandos supieron que debían vencer o morir. Era muy raro que un aristócrata se suicidara al ser

derrotado por extranjeros en una guerra, ya que su misión era volver a formar las tropas y hacerles recobrar las fuerzas hasta que estuvieran listos para luchar con más posibilidades de éxito. En las guerras civiles, por lo general, los soldados comunes podían esperar compasión, pero no así los cabecillas, por lo que muchos de ellos se quitaban la vida, ya fuera por desesperación o como desafío.

César intentó cambiar ese patrón. En 49 a.C. temía la posibilidad de caer en manos de sus rivales, del mismo modo que ellos temían verle regresar al frente de un ejército. En ambos casos puede que los miedos fueran infundados, pero eso no los hacía menos reales. Cuando empezó la guerra, César hizo ostentación de clemencia, dejando vivir a los enemigos derrotados y, con el tiempo, permitiendo que reanudaran sus carreras. Era una política calculada con la que pretendía ganar el favor de los indecisos y disuadir al enemigo de luchar hasta la muerte, lo que no minimiza el contraste con sus adversarios o con anteriores vencedores. Después de su victoria, los pompeyanos amnistiados fueron autorizados a regresar a la vida pública y algunos recibieron un trato verdaderamente bueno. Una vez más, es obvio que consideró que así sería más fácil persuadirlos a ellos y a otros para que aceptaran su dictadura. Independientemente de sus motivos, había una generosidad en el comportamiento de César que ningún romano que hubiera llegado al poder en circunstancias similares había igualado nunca. Del mismo modo, aunque, en el fondo, su persistente apoyo de las causas populares era una estrategia para conseguir adeptos, lo cierto es que puso en práctica una serie de medidas que beneficiaron a gran parte de la población.

César estaba decidido a llegar a la cumbre. El Marco Antonio de Shakespeare dijo de César que «la ambición debería estar hecha de materia más sólida». A decir verdad, pocas ambiciones han sido más sólidas o de terminadas que la de César. En ocasiones se mostró implacablemente despiadado, aunque mucho más en las Galias que en la guerra civil. Parece que tenía pocos escrúpulos y que exhibía un frío pragmatismo a la hora de ordenar que se cometieran atrocidades. Sin embargo, nunca fue cruel de manera gratuita y utilizó la victoria para el bien de la mayoría además de para el suyo propio. En último término, volvemos a enfrentarnos a la esencial ambigüedad de César y su carrera con la que comenzamos. Era un individuo de un talento excepcional, pero también era un producto de su época. La política romana de la Baja República era precaria: las restricciones impuestas sobre el comportamiento eran cada vez menores. El sistema republicano se basaba en buena medida en los precedentes y la convención, pero estos estaban desmoronándose y en nada ayudaba a mantenerlos en pie lo poco que era necesario para que las autoridades emplearan el senatus consultum ultimum y su temporal suspensión del imperio de la ley. Las reglas del juego político habían cambiado y habría sido dificil, tal vez imposible, regresar al antiguo sistema. La ambición, el talento, la determinación y la tan cacareada buena fortuna de César le guiaron en su ascenso hacia la supremacía y le impidieron rendirse o echarse atrás jamás. Si hubiera nacido en otra época menos agitada, es fácil que su reputación hubiera sido muchos menos polémica. Podría haber sido otro Escipión el Africano y labrarse una gloria sin ambigüedades salvando a Roma de un enemigo extranjero. (Quizá habría

terminado también como el Africano, lleno de amargura y decepción en su exilio autoimpuesto tras ser expulsado de la vida pública). Pese a todos sus defectos, es indudable que César amaba su patria y era un hombre muy capaz. En vez del destino de Escipión, César luchó y ganó la guerra civil, se erigió en dictador y fue apuñalado hasta la muerte por un grupo de conspiradores. Sean cuales fueren las virtudes y los defectos de sus acciones, cuesta imaginar que su vida pudiera haber acabado de forma más dramática.

«SIEMPRE SOY CÉSAR». CÉSARATRAVÉS DE LOS TIEMPOS

César el general ha sido objeto de admiración generalizada a lo largo de los tiempos. Sus Comentarios fueron redescubiertos y su publicación se reanudó a finales del siglo xv. En los siguientes siglos, a medida que los Estados más organizados empezaron a crear ejércitos profesionales de creciente profesionalización, los estrategas militares recurrieron con frecuencia a los escritos de César en busca de inspiración. Las percepciones del arte de la guerra de Grecia y Roma ejercieron una honda influencia en la teoría y práctica de la guerra europea en los siglos xvi y xvii. Hasta hace relativamente poco, los Comentarios, junto con otros textos antiguos, seguían desempeñando un papel significativo en la educación de los oficiales de los países occidentales. Napoleón afirmó a menudo haberse inspirado en César e incluso, durante su exilio en Santa Elena, redactó una crítica de las campañas cesarianas. Es evidente que su emulación de los romanos no se limitó al generalato, ya que tomó como modelo a aquellos grandes hombres en su propio auge hasta el consulado y, de ahí, hasta alcanzar el título de emperador de

una República francesa que, desde el principio, se había servido de la República de Roma como primordial fuente de inspiración. Gran parte de la iconografia y el lenguaje utilizado por el Imperio napoleónico era abiertamente romano y se basó en especial en César y sus herederos. Años más tarde, Napoleón III patrocinó el primer programa arqueológico de envergadura para examinar los lugares asociados con la conquista de César de las Galias. La admiración hacia César se combinó con un romanticismo en relacion con los galos y en los colegios franceses se sigue enseñando a los niños a considerar a esas tribus de la Edad del Hierro como «sus antepasados». En el siglo xlx la asociación se vio reforzada cuando Prusia, después Alemania, pasó a ser el gran rival y enemigo potencial de Francia, lo que reflejaba la descripción de César de los pueblos galos separados de los hostiles germanos por el Rin.

Como lider militar, César ha despertado la admiración general, aunque en ocasiones con algunas reservas críticas, pero las actitudes hacia él como estadista han estado mucho más divididas desde el principio. Octavio llegó al poder como heredero de César, ganándose el favor de sus veteranos y partidarios para vengar el asesinato del dictador. Tras la deificación de César, Octavio se hizo llamar el «hijo del divino julio». No emuló la clemencia de su padre adoptivo y, aun cuando tampoco logró igualar su destreza militar, fue un político de enorme talento. Cuando concluyeron las guerras civiles y su gobierno era indiscutible, además, Octavio-Augusto ocultó la realidad de su supremacía de la mirada pública a diferencia de lo que había hecho César. Su divino padre era ahora menos útil y apareció poco en la propaganda

del nuevo régimen. Autores como Tito Livio parecen haberse sentido muy poco seguros de cómo tratar a César y sus acciones, y desde luego no hicieron ningún panegírico de él. En vista de que muchos de sus contemporáneos se habían esforzado por inculcarles una idea determinada sobre César, esa actitud tal vez no deba sorprendernos. Es probable que la historia perdida de Asinio Polión incluyera, como mínimo, alguna ligera crítica de César. Bajo el imperio de Augusto y sus sucesores, Catón, y en cierta medida también Bruto y Casio, eran retratados las más de las veces de manera elogiosa, idealizados como nobles defensores de la República. Durante el reinado de Nerón, el poeta Lucano escribió su épica Farsalia sobre la pugna entre Pompeyo y César, y este último no es en absoluto el héroe de la obra. Sin embargo, tampoco es un villano redomado y a veces se le describe más como una especie de misteriosa fuerza elemental que como un ser completamente humano. Más tarde, en el mismo siglo, Suetonio inició su serie de biografias de los primeros doce gobernantes de Roma con César. De los doce, Augusto era presentado claramente como el más próximo al gobernante ideal, pero, en algunos sentidos, la biografia de César destaca respecto a las demás, ya que, aunque fue dictador, no llegó a ser emperador o princeps a la manera instaurada por su hijo adoptivo. Suetonio critica a César, pero también informa en detalle sobre sus numerosos logros. Desde muchos puntos de vista, la incertidumbre acerca de César y cómo juzgarlo comenzó con los mismos romanos, que admiraban sus magníficas conquistas, pero deploraban otros aspectos de su vida y su carrera y continuaban reverenciando a algunos de sus adversarios.

Esta incertidumbre prosiguió y ha permitido que se hayan pintado retratos de Césares muy diferentes a lo largo de los siglos. El más famoso es, probablemente, el Julio César de Shakespeare. A pesar del título, la obra se centra más en Marco Bruto y la aparición de César antes de ser asesinado al principio del tercer acto es relativamente breve. El César de Shakespeare posee pocos rasgos obvios de grandeza, es algo pomposo, fanfarrón y siempre dispuesto a recibir halagos, pero desde luego no es ningún tirano. Son más las actitudes de otros personajes las que dejan traslucir su poder y supremacía, tanto antes como, en muchos sentidos, después de su muerte. Shakespeare no fue el primer dramaturgo que tomó a César como tema y ciertamente no ha sido el último, pues muchos, incluido Voltaire, han escrito obras u óperas que reflejan parte o toda su vida. Es probable que el magnicidio haya acaparado la atención debido a su inherente dramatismo y, en segundo lugar, la aventura con Cleopatra con todas sus reminiscencias del exótico Oriente y sus ecos de erotismo. No obstante, este último aspecto brilla por su ausencia en el César y Cleopatra de Bernard Shaw Este César es más gentil, más abiertamente benevolente y su relación con la reina -transformada en una «niña» de dieciséis años en vez de presentarla como la mujer que realmente era en es, en esencia, paternal y amistosa. En épocas más recientes se han creado diversos retratos cinematográficos de César, de los cuales es posible que el más memorable sea el interpretado por Rex Harrison en Cleopatra (1963).' Su César nos muestra más el hombre de acción que fue, con la calma pero firme autoridad de un líder probado. Tiene asimismo algo de la rápida inteligencia de César y, en la bien ensayada y precisa

actuación de este actor, mucho del poderoso orador. La relación con Cleopatra -una hermosísima Elizabeth Taylor, si bien, por lo que sabemos, en nada o en poco semejante a la verdadera reina- tal vez tenga más de política que de pasión. La televisión también probó suerte con la película Julius Caesar (2002) que protagonizaba Jeremy Sisto y presentaba otro retrato mayoritariamente favorable de César, pero se enfrentaba al enorme problema de condensar la historia de su vida en poco más de dos horas y media. Craso ni siquiera se menciona y las referencias cronológicas son sumamente vagas, con Catón ya en el Senado cuando Sila era dictador, pero hace un serio intento de ampliar la visión más allá de Egipto y los idus de marzo.

César hizo muchas cosas en su vida, y el periodo en el que vivió estuvo lleno de incidentes bien documentados, de manera que las tentativas de cubrir toda su carrera han sido casi tan raras en la novela como en el celuloide. En los últimos años la serie Masters ofRome de Colleen McCullough nos ha proporcionado la versión más amplia y más detallada a través de seis novelas que rondan las setecientas-ochocientas páginas cada una. Se trata de relatos detallados y entretenidos que comienzan con Mario y Sila y siguen hasta llegar al periodo posterior al asesinato de César. La autora llevó a cabo una concienzuda labor de investigación y se ciñe de manera rigurosa a los hechos reales. De forma inevitable, dada la esca la de los libros y el interés en las vidas personales de los protagonistas, las lagunas que existen en la información de la que disponemos han sido cubiertas con la imaginación, pues el novelista no goza del lujo del historiador de poder decir que, sencillamente, «desconocemos algo».

Bastante más ligera -aunque sólo sea en el mero tamaño- es la serie de Emperor de Conn Iggulden, historias de aventuras en las que César es el héroe. Las obras son rápidas, con énfasis en la acción y, con esas prioridades, el autor juega con cierta soltura y flexibilidad con los hechos.Tanto McCullough como, en especial, Iggulden presentan una imagen positiva de César, aunque sin dejar de mostrar su vena cruel. El César de Alan Massie es una novela mucho más crítica y mucho más seria. Su protagonista y narrador es Décimo Bruto y, en gran medida, es una subversión de Shakespeare, en la que se presenta a Marco Bruto como un necio pomposo más que un noble héroe. César es un gran hombre, pero su cinismo y ambición ocupan un lugar preponderante. César aparece asimismo en varias de las novelas de misterio de Steven Saylor, Roma sub rosa, y en ellas se le presenta también como una figura poco admirable, más como un egoísta destructor de la República que como héroe. El hecho de que en estas historias la República aparezca tambaleante y con imperfecciones no reduce la responsabilidad de César por acelerar su final.

Los datos históricos son sólo una de las cuestiones que deben tener en cuenta los dramaturgos, guionistas y novelistas y tienen que conciliarse con las exigencias de la narración. Algunos han sido mucho más fieles que otros, pero sería poco razonable que un historiador criticara en exceso esas desviaciones de los hechos documentados (un tema en sí en ocasiones problemático) que se producen en las obras de ficción. Entre ellos han ofrecido muchas opiniones diversas de César, pero es importante recordar que, a lo largo de los dos últimos siglos, rigurosos historiadores han descrito su

carácter, objetivos e importancia de formas muy distintas. En este libro he intentado analizar las pruebas de las que disponemos y reconstruir su vida. Hay algunas cosas que no sabemos y es bastante improbable que alguna vez lleguemos a saberlas. El objetivo ha sido tratar cada episodio de su vida sin dar por sentada la inevitabilidad de la secuencia de los acontecimientos. Algunos aspectos de su carácter, por ejemplo, sus emociones en la vida pública o privada, sus creencias y, en particular, las ambiciones de sus últimos años, siguen siendo un misterio. Podemos ha cer conjeturas sobre ellos, pero no conocerlos, y cada persona, forzosamente, da forma a su propio César, con admiración o repulsa, o con frecuencia tal vez con una mezcla de las dos. Más de dos mil años después, su historia nos sigue fascinando. Una cosa es segura: estas no serán las últimas palabras que se escriban acerca de julio César.

NOTAS

Introducción

‘ M. Booth, The Doctor, the Detective and Arthur Corran Doyle (1997), p. 204.

1. El mundo de César

‘ Veleyo Paterculo, Historia romana (traducción de M’ Asunción Sánchez Manzano, Madrid, Gredos (2001), p. 85).

2 Suetonio, César 77.

6. 11. 1-18. 8, 43. 1-57. 9 ofrece una interesante descripción y análisis de la República romana, con F. Walbank, A Historical Commentary on Polibio, 1 (1970), pp. 663-746. A. Lintott, The Constitution of the Roman Republic (1999) presenta un análisis detallado y reciente sobre este tenia.

‘A. Goldsworthy, In the Vame of Rome (2003), pp. 126-136, ofrece una descripción de estas campañas.

torno a Saturnino y Glaucia véase Apiano, BC 1. 28-33, Plutarco, Mario 28-30.

6 Suetonio, César 77.

‘Valerlo Máximo 3. 7. 8.

a Sobre el tema de la población y los problemas de medirla con precisión, véase N. Purcell, «The City of Rome and the Plebs Urbana in the Late Republic», en CAH2 IX, pp. 644-688, esp. 648-656, y también K. Hopkins, Conguerors and Slaves (1978), pp. 96-98. Sobre la importancia del Foro como escenario ñsico para la vida pública romana véase F. Millar, The Crowd in Rome in the Late Republic (1998), en especial

pp. 13-48.

Badian, Roman Imperialism in the Late Republic (1968), W. Harris, War and Imperialism in Republican Rome, 327-70 BC (1979) y Hopkins (1978), en es pecial 1-98 se cuentan entre los análisis más influyentes sobre el imperialismo romano.

"Véase E. Badian, Publicans and Sinners (1972).

en particular Hopkins (1978), passini.

12 Sobre las carreras de los Gracos, véase D. Stockton, The Gracchi (1979). Las fuentes principales son Plutarco, Tiberio Graco y Cayo Graco y Apiano, BC 1. 8- 27; sobre la historia de la cabeza de Cayo véase Plutarco, Cayo Graco 17.

Evans, Gañís Marius: A Political Biography (1994) ofi-ece una detallada relación de la carrera de Mario.

II. La infancia de César

' Veleyo Paterculo 2. 41. 1.

2 Suetonio, César 1. 3.

Salway, «What's in a Name? A Sur-vey of Roman Onomastic Practice from 700 700»,JRS 84 (1994), pp. 124-145, en especial 124-131, proporcionan una visión general del significado de los nombres romanos.

a Encontramos historias sobre el origen del nombre en Historia Aelius Venís 2; M. Gelzer, Caesar (1968), p. 19, C. Meier, César (1996), pp. 51-55 y E. Gruen, The Last Generation of the Roman Republic (1974), pp. 75-76 presentan un análisis de la familia de César.

s Suetonio César 6. 1; sobre la incertidumbre en torno a Eneas y su hijo véase Tito Livio 1. 3.

‘ Plutarco, Tiberio Graco 1.

7 Historia Augusta, Aelius Verus 2.

s B. Rawson, Children and Childliood in Roman Italy (2003), esp. pp. 99-113; sobre el conocimiento de los antiguos de la cesárea véase p. 99 con referencias. Véase asimismo la colección de ensayos recogidos en B. Rawson (ed.), Marriage, Divorce and Children in Ancient Rome (1991).

‘ Plutarco, Catón el Viejo 20. 3. K. Bradley, «Wet-nursing at Rome: A Study in Social Relations», en B. Rawson, The Family inAncient Rome (1986), pp. 201- 229 ofrece un análisis más detallado sobre el tema.

‘Tácito, Diálogos 28. 4 (traducción de J. M. Requejo, Madrid, Gredos (1988), p. 200).

Plutarco, Coriolano 33-36,Tito Livio 2. 40.

`Véase H. Marrou, A History of Education in Antiquity (1956), pp. 229-291, A. Gwynn, Roman Education: From Cicero to Guintilian (1926), esp. 1-32; Cicerón, La República 4.3.

13 Cicerón, El orador 120.

14 Encontramos un útil análisis del sistema de clientela en R. Saller, Personal Patronage in the Early Empire (1982); sobre cómo los chicos acompañaban a sus padres en sus negocios véase Gelio, NA 1. 23. 4, Plinio, Epistulae 8. 14. 4-5, y sobre la importancia de la influencia del padre a partir de los siete años véase Quintiliano 4,y los comentarios de Marrou (1956),pp. 231-233.

(2003), pp. 153-157; Suetonio, «Gramáticos ilustres. Retóricos ilustres» 7 en Los doce césares sobre Gnipho;

Suetonio César 56. 7 sobre las primeras obras de César.

16 Cicerón, Bruto 305, Suetonio, César 55. 2.

17 Plutarco, César 17, Suetonio, César 57, 61.

18 Plutarco, Mario 30, 32.

la cuestión de los aliados, véase E. Gabba, The Roman Republic, theArmy and the Allies (trad. P. Cufl) (1976), P. Brunt, Social Conflicts in the Roman Republic (1971),pp.1()I-104,A. Sherwin-White, The Roman Citizenship (1973), pp. 119-149.

20 La versión más completa de la guerra de la Antigüedad la ofrece Apiano, BC 1. 34-53, pero véase también Veleyo Paterculo 2. 13. 117. 3; E. Gabba, «Rome and Italy: The Social War», en CAH2 (1994), pp. 104-128, presenta una visión moderna sobre el tema.

21 Apiano, BC 1. 4046, Plutarco, Mario 33, Sila 6.

22 Sobre la caricia de Sila véase A. Keaveney, Sulla:7he Last Republican (1982),1-63.

23 Plutarco, Mario 34-35, Sila 7-8,Apiano BC 1. 55-57 y Keaveney (1982), pp. 56-77.

Sila 9-10, Mario 35-40, Apiano, BC 1.57-59.

BC 1.63-75; Plutarco, Mario 41-46, Sila 22, Pompeyo 3,Veleyo Paterculo 2. 20. 1-23.3, y también R. Seager, Pompey (2002), pp. 25-29.

III. El primer dictador

Sila 31 (traducción de Antonio Ranz Romanillos, Barcelona, Editorial Iberia, vol. II (1959) p. 370).

2 Sobre la importancia del festival de las Liberalia véase Ovidio, Los fastos 3. 771-788; sobre el sacrificio a Júpiter

véase Dionisio de Halicarnaso 4. 15. 5; so bre las ceremonias asociadas a la adopción de la toga virilis en general véase B. Rawson, Children and Childhood in Roman Italy (2003), pp. 142-144.

3 Suetonio, César 1.1; sobre la repentina muerte del padre de César véase Plinio, Historia Natural 7. 181; sobre la asunción de la toga virilis véase H. Marrou, A History of Education in Antiquity (1956), p. 233, A. Gwynn, Roman Education: From Cícero to Quintilian (1926), 16, y B. Rawson, «The Roman Family», en B. Rawson (ed.), Die Family inAncient Rome (1986), pp. 1-57, 41.

las restricciones que pesaban sobre el Flamen Dialis véase Gelio, NA 10. 15.

5Veleyo Paterculo, 2. 22. 2,Apiano, BC 1. 74. Sobre la nominación de Merula y César para el flaminado véase L. Ross Taylor, «César's Early Careen», en Classical Philology 36 (1941), pp. 113-132, esp. pp. 114-116.

la confarreatio véase S. Treggiari, Roman Marriage: Iusti Coniuges from the Time (f Cícero to the Time of Ulpian (1991), 21-24; sobre el nombre y la conexión con far véase Gayo 1. 112, Plinio, HN 18. 10, Festo 78L; sobre los rituales véase Servio, Ad G. 1.31.

7Veleyo Paterculo 2. 22. 2 sostiene que César fue nombrado Flamen Dialis, pero Suetonio dice explícitamente que sólo había sido «nominado» (destinatus), Suetonio, César 1. 1. véase M. Gelzer, Caesar (1968), pp. 19-21, y Taylor (1941), pp. 115-116. Tácito, Anales 3. 58 y Dión 54. 36. 1 afirman expresamente que Merula fue el último Flamen Dialis.

8 CAH2 IX (1994), pp. 173-187 ofrece un útil análisis de esos años; sobre el

comportamiento de Cicerón y sus mentores durante esos años véase T. Mitchell, Cícero: TheAscendingYears (1979), pp. 81-92.

'Apiano, BC 1. 76-77.

`° Plutarco, Sila 2 habla de su apariencia, de su incapacidad para lograr la pretura, 5, y sobre el epitafio véase 38; en general véase A. Keaveney, Sulla: The Last Republican (1982). Sobre el hecho de contar con un único testículo véase Arrio Menandro Lib. 1 On MilitaryAffairs. Keaveney (1982), p. 11 afirma que es probable que la historia derivara de una canción subida de tono inventada por sus soldados.

11 Sobre la buena suerte de Sila véase Keaveney (1982), pp. 40-41.

12 Apiano, BC 1. 78-80, Plutarco, Pompeyo 5.

13 Sobre la guerra civil véase Keaveney (1982), pp. 129-147.

14 Plutarco, Sila 27-32,Apiano, BC 1.81-96.

15 Plutarco, Sila 31.

las proscripciones véase Keaveney (1982), pp. 148-168, Apiano, BC 1.95,Veleyo Paterculo 2.28.3-4, y Plutarco, Sila 31, que incluye la anécdota sobre la propiedad albana.

(1982), pp. 160-203. Sobre la ejecución de Ofela véase Plutarco, Sila 33.

(1941), p. 116.

"Véase Suetonio, César 1. 1-3, Plutarco, César 1, y también L. Ross Taylor, «The Pise of Julius César», Greece arrd Rome 4 (1957), pp. 10-18, esp. 11-12, y Taylor (1941),

p. 116.

20 Suetonio, César 74.

21 Suetonio, César 1.

22 Plutarco, Sila 1. 104, Suetonio, César 77.

23 Keaveney (1982), pp. 204-213.

IV. El joven César

‘ Cicerón, Bruto 290 (traducción de Manuel Mañas Núñez, Madrid, Alianza,1).L. (2000) p. 180).

2 Encontramos la descripción de César de Suetonio en César 45. 1; los comentarios de Plutarco se encuentran en César 17; encontramos la descripción de la peculiar vestimenta de César y los comentarios de Sila en Suetonio, César 45. 3.

s Suetonio, César 45. 2.

la casa de Cicerón véase Veleyo Paterculo 2. 14, y E. Rawson, «The Ciceronian Aristocracy and its properties», en M. 1. Finley (ed.), Studies in Roman Property (1976), pp. 85-102, esp. 86; sobre la sinagoga en la Subura, véase Corpus Iuscriptiouum Judaicarum 2. 380.

5 Veleyo Paterculo 2. 14. 3.

`’ Suetonio, César 46-47.

7 Suetonio, César 2.

L. Ross Taylor, «The rise ofJulius César», Greece and Rorne 4 (1957), pp. 10-18, and M. Gelzer, Caesar (1968), p. 22. Sobre la corona cívica véase Gelio, NA 5.6.13-14, Plinio, HN 16.12-13 y el análisis deV. Maxfield, The Military Decorations ofthe RomanArmy (1981), pp. 70-74, 119-120.

Suetonio, César 2 y 49. 1-4, 52.3.

6Plutarco, Mario 13-14, Polibio 6. 37; sobre Catón como

censor véase Plutarco, Catón el Viejo 17.

11 Suetonio, César 22 y 49. 1-4.

12 Sobre el juramento público de César véase Dión 43. 20. 4; Catulo 54, cf. Suetonio, César 73.

13 Sobre Catón véase Plutarco, Catón el Viejo 24; Plutarco, Marco Craso 5; sobre los germanos véase César, BG 6. 21. Encontrará un estudio de las actitudes romanas en P Grimal, El amor en la Roma Antigua (1986).

14 Suetonio, César 3.

is Catulo 10; Cicerón, Verr. 1. 40.

" Cicerón, Bruto 317.

17Véase Suetonio, César 4. 1, 55,Veleyo Paterculo 2.93.3,y Gelzer (1968), pp. 22-23; sobre la administración provincial en general véase Imperiunl Romanum: Politice and Administration (1993) de A. Lintott; sobre el agudo tono de voz de César véase Suetonio, César 55. 2.

18 Plutarco, César 4.

'9 Cicerón, Bruto 316.

el problema de los piratas véase Apiano, Mithridatic Wars 91-93, Plutarco, Pompeyo 24-5; sobre la cautividad de César véase Suetonio, César 4. 2, Plutarco, César 2.

21 Plutarco, César 2 (traducción de Emilio Crespo, Madrid, Cátedra, D.L. (1919), pp. 172-173).

22 Sobre cómo se cortaba la garganta a los piratas véase Suetonio, César 74.

23 Suetonio, César 4. 2.

23 L. Ross Taylor, «Cesar's Early Career», Classical Philolo'iy 36 (1941), pp. 113-132, esp. pp. 117-118.

25 Sobre el viaje de vuelta a Roma véase Veleyo Paterculo 2. 93. 2; sobre el juicio véase E. Gruen, The Last Generation of the Roma,, Repnblic (1974), p. 528; encontramos el comentario de Cicerón en Suetonio, César 49. 3.

(1941), pp. 120-122; por la guerra de los esclavos véase Plutarco, Marco Craso 8-11,Apiano, BC 1. 116-121.

27 Sobre Craso y Sila véase Plutarco, Marco Craso 6.

21 Suetonio, César 5.

V. Candidato

‘ Plutarco, César 5.

2 Sobre el nacimiento de Julia véase M. Gelzer, Caesar (1968), p. 21, C. Meier, Caesar (1996), p. 105, y P Grimal, El amor en la Roma Antigua (1986).

3 Grimal (1986), pp. 112-115.

4 Sobre la historia de Precia y Lúculo véase Plutarco, Lúculo 6. 2-4; sobre la influencia de Cetego véase Cicerón, Bruto 178; la historia de Pompeyo, Geminio y Flora la relata Plutarco en Pompeyo 2.

5 Sobre Citeris véase Cicerón, ad Fam. 9. 26; Cicerón ad Att. 10. 10; Servio, en E10; de vir. Ill. 82. 2. El desagrado de Cicerón se hace público en las Filípicas 2. 58, 69, 77.

6 Suetonio, César 47, 50. 1-52.

Suetonio, César 50. 2, Plutarco, César 46, 62, Bruto 5, Cicerón, ad Att. 15. 11; véase asimismo R. Syme, Tlie Roman Revolution (1939), pp. 23-24, 116; sobre el divorcio de la hermana de Servilia véase Plutarco, Lúculo 38.

8 Grimal (1986), pp. 226-237, S. Treggiari, Roman Marriage (1991), esp. pp. 105-106, 232-238, 253-261, 264,

270-275 y 299-319.

9 Salustio, Bell Cat. 25.

Pompeyo 55 (traducción de A. Ranz Romanillos, Barcelona, Editorial Iberia, vol. III (1999), p. 267).

11 En A. Goldsworthy, In the Name of Rome (2003), pp. 137-151, encontramos un estudio de la carrera de Sertorio.

12 Sobre la legislación de Sila véase A. Keaveney, Sulla: Die Last Republican (1982), pp. 169-189.

Máximo 6. 2. 8 habla del <joven verdugo»; sobre el asesinato del padre de Bruto véase Plutarco, Bruto 4; sobre el principio de la carrera de Pompeyo véase R. Seager, Pompey the Great (2002), pp. 20-39.

el impacto del fracaso militar en la carrera de un hombre véase N. Rosenstein, Imperatores Victi (1993), passim.

Pompeyo y los censores véase Plutarco, Pompeyo 22; sobre los banquetes de Craso véase Plutarco, Marco Craso 2. 2, 12. 3; Comp. Nic. Craso 1. 4; A. Ward, Marcus Crassus and the Late Roman Republic (1977), pp. 101-102.

16 Suetonio, César 5, Gelio, NA 13. 3. 5; encontramos sugerencias de que desempeñó un papel importante en los acontecimientos de 70 a.C. en el análisis de Ward (1977), pp. 105-111.

17 Sobre los debates de los elecciones véase L. Ross Taylor, Party Politics in the Age of César (1949), esp. pp. 50-75, y Roman Voting Assemblies: From the Hannibalic War to the Dictatorship of César (1966), esp. pp. 78-106, A. Lintott, «Electoral Bribery in the Roman Republic» ,JRS 80 (1990), pp. 1-16, E Millar, The Crowd in Rome in the Late Republic (1998), H. Mouritsen, Plebs and Politics in the

Late Roman Republic (2001), esp. pp. 63-89,A.Yakobson, «Petitio et Largitio: Popular Participation in the Centuriate Assembly of the Late Republic» ,JRS 82 (1992), pp. 32-52; sobre inscripciones en tumbas, véase ILS 8205-8207.

`Véase Taylor (1966), pp. 78-83, A. Lintott, Die Constitution of the Roman Republic (1999), pp. 43-49.

la cuestura véase Lintott (1999), pp. 133-137; sobre la sugerencia de que los ganadores de la corona civica eran inscritos en el Senado véase L. Ross Taylor, «The Rise of César», Greece and Rome 4 (1957), pp. 10-18, esp. 12-13.

20 Polibio, 6. 54. 1-2.

César 6. 1, Plutarco, César 5; sobre la actitud pública y privada de Cicerón respecto a Mario véase el análisis de T. Mitchell, Cicerón: Die AscendingYears (1979), pp. 45-51.

de Hispania 42, Suetonio, César 7. 1-2,Veleyo Paterculo 2. 43. 4 y los comentarios de Gelzer (1968), p. 32; sobre el busto de Alejandro y su inquietante sueño véase Plutarco, César 11, Suetonio, César 7. 1-2 y Dión 37. 52. 2; sobre el regreso de Cicerón de su propia cuestura véase pro Planco 64-66.

23 Suetonio, César 8.

24 Suetonio, César 6. 2, Plutarco, César 5; S.Treggiari, Roman Marriage (1991), pp. 161-180 analiza la ceremonia del matrimonio.

36. 20. 1-36, Plutarco, Pompeyo 25-26; P Greenhalgh, Pompey: The RomanAlexander (1980),pp. 72-90 ofrece un detallado análisis de la introducción de la Lex Gabinia.

el apoyo de César de la Lex Gabinia véase Plutarco, Pompeyo 25, así como T. Rice Holmes, Die Roman Republic, 1 (1928), pp. 170-173; sobre la campaña contra los

piratas véase Apiano, Mithridatic Wars 91-93, Plutarco, Pompeyo 26-28.

la carrera de Lúculo véase A. Keaveney, Lucullus:A Life (1992), esp. 75-128 sobre sus campañas en Oriente; sobre su reemplazo véase Plutarco, Pompeyo 30-31, Lúculo 36.

36. 43. 2-3 sobre el respaldo de César; pro Lege Manilia, el discurso de Cicerón a favor de la Lex Manilia ha sobrevivido.

César 5-6, Suetonio, César 10-11,Veleyo Paterculo 2. 43. 4; sobre el cargo de edil véase Lintott (1999), pp. 129-133; sobre la carrera de César véase Gelzer (1968), pp. 37-39, L. Ross Taylor, «César's Early Careen», Classical Philology 36 (1941), pp. 113-132, esp. 125-131, y (1957), pp. 14-15.

3' Suetonio, César 10. 1.

Dión 37. 8. 1-2, Plinio, FIN 33. 53.

32 Plutarco, César 5.

César 6, Suetonio, César 11,Veleyo Paterculo 2. 43. 3-4, y véase también R. Evans, Gaius Marius: A Political Biography (1994), p. 4, que sugiere que lo más probable es que los monumentos no fueran originales, sino copias.

VI. La conspiración

' Salustio, Bell. Cat. 12.1-2.

2 Dión 36. 44.3-5, Cicerón, pro Sila 14-17, Salustio, Bell. Cat. 18.

3 Véase Suetonio, César 9, Salustio, Bell. Cat. 17-19. Encontramos un análisis de la primera conspiración catilinaria en E. Salmon, «Catiline, Crassus, and César», American Journal of Philology 56 (1935), pp. 302-316, esp. 302-306; E. Hardy, Die Catilinarian Conspiracy in its Context:A Re-study of the Evidence (1924), pp. 12-20;T. Rice Holmes, Die

Roman Republic,1 (1928), pp. 234-235; D. Stockton, Cícero (1971), pp. 77-78; and M. Gelzer, Caesar (1968), pp. 38-39.

4 Sobre la lucha entre Craso y Pompeyo véase A.Ward, Marcus Crassus and the Late Roman Republic (1977), pp. 128-168; Rice Holmes (1928), pp. 221-283, esp. 242-249. Sobre las visiones del imperio del regreso de Pompeyo véaseVeleyo Paterculo 2. 40. 2-3, Plutarco, Pompeyo 43, Dión 37. 20. 5-6

5 Véase Plutarco, Marco Craso 2-3, y Ward (1977), pp. 46-57; sobre el incidente de Licinia véase Plutarco, Marco Craso 1, con comentarios escépticos en Ward (1977), 74-75.

6 Cicerón, Bruto 233.

7 Plutarco, Marco Craso 3, Cicerón, de Ofciis 1.25, Salustio, Bell. Cat.48.5- 7. Sobre «paja en los cuernos» y un posible juego de palabras véase Ward (1977), pp. 78.

s Plutarco, Marco Craso 13, Suetonio, César 11, Dión 37.9.3-4;Ward (1977), pp. 128-135, Gelzer (1968), pp. 39-41.

Catón el Joven 16-18, Suetonio, César 11, Dión 37. 10. 1-3.

César 74. Sobre Catilina véase Asconio 84C; sobre Ofela véase Plutarco, Sila 33.

Bell. Cat.5, 14-17, Plutarco, Cicerón 10,Ward (1977), p. 136, 145, Rice Holmes (1928), p. 241, Stockton (1971), p. 79-81, 97, 100.

Catón el Viejo véase Plutarco, Catón el Viejo, y A. Astin, Cato the Censor (1978). Sobre Catón véase Plutarco, Catón el Joven, esp. 1, 5-7, 9, 24-25.

"Véase Stockton (1971), esp. 71-81, E. Rawson, Cicerón

(1975),T. Mitchell, Cicero: TheAscendingYears (1979), esp. p. 93 ss. La inscripción que menciona a Lucio Sergio, normalmente identificado como Catilina, en el asta de Pompeyo Estrabón es ILS 8888/ILLRP 515.

«The Senate and the Populares, 69-60 BC» ofrece una excelente análisis de esos años en CAH2 IX (1994), pp. 327-367; sobre el proyecto de ley agraria de Rulo véase Gelzer (1968), pp. 42-45, Stockton (1971), pp. 84-91, Rice Holmes (1928), pp. 242-249,Ward (1977), pp. 152-162.

Pisón véase Salustio, Bell. Cat. 49. 2, Cicerón, pro Flacco 98; sobre Juba véase Suetonio, César 71.

` , Sobre los honores otorgados a Pompeyo véase Dión 37. 21. 4. R. Syme, en «The Allegiance of Labienus»,JRS 28 (1938), pp. 424-440 presenta un análisis de los orígenes de Labieno.

17 Sobre el perduellio véase Dión 37.26.1-28. 4, Suetonio, César 12, Cicerón, Pro Rabino perduellionis, con W. Tyrrell, A Legal and Historical Comrnentary to Cicero'.s Oratio Pro Rabirio Perduellionis (1978); el anónimo de viribus illustribus contiene la tesis de que Rabino desfiló con la cabeza de Saturnino.

`Véase L. Ross Taylor, Roman Voting Assemblies: From the Hannibalic War to the Dictatorship of Caesar (1966), p. 16.

" Sobre la elección a Pontfex Maximus véase Suetonio, César 13, Plutarco, César 7, Dión 37. 37. 1-3,Veleyo Paterculo 2. 43. 3.

20 T. Cornell, -Die Beginnings of Rome (1995), pp. 239-241 ofrece un útil análisis de la Regia y su historia.

Bell. Cat. 23-24, Cicerón, pro Murena 51-58, Dión 37. 29. 1-30. 1, Plutarco, Catón el Joven 21.2-6.

22 Salustio, Bell. Cat. 22. 1-4, 26. 1-31.3.

23 Salustio, Bell. Cat. 31. 4-48. 2, Rice Holmes (1928), pp. 259-272, Stockton (1971), pp. 84-109.

VII. Escándalo

‘ Cicerón, Catilinarias 3. 1-1 (traducción de Rafael Salinas, México, UNAM (1973) p.40).

sobre las campañas electorales con Catilina, Cicerón, adAtt. 1.2.

Cat. 2. 22 (traducción de Rafael Salinas, México, UNAM (1973) p. 35).

César 4.4 (traducción de Emilio Crespo, Madrid, Cátedra (1999) p. 175).

Bell. Cat. 48. 5.

Bell. Cat. 48. 9; Plutarco, Marco Craso 13.

pro Murena, y Plutarco, Catón el Joven 21. 3-6.

Bell. Cat. 49. 1-4, Plutarco, Marco Craso 13, y Cicerón 20.Véase asimismo D. Stockton, Cicero (1971), pp. 18-19.

Bell. Cat. 44-47, Plutarco, Cicerón 19, Dión 37. 34. 1-4, Apiano, BC 2.4-5.

el debate en general véase Salustio, Bell. Cat. 50. 3-53. 1; sobre la última aparición de Catilina en el Senado véase Cicerón, Cat.1. 16.

Apio Claudio el Ciego véase Cicerón, de Sen.16, Bruto 61.

Bell. Cat. 51. 1-3.

Bell. Cat. 51. 33.

Bell. Cat. 51. 20.

Bell. Cat. 51 nos ofrece el discurso de César.

análisis de la opinión de César en Gelzer (1968), pp. 50-52, y C. Meier, Caesar (1996), pp. 170-172.

Plutarco, Cicerón 20-21, César 7-8, Suetonio, César 14, y Apiano, BC 2.5.

Cat. 4. 3.

César véase Cicerón, Cat. 4. 9-10, sobre Craso, 4. 10, escenas del horror, 4. 12.

Bell. Caí. 52. 12.

Bell. Cat. 52. 17-18, 24-25.

Bruto 5 y Catón el Joven 24. 1-2; Sobre la reacción de Cicerón ante la versión de Bruto del debate véase Cicerón, adAtt. 12.21. 1.

Bell. Cat. 55. 1-6, Plutarco, Cicerón 22 y César 8, Dión 37. 36. 1-4, Ampelio, lib. mcm. 31; Salustio situó en un momento anterior la amenaza contra César en Bell. Cat. 49. 4.

ad Fam. 5. 2. 7-8.

César 15, Dión 37. 44. 1-3.

37. 43. 1-4, Plutarco, Catón el Joven 26. 1-29. 2.

César 16.

la muerte de Catilina véase Salustio, Bell. Cat. 60. 7, 61.4; sobre los informadores véase Suetonio, César 17.

César 9-10.

ad Att. 1. 12.3, 1. 13.3, Suetonio, César 74.2, Plutarco, César 10. Sobre el divorcio en general véase S.Treggiari, Roman Marriage (1991), pp. 435- 482 y «Divorce Roman Style: How Easy and Frequent Was It?» en B. Rawson (ed.),

Marriage, Divorce and Children inAncient Rome (1991), pp. 131-146.

Cicerón, ad Att. 1. 13. 3, y Catulo en Cicerón, ad Att. 1. 16, Dión 37.50.3-4.

César 11, Suetonio, César 18, Cicerón, Pro Balbo 28.

Suetonio, César 18,Apiano, Bell. Esp. 102, Plutarco, César 12, Dión 37. 52. 1-53. 4. S. Dyson, The Creation of the Roman Frontier (1985), pp. 235-236 presenta un análisis sobre la situación en Hispania y las operaciones de César.

de Hispana 42. 2-3, Cicerón, pro Balbo 19, 23, 28, 63 y 43; sobre la insinuación de que se celebraban sacrificios humanos véase Estrabón, Geog. 3. 5. 3 y Rice Holmes The Roman Republic, 1 (1928), pp. 302-8.

César 11.

VIII. Cónsul

Bell. Cat. 54. 4.

adAtt. 2. 5.

HN 7. 97, Plutarco, Pompeyo 45, Dión 37. 21. 1-4, Apiano, Mithridatic Wars, 116-117.

las guerras orientales véase P. Greenhalgh, Pompey: The RomanAlexander (1980) y A. Goldsworthy, In the Name (f Rome (2003), cap. 7, esp. pp. 164-179.

Pompeyo 42-46, Catón el joven 30,Veleyo Paterculo 2. 40. 3; R. Seager, Pompey the Great (2002), pp. 75-76; sobre Craso véase Plutarco, Pompeyo 43, y A. Ward, Marcus Crassus and the Late Roman Republic (1977), pp. 193-199.

ad Att. 1. 13; véase asimismo ad Att. 1. 14 sobre Craso.

adAtt. 1. 13, 12; Seager (2002), pp. 77-79.

ad Att. 1. 12, Plutarco, Pompeyo 42, Catón el Joven 30. 1-5, Suetonio, César 50. 1; sobre los esfuerzos de Cicerón para apaciguar a Metelo Celer en 62 a.C. véase Cicerón, ad Fam. 5. 1, 2.

37. 49. 1-4, Plutarco, Pompeyo 44, Catón el Joven 30. 5, Cicerón, ad Att. 1. 18, 19.

ad Att. 2. 1.

Odas 2. 1. 1; P. Wiseman ofrece una perceptiva visión de esos años en «The Senate and the Populares, 69-60 BC», en CAH2 IX (1994), pp. 327-367, esp. pp. 358-367.

12 Cicerón, ad Att. 2. 1, y 1. 17 sobre la charla sobre la alianza entre César y Luceyo en diciembre, en el año 61 véase M. Gelzer, Caesar (1968), p. 60, fn. 1, posiblemente interpretando literalmente las palabras de Suetonio, que indica que César se divorció de Pompeya por carta.

BC 2. 8, Plutarco, Catón el Joven 31.2-3, Dión 37.54. 1-2.

César 19. 2; sobre la sugerencia de que era una manera de mantener a los cónsules en la reserva véase Seager (2002), p. 84; sobre odios y enemigos personales véase D. Epstein, Personal Enmity in Roman Politics 218-43 BC (1978).

L. Ross Taylor, Roman lVotingAssemblies:From the Hannibalic War to the Dictatorship of César (1966), esp. pp. 84-106.

Taylor (1966), pp. 54-55, H. Mouritsen, Plebs and Party Politics in the Late Roman Republic (2001), pp. 27-32; sobre la población de Roma en esta época véase N. Purcell, «The City of Rome and the plebs urbana in the Late Republic», en CAH2 IX (1994), pp. 644-688.

César 19. 1; Cicerón, adAtt. 1. 1; sobre la importancia del

voto italiano véase L. Ross Taylor, Party Politics in the Age of César (1949), pp. 57-59.

ad Att. 2. 3.

César 19.

César 19. 2, Dión 37. 56-58, Apiano, BC 2. 9; véase también Seager (2002), pp. 82-85,Ward (1977), pp. 210-216, Gelzer (1968), pp. 67-69, C. Meier, Caesar (1996), pp. 182-189.

César 13, Pompeyo 47; sobre juramentos véase Tito Livio, Pers. 103, Apiano, BC 2. 9, y Plinio, Epistulae 10. 96; sobre el caso de dos enemigos que hacen campaña a favor del mismo candidato véase Cicerón, ad Att. 2. 1.

César 20. 1, cf. Plutarco, Catón el Joven 23. 3.

38. 1. 1-7, Suetonio, César 20. 1; sobre la cronología de este año véase L. Ross Taylor, «The Dating of Major Legislation and Elections in Caesar's First Consulship», Historia 17 (1968), pp. 173-193; véase también Gelzer (1968), pp. 71-74, Meier (1996), pp. 207-213, Seager (2002), pp. 86-87; sobre los cinco comisionados «internos» véase Cicerón, adAtt. 2.7.

24 Dión 38. 2. 1-3. 3 Suetonio, César 20. 4 ofrece una versión ligeramente diferente que, por lo visto, fecha el arresto de Catón a finales de año. Plutarco, Catón el Joven 33. 1-2 también sitúa este incidente más tarde; sobre la experiencia militar de Petreyo véase Salustio, Bell. Cat. 59. 6.

25 Dión 38.4. 1-3.

38. 4. 4-5. 5, Plutarco, Pompeyo 47; sobre la fecha de las votaciones véase Taylor (1968), pp. 179-181.

27 Dión 38. 6. 1-3, Plutarco, Catón el Joven 32. 2; véase

Taylor (1969), p. 179 sobre las intenciones de Bíbulo.

38.6.4-7.2 Apiano, BC 2. 11, Plutarco, Catón el Joven 32.2-6, Suetonio, César 20. 1.

César 20. 2, Dión 38. 8. 2; véase asimismo Taylor (1968), pp. 177-179.

César 20. 3-4, 54. 3, Dión 38. 7. 4-6, Cicerón, In Vatinium 29, 38; véase Gelzer (1968), pp. 75-6, Seager (2002), p. 88; encontramos algunas impresiones sobre el carácter de Vatinio en sus cartas a Cicerón, ad Fam. 5. 9, sobre las leyes de César sobre los gobernadores véase T. Rice Holmes, Tlie Roman Rcpublic, 1 (1928), p. 319 y Cicerón, pro Sestio 64, 135, In Pisonem 16, 37, In Vatiniurn 12, 29, adAtt. 5. 10.2.

César 21, 50. 1-2, y sobre su afición por las perlas 47, Plutarco, Pompeyo 47-48, César 14, Dión 38.9. 1.

32 Dión 38. 7. 3, Suetonio, César 20. 3, Cicerón, ad Att. 2. 15, 16, 17 y 18.

38. 12. 1-3, Cicerón, de Domo 41, ad Att. 8. 3, de provincüs consularibus 42, Suetonio, César 20. 4, Plutarco, César 14; véase asimismo Gelzer (1968), pp. 76-78.

34 Cicerón, ad Att. 2. 9.

35 Cicerón, adAtt. 2. 16 y 17; sobre C. Catón véase ad Quiritum Fratreiri 1.2.5.

3f' Cicerón, ad Att. 2. 19.

37 Cicerón, ad Att. 2. 21, 22 y 23.

31 Cicerón, ad Att. 2.24.

39 Cicerón, ad Att. 2.24, In Vatinium 24-26, pro Sestio 132, Dión 38. 9. 2-10. 1, Suetonio, César 20.5,Apiano, BC 2. 12-13, Plutarco, Lúculo 42.7-8; sobre César como el

primer promotor de esos acontecimientos véase Rice Holmes (1928), pp. 323-324 y Gelzer (1968), pp. 90-92, Meier (1996), p. 221; sobre Clodio véase Seager (2002), pp. 98-99; sobre la implicación de Pompeyo véase Ward (1977), pp. 236-241, Gruen, Die Last Generation of the Roman Republic (1974), pp. 95-96; D. Stockton, Cícero (1971), pp. 183-186 ofrece una interpretación más compleja y sugiere que puede que en realidad fuera un complot.

40 Suetonio, César 23, 73, Scholia Bobiensia sobre Cicerón, pro Sestio 40 e In Vatinium 15.

41 Suetonio, César 22. 2; sobre el temor de Cicerón a que estallara la guerra civil véase adAtt. 2. 20,21 y 22.

IX. La Galia

1 Plinio, HN 7.92.

Hircio, en su prefacio a BG 8.

'Plinio, HN7.92,Apiano, BC 2. 150.

4 Sobre Teófanes véase Cicerón, pro Archia 24; sobre las primeras obras de César véase Suetonio, César 56. 5-7; sobre los Comentarios en general véase la recopilación de ensayos en K. Welch & A. Powell (eds.),Julius Caesar as Artful ReporteraTheWar Commentaries as Political Instruments (1998).

5 Cicerón, Bruto 262.

orador debería evitar…», véase Gelio, NA 1. 10.4; véase asimismo L. Hall, «Ratio and Romanitas in the Bellum Gallicum», en Welch & Powell (1998), pp. 11-43, esp. p. 23.

' Sobre la fecha de publicación de los Comentarios véase M. Gelzer, Caesar (1968), pp. 170-172, C. Meier, Caesar (1996), pp. 254-264; encontramos argumentos que apoyan la

tesis de que su publicación fue anual en Welch & Powell (1998), y en especial en el artículo de P.Wiseman, «The Publication of the De Bello Gallico», pp. 1-9, así como en T. Rice Holmes, Caesar's Conquest of Gaul (1911), pp. 202-209.Véase también Hircio, BG 8 prefacio y Suetonio, César 56. 3-4.

s Cicerón, de Finibus 5. 52; véase asimismo Wiseman (1998), esp. pp. 4-7.

9 Suetonio, César 56. 4.

11 Cicerón, de provinciis consularibus 3. 5, ad Quintum Fratrem 2. 14-16, 3. 1-9.

Labieno véase R. Syme, «The Allegiance of Labienus» , JRS 28 (1938), pp. 113-128, esp. p. 120 y W.Tyrrell, «Labienus' Departure from Caesar in January 49 BC», Historia 21 (1972), pp. 424-440.

el libro de Cota véase Cicerón, ad Att. 13. 44. 3, cf. Ateneo 273b y Hall, (1998), pp. 11-43, esp. p. 25; sobre la identidad de los legados de César véase Broughton, MRR 2, pp. 197-199.

BG 1.39; Cicerón, ad Att. 2. 18.3, 19.5, de provinciis consularibus 41; E. Gruen, Die Last Generation of the Roman Republic (1974), pp. 112-116.

14 Sobre las legiones de César véase H. Parker, The Roman Legions (1957), pp. 47-71, esp. 55-56. Sobre el ejército en este periodo véase EAdcock, The Roman Art of War under the Republic (1940), P. Brunt, Italian Manpower, 225 BC - AD 14 (1971), P. Connolly, Greece and Rome at War (1981), M. Feugére (ed.), L'Équipment Militaire et L'Armement de la République. JRMES 8 (1997), E. Gabba, The Roman Republic, the Army and the Allies (1976), L.

Keppie, The Making of the Roman Army (1984),Y. Le Bohec, The Imperial Roman Army (1994), J. Harmand, L'armée et le soldat d Rome de 107 a 50 avant nótre ¿re (1967).

una introducción a esta cuestión con más referencias en A. Goldsworthy. The Roman Army at War, 100 BC - AD 200 (1996), pp. 31-32.

el equipo de los soldados romanos véase Goldsworthy (1996), pp. 83-84, 209-219, M. Bishop & J. Coulston, Roman Military Equipment (1993), Connolly (1981) y Feugére (1997).

D. Saddington, The Development (f the Roman Auxiliary Forces from Caesar to hespasian (1982); César, BC 1.39 sobre las cifras de la caballería y la infantería auxiliar.

18 Encontramos un análisis de esta cuestión en C. Goudineau, César et la Gaule (1995), pp. 130-148.

19 César, BG 1. 1, 6. 11-20; N. Roymans, Tribal Societies in Northern Gaul:An Anthropological Perspective, Cingula 12 (1990), esp. pp. 17-47, y B. Cunliffe, Greeks, Roman and Barbarians: Spheres lf Interaction (1988), esp. pp. 38-58 y 80-105 ofrecen interesantes estudios de la sociedad gala.

w Véase M. Todd, The Northern Barbarians (1987), pp. 11-13, The Early Germans (1992), pp. 8-13, C. M. Wells, The German Policy ofAugustus (1972), pp. 14- 31, y, más recientemente, el útil estudio de P.Wells, The Barbarians Speak: How the Conquered Peoples Shaped the Roman Empire (1999).

21 Sobre Domicio Ahenobarbo véase Suetonio, Nerón 2; sobre el intercambio de un esclavo por un ánfora véase

Diodoro Sículo 5. 26. 3-4; sobre las relaciones entre galos y romanos y la historia de la Galia Transalpina véase S. Dyson, Die Creation of the Roman Frontier (1985), pp.126-173; sobre el comercio de vino véase Cunliffe (1988), 59-105, esp. p. 74, y Roymans (1990), pp. 147-167 y A.Tchernia, «Italian Wine in Gaul at the End of the Republic», en P. Garnsey, K. Hopkins & C. Whittaker (eds.), Trade in the Ancient Economy (1983), pp. 87-104.

22 Wells (1999), pp.49-78, Cunliffe (1988), pp. 48-49, 86-87, 96-97, 132- 134, Dyson (1985), pp. 137-139, 154, y C. Goudineau (1995), pp. 141-143.

23 Sobre los sacrificios humanos en Roma véase Plinio, HN 30. 12-13; sobre la caza de cabezas véase Polibio 3. 67,Tito Livio 10. 26, 23. 24, Diodoro Sículo 5.29.2-5, M. Green, Dictionary of Celtic Myth and Legend (1992), pp. 116-118; sobre los sacrificios humanos en Germania véase Todd (1992), pp. 112-115.

Geog. 4.4.5 (traducción de Ma José Meana y Félix Piñero, Madrid: Gredos (1992), pp. 181-182).

BG 6. 15, cf Estrabón, Geog. 4. 4. 2; sobre Ribemont-sur-Ancre véase T. Derks, Gods, Temples and Ritual Practices: Die Transformation of Religious Ideas and Values in Roman Gaul (1998), p. 48, 234-5.

BG 1. 18, 31-33; véase también Dyson (1985), pp. 169-170, Cunliffe (1988), p. 94, 118.

(1996), pp. 53-60 ofrece un análisis más detallado de los ejércitos galos.

28 Dyson (1985), pp.168-171; César, BG 1.36,40,44, Cicerón, ad Att.1.19, 20.

X. Emigrantes y mercenarios: las primeras campañas, 58 a.C.

1 Cicerón, ad Att. 1.19.

2 César, BG 1. 6-7, Plutarco, César 17.

3 César, BG 1.2.

a César, BG 1.2-3, 18, cf. C. Goudineau, César et la Gaule (1995), 136-137.

BG 1.4, Plinio, HN 2. 170 registra la reunión entre embajadores romanos y un rey suevo, probablemente Ariovisto; véase asimismo S. Dyson, The Creation of the Roman Frontier (1985), pp. 169-170. 172, B. Cunliffe, Greeks, Romans and Barbarians: Spheres of Interaction (1988), pp. 114-117.

6 Encontramos un análisis de la cuestión en T. Rice Holmes, Caesar's Conquest of Gaul (1911) pp. 218-224, y H. Delbrück, History of the Art of War, volumen 1, Warfare in Antiquity (1975), pp. 459-478.

' César, BG 6. 11; sobre el deseo de que hubiera tribus aliadas en torno a las fronteras provinciales véase Dyson (1985), pp. 170-173.

8 César, BG 1. 5-6; sobre el interés por los Balcanes, véase Goudineau (1995), pp. 130-148; sobre las cifras de los helvecios y el tamaño de las columnas véase Holmes (1911), pp. 239-240, Delbrück (1975), pp. 460-463.

9 César, BG 1. 7-8, cf Apiano, Guerras contra Mitrídates 99, Plutarco, Marco Craso 10.

1° César, BG 1. 8.

11 César, BG 1. 10.

12 César, BG 1. 10-11, Cicerón, de provinciis consularibus

28, Suetonio, César 24; L. Keppie, The Making of the RomanArmy (1984), p. 98.

13 César, BG 1. 11, 16; sobre la logística del ejército romano, incluyendo el análisis del número de esclavos y de los que seguían a los campamentos véase P. Erdkamp, Hunger and Sword: Warfare and Food Supply in Roman Republican Wars 264-30 BC (1998),J. Roth, The Logistics of the Roman Army at War, 264 BC-AD 235 (1999), A. Labisch, Frumentum Commeatusque. Die Nahrungsmittelversongung der Heere Caesars (1975) y A. Goldsworthy, The Roman Army at War, 100 BC - AD 200 (1996), pp. 287-296.

14 César, BG 1. 12.

15 César, BG 1. 13.

16 César, BG 1. 13-14.

17 César, BG 1. 15-16.

18 César, BG 1. 16-20, cf. Goudineau (1995), p. 138.

19Véase Arriano, Anábasis deAlejandro Magno 3. 10. 1-4 sobre el peligro y las dificultades de los ataques nocturnos.

20 César, BG 1.21-22; encontramos un análisis de esta operación en Goldsworthy (1996), pp. 128-130.

21 César, BG 1.23.

22 Salustio, Bell. Cat. 59, Plutarco, Marco Craso 11. 6; encontramos un estudio del papel del comandante antes y durante la batalla en Goldsworthy (1996), pp. 131-163; sobre discursos antes de la batalla véase M. Hansen, «The Battle Exhortation in Ancient Historiography: Fact or Fiction», Historia 42 (1993), pp. 161-180.

23 Sobre la batalla véase César, BG 1. 24-26; encontramos un análisis de la naturaleza de las batallas en este periodo en

Goldsworthy (1996), pp. 171-247.

24 César, BG 26-29.

25 César, BG 1.30-33.

26 César, BG 1. 34-37.

27 César, BG 1. 39.

28 Dión 38. 35. 2.

29 César, BG 1. 40.

31) César, BG 1. 39-41.

BG 1. 41, cf. Plutarco, Sila 5 habla sobre la fama que logró por haber sido el primer magistrado romano que recibió a un enviado parto.

32 César, BG 1.42-46.

sa César, BG 1.46-47.

34 César, BG 1. 48, cf. Tácito, Germanía 6; Goldsworthy (1996), pp. 42-53 ofrece un análisis de los ejércitos germánicos.

35 César, BG 1. 49.

36 Sobre el aliento que proporcionaban las esposas germanas a los guerreros véase Tácito, Germania 7-8.

BG 1. 51-54; véase Frontino, Strategemata 2. 6. 3 habla de cómo permitió que los germanos escaparan.

38 César, BG 1. 54.

XI. «El más bravo de los pueblos galos»: los belgas, 57 a.C.

1 César, BG 2. 15.

2 Estrabón, Geog. 4. 4. 2 (traducción de Ma José Meana y Félix Piñero, Madrid, Gredos (1992) p. 177).

3 Sobre las promociones de los centuriones por valor véase César, BG 6. 40; Suetonio, César 65. 1; sobre el estilo de

mando de los centuriones y el alto número de bajas véase A. Goldsworthy, The Roman Army at War, 100 BC -AD 200 (1996), pp. 257-258, cf. César, BG 7.51, BC 3.99; sobre la competencia a la hora de dar muestras de valor y conseguir una promoción o una recompensa véase BG 5. 44, 7. 47, 50, BC 3.91.

4 Sobre las marchas repentinas y la disciplina relajada véase Suetonio, César 65, 67; encontramos un análisis del estilo de mando de Mario en A. Goldsworthy, In the Name of Rome (2003), pp. 113-136 (o en la ed. 2004, pp. 127-153).

5 Plutarco, César 17 (traducción de Emilio Crespo, Madrid, Cátedra (1999) pp. 192-193).

6 Véase Suetonio, César 67. 2 sobre los commilitones y las armas con incrustaciones; véase también Polibio 6. 39 y Goldsworthy (1996), pp. 264-282 sobre la audacia individual.

7 Sobre Pompeyo Trogo véase Justino, 43. 5. 12; sobre cómo César dictaba cartas mientras cabalgaba véase Plutarco, César 17; sobre la recepción de peticiones mientras pasaba el invierno en la Galia Cisalpina véase Plutarco, César 20.

s Sobre Valerio Meto véase Plutarco, César 17; sobre la organización de las cenas véase Suetonio, César 48; Catulo, 29.

9 Catulo, 57 (traducción de José Carlos Fernández Corte y Juan Antonio González Iglesias, Madrid, Cátedra (2006), pp. 299).

Suetonio, César 73.

11 Suetonio, César 51; Tácito, Historias 4. 55; existen otros poemas contra Mamurra de Catulo, 41, 43.

12 César, BG 2. 1; Goldsworthy (2003), pp. 169-179 (o en

la ed. 2004, pp. 190-201) ofrece un resumen de las campañas de Pompeyo.

N. Roymans, Tribal Societies in Northern Gaul: An Anthropological Perspective, Cingula 12 (1990), pp. 11-15, cf. Tácito, Germania 28, César, BG 2. 4, 15, 5. 12; sobre la resistencia ante los cimbros véase BG 2. 4, y sobre la descendencia de los atuátucos, 2. 29.

i4 César, BG 2. 2-5; encontramos cifras al respecto en T. Rice Holmes, Caesar's Conquest of Gaul (1911), p. 71, y L. Rawlings, «Caesar's Portrayal of Gauls as Warriors», en K. Welch & A. Powell, Julius Caesar as Artful Reporter: Die War Commentaries as Political Instruments (1998), pp. 171-192, esp. 175, y fn. 13. Encontramos una opinión sumamente crítica sobre las cifras de César en H. Delbrück, History of theArt ofWar, volumen 1: Warfare inAntiquity (1975), pp.488-494. Delbrück creía que los bárbaros eran luchadores muy superiores a los romanos civilizados y, en consecuencia, reduce en mucho el tamaño de sus fuerzas, a la vez que infla las cifras del ejército de César.

1s César, BG 2. 5-7.

16 Sobre el uso de Sila de las trincheras para proteger sus flancos véase Frontino, Strategemata 2. 3. 17.

17 César, BG 2. 8-11.

18 César, BG 2. 11-13.

19 César, BG 2. 13-15.

20 César, BG 2. 16-18, cf. 28 sobre la fuerza de los nervios en la batalla.

el posible significado del lugar véase Rawlings (1998), pp. 176-177; sobre la sugerencia de Maubeuge véase Rice

Holmes (1911), p. 76.

BG 2. 19; cf. Rice Holmes (1911), p. 77 sobre los comentarios de Napoleón; sobre los campamentos de marcha véase Goldsworthy (1996), pp.111-113.

BG 2. 20; sobre los retrasos antes de la batalla véase Goldsworthy (1996), pp. 143-145.

24 César, BG 2. 20-24.

25 César, BG 2. 25.

26 Véase Goldsworthy (1996), pp. 154-163, esp. 160-161 y (2003), pp. 155, 176, 195 (o en la ed. 2004, pp. 175, 198, 219); sobre la naturaleza del combate véase Goldsworthy (1996), pp. 191-227.

2' César, BG 2. 27-28.

28 César, BG 2.29-32.

29 César, BG 2. 33; sobre su renuencia a dejar a los soldados moverse libremente por un pueblo durante la noche véase BC 1. 21, 2. 12, Guerra de África 3; sobre ofrendas rituales véase BG 6. 17, Suetonio, César 54. 2.

31 César, BG 2.35, Dión 39.25.1-2, cf.M. Gelzer, Caesar (1968), pp. 116-118.

XII. Política y guerra: el convenio de Luca

1 Cicerón, ad Quintum Fratrem 2. 3. 3-4.

2 Cicerón, de provinciis consularibus 25.

3 Publio y Claudia en la primera guerra púnica, véase Tito Livio, Pers. 19, Cicerón, de natura deorum 2.7, Floro 1. 19.29, Suetonio, Tiberio 2.3, Gelio, NA 10.6.

4 Plutarco, Lúculo 34, 38, Cicerón, pro Milone 73; encontramos un análisis de la posición de la familia en E. Gruen, Die Last Generation of the Roman Republic (1974),

pp. 97-100; sobre la identidad de Lesbia véase Apuleyo, Apologia 10.

5 Dión 38. 12-13, véase asimismo M. Gelzer, Caesar (1968), pp. 96-99, G. Rickman, Die Corn Supply ofAncient Rome (1979), pp. 104-119.

6 Plutarco, Cicerón 30-32, Catón el Joven 34-40, véase also D. Stockton, Cicero (1971), pp. 167-193, R. Seager, Pompey the Great (2002), pp. 101-103.

Plutarco, Cicerón 33-34, Seager (2002), 103-109.

s Cicerón, pro Sestio 71, de provincüs consularibus 43, In Pisoneen 80, ad Fam. 1. 9. 9; sobre Pompeyo y el mando egipcio véase especialmente Cicerón, ad Fam. 1. 1-9; véase también Seager (2002), pp. 107-109, Gelzer (1968), pp. 117-119.

9 Cicerón, ad Quintum Fratrem 2. 3. 2.

1° Sobre Ahenobarbo véase Cicerón, adAtt. 4. 8b; sobre la tierra de Campania véase Cicerón, ad Quintum Fratrem 2. 1. 1, 6. 1, ad Fam. 1. 9.8.

11 Suetonio, César 24. 1.

12 Apiano, BC 2. 17, Plutarco, Pompeyo 50, César 21, Marco Craso 14; véase asimismo Gelzer (1968), pp. 120-124, Seager (2002), pp. 110-119, C. Meier Cae sar (1996), pp. 270-273, A. Ward, Marcus Crassus and the Late Roman Republic (1977), pp. 262-288.

ad Fam. 1.9.8-10, ad Quintum Fratrem 2.7.2; sobre la acusación de incesto entre Clodia y su hermano véase pro Caelio 32.

de provincüs consularibus 32-33.

Marco Craso 15, Pompeyo 51-52, Catón el Joven 41-42,

Dión 39. 27. 1-32. 3; Seager (2002), pp. 120-122.

la afirmación de que «la Galia estaba en paz» véase César, BG 3. 7, sobre Galba en los Alpes véase 3. 1-6, sobre Craso véase 2. 34, 3. 7.

BG 3.8-11.

BG 3.11-16; cf. Gelzer (2002), p. 126, y Meier (1996), pp. 274-275 señalan que los oficiales de César no eran oficiales.

Sabino véase César, BG 3. 17-19; sobre Craso véase 3. 20-26, sobre César y los mórinos véase 3. 27-28.

XIII. «A través de las aguas»: las expediciones a Britania y Germania, 55-54 a.C.

1 Cicerón, ad Att. 4. 18.

'Tácito, Agricola 13.

s César, BG 4.20, Suetonio, César 47, Plutarco, César 23.

BG 4. 1-4, Plutarco, César 22;A. Powell, «Julius César and the Presentation of Massacre», en K. Welch & A. Powell (eds.), Julius César as Artful Reporter: Die War Commentaries as Political Instruments (1998), pp. 111-137 ofrece un análisis detallado del incidente.

5 Véase Powell (1998), esp. pp. 124-129; sobre la resistencia que ejercían los romanos a que otros pueblos entraran en zonas fronterizas véase S. Dyson, The Creation (f the Roman Frontier (1985), esp. pp. 172-173.

6 César, BG 4. 5-7; en 52 a.C., hizo referencia a su reticencia a dejar su seguridad en manos de los líderes tribales, véase BG 7. 6.

' César, BG 4.7-9.

8 César, BG 4. 11-12; cf. 4. 2 sobre cómo los germanos se

burlaban de las sillas de montar; sobre el pequeño tamaño de los caballos germanos véase 7. 65, Tácito, Germanía 6.

9 César, BG 4. 13-14.

1° César, BG 4. 14-15.

" César, BG 4. 14-16.

12 Plutarco, Catón elJoven 51. 1-2.

13 Suetonio, César 24. 3, y M. Gelzer, Caesar (1968), pp. 130-132, C. Meier, Caesar (1996), pp. 282-284.

14 Plutarco, Catón elJoven 51. 2.

15 Sobre el ataque de Catón véase Powell (1998), pp. 123, 127-128, Gelzer (1968), pp. 131-132.

16 César, BG 4. 16-18, cf.T Rice Holmes, Caesar's Conquest lf Gaul (1911), p. 100.

17 César, BG 4. 18-19.

18 César, BG 4.20, 22. Encontramos una descripción general de las expediciones de César y su situación en el contexto más amplio de la conquista romana de Britania en G. Webster, The Roman Invasion of Britain, ed. rev. (1993), pp. 43-40, y M. Todd, Roman Britain, 3a ed. (1999), pp. 4-22. El tratamiento más detallado del tema sigue siendo el de T. Rice Holmes, Ancient Britain and the Invasions of Julius Caesar (1907). Véase asimismo el recién publicado y excelente análisis de G. Grainge, The Roman Invasions of Britain (2005), esp. pp. 83-109. En un estudio de esta naturaleza no es posible entrar en los agitados debates existentes sobre muchos de los detalles de las expediciones cesarianas.

19 César, BG 4. 20-21; véase los comentarios de N. Austin & B. Rankov, Exploratio: Military and Political Intelligence

in the Roman World (1995), p. 13, que critican la incapacidad de César para obtener más información y citan a Polibio 3. 48 como respaldo de su opinión. Sobre los puertos de Britania y de comercio con Europa véase B. Cunliffe, Greeks, Romans and Barbarians (1988), pp. 145- 149; sobre la linea de la costa véase el estudio de Grainge (2005), pp. 17-42, 105-107.

20 César, BG 4. 23-24; sobre la posible elección de Dover para desembarcar véase Grainge (2005), pp. 101-105.

~~ César, BG 4. 25.

22 César, BG 4. 25-26.

23 César, BG 4. 27-30; sobre la paz quedó establecida», véase 4. 28; véase asimismo Grainge (2005), pp. 107-109.

24 César, BG 4. 33.

25 César, BG 4. 32-35.

26 César, BG 4. 36-38.

v César, BG 4 .38, Dión 39. 53. 1-2.

28 César, BG 5. 1-7.

29 César, BG 5. 5, 8.

3' César, BG 5. 9.

31 César, BG 5. 10-11; véase asimismo Grainge (2005), pp. 105-106.

32 César, BG 5.11,15-16.

33 César, BG 5. 17-22.

34 César, BG 5. 22-23. En 16 d.C. parte del ejército romano que zarpó hacia Germana fue desviado de su curso y llegó a Britania. Los soldados regresaron con historias fabulosas de sus habitantes, véase Tácito, Anales 2. 24.

35 Cicerón, ad Att. 4. 17; sobre la emoción al recibir el relato de su hermano Quinto de las operaciones en Britania véase ad Quintum Fratrem 2. 16. 4.

XIV. Rebelión, desastre y venganza

‘ César, BG 5.33.

2 Plutarco, Pompeyo 53, Suetonio, César 26. 1,Veleyo Paterculo 2. 47. 2, Dión 39.64.

3 Plutarco, César 23; sobre la ley de Trebonio véaseVeleyo Paterculo 2.46.2, Plutarco, Marco Craso 15, Dión 39. 33. 2; sobre la posición de Pompeyo en ese periodo véase R. Seager, Pompey the Great (2002), pp. 120-132, esp. 123-124.

a Plutarco, Marco Craso 15-16, Dión 39. 39. 5-7, Cicerón, adAtt. 4.13. 2 y A. Ward, Marcus Crassus and the Late Roman Republic (1977), pp. 243-253, 262-288.

5 Cicerón, ad Quintum Fratrem 2. 15a. 3; las cartas que Cicerón recibió de César durante la campaña británica se encuentran en Cicerón, ad Quintum Fratrem 3. 1. 17 y 25, ad Att. 4. 18. 5; sobre el periodo de Quinto como legado de César véase M. Gelzer, Caesar (1968), pp. 138-139.

6 Encontramos la carta de recomendación a César en Cicerón, ad Fam. 7. 5, cartas a Trebacio, ad Fam. 7. 6-19, Cicerón, ad Quintum Fratrem 2. 15a. 3 para la cita; véase asimismo Gelzer (1968), pp. 138-139.

César, BG 5. 24-25; Cicerón, ad Att. 4. 19.

8 César, BG 5.26.

9 César, BG 5. 26-37.

10 Encontramos un análisis de la cuestión en A. Powell, «Julius Caesar and the Presentation of Massacre», en K. Welch & A. Powell (eds.), Julios Caesar as Artful Reporter:

The War Commentaries as Political Instruments (1998), pp. 111-137, esp. 116-121, & Gelzer (1968), p. 143; Suetonio ofrece una visión en la que se considera un fracaso de César: Suetonio, César 25. 2, Plutarco, César 24, Apiano, BC 2.150;A. Goldsworthy, The Roman Army at War, 100 BC - AD 200 (1996), pp. 79-84, 90-95 ofrece una perspectiva de esta campaña dentro del marco de la estrategia romana.

BG 5. 38-45, 52; sobre las cuatro tragedias en dieciséis días véase Cicerón, ad Quintum Fratrem 3. 5/6. 8.

12 César, BG 5.46-47; sobre la presencia de Trebacio véase Cicerón, ad Fam. 7. 16,11, 12.

13 César, BG 5. 47-48, Suetonio, César 67. 2.

14 César, BG 5. 48-49, Suetonio, César 66.

15 César, BG 5.49-51.

16 Cicerón, ad Fam. 7. 10.2.

17 César, BG 5. 53.

18 César, BG 5. 52-58.

19 César, BG 6. 1-2; sobre el saqueo véase J. Roth, The Logistics of the Roman Army at War, 264 BC-AD 235 (1999), pp. 305-309; sobre las cifras de los legionarios véase L. Keppie, The Making of the RomanArmy (1984), p. 87.

20 César, BG 6. 3-4.

21 César, BG 6. 5-8.

22 César, BG 6. 9-10, 29.

23 D. Braund, «River Frontiers in the Environmental Psychology of the Roman World», en D. Kennedy (ed.), The Roman Army in the East, JRA Supplementary Series 18 (1996), pp. 43-47 ofrece una amplia revisión de la importancia de los ríos.

24 César, BG 6. 29-34, sobre la muerte de Catuvolco véase 6.31.

25 César, BG 6. 43.

26 César, BG 6. 35-44; sobre el impacto de las campañas de César en la región véase N. Roymans, Tribal Societies in Northern Gaul: An Anthropological Perspective, Cingula 12 (1990), pp. 136-144 y «The North Belgic Tribes in the First Century BC» en R. Brandt & J. Slofstra (eds.), Roman and Native in the Low Countries, BAR 184 (1983), pp. 43-69.

27 Sobre la fecha de publicación véase P. Wiseman, «The Publication of the De Bello Gallico», en Welch & Powell (1998), pp. 1-9, esp. 5-6; sobre el alce véase César, BG 6.27.

28 Los principales relatos de lo acaecido en Garras los ofrecen Plutarco, Marco Craso 17-33 y Dión 40. 12-30.

XV. El hombre y la hora: Vercingetórix y la sublevación de los pueblos galos, 52 a.C.

BG 7. 1.

Encontramos un estudio clásico de las guerras «coloniales» entre un ejército regular por un lado y unas fuerzas irregulares por otro en C. Calwell, Small Wars (1906); D. Porch, Wars (f Empire (2000) brinda una accesible introducción al tema.

3 Sobre la promoción de Comio véase César, BG 7.76.

4 Sobre la reacción a la muerte de Acón véase César, BG, 7. 1-2; sobre la importancia del séquito, BG 1. 18, 6. 15; sobre la reunión anual de druidas en la tierra de los carnutes, BG 6. 13; sobre la actitud de César hacia los galos véase J. Barlow, «Noble Gauls and their other», y L. Rawlings, «Caesar's Portrayal of the Gauls as Warriors», en K. Welch & A. Powell (eds.), Julius Caesar as Artful Reporten. the War

Commentaries as Political Instruments (1998), pp. 139-170, y 171-192 respectivamente.

5 Sobre los acontecimientos de esos meses en Roma véase M. Gelzer, Caesar (1968), pp. 145-152, C. Meier, Caesar (1996), pp. 297-301, y R. Seager, Pompey the Great (2002), pp. 126-135; Cicerón en Rávena, adAtt. 7. 1.4; sobre el papel de los legados véase K. Welch, «Caesar and his Officers in the Gallic War Commentaries», en Welch & Powell (1998), pp. 85-103.

6 César, BG 7. 4; sobre la amistosa relación entre Vercingetórix y César véase Dión 40.41. 1, 3.

César, BG 7. 5; sobre las rebeliones véase A. Goldsworthy, The Roman Army at War, 100 BC-AD 200 (1996), pp. 79-95, esp. 90-95.

s César, BG 7.6-7; sobre los cuatrocientos jinetes germanos véase 7. 13.

9 César, BG 7. 7-9; Suetonio, César 58. 1 cuenta la historia de disfrazarse de galo.

1° César, BG 7. 10; sobre la iniciativa véase Goldsworthy (1996), pp. 90-92, 94-95, 99-100, 114-115, y Calwell (1906), pp. 71-83.

" César, BG 7. 11-13.

12 César, BG 7. 14.

13 César, BG 7. 14-15.

BG 7. 16-17; sobre el tipo de alimentos que comían los soldados romanos véase R. Davies, «The Roman Military Diet», en R. Davies, Service in the RomanArmy (1989), pp. 187-206.

15 César, BG 7. 18-21; sobre los problemas de abastecer a

los ejércitos tribales véase Goldsworthy (1996), pp. 56-60.

16 César, BG 7. 22-25; cf. Rawlings (1998), pp. 171-192.

17 César, BG 7. 28.

18 César, BG 7. 26-28; Polibio 10. 15. 4-6, cf.W. Harris, War and Imperialism in Republican Rome 327-70 BC (1979), pp. 51-53.

19 César, BG 7. 32-34.

211 César, BG 7.28-31, 35.

21 César, BG 7. 36.

22 César, BG 7.37-41.

23 César, BG 7. 42-44.

24 César, BG 7. 45.

25 César, BG 7. 47.

26 César, BG 7. 50.

27 Encontramos el relato de la batalla de Gergovia en César, BG 7. 44-54; véanse asimismo los comentarios sobre el estilo de este pasaje en A. Powell, «Julius Caesar and the Presentation of Massacre», en Welch & Powell, (1998), pp. 111-137, esp. 122-123; sobre «patear el enemigo en el estómago» véase Plutarco, Lúculo 9. 1.

28 César, BG 7.55-56,63-67; sobre las operaciones de Labieno véase 7.57-62.

29 César, BG 7. 68-69; sobre esta campaña véase J. Harmand, Une Campagne Césarienne:Alésia (1967),J. Le Gall, La Bataille D'Alésia (2000), y H. Delbrück, History of the Art of War, volumen 1: Warfare inAntiquity (1975), pp. 495-507, que menciona los comentarios de Napoleón en la p. 501.

311 César, BG 7. 69, 72-73, y comentarios en Le Gall

(2000), pp. 64-77.

BG 7.70-71, 75-78; Le Gall (2000), pp. 82-84 ofrece un análisis del tamaño del ejército de auxilio.

32 César, BG 7.79-81.

33 César, BG 7. 88.

34 Encontramos el relato de la batalla final en César, BG 7. 82-88.

35 César, BG 7. 89, Plutarco, César 27.5, Dión 40. 41. 1-3.

36 César, BG 7. 89-90.

XVI. «Toda la Galia ha sido conquistada»

1 Cicerón. ad Fam. 8. 1. 4

2 Suetonio, César 56. 5, Cicerón, Bruto 252-255, ad Quintum Fratrem 2. 16. 5, 3.9.6-7.

3 Sobre la inauguración del teatro de Pompeyo véase Dión 39. 38. 1-6, Plinio, HN7.34, 8.21-22, Plutarco, Pompeyo 52-53. 1; encontramos críticas a Pompeyo en Cicerón, de Ojcüs 2. 60, y de otros, Tácito, Anales 14. 20; se ha dicho que el número de elefantes era diecisiete, dieciocho y veinte.

adAtt. Suetonio, César Plinio, HN 36. 103; encontramos información sobre los gladiadores de la escuela de Capua en César, BC 1. 14; sobre la importancia de los juegos véase Z.Yavetz,Julius Caesar and His Public Image (1983), pp. 165-168.

5 Véase Dión 40. 48. 1-52. 4, Plutarco, Pompeyo 54-55 y también R. Seager, Pompey the Great (2002), pp. 130-135, M. Gelzer, Caesar (1968), pp. 148- 152.

6 Plutarco, Cicerón 35, Dión 40. 54. 1-4, E. Gruen, Die Last Generation of the Roman Republic (1974), pp. 338-

342.

‘ Seager (2002), pp. 137-139, Gruen (1974), pp. 150-159.

Pompeyo 55. 1-2, Catón el joven 49-50, Dión 40. 56. 3-58. 4, Suetonio, César 28.3; Seager (2002), pp. 131-132, Gruen (1974), pp. 154, 454.

BC 1. 32, Suetonio, César 26. 1,Apiano, BC 2.25, Dión 40.51. y Gelzer (1968), pp. 146-148, Seager (2002), pp. 137-139.

10 César, BG 8. 1-5.

11 Sobre la campaña contra los belóvacos véase César, BG 8. 6-23; Comio, 8. 23, 47-48; Ambiórix, 8.25.

12 César, BG 8. 49.

13 Sobre Uxellodunum véase César, BG 8. 26-44, y son interesantes al respecto de comentarios sobre ejecuciones en A. Powell, <Julius Caesar and the Presentation of Massacre», en K. Welch & A. Powell (eds.), Julios Caesar as Artful Reporter: The War Commentaries as Political Instruments (1998), pp. 111-137, esp. 129-132; carnutes, 8. 38; sobre la rebelión de los belóvacos en 46 a.C. véase Tito Livio Pers. 114.

14 Sobre los heridos véase Plutarco, César 15, Plinio, H.' 7. 92,Veleyo Paterculo 2. 47. 1; véanse asimismo los comentarios en C. Goudineau, César et la Gaule (1995), pp. 308-311.

15 Encontramos un análisis de César como general en A. Goldsworthy, «Instinctive Genius:The Depiction of Caesar the General», en K. Welch &A. Powell (1998), pp. 193-219.

XVII. El camino hacia el Rubicón

1 Suetonio, César 31. 2.

2 Cicerón, ad Att. 7. 3.

3 Sobre el esfuerzo para conseguir que los diez tribunos aprobaran la ley véase Cicerón, ad Fam. 6.6.5 y ad Att. 7. 3.4, 8. 3. 3.

a Sobre la supuesta ambición de César véase Suetonio, César 9, Plutarco, César 4, 6, 28, Cicerón, Fiíipicas 5. 49.

5 Sobre Catón y Pompeyo véase Plutarco, Catón el Joven 48. 1-2, Pompeyo 54; sobre Catón y Milón véase Asconio sobre el Pro Milonem de Cicerón, 95, pp. 53-54,Veleyo Paterculo 2. 47. 4, Cicerón, ad Fam. 15. 4. 12.

6 Suetonio, César 28. 2-3,Apiano, BC 2. 25, Dión 40. 59. 1-4; sobre el debate en torno a la legión véase Cicerón, ad Fam. 8. 4. 4; sobre el debate del 29 de septiembre véase 8. 8. 4-9; encontramos un análisis general en M. Gelzer, Caesar (1968), pp. 175-178, R. Seager, Pompey the Great (2002), pp. 140-143,J. Leach, Pompey (1978), pp. 150-172, esp. 161.

Sobre la flagelación del magistrado véase Suetonio, César 28. 3, Apiano, BC 2. 26, Plutarco, César 29, Cicerón, ad Att. 5. 11. 2; véase la cita de Celio de Cicerón, ad Fam. 8. 8. 9.

'Encontramos un debate sobre la fecha de finalización del mando de César en Seager (2002), pp.191-193,T. Mitchell, Cícero: The Senior Statesman (1991), pp. 237- 239, P. Cuff, «The Terminal Date of Caesar's Gallic Command», Historia 7 (1958), pp. 445-471, D. Stockton, «Quis iustius induit arma», Historia 24 (1975), pp. 222-259 y en general E. Gruen, The Last Generation of the Roman Republic (1974), pp. 460-497.

9 Suetonio, César 30. 3; encontramos un análisis de la actitud de Pompeyo en Seager (2002), pp. 138-147.

`Ó Sobre el soborno de Curión y Paulo véase Suetonio, César 29. 1, Plutarco, César 29, Pompeyo 58, Dión 40. 60. 2-3, Apiano, BC 2.26,Valerio Máximo 9. 1. 6,Veleyo Paterculo 2. 48. 4; sobre los teatros giratorios véase Plinio, HN 36. 177; sobre la creencia de Celio en la planificada oposición de Curión a César véase Cicerón, ad Fam. 8. 8. 10, moderada en 8. 10. 4.

11 Cita de Cicerón, ad Fam. 8. 11.3; encontramos el debate previo enVeleyo Paterculo 2. 48. 2-3, Plutarco, Pompeyo 57, César 30, Catón el Joven 51, y Dión 40. 62. 3; Seager (2002), p. 144, y Gelzer (1968), pp. 178-181 ofrecen opiniones al respecto.

12 Cita de Cicerón, ad Fam. 8. 14. 4; encontramos información más general en Cicerón, ad Fam. 8.13. 2,8. 14,Apiano, BC 2. 27-30, Plutarco, César 29, Dión 40.60,1-66.5.

13 Apiano, BC 2.28, con una versión ligeramente distinta en Plutarco, Pompeyo 58, cf. Dión 60. 64. 1-4; sobre la actitud de Cicerón véase Mitchell (1991), pp. 243-248.

14 Cicerón, ad Att. 7.3.4-5, 7.4.3, 7.5.5, 7.6.2, 7.7.5-6, ad Fam. 8. 14.3; Mitchell (1991) pp. 232-248.

15 Sobre la actitud de César véase especialmente Suetonio, César 30. 2-5; sobre Gabinio véase Seager (2002), pp. 128-130.

16 Lucano, Farsalia 1.25-26 y en general 1.98-157; sobre el periodo de censor de Apio Claudio véase Dión 40.57. 2-3, 63.2-64. 1.

17 Plutarco, Antonio 2-5.

18 Sobre Hircio véase Cicerón, ad Plutarco, Pompeyo 59,

César, BG 8.52.3, Dión 40.64.3-4,Apiano, BC 2.31.

19 César, BC 1. 1-5, Plutarco, Pompeyo 59, César 31, Suetonio, César 29. 2, Apiano, BC 2. 32; sobre la implicación de Cicerón en las negociaciones véase ad Fam. 16. 11.2, adAtt. 8. 11 d.

20 César, BC 1. 5, Dión 41.1.1-3. 4,Apiano, BC 2.32-33, Cicerón, adAtt. 7. 8, ad Fam. 16. 11. 3; sobre Antonio vomitando sus palabras véase ad Fam. 12.2.

21 Suetonio, César 31-32, Plutarco, César 32,Apiano, BC 2. 35.

XVIII. Guerra relámpago: Italia e Hispania, invierno-otoño de 49 a. C.

1 Cicerón, ad Att. 7. 11.

2 Cicerón, ad Att. 9. 7C.

3 César, BC 1. 7-8,Apiano, BC 2.33, Suetonio, César 33, Dión 41.4. 1; sobre los centuriones recomendados por Pompeyo véase Suetonio, César 75. 1; sobre la paga de los soldados véase Suetonio, César 26. 3, y un análisis de la paga en G.Watson, The Roman Soldier (1969), pp. 89-92.

4 Sobre Marcelo en R. Syme, Roman Revolution (1939), p. 62; sobre Bruto véase Plutarco, Bruto 4.

'Véase César, BG 8.52, Cicerón, ad Att. 7.7.6, 7.12.5, 7. 13. 1, ad Fam. 16. 12. 4, Dión 41. 4. 2-4, y R. Syme, «The Allegiance of Labienus» ,JRS 28 (1938), pp. 113-125, & W. Tyrell, «Labienus' Departure from Caesar in January 49 BC», Historia 21 (1972), pp. 424-440.

6 Cicerón, ad Fam. 8. 14. 3.

César, BC 1. 6, Cicerón, ad Fam. 16. 12.3.

8 Cicerón, ad Att. 7. 14.

9 César, BC 1.8-11, Dión 41.5. 1-10. 2, Apiano, BC 2.36-37, Plutarco, César 33-34, Pompeyo 60-61, Catón el Joven 52.

10 César, BC 1. 12-15.

11 César, BC 1. 16-23 y cita de 1. 23, cf. Dión 41. 2-11. 3; encontramos las cartas entre Domicio y Pompeyo en Cicerón, ad Att. 8. 11A, 12B, 12C, 12D.

12 Plutarco, Pompeyo 57, 60.

BC 1.24-29, Dión 41. 12. 1-3,Apiano, BC 2. 38-40; sobre el comienzo de la guerra civil véase M. Gelzer, Caesar (1968), pp. 192-204, C. Meier, Caesar (1996), pp. 364-387 y R. Seager, Pompey the Great (2002), pp. 152-161.

14 César, BC 1.29-31, Cicerón, ad Att. 7. 11. 3, 9. 1.3, 11.3,Apiano, BC 2. 37; Suetonio, César 34. 2, la cita.

15 T. Mitchell, Cicerón: The Senior Statesman (1991), pp. 243-266.

16 Cicerón, ad Fam. 2. 15, 8. 11. 2, ad Att. 7. 1. 7, 2. 5-7, 3. 5, cf. Mitchell (1991), pp. 235-236.

17 Cicerón, ad Att. 9.6a; véase asimismo adAtt. 8. 13, 9. 13.4, 15.3, 16. 1-2, 9.1.2, 5.4, 8. 1.

18 Cicerón, ad Att. 9. 11: la carta de Cicerón del 19 de marzo; 9. 16: la carta de César del 26 de marzo; 9. 18 sobre la reunión.

19 César, BC 1.32-33, Dión 41. 15. 1-16.4.

20 César, BC 1. 32-33, Dión 41. 17. 1-3,Apiano, BC 2. 41, Plutarco, César 35, Plinio, HN 33.56, Orosio 6. 15.5.

`Véase, por ejemplo, Cicerón, ad Att. 10. 4. 8, ad Fam. 8.

16.2-5.

22 Salustio, Bell. Cat. 59.6, Plinio, HN 22. 11; César, BC 1.38-39.

23 César, BC 1. 37, 39, Dión 41. 19. 1-4,Veleyo Paterculo 2. 50. 3, Cicerón, adAtt. 10. 8b.

24 Para la cita véase César, BC 1.39; más en general véase 1. 37-40.

25 César, BC 1. 41-42.

26 César, BC 1. 44-48.

27 César, BC 1. 47-55,59-61.

21 César, BC 1. 61-65.

29 César, BC 1. 66-76.

3° César, BC 1.77-87, sobre el asedio de Massilia véase 1.56-58, 2. 1-16, 22, Varrón 2. 17-21.

XIX. Macedonia, noviembre de 49-agosto de 48 a.C.

1 Cicerón, ad Fam. 9. 9.

2 César, BC 3. 68.

3 Suetonio, César 56. 4, 72, Cicerón, adAtt. 9. 18; sobre los partidarios de ambos bandos véase R. Syme, The Roman Revolution (1939), pp. 50-51, 61- 77; sobre «necesitan una guerra civil» véase Suetonio, César 27. 2; sobre la campaña en Sicilia y África véase Plutarco, Catón el Joven 53. 1-3, César, BC 2. 23-44.

'Apiano, BC 2.47, Dión 41.26. 1-35.5, Suetonio, César 69.

BC 3. 3-4, Plutarco, Pompeyo 63-64,Apiano, BC 2.40, 49-52.

6 Cicerón, ad Att. 8. 11.2, 9. 7, 9. 10. 2,10. 4, y sobre la actitud de Cicerón véase T. Michell, Cicero: The Senior Statesman (1991), pp. 252-266.

adAtt. 9.9.3, sobre Servilio véase CAH2 IX, p. 431, Dión 41.36. 1-38. 3, César, BC 3. 1-2, Plutarco, César 37,Apiano, BC 2. 48.

8 César, BC 3.2-8, Dión 41.39. 1-40.2, 44. 1-4,Apiano, BC 2.49-54, Plutarco, César 37.

9 César, BC 8-13,Apiano, BC 2.55-56.

BC 3. 14; sobre la muerte de los hijos de Bíbulo véase BC 3. 110 y Valerio Máximo 4. 1. 15; sobre la actitud de Cicerón hacia los pompeyanos véase Cicerón, ad Fam. 7. 3. 2-3.

11 César, BC 3. 15-17, 17, la cita; sobre las propiedades de las antiguas naves de guerra véase el útil resumen de B. Rankov, «The Second Punic War at Sea» en T. Cornell, B. Rankov, & P. Sabin, Die Second Punic War: A Reappraisal (Londres, 1996), pp. 49-57, así como, más en general J. Morrison &J. Coates, Greek and Roman Oared Warships (1996).

12 César, BC 3. 19 sobre la reunión, 3. 18 sobre la muerte de Bíbulo y el comentario de Pompeyo; encontramos una descripción del intento de cruzar a Brundisium en Apiano, BC 2.50-59, Plutarco, César 65, Dión 41.46. 1-4.

13 César, BC 3.39-44, Dión 41.47. 1-50.4,Apiano, BC 2.58-60.

14 César, BC 3. 45-49, Plutarco, César 39, Apiano, BC 2. 61.

15 César, BC 3. 50-53; sobre Sceva véase Suetonio, César 68. 3-4, Apiano, BC 2. 60, Dión menciona a un tal Scaevius que sirvió con César en Hispania en 61 a.C., Dión 38. 53. 3, y sobre el ala Scaevae CIL 10. 6011 y los comentarios de J. Spaul, ALA 2 (1994), pp. 20-21; sobre la precaución de Sila

véase A. Goldsworthy, «Instinctive Genius: The depiction of Caesar the General», en K. Welch & A. Powell (eds.),Julius Caesar as Artful Reporter: The War Commentaries as Political Instruments (1998), pp. 193-219, esp. p. 205.

16 César, BC 3. 54-58.

17 César, BC 3. 59-61.

18 César, BC 3. 61-65.

19 César, BC 3. 66-70, cita de 69, Plutarco, César 39, Apiano, BC 2. 62.

20 César, BC 3.71-75,Apiano, BC 2.63-64, Dión 41.51. 1.

21 César BC 3. 77-81, Plutarco César 41,Apiano, BC 2. 63, Dión 41. 51. 4-5.

22 César, BC 3. 72, 82-83, Cicerón, ad Fam. 7. 3. 2; Plutarco, Catón el Joven 55, Pompeyo 40-41,Apiano, BC 2.65-67, Dión 41. 52. 1; en general, sobre la estrategia y actitud de Pompeyo véase R. Seager, Pompey the Great (2002), pp. 157- 163,166-167.

BC 3. 84-85, cita de 85; Apiano, BC 2. 68-69, Plutarco, Pompeyo 68, César 42, Dión 41.52.2-57.4.

BC 3. 86-88,Apiano, BC 2. 70-71, 76, Frontino, Strategemata 2. 3. 22;A. Goldsworthy, The Roman Army at War 100 BC -AD 200 (1996), pp. 176- 183 ofrece un análisis de las formaciones de ese periodo.

25 César, BC 3. 89.

BC 3.90-91, Dión 41.58.1-3,Apiano, BC 2.77-78, Plutarco, Pompeyo 71, César 44.

la batalla y las pérdidas véase César, BC 3.92-99,Apiano, BC 2. 78- 82, Plutarco, César 42-47 y asimismo Dión 41. 58.

1-63. 6 aunque presenta un relato vago, impresionista; Suetonio, César 30. 4.

28 César, BC 3. 102-104, Dión 42. 1. 1-5. 7, Plutarco, Pompeyo 72-80,Apiano, BC 2.83-86,Veleyo Paterculo 2.53.3; y Seager (2002), pp. 167-168.

XX. Cleopatra, Egipto y Oriente, otoño de 48-verano de 47 a.C.

i Suetonio, César 52. 1.

2 Dión 42.34.3-5 (traducción de José Ma Candau Morón y Ma Luisa Puertas Castaños, Madrid, Gredos (2004) p. 321).

César, BC 3. 106, Plutarco, César 48, Pompeyo 80, Dión 42. 6. 1-8. 3, Apiano, BC 2. 86, 88; véase asimismo M. Gelzer, Caesar (1968), pp. 246-247, y C. Meier, Caesar (1996), p. 406.

a César, BC 3. 106, Guerra de Alejandría 17, 29 y 69.

5 Sobre la riqueza de Egipto y la impresión que produjo en los romanos véase Diodoro Sículo 28 b.3; sobre Egipto en este periodo véase S.Walker & P. Higgs (eds.), Cleopatra of Egypt: From History to Myth (2001), en especial los ensayos de A. Meadows, «The Sins of the Fathers:The Inheritance of Cleopatra, Last Queen of Egypt», pp. 14-31 y J. Ray, «Alexandria», pp. 32-37 y también S. Walker & S. Ashton, Cleopatra Reassessed (2003), esp. G. Grimm, «Alexandria in the Time of Cleopatra», pp. 45-49.

capítulo 6; sobre la posible visita de Cleopatra a Italia véase G. Gouldaux, «Cleopatra's Subtle Religious Strategy», en Walker & Higgs (2001), pp. 128-141, esp. 131-132.

7 Sobre la historia de los últimos tolomeos véase CAH2 IX, pp. 310-326, esp. 323; sobre el bajo nivel del Nilo véase

Plinio, HN 5. 58; sobre la historia de Cneo Pompeyo véase Plutarco, Antonio 25.

8 En general véase M. Grant, Cleopatra (1972), E. Rice, Cleopatra (1999) ofrece un útil estudio; sobre su habilidad con las lenguas véase Plutarco, Marco Antonio 27; sobre su apoyo a los cultos egipcios véase Goudchaux (2001), pp. 128-141, y Walker & Ashton (2003), esp.J. Ray, «Cleopatra in the Temples of Upper Egypt: The Evidence of Dendera and Armant», pp. 9-11 y S. Ashton, «Cleopatra: Goddess, Ruler or Regent», pp. 25-30, D.Thompson, «Cleopatra VII: The Queen of Egypt», pp. 31-34.

9 Sobre su apariencia véase Plutarco, Marco Antonio 27, Dión 42. 34. 3-5, y también Grant (1972), pp. 65-67, Rice (1999), pp. 95-102,Walker & Higgs (2001), esp. S.Walker, «Cleopatra's Images: Reflections of Reality», pp. 142-147, G. Goudchaux, «Was Cleopatra Beautiful? The Conflicting Answers of Numismatics», pp. 210-214, y asimismo en Walker & Ashton (2003), esp. S.Walker, «Cleopatra VII at the Louvre», pp. 71-74 y E Johansen, «Portraits of Cleopatra - Do They Exist?», pp. 75-77.

`Véase Ray (2001), Grimm (2003), pp. 45-49 y G. Goudchaux, «Cleopatra the Seafarer Queen: Strabo and India», en Walker & Ashton (2003), pp. 109-112.

11 César, BC 3. 106-112, Guerra deAlejandría 1-3, Plutarco, César 48,Apiano, BC 2.89.

12 Guerra deAlejandría 4, Plutarco, César 48-49, Dión 42. 34. 1-38. 2, 39. 1-2, Suetonio, César 53. 1.

13 Guerra de Alejandría 5-22, Plutarco, César 49, Dión 42. 40. 1-6, Suetonio, César 64,Apiano, BC 2.90.

14 Guerra deAlejandría 23-32,Dión 42.41. 1-43.4,Josefo,Antigüedades judías 14.8. 12, Guerra judía 1. 187-192.

15 Guerra deAlejandría 33, Dión 42.35.4-6,44.1-45. 1, Suetonio, César 52. 1, Apiano, BC 90; sobre la desconcertada actitud de los eruditos hacia este crucero véase Gelzer (1968), pp. 255-259 y asimismo Meier (1995), pp. 408-410, 412.

16 Sobre la calvicie de César véase Suetonio, César 45.2.

17 Suetonio, César 76. 3, Guerra de Alejandría 33, Plutarco, César 49.

18 Guerra deAlejandría 34-41.

19 Guerra de Alejandría 65-78, Dión 42. 45. 1-48. 4, Josefo, Guerra judía 1. 190-195, Antigüedades judías 14. 8. 3-5, Plutarco, César 50, Suetonio, César 35. 2, 37.2.

XXI. África, septiembre de 47 junio de 46 a.C.

ad Att. 11. 17a. 3.

2 Plutarco, Catón el Joven 66. 2 (traducción de A. Ranz Romanillos, vol. IV, Barcelona, Editorial Iberia (1959) p. 79).

3 Dión 42. 17. 1-19. 4, 22. 1-25. 3, César, BC 3. 20-22,Veleyo Paterculo 2. 68. 1-3,Tito Livio Pers. 111; un análisis del fracaso de la rebelión de Celio y Milón véase T. Rice Holmes, Die Roman Republic, 3 (1923), pp. 223-225, M. Gelzer, Caesar (1968), pp. 227-228.

a Dión 42. 21. 1-2, 26. 1-28. 4, Plutarco, Antonio 8-10, Cicerón, Filípicas 2. 56-63 y en general véase Holmes (1923), pp. 226-229, Gelzer (1968), pp. 253- 254; sobre el libro sobre la bebida véase Plinio, HN 14. 148; sobre los leones véase Plinio, HN 8. 21, Plutarco, Antonio 9.

5 Apiano, BC 2. 92, Dión 42. 29. 1-32. 3, Plutarco,

Antonio 9, Guerra de Alejandría 65, Guerra de África 54, Cicerón, ad Att. 11. 10.2, Filípicas 6. 11, 11. 14; so bre el rumor del ataque pompeyano contra Italia véase Cicerón, adAtt. 11. 18. 1, Plutarco, Catón el Joven 58.

6 Dión 42. 19. 2-20. 5, Plutarco, Bruto 6 y Cicerón 39; y T. Mitchell, Cicero: Die Senior Statesman (1991), pp. 264-265.

‘ Apiano, BC 2. 92-94, Dión 42. 52. 1-55. 3, Suetonio, César 70, Plutarco, César 51, Frontino, Strategemata 1.9.4. En la versión de Dión se permitió que las tropas penetraran en la ciudad y la confrontación tuvo lugar allí en vez de en un campamento en el exterior.

s Dión 42. 49. 150. 5, Suetonio, César 38. 2, 51. 2, Plutarco, Antonio 10, Cicerón, Filípicas 2. 65, 71-73; y Gelzer (1968), p. 262, Holmes (1923), pp. 234- 235.

9 Cita de Guerra de África 1; Guerra de África 60 sobre las cifras de la legión; Suetonio, César 59, Dión 42. 58. 3 sobre la historia del tropiezo; sobre cómo hizo caso omiso de los malos augurios véase Cicerón, de Divinatione 2. 52, donde lo utiliza para demostrar aún más la naturaleza espúrea de esas predicciones.

de África 1-3, 10-11, 19, 27,Apiano, BC 2.96.

11 Guerra de África 4-15.

12 Guerra de África 16.

13 Guerra de África 16-19, Dión 43. 2. 1-3,Apiano, BC 2. 95, quien insinúa que los pompeyanos se retiraron deliberadamente, y Holmes (1923), pp. 242- 245,J. Fuller, Julius Caesar: Man, Soldier and Tyrant (1965), pp. 267-270; sobre el portaestandartes, Suetonio, César 62, Plutarco, César

52.

14 Guerra de África 20-21, 24-26, 28, 33-35, 44-46; sobre el uso de las algas como forraje véase Guerra de África 24; sobre Escipión Salvito véase Dión 42. 58. 1, Plutarco, César 52, Suetonio, César 59.

15 Guerra de África 24-43, cita de 31.

16 Guerra de África 48-55, Suetonio, César 66.

17 Guerra de África 56-67.

18 Guerra de África 68-80.

19 Guerra de África 82-83.

20 Plutarco, César 53.

21 Guerra de África 81-86, 91, 94-6,Apiano, BC 2. 100.

de África 87-90,97-98, Dión 43.10.1-13. 4,Apiano, BC 2.98-99, Plutarco, Catón el Joven 56. 4, 59. 1-73. 1; sobre la reina Eunoe véase Suetonio, César 52. 1.

XXII. Dictador, 46-44 a.C.

1 Cicerón, ad Fam. 12. 18.

2 Veleyo Paterculo, 2. 56.

s Encontramos descripciones de la celebración de los triunfos en Dión 43. 19. 1-21. 4,Apiano, BC 2. 101-102, Plutarco, César 55, Suetonio, César 37, Plinio, HN7. 92, Cicerón, Filípicas 14. 23; véanse asimismo los comentarios de M. Gelzer, Caesar (1968), pp. 284-286,T. Rice Holmes, The Roman Republic, 3 (1923), pp. 279-281, y S.Weinstock, DivusJulius (1971), pp. 76-77, que sugiere que la historia de que el eje del carro se rompiera es una versión errónea del supersticioso mantra que César recitaba antes de montar en un carro para emprender un viaje, Plinio, HN 28.21.

a Suetonio, César 49. 4.

5 Suetonio, César 51, Dión 43. 20. 2-4.

6 Sobre celebraciones y juegos véase Dión 43. 22. 1-24. 4, Apiano, BC 2. 102, Suetonio, César 38. 1, 39. 2, Plutarco, César 55, Plinio, H."8. 21-22, 18 1, Cicerón, ad Fam. 12. 18.2, Macrobio, Saturnalia 2. 7. 2-9, así como Gelzer (1968), pp. 285-287, Holmes (1923), pp. 280-282.

Sobre el comportamiento durante los juegos véase Suetonio, Augusto 45. 1; encontramos uno de los análisis más útiles sobre la legislación de César en Z.Yazetz,Julius Caesar and His Public Image (1983).

BC 3. 57; encontramos una introducción sobre las diferentes interpretaciones de César enYazetz (1983), pp. 10-57.

9 Dión 43.50.3-4, Suetonio, César 42. 1, 81, Tiberio 4. 1, Plutarco, César 5758, Estrabón, Geog. 8.6.23, 17.3. 15,Apiano, Punic History 136, Cicerón, ad Fam. 9. 17. 2, 13. 4, 13. 5, 13. 8; también Yazetz (1983), pp. 137-149, E. Rawson, CAH2IX, pp. 445-480 y Holmes (1923), pp. 320-324.

10 Suetonio, César 41. 2, 76.2, 80.3, Dión 43.46.2-4, Plutarco, César 58, Plinio, HN 7. 181, Cicerón, ad Fam. 7. 30. 1-2, Gelzer (1968), p. 309, 310-311 y Holmes (1923), pp. 328-330.

11 Cicerón, ad Fam. 6. 18. 1, Filípicas 11. 5. 12, 13. 13. 27, Dión 43. 47. 3, Suetonio, César 76. 2-3, 80. 2; véase R. Syme, The Roman Revolution (1939), pp. 78-96 ofrece un detallado análisis de los orígenes de los senadores de César.

12 Sobre Salustio véase Dión 43. 9. 2, 47. 4, Salustio, Bell.

Cat. 3. 4, cf. Dión 43. 1. 3; sobre cómo César se negó a entregar una provincia a uno de sus partidarios véase Dión 43. 47. 5, mientras que Apiano, BC 3. 89 habla de la crueldad de este último.

pro Marcello 3; cf. Tito Amplio Balbo, el «trompeta de la guerra civil» a quien permitieron regresar en noviembre, Cicerón, ad Fam. 6. 12. 3.

14 Suetonio, César 42. 1, 44. 2.

15 Suetonio, César 44. 2, Plinio, HN 18. 211, Plutarco, César 59, Macrobio, Saturnalia 1. 14. 2-3, Holmes (1923), pp. 285-287, Gelzer (1969), p. 289, yYazetz (1983), pp. 111-114.

16 Suetonio, César 42. 1, 43. 1-2, Cicerón, ad Att. 12. 35. 36. 1, 13. 6, 7, ad Fam. 7. 26, Dión 43.25. 2, yYazetz (1983), pp. 154-156 sobre la ley suntuaria; sobre los collegia véase Suetonio, César 42. 3,Josefo, Antigüedades judías 14.215-216 yYazetz (1983), pp. 85-95.

17 Ley sobre las provincias, Dión 43.25.3, así como Cicerón, Filípicas 1.8.9 sobre la aprobación; sobre las fincas ganaderas, Suetonio, César 42. 1; sobre los municipios véase el análisis deYazetz (1983), pp. 117-121.

18 Cita de Cicerón, ad Fam. 15. 19. 4; sobre Quinto Casio en Hispania véase Guerra de Alejandría 48-64, Guerra de Hispania 42,Apiano, BC 2.43, 103, Dión 43. 29. 1-31. 2, así como Holmes (1923), pp. 293-295; el viaje y el poema, Suetonio 56. 5, Estrabón, Geog. 3. 4. 9 y Holmes (1923), p. 296.

19 Guerra de Hispania 2-27; encontramos un análisis más detallado de los hechos de la guerra en Holmes (1923), pp.

297-306.

20 Guerra de Hispania 28-42, Apiano, BC 2. 103-105, Plutarco, César 56, Dión 43.36.1-41. 2, así como Holmes (1923), pp. 306-308.

los honores véase Dión 43. 42. 3, 44. 1-3; sobre el encuentro de Antonio y César véase Plutarco, Antonio 11; sobre la hija de Cicerón véase Cicerón, ad Att. 13. 20. 1 y T. Mitchell, Cicero: Die Senior Statesman (1991), p. 282; sobre Poncio Aquila véase Suetonio, César 78. 2, véase asimismo R. Holmes, p. 318.

22 Dión 43. 14. 7, 44. 1-46. 2, Cicerón, ad Att. 12. 47. 3, 45. 3, ad Fam. 6. 8. 1, 6. 18. 1, Suetonio, César 76. 1, y véase Holmes (1923), pp. 315-316, Gelzer (1968), pp. 307-308, Mitchell (1991), pp. 282ss.

23 Cicerón, adAtt. 13. 40. 1.

24 Cicerón, ad Att. 12. 21. 1, 13. 40. 1, 46, 51. 1, El orador 10, 35, Plutarco, Catón el Joven 11. 1-4, 25. 1-5, 73. 4, Cicerón 39.2, César 3. 2, Suetonio, César 56. 5, así como Gelzer (1968), p. 301-304, Holmes (1923), p. 311 y D. Stockton, Cicerón (1971), p. 138.

25 Cicerón, ad Att. 12.40.2, 51. 2, 13.2. 1, 27. 1, 28.2-3, 40. 1.

XXIII. Los idus de marzo

1 Suetonio, César 86. 1-2.

2 Cicerón, pro Marcello 8, 25.

s Dión 43.51. 1-2, 44. 1. 1,Apiano, BC 2. 110, 3.77, Plutarco, César 58,Veleyo Paterculo 2. 59. 4, Suetonio, César 44.3,T. Rice Holmes, Die Roman Republic, 3 (1923), pp. 326-327.

a Cicerón, ad Att. 13. 52 sobre la visita, 14. 1 sobre pasar a verle en Roma: sobre la opinión de que el carácter de César había experimentado un profundo cambio, presuntamente debido a la influencia de Cleopatra véase J. Collins, «Caesar and the Corruption of Power», Historia 4 (1955), pp. 445-465.

43.44.1-45.2,44.3.1-6. 4, Suetonio, César 76. 1; véase asismismo R. Carson, «Caesar and the Monarchy», Greece and Rome 4 (1957), pp. 46-53, E. Rawson, «Caesar's heritage: Hellenistic kings and their Roman equals» , Journal (f Roman Studies 65 (1975), pp. 148-159, S.Weinstock, Divas julius (1971), esp. pp. 200-206; la historia del Nuevo Testamento de cómo jesús fue cuestionado sobre los tributos está en Mateo 22.17-21, Marcos 12. 14-17, aquí encontramos la famosa frase «Dad al César lo que es del César».

6 Dión 43. 14. 6-7, 44. 6. 1, 5-6, Apiano, BC 2. 106, Weinstock (1971), pp. 241-243, 276-286, 305-310.

7 Dión 44. 5. 3-7. 1, Cicerón, Filípicas 2. 43. 1; encontramos las últimas palabras deVespasiano en Suetonio, Vespasiano 23; sobre el culto imperial tardío véase S. Price, Rituals and Power: The Roman Imperial Cult in Asia Minor (1984).

8 Suetonio, César 44. 2, Dión 43. 2, 44. 6. 1-3, Cicerón, de Divinatione 1. 119, 2. 37; véase asimismo Weinstock (1971), pp. 271-3; sobre la visita de Cleopatra véase Dión 43. 27. 3,Apiano, BC 2. 102; Suetonio, César 52. 1 afirma que César la hizo llamar, pero sostiene erróneamente que se marchó mientras él aún vivía; visita de Cicerón, ad Att. 15. 2; véase también M. Grant, Cleopatra (1972), pp. 83-94, y E. Rice, Cleopatra (1999), pp. 41-44.

9 Suetonio, César 52. 2, Plutarco, César 49; sin embargo, nótese también Plutarco, Antonio 52, que sugiere que el niño no nació hasta después de la muerte de César; encontramos un análisis al respecto en Grant (1972), pp. 83-85.

10 Suetonio, César 83.1-2, Augusto 8.1-2,Apiano, BC 2. 143, Plinio, HN 35. 21, Plutarco, Antonio 11.

11 Plutarco, César 61, Antonio 12, Suetonio, César 79.1-2,Apiano, BC 2. 108, Dión 44. 9. 2-10. 3, Cicerón, Filípicas 13. 31,Veleyo Paterculo 2. 68. 4-5,Valerio Máximo 5.7.2.

12 Dión 44. 11. 1-3,Apiano, BC 2. 109, Plutarco, César 61,Antonio 12, Cicerón, Filípicas 2. 84-87, de Divinatione 1. 2, 119, Suetonio, César 79. 2; véase asimismoWeinstock (1971), pp. 318-341.

la escolta, véase Dión 44. 7. 4, Suetonio, César 84. 2, 86. 1-2, Apiano, BC 2. 107; sobre la justicia y los jurados véase Suetonio, César 41. 2, 53.1.

14 Dión 44.8. 1-4, Plutarco, César 60, Suetonio, César 78. 1; véanse también los comentarios de Weinstock (1971), p. 276, M. Gelzer, Caesar (1968), p. 317, Rice Holmes (1923), pp. 333-334.

15 Véase R. Syme, The Rornan Revolution (1939), p. 64, 95, sobre Galba, así como Suetonio, Galba 3; sobre la mención de Décimo Bruto en el testamento de César véase Suetonio, César 83. 2 y también Dión 44. 14. 3-4; sobre Basilo véase Dión 43. 47. 3,Apiano, BC 3. 98; sobre Trebonio y Antonio véase Plutarco, Antonio 13.

Bruto 6-13, César 62,Apiano, BC 2.111-114, Dión 44.11.4-14. 4, Suetonio, César 80. 1, 3-4,Veleyo Paterculo 2. 58. 1-4; véase asimismo Syme (1939), p. 44-45, 56-60.

César 52. 2-3, Apiano, BC 2. 113, Plutarco, César 62, Bruto 8, Antonio 11.

` 8 Dión 43.51.7.

19 Plutarco, César 63-65, Suetonio, César 81. 14, Dión 44. 18. 1-4,Apiano, BC 2. 115-116,Veleyo Paterculo 2.57.2-3.

20 Plutarco, Bruto 14-15, César 63, Suetonio, César 80. 4, Cicerón, de Divinatione 2.9.23, Dión 44. 16. 1-19. 1.

21 Plutarco, César 66, Bruto 17, Dión 44. 19. 1-5,Apiano, BC 2. 117, Suetonio, César 82. 1-3; según Dión y Suetonio, las palabras de César a Bruto fueron «Tú también, hijo» (kai son teknon); según Suetonio su respuesta a Casca fue «¡Esto es un acto de violencia!» (Ista quidem vis est).

22 Plutarco, César 67-68, Bruto 18-21, Antonio 14, Dión 44.20. 1-53.7,Apiano, BC 2. 118-148, Suetonio, César 82. 4-85.

23 Cicerón, ad Att. 14. 1 incluye la cita de Cayo Macio, y en 14. 4 menciona la predicción de la rebelión en la Galia.

Epilogo

‘ Para los lectores británicos el retrato de Kenneth Williams de César en Carry on Cleo (1964) -con la inmortal línea «Infamia, infamia, me han traicionado»- puede ser igualmente memorable, aunque no por su precisión histórica. Del mismo modo, para muchos, César puede ser familiar por sus regulares apariciones en los cómics de Astérix de Goscinny y Uderzo. Aunque los romanos son los principales villanos de estas historias, la imagen que se da del propio César, si bien un poco formal y pomposo, es fundamentalmente positiva.

CRONOLOGÍA

753 a.C. Fecha tradicionalmente aceptada de la fundación de Roma por Rómulo.

509 Expulsión del último rey de Roma, Tarquinio Superbo.

201 Roma gana la segunda guerra púnica con Cartago.

146 La tercera guerra púnica acaba con la destrucción de Cartago.

133 Tribunado y muerte de Tiberio Sempronio Graco.

123-122 Tribunados y muerte de Cayo Sempronio Graco.

112 aprox. Nacimiento de Craso.

106 Nacimiento de Pompeyo.

105 Los cimbros y los teutones destruyen un importante ejército romano en Arausio.

102-101 Mario derrota a los cimbros y a los teutones.

100 aprox. Nacimiento de Julio César.

91-88 Guerra Social, la última gran rebelión de los aliados italianos de Roma. Los *socii* son derrotados tras una dura pugna.

88 Sila marcha sobre Roma cuando Mario le arrebata el mando contra Mitrídates.

86 Muerte de Mario.

85 aprox. Muerte del padre de César.

84 César contrae matrimonio con Cornelia.

82-79 Dictadura de Sila.

81 César rechaza la orden de Sila de divorciarse de Cornelia y se da a la fuga. Posteriormente es perdonado gracias a los ruegos de los familiares de su madre.

80-78 César hace el servicio militar en Asia y gana la *corona civica* en Mitilene.

77 César aparece en los tribunales de Roma, procesando a Cneo Cornelio Dolabela, que resultó absuelto.

76 César procesa sin éxito a Cayo Antonio.

75 César viaja a Rodas para estudiar y es capturado por los piratas, que piden un rescate por él.

74 Por propia iniciativa, César se dirige a Asia, recluta tropas locales y frustra una invasión o asalto liderado por uno de los comandantes del rey Mitrídates.

73 César regresa a Roma y es admitido en el colegio de pontífices.

73-70 Rebelión de esclavos acaudillada por Espartaco.

72 o 71 César es elegido tribuno militar y probablemente sirve contra Espartaco.

69 César es elegido para la cuestura y sirve en Hispania Ulterior. Mueren su tía Julia y su esposa Cornelia y ambas son honradas con funerales públicos.

67 *Lex Gabinia:* Pompeyo recibe un mando extraordinario para limpiar el Mediterráneo de piratas y triunfa en una campaña breve, pero bien organizada. César habla en favor de la ley. Alrededor de esa época contrae matrimonio con Pompeya.

66 *Lex Manilia:* Pompeyo recibe un mando extraordinario para completar la guerra con Mitrídates. César también apoya este proyecto de ley.

65 César es edil curul con Bíbulo, que se queja de ser eclipsado. También organiza unos juegos de gladiadores en honor de su padre.

64 César es puesto al mando de uno de los tribunales extraordinarios necesarios para ocuparse de las investigaciones de Catón de las deudas con la República que dejaron sin pagar los seguidores de Sila.

63 César es elegido juez en la acusación contra Rabirio. Conjura de Catilina. César es elegido *Pontifex Maximus*.

62 César es pretor. Respalda al tribuno Metelo Nepo y renuncia temporalmente después de la huida de este último. El escándalo Bona Dea desencadena su divorcio de Pompeya.

61-60 César es enviado a gobernar Hispania Ulterior. Reforma la administración y dirige una agresiva campaña punitiva. A su regreso a Roma renuncia a un triunfo para poder presentarse a las elecciones al consulado.

59 El consulado de César y la constitución del Primer Triunvirato entre César, Pompeyo y Craso. La firme obstrucción por parte de su colega Bíbulo y de sus partidarios, incluyendo a Catón, da lugar a repetidos desórdenes. César fuerza la aprobación de su legislación, pero queda en un estado de vulnerabilidad ante un posible procesamiento en el futuro. Pompeyo se casa con la hija de César, Julia. César desposa a Calpurnia.

58 César asume el mando de su provincia y derrota a los helvecios emigrantes en Bibracte. A continuación, derrota al rey germánico Ariovisto.

57 César vence a las tribus belgas, ganando la batalla del Sambre.

55 César construye un puente sobre el Rin por primera vez y emprende una expedición sobre Britania.

54 Segunda invasión, de más envergadura, de Britania. Muerte de Julia y de su hijo o hija, aún de corta edad. Muerte de Aurelia, la madre de César.

54-53 Primera rebelión gala importante contra César, que acaba en derrota y en la que fallecen Cota y Sabino. César construye el segundo puente sobre el Rin.

53 Craso es derrotado y asesinado por los partos, acaudillados por Surenas en Carras.

52 Segunda sublevación gala de importancia dirigida por Vercingetórix. César asalta Avaricum, es derrotado en Gergovia, pero sitia Alesia y obliga a los rebeldes galos a rendirse. Clodio es asesinado a las afueras de Roma. Pompeyo es nombrado cónsul único y se le autoriza a introducir tropas en la ciudad para restaurar el orden.

51 César batalla en varias campañas en las Galias, que culminan en el sitio de Uxellodunum.

51-50 Creciente presión para poner fin al mando de César.

49-45 La guerra civil comienza cuando César cruza el Rubicón. Invade Italia con rapidez. Posteriormente, derrota a los pompeyanos en Hispania.

48 César es dictador por un breve plazo y cónsul por segunda vez. Se dirige a Grecia por mar y sus tropas son contenidas en Dyrrachium, pero vence a Pompeyo en Farsalia. Pompeyo huye a Egipto y es asesinado. César prosigue camino hasta Egipto e interviene en la lucha de poder para sentar a Cleopatra en el trono.

48-47 Guerra de Alejandría. César tiene una aventura con Cleopatra.

47 César lanza una veloz campaña para derrotar a Farnaces, rey del Bósforo, en Zela.

46 César es cónsul por tercera vez, pero a principios de año emprende una expedición a África. César está a punto de sufrir una derrota a manos de Labieno en Ruspina, en el norte de África, pero finalmente vence al ejército pompeyano en Tapso. Suicidio de Catón. Se le concede la dictadura a César para diez años.

45 Cuarto consulado de César. Consigue la victoria final en Munda en Hispania. Le conceden el cargo vitalicio de dictador.

44 Magnidicio de César unos días antes de la fecha en la que preveía partir para emprender una serie de campañas contra los dacios y los partos. César es deificado.

44-42 El magnicidio de César desencadena la segunda parte de la guerra civil entre los conspiradores y los líderes de César encabezados por Marco Antonio, a quien más tarde se unirá Octavio, sobrino de César e hijo adoptivo suyo.

42 Bruto y Casio son derrotados en sendas batallas de Filipos.

31 Antonio es derrotado por Octavio en la batalla naval de Actium. Octavio se convierte de facto en gobernante único del Imperio romano.

30 Suicidio de Antonio y Cleopatra.

GLOSARIO

AQUILIFER: el portaestandartes que transportaba el estandarte de la legión (aquíla), un estatuilla de plata u oro de un águila montada en un asta.

AuCTORITAS: el prestigio e influencia de un senador romano. La auctoritas aumentaba mucho cuando se cosechaban logros militares.

AUXILIARES (AUXILIA): los soldados sin ciudadanía romana reclutados para el ejército durante la Baja República. Eran conocidos como auxiliares o tropas de refuerzo.

BALLESTA: una catapulta de torsión de dos brazos capaz de lanzar flechas o piedras con considerable precisión. Se construían en varios tamaños y se utilizaban fundamentalmente en los asedios.

BONA DEA: festival anual de la Buena Diosa, los rituales eran celebrados exclusivamente por mujeres y tenían lugar en la casa de un magistrado electo. En los ritos se realizaron en la casa de César y provocaron un escándalo.

CATAFRACTO: caballería pesada en la que a menudo jinete y montura portaban armadura. Eran un componente importante del ejército parto.

CENTURIA: la subunidad básica del ejército romano. La centuria era comandada por un centurión y solía contar con ochenta hombres.

CENTURIÓN: importante rango de oficiales en el

ejército romano durante la mayor parte de su historia. Originalmente los centuriones mandaban una centuria de ochenta hombres. El centurión de más rango era el primus pilus, un puesto de enorme estatus que se ocupaba sólo un año.

COHORTE (coxoRS): la unidad táctica básica de la legión, consistente en seis centurias de ochenta soldados con unos efectivos totales de cuatrocientos ochenta individuos.

COMITIA CENTURIATA: la asamblea del pueblo romano que elegía a los magistrados de más rango, incluyendo a los cónsules y a los pretores. Estaba dividida en 193 grupos electores de centurias a las que se pertenecía depen diendo de la propiedad registrada en el censo. Los miembros más ricos de la sociedad ejercían una influencia muy desproporcionada en el resultado. Se creía que su estructura estaba basada en la organización del primer ejército romano.

COMITIA TRIBUTA: la asamblea de todo el pueblo romano, incluyendo tanto a patricios como a plebeyos. Estaba dividida en treinta y cinco tribus votantes a las que se pertenecía según la ascendencia. Tenía poder para legislar y estaba presidida por un cónsul, pretor o edil curul. Elegía asimismo a varios puestos, entre los que se encontraban la cuestura y el edilato curul.

COMMILITO (PL. COMMILITONES): camarada. Este tratamiento familiar era empleado con frecuencia por un general romano cuando hablaba a sus tropas, en especial durante la guerra civil.

CONCILIUM PLEBIS: la asamblea de los plebeyos romanos, que se reunían para legislar o para elegir a ciertos magistrados, como los tribunos de la plebe. A los patricios no se les permitía tomar parte ni asistir. El pueblo elegía a través de treinta y cinco tribus, y la pertenencia a una o a otra dependía de quiénes fueran los respectivos antepasados. Esta asamblea era presidida por los tribunos de la plebe.

CÓNSUL: los dos cónsules anuales eran los magistrados electos de más rango de la República romana y tenían el mando de importantes campañas. A veces, el Senado ampliaba su poder tras su año de mandato, en cuyo caso eran denominados procónsules.

CUESTOR: magistrados cuyos deberes eran primordialmente financieros. Los cuestores actuaban como ayudantes de los gobernadores consulares y, con frecuencia, se hacían cargo de mandos militares subordinados.

CURIA: el edificio de la Curia (Casa del Senado) se alzaba en el lado norte del Foro romano y tradicionalmente había sido erigido por uno de los reyes. Sila lo restauró, pero fue incendiado y quedó reducido a cenizas. Cuando era dictador, César inició la construcción de una nueva curia. Aun en los periodos en los que el edificio estaba en condiciones de ser utilizado, en alguna ocasión el Senado podía convocar una reunión en otros edificios para celebrar debates específicos.

CURSUS HONORUM: término dado al modelo de carrera en la vida pública. La legislación que regulaba las cuestiones de la edad y otras cualificaciones para las magistraturas electas fue replanteada y reforzada por Sila

durante su periodo como dictador.

DICTADOR: en tiempos de crisis extrema, se elegía un dictador durante un periodo de seis meses durante los cuales ejercía el poder supremo tanto civil como militar. Los últimos vencedores en las guerras civiles, como Sila y julio César, utilizaron el título para asegurarse un poder más permanente.

EDIL: los ediles eran magistrados responsables de varios aspectos de la vida cotidiana de la ciudad de Roma, incluyendo la organización de diversos festivales anuales. Por lo general, el cargo se ocupaba entre la cuestura y la pretura. Había menos ediles que pretores y el puesto no era parte obligatoria del cursus honorum.

EQUITES (SING. EQUES): los caballeros eran el grupo con la más alta cualificación registrado por el censo. Desde la época de los Gracos, obtuvieron un papel público más oficial como jurados en los tribunales, un tema que llegó a ser muy polémico.

ESCORPIÓN: ballesta que arrojaba flechas empleada por el ejército romano tanto en el campo de batalla como en los asedios. Eran armas de largo alcance, permitían una gran precisión y podían llegar a penetrar cualquier tipo de armadura.

FASCES (SING. FASCIS): un haz ornamental de varas de metro y medio de longitud, con un hacha en su medio. Las portaban los lictores y eran los símbolos más visibles del poder y estatus de un magistrado.

FLAMEN DIALIS: un antiguo sacerdocio de Júpiter, cuyo titular debía someterse a una larga serie de estrictos

tabúes. De hecho, se consideraba que el Flamen Dialis y su esposa, la Flaminica, participaban de forma permanente en la observancia ritual, por lo que debían mantenerse alejados de cualquier forma de contaminación. El joven César fue seleccionado para el puesto, pero es posible que nunca llegara a instalarse en el cargo.

FORUM ROMANUM: el corazón político y económico de la ciudad de Roma, situado entre las colinas Capitolio, Palatino, Quirinal y Velia. Las reuniones públicas solían celebrarse o bien en torno a la rostra o bien en el extremo oriental del Foro. El Concilium Plebis y la Comitia Tributa solían reunirse en el Foro para legislar.

GLADIUS: palabra latina que significa espada. El término gladius solía utilizarse tradicionalmente para referirse al gladius hispaniensis, la espada hispana que era el arma para llevar en el costado o colgada del cinturón hasta bien entrado el siglo III a.C. Fabricada con acero de alta calidad, este arma puede emplearse para cortar, pero estaba diseñada principalmente para ser clavada. IMPERIUM: el poder de mando militar del que goza los magistrados y los promagistrados durante su mandato.

LEGATUS (PL. LEGATI): un oficial subordinado que tiene imperium delegado en vez de ejercer el poder por propio derecho. Los legati o legados eran nombrados por un magistrado, no elegidos por votación.

LEGIÓN (LEGIO): término que, originalmente, significaba leva. Las legiones se convirtieron en la principal unidad del ejército romano durante buena parte de su historia. En tiempos de César, los efectivos teóricos de una legión eran unos 4.800-5.000 hombres. Sin embargo, en la

práctica, el número de soldados era a menudo mucho menor.

LICTOK: los ayudantes oficiales de un magistrado que portaban las fasces, que simbolizaban su derecho a dispensar justicia y a infligir la pena capital, así como castigos fisicos. Un cónsul era acompañado por doce lictores, mientras que un dictador solía disponer de veinticuatro.

MAGISTEI~- EQUITUM: el número dos del dictador republicano, que tradicionalmente estaba al mando de la caballería, ya que al dictador se le prohibía montar a caballo.

MANÍPULO (MANIPULUS): la unidad táctica básica de la legión hasta que fue reemplazada por la cohorte. El manípulo consistía en dos centurias. Al parecer, seguía teniendo un cierto papel en la administración y en la rutina del ejército -y tal vez también en la instrucción- en la época de César.

NOMENCLÁTOR: un esclavo especialmente adiestrado cuya tarea era susurrar los nombres de los ciudadanos que se acercaban a su amo para que este pudiera saludarlos de manera familiar. Los nomenclátor solían acompañar a los políticos durante las campañas electorales.

OVACIÓN (OVATIO): una forma menor de triunfo, en la que el general atravesaba la ciudad a lomos de un caballo en vez de en un carro.

PILUM (PL. PILA): la pesada jabalina que formaba parte del equipo estándar del legionario romano durante

buena parte de la historia de Roma. Su estrecha cabeza estaba diseñada para atravesar el escudo del enemigo, mientras que el largo y delgado mango permitía golpear al hombre que se guarecía tras dicho escudo.

PONTIFEX MAXIMUS: el jefe del colegio de quince pontífices, uno de los tres principales sacerdocios de la aristocracia romana. Los pontífices regulaban la cronología de muchos festivales y acontecimientos públicos. El Pontifex Maximus era más un presidente que un líder, pero el puesto gozaba de enorme prestigio.

PREFECTO (PRAEFECTUS): un oficial ecuestre con una serie de deberes entre los que se incluía el mando de unidades de tropas aliadas o auxiliares.

PRETOR: los pretores eran magistrados elegidos anualmente que, durante la República, gobernaban las provincias menos importantes y libraban las batallas menores de Roma.

ROSTRA: la plataforma del orador en el Foro desde la cual los políticos se dirigían a las muchedumbres congregadas.

SAEPTA: área de votación en el Campo de Marte donde las diversas asambleas se reunían para celebrar las elecciones.

SIGNIFER: el portaestandarte que llevaba el estandarte (signum) de la centuria.

SPOLIA OPIMA: el más alto honor que podía reclamar un general victorioso era el derecho a dedicar spolia opima en el Templo de Júpiter Optimus Maximus en el Capitolio. Tal derecho sólo podía conquistarse

matando al general enemigo en un único combate y se celebró únicamente en un puñado de ocasiones.

SUI3URA: el valle situado entre los montes Viminal y Esquilino era conocido por sus calles estrechas y sus chabolas. César vivió en esa zona hasta que se convirtió en Pontfex Maximus.

TESTUDO: la famosa formación de tortuga utilizada principalmente durante los asaltos a fortificaciones por los legionarios romanos. Consistía en colocar sus largos escudos montados unos encima de otros para proteger de modo simultáneo el frente, los lados y la parte superior.

TRIBUNI AERARII: el grupo registrado por debajo de la orden ecuestre en el censo. Se sabe relativamente poco sobre ellos.

TRIBUNO DE LA PLEBE: aunque estuvieran al frente de un cargo público sin responsabilidades militares directas, los diez tribunos de la plebe elegidos cada año tenían capacidad para legislar sobre cualquier asunto. Durante los últimos años de la República muchos generales ambiciosos, como Mario y Pompeyo, consiguieron la ayuda de los tribunos para obtener importantes mandatos.

TRIBUNUS MILITUM (TRIBUNO MILITAR): para cada legión se elegían o se nombraban seis tribunos militares. El mando era asumido por un par de esos tribunos en cada ocasión.

TRIUNFO: la gran celebración organizada por el Senado para honrar a un general vencedor adoptaba la forma de una procesión a lo largo de la Vía Sacra, la

principal vía ceremonial de Roma. Se exhibían el botín y los cauti vos apresados en la victoria y culminaba con la ejecución ritual del líder enemigo capturado. El comandante aparecía montado en un carro, vestido como las estatuas de Júpiter y, a su lado, un esclavo sostenía la corona de laurel que simbolizaba la victoria sobre su cabeza. Se suponía que el esclavo debía recordarle al general en un susurro que era mortal.

VEXILLUM: una bandera cuadrada colocada en diagonal en su mástil. Se empleaba para marcar la posición de un general y era también el estandarte que portaba un destacamento de tropas.Al parecer, el vexillum de un general solía ser de color rojo.

ABREVIATURAS

Ampelio, *lib. mem* = Lucio Ampelio, *Liber memorialis.*

Apiano, *BC* = Apiano, *Guerras civiles.*

Apiano, *Bell. Hisp.* = Apiano, *Guerra de Hispania.*

Broughton, *MRR* 2 = Broughton, T., & Patterson, M., *The Magistrates of the Roman Republic,* volumen 2 (1951).

Cesar, *BC* = César, *Guerra civil.*

César, *BG* = César, *Guerra de las Galias.*

CAH2 IX = Crook, J., Lintott, A., & E. Rawson (eds.), *The Cambridge Ancient History* 2ª ed.,volumen IX: *The Last Age of the Roman Republic, 146-43 BC* (1994).

Cicerón, *ad Att.* = Cicerón, *Cartas a Ático.*

Cicerón, *ad Fam.* = Cicerón, *Cartas a familiares.*

Cicerón, *ad Quintum Fratrem* = Cicerón, *Correspondencia con su hermano Quinto.*

Cicerón, *Cat.* = Cicerón, *Catilinarias.*

Cicerón, *de Sen.* = Cicerón, *de Senectute.*

Cicerón, *Verr.* = Cicerón, *Verrinas.*

CIL = *Corpus Inscriptionum Latinarum.*

Comp. Nic. = Fragmento de Nicolás de Damasco, *Historia.*

de vir. Ill. = el anónimo *de viris illustribus.*

Dión = Casio Dión, *Historia romana.*

Gelio, *NA* = Aulo Gelio, *Noches áticas.*

ILLRP = Degrassi, A. (ed.) (1963-1965), *Inscriptiones Latinae Liberae Rei Republicae.*

ILS = Dessau, H. (1892-1916), *Inscriptiones Latinae Selectae.*

JRS = *Journal of Roman Studies.*

Justino = Justino, *Epítome.*

Tito Livio, *Pers.* = Tito Livio, *Períocas*

Plinio el Viejo, *HN* = Plinio el Viejo, *Historia natural.*

Plinio el Joven, *Epistulae* = Plinio el Joven, *Cartas.*

Quintiliano = Quintiliano, *Institutio Oratoria.*

Salustio, *Bell. Cat.* = Salustio, *Conjuración de Catilina.*

Serv. = Servio.

Estrabón, *Geog.* = Estrabón, *Geografía*.

Valerio Máximo = Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables.*

Veleyo Paterculo = Veleyo Paterculo, *Historia romana.*

LISTA DE MAPAS

El Imperio romano en el siglo i a.C
La ciudad de Roma: área central, Foros
La Galia y sus tribus
Batalla de Bibracte
Batalla contra Ariovisto
Batalla del Salubre
Probable costa de Britania y Galia en 55 a.C .
Sitio de Alesia
La campaña italiana, 49 a.C
Batalla de Ilerda
Las fronteras de Dyrrachium
Batalla de Farsalia
Alejandría
Batalla de Tapso
Batalla de Munda

BIBLIOGRAFÍA DE OBRAS CITADAS

Libros

ADCOCK, E, The Reman Art of War under the Republic, 1940.

ASTIN, A., Cato the Censor, 1978.

AUSTIN, N. y RANKOV, B., Exploratio: Military and Political Intelligence in the Roman World, 1995.

BADIAN, E., Roman Imperialism in the Late Republic, 1968.

-, Publicans and Sinners, 1972.

BISHOP, M. y COULSTON, J., Roman Military Equipment,1993.

BRUNT, P, Social Conflicts in the Roman Republic, 1971a.

-, Italian Manpower, 225 BC - AD 14,197 lb.

CALWELL, C., Small Wars, 1906.

CONNOLLY, P, Greece and Rome at War, 1981.

COR-NELL, T., The Beginnings (f Rome, 1995. (Los orígenes de Roma, Crítica, Barcelona, 1999).

CUNLIFFE, B., Greeks, Romans and Barbarians: Spheres of Interaction, 1988.

DAVIES, R., Service in the Roman Army, 1989.

DELBRÜCK, H., History of the Art of War,Vol. 1: Warfare in Antiquity, trad. J. Renfroe, 1975.

DERKS, T., Gods, Temples and Ritual Practices: The Transformation of Religious Ideas and Values in Roman Gaul, 1998.

DYSON, S., The Creation of the Roman Frontier, 1985.

EPSTEIN, D., Personal Enmity in Reman Politics 218-43 BC, 1978.

EIiDKAMP, P, Hunger and Sword: Warfare and Food Supply in Reman Republican Wars 264-30 BC, 1998.

EVANS, R., Gaius Marius: A Political Biegraphy, 1994.

FEUGÉRE, M. (ed.),, L' Équipment Militaire et L'Armement de la République, Journal of Roman Military Equipment Studies 8, 1997.

FULLER, Major General J.,Julius Caesar: Man, Soldier and Tyrant, 1965.

GABBA, E., The Roman Republic, the Army and the Allies, trad. P. Cuff, 1976.

GELZER-, M., Caesar, trad. P. Needham, 1968.

GOLDSWORTHY,A., The RomanArmy atWar, 100 BC-AD 200, 1996. (El ejército romano,Akal, Madrid, 2005).

-, In the Name of Rome, 2003.

GOUDINEAU, C., Cesar et la Gaule, 1995.

GRAINGE, G., The Roman Invasions of Britain, 2005.

GRANT, M., Cleopatra, 1972.

GREEN, M., Dictionary of Celtic Myth and Legend, 1992.

GREENHALCEH, P., Pompey: The Roman Alexander, 1980.

GRIMAL, P., Love in Ancient Rome, trad. A. Train, 1986. (El amor en la Roma Antigua, Paidós, Barcelona, 1999).

GRUEN, E., The Last Generation of the Roman

Republic, 1974.

GWYNN, A., Roman Education: From Cicero to Quintilian, 1926.

HARDY, E., The Catilinarian Conspiracy in its Context:A Re-study of the Evidence, 1924.

HARMAND, J., L'armée et le soldat d Rome de 107 d 50 avant nótre ¿re, 1967a.

-, Une Campagne Cesarienne:Alésia, 1967b.

HARRIS,W, War and Imperialism in Republican Rome, 327-70 BC, 1979. (Guerra e imperialismo en la Roma republicana: 327-70 a. C., Siglo XXI, Madrid, 1989).

HoLMES, T. R., Ancient Britain and the Invasions ofJulius Caesar, 1907.

-, Caesar's Conquest of Gaul, 1911.

-, The Roman Republic, Volumen 3, 1923.

-, The Roman Republic, Volumen 1, 1928.

HOPKINS, K., Conquerors and Slaves, 1978. (Conquistadores y esclavos, Edicions 62, Barcelona, 1981).

KEAVENEY, A., Sulla: The Last Republican, 1982.

-, Lucullus:A L fíe, 1992.

KEPPIE, L., The Making of the RomanArmy, 1984.

LABiscH,A., Frumentum Commeatusque. Die Nahrungsmittelversongung der Heere Caesars, 1975.

LE BOHEC,Y., The Imperial RomanArmy, 1994. (El ejército romano: instrumento para la conquista de un imperio, Ariel, Barcelona, 2004).

LE GALL, J., La Bataille D'Alésia, 2000.

LINTOTT, A., Imperium Romanum: Politics andAdministration, 1993.

-, The Constitution of the Roman Republic, 1999.

MARROU, H., A History ofEducation inAntiquity, 1956. (Historia de la educación en la AntiE,üedad,Akal, Madrid, 1985).

MAXFIELD,V., The Military Decorations of the RomanArmy, 1981.

MEIER, C., Caesar, trad. D. McLintock, 1996.

MILLAR, E, The Crowd in Rome in the Late Republic, 1998.

MITCHELL, T., Cicero: Tlie AscendingYears, 1979.

-, Cicero: The Senior Statesman, 1991.

MORRISON, J. y COATES,J., Greek and Roman Gared Warships, 1996.

MOURITSEN, H., Plebs and Polítícs in the Late Roman Republic, 2001.

PARKER, H., The Roman Legions, 1957.

PORCH, D., Wars of Enipire, 2000.

PRICE, S., Rituals and Power: The Roman Imperial Cult in Asia Minor, 1984.

RAWSON, B. (ed.), The Family in Ancient Rome, 1986.

-, MarriaEe, Divorce and Children in Ancient Rome, 1991.

-, Children and Childliood in Roman Italy, 2003.

RICE, E., Cleopatra,1999.

RICKMAN, G., The Corn Supply ofAncient Rome, 1979.

ROSENSTEIN, N., Imperatores Victi, 1993.

ROTH, J., The L1~iistics <f the Roman Army at War, 264 BC - AD 235, 1999.

ROYMANS, N., Tribal Societies in Northern Gaul: an

anthropological perspectiva, C¡¡¡gula, 12, 1990.

SAI)DINGTON, D., 77ze Development of the RomanAuxiliary Forces from Cesar to Vespasian, 1982.

SALLER, R., Personal Patronage in the Early Empire, 1982.

SEAGER, R., Pompey the Great, 2002.

SHERWIN-WHITE,A., 77ze Roman Citizenship, 1973.

SPAUL, J., ALA 2, 1994.

STOCKTON, D., Cicerón, 1971.

-, The Gracchi, 1979.

SYME, R., The Roman Revolution, 1939. (La revolución romana, Taurus, Madrid, 1989).

TAYLOR, L. Ross, Party Politics in the Age of Caesar, 1949.

Rornan lhtinQ Assemblies: From the Hannibalic War to the Dictatorship of Caesar, 1966.

ToDD, M., 77ie Northern Barbarians, 1987.

-, The Early Germans,1992.

-, Roman Britain, 3a ed., 1999.

TRECCIARI, S., Roman Marriage: Iusti Coniuges from the Time (f Cicero to the Time cf Ulpian, 1991.

TYRRELL, W., A Legal and Historical Commentary to Cicero's Oratio Pro Rabino Perduellionis, 1978.

WALBANK, E, A Historical Commentary on Polibio, vol. 1, 1970.

WALKER, S., y Hiccs, P. (eds.), Cleopatra of Egypt: From History to Myth, 2001.

- y Ashton, S. (eds.), Cleopatra Reassessed, 2003.

WARn, A., Marcus Crassus and the Late Roman

Republic, 1977.

WATSON, G., The Roman Soldier, 1969.

WEBSTER, G., The Roman Invasion of Britain, ed. rev., 1993.

WEINSTOCK, S., Divos Julios, 1971.

WELCH K., y Powell,A. (eds.),Julius Caesar asArtfid Reporten: The War Commentaries as Political Instruments, 1998.

WELLS, C., Pie German Policy ofAugustus, 1972.

WELLS, P, The Barbarians Speak: How the Conquered Pe(>les Shaped the Roman Empire, 1999.

YAVETZ, Z.,Julius Caesar and his Public Image, 1983.

Artículos

BRADLEY, K., «Wet-nursing at Rome: A Study in Social Relations», en B. Rawson (ed.), The Family in Ancient Rome, 1986, pp. 201-229.

BRAUNI), D., «River Frontiers in the Environmental Psychology of the Roman World», en Kennedy, D. (ed.), The Roman Army in the EastJournal of Roman Arcliaeohgy Supplementary Series 18,1996, pp. 43-47.

CARSON, R., «Cesar and the Monarchy», Greece and Rome, 4, 1957, pp. 46-53.

COLLINS, J., «Cesar and the Corruption of Power», Historia, 4, 1955, pp. 445- 465.

CUFF, P, «The Terminal Date of Cesar's Gallic Command», Historia, 7,1958, pp. 445-471.

HANSEN, M., «The Battle Exhortation in Ancient Historiography: Fact or Fiction», Historia, 42, 1993, pp. 161-180.

LINTOTT, A., «Electoral Bribery in the Roman Republic» ,Journal of Roman Studies, 80, 1990, pp. 1-16.

RANKOV, B., «The Second Punic War at Sea» en Cornell,T., Rankov, B., & Sabin, P (eds.), The Second Punic War: A Reappraisal, 1996, pp. 49-57.

RAWSON, E., «Cesar's Heritage: Hellenistic Kings and their Roman Equals» ,Journal of Roman Studies, 65, 1975, pp. 148-159.

«The Ciceronian Aristocracy and its Properties», en Finley, M. (ed.), Studies in Roman Property, 1976, pp. 85-102.

ROYMANS, N., «The North Belgic Tribes in the First Century BC» en Brandt, R., & Slofstra,J. (eds.), Roman and Native in the Low Countries, British Archaeological Reports 184, 1983, pp. 43-69.

SALMON, E., «Catiline, Crassus, and Cesar», American Journal of Philology, 56,1935, pp. 302-316.

SALWAY, B., «What's in a Name? A Survey of Roman Onomastic Practice from 700 BC - AD 700» ,Journal of Roman Studies, 84, 1994, pp. 124-145.

STOCKTON, D., «Quis iustius induit arma», Historia, 24, 1975, pp. 222-259.

SYME, R., «The Allegiance of Labienus» ,Journal of Roman Studies, 28, 1938, pp. 424-440.

TAYLOR, L. Ross, «Cesar's Early Career», Classical Philology, 36, 1941, pp. 113- 132.

«The Rise of Julius Cesar», Greece and Rome, 4, 1957, pp. 10-18.

«The Dating of Major Legislation and Elections in

Cesar's First Consulship», Historia 17, 1968, pp. 173-193.

TCHERNIA, A., «Italian Wine in Gaul at the End of the Republic», en Garnsey, P., Hopkins, K., & Whittaker, C. (eds.), Trade in the Ancient Economy, 1983, pp. 87-104.

TREGGIARI, S., «Divorce Roman Style: How Easy and Frequent was it?» en B. Rawson (ed.), Marriage, Divorce and Children inAncient Rome, 1991, pp. 131-146.

TYRRELL, W., «Labienus' Departure from Cesar in January 49 BC», Historia, 21, 1972, pp. 424-440.

YAKOBSON, A., «Petitio et Largitio: Popular Participation in the Centuriate Assembly of the Late Republic»,Journal of Roman Studies, 82, 1992, pp. 32-52.

ÍNDICE TEMÁTICO

Acia (madre de Octavio), 56
Acón, 400, 405, 407-408
Adriático, Mar, 80, 502, 528
Afranio, Lucio (cónsul 60), 207, 209, 215, 217, 222, 510-511, 513-514, 516-519, 543, 545, 547, 548-549, 578, 596-598, 618
África, 17, 23, 38, 46-47, 68, 124, 134, 148, 151, 157, 202, 248, 337, 405, 477, 494, 501, 522, 575, 578, 580-585, 590, 593, 600-601, 608-609, 612 *véase también* África del norte
África, Guerra de, 590, 595, 597
africana, campaña, 583-584, 599, 636
Agamenón, 544
Agar, 594, 596
Agedincum, 413-414
Ahenobarbo, Cneo Domicio (cónsul 122), 260, 548-549
Ahenobarbo, Lucio Domicio (cónsul 54), 336, 340, 381, 449, 464, 469, 475, 479, 487, 495, 499-501, 506, 511, 519, 522, 543-545, 547-549
muerte de, 552, 638
Aisne, río, 309-311, 323
Alba Longa, 52, 378, 529, 635, 639
albanas, colinas, 204
albanos (pueblo transcaucasiano), 203, 640
alce, 401
Alejandría
Biblioteca, 565-566, 614
descripción, 560, 564-565
Guerra de, 557, 565-570

Isla de Faros, 564, 568
Luminaria de Faros, 560, 564, 568
puerto, 558
alejandrinos, 557, 561, 567, 569, 572
Alejandro Magno, 12, 18, 23, 38, 127, 135, 202-203, 241-242, 321, 397, 480, 557, 570, 631
Alesia, asedio de (52 a.C.), 431-435, 450-451
Allier, río, 422, 428
alóbroges, los, 172, 250, 265, 270, 276-277, 289, 429, 538
Alpes, 260, 276, 304, 307, 341, 351, 392, 401-402, 411, 485, 495, 503
amantes, 14, 19, 78, 94, 96, 114-116, 118-119, 121, 168, 187, 194, 306, 470, 475, 567, 571, 603
ambarros, tribu de los, 277
Ambiórix, 384-386, 394, 395-396, 398-399, 453
Amiens (Samarobriva), 259, 388-389, 392-393
Ancona, 489, 496-497
Aníbal, 12, 24, 26, 242, 448, 489, 657, 661
Anticatón, 625-626
Antioquía, 564, 573
Antipáter (padre de Herodes el Grande), 569, 573
Antio, 231
Antonio, Cayo (cónsul 63), 103, 160, 177, 231
Antonio, Lucio (cónsul 41), 522
Antonio, Marco (abuelo de Marco Antonio, cónsul 99), 69, 480

Antonio, Marco (cónsul 44), 12, 18, 50
al mando de Italia, 510
aventura con Cleopatra, 562
carrera y carácter, 470, 479-481, 484
como jefe de la caballería, 577
como tribuno, 479, 482, 484
compra la casa de Pompeyo, 582
en Egipto, 570
en la guerra civil, 496, 499, 534, 540, 548
enamorado de Citeris, 115
estilo de vida, 470, 480
familia, 50, 60, 480
huye de Roma disfrazado de esclavo, 484-485, 490
introducción a los placeres de las amantes, 480
muerte de, 655
nombrado sacerdote (*flamen* de Julio César), 634-635
regresa a Roma después de Farsalia, 577
se encuentra con César en la Galia, 638
se soluciona el distanciamiento de César, 622
y asedio de Alesia, 436
y conspiración contra César, 644, 646
y el festival de Lupercalia, 640, 643
y guerra civil tras la muerte de César, 654-655, 658
y los partos, 631, 640
y magnicidio de César, 647-648, 650-653
y Segundo Triunvirato, 654
Antonio, Marco (padre de Marco Antonio), 138, 480
apex (tocado de los *flamen dialis*), 74
Apia, Vía, 110, 142, 145, 409
Apiano, 18, 202, 225, 241, 337, 486, 523, 546-547, 553, 570, 636
Apolo (dios), 79

Apolodoro de Rodas, 566
Apolonia, 529-530, 542
Apso, río, 530-532
Apulia, 496-497, 499
Aquae Sextiae, 259, 282
Aquila, Lucio Pontio, 623, 626
Aquilas, 566, 567
Aquileia, 275, 277
Aquitania, 342, 344, 353
aquitanos, 257, 259
Arabia, 561
Arausio, batalla de (105 a.C.), 26
Ardenas, 384, 398, 403
Arelate (Arles), 622
Ariminum (Rímini), 485-486, 490, 496-498
Ariovisto, rey, 259, 265-266, 269-271, 290-300, 306-307, 317-318, 324, 341, 350, 358, 396, 406-407
Arles (Arelate), 622
armada, romana, 342-343, 370
armas, adiestramiento, 61-62, 264, 303
Armenia, 232, 333, 380, 573
Armenia, Tigranes (hijo del rey), 140
Armórica (Bretaña), 393
arqueros cretenses, 45, 256
Arretium (Arezzo), 496-497
Arsinoe (hermana de Cleopatra), 566-567, 569-570, 602
Artemidoro, 651
arvernos, tribu de los, 259, 261, 407, 410, 412-413, 422-423, 425, 439
asaltantes del Ponto, 112
asambleas populares (*Concilium Plebis* o *Comitia Tributa*), 29-30, 34, 36, 61, 131, 226, 508
asambleas tribales, 36, 131, 139, 167, 220, 223-225, 227, 508, 610
Ascalón, 561, 563
Asculum, 499
Asia, 25, 38, 53, 66, 92, 105-107, 112, 140, 151, 163, 202, 208, 219, 227, 237, 250, 276, 331, 477, 524, 526, 533, 555, 572-573, 600-601

Asia Menor, 23, 103-104, 557
Asuán, presa de, 558
Ategua, 619
Atenas, 103, 445
Atenas, asamblea de, 31
Ático, Tito Pomponio, 205, 209, 216, 232
atrebates, tribu de los, 259, 309, 314, 319, 360, 389, 406, 434
Atrio, Quinto, 370-371, 374
Atuátuca, 384, 399
atuátucos, tribu de los, 309, 314, 322-323, 386-387, 394, 399
auctoritas, 30, 33-34, 43, 99, 102, 115, 131, 146, 154, 162, 167, 169, 199, 202, 290, 329-330, 464, 478, 533
Aude, río, 260
Augusto, emperador (hijo adoptivo de César), 15, 17-18, 26, 52, 56, 60, 243, 254, 562, 606, 629, 631, 633-634, 638, 655, 663-664, *véase también* Octavio
Aurelia (madre de César), 53-57, 73, 75, 84, 108, 119, 128, 135, 168, 192-193, 195, 377
Aurelia Orestila, 157
Aurelio, Cayo, 130
Autronio Peto, Publio (cónsul electo para 65), 147-149
Auxinum, 498
Avaricum (Bourges), 259, 415-416, 418, 421-422, 456
Avieno, 593

Báculo, Sextio Julio, 320
Balbo, Lucio Cornelio (cónsul 40), 196, 216-217, 220, 250, 304, 381, 481, 606, 612, 618, 624, 626, 631, 647 y campaña hispánica, 618
barcos de transporte, 362, 528
barcos galos, 342-343
Bardyaei (banda de libertos), 69
Basilo, Lucio Minucia, 644
belgas, 257, 259, 301, 306-324, 342

método de ataque contra fortificaciones, 310-311
rebelión, 383, 387-388, 390-391
reyes, 307-308
Bélgica, 257, 307, 344
Belieno, Lucio Anio, 156
belóvacos, tribu de los, 309, 312-313, 451-454
Berenice IV (hermana mayor de Cleopatra), 560-561
Besançon (Vesontio), 291, 302, 592
Bestia, Lucio Calpurnio, 188
bibliotecas, 60
Bibracte (Monte Beuvray), 259, 261, 284, 287, 311, 429, 450
batalla de (58 a.C.), 287
Bibrax (Vieux-Laon?), 309-310, 312
Bíbulo, Marco Calpurnio (cónsul 59), 143-144, 332
en el consulado de César, 211-213, 215, 218-219, 222-227, 231, 233-237, 334, 445, 447
en la guerra civil, 465, 469, 475, 505, 528-531, 624, 648
Bigbury, bosque de, 361, 371
Bitinia, 25, 93-96, 106, 109, 603, 641
bitinios, 109
bituriges, tribu de los, 259, 269, 410-411, 413, 415-416, 450-451
Blucher, Marshal Gebhard, 242
Bocco de Mauritania, 589
bodas, 137, 228
Boduognato, 318-319
Bogud, rey, 600
Boulogne (Portus Itius?), 359, 361, 368
Bourges (Avaricum), 359, 361, 368
boyos, tribu de los, 287, 287, 413-417
Bretaña (Armórica), 260, 342, 393, 577
Brindisi (Brundisium), 80, 204
Britania, 308, 341-342, 345, 347-348, 384, 398, 406, 453, 455
comercio con, 462
primera expedición a, 358-361, 364-370, 374-375, 377

segunda expedición a, 382-383, 441, 457
britanos, 347-348, 361-364, 366-367, 370-374
Brundisium (Brindisi), 80, 497, 502, 506, 523-524, 527-528, 530, 532, 576, 579
Bruto, Marco Junio, 116-117, 125, 186, 234, 475, 553, 583, 613, 626, 651-652, 664, 666
amante Volumnia/Citeris, 116
como el asesino de César, 116, 234-235
consejos tras el magnicidio de César, 118
escribe *Catón*, 624-625
gobierna la Galia Cisalpina, 613, 646
nacimiento, 117
se encuentra con César en la Galia Cisalpina, 624
y conjura de Catalina, 234-235, 646
Bruto Albino, Décimo Junio Bruto, 120, 251, 343, 413, 434, 437, 491, 512, 522, 638
conspiración contra César, 644-648, 650-652, 666
Bugeard, Marshal Thomas-Robert, 405
Burebista, rey de Dacia, 256, 630
Buthrotum, 608

Cabillonum, 424
Cádiz (Gades), 135, 198
calendario romano, 49, 528, 615
Caleno, Quinto Fufio (cónsul 47), 580
cáletes, tribu de los, 309
Calpurnia (esposa de César), 228, 636-637, 649
Calvino, Cneo Domicio (cónsul 53, 40), 548-549, 573-574
Campania, 161, 220, 230, 336-337, 497, 580, 631
Campania, ley de, 232 *véase también* proyecto de ley/ley agraria

Canal de la Mancha, 259, 360, 454
Caninio Rebilo, Cayo, 610
Cannas, batalla de (216 a.C.), 26
Canterbury, 370
Canuleyo, Marco, 101
Capadocia, 573
Capua, 110, 233, 444, 497
Carbón, Cneo Papirio (cónsul 85, 84, 82), 80
Carbón, Cneo Papirio (cónsul 120), 327
carnutes, tribu de los, 259, 262, 383, 394-395, 400, 406, 408, 410, 451, 453
Carras, batalla de (53 a.C.), 402, 448, 463, 630
carros, 163, 276, 278, 285, 287, 297, 315, 354-355, 361-365, 371-373, 375, 399, 414, 430, 442, 515, 517, 542, 602, 604
cartagineses, 37
cartaginense, flota, 330
Cartago, 23-24, 36-38, 448
    colonia establecida en, 44, 608
casa de baños, 89
casas como símbolo de estatus, 152
casas de senadores, 60
Casca Longo, Publio Servilio, 651-652
Casio Longino, Cayo, 403, 618, 643, 645-646, 648, 651-652, 664
    hijo, 650
Casio Longino, Lucio (cónsul 107), 279
Casio Longino, Quinto, 482-484, 490, 507, 521, 613, 617
Casivelauno, 372-374
caso de asesinato (*quaestio de sicariis*), 155
Caspio, mar, 631
Cástico, 268, 271
Catilina, Lucio Sergio, 17, 148, 155-160, 169-176, 179, 231, 234, 251, 285, 480, 488, 527, 589, 633, 644, 657, 659
    debate, 179-183, 185-186, 192, 199, 205
    derrotado, 191, 205, 221, 510

Catón, Cayo, 233, 336, 340
Catón, Marco Porcio (el Joven), 155, 158-159, 170
aspira a frenar el ascenso de Pompeyo, 207
César ordena el encarcelamiento de, 221-222
como acérrimo opositor de César, 117, 158-159, 186, 212, 349, 626
como objeto de elogio, 626, 645, 664
condena las acciones de César contra los usípetes y los téncteros, 464
confrontación con Metelo Nepote, 207
conspiración, 185
el debate catilinario, 185-187
en la guerra civil, 476-477, 487, 522, 570, 578, 599, 602
en la pretura de César, 188-190
enviado a Chipre, 333
evita el voto posponiendo las elecciones, 204
imposible de acallar, 221, 329-330
insta al Senado a elegir a Pompeyo como comandante supremo, 445, 465, 498
libros escritos sobre, 624-625
muerte de, 624
Pompeyo pregunta si él y su hijo pueden casarse con sus sobrinas, 206
preeminencia, 195, 199
procesar a Murena, 175
respalda a Pompeyo, 445, 465
respetado por Bruto, 624, 645
se evitó que consiguiera la pretura, 340
se opone a los *publicani*, 208
se presenta a la elección consular, 447
vota veinte días de acción de gracias para Bíbulo, 505

y campaña para el consulado de César, 210-212, 215
y la masacre de César de las tribus germanas, 355-357
y ley agraria de César, 609
y Primer Triunvirato, 218
y proyecto de ley agraria, 221-222
Catón, Marco Porcio (el Viejo), 94, 158
duerme con joven esclava, 97
durante la censura, 158
esposa, 56
presente durante el baño de su hijo, 56
Catulo, Cayo Valerio, 96, 199, 305, 331, 492, 658
padre, 306
Catulo, Quinto Lutacio (cónsul 78), 145, 150, 154-155, 157, 167-169, 172, 176-177, 189, 195-196, 648
Catuvolco, 384, 398
Cavarino, rey de los senones, 393, 395
Cecilio (cónsul 57), 188, 204-205
Cecilio (cónsul 60), 165, 205
Cecilio (cónsul 80), 166, 448
celebraciones triunfales, 210
Celio Rufo, Marco, 339, 441, 468, 493, 526, 576
celtas, 257, 307-309, 407, 429, 439
celtíberaos, tribu de los, 356, 515
Cenabum (Orléans), 259, 410, 414, 417, 451, 453
censores, 30, 64, 103, 128-129, 154-155, 177, 332, 479
censos de ciudadanos romanos, 30-31, 51, 129, 155, 213-214, 220, 253
censura no funciona apropiadamente, la, 611
centuria praerogativa, 214-215, 444
centurias, 31, 213-214, 252
centuriones, 84, 156, 247, 252-254, 292-294, 301-302, 304, 317, 319-321, 324, 340, 401, 415, 428, 485, 490, 500, 510, 512, 514, 516, 529,

535, 537, 539-541, 551, 553, 569, 579-582, 593, 597, 604, 609, 611
Cepión, Quinto Servilio, 229
Cerdeña, 23, 25, 37, 337, 497, 504, 510, 578, 586
ceremonia nupcial, *confarreatio*, 73
César, Julio *véase* Julio César, Cayo
César, origen del nombre, 50-51
cesárea, 55
Cesarión, 637-638
Cetego, Cayo Cornelio, 177-178, 188
Cetego, Publio Cornelio, 115
Cevennes, paso de los montes, 412-413
Chipre, 333, 336, 557, 570
Churchill, Winston, 245
Cibeles (diosa), 143
Cicerón, Marco Tulio (cónsul 63, orador), 17
abandona la provincia antes, 199
abandona Roma para proseguir los estudios, 103
accede a defender a Milón, 446
acusado por ejecutar a los conspiradores, 332
alaba las victorias de César en la Galia, 339
alaba las victorias de Mario, 134
alaba los *Comentarios* de César, 244, 246
apacigua a Metelo Celer, 205
ataca la actuación de Pisón como procónsul, 248
borrador de carta que aconseja sobre cómo reformar la República, 626
campaña por el consulado, 212, 215
campañas en Britania, 375
campañas para rechazar la ley agraria de César, 337
carta de condolencia a César, 378
cartas a Cayo Trebacio Testa, 382
cartas del hermano, 381
casa, 90

Catón, 624-625
como cónsul, 160, 162, 165, 169, 171, 175-177
como gobernador de Cilicia, 469, 473
compara un orador con un famoso actor, 102
con César, 631-633
considera a César uno de los mejores oradores, 107
critica triunviros, 231
Cuarta catilinaria, 183
decide que la guerra estaba perdida, 578
disgustado por Marco Antonio y Volumnia, 116
en la guerra civil, 504-506, 510, 512, 522, 525, 530, 544-545
en la Guerra Social, 65
escucha a los oradores, 61
estrecha relación con César, 382, 387
exilio, 328, 333-334
Filípicas, 480
implicado en negociaciones entre César y Pompeyo, 478, 482-483
juicio de Verres, 100-101
mala opinión de Lucio Afranio, 207
muerte de Tulia, 621
no ve ningún sentido en enfrentarse a César, 476
nombrado procónsul de Cilicia, 447
pensamientos sobre su reputación en el futuro, 210
perdonado y se sienta en el Senado, 612-614
Pompeyo protege su vida, 327, 334-336
préstamo principal de César, 505
publica discursos, 102
rechaza la petición de César de acompañarle a la Galia como legado, 249

regresa de Cilicia, 474
se encuentra con César de camino a Brundisium, 579
se mantiene en el ojo del huracán, 242
siente que la guerra en la Galia ha sido evitada, 270
sostiene que César recompensó a los agentes con acciones, 227
visita de César en Rávena, 409
y Apolunio, 103
y Autronio, 148
y César como fiscal, 109
y César en Britania, 347
y César en la guerra civil, 497
y César ganó la guerra civil, 601, 605
y César sobre Vatinio, 228
y Cleopatra, 637
y convenio de Luca, 337
y Craso, 150, 153, 176
y el calendario, 615
y el complot para asesinar a Pompeyo, 233-234
y el consulado de Caninio, 610
y el escándalo de la homosexualidad de César, 95
y el juicio de Catalina, 156
y el juicio de Clodio, 195
y el magnicidio de César, 647, 652
y el teatro de Pompeyo, 443
y estatua de César, 623
y la apariencia de César, 174
y la aventura de César con Tercia, 583
y la campaña de César por el consulado en 58 a.C., 209
y la comunidad de Buthrotum, 608
y la conjura de Catilina, 173-176, 178-179, 183-186, 188-189, 191
y la demanda de los publican, 208
y la expedición de Craso a Partia, 380

y la extensión del Foro de César, 443
y la rivalidad de César con Pompeyo, 468
y ley agraria, 216, 220
y los ciudadanos romanos, 162
y los libros de historia, 246
y Marco Antonio, 480
y Marco Celio Rufo, 339
y ninguna noticia de César durante seis meses, 575
y niños y antiguas generaciones, 58
y oponentes de los triunviros, 234
y Pompeyo, 205
y Servilia, 118
y temor de guerra en la Galia, 265, 267
Cicerón, Quinto Tulio, 182, 248, 335, 339, 399, 401, 434, 525
y rebelión Cirenaica, 383, 387-390
Citeris (Volumnia), 115
ciudades fortificadas del norte de la Galia, 308
ciudades-estado griegas, guerra entre, 36
Claudia, familia, 473, *véase también* Clodio Pulcro, Publio
Claudio Caeco, Apio (cónsul 307, 296), 180
Claudio Pulcro, Apio (cónsul 54), 331, 381, 475, 479, 492, 505, 526, 624
Claudio Pulcro, Cayo, 333
Claudio Pulcro, Publio (cónsul 249), 330
Cleopatra (película, 1963), 665
Cleopatra VI, 560
Cleopatra VII, 12, 14, 16, 555, 559-563, 565-567, 570-572, 602, 636-637, 641, 657, 665
apariencia, 555, 563-564
muerte de, 655
Clermont, 410
clientela, 59, 302
Clodia (hermana de Clodio), 336, 339

Clodio Pulcro, Publio, 193-195, 205-206, 234-235
abandona los planes de atacar a César, 234
asesinato de, 409, 445
Bona Dea festival, 193-195, 231, 331
convertido en plebeyo, 231, 328, 330
elegido edil, 335
familia, 194, 331, 339
padre, 330
procesa a Milón, 334-336
respaldado por Craso, 336
tribunado, 236, 328, 331-334
código legal, Doce Tablas, 60, 193
Colchis Menor, 573
Colección de frases célebres, 243
collegia (gremios o asociaciones), 332, 334, 616
comerciantes (*negotiatores*), 40, 46, 94, 140, 260, 324, 355, 359, 375, 410, 429, 444, 616
Comentarios a la Guerra de las Galias, 98, 243-246, 314, 450, 456
Comio, rey de los arrebates, 360, 363, 366, 374, 396, 406, 434, 436, 451-453
Comitia Centuriata, 31, 46, 74, 165-166, 213-214, 247, 253, 444, 526, 610
Comitia Tributa, *véase* asambleas tribales
«compañeros de tienda» (*contubernales*), 92
compañías privadas para contratos estatales (*publicani*), 39-40, 140, 151, 202, 208, 227, 447
competición por la fama y la influencia, 34, 39, 102, 180, 320, 493
Concilium Plebis véase asambleas tribales
Concordia (deidad), 35, 178, 188
concubinas, 115, 559
condrusos, tribu de los, 349-350
Considio, Publio, 282-283

Considio, Quinto (senador), 232
cónsules, 26, 29-33, 51, 64, 68-69, 86, 108, 110, 124-125, 128, 130, 138, 142, 148, 163, 178-179, 186, 188, 199, 209, 212-213, 219, 221, 226, 235, 251, 329-330, 332, 338, 340, 356, 381, 409, 444, 449, 471, 481-484, 494, 498, 506, 509, 522, 526, 580, 609-610, 633, 643 *véase también* elecciones consulares
Convictolitavis, 423-424
Córcega, 23, 25, 497
Corcyra, 531, 538
Corduba, 619
Corfinium, 64, 499-502, 519, 560, 586
Corinto, 38, 608
Corinto, istmo de, 630
Coriolano, 57
Cornelia (esposa de César), 72-75, 83, 89, 97, 113, 133-134, 137, 194, 444
Cornelia (esposa de Pompeyo), 448-449, 554
Cornelia (madre de los Gracos), 54, 56
corona cívica (*corona civica*), 93
coronas de laurel, 34
Correus, 451-452
cortesanas, 114-116, 119, 121, 140
costa atlántica, 197, 257, 260, 342, 410, 454
Cosucia, 72, 97
Cota, Cayo Aurelio (cónsul 75), 53, 84, 101, 108, 111, 176
Cota, Lucio Aurelio (cónsul 65), 53, 128, 147-148, 150, 176
Cota, Lucio Aurunculeyo, 250-251, 254, 313, 377, 384-386, 388-389, 392, 398, 401, 457, 466
Cota, Marco Aurelio (cónsul 74), 53, 176
Craso, Marco Licinio el Joven, 383
Craso, Marco Licinio (cónsul 70, 55), 18
activo en la vida pública y compra tierras en Roma, 151-153

acusaciones contra, 162, 175-176
aguarda a las afueras de Roma, 463
alaba a Cicerón en el Senado, 205
apoya a Cayo Catón, 327
apoya a los *publicani*, 208
bloquea medidas en el Senado, 208
compra propiedades, 90, 110
consigue sus principales objetivos en la vida, 381
convenio de Luca, 337
Espartaco, 344
esposa seducida por César, 117
evita el debate catilinario, 199
gana la censura, 150, 154
guerra de los esclavos, 110, 116
invasión de Partia, 403
lleva a la familia al extranjero, 204
lleva a las cohortes a Aquitania, 342
mala sangre con Pompeyo, 126, 150
muerte de, 402
niñas esclavas, 97, 110
padre y hermano, 69
persigue y alcanza el consulado, 127-130
plan de anexionar Egipto, 559
planea conquistar Partia, 380
Primer Triunvirato, 208, 216-219
proyecto de ley/ley, 221, 223, 227
recibe el mando de las provincias por cinco años, 379, 466
reelegido cónsul, 338, 340
renegocia los contratos de los recaudadores de impuestos, 328
renuncia al cargo de censor, 155
respalda a Catalina, 158, 173-174
respaldo para Clodio, 330, 336-337
restablece los plenos poderes de los tribunos de la plebe, 328-329
riqueza, fama y *auctoritas*, 329
sirve de fiador a César, 196
sobornado por Tolomeo XII, 228
usa la riqueza para ganar influencia política, 110-111

utiliza barreras fortificadas en la campaña de Espartaco, 274
Craso, Publio Licinio, 250, 299, 340-341, 402, 448
Crastino, Cayo, 550, 553
Creta, 25
gobernador de Creta, 140
cristiandad, 455
cuestura, 53, 130-131, 135, 159, 521, 611
cultura griega clásica, 94, 158, 571
cultura helénica, 93
Curión, Cayo Escribonio (el Joven), 233-234, 470-482, 484, 498, 501, 504-505, 508, 510, 522, 525, 578, 589
Curión, Cayo Escribonio el Viejo (cónsul 76), 233, 470
Curión, Quinto, 171, 177, 192

Dacia, 241, 257
dacios, 630, 648
Dárdano, Paz de, 79
Deal, Kent, 362
defensores legales, 35, 76, 99, 101-102, 153
Demóstenes, 480
derramamiento de sangre, 42-43, 77, 487, 599, 605, 655, 657
desembarcos del día D, 372
dignitas (dignidad), 57, 67, 79, 464, 477, 487, 509
dinastía tolemaica, 557
Dión, 18, 219, 224, 229, 236, 293, 325, 342
y asedio de Alesia, 438
y Cleopatra, 555, 563, 567
y dictadura de César, 605, 616-617, 623, 634-635
y el teatro de Pompeyo, 442
y primer triunfo de César, 602
dioses, relación de Roma con los, 330, 355
Diviciaco, 266, 268, 280-281, 290, 294, 309, 312-314, 368-369, 406

Divicón, 278-279
divorcio, 72, 116, 193-194, 205-206, 228, 637
Dolabela, Cneo Cornelio (cónsul 81), 99-103, 108
Dolabela, Publio Cornelio (cónsul 44), 507, 510, 521, 579, 582, 638-639, 648
Dordoña, 453
Dover, Kent, 360-361
druidas, 261-262, 280, 455
Druso, Marco Livio, 64, 90-91
Dumnórix, 268-269, 271, 274-275, 279-281, 368-369, 383, 401, 407
Durazzo (Dyrrachium) *véase* Dyrrachium
Durocortorum (Reims), 259, 400
Dyrrachium (Durazzo) (48 d.C.), 521, 529, 532-533, 536, 538, 543-545, 548, 551, 578

Ebro, río, 515-516
eburones, tribu de los, 259, 349-350, 384-387, 398-399, 453
Eco, 538-539
edad adulta, ceremonia de llegada a la, 71
ediles, 35, 142-143, 155, 340
Edipo, 60, 243
educación romana, 59, 71
eduos, tribu de los, 257, 259, 261, 263, 265, 268, 270, 277, 279-281, 289-291, 293, 295, 312-314, 439, *véase también* Vergobret
sublevación de los pueblos galos (52 a.C.), 421, 423-429
y primera campaña (58 a.C.), 368, 395, 406-407, 410-411, 413-414
Egipto, 16, 25, 38, 104, 232, 243, 335, 380, 478, 480, 530, 553-554, 555-562, 565-566, 570-575, 578, 584, 601, 636, 641, 665
intentos de anexión, 154
ejército belga, 312, 319, 344, 390, 394

ejército egipcio, 567
armada egipcia, 567
ejército galo, 413, 415, 417-418, 428, 431
armas, 323-324
caballería, 265, 297, 353, 369, 430
ejército germano, 291, 294, 298-299
caballería germana, 297, 352, 435
«cientos» soldados de infantería ligera (centeni), 297
guerreros germanos, 293, 296-297, 353, 591
tropas germanas, 452
ejército romano, 26, 31, 37-38, 63, 68, 110, 165, 203, 254-256, 273-274, 277-278, 283, 293, 295-296, 309, 320, 323, 348, 351, 355, 358, 374, 381, 394, 396, 402, 408, 418, 574, 623 *véase también* centuriones; legionarios
adiestramiento, 61-62, 264, 302-303, 319, 362, 444
armas decoradas, 304
auxilia (soldados extranjeros), 255
bajas enemigas enumeradas en el triunfo, 602
César y el ejército cruzan los Alpes en 58 a.C., 276, 411
cohortes, 252-254
en la Galia, 353-354 *véase también* Julio César, Cayo: en la Galia
enemigos asesinados en la Galia, 456
formación en *testudo* (tortuga), 371
formación en triple línea (*triplex acies*), 284, 297-298, 354, 513, 537, 546, 596
galo, 256, 353-354
generales, 303, 307, 320, 380, 420, 442, 487
hispano, 511
lealtad a César en la guerra civil, 490-491
legiones, 350, 352, 354, 357-360, 363-364, 366, 371, 373, 380, 389, 393-394

campaña macedónica de la novena, 578, 593
Décima, 252, 362-363, 366, 369, 392, 426, 428, 512, 547-550, 578, 593, 618, 620-621
Décima en África, 582, 588, 596
Decimocuarta, 301, 384
Decimocuarta (nueva), 393, 399, 451, 452, 512, 514, 591, 596
Decimotercera, 301, 393, 428, 450, 452
decimotercera en la guerra civil, 481, 485-486, 489, 490, 496, 499, 502, 591
Decimoquinta (luego tercera), 393, 494
Duodécima, 275, 283, 284, 287, 298, 317, 320-321, 341, 499, 502
Novena, 252, 451, 512, 523-524, 533, 539-540, 548, 578, 593, 596
Octava, 252, 269, 284, 317, 319, 427, 500, 502, 548, 593
Primera (Legio I), 393, 494, 499, 546
primeras campañas de la Décima contra los galos, 284, 294, 295, 317, 319, 320, 322, 359
primeras campañas de la Novena contra los galos, 284, 317, 319
primeras campañas de la Séptima contra los galos, 284, 321, 341-342, 359
Quinta *Alaudae*, 584, 596, 618, 622
Sexta, 401, 451, 452, 512, 556, 574
Séptima, 252, 317, 359, 364, 366, 369, 371, 451, 512, 593
Tercera (antes decimoquinta), 494, 499, 546, 622

Trigésima, 584
Trigesimoséptima, 567
Undécima, 275, 283-284, 287, 298, 317, 450-451
Vigesimoctava, 584
Vigesimonovena, 584
Vigesimoquinta, 584
Vigesimoséptima, 556
Vigesimosexta, 584
marcha por primera vez contra Roma, 67
Mario recluta voluntarios entre las clases más pobres, 46
motines, 523
piezas de artillería, escorpión, 310
soldados aliados (*socii*), 37, 63-64
suministro de grano, 277, 280-281, 289, 291-293, 309, 332, 336, 341, 351, 363, 364, 379, 381, 410, 417, 448, 471, 614
tierras otorgadas a los veteranos, 47, 53, 68, 84, 123, 161, 206-207, 218, 220, 254, 328
servicio en el ejército pre-Mario, 40-41
elecciones consulares, 131, 147, 169, 218, 235, 409, 447, 469, 472, 644
saepta (redil), 132, 214, 443, 614
elefantes, 126, 201, 442, 585, 592, 595-598, 603-604
Elogio a Hércules, 243
Elphinstone, general William, 385
Eneas, 52
Enipeo, río, 546, 548-549
Entremont, 261-262
entrenamiento físico, 61, 64, 109
Epirus, 528-529, 608
équites (orden ecuestre), 30, 81, 128, 141, 208, 214, 233, 246-248, 252-253, 261, 293, 295, 342-343, 442, 444, 501, 604, 641-642, 657
Escévola, Quinto Mucio (cónsul 95), 75, 80
Escipión Africano, Publio Cornelio (cónsul 205, 194), 633-634, 662

Escipión Emiliano Africano, Publio Cornelio (cónsul 147), 633-634
Escipión Nasica, Publio Cornelio (cónsul 138), 43
Escipión Nasica, Quinto Cecilio Metelo Pío (cónsul 52), 448, 466-467, 469, 475, 482-484, 495, 524
en África, 578, 585, 589-592, 595-597
se suicida, 598, 602
y Macedonia, 537, 544-545, 547-549
Escipión Salvito (o Salutio), 590
Escipiones, los, 590
esclavitud, 97, 298, 313, 416, 455
esclavo *nomenclator*, 131
esclavos, 12, 38, 42, 56, 59, 68, 81, 84, 89, 90, 97, 105-111, 116, 123-124, 126, 128, 131, 151-152, 177-178, 187, 203, 260-261, 264, 276, 288-289, 293, 295, 322, 324, 334, 343, 355, 374-375, 379, 394, 400, 415-416, 418, 426, 439, 451, 456, 462, 474, 485, 511, 532, 566-567, 599, 619, 632, 652, 657
escudos, 255, 284, 286, 310, 317, 319, 324, 362, 371, 392, 426, 430, 511
espadas (*gladii*), 265, 286, 320, 438
Espartaco, 109-110, 123, 126, 129, 144, 274, 286, 293, 344, 379, 617, 657
esposas
de la aristocracia, 57
deberes de las, 114
estanques de agua salada, 151
estatus latino, 136, 467, 490, 622
estatus romano, 33
Etruria, 171
Eunoe, reina, 600, 636
exilios troyanos, 52

fabia, tribu, 132
Fabio, Cayo (legado de César), 389, 392, 424, 437, 511-513, 515, 518
Fabio, Lucio (centurión), 427

Fabio Máximo, Quinto (cónsul 45), 609-610, 623, 643
Fabios, linaje, 50
Fagites, Cornelio, 84, 157
familia, rasgos de carácter y hechos de la, 32
Fanum (Fano), 496
Farmacusa, 104-105
Farnaces, rey del Bósforo, 573-574
Farsalia, 664
Farsalia (48 a.C.), 543, 546, 548, 553, 555, 566, 571, 575, 577-578, 583, 598-599, 602, 621, 626, 634, 638, 645
festival de *Bona Dea* (buena diosa), 192, 194, 231
festival de Lupercales, 634, 640, 643, 647
fiesta de las Liberalia, 71
Fimbria, Cayo Flavio, 77
fincas, *latifundia*, 42, 163, 378, 500, 583, 617
Flaco, Lucio Valerio (cónsul 86), 77
Flaco, Lucio Valerio (cónsul 100), 49
Flavio, Lucio, 207
Flavo, Lucio Cesetio, 220
Flora (concubina), 115
fondos públicos, 155, 161, 189, 223, 276, 301, 336, 603, 623
fortificada, barrera, 274, 324, 533, 535
Fortuna (diosa), 328, 521
Francia, norte de, 307
Francia, revolucionaria, 40
Fregellae, colonia de, 64
Fulvia (amante de Quinto Curión), 171
Fulvia (esposa, sucesivamente, de Clodio, Curión y Marco Antonio), 470
funerales de las familias aristocráticas, 133-134

Gabinio, Aulo (cónsul 58), 138-139, 233, 235, 333, 478, 480, 526, 554, 560-561, 566
Gades (Cádiz), 135, 198, 216

gálatas, 574
Galba, rey de los suesiones, 308, 312-313
Galba, Servio Sulpicio (legado de César), 250, 341, 479, 644, 646
galeras de guerra, 359, 368
Galia, la, 23, 241-242, 257 *véase también* Julio César, Cayo: en la Galia
acuñar monedas, 261, 268, 280
campaña contra los helvecios, 289-290, 341, 406
campañas contra pueblos tribales en, 38, 400, 406, 453, 456
castigos infligidos a las tribus rebeldes (*vastatio*), 393, 400
clanes (*pagi*), 257, 272-273, 291, 298
comercio con, 260-261, 264, 462
composición de, 256-257, 259
ejército de César en, 232, 241, 263, 307, 323, 351, 406-407
estabilidad, 265, 454
historia posterior, 454-455
influencias romanas en, 455-456
ingresos de las provincias, 264, 266
lugares sagrados, 324
probable costa frente a Britania, 361
pueblos amurallados, 308
rebelión de 54–53 a.C., 385, 392-393, 409-410, 450
sublevación de los pueblos galos, 405-408, 410
tribus (*civitates*), 259, 261, 264, 268-269, 271, 307, 350, 406
Galia, Cisalpina, 25, 136, 154, 162, 215, 230, 237, 256, 271, 304, 309, 337, 341, 381, 383, 393, 401, 409, 412, 441, 467, 481, 483-485, 492, 495, 613, 624, 646
César pasa el invierno en, 300, 348, 368
guarnición, 276
Galia Comata, 341

Galia Transalpina, 25, 38, 101, 230, 256, 266, 269-271, 276, 277, 281, 289, 295, 307, 336, 339, 284, 411, 425, 429-430, 446, 449, 453, 462, 483, 494-495, 500, 502, 538, 584, 608, 622
como provincia romana, 101, 230, 237
conquista de, 237, 260-261, 265
guarnición, 251-252
los helvecios emprenden la emigración a través de la, 267
recuperación de la rebelión, 265
Galia Transpadana, 136, 497
galos, 172, 257-259, 265, 292-293, 307-308, 315, 324, 339, 342, 350, 353, 359, 364, 369, 388, 397, 405, 409-410, 419-420, 663
en la campaña de Ilerda, guerra e incursiones de saqueo, 267, 280, 283-284, 347, 355, 405, 422-423, 425-428, 431-432, 434-435, 450-452, 456, 509, 515, 556
rituales, 262-263, 324
saqueo de Roma (390 a.C.), 26, 259
servicio en el ejército romano, 256, 353, 586, 591
galos/celtas pueblos, 407
Ganímedes, 567, 569
Garona, río, 259-260
Geminio, 115
Gergovia, 410, 431
revés en (52 a.C.), 421-427, 457, 542
Germania, 258, 347, 398, 401, 477, 494
germanos como pastores, 397
Getulia, 593
Ginebra, 272-273
gladiadores, 109, 136, 143-144, 190, 334, 409, 443-444, 486, 604-605, 631, 650
Glaucia, Cayo Servilio, 27, 47, 62
partidarios de, 27, 163

Gnipho, Marco Antonio (profesor), 60
gobernadores provinciales, 29, 39-40, 44, 85, 100, 123, 135, 139, 198, 203, 227, 278, 447, 611, 617, 637
Gomphi, 543
Gorgobina, 414
Graco, Cayo Sempronio, 47, 63-64, 212, 608
Graco, Tiberio Sempronio, 42-45, 63-64, 223
Gracos, los, 45, 47, 54, 56, 63-64, 67, 141, 161, 182, 184, 608, 639, 658
granjeros, servicio militar en el ejército anterior a Mario, 41
Grecia, 58, 66, 69, 80, 120, 202, 502-503, 507, 524-525, 529, 532, 544, 553, 614, 663
Gregorio XIII, Papa, 615
griegos, 12, 95, 138, 255, 262, 305, 401, 544, 565
Guerra Afgana, Primera (d.C. 1838–1842), 385
guerra civil, 198, 459
    África, 583-584, 599, 636
    Batalla de Tapso (46 a.C.), 592-596, 612, 634
    campaña de Ilerda (49 a.C.), 510-512, 514, 516, 518-519
    campaña italiana (49 a.C.), 495-499, 510
    comienza (49 a.C.), 245, 487, 489, 494
    Dyrrachium (Durazzo) (48 a.C.), 521, 529, 532-533, 536, 538, 543-545, 548, 551, 578
    ejército romano en, 256, 292, 456, 490
    Farsalia (48 a.C.), 543, 546, 548, 553, 555, 566, 571, 575, 577-578, 583, 598-599, 602, 621, 626, 634, 638, 645
    fin de, 621, 626
    historia de, 209, 243
    Macedonia, 521-542

y Roma, 503-510
Zela (47 a.C.), 573-574
guerra civil tras la muerte de César, 654-655
Guerra de los Esclavos (73–71 a.C.), 109, 111, 116, 124, 126, 203
Guerra Púnica, Primera (264–241 a.C.), 37-38, 330
Guerra Púnica, Segunda (218–201 a.C.), 37, 51, 93, 158, 448, 526
Guerra Púnica, Tercera (149–146 a.C.), 448, 711
Guerra Social (91–88 a.C.), 64-65, 123-124, 136, 160, 657
guerreros, 26, 262-265, 268-269, 280, 284-285-288, 291, 293, 296-297, 298, 308-315, 318, 320, 322, 324, 344, 347, 349-350, 352-353, 358, 361, 365-366, 368-369, 373, 391, 393-399, 408, 410, 416, 418-420, 423-424, 426-427, 430, 434-437, 451, 453, 538-539, 591, 593

hablar en público, 61, 107
Habra, 913
Hadrumentum, 585-586
Harrison, Rex, 665
helvecios, tribu de los, 259, 265, 267-270, 348, 350
campaña contra (58 a.C.), 270-292, 312, 318, 324, 339, 406-407, 413-414
en la batalla de Bibracte (58 a.C.), 287, 311
helvios, tribu de los, 412
Hengistbury Head, 359
Herculano, 60
Hércules, 60, 129, 135, 37, 243, 481, 550, 577, 588, 635
Hiempsal, rey de Numidia, 162, 196
Hircano II (sumo sacerdote judío), 569, 573
Hircio, Aulo (cónsul 43), 241, 246, 250, 450, 453-454, 482, 625

Hispania, 23, 26, 33, 37-38, 41, 44, 97, 110, 122, 127, 135, 149, 151, 196-198, 202, 206, 209, 211, 216, 249, 257, 260, 276, 393, 462, 469, 473, 485, 489, 494, 503-504, 507, 510, 512, 519, 521-522, 523, 527, 536, 598-599, 606, 609, 614, 617-623, 644
guerra civil en, 123-126
Hispania Ulterior (Hispanis Ulterior), 25, 133, 135, 196, 217, 510, 519, 618
campaña hispana (46–45 d.C.), 617-622, 623, 638
César gobierna, 198-199
Guerra de Hispania, 619-620
península hispana, 133, 197, 282, 503, 510
provincias hispanas, 260
Holanda, 257, 307
homosexualidad, 61, 94, 96
Hortensio Hortalo, Quinto (cónsul 69), 101, 151, 165, 176, 625
Hostilio, Tulo (tercer rey de Roma), 52, 356

iberios (gentes del Mar Negro), 203
Iggulden, Conn: *Emperor* (serie de novelas), 666
Iguvium, 497-498
Ilerda (Lérida), 511-512, 514, 516, 519
Ilerda, campaña de (49 a.C.), 510, 518
Iliria, 23, 230, 237, 251, 256, 271, 345, 368, 398, 401, 497, 522
campañas contra tribus, 38
parte de, gobernada por los romanos, 23, 38
imperial, culto, 634-635
Imperio de los Seleúcidas, 66
Imperio romano en el siglo I a.C., 25
Imperio romano, beneficios y precio del, 36-42
imperium, símbolos de, 191
Inglaterra, sureste, 360

Isáurico, Publio Servilio, 98, 104, 108, 163, 167, 250, 526
Islas Baleares, honderos de las, 256, 310
Italia, 13-14, 26, 37-38, 46, 52, 59, 64, 66, 68, 71, 80-81, 84, 104, 109-110, 123, 124, 126, 134, 136, 139, 144-145, 150-151, 161, 189-190, 202, 204-205, 212, 214-215, 217-218, 230, 232, 242, 260, 289, 324, 332-335, 338, 379, 381, 405, 409, 485, 489
aliados italianos (*socii*), 37, 63-64
campaña italiana en la guerra civil, 489-510
ejércitos italianos, 65
la península italiana gobernada por los romanos, 23, 36, 136
rural, 161, 212
italianos, concesión de la plena ciudadanía, 64
Iter (El viaje, poema), 618

jefe de caballería (*Magister Equitum*), 149, 577, 618, 649
Jerusalén, 203
Juba, rey de Numidia, 162, 180, 522, 578, 585, 589-590, 592-593, 595-598, 601-602
hijo, 602
Judea, 480, 565
familia real de Judea, 203
«Juegos Romanos» (*Ludi Romani*), 143
juegos y espectáculos en honor de Cibeles (*Ludi Megalenses*), 143
juicios, 99, 151, 155-156, 211, 446, 465, 478, 658
Julia (hermanas), 50, 54, 193
Julia (hija), 50, 113, 228, 229, 338, 377-379, 448, 465, 479, 604, 637
Julia (tía), 50, 52-53, 133-134, 145, 444
Julio César (antepasado), 51
Julio César, Cayo (abuelo de César), 53
Julio César, Cayo (padre de César), 32, 47, 50-51, 53-54, 61, 65, 70-72, 75, 92-93

Julio César, Lucio (cónsul 64), 164, 177, 430, 480
Julio César, Lucio (cónsul 90), 51, 65
Julio César, Lucio (cónsul 157), 51
Julio César, Lucio (Lucio César el Joven), 496
Julio César, Sexto (cónsul 91), 51-52, 65
Julio César Estrabón, Cayo, 50-51, 66
julio, mes de, 49
Julios, los, 49-52, 72, 133-134, 330
Julius Caesar (película para la televisión, 2002), 665
Julo, hijo de Eneas, 52
Junco, Marco, 106, 109
Junia Tercia (hija de Servilia, hermana de Bruto), 583, 645
Júpiter (dios), 72-74, 93, 189, 602, 635, 640
Júpiter Optimus Maximus (deidad), 33
Júpiter, sacerdote de (*Flamen Dialis*), 73, 634
jurados, 35, 123, 128, 148, 205, 208, 446, 642, 658
juramentos, prestar, 219, 355, 409
Juventus (deidad de la juventud), 72

Kabul, 385

Laberio, Décimo, 603-604
Labieno, Tito, 163, 167, 249, 313, 322, 342, 453, 463
abandona a César, 489, 492-493
en África, 578, 586-589, 591-592, 594, 598
en Hispania, 618, 621-622
expediciones británicas y germánicas, 366, 370-371, 374, 393
perduellio, juicio, 163-166
primeras campañas en la Galia, 250-251, 273, 282-284
tío, 163
y la rebelión, 384, 389, 393, 395-396, 399-400

y la sublevación de los pueblos galos, 412, 422, 425, 429-430, 437-438
y Macedonia, 529, 531, 542, 547-549, 551-552
Lee, General Robert E., 242
legados, 139, 189, 204, 207, 220, 230, 249-252, 299, 304, 319, 332, 339, 341, 351, 354, 359, 373, 375, 379, 381-386, 401, 409-412, 426, 434, 438, 453, 463, 492, 503, 505, 510, 515-516, 522, 569, 580, 590, 609-610, 618, 623
legionarios, 12, 67-69, 246, 253-254, 284, 324, 344, 362-365, 370, 396, 399, 418-421, 426-427, 429, 430, 432, 451, 453, 489, 490, 494, 500, 503, 515-517, 519, 523, 529, 530, 533, 535, 551-552, 556-557, 565-568, 581-582, 585, 619-621
armadura, 317, 546
armas, 486, 546
en batalla, 284, 286, 296, 319, 366, 537, 540, 552, 586-588, 598
cascos, 539
dieta, 417
escudos, 502
lengua celta, uso de inscripciones galo-griegas, 272
Léntulo Crus, Lucio Cornelio (cónsul 49), 480, 482, 484
Léntulo Marcelino, Cneo Cornelio (cónsul 56), 340
Léntulo Spinter, Publio Cornelio (cónsul 57), 500-501, 506, 544, 547, 560
Léntulo Sura, Publio Cornelio (cónsul 71), 177, 186, 188, 659
Lentulos, los, 475
Lépido, Marco Emilio (cónsul 46, 42), 217, 526, 618, 650, 652, 654-655
Lépido, Marco Emilio (cónsul 78), 98-99, 117, 122-123, 125, 130, 136, 182, 226, 448, 470, 491, 657

Lépido Liviano, Mamerco Emilio (cónsul 77), 84
Leptis, 586, 593
Lérida (Ilerda) *véase* Ilerda (Lérida)
ley agraria de Rulo, 160-162, 164, 216, 220, 223, 227
ley de concesión de tierras a los veteranos de guerra en, 47, 53, 161, 207
leyes romanas, 220
Lex Manilia, 141
Liberalia, fiesta de las, 71
Libón, Lucio Escribonio (cónsul 34), 531
Licinia (esposa de Catón el Viejo), 56
Licinia (virgen vestal), 152
Ligario, Quinto, 613
Lilybaeum, 583-584
Lingones, tribu de los, 259, 288-289, 401, 413, 430
jefes, 288
Lisco, 280
Lissus, 532
Litavico, 423-424
literatura, 17, 33, 60, 250, 375, 442, 455, 562
literatura en latín, 60, 120, 244, 614, 658
Loira, río, 259, 342, 411, 415, 429
Londres, centro de, 373
Luca, convenio de, 327, 337, 341, 464
Lucano (Marco Anneo Lucano), 479, 664
Luceyo, Lucio, 209, 211-212, 215
luchas de fieras, 143-144, 442, 604
luchas/juegos de gladiadores, 143-144, 443-444, 604-605
Lucterio, 453-454
Lúculo, Lucio Licinio (cónsul 74), 103, 115, 140-141, 151, 170, 199, 202-203, 206-207, 227, 235, 402, 457, 583
Lúculo, Marco Licinio (cónsul 73), 103, 331

Lupercalia, festival de la, 634, 640, 643, 647
Luscio, Lucio, 156
Lusitania, noroeste de, 197
lusitanos, 197
Lutecia (París), 395, 430

Macedonia, 99-100, 104, 135, 231, 248, 480, 575, 585
en la guerra civil, 521, 533, 537, 557, 561-562, 564
se convierte en provincia romana, 23, 38
Macedónica, Tercera Guerra (172–167 d.C.), 24
macedonios, 102, 557-558, 564-565
Macnaghten, Sir William, 385
madre, papel de la, 56
magistrados, 26, 29-30, 32, 43, 71, 74, 77, 99-100, 124, 133, 143, 158, 160, 163-164, 176, 178-179, 181, 192, 223, 233, 257, 264, 268, 356, 409, 447, 471, 490, 496, 501, 504, 576, 580
competencia y honestidad, falta de, 42, 45-46, 64-65
elección de, 29-30, 32, 34, 131
junior (ediles), 35-36, 142-143, 155, 340
negocios en el Foro, 36
símbolo del poder, fasces como, 191, 219
Mamurra, 250, 305-306, 631
Mancino, Cayo Hostilio (cónsul 137), 356
mandubios, tribu de los, 431
Mandubracio, 373-374
Manilio, Cayo, 140
Manlio, Cayo, 171-173
Manlios, los, 50
máquinas de asedio, 313, 420
Marcelo, Cayo Claudio (cónsul 49), 447, 466, 469, 470, 479, 481-482
Marcelo, Cayo Claudio (cónsul 50), 447, 466, 469, 491

Marcelo, Marco Claudio (cónsul 51), 447, 461, 466-467, 469-470, 473-474, 613
Marcelos, los, 470, 475
Marcia (abuela de César), 53
Marcio, Anco (cuarto rey de Roma), 52-53, 639
Marcios, reyes, 52
Mario, Cayo (cónsul 107, 104–100, 86), 18
adquiere una casa en la colina Palatina, 90
campañas para el consulado y mando de Numidia, 46-47
como «nuevo hombre» (*novus homo*), 32
concede la *corona cívica* a un soldado, 94
consulado de, 27
contra los teutones, 282
en África, 68, 634
en la Guerra Social, 65
gran héroe para los romanos, 134
inspirado por los oráculos, 79
masacre de los senadores, 69
muerte de, 72, 80
popularidad, 135, 141
reclutamiento, 253
se casa con la tía Julia de César, 26, 53
se une a Cinna, 68-69, 72-76
trofeos, 145, 168
y guerra contra Mitrídates VI, 77
y Sulpicio, 66-68
Mario el Joven, Cayo (cónsul 82), 80-82
Marsella, 101, 259
marsios, tribu de los, 500
Marte, sacerdotes de (*Flamen Martialis*), 73, 605
Marulo, Cayo Epidio, 639, 647
Massie, Alan: *Caesar* (novela), 666
Massilia, 101, 272
matrimonio, fidelidad en el, 114, 116-117, 121

Maubeuge, 315
McCullough, Colleen: *Masters of Rome* (serie de novelas), 665-666
Mecio, Cayo, 296, 299
Mediolanum (Milán), 305
Mediterráneo oriental, 39, 228, 360, 524
Memio, Cayo, 27
menapios, tribu de los, 259, 344, 349-350, 352, 359, 366, 384, 394-396, 399, 406
Mérula, Lucio Cornelio (cónsul 87), 72-74
Metelo, Lucio Cecilio, 508-509
Metelo Celer, Quinto (cónsul 60), 165-166, 205-207, 209, 226, 230, 270
Metelo Nepote (cónsul 57), Quinto, 188, 204-205, 236
Metelo Pío, Quinto (cónsul 80), 166, 448
Metelos, los, 54, 166, 205, 448
Meto, Valerio, 305
Metrobio, 78
Milán (Mediolanum), 305
Mileto, 105
Milón, Tito Anio, 334-336, 409, 445-446, 448, 465, 469, 478, 526, 576
Mitilene, sitio de, 93, 98, 243
Mitrídates de Pérgamo, 569
Mitrídates VI, rey del Ponto, 36, 66, 92, 104, 201-203, 206
hijo, 560, 573
Mitrídates, guerras contra, 68, 77, 79, 103, 107, 140, 150, 170, 243, 274
Molón, Apolunio, 103-104
Montañas Jura, 273-274
Monte Amano, 505
Monte Auxois *véase* Alesia, sitio de
Monte Beuvray *véase* Bibracte, batalla de
mórinos, tribu de los, 259, 309, 344, 358-359, 366, 389, 392
Mucia (esposa de Pompeyo), 190-191, 205, 207

Munda, batalla de (45 d.C.), 548, 620-622, 626
mundo de habla griega, baja estima hacia los romanos del, 24
Murena, Lucio Licinio (cónsul 62), 170, 175-176, 179, 190, 215

Napoleón Bonaparte, 12, 14, 79, 242, 247, 318, 386, 431, 493, 663
Napoleón III, 432, 663
Narbo (Narbona), 259-260, 511, 608, 623
negocios en las provincias, 40
Nerón, emperador, 11-12, 14, 55, 260, 664
nervios, tribu de los, 259, 308-309, 314-315, 317, 318-319, 322-323, 386
    rebelión, 386-389, 391-392, 395
Nicomedes, rey de Bitinia, 93-96, 106, 109, 119, 132, 237, 306, 603
Nilo, río, 25, 558, 561, 566, 568, 570-571, 601
Niños, 56-57, 114, 277, 315, 324, 348, 354, 427, 434, 456
    ceremonia de purificación (*lustratio*), 55, 595
    dar el pecho, 56
    educación de, 57, 60, 92, 193, 663
    nacimiento, 54-55, 116
Nisa, 109
nombres en la sociedad romana, 49-50
Noricum, 261
Normandía, 342, 344, 372
Normandía, Alta, 207
norte de África, 23, 46-47, 405, 494, 522, 608, *véase también* África; campaña africana
Noviodunum, 415, 429
Novum Comum, 467, 613
Numancia/numantinos, 356
númida, cliente, 162, 196
númida, ejército, 585-587, 592, 594, 596

númidas,
arqueros, 256
tropas, 310-311
Numidia, reino de, 25-26, 46-47, 66, 68, 590

Octavia (sobrina nieta de César), 378, 447
Octavio (Cayo Julio César Octavio: hijo adoptado de César), 11, 15, 217, 606, 637-638, 649, 654-655, 658, 663, *véase también* Augusto, emperador
Octavio, Cneo (cónsul 87), 69, 72, 74
Octogesa, 515-516
Ofela, Quinto Lucrecia, 156
Opimio, 44-45, 47
Opio, Cayo, 443, 606, 612, 618, 624, 626, 638
Orange, sur de Francia, 26
Orgetórix, 268-271, 279
hijo e hija, 269, 288
Oricum, 529
Orléans (Cenabum), 259, 410, 414, 417, 451, 453
Ostia, 104
Osuna (Urso), 620

Paeleste, 528
Palestina, 557, 561
Pantanos de Romney, Kent, 360
Pantanos Pontinos, 609
París (Lutecia), 430
parisios, tribu de los, 259, 395, 422
parta, caballería, 631
Partia, 241, 380, 402, 474, 479, 482, 524, 630-631
partos, 380, 402, 463, 473, 524, 553, 630-631, 636, 641, 648
Pas de l'Ecluse, 277
Paso de Calais, 307, 344, 358
Paterculo, Veleyo, 18, 23, 456, 471, 601
patricios, clanes, 50, 73, 142, 148, 231, 479

Patton, George, 242
Paulo, Lucio Emilio (cónsul 50), 470-471, 479, 508
Pedio, Quinto (cónsul 43), 250, 309, 313, 623
Pelusium, 569
Península Ibérica, 133, 197, 282, 503, 510
Pérgamo, 106, 569
persas, 557-558
Petra (colina), 533, 536
Petreyo, Marco, 221, 510-511, 513, 516-519, 578, 588-589, 598, 618
Petronio, Marco (centurión), 427
Piacenza (Placentia), 523
Piceno, 124, 163, 492, 498
pietas (piedad), cualidad de, 57-58
pila, 286, 317, 319, 547, 550-552, 588
piratas, 98, 104-108, 112, 138-140, 150, 201-202, 233, 243, 251, 276, 448, 478
Pirineos, 257, 511
Pirro, rey de Epiro, 180, 661
Pisaurum, 496
Pisón (aristócrata aquitano), 353
Pisón, Calpurnio Lucio (cónsul 58, suegro de César), 60, 217, 228, 235, 248, 278, 478-479, 484, 491, 613
abuelo, 353
Pisón, Cayo Calpurnio (cónsul 67), 162, 176-177
Pisón, Cneo Calpurnio, 149
Pisón, Marco Pupio (cónsul 61), 204-206
Placentia (Piacenza), 497, 523
Platón: *Felón*, 599
Plautio (Plotio), 130
plebe, «patricio» tribuno de la, 154, 521, 623
plebeyas, familias, 51, 448
Plinio el Viejo (Cayo Plinio Segundo), 241, 456, 602
Plotio, *véase* Plautio

Plutarco,
biografía de César, 18, 49
Catón no desea estar obligado con César, 575
descripción de César, 88
descripción de la esposa de Pompeyo, Cornelia, 121
galos muertos en las campañas de César, 456
y Bruto, 645, 650, 652
y candidatura de César al sacerdocio, 83
y Cayo Mario, 62
y César capturado por los piratas, 105
y César como jinete nato, 62
y César cruzó el Rubicón, 486
y Craso, 153-154
y deudas de César, 144
y el canal de Corinto, 630
y el convenio de Luca, 337
y el funeral de la esposa de César, 134
y el sitio de Alesia, 438
y elección de César como *Pontifex Maximus*, 169
y festival de la «Buena Diosa», 192
y hombres que buscaban conseguir favores de César, 304
y la batalla de Munda, 620
y la batalla de Tapso, 597
y la fidelidad de Pompeyo, 378
y la generosidad de César, 113
y la guerra civil, 509
y Ligario, 613
y los proscritos, 71
y los rumores de que Bruto era el hijo de César, 117
y Marcio Porcio Catón, 159
y muerte de Vetio, 235
y Pompeyo, 524
y Primer Triunvirato, 218
y relación de César con el ejército, 303

y viaje de César a Hispania, 199
y visita de César a Gades, 135
Po,
río, 66, 467
valle del, 38, 136, 162, 259, 305, 490
población judía de Roma, 616, 654
poderes helenísticos, 38
Polibio, 27, 133, 420
Historia universal, 24
Polión, Cayo Asinio (cónsul 40), 246-248, 486, 522, 552-553, 664
política romana, 16, 60, 137, 176, 223, 330, 511, 662
política y derramamiento de sangre, 42-47
Pompeya (esposa de César), 136-138, 168, 193-194, 209, 228, 229, 231, 378
pompeyana, flota, 531
pompeyanos,
en África, 583-584, 586, 588, 591-594, 596-598, 600
en Hispania, 618-621
en la guerra civil, 500-506, 510, 514-519, 522, 524, 526, 528-545, 550-553, 556
en Macedonia, 566-567, 572-573, 578, 580, 582-583
Pompeyo, Cneo (hijo de Pompeyo), 598, 618-619
Pompeyo, Cneo, «Magno» (*Magnus*), 17-18
acusado de proyectar establecer un gobierno tiránico, 232
afirma que Craso planea asesinarlo, 336
aguarda a las afueras de Roma, 463
apodado por Sila Pompeyo «Magno» (*Magnus*), 125
apoya a César, 229
aprueba una ley que impide que los aspirantes al consulado se presenten *in absentia*, 449-450

asesinado en Alejandría, 554, 556, 567
auge de, 122-124
busca la ratificación de la reorganización de Oriente, 206-207
busca y obtiene el consulado, 125-127
cae enfermo, 473
campañas orientales, 243, 307
captura Jerusalén, 203
casa, 582-583
celebra su tercer triunfo, 201
coloca a Siria bajo el dominio de Roma, 557
como teniente de Sila, 150
complot de asesinato, 234-235
conmemora las victorias con un teatro, 442
cónsul, 204-205
contrariado por el éxito de César, 325
convenio de Luca, 337-338
convocado por el Senado para proteger al Estado, 445
crueldad de, 125
desaprueba que César se presente a un segundo consulado, 466-473
dirige a sus legiones, 203
elegido para un tercer consulado, inicialmente en solitario, 411, 445
enamorado de Flora, 115
en Dyrrachium, 529-538, 543-545
en la Guerra Social, 65
es llamado para proteger la República, 481-482
estilo de liderazgo heroico, 321
familia, 50
frustrado por las familias nobles del Senado, 208
honores recibidos, 163
introduce una ley para reducir los sobornos, 446-447
jardín de su casa, 210, 215

le dedica un templo a la Victoria, 450
los soldados hispanos leales a, 149
maniobras para lograr un nuevo mando, 125-127, 139
pide al Senado que posponga las elecciones, 204
presta una legión a César, 393
recibe el mando para solucionar el problema de la importación de grano, 335
reelegido para un segundo consulado, 338-340, 356
regreso inminente, 189
restaura plenos poderes a los tribunos de la plebe, 329, 334
riqueza y *auctoritas*, 151, 154, 329
se casa con Cornelia, 448
se casa con la hija de César, Julia, 229
se divorcia de Mucia, 205
se le concede el mando de las provincias por cinco años, 379, 383
Sila le conmina a divorciarse, 83
sobornado por Tolomeo XII, 228
sustituye a Lúculo en Asia, 140-141
temor al magnicidio, 327, 334
triunfos, 209
utiliza barreras fortificadas, 274
veteranos del ejército, 206-207, 223
y Cicerón, 160
y el Mediterráneo oriental, 228
y el Primer Triunvirato, 216-218
y guerra con Mitrídates, 150
y la guerra civil, 489-516, 518-519, 521-526, 528, 539-542, 546-549, 551, 553-554
y la reorganización de Oriente, 227
y los piratas, 140
y Marco Antonio, 484-485
y proyecto de ley/ley agraria, 161

y su esposa Julia, 378
Pompeyo, Quinto (cónsul 88), 69, 137
Pompeyo, Sexto (hijo de Pompeyo), 531, 598, 618-619, 621
Pompeyo Estrabón, Cneo (cónsul 89, padre de Pompeyo), 50, 65, 69, 83, 124, 160
Pompeyo Trogo, 304
Pontifex Maximus (sumos pontífices), 74-75, 80, 108, 166-169, 174, 195, 227, 231, 279, 298, 378, 544, 659
Pontino, 609
Ponto Oriental, 573
Porcia (hija de Catón), 624, 645
Portus Itius (Boulogne), 638
Posidonio, 263
Potino, 561, 566-567
Praeneste, 80
Precia (cortesana), 115, 140
pretores, 29, 30, 32, 35, 64, 68, 104, 142, 155, 178, 182-183, 212, 221, 236, 332, 381, 484, 580, 609-611, 614, 645
Procilo, Cayo Valerio, 281, 296, 299, 304
programa de colonización de tierras, 53, 607-609, 614
prostitutas, 114-115
Provenza, 38 *véase también* Galia Transalpina
proyecto de ley/ley, 36, 47, 66, 111, 130, 140, 160, 163, 167, 189-190, 207, 216, 220-225, 230, 333, 379, 445, 449, 468, 647
Puerto del Gran San Bernardo, 341
puertos «Mulberry», 372
Puteoli, 631

Quintilis, mes de, 49
Quirino, sacerdotes de (*Flamen Quirinalis*), 73, 623

Rabirio, Cayo, 163-166, 178-179, 213, 227, 249

Rávena, 337, 409
Regia, 169, 605
rehenes de las guerras en las Galias, 279, 288, 291, 295, 308-309, 313-315, 341-342, 350, 357, 360, 363, 366-368, 374, 384, 388, 408, 414
Reims (Durocortorum), 259, 400
Remo, 52
remos, tribu de los, 59, 309, 311, 313, 395, 400, 410
Renania, rebelión en, 306
reorganización de Oriente, 206-207, 227, 236, 328, 573
República romana, 11, 13, 23
    aproximándose a su fin, 26
    constitución de la, 24
    hacer la guerra, 24
    ingresos, 36, 202
    naturaleza de, 28
    sistema político, 28
res publica, 28, 658
Rex (rey), origen del nombre de, 53, 639
Rex, Quinto Marcio, 53, 639
Ribemont-sur-Ancre, 263
Rímini (Ariminum), 485
Rin, río, 257-259, 268, 288, 290-291, 295, 299, 348, 350, 352, 355, 357-358, 396-399, 430, 454, 663
    puentes a través del, 396
Ródano, río, 259, 267-268, 271, 274
    línea de defensas, 273, 275
    valle del Ródano, 260-261, 263, 413
Rodas, 103-104, 107, 190, 566
Roma, 11-19, 23-31
    altar a la diosa de la libertad (*libertas*), 333
    asambleas electorales, 34, 63, 141
    Basílica Fulvia et Aemilia, 35, 470
    Basílica Julia, 35, 443
    Biblioteca, 566
    bomberos, 151-152
    Campo de Marte, 61, 131, 165,

213-214, 378, 442-443, 604-605, 614, 653
Capitolio, 602, 623, 634, 640, 652
capturada por Mario y las fuerzas de Cinna, 69
Casa del Senado (Curia), 36, 178-179, 187, 409, 611 *véase tamién* Senado
celebraciones por el regreso de César, 601
César mejora las condiciones de vida, 614
Circo Flaminio, 332, 442
colina Aventina, 45
colina Capitolina, 27, 72, 74, 178, 189
colina Gianicolo, 69, 165, 213, 227
colina Palatina, 89
como foco de todos los aspectos de la vida política, 34
distrito de la Subura, 90-91, 169
el ejército marcha al ataque por primera vez, 68
en la guerra civil, 503-510
Foro, 27, 35-36, 62, 72, 81-82, 90, 101, 127, 132, 133, 139, 143, 145, 153-154, 169, 173, 185, 188-191, 210, 219, 222, 224, 232-234, 261, 267, 293, 302, 456, 475, 509, 544, 577, 579, 604-605, 611-613, 616, 636, 639, 643, 650, 652
    ampliación de César, 443
    complejo, 614
    durante los juegos, 143, 375, 443
    juicios en el, 99-100
fuerza en 100 a.C., 23-24, 34
fundada (753 a.C.) y los primeros días, 28
los ciudadanos pobres se trasladan a, 161
montes Albanos, 639
mortalidad infantil en, 54

papel directivo y administrativo de los ediles, 142-143
población judía, 616, 654
pomerium (frontera sagrada), 204, 209, 210
proyectos urbanísticos de César, 443, 462
Puerta Colina, 80, 82, 110
reformada en forma más espectacular, 39
regulación de César en, 615-616
Rómulo, 52, 308
Roquepertuse, 262
Roscio (famoso actor), 87
Roscio, Lucio (legado de César), 393, 406
rostra (plataforma de oradores), 35-36, 69-70, 81, 139, 150, 189, 192, 222, 224, 234, 643, 652
    cabezas cortadas como decoración, 150
    y funerales, 133-134
saepta («redil»), 132, 214, 443, 614
saqueo por parte de los galos, 26, 259
teatro de Pompeyo, 442-443
Templo de Bellona, 81
Templo de Cástor y Pólux, 143, 189, 207, 224
Templo de Diana, 45
Templo de Júpiter, 72, 74, 189, 602, 640
Templo de Quirino, 623
Templo de Saturno, 509
Templo de Venus Genetrix, 636
Templo de Vesta, 35, 169
Templo de la Concordia, 178, 188
tomado por Sila (82 a.C.), 80
Tuliano, 188
Vía Sacra, 35, 89, 169
violencia de los ochenta a.C., 150
Rubicón, río, 461, 485-486, 488, 490, 495-496, 506, 571, 599, 626, 657, 660

Rucilo, 538
Rufio, 572
Rulo, Publio Servilio, 160-162, 164, 216, 220
Ruspina, 586, 589-591, 593

Sabinas, las, 137
Sabino, Quinto Titurio (legado de César), 250-251, 310, 342, 344, 377, 384-386, 388-389, 392-393, 398, 400-401, 457, 466
sacerdocios,
augures, 86, 108, 479, 526, 577
colegio de pontífices, 108, 194, 605, 615, 638
Flamen Dialis, 72-74, 82-83, 108, 137, 169, 634
Flamen Martialis, 73, 605
Flamen Quirinalis, 73
Pontifex Maximus, 74-75, 80, 108, 166-169, 174, 195, 227, 231, 279, 298, 378, 544, 659
sacerdotes de la Lupercalia, 640
sacrificios humanos, 198, 262, 455
Salustio (Cayo Salustio Crispo), 17
descripción de Sempronia, 120
expulsado del Senado, 479
gobernador de África, 612
reclamado por César, 526
sobre el compromiso de César, 201
y Aurelia Orestila, 157
y el motín del ejército, 580
y la conjura de Catilina, 175, 180, 185
y los problemas causados por la riqueza, 147
y Petreyo, 510
Samarobriva (Amiens), 259, 388-389, 392-394
Sambre,
batalla de (57 a.C.), 314-321, 541, 588, 620
río, 314, 319, 362
Santa Elena, 663

santonos, tribu de los, 275
Saona,
río, 278-280, 289
valle del, 260-261, 263
Sarsura, 596
Saturnino, Lucio Apuleyo, 27, 47, 53, 62-63, 67, 141, 165, 182, 184, 207
seguidores, 27, 163, 657
Saylor, Steven: *Roma sub rosa* (novelas de misterio), 666
Scaevae, 537
Scauro, Marco Emilio (cónsul 115), 33
sécuanos, tribu de los, 259, 261, 263, 265, 268-271, 274, 277, 290-291, 300, 306, 407, 430
Segre (Sicoris), río, 512, 518
Seleúcidas, 66
Semíramis, 237
Sempronia (hermana de los Gracos), 54
Sempronia (madre de Décimo Bruto), 120, 251
Senado, 9, 17, 27, 29 *véase también* Roma: Foro; rostra; Casa del Senado
aprobación del *senatus consultum ultimum* contra Saturnino, 163-166
César viola el ideal senatorial, 624
como creación de Sila, 124-125
debates en, 171-172
decreta cincuenta días de acción de gracias, 621
después de que Sila tome Roma, 81
disputa con los équites, 208
en conflicto con Marco Emilio Lépido, 98
en la época de Cinna, 76
«extranjeros» en, 611
«hombres buenos/mejores» (*boni/optimates*), 160, 329, 465
importancia de, 29-30
manda enviados a la Galia Transalpina, 266
miembros, 208
número de, 611

otorga por votación honores a César, 623
Pompeyo es convocado para proteger el Estado, 445
proyecto de ley de grano gratuito, 331-332
reuniones en ciertos días, 210
se dirige al Senado en griego por primera vez, 103
se niega a permitir que Cayo Mario reclute legiones para llevarlas a África, 46
vota cuarenta días de acción de gracias para César, 601
vota una acción de gracias pública para Cicerón, 505
vota veinte días de acción de gracias para César, 367
y ejército rebelde bajo el mando de Manlio, 171-172
y festival de la «buena diosa», 192
y la conjura de Catalina, 157, 170-172, 175, 177
y la guerra civil, 495, 507
y la Guerra Social, 65
y los Gracos, 45
y magistrados, 29
y «nuevos hombres» en el consulado, 148
senadores, 14, 29-30, 33-34, 38-39, 41, 43-44, 46, 57-60, 63, 65, 69, 76-81, 86-89, 92, 94, 99, 101, 111, 114, 116, 118-119, 125-128, 131, 137-139, 141-146, 148, 150-154, 162, 171, 173-177, 179, 181-182, 185-186, 191, 194, 199, 202, 204-209, 212, 215, 221, 223, 225, 229, 230, 232-233, 246, 248, 293, 302, 327, 329, 333, 337, 355, 382, 405, 442-447, 457, 464, 474-475, 482-484, 491, 495-496, 501-504, 524, 538, 590, 604, 611-613, 616, 623-624, 632, 641-644
casas de, 60, 89-90

competición entre, 33-34, 38-39, 43
tribunal para juzgar casos de mala práctica, 44
vidas, 77
y homosexualidad, 94
senones, tribu de los, 259, 393-395, 400-401, 406, 414, 422
Sens, 422
Sertorio, Quinto, 123, 125-126, 136, 149, 197, 448, 511, 657
seguidores de, 123, 130
Servilia (amante de César, madre de Bruto), 117-122, 125, 159, 169, 179, 187, 194, 206, 212, 228, 234-235, 275, 291, 553, 583, 613, 645, 652
hijas, 118, 583
Servilia (hermana de Servilia), 118
Sestio, Publio, 334
Severo, Quinto Vario, 33
sexos, disparidad entre los, 50
Shakespeare, William, 11, 117, 434, 647, 651-653, 657, 661, 664, 666
Shaw, George Bernard: *César y Cleopatra*, 11, 665
sicambros, tribu de los, 355, 357
Sicilia, 23, 25, 37, 80, 124, 151, 501, 504, 510, 522, 525, 578, 583, 585-586, 591
gobernador de, 100
Sicoris (Segre), río, 512, 515-519
Sila, Fausto, 229, 379, 535, 598
Sila, Lucio Cornelio (cónsul 88, 80), 18, 65, 67-69
alerta a los senadores contra César, 88
alquila un piso, 91
apariencia, 78
arroja una larga sombra sobre la república, 123
autoriza «préstamos» de fondos públicos, 155
como dictador, 227, 462, 665

crea un tribunal para tratar el delito de *maiestas*, 164
derrota a Mitrídates, 92
emplea los servicios de Pompeyo, 124-125
espera, 76-78
establece tribunales, 99
expulsa a Mitrídates de Grecia, 202
jubilación, 85-86
ley de las proscripciones, 156
muerte de, 98
nombrado «dictador para elaborar leyes y reconstituir el Estado», 82
ordena el divorcio, 83
ordena la ejecución de uno de sus oficiales, 82
ordena que se destruyan los trofeos de Mario, 145
perdona a César, 98, 101
persecución de César, 83-84
prohíbe las celebraciones públicas en honor de Mario, 134
proscripciones, 181
toma Roma (82 a.C.), 80, 82
vida de éxito, 78-79
vuelve a casarse, 86
y César, 66
y tierras para las tropas, 582-583, 608
Sila, Publio Cornelio, 548, 548-549
Silano, Décimo Junio (cónsul 62), 118, 169-170, 179, 181, 183-184, 187, 228
Silvia, Rea, 52
Siria, 25, 237, 380, 403, 447, 469, 478, 495, 505, 524, 537, 557, 564, 569, 573, 630
Sisto, Jeremy, 665
Sitio, Publio, 589, 592, 598
soborno, 13, 33, 46, 100, 148, 157, 167, 195, 206, 208, 215, 228, 409, 444, 446-447, 471, 559, 697
Sosigenes, 615

Stour, río (Kent), 370
Sucro, Hispania, 33
suerte, creencia romana en, 486
suesiones, los, 308, 309, 313-314
Suetonio,
biografía de César, 18, 49
biografías de gobernadores (césares) de Roma, 664
descripción de César, 88
oración de César en el funeral de su tía, 52
y aventura de César con Cleopatra, 555
y César cruza el Rubicón, 461
y César da las malas noticias al ejército, 390
y César en Britania, 348
y César en Egipto, 570
y César saquea los lugares sagrados, 324
y César se disfraza de galo, 413
y César se marcha de Hispania Ulterior, 136
y César sobre el valor de sus hombres, 301
y el consulado de César, 226
y el convenio de Luca, 337
y el deseo de César de no vivir más, 629
y el plan de César de gobernar Egipto, 154
y el primer triunfo de César, 602
y el regreso de César, 486
y el vínculo de César con Pompeyo y Craso, 217
y escritos de César, 247
y escritos tempranos de César, 60
y funeral de César, 638, 654
y huida de César, 84
y la acusación de César contra Cayo Rabirio, 163
y la ampliación del Foro y los juegos de gladiadores de César, 443
y la batalla de Tapso, 592

y la campaña hispana, 618
y la campaña para el consulado de César, 210, 215
y la elección de César como *Pontifex Maximus*, 169
y la guerra civil, 486, 522
y la negativa de César a procesar a Cornelio Fagites, 157
y la presunta conspiración para masacrar a los opositores, 149
y la vida sexual de César, 116-117
y las actividades de Marco Licinio Lúculo, 103
y muerte de Vetio, 235
y posible hijo de César, 638
y posible matrimonio de César con Cosucia, 72
y Tolomeo XII, 228
y villa en el campo de César, 91
suevos, tribu de los, 291, 299-300, 349, 351-352, 357-358, 397
Suiza, 265, 267
Sulmo, 497, 499
Sulpicio Rufo, Publio, 66-68, 85, 141
Sulpicio Rufo, Sergio (cónsul 51), 614

Tácito, Publio Cornelio (historiador), 56, 306, 308, 335, 347
Támesis, río, 372-373
Tapso, batalla de (46 a.C.), 592-598, 612, 618, 620, 634
Tarpeya, Roca, 68
Tarquinio, 175
Tarso, 573
Taylor, Elizabeth, 665
Teanum, 496
temor de los romanos a los bárbaros del norte, 26, 145
téncteros, tribu de los, 348-349, 354, 357-358, 396, 456, 464
Teófanes de Mitilene, 243
Termo, Marco Minucio, 92-93
Termo, Quinto Minucio, 190, 498
Tertula (esposa de Craso), 116-117

Tesalia, 533, 545
teutones, tribu de los, 26-27, 46, 145, 198, 260, 273, 282, 290, 293, 308, 462
Thanet, Isla de (Kent), 360, 372
Tíber, río, 44, 61, 70, 497, 604, 609, 636, 653
tierra concedida a los veteranos de guerra, 47, 53, 68, 84, 123, 161, 206-207, 218, 220, 254, 328
tierra de titularidad pública en (*ager Campanus*), 220
tierra pública (*ager publicus*), 42, 63, 161
Tigranes, rey de Armenia, 140
tigurinos, tribu de los, 278, 282, 289
Tito Livio, 18, 52, 664
toga candidus, 131
toga praetexta, 71, 191
toga virilis, 71, 650
Tolomeo I, 557
Tolomeo II, 558
Tolomeo IX, 559
Tolomeo X, 559
Tolomeo XI, 228, 559
Tolomeo XII («Auletes»), 228, 478, 559-560
Tolomeo XIII, 561, 566
Tolomeo XIV, 570
tolosanos, tribu de los, 275
Torcuato, Lucio Manlio (cónsul 65), 148, 529
torres de asedio, 313, 416
trabajos de preparación del asedio, 343, 414, 417, 432
Tracia, 38
Transilvania, 256
Trebacio Testa, Cayo, 382
Trebonio, Cayo (cónsul 45), 379, 383, 399, 434, 436, 451, 512, 522, 576, 609, 643-644, 646, 651
tréveros, tribu de los, 91, 308, 368, 384, 389, 392-396, 401
tribunales, 34-35, 61, 76-77, 99, 101-103, 109, 112, 123, 132, 148, 153-

155, 165, 170, 173, 176, 210, 227, 242, 281, 446, 463, 476-477, 526, 642, 653, 659
tribus germanas, 98, 111, 258, 271, 348-354, 396, 430, 631 *véase también* cimbros; suevos; tribu de los teutones
trinovantes, tribu de los, 373-374
triunfos, 201, 476-477, 605, 623, 657
triunviratos,
Primer, 217-218, 229, 235, 328-329, 337-339
Segundo, 217, 340, 464, 654
Troya, 52, 544
Tulia (hija de Cicerón), 118, 378, 621
tulingos, los, 287

ubios, tribu de los, 259, 352, 357-358, 397
Ulia, 619
Urso (Osuna), 620
usípetes, tribu de los, 348-349, 354, 357-358, 396, 456, 464
Útica, 599, 646
Uxellodunum, 259, 453-454
Uzita, 591-594

Valerio Máximo, 471
Varrón, Marco Terencio, 61, 205, 218, 510, 519, 614
Vatia (cónsul 48, 41), 98, 526
Vatia (cónsul 79), 250
Vatinio, Publio (cónsul 47), 228, 230, 234-235, 250-251, 531, 580
Vellaunodunum, 414
vénetos, tribu de los, 259, 342-345, 347, 358, 375, 456, 512
Veni, vidi, vinci, 574, 602
Venus (diosa), 19, 49, 52, 79, 134, 442, 546, 550, 635-636, 643
Vercasivelauno, 434, 436-437
Vercingetórix, 405, 410-411, 413-420, 428-429, 450, 453, 466, 480, 601
en Gergovia, 421-427

sitio de Alesia, 431-439, 450
Vergobret (magistrados de los eduos), 257, 266, 280-281, 421, 423, 431
Vesontio (Besançon), 291, 302, 592
Vespasiano, emperador, 635
vestimenta aristocrática romana, 89, 133, 635
Vetio, Lucio, 192, 234-235
Veto, Antistio, 135-136, 196
Vía Domitia, 260
vías romanas, 38, 131, 564
vida sexual de los aristócratas romanos, 114
Vienne (valle del Ródano), 413
Vieux-Laon (Bibrax?), 309
vino, exportaciones de, 260-261, 264, 308
vírgenes vestales, 84, 152, 185, 192, 194

Virgilio, 52
viromanduos, tribu de los, 314, 319
virtus (virtud), cualidad de, 57-58, 112, 320, 442, 661
Voltaire, 665
Volumnia (Citeris), 115
Voluseno, Cayo, 360-361

Walmer (Kent), 361-362
Wantsum, Canal de (Kent), 360, 370
Waterloo, batalla de (1815), 242
Wellington, Duque de (Arthur Wellesley), 242

Yugurta, rey de Numidia, 46, 66-67, 134

Zela, batalla de, 47 d.C., 573-574

ÍNDICE

Agradecimientos	7
Introducción	8
1. El mundo de César	22
II. La infancia de César	57
III. El primer dictador	88
IV. El joven César	111
V. Candidato	148
VI. La conspiración	196
VII. Escándalo	233
VIII. Cónsul	273
IX. La Galia	327
X. Emigrantes y mercenarios: las primeras campañas, 58 a. C	364
XI. «El más bravo de los pueblos galos»: los belgas, 57 a.C	414
XII. Política y guerra: el convenio de Luca	449
XIII. «A través de las aguas»: las expediciones a Britania y Germania, 55-54 a.C	476
XIV. Rebelión, desastre y venganza	518
XV. El hombre y la hora: Vercingetórix y la sublevación de los pueblos galos, 52 a.C.	556

XVI. «Toda la Galia ha sido conquistada» 606
XVII. El camino hacia el Rubicón 632
XVIII. Guerra relámpago: Italia e Hispania, invierno-otoño de 49 a.C 672
XIX. Macedonia, noviembre de 49-agosto de 48 a. C 716
XX. Cleopatra, Egipto y Oriente, otoño de 48-verano de 47 a.C 765
XXI. África, septiembre de 47 junio de 46 a.C. 794
XXII. Dictador, 46-44 a.C 830
XXIII. Los idus de marzo 868
Epílogo 906
Notas 921
Cronología 981
Glosario 982
Abreviaturas 994
Lista de mapas 995
Bibliogratia de obras citadas 997
Índice temático 1005